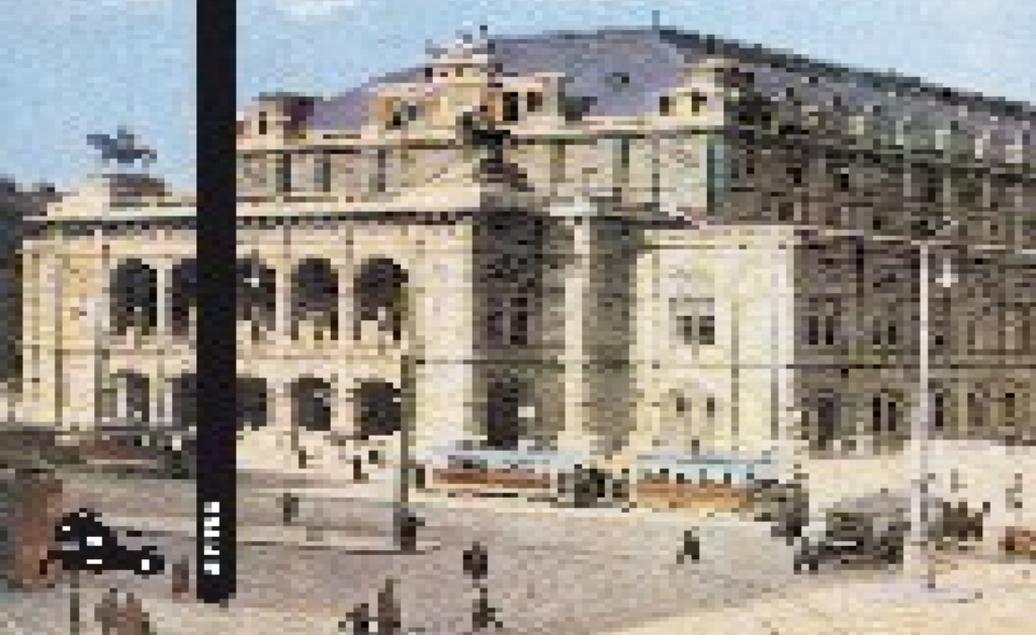




ROBLER
MUSEI

EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS

2014



Annotation

El hombre sin atributos fue escrita entre 1930 y 1942 y quedó interrumpida por la muerte del autor. Los actores principales de esta tragicomedia monumental son: Ulrich, el hombre sin atributos, el matemático idealista, el sarcástico espectador; Leona y Bonadea, las dos amadas del matemático, desbancadas por Diotima, cerebro dirigente de la «Acción Paralela» y mujer cuya estupidez sólo es comparable a su hermosura; y Arnheim, el hombre con atributos, un millonario prusiano cuya conversación fluctúa entre las modernas técnicas de la inseminación artificial y las tallas medievales búlgaras. Alrededor de ellos se mueve, como en un esperpéntico vodevil, la digna, honrada, aristocrática sociedad de Kakanía (el imperio austro-húngaro), que vive los últimos momentos de su vacía decadencia antes de sucumbir a la hecatombe de la Gran Guerra.

Esta cúspide de la novela de nuestro tiempo abre ante el lector de lengua castellana nuevas y aún más vastas regiones del mundo narrativo del siglo XX. La presente edición en dos volúmenes incluye todo el material publicado en español de esta ambiciosa tragicomedia que trasciende el marco geográfico y temporal minuciosamente descrito, para convertirse en una alegoría universal.

ROBERT MUSIL

El Hombre sin atributos

Traducción de de José M. Sáenz

Sinopsis

El hombre sin atributos fue escrita entre 1930 y 1942 y quedó interrumpida por la muerte del autor. Los actores principales de esta tragicomedia monumental son: Ulrich, el hombre sin atributos, el matemático idealista, el sarcástico espectador; Leona y Bonadea, las dos amadas del matemático, desbancadas por Diotima, cerebro dirigente de la «Acción Paralela» y mujer cuya estupidez sólo es comparable a su hermosura; y Arnheim, el hombre con atributos, un millonario prusiano cuya conversación fluctúa entre las modernas técnicas de la inseminación

artificial y las tallas medievales búlgaras. Alrededor de ellos se mueve, como en un esperpéntico vodevil, la digna, honrada, aristocrática sociedad de Kakanía (el imperio austro-húngaro), que vive los últimos momentos de su vacía decadencia antes de sucumbir a la hecatombe de la Gran Guerra. Esta cúspide de la novela de nuestro tiempo abre ante el lector de lengua castellana nuevas y aún más vastas regiones del mundo narrativo del siglo XX. La presente edición en dos volúmenes incluye todo el material publicado en español de esta ambiciosa tragicomedia que trasciende el marco geográfico y temporal minuciosamente descrito, para convertirse en una alegoría universal.

Traductor: de José M. Sáenz

Autor: Musil, Robert

ISBN: 9788432248122

Generado con: QualityEbook v0.62

EL HOMBRE SIN ATRIBUTOS

Robert Musil

Volumen I Libro primero

TRADUCCIÓN de José M. Sáenz

Edición definitiva y completa revisada por Pedro Madrigal según la edición establecida por Adolf Frisé en 1978

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código

Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conllicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: Der Mann ohne Eigenschaften

Editado por Adolf Frisé: © Rowohlt Verlag GmbH, 1978 Reinbeck bei Hamburg

© por la traducción, José M. Sáenz

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo: © Editorial Seix Barral, S. A., 1969, 1970, 2001, 2004, 2008, 2010, 2012 Avenida Diagonal, 662-664, 7ma planta. 08034 Barcelona (España) www.seix-barral.es www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Ilustración de la cubierta: Ópera Imperial de Viena (vista parcial) Primera edición en

Austral: abril de 2010 Segunda impresión:
junio de 2012

Depósito legal: M. 9.414-2010 ISBN:
978-84-322-4812-2 Impreso y encuadernado
en Barcelona por: Printed in Spain - Impreso
en España A CPI COMPAN*

Biografía

ROBERT Musil nació en Klagenfurth, Austria, en 1880. A los diez años y siguiendo la costumbre de la burguesía aristocratizante austríaca, entró en una escuela de cadetes y posteriormente en la academia militar; no llegó, sin embargo, a terminar sus estudios, pues un repentino interés por la matemática le llevó al Politécnico, donde se licenció en ingeniería. Amplió luego su formación en Berlín, donde en 1908 se doctoró en psicología experimental. De esta primera época surgió su libro *Las tributaciones del estudiante Tórless* (1906; Seix Barral, 1970 y 2001). La psicología de la mujer le interesa cada día más y publica *Uniones* (1991; Seix Barral, 1982 y 1995), libro con el que empieza a tropezar con un público indiferente, e incluso hostil. En la misma línea de análisis e

introspección del carácter femenino publicó *Tres mujeres* (1924; Seix Barral, 1968 y 1992). Sin embargo desde 1920 ya estaba trabajando en su obra cumbre, a la que dedicaría toda su vida, *El hombre sin atributos* (Seix Barral, 1968-1982, 2001 y 2004). Cuando en 1938 Hitler anexiona Austria al III Reich, Musil se exila a Ginebra, donde muere subidamente en 1942.

PARTE PRIMERA A MODO DE INTRODUCCIÓN

1 - Accidente sin trascendencia

SOBRE el Atlántico avanzaba un mínimo barométrico en dirección este, frente a un máximo estacionado sobre Rusia; de momento no mostraba tendencia a esquivarlo desplazándose hacia el norte. Las isothermas y las isóteras cumplían su deber. La temperatura del aire estaba en relación con la temperatura media anual, tanto con la del mes más caluroso como con la del mes más frío y con la oscilación mensual aperiódica. La salida y puesta del sol y de la luna, las fases de la luna, de Venus, del anillo de Saturno y muchos otros fenómenos importantes se sucedían conforme a los pronósticos de los anuarios astronómicos. El vapor de agua alcanzaba su mayor tensión y la humedad

atmosférica era escasa. En pocas palabras, que describen fielmente la realidad, aunque estén algo pasadas de moda: era un hermoso día de agosto del año 1913.

Automóviles salían disparados de calles largas y estrechas al espacio libre de luminosas plazas. Hileras de peatones, surcando zigzagueantes la multitud confusa, formaban esteras movedizas de nubes entretejidas. A veces se separaban algunas hebras, cuando caminantes más presurosos se abrían paso por entre otros, a quienes no corría tanta prisa, se alejaban ensanchando curvas y volvían, tras breves serpenteos, a su curso normal. Centenares de sonidos se sucedían uno a otro, confundiéndose en un prolongado ruido metálico del que destacaban diversos sonos, unos agudos claros, otros roncós, que discordaban la armonía pero que la restablecían al desaparecer. De este ruido hubiera deducido cualquiera, después de largos años de ausencia, sin previa descripción

y con los ojos cerrados, que se encontraba en la capital del Imperio, en la ciudad residencial de Viena. A las ciudades se las conoce, como a las personas, en el andar. Mirando de lejos y sin fijarse en pormenores, lo podían haber revelado igualmente el movimiento de las calles. Pero tampoco es de trascendencia siquiera el que, para averiguarlo, se lo hubiera tenido uno que imaginar. La excesiva estimación de la pregunta de “dónde nos encontramos” procede del tiempo de las hordas, nómadas que debían tener conocimiento cabal y plena posesión de sus pastos. Sería interesante saber por qué al ver una nariz amoratada se da uno por satisfecho con reparar simplemente y de manera imprecisa en el color, y nunca se pregunta qué clase de tonalidad tiene, aunque, sin más, se lo podría expresar la medida de las vibraciones moleculares. Por el contrario, en asunto tan complejo como es una ciudad en la que se vive, se quisiera conocer todas sus

peculiaridades. Esto nos desvía de lo más importante.

No se debe rendir tributo especial al simple nombre de la ciudad. Como toda metrópoli, estaba sometida a riesgos y contingencias, a progresos, avances y retrocesos, a inmensos letargos, a colisión de cosas y asuntos, a grandes movimientos rítmicos y al eterno desequilibrio y dislocación de todo ritmo, y semejaba una burbuja que bulle en un recipiente con edificios, leyes, decretos y tradiciones históricas. Las dos personas que subían por una calle ancha y animada no caían en la cuenta. Pertenecían, como saltaba a la vista, a una elevada clase social, en el estilo y en el hablar lo reflejaban; iban noblemente vestidos y traían las iniciales de sus nombres bordadas en las ropas (en las exteriores y también, aunque de modo invisible, en las ultrafinas interiores de la subconsciencia), sabiendo muy bien quiénes eran y conscientes de que la capital en que se

encontraban era su propia ciudad residencial. Aceptando la hipótesis de que se llamasen Arnheim y Ermelinda Tuzzi, lo cual no puede ser cierto porque la señora Tuzzi se hallaba por agosto en compañía de su esposo en Bad Aussee y el doctor Arnheim estaba todavía en Constantinopla, se presenta el enigma de su identidad. Problemas como éste se crean algunas personas de viva imaginación muy a menudo en las calles. Pero los solucionan en seguida, tan pronto como los olvidan en los cincuenta pasos siguientes. De repente, se detuvieron los dos ante una aglomeración imprevista. Algo insólito había ocurrido, algo se había resbalado y desviado bruscamente a un lado; un camión enorme, frenado de golpe, había rebasado la acera con una rueda. Igual que las abejas concentradas a la entrada de su colmena, se agolpaba la gente alrededor de un círculo que nadie se atrevía a franquear. En él estaba el conductor del camión, descolorido como

un papel de envolver, explicando con burdos ademanes el accidente. Los circundantes tenían sus miradas fijas en él y las bajaban temerosamente al suelo donde un hombre, recostado en el bordillo de la calzada, yacía como muerto. Él mismo había sido causante del daño por su negligencia, según la opinión general. Turnándose se arrodillaban frente a él por hacer algo; alguien le abrió la chaqueta y se la cerró; unos le incorporaban, otros volvían a acostarlo; en definitiva, nadie pretendía otra cosa que cubrir el expediente hasta que el servicio de ambulancia se hiciera cargo de él y le prestara ayuda eficaz.

También la señora y su acompañante se habían acercado y observaban al desafortunado por encima de las cabezas y de las espaldas encorvadas. Luego retrocedieron y vacilaron. La señora se sintió indispuesta con algo desagradable en la región cardioepigástrica que bien pudiera haber sido considerado efecto de su conmiseración; era una

sensación vaga y paralizante. El caballero, tras unos momentos de silencio, le dijo: -"Estos camiones tan pesados disponen de un sistema de frenos con una distancia de aplicación demasiado diferida." Al oír esto, la señora se sintió aliviada, y se lo agradeció al señor con una mirada atenta. Ya le sonaba aquella expresión de los frenos, pero no llegaba a comprender lo que significaba, ni le interesaba; se conformaba con saber que había posibilidad de reparar de alguna manera aquel siniestro tan deplorable, y que se trataba de un problema técnico que no era de su incumbencia. Empezó entonces a oírse la sirena de la ambulancia; todos respiraron hondo, experimentando la satisfacción de sentirse tan diligentemente auxiliados. Estas instituciones sociales son admirables. Hombres en uniforme corrieron hacia el herido, lo tendieron en una camilla y lo acomodaron cuidadosamente en el interior del vehículo, tan bien provisto y arreglado como

una sala de hospital. Todos se llevaron de allí la casi justificada impresión de haber presenciado un acontecimiento legal y reglamentado. “Según las estadísticas americanas -sugirió el caballero- se registran cada año en Estados Unidos 190.000 muertos y 450.000 heridos en accidentes de circulación.”

-”¿Piensa usted que ha muerto?” -preguntó su compañera todavía bajo la influencia del sobresalto. -”Yo creo que no -contestó él-. Cuando fue conducido al coche parecía dar señales de vida.”

2 - Vivienda del hombre sin atributos

LA calle en que había tenido lugar aquel leve accidente era una de esas largas y sinuosas vías urbanas que, a manera de estrella, irradian el tráfico desde el centro hasta los arrabales, cruzando toda la ciudad. Si nuestra elegante pareja hubiera seguido andando, hubiera visto algo que ciertamente les habría gustado. Era un jardín del siglo XVIII, o acaso del XVII, bien conservado en parte. Al pasar por delante, junto a la reja de forja, se divisaba entre árboles, sobre una pradera esmeradamente tundida, algo así como un pequeño palacete, un pabellón de caza o un castillito encantado de tiempos pasados. Exactamente, la parte baja databa del siglo XVII, el parque y el piso superior parecían

pertenecer al siglo XVIII, la fachada había sido restaurada en el siglo XIX y otra vez se había deslucido; el conjunto total producía el efecto extravagante de varias impresiones fotográficas superpuestas en una misma lámina; pero de todos modos llamaba la atención. Si alguna vez la claridad, la ciencia, la belleza abrían sus ventanas, era permitido gozar, entre muros de libros, la exquisita paz de la mansión de un letrado.

Esta mansión y esta casa pertenecían al hombre sin atributos.

Él se ocultaba detrás de una de las ventanas y miraba hacia el otro lado del jardín, como a través de un filtro de aire de verdes delicados; contemplaba la calle borrosa, y cronometraba reloj en mano, hacía ya diez minutos, los autos, los carruajes, los tranvías y las siluetas de los transeúntes difuminadas por la distancia, todo lo que alcanzaba la red de la mirada girada en derredor. Medía las velocidades, los ángulos,

las fuerzas magnéticas de las masas fugitivas que atraen hacia sí al ojo fulminantemente, lo sujetan, lo sueltan; las que, durante un tiempo para el que no hay medida, obligan a la atención a fijarse en ellas, a perseguirlas, apresarlas, a saltar a la siguiente. En resumen, después de haber hecho cuentas mentalmente unos instantes, metió el reloj en el bolsillo riendo y reconoció haberse ocupado en una estupidez.

Si se pudieran medir los saltos de la atención, el rendimiento de los músculos de los ojos, los movimientos pendulares del alma y todos los esfuerzos que tiene que hacer un hombre para conseguir abrir brecha a través de la afluencia de una calle, es de presumir que resultaría -él así lo había imaginado al jugar a investigar lo imposible- una dimensión frente a la cual sería ridícula la fuerza que necesita Atlante para sostener el mundo. De ahí se podría deducir qué

esfuerzo tan titánico supone el de un individuo moderno que no hace nada.

El hombre sin atributos era en la actualidad uno de ellos.

-”De esto se pueden sacar dos conclusiones” -se dijo para sí.

El rendimiento de los músculos de un ciudadano, que cumple tranquilamente con sus deberes ordinarios durante toda la jornada, es mayor que el de un atleta que tiene que levantar una vez al día pesos enormes; esto está fisiológicamente demostrado. Es, pues, lógico que las pequeñas obras cotidianas, en su importe social y en cuanto interesan para esta suma, presten mucha más energía al mundo que las acciones heroicas. Una heroicidad aparece tan diminuta como un grano de arena echado ilusionadamente sobre un monte. Este pensamiento le agradó.

Hay que añadir, sin embargo, que le agradó no porque amara la vida burguesa; o al contrario, le gustó porque se complacía en

combatir sus inclinaciones. ¿No es precisamente el burgués refinado quien presiente el comienzo de un nuevo heroísmo colosal, colectivo e inquietante? Se le llama heroísmo racionalizado y se le encuentra así muy bonito. ¿Quién lo puede saber ya hoy? En tiempos pasados se hacían centenares de preguntas semejantes, que no por haber quedado sin contestar han disminuido en importancia. Flotaban en el aire, abrasaban bajo los pies. El tiempo corría. Gente que no vivió en aquella época no querrá creerlo, pero también entonces se movía el tiempo, y no sólo ahora, con la rapidez de un camello de carreras. No se sabía hacia dónde. No se podía tampoco distinguir entre lo que cabalgaba arriba y abajo, entre lo que avanzaba y retrocedía. “Se puede hacer lo que se quiera - se dijo a sí mismo el hombre sin atributos; nada tiene que ver el amasijo de fuerzas con lo específico de la acción.” Se retiró como una persona que ha aprendido a renunciar,

casi como un enfermo que evita todo esfuerzo violento; y cuando pasó junto al balón de boxeo que colgaba en la habitación contigua, le soltó un golpe tan rápido y fuerte como no es común en espíritus sumisos ni en estados de debilidad.

3 - También un hombre sin atributos puede tener un padre dotado de atributos

EL hombre sin atributos había arrendado este palacete al volver del extranjero, no porque lo necesitara, sino sólo por hacer ostentación y porque aborrecía las viviendas vulgares. Había sido en un principio una residencia de verano, enclavada fuera del recinto de la ciudad. Con el tiempo fue perdiendo esta prerrogativa al ensancharse la población; al final no era otra cosa que una finca de barbecho deshabitada, en espera de la subida de precios de los terrenos. La renta resultaba relativamente baja, pero las mejoras y la acomodación, del todo conforme con las exigencias de la moda, le habían costado sumas de dinero con las que no había antes

contado. La aventura le obligó a solicitar ayuda de su padre; tales medidas no eran de su agrado, pues amaba ante todo la independencia. A la sazón contaba treinta y dos años de edad, y su padre sesenta y nueve.

El venerable anciano estaba horrorizado. No tanto por la osadía de su hijo (aunque también por ella, puesto que detestaba la irreflexión), tampoco debido a la contribución que tenía que pagar, pues en el fondo veía bien que su hijo manifestara inclinación a la vida del hogar y al orden. La adquisición de un edificio considerado como un palacio, aunque sólo fuera en diminutivo, era lo que hería su sensibilidad y le amedrentaba como una abominable presunción.

Él, siendo estudiante y más tarde pasante de abogado, se había empleado en casas señoriales como preceptor, en realidad sin necesitarlo, pues ya su padre había sido un hombre hacendado. Cuando le nombraron

posteriormente docente universitario y profesor, se sintió recompensado. Cultivando con esmero estas relaciones se había hecho poco a poco acreedor a dignidades como la de procurador de casi toda la nobleza feudal de su patria; una segunda actividad le era ya supererogatoria. En efecto, aún después de que la fortuna así adquirida hubiera corrido parejas con la dote de una familia renana de industriales, que la madre de su hijo, prematuramente fallecida, había aportado al matrimonio, no se habían adormecido todavía estas relaciones granjeadas en la juventud y estrechadas en la edad adulta. Aunque el benemérito letrado se había retirado de la jurisprudencia y sólo ocasionalmente prestaba su consejo de experto a muy elevado precio, hacía dejar todavía constancia exacta en su libro de notas de todos los acontecimientos relacionados con el círculo de sus antiguos patrocinadores, los hacía transmitir de padres a hijos y nietos, y no

dejaba pasar promoción, boda ni onomástica sin unas letras con las que cumplimentaba al destinatario en una delicada mezcla de respeto, homenaje y mutuos recuerdos. Igualmente puntuales eran las breves contestaciones de agradecimiento que recibía siempre el caro amigo y apreciado jurisconsulto. Su hijo conoció así desde joven este talento aristocrático de una arrogancia semiinconsciente, pero sin duda jactante, que revela exactamente lo que es cortesía; siempre le había indignado la subordinación de una persona no perteneciente a la nobleza ante propietarios de caballos, campos y tradiciones. No era, sin embargo, cálculo servil lo que había hecho a su padre poco susceptible; instigado únicamente por su naturaleza llegó a dejar tras de sí una brillante carrera. No sólo fue profesor, miembro de academias y de muchas sociedades científicas y estatales, sino también caballero, comendador e incluso gran cruz de

una magna Orden; Su Majestad le elevó al fin al rango de la nobleza hereditaria, después de haberle nombrado miembro de la Cámara Alta. Allí se agregó primero al ala liberal burguesa (ésta se presentaba a veces en contraposición con la aristocracia), sin embargo, ninguno de sus rivales del bando contrario tomaban a mal ninguna de sus determinaciones, a lo más se maravillaban de ellas. Nunca se vio en él otra cosa que el espíritu de un burgués de altos vuelos. El anciano señor participaba diligentemente en el trabajo de la legislación; cuando una campaña electoral le sorprendía al lado de la burguesía, no se advertía en la otra parte animadversión alguna, antes bien se tenía la impresión de no haberle invitado. En la política desempeñaba su misión como lo había hecho en su oficio: uniendo un saber concienzudo y, en ocasiones, benignamente corrector, con la impresión que despertaba de que, pese a todo, uno podía fiarse de la

lealtad de su persona; así se transformó, sin profundos cambios en su esencia, según decía su hijo, de simple maestro en preceptor de la nobleza.

Cuando llegó a sus oídos la historia del palacio, le pareció la transgresión de un límite legal, bien que no promulgado, pero no por eso menos digno de atención y respeto, e hizo a su hijo reproches tan duros como no los había hecho en su vida entera; sonaron a profecía de un mal fin ya comenzado. El sentimiento sobre el que había construido su existencia acababa de ser transverberado. Como sucede a muchos hombres que han alcanzado un puesto distinguido, esto procedía, en él, no precisamente de la codicia, sino de un profundo amor a la utilidad, por así decirlo, universal, más allá del interés privado; en otras palabras, de una sincera veneración a aquello con lo que uno procura su propio provecho, no por procurárselo, sino en armonía y concomitancia con él y por

motivos generales. Es una cosa importantísima, incluso un perro de raza busca su lugar debajo de la mesa sin intimidarle los golpes, no por humildad canina, sino por afecto y fidelidad; los calculadores fríos no consiguen en la vida la mitad del éxito de los de naturaleza mixta y equilibrada, siendo éstos los verdaderamente capacitados para entender a los hombres y las relaciones que les pueden procurar ventajas.

4 - Si existe el sentido de la realidad, debe existir también el sentido de la posibilidad

QUIEN quiere pasar despreocupado por puertas abiertas, ha de cerciorarse primero de que dinteles y jambas estén bien ajustados. Este principio, vital para el viejo profesor, es un postulado del sentido de la realidad. Pero si se da un sentido de la realidad, y nadie dudará que tiene su razón de ser, se tiene que dar también algo a lo que se pueda llamar sentido de la posibilidad.

El que lo posee no dice, por ejemplo: aquí ha sucedido esto o aquello, sucederá, tiene que suceder; más bien imagina: aquí podría, debería o tendría que suceder; y si se le demuestra que una cosa es tal como es,

entonces piensa: probablemente podría ser también de otra manera. Así cabría definir el sentido de la posibilidad como la facultad de pensar en todo aquello que podría igualmente ser, y de no conceder a lo que es más importancia que a lo que no es. Como se ve, las consecuencias de tal disposición creadora pueden ser notables; es así como, por desgracia, aparece no pocas veces falso lo que los hombres admiran, y aquello que prohíben, lícito, o bien ambas cosas como indiferentes. Tales hombres de la posibilidad viven, como se suele decir, en una tesitura más sutil, etérea, ilusoria, fantasmagórica y subjuntiva. Cuando los niños muestran tendencias semejantes se procura enérgicamente hacerlas desaparecer, y ante ellos se califica a esos individuos con los apelativos de ilusos, visionarios, endebles y pedantes o sofistas.

Si se les quiere alabar, a estos locos también se les llama idealistas, pero evidentemente de este modo se alude sólo al tipo

débil que no alcanza a ver la realidad o se separa lamentablemente de ella, por lo que entonces la ausencia del sentido de la realidad aparece como una auténtica carencia. Lo posible abarca, sin embargo, no sólo los sueños de las personas neurasténicas, sino también los designios no decretados de Dios. Una experiencia posible o una posible verdad no equivale a una experiencia real unida a una verdad auténtica, menos el valor de la veracidad, sino que tienen, al menos según la opinión de sus defensores, algo muy divino en sí, un fuego, un vuelo, un espíritu constructor y la utopía consciente que no teme la realidad, sino que la trata mejor como problema y ficción. En definitiva, la tierra no es vieja ni mucho menos y, al parecer, nunca como ahora se ha hallado en estado de tan buena esperanza. Si se quiere distinguir de un modo sencillo entre hombres con sentido de la realidad y hombres con sentido de la posibilidad, no se necesita más que pensar

en una determinada cantidad de dinero. Todas las posibilidades que implican, por ejemplo, mil marcos están comprendidas sin duda en ellos, se posean o no; el hecho de que los tenga el señor Yo o el señor Tú les añade tanto como a una rosa o a una mujer. Pero un loco se los guarda bajo el colchón, como dicen los hombres de la realidad, y un sensato los hace producir; aun a la hermosura de una mujer añade o resta algo aquel que la posee. La realidad es la que despierta las posibilidades; nada sería tan absurdo como negarlo. No obstante, en el total o en el promedio permanecerán siempre las mismas posibilidades y se repetirán hasta que venga uno al que las cosas reales no le interesen más que las imaginarias. Éste es el que da a las nuevas posibilidades su sentido y su fin y el que las inspira.

Un individuo semejante no es en modo alguno un asunto muy inequívoco. Dado que sus ideas, mientras no degeneren en vanas

quimeras, no son otra cosa que realidades todavía no nacidas, también él tiene, como es natural, sentido de la realidad; pero es un sentido para la realidad posible y da en el blanco mucho más tarde que el sentido, congénito en la mayor parte de los hombres, para las posibilidades verdaderas. Prefiere, por decirlo así, el bosque a los árboles; el bosque es algo difícil de definir, mientras que los árboles significan tantos y tantos metros cúbicos de madera de determinada calidad. Quizá se pueda expresar esto mejor diciendo que el hombre con sentido normal de la realidad se asemeja a un pez que muerde el cebo y no ve el sedal, en tanto que el hombre con ese sentido de la realidad, al que también se puede llamar sentido de la posibilidad, lanza el anzuelo al agua sin saber si le ha puesto cebo. Lo que para el pecilló que mordería resulta de extraordinaria indiferencia es, en cambio, para el otro, peligro de pescar un aburrimiento

desesperante. Un hombre inepto para la vida práctica -que no solamente lo parece, sino que de hecho lo es- no sirve ni se le puede confiar cosa alguna en las relaciones humanas. Emprenderá acciones que significarán para él algo distinto que para los demás, pero pronto se dará por satisfecho, en cuanto consiga reducirlo todo a una idea rara. De poseer lógica también está lejos. Es además muy posible que un delito con daños a terceras personas lo considere como una frustración social, y no culpe al delincuente, sino a la institución de la sociedad. No está tan claro, por otra parte, si al recibir una bofetada le parecerá nada más que una afrenta a la sociedad o, en todo caso, tan impersonal como la dentellada de un perro; probablemente devolverá primero la bofetada y luego reflexionará para deducir que ha cometido una acción indebida. Y cuánto menos podrá prescindir de la realidad del hecho y restablecerse con un

sentimiento nuevo y repentizado si a alguien se le ocurre raptarle una querida. Este desarrollo está actualmente en gestación y representa para cada uno de los hombres tanto una debilidad como una fuerza.

Y puesto que el disfrutar de atributos presupone una cierta deleitación en su realidad, es lícito prever que a alguno, que ni para sí mismo tiene sentido de la realidad, le llegue un día en el que tenga que reconocerse hombre sin atributos.

5 - Ulrich

EL hombre sin atributos, cuya historia se va a narrar aquí, se llamaba Ulrich; y Ulrich -no es agradable mencionar continuamente con el nombre de pila a una persona a la que apenas se conoce, pero por deferencia a su padre debe ser omitido el apellido- se había sometido a la primera prueba de idoneidad al tiempo de pasar de la niñez a la adolescencia; el examen consistió en una composición cuyo tema era un pensamiento patriótico. El patriotismo era en Austria una materia completamente peculiar. Los niños alemanes aprendían a despreciar las guerras de los niños austríacos, y se les enseñaba que los niños franceses eran descendientes de libertinos enervados, huidizos ante un soldado alemán con barba. Otro tanto aprendían, hechas algunas salvedades de cambio de

papeles y oportunas modificaciones, los niños franceses, rusos e ingleses que igualmente podían vanagloriarse de numerosas victorias. Los niños de ahora son fanfarrones, gustan de jugar a guardias y ladrones, y están siempre dispuestos a considerar a la familia Y de la calle X, si por casualidad pertenecen a ella, como la más ilustre familia del mundo. Por eso son fáciles de ganar para el patriotismo. En Austria, sin embargo, este asunto era más complicado, ya que los austríacos habían vencido también en todas las guerras de su historia; se sabe, sin embargo, que después de casi todas ellas habían tenido que ceder parte de su territorio. Esto da motivos para reflexionar y Ulrich, en su composición sobre el amor patrio, escribió que un patriota verdadero nunca debe considerar su patria como la mejor del mundo; iluminado por una idea que le pareció genial, si bien fue mayor la ofuscación producida por su deslumbramiento que lo que pudo discernir del

contenido, había añadido a esta sospechosa frase una segunda parte; en ella afirmaba que probablemente también Dios hubiera preferido hablar de su mundo en subjuntivo potencial (*hic dixerit quispiam...*) porque Dios crea el mundo y piensa simultáneamente que bien podría ser de otra manera. Estaba muy orgulloso de esta frase. Pero quizá fuera que no llegó a expresarse con suficiente claridad, el caso es que soliviantó de tal modo los ánimos, que le hubieran echado de la escuela si hubieran podido llegar a una decisión, decisión que no se pudo tomar por no saber si su atrevida observación se había de interpretar como blasfemia contra la patria o contra Dios. Fue educado en la Academia Teresiana de la aristocracia; de ella salieron los más aventajados puntales del país. Su padre, enojado por la vergüenza de tener un hijo tan degenerado, mandó a Ulrich al extranjero, a un modesto colegio belga que, situado en una ciudad

desconocida y dotado de un prudente sistema de administración financiera, conseguía a precios bajos grandes transformaciones en los alumnos descarriados. Allí aprendió Ulrich a dar un alcance internacional a su menosprecio de los ideales ajenos.

Desde entonces habían pasado dieciséis o diecisiete años, como las nubes que pasan altas y no dejan frescura en la tierra. Ulrich ni se arrepentía ni hacía gala de ellos, simplemente los contemplaba estupefacto desde sus treinta y dos. Entretanto había estado en muchos lugares y las más de las veces, en su patria. En todas partes había realizado cosas útiles e inútiles. Ya se ha hecho alusión a su profesión de matemático; no es preciso decir más de esto, pues en toda profesión que se ejerce, no por lucro, sino por ideal, llega un momento en que el correr de los años le parece a uno no conducir a nada. No hacía mucho que había llegado ese momento,

cuando Ulrich se acordó de que a la patria se le atribuye la sagrada virtud de enraizar el pensamiento y armonizarlo con el ambiente, y así se estableció en ella con la sensación de un viandante que se sienta en un banco para toda la eternidad, aunque barrunta que dentro de poco volverá a levantarse.

Cuando se puso a montar su “tienda”, en expresión de la Biblia, tuvo una experiencia que había esperado. Se propuso instalar a capricho, ab ovo, su pequeña propiedad. Contaba con todas las posibilidades, desde la fiel reconstrucción hasta la más anárquica, y afluyeron a su imaginación todos los estilos, desde el asirio hasta el cubista. ¿Cuál debería elegir? El hombre moderno nace en la clínica y muere en el hospital: ¿debe vivir también como en una clínica? Así precisamente lo exigía un arquitecto vanguardista; otro reformador de interiores proponía tabiques corredizos para la división de las viviendas, alegando como razón la de que el hombre

debe aprender a confiar en el vecino viviendo con él y no aislándose con espíritu separatista. Había empezado entonces un tiempo nuevo (esto ocurre a cada instante), y a un tiempo nuevo corresponde un nuevo estilo. Para dicha de Ulrich presentaba el palacete tres estilos superpuestos de los que ya se había dado cuenta; no era, pues, posible llevar a cabo todo lo que se pedía; no obstante, él se sintió violentamente impulsado por la responsabilidad de acomodarse para sí una casa, y el reto de “dime dónde vives y te diré quién eres”, que había leído repetidas veces en revistas de arte, se cernía inquieto sobre su cabeza. Después de haberlas consultado, pensó que sería mejor tomar por cuenta propia la reconstrucción de su personalidad, y comenzó a diseñar él mismo sus futuros muebles. Pero si ideaba formas corpulentas e impresionantes, se le ocurría que tan bien o mejor cuadrarían en su lugar formas estilizadas, técnicas y funcionales, y si esbozaba

formas raquílicas, descarnadas, de hormigón, se imaginaba las formas esmirriadas de una muchacha de trece años, y se ponía a soñar en vez de decidirse.

Esto era -en un asunto que a fin de cuentas no le afectaba de cerca- la conocida incoherencia de las ideas y su expansión sin centro regulador, que es la característica del presente y que determina la curiosa aritmética que se pierde en centésimas y milésimas sin encontrar la unidad. Al fin dio en concebir nada más que habitaciones irrealizables, cuartos giratorios, disposiciones calidoscópicas, mecanismos de transposición del alma, y sus ocurrencias fueron cada vez más insustanciales. Había llegado al punto hacia el que se sentía atraído. Su padre lo habría expresado así, poco más o menos: sí se le deja a uno hacer lo que quiere terminará perdiendo la cabeza. O también así: quien tiene en su mano colmar sus deseos llega pronto a no saber qué desear. Ulrich se

repetía estas frases regodeándose en ellas. Semejantes axiomas, de tan inveterada sabiduría, le parecían pensamientos extraordinariamente nuevos. Al hombre, en sus posibilidades, planes y sentimientos, hay que coartarlo mediante prejuicios, tradiciones, dificultades y limitaciones de toda clase, como a un demente con una camisa de fuerza; sólo entonces tiene aquello de que es capaz, quizá valor, audacia, perseverancia - de hecho es casi imposible medir el alcance de este pensamiento-. Pues bien, el hombre sin atributos, vuelto ya a su patria, dio también el segundo paso: instruirse sirviéndose del exterior, de las circunstancias de la vida. Al llegar a este punto de su deliberación, confió el arreglo de su casa al ingenio de sus contratistas, firmemente convencido de que ellos se preocuparían de la tradición, prejuicios y limitaciones. Él se reservó la renovación de los viejos motivos ya existentes desde tiempos antiguos, de la contrastante

cornamenta bajo las bóvedas blancas del pequeño vestíbulo, o del cielo raso del salón, e hizo todo aquello que le pareció útil y cómodo.

Cuando estuvo terminado debió de mover la cabeza y preguntarse: ¿es ésta la vida en que debe transformarse la mía? Poseía un pequeño palacio de ensueño, casi no se le podía llamar de otra manera, puesto que correspondía exactamente a la idea que la palabra sugiere: suntuosa residencia de un alto dignatario, concebida e instalada por mueblistas, tapiceros y decoradores que eran líderes en su ramo. Faltaba que a todo aquel magnífico aparato de relojería se le diera cuerda: entonces se hubieran visto subir, calzada arriba, carrozas con distinguidos señores y damas; los lacayos hubieran saltado de los estribos y preguntado a Ulrich con desconfianza: “Buen hombre, ¿dónde está tu amo?”

Acababa de bajar de la luna y ya se había instalado como en la luna.

6 - Leona, o un desliz espectacular

QUIEN ha resuelto el problema de la vivienda debe buscarse mujer. La amiga de Ulrich, la de aquella temporada, se llamaba Leontine y cantaba en un pequeño salón de variedades; era alta, de grácil figura, de contornos redondeados, provocativa y apática; él la llamaba Leona.

Había atraído su atención la oscuridad húmeda de sus ojos, la expresión dolorosa y apasionada de su rostro alargado, hermoso, proporcionado, y las canciones que cantaba, patéticas y en absoluto obscenas. Todas estas coplas trasnochadas hablaban de amor, de dolor, felicidad, entrega, de murmullos de bosque y de brillo de truchas. Leona aparecía en el escenario imperiosa, relajada hasta la

médula, y cantaba pacientemente al público con voz de ama de casa. Si alguna vez se mostraba atrevida, acrecentaba con ello el embrujo de su expresión -acompañada de una mímica deficiente- con los sentimientos trágicos o graciosos del corazón. A la imaginación de Ulrich acudían presurosas viejas fotografías y retratos de hermosas mujeres que había contemplado en periódicos alemanes de años olvidados; mientras escrutaba en el rostro de aquella mujer, advertía en él pequeños rasgos que no podían ser auténticos y que, sin embargo, lo caracterizaban. Como es natural, siempre y en todas partes se dan los más variados semblantes, pero entre todos ellos se elige sólo un tipo al que se le destaca conforme al gusto del tiempo; a ése únicamente se le concede fortuna y hermosura, mientras todos los demás se esfuerzan por semejarse a él. Incluso hay mujeres poco agraciadas que logran superar su fealdad gracias al maquillaje y al arte de la

costura. Las únicas que nunca obtienen feliz resultado son aquellas que evocan sin concesiones la regia y aventajada hermosura que fue la ideal en tiempos pasados. Semejantes tipos peregrinan como despojos de disipadas veleidades por las geografías imaginarias del torbellino del amor. Los hombres, a los que se les caía la baba escuchando las aburridas canciones de Leontine, estaban inconscientemente animados de unos sentimientos muy complejos que repercutían en sus narices, inflándolas como si estuvieran ante una bailarina despechada, con peinado a lo tango. Fue entonces cuando determinó Ulrich llamarla Leona, y su posesión se le hizo tan apetecible como la de una piel de león disecada.

Al poco de comenzar sus relaciones, Leona reveló una intempestiva cualidad: su extremada voracidad. Este vicio anacrónico, muy pasado de moda, derivaba de la insatisfecha y finalmente liberada nostalgia hacia las golosinas que la habían atormentado

cuando era una niña sin recursos; poseía ahora la fuerza de un ideal que acababa de romper su jaula y se había apoderado de la soberanía. Su padre era un modesto y honrado burgués que la golpeaba cada vez que salía con sus admiradores; pero ella no lo hacía por otros motivos que por el placer de sentarse en el dehors de un café y observar desde allí a los paseantes con aire distinguido, al tiempo que saboreaba un helado. Sería exagerado afirmar que era de naturaleza frígida; se podría, sin embargo, asegurar -si es lícito- que en aquello, como en todo, se mostraba perezosa, remolona y no le gustaba trabajar. En su cuerpo desmadejado, los estímulos tardaban largo tiempo -resultando maravilloso- en llegar al cerebro, y sucedía que al mediodía comenzaban a nublársele los ojos sin motivo alguno, siendo así que por la noche los fijaba inmóviles en un punto del techo, como si contemplara una mosca. Del mismo modo solía

prorrumpir inesperadamente en ruidosas carcajadas para reírse de un chiste en el que caía entonces, después de días de haberlo oído sin inmutarse ni entenderlo. No teniendo motivos para lo contrario, se comportaba con dignidad. Acerca de las circunstancias que la llevaron a este oficio no había modo de hacerle hablar. Por lo visto tampoco ella lo sabía con exactitud. Se podía adivinar que consideraba esta actividad de cantante como elemento necesario de la vida, y con ello relacionaba todo lo grande y hermoso que había oído del arte y de los artistas, de modo que le parecía perfectamente justo, educativo y noble salir todas las noches a un pequeño escenario, nublado de humo denso de cigarros puros, y dar una sesión de canto cuyo valor emotivo era un hecho indiscutible. Como es natural, no se arredraba ni temía cualquier obscenidad que ocasionalmente se le ofreciera, siendo necesaria para espolear los ánimos decentes, pero estaba

convencidísima de que la primera cantante de la Ópera Imperial no hacía menos que ella.

Claro, si se empeña uno en calificar de prostitución la actividad de una mujer que no entrega, como es corriente, toda su persona a cambio de dinero, sino sólo su cuerpo, entonces hay que decir que Leona ejercía la prostitución cuando se terciaba. Pero si se conoce durante nueve largos años, como ella desde los dieciséis, la ridiculez del dinero que se paga en esos antros de baja ralea, y se tienen presente los precios de los artículos de tocador y de la ropa, las retenciones de sueldo, la avaricia y el despotismo de los dueños, los descuentos de comida y bebida que hacen algunos clientes despabilados, y la cuenta de la habitación del hotel vecino; si se piensa que diariamente hay que combatir con todo esto, defender la propia causa y saldar cuentas, resulta que aquello, que al profano parece divertido libertinaje, es una

profesión llena de lógica y objetividad, con un código registrado. La prostitución es precisamente una cuestión que cambia mucho según se la mire desde arriba o desde abajo.

Pero si Leona tenía un concepto perfectamente objetivo del problema sexual, no por eso carecía de su romanticismo. Sólo que en ella la exuberancia, la vanidad, la prodigalidad, los sentimientos de orgullo, de envidia, de voluptuosidad, de ambición, de entrega, en suma: todas las fuerzas instintivas de la personalidad y de la posición social, estaban unidas por un capricho de la naturaleza, no en el llamado corazón sino en el tractus abdominalis, en una actividad gástrica. Esta conexión se dio también antiguamente, como se puede constatar todavía hoy en la gente primitiva, en aldeanos licenciosos, los cuales manifiestan la educación y otras varias virtudes sociales que confieren distinción al hombre con grandes banquetes, donde, según un ceremonial solemne, se

come hasta hartarse con todas sus inevitables consecuencias. En las mesas de la sala, Leona cumplía su deber, pero su sueño dorado era un caballero que en sus relaciones le dispensara de un compromiso duradero y le permitiera sentarse de manera distinguida en un distinguido restaurante y ante una carta con distinción. Ella hubiera querido comer entonces de todos los manjares de la lista, y le producía una satisfacción dolorosa y contradictoria poder demostrar al mismo tiempo que sabía cómo se debe elegir y de qué se compone un menú exquisito. Únicamente a la hora de los postres podía dejar vagar su fantasía; en lo que concluía, por lo general, era en una segunda comida, desplegada en sucesión inversa. Con un café y buena cantidad de bebidas estimulantes Leona exhibía de nuevo su capacidad receptiva y se excitaba con sorpresas hasta tener saciada su pasión. Al final estaba su cuerpo tan lleno de cosas estupendas que

apenas las podía retener. Miraba alrededor radiante y perezosa, y aunque nunca fue muy comunicativa, hacía de buena gana consideraciones retrospectivas acerca de los manjares que había ingerido. Cuando decía Polmone a la Torlonia o manzanas a la Melville dejaba salir las palabras como aquel que busca y aprovecha la oportunidad para mencionar con estudiada negligencia su entrevista con el príncipe o el lord del mismo nombre.

A Ulrich no le agradaba hacerse ver en público acompañando a Leona; por eso le daba de comer generalmente en su casa, donde bien podía arremeter con la cornamenta y los muebles. Pero ella se sentía herida en su pundonor social, y cuando el hombre sin atributos, mediante las más exóticas pitanzas que puede aderezar un cocinero de cartel, conseguía inducirla a intemperancia solitaria, ella se consideraba víctima de un abuso, igual al de una mujer que se da

cuenta de que es amada por su cuerpo y no por su alma. Ella era hermosa y cantante. No necesitaba ocultarse. Todas las noches pendían de su figura las concupiscencias de docenas de hombres que le hubieran dado la razón. Sin embargo, este hombre, que en el fondo deseaba encontrarse a solas con ella, nunca se atrevió a decirle siquiera: “Leona, tu c... me vuelve loco”, ni a lamerse el bigote de apetito al verla, como hacían sus cortejadores y a lo cual estaba ella acostumbrada. Leona le despreciaba un poquito, aunque se mantenía fiel a él. Ulrich lo sabía. Conocía bien la manera de comportarse en compañía de Leona, pero el tiempo en el que hubiera puesto a flor de labios una frase semejante - sus labios llevaban, por lo demás, bigote-, quedaba muy atrás. Cuando uno no pone ya en práctica aquello de lo que antes fue capaz, por estúpido que sea, es como si un ataque apoplético le paralizara una mano o una pierna. A Leona se le había subido a la

cabeza la comida y la bebida, y a Ulrich se le bamboleaban los ojos viéndola. Era la hermosura de la duquesa que Ekkehard de Schefiel llevó dentro de los muros del monasterio, la hermosura de la doncella con el halcón en el puño, la hermosura legendaria de la emperatriz Isabel con sus largas y pesadas trenzas, un encanto para gentes difuntas. En descripción más exacta, ella le recordaba la divina Juno, pero no la eterna e imperecedera, sino la imagen que en un tiempo pasado y lejano se denominó junoniana. Así, el sueño del ser no se volcaba más que ligeramente sobre la materia. Sin embargo, Leona sabía que quien recibe una invitación distinguida debe corresponder de alguna manera, aun cuando el que invita no manifieste su deseo, y que no basta dejarse contemplar. Por eso se levantaba en cuanto podía y se ponía a cantar con serenidad y a voz en grito. Aquellas tardes le parecían a su amigo como hojas desprendidas de un álbum ilustrado

con toda clase de incidencias y pensamientos, pero momificado (como todo lo arrancado de su contexto), y Heno de esa tiranía de lo eternamente anquilosado, de donde deriva la fatídica fascinación de cuadros vivientes, como si la vida recibiera de pronto un somnífero y se presentara rígida, coherente consigo misma, claramente limitada y, sin embargo, sin sentido dentro del todo.

7 - En un estado de debilidad se conquista Ulrich una nueva querida

UNA mañana temprano, Ulrich regresó a casa maltrecho. El traje colgaba ajado de su cuerpo, sobre su magullada cabeza fue preciso aplicar paños mojados, el reloj y la cartera habían desaparecido. No sabía si se los habían robado los tres hombres con los que peleó la noche anterior o había sido un manso filántropo que aprovechó el breve tiempo que permaneció en el suelo sin sentido para llevárselos. Se acostó en la cama y, mientras reposaban sus miembros descoyuntados, reconstruyó con el pensamiento su aventura.

Los tres individuos se habían detenido súbitamente ante él; pudo ser que hubiera

rozado a alguno de ellos en medio de la oscuridad de la calle desierta, pues iba distraído, absorto en sus consideraciones; los rostros aparecieron ya iracundos y contraídos cuando entraron en el contorno iluminado del farol. Entonces cometió él un error. Tenía que haber reaccionado rápido y empujar violentamente con la espalda al que le atacaba por detrás, o hincarle el codo en el estómago e inmediatamente intentar escapar, pues es inútil luchar uno solo contra tres forzudos. Él, por el contrario, había titubeado unos instantes. La edad tuvo la culpa, sus treinta y dos años; hostilidad y amor necesitan algo más de tiempo. No quería creer que aquellos tres rostros, que le miraron con tanta ira y desprecio, no buscaban otra cosa que su dinero; más bien se inclinaba a creer que era odio lo que había tomado cuerpo en aquellas sombras nefastas. Mientras los salteadores le insultaban con palabras groseras, le halagaba el pensamiento de que

quizá no fueran salteadores, sino burgueses como él, algo bebidos y privados del freno inhibitorio, los cuales, al sorprenderse de su escurridiza aparición, descargaban sobre él su odio, odio que está siempre latente (contra él y contra todo lo extraño), como la tormenta en la atmósfera. Él mismo sentía algo parecido también de cuando en cuando. Muchísimos hombres se sienten hoy día en lamentable contradicción con otra infinidad de semejantes. Es un rasgo característico de la cultura la arraigada desconfianza que siente el hombre frente a todos los que no entran en su propia esfera, o sea, que no solamente un germano considera a un judío como un ser inferior o inconcebible, sino que lo mismo piensa un futbolista de un pianista. En definitiva, el objeto existe sólo merced a sus límites y gracias a una actitud en cierto modo hostil contra el ambiente que lo circunda; sin el Papa no se hubiera dado Lutero, y sin los paganos tampoco el Papa;

por eso es innegable que el más profundo apoyo que pueda encontrar el hombre en sus semejantes consiste en su rechazo. En esto pensó él, aunque, claro está, no tan específicamente; sin embargo conocía este estado de incierta hostilidad atmosférica de que está lleno el aire que respira nuestra generación y si esto quedara concentrado, de repente, en tres desconocidos que, como el trueno y el relámpago, estallan para desaparecer eternamente, todo ello resultaría casi un alivio.

Poco a poco iba convenciéndose de haber reflexionado ante los tres bribones con demasiada lentitud. Cuando se le abalanzó el primero, Ulrich le hizo retroceder adelantándose con un golpe en la barbilla, pero el segundo, al que tenía que haber liquidado con la misma rapidez y al que tan sólo había rozado con el puño, le encasquetó un golpe tan fulminante en la cabeza que por poco se la parte. Cayó de rodillas, se sintió cogido;

entonces, con un esfuerzo casi sobrehumano, que suele quedar y sigue generalmente al primer derrumbamiento del cuerpo, se levantó y acometió contra el revuelto de cuerpos extraños, pero éstos le molieron a puñetazos cada vez más certeros.

Reconocido el error cometido, simplemente de carácter deportivo y comparable al salto demasiado corto de un acróbata, Ulrich, que no había perdido la entereza de sus nervios, se durmió sumiéndose en su éxtasis delicioso de espirales intermitentes que había acompañado también antes a la pérdida gradual del conocimiento en el momento del derrumbe.

Al despertarse, se aseguró de que sus lesiones no habían sido de consideración, y volvió a meditar en el suceso. Toda reyerta deja mal sabor de boca, de algo así como una intempestiva familiaridad. Independientemente del hecho de haber sido él el agredido, Ulrich tenía la impresión de no haberse

comportado como debía. ¿En qué aspecto? Al borde de las calles, donde cada trescientos pasos se encuentra un guardia municipal sancionando hasta la más mínima transgresión del orden, hay otras que exigen tanta fuerza y astucia como una selva virgen. La humanidad produce biblias y armas, tuberculosos y tuberculina. Es democrática con reyes y nobleza; construye iglesias y contra ellas nuevas universidades; transforma los conventos en cuarteles, pero los dota de capellanes castrenses. Naturalmente provee también a los malhechores con porras de goma rellenas de plomo para golpear el cuerpo de un semejante y quebrantar su salud, y después pone a disposición de este cuerpo ultrajado y desamparado lechos de pluma, como el que acogía en aquel momento a Ulrich y que parecía envuelto de respeto y delicadeza. Ésta es la conocida cuestión de las contradicciones, inconsecuencias e imperfección de la vida. Aquí se

sonríe o se suspira. Ulrich, sin embargo, no hacía así. Odiaba esa conducta, mezcla de renuncia y de amor ciego, de algunas vidas, que toleran contradicciones y medias verdades como una tía solterona tolera las impertinencias de su sobrino. A la hora de levantarse tampoco se mostraba excesivamente diligente, saltando rápido de la cama, sobre todo si comprobaba que el permanecer en ella podía ayudarle a sacar provecho del desorden de la humanidad, pues en algún sentido viene a ser eso una conciliación de la conciencia con la cosa a expensas de ésta, un cortocircuito, una huida al mundo privado, cuando uno evita para sí lo malo y se procura lo bueno en vez de preocuparse del bien común. Para Ulrich, después de aquella experiencia involuntaria, apenas tenía utilidad el desarme y la destitución de los reyes y el que un progreso mayor o menor hiciera disminuir la estupidez y la maldad; porque la medida de los abusos y de la perversidad

vuelve de nuevo a completarse, como si del mundo un pie resbalara siempre hacia atrás, al tiempo que el otro avanza. ¿Quién pudiera conocer las causas y el mecanismo secreto de todo esto! Tendría más importancia que ser buena persona según principios anticuados; así es que Ulrich se inclinaba en su moral más hacia el servicio de estado mayor que al vulgar heroísmo del obrar bien.

Seguía representándose la aventura nocturna. Cuando recobró el conocimiento, después del infeliz resultado de la lucha, vio pararse un taxi junto a la acera y salir de él al conductor que intentó incorporarle, mientras una señora se inclinaba hacia él con una expresión angelical en el rostro. Después de un colapso, al volver uno en sí, todo aparece como en los libros infantiles; pronto, sin embargo, dejó paso el delirio a la realidad consciente; la presencia de aquella mujer infundió un soplo suave y estimulante, como de agua de colonia; se dio cuenta de no haber

padecido daños mayores e intentó ponerse en pie con garbo. No lo consiguió con la agilidad deseada, por lo que la señora se ofreció solícita a conducirlo a donde pudiera encontrar socorro. Ulrich manifestó su deseo de volver a casa; dado, pues, que todavía no había salido de su atolondramiento, la señora condescendió. En el automóvil se recuperó en seguida. Sintió una maternal sensualidad junto a sí, una nube delicada de idealismo altruista en cuyo calor comenzaban a formarse pequeños cristales de duda y de temor ante una acción indeliberada al mismo tiempo que volvía a ser hombre; los cristales llenaban el aire con la suavidad de una nevada. Describió el incidente, y la hermosa mujer, que aparentaba ser algo más joven que él, o sea, quizá unos treinta años, censuró con palabras enérgicas la brutalidad de los hombres y se mostró profundamente enternecida.

Ulrich justificó vivamente el percance y declaró, ante la estupefacción de la hermosura maternal de su costado, que tales experiencias bélicas no se deben juzgar atendiendo al resultado. Su incentivo está en el hecho de que en un brevísimo espacio de tiempo, con una rapidez propia y exclusiva de la vida burguesa y bajo la guía de señales apenas perceptibles, tienen que ejecutarse tantos y tan diversos movimientos enérgicos, estrechamente coordinados, que resulta imposible controlarlos con plena conciencia. Al contrario, todo deportista sabe que debe entrenarse días antes de la competición con el fin único de que puedan ponerse de acuerdo sus músculos y nervios sin que la voluntad, la mente y la conciencia tengan después que intervenir. En el momento de la acción, repuso Ulrich, sucede siempre así: los músculos y los nervios saltan y luchan con el yo; éste, a su vez, el cuerpo entero, el alma, la voluntad, la totalidad de la persona, tal como

lo define y limita el derecho civil, es transportado superficialmente, como Europa a lomos de toro; y si alguna vez no ocurre así, si ocurre la desgracia de caer un rayo de reflexión en esta oscuridad, entonces fracasa normalmente el intento.

Ulrich se había explicado elocuentemente. Aseguró todavía que este fenómeno experimental de un ensimismamiento casi total, o vaciado de la persona consciente, es, en el fondo, afín a las malogradas experiencias de los místicos de todas las religiones, y que son, por tanto, en cierto modo un sustituto temporal de exigencias eternas; aunque sea deficiente, es por lo menos algo. En consecuencia, el boxeo y otros deportes análogos, que componen un sistema racional, son una especie de teología, aunque no se puede pretender que sea reconocida universalmente como tal.

Ulrich quiso hablar así a su compañera, en parte, para defenderse a sí mismo y para

distraerla del lamentable estado en que le había encontrado. En tales circunstancias era difícil que ella pudiera distinguir si hablaba en serio o en broma. De todos modos, le pudo parecer natural que intentara explicar la teología mediante el deporte, lo que no dejaba de ser interesante, pues el deporte es algo temporal, y la teología, en cambio, una cosa de la que nadie sabe nada, si bien encontramos en todas partes muchas iglesias. Como quiera que sea, le pareció una feliz casualidad la que le permitió salvar a un hombre de tanto ingenio; al mismo tiempo se preguntaba si no estaría todavía bajo los efectos de la conmoción cerebral.

Ulrich, queriendo decir algo que fuera inteligible, aprovechó la oportunidad para hacer la observación de que también el amor pertenece a las experiencias religiosas y peligrosas, porque sustrae al hombre de los brazos de la razón y lo traslada a un estado inconsciente sobre un abismo sin fondo.

-”Sí -dijo la señora-; pero el deporte es una cosa burda.”

-”Sin duda -contestó Ulrich- hay que conceder que el deporte es una cosa burda. Se podría afirmar incluso que es el resultado de un odio universal, sagazmente defendido y precipitado en un torneo. Generalmente se dice lo contrario, que el deporte une, que fomenta el espíritu de compañerismo, y cosas parecidas; pero en el fondo, esto sólo prueba que brutalidad y amor no se hallan más distanciados entre sí que las dos alas de un gran pájaro multicolor y mudo.”

Ulrich acentuó la voz sobre las alas y el pájaro mudo: una imagen sin justo sentido, pero un poco llena de aquella monstruosa sensualidad con la que la vida satisface en su organismo inmenso todos los contrastes rivales; él advirtió entonces que su vecina no había comprendido lo más mínimo; a pesar de todo, la suave nevada que ella derramaba y esparcía en el coche se había hecho más

densa. Se volvió hacia ella cara a cara y le preguntó si sentía acaso aversión a hablar de tales problemas corporales. El ejercicio corporal se está poniendo demasiado en boga y naturalmente encierra un sentimiento horrible, porque el cuerpo, cuando está muy entrenado, ejerce predominio y responde a todo estímulo sin esperar órdenes, con sus autónomos movimientos y con tal seguridad que a su dueño no le queda más que hacer que admirarlo, mientras su carácter hace parejas con cualquier parte del cuerpo.

Parecía que de hecho le había afectado profundamente este problema a la joven señora: se mostró conmovida ante tales palabras, respiró hondo y se apartó un poco cautelosamente. Fue como si un mecanismo semejante al descrito se hubiera puesto en movimiento dentro de ella: un resuello, un rubor, palpitaciones aceleradas del corazón, y quizá alguna otra cosa más. Pero precisamente en aquel momento se detuvo el coche

ante la casa de Ulrich. Sin tiempo que perder, se dirigió sonriente a su salvadora y le rogó se dignara darle su dirección para hacerle después una visita de cortesía y agradecimiento; para asombro suyo, no le fue otorgado aquel favor. La oscura reja de forja se cerró a espaldas del estupefacto Ulrich. Es de suponer que la señora se detendría entonces a contemplar el viejo parque, plantado de siluetas altas, negras, interrumpiendo la luz de las lámparas eléctricas, las ventanas que se inflamaban, los bajos aleros del palacete que parecían tenderse sobre el fino césped esmeralda, paredes cubiertas de cuadros y filas de libros multicolores; el compañero de viaje, fríamente despedido, entró en su inesperadamente bella casa.

Así habían sucedido las cosas; mientras Ulrich reflexionaba todavía en lo desagradable que hubiera sido tener que perder otra vez el tiempo en una de aquellas aventuras

amorosas de las que estaba harto, le llegó el anuncio de la visita de una señora que no quería decir quién era, envuelta en tupidos velos. Era la misma que había ocultado su nombre y su dirección, pero que ahora, romántica y caritativa, con el pretexto de informarse sobre la salud de Ulrich, daba curso a la aventura por propia iniciativa.

Dos semanas después, Bonadea era su querida desde hacía quince días.

8 - Kakania

EN la edad en que más aprecio se hace de los servicios del sastre y del barbero, cuando más se mira uno al espejo, muchos suelen soñar en un lugar ideal para vivir o, al menos, en un modus vivendi que esté de moda, aunque no satisfaga al gusto personal. Tal idealización estereotipada de la sociedad viene atribuyéndose desde hace tiempo a un tipo de ciudad superamericana donde para todo, para emprender la marcha o para hacer un alto en el camino, se echa mano del cronómetro. Tierra y aire construyen un hormiguero horadado de calles y pisos. Vehículos aéreos, terrestres, subterráneos, postales, caravanas de automóviles se cruzan horizontalmente; ascensores velocísimos absorben en sentido vertical masas humanas y las vomitan en los distintos niveles de

tráfico; en los puntos de enlace se salta de un medio de locomoción a otro, y entre dos velocidades rítmicas, por las que uno es arrastrado y lanzado sin consideración, hay una pausa, una síncopa, una pequeña hendedura de veinte segundos en cuyos intervalos apenas se consigue cambiar dos palabras. Preguntas y respuestas engranan como piezas de máquina, cada individuo carga con sus obligaciones, las profesiones se agrupan, se toma el alimento mientras se hace otra cosa, las diversiones se concentran en zonas especiales, y en otras se alzan torres donde uno encuentra mujer, familia, gramófono y alma. Tirantez y laxitud, actividad y amor se desmiembran temporalmente y se miden conforme a un estricto sistema de laboratorio. Si en el desenvolvimiento de cualquiera de estas funciones surgen dificultades, se desiste de ellas: no tardarán en presentarse otras, o bien alguien que también haya errado el camino; nada de esto perjudica porque el

máximo derroche de fuerza es causado por la arrogancia de creerse llamado a completar un fin personal predeterminado. En una colectividad todo camino conduce a un buen fin, si no se titubea y reflexiona demasiado. La meta está puesta a breve distancia, pero también la vida es breve; así se obtiene de ella el máximo rendimiento; el hombre no necesita más para ser feliz, pues el éxito conseguido da forma al alma, mientras que aquello a lo que se aspira sin conseguirlo tan sólo la retuerce; la felicidad no depende tanto de lo que se desea, sino de lo que se alcanza. Además, enseña la zoología que de un conjunto de individuos limitados puede resultar una especie genial.

No es seguro que vaya a suceder así, pero semejantes fantasías recuerdan los sueños de los viajes en que se refleja el incesante movimiento que nos arrastra. Son superficiales, inquietos y cortos. Sabe Dios en qué acabarán. Se debería creer que en cada

momento tenemos en nuestra mano los elementos y la posibilidad de ponernos a la obra y de planearla para todos. Si no nos satisface el asunto de la velocidad, inventemos otra cosa. Por ejemplo, una cosa lenta, con una felicidad fluctuante como un velo, misteriosa como un caracol marino y con una profunda mirada de vaca que ya los griegos fantasearon. Pero esto no es así ni mucho menos. La cosa nos tiene dominados. Día y noche viajamos dentro de ella, y en ella desarrollamos toda nuestra actividad; allí se afeita uno, come, ama, lee, ejerce el propio oficio, como si las cuatro paredes estuvieran fijas y lo inquietante es que las paredes viajen sin que lo advirtamos, y los raíles se proyecten como largos hilos tangibles y curvados hacia adelante, pero sin saber hasta dónde. Por encima de todo se pretende tomar parte de las fuerzas que guían el tren del tiempo. Éste es un papel muy confuso: cuando se mira afuera, después de algún

tiempo, se ve que el paisaje ha cambiado; lo que aquí pasa de largo, pasó; no puede ser de otra manera, pero, pese a todo sentimiento de entrega, cada vez adquiere más fuerza un sentimiento desagradable, como de haberse pasado del lugar de destino o haber ido a parar a una falsa desviación. Un buen día aparece la frenética necesidad; **[a]ppearse!**, **[s]altar!** **[U]n** deseo de ser impedido, de no seguir desarrollándose, de parar, de retroceder al punto que precede a un falso empalme! En aquellos buenos tiempos del pasado, cuando aún existía el Imperio austríaco, se podía abandonar el tren del tiempo en un caso así, tomar un tren corriente de una vía férrea común y volver a la patria.

Allí, en Kakania, aquella nación incomprendible y ya desaparecida, que en tantas cosas fue modelo no suficientemente reconocido, allí había también velocidad, pero no excesiva. Cuantas veces se pensaba desde el extranjero en este país, se soñaba en los

caminos blancos, anchos y cómodos del tiempo de los viajes a pie y de las diligencias, con bifurcaciones en todas direcciones semejando canales regulados y galones de claro cutí en los uniformes, estrechando las provincias con el abrazo del papeleo administrativo. ¶ qué comarcas! Mares y glaciares, el Carso, Bohemia con sus campos de grano, las costas adriáticas con el chirrido de inquietos grillos, aldeas eslovacas donde el humo salía de las chimeneas como de los aleros de una nariz respingona, y el pueblecito agazapado entre dos colinas como si hubiera abierto la tierra sus labios para calentar entre ellos a su criatura. Por estas carreteras, naturalmente, también rodaban automóviles, pero no demasiados. Aquí se preparaba, como en otras partes, la conquista del aire, pero sin excesivo entusiasmo. De cuando en cuando se enviaba algún barco a Sudamérica o al Asia oriental, pero no muchas veces; se tenía asiento en el centro

de Europa donde se intersecaban los antiguos ejes del continente; las palabras colonia y ultramar sonaban como algo lejano y desconocido. El lujo crecía, pero muy por debajo del refinamiento francés. Se cultivaba el deporte, pero no tan apasionadamente como en Inglaterra. Se concedían sumas enormes al ejército, pero sólo cuanto necesitaba para figurar como la segunda más débil de las grandes potencias. También la capital era un poco más pequeña que todas las otras metrópolis del mundo, pero algo más grande de lo que suele constituir una gran ciudad. El país estaba administrado por un sistema de circunspección, discreción y habilidad, reconocido como uno de los sistemas burocráticos mejores de Europa, al que sólo se podía reprochar un defecto: para él genio y espíritu de iniciativa en personas privadas, sin privilegio de noble ascendencia o de cargo oficial, era incompetencia y presunción. Pero ¿a quién le gustaría dejarse guiar por

desautorizados? En Kakania el genio era un majadero, pero nunca, como sucedía en otras partes, se tuvo a un majadero por genio.

Cuántas cosas interesantes se podrían decir de este Estado hundido de Kakania. Era, por ejemplo, imperial-real, y fue imperial y real; todo objeto, institución y persona llevaba alguno de los signos k.k. o bien k.u.k., pero se necesitaba una ciencia especial para poder adivinar a qué clase, corporación o persona correspondía uno u otro título. En las escrituras se llama Monarquía austro-húngara; de palabra se decía Austria, con un término, pues, que se usaba en los juramentos de Estado, pero se conservaba en las cuestiones sentimentales, como prueba de que los sentimientos son tan importantes como el derecho público, y de que los decretos no son la única cosa del mundo verdaderamente seria. Según la Constitución, el Estado era liberal, pero tenía un gobierno clerical. El gobierno era clerical, pero el

espíritu liberal reinaba en el país. Ante la ley, todos los ciudadanos eran iguales, pero no todos eran igualmente ciudadanos. Existía un Parlamento que hacía uso tan excesivo de su libertad que casi siempre estaba cerrado; pero había una ley para los estados de emergencia con cuya ayuda se salía de apuros sin Parlamento, y cada vez que volvía de nuevo a reinar la conformidad con el absolutismo, ordenaba la Corona que se continuara gobernando democráticamente. De tales vicisitudes se dieron muchas en este Estado, entre otras, aquellas luchas nacionales que con razón atrajeron la curiosidad de Europa, y que hoy se evocan tan equivocadamente. Fueron vehementes hasta el punto de trabarse por su causa y de paralizarse varias veces al año la máquina del Estado; no obstante, en los períodos intermedios y en las pausas de gobierno la armonía era admirable y se hacía como si nada hubiera ocurrido. En realidad no había pasado nada, ténicamente

la aversión que unos hombres sienten contra las aspiraciones de los otros (en la que hoy estados todos de acuerdo), se había presentado temprano en este Estado, se había transformado y perfeccionado en un refinado ceremonial que habría podido tener grandes consecuencias, si su desarrollo no se hubiera interrumpido antes de tiempo por una catástrofe.

En efecto, no solamente había aumentado la aversión contra el ciudadano hasta ser un sentimiento colectivo; incluso la desconfianza frente a sí mismo y al propio destino había adquirido un carácter de profunda certidumbre. Se procedía en este país -y hasta los últimos grados de la pasión y sus consecuencias- siempre de distinto modo de como se pensaba, o se pensaba de un modo y se obraba de otro. Observadores desconocedores de la realidad calificaron este fenómeno de cortesía o de debilidad, atribuidas siempre al carácter

austríaco. Pero eso era falso, como falso es definir las manifestaciones de un país simplemente por el carácter de sus habitantes. Un paisano tiene por lo menos nueve caracteres: carácter profesional, nacional, estatal, de clase, geográfico, sexual, consciente, inconsciente y quizá todavía otro carácter privado; él los une todos en sí, pero ellos le descomponen, y él no es sino una pequeña artesa lavada por todos estos arroyuelos que convergen en ella, y de la que otra vez se alejan para llenar con otro arroyuelo otra artesa más. Por eso tiene todo habitante de la tierra un décimo carácter y éste es la fantasía pasiva de espacios vacíos; este décimo carácter permite al hombre todo, a excepción de una cosa: tomar en serio lo que hacen sus nueve caracteres y lo que acontece con ellos; o sea, en otras palabras, prohíbe precisamente aquello que le podría llenar. Este espacio, reconocido como difícil de describir, tiene en Italia colores y forma distintos que en

Inglaterra, porque eso que se destaca en él tiene allí otra forma y otro color, y es en una y otra parte el mismo espacio vacío e invisible en cuyo interior está la realidad, como una pequeña ciudad de piedra de un juego de construcciones infantil, abandonada por la fantasía.

Sí hay alguien que tenga buena vista podrá ver que lo sucedido en Kakania fue precisamente eso, y en eso era Kakania, sin que lo supiera el mundo, el Estado más adelantado; era el Estado que se limitaba a seguir igual, donde se disfrutaba de una libertad negativa, siempre con la sensación de no tener la propia existencia suficiente razón de ser; allí se fantaseaba sobre lo no realizado o, al menos, sobre lo no irrevocablemente realizado, bañándolo todo como con el soplo húmedo de los océanos de donde ha surgido la humanidad.

“Ha pasado esto o aquello”, se decía en Kakania, mientras otros, en alguna otra

parte, creían que se había producido un fenómeno milagroso; era una expresión privativa que no se daba ni en alemán ni en ningún otro idioma; al pronunciarla, las realidades y los reveses del destino se hacían tan ligeros como plumas y pensamientos. Sí, a pesar de todo lo que se diga en contra, Kakania era quizá un país de genios, y probablemente fue ésta la causa de su ruina.

9 - La primera de tres tentativas para llegar a ser un hombre distinguido

ESTE hombre no podía acordarse, después de volver del extranjero, de un solo instante de su vida en que no hubiera estado animado del deseo de llegar a ser una persona distinguida; aparecía en él como una cualidad innata. Es cierto que semejantes pretensiones pueden denunciar vanidad y estupidez; sin embargo, no es menos cierto que se trata de una aspiración muy bella y justa, sin la cual se hubieran dado probablemente pocas personas de relieve.

La fatalidad del caso estaba en que él no sabía siquiera qué es ser un hombre distinguido ni cómo se consigue. De estudiante creyó que Napoleón lo era; pero esta

apreciación provenía de la natural admiración que en la juventud causa la delincuencia, y en parte también porque los maestros presentaban a este tirano, que intentó devastar Europa, como el malhechor más facineroso de la historia. La consecuencia fue que Ulrich, en cuanto pudo evadirse de la escuela, se incorporó como alférez en un regimiento de caballería. Si le hubieran preguntado entonces por los motivos de su determinación, probablemente no hubiera respondido: adiestrarme en el oficio de la tiranía; tales deseos son jesuíticos: el genio de Napoleón comenzó a revelarse al ser nombrado general. ¿Qué medios habría de usar, pues, Ulrich, simple alférez, para convencer a su coronel de la necesidad de tal requisito? Ya en tiempos de su instrucción militar quedó claro que el coronel no compartía esta opinión. Sin embargo, Ulrich, de no haber sido tan ambicioso, se hubiera abstenido de maldecir el pacífico campo de instrucción en el

que no es posible distinguir la presunción de la vocación. A eslóganes pacifistas como “iniciación del pueblo en las armas” no concedía el menor valor; se dejaba apoderar más bien del recuerdo apasionado de épocas heroicas de despotismo, poderío y soberbia. Tomaba parte en competiciones hípcas, se batía en duelos y distinguía sólo tres clases de personas: oficiales, mujeres y civiles; esta última estaba constituida por un grupo de hombres corporalmente subdesarrollados e intelectualmente despreciables, cuyas esposas e hijas eran presa de los oficiales. Él se entregaba a un sublime pesimismo: le parecía que, siendo el oficio de soldado un instrumento cortante e incandescente, era preciso emplearlo para partir y cauterizar el mundo, en bien suyo.

Ulrich se libró por suerte de todo esto, pero un día hizo una experiencia. Durante un acto social tuvo un pequeño choque con un conocido hacendista; quiso resolver el

conflicto con su método de costumbre, pero aprendió que también entre los civiles hay hombres defensores de sus mujeres. El financiero recurrió al ministro de la Guerra, al que conocía personalmente, y el resultado fue que Ulrich hubo de presentarse ante el coronel, quien le explicó la diferencia que existe entre un archiduque y un simple oficial. Desde aquel día no le agradó la vida militar. Había esperado encontrarse en un escenario de aventuras extrañas en el que él iba a ser el héroe, y de repente se vio, como un joven borracho, alborotando una amplia plaza vacía, sin nadie para contestarle a no ser el eco de las piedras. Cuando lo comprendió, dijo adiós a aquella ingrata carrera en la que había ascendido hasta el grado de teniente, y abandonó el servicio.

10 - Segunda tentativa. El hombre sin atributos da los primeros pasos haría una moral propia

PERO Ulrich cambió solamente de cabalgadura cuando pasó de la caballería a la técnica; el nuevo caballo era de acero y corría diez veces más veloz.

En el mundo de Goethe el crujido del telar era aborrecido como un ruido ingrato; en el tiempo de Ulrich comenzaba a hacerse agradable el canto de las máquinas, el de los martillos y el de las sirenas de las fábricas. No se crea que los hombres se dieron en seguida cuenta de que un rascacielos era más alto que un hombre a caballo; al contrario, todavía hoy, cuando se proponen emprender algo extraordinario, no cabalgan montados

en un rascacielos sino en un corcel de mucha alzada, corren veloces como el viento y aguzan la vista, no como un reflector gigante, sino como un águila. El sentimiento no ha aprendido todavía a servirse de la razón; entre ambos hay una diversidad de desarrollo casi tan grande como entre el apéndice del intestino y la corteza del cerebro. Significa, pues, no poca suerte, si se consigue caer en la cuenta, como Ulrich al culminar el período álgido de su vida, de que el hombre, frente a todo lo que precia de digno y noble, adopta una actitud menos moderna que las máquinas.

Al entrar Ulrich en las aulas donde se enseñaba la mecánica quedó entusiasmado. ¿Qué importancia tiene el Apolo de Belvedere, cuando se ponen delante de los ojos las formas nuevas de una turbodínamo, o el mecanismo de distribución de una locomotora? ¿A quién puede interesar la milenaria murmuración sobre las acciones buenas

o malas, cuando se ha comprobado que no se trata de “valores constantes”, sino de “valores funcionales”, de modo que la bondad de las obras depende de las circunstancias históricas, y la bondad de los hombres de la habilidad psicotécnica con la que se devalúan sus aptitudes? El mundo es sencillamente cómico, si se le considera desde el punto de vista técnico, privado de practicidad en todas sus relaciones humanas, extremadamente inexacto y antieconómico en sus métodos; y quien esté acostumbrado a resolver sus asuntos con la regla de cálculo no puede tomar en serio una buena mitad de las afirmaciones de los hombres. La regla de cálculo consta de dos sistemas de números y rayitas, combinados con extraordinaria precisión: dos tablillas corredizas, barnizadas en blanco, de sección trapezoidal plana, con cuya ayuda se pueden solucionar en un abrir y cerrar de ojos los problemas más complicados, sin perder inútilmente ni un solo

pensamiento; es un pequeño símbolo que se lleva en el bolsillo del chaleco y se hace sentir como una raya dura y blanca sobre el corazón. Cuando se posee una regla de cálculo y viene alguien con grandes afirmaciones y sentimientos, se dice: “Un momento, por favor, calculemos primero los límites del error y el valor probabilístico de todo.”

Esto era sin duda una descripción viva de la ingeniería. Constituía el marco de un futuro fascinador, un autorretrato que representaba un hombre de rasgos enérgicos, con una pipa entre los dientes, una gorra deportiva en la cabeza y espléndidas botas de montar, de viaje entre Ciudad del Cabo y Canadá, enviado por su casa comercial para realizar grandiosos planes. Entre una cosa y otra puede dedicarse un tiempo a sacar del pensamiento técnico alguna idea para organizar y gobernar el mundo, o para formular sentencias como aquella de Emerson que

debería figurar en todo taller: “Los hombres vagan por el mundo como profecías del futuro y todas sus obras son tentativas y pruebas; pues toda acción puede ser superada por la siguiente.” Esta frase, a decir verdad, la compuso Ulrich sirviéndose de otras similares de Emerson.

Es difícil decir por qué los ingenieros no son como les corresponde. ¿Por qué llevan, por ejemplo, tan frecuentemente un reloj con una cadena que cuelga del bolsillo del chaleco y va hasta el botón más alto describiendo una curva abierta y pendiente, o la dejan festonear la barriga en consonancia ascendente y descendente como si se tratara de una poesía? ¿Por qué les agrada hincar en la corbata broches con dientes de ciervo o pequeñas herraduras? ¿Por qué están contruidos sus trajes como los elementos de un automóvil? ¿Por qué, sobre todo, apenas hablan de otra cosa que de su profesión? Y si hablan de otro asunto, ¿por qué lo hacen de

un modo tan rígido, raro, externo, sin correlación, y que no penetra a mayores honduras que la epiglotis? Esto no es naturalmente aplicable a todos, pero sí a muchos, y aquellos a quienes conoció Ulrich cuando prestó sus servicios en la oficina de una fábrica eran así. Se mostraban hombres pegados a sus tableros, amantes de su oficio, poseedores de una habilidad admirable; pero la insinuación de aplicar la audacia de sus pensamientos a sí mismos, en lugar de destinarlos a las máquinas, la hubieran considerado como la posibilidad de hacer con un martillo una monstruosa arma homicida.

Así terminó rápidamente la segunda y más concienzuda tentativa emprendida por Ulrich para llegar por el camino de la técnica a ser un hombre fuera de lo común.

11 - La tentativa más importante

SIEMPRE que Ulrich reflexionaba sobre lo acaecido hasta entonces, meneaba la cabeza, como si se tratara de la transmigración de su alma; no así cuando pensaba en el tercero de sus experimentos. Es comprensible que un ingeniero viva ensimismado en su especialidad en vez de desplegar sus actividades en el libre y vasto mundo del pensamiento, aunque se envíen sus máquinas a todos los confines de la tierra; no se exige que sepa trasladar a su alma privada el espíritu audaz e innovador del alma de su técnica, así como tampoco se exige que una máquina se aplique a sí misma una ecuación infinitesimal. De la matemática no se puede decir lo mismo; en ella está la nueva lógica y el

espíritu en su misma esencia, en ella están las fuentes del tiempo y la génesis de una transformación formidable.

Si ejecución de sueños ancestrales es poder volar con los pájaros y navegar con los peces, penetrar como la broca en los cuerpos de montañas gigantes, enviar mensajes a velocidades divinas, divisar lo invisible y percibir lo remoto, oír hablar a los muertos, anegarse en salutíferos sueños milagrosos, ver con ojos vivos el aspecto que tendremos veinte años después de muertos, descubrir en noches resplandecientes mil cosas de encima y de abajo de este mundo que antes nadie conocía; si luz, calor, fuerza, placer, comodidad son los sueños primordiales del hombre, en tal caso las investigaciones actuales no solamente son ciencia, sino también una magia, un rito de poderosísima fuerza sentimental e intelectual que induce a Dios a ir abriendo uno tras otro los pliegues de su manto, una religión cuya dogmática

está regida y basada en la dura, valiente, ágil lógica de la matemática, fría y aguda como la hoja de un cuchillo.

Por lo demás, es indiscutible que todos estos sueños antiquísimos se realizaron, en opinión de los no matemáticos, de muy distinta manera de como lo habían imaginado al principio. El cuerno del cartero de Münchhausen era más bonito que una bocina electrónica con el sonido en conserva; las botas de siete leguas, más bonitas que un automóvil; el imperio del rey Laurin, más bonito que un túnel ferroviario, las raíces curativas de la mandrágora más bonitas que un telegrama ilustrado, comer el corazón de la propia madre y entender el lenguaje de las aves, más bonito que un estudio zoopsicológico sobre la expresión rítmica del gorjeo de los pájaros. Hemos conquistado la realidad y perdido el sueño. Ya nadie se tiende bajo un árbol a contemplar el cielo a través de los dedos del pie, sino que todo el mundo trabaja;

tampoco debe engañar nadie al estómago con idealizaciones, si quiere ser de provecho, más bien tiene que comer chuletas y moverse. Es exactamente como si la vieja e inepta humanidad se hubiera dormido sobre un hormiguero, y la nueva se encontrara al despertarse con las hormigas en la sangre; desde entonces se ve, por eso, obligada a realizar las extorsiones más violentas sin conseguir aplacar la frenética comezón de la laboriosidad animal. No es necesario dar muchas vueltas a esto; hoy día parece evidente a la mayor parte de los hombres que la matemática se ha mezclado como un demonio en todas las facetas de nuestra vida. No todos creen en la historia del diablo al que se puede vender el alma, pero al menos aquellos que entienden algo del asunto, por llevar el título de clérigos, historiadores o artistas y perciben, como tales, buenos beneficios, atestiguan que la matemática les ha arruinado y que ella ha sido el origen de una

razón perniciosa que, a la vez que ha proclamado al hombre señor del mundo, lo ha hecho también esclavo de la máquina. La aridez interior, el desmesurado rigorismo en las minucias junto a la indiferencia en el conjunto, el desamparo desolador del hombre en un desierto de individualismos, su inquietud, su maldad, su asombrosa apatía del corazón, el afán de dinero, la frialdad y la violencia que caracterizan a nuestro tiempo son, según estos juicios, única y exclusivamente consecuencia del daño que ocasiona al alma el razonamiento lógico y severo. De ahí que ya entonces, cuando Ulrich se dedicó a la matemática, hubo gente que predijo el hundimiento de la cultura europea porque había desaparecido del corazón del hombre la fe, el amor, la sencillez y la bondad; y es significativo que todos ellos habían sido, de estudiantes y en su juventud, pésimos matemáticos. Para ellos ha quedado demostrado más tarde que la matemática, madre de las

ciencias exactas, abuela de la técnica, fue también matriz de aquel espíritu que engendró los gases asfixiantes y los aviones de combate.

En desconocimiento de estos peligros vivían sólo los matemáticos y sus discípulos: los físicos, a quienes de tales cuestiones les llegaba al alma tan poco como a un ciclista chuparruedas, que aprieta a correr hacia la meta y no ve del mundo más que la circunferencia trasera del contrincante que le precede. De Ulrich, en cambio, se podía asegurar una cosa con certeza, que amaba la matemática en consideración a aquellos que no la podían ni ver. Estaba enamorado de la ciencia por motivos más humanos que científicos. Veía que ella, en todo cuanto creía de su competencia, discurría de distinto modo que los hombres vulgares. Si se pudiera reemplazar opinión científica por concepto de la vida, hipótesis por tentativa, y verdad por hecho, la obra de un buen físico o

matemático superaría en intrepidez y fuerza revolucionaria a las mayores proezas de la historia. En el mundo no existía todavía el hombre capaz de decir a sus fieles: robad, asesinad, fornicad... nuestra doctrina es tan poderosa que convierte el pus de vuestros pecados en cristalinas aguas de montaña; pero en la ciencia ocurre cada dos o tres años que una cosa, considerada hasta entonces como errónea, invierte de improviso los términos, o que una idea humilde y despreciada se transforma en reina y soberana de un nuevo mundo del pensamiento. Tales acontecimientos no son solamente revoluciones, sino que conducen a las alturas como por una escalera celestial. En la ciencia todo se desarrolla vigoroso, obvio y estupendo como en un cuento de hadas. Sólo que los hombres no lo saben, intuyó Ulrich; no tienen ni idea de cómo se puede pensar; si se les pudiera enseñar a empezar a discurrir, vivirían también de otro modo.

¿Se preguntará ahora alguien si es tan absurda la dirección que lleva el mundo que ha de estar siempre dando vueltas? Hace ya mucho tiempo que el mundo dio a esto dos respuestas. Desde que existe, la mayor parte de los hombres se ha mostrado partidaria de la revolución en su juventud. Encontró ridículo que los mayores dependieran de lo antiguo y que pensarán con el corazón, un pedazo de carne, y no con el cerebro. Cada nueva generación ha advertido siempre que la necesidad moral de los viejos muestra carencia de nueva capacidad de acomodación; lo mismo puede decirse de su necedad intelectual; la misma moral natural ha sido causa del heroísmo y del cambio. Pero, llegados a la edad de traducir en obras sus ideas, no han sabido ni han querido saber más de ellas. Por eso, muchos matemáticos o físicos de profesión consideran un abuso dedicarse a una ciencia por motivos como los que animaban a Ulrich.

Pese a todo, de creer el juicio de los especialistas, él hizo no pocas aportaciones en esta profesión que eligiera algunos años antes.

12 - La mujer cuyo amor conquistó Ulrich después de una conversación sobre deporte y mística

RESULTA que también Bonadea sentía grandes aspiraciones.

Bonadea era la mujer que salvó a Ulrich en su desafortunada noche de boxeo, y la que vino a visitarle la mañana siguiente, envuelta en tupidos velos. Él la había bautizado con el nombre de Bonadea, buena diosa, porque como tal había entrado en su vida, y también en memoria de una deidad del pudor a la que la antigua Roma había dedicado un templo convertido, por una extraña inversión, en centro de todo desenfreno. Ella no lo sabía. El nombre sonoro y armonioso que le había impuesto Ulrich lo agradaba y lo llevaba en

sus visitas como un vestido de ricos bordados.

“¿Soy, pues, tu buena diosa? -le preguntaba- ¿tu bona dea?”; y, para pronunciar correctamente las dos palabras latinas, se arrojaba al cuello de Ulrich abrazándole o mirándole lánguida, con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás.

Era la esposa de un hombre acreditado y la tierna madre de dos niños encantadores. Su palabra preferida era “excelente”, y la aplicaba a personas, criados, negocios y sentimientos, siempre que quería decir algo bueno. Era capaz de decir “auténtico, bueno y hermoso” con la misma frecuencia y facilidad con la que otro dice “jueves”. Lo que más profundamente satisfacía sus exigencias espirituales era la idea de una existencia noble y tranquila junto a su marido y sus hijos, mientras que por lo bajo la apremiaba el oscuro reino del “no nos dejes caer en la tentación”; con su estremecimiento

amortiguaba su esplendorosa felicidad y la convertía en tenue resplandor. Tenía un solo defecto, el de conmoverse desordenadamente a la simple mirada de un hombre. No era lujuriosa declarada, era sensual de manera semejante a como otras personas padecen otras molestias, por ejemplo, el sudar de las manos, o el cambiar fácilmente de color; era una disposición connatural, ante la cual se sentía indefensa. Cuando Ulrich la conoció, en circunstancias tan novelescas y especialmente sugeridoras, quedó desde el primer momento predestinada a ser víctima de una pasión, que comenzó bajo las apariencias de pena y lástima, pero que pronto se transformó, después de breve y violenta lucha, en un sentimiento misterioso y prohibido, dando curso a un juego alterno de pecado y remordimiento.

Pero Ulrich fue en su vida el enésimo caso. Los hombres suelen tratar a tales mujeres ávidas de amor, en cuanto se dan

cuenta de ello, no mejor que a idiotas, a quienes se puede inducir con los medios más tontos a tropezar siempre con las mismas piedras. Los tiernos sentimientos de la dominación masculina son aproximadamente como el rugido de un jaguar con un pedazo de carne entre las zarpas; en esa situación, suele soportar difícilmente cualquier molestia. En consecuencia, Bonadea llevaba una vida doble, como quien de día es un respetable ciudadano y en la oscura pausa de la conciencia sale de camino; si nadie la abrazaba, aquella serena y apuesta mujer se sumía en el desprecio de sí misma.

¿Causa?: las mentiras y el deshonor que ella afrontaba con el objeto de ser tenida en los brazos. Cuando se encendía su sensualidad, se mostraba melancólica y buena; la mezcla de entusiasmo y lágrimas, de brutal naturalidad e irremediable remordimiento, el desencadenamiento de sus manías ante la amenaza de una temida depresión, le daban

un aspecto tan fascinador como el redoble ininterrumpido de un tambor envuelto por un velo negro. Pero en el intervalo pacífico de la crisis, en el arrepentimiento entre dos debilidades que le hacían sentir su miseria, estaba llena de honestos propósitos que no hacían fácil las relaciones con ella. Era necesario ser sincero y amable, compasivo ante la desgracia, amar el imperio, respetar todo lo digno de estima, y comportarse delicadamente como ante el lecho de un pobre enfermo.

Si no pasaba nada, las cosas se desarrollaban normalmente. Para disculparse, había inventado la fábula de que su marido la había conducido a aquel lamentable estado en el primer año inocente del matrimonio. Este hombre, bastante más viejo y corpulento que Bonadea, era considerado por su mujer como un bruto desconsiderado y, ya en los primeros momentos de su nuevo amor, ella había hecho a Ulrich una alusión

significativa sobre esto. Más tarde se vino a saber que aquel esposo era un jurisconsulto de nombre, apreciado, muy activo y competente en el desempeño de su profesión, inofensivo matador de reses salvajes y prestigioso frecuentador de círculos de cazadores y juristas, donde se discutía de problemas varoniles, y no de arte ni de amor. La única falta de aquel hombre, un tanto ingenuo, bonachón y jovial, era ser marido de su mujer, y hallarse con ella más frecuentemente que los demás en esa relación que en el lenguaje del código delictivo se llama íntima. Del impacto psíquico que le producía el acceder, durante años enteros, a los deseos de un hombre al que se había unido como esposa, más por astucia que por impulso del corazón, había procedido en ella la persuasión de ser físicamente hipersensible, y la había separado casi de su conciencia. Una fuerza interna, que ni ella misma comprendía, la tenía encadenada a aquel hombre

favorecido de las circunstancias; ella le despreciaba por su propia debilidad de voluntad, y se sentía débil para poderle despreciar; le engañaba por evadirse de él, pero hablaba de él y de sus hijos en los momentos más inoportunos; nunca fue capaz de deshacerse totalmente de su persona. Como muchas mujeres infelices, terminó por deducir su actitud, mientras el resto de su vida quedaba vacilante, de la aversión a su marido al que no podía echar de sí transfiriendo el conflicto con él a cada una de sus nuevas vivencias, que deberían librarla de él.

Para impedir sus lamentaciones, no quedaba apenas otro remedio que hacerla pasar, lo más a tiempo posible, del estado depresivo al maniático. A quien así obraba y abusaba de su fragilidad le llamaba vil e indigno; pero el sufrimiento tendía sobre sus ojos un velo de húmeda ternura, cuando ella, según solía expresarse con científico desasimiento, se “inclinaba” hacia este hombre.

13 - Un genial caballo de carreras convence a Ulrich de ser un hombre sin atributos

NO es casual el hecho de que Ulrich pudiera atribuirse no pocos méritos en el campo de la ciencia. Sus mismos trabajos le habían procurado elogios y popularidad, sin llegar a la admiración; en el reino de la verdad sólo se rinde culto a los científicos más viejos, de los que depende la obtención de una cátedra o profesorado. Más exacto: Ulrich había llegado a ser una esperanza, y esperanzas son, en la república de las ideas, los republicanos, o sea, esos hombres que se imaginan les es lícito consagrar todas sus fuerzas a la causa propia, en vez de dedicar una gran parte de ellas al progreso de la comunidad; olvidan

que el rendimiento de la persona privada es pequeño, que, en cambio, el deseo de todos es progresar, y descuidan el deber social de hacer carrera, la cual se comienza a título de batidor de marcas, a fin de poder servir de guía de nuevos escaladores una vez lograda la cumbre.

Un día Ulrich se cansó de ser una esperanza. Por aquel entonces, comenzaba a hablarse de genios del fútbol y del boxeo, pero en las crónicas de los periódicos sólo encontraba cabida un genial mediocentro o un gran tenista entre diez geniales inventores, tenores o escritores. El nuevo espíritu no había adquirido solidez. Entonces precisamente leyó Ulrich en alguna parte algo así como el pronóstico de buen tiempo para el verano, formulado en la expresión: “un genial caballo de carreras”. Era el informe de un sensacional concurso de equitación, y quizá ni el mismo escritor fue consciente de la extraordinaria invención que el espíritu

colectivo le había sugerido. Pero Ulrich comprendió en seguida la ineludible concatenación que unía su carrera entera con aquel caballo genial. El caballo ha sido siempre el animal sagrado de la caballería, y Ulrich, en su juventud transcurrida en el cuartel, apenas había oído hablar de otra cosa que de caballos y mujeres; se había incorporado a aquel ambiente para hacerse un hombre importante; así es que al llegar el momento, después de repetidas tentativas, de sentirse cerca de la meta de sus esfuerzos, le saludó desde allí el caballo genial que se le había adelantado.

Esto tiene sin duda su justificación en el tiempo, porque no han pasado todavía muchos años desde que un espíritu viril, digno de admiración, significaba un ser cuyo valor era valor moral, su fuerza la fuerza de una convicción, su solidez la del corazón y la de la virtud, un hombre que consideraba la rapidez como algo pueril, el fingimiento

como una cosa ilícita, la volubilidad y el ímpetu como indecorosos. Este tipo de ser humano ha ido extinguiéndose gradualmente, y ya no se encuentran más que algunos ejemplares raros entre el personal docente de algunos gimnasios y en varios escritos; se había convertido en un fantasma ideológico, y la vida tuvo que buscarse un nuevo prototipo de virilidad. Mientras se hacían las pesquisas, se descubrió que las operaciones y la industria que un cerebro ingenioso emplea en un problema lógico de cálculo no son muy distintas de las maniobras de un cuerpo bien adiestrado para la lucha, y que existe una energía moral en acción que, a fuerza de complicaciones y decepciones, se ha vuelto fría y avisada, ya se trate de adivinar el lado flaco de un problema, o de descubrir un enemigo de carne y hueso. Si se hiciese un análisis psicotécnico de un gran intelectual y de un campeón de boxeo, se observaría probablemente que su astucia, valentía, precisión y

capacidad coordinativa, así como la rapidez de reacciones en su campo de interés, son en el fondo las mismas; y que la virtud y las aptitudes que determinan el éxito no se diferencian sustancialmente de las de cualquier famoso caballo vencedor en carreras de obstáculos, pues no se deben menospreciar las relevantes cualidades que entran en juego al saltar una valla. Un campeón de boxeo y un caballo superan a un gran intelectual en que su trabajo puede ser medido sin discusión, y el mejor entre ellos es reconocido como tal por todos; de este modo, el deporte y la objetividad han llegado meritoriamente a suplantar a aquellos conceptos anticuados del genio y de la grandeza humana.

En lo tocante a Ulrich, hay que reconocer que él iba varios años adelantado a su tiempo. Se había dedicado a la ciencia armado de un programa para mejorar los récords con una victoria en centímetros o kilogramos. Su mente se revelaba aguda y

segura, y había realizado el trabajo de los fuertes. Ese placer en la fuerza intelectual era una expectación, un juego bélico, una especie de indeterminada e imperiosa exigencia presentada al futuro. No llegaba a ver claro el fin al que le iba a llevar aquella fuerza: podía hacer todo o nada, transformarse en redentor del mundo o en delincuente. Por lo general, ésta es la posición mental de cuya existencia recibe el mundo de las máquinas y de los inventos siempre nuevos refuerzos. Ulrich había considerado la ciencia como una preparación, una disciplina y una especie de entrenamiento. Cuando se advertía que aquel razonar resultaba demasiado árido, exacto, ajustado y mezquino, había que aceptarlo como la expresión ascética y rígida que ciertos rostros adoptan durante un gran esfuerzo del cuerpo o de la voluntad. Él había amado durante años enteros la renuncia espiritual. Odiaba a los hombres que, según palabras de Nietzsche, eran incapaces

“de padecer hambre en el alma por amor a la verdad”; odiaba a los que vuelven a las andadas, a los pusilánimes, a los blandos, que consuelan su alma con alucinaciones de su alma y la nutren, porque la razón les da piedras en vez de pan, con sentimientos religiosos, filosóficos y fabulosos, semejantes a bollos de leche. Era de la opinión de que en nuestro siglo todos forman parte de una expedición, de que la soberbia exige responder a toda pregunta inútil con un “todavía no”, y de llevar una vida basada en principios interinos, pero con la conciencia de una meta que alcanzará la posteridad. La verdad es que la ciencia ha desarrollado un concepto de la severa y sobria fuerza espiritual que hace insoportables las viejas ideas metafísicas y morales del género humano, aunque no puede sustituirlas sino con la esperanza de que, en un día lejano, una raza de conquistadores del espíritu descenderá a los valles feraces de la espiritualidad.

Pero esto va bien sólo en tanto no nos veamos precisados a dirigir la mirada desde la lejanía profética sobre la proximidad del presente, y a leer que entretanto un caballo de carreras se ha revelado genial. Ulrich se levantó a la mañana siguiente con el pie izquierdo, y con el derecho pescó a río revuelto la zapatilla. Esto le ocurrió en otra calle y ciudad, distintas de donde ahora vivía, hacía pocas semanas. Sobre el asfalto oscuro, bajo la ventana, pasaban veloces los automóviles; el aire puro de la mañana comenzaba a infectarse con los olores ácidos del día; parecía un absurdo inefable meterse en la luz lechosa que se filtraba entre las cortinas, para ponerse, como de costumbre, a doblar su cuerpo desnudo hacia adelante y hacia atrás, a elevarlo de la tierra y a volver a posarlo accionando los músculos abdominales, y a descargar los puños contra el balón de boxeo, según hacen tantos otros hombres a la misma hora, antes de dirigirse a la

oficina. Una hora al día es la duodécima parte de la vida consciente y basta para mantener un cuerpo entrenado en las condiciones físicas de una pantera dispuesta a cualquier aventura; pero esta distinción es inútil, porque una aventura digna de tal preparación no se presenta nunca. Lo mismo ocurre con el amor; el hombre se prepara para él de una manera exageradísima. Al final descubrió todavía Ulrich que también en la ciencia era él como un alpinista que escala toda una cordillera sin divisar un fin. Poseía fragmentos de un nuevo modo de pensar y de sentir, pero la misma visión, tan potente para el principiante, se había extraviado entre el número, siempre creciente, de particularidades y, si hubiera creído beber de las fuentes de la vida, hubiera agotado casi todas sus esperanzas. Aquí puso punto final, en medio de un trabajo vasto y prometedor. Sus colegas le parecieron, en parte, fiscales inexorables, ávidos de persecución, o comisarios

de seguridad pública de la lógica, masticadores de una droga extraña y pálida que poblaba el mundo con visión de números y de proporciones irreales: “¡Por amor de Dios! -pensó él-. ¡Yo no he tenido nunca intención de ser un matemático toda mi vida!”

¿Cuál había sido en realidad su intención? En aquel momento no le quedaban posibilidades de dedicarse a la filosofía. La filosofía, sin embargo, en aquella situación en que se encontraba, le recordaba la historia de Dido, cuando se hace cortar una piel de buey en tiras para correas, aunque no se sabe si con ellas se pudo efectivamente ceñir todo un reino; y aquello que se añadía de nuevo era semejante a lo que él mismo había emprendido, y no quiso tentarlo. Podía decir solamente que se sentía más lejos que en su juventud de aquello que había querido ser, si es que en realidad lo supo alguna vez. Veía con asombrosa nitidez toda la capacidad, atributos y aptitudes -menos la de ganar

dinero, porque nunca la necesitó-, que tiempo atrás había apreciado en sí mismo, pero había perdido la posibilidad de aplicarlos; en definitiva, si también los futbolistas y caballos tienen genio, únicamente su utilización puede salvar las propiedades personales; por eso decidió tomarse un año de vacaciones, para dar a sus facultades un empleo apropiado.

14 - Amigos de juventud

ULRICH visitaba con frecuencia a sus amigos Walter y Clarisse. Durante varios años no les había visto, y en aquel verano no habían salido de viaje. Cada vez que iba a su casa los encontraba tocando el piano. En esta ocasión interpretaban el “Himno a la alegría” de Beethoven. Según la descripción de Nietzsche, los millones caían estremeciéndose sobre el polvo, las barreras enemigas se derumbaban, el evangelio de la armonía universal reconciliaba y unía a los separados. Sus amigos habían perdido el habla y el andar, y estaban a punto de remontarse en un baile por los aires. Sus rostros habían mudado de color, los cuerpos se encorvaban, las cabezas picoteaban el ritmo, las manos alborotadas golpeaban la masa sonora aumentando gradualmente su intensidad.

Era algo inconmensurable, una erupción propagada por todo el cuerpo, inflamada por ardientes sentimientos y próxima a estallar; de los dedos en erección, de las contracciones nerviosas de la frente, de las convulsiones del cuerpo irradiaba un sentimiento, siempre nuevo, en el enorme estremecimiento individual. ¿Cuántas veces se repitió todo esto?

Ulrich no había podido soportar nunca aquel piano con su boca continuamente abierta y enseñando los dientes rechinantes, aquel ídolo canino de morro chato y patas largas, aquel resultado del cruce de un raposero y de un mastín que influía en la vida de sus amigos dominándola hasta en los cuadros que pendían de las paredes y en las líneas artísticas de sus muebles descarnados y esqueléticos; a esto se unía el hecho de no tener muchacha de servicio, sino sólo una interina para la cocina y la limpieza. Al otro lado de la ventana, las viñas con grupos de

viejos árboles y casitas inclinadas se extendían hasta perderse por los homogéneos bosques en lontananza, pero en las proximidades todo aparecía desordenado, pelado, abandonado y destrozado, como sucede en los puntos convergentes de la periferia de una ciudad con la campiña. Entre esta inmediatez y aquella amable lejanía, el instrumento tendía un arco; de su negro incandescente salían, chocando en las paredes, columnas de fuego, dulzura y heroísmo que, reducidas a cenizas, sonidos pulverizados, se desvanecían después de pocos centenares de pasos sin alcanzar siquiera la colina de pinos con la hostería a medio camino del bosque. El piano hacía vibrar la casa y era uno de esos megáfonos a través de los cuales grita el alma en pleno universo, como un ciervo en celo a quien nadie contesta sino el mismo grito desafiante de otras mil almas que vociferan en el espacio. La firme posición de Ulrich en aquel hogar estaba fundada en su

apreciación de la música, a la que definía como un desmayo de la voluntad y una perturbación del corazón; hablaba de ella en tono todavía más despreciativo de lo que él mismo hubiera querido. Para Walter y Clarisse en aquel tiempo la música era, por el contrario, suprema esperanza y temor. Por eso, le despreciaban en parte y en parte le veneraban como a un espíritu maligno.

Esta vez, Walter, al terminar de tocar, se volvió haciendo girar el taburete y permaneció sentado en actitud de rendición, extenuado y absorto; Clarisse, en cambio, se levantó y saludó calurosamente al intruso. Le palpitaba todavía en el rostro y en las manos la electricidad de la música, su sonrisa se abría paso trabajosamente entre la tensión del entusiasmo y la repugnancia.

- "¡Rey de las ranas!", exclamó, haciéndole una mueca a Walter o a la música. Ulrich sintió que la fuerza elástica del vínculo entre él y ella empezaba nuevamente a

adquirir tirantez. En la última visita, Clarisse le había contado un sueño terrible: un ser viscoso pretendió forzarla mientras dormía; era de vientre blando, tierno y horripilante; aquella gran rana simbolizaba la música de Walter. Los dos amigos guardaban pocos secretos ante Ulrich. Apenas le había saludado, Clarisse le dio la espalda y se fue aprisa al lado de Walter, lanzó de nuevo su grito de guerra -**rey** de las ranas!- que Walter, al parecer, no comprendía, y con las manos todavía temblorosas de música, le tiró de los pelos con tal violencia que le hizo estremecerse de dolor. Su marido puso una cara más estúpida que amable, y pareció dar un paso atrás en la lúbrica vacuidad de la música.

Clarisse y Ulrich salieron entonces solos a pasear bajo la lluvia de dardos oblicuos del sol poniente; Walter se quedó al piano. Clarisse dijo: -"Poder prohibirse una cosa dañosa es prueba de fuerza vital. Al exhausto

le seduce lo nocivo. ¿Qué piensas tú de esto? Nietzsche afirma que un artista que reflexiona demasiado sobre la moral de su arte, da muestras de debilidad.” Ella se había sentado sobre un pequeño montículo de tierra.

Ulrich se encogió de hombros. Cuando tres años atrás, Clarisse, que tenía veinticinco, se casó con Walter, su amigo desde la niñez, Ulrich les llevó como regalo de boda las obras completas de Nietzsche.

“Si yo fuera Walter, desafiaría a Nietzsche a un duelo” -respondió sonriendo.

La espalda delicada de Clarisse, oscilando en suaves líneas bajo el vestido, se enderezó como un arco, y también su rostro se estiró enérgico; ella lo protegía guardándolo temerosamente y distanciándolo de su amigo.

-“Conservas todavía un aire virginal y heroico a un tiempo...”, añadió Ulrich. Era una pregunta, o quizá tampoco lo fuera, un poco de broma, pero también un poco de

tierna admiración. Clarisse no entendió bien lo que él quiso decir con ello, pero las dos palabras, que ya otra vez había empleado, penetraron dentro de ella como una flecha incendiaria en un tejado de paja.

De cuando en cuando les alcanzaba una oía de sonidos revueltos, sin rumbo. Ulrich sabía que ella se negaba a Walter semanas enteras, cuando él tocaba a Wagner. Sin embargo, Walter seguía tocando a Wagner, con mala conciencia, como si se tratara de un vicio de la adolescencia.

Clarisse hubiera querido preguntar a Ulrich hasta qué punto estaba informado del asunto. Walter no podía callar nada, pero le daba vergüenza. También Ulrich se sentó sobre otro montículo, al lado de ella; por fin, Clarisse habló de otra cosa muy distinta: -"Tú no quieres a Walter -afirmó-; en realidad no eres amigo suyo." El tono fue provocativo, pero Clarisse lo dijo riendo.

Ulrich dio una respuesta inesperada. -"Sí, somos amigos, desde nuestra juventud. Tú eras todavía una niña, cuando ya nos estrechaba a nosotros el vínculo de una auténtica amistad. Hace muchísimo que veníamos admirándonos mutuamente, y ahora desconfiamos el uno del otro con profundo conocimiento de causa. Cada uno quisiera liberarse de la embarazosa impresión de que el uno se ha cambiado al otro por sí mismo, y así nos prestamos el servicio de un espejo imperecedero y caricaturesco."

- "¿No crees, pues -repuso Clarisse- que va a conseguir algo?"

- "No hay un ejemplo de destino inexorable comparable al que ofrece un joven de ingenio, prematura y mediocrementemente envejecido; sin golpe de la suerte, sólo por una contracción a la que había sido predestinado."

Clarisse apretó con fuerza los labios. El antiguo pacto entre los dos, de hacer prevalecer la sinceridad sobre la prudencia, le

oprimió el corazón y le causó dolor. ¡Música! Los sonidos seguían acosándoles en remolino. Ella los escuchaba. En un momento de silencio, se oyó claramente el bullir del piano. A un oído distraído le podía haber parecido el “agitarse del fuego” que en llamas fugaces salía de la tierra.

Era difícil decir quién era Walter. Con sus treinta y cuatro años cumplidos, se presentaba como un hombre agradable, de ojos elocuentes y expresivos; desde hacía algún tiempo estaba empleado en un negociado de Bellas Artes. Su padre le había procurado este cómodo puesto con la amenaza de retirarle toda subvención si no lo aceptaba. En realidad, Walter era pintor; al mismo tiempo que había estudiado historia del Arte en la Universidad, había frecuentado también una academia de pintura, y más tarde había trabajado algún tiempo en un atelier. La pintura había sido su ocupación al trasladarse a vivir con Clarisse, poco después

de la boda, a aquella casa bajo el ancho cielo; pero ahora, por lo visto, había vuelto a dedicarse a la música. A lo largo de sus diez años de enamoramiento había sido unas veces una cosa, otras otra distinta, incluso poeta: había dirigido una revista literaria y, para poderse casar, había ocupado un puesto en las oficinas de administración de un teatro; pocas semanas después cambió de idea y tomó la dirección de una orquesta; a los seis meses reconoció que sus esfuerzos habían sido vanos y se hizo maestro de dibujo, crítico de música, eremita y otras cosas por el estilo, hasta que su padre y su futuro suegro no le soportaron más, a pesar de su máxima benevolencia. Pero por esta razón hubiera podido creerse que en toda su vida no llegó a ser más que un simple diletante polifacético; sin embargo, lo más curioso del caso era que especialistas en música, pintura o literatura auguraron a Walter un futuro muy prometedor. En la vida de Ulrich, por el

contrario, si bien había logrado algunos éxitos de indiscutible valor, no había ocurrido nunca que hubiese venido un señor a decirle: “Usted es el hombre que yo siempre he buscado y al que esperan mis amigos.” A Walter le había pasado esto cada tres meses. Y aunque los críticos no hubieran sido muy competentes, fueron personas de influencia, de posibilidades, de empresas en marcha, de puestos, amistades y protección, y ponían todo esto a disposición de Walter a quien ellos habían descubierto; así pudo dar a su vida un rumbo de zigzag tan favorecedor. Sólo una cosa corría riesgo junto a él y parecía significar más de lo que en realidad era: su propio talento, al que se hacía pasar por un gran ingenio. Si resultaba ser el diletantismo, entonces se podía decir que la vida espiritual de la nación alemana estaba fundada en gran parte sobre el diletantismo, pues este talento se encontraba en todas las graduaciones, hasta en los verdaderos genios y es en ellos

donde podría, al parecer, faltar habitualmente.

Walter poseía el talento de reconocerlo. Aunque se inclinaba, como cualquier otro, a atribuir sus éxitos al mérito personal, aquella ventaja de ser elevado con tanta facilidad por los golpes de la fortuna le había preocupado siempre como una inquietante falta de peso y, cuando cambiaba sus actividades y sus relaciones sociales lo hacía no solamente por inconstancia, sino en medio de una inquietud y temor íntimos, y acosado por el ansia de volver al vagabundeo y para salvaguardar así la pureza de su íntima esencia antes de que enraizara donde se vislumbraba el engaño: Su vida era una cadena de estremecedoras experiencias, de las que procedía la lucha heroica de un alma oponiendo resistencia a toda mediocridad, y no se daba cuenta de que con ello favorecía a la suya propia. En efecto, mientras él sufría y combatía por la moralidad de su conducta

espiritual, como corresponde a un genio, la fuerza del destino le reducía en círculo interior a la nada de la que había partido. Finalmente había llegado al punto donde nada podía presentarle obstáculos; aquel empleo suyo, casi de erudito, tranquilo e independiente, defendido de todo lenocinio del mercado artístico, le permitía tener todo su tiempo libre y la posibilidad de dar oídos a su llamada interior; la posesión de la amada le sacaba las espinas del corazón, la casa “al borde de la soledad”, en la que se domicilió después de casarse, parecía hecha para servir a la creación; pero cuando se hubieron superado todas las dificultades, ocurrió lo inesperado: las obras, que la grandiosidad de su intención había prometido hacía tanto tiempo, brillaron por su ausencia. Se creía que Walter no podría trabajar más; se ocultaba y desaparecía; se encerraba largas horas al volver a casa por la mañana o por la tarde, hacía largos paseos con su álbum de

diseños, pero lo poco que daba resultado se lo reservaba para sí o lo destruía. Aducía cientos de los más variados motivos. En conjunto, sin embargo, sus puntos de vista empezaron en este tiempo a cambiar de modo llamativo. Ya no hablaba de “arte actual”, ni del “arte del futuro”, conceptos que para Clarisse estaban ligados a él desde sus quince años; trazó más bien un límite en cierto punto -incluyendo en la música a Bach, en la poesía a Stifter, en la pintura a Ingres- y calificó de sobrecargado, degenerado, afectado y decadente todo lo que había venido después; cada vez repetía con más energía que, en una época corrompida hasta en sus mismas raíces como la actual, un talento puro debería sin ^{ninguna} abstenerse de crear. Pero la deslealtad estaba en que, a pesar de ser él mismo el autor de tan severo juicio, apenas se cerraba en su habitación, comenzaba a sonar música wagneriana, aquella precisamente que en años anteriores le había

inspirado a Clarisse el desprecio hacia el arte burgués, estrecho de miras, engreído y degenerado, pero al que él se sometía, como a una bebida fuerte, embriagadora.

Clarisse no lo quería saber. Detestaba a Wagner, aunque no fuera más que por su chaqueta de terciopelo y por su birrete. Era hija de un pintor escenógrafo mundialmente famoso. Había pasado su infancia en un reino de bastidores y de olor a pintura donde se hablaba en tres lenguajes artísticos: el del teatro, el de la ópera y el de los pintores, había estado rodeada de terciopelos, tapices, genios, pieles de pantera, plumeros de pavo, baúles y guitarras. Por eso aborrecía con toda el alma la sensualidad del arte, y se sentía atraída por lo sobrio y austero, ya se tratara de la metageometría de la nueva música atonal o de la voluntad descarnada de las formas clásicas, depuradas y claras, como un preparado anatómico. En su cautiverio virginal, Walter había dado el primer

mensaje. “Príncipe de la luz”, le había llamado ella, ya de niña, y le había jurado no casarse con él hasta que hubiera conseguido serlo. La historia de su metamorfosis y de sus resoluciones era, al mismo tiempo, la historia de infinitos sufrimientos y delicias, cuyo premio era Clarisse. Ella no poseía el ingenio de Walter, bien lo sabía. Pero en su opinión, el genio era cuestión de voluntad. Con indómita energía se había propuesto estudiar música hasta dominarla; posiblemente no tenía el más mínimo talento musical, pero poseía diez dedos vigorosos, como diez bueyes flacos en actitud de arrancar del surco lo que está por encima de sus fuerzas. De igual modo se dedicaba a la pintura. Desde sus quince años había tenido a Walter por un genio, pues había decidido no casarse más que con un genio. Ella no le permitía desistir. Y cuando notó que fallaba a la promesa, se defendió como un salvaje contra la lenta y deprimente alteración de su

atmósfera vital. Entonces, precisamente, hubiera necesitado Walter de calor y simpatía; cuando le torturaba su impotencia se refugiaba en ella como una criatura que busca leche y cama, pero el pequeño cuerpo inquieto de Clarisse no era maternal. Se consideraba acechada por un parásito que quería anidar en su cuerpo, y Clarisse se negaba, despreciaba el calor de cuarto de colada en la que él buscaba consuelo. Puede que esto fuera cruel, pero ella quería ser la compañera de un gran hombre y luchaba con el destino.

Ulrich ofreció a Clarisse un cigarrillo. ¿Qué le podía decir, después de haberle revelado tan brutalmente lo que él pensaba? El humo de ambos cigarrillos, que seguía los rayos del sol crepuscular, se mezclaba a cierta distancia de ellos.

“¿Qué sabe Ulrich de esto?” -pensaba Clarisse, sobre su montículo -”Bah, qué puede él comprender de esta lucha!” Se acordó entonces de cómo se le descomponía

el rostro cuando le atormentaba la angustia de la música y de la sensualidad, y cuando no conseguía vencer la resistencia de su mujer. -"No -se dijo a sí misma-, de este juego monstruoso de amor sobre el Himalaya, compuesto de pasión, de desprecio, de miedo y de deberes excelsos, Ulrich no sabe nada." Clarisse no tenía a la matemática en gran estima, y nunca había considerado a Ulrich de más talento que a Walter. Él era inteligente, lógico, sabía mucho; ¿y qué es esto sino barbarie? Es cierto que antes había jugado al tenis incomparablemente mejor que Walter, y ella podía acordarse de una vez que viéndole jugar y ganar despiadadamente, intuyó que él conseguiría un día todo cuanto quisiera, cosa que nunca se le había ocurrido pensar ante la pintura, la música y las ideas de Walter. Entonces reflexionó: -"Quién sabe si acaso no está al tanto de todo y no dice nada." ¿No había aludido efectivamente un poco antes al heroísmo de Clarisse? Este

silencio entre los dos fue extraordinariamente provocativo.

Pero Ulrich pensaba: -"Con lo amable que era Clarisse hace diez años...! Esta medio niña, con su ardiente fe en nosotros tres...!" Sólo una vez le había sido realmente antipática: cuando se casó con Walter; entonces mostró un desagradable egoísmo "a dos" por el cual las mujeres jóvenes, ambiciosamente enamoradas de sus maridos, resultan insoportables a otros hombres. -"Entretanto ha mejorado la cosa" -pensó él.

15 - Revolución intelectual

WALTER y Ulrich eran todavía jóvenes en la época, hoy en olvido, transcurrida a continuación del último relevo secular, cuando mucha gente se engañaba creyendo en la juventud del nuevo siglo.

El siglo, recientemente sepultado por entonces, no se había distinguido demasiado en su segunda mitad. Había sido efectivo en el desarrollo técnico, en el comercio y en las investigaciones científicas, pero fuera de estos focos de energía, había sido apacible e ilusorio como aguas pantanosas. Los hombres fueron clásicos en la pintura, como Goethe y Schiller en la poesía, y construyeron sus casas en estilo gótico o renacentista. La exigencia del ideal hacía acto de presencia, como un cuerpo de policía, en todas las manifestaciones de la vida. Pero en virtud de

una ley secreta, que no consiente al hombre imitación alguna sin unirla a la exageración, estaba todo tan poseído de un conformismo artístico que los arquetipos admirados quedaban muy lejos de realizarse. Signos de este tiempo los podemos ver todavía en las calles y museos y, viniera al caso o no, las mujeres, tanto las castas como las timoratas, debían llevar vestidos largos, desde las orejas hasta los pies, pero exhibían sus pechos pronunciados y unas posaderas impresionantes. Por lo demás, debido a muchas razones, ningún período pasado ha sido tan ignorado como los tres, cuatro o cinco decenios que dividen nuestros años veinte de los veinte años de nuestros padres. De ahí que puede ser útil tener presente que en los peores tiempos se hicieron casas horribles y malísimas poesías, siguiendo el bello principio de los mejores tiempos; no se olvide que toda generación intenta destruir los resultados positivos de una época precedente creyendo mejorarlos,

que la juventud anémica de semejante época se envanece de su joven sangre exactamente igual que la gente nueva de todas las épocas.

Y sucede como un milagro cuando, al cabo de unos años de este sigiloso y lento envilecimiento, sorprende un pequeño ascenso espiritual, como ocurrió entonces. De la mentalidad, escurridiza como el aceite, de los dos últimos decenios del siglo XIX se había apoderado en toda Europa una fiebre eruptiva. Nadie sabía lo que se avecinaba; nadie se atrevía a decir qué era un nuevo arte, un hombre nuevo, una nueva moral, o quizá una nueva organización de la sociedad. Por eso, cada uno decía lo que le parecía. Pero en todas partes había hombres que se alzaban en lucha contra el pasado, aparecía el tipo ideal y, lo que es más importante, hombres de iniciativa práctica se encontraban con hombres de iniciativa intelectual. Prosperaban talentos que antes habían sido impedidos o no habían tomado parte en la

vida pública. Eran distintos hasta un grado difícil de imaginar; el contraste de sus objetivos no podía ser mayor. Se amaba al superhombre y al infrahombre; se adoraba al sol y a la salud; se veneraba la ternura de muchachas enfermas del pecho; se rendía culto a la heroicidad y al credo socialista de la humanidad; los hombres eran creyentes y escépticos, naturalistas y refinados, robustos y mórbidos; soñaban con alamedas de palacios, con parques otoñales, con piscinas de cristal, con piedras preciosas, con el opio, con enfermedad y con demonios, pero también con pampas, con grandes horizontes, con fraguas y laminadoras, con lidiadores desnudos, con revueltas de trabajadores esclavizados, con los primeros progenitores de la humanidad y con la destrucción de la sociedad. Eran, claro está, contradicciones y gritos de guerra antitéticos, pero tenían un hálito común; si se hubiera pretendido descomponer y analizar aquel tiempo,

hubiera resultado un absurdo, algo así como un círculo cuadrado hecho de hierro ígneo, pero en realidad todo se había amalgamado y tenía una virtud refractante. Aquella ilusión, materializada en la mágica fecha del cambio de siglo, era tan poderosa que algunos se lanzaron entusiasmados sobre el nuevo siglo todavía intacto, mientras otros se entretenían en el viejo como en una casa de la que uno se traslada, pero no se consiguió que estas dos actitudes se diferenciaran.

Quien no quiera, no necesita exagerar el valor de aquel pretérito “movimiento”. Éste se desenvolvió sólo en aquella tenue e indecisa capa de intelectuales -unánimemente despreciada, gracias a Dios, por personas que han vuelto a emerger con una visión del mundo indestructible, por muchas diferencias que en ésta pueda haber-, y no influyó en las masas. De todos modos, aunque no mereciera el título de “acontecimiento histórico”, lo fue al menos en diminutivo; los

dos amigos, Walter y Ulrich, vieron de jóvenes su irradiación. Algo había pasado a través de aquella barahúnda de creencias: muchos árboles se doblaron al paso de “un” viento, un espíritu de secta y de reforma, la buena conciencia del comienzo y de la partida, un segundo nacimiento como no se había conocido nunca, salvo en los mejores tiempos. Si a alguien le Caía en suerte hacer entonces la entrada en el mundo, sentía ya en la primera esquina el soplo acariador del espíritu sobre sus mejillas.

16 - Una misteriosa enfermedad del tiempo

-”**E**N fecha aún reciente estuvimos juntos mi amigo y yo” -pensó Ulrich al quedarse solo. Él y Walter poseían una prodigiosa cualidad intuitiva, no sólo de tipo previsorio, por la que se adelantaban a todos los demás, sino incluso sincrónico: bastaba, pues, que abriese uno la boca y dijera algo nuevo para que el otro repitiera al instante el mismo impresionante descubrimiento. Hay algo especial en las amistades juveniles; son como un huevo que siente en la yema el maravilloso futuro del ave, pero que no ofrece a la mirada del mundo más que una línea oval, inexpresivo y confundible con cualquier otra. Ulrich se representó claramente la habitación donde se habían reunido de niños y de

estudiante, al regresar para un par de semanas de sus primeras excursiones por el mundo: el escritorio de Walter, cubierto de dibujos, apuntes y papeles de música que pregonaban el esplendoroso futuro de una celebridad; enfrente, el estante de libros en el que se apoyaba Walter, a veces con ahínco, como San Sebastián en el poste; el brazo de luz sobre la hermosa cabellera que Ulrich había admirado siempre furtivamente. Nietzsche, Altenberg, Dostoievski y otros autores que leía por entonces, tenían que resignarse a descansar sobre el suelo o sobre la cama, cuando no los necesitaba o cuando el hilo de la conversación no le permitía la pequeña molestia de dejarlos en su sitio. La presunción de la juventud, para la cual los grandes espíritus son ejemplos en cuanto les sirven a su capricho, le pareció en aquel momento maravillosa. Se esforzó por acordarse de aquellas conversaciones. Le parecía como si despertara de un sueño y apresara todavía

los últimos pensamientos imaginados. Reflexionó con cierta estupefacción: entonces, cuando aclarábamos una idea, no temamos otro objeto que el de hacerla justa, o sea, el de aclararnos a nosotros. Tan fuerte era en la juventud el instinto de brillar como el de ver claro; el recuerdo de aquel sentimiento oscilante de la juventud lo consideraba como una pérdida dolorosa.

Al comienzo de la edad viril se sintió Ulrich engolfarse en una bonanza universal que, a pesar de pequeños remolinos pasajeros rápidamente sosegados, se mantenía en una calma aburrida y pesada. Hubiera sido difícil decir en qué consistió aquella transformación. ¿Habían disminuido en el mundo las personas de ingenio? Nada de eso! Por otra parte, no importa mucho; las transformaciones de una época no dependen sólo de los hombres; por ejemplo, la carencia de espiritualidad en los años entre los sesenta y los ochenta no pudo impedir el desarrollo de

Hebbel y de Nietzsche, así como ninguno de estos dos lograron poner límite a la falta de espiritualidad de sus contemporáneos. ¿Languidecía acaso la vida? No; se había hecho más poderosa! ¿Se daban más contradicciones que antes para impedir el desarrollo? Eran tantas que no podían aumentar en número. ¿Se habían abstenido en el pasado de cometer errores? Incurrieron en muchísimos! Sea dicho esto entre nosotros: gente mediocre consiguió apoyo y hombres de valor quedaron abandonados; imbéciles recibieron cargos gubernativos, y grandes talentos representaron simplemente el papel de tipos originales; el hombre alemán, indiferente a todos los dolores de aquel parto para él exagerados, decadentes y morbosos, leía tranquilo sus revistas ilustradas, y visitaba los palacios de cristal y las casas de artistas con mayor asiduidad que las exposiciones de los secesionistas; el mundo político no se cuidaba ya de las opiniones de los hombres

nuevos y de sus revistas, y las instituciones públicas se distanciaban del espíritu nuevo como de la peste. ¿Se puede ahora afirmar tranquilamente que desde entonces ha mejorado todo? Hombres que antes figuraban tan sólo a la cabeza de pequeñas sectas se han transfigurado entretanto en viejas eminencias; editores y comerciantes se han enriquecido; a menudo se funda un movimiento nuevo; el público de todo el mundo visita tanto los palacios de cristal como las muestras de las secesiones y las secesiones de las secesiones; las revistas familiares se han cortado el pelo; los hombres de Estado gustan mostrarse aferrados a las artes de la cultura, y los periódicos escriben historia de la literatura. ¿Qué es, pues, lo que se ha extraviado?

Algo inamovible. Un semáforo. Una ilusión. Como si un imán soltara las limaduras de hierro y de nuevo las atrajera todas revueltas. Como si los hilos se desprendieran

del ovillo. Como si se desunieran los vagones de un tren. Como si una orquesta se equivocara a los primeros compases. No se podía señalar una sola cosa que antes no hubiera sido factible, pero todas las relaciones habían cambiado un poco. Ideas, que antes parecían de escasa validez, adquirirían consistencia. Personas sin mayor relieve se hacían famosas. La aspereza se pulía, divergencias tornaban a converger, los independientes pactaban con el éxito, el gusto ya definido volvía a hacerse inconstante. Las líneas fronterizas, enérgicamente trazadas, eran borradas en todas partes, y una nueva e indescriptible tendencia a aparentar animaba a gente nueva e inspiraba nuevos conceptos. Éstos no eran malos, de seguro; era solamente que se había mezclado demasiado lo malo con lo bueno, el error con la verdad, la acomodación con el convencimiento. Esta mezcolanza parecía existir en composición con una quinta esencia, con un sucedáneo

que, a pesar de su humildad, bastaba para hacer que el genio apareciera verdaderamente genial, y un talento auténtica promesa, así como, según algunos, sólo una cierta dosis de cebada o de achicoria es suficiente para dar al café la verdadera esencia de café. De repente, los más privilegiados e importantes puestos del espíritu quedaron ocupados por gente de tal género, y todo se decidía a su modo. La culpa no la tenía nadie, ni se puede describir cómo había ocurrido todo eso. Sería injusto acusar a personas y atribuirlo a ideas o a determinados fenómenos. No era falta de ingenio ni de buena voluntad, como tampoco de caracteres; era falta tanto de todos como de nadie; se diría que la sangre o el aire se había mudado, una enfermedad misteriosa había destruido la pequeña genialidad de un principio, pero todo resplandecía con nuevo fulgor y, al final, no se sabía si el mundo había empeorado realmente o más bien

había envejecido. En ese momento empezó por fin una nueva era.

Así cambiaron los tiempos, como un día que comienza teñido de azul y poco a poco se va cubriendo de nubes; aquéllos no habían tenido la cortesía de esperar a Ulrich. Él recompensó por eso a su siglo calificando de vulgar estupidez la causa de las misteriosas alteraciones que engendraron la enfermedad destruyendo el genio. Por descontado que lo hizo sin intención de ofender. Pues si la necedad no fuera internamente semejante al talento ni se confundiera con él, si por fuera no apareciera encarnada en el genio, en el progreso, en la esperanza y en el perfeccionamiento, nadie querría ser necio, y la necedad no existiría. Al menos, sería muy fácil de combatir. Pero desgraciadamente posee un algo simpático y natural. Si se advierte, por ejemplo, que una oleografía es una producción más artística que un cuadro pintado a mano, esto encierra también una verdad, y

es de más fácil demostración que la grandeza pictórica de Van Gogh. Por lo mismo resulta muy sencillo y grato ser un dramaturgo más persuasivo y conmovedor que Shakespeare, o un narrador más equilibrado y armónico que Goethe; y en un auténtico lugar común se encuentra siempre más humanidad que en un nuevo descubrimiento. No existe una sola idea importante de la que la necedad no haya sabido servirse; ésta es universal y versátil, y puede ponerse todos los vestidos de la verdad. La verdad, en cambio, tiene un solo traje y un único camino para cada vez, y acarrea siempre desventaja.

Poco después se le ocurrió a Ulrich, en relación con estos pensamientos, una idea extraña. Se imaginó que el gran filósofo de la Iglesia, Tomás de Aquino, muerto en el año 1274, una vez que consiguió a duras penas ordenar los pensamientos de su siglo, se puso entonces precisamente a perfeccionar su trabajo, y sólo ahora alcanzó el fin; he ahí

que, gozando todavía de juventud por una gracia especial, salía del portal románico de su convento con una carpeta de folios bajo el brazo, al tiempo que un tranvía atravesaba en veloz carrera la calle dejando al buen hombre admirado. La incomprensible estupefacción del “doctor universalis”, como los antiguos llamaron al gran Tomás, le resultó divertidísima. Un motorista subía la cuesta zumbando y en mangas de camisa. Su rostro tenía la seriedad de un chiquillo gritando a voz en cuello y consciente de la enorme importancia del papel que desempeña. Ulrich se acordó de la fotografía de una famosa tenista que había visto poco antes en un semanario; estaba de puntillas, enseñaba la pierna hasta por encima de la liga y alzaba la otra pierna por detrás a la altura de su cabeza, mientras estiraba el brazo para recoger la pelota con la raqueta; a la vez, ponía cara de institutriz inglesa. En la misma revista se incluía el reportaje gráfico de una

nadadora en el momento de recibir los masajes, después de una competición; dos señoras en vestido de calle la contemplaban serenamente, la una a los pies y la otra a la cabecera de la cama donde ella estaba acostada mirando hacia arriba, desnuda, con una rodilla levantada en actitud de entrega; sobre ella descansaban las manos de un masajista, vestido con una bata blanca y mirando hacia afuera de la fotografía, como si aquella carne de mujer estuviera descuartizada y colgara de un gancho. Esto y cosas semejantes comenzaban a verse entonces, y de alguna manera había que aceptarlas, como se aceptan y se reconocen los rascacielos y la electricidad.

-”No se puede aparecer de morro ante los fenómenos del tiempo sin sufrir menoscabo” -se decía Ulrich-. Él estaba siempre dispuesto a amar todas las posturas de la vida. Lo que, sin embargo, no lograba nunca era amarlas sin reserva, como lo exige

el buen sentido social; una sombra de disgusto, de desaliento y de desamparo se proyectaba hacía tiempo sobre todo lo que realizaba y experimentaba, una antipatía universal para la que jamás pudo encontrar la inclinación complementaria. En ocasiones tenía la impresión de haber nacido con atributos carentes, hoy día, de validez.

17 - Influencia de un hombre sin atributos sobre otro dotado de atributos

MIENTRAS Ulrich se entretenía conversando con Clarisse, ninguno de los dos se dio cuenta de las interrupciones que hacía de vez en cuando la música, ni de sus silencios. Walter se asomó a la ventana. Le atormentaban los celos. La música sensual encrespaba sus nervios. El piano permanecía abierto a sus espaldas, como una cama deshecha, y en ella, un soñador resistiéndose a despertar por no ver la realidad ante sus ojos. Eran los celos de un lisiado que envidia la salud de su prójimo; no acertaba a incorporarse porque el sufrimiento se lo impedía.

Cuando Walter se levantaba por la mañana y corría a la oficina, cuando hablaba durante el día con sus compañeros y volvía a casa rodeado de ellos por la tarde, se sentía un hombre interesante y llamado a grandes cosas. Entonces se imaginaba que veía todo distinto; era susceptible a resortes que a otros dejaban insensibles; donde los demás alargaban la mano con la mayor naturalidad, el simple movimiento del brazo significaba para él una aventura espiritual o una debilidad narcisista, enamorada de sí misma. Él era sensible, y su sensibilidad estaba continuamente acosada por oscuras imaginaciones, cavernas, montañas y valles ondulados; no era indiferente, en todo veía ventura o desventura, y esto le daba siempre motivos para ocuparse en fervientes pensamientos. Personas así ejercen sobre los que les rodean un extraordinario influjo magnético; el estímulo moral que les mueve se transfiere a ellas. En sus conversaciones todo tiene una aplicación

personal y, puesto que en las relaciones mutuas puede uno ocuparse sin más de sí mismo, proporcionan aquéllas un placer que de otro modo sólo se puede obtener pagando honorarios, en la consulta de un psiquiatra o psicoanalista, con la diferencia de que uno se considera allí enfermo, mientras que Walter ayudaba a sus pacientes procurando infundirles el convencimiento de ser muy importantes, con pruebas que naturalmente escapaban a su competencia. Mediante esta estrategia de dar al prójimo medios de dedicarse a la contemplación de sí mismos, había conquistado a Clarisse y eliminado a sus competidores; todo movimiento era para él una conmoción ética, de ahí que podía disertar persuasivamente sobre la inmoralidad del embellecimiento personal, sobre la higiene de las formas lisas y sobre el vapor de cerveza de la música de Wagner, en conformidad siempre con el novísimo gusto artístico; de esta manera espantaba incluso a

su futuro papá político, quien tenía un cerebro pictórico como la rueda de un pavo. No había, pues, lugar a duda de que Walter había conseguido grandes éxitos.

A veces volvía a casa eufórico, con multitud de proyectos y resoluciones en la cabeza. Pero bastaba poner un lienzo en el caballete, o un papel sobre la mesa para que sintiera una transformación deprimente; aquello significaba para él la horrorosa huida de su corazón. Si conseguía mantener la mente serena, el proyecto oscilaba en una atmósfera transparente y clara, se descomponía en dos o tres planes más, y todos se disputaban la prioridad; pronto, sin embargo, se interceptaba y disgregaba el enlace del cerebro con la ejecución de los primeros movimientos. Walter no podía decidirse a mover un solo dedo. Ni siquiera acertaba a levantarse de donde estaba sentado; sus pensamientos, por consiguiente, se diluían en el trabajo emprendido, como nieve que se derrite en

cuanto toca el suelo. No sabía qué hacía del tiempo; sin darse cuenta se le echaba la noche encima; la reflexión doméstica sobre las experiencias del día le sumergían en una somnolencia que duraba varias semanas. La ausencia de perspectivas le paralizaba para toda clase de empresas y resoluciones, le hacía víctima de una amarga melancolía y, cada vez que emprendía algo nuevo, su incapacidad le producía un dolor que se paralizaba detrás de la frente, como si se tratara de una hemorragia nasal. Walter era cobarde, y los fenómenos que experimentaba no solamente le impedían trabajar, sino que le aterraban; eran en apariencia tan independientes; de su voluntad que muchas veces le causaban la impresión de una incipiente decadencia mental.

Su estado había empeorado en el transcurso del último año, pero al mismo tiempo le había confortado profundamente el pensamiento que antes no había sabido

apreciar debidamente: Europa, continente en que se veía obligado a vivir, había degenerado sin que le quedara posibilidad de rehabilitación. En épocas exteriormente prósperas, pero interiormente decadentes, llega su influencia a todos los sectores de la vida, incluso al espiritual, y, si no se aplican esfuerzos especiales y nuevas ideas, poco vale preguntar de qué modo se puede impedir la ruina. En semejantes circunstancias, la mezcla de inteligencia, necedad, belleza y vulgaridad está de tal manera enredada y firme que a muchos parece más sencillo creer en un misterio, razón por la cual proclaman ellos la incontenible desaparición de algo que se sustrae a un juicio riguroso y tiene una solemne imprecisión. En definitiva, es igual que se trate de raza, del vegetarianismo o del alma; en todo sano pesimismo hay que atender a la inexorabilidad para poderlo justificar. También Walter, aunque en tiempos mejores se había reído de

semejantes teorías, descubrió sus grandes Ventajas al llegarle el momento de vivirlas. Hasta entonces había sido útil para el trabajo y se había sentido enfermo; ahora el siglo era inepto y él estaba sano. Su vida, que no había servido para nada, encontró por fin su monumental razón de ser, una justificación, en términos seculares, verdaderamente dignificada; adquirió incluso el carácter sublime de un gran sacrificio; esto tenía lugar siempre que tornaba en la mano el lapicero o la pluma, para volver a dejarlos.

Walter perseveraba en la lucha consigo mismo; y Clarisse le atormentaba. Ella no estaba para soportar críticas del tiempo; creía ciegamente en el genio. Aunque no sabía qué era un genio, todo su cuerpo se conmovía y temblaba al oír hablar del asunto; “se siente o no se siente”, éste era su único argumento. Para Walter, ella era siempre la pequeña, la cruel niña de quince años. Nunca acabó de comprender Clarisse los sentimientos de

Walter, ni él consiguió dominarla. Pero fría y dura como era, y otras veces tan entusiasta, con su voluntad que ardía sin sustancia, poseía una misteriosa capacidad de influir sobre su marido; a través de su arte femenino recibía él a manera de impulsos provenientes de un punto que no era posible colocar en ninguna de las tres dimensiones del espacio. A veces se volvían tétricos. Él los sentía de modo especial cuando interpretaban juntos alguna obra musical. Clarisse, obedeciendo a una extraña ley dramática, tocaba de una manera material e incolora; en ocasiones, sin embargo, el ardor se apoderaba de su cuerpo, igual que del de Walter; y cuando se traslucía el alma en ellos, la interpretación se hacía estremecedora. Algo indescriptible se desencadenaba en el ser de Clarisse y amenazaba huir por los aires con su espíritu. Procedía de un secreto rincón de su interior que ella debía guardar escrupulosamente cerrado; Walter lo percibía sin

saber cómo ni poder explicarlo; le martirizaba la indecible angustia y necesidad de oponer un remedio efectivo; pero no lo lograba porque él era el único que le daba alcance.

□ Quién sabe si Walter, al ver regresar a Clarisse, iba a ser capaz de resistir a la tentación de murmurar de Ulrich! Él le había importunado, perjudicaba a Clarisse, agravaba perversamente en ella aquello que Walter no se atrevía a tocar, la caverna del mal, lo que ella tenía de pobre, de enfermo, de funestamente genial, el espacio secreto, vacío, circundado de cadenas que un día podrían romperse. Ella entró y se presentó ante Walter, descubierta su cabeza y con el sombrero de jardín en la mano; él la miró. Los ojos de Clarisse escrutaron irónicos, limpios, tiernos; quizá demasiado limpios. Walter pudo advertir en su rostro una fuerza que a él le faltaba. Ya desde niña la había sentido como un aguijón que no le dejaba en paz y

sin duda era así como más le gustaba; ¿no era éste el secreto de su vida que los otros dos no podían entender?

“Profundo es nuestro dolor! -pensó Walter-. No creo que haya deis en el mundo que se amen tanto como nosotros estamos precisados a amarnos.” Y sin más comenzó a hablar: -”No quiero saber lo que te ha contado Ulo; pero te puedo decir que la fuerza que tú admiras en él no es otra cosa que un vacío.” Clarisse miró al piano y sonrió; él se había sentado inconscientemente junto al piano abierto. Siguió: -”No es nada del otro mundo sentir heroicidades cuando se es por naturaleza insensible, y pensar en kilómetros cuando se ignora la distancia de un milímetro.” A Ulrich le llamaban a veces Ulo, como cuando era pequeño, y él sentía predilección por quien lo hacía, así como también se profesa respeto cariñoso a la propia nodriza. -”Ése ha perdido el hilo -sugirió

Walter-. Tú no lo sabes; pero no debes creer que yo no le conozco.”

Clarisse dudaba.

Walter se explicó con energía: -”Hoy todo es ruina, un abismo sin fondo de inteligencia. Él es inteligente, te lo concedo; pero del poder de un alma intacta no sabe nada. De eso que Goethe llama "personalidad" y orden movible" no tiene ni noción. Ese hermoso concepto de límite y de poder, de arbitrariedad y ley, de libertad y medida, de orden movible.”

La cita se cernía a flor de labios. Clarisse observaba sus labios con admiración y benevolencia, como cuando lanzaba al aire un aeroplano, un globo, un juguete entretenido. Entonces ella se acordó de algo, interrumpió y pasó a hacer de mamá.

-”¿Quieres cerveza?”

-”Claro, por qué no! Todos los días bebo una por lo menos.”

-”Casualmente, hoy no tengo ninguna en casa.”

-”Pues te podías haber ahorrado la pregunta -dijo Walter-. Probablemente ni siquiera hubiera pensado en cerveza.”

Con esto el asunto estaba concluido para Clarisse. Pero Walter perdió el equilibrio y no encontró forma de proseguir.

-”¿Te acuerdas de nuestra conversación sobre los artistas?” -preguntó inseguro.

-”¿Cuál?”

-”La que tuvimos hace unos días. Yo te expliqué lo que significaba el principio creativo, viviente en un individuo. ¿No recuerdas cómo llegamos a la conclusión de que antiguamente, en lugar de la muerte y de la lógica mecanización, reinó la sangre y la sabiduría?”

-”No.”

Walter se quedó cortado; buscaba, vacilaba. De repente explotó:

-”Ese es un hombre sin atributos.”

- "¿Y qué es un hombre sin atributos?" - preguntó Clarisse sosteniendo la carcajada.

- "Nada, sencillamente nada."

Pero la expresión despertó la curiosidad de Clarisse.

- "De esos hay hoy día millones -afirmó Walter-. Es la casta que ha dado a luz la actualidad." Aquella expresión espontánea le dejó a él mismo satisfecho; como si comenzara una poesía, la pronunció sin apenas darse cuenta de su sentido.

- "Ahí lo tienes. ¿Por qué clase de hombre se le podría tener, por médico, comerciante, pintor, diplomático...?"

- "Por nada de eso" -opinó Clarisse tranquilamente.

- "Bueno, ¿tiene quizá el aspecto de matemático?"

- "No lo sé; me es difícil imaginar las características que puede tener un matemático."

-”Has dicho una cosa muy acertada. Un matemático no tiene aspecto alguno; esto es, tendrá una apariencia inteligente, pero tan vaga que ni siquiera poseerá contenido concreto. A excepción del clero católico, nadie parece hoy día lo que es, porque empleamos nuestra cabeza todavía más impersonalmente que nuestras manos; la matemática, sin embargo, es el colmo; sabe tan poco de sí misma como los hombres del futuro que se alimentarán de pastillas en vez de hacerlo a base de carne y pan, y tampoco sabrán nada de prados, gallinas y chuletas de ternera.”

Entretanto Clarisse había puesto la modesta cena sobre la mesa. Walter ya estaba lanzado; quizá fue esto lo que le inspiró aquella comparación. Clarisse contempló nuevamente sus labios. Le recordaron los de su difunta madre, vigorosos y femeninos; mesaban la sopa con vehemencia y pasión; bajo la nariz lucía un bigotillo a cepillo. Sus ojos brillaban como castañas recién peladas,

aun cuando sólo buscaran un pedazo de queso en el plato. Era de pequeña estatura y de complexión más débil que tierna; sin embargo, causaba la impresión de una persona de muchas luces. Prosiguió la conversación:

-”De su aspecto no puedes deducir su oficio, y con todo no parece un hombre sin profesión. Figúrate cómo es: sabe siempre lo que tiene que hacer; sabe mirar a los ojos de una mujer; puede reflexionar con agilidad en cualquier momento y es capaz de boxear. Tiene ingenio, voluntad, es despreocupado, valiente, perseverante, resuelto, prudente... no quiero adentrarme en un análisis, puede poseer todas esas cualidades. Pero no las posee! Ellas han hecho de él lo que es, han señalado su capicino y, sin embargo, no le pertenecen. Cuando está indignado, hay algo en él que ríe. Cuando está triste, se prepara a hacer alguna cosa. Cuando un sentimiento le conmueve, lo rechaza. Toda acción mala le parece, desde algún punto de vista, buena.

Sólo una posible conexión determinará su juicio sobre un hecho. Para él no hay nada firme, todo es transferible, todo es parte de un entero, de innumerables enteros, quizá de un superentero que él desconoce totalmente. Por eso, todas sus respuestas son respuestas parciales; sus sentimientos, opiniones; y no le interesa el "qué" sino el "cómo" marginal, la acción secundaria y accesoria. No sé si me explico con claridad."

- "Sí -dijo Clarisse-, pero todo esto me parece en él muy amable."

Walter había hablado dejando entrever, sin quererlo, una creciente animadversión; los antiguos sentimientos pueriles del amigo más débil acrecentaron sus celos. Aunque estaba convencido de que Ulrich, fuera de unas pocas pruebas desnudas de inteligencia, no había dado jamás pie con bola, sin embargo, no podía liberarse de la impresión de ser corporalmente inferior a él. El retrato que había trazado le confortaba como un acierto en la

ejecución de una obra artística; no era idea original, era una asociación de palabras unidas entre sí bajo la eficacia misteriosa de un arranque; en su interior surgía a la vez un efluvio que escapaba a la conciencia. Al terminar reconoció que Ulrich no expresaba más que ese ser deshecho que se manifiesta disperso en la vida de hoy. -"Parece que te gusta -dijo él con dolorosa sorpresa-. No lo debes tomar en serio."

Clarisse masticaba pan con queso; podía sonreír solamente con los ojos.

- "Bah! -dijo Walter-. Quizá también nosotros, en tiempos pasados, hemos pensado de modo semejante. Pero sólo en calidad de primer grado. Un hombre así no es un hombre!"

Clarisse estaba consumiéndose.

- "Eso lo dice él mismo"-replicó. -"¿Qué es lo que dice?"

- "Yo qué sé! Que hoy todo está deshecho. Dice que en la actualidad todo está

encallado, no sólo él. Sin embargo, no lo toma tan trágicamente como tú. En una ocasión me contó una larga historia: si se pudiera descomponer el ser de mil personas, resultarían a lo más dos docenas de aptitudes, sentimientos, formas de desarrollo, como principios por los que están constituidos. Y si se descompone nuestro cuerpo, resulta sólo un poco de agua y algunas docenas de pequeños elementos que nadan en ella. El agua circula dentro de nosotros, lo mismo que en los árboles, y forma los cuerpos animales de modo semejante a como forma las nubes. Yo encuentro esto muy curioso. No se sabe ya qué hablar de uno mismo, ni qué hacer.”

Clarisse se echó a reír y añadió:

—“Le he dicho que tú sueles salir a pescar cuando tienes tiempo libre, y que te echas al agua.”

—“¿Qué! Me interesaría saber si él resistiría siquiera diez minutos. Pero hay

hombres que vienen haciendo lo mismo desde hace diez mil años, contemplan el cielo, sienten el calor de la tierra y no piensan en deshacerla, como no se piensa en descuartizar a la propia madre.”

Clarisse tuvo que reprimir otra vez la carcajada.

-”Él dice que desde entonces se ha puesto todo muy complicado. Así como nadamos en el agua, flotamos también en un mar de fuego, en una tempestad de electricidad, en un cielo de magnetismo, en un charco de calor, y así. Pero todo es imperceptible. Al final sólo quedan fórmulas. Y estas fórmulas humanas son también indescifrables; eso es todo. Aunque he olvidado lo que aprendí en el liceo, de alguna manera sé que es cierto. Si a alguno se le ocurre, dice él, como a San Francisco, o a ti, llamar hermano a un pájaro, no debe contentarse con hacerse el simpático, sino que debe ponerse en disposición de ser arrojado a la estufa, de saltar

a tierra desde el tope de un tranvía, o de lavarse la cara en el desagüe de un fregadero.”

-”Eso es! -interrumpió Walter-. De los cuatro elementos procederán un par de docenas, y nosotros nadaremos sobre referencias y operaciones, sobre una luz irrigatoria de procesos y de fórmulas, sobre algo que nadie sabe si es un instrumento, un procedimiento, el espectro de una idea, o nada. Entonces no habrá ya diferencia entre el sol y una cerilla, como tampoco la habrá entre la boca y el otro extremo del aparato digestivo. La misma cosa tiene cien lados, cada lado cien relaciones y de cada relación dependen multitud de sentimientos diversos. El cerebro ha podido afortunadamente distribuir así las cosas, pero las cosas han dividido el corazón del hombre.”

Walter saltó y permaneció tieso detrás de la mesa.

-”Clarisse! -exclamó-. Ulrich es un peligro para ti. Mira, Clarisse, todos

necesitamos de sencillez, cercanía de la tierra, salud; puedes decir lo que quieras, también un niño, por ser niño, necesita de algo que le una a la tierra. Lo que Ulo te cuenta es inhumano. Tenlo por seguro; cuando yo vuelvo a casa, todavía soy capaz de tomar café contigo, de escuchar el canto de los pájaros, de pasear un poquito, de cambiar unas palabras con los vecinos y de contemplar tranquilamente el ocaso de la luz. **Eso es vida!”**

La ternura de aquellas ideas le habían aproximado a Clarisse; sus palabras brotaron como sentimientos paternos, envueltas en su blanda voz de bajo; Clarisse recalcitó. Su rostro palidecía mientras él se le acercaba; adoptó entonces una postura defensiva.

Su cuerpo, palpitando junto al de Clarisse, emanaba una caliente dulzura, como una estufa de terracota. Ella vaciló un instante entre varias corrientes. Después dijo: -”**Nada, querido!”** Tomó de la mesa un

trozo de queso y pan, y besó rápidamente a Walter en la frente.

-”Voy a cazar mariposas.”

-”Pero Clarisse -replicó Walter-, en esta estación no hay ya mariposas.”

-”¿Quién sabe!”

De ella no quedó en la habitación más que el eco de su risa. Con su pan y queso se fue a rondar por los prados; la comarca era segura y no necesitaba de compañía. Walter había naufragado en el puerto. Su ternura se hundió en las aguas de la conmoción. Exhaló un suspiro profundo. A continuación se sentó al piano y tecleó unos acordes. Queriendo o sin querer, sonaron fantasías improvisadas de temas wagnerianos, y en el torrente de aquella sustancia disgregada sin medida, que en momentos de vanidad severamente se negaba, descargó clamoroso un diluvio de sonidos. ¿Se oiría desde lejos? Su médula espinal quedó adormecida con el narcótico de la música; y su destino, aliviado.

18 - Moosbrugger

EL caso Moosbrugger había atraído en aquel tiempo el interés de la Publicidad.

Moosbrugger era un carpintero, un hombre alto, ancho de espaldas, magro, de pelo castaño como el vello de un cordero montés, y bonachón como un toro manso. Reciedumbre de carácter y buena voluntad se reflejaban en su rostro; hasta un ciego lo podía adivinar por el olor agrio, genuino, seco de los días de labor, característico de aquel obrero de treinta y cuatro años; sabía a madera y a trabajo, a destreza y sudor.

Todo el mundo quedaba perplejo al encontrarse por primera vez ante aquel alma de Dios: Moosbrugger estaba escoltado habitualmente por dos guardias armados y maniatado con una cadena de acero cuyo extremo sostenía uno de sus vigilantes.

Cuando advertía que alguno le miraba, dibujaba una sonrisa en su cara ancha y la adornaba con su cabellera desaliñada y con su bigote en el que nunca faltaba alguna mosca; vestía una chaqueta corta de color negro y pantalón gris; su andar era esparrancado y militar; pero lo que más daba que hablar a los corresponsales judiciales era su sonrisa. Podía ser una sonrisa de compromiso o de astucia, irónica o socarrona, dolorosa, insensata, sanguinaria, perversa...; todos andaban al acecho de expresiones contradictorias y buscaban encarnizadamente algo revelador que no lograban encontrar.

Moosbrugger había asesinado a una mujer, a una prostituta de ínfima calidad, de una forma macabra. Los periodistas habían publicado detalladamente el crimen describiendo la herida, extendida desde la garganta hasta la cerviz, las dos puñaladas en el pecho atravesando el corazón, las dos en el costado izquierdo, y el destrozo de sus

pechos que pendían descuartizados; habían manifestado su repugnancia y horror, pero no se habían dado por satisfechos hasta haber contado, catalogado y descrito las treinta y cinco brechas abiertas en el vientre, el corte inciso desde el ombligo hasta el hueso sacro, la infinidad de pequeñas heridas en la espalda y las huellas de estrangulamiento en el cuello. Partiendo de semejantes atrocidades, los periodistas se veían mal para conectarlas con el bondadoso rostro de Moosbrugger, aunque también ellos se consideraban hombres de benigno corazón e informaban con objetividad, competencia y realismo en un estilo que suspendía el aliento. La obvia suposición de haber perpetrado aquella atrocidad en estado de perturbación mental -Moosbrugger había estado largo tiempo internado en un manicomio por delitos análogos- no les interesaba demasiado ni la mencionaban siquiera, a pesar de que un buen periodista de hoy día es perito en tales

cuestiones. Parecía como si se opusieran a renunciar a la delincuencia y no quisieran liberar el suceso de responsabilidad trasladándolo al ámbito de la patología; por lo demás, estaban de acuerdo con los psiquiatras en declarar a un asesino igualmente sano que irresponsable. Sucedió el fenómeno curioso de que, al hacerse públicos los morbosos desafueros de Moosbrugger, miles de personas, de las que criticaban el sensacionalismo escandaloso de los periódicos, exclamaron con satisfacción: “Por fin algo interesante”; entre ellas se contaban, como es natural, funcionarios diligentes, muchachos de catorce años y amas de casa acosadas de trabajo. Todos éstos suspiraban y sacudían la cabeza ante semejante monstruosidad, e internamente se ocupaban en ella más que en desempeñar fielmente el deber de su profesión. No hubiera sido raro que en aquellos días, al acostarse un apuesto procurador o director de banco, hubiera susurrado al oído

de su esposa medio dormida: -"¿Qué harías tú ahora, si fuera yo un Moosbrugger...?"

Ulrich, cuando recayeron sus ojos en aquel rostro con todas las señales de los hijos de Dios, y en los hierros que sujetaban sus muñecas, se dio media vuelta, ofreció unos cigarrillos al centinela de la Audiencia de enfrente y preguntó por el convoy que había desaparecido hacía unos momentos al otro lado del portón. De ese modo se enteró de que ya antes habían sucedido cosas semejantes, pues a menudo aparecen los mismos informes con pequeñas variaciones; y Ulrich casi lo creyó, pero la auténtica realidad histórica fue que la había leído simplemente en el periódico. Pasó mucho tiempo hasta que pudo conocer personalmente a Moosbrugger; en carne y hueso consiguió verle una sola vez, durante una sesión del proceso. La probabilidad de adquirir conocimiento de un hecho extraordinario a través de los periódicos es mucho mayor que la de

vivirla; en otras palabras: lo más fundamental se realiza en abstracto y lo intrascendente en la realidad.

Lo que Ulrich llegó a saber de la historia de Moosbrugger es aproximadamente lo siguiente:

Moosbrugger había sido de joven un pobre hombre, un pastor en una aldea tan pequeña que ni siquiera tenía una calle vecinal, y había sido tan pobre que no le había llegado ni para hablar con una moza. Lo más que consiguió fue ver las muchachas de su pueblo en la escuela y en las excursiones. Ya no hace falta decir más. Aquello por lo que se siente un apetito natural, como el agua y el pan, sólo era accesible a los ojos. Por ese camino, el apetito, pasado un tiempo, se desnaturaliza. Pasa una chica, y la falda ondea alrededor de la pantorrilla. Salta un seto, y se le ve hasta la rodilla. Mira a los ojos, y los ojos se vuelven opacos. Se la oye reír y vuelve uno instintivamente la cabeza, pero

no se ve más que una cara inexpresiva, como una grieta en la tierra en la que se esconde un ratón.

Era, pues, comprensible que Moosbrugger, tras su primer homicidio, se hubiera disculpado alegando ser perseguido por espíritus que llamaban día y noche. Le arrojaban de la cama cuando dormía y le molestaban durante el trabajo; a todas horas les oía hablar y reñir. No se trataba de enfermedad mental; Moosbrugger no consentía que se le diagnosticara así. Muchas veces intentaba justificarse con recuerdos de predicaciones oídas en la iglesia, o reconstruía el hecho según los dictámenes de la simulación que se aprende en las cárceles. El material estaba siempre preparado; pronto se evaporaba, sin embargo, si no tenía cuenta.

Cosa semejante le había sucedido en su peregrinaje por el mundo. En invierno es difícil a un carpintero encontrar trabajo, por lo que Moosbrugger se había visto semanas

enteras plantado en la calle. Se ha andado durante todo el día, se llega a un lugar, y no se encuentra alojamiento. Se ve obligado a seguir caminando hasta entrada la noche. El dinero no alcanza para una comida; se bebe, pues, aguardiente, hasta que en los ojos se encienden dos luces y el cuerpo va solo. Se renuncia al catre de la casa de beneficencia, a pesar de la sopa caliente; parte por los bichos y parte por el humillante corte de pelo. Así se prefiere mendigar unas monedas y echarse sobre el heno de un aldeano; sin pedirlo, naturalmente, pues primero hay que rogar largo rato para no recibir más que insultos. A la mañana siguiente hay altercados y denuncia por violación de domicilio, vagabundeo y mendicidad, y al final se reúne una buena colección de méritos de arresto que el juez empleará para darse importancia, al mismo tiempo que dilucida el caso Moosbrugger.

¿Y quién se hace idea de lo que significa no poderse lavar en días y semanas? La piel

se vuelve tan tersa y dura que sólo permite movimientos rudos, aun cuando quiera uno hacerlos tiernos; y bajo esa costra de suciedad se entorpece el alma. La razón no se resiente menos; las necesidades, sin embargo, siguen socorriéndose razonablemente. El juicio arde todavía, pero como una llama minúscula en un faro gigantesco, deambulante, lleno de lombrices y gusanos. La personalidad está magullada y no es más que una sustancia orgánica en fermentación. El vagabundo Moosbrugger encontraba también en los pueblos y a lo largo de los caminos procesiones de mujeres. Primero una, y a la media hora, otra; aunque sólo fuera en tan largos intervalos y sin relación entre sí, en el fondo eran procesiones. Iban de una aldea a la siguiente, o salían de casa, llevaban mantones pesados o chaquetas hasta las caderas; entraban en estancias calientes o mandaban a sus niños adelante, o caminaban por la carretera tan solas que se las

podía espantar de una pedrada lo mismo que a un cuervo. Moosbrugger rechazaba la lascivia como motivo del asesinato porque siempre había sentido aversión a las mujeres, lo que no es inverosímil si se conoce el sentimiento, por ejemplo, de un gato ante la jaula de un canario gordo y rubio saltando de palo a palo, o ante un ratón al que atrapa y suelta, vuelve a atrapar para verle al final esconderse en su agujero; ¿y qué es un perro que persigue un artefacto rotatorio y lo muerde sólo por juego, él, el amigo del hombre? En relación con lo que vive, se mueve, rueda o se desliza, oculta la naturaleza una secreta repulsión contra la criatura que goza de sí misma. ¿Y qué se hace, si empieza a gritar? Salir del embelesamiento o, si no es posible, sacudir su cabeza contra el suelo y llenarle la boca de tierra.

Moosbrugger era un carpintero soltero, un hombre solitario, y, aunque en todas partes donde trabajaba fue querido, no tenía

amigos. De tiempo en tiempo, el más fuerte de sus instintos impulsaba su entidad hacia fuera; pero posiblemente le faltó educación u oportunidad para hacer de ello otra cosa: un ángel exterminador, un incendiario o un gran anarquista; a los anarquistas que se mezclaban en sociedades secretas los llamaba con desprecio “falsos”. Estaba visiblemente enfermo; pero si su naturaleza morbosa contribuía a aislar su conducta del comportamiento de los demás, para él este fenómeno se traducía en el sentimiento más alto y más fuerte de su yo. Toda su vida era una lucha ridícula y peligrosa, y ésta era su prestigio, si lo conseguía. De chico rompió una vez los dedos de su patrón al querer éste golpearle; a otro le robó el dinero “para administrar justicia necesaria”, como él decía. No duraba largo tiempo en el mismo puesto. Al principio, sí, perseveraba mientras conseguía mostrarse tranquilo, simpático y trabajador y en tanto sus compañeros

guardaban las distancias. En cuanto comenzaban a tratarle con familiaridad y le faltaban al respeto, como si le conocieran de siempre, se largaba porque se apoderaba de él la sensación de no estar seguro en su pellejo. En una ocasión reaccionó demasiado tarde; cuatro albañiles de una obra en construcción juraron demostrarle su superioridad y se propusieron derribarle de lo más alto del andamio. Pero él oyó lo que se tramaban y, al verlos acercarse riéndose por anticipado de la broma, se lanzó sobre ellos con su pesado cuerpo y su fuerza ciclópea; a uno le hizo volar escaleras abajo, y a otros dos les magulló los tendones del brazo. Su alma se estremeció -así decía- cuando se enteró de que se había hecho por ello reo de castigo. Se le ocurrió entonces emigrar a Turquía; pero pronto tuvo que regresar; el mundo entero se había confabulado contra él; ninguna palabra maléfica pudo impedir aquella conjura, como tampoco la bondad.

Había aprendido muchas palabras en los manicomios y cárceles; eran restos de francés y de latín que intercalaba en los puntos más inoportunos de la conversación; venía empleándolas desde que supo que el conocimiento de este idioma confería el derecho de disponer de su destino. Por la misma razón se esforzaba en usar términos escogidos en los debates de los tribunales, por ejemplo, “sirva esto de fundamento a mi brutalidad”, o “había esperado que fuera más cruel de como en general me imaginaba yo a las hembras”. Pero cuando comprobaba que tampoco esto causaba impresión, adoptaba con frecuencia una actitud teatral y se declaraba irónicamente “anarquista teórico”; sabía que así conseguiría más fácil la libertad por parte de los socialdemócratas, y que de ese modo se llevaba un regalo de aquellos judíos, estafadores del ignorante pueblo obrero. Aquí tenía también él una “ciencia”, un campo de su dominio en que la erudita

arrogancia de sus jueces no conseguía dar a su caza alcance.

Lo que de ordinario ganaba era reconocimiento de su “notable inteligencia”, consideraciones y respeto en las sesiones judiciales, y condenas más graves; en el fondo, sin embargo, ante su ilusoria vanidad, pasaban estos juicios como los momentos más honrosos de su vida. Por tanto, a nadie odiaba tan declaradamente como a los psiquiatras que creían poder despachar el asunto con unas cuantas palabras raras, y que al pronunciarlas causaban la impresión de serles muy familiares, cotidianas. Como siempre en tales casos, los diagnósticos médicos sobre su estado mental fluctuaban, influidos por el mundo dominador de la jurisprudencia, y Moosbrugger no dejaba escapar ninguna oportunidad de demostrar al público su superioridad respecto de los psiquiatras, y de desenmascararlos llamándoles “charlatanes y globos hinchados”, que

no saben por dónde se andan y que, cuando él se hacía el loco, le mandaban ingresar en el manicomio, en vez de echarle a la cárcel donde tenía su lugar merecido. Él no negaba sus fechorías; quería fueran interpretadas como incidentes fortuitos de un gran orden de vida. Las ladinas mujeres eran las que se aliaban contra él; despreciaban todos los galanteos y las palabras más sinceras del hombre más serio, si no las consideraban como ofensas. En lo posible, él evitaba su encuentro para no dejarse seducir; pero no siempre podía. Llegan días en que al hombre le sudan las manos de agitación. Si se rinde, puede tener por seguro que al primer paso atrás encontrará una patrulla mensajera de sentimientos alborotados, y pronto se cruzará con una serpiente venenosa, una zorra que se burlará del hombre y lo embaucará con su comedia hasta agotarlo, si su desconsideración no irroga todavía otro perjuicio peor.

Así se habían desarrollado las cosas en aquella noche apática, alcoholizada, con demasiado ruido para calmar la inquietud interior. El mundo puede parecer movedizo sin estar uno muy borracho. Los muros de las calles tiemblan como bastidores de un escenario, y detrás de ellos espera alguien a una señal para salir. A las afueras de la ciudad es mejor, más tranquilo; al aire libre refleja más clara la luz de la luna. Allí debió de volverse Moosbrugger para ir a casa dando un rodeo, y allí, junto al puente de hierro, le habló una mujer. Era una muchacha de las que se alquilan abajo, en los prados, fugitiva del servicio doméstico y agremiada en el público; poca cosa, dos tentadores ojos de ratón relampagueaban en la oscuridad bajo el tocado de su cabeza. Él la desairó en cuanto la vio, y apretó el paso; pero ella mendigó y le rogó la llevara a casa consigo. Moosbrugger siguió su ruta; primero derecho, hacia adelante; luego torció la

esquina; al final, de una parte a otra, desamparado; él daba grandes pasos, y ella corría junto a él; se detuvo, y ella también, como una sombra. Caminaba tras la ruina, eso era todo. Entonces Moosbrugger intentó ahuyentarla de nuevo; se volvió y le escupió a la cara. Pero de nada sirvió; aquella mujerzuela era invulnerable.

Sucedió en el inmenso parque que tenían que atravesar, en la parte más estrecha. A Moosbrugger le entraron sospechas de que el espadachín protector de aquella joven no estaría lejos; ¿pues de dónde había sacado, si no, aquel coraje para seguirle, no obstante sus malos tratos? Echó mano al cuchillo del bolsillo en el pantalón; había que tenerlo listo, caso de ser agredido; detrás de tales mujeres se esconde otro hombre dispuesto a faltar y a mofarse. En realidad, ¿no le había parecido aquella figura de mujer un hombre disfrazado? Él veía el movimiento de las sombras, oía el crujido de las ramas; y la

damisela, oscilando a su lado como el Péndulo de un reloj de pared, repetía a cada momento la misma plegana. Pero no aparecía nada sobre lo que Moosbrugger pudiera precipitar su fuerza colosal, así empezó él a sentir miedo de que no sucediera algo fatídico.

Al llegar a la primera calle, todavía muy sombría, le sudaba la frente y temblaba. Sin mirar a los lados entró en un bar aún abierto y tomó un café negro con tres coñacs; se sentó tranquilo y permaneció así quizá un cuarto de hora. Después de pagar, le vino nuevamente el pensamiento de la joven; ¿qué hacer si al salir se encontrara con ella esperándole? Ciertos pensamientos son como cordeles que aprietan y atan con infinitos nudos brazos y piernas. Apenas dio dos pasos en la oscura calle, sintió junto a sí de nuevo a la muchacha. Su actitud no era ya humilde, sino desvergonzada y segura; tampoco rogaba ya, sino que callaba. Ahora comprendió él que no la podría apartar más de sí,

porque era él mismo el que la atraía. Sintió un horror lacrimoso agarrotándole la garganta. Siguió su camino y a poca distancia, ella. Tal como se había encontrado tiempo atrás: en una procesión. En cierta ocasión, partiendo leña, le saltó una astilla y se le incrustó en la pierna; él mismo, por no esperar al médico, se la sacó con sus propias manos; de modo parecido palpaba ahora su cuchillo en el bolsillo, largo y duro.

Moosbrugger, haciendo un uso sobrehumano de su moral intentó evadirse por última vez. A la otra parte de la valla, al margen del camino, había un campo de deporte sin iluminación; hacia allí se dirigió. Entró en la minúscula casa de taquilla, y se acostó en el suelo con la cabeza en el rincón más oscuro; el tierno y execrable segundo yo, se tendió también a su lado. Con disimulo él fingió dormir, para poder huir furtivamente, pero cuando quiso salir sin hacer ruido, de puntillas, la joven se le echó al cuello y le

abrazó. Entonces sintió una cosa dura en su bolsa, o en la de ella; la sacó fuera. No sabía bien si era una tijera o un cuchillo; embistió. A ella le pareció sólo una tijera, pero fue un cuchillo- Cayó con la cabeza dentro de la casa; él la arrastró hacia fuera, sobre el muldido césped, y apuñaló su cuerpo hasta separarlo definitivamente de sí mismo. Luego la contempló, quizá durante quince minutos mientras la noche se tranquilizaba y se hacía maravillosamente lisa. Aquella mujer no podría ya mofarse de un hombre, ni pegarse a nadie. Atravesó la calle con el cadáver y lo dejó delante de un matorral con el fin de que lo pudieran hallar y enterrar más fácilmente, pues, como él decía, ella no tenía la culpa.

A lo largo del proceso, Moosbrugger ocasionó a su defensor los apuros más inauditos. Se sentaba en su banco, ancho como un espectador.

Gritaba ¡Bravo! al fiscal, cuando éste le declaraba peligroso para la sociedad lo cual

resultaba a Moosbrugger interesante y digno- y alababa a los testigos que declaraban no haber visto nunca en él señales de irresponsabilidad. -"Usted es un tipo raro", decía con guasa, de vez en cuando, el juez que presidía la sesión, y apretaba a conciencia el lazo que el mismo acusado se había tendido. Entonces quedaba Moosbrugger Cuadrado de estupefacción, como un toro en el ruedo al recibir un par de banderillas; daba rienda suelta a sus ojos y leía en el rostro de sus circundantes lo que no se podía explicar: que había avanzado un paso adelante la constatación de su culpabilidad.

Ulrich opinaba que los defensores deberían emplear el hecho de no haber preparado ni premeditado el asesinato. Moosbrugger no había salido con la intención de matar y, por motivos de dignidad, no admitía que se le tuviera por enfermo mental; hablar de sensualidad no era del caso, sino de asco y desprecio; luego tenía que haber sido un

homicidio provocado por la sospechosa conducta de aquella mujer, de aquella “caricatura de mujer”, según él decía. Pretendía, al parecer, que su delito fuera considerado como crimen político, y a veces daba la impresión de luchar para sí, sino para la organización jurídica. La táctica que el juez oponía era la de costumbre: ver en todas las acciones del asesino esfuerzos torpes y astutos para eximirse de responsabilidad. — “¿Por qué se lavó usted las manos sucias de sangre? ¿Por qué escondió usted el cuchillo? ¿Por qué se mudó usted de traje y de ropa interior? ¿Porque era domingo? ¿O porque estaban manchadas de sangre? ¿Por qué se divertió usted de esa manera? ¡Ah! ¿Tampoco le impidió el crimen divertirse? ¿Ha sentido usted remordimiento?” Ulrich comprendía bien la resignada filosofía con que Moosbrugger echaba la culpa en tales circunstancias a la falta de educación; ésta le impedía además desenredar aquella red de

incomprensión que en el lenguaje del juez se expresaba en los términos repetitivos: -"Usted despeja siempre la culpa a córner." El juez reunió los dos los papeles en un fajo, empezando por los informes de la policía y del vagabundeo, y declaró a Moosbrugger culpable; sobre él recayeron las otras acusaciones de carácter diverso y sin relación entre sí, cada una con sus propios motivos, ajenos a Moosbrugger y debidos al mundo. A los ojos del tribunal, todo lo había hecho por propia iniciativa; a los suyos, los hechos tocaban la responsabilidad como a la nariz un pájaro en pleno vuelo.

Para el juez, Moosbrugger era un caso especial; para mismo, era un mundo, y del mundo es difícil decir algo que convenza. Eran dos tácticas en mutua lucha, dos unidades, dos lógicas; pero Moosbrugger llevaba las de perder, pues nadie, aunque hubiera sido más inteligente que él, hubiera acertado a describir sus motivos tan vagos y extraños.

Derivaban directamente de la desconcertada soledad de su vida y, mientras todas las demás vidas salían cien veces con vida -miradas desde el punto de vista de los que las llevan como de los que las testifican- su verdadera vida existía sólo para él. Era como una nube en continuo cambio de forma y de figura. Claro está que podía haber preguntado al juez si su vida era en esencia distinta de como parecía. Todo lo que ante la justicia había acontecido de un modo natural y gradual, aparecía en él simultáneo y absurdo y Moosbrugger forcejeaba con los más titánicos esfuerzos por darle un sentido que no debía supeditarse a la dignidad de sus ilustres adversarios. El juez respondía a sus empeños casi con benignidad, le apoyaba y le sugería ideas de toda clase, aunque fueran de muy malas consecuencias.

La sombra luchaba contra la pared. Moosbrugger y su sombra lúgubre gravitaban amenazadores. En la última sesión del

juicio también Ulrich estuvo presente. Cuando el presidente leyó el informe en que declaraba culpaba al reo, Moosbrugger se levantó y manifestó al tribunal: -"Me siento satisfecho de que haya sido así, y de haber conseguido el fin perseguido." Una incredulidad burlona se reflejó como respuesta en los ojos de todos, y él prosiguió enfadado: -"Por haber forzado yo mismo la acusación, me declaro de acuerdo con el procedimiento." El presidente, armado ahora de severidad y castigo, le hizo saber que al tribunal no le interesaba su conformidad. Acto seguido, sentenció la pena de muerte, como si con ella diera la respuesta seria a los disparates con que Moosbrugger había entretenido durante el proceso a todos los asistentes. Moosbrugger calló para no revelar el susto. El juez cerró la sesión y clausuró el proceso. Entonces el espíritu se reveló; retrocedió, y acometió impotente contra el orgullo de la incomprensión, se volvió, distanciándose de la patrulla

que lo conducía fuera, gesticuló, alzó los brazos y gritó con una voz inconmovible a pesar de los culatazos de los guardias:

-”Estoy satisfecho, sí, aun cuando tenga que confesar que ustedes han condenado a un insensato.”

Aquello era una inconsecuencia; pero Ulrich permaneció sentado sin aliento. Evidentemente era locura y, con la misma evidencia, una conexión, desfigurada, con los factores que constituyen nuestro propio ser. Era oscuro y fragmentario; pero Ulrich pensó: si la humanidad, en su conjunto, pudiera soñar, tendría que surgir Moosbrugger. Volvió a serenarse cuando el “bobo del abogado”, según le había llamado una vez el desagradecido Moosbrugger en una de las sesiones, anunció que había presentado recurso al tribunal de casación por pequeños vicios de forma, mientras que aquel gigantesco cliente de ambos era conducido a la cárcel.

19 - Carta de amonestación y oportunidad de adquirir atributos. Coincidencia de dos aniversarios

EL tiempo pasaba, Ulrich recibió entretanto una carta de su padre: “Mi querido hijo: Han transcurrido otra vez varios meses sin que de tus lacónicas noticias podamos deducir que has dado el más mínimo paso adelante en tu carrera, o que lo estás preparando.

“Reconozco con alegría que en el curso de estos últimos años he teñido la satisfacción de oír referencias laudatorias, procedentes de diversas fuentes fidedignas, sobre las actividades que has desarrollado y que te prometen un buen futuro. Pero esa tendencia tuya que, al parecer, es in-nata, heredada, aunque no de mí, es decir, esa

manía de entrar a degüello en una tarea que te entusiasma, y de olvidarte en seguida de lo que te debes a ti mismo y a cuantos han puesto sus esperanzas en ti y, por otra parte, la circunstancia de no tener ni una simple indicación tuya sobre planes para el futuro, me preocupa enormemente.

“Debes considerar, no sólo que has alcanzado ya una edad en la que otros se han asegurado una posición firme, sino que yo puedo morir en cualquier momento, y el patrimonio que te dejo a ti y a tu hermana, a partes iguales, aunque no es despreciable, no es tan grande como para que te pudieras permitir ocupar un puesto desahogado en la actual vida de sociedad; esto es cosa que deberías lograr más bien tú con tus propios medios. Me inquieta igualmente el pensamiento de que desde tu promoción al doctorado apenas hablas de otra cosa que de proyectos que debenan extenderse a diversos campos y que tú quizá estimas demasiado, como de

costumbre, pero nunca escribes refiriéndote a satisfacciones que hayas podido experimentar al recibir una cátedra, por ejemplo, o al Ponerte en contacto con una Universidad o con círculos de influencia. No creo que con estas consideraciones me haga sospechoso de pretender desacreditar la independencia científica que yo conseguí hace cuarenta y siete años al publicar mi obra que tú conoces y que va a aparecer ahora en su duodécima edición: "La doctrina de la responsabilidad moral según Samuel Pufendorf y la jurisprudencia moderna"; en ella establecí, por primera vez en la historia de la materia, las verdaderas relaciones, rompiendo los prejuicios de la vieja escuela del derecho penal; pero con la experiencia que tengo de toda una vida de intenso trabajo, me es imposible admitir que deba uno recluírse en sí mismo y tenga que renunciar a las relaciones sociales y científicas que sirven de apoyo al trabajo de

la persona privada, y la introducen en un sistema de amistades útiles y provechosas.

“Espero, pues, recibir pronto nuevas tuyas, y poder constatar que tú, en compensación a los sacrificios que yo he hecho por tu aprovechamiento, anudas esas relaciones al regresar a la patria y no las abandonas. En este sentido he escrito a mi antiguo y verdadero amigo y protector, ex presidente de la Cámara de Contaduría y actual presidente del Ilustrísimo Ministerio de Administración privada de la Familia Imperial-Real, a título de Mariscal Real, Su Ilustrísima el conde Stallburg, y le he rogado acoja benigneamente la solicitud que recibirá de ti próximamente. Mi ilustre amigo me ha concedido el honor de una respuesta a vuelta de correo, y a ti te concede la gracia de ser recibido en audiencia al mismo tiempo que expresa el vivo interés que le ha suscitado tu curriculum vitae descrito en mi carta. Con esto creo haber asegurado tu porvenir, en cuanto

está de mi mano y supongo que tú sabrás ganar las simpatías de Su Ilustrísima y consolidar la opinión positiva que los círculos académicos tienen de ti.

“Para la petición que tú dirigirás a Su Ilustrísima, sin duda de buen grado en cuanto sepas de qué se trata, tienes estos puntos.

“En el año 1918, alrededor del día 15 de junio, tendrán lugar en Alemania grandes solemnidades en conmemoración del trigésimo aniversario del reinado del Emperador Guillermo II, fiestas que mostrarán al mundo la grandeza y el poder germanos. Aunque faltan todavía varios años hasta esa fecha, se sabe, de fuentes dignas de crédito, que se están haciendo ya preparativos, por el momento naturalmente inoficiales. Bien sabes tú también que nuestro augusto Emperador celebrará en el mismo año el septuagésimo aniversario de su subida al trono, y que esta fecha coincide con el 2 de

diciembre. La suma modestia que siempre nos distingue a los austríacos en las cuestiones concernientes a nuestra propia patria me inspira el temor de que se prepara para nosotros, digámoslo de una vez, un Kónigrátz, o sea, que los alemanes, con su método efectísta bien estudiado, se nos adelantarán de modo semejante a como en otro tiempo introdujeron el uso del arma de percusión antes de que nosotros pudiéramos pensar en una sorpresa.

“Afortunadamente, los temores que te acabo de expresar los han sentido también otras personalidades conspicuas de la nación, y puedo revelarte que en Yiena está en desarrollo un movimiento para impedir que se conviertan en realidad, y para que las festividades del septuagésimo aniversario, pletórico de gloria y de méritos, no se eclipsen por el trigésimo, sino que todo el mundo reconozca su valor. Puesto que no podemos hacer que el 2 de diciembre caiga

en 15 de junio, se ha tenido la feliz idea de declarar el año entero Año Jubilar de nuestro Emperador Pacífico. Yo estoy informado de todo cuanto las Corporaciones, de las que soy miembro, pudieron enterarse al intervenir en el movimiento; el resto lo sabrás directamente del conde Stallburg; él tiene reservado para ti un asignamiento honroso a tu juventud en el comité organizador.

“Del mismo modo te exhorto a no diferir, si quieres evitarme desagradables consecuencias, la tramitación de relaciones que hace tiempo te recomendé con la familia del jefe de sección Tuzzi, del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Casa Imperial; apresúrate a ofrecer tus respetos a su esposa que, como sabes, es la hija de un primo de la mujer de mi difunto hermano, o sea, prima tuya; según tengo entendido, toma parte activa en el proyecto de que te hablo, y mi apreciado amigo, el conde Stallburg, ha tenido la extrema bondad de anunciarle tu

visita; conque no difieras ni un solo momento el cumplimiento de este deber.

Por lo demás, no tengo otra cosa que comunicarte; el trabajo en la nueva edición de mi libro aludido me ocupa, fuera de las clases, todo el tiempo y lo que me queda de fuerzas en mi ancianidad. Es necesario emplear bien el tiempo, que es corto.

“De tu hermana sé sólo que está bien de salud; tiene un marido excelente, aunque ella nunca manifiesta estar satisfecha de su suerte ni sentirse feliz.

“Te bendice tu afectísimo padre.”

PARTE SEGUNDA - OTRO TANTO SUCEDE

20 - Contacto con la realidad. Ulrich sustituye la falta de atributos por energía y vehemencia

ULRICH decidió por fin visitar al conde Stallburg, entre otros motivos, por curiosidad.

El conde Stallburg desempeñaba un cargo público en la Corte Imperial y Real, y el Emperador y Rey de Kakania era un anciano legendario. Desde entonces se han escrito muchos libros acerca de él, y se sabe exactamente lo que hizo, impidió y dejó de hacer; pero en el último decenio de su vida y de la existencia del reino de Kakania dudaron de ello muchos jóvenes del mundo del arte y de la ciencia. Sus retratos aparecían en todas partes y en número casi

igual al de los habitantes del reino. Con motivo de su cumpleaños se comía y se bebía tanto como en el día de Navidad; se encendían hogueras sobre las montañas, y las voces de millones de hombres proclamaban su amor filial. El himno de alabanza al Emperador era la única creación poética y musical que conocía todo kakaniense, pero su popularidad y publicidad eran tan archiconvincentes que la fe en su existencia podía equivaler a la fe en algunas estrellas que vemos ahora, a pesar de haber desaparecido hace miles de años.

Lo primero que tuvo lugar, cuando Ulrich se dirigió a Palacio, fue que la carroza que lo conducía se detuvo en el patio exterior, y el cochero expresó su deseo de recibir la paga afirmando que podía atravesar el Ulterior, pero no le estaba permitido estacionarse en él. Ulrich se molestó, trató al cochero de estafador y de cobarde, e insistió en que siguiera adelante; pero el cochero

permaneció impasible frente a la inseguridad de Ulrich. Al penetrar en el patio interior, apareció ante sus ojos una infinidad de levitas, calzones y penachos rojos, azules, blancos y amarillos, que lucían almidonados en el sol como pájaros en la arena. Hasta entonces, “Su Majestad” había sido para él una expresión hueca, en uso, pero sin más significado que el que puede sentir un ateo cuando dice “¡Por amor de Dios!”. Elevó sus ojos hacia lo alto del muro y vio una isla gris, fortificada, junto a la cual discurría sin parar mientes en ello el tráfico veloz, huidizo de la ciudad.

Presentó su demanda y fue conducido por escaleras y pasillos, a través de habitaciones y salas. Aunque iba elegantemente vestido, le parecía que todos con los que tropezaba su mirada le justipreciaban en su exacto valor. Nadie creía confundir la nobleza intelectual con la de sangre; a Ulrich no le quedó otra vindicación que la protesta

irónica y una crítica vulgar. Se persuadió de que se encontraba metido en un gran cajón de escaso contenido; las salas estaban casi desamuebladas, pero aquel gusto vacío no tenía la aspereza de un gran estilo. Pasó por delante de una serie de guardias y pajes de cámara, distribuidos por las distintas dependencias y constituyendo una defensa más deslucida que pomposa; media docena de detectives bien pagados y adiestrados hubieran surtido más efecto. El personal de servicio, con su uniforme gris como los empleados de banco y con sus gorras de funcionario, se mezclaban entre los guardias y lacayos y hacían pensar en un abogado o médico que tuviera el despacho o consulta en su propia casa. -"Ahora se explica uno -pensó- cómo los burgueses de la época Biedermaier pudieron ver aquí lujo; hoy día ya no se puede comparar esto con la elegancia y comodidad de un hotel; por eso suelen emplear los

eufemismos de "noble modestia" y "severidad señorial".

Al presentarse ante el conde Stallburg, Su Ilustrísima le recibió en la amplia concavidad de un prisma bien proporcionado en cuyo centro estaba él, calvo e insignificante, un poco encorvado, plegadas las piernas, en una postura que no parecía auténtica; más bien, como alto funcionario de la Corte, imitaba quizá la distinción innata de los hijos de familias nobles. De hombros caídos, de labios lacios: evocaba la figura de un viejo alguacil o la de un contable. En un abrir y cerrar de ojos se desvanecieron todas sus dudas sobre el parecido; el conde Stallburg se hizo transparente; Ulrich comprendió que un hombre, que durante setenta años representa la más alta dignidad del supremo poder, tiene que encontrar una cierta satisfacción en descender de las alturas y hacerse como el más subalterno de sus súbditos; esta actitud fomenta la buena educación y las obligadas

formas de discreción por parte de los inferiores, y les aleja la tentación de engreírse sobre sí mismos. Por esta razón debieron de llamarse también los reyes y los soberanos de la tierra “siervos del Estado”. Rápidamente llegó Ulrich al convencimiento de que Su Ilustrísima llevaba por idéntico motivo aquellas patillas grises, finamente recortadas hasta el mentón, igual que todos los ujieres y empleados ferroviarios de Kakania. Se hubiera podido también pensar que su pretensión era asemejarse a su Rey y Emperador; la exigencia más profunda es en tales casos recíproca.

Ulrich tuvo tiempo para hacerse estas consideraciones, pues Su Ilustrísima tardó algo en hablar. El más primitivo instinto del disfraz y la transformación, que se cuenta entre los placeres de la vida, se le ofreció sin el más mínimo sabor extraño y sin sombra de teatralidad, y tan áierte que la costumbre burguesa de edificar teatros y de hacer del

espectáculo un arte alquilable por horas, le pareció, frente a aquel arte inconsciente e inconstante de representarse a sí mismo, como algo totalmente artificioso, tardío y quebrado. Y cuando Su Ilustrísima separó por fin los labios y le dijo -"Tu querido padre..." y se cortó, prolongó el hilo de su voz y puso en movimiento sus hermosas manos amarillentas y confirmadoras, mientras emanaba de toda su persona una especie de moralidad tuciorista; a Ulrich esto se le antojó delicioso, y cometió un error en el que algunos intelectuales fácilmente incurren. Su Ilustrísima le preguntó por su profesión y, al responderle Ulrich que la matemática, replicó: -"Interesante, ¿y en qué escuela?" Ulrich le aseguró que no tenía nada que ver con escuela alguna, a lo que añadió Su Ilustrísima: -"Desde luego es muy interesante, comprendo; ciencia, Universidad..." Tan familiar y amena se le hizo a Ulrich la conversación que sin querer empezó a comportarse

como si estuviera en su casa, y dio curso a sus pensamientos privados, en vez de sujetarlos a las circunstancias del momento. De repente, se acordó de Moosbrugger. Su derecho de gracia estaba a punto de darse, y nada se le ocurrió tan natural como intentar hacer uso de él. -"Ilustrísima -le preguntó- ¿me permite aprovechar esta ocasión para interceder por un hombre injustamente condenado a muerte?"

A estas palabras, Su Ilustrísima abrió desmesuradamente los ojos.

- "Un delincuente sexual -confesó Ulrich, pero en el mismo momento se dio cuenta de lo desquiciado que andaba-. Por supuesto, un enfermo mental -intentó corregir, y estuvo a punto de añadir-: Su ilustrísima no ignora que nuestra legislación data del siglo pasado y está muy superada", pero prefirió tragárselo y siguió sentado. Era una maniobra descarrilada atreverse a hacer semejantes dilucidaciones a aquel hombre; a

menudo las hacen también, sin éxito naturalmente, personas que se las dan de intelectuales. Dos palabras bien dichas, oportunas, pueden resultar fértiles como tierra abonada; en este caso, sin embargo, influyeron como barro pegado a la suela del zapato y distribuido por la habitación. El conde Stallburg notó su apuro y se mostró propicio. -"Sí, sí, ya me acuerdo -repuso sobreponiéndose a sí mismo, al decirle Ulrich su nombre-, y usted dice entonces que es enfermo mental, y quisiera ayudarle."

- "Él no tiene culpa ninguna."

- "Sí, claro, son casos desagradables." El conde Stallburg dio muestras de lamentar seriamente aquellas dificultades. Miró desconsolado a Ulrich y le preguntó si la condena que había recaído sobre Moosbrugger era de todo punto definitiva. Ulrich tuvo que responder que no. -"Ah, bueno! -prosiguió aliviado-, si es así, tenemos todavía tiempo",

y pasó a hablar de “papá” dejando en suspenso el caso Moosbrugger.

Ulrich, a causa de su deslíz, estuvo unos minutos ausentado de sí mismo; pero cosa extraña, este error no produjo en Su Ilustrísima mala impresión. El conde Stallburg se había quedado al principio casi sin habla, como si alguno se hubiera quitado la chaqueta en su presencia; pero después, aquella espontaneidad en un hombre tan fervientemente recomendado le pareció indicio de energía y vehemencia. Al recapacitar sobre estas palabras, se sintió satisfecho de haberlas hallado, pues ya antes había resuelto formarse buen concepto de él. Al instante las anotó: (“Podemos confiar en la energía y vehemencia de un elemento interesante”) y las dirigió en calidad de credenciales al jefe de la gran Acción Patriótica. Poco más tarde, cuando Ulrich obtuvo aquel escrito, se consideró un niño al que se le despide con una onza de chocolate. Ahora sostenía en la

mano aquello y recibía consignas para esa próxima visita, que igualmente podía ser una encomienda que un ruego sin posibilidad de poner objeciones. -"Es una equivocación, yo no he buscado esto", así hubiera querido hablar; pero estaba ya de regreso, recorriendo los largos corredores y las salas. De repente, se paró y se dijo a sí mismo: -"Me han tratado como a un bobo y me han llevado a donde yo no quería." Examinó curioso la insidiosa simplicidad del mobiliario. Tranquilamente se podía decir que ahora tampoco a él le causaba impresión; era un mundo sin desalojar. ¿Pero qué atributo de aquel mundo repercutía todavía en él? **D**emonios! Apenas se podría expresar de otro modo: Sencillamente, era un mundo sorprendentemente real.

21 - El conde Leinsdorf encuentra la clave de la Acción Paralela

EL verdadero promotor de la gran Acción Patriótica no fue el conde Stallburg, sino su amigo el ilustrísimo señor conde Leinsdorf. Desde ahora llamaremos a esta operación “Acción Paralela”, para abreviar “El trascendental jubileo septuagenario cuyas glorias y preocupaciones serían celebradas con una fastuosidad superior a la del trigésimo aniversario”. En el despacho acogedor, iluminado por altas ventanas aparecía éste noble señor, rodeado de una aureola de recogimiento, devoción, galones y fama; le acompañaba, al tiempo de hacerle Ulrich su visita, su secretario con un libro en la mano, del cual leía a Su Señoría un párrafo que le había

mandado buscar. Era algo muy apropiado, según su parecer, tomado del “Discurso a la nación alemana” de J. G. Fichte:

-”Para librarse del pecado original de la indolencia -leyó- y de sus consecuencias, la cobardía y la falsedad, necesitan los hombres de modelos que les interpreten por adelantado el enigma de la libertad, como lo hicieron los fundadores de las religiones. La obvia aclaración de las convicciones morales se ha de buscar en la Iglesia, cuyos símbolos se considerarán, no como temas aleccionadores, sino sólo como medios didácticos para la predicación de las verdades eternas.” Había acentuado las palabras “indolencia”, “modelos” e “Iglesia”; Su Señoría escuchó atentamente, se hizo mostrar el libro y sacudió la cabeza. -”No -dijo el conde-, el libro está bien, pero ese punto de vista protestante no reza con la Iglesia.” El secretario le miró con desaire, como un sencillo empleado cuando el jefe le rechaza por quinta vez el borrador

de una escritura, y objetó prudentemente: -"Pero en ambientes nacionales, Fichte causaría óptima impresión." -"Yo creo -replicó Su Señoría- que de momento debemos renunciar a eso." Al cerrar el libro, se oscureció también su rostro y, ante aquella actitud agria y autoritaria, el secretario se cuadró y le rindió el homenaje de una inclinación reverencial; tomó a Fichte en sus manos para quitarlo de en medio y volverlo a su lugar de la biblioteca, junto a todos los demás sistemas filosóficos del mundo. Uno no tiene por qué hacerlo todo, de algo tienen que servir los demás.

-"Por consiguiente -dijo el conde Leinsdorf-, quedamos en los cuatro puntos: Emperador Pacífico, piedra angular de Europa, Austria auténtica, capital y cultura. En estos términos debe usted redactar la circular."

Su señoría había tenido en aquel momento un pensamiento político que,

traducido a palabras, se formula aproximadamente así: “¡Vendrán ellos solos!” Se refería a aquellos círculos de su patria que se sentían menos pertenecientes a la misma que a la nación alemana. No le agradaban. Si su secretario le hubiera encontrado una cita mejor, más halagadora (con este objeto había recurrido a J. G. Fichte), la hubiera mandado escribir; pero desaconsejándolo al presente una circunstancia desconcertante, el conde Leinsdorf se sintió excusado.

Su Señoría fue el creador de la gran Acción Patriótica. Él fue el primero al que se le ocurrió la calificación de Emperador Pacífico, cuando le llegó de Alemania la tan inquietante noticia. Este apelativo brotó espontáneo de la consideración de aquel monarca venerable de 88 años de edad, verdadero padre de su pueblo, y de un reinado sin interrupción durante siete decenios consecutivos. Los dos conceptos contenían naturalmente los rasgos tan familiares de su

imperial señor, pero la gloria que les acompañaba no era la de majestad, sino la del hecho enorgullecedor de tener su patria al soberano más viejo y de más largo reinado del mundo. Personas incomprensivas pudieron sentir una simple deleitación, como si se tratara nada más que de un caso raro (también el conde Leinsdorf hubiera podido dar preferencia a un extraño sello del Sahara, estriado, con huellas de agua y algo roto, y haberlo colocado en lugar más preferente que un cuadro del Greco; y así lo hacía el conde, aunque poseía ambas cosas y no por eso descuidaba la famosa colección de cuadros de su casa). Estos escépticos, sin embargo, no comprendían la fuerza ilustradora de un símbolo que enriquece más incluso que un fabuloso capital. En este símbolo del anciano monarca entraba para el conde Leinsdorf también su amada patria y el mundo ante el que debía ser un ejemplo. Le movían grandes y dolorosas esperanzas. No

podía distinguir si lo que le afligía era el dolor de no ver a su patria ocupar el puesto de honor que le correspondía “en la familia de las naciones”, o la envidia hacia Prusia porque en el año 1866 arrebató a Austria su lugar, o si lo que sentía era orgullo de la nobleza de un Estado tan antiguo y deseos de poder mostrarlo como ejemplo. Los pueblos de Europa, según su parecer, andaban todos a la deriva con ideas democrático-materialistas; le complacía pensar en un símbolo sublime que fuera al mismo tiempo aviso e invitación a ser examinado por la conciencia. Para él no había duda de que tenía que ocurrir algo con lo que Austria se antepondría a todas las demás naciones, y su “esplendorosa manifestación de vida” haría de piedra angular del mundo entero; con ello recobraría su verdadero ser; en todo y ante todo debía reinar el octogenario Emperador Pacífico. El conde Leinsdorf no sabía más ni mejor. Pero estaba seguro de que había tenido una gran

idea, y ésta le apasionó, aunque a un cristiano de rigurosa educación y responsabilidad le tenía que haber dejado más bien esgético. Con absoluta fe en su evidencia se entregaba a sublimes y fantásticas imaginaciones, como la de aquel soberano, la de su patria y la de ía felicidad del mundo. La oscuridad inherente de aquella idea no inquietaba a Su Señoría. Su Señoría conocía bien la doctrina teológica de lo “contemplado in calígene divina”, contemplación que es en sí misma infinitamente clara, pero para el entendimiento humano resulta ofuscación y tinieblas. Por lo demás, defendía su firme convicción de que un hombre que realiza algo grande generalmente no sabe por qué. Ya lo dice Cromwell: “Un hombre nunca adelanta más que cuando no sabe a dónde va!” El conde Leinsdorf se abandonó satisfecho al placer de sus visiones cuya inseguridad le animaba más que los hechos ciertos.

Prescindiendo de sus imaginaciones, sus ideas políticas eran de una extraordinaria consistencia y de una independencia que sólo posee un carácter exento de la posibilidad de dudar. Como señor de un mayorazgo era también miembro de la Cámara Alta, pero no desarrollaba actividad política alguna, ni desempeñaba cargos en la Corte ni en el Estaco. “No era más que un patriota.” Precisamente por eso y por su riqueza privada, se había convertido en centro de todos los demás patriotas, lientos al desenvolvimiento del reino y de la humanidad. La obligación fiioral de estar siempre pronto a “extender la mano en ayuda de lo alto” dominaba su vida, y no se contentaba con ser un simple espectador. El “Pueblo” le había convencido de que aquello era “bueno”, pues no solamente dependían de él oficiales, empleados y servidores, sino, en cuanto a lo económico, muchísimas personas. Con el verdadero pueblo no tenía más contacto que el de

los domingos y días festivos en que se sale al escenario de la vida de colores, risueño como el coro de una ópera. Los que no encajaban en aquella idea eran considerados “elementos revolucionarios”: individuos irresponsables, carentes de madurez y ávidos de sensaciones. Él había sido educado en la religión y en el feudalismo, nunca había chocado con el mundo burgués, había leído algo; influido por la pedagogía religiosa que le había protegido en su juventud, calificaba sus lecturas o de confirmación de sus propios principios o de divergencias heréticas; fuera de esto, no conocía el mundo de su tiempo sino por los debates del Parlamento y por las polémicas de los periódicos; y como no se escapaba a su inteligencia avisada la gran superficialidad de aquellas luchas, iba afianzándose cada vez más en la convicción de que la verdadera, profunda e inteligible idea del pueblo era exactamente la que él se había formado. El adjetivo “verdadero”, aplicado a

las corrientes políticas, era un medio expeditivo para orientarse en un mundo creado por Dios y a menudo renegado de los hombres. Creía firmemente en que incluso el verdadero socialismo compartía su opinión; ya desde un principio, su idea más personalista, que a todas luces quería ocultar, fue la de tender un puente que permitiera y obligara a los socialistas a pasar a su campo. Es obvio que el ayudar a los pobres es un deber de caballeros, y que para la alta nobleza no puede existir tanta diferencia entre un fabricante burgués y sus obreros. “En el fondo, todos somos socialistas” era su sentencia favorita, y con ella se refería a la verdad de que en el otro mundo no habrá distinciones sociales: en el actual las consideraba necesarias; y esperaba del proletariado, si bien lo admitía sólo en las cuestiones relativas al bienestar material, que renunciara a las frases disparatadas y que reconociera el orden natural del mundo donde todo ser

humano, cada uno en su propio ambiente, puede tener su propio desarrollo y obligaciones. El verdadero señor era para él tan importante como el verdadero artesano, y la solución de los problemas políticos y económicos venía a ser una visión armónica que él llamaba Patria.

Su Señoría no habría podido concretar cuánto de todo esto había pensado en el cuarto de hora a continuación de la salida de su secretario. Quizá todo. Aquel hombre de sesenta años, de mediana estatura, sentado rígido en su escritorio y con las manos entre las piernas, no se daba cuenta de que sonreía. Llevaba el cuello bajo por su predisposición al bocio; lucía una perilla encrespada, quizá por el mismo motivo o quizá también por asemejarse a los aristócratas bohemios del tiempo de los Wallenstein. Le rodeaba una habitación alta y espaciosa, y a ésta otras grandes, vacías, el vestíbulo, la biblioteca, ánforas y conchas, más cuartos, silencio,

devoción, solemnidad y la guirnalda de dos escaleras serpenteantes. En el zaguán, donde las escaleras terminaban, paseaba el conserje envuelto en su pesado capote, cosido de galones y vara en mano; a-través del arco del portón contemplaba el líquido fluir del día y el navegar de los transeúntes en el acuario de la ciudad. En el límite de estos dos mundos se alzaban graciosas las volutas de una fachada rococó, famosa en la historia del arte y de la cultura, no sólo por su belleza, sino también porque era más alta que larga; estaba considerada como el primer intento de injerto de piel de un cómodo y ancho palacete rural sobre el esqueleto gigante de una casa de ciudad; simbolizaba además el paso del esplendor feudal a la democracia burguesa. La existencia de los Leinsdorf intervenía en la crítica de la intelectualidad mundial. En esto la existencia de los Leinsdorf pasaba, acreditada por los libros de arte, al ámbito del espíritu universal. Pero

quien no lo sabía veía tanto de ello como la gota de agua de los muros del canal por el que se desliza: divisaría solamente el orificio blando, pardusco del portón, una sorprendente, casi provocadora concavidad, y en lo profundo el brillo del oro de los galones y los grandes botones del portero. Cuando hacía buen tiempo, el conserje salía fuera y vigilaba la entrada del edificio, como una perla de colores, visible desde lejos, incrustada en una corona de casas. A nadie llamaba la atención aquellos muros, aunque también se levantaban para servicio de todos, para contener y regular el hervidero de gente que sin número ni nombre pasaba por delante. Se podría apostar a que para una gran parte del “pueblo”, cuyo orden regulaba solícito e incansable el conde Leinsdorf, el apellido de Su Señoría evocaría precisamente la imagen de aquel conserje.

Pero Su Señoría no hubiera visto en ello una afrenta; más bien, el hecho de disponer

de conserjes así lo consideraba él como un signo del “genuino desprendimiento” de la nobleza.

22 - La Acción Paralela, personificada en una influyente mujer de indescriptible atractivo, está a punto de devorar a Ulrich

POR indicación del conde Stallburg, Ulrich se debía haber presentado al conde Leinsdorf, pero no quiso; prefirió visitar a su “gran prima” siguiendo así la recomendación de su padre; le interesaba además verla con sus propios ojos. No la conocía personalmente, sin embargo, desde hacía algún tiempo, venía sintiendo una verdadera antipatía contra ella, sin duda porque personas bien relacionadas con su familia le habían aconsejado más de una vez: -“Debería usted

conocer a esa mujer.” Se lo habían dicho acentuando especialmente el “usted” y en un tono que intentaba hacerle ver que él sería capaz de aquilatar semejante joya; también podía ser un cumplido sincero o significar la secreta convicción de que Ulrich era un auténtico idiota si no se ponía en contacto con ella. Por eso, se había informado repetidas veces de las dotes especiales de aquella mujer, pero nunca obtuvo respuesta satisfactoria. Le decían: -“Es de un encanto espiritual indescriptible” ; o bien -“Es la mujer más hermosa e inteligente de nuestra sociedad”; otros: -“Es la mujer ideal”; -“¿Qué edad tiene?” -preguntaba Ulrich finalmente, nervioso-. “¿Está relacionada?” El joven a quien hablaba, no carente de experiencia, quedó sorprendido: -“Tiene usted razón. Nadie ha pensado en ello”. - “O sea, una hermosura espiritual - se decía Ulrich-, una segunda Diotima”. Desde aquel día la llamó así

en el pensamiento, en memoria de aquella ilustre profesora de amor.

En realidad se llamaba Ermelinda Tuzzi; y, más concretamente, Hermine. No se vaya a creer que Ermelinda es la traducción de Hermine: ella se conquistó un buen día el derecho a aquel bonito nombre, gracias a una inspiración intuitiva que le fue susurrada al oído espiritual, como una verdad superior. Su marido seguía llamándose Hans, y no Giovanni, a pesar de que este nombre no habría sonado mal junto a su apellido y de haber aprendido italiano en la Academia consular. Contra el jefe de sección, señor Tuzzi, Ulrich no tenía los mismo prejuicios que contra su esposa. Desempeñaba un cargo de responsabilidad en el Ministerio de Asuntos Exteriores, de un carácter todavía más feudal que otros oficios gubernativos, siendo él el único funcionario burgués; dirigía la sección de mayores influencias, estaba considerado como el brazo derecho y, según

algunos, incluso como cabeza del ministro; era uno de los pocos hombres de influencia en los designios de Europa. Pero cuando en un ambiente tan arrogante como aquel ascendía un burgués, podía con razón hacer caso omiso de sus cualidades; éstas tenían que asociar de un modo ventajoso la necesidad absoluta de su persona con la necesidad de una resignada dimisión. Ulrich no andaba lejos de considerar al autorizado jefe como a un entero sargento de caballería con poder sobre reclutas de la nobleza. Su mujer le vanía como anillo al dedo; a pesar de que él ponderaba y elogiaba su hermosura, no le concedía juventud ni ambición, y no le tentaba demasiado su talle de cultura burguesa.

Le esperaba una gran sorpresa. Cuando Ulrich fue a su casa y le ofreció sus respetos, Diotima le recibió con una indulgente sonrisa de mujer de categoría, consciente de su belleza y que sabe perdonar a los hombres

superficiales el pecado de fijarse en su tipo antes de pensar en nada.

-“Le esperaba”- dijo ella. Y Ulrich no supo si había pronunciado una expresión galante o un reproche. La mano que ella le tendió era rellena, sin peso.

Ulrich la apretóy la retuvo algo más de lo debido; sus pensamientos no pudieron separarse de aquella mano al instante. La sostuvo en la suya como a un capullo reventón; sintió las uñas afiladas como élitros de un insecto dispuesto a remontar el vuelo de allí a un mundo improbable. La afectación de aquella mano femenina le subyugó, pero pensó que en realidad era un órgano humano casi obsceno, que tienta todo como el morro de un perro; oficialmente, sin embargo, es la sede y el símbolo de la fidelidad, de la nobleza y de la delicadeza. Echó de ver que en el cuello se abultaban sus nervios tersos, revestidos de una finísima piel; los cabellos los recogía anudados en un moño griego,

rígido y tan perfecto que parecía un nido avispas. Ulrich se sintió invadido por sentimiento hostil, por el placer de desdeñar a aquella mujer sonriente, pero no pudo sustraerse a su belleza.

También Diotima le observó detenidamente y casi lo examinó. Había oído varias referencias de aquel su primo, a manera de leves disonancias de escándalo privado; era parientes suyo. Ulrich se imaginó que también a ella le había impresionado bastante su físico, a lo cual ya estaba é acostumbrado. Era alto, bien desarrollado, flexible de músculos, y aparecía bien afeitado con el rostro claro e inescrutable; a veces, creía ser el ideal que casi todas las mujeres se forjan acerca del hombre interesante en plena juventud; no siempre tuvo el valor de desengañarse a tiempo. Diotima, en cambio, se defendió contra posibles asechanzas haciéndole espiritualmente objeto de compasión. Ulrich observó también cómo le contemplaba ella, y

pensó que sus sensaciones internas no debían ser tan despreciables; Diotima a su vez pensaba quizá que los nobles atributos, de que aparentaba estar dotado aquel hombre, tenían que haber sido adulterados por una mala vida, pero que todavía se podían salvar. Diotima era algo más joven que Ulrich y, corporalmente, se encontraba en plena efervescencia; revelaba una cierta virginidad inexplorada de espíritu, en declarado contraste con su autosuficiencia. Así, hablando, se observaban el uno al otro.

Diotima comenzó afirmando que la Acción Paralela sería la única ocasión de realizar el proyecto más grande e importante de cuantos se pueden imaginar. -"Queremos y debemos poner en práctica una idea excelsa. Está en nuestra mano y hay que aprovecharla."

Ulrich preguntó ingenuamente: -"¿Piensa usted en algo concreto?"

No, Diotima no pensaba en nada concreto. ¿Cómo lo iba a hacer? Nadie que habla de lo más grande e importante del mundo cree que exista realmente. ¿Con qué especial atributo del mundo se puede comparar? Todo tiende a formular la conclusión de que lo uno es más grande, im-portante o también más bello y más triste que lo otro, dependiendo, por tanto, de un grado o comparación; ¿y no se da al lado una cumbre, un superlativo? Si alguien se quiere hacer interesante hablando de esa forma sobre lo más importante y grande, se hace sospechoso de ser un individuo sin sentimientos ni ideales. Así le sucedió a Diotima y así había hablado a Ulrich.

Diotima, como mujer de inteligencia admirada por todos, encontró indiscreta la réplica de Ulrich. Sonrió un poco y contestó: -"Hay todavía tantas cosas grandes y buenas sin realizar que no hacen fácil la elección. Pero formaremos comisiones con elementos

de todas las clases sociales, y éstas nos ayudarán. ¿O cree usted, señor..., que no es un privilegio extraordinario poder invitar con ocasión de estas fiestas a toda una nación, al mundo entero, para que reflexione y se reconcilie con la vida del espíritu en medio de una barahúnda materialista? No debe pensar que nosotros perseguimos fines patrióticos anticuados.”

Ulrich eludió la respuesta con una broma.

Diotima no rió; se sonreía solamente. Estaba acostumbrada a tratar con hombres ingeniosos que eran además alguna otra cosa. Los paradójicos puros le parecían personas faltas de madurez, y provocaban en ella la imperiosa necesidad de llamar la atención de sus parientes sobre la seriedad de los hechos reales que conferirían a la gran empresa patriótica dignidad y responsabilidad. Ahora hablaba en un tono distinto, concluyendo y enunciando; Ulrich buscaba entre

sus palabras los balduques de un negro amarillento usados en las oficinas ministeriales para atar legajos. De la boca de Diotima salían no sólo palabras técnicas de burocracia estatal, sino también frases como “tiempos sin alma, dominados únicamente por la lógica y la psicología”, o bien “el presente y la eternidad” y, de vez en cuando, decía algo de Berlín y del “tesoro de sentimientos” que, ante la indignación de Prusia, custodiaba todavía Austria.

Ulrich intentó interrumpir aquel discurso patriótico; pero de repente sintió un olor a incienso de alta burocracia que envolvía suavemente, cómo una nube, su indiscreción. Ulrich se puso blanco, se levantó; con ello quiso decir que su primera visita había terminado. En los pocos minutos que duró la despedida, Diotima le agasajó con muchos cumplidos cariñosos, circunspectos y sin duda algo exagerados; los había aprendido de su marido; éste hacía uso de ellos en

sus relaciones con jóvenes de la nobleza; por aquel entonces estaban subordinados a él, pero podía llegar un día en que figurasen como ministros del reino. La manera de invitar a Ulrich a repetir su visita reveló en ella una pretenciosa inseguridad de espíritu frente a una cruda fuerza vital. Cuando Ulrich volvió a tomar la mano leve y suave de Diotima en la suya, se miraron los dos a los ojos. Ulrich tuvo un presentimiento que le reveló algo así como si los dos estuvieran destinados a ocasionarse mutuamente grandes disgustos por motivos de amor.

”En verdad -pensó él-, esta mujer es una hidra de hermosura.” Ulrich había determinado dejar que la Acción Patriótica le esperase en vano, pero parecía ser que aquella Acción se había personificado en Biotima y estaba a punto de devorarlo. Resultaba casi divertido; no obstante su experiencia y edad, se consideraba a sí mismo como un gusanillo venenoso contemplado detenidamente por

una gran gallina. "Pero hombre! -se dijo Ulrich-, cualquier cosa antes que dejarse cautivar por esta gigante del espíritu y perpetrar vileza semejante." Le bastaban las relaciones con Bonadea, por eso se impuso severas restricciones.

Mientras se alejaba de la casa, le consolaba la sensación agradable que había sentido al venir. Le había recibido una pequeña doncella de ojos soñadores. Al salirle ésta al encuentro, en la oscuridad del vestíbulo sus ojos habían titilado seductores, como las alas de una mariposa negra; ahora, al marchar, rasgaban la oscuridad como negros copos de nieve. Algo árabe o árabe judaico, una imagen confusamente captada, de una gracia tal, a pesar de haber pasado casi inadvertida, que Ulrich se olvidó de examinarla de arriba abajo; sólo cuando llegó a la calle se acordó de ello, y sintió la extraña lozanía y vitalidad de aquella pequeña.

23 - Primera intromisión de un gran hombre

DIOTIMA y su doncella quedaron algo impresionadas por la visita de Ulrich. Pero mientras la pequeña lagartija negra se escurrió rápidamente entre las paredes iluminadas, según acostumbraba después de haber despedido a un huésped distinguido, Diotima usó del recuerdo de Ulrich con la conciencia de una mujer a la que no agradan los contactos indebidos porque posee el poder de reprender amorosamente. Ulrich no sabía que en el mismo día había entrado en la vida de Diotima otro hombre que se alzaba bajo su mirada como un monte gigantesco con vistas panorámicas dilatadísimas.

El doctor Paul Arnheim había ido a visitarla al poco de llegar a la ciudad.

Este hombre era inmensamente rico. Su padre era el más poderoso dominador de la “Alemania férrea”; incluso el jefe de sección Tuzzi se había prestado a este juego de palabras. Uno de los principios de Tuzzi era: es preciso ser parco en expresiones; los juegos de palabras, si bien no se puede prescindir totalmente de ellos en conversaciones ingeniosas, no deben ser perfectos porque fácilmente uno se vuelve burgués. Había recomendado a su mujer que tuviera cuidado de recibir a los huéspedes con todos los honores. Aunque aquella clase de gente no sobresalía todavía en el Reich y, en cuanto a la influencia que tenían en la Corte, no se podían comparar con los Krupps, se podía temer, sin embargo, que sucediera al día siguiente. Añadió que, según sospechas, aquel hijo -que por lo demás andaba bien entrado en los cuarenta- no solamente aspiraba a suceder a su padre en el cargo, sino que además se preparaba a asumir una cartera

ministerial con la ayuda del tiempo y de sus relaciones internacionales.

Él no se imaginaba la tempestad que había formado con estas conferencias en la fantasía de su mujer. Pertenecía al estilo de Diotima no estimar de modo exagerado a los “negociantes”, pero como persona de mentalidad burguesa, también ella admiraba la riqueza en lo más profundo de su ser, lo cual no tiene nada que ver con las convicciones. El encuentro personal con un hombre tan desmesuradamente rico le produjo la impresión de un querubín con sus alas de oro extendidas sobre ella. -Desde que su marido había comenzado a ascender, Ermelinda Tuzzi se había habituado a frecuentar el trato de la fama y la riqueza; pero fama y gloria, adquiridas con obras del entendimiento, se disipan rápidamente a los ojos de quien conoce a sus portadores; la riqueza feudal, o tiene la forma de deudas imprudentes de un joven agregado diplomático o está ligada a

un estilo de vida tradicional, sin tener que ganar montañas de dinero amontonado con industria ni sentir el escalofrío del oro con que los grandes bancos y las industrias internacionales hacen sus negocios. Lo único que Diotima sabía acerca de los organismos bancarios era que incluso sus empleados modestos hacían los viajes de servicio en primera clase, mientras que ella, si no iba en compañía de su marido, tenía que viajar en segunda; según eso, casi no podía imaginarse el lujo que tendría que rodear a los más altos déspotas de semejante comercio oriental.

Su pequeña doncella Raquel había oído cosas inverosímiles. Por lo menos se decía que el nabab de Arnheim había venido en un tren privado, se había alquilado un hotel entero y se hacía acompañar a todas partes por un esclavo negro. La verdad era mucho más modesta, pues Paul Arnheim nunca hacía ostentación. Sólo la historia del niño moro era realidad. Lo había segregado hacía años de

una tropa de bailarines, con ocasión de un viaje al sur de Italia, y se lo había llevado consigo con el deseo mixto de sacar a aquella criatura del fango de la vida y de adornarse a sí mismo, de redimirle para la vida del espíritu y de hacer de él una obra de Dios. Algo más tarde perdió el entusiasmo por él, cuando el chico acababa de cumplir los dieciséis años, y lo empleó en el servicio habiéndole dado a leer ya antes, cuando tenía catorce, Stendhal y Dumas. Pero aunque los rumores que había traído la doncella a casa fueron tan exagerados y pueriles que hicieron reír a Diotima, Raquel tuvo que repetir palabra por palabra todo lo que había oído, y su narración le pareció a Diotima tan “incólume” como sólo había podido suceder en esta metrópoli única, “llena de cultura hasta en la inocencia”. El pequeño moro impresionó de modo extraño su fantasía.

Diotima era la mayor de tres hijas de un profesor de enseñanza media sin bienes

patrimoniales; su marido pensó por eso sacar buen partido al casarse con ella, siendo él todavía un vicecónsul anónimo y burgués. De muchacha no había poseído más que su orgullo; dado que él tampoco había tenido por qué sentirse orgulloso, se le podía describir como la corrección encogida, con tentáculos extendidos de sentimentalismo. Pero también ésta oculta muchas veces ilusiones y ambiciones, y puede constituir una fuerza incalculable. Si Diotima se dejaba seducir al principio por perspectivas de lejanas intrigas en tierras remotas, el desengaño no se hacía esperar; pocos años después redundó esto en provecho suyo en su trato con amigas envidiosas de su aire exótico, y no pudo dejar de reconocer que, en las cosas esenciales, su vida de las misiones permanecía la misma vida que había llevado antes. La ambición de Diotima estuvo a punto de acabar en una estéril dignidad de quinta categoría en el momento en que por una

casualidad empezó su marido a ascender, y antes de que un ministro benévolo y “progresista” le hubiera ofrecido la dirección central de la cancillería presidencial. A esta oficina acudieron multitud de gentes en demanda de la ayuda de Tuzzi, y desde aquel momento se reavivó en Diotima, ante su mismo asombro, un tesoro de recuerdos sobre “la belleza y grandeza espiritual” que decía haber adquirido en la intelectual casa paterna y en los centros del mundo, pero en realidad lo había aprendido en el liceo de señoritas con calificación de alumna aprovechada; luego comenzó a utilizarlo con prudencia. El entendimiento frío, pero seguro, de su marido encauzó sus atenciones, sin querer, hacia ella, y Diotima obró sin malicia, como una esponjita húmeda que devuelve lo que ha absorbido sin fin especial; entretanto, apenas notaba que sus dotes intelectuales eran reconocidas, mezclaba con gran placer en sus conversaciones frases

oportunas de “altísima intelectualidad”. Poco a poco, mientras su marido continuaba ascendiendo, crecía el número de los que venían a hacerle la corte; la casa de Diotima se vio convertida al final en un “salón” donde, según se decía, se encontraban juntas “la sociedad y la cultura”. Ahora, en contacto con personas de poder de diversos ambientes, Diotima comenzó a descubrirse seriamente a sí misma. Su corrección, siempre alerta como en tiempos de colegiala, capaz de recordar perfectamente lo aprendido y de amalgamarlo en una unidad interesante, se convirtió por extensión en una intelectualidad independiente. La casa Tuzzi había adquirido renombre.

24 - Capital y cultura; la amistad de Diotima con el conde Leinsdorf; el oficio de poner a huéspedes ilustres de acuerdo con el alma

LA amistad de Diotima con el conde Leinsdorf se transformó en una firme institución.

Si hay partes del cuerpo que tienen algo que ver con la amistad, para Su Señoría eran éstas las comprendidas entre la cabeza y el corazón, de modo que, en cuanto sea lícita la expresión, a Diotima la podía haber llamado “la amiga de los pechos”. Su Señoría veneraba la hermosura e inteligencia de Diotima sin que llegara a permitirse, sin embargo,

intenciones pasadas de raya. Bajo su protección, el salón de Diotima alcanzó no solamente consistencia, sino que desempeñó, como él solía decir, un oficio.

El conde era, en su propia opinión, “nada más que patriota”. Pero el Estado no consta sólo de corona y de pueblo con administración en el medio, sino que hay además otra cosa: el pensamiento, la moral, la idea. Por muy religiosa que fuera, no se cerraba Su Señoría al conocimiento -como espíritu penetrado de responsabilidad y como propietario de fábricas- de que en muchos asuntos el espíritu se había sustraído a la tutela de la Iglesia. No podía comprender cómo una fábrica, por ejemplo, un movimiento del mercado del trigo o del azúcar pueda ser dirigido por principios religiosos; por otra parte, sin bolsa ni industria no cabe en ninguna razón moderna pensar en latifundios. Si su director administrativo le demostraba que un determinado negocio

funcionaría mejor encauzado por especuladores extranjeros que confiado a la nobleza del país, Su Señoría se decidía generalmente por la primera solución, pues los hechos positivos tienen una lógica propia a la que no se puede oponer el sentimiento, sobre todo cuando uno es cabeza de grandes organismos y carga no solamente con la responsabilidad propia, sino con la de muchísimas otras existencias. Había una conciencia profesional que en determinadas circunstancias aparecía en contraposición con la conciencia religiosa; el conde Leinsdorf estaba convencido de que incluso el Cardenal Arzobispo, en su lugar, no hubiera podido proceder de otra manera. Naturalmente el conde Leinsdorf estaba siempre dispuesto a de- Plorar públicamente en la asamblea del Senado este estado de cosas, y a expresar sus esperanzas de que la vida restituiría su simplicidad, naturalidad, sobrenaturalidad, salud y necesidad de acuerdo con los principios cristianos. En

cuanto abría la boca para hacer tales declaraciones, sucedía como si se desconectara de la corriente ordinaria y se acoplara a otra distinta. En el resto de los asuntos de la vida ocurre lo mismo a la mayor parte de los hombres cuando hablan en público. Si alguno hubiera reprochado a Su Señoría haber hecho en privado lo que condenaba públicamente, él hubiera censurado a sus acusadores con santa convicción y los hubiera llamado elementos revolucionarios, desconocedores de la complejidad de la vida. A pesar de todo, él mismo reconocía que la asociación de las verdades eternas con los negocios -mucho más complicados que la estética simplicidad de la tradición- constituye un problema de máxima importancia, y que aquélla no hay que buscarla sino en la profundización de la cultura burguesa. Con sus grandes pensamientos e ideales en materia de derecho, de deber, de moral y de estética, este pueblo culto tomaba parte en las luchas

cotidianas y en sus indefectibles contradicciones, asemejándose a un puente de plantas entrelazadas. No era tan firme ni poseía la seguridad de los dogmas de la Iglesia, pero tampoco era menos insistente y comprometedor; el conde Leinsdorf era en consecuencia, no sólo un hombre de ideales religiosos, sino también un fervoroso idealista cívico.

El salón de Diotima correspondía en su conjunto a las convicciones de Su Señoría. Las reuniones en torno a ella se habían hecho famosas porque en fiestas solemnes acudían a su casa personalidades con las que no se podía hablar palabra; todos eran especialistas afamados; era, pues, difícil estar a su altura para poder conversar sobre las últimas novedades; muchas veces ni el simple nombre de las materias se conocía. Había kencianistas y kanisistas, un gramático del Bo se encontraba con un investigador de partículas, un tocontólogo con un teórico de

los cuantos, aparte de los representantes de las nuevas corrientes del arte y de la poesía que se cambiaban cada día de nombre y que hallaban más limitaciones en el trato que sus colegas presentes. En general la asamblea se organizaba de tal manera que, en medio del movimiento desordenado de las personas, reinaba un equilibrio armónico; a los intelectuales noveles Diotima les invitaba por separado; a los huéspedes de honor los destacaba discretamente y les hacía objeto de especiales atenciones. Lo que más distinguía la casa de Diotima era, por así decirlo, el elemento laico, el elemento de la aplicación práctica de las ideas que -en frase de Diotima- rodeaba el núcleo de las ciencias divinas como un pueblo de actividades religiosas, como una comunidad constituida por legos y legas; en una palabra, el elemento de la acción. Entonces, cuando la economía nacional y la física parecían amenazar a la teología, al crecer la lista de los administradores

temporales del espíritu (que Diotima registraba en su libro de visitas y la parangonaba con el “Catalogue of Scientific Papers” de la “British Royal Society”), legos y legas eran en aquellas circunstancias directores de banco, técnicos, políticos, consejeros ministeriales y tanto las señoras como los señores de la alta sociedad. Diotima agasajaba especialmente a las señoras, pero daba preferencia a las “damas”, frente a las “intelectuales”. -“La vida está hoy día muy cargada de ciencia -acostumbraba a decir-, por eso se puede renunciar a la mujer integral.” Estaba persuadida de que únicamente la mujer integral poseía la fuerza del destino, capaz de entrelazar el entendimiento con la potencia del ser, de lo cual, según su opinión, estaba el entendimiento especialmente necesitado para consumir su propia redención. Esta concepción de la asociación de la mujer con la fuerza del ser le fue atribuida a ella y reconocida incluso por la juventud masculina de la

aristocracia; no se debía sólo a la costumbre, también a las muchas simpatías de Tuzzi. El ser indisoluble significaba mucho para la nobleza; en las reuniones de la familia Tuzzi se podía profundizar dos a dos en conversaciones, sin llamar la atención y sin que Diotima lo notara; quizá por eso, su casa resultaba más apropiada y apreciada que una Iglesia para citas amorosas y largas tertulias.

Su Señoría comprendía estos dos elementos, en sí tan multiformes, que se mezclaban en las reuniones de Diotima, y los llamaba “capital y cultura”, cuando no los definía como “flor y nata”; de mejor grado les otorgaba la calificación de “función”, para la cual reservaba en su pensamiento un puesto privilegiado. Sostenía que todo servicio -no sólo el de un oficinista, sino igualmente el de un obrero o un barítono- significa una función. -“Cada individuo -solía decir- desempeña un oficio en el Estado: un obrero, un príncipe, un artesano son funcionarios.” Esto

era una emanación de su pensamiento incondicionalmente realista y desconocedor de influencias; a sus ojos, también los señores y señoras de la alta sociedad eran portadores de responsabilidad funcional, aunque no hicieran más que entretenerse en conversaciones con investigadores de las inscripciones Boghaz-Koi o de los moluscos lamelibranquios, o aunque simplemente cortejaran a las esposas de los grandes financieros.

Aquel concepto de función pública era para él equivalente a lo que Diotima llamaba unidad religiosa del rendimiento humano, desaparecida desde el medioevo.

Semejante sociabilidad forzada, como la de los Tuzzi, procede realmente, cuando no es del todo ingenua y cruda, de la necesidad de fingir una unidad humana, la cual debe abarcar todas las actividades del hombre, aunque ya no existe ni ha existido nunca. Diotima apellidaba aquella ilusión con la

palabra “cultura” y generalmente con “antigua cultura austríaca”. Su ambición fue desarrollándose hasta derivar en intelectualidad; desde entonces usaba cada vez con más frecuencia aquella clase de expresiones que tenían la virtud de compendiar: los hermosos cuadros de Vélázquez y Rubens del museo imperial; el hecho de considerar a Beethoven como austríaco; Mozart, Haydn, la catedral de San Esteban, el Burgtheater; el complicado ceremonial de la Corte, lleno de tradiciones; el distrito primero donde se concentraban los más elegantes comercios de confecciones y mercerías de un reino de cincuenta millones de habitantes; las formas finas y discretas de los altos funcionarios; la cocina vienesa; la nobleza considerada como la más aristócrata después de la inglesa, y sus antiguos palacios; el tono de la sociedad representado en un esteticismo, unas veces auténtico y otras falso; y también el ser ella en aquel país objeto de las atenciones de un

señor tan eminente como el conde Leinsdorf y el haber trasladado a su casa el escenario de sus programas culturales. Ignoraba que Su Señoría lo hacía así porque consideraba poco digno abrir las puertas de su palacio a innovaciones difíciles de controlar. Muchas veces el conde Leinsdorf quedaba interiormente asombrado de la libertad e indulgencia con que su hermosa amiga hablaba de las pasiones humanas, de los trastornos que ocasionaban o de ideas revolucionarias. Pero Diotima no lo notaba; hacía distinción entre deshonestidad pública, por decirlo así, y castidad privada, como una médica o asistente social; era sensible a toda palabra referente a ella y la sentía personalmente como si se la tocara en la llaga, pero hablaba de todo de un modo impersonal, sintiendo sólo que al conde Leinsdorf le atraía muchísimo aquella complejidad.

La vida no puede edificar una casa de piedra sin la ayuda del cantero, que, en otro

sitio, rompe las piedras. Con gran susto de Diotima había desaparecido, en los años de éxito, el pequeñísimo granito de fantasía, de dulce ensueño, con que en el año de gracia, no teniendo en su existencia ningún otro contenido, decidió casarse con el vicescñsul Tuzzi, aunque éste no poseía más que el aspecto de una maleta de piel con dos ojos negros. Mucho de lo que ella consideraba perteneciente a la antigua cultura austríaca, por ejemplo, Haydn o los Habsburgo, había sido una desagradable materia de lección escolar, mientras que al cerciorarse de vivir dentro, experimentaba la sensación de un encanto fascinador e igualmente heroico, como el zumbido de las abejas en verano; esto se hizo con el tiempo, no sólo monótono sino también fastidioso y sin perspectivas. A Diotima le sucedió con sus famosos huéspedes lo mismo que al conde Leinsdorf con sus relaciones bancarias; aunque por mucho que se deseara conciliarias con el alma, no

había manera. De automóviles y de rayos X se puede hablar, son cosas que sugieren todavía sentimientos; ¿pero qué se podría hacer ante tantísimos inventos y descubrimientos de hoy día, sino admirar genéricamente el ingenio humano, lo cual resulta a la larga tan penoso? Su Señoría se personaba de vez en cuando y hablaba con un político o se hacía presentar a un nuevo invitado; le era fácil extasiarse en profundas consideraciones, pero cuando lo tenía que hacer con la dedicación y continuidad de Diotima, se le revelaba que no era su profundidad lo penoso e insuperable, sino su extensión. Cuando se hablaba con expertos, incluso las cuestiones asequibles, como la noble sencillez de Grecia o la inspiración de los profetas, se descomponían en una multiplicidad incalculable de dudas y posibilidades. Diotima se dio cuenta de que también sus más esclarecidos huéspedes platicaban de dos en dos; entonces se podía hablar concreta y

razonablemente a lo más con una segunda persona; ella no lo conseguía con ninguno. De ese modo llegó Diotima a descubrir la enfermedad que aquejaba al hombre en aquel tiempo, y que se llama civilización. Es un estado embarazoso con mucho jabón, de ondas sin hilos, de un presuntuoso lenguaje gráfico de fórmulas químicas y matemáticas, de economía política, de investigación experimental y de incapacidad de convivencia humana, sencilla pero más digna. También la relación entre la nobleza del espíritu -que alojaba en sí misma- y la nobleza social, que obligaba a Diotima a precaverse y que, a pesar de todos sus éxitos, no le libró de desilusiones, le parecía a ella más propia de una civilización que de una cultura.

Civilización comprendía, por consiguiente, todo lo que su espíritu no podía dominar. Por eso lo era también desde hacía tiempo y sobre todo su marido.

25 - Sufrimientos de un alma desposada

ELLA, leyendo en sus pensamientos, descubrió que se le había extraviado algo de cuya posesión no había sabido gran cosa: el alma.

¿Qué es? La podemos definir negativamente: es aquello que escapa y se esconde al oír hablar de progresiones algebraicas.

¿Y positivamente? Parece que se sustrae con resultados a todos los esfuerzos por comprenderla. Puede ser que hubiera existido en Diotima algo fundamental y primitivo, una sensibilidad intuitiva, en aquel tiempo oculta bajo la forma del vestido cepillado de su corrección; la llamaba alma y ésta daba tema a la metafísica de Maeterlinck, a Novalis, pero sobre todo al anonimato del romanticismo y

a la búsqueda de Dios que la era de las máquinas ha originado como protesta espiritual y artística contra sí misma. Quizá este sentimiento intuitivo podría concentrarse también en una dosis de ternura, de sosiego, de devoción y de bondad que no había encontrado nunca el camino verdadero y que ya no podía medir exactamente y que, al fundirlas en los moldes del destino, se solidificaba en su cómica forma de idealismo. Quizá era pura fantasía, un presentimiento producido por la actividad de los instintos vegetativos, ocultos bajo la piel del cuerpo y que se animan en el hombre al ser accionados por la expresiva mirada de una hermosa mujer; quizá le llegaban horas indescriptibles en las que se sentía relajada y ardiente, las sensaciones le parecían más aladas que de ordinario, la ambición y la voluntad se aplacaban, y una ligera embriaguez y plenitud de vida la invadían; los pensamientos, aun los más insignificantes, abandonaban la superficie y se

sumergían en la profundidad; los acontecimientos del mundo quedaban lejos, como el ruido a la otra parte del jardín. Diotima creía ahora ver en sí misma sin mayor esfuerzo la verdad inmediata; vivencias delicadas, todavía sin nombre, levantaban sus velos y se sentía -para citar algunos de los muchos calificativos que encontró en la literatura-armónica, humana, religiosa, próxima a una profundidad genesíaca que santifica todo lo que procede de ella y declara pecaminoso lo que no brota de sus fuentes. Aunque resultaba agradable pensar en estas cosas, Diotima no conseguía salir de la confusión, como tampoco lo conseguían los libros proféticos a los que había recurrido en busca de consejo y que hablaban en un lenguaje enigmático e impreciso. A Diotima no le quedaba otro remedio que achacarlo a una civilización obstaculizadora del acceso al alma.

Probablemente lo que ella llamaba alma era sólo un pequeño capital de amor, en su posesión al tiempo de casarse; el jefe Tuzzi no le había ofrecido ninguna posibilidad de inversión. Su superioridad sobre Diotima había sido al principio y durante largo tiempo la de un hombre mayor; después, la del hombre triunfador en actividades secretas que revela a su mujer lo menos posible y que observa benévola las pequeñeces en las que ella se entretiene. Exceptuadas las ternuras del noviazgo, el señor Tuzzi había sido siempre un hombre práctico y positivo que nunca perdió el equilibrio. Además le aureolaba la tranquilidad de su porte y la elegancia de su traje, el -digámoslo así- cortés y serio perfume de su cuerpo y de su barba, la voz recia y discreta de barítono con que hablaba; todo esto formaba un halo de distinción que había conmovido el alma de la joven Diotima, de manera semejante a como la proximidad del amo emociona el

alma de su perro de caza al apoyar éste el morro sobre sus rodillas. Como el perro que brinca cariñosamente, atraillado detrás de su gula, así se había introducido Diotima en la ilimitada región del amor.

El señor Tuzzi tomaba siempre con preferencia los caminos rectos. Sus costumbres vitales eran las de un trabajador ambicioso. Por la mañana se levantaba temprano para dar un paseo a caballo, o mejor a pie durante una hora; esto no solamente contribuía a conservar su elasticidad, sino que significaba a la vez pedantería, hábito que, observado escrupulosamente, revelaba al hombre responsable de sus actividades. Era natural que por la tarde, no teniendo invitaciones a las que acudir ni recepciones en casa, se retirara a su habitación de trabajo a estudiar para poder conservar así sus conocimientos científicos a un nivel superior al de sus colegas y jefes. Una vida de este género impone limitaciones presas y hace subordinar el

amor a todas las demás ocupaciones. Como todos los hombres cuya fantasía no ha sido infectada por el erotismo, Tuzzi, en sus años de soltero -aunque de vez en cuando se dejaba ver en actos de sociedad a que le obligaba su cargo diplomático y acompañaba a actrices y coristas- había sido un asiduo frequentador de burdeles y, ya en el matrimonio, seguía el ritmo regular de aquella costumbre -anteriormente adquirida. Por eso Diotima conoció el amor bajo la forma de accesos agresivos, impetuosos, breves, repetidos sólo una vez por semana y provocados por una fuerza todavía más violenta. Su naturaleza se sentía obligada a mudar repentinamente de disposición. Sin apenas darse cuenta, recibía el ataque de su marido que, a los pocos minutos cesaba convirtiéndose en una conversación sobre los acontecimientos del día y acababa en un sueño tranquilo; no era acompañado de comentarios, sino a lo más de alusiones indirectas (como

la de chistes diplomáticos sobre la “partie honteuse” del cuerpo); todo ello repercutía en Diotima sorpresiva y contradictoriamente.

Por una parte, fue esto la causa de su hiperbólico e inflamado idealismo, de aquella personalidad externa oficiosa, cuya fuerza de amor y cuya aspiración psíquica abrazaban todo lo que de grande y noble se hacía visible a su alrededor; tan íntima y fervorosa fue la dedicación y distribución de Diotima, que evocaba la impresión poderosa, ardiente, pero platónica -desconcertante para los hombres- de aquel sol del amor, a través de cuya descripción nació en Ulrich la curiosidad de conocerla. Por otra parte, el ruido continuado del contacto matrimonial se convertía para ella en un hábito puramente fisiológico que recorría su órbita y se manifestaba sin relación alguna con las partes superiores de su ser, como el hambre de un esclavo al que se le da pocas veces de

comer, pero entonces fuerte. A medida que fue pasando el tiempo, cuando apuntaron los pelitos sobre el labio superior de Diotima y cuando a su fragilidad de niña se sobrepuso la seguridad viril de mujer madura, esto le causó horror. Amaba a su marido, pero en su amor se mezclaba una repugnancia creciente, le parecía un ultraje del alma, sólo comparable a los sentimientos que Arquímedes podía haber experimentado, si en medio de sus meditaciones le hubiera interrumpido un soldado extraño, no para descargar sobre él un golpe, sino para hacerle una proposición sexual. Su esposo no lo advertía, ni se le ocurría pensar en ello; Diotima, sin embargo, se sentía víctima de una opresión, cada vez que hacía donación de su cuerpo; no se puede decir que fuera una violencia indecorosa, pero le atormentaba como un movimiento convulsivo o como la esclavitud de un vicio ineludible. Diotima debía de haberse vuelto melancólica y más espiritual;

por desgracia, coincidió esta transformación con el momento en que su salón comenzaba a preocuparle. El señor Tuzzi fomentaba naturalmente las tendencias intelectuales de su esposa; había reconocido que redundaban en ventaja de su profesión; a pesar de todo, él nunca había participado en las reuniones, ni las había tomado en serio, pues aquel hombre experimentado tomaba en serio solamente el poder, la obligación, la alta alcurnia y, con algunas reservas, también la razón. La había prevenido de poner su ambición en los "ocios gubernativos del espíritu, porque si bien la cultura es la sal de los manjares de la vida, a la buena sociedad no le gustan los platos demasiado salados; lo dijo sin ironía, pero Diotima se dio por enterada. Ella disponía siempre de una sonrisa continuamente dibujada en el rostro de su marido; así aprobaba él los esfuerzos de su esposa. En todas partes, en casa y en la calle, llevaba aquella sonrisa a flor de labios; caso de ser

verdadera -lo cual no siempre era probable- podía ser un regalo para su mujer o una expresión inherente en un hombre como él, obligado por las circunstancias de la función que desempeñaba a mostrarse ante todos con un aire de superioridad; a Diotima llegó a resultarle intolerable, y nunca logró liberarse de la infamia producida por aquella presunción que se arrogaba su marido. Diotima echaba la culpa al tiempo, al materialismo entonces reinante y que tomaba parte juntamente con el mundo en un juego maligno, donde un hombre de ideales no halla, entre ateísmo, socialismo y positivismo, la libertad suficiente para remontarse a su esencia; pero también esto servía muchas veces de poco.

-En este estado de cosas se encontraba la casa Tuzzi al comenzar a activarse los preparativos de la Acción Patriótica. Desde que el conde Leinsdorf, para no comprometer a la aristocracia, había hecho de la casa de su amiga el cuartel general de sus maniobras,

dominaba allí una res-ponsabilidad imponderable, pues Diotima había resuelto demostrar a su marido, ahora o nunca, que su casa no era una sala de juegos. Su Señoría le había dicho que la gran Acción Patriótica necesitaba de una idea coronadora de toda la empresa, y ella ponía todas sus fuerzas en buscarla, El pensamiento de realizar, con la cooperación de todo el reino y ante la mirada atenta del mundo entero, algo que se pudiera contar entre los más relevantes acontecimientos de una civilización o, en términos mas modestos, algo que mostrara la íntima esencia de la cultura austríaca, aquel pensamiento influía en Diotima de manera semejante a como si las puertas de su salón se abrieran de golpe y se introdujeran a través de ellas las olas de un mar infinito. No se puede negar que lo primero que sintió Diotima fue un vacío inmenso.

Las primeras impresiones son a veces las más justas. Ella, viendo avecinarse algo

imponderable, reclutó sus muchos ideales; movilizó la pasión de las lecciones escolares de historia en que aprendió a contar siglos y reinos; hizo todo lo que se debe hacer en tales casos, pero, al cabo de pocas semanas de este ejercicio, advirtió que no había sido inspirada por la más mínima idea. Hubiera sido odio lo que en aquel momento sintió Diotima contra su marido, si el odio -esa especie de vil enajenamiento- hubiera tenido cabida en su alma; por eso, fue melancolía lo que se apoderó de ella y, poco a poco, “una quemazón frente a todo”, hasta entonces desconocida.

El doctor Arnheim llegó entonces a la ciudad con su pequeño negro, y Diotima recibió días después su trascendental visita.

26 - La fusión del alma con la hacienda. Un hombre de capacidad quiere deleitarse en el barroquismo encantador de la antigua civilización austríaca. A la Acción Paralela le nace así una idea.

DIOTIMA no conocía pensamientos ilícitos, pero aquel día se escondieron probablemente toda clase de imaginaciones detrás de aquel inocente morenito con quien se había entretenido, después de haber mandado fuera de la habitación a su doncella

“Rachelle”. Con agrado había escuchado una vez más su historia desde que Ulrich había visitado a su ilustre prima. La hermosa mujer, en plena madurez, se sentía ahora joven y como con un juguete en los brazos. Antiguamente, las familias nobles y distinguidas se rodeaban de servidumbre de color. Acudieron a su imaginación cuadros de viajes en trineos tirados por caballos engualdrapados, lacayos empenachados y árboles espolvoreados de escarcha; pero aquella figuración de la nobleza estaba ya muy caduca. “La vida de sociedad ha perdido el alma” -se decía ella. En su corazón sentía algo que la inclinaba a declararse partidaria del audaz secesionista que se atrevía a tener un criado negro, del burgués incorrectamente ennoblecido, del intruso que humillaba el privilegio hereditario de modo parecido a como en otro tiempo el esclavo erudito de Grecia había humillado a sus señores romanos. Su conciencia, encogida por

escrúpulos de todo género, desertó hacia él como alma hermana, y aquel sentimiento, que le parecía tan natural comparado con todos los demás de ella, le hizo olvidarse de que el doctor Arnheim -aunque los barruntos se contradecían y no existían todavía pruebas convincentes- debía de ser de procedencia judía (por parte del padre se daba como cierto, sólo su madre representaba un problema, pues hacía tantos años que había fallecido que pasaría tiempo hasta que las indagaciones concretaran algo). Por lo demás, era también posible que un cierto pesimismo melancólico, que oprimía cruelmente el corazón de Diotima, no la impulsara a desear siquiera que el hecho fuera desmentido.

Cautelosamente Diotima había permitido que sus pensamientos abandonaran al negro y se aproximaran a su señor. El doctor Arnheim no era solamente un hombre rico; poseía además un espíritu selecto. Su fama procedía de ser el heredero de negocios

ramificados en todo el mundo, y de sus libros que en ambientes vanguardistas eran juzgados como extraordinarios. Las personas que viven en esas esferas de pura intelectualidad están por encima del dinero y del reconocimiento burgués; no se ha de olvidar, sin embargo, que les entusiasma que un hombre rico se haga de los suyos; Arnheim predicaba en sus programas y libros nada menos que la unión del alma con la hacienda, o la de las ideas con el poder. Los espíritus sensibles, dotados de un sentido muy agudo para averiguar el futuro, extendieron la noticia de que él unía en sí mismo aquellos dos polos, generalmente divididos en el mundo, y sostenían el rumor de que una fuerza nueva se aproximaba y estaba llamada a guiar por el camino del bien los destinos del reino, [y] quién sabe si también al mundo entero! En efecto, era una creencia universalmente difundida el hecho de que los principios y los métodos de la antigua

política y diplomacia europeas quedaban en la cuneta; muchos especialistas habían comenzado también a apostar.

El estado de ánimo de Diotima se podía describir como una rebelión contra la ideología de la vieja escuela diplomática; por eso comprendió en seguida la extraña analogía entre la posición suya y la de aquel secesionista genial. El ilustre personaje había venido a obsequiarla en cuanto le fue posible; su casa era desde hacía mucho la primera que recibía tal honor; la carta de presentación de una amiga común hablaba de la antigua cultura reinante en la ciudad de los Habsburgo y de sus habitantes; de todo esto esperaba poder gozar aquel hombre trabajador, en medio de sus negocios. Cuando Diotima supo que la fama de su preclara inteligencia había llegado al conocimiento de su célebre huésped, experimentó la satisfacción y honra que siente un escritor al enterarse de que sus obras se van a traducir por

primera vez a un idioma extranjero. Notó que él no tenía tipo judío, sino un aspecto noble y severo, como de antiguo fenicio. También Arnheim quedó encantado con encontrar en Diotima la mujer que no solamente había leído sus libros, sino que, como una estatua vestida de estilizada corpulencia, correspondía a su belleza ideal, al tipo helénico, pero con un poquito más de carne para redondear la rigidez del clásico. No se le ocultó a Diotima que su conversación de veinte minutos había impresionado a aquel hombre de verdaderas relaciones internacionales; de ahí dedujo una conclusión que bastó para que se disiparan todas las dudas acerca de su marido, quien la había ofendido en su dignidad con sus métodos diplomáticos claramente anticuados.

Con sosegada satisfacción se repitió a sí misma el diálogo entero. Apenas había comenzado, Arnheim le dijo que había venido a aquella ciudad para regalarse en el

barroquismo encantador de la antigua civilización austríaca y para descansar un poco de operaciones matemáticas y de tanto materialismo, de la razón inanimada de la actual civilización.

-”Todos encuentran espiritualidad animada en esta ciudad” -repuso Diotima.

-”Sí -contestó él-; nosotros ya no oímos voces interiores; sabemos hoy día demasiado, y la razón tiraniza nuestra existencia.”

A esto añadió Diotima: -”Por eso a mí me gusta tratar con mujeres, porque ellas no saben nada y son integrales.” Arnheim dijo: -”Sin embargo, una mujer bella entiende mucho más que un hombre que, a pesar de la lógica y de la psicología, nada sabe de la vida.” Entonces le reveló que un problema parecido al de la emancipación del alma frente a la civilización, proyectado solamente en las esferas masivas y estatales, ocupaba a organismos de la autoridad. -”Sería necesario...”, dijo Diotima, pero Arnheim le

interrumpió: -"Es admirable presentar ideas nuevas en las esferas potestativas, o mejor, si es permitido decir (aquí emitió un sonido gutural para apartar cierta aspereza de la garganta), **¡Nada más que ideas!**" Diotima prosiguió: -"Se pretende formar comisiones con miembros de todas las clases sociales, con el fin de organizar estas ideas." Y fue precisamente entonces cuando Arnheim hizo una observación especialmente importante y con tal acento de calor y respeto amistosos que la amenaza quedó en ella profundamente impresa: -"De esa manera -dijo- no será fácil llevar a cabo una gran empresa; los que pueden ser cabezas de la Acción son, no una democracia de comisiones, sino unos pocos hombres fuertes, expertos igualmente en el terreno de la realidad que en el de las ideas."

Diotima se había repetido hasta aquí, palabra por palabra, toda la conversación; pero en aquel momento fue interrumpida

por el toque de un resplandor; ya no se podía acordar de lo que ella había contestado. Durante todo el tiempo fue elevándola una sensación de felicidad y de esperanza; su espíritu se encontraba ahora suspendido en el aire, como un globo huido de la mano de un niño, de múltiples colores y resplandeciente a la luz del sol. Al minuto siguiente explotó.

Había nacido a la Acción Paralela una idea, la que había faltado hasta entonces.

27 - Esencia y contenido de una gran idea

SERÍA fácil determinar en qué consistía aquella idea, pero nadie podría precisar su influencia. Una idea grande y conmovedora se diferencia de una idea vulgar (quizá también ininteligiblemente vulgar y absurda) en que se encuentra en un estado líquido sobre el que navega el yo hasta alcanzar la lejanía infinita e, inversamente, hasta que los espacios del mundo consiguen anclar en el puerto del yo, de modo que al fin no se puede distinguir entre lo que nos pertenece como propio y lo que es del infinito. Por eso, las ideas grandes y conmovedoras constan de un cuerpo, como el de los hombres, compacto y caduco, y de un alma inmortal que constituye su ser, pero no compacta, sino

escurridiza a todo intento de descripción mediante frías palabras.

Después de esta advertencia, hay que decir que la gran idea de Dio- "tima consistía únicamente en encomendar al prusiano Arnheim la dirección espiritual de la gran Acción austríaca, aunque resultara una espina para Prusia y Alemania. Pero esto no es sino el cuerpo muerto de la idea; quien lo encuentre ridículo o incomprensible, ultraja un cadáver. En cuanto al alma de la idea, por el contrario, es necesario decir que era casia y lícita y, en todos los casos, había adjuntado a su decisión una especie de codicilo para Ulrich. No sabía que también su primo -aunque en plano muy inferior al de Arnheim, y oculto por sus efectos- le ha la necho impresión; ella se hubiera despreciado a sí misma si lo hubiera sabido. Instintivamente, sin embargo, había tomado sus medidas de tensa declarándole "sin sazón" ante su conciencia, a pesar de ser Ulrich más viejo que

ella. Se había propuesto compadecerle, resultándole así más fácil convencerse de que era Arnheim, y no él, el hombre al que debía elegir para la dirección de una Acción de tan grande responsabilidad; pero por otra parte, después de haber dado a luz semejante decisión, empezó a inquietarle el femenino pensamiento de que el candidato rechazado podría estar necesitado y ser digno de su ayuda. Si algo le faltaba, de ninguna manera lo podía conseguir mejor que colaborando en la gran Acción, la cual le daría oportunidad de ponerse en contacto directo con ella y con Arnheim. Al final se decidió Diotima por esta última solución, pero indudablemente se trataba sólo de consideraciones complementarias.

28 - Un capítulo que se lo puede saltar quien no estime las consideraciones introspectivas

ULRICH estaba entretanto en su casa y trabajaba en el escritorio. Se había puesto a proseguir las investigaciones, interrumpidas en su mitad al decidir, hacía unas semanas, volver sobre ellas; no había demasiado interés en terminar, pues gozaba considerándose capaz de realizarlas. Aunque el tiempo era bueno, apenas había salido de casa en los últimos días, ni siquiera al jardín; había corrido las cortinas y estudiaba en penumbra, como un acróbata que en un circo a media luz presenta su nuevo programa de saltos a un grupo de entendidos, antes de abrir las puertas a los espectadores. La precisión,

fuerza y seguridad de su desarrollo discursivo, al que nada iguala en la vida, casi le llenaba de melancolía.

Dejó a un lado el papel con sus fórmulas y cifras, y pasó a hacer una ecuación del estado del agua como ensayo físico para utilizar un nuevo procedimiento matemático, tras del cual andaba; pero sus pensamientos hacía poco que habían comenzado a volatilizarse.

-“¿No he explicado a Clarisse algo a propósito del agua?” -se preguntó a sí mismo sin recordar con exactitud. Pero no le importaba mucho, sus pensamientos se relajaban cada vez más perezosos.

Por desgracia, lo más difícil para la literatura es reproducir a un pensador. Un gran inventor al que se le preguntó cómo se las arreglaba para descubrir tantas cosas nuevas, respondió que reflexionando sin descanso. De hecho se puede afirmar que las ideas inesperadas se presentan impulsadas por su

expectación. Son, en proporción no pequeña, producto del carácter, de tendencias constantes, de ambición tenaz, de asiduo trabajo. ¿Qué aburrido tiene que ser esa perseverancia! Por otros conceptos, la solución de un problema intelectual se desenvuelve de manera semejante a un perro que intenta salir por una puerta estrecha con un bastón cruzado en la boca: mueve la cabeza a izquierda y derecha hasta que lo logra pasar. Nosotros hacemos otro tanto, con la diferencia de que no obramos de modo irreflexivo; la experiencia nos ha enseñado las medidas aproximadas que debemos tomar. Incluso una inteligencia ágil, con mejor disposición y pericia que una torpe, experimenta también una sensación sorprendente cuando consigue deslizarse hasta el fin y llega al resultado de su operación; éste aparece de repente y suspende los sentidos de admiración y extrañeza al ver que los pensamientos se han sucedido y derivado por sí solos, en vez

de esperar a la acción de su creador. Muchos hombres modernos llaman a esto intuición (antes fue designado con el nombre de inspiración) creyendo ver en ello algo superpersonal. En realidad sólo se trata de algo impersonal, o sea, la afinidad y solidaridad de las ideas concentradas en un cerebro.

"Cuanto mejor es el cerebro, tanta menos reflexión necesita. Por eso el raciocinio es, en tanto no haya llegado al fin, un estado deplorable, una especie de cólico de todas las circunvoluciones cerebrales; al resolverse, ya no presenta la forma de un pensamiento vivo, sino de lo pensado; el pensamiento se vuelve entonces hacia el exterior y se dispone a ser comunicado al mundo. Cuando un hombre piensa, no se puede, por decirlo así, captar el límite entre lo personal y lo impersonal; en consecuencia, el acto de pensar resulta para el escritor un difícil problema contra el que está precavido de antemano.

El hombre sin atributos se había sumido ahora en profunda medicación. Se puede deducir de ello que en parte, por lo menos, no le ocupaba ningún asunto personal. ¿Qué era, pues? Un mundo que va y viene; aspectos del mundo configurados en un cerebro. Nada se le había ocurrido que fuera de importancia; después de haber recurrido al ejemplo del agua, no había flotado en su mente idea alguna, excepción hecha de la consideración de que el agua es un elemento tres veces más abundante que la tierra sólida, aun si se considera solamente lo que en general todos reconocen por agua: ríos, mares, lagos y fuentes. Durante mucho tiempo se creyó que era afín al aire. El gran Newton fue de esta opinión, y, sin embargo, casi todos sus pensamientos son válidos todavía hoy. Según los griegos, el mundo y la vida surgieron del agua. Ésta era un dios: Océano. Más tarde se inventaron las ninfas, las ondinas, las sílfides, las rusalcas y las

sirenas. Se construyeron templos y se establecieron oráculos a la orilla del mar. También se edificaron sobre fuentes y manantiales las catedrales de Hildesheim, Paderborn y Bremen. ¿No existen todavía hoy? ¿No se bautiza con agua? ¿Y no hay todavía amigos del agua y apóstoles de la hidroterapia, cuya alma refleja una extraña salud sepulcral? En el mundo había, por consiguiente, un lugar como un punto borrado o hierba pisada. Y naturalmente había también un puesto para la ciencia moderna en alguna parte de la conciencia del hombre sin atributos, pensara o no en ella. El agua es además un líquido incoloro, azul cuando se presenta en cantidades masivas, inodoro e insípido, tal como hemos repetido muchas veces en la escuela; nunca lo podemos olvidar, aunque, desde el punto de vista fisiológico, contiene también bacterias, sustancias vegetales, aire, hierro, sulfato y bicarbonato de calcio; desde el punto de vista de la física, el prototipo de

todos los líquidos no es en realidad un cuerpo líquido sino un cuerpo sólido, líquido o gaseoso, según los casos. En definitiva, todos se disuelven en sistemas de fórmulas conexas de alguna forma entre sí; no hay en todo el mundo más de una docena de hombres que piensen igual sobre una cosa tan simple como el agua; todos los demás hablan de ella en los términos de moda o en los de hace unos cuantos milenios. Se debe decir, pues, que un hombre que piensa un poquito termina por hacerse miembro de una sociedad desordenada.

Entonces se acordó Ulrich de que efectivamente le había contado todo esto a Clarisse; Clarisse era inculta como una pequeña bestia, pero no obstante las muchas supersticiones en que creía, sentía uno a su lado una cierta unidad con su ser. Le dio un pinchazo como de aguja incandescente.

Ulrich se consumía.

El conocido atributo del pensamiento, descubierto por los médicos, de disolver y separar los contrastes profundamente arraigados y morbosamente complicados, forjados en las oscuras regiones del yo, está fundado probablemente en la esencia social que une al individuo solitario con otras personas y cosas; pero, desgraciadamente aquello que da al pensamiento la virtud salutífera parece ser lo mismo que aquello que hace disminuir la capacidad experimental. La alusión accesoria a un pelo de la nariz pesa más que el pensamiento más notable; y acciones, sentimientos y afectos comunican, si se repiten, la impresión de haber presenciado un acontecimiento más o menos importante, por común e impersonal que sea.

-”Estúpido! -pensó Ulrich-, pero es así.” Eso le recordaba la impresión absurda y profunda, excitante e inmediata al yo, que uno tiene cuando huele la propia piel. Se levantó y abrió las cortinas de la ventana.

Los árboles conservaban todavía la humedad de la mañana. Fuera, en la calle, se posaba un vaho violáceo como de gasolina. El sol brillaba y los hombres se movían vigorosamente. Era una primavera de asfalto, un día primaveral de otoño, sin estación, con el hechizo que le da la ciudad.

29 - Explicación e interrupciones de un estado normal de conciencia

ULRICH había dado a Bonadea una contraseña para que supiera si se encontraba solo en casa. Generalmente siempre estaba solo, pero hasta entonces no lo había advertido. Aun sin haber recibido previo aviso, Ulrich esperaba que Bonadea se presentara en su casa de un momento a otro con sus velos y su sombrero, porque era excesivamente celosa. Cuando iba a ver a un hombre -a veces para decirle únicamente que le despreciaba- aparecía siempre vencida por una debilidad interna, debido a que las impresiones del trayecto y las miradas de los hombres con los que se cruzaba oscilaban en su interior

como un ligero mareo. Si el hombre lo adivinaba y le salía al encuentro aunque no se hubiera preocupado de ella durante mucho tiempo, ella se sentía ofendida, reñía con él, le hacía reproches casi inesperados para ella misma, y se asemejaba a un ánade herido en el ala que cae en el mar del amor e intenta salvarse añado.

Bonadea tomaba asiento, lloraba y se sentía profanada.

En tales casos, cuando el amante la irritaba, pedía a su marido apasionadamente perdón por sus culpas. Según una norma antigua, que las mujeres infieles aplican para no traicionarse con una palabra imprudente, Bonadea había hablado a su esposo acerca de un hombre docto e interesante, al que encontraba a veces en casa de su amiga; le había contado que aquel hombre pertenecía a un rango social muy considerado, por lo que él no se adelantaba a visitarlos ni ella se atrevía a invitarle. Aquella media verdad le facilitaba

la mentira, y la otra mitad la compartía con su amante. -"¿Qué podría imaginar mi marido -pensaba Bonadea— si repentinamente yo pusiera limitaciones al trato con mi amigo? ¿Cómo explicarle semejantes vaivenes de la amistad?" Ella estimaba la verdad porque apreciaba todos los ideales; Ulrich la deshonraba porque le obligaba a apartarse de ella más de lo necesario.

Con Bonadea representaba escenas apasionadas. Una vez pasadas, se precipitaban reprobaciones, protestas y besos en el vacío abierto. Cuando también éstos habían pasado, quedaban como si nada hubiera sucedido. Los comentarios del día llenaban el vacío, y el tiempo formaba ampolla, como una campana de cristal inflamada de agua sosa.

-"Qué hermosa es Bonadea cuando se pone rabiosa -reflexionaba Ulrich- y qué mecánicamente se desarrolla entonces todo." La mirada de Bonadea le conmovía y le

seducía a colmarla de caricias; al terminar, echaba nuevamente de ver lo poco que daban de sí. La increíble rapidez de tan bruscas mutaciones, que transforman a un hombre normal en un enajenado espumarajeante, se le revelaba allí patentemente. Le parecía que aquella metamorfosis amorosa de la conciencia era solamente un caso particular de algo mucho más genérico, pues también una sesión de teatro, un concierto, una acción litúrgica, todas las manifestaciones introspectivas parecen, hoy día, islotes pronto desaparecidos, de un segundo estado de conciencia, transitorio, deslizado temporalmente en el ordinario.

-”Hace poco que estaba ocupado con mi trabajo -pensó Ulrich- y algo antes estuve en la calle y compré papel. He saludado a un señor de la Sociedad de Física a quien conozco. Pocos días antes había tenido con él una seria entrevista. Y ahora, si Bonadea se apresurara un poco, podría yo ojear aquellos

libros que veo por la rendija de la puerta. Entretanto hemos volado a través de una nube de locura, y no es menos inquietante ver a la sólida vida cerrarse sobre este vacío evaporado y mostrarse en su dureza.”

Pero Bonadea no se dio prisa, y Ulrich tuvo que pensar en otra cosa. Su amigo de juventud Walter, aquel que se había hecho de milagro marido de la pequeña Clarisse, había dicho una vez de él: “Ulrich emplea sus mejores energías en cosas innecesarias.” Esto le vino a la memoria en aquel preciso momento, y además pensó: -”Lo mismo se podría decir hoy de todos nosotros.” Recordaba perfectamente la escena: un balcón de madera rodeaba la casa de campo. Ulrich era huésped de los padres de Clarisse: faltaban pocos días para la boda y Walter sentía celos de él. Walter poseía una maravillosa capacidad para ponerse celoso. Ulrich estaba fuera, al sol, cuando Clarisse y Walter entraron en el cuarto, al otro lado del balcón.

Los espió sin esconderse. Por lo demás, ya sólo se acordaba de una frase; y también del cuadro; la profundidad ensombrecida de la habitación, suspendida como una bolsa semiabierta en el crudo vigor del muro exterior. Bajo los pliegues de aquella bolsa aparecieron Walter y Clarisse; el rostro de Walter se había alargado dolorosamente y mostraba unos dientes largos y amarillos. Se podía decir que un par de dientes largos y amarillos estaban incrustados en un estuche de terciopelo negro, y dos personas al lado, como espectros. La envidia no tenía naturalmente sentido; a Ulrich no le interesaban las mujeres de sus amigos. Pero Walter poseía una aptitud especial para sacar jugo a la vida. Nunca llegaba a lo que aspiraba porque todo lo sentía muy intensamente. Se hubiera dicho que llevaba dentro de sí un amplificador muy melódico de la felicidad y de la desgracia. Negociaba siempre con pequeñas monedas de sentimientos de oro y plata, mientras

que Ulrich operaba más a lo grande, con cheques de pensamientos, por decirlo así, y con cifras astronómicas; en definitiva, todo se reducía a papel. Cuando Walter quiso hacerse importante ante Ulrich, estaba tumbado en la linde de un bosque, vestía pantalón corto y, lo más raro, calcetines negros. No tenía piernas de hombre, ni fuertes ni musculosas, ni secas ni nervudas, sino las de una niña sin exceso de hermosura: blandengues y feas. Con las manos cruzadas detrás de la cabeza, miraba al paisaje, y el cielo sabía que se le estaba molestando. Ulrich se acordó de haber visto así a Walter en cierta ocasión que se le quedó grabada como un sello centenario. El pensamiento de haber visto a Walter celoso por él le deleitaba. Todo esto había tenido lugar en un tiempo en que todavía podía uno gozar de sí mismo. Ulrich pensó: -"He estado ya varias veces en su casa y Walter no me ha devuelto mis visitas. Sin

embargo, podría ir también esta noche a verlos; ¿por qué he de preocuparme?"

Decidió mandarles aviso, una vez que Bonadea hubiera terminado de vestirse; en presencia de Bonadea no era prudente hacerlo por el aburrido interrogatorio que inevitablemente le descerrajaría.

Los pensamientos son rápidos; Bonadea, sin embargo, no estaba todavía lista; le dio, pues, lugar a hacer otra reflexión. Ésta fue una pequeña teoría, simple, clara; un buen pasatiempo: -"Un joven en fase de actividad mental -se dijo Ulrich y probablemente se refería a Walter, su amigo de juventud-, irradia de continuo ideas en todas direcciones. Pero sólo lo que halla resonancia en el ambiente reverbera en él y torna forma, mientras que todas las demás irradiaciones se esparcen en el espacio y se pierden." Ulrich no tenía inconveniente en aceptar que un hombre inteligente posee la peculiaridad de tener una inteligencia más primitiva que

sus atributos; él mismo era un hombre lleno de contradicciones, y creía que todas las aptitudes atribuidas a la criatura humana descansan, bastante juntas, en la inteligencia de cada hombre, si es verdad que el hombre tiene inteligencia. Quizá no es esto del todo exacto, pero lo que nosotros sabemos del origen del bien y del mal induce a pensar que cada uno tiene un número de talla interior, y que esa talla puede ser cubierta con los trajes más diversos, si así lo dispone el destino. A Ulrich no le pareció tan sin sentido lo que había pensado. Si en el curso del tiempo las ideas ordinarias y personales se refuerzan a sí mismas y se pierden las extraordinarias de modo que casi todos, con la precisión de un engranaje mecánico, aparecen cada vez más mediocres, esto demuestra por qué, a pesar de las mil posibilidades que se nos ofrecerían, el hombre corriente sigue siendo el más corriente. Explica también cómo, entre los privilegios que se hacen valer y que obtienen

reconocimiento, hay una cierta mezcla que tiene aproximadamente un 51 por ciento de profundidad y un 49 por 100 de superficialidad; los hombres con esta mezcla son los que más éxitos consiguen. Ulrich encontró esto tan complicado y absurdo, tan insoportable y triste, que de buena gana hubiera pasado a pensar en otra cosa.

Se sintió interrumpido porque Bonadea no daba todavía muestras de estar preparada; la espío a través de la cerradura, y vio que estaba aún a medio vestir. Ella había considerado descortés su distracción en el momento en que se trataba de gustar las últimas gotas exquisitas de su mutua presencia; ofendida por aquel silencio, esperó a que reaccionara. Tomó un libro que, por suerte, coincidió ser de historia del arte: con muchas ilustraciones.

Ulrich prosiguió su meditación, irritado por la espera e invadido por una vaga impaciencia.

30 - Ulrich oye voces

DE repente se concentraron sus pensamientos y, como si mirase ipor una rendija, vio a Christian Moosbrugger, el carpintero, y a sus jueces.

Atormentador y ridículo para un hombre que no piensa así, el juez preguntó: -"Por qué se lavó usted las manos ensangrentadas? ¿Por qué ocultó el cuchillo? ¿Por qué se cambió de traje y de ropa interior después del homicidio? ¿Porque era domingo? ¿O porque estaba manchado de Sangre? ¿Por qué fue usted la tarde inmediata al baile? ¿No se lo impidió él pensamiento de lo que había hecho? ¿Ni siquiera sintió remordimiento?"

A Moosbrugger le iluminó un destello: vieja experiencia de presidiarios: hay que

fingir arrepentimiento. El destello influyó, accionó su boca y dijo él: -"Cierto."

- "Ante la policía ha declarado usted: No siento remordimiento sino sólo odio y rabia hasta el paroxismo" -alegó rápidamente el juez.

- "Es posible -dijo Moosbrugger con aire de seguridad y distinción-. Es posible que no tuviera entonces otros sentimientos." - "Usted es alto y fuerte -intervino el fiscal-, ¿cómo pudo sentir miedo ante una mujer como Hedwig?"

- "Señor! -respondió Moosbrugger sonriente-, es que se puso muy tierna. Había esperado que se revelara con más crueldad de la que yo atribuyo a las hembras de este género. Tengo aspecto robusto y lo soy..."

- "Bueno" -refunfuñó el presidente ojeando las actas.

- "Pero en determinadas circunstancias -dijo Moosbrugger en voz alta- soy tímido e incluso cobarde."

Los ojos del presidente se soltaron de los papeles; como dos pájaros abandonan una rama, así ellos la frase en la que se habían posado.

“Cuando sus compañeros de la obra en construcción le enzarzaron en la reyerta, usted no se mostró entonces cobarde -dijo el presidente-. A uno le hizo dar un salto de dos pisos, y al otro, con el cuchillo...”

-”Señor presidente -interrumpió Moosbrugger en tono amenazador-, yo mantengo todavía mi punto de vista.”

El presidente hizo un ademán despreciativo.

-”¡Injusto! -dijo Moosbrugger-, eso tiene que servir de fundamento a mi brutalidad. He venido a juicio como un hombre ingenuo pensando que los señores jueces lo sabrían todo. Pero me han defraudado.”

El rostro del juez se inclinó de nuevo sobre las actas.

El fiscal sonrió y dijo amablemente:
-”Pero Hedwig era una muchacha inofensiva.”

-”A mí no me pareció así” -replicó Moosbrugger con arrebató.

-”A mí me parece -concluyó el presidente enfáticamente- que usted siempre intenta echar la culpa a los demás.”

-”¿Por qué, pues, la acuchilló usted?” -empezó el fiscal a repetir afablemente toda la historia desde sus comienzos.

31 - ¿A quién das razón?

¿HABÍA oído esto en el proceso al que Ulrich había asistido, o lo había leído en los periódicos? Lo recordaba tan vivamente como si lo estuviera oyendo. Nunca en su vida había oído “voces”; por Dios!, él no era de éstos. Pero cuando se oyen, calan en lo profundo, como la paz de una nevada. De pronto se elevan muros desde la tierra hasta el cielo; donde antes no había más que aire se encuentra uno con paredes gruesas y blandas; todas las voces saltan en la jaula del aire de un lugar a otro y penetran después libremente a través de las blandas paredes entrelazadas.

Estaba sobreexcitado de tanto trabajo y aburrimiento, como sucede muchas veces; pero a él no le molestaba oír voces. De repente dijo a media voz: -”Existe una segunda

patria, donde todo lo que se hace es inocente.”

Bonadea tenía entre sus manos un cordón. Había entrado en la habitación de Ulrich. La conversación no le agradó, le sonaba desafinada; había olvidado ya el nombre del asesino del que tanto había leído en la prensa; ahora, cuando Ulrich se disponía a hablar de él, su recuerdo se resistía a reconstruirse en la memoria.

-”Pero si Moosbrugger -dijo tras una breve pausa- puede producir semejante desconcertante impresión de inocencia, también la puede producir esa otra pobre criatura abandonada, tiritante de frío, de ojos de topo, aquella Hedwig, que pidió cobijo en su casa y por eso fue asesinada.”

-”Deja ese tema” -le aconsejó Bonadea alzando sus Cándidos hombros. Ulrich había hecho esta consideración en el preciso momento, maliciosamente preparado, en que su amiga, sedienta de reconciliación, entraba

nuevamente en el cuarto. Sus vestidos, recogidos a media altura, formaban sobre la alfombra como un pequeño cráter mitológico, encantador, del que rebasaba la espuma, y en el medio, Afrodita. Bonadea estaba, pues, dispuesta a aborrecer a Moosbrugger y a deshacerse de su escalofriante víctima. Pero Ulrich no se lo consintió, y describió con rasgos vivos la suerte que esperaba a Moosbrugger. -"Dos hombres le pondrán el lazo en el cuello sin abrigar malos sentimientos en lo más mínimo, sólo preocupados por el sueldo a que con ese servicio se harán acreedores. Un centenar de hombres estarán presentes, algunos por deber de oficio, otros por decir que han asistido, al menos una vez en la vida, a una ejecución. Un señor grave con chistera, frac y guantes negros apretará el nudo; al mismo tiempo dos ayudantes se colgarán de las piernas de Moosbrugger para que se rompan las vértebras cervicales. Luego, el mismo señor pondrá su mano con

el guante negro sobre el corazón de Moosbrugger y observará con la solicitud de un médico si todavía palpita; en caso afirmativo, se repetirá otra vez toda la escena con mayor impaciencia y menos solemnidad. ¿Te declaras ahora a favor de Moosbrugger, o en contra?” -preguntó Ulrich.

Lenta y dolorosamente, como cuando suena el despertador antes de tiempo, Bonadea había perdido “el temple”, palabra con que designaba ella sus ataques de adulterio. Ahora tuvo que sentarse, después que sus manos indecisas hubieron sujetado por un momento sus vestidos caídos y el corsé suelto. Como todas las mujeres en circunstancias parecidas, ella también confiaba en un orden público tan justo que, sin necesidad de preocuparse, -amparara sus asuntos privados; entonces, al ser exhortada a lo contrario, se mostró movida de inmediato a compasión y partidaria del Moosbrugger

víctima, con exclusión de todo pensamiento sobre el Moosbrugger culpable.

-”Luego, tú defiendes a la víctima y condenas la acción.”

Bonadea manifestó el obvio parecer de que tal conversación en semejante momento era inoportuna.

-”Pero si tu juicio falla con tanta consecuencia contra la acción

-respondió Ulrich en lugar de disculparse-, ¿cómo vas a justificar tus adulterios, Bonadea?”

Sobre todo, el plural fue soez. Bonadea calló, se sentó en una butaca mullida haciendo un gesto despreciativo, y se quedó ofendida mirando a la arista del techo y de la pared.

32 - La interesante historia, ya olvidada, de la esposa de un comandante

NO es prudente conrgraciarse con un loco declarado; Ulrich se guardó bien de hacerlo. ¿Pero por qué sostenían algunos, especialistas incluso, que Moosbrugger era un loco, mientras otros aseguraban lo contrario? ¿De dónde habían sacado los periodistas tanta objetividad para describir el trabajo del cuchillo? ¿Cómo se las arregló Moosbrugger para producir aquella sensación estremeceadora que para la mitad de los habitantes de la capital fue materia de disputas familiares y algo parecido a una anulación de esponsales? Amedrentaron insólitamente los ánimos y perturbaron la tranquilidad de las almas. Sin embargo, en las ciudades provincianas se

comentaba el caso con más indiferencia, y en Berlín o en Brisgovia, donde vivía de tiempo en tiempo la familia de Moosbrugger, ni se mencionaba. Aquel juego terrible de la sociedad daba a Ulrich tema de reflexión. Lo sentía repetido en su persona. No le animaba la voluntad de libertar a Moosbrugger, ni de apelar a la justicia, y sus sentimientos se erizaban como los pelos de un gato. Moosbrugger le preocupaba extrañamente más que su propia vida; le obsesionaba como una poesía abstracta en la que todo se desconcierta y se disloca un poco y que revela un sentido fraccionado en la profundidad del ánimo.

-”**R**omanticismo de Grand Guignol!” -se objetó. La admiración de lo horrible e ilícito en las formas permitidas de sueños y neurosis le parecía compatible en los hombres de la época burguesa. -”**O** lo uno o lo otro! -pensó-, **O** me gustas o me disgustas! **O** te defiendiendo en toda tu atrocidad, o tengo que reprocharme el haber jugado con ella!” En

fin, sería oportuna una lamentación fría y eficaz; hoy día se podría hacer muchísimo por impedir semejantes accidentes y monstruos, si la sociedad quisiera emplear, por lo menos, la mitad de los esfuerzos morales que exige de las víctimas. Pero entonces se le ocurrió también otro lado desde el cual podía contemplarse el asunto, y extraños recuerdos afloraron a la mente de Ulrich.

Nuestro juicio sobre una acción nunca es un juicio sobre aquel aspecto de la acción que Dios recompensa o castiga; ya lo dijo Lutero, aunque resulte bastante extraño. Quizá se lo inspiró alguno de los místicos con los que estuvo relacionado cierto tiempo. Cualquier otro creyente lo podría haber dicho igual. En sentido burgués, todos eran inmorales. Habían distinción entre los pecados y el alma, la cual puede permanecer, no obstante sus pecados, inmaculada; pensaban casi como Maquiavelo que distinguía los medios del fin. Se les había “extraído” el “corazón

humano". "También en Cristo vivía un hombre interior y un hombre exterior, y todo lo que ejecutaba en relación con las cosas exteriores lo hacía movido por el hombre exterior, al mismo tiempo que el hombre interior permanecía en inamovible recogimiento", dice Eckhart. Tales santos y creyentes hubieran sido capaces de absolver a Moosbrugger. Indudablemente la humanidad ha progresado desde entonces; pero aunque ésta condene a muerte a Moosbrugger, tiene la debilidad de venerar a aquellos hombres que le hubieran absuelto.

Una nueva frase acudió al recuerdo de Ulrich, precedida de una ola de desazón. La frase decía: -"El alma del sodomita podrá atravesar la multitud sin darse cuenta, y en sus ojos brillaría la sonrisa transparente de un niño porque todo depende de un principio invisible." Esta sentencia no era muy distinta de las primeras, pero en su pequeña exageración se extendía el olor malsano y dulce de la

corrupción. Como era evidente, a tal frase le pertenecía un lugar, una habitación con folletos franceses de cubiertas amarillas sobre las mesas, con cortinas de abalorios en Sustitución de puertas, y se le localizó un sentimiento en el pecho, como si una mano interviniera en un seccionado cadáver de gallina para extraer de él su corazón. Esta frase la había pronunciado Diotima en su visita. Era original de un escritor contemporáneo al que Ulrich se había aficionado en sus años jóvenes, pero al que terminó por juzgar con el título de filósofo de salón; frases de aquel género sabían tan mal como el Pan mojado con perfume, de modo que durante decenios no hubo nada lúe hacer con todo ello.

A pesar de la repugnancia que le causó a Ulrich, le pareció ignominioso tener que abstenerse, durante toda la vida, de volver a las otras, a las frases germinas de aquel lenguaje místico. Poseía un especial sentido interpretativo, por no decir que estaba familiarizado

con ellas en orden a comprenderlas; sin embargo, no se podía afirmar que estuviera dispuesto a defenderlas y profesarlas. Aquellas frases le hablaban al corazón, sin saber por qué, con acento fraterno, con una blanda y oscura intimidad en contraste con el tono imperativo del lenguaje científico y matemático; aquellas frases emergían en medio de sus ocupaciones como islas, sin conexión ni afectación. Si las examinaba en cuanto se le revelaban, le parecía sentir su coherencia, como si aquellas islas, poco separadas unas de otras, se esparcieran a lo largo de una costa oculta detrás de ellas, o como si fueran restos de un continente desaparecido en tiempos prehistóricos. Sintió la blandura del mar, de la niebla, de las negras colinas que dormían a una luz pardusca. Se acordó de un pequeño viaje por mar que había sido una huida según el eslogan de las agencias turísticas: “Viaje usted”, “Cambie de horizontes”, y reconstruía fielmente todo el

acontecimiento, ridiculamente encantado, cuyas estremecedoras fuerzas habían sido arrastradas por otras semejantes. Un corazón de veinte años palpitó unos momentos en su pecho; desde entonces su piel se había cubierto de pelo y se había endurecido. El palpar de un corazón de veinte años en su pecho de treinta y dos le parecía ahora como el beso inmoral de un adolescente a un hombre. Sin embargo no apartó el pensamiento. Era el recuerdo de una pasión de extrañamiento desenlace que había sentido a los veinte años por una mujer bastante más vieja que él en edad y en experiencias domésticas.

Sintomáticamente no recordaba los rasgos exactos de su persona; una fotografía entumecida y la evocación de las horas en que pensaba en ella solitariamente sustituía la contemplación directa del rostro, de los vestidos, de los movimientos y de la voz de aquella mujer. Su mundo, entretanto, se había hecho tan extraño que, cuando se

aludía en la conversación a la “esposa” del comandante mayor se sentía lleno de deleitable incredulidad. -”Pronto será la mujer de un coronel retirado” -pensaba. En el gobierno militar se decía que era una artista de carrera, una virtuosa del piano, habilidades que no había demostrado públicamente en su juventud a instancias de su familia, ni más tarde por impedírsele sus obligaciones matrimoniales. De hecho, solía tocar el piano con éxito en las fiestas del regimiento, aureolada por el sol de oro que penetraba en los abismos del sentimiento; Ulrich se había enamorado desde el principio, no tanto de su presencia de mujer, cuanto de su ideación. El teniente que llevaba entonces su nombre no era tímido; su ada estaba acostumbrada a ver mujeres, incluso había descubierto el dero que conduce a las honestas. Pero el “gran amor” era para el joven oficial, cuando sentía su nostalgia, una cosa distinta: un concepto; ba fuera del alcance de sus empresas y era

tan pobre en contenido Experimental, y por lo tanto tan vacío, como pocos conceptos lo pueden ser. Cuando se le presentó a Ulrich la primera oportunidad de su vida ide captar aquel concepto, su realización fue inevitable; a la señora del Comandante le tocó en suerte desempeñar un papel semejante a la última causa que origina una enfermedad. Ulrich cayó enfermo de amor. Y ya que el mal de amor no significa necesidad de posesión, sino un blanco descubrir el mundo, y por eso se renuncia con gusto a la posesión de la amada, el teniente descubrió el mundo a la señora del comandante, -de una manera tan desacostumbrada y penetrante que le resultó completamente nuevo. Constelaciones, bacterias, Balzac y Nietzsche se mezclaron en un embudo de pensamientos cuyo extremo se aplicaba con creciente claridad a ciertas diferencias vedadas que separaban su cuerpo del cuerpo del teniente. Ella quedó desconcertada por las apremiantes insinuaciones

del amor, y se creó problemas que a su juicio nunca hasta entonces habían tenido relación con el amor. En un paseo a caballo, mientras caminaban sosteniendo a sus caballos por las bridas, ella ofreció su mano a Ulrich y vio con estremecimiento de su corazón que su mano permanecía rendida en la de él. Al instante siguiente, sintió inflamarse un fuego, desde sus muñecas hasta las rodillas, y una chispa los derrumbó a los dos al margen del camino, sobre el musgo; allí se sentaron, se besaron apasionadamente y se ruborizaron, porque fue tan grande y extraordinario el amor que, para su sorpresa, no se les ocurrió decir ni hacer otra cosa que lo usual en semejantes abrazos. Los caballos, -impacientados, sacaron a los dos enamorados de aquella embarazosa situación.

El amor de la mujer del comandante hacia el joven teniente fue, en su desarrollo, breve e irreal. Ambos estaban extrañados; se estrecharon mutuamente repetidas veces,

pero sintieron la voz acusadora que les mostraba algo desordenado; ella no hubiera consentido llegar en sus abrazos a la unión de los cuerpos, aun después de haber superado los obstáculos del vestido y de la moral. La señora no quería sustraerse a una pasión sobre la que no se había formado concepto; sin embargo, la inquietaba un secreto remordimiento a causa de su marido y de la diferencia de edad, y cuando un día le comunicó Ulrich, con motivos inventados, que se ausentaba para largo tiempo, la señora del oficial mayor respiró aliviada entre lágrimas de emoción. Pero Ulrich no pretendía otra cosa que alejarse lo más posible y rápidamente del origen de aquel amor. Partió a ciegas, hasta que una costa interrumpió la línea ferroviaria; se embarcó en una lancha y llegó a una isla ignorada y casual donde se quedó mal alojado y alimentado; en la primera noche escribió a su amada la primera de una larga serie de cartas que nunca envió.

Aquellas cartas, escritas en el recogimiento de la noche y que entretenían su pensamiento durante el día, las perdió todas más tarde; ése era en realidad su destino. Al principio había escrito largo y tendido acerca de sus ardorosos sentimientos, toda clase de sentimientos que el amor le había inspirado, pero pronto comenzó a suplirlos por descripciones de paisajes. El sol de la mañana le arrebatava el sueño; cuando los pescadores estaban en el mar y los niños y mujeres en sus casas, él y un asno, que pastaba en los bosques y en campos pedregosos situados entre los dos pueblecitos de la isla, parecían ser los únicos seres superiores que vivían una aventura en aquel trozo de tierra suspendida entre agua y aire. Ulrich hacía lo mismo que los demás; subía a las peñas o se acostaba en la ribera de la isla en compañía del mar, de los arrecifes y el cielo. Esto no fue presunción, ya que había desaparecido la diversidad de categorías, así como también

había dejado de existir en aquella convivencia la distinción entre el espíritu y la naturaleza muerta y animal; toda clase de diferenciación entre unas cosas y otras fue reduciéndose. Para hablar con objetividad, hay que advertir que aquellas diferencias no se habían atenuado ni desaparecido, pero habían perdido su significado; ya no estaban “supeditadas a las escisiones de la humanidad”, como bien han escrito algunos creyentes sobre la mística del amor, de los cuales el joven teniente de caballería no tenía ni noción. Ulrich meditaba en aquellos fenómenos -como un cazador que busca las huellas de su presa, las sigue y las interpreta-; él no los consideraba ni siquiera verdaderos, sino que los acogía en sí mismo. Se ensimismaba en el paisaje, aunque también esto era una inefable solemnidad; cuando los ojos del mundo miraban por encima de él, chocaban en su interior las olas silenciosas de su sensibilidad. Había penetrado en el

corazón del mundo; la distancia entre él y su amada de tierras lejanas era como aquello que le separaba del árbol más próximo; el sentimiento íntimo unía los seres suprimiendo el espacio, así como en el sueño pueden pasar dos seres el uno a través del otro mezclarse, y transformaba todas sus relaciones. Aquel estado no tenía, sin embargo, nada de común con un sueño. Era claro y rebotante de pensamientos claros; nada de lo que se movía estaba accionado por recortes casuales, finales, o por deseos corporales, sino que todo se extendía formando nuevos círculos, como los que produce el golpe continuo del agua en medio de un estanque. Esto, y no otra cosa, era lo que describía en sus cartas. Era un aspecto de la vida totalmente nuevo; situado en el centro magnético de la atención ordinaria, liberado de la nitidez, y visto así, más bien algo indistinto y difuminado; pero otros focos de energía volvían a llenarla de suave seguridad y

claridad. Todos los problemas y las sugerencias de la vida recibían una incomparable dulzura, suavidad y tranquilidad, y al mismo tiempo un significado distinto. Si, por ejemplo, corría un insecto sobre la mano de este ser meditabundo, .aquello no significaba un acercamiento, paso o alejamiento, y no eran insecto y hombre, sino un suceso que conmovía el corazón de un modo indescriptible, y no ya un suceso, sino, aunque pretérito, un estado. Con la ayuda de aquellas pacíficas experiencias, todo lo que constituía la vida ordinaria adquiría un interés revolucionario que daba quehacer a Ulrich. También el amor que profesaba a la mujer del comandante tomaba rápidamente la forma predestinada. Él se esforzaba por representarse a aquella mujer en la que pensaba continuamente, y por averiguar las ocupaciones a las que se dedicaba en aquel preciso momento; en esto le ayudaba el conocimiento perfecto que tenía de las circunstancias y ambiente de

su vida; pero si lo conseguía y la amada se le aparecía ante los ojos, su clarividente sentimiento se ofuscaba y se veía obligado a reducir su imaginación a la consoladora certeza de poder contar con la disponibilidad de su gran amada en todo lugar. No tardó en convertirla en un impersonal centro magnético, en una dínamo anegada de su propia instalación iluminativa, y él le escribió su última carta en la que le explicaba que la gran “vida de amor” nada tiene que ver con posesión y con el deseo de “pertenecerse”, sentimientos estos derivados de la esfera del ahorro, de la apropiación y de la voracidad. En estos términos fue redactada la única carta que le envió, la cual señaló aproximadamente el apogeo de su mal de amor al que pronto siguió su fin y su repentino desmoronamiento.

33 - Ruptura con Bonadea

ENTRETANTO, Bonadea, no pudiendo permanecer eternamente mirando al techo, se recostó en un diván; su tierno vientre de madre respiraba en la batista blanca, libre de elásticos y de otros ceñidores; llamaba a esta posición: meditar. Se acordó de que su marido, no solamente era juez, sino también cazador, y de que, de cuando en cuando, hablaba con ojos relampagueantes acerca de los animales dañinos de la caza; a Bonadea le parecía que todo aquello redundaría en provecho de Moosbrugger y de sus jueces. Por otro lado, no quería que su marido sufriera menoscabo de parte de su amante, fuera de lo tocante al amor; su honor familiar exigía que el cabeza de familia fuera estimado y respetado. Por eso nunca llegaba a tomar una resolución. Y mientras aquel

dilema, como dos nubes entrelazadas, at-
ravesaba perezoso el horizonte oscurecién-
dolo, Ulrich se gozaba de poder seguir libre-
mente extasiándose en sus pensamientos.
Esto duró algo; Bonadea, sin habérsele ocur-
rido nada que pudiera resolver el aprieto, se
apesadumbró otra vez porque Ulrich la había
ofendido desconsideradamente, y el tiempo
que él había dejado transcurrir sin rectifi-
carlo comenzó a excitarla y a afligirla. -"¿Te
parece que hago mal en venir a visitarte?"
Esta pregunta se la hizo en un tono enfático,
lentamente, con tristeza, pero con firme vol-
untad de declararle la guerra.

Ulrich calló y se encogió de hombros;
durante largo tiempo no había hecho caso de
lo que decía; en aquel momento, sin em-
bargo, se le hizo insoportable.

- "¿Eres todavía capaz de hacerme re-
proches por nuestro apasionamiento?"

- "A esas preguntas corresponden tantas
respuestas, como abejas a una colmena -

contestó Ulrich-. Todo el desorden psíquico de la humanidad, con sus problemas en suspenso, cuelga, de una forma asquerosa, de cada desorden en particular.” Con aquello decía simplemente lo que había pensado y repensado durante días seguidos, pero Bonadea se aplicó el desorden psíquico a sí misma y lo encontró verdaderamente excesivo. De buena gana hubiera corrido nuevamente las cortinas para acabar así con la discordia, e igualmente hubiera aullado de dolor. Pensó que Ulrich estaba harto de ella. Gracias a su temperamento, hasta entonces había perdido sus amantes por el sistema de cambio, o sea, perdía de vista a uno al poner los ojos en otro nuevo; o de distinta forma: separándose de ellos en cuanto consumaba su unión, lo cual, aparte la indignación personal, tenía algo del imperativo de una fuerza superior, la primera sensación que experimentó ante la tranquila resistencia de Ulrich fue la de haber envejecido. Se

avergonzó de verse en aquella desamparada y obscena situación, echada medio desnuda en el diván, expuesta a todos los ultrajes. Se incorporó aturdida y tomó sus vestidos. Pero el susurro y el crujir de la corola de seda, en la que se volvía a envainar, no indujo a Ulrich al arrepentimiento. El dolor punzante de la impotencia oscureció los ojos de Bonadea. -"Es brutal, me ha herido intencionadamente -se repetía a sí misma. Y añadía-: Y él se queda impasible." A cada cinta que ataba y a cada broche que ajustaba descendía más y más al profundo y oscuro abismo de aquel olvidado dolor infantil de ser abandonada. Las tinieblas les rodeaban; el rostro de Ulrich palidecía a la luz crepuscular y destacaba en la oscuridad de la angustia. -"¿Cómo he sido yo capaz de amar ese rostro? -se preguntó Bonadea-, pero al mismo tiempo se le encogió el pecho al decirse: -[Perdido para siempre!"

Ulrich, que adivinaba su decisión de no volver más, no hizo nada por impedirlo. Bonadea se compuso el cabello con gestos vigorosos ante el espejo; se puso el sombrero y se echó el velo. Ahora, cubierto su rostro con el velo, se podía dar todo por terminado; fue un momento solemne, como una sentencia de muerte o como cerrar una maleta. Él no debía ya besarla, no se imaginaba que estaba perdiendo la última oportunidad.

Ella sentía tanta compasión por él que se le hubiera echado al cuello desahogándose en clamoroso llanto.

34 - Un rayo ardiente y paredes frías

AL quedarse Ulrich solo en casa, después de haber acompañado a Bonadea hasta la puerta, no sintió ganas de seguir trabajando. Salió a la calle con la idea de enviar a Walter y a Clarisse dos líneas anunciándoles su visita para aquella tarde. Al atravesar el pequeño vestíbulo observó en la pared la cornamenta de un ciervo que le recordó el movimiento de Bonadea mientras se colocaba el velo ante el espejo, pero sin aquella sonrisa vaga de renuncia. Miró alrededor examinando el ambiente. Todas aquellas líneas redondeadas, cruzadas, rectas, arqueadas, trenzadas, de que estaba compuesto el mobiliaje y que se habían amontonado en torno a él, no eran ni naturaleza ni intrínseca

necesidad, sino exuberancia barroca. La corriente y pulsación que animan las cosas que nos rodean se paralizó un momento. -"Yo existo por casualidad" -dijo la necesidad riendo sarcásticamente. "Mi aspecto exterior no se diferencia mucho del de un enfermo de lupus, si se me mira sin prejuicios" -confesó la hermosura. En realidad, no necesitaba gran cosa para ello; un barniz había saltado, una sugestión se había interrumpido, un cortejo de costumbre, de esperanza y de tensión se había disuelto, un equilibrio secreto y fluido entre el sentimiento y el mundo se había turbado a lo largo de un segundo. Todo lo que se siente y se hace sucede de alguna manera "en la dirección de la vida", y el movimiento en otra dirección es difícil o alarmante. Es lo mismo que cuando uno camina: se alza el punto de gravedad, se le empuja hacia adelante y se le deja caer; pero basta un cambio pequeño, un leve temor o simplemente admiración ante aquel

dejarse-caer-en-el-futuro, y uno ya no puede sostenerse más en pie. Es mejor no pensar en ello. Ulrich cayó en la cuenta de que todos los momentos cruciales de su vida le habían dejado detrás de sí un sentimiento parecido a éste.

Hizo una seña a un cartero y le entregó su escrito. Eran aproximadamente las cuatro de la tarde, y se decidió a recorrer el camino a pie. El día primaveral de otoño le llenaba de felicidad. El aire fermentaba. Los rostros de las personas tenían algo como de espuma flotante. Después de la tensión monótona de sus pensamientos en los últimos días, se sentía como liberado de una cárcel y puesto en una bañera blanda. Se esforzó por ir a paso transigente y cordial. Un cuerpo entrenado en ejercicios gimnásticos como el suyo está de tal modo dispuesto al movimiento y a la lucha que le resultaba ahora tan desagradable como el rostro de un viejo comediante, lleno de mil falsas pasiones mil veces

representadas. Del mismo modo, la búsqueda de la verdad había colmado su interior con movimientos y formas espirituales, los había subdividido en grupos yuxtapuestos de pensamientos de maniobra, y le ponían esa expresión rigurosamente irreal e histriónica que adopta todo, incluso la sinceridad, desde el momento que se convierte en costumbre. Así pensaba Ulrich. Se deslizaba como una ola a través de su ola hermana, si cabe hablar así; y ¿por qué no ha de estar permitido expresarse de esta manera, si un hombre cansado de trabajar sólo vuelve a la comunidad y siente la satisfacción de ir en la misma dirección que los otros?

En un momento como éste nada es tan peregrino como la idea de que la vida que ellos llevan y que los lleva a ellos no afecta ni mucho ni internamente a los hombres. Con todo, esto lo sabe cada ser humano mientras es joven. Ulrich se acordaba de lo que habían sido para él días parecidos en aquellas

mismas calles, diez o quince años antes. Ahora todo era, de nuevo, tan espléndido, y, sin embargo, se hacía patente, en medio de aquel ardiente deseo, un atormentador presentimiento de caer prisionero; una sensación inquietante: todo lo que creo alcanzar me alcanza a mí, la sospecha roedora de que las manifestaciones falsas, atolondradas y sin importancia personal obtienen mayor resonancia que las más propias y personales. -"¿Esta belleza?" -ha pensado-; muy bien, ¿pero es mía? ¿Es verdad que yo conozco mi verdad? Los objetivos, las voces, la realidad, todo esto tentador, que seduce y guía, a lo que nosotros seguimos y en lo que escollamos... ¿es esto, pues, la verdadera realidad, o no se revela de ella nada más que un soplo intangible descansando sobre la brindada realidad? Lo que crea en la vida tanta desconfianza son sus clasificaciones y formas, lo igual a sí mismo, lo ya prefigurado por las generaciones, el lenguaje acabado, no

sólo de la boca, sino también de las impresiones y de los sentimientos. Ulrich se había detenido delante de una iglesia. Dios del Cielo!, si se hubiera sentado aquí, a la sombra, una matrona gigante, con un gran vientre colgando sobre las escaleras, apoyada su espalda en los muros de las casas, y arriba, con mil arrugas, verrugas y pústulas, el sol poniente en el rostro: ¿no la hubiera encontrado hermosa también? Oh, cielos! Qué bella era! No sé quiere rehuir la obligación innata de admirarla; pero, como queda dicho, no era imposible hallar hermosas las formas anchas, tranquilas, colgantes y la filigrana de arrugas de una reverenda matrona; resulta más fácil decir que es vieja. Este paso de lo viejo a lo bello del mundo es aproximadamente igual al paso de la mentalidad de los jóvenes a la moral superior de los adultos que por mucho tiempo es objeto ridículo de enseñanza, hasta que se llega a poseer. Ulrich permaneció ante la iglesia nada más que

segundos, pero éstos crecieron en profundidad y oprimieron su corazón con toda la resistencia primitiva que se siente instintivamente contra ese mundo petrificado de millones de quintales, contra esas heladas montañas lunares del sentimiento en las que involuntariamente hemos puesto nuestra morada.

Puede ser que para la mayor parte de los hombres signifique comodidad y ventaja considerar al mundo algo acabado y bello, a excepción de pequeñas particularidades personales; y no se puede poner en duda que la perseverancia en todo no es solamente conservadora, sino también fundamento de todo progreso y de todas las revoluciones, aunque no se pueda ocultar el profundo y espectral malestar que sintieron muchos hombres independientes. Mientras contemplaba con pleno conocimiento la belleza arquitectónica del sagrado edificio, Ulrich reconoció sorprendido que pensar en antropófagos no se

diferenciaba mucho de pensar en los arquitectos o conservadores de aquellos monumentos. Las casas al lado, el techo del cielo encima, una armonía imponderable en todas las líneas y espacios que recogían y guiaban la mirada, el aspecto y la expresión de la gente que pasaba abajo, sus libros y su moral, los árboles de la calle...: todo esto es a veces tan rígido como un biombo y tan duro como el cuño cortante de una prensa, y así... no se puede decir otra palabra que “perfecto”, tan perfecto y acabado que a su lado uno es una niebla inútil, un hálito débil del que Dios no se preocupa. En aquel momento se deseó a sí mismo ser un hombre con atributos. Pero en los demás no sucede de modo muy distinto. En los años de madurez, pocos hombres se acuerdan de cómo han llegado a ser lo que son, de cómo han conseguido sus placeres, la concepción del mundo, su mujer, su carácter, su oficio y sus éxitos, y sienten no poder someterse ya a

una transformación. Se podría incluso asegurar que han sido víctimas de un engaño; es imposible aducir una razón suficiente de que todo sucediera precisamente como sucedió; podría haber sucedido también de otra manera; sólo mínimamente los acontecimientos fueron producidos por ellos mismos, en su mayor parte dependieron de las más variadas circunstancias: del humor, de la vida, de la muerte de otros hombres; y se precipitaron, en un momento dado, sobre ellos. En la juventud aparecía la vida como una mañana sin fin, llena de posibilidades y de nada en todas direcciones, y ya al mediodía se presentó de improviso algo que pretendía ser su vida; todo eso era tan sorprendente como verse de pronto ante la persona con que se ha mantenido correspondencia epistolar durante veinte años sin conocerla personalmente, habiéndosela imaginado antes distinta. Pero es todavía más extraño el hecho de que casi nadie lo nota; todos

adoptan a la persona con que se han cruzado, e incorporan su vida a la suya, juzgan sus experiencias como la expresión de sus atributos; su destino es su recompensa o su desgracia. Algo se ha comportado con ellos como una cinta insecticida con una mosca: la aprisiona por un élitro y le impide todo movimiento, la envuelve poco a poco hasta sepultarla en una forma tque no corresponde a la originaria. Conservan un recuerdo vago de la juventud en que poseyeron algo así como una fuerza de oposición. Esta otra fuerza empuja y zumba, se resiste a reposar y levanta una tempestad de movimientos de huida sin rumbo; la burla de la juventud, su rebelión contra lo vigente, su disponibilidad para todo heroísmo, para la propia abnegación y sacrificio, para el crimen, su fogosa seriedad y su inconstancia, todo esto no revela otra cosa que sus movimientos de huida. En el fondo, estos movimientos o tentativas expresan que nada de todo lo que el joven

emprende aparece unívoco ni es dictado por exigencias interiores, incluso cuando lo manifiestan queriendo convencer de que todo aquello sobre lo que se lanzan es absolutamente improrrogable y necesario. Cada uno inventa un gesto bello, uno interior y otro exterior. ¿Cómo se traduce? ¿Un gesto vital? ¿Una forma en que el sentimiento íntimo fluye como el gas en un globo de vidrio? ¿Una expresión de la impresión? ¿Una técnica del ser? Puede ser un nuevo bigote o un pensamiento nuevo. Es una comedia, pero, como toda comedia, tiene naturalmente algún sentido... de repente se arrojan los espíritus jóvenes encima, como los gorriones sobre el tejado cuando se les da comida. Basta imaginárselo: cuando fuera, un mundo oprime la lengua, las manos y los ojos, el gélido paisaje lunar de tierra, casas, costumbres, cuadros y libros... y cuando dentro no hay más que niebla escurridiza: ¿qué felicidad poner una expresión en la que uno

pueda reconocerse a sí mismo! ¿No es natural que un hombre apasionado se enseñoree de esa nueva forma, aun antes que un hombre vulgar? Ella le otorga el momento del ser, del equilibrio entre dentro y fuera, entre ser aplastado y descuartizado. “Sólo de esto depende -pensó Ulrich, cosa que también a él le incumbía. Tenía las manos en los bolsillos, y en su rostro se reflejaba tranquilidad y felicidad somnolienta como si estuviera muriendo de dulce congelación a los rayos del sol que le acariciaban-, sólo de esto depende el fenómeno continuamente repetido y llamado nueva generación, padres e hijos, revolución espiritual, cambio de estilo, desarrollo, moda y renovación. Lo que hace de esta manía de renovar un perpetuum mobile es simplemente la desdicha de que entre el yo nebuloso y el yo de los predecesores, concretados en una forma extraña, se inserte una apariencia del yo, un grupo de almas que casan más o menos entre sí. Y si se observa

detenidamente, se pueden ver en el futuro más próximo los antiguos tiempos venideros. Las nuevas ideas son entonces treinta años más viejas, pero satisfechas y muy poco acolchadas y sobrevividas, de modo parecido a como en los rasgos resplandecientes de una niña se refleja el rostro apagado de su madre; o bien no han tenido éxito alguno y aparecen consumidas y arrugadas, reducidas a un proyecto de reforma defendido por un viejo loco al que sus cincuenta admiradores llaman Fulano de Tal.”

Ulrich permaneció en pie, esta vez en una plaza de la que conocía algunas casas, y recordó las luchas públicas y las polémicas que habían acompañado a su formación. Pensó en sus amigos de juventud; amigos suyos de juventud -los conociera él personalmente o sólo por el nombre- habían sido todos los rebeldes empeñados en traer al mundo nuevas cosas y nuevos hombres, ya se hubieran manifestado aquí o en otra parte

cualquiera, fueran o no de su misma edad y aunque hubieran sido más viejos que él. Aquellas casas se alzaban ahora como cariñosas tías, con sus sombreros anticuados, a la luz pálida del atardecer, agradables y sin importancia, todo menos seductoras. Provocaban hilaridad. Pero las personas que habían dejado detrás de sí aquellos restos sin exigencias se habían convertido en profesores, celebridades y gente de renombre: todos los rebeldes empeñados en una parte notoria del notorio progreso. Por un camino más o menos largo habían llegado del estado nebuloso al estado sólido, y por eso la historia dirá de ellos al describir su siglo: “Estuvieron presentes...”

35 - El director Leo Fischel y el principio del motivo insuficiente

ULRICH fue interrumpido por un conocido que le dirigió la palabra de improviso. Este conocido, al coger la carpeta en la mañana de aquel mismo día cuando se disponía a salir de casa, se encontró con la desagradable sorpresa de una carta circular del conde Leinsdorf. La había dejado olvidada largo tiempo sin contestar porque su sano sentido práctico se revelaba contra toda Acción Patriótica procedente de altas esferas. -"Ya huele" -se dijo; no fue éste, sin embargo, el juicio que hubiera pronunciado en público, pero ahora, dadas las características de la memoria humana, la suya le había hecho una mala jugada regulándose según la primera

reacción sentimental oficiosa y dejando caer negligentemente el to, en lugar de esperar a una pausada recapacitación. Cuando abrió de nuevo la carta, encontró algo que le molestó, aunque antes no había hecho caso de ello; era sólo una expresión, dos palabras, pero repetidas a lo largo de toda la misiva; este par de palabras le había costado al apuesto señor de la carpeta en la mano unos cuantos minutos de perplejidad antes de salir, y eran: el verdadero.

Se llamaba Leo Fischel, director del Lloyd-Bank. En realidad era sólo procurador con el título de director de banco. Ulrich se consideraba su amigo más joven desde tiempos inmemoriales, y había entablado también amistad con su hija Gerda en su última estancia; la había visitado una sola vez desde su regreso. El señor Fischel conocía a Su Señoría como un hombre que hacía producir al dinero y adaptaba su (paso a los métodos más modernos; Fischel, repasando los

apuntes de su memoria le “valoraba”, según se dice en el lenguaje comercial, como a persona muy importante, pues Lloyd-Bank era una de aquellas instituciones en las que él hacía sus operaciones de Bolsa. Por eso Leo Fischel no podía comprender la indiferencia con la que había respondido a la emotiva invitación de Su Señoría, quien reunía a un grupo selecto de personas a fin de emprender una ingente obra social. Él mismo había sido incluido en este círculo, gracias sólo a circunstancias e influencias muy especiales, y ésta era la razón por la que se precipitó sobre Ulrich apenas le vio. Había oído que Ulrich estaba en el movimiento y que ocupaba “un puesto prominente” -lo cual era uno de aquellos rumores incomprensibles, pero no raros, que aciertan con algo antes de ser cierto- y le aplicó al pecho, como una pistola, tres interrogaciones, preguntándole qué entendía él por “el verdadero amor a la

patria”, “el verdadero progreso” y “la verdadera Austria”.

Ulrich, no bien vuelto en sí de su estupefacción, a pesar del susto, respondió en el tono que siempre empleaba con Fischel: -”El PDMI.”

-”¿El...? -Fischel deletreó siguiendo a Ulrich, sin pensar esta vez en una broma, pues tales siglas, si bien entonces no abundaban tanto como hoy, se usaban en carteles y sociedades y llegaron a hacerse familiares. Sin embargo, dijo-: Por favor, no gaste usted bromas; tengo prisa por ir a una reunión.”

-”El principio de un motivo insuficiente -replicó Ulrich-. Usted es filósofo y, como tal, sabrá qué se entiende por principio de los motivos insuficientes. El hombre hace excepción única de sí mismo; en nuestra vida real, es decir, personal, y en la público-histórica sucede siempre lo que en el fondo carece de motivo suficiente.”

Leo Fischel no sabía si contradecirle o no; al señor Fischel, director del Lloyd-Bank, le gustaba filosofar -todavía quedan tipos de esta clase entre los profesionales-, pero tenía verdadera prisa; por eso le dijo; -"Usted no quiere entenderme. Bien sé yo lo que es progreso, lo que es Austria, y probablemente también lo que es amor patrio. Quizá lo que no alcanzo a comprender del todo es el significado del verdadero patriotismo, de la verdadera Austria y del verdadero progreso. Por eso se lo pregunto."

- "Bien; ¿sabe usted qué es una enzima o un catalizador?"

Leo Fischel se limitó a hacer un gesto evasivo.

- "Esto no viene a nada, pero pone el proceso en movimiento. La historia le habrá enseñado que la verdadera fe, la verdadera moral y la verdadera filosofía no han existido nunca en la perfección deseada; y que, por otra parte, ellas han desencadenado las

guerras, las obscenidades, los odios, han transformado fructuosamente el mundo.”

-”Otra vez! -protestó Fischel, e intentó hacerse el ingenuo-. Óigame, es un asunto que afecta a la Bolsa y me interesa saber las intenciones del conde Leinsdorf, ¿a qué se refiere con el adjetivo "verdadero"?”

-”Le juro -añadió Ulrich seriamente- que ni yo ni nadie sabe lo que es el, la, lo verdadero; pero le puedo asegurar que está en vías de realizarse.”

-”Usted es un cínico -declaró el señor Fischel y se dispuso a marchar, pero a los dos pasos se volvió para rectificar-: Ya hace mucho tiempo que le tengo dicho a Gerda que usted podría haber sido un diplomático de primer orden. Espero nos visite pronto.”

36 - Gracias al principio mencionado, la Acción Paralela se hace tangible antes de saberse en qué consiste

EL señor Leo Fischel, director del Lloyd-Bank, creía en el progreso como todos los directores de banco de antes de la guerra. Hombre experto en su campo, sabía naturalmente que sólo en la especialidad del pió dominio es posible tener una convicción digna de confianza; la enorme extensión de la actividad humana no permite formarla en otros terrenos. Por eso los hombres de capacidad y provecho no tienen -excepto en el ramo de su competencia- convencimiento alguno que no sacrifiquen a la primera presión

del exterior; se podría decir, sin más, que se sienten obligados en conciencia a pensar de un modo y a obrar de otro. Por ejemplo, las expresiones “verdadero patriotismo” y “verdadera Austria” no le decían al señor Fischel nada de especial; del “verdadero progreso”, sin embargo, tenía una opinión privada, distinta seguramente de la del conde Leinsdorf. Acosado de pólizas y letras, y de tantos asuntos a que tenía que atender, y concediéndose sólo ir una vez por semana a la ópera, profesaba fe en el progreso general al que tenía por paralelo de la progresiva rentabilidad de su banco. Pero cuando el conde Leinsdorf afirmó que poseía mejor conocimiento del asunto, y comenzó a influir en la conciencia de Leo Fischel, éste comprendió que “nunca se puede éntender” de nada (fuera de pólizas y letras), y -puesto que se ignora, pero nadie quiere equivocarse-, se prefiere acudir al director general y preguntarle lo que piensa, tal como hizo Fischel.

Cuando se presentó ante el director general, acababa de entrevistarse éste con el gobernador del Banco Nacional, quien le había informado detalladamente. No sólo el director general del Lloyd-Bank, sino por supuesto también el gobernador del Banco Nacional habían sido invitados por el conde Leinsdorf; Leo Fischel, que dirigía únicamente una filial, debía su invitación a las relaciones familiares de su esposa; ésta descendía de la alta aristocracia y no lo olvidaba nunca, ni en sus relaciones sociales ni en las discusiones domésticas. Por eso Leo, cuando hablaba con sus superiores sobre la Acción Paralela, se contentaba con indicar, mediante un movimiento de cabeza, lo que significaba “una gran cosa” y lo que podía significar “una cosa sospechosa”; de allí no era de temer que le viniera ningún mal; por su mujer, sin embargo, se hubiera alegrado de ver frustradas las pretensiones de aquella casa.

De momento, el gobernador Von Meier-Ballot, consultado por el director general, abrigaba una impresión positiva. Al leer “la convocatoria” del conde Leinsdorf, se miró al espejo -cosa natural, si bien innecesaria- y contempló, entre el frac y sus condecoraciones, el rostro Proporcionado de un ministro burgués, en el que la dureza del dinero se reflejaba, a lo más, en el fondo de los ojos; sus dedos pendían de las manos a manera de banderas en la inmovilidad del viento, como sí nunca en su vida se hubiera ocupado en los quehaceres de un aprendiz. Aquel financiero burocráticamente supercultivado, que apenas tenía que ver con los perros salvajes de los juegos de Bolsa, veía delante de sí posibilidades vagas pero agradablemente temporizadas; en la misma tarde tuvo ocasión de ver confirmada aquella idea, al hablar en el club de industriales con los ex ministros Von Holtzkopf y el barón Wisnieczky.

Estos dos señores eran hombres distinguidos, competentes y discretos, y habían desempeñado cargos elevados, de los que fueron depuestos al hacerse superfluo el gobierno de transición entre las dos crisis políticas en las que habían tomado parte; eran personas que habían consagrado sus vidas al servicio del Estado y de la Corona, sin adelantarse nunca a ejecutar una empresa que no hubiera sido antes ordenada por su señor supremo. Les llegó el rumor de que la gran Acción austríaca aventajaría a la alemana. Estaban convencidos, antes y después del fracaso de su misión, que los fenómenos por los que la vida política de la doble monarquía habían venido a constituir un foco de infección para Europa eran extraordinariamente complejos, pero así como, al recibir la orden de su superior, se habían sentido en la obligación de considerar solubles las dificultades, ahora no quisieron excluir la posibilidad de alcanzar su cometido con los medios

que el conde Leinsdorf había propuesto; sentían especialmente que un “hito”, una “espléndida manifestación de vida”, un “poderoso desplazamiento hacia el exterior que mejorara también las relaciones del interior” eran formulaciones certeras de los deseos del conde Leinsdorf, a las que había que adherirse porque era como si preguntaran quién era partidario del bien.

Todavía hubiera sido posible que Holtzkopf y Wisnieczky -hombres de conocimientos y experiencia en las negociaciones públicas- hubieran puesto reparos, ya que pudieron creerse llamados a llevar adelante el desarrollo de la Acción. En la horizontalidad es fácil criticar y rechazar lo que no agrada; sin embargo, cuando la góndola de la vida se encuentra a tres mil metros de altura, entonces no puede uno apearse sin más, aunque no esté de acuerdo en todo. Y dado que en tales ambientes reina la lealtad y, en contraste con lo que ocurre en las ya

aludidas aglomeraciones de la burguesía, no se quiere obrar de manera distinta de como se piensa, se opta por dejar la reflexión en su superficialidad. Las aseveraciones de los dos señores contribuyeron a afianzar la impresión del gobernador Von Meier-Ballot; y, a pesar de ser éste por naturaleza o por oficio prudente y cauteloso, aquello que oyó bastó para convencerle de que se trataba de un asunto cuyo desarrollo había que ver.

-En realidad, la Acción Paralela no había comenzado todavía a existir, -ni tampoco sabía el conde Leinsdorf en qué iba a consistir. Lo único que hasta entonces se había concretado era una lista de nombres.

Y no era poco. Porque sin que nadie lo notara, se contaba con una red de disponibilidad que abarcaba una gran extensión; se puede afirmar que era el mejor sistema. Para que la humanidad pudiera comer con corrección hubo que inventar primero el cuchillo y el tenedor; así se explicó el conde Leinsdorf.

37 - Un publicista ocasional al conde Leinsdorf serios disgustos con su invento del “año austríaco”.

SU Señoría llama urgentemente a Ulrich

El conde Leinsdorf había mandado su invitación en muchas direcciones desafiando a “despertar el pensamiento”, pero no hubiera llegado tan lejos si un influyente publicista, viendo tambalearse todo, no hubiera escrito en su periódico dos grandes artículos en los que exponía lo que a su parecer estaba por hacerse. No sabía gran cosa, ¿cómo lo iba a saber? Sin embargo nadie lo notó; esto fue precisamente lo que le inspiró palabras de un influjo tan electrizante. Inventó la expresión “el año austríaco” y, sin penetrar en su significado, redactó acerca de ella muchas

columnas, pero con frases siempre nuevas y unidas al tema como en un sueño provocador de prodigiosos entusiasmos. El conde Leinsdorf se horrorizó al principio, pero injustamente. El título “año austríaco” revelaba lo que era un genio periodístico, pues fue un instinto certero el que lo inventó. Hizo vibrar acordes de emoción que hubieran permanecido mudos ante la expresión de un “siglo austríaco”, y la exhortación a colaborar en él hubiera parecido, incluso a personas sensatas, una ocurrencia, que nadie toma en serio. No es fácil decir por qué. Acaso una cierta Vaguedad y metaforización, con la que uno piensa en la realidad menos que de costumbre, no sólo daba alas al sentir de Leinsdorf. La imprecisión tiene el poder de elevar y de engrandecer.

Parece que el hombre verdaderamente práctico no ama sin reservas la realidad ni la toma en serio. De niño se esconde bajo la mesa cuando sus padres no están en casa y

pretende, mediante este truco simple e ingenioso, dar a la habitación un aire de aventura; de adolescente sueña con un reloj; más tarde, teniendo ya el reloj de oro, con la mujer que haga juego con él; de adulto, cuando tiene ya reloj y mujer, con una posición elevada; y cuando se convierte en cabeza feliz de esta pequeña familia de deseos, y cuando la mueve tranquilo a una y otra parte como un péndulo, le parece que no ha disminuido en nada su provisión de sueños insatisfechos. Cuando desea elevarse, necesita de una alegoría. Cuando la nieve le molesta, la compara a los Cándidos senos femeninos y, en cuanto llega a aburrirse de los pechos de su mujer, los compara a la blanca nieve: quedaría espantado si un día viera los pezones de su esposa transformados en cornudos picos de paloma o en corales engastados, pero en una comparación poética le seducen. Es capaz de transformar todo -la nieve en piel, la piel en pétalos, los pétalos en

azúcar, el azúcar en polvo, el polvo otra vez en nieve- porque su única preocupación es, al parecer, ver en una cosa otra distinta, lo cual es una prueba de que no puede resistir largo tiempo en ningún lugar donde se encuentra. Mucho menos internamente soporta un kakaniense a su patria. Si se hubiera exigido de él un “siglo austríaco”, le hubiera parecido un castigo infernal al que se debía someter poniendo en acción esfuerzos libres y ridículos ante sí mismo y ante el mundo entero. Otra cosa muy diversa fue el “año austríaco”. Esto significaba: queremos demostrar lo capaces que somos; pero, por así decirlo, con facultad revocativa y al plazo máximo de un año. Cada uno podía pensar a su gusto; no tenía transcendencia eterna; llegaba al corazón no se sabía cómo. Reavivaba el más profundo amor a la patria.

Así sucedió que el conde Leinsdorf llegó a alcanzar un éxito insospechado. También él había concebido su idea en un principio

como un símbolo poético, pero además acudieron a la mente una serie de nombres, y su índole moral aspiraba a salir del estado de inconsistencia; estaba plenamente convencido de la necesidad de dirigir la fantasía del pueblo -o la del público, según había declarado a un periodista- hacia una meta clara, razonable, sana y de acuerdo con la auténtica meta de la humanidad y de la patria. Este corresponsal, estimulado por el éxito de su colega, tomó inmediatamente nota de todo, y teniendo sobre su predecesor la ventaja de la información directa, usó de la técnica periodística para dar realce a su artículo, intitulándolo con grandes caracteres de: "Información de fuentes auténticas", era lo que el conde Leinsdorf había esperado de él, pues Su Señoría se preciaba de no ser ideólogo, sino un político realista y experimentado, y quería que se trazara una línea sutil de demarcación entre el "año austríaco" de un publicista genial y la prudencia

de los círculos responsables. Con este objeto adoptó él sistema de Bismarck, al que por lo demás no consideraba como modelo; según él, se trataba de poner en boca de periodistas las verdaderas intenciones, para poderlas reconocer o negar según las exigencias del momento.

Pero mientras el conde Leinsdorf gestionaba con tanta prudencia, descuidaba una cosa. En efecto, no solamente él y otros como él veían la verdad que necesitamos, muchísimos otros se creían también capaces de poseerla. Esta verdad se puede definir como la forma solidificada del estado anteriormente mencionado en el que se crean metáforas. En alguna ocasión se pierde también el gusto por ellas y muchos hombres que todavía guardan reservas de sueños definitivamente insatisfechos, fijan un punto en el que se establecen en secreto, como si tuviera que comenzar allí un mundo que se le había dejado a deber. Poco tiempo después de

haberse publicado sus noticias periodísticas, Su Señoría creyó ver un sectario antipático en cada uno de los hombres carentes de dinero. Aquel hombre obstinado que lleva dentro el hombre, lo acompaña todas las mañanas a la oficina y no acierta a protestar con resultado eficaz contra la marcha del mundo, pero no aparta la vista de un punto que nadie más que él quiere advertir, si bien está claro que proceden de allí todas las desgracias del mundo que no reconoce a su redentor. Tales puntos fijos, en los que el centro del equilibrio de una persona coincide con el centro del equilibrio del mundo, son, por ejemplo, una escupidera fácil de cerrar, o la desaparición del salero en que se introduce el cuchillo en los restaurantes para evitar, de una vez, la difusión de la peste de la tuberculosis, o la adopción de un nuevo sistema de taquigrafía cuyo incomparable ahorro de tiempo resuelve también en seguida los problemas sociales, o la

conversión a un régimen de vida conforme a la naturaleza que puede reprimir la barbarie imperante, pero también una teoría metafísica de los movimientos del cielo, la simplificación del aparato administrativo y la reforma de la vida sexual.

Si las circunstancias le son propicias, el hombre se defiende y se ayuda escribiendo, un buen día, algún libro sobre un tema cualquiera, o un opúsculo, o al menos un artículo en el periódico, con lo cual contribuye en cierto modo a la relación de las actas de la humanidad, son además un sedante, aunque no los lea nadie; de ordinario, sin embargo, atraen a algunos lectores que aseguran al autor ser un nuevo Copérnico, después de presentarse ellos como Newtons incomprendidos. La costumbre de buscarse recíprocamente los puntos de la piel es muy benéfica y está muy extendida, pero su efecto no dura mucho, porque los participantes se riñen pronto y se quedan otra vez

solos como antes; puede suceder también que alguno reúna alrededor de sí un pequeño círculo de admiradores, quienes con fuerzas conjuntas acusan al Cielo de no apoyar suficientemente a su Hijo Ungido. Repentinamente cayó de gran altura un rayo de esperanza sobre aquel conglomerado de puntos; sucedió así cuando el conde Leinsdorf declaró públicamente que un “año austríaco”, si se daba -lo cual no se podía asegurar todavía-, debería estar en armonía con los verdaderos fines de la existencia. De ese modo lo acogieron, como los santos a quienes Dios envía una aparición.

El conde Leinsdorf había imaginado que su obra sería una poderosa manifestación y que surgiría del seno del pueblo. Había pensado en la Universidad, en el clero, en algunos nombres que nunca faltan en los informes de organizaciones benéficas, e incluso en la prensa; contaba con los partidos patrióticos, con la “salud moral” de la

burguesía que izaba las banderas en el cumpleaños del Emperador, y con la ayuda de las altas finanzas, del mismo modo que con la política, pues esperaba secretamente que su grandioso movimiento la eclipsara y la redujera al común denominador de “patria”, que después pensaba distribuir por el “país”, para quedar con el “paternal monarca” como único resultado; pero Su Señoría no se había dado cuenta de todo y fue sorprendido por la difundida necesidad de reformar el mundo, necesidad que es incubada en el calor de las grandes oportunidades, como huevos de insecto en un incendio. Esto no lo había previsto Su Señoría, había esperado mucho patriotismo, pero no se había preparado a invenciones, teorías, sistemas mundiales y gentes que exigían en él amnistía para las cárceles espirituales. Asediaron su palacio, ensalzaron la Acción Paralela como la ocasión de hacer triunfar a la verdad, y el conde Leinsdorf no sabía por

dónde empezar. Consciente de su posición social, no se permitía a sí mismo ocupar un sitio en la mesa junto a aquellas gentes, pero, como espíritu animado de activa moralidad, no quería tampoco desentenderse de ellas. Su cultura era política y filosófica, y no científica ni técnica, por eso no podía discernir si sus proposiciones eran sensatas o no.

Entonces comenzó a pensar en Ulrich, ya que se lo habían recomendado todos como hombre cuya colaboración había de necesitar; su secretario -como en general todos los secretarios vulgares- no era competente para asumir tal responsabilidad. Un día, irritado por sus empleados, llegó incluso a pedir a Dios -de lo cual se avergonzó al día siguiente- que se dignara presentar a Ulrich ante él; y como esto no ocurrió, se dedicó a buscarlo personalmente. Consultó su agenda, pero Ulrich no estaba registrado en ella. Se dirigió a su amiga Diotima, que sabía siempre su

paradero y había hablado con él, pero ésta se había olvidado de pedir su dirección o simplemente se sirvió de este pretexto; en realidad, quería aprovechar la oportunidad para proponer a Su Señoría un nuevo sujeto, mejor que el anterior, para el puesto de secretario de la gran Acción. Pero el conde Leinsdorf se indignó mucho y manifestó que se había hecho a la idea de Ulrich y que no necesitaba de un prusiano, ni siquiera de un prusiano reformado, y que no quería más complicaciones. Se quedó consternado al notar que su amiga se ofendía y entonces tuvo una ocurrencia espontánea: le dijo que iba a entrevistarse inmediatamente con su amigo, el jefe de policía, quien podía darle la dirección de cada uno de los ciudadanos.

38 - Clarisse y sus demonios

EN el momento de llegar la carta de Ulrich, Walter y Clarisse se encontraban al piano, tocando con una violencia tal que los artísticos muebles de débiles patas bailaban, y los grabados de Dante Gabriel Rosetti temblaban en las paredes. El viejo cartero halló todas las puertas abiertas; entró en la sala y quedó allí, sobrecogido de estupor ante aquellos rayos y truenos; el sagrado estrépito le adosó a la pared como a la estatua de un santo. Fue Clarisse la que, finalmente, descargó en dos profundos acordes aquella excitación musical, que apremiaba a más, y lo liberó. Mientras leía la carta, las manos interrumpidas de Walter prosiguieron derramando efluvios; una melodía caminaba

majestuosa, como una cigüeña, y remontaba el vuelo. Clarisse escuchaba con indiferencia, al mismo tiempo que descifraba la letra de Ulrich.

Cuando Clarisse le comunicó la visita del amigo, Walter exclamó: -"¡Qué lástima!"

Ella se sentó otra vez junto a él en el pequeño taburete giratorio y una sonrisa, que a Walter le pareció de algún modo cruel, se dibujó en sus labios abriéndolos sensualmente. En aquel instante, los pianistas re-tuvieron la sangre para poder lanzarla al mismo ritmo, sostuvieron los ejes de los ojos como cuatro obeliscos enderezados en la cabeza, mientras mantenían tirante el asiento, inseguro sobre el largo cuello del tornillo de madera.

Algo después, Clarisse y Walter ree-mprendían la marcha como dos locomotoras, la una junto a la otra. La pieza que interpretaban volaba ante sus ojos como raíles relampagueantes, desaparecía en la máquina

atronadora y quedaba detrás de ellos, como un paisaje sonoro que se hacía presente de un modo maravilloso. A lo largo de aquel paisaje vertiginoso, los sentidos de ambos se fundieron en uno; oído, sangre, músculos, se suspendieron en un éxtasis común a los dos; paredes luminosas, trepidantes, sinuosas de sonidos, conducían sus cuerpos por la misma vía, los curvaban juntos, ensanchaban y oprimían sus pechos en un único aliento. En fracciones de segundo estremecían simultáneamente a Walter y Clarisse alegría y melancolía, ira y temor, amor y odio, concupiscencia y tedio. Era una unificación, como la de un gran pasmo producido por centenares de hombres que poco antes habían discordado en todo y que, en unos instantes, se mueven al unísono para conquistar su libertad; echan los mismos gritos insensatos, desencajan del mismo modo los ojos y la boca, se dejan arrastrar juntos hacia adelante y hacia atrás, a izquierda y derecha, por una

violencia inútil; vociferan, saltan, se revuelven y tiemblan. Pero esto no tenía la misma fuerza sorda, prepotente de la vida, donde no se da fácilmente semejante fenómeno, pero donde se extingue inexorablemente todo lo personal. La ira, el amor, la felicidad, la alegría y la tristeza experimentados por Walter y Clarisse en su vuelo no eran sentimientos auténticos, sino frenéticas excitaciones de los receptáculos corporales. Sentados en sus banquetas, rígidos y ensimismados, no se sentían ni irritados ni tristes por nada, pensaban y opinaban cosas distintas; el imperativo de la música los unía en la más alta pasión y, al mismo tiempo, los ausentaba en una especie de sueño hipnótico.

Ambos lo sintieron, cada uno a su manera. Walter estaba feliz y conmovido. Como la mayor parte de los amantes de la música, creía también él que aquellas emociones ondeantes, aquellos movimientos

sentimentales del interior, o sea, el fondo corpóreo del alma, removido y alborotado, eran el lenguaje sencillo del Eterno que une a todos los homares. Le encantaba poder estrechar a Clarisse con el brazo recio del sentimiento primitivo. Aquel día había vuelto de la oficina antes de lo acostumbrado. Se había ocupado en catalogar obras artísticas en las que se reconocía todavía la impronta de grandes épocas intactas y una misteriosa fuerza de voluntad. Clarisse le había recibido amablemente y ahora estaba estrechamente unida a él en el prodigioso mundo de la música. Todo en aquel día llevaba en sí una arcana señal de éxito, una marcha silenciosa, como si les acompañaran los dioses en el camino. -"Quizá es hoy el día!" -pensaba Walter. Él no quería hacerla volver en sí por delicadeza; prefería que recobrara el conocimiento por sí sola y se inclinara dulcemente hacia él.

El piano amartillaba cabezas aureoladas de notas en una pared de aire. Aunque este fenómeno fue en un principio real, los tabiques de la habitación desaparecieron y, en su lugar, se elevaron las jambas áureas de la música, el espacio misterioso en el que el yo y el mundo, la percepción y la sensación, el interior y el exterior se precipitan el uno sobre el otro confundiéndose entre sí, mientras el ejecutante consta exclusivamente de sensibilidad, precisión, exactitud, de una jerarquización del esplendor de detalles ordenados. A estos detalles sensuales estaban ligados los hilos del sentimiento, tensados por las emanaciones ondeantes del alma; y estos vahos se reflejaban en la precisión de las paredes y se parecían a sí mismos claros e inteligibles. Las almas de los dos pendían, como capullos de seda, de estos hilos y rayos. Cuanto más se engrosaban y extendían, tanto mejor se sentía Walter y sus sueños adoptaban de tal modo la figura de un niño

pequeño que empezaba a equivocarse de nota y a hacerse empalagoso.

Pero antes de que se pronunciara la crisis y consiguiera que una chispa de sentimentalismo trivial rompiera la niebla dorada y los restableciera a la realidad de sus relaciones terrenas, los pensamientos de Clarisse se habían alejado tanto de los de Walter como sólo puede suceder en dos seres que se lanzan paralelos con gestos gemelos de desesperación y felicidad. Entre nieblas flotantes surgían imágenes, se confundían, se sobreponían, desaparecían: era el pensamiento de Clarisse; era un modo suyo de pensar; a veces aparecían en escena varios pensamientos enlazados, a veces ninguno, pero se podían sentir los pensamientos como demonios detrás del escenario, y la sucesión temporal de los acontecimientos, que a otras personas sirven de auténtico apoyo, en Clarisse se convertían en un velo que, o se

doblaba en pliegues, o se disolvía en un soplo apenas perceptible.

Tres personas rodeaban entonces a Clarisse: Walter, Ulrich y el asesino Moosbrugger.

De Moosbrugger le había hablado Ulrich.

Atracción y repugnancia se mezclaban entre sí produciendo un efecto mágico.

Clarisse chupaba las raíces del amor. Éste es discrepante, con beso y bocado, con mutuas miradas y con la atormentadora dislocación de los ojos en el último momento. -"¿Conduce el dulce desahogo mutuo al odio? -se preguntó ella-. ¿Busca la vida honesta la vulgaridad? ¿Tiene la paz necesidad de crueldad? ¿Siente el orden exigencias de desconcierto?" Eso era, y no era, lo que le sugería Moosbrugger. Entre los truenos de la música se produjo un incendio universal a su alrededor, un incendio todavía no sofocado, consumiendo interiormente el armazón.

Pero era como en una comparación cuyos términos son los mismos, si bien son también totalmente diversos; de la diferencia de la igualdad, como de la igualdad de la diferencia, se elevan dos columnas de humo con el olor mítico de manzanas asadas y de ramas de abeto echadas al fuego.

-”Nunca se debería cesar de tocar música” -se dijo Clarisse, y sin más dio vuelta enérgicamente a la partitura y comenzó la pieza nuevamente. Walter sonrió perplejo y la siguió.

-”¿Qué hace Ulrich con la matemática?” -le preguntó ella.

Walter se encogió de hombros mientras tocaba, como si guiara un coche de carreras.

-”Habría que tocar y tocar, siempre, hasta el fin -pensó Clarisse-. Si se pudiera tocar sin interrupción hasta el fin de la vida, ¿qué sería entonces Moosbrugger? ¿Un monstruo? ¿Un loco? ¿Un pájaro negro del cielo?” No lo sabía.

No sabía absolutamente nada. Un día - podía haber dicho hasta la fecha exacta- al despertar del sueño de la infancia, sintió la convicción consumada de estar llamada a hacer algo, a desempeñar un papel importante en la vida, quizá a cumplir una gran misión. Entonces no sabía nada del mundo. Tampoco creía lo que le contaban sus padres y su hermano mayor; eran palabras sonoras, buenas y bonitas, pero no las podía digerir, resultaba inútil todo esfuerzo; le pasaba como cuando se pretende que una sustancia química absorba otra que no se “acomoda”. Walter llegó en un día; y desde ese día todo le fue propio. Walter llevaba un pequeño bigote, un cepillito; decía “señorita”; de repente, el mundo dejó de ser una superficie desierta, irregular y quebrada, y se convirtió en un círculo de luz, Walter en un centro, ella en un centro, dos centros convergentes en un mismo punto. Tierra, casas, hojas caídas sin barrer, tormentosas líneas del aire (ella

recordaba el episodio como uno de los más dolorosos de la infancia en que, estando con su padre en un mirador, él, pintor, se extasió largo rato en el paisaje, mientras a ella le producía dolor la mirada al mundo, a lo largo de aquellas interminables líneas aéreas, como si pasara el dedo por el canto de una regla): de estas cosas había estado formado antes su ser; ahora, de pronto, todo se había hecho suyo, como carne de su carne.

Estaba segura de que habría de realizar obras titánicas; cuáles, no sabía decir; donde más claras las veía era proyectadas en la música, y esperaba que Walter llegaría a ser un genio más grande que Nietzsche, por no hablar de Ulrich, que apareció más tarde y le regaló las obras de Nietzsche.

Desde entonces había ido todo en continuo progreso. Ya no se hablaba de rapidez, ni de lo mal que había tocado antes el piano, ni de lo poco que entendía de música. Ahora tocaba mejor que Walter. ¿Y quién podría

citar los libros que había leído? ¿De dónde habían venido? Todo esto lo veía delante de sí, como pájaros negros revoloteando en bandada alrededor de una muchacha en la nieve. Pero algo después vio una pared negra con manchas blancas; negro era todo lo que ella no conocía y, aunque lo blanco describía islas que se dilataban o contraían, lo negro permanecía invariable e infinito. De este negro procedía miedo e inquietud. -"¿Es el demonio? -pensaba ella-. ¿Se ha personificado el demonio en Moosbrugger?" Entre las manchas blancas echó de ver estrechos caminos grises; su vida la iba cruzando pasando de uno a otro; eran acontecimientos, llegadas, partidas, violentas discusiones, conflictos con los padres, el matrimonio, la casa, luchas interminables con Walter. Estos caminos grises serpenteaban. -"¡Serpientes! -pensaba Clarisse-. ¡Serpientes!" Aquellos acontecimientos la enlazaban, la sujetaban, le impedían ir a donde quería, eran frívolos y

la obligaban a mirar a un punto que no deseaba.

Serpientes, lazos, frivolidades: así transcurrió su vida. Sus pensamientos empezaron a discurrir como la vida. Las puntas de sus dedos se sumergían en el torrente de la música. En el lecho del torrente caían serpientes y lazos; se abría, como una bahía tranquila, el refugio de la prisión donde se tenía oculto a Moosbrugger. Los pensamientos de Clarisse entraban estremecidos en su celda. -"Hay que tocar la música hasta el final" -se repetía para animarse, pero su corazón palpitaba fuerte. Una vez calmada, la celda se llenó de ella, de su yo. Era un sentimiento suave, como bálsamo sobre la herida; al pretender retenerlo para siempre, se abrió y se dispersó, como una fábula o como un sueño. Moosbrugger estaba sentado, con la cabeza entre las manos; ella soltaba las cadenas. Mientras movía sus dedos, entró en la habitación fuerza, ánimo,

virtud, bondad, hermosura y riqueza, como un viento procedente de varios prados y accionado por el embrujo de sus dedos. -"No interesa saber por qué se me ha ocurrido a mí hacer ahora esto -sintió Clarisse-; importante es sólo el hecho de hacerlo." Le impuso sus manos, una parte de su cuerpo sobre sus ojos y, cuando retiró sus dedos, Moosbrugger se había transformado en un joven hermoso; ella misma aparecía junto a él como una maravillosa mujer, con su cuerpo dulce y blando como vino meridional y nada reacio, según generalmente se mostraba. -"Es la personificación de nuestra inocencia" -reconoció en un profundo y reflexivo estrato de su conciencia.

¿Pero por qué no era Walter así? Despertando del sueño profundo de la música, se acordó de lo pueril que había sido al amar con quince años a Walter y al querer salvarle con valentía, fuerza y bondad de todos los peligros que amenazaban su genio. ☒ qué

hermoso cuando Walter veía en todas partes aquellos profundos peligros del alma! Se preguntaba si no habría sido todo pueril. Al matrimonio le había ofuscado una luz molesta. De repente peligró el amor de aquella unión. Aunque también los últimos tiempos habían sido fantásticos, quizá más ricos en contenido y en cosas que los precedentes, sin embargo, el incendio gigantesco, con sus llamas hasta el cielo, se había reducido a fuego de hornillo con las dificultades que crea al no querer arder. Clarisse no podía asegurar que sus luchas con Walter siguieran siendo grandes. La vida pasaba, como desaparecía también la música bajo las manos. En un abrir y cerrar de ojos. Una angustia incurable iba apoderándose poco a poco de Clarisse. Y en aquel momento se dio cuenta de que el ritmo de Walter empezaba a fallar. Como grandes gotas de lluvia, caían sus sentimientos sobre el teclado. Ella adivinó en seguida en qué pensaba: en el hijo. Clarisse sabía que

él quería atarla a sí por medio de un hijo. Era el tema diario de disputa. La música no cesaba, la música desconocía el no. Todo quedó encerrado, como en una red cuyo enredo ella no había notado. Clarisse se puso en pie de un salto y cerró bruscamente el piano; Walter consiguió salvar sus dedos.

Oh, qué daño! Él, aún sobresaltado, lo comprendió todo. Tenía que ser la venida de Ulrich, su anuncio, lo que producía en Clarisse aquellos írebatos. Él la estaba perjudicando al excitar brutalmente en ella aquello que Walter no se atrevía a tocar, la nefasta genialidad de Clarisse, la caverna secreta donde algo fatal tira con violencia de unas cadenas que un día podrían romperse.

Walter no se movió; la observó desconcertado.

Clarisse no dio explicaciones y permaneció en pie respirando con vehemencia.

En definitiva, creo que yo no amo a Ulrich, dijo ella, después de haber hablado

Walter. Caso de amarle, lo hubiera dicho sencillamente. Pero se sentía contagiada por él como una luz. Cuando le tenía cerca, sentía que brillaba y resaltaba algo más, más luminosa, más valiosa. Walter hubiera querido, al contrario, cerrar las contraventanas. Lo que ella sentía no le importaba a nadie, ni a Ulrich ni a Walter.

Pero Walter, entre la indignación y la furia que alentaba en sus palabras, creyó sentir el aroma de una semilla estupefaciente y mortal que no era cólera.

Había caído la noche. La habitación se había vuelto negra. El piano era negro. Las sombras de los dos amantes eran negras. Los ojos de Clarisse resplandecían en la oscuridad, encendidos como lámparas, y en la boca de Walter, contraída de dolor, el esmalte de un diente brillaba como marfil. Aunque fuera, en el mundo, se desarrollaban las más preclaras acciones de Estado, y a pesar de sus contrariedades, parecía que aquél era

uno de los momentos por los que Dios creó el mundo.

39 - Un hombre sin atributos consta de atributos sin hombre

ULRICH no vino aquella tarde. Después de que el señor Fischel le hubo dejado, a Ulrich le ocupó nuevamente el problema de su juventud:

¿por qué favorece el mundo de una forma tan siniestra todas las manifestaciones inauténticas y falsas en un sentido más elevado? -"Uno avanza un paso más justamente cuando miente -pensó él- esto se lo debía haber dicho a Fischel."

Ulrich era un hombre pasional, pero por pasión no hay que entender las pasiones por separado. Debía de haberse dado algo que le empujaba siempre hacia ellas, y eso era quizá pasión; pero en un estado de excitación y de

acciones excitadas, su conducta era al mismo tiempo apasionada e indiferente. Había hecho toda clase de experiencias y sabía que estaba dispuesto a lanzarse a todo lo que no tenía por qué importarle, con tal que estimulase su deseo de actividad. Sin exagerar mucho podía decir que, en su vida, todo se había desarrollado como si las cosas estuvieran más relacionadas entre sí que en contacto con él. A la “a” le había seguido siempre la “b”, ya se tratara de lucha o de amor. Así tenía que creer que sus atributos personales se pertenecían más a sí mismos que a él; cada uno, si los examinaba detenidamente, tenía tan poco que ver con su persona, como con otras que a su vez las poseían.

Sin duda los atributos determinan al hombre y lo componen, incluso no siendo él idéntico a ellos; el mismo hombre se considera extraño a sí mismo tanto en estado de reposo como en estado de actividad. Si Ulrich hubiera tenido que dar una definición de sí

mismo se hubiera visto en apuros, pues, igual que muchas otras personas, sólo se había sometido a examen en determinadas materias y en relación con ellas. Su conciencia no había sufrido daño, ni se había viciado o vanagloriado, y no conocía la necesidad de reparaciones, ni de ese aceite llamado examen de conciencia. ¿Era un hombre fuerte? No lo sabía; en este punto su opinión, probablemente, era equivocada. Pero es cierto que había sido siempre un hombre que había confiado en sus propias fuerzas. Tampoco dudaba de que la diferencia entre tener o no tener las propias experiencias y atributos era simplemente una diversidad de actitud, en cierto sentido un acto de voluntad, o la elección de un estilo de vida entre la mediocridad general y la originalidad personal. Hablando claro: se puede observar, frente a las cosas que suceden o se hacen, una conducta más general o más personal. Un golpe puede ser experimentado como un dolor, pero

también como agravio, y no por eso se siente menos; sin embargo, se puede percibir también como un accidente deportivo, como impedimento por el que no se debe dejar uno intimidar ni llevar a un estado de cólera ciega, y no es raro que ni siquiera se note; el golpe recibido es clasificado en un orden general, en un orden de lucha, en el que su ser se muestra dependiente de la misión que tiene que cumplir. Este fenómeno hace que una experiencia no reciba su significado, o sea, su contenido, sino de su posición en una cadena de acciones consecutivas, y se observa en los hombres que no la ven como un suceso meramente personal, sino como un desafío hecho a su fuerza espiritual. Sus acciones las sienten más débiles; pero, cosa extraña, aquello que en el boxeo se consideraría como una fuerza superior del espíritu, se considera algo frío y desnaturalizado cuando surge en hombres que no pueden boxear por sentir tendencia a la vida espiritual. Se

necesita hacer toda clase de distinciones para aplicar y exigir, según los casos, una conducta general o subjetiva. A un criminal que mata a sangre fría se le acusa de brutalidad excepcional; a un profesor, que en los brazos de su esposa continúa desarrollando un problema de matemáticas, se le reprocha su gélida aridez; un político, que extermina hombres para ascender, es considerado, según su éxito, como un facineroso o como un héroe; de los soldados, verdugos y cirujanos se exige la inquebrantabilidad que se condena en otros. Sin necesidad de detenerse a analizar la moral de estos ejemplos, llama la atención la inseguridad con que se hace un arreglo entre una conducta objetivamente justa y otra subjetivamente justa.

Esta inseguridad significaba para Ulrich el fondo de sus problemas personales. En otros tiempos se podía ser una persona con mejor conciencia que hoy. Los hombres se asemejaban a cañas en la mies. Dios, el

granizo, los incendios, la peste, les atacaban probablemente con más violencia que ahora, pero como conjunto, en lo que respecta a ciudad y campo; lo que quedaba a cada caña de movilidad personal era algo ciego y caía bajo su responsabilidad. Actualmente, la responsabilidad tiene su punto de gravedad, no ya en el hombre, sino en la concatenación de las cosas. ¿No es cierto que las experiencias se han independizado del hombre? Han pasado al teatro, a los libros, a los informes de excavaciones y a viajes de investigación, a las comunidades religiosas que cultivan ciertas vivencias a costa de otros, como en un experimento social; y si las experiencias no se encuentran precisamente en el trabajo, están suspendidas en el aire; ¿quién puede asegurar hoy día que su enojo es enojo de sí mismo cuando intervienen tantos en él que lo comprenden mejor que él- Ha surgido un mundo de atributos sin hombre, de experiencias sin uno que las viva, como si el hombre ideal no

pudiera vivir privadamente como si el peso de la responsabilidad personal se disolviera en un sistema de fórmulas de posibles significados. Probablemente, la descomposición de las relaciones antropocéntricas, que durante tanto tiempo han considerado al hombre como centro del universo, pero que desde hace siglos están desapareciendo, ha llegado; finalmente, al propio yo, pues la creencia de que lo más importante en la vivencia es que uno la viva y en la acción que uno la haga comienza a parecer, a la mayor parte de los hombres, una ingenuidad. No cabe duda de que hay todavía personas que viven su vida personal; dicen: -"Ayer estuvimos en casa de fulano o de mengano", o bien: -"Hoy vamos a hacer esto o aquello", y comienzan a gozar en eso, aunque no tenga todavía contenido ni significado. Aman todo lo que tocan sus dedos, y son personas privadas tan exclusivamente como es posible serlo; el mundo se hace privado en cuanto se

toma contacto con ellas, y brilla como un arco iris. Quizá son muy felices, pero esa clase de personas les parecen absurdas a las otras, aunque todavía no se haya conseguido saber por qué. Tras estas consideraciones, Ulrich tuvo que confesar, sonriendo, que, a pesar de todo, él era todo un carácter, aun sin tenerlo.

40 - Un hombre con todos los atributos al que le son, sin embargo, indiferentes. Es detenido un príncipe del espíritu y la Acción Paralela recibe un secretario honorífico

NO es difícil describir, en sus rasgos fundamentales, a un hombre de treinta y dos años como Ulrich, aunque él sólo sepa de sí mismo que está situado en un punto equidistante de todos los atributos y que todos ellos, se los haya apropiado o no, le son de un modo extraño indiferentes. A la movilidad moral, que presupone una gran variedad de tendencias, hay que añadir en él

una cierta agresividad. Es de temperamento viril. No es sensiblero para los demás y se mezcla poco en asuntos ajenos, a excepción de lo que necesita para conocerlos en orden a sus propios fines. No respeta derechos, a menos que respete a aquel que los posee, y esto se da rara vez. Con tiempo se ha desarrollado en él una determinada tendencia a la negación, una dúctil dialéctica del sentimiento que le induce a descubrir defectos en cosas aceptadas por todos como buenas, a defender cosas prohibidas y a rechazar deberes con la indignación que nace de .ja voluntad de crearse las propias obligaciones. A pesar de esa voluntad y contando con algunas excepciones, abandona la dirección moral a su dignidad de caballero, que en la sociedad burguesa guía más o menos a todos los hombres mientras viven en condiciones organizadas; de este modo lleva, con la soberbia, desconsideración y descuido de un hombre de vocación, la vida de otro hombre

que hace de sus inclinaciones y cualidades un uso más o menos común, útil y social. Estaba acostumbrado a considerarse, por instinto natural y sin vanidad, como un instrumento de no poca utilidad al que le había llegado la hora; y entonces precisamente, en aquel año iniciado de búsqueda incesante, después de haberse dado cuenta de la falta de rumbo de su vida, tuvo la impresión de ponerse en camino, y no se preocupó demasiado de su proyecto. No es fácil discernir en semejante naturaleza la pasión dominante; predisposición y circunstancias le han dado formas ambiguas, su destino no ha sido forzado por ninguna presión violenta; lo principal es que todavía, para decidirse, le falta algo que desconoce. Ulrich es un hombre obligado a vivir en contraposición consigo mismo, aunque aparentemente se desenvuelve libre de coacción.

La comparación del mundo con un laboratorio había despertado en él una vieja

idea. Antes se había figurado la vida, cuando le había dado por ahí, como un taller de experimentación donde se prueban los mejores sistemas de hacerse hombre y donde se deben descubrir otros nuevos. Asunto diverso era el hecho de que el trabajo de laboratorio iba algo a la deriva y desprovisto de directores y teóricos. Se podía afirmar justamente que él mismo tenía que hacer como de príncipe y señor del espíritu. ¿Y quién no? Es natural que el espíritu sea considerado como el ser supremo, dominador de todos los demás. Es materia de enseñanza. Quien puede se adorna de espíritu, se embellece. El espíritu es, en combinación con algo, lo más dilatado que existe. El espíritu de fidelidad, el espíritu del amor, un espíritu viril, un espíritu cultivado, el espíritu más grande “de nuestros días, debemos tener alerta el espíritu frente a esta o aquella causa, queremos obrar según el espíritu de nuestro movimiento; qué convincente e inofensivo suena

esto hasta en sus ínfimas graduaciones! Todo lo demás, el crimen cotidiano o la avidez de lucro, aparece a su lado como algo inconfesable, como la suciedad que aleja Dios de las uñas de sus pies.

Pero si el espíritu está solo, como un sustantivo desnudo, calvo como un fantasma al que se quisiera prestar una sábana, ¿qué pasa entonces? Uno puede leer a los poetas, estudiar a los filósofos, comprar cuadros y conversar por la noche: ¿es espíritu aquello que se conquista? Supongamos que se conquista: ¿se toma entonces posesión de él? Este espíritu está íntimamente ligado a la forma casual en la que se presenta...! Pasa a través del hombre con deseos de adoptarlo y sólo deja detrás de él un pequeño estremecimiento. ¿Qué hacer de todo este espíritu? Se reproduce sobre masas de papel, de piedra, de lienzo, en medidas enormes, se hace uso y se goza de él consumiendo continuamente cantidades gigantescas de energía nerviosa;

pero ¿qué es de él entonces? ¿Desaparece como una quimera? ¿Se descompone en moléculas? ¿Se sustrae a la ley terrena de la conservación? Entre las partículas de polvo que descienden dentro de nosotros y lentamente se posan, y entre todo aquel dispendio no hay proporción. ¿Dónde está, adonde va, qué es? Quizá, si se supiera más de él, se haría un silencio angustioso en torno al sustantivo “espíritu”.

Había llegado la tarde; casas como dislocadas de su sitio, asfalto, raíles formaban la concha fría de la ciudad. La concha madre, llena de agitación humana, infantil, alegre e iracunda. Donde una gota comienza como gotita, chispea y chisporrotea; comienza con una pequeña explosión, las paredes la absorben y la refrescan, se hace más suave, más inmóvil, cuelga tiernamente de la concha madre y al fin se solidifica allí en un granito compacto. -“¿Por qué no me he hecho peregrino?” -pensó de repente Ulrich. Veía

delante de sí una vida pura, sin compromiso, fresca y consuntiva, como aire limpio; el que no quiere dar su sí a la vida debería, por lo menos, pronunciar el no de los santos; todavía era imposible pensar sobre ello en serio. Tampoco podía dedicarse a la aventura, si bien es ésta una profesión que transforma la vida en una especie de noviazgo indefinido y sus miembros, así como su ánimo, sienten este placer. No había podido hacerse poeta, ni ser uno de los desengañados que sólo creen en el dinero y en la violencia, aunque tengan cualidades para todo. Olvidó su edad, se imaginó tener veinte años; a pesar de todo, estaba íntimamente convencido de que no llegaría a ser nada de aquello; todo le atraía algo, pero una fuerza mayor le impedía alcanzarlo. ¿Por qué vivía oscuro e indeciso? Sin duda, se decía a sí mismo, lo que le con-finaba en una forma de existencia retirada y anónima no era más que el impulso coactivo hacia aquella asociación y

disociación del mundo, el cual, expresado en un término con el que no gusta encontrarse a solas” se llama espíritu. Ulrich, sin saber por qué, se puso triste y pensó: -”No me amo a mí mismo.” Sintió palpitar su corazón en el cuerpo congelado y petrificado de la ciudad. Había dentro de él algo que no quería parar en ningún sitio, había andado a tientas a lo largo de los muros del mundo pensando que todavía habría millones de otros muros, aquella ridícula gota del yo que se iba enfriando poco a poco y no quería entre su fuego, el minúsculo núcleo ardiente.

El espíritu ha experimentado que la hermosura le hace a uno bueno, malo, tonto o seductor. Descuartiza a una oveja o a un penitente y encuentra en ambos humildad y paciencia. Examina una sustancia y reconoce que, en grandes dosis, es un veneno; en pequeñas, un estimulante. Sabe que la membrana de los labios es afín a la de los intestinos y que la humildad de estos labios es

también afín a la humildad de todo lo santo. El espíritu deshace, revuelve y cohesiona nuevamente. Bueno y malo, arriba y abajo, son para él conceptos de escéptica relatividad, pero miembros de una función, valores dependientes del conjunto en el que se encuentran. Ha deducido de los siglos que los vicios pueden transformarle en virtudes y las virtudes en vicios y considera una ineptitud que uno no consiga en el curso de su vida hacer de un criminal un hombre de provecho. No reconoce prohibición ni licitud, pues todo puede tener una propiedad por la que un día entre a rodar en un gran engranaje nuevo. Sin darse a conocer, odia a muerte todo lo que aparenta ser inamovible, los grandes ideales y las leyes y su pequeña impronta petrificada, el carácter pacífico. No considera nada firme, ningún yo, ningún orden. Debido a que pueden cambiar cualquier día nuestros conocimientos, no cree en ataduras y para él todo posee el valor que

solamente dura hasta el siguiente acto de creación, como un rostro al que se habla y que cambia a cada palabra.

El espíritu es así el gran creador de alternativas, del “según y conforme”, pero no se deja prender en ninguna parte y casi se podría creer que de sus efectos no queda sino destrucción. Cada progreso es una ganancia en el individuo y una separación en el conjunto; es un aumento de potencia que termina en un aumento de impotencia; ya nada se puede hacer en contra. Ulrich pensó en aquel cuerpo de hechos y de descubrimientos que crecía a cada hora y desde el cual tiene que mirar el espíritu hacia fuera, cuando quiere contemplar detenidamente un objeto. Este cuerpo crece más que el interior. Innumerables interpretaciones y opiniones, pensamientos ordenadores de todas las zonas y de todos los lemos, de todas las formas de cerebros sanos y enfermos, despiertos y soñadores, le atraviesan como miles

de nervios sensitivos, pero falta el centro convergente de unión. El hombre siente cercano el peligro de seguir la suerte de aquellos mastodontes prehistóricos que fueron víctimas de su propia grandeza; pero no puede desistir. Nuevamente se acordó de otra idea dudosa en la que había creído mucho tiempo y que todavía no se había borrado de su memoria; era que el mundo debería estar regido por un senado de sabios y progresistas. Es natural pensar que el hombre que, cuando está enfermo, acude a médicos especialistas y no a pastores de ovejas, no tiene motivos para acudir, estando sano, a charlatanes semejantes a pastores, como sucede en todos los asuntos públicos; jóvenes, a quienes preocupa el contenido esencial de la vida, al principio juzgan secundario todo lo del mundo que no es verdadero, ni bueno, ni hermoso, o sea, un oficio de finanzas, por ejemplo, o un debate parlamentario; al menos entonces eran así; hoy día deben ser

de otra manera, gracias a la educación política y económica. Pero también entonces, al hacerse más viejos y después de haber frecuentado mucho el ahumadero del espíritu donde el mundo acecina el tocino del negocio, se aprendía a adaptarse a la realidad y el estado definitivo de un hombre espiritualmente instruido era poco más o menos la limitación, la “especialidad” unida al convencimiento de que todo debía cambiar; sin embargo, era inútil reflexionar sobre ello. Algo parecido es el equilibrio interno de los hombres de trabajo intelectual. Ulrich resumió de una vez todo, de un modo raro, en la pregunta de si, a fin de cuentas, dado que existen siempre tipos inteligentes, no habrá casos en los que la inteligencia no es inteligente.

Casi se echó a reír. Él mismo era uno de aquellos abnegados. Pero la ambición frustrada, todavía viva, le partió en dos, como con una espada. Existían ahora dos Ulrichs.

El uno se miraba sonriente y pensaba: -"En cierta ocasión quise representar un papel entre bastidores. Un día desperté, no dulcemente como en la cuna de la madre, sino con la dura convicción de tener que dar un mensaje. Me sugirieron palabras, y tuve la impresión de que no eran de mi competencia. Me sentí lleno de esperanzas y de propósitos en el proscenio como de un miedo parpadeante. Entretanto giró el suelo, sin que yo lo notara, di unos pasos adelante en mi camino y ahora estoy quizá próximo a la salida. Dentro de poco estaré ya fuera y de mi papel habré dicho quizá: -"Los caballos están enjaezados." ¡Ojalá os lleve a todos el diablo!" Pero mientras el uno atravesaba sonriente la tarde ligera con estos pensamientos, apretaba el otro puño, inflamado de ira y de dolor; él era el menos visible y trataba de encontrar una fórmula de exorcismo, un pretexto posible, el verdadero espíritu del espíritu, el trozo que falta, aunque

pequeño, para cerrar el cerco roto. Este segundo Ulrich no encontró palabras a su gusto, palabras saltan como los monos de un árbol a otro, pero en lugares puros donde se echa raíces se carece de intermediarios solícitos. El suelo se escurría bajo sus pies. Apenas podía abrir los ojos. ¿Puede un sentimiento enfurecerse como una tempestad y no ser un sentimiento tempestuoso? Cuando se habla de una tempestad del sentimiento se entiende una de aquellas que hacen gemir la corteza del hombre y volar las jamas de la persona hasta desgajarse. Ésta era una tempestad en una superficie completamente tranquila. Casi sólo un estado de conversión, de inversión; ningún gesto se inmutaba, pero dentro parecía que todos los átomos se revolvían. Los sentidos de Ulrich mantenían la serenidad; sin embargo, sus ojos ya no miraban como antes a aquellos con los que se apzaban, ni su oído recibía igualmente los sonidos. No era del caso afirmar que sus

percepciones se habían hecho más claras, ni más profundas, ni más blandas, ni más naturales o innaturales. Ulrich no podía decir nada, pero en aquel momento pensaba en la extraña experiencia del “espíritu”, como en una querida que le hubiese engañado vilmente sin que por eso le impidiera seguir amándola; esto le ponía en contacto con todo lo que le salía al encuentro. Cuando uno ama, todo es amor, aunque vaya unido al dolor y al aborrecimiento. La ramita del árbol y el cristal pálido de la ventana, a la luz de la tarde, se convertían en una experiencia sumergida en su propio ser, difícil de expresar con palabras. Las cosas no parecían hechas de madera y piedra, sino de una moralidad grandiosa e infinitamente delicada que, en el momento del contacto con él, le producía una profunda conmoción moral.

Duró lo que una sonrisa; Ulrich estaba pensando: -”Ahora quiero Permanecer aquí, que es a donde me ha conducido”, cuando la

suerte quiso que aquella tensión desapareciera impulsada por un obstáculo.

Lo que allí sucedió había derivado en realidad de un mundo completamente dispar de aquel en el que Ulrich había sentido el árbol y la Piedra como continuaciones sensibles de su propio cuerpo.

Un periódico proletario -en expresión del conde Leinsdorf- había lanzado un esputo destructivo sobre la gran idea sosteniendo que era sólo un artificio sensacional de las clases dominantes, tras la sensación del último crimen sexual; un buen obrero, que había bebido un poco más de la cuenta, se sintió por ello estimulado. El trabajador había rozado a dos ciudadanos satisfechos de sus negociaciones, los cuales, sabiendo que a cada uno le está permitido manifestar su propia opinión, declararon en alta voz su conformidad con la Acción Patriótica, sobre la que acababan de leer en el periódico. Surgió la controversia; la proximidad de un

guardia animó a los bien intencionados e irritó al agresor; la contienda fue tomando formas cada vez más violentas. El guardia le observó, al principio, de reojo, después de frente, y al final se le acercó; se le quedó mirando amenazador, como un brazo, con botones y otros metales, de la férrea palanca del Estado. El vivir ahora en un Estado bien ordenado es algo tétrico; no se puede salir a la calle ni beber un vaso de agua o subir al tranvía sin tocar algunos resortes de un aparato gigantesco de leyes y relaciones, sin ponerlos en movimiento o sin dejarse mantener por ellos en la paz de su propia existencia; se conocen pocos de los que penetran profundamente en el interior, y éstos se pierden, por su otra parte, en las redes de las que todavía nadie ha conseguido librarse; por eso se niega que existan, así como el ciudadano niega que exista el aire y lo considera como un vacío; pero por lo visto, todas las cosas cuya existencia se niega -las cosas

incoloras, inodoras, insípidas, imponderables y amorales, como el agua, el aire, el espacio, el dinero y el pasar del tiempo- son en verdad las más importantes y como un espectro de la vida; a veces sobrecoge a los hombres un pánico, como en un sueño involuntario; una tempestad de movimientos les conduce al paroxismo, como a un animal metido en la red de un mecanismo incomprendible. Impresión semejante causaron en el obrero los botones del guardia; inmediatamente, el agente estatal procedió a su detención por haberle faltado al respeto.

La detención no se llevó a cabo sin resistencia que vencer y sin repetidas reconvenciones de haber manifestado una ideología subversiva. El alboroto producido halagó al borracho que, a su vez, reveló su aversión contra sus semejantes, hasta entonces secreta. Se desencadenó una lucha apasionada para salvar su prestigio. Un elevado sentimiento de su mismo yo se opuso a otro

desagradable, como si no estuviera seguro en su piel. Tampoco el mundo estaba seguro bajo sus pies; era como una niebla que cambiaba continuamente de forma. Las casas parecían inclinarse fuera de lugar; las personas eran como gotas hermanas, hirvientes, ridículas. -"Yo he sido llamado a poner orden entre todos éstos" -creía el extraordinario borracho. Toda la escena titilaba a su mirada, parte de ella le parecía clara, pero los muros giraban de nuevo. Los ojos se le salían de sus órbitas como antenas y las plantas de sus pies sujetaban el suelo. Su boca despedía un vaho denso; las palabras salían de su interior no se sabía cómo habían podido entrar; probablemente eran insultos. Resultaba difícil distinguirlas. Dentro y fuera se confundían las unas con las otras. La ira no era interior, sino sólo una excitación de los receptáculos corporales de la furia; el rostro del guardia se acercó tanto a su puño cerrado que al final sangró.

Pero también el guardia se había triplicado entretanto; juntamente con los diligentes policías, habían acudido también otras personas; el borracho se había echado al suelo y no se dejaba agarrar. Entonces cometió Ulrich una imprudencia. Había oído en medio del vocerío una ofensa a Su Majestad y ahora se daba cuenta de que aquel hombre no era capaz de ofender a nadie y que lo mejor que se podía hacer con él era llevarlo a dormir. Ulrich no había dado mucha importancia a aquella frase, pero la había dicho. Al sentirse el hombre aludido por las palabras de Ulrich, comenzó a decir a gritos que tanto él como Su Majestad se podían ir...! Entonces un agente de seguridad, atribuyendo evidentemente la culpa de la reincidencia a la intromisión de Ulrich, le ordenó brusco que no se metiera donde nadie le llamaba. Ulrich estaba acostumbrado a considerar al Estado como un hotel donde todos tienen derecho a exigir cortesía; por

eso protestó contra el tono brusco en que el guardia le había respondido; viendo, pues, los policías que sólo el borracho no justificaba la presencia de tres agentes, prendieron también a Ulrich.

La mano de un hombre en uniforme le sujetó por el brazo. Su brazo era mucho más fuerte que el apretón injurioso, pero no podía hacer violencia si no quería involucrarse en una lucha de boxeo con los agentes armados, de modo que al final no le quedó más remedio que mostrarse dócil e intentar conseguir que le dejara libre por propia iniciativa. El cuerpo de guardia estaba en el edificio de Comisaría, y Ulrich, al fijarse en las paredes y en el pavimento, creyó encontrarse en un cuartel; en él reinaba la misma lucha entre la suciedad, continuamente introducida y los bastos artículos de limpieza. Lo siguiente que vio fue el símbolo entronizado de la autoridad civil, dos mesas de escritorio -en realidad cajones- con una balaustrada

donde faltaban algunas columnitas, tapizadas con tapetes llenos de rasgones y quemaduras, de pies cortos y cilindricos, barnizadas en tiempo del emperador Fernando con laca de color bazo, de la cual quedaban todavía algunos restos sobre la madera. La tercera sensación notable que le causó la sala fue la de tener que esperar sin decir nada. Su guardia, después de haber expuesto el motivo de la detención, permaneció junto a él escoltándole como una columna. Ulrich intentó inmediatamente dar alguna explicación; el sargento y jefe de aquella plaza alzó un ojo del pliego en el que había comenzado a escribir al sentir que entraban, examinó a Ulrich, bajó otra vez la mirada y prosiguió escribiendo sin pronunciar palabra. A Ulrich se le hacía aquello infinito. Después, el sargento de servicio dejó el pliego, cogió un libro del estante, hizo alguna anotación, la espolvoreó con un poquito de arena, volvió el libro a su sitio, tomó otro,

anotó, espolvoreó, sacó de un montón de papeles otro pliego y continuó en él su actividad. A Ulrich le parecía aquella espera una segunda eternidad; mientras las constelaciones seguían girando normalmente en sus órbitas, él se ausentaba del mundo.

En la oficina había una puerta abierta que daba a un corredor con acceso a las celdas de seguridad. Allí metieron en seguida al protegido de Ulrich y, puesto que ya no se le oía, era de suponer que la borrachera le había concedido un bendito sueño; pero además se barruntaban otros acontecimientos. El pasillo de las celdas debía de tener una segunda entrada; Ulrich oía continuamente pasos que iban y venían, el golpear de puertas, voces ahogadas y de repente, al ser introducido otro hombre, alguien gritó, según Ulrich, en un tono de desesperación suplicante: -"Si le queda a usted todavía una chispa de compasión, ¡Déjeme libre!" Las palabras zozobraron, sonaron extrañas,

inoportunas, casi ridículas, [s]emejante invocación a un funcionario! [A] quién se le ocurre exigir sentimientos de quien tiene que desempeñar su misión con exclusiva objetividad! El sargento levantó por un momento la cabeza, pero sin abandonar sus papeles. Ulrich oyó el ruidoso pataleo de muchos pies cuyos cuerpos arrastraban probablemente otro cuerpo rebelde. Se sintió el tropezar de dos pies, como tras de un empujón. Entonces se cerró violentamente una puerta y se disparó un cerrojo; el hombre uniformado del escritorio inclinó de nuevo la cabeza y en el aire se suspendió el silencio de un punto colocado al final de una frase.

Pero Ulrich creyó estar equivocado partiendo del supuesto de que no había sido creado para el cosmos policíaco, porque el sargento, al levantar otra vez la cabeza, le miró de hito en hito; las últimas líneas recién escritas permanecieron húmedas y resplandecientes; la causa de Ulrich ya introducida

desde hacía tiempo. ¿Nombre? ¿Edad? ¿Profesión? ¿dirección?... Ulrich fue interrogado.

Le parecía estar metido en el engranaje de una máquina que le descomponía en trozos impersonales, antes de que se pudiera hablar de culpabilidad o de inocencia. Su nombre, aquellas dos palabras, las más pobres de imaginación, pero las más ricas en sentimiento, no dijeron allí nada. Sus trabajos, que en el mundo científico, un mundo de solidez y rédito, le habían procurado honor y fama, en aquel momento no contaban para nada; ni una sola vez le preguntaron por ellos. Su rostro rebeló sus señas personales; tenía la impresión de no haber pensado nunca hasta entonces que sus ojos eran grises, de uno de los cuatro tipos existentes y oficialmente registrados en millones de ejemplares; sus cabellos „eran rubios, alta su figura, su rostro ovalado y, por lo demás, no tenía características especiales, aunque él se reservaba otra opinión. Según Ulrich, era

esbelto, ancho de espaldas, su caja torácica poseía la forma de una vela hinchada en el mástil de un barco y las articulaciones de su cuerpo accionaban los músculos como pequeñas palancas de acero cuando se irritaba, reñía o estrechaba a Bonadea en sus brazos; por el contrario, era delgado, tierno, oscuro y blando, como una medusa nadando en el agua cuando leía un libro que le conmovía o cuando le rozaba la brisa del amor errante, el cual nunca habría creído que tuviera lugar en el mundo. En aquel momento le interesó precisamente el desencadenamiento estadístico de la persona; y el sistema de medida y descripción que le habían aplicado los organismos policíacos, le entusiasmó como una poesía de amor compuesta por el diablo. Lo más maravilloso de todo el procedimiento fue que la policía no sólo podía despedazar a un hombre de modo que no quedara nada de él, sino que con aquellas piezas insignificantes lo reconstruyeron inconfundiblemente

y en ellos se le podía reconocer. Para desarrollar todo este proceso se necesita algo imponderable que la policía llama sospecha.

Ulrich comprendió de una vez que sólo sirviéndose de la más fría prudencia podría salir de aquel enredo en que le había metido su insensatez. El interrogatorio continuó. Se imaginó el efecto que podría producir su respuesta si, al preguntarle por su domicilio, les dijera: mi casa es la de una persona que me es extraña. O si a la otra pregunta sobre su acción les respondiera que hacía siempre lo contrario de lo que le importaba. Pero externamente contestó con docilidad y dio calle y número de su vivienda, y trató de justificar de algún modo su conducta. La autoridad interna del espíritu era por desgracia impotente frente a la autoridad externa del sargento. Al fin echó mano de la última tabla de salvación. Preguntado por su oficio, respondió: "privado" -intelectual privado no debía haber dicho jamás-; al pronunciar

aquel vocablo, sintió descansar sobre sí una mirada que hubiera sido igual si se le hubiera ocurrido decir “vagabundo”; pero cuando se trató de tomar los datos de filiación al declarar Ulrich que su padre era miembro del Senado, la mirada fue otra. Siguió siendo desconfiada, pero Ulrich vio en ella algo que le produjo una sensación semejante a la de un hombre que, abatido por las olas del mar, toca al fin con el dedo gordo del pie terreno firme. Con viva presencia de ánimo, se decidió a aprovechar la ocasión. Atenuó todo aquello que antes había admitido, contrapuso a la autoridad de los agentes juramentados la enérgica demanda de ser interrogado por el comisario en persona y, al no obtener más respuesta que una sonrisa, afirmó -con afortunada naturalidad, como de paso y dispuesto a retirar enseguida su propuesta, caso de querer el sargento hacer uso de ella para hacerle caer en la trampa de más interrogatorios- que era amigo del conde

Leinsdorf y secretario de la gran Acción Patriótica, anunciada ya en los periódicos. Pudo notar en aquel instante que aquello había dejado pensativo al sargento y que éste empezaba a atenderle con una consideración que hasta entonces no había mostrado; y perseveró en su ventaja. Como consecuencia, el jefe le miró ahora disgustado no queriendo asumir la responsabilidad de apresarle ni de darle libertad; dado que ninguno de sus superiores estaba a aquella hora presente en la oficina, se le ocurrió una solución que demostró al sencillo sargento cómo había aprendido algo de los sistemas con que los oficiales improvisados solían despachar los expedientes desagradables. Se dio aire de importancia y manifestó sus serias sospechas de que Ulrich no sólo podría ser culpable de una ofensa a la autoridad y de haber impedido la intervención oficial, sino que, teniendo en cuenta la clase social a la que pertenecía, según él afirmaba, podía también

hacerse sospechoso de maquinación política; por eso, debería resignarse a ser transmitido al departamento político de la dirección de Policía.

Pocos minutos después, partía Ulrich en plena noche, en un automóvil, escoltado por un vigilante de paisano poco dispuesto a la conversación. Llegados ante el edificio de la dirección de Seguridad, el detenido vio las ventanas del primer piso solemnemente iluminadas; el jefe superior había convocado a aquella hora tardía una reunión importante; la fachada no parecía de acero oscuro, sino más bien la de un Ministerio; Ulrich respiró un aire más familiar. Notó también que el policía de guardia reconocía el absurdo que el agente había cometido con su denuncia; por otra parte, éste consideraba fuera de propósito dejar escapar de las redes de la justicia a un hombre que había tenido el descuido de caer en ellas. También el funcionario de la dirección llevaba en rostro una

máquina blindada; declaró al prisionero que su imprudencia difícilmente permitiría responsabilizarse de su liberación. Ulrich había repetido ya dos veces todo lo que tan favorablemente había influido en el sargento, pero ante el funcionario superior no sirvieron de nada; Ulrich estaba ya a punto de darse por vencido cuando el rostro de su juez se transformó de improviso adoptando una extraña expresión, casi de júbilo. Examinó detenidamente una vez más la denuncia, se hizo repetir el nombre entero de Ulrich, constató su dirección y le rogó cortésmente esperara un momento mientras abandonaba la habitación. Pasaron unos diez minutos hasta que volvió como un hombre que se ha acordado de repente de algo agradable y pidió al detenido que por favor le siguiera. Junto a la puerta de una de las dependencias iluminadas del piso superior, le dijo simplemente: -"El director general de Policía desea hablar directamente con usted"; acto seguido,

Ulrich se entrevistaba con un señor de patillas bien cuidadas, venido de la sala contigua donde tenía lugar la asamblea; entonces le reconoció. Ulrich pretendió esclarecerle los motivos de su presencia y censurar finamente el error del revisor, pero el director se le adelantó y le saludó diciéndole: -"Una equivocación, claro doctor; el señor comisario me ha explicado ya todo. No obstante, tenemos que imponerle un pequeño castigo, pues..." Al dirigirle estas palabras, le miró malicioso (si cabe aplicar el epíteto de malicioso al más alto funcionario de Policía), como si le invitara a adivinar un acertijo.

Pero Ulrich no lo adivinó.

-"**¡Su Señoría!**" -sugirió el director.

-"**Su Señoría el conde Leinsdorf** -añadió- hace unas horas que ha pedido con gran interés información sobre usted."

Ulrich comprendió sólo la mitad. -"Usted no está registrado en el libro de direcciones, señor doctor" -comentó reprochando

con sorna, como si sólo aquél fuera el delito de Ulrich.

Ulrich se inclinó sonriendo con corrección.

-”Supongo que usted tendrá que visitar mañana a Su Señoría por asuntos de gran interés público; en consecuencia, yo no se lo puedo impedir con un arresto.” Así terminó su broma el señor de la cara blindada.

Es de presumir que el director general hubiera desaprobado el arresto también en cualquier otro caso y que el comisario -que justamente se acordaba de las circunstancias que habían hecho aparecer, pocas horas antes, el nombre de Ulrich por primera vez en aquella casa- hubiera descrito al director lo sucedido tal y como convenía que el director lo viera, sin que nadie pudiera intervenir arbitrariamente en el desarrollo del asunto. Su Señoría, desde luego, no supo jamás cómo había ocurrido. Ulrich se sintió con la obligación de ir a ofrecerle sus

servicios al día siguiente de aquella “ofensa a Su Majestad” y fue en aquella visita cuando recibió el nombramiento de secretario honorífico de la gran Acción Patriótica. Si hubiera llegado a conocer la historia, el conde Leinsdorf no hubiera podido hacer otra cosa que atribuirla a un milagro.

41 - Raquel y Diotima

POCO tiempo después tuvo lugar en casa de Diotima la primera asamblea general de la Acción Patriótica.

El comedor contiguo al salón se transformó en sala de consejo. En el centro estaba la mesa, extendida al máximo y cubierta con un tapete verde. A cada puesto correspondían varios pliegos de papel barba y lapiceros de diversas clases. El aparador había sido retirado. Los ángulos de la sala habían quedado vacíos y rígidos. También las paredes aparecían despojadas, salvo un retrato de Su Majestad que había colgado Diotima, y otro de una señora de busto apretado que el señor Tuzzi había traído en sus tiempos de cónsul y que bien podría pasar por el retrato de su abuela. De buena gana hubiera puesto Diotima un crucifijo a la

cabecera de la mesa, pero el jefe de sección Tuzzi se lo ridiculizó antes de irse de casa aquel día, lo cual hizo por delicadeza y deferencia a su esposa.

La Acción Paralela debía comenzar con carácter totalmente privado. No acudieron ni ministros ni altos funcionarios; tampoco representantes de la política. Todo había sido previsto: a las primeras asambleas debían acudir exclusivamente los desinteresados servidores de las ideas, el gobernador del Banco Nacional, los señores Von Holtzkopf y el barón Wisnieczky, algunas señoras de la alta aristocracia, exponentes notables del comité de beneficencia pública, representantes de las Escuelas Superiores leales al lema "capital y cultura" del conde Leinsdorf, miembros de sociedades de Arte, de la industria, de la propiedad inmobiliaria y de la wlesia. Los organismos gubernativos se hicieron representar por jóvenes funcionarios sin relieve que entonaban socialmente en

aquel ambiente y disfrutaban de la confianza de sus jefes. La organización respondió a los deseos del conde Leinsdorf, quien había pensado en una manifestación que proviniera espontáneamente de los mismos medios populares, pero después de la revisión de los puntos se dieron por satisfechos con saber con quiénes tenían que habérselas.

La pequeña doncella Raquel (su nombre lo pronunciaba la señora un poco a la francesa: "Rachelle") estaba en pie desde las cinco de la mañana. Había desplegado la mesa del comedor, había añadido dos mesas más de juego y las había cubierto con el tapete verde; después quitó el polvo con especial cuidado; en todo aquel trabajo tan molesto puso su más sincero entusiasmo. La tarde anterior le había dicho Diotima: -"Mañana entrará nuestra casa en la historia universal", y el cuerpo entero de Raquel se había inflamado con la felicidad de poder asistir a un acontecimiento semejante, lo cual

no era despreciable, pues el cuerpo de Raquel, bajo su vestidito negro, parecía tan encantador como una porcelana de Meissner.

Raquel tenía diecinueve años de edad y creía en milagros. Había nacido en un caserío desaliñado de la Galizia, en Hungría; de las puertas de la casa colgaban los símbolos de la Torá, y de las grietas del suelo salía tierra. Había sido maldecida y echada de casa. La madre la había mirado impotente y sus hermanos se habían reído de ella sarcásticamente con rostros asustados. Había pedido perdón de rodillas y la vergüenza había atenazado su corazón, pero de nada le había servido todo ello. Un joven sin conciencia la había seducido -ella no sabía ya cómo- y había tenido que dar a luz en una casa extraña para después abandonar la patria. Raquel salió a correr mundo; con las sucias cajas de madera entre las que viajaba le acompañaba la desesperación; cansada de

llorar vio la capital, a la que huía instintivamente, y le pareció un telón de fuego al que deseaba arrojarle para morir. Pero por verdadero milagro aquel telón se abrió y la recibió; desde entonces, Raquel tuvo siempre la impresión de vivir dentro de una llama dorada. La suerte la había conducido a la casa de Diotima y a ésta le había parecido natural que aquella niña hubiera abandonado la casa paterna para vivir ahora con ella. Cuando, pasado algún tiempo, hubo adquirido confianza, Diotima le habló a la pequeña de las ilustres y encumbradas personas que frecuentaban la casa donde “Rachelle” tenía el honor de poder servir; y también le había confiado algunos detalles de la Acción Paralela, porque era un placer mirar a los ojos titilantes de Raquel; éstos centelleaban a cada nueva noticia y semejaban espejos de oro en que se reflejaba risueña la figura de la señora.

La pequeña Raquel había sufrido la maldición de su padre a causa de un joven sin conciencia, sin embargo era una muchacha honrada y amaba todo lo relacionado con Diotima: los suaves cabellos negros que tenía que cepillar por la mañana y por la tarde, los trajes que la ayudaba a vestir, los trabajos chinos y las tallas indias, los libros de lenguas extranjeras esparcidos por todas partes y de los que no entendía palabra; amaba también al señor Tuzzi y últimamente también al ricachón que, ya al segundo día después de su llegada a la ciudad -ella decía que al primero-, había visitado a su señora; Raquel le había contemplado en el vestíbulo con tan extático fervor como al Redentor de los cristianos al descender de su tabernáculo de oro, y lo único que la disgustaba era que él no se hubiera hecho acompañar por su negro Solimán para homenajear a su señora.

Pero hoy, ante un acontecimiento tal, estaba convencida de que la reunión también

tendría reservado algo para ella y se imaginaba que esta vez vendría probablemente Solimán con su señor, como lo exigía la solemnidad del acto. Aquella esperanza no era, sin embargo, lo principal, sino únicamente la natural complicación, el nudo o la intriga que no faltaban en ninguna novela con las que Raquel se había educado. Raquel tenía permitido efectivamente leer las novelas que Diotima arrinconaba, así como también le había concedido adaptarse para sí la ropa que Diotima dejaba de usar. Raquel cosía y leía aplicadamente -ésta era su herencia judía-, pero cuando tomaba en sus manos una novela calificada por Diotima como gran obra artística, y tales eran sus libros preferidos, interpretaba naturalmente los relatos sólo como si los contemplara a gran distancia y desde un país extranjero; su desarrollo, para ella incomprensible, la entretenía e incluso la conmovía sin poder objetar nada; era esto lo que más le gustaba. Si la

mandaban a la calle con recados o recibía en casa una visita distinguida, aspiraba el aire denso y excitante de la ciudad imperial, la exuberancia de espléndidos detalles en los que tomaba parte sencillamente porque disfrutaba de una situación privilegiada, no le interesaba comprenderlo mejor; su elemental instrucción judía, las sabias sentencias de su casa paterna, todo lo había olvidado de rabia; sentía además tan poca necesidad de ellas como tampoco una flor necesita de cuchara ni de tenedor para alimentarse con la savia de la tierra y del aire.

Tomó ahora todos los lapiceros juntos y, con cuidado, fue aplicando las brillantes puntas de cada uno a la pequeña máquina, fija en una esquina de la mesa; ésta cortaba tan perfectamente la madera, bajo la acción de la manivela, que al repetir el procedimiento no caía al suelo una sola viruta. Luego dejó los lapiceros nuevamente junto a las carpetas aterciopeladas, tres de distinta clase

en cada puesto, y pensó que aquella máquina tan perfecta procedía del Ministerio de Asuntos Exteriores del Imperio, pues un botones la había traído la tarde anterior, junto a los lapiceros y el papel. Entretanto dieron las siete; echó una ojeada general a todos los detalles de la distribución y salió presurosa de la sala para ir a despertar a Diotima, el comienzo de la asamblea estaba anunciado para las diez y cuarto y Diotima estaba descansando todavía en la cama, desde la salida del señor Tuzzi.

Aquellas mañanas con Diotima proporcionaban un gozo especial a Raquel. La palabra amor no lo traduce; mejor es la palabra veneración, si se la toma en su más amplio sentido; según esa acepción, el honor rendido a una persona penetra a ésta y colma de tal manera su interior que su propio yo rebosa y se derrama. Raquel tenía, a causa de su aventura, una hija de año y medio; los primeros domingos de mes iba

puntualmente a entregar a la mujer que la cuidaba buena parte de su salario, aprovechando la ocasión para ver a su pequeña. Pero, aunque no descuidaba los deberes de madre, consideraba a su hija sólo como un castigo, y sus sentimientos se hacían otra vez los de una muchacha cuyo casto, cuerpo no se ha abierto todavía al amor. Raquel se aproximó al lecho de Diótima; sus ojos -en actitud orante, como los de un alpinista que divisa la cumbre nevada al entrar en el primer azul, después de dejar abajo la oscuridad de la madrugada- acariciaron la espalda de su señora, antes de tocar con los dedos el color madreperla de su piel. Después gustó el suave olor de la mano, dormida sobre la colcha para dejarse besar; sabía al perfume del día anterior mezclado con el vaho del descanso de la noche; luego acercó la zapatilla al vacilante pie desnudo y acogió la mirada adormecida. El contacto sensual de aquel espléndido cuerpo de mujer

no le hubiera resultado tan dulce sin el pensamiento en la significación moral de Diotima.

-”¿Has colocado el sillón de brazos para Su Señoría? ¿Has puesto la campanilla de oro en su lugar? ¿Hay doce pliegos para el secretario? ¿y seis lapiceros, Raquel, seis, no tres, para el escribano?” -dijo Diotima. A cada pregunta, Raquel repasó mentalmente todo lo que había hecho contando con los dedos y estremeciéndose de orgullo, como si estuviera poniendo en juego su vida. La señora se echó una bata sobre los hombros y se dirigió a la sala de la reunión. El sistema que empleaba en la educación de su “Rachelle” consistía en recordarle continuamente, a cada acción u omisión, que no debía trabajar con miras exclusivamente personales, sino pensando en la transcendencia que podía tener en la comunidad. Si Raquel rompía un vaso, “Rachelle” recibía la advertencia de que, siendo el daño en sí

insignificante, aquel cristal transparente era un símbolo de las pequeñas obligaciones cotidianas, casi imperceptibles a nuestra mirada acostumbrada a fijarse en cosas más valiosas, pero no por eso menos dignas de especial cuidado; y a Raquel, al escuchar la afable amonestación, se le saltaban las lágrimas de arrepentimiento y felicidad mientras recogía los cascotes. Las cocineras, de las que Diotima exigía responsabilidad y reconocimiento de las faltas cometidas, se habían sucedido varias veces desde que Raquel prestaba en aquella casa sus servicios; pero Raquel amaba con todo el corazón aquellas magníficas frases, así como amaba al Emperador, los entierros y las velas encendidas en la mística oscuridad de las iglesias católicas. A veces mentía por evitar un contratiempo, pero después se consideraba muy ruin; quizá veía bien las pequeñas mentiras porque así comparaba su propia picardía con la de Diotima; sin embargo, se las permitía

sólo cuando esperaba poder transformarlas rápidamente en verdades.

Cuando una persona admira a otra en todos y en cada uno de sus atributos y actuaciones llega a desasirse de su propio cuerpo y a enajenarse en el cuerpo del otro, como un pequeño meteorito en el sol. Diotima no encontró nada que corregir; dio, pues, a su muchacha una palmadita cariñosa en la espalda y las dos se dirigieron al cuarto de baño comenzando en seguida el aseo para el gran día. Raquel mezcló el agua caliente; Diotima le dejó luego su cuerpo para que lo jabonara, frotara y secara como si fuera el suyo, y Raquel halló en su servicio más placer que si se lo hubiera hecho a sí misma. Su propio cuerpo le parecía despreciable e indigno de confianza, ni siquiera pensaba en él; cuando tocaba el cuerpo henchido y estatuario de su señora, ella se sentía como un pobre recluta de aldea alistado en un

imponente regimiento. Así se armó Diotima para la gran asamblea.

42 - La gran asamblea

EN el último minuto antes de sonar la hora convenida, apareció el Conde Leinsdorf acompañado de Ulrich. Raquel, convertida ya en un ascua de tanto recibir huéspedes y de ayudarles a deponer sus vestidos, le reconoció en seguida y le aseguró con satisfacción que también él era considerado en aquella casa, no como un hombre cualquiera, sino como una personalidad de poderosas influencias, según lo demostraba ahora el que viniera en compañía de Su Señoría. Ella revoloteó hasta la puerta que abrió solemnemente; después de haberla cerrado, miró por el agujero de la cerradura para observar lo que sucedía. El agujero era largo; a través de él vio el mentón afeitado del gobernador, el cuello morado del prelado Niedomansky, así como el fiador de oro del general Stumm

von Bordwehr. Este señor venía enviado por el Ministerio de la Guerra, aunque no le habían pasado invitación; el Ministerio había expresado, en una carta al conde Leinsdorf, su deseo de participar en “organización patriótica tan importante”, a pesar de no afectar directamente los asuntos relacionados con la iniciativa y su desenvolvimiento. Diotima se había olvidado de comunicárselo a Raquel, y así ésta se llevó un gran susto cuando abrió y le habló el general, pero por suerte no le dijo nada de particular, fuera de lo que estaba ocurriendo en la sala.

Entretanto Diotima recibió a Su Señoría sin dedicar especial atención a Ulrich ya que estaba muy ocupada con las presentaciones. Dirigiéndose al conde, Diotima presentó primero al doctor Paul Arnheim advirtiéndole que, gracias a una feliz coincidencia tenía el gusto de agradecer ahora la presencia de aquel ilustre amigo de su casa y, si bien no podía él, por ser extranjero, acudir a la

asamblea uniformado como los demás, ella rogaba permitieran tomarle como consejero personal; pues -y aquí introdujo una suave amenaza- las interesantes experiencias del doctor Arnheim, sus contactos culturales a escala internacional y su conocimiento de la relación de aquellos problemas con los de la economía, le servirían de ayuda incomparable; hasta entonces había tenido que hacer ella sola los informes, e incluso en el futuro no sería tan fácil sustituirla, aunque no se le escapaba la insuficiencia de sus propias fuerzas.

El conde Leinsdorf quedó sobrecogido y, por primera vez desde el comienzo de sus relaciones, se maravilló de la indiscreción de su amiga burguesa. También Arnheim se sintió molestado, como un soberano a quien no se le ha preparado debidamente su entrada triunfal; suponía que el conde Leinsdorf estaría enterado de su invitación y que la habría aprobado. Pero Diotima,

colorada y testaruda, no cedió; como todas las mujeres de conciencia demasiado tranquila en las cuestiones de moral matrimonial, era capaz de mostrar una insoportable impertinencia femenina, tratándose de pundonor.

Por entonces estaba ya enamorada de Arnheim, quien la había visitado repetidas veces, pero en su inexperiencia no se hacía idea de la naturaleza de su sentimiento. Habían discutido juntos sobre los movimientos de un alma que ennoblece la carne desde la planta de los pies hasta la raíz de los pelos y que transforma las impresiones confusas de la civilización en vibraciones armónicas del espíritu. Pero aun esto era mucho y, dado que Diotima estaba acostumbrada a obrar con cautela y a mirar por no comprometerse, aquella confianza le pareció demasiado repentina, así es que se sintió impulsada a movilizar grandes sentimientos, sencillamente grandes. ¿Y dónde pueden

encontrarse más rápidamente?: allí donde todo el mundo los traslada: en el evento histórico. La Acción Paralela era para Diotima y Arnheim la isla de refugio en medio del tráfico creciente de sus almas; ellos consideraban una providencia haberse reunido en un momento tan importante, y ambos estaban perfectamente de acuerdo en que la gran empresa patriótica constituía una prodigiosa oportunidad y responsabilidad para personas de espíritu. También Arnheim lo decía, pero nunca se olvidaba de añadir que importaba en primer lugar a personas fuertes, experimentadas tanto en los asuntos administrativos como en el campo de las ideas, y que la expansión del movimiento entraba en la organización como acción supeditada. De este modo, la Acción Paralela para Diotima estaba indisolublemente ligada a Arnheim, y su primitivo vacío de ideas sobre aquella obra que tenía entre manos se había hecho exuberante. Se justificaba la esperanza

de que el tesoro de sentimientos del alma austríaca fuera enriquecido y fortalecido al máximo por la disciplina prusiana y tan fuertes eran aquellas impresiones que a la correcta señora le era indiferente el atentado que ella había maquinado al invitar a Arnheim al acto inaugural. Ya era demasiado tarde para reflexionar; pero Arnheim, sospechando y conteniendo aquel embrollo, veía en él algo conciliador, por desagradable que le resultara la situación en la que le había puesto. Su Señoría estimaba demasiado a Diotima para dar a su asombro una expresión más aprensiva que aquella que le salió involuntariamente; calló a la declaración de Diotima y después de una breve y embarazosa pausa, apretó cortésmente la mano del doctor Arnheim y le dio la bienvenida con la gentileza y los halagos con que en realidad fue recibido. En cuanto a los demás a casi nadie pasó desapercibido el significado de aquella escena, causando admiración a los

que le conocían; pero entre personas de educación se presupone que todo tiene algún motivo y no es señal de buena crianza el andar indagando.

Diotima consiguió apaciguarse mientras tanto; esperó un instante y declaró inaugurada la asamblea; acto seguido, rogó a Su Señoría se dignara dar a su casa el honor de aceptar la presidencia.

Su Señoría pronunció un discurso. Había dedicado días enteros a su preparación y su contenido resultó tan trabado y firme que no fue posible cambiar nada en el último momento; a duras penas logró atenuar las alusiones directas a las armas de percusión prusianas (que en el año sesenta y seis se habían adelantado solapadamente a la artillería austríaca). -"Lo que nos ha reunido a todos nosotros -dijo el conde Leinsdorf- es el pensamiento unánime de que una poderosa manifestación surgida del corazón del pueblo no puede abandonarse al azar, sino

que es necesario guiarla por una autoridad previsora e influyente y desde un lugar alto, con amplias perspectivas. Su Majestad, nuestro amado Emperador y señor, celebrará en el año 1918 un excepcional aniversario, el septuagésimo de su subida al trono; si Dios quiere, con el vigor y frescura que estamos acostumbrados a admirar en él. No hay duda de que esta fiesta será solemnizada por el pueblo agradecido de Austria de tal manera que demostrará simultáneamente al mundo entero, no sólo nuestro ferviente amor hacia él, sino también la solidez de la Monarquía austro-húngara, roca inamovible y baluarte inexpugnable de su Soberano.” Aquí el conde Leinsdorf vaciló no sabiendo si debería o no mencionar las grietas que podían abrirse en aquella roca y amenazar su escisión con motivo de las fiestas del Imperio y de la Monarquía; no había que olvidar la resistencia de Hungría que sólo reconocía, en Francisco José, al Rey, y no al Emperador. Al

principio, Su Señoría había pensado hablar de dos rocas estrechamente unidas. Pero tampoco esto expresaba con exactitud el sentimiento patriótico de su doble nacionalidad.

Este concepto de la nacionalidad austro-húngara estaba de tal manera formado que es casi inútil intentar explicarlo a quien no lo haya adquirido por propia experiencia. No estaba constituido por una parte austríaca y otra húngara que, como se podría creer, se completaban entre sí y formaban un todo, sino que lo componían un todo y una parte, o sea, el concepto del Estado húngaro y el otro concepto del Estado austro-húngaro; este último tenía su morada en Austria, mientras el concepto de nacionalidad austríaca carecía de patria. El austríaco existía sólo en Hungría, y allí, bajo la forma de aversión; en casa se llamaba a sí mismo súbdito de los reinos y países de la Monarquía austro-húngara representados en la Cámara, lo cual significaba tanto como declararse austríaco-más-un-

húngaro-menos-este-húngaro, y no lo hacía por entusiasmo, sino por amor a una idea que le repugnaba, pues no podía soportar a los húngaros como tampoco los húngaros a él; así es que el asunto se complicaba más todavía. Muchos se llamaban por eso polacos, checos, eslovenos o alemanes a secas, lo cual producía ulteriores divisiones; aquellos “deplorables fenómenos de la política interior”, en conocida frase del conde Leinsdorf, eran para él “la obra de elementos irresponsables, ávidos de aventuras” que en la masa del pueblo deficientemente instruida en la política no encontraban la necesaria oposición. Después de estas observaciones, cuyo motivo han dado materia a muchos libros eruditos y documentados, aparecidos posteriormente, se podrá sacar la conclusión de que ni aquí ni en sus deducciones se intenta pintar un cuadro histórico ni competir con la realidad. Bastará advertir que los misterios del dualismo (ésta es la expresión técnica) resultaban

tan difíciles de dilucidar como los de la Trinidad; el proceso histórico es, en resumidas cuentas, semejante a un proceso jurídico, con cien cláusulas, anexos, conciliaciones y reservas, y sólo sobre esto se debe fijar la atención. El hombre vulgar vive y muere inconsciente de este complejo, aunque en medio de él; sin embargo, redunda en ventaja suya, porque si quisiese rendir cuentas del progreso en el que se ha trabado, de los abogados, costes y motivos, se convertiría en víctima de manía persecutoria, cualquiera que fuese su país. Comprender la realidad es cosa reservada exclusivamente al pensador histórico-político. Para él, el presente sigue a la batalla de Mohác o de Lietzen, como el asado a la sopa, conoce todo protocolo y tiene en todo momento la sensación de una necesidad fundada en normas procesales; si es, como el Conde Leinsdorf, un letrado aristócrata, pensador ilustrado en la historia de la política, cuyos abuelos paternos y

maternos colaboraron en los debates preliminares, el resultado para él es claro y liso como una línea tendente.

Por eso, Su Señoría el conde Leinsdorf, había dicho antes de comenzar la asamblea: -"No debemos olvidar que la magnánima resolución de Su Majestad de conceder al pueblo un cierto derecho ejecutivo en las cuestiones de su competencia es todavía demasiado reciente para que éste haya podido adquirir aquella madurez política que, en todos los aspectos, sea digna de la confianza manifestada por las altas esferas. ¿No se han de interpretar -como han hecho llenas de envidia algunas "aciones extranjeras- aquellas reprobables manifestaciones que nos ha tocado presenciar como un signo de envejecimiento y de desintegración, sino más bien como una prueba de falta de madurez, es decir, de la invulnerable juventud del pueblo austríaco." Esta amonestación la quería haber repetido en la asamblea, pero se la

reservó por consideración a Arnheim; se contentó con hacer una alusión al desconocimiento que mostraba el extranjero del verdadero estado de cosas en Austria, y de la exageración de ciertos fenómenos desagradables. -"Si conseguimos -concluyó Su Señoría- una demostración de nuestra fuerza y consistencia unitiva, ello redundará en interés de todas las naciones, porque las buenas relaciones de parentesco dentro de la gran familia de los Estados europeos están condicionadas a la recíproca estima y respeto de la soberanía del vecino." Todavía repitió otra vez que semejante manifestación espontánea y enérgica debía alzarse de los medios populares, para lo cual era necesario que la dirección viniera de arriba; ése era el fin de aquella asamblea, trazar los caminos. Si se recuerda que, poco antes, el conde Leinsdorf no había tenido en la cabeza más que Una lista de nombres y la idea adyacente de un "año austríaco", habrá que reconocer un gran

progreso, aunque Su Señoría no llegó a decir todo lo que había pensado.

A continuación de este discurso, Diotima tomó la palabra para ilustrar las intenciones del presidente. La gran Acción Patriótica, afirmó, tiene que señalar una gran meta teniendo al pueblo por iniciador, según había dicho Su Señoría: -"Nosotros, los aquí reunidos, debemos, sí, fijar esa meta, pero ante todo nos debe preocupar la creación de un organismo capaz de preparar sus caminos mediante proyectos." Con estas palabras abrió la discusión.

Durante unos segundos, reinó un silencio completo. Pájaros de especie y canto diversos, encerrados en una jaula, suelen guardar silencio al principio, exactamente igual a como hicieron los reunidos en el salón de Diotima.

Por fin se levantó un profesor; Ulrich no le conocía, Su Señoría le había invitado a última hora por medio de su secretario

privado. Disertó sobre los caminos de la historia. Si miramos lo que tenemos ante nosotros -dijo-: Una pared opaca! Si miramos a derecha e izquierda: acontecimientos importantes en demasía, sin dirección ni limitación! Por ejemplo: el actual conflicto de Montenegro. Las penosas luchas sostenidas por los españoles en Marruecos. La obstrucción del Parlamento austríaco por los ucranianos. Pero si se mira hacia atrás, todo se encuentra ordenado, como por una providencia, y con su fin prefijado. De ahí que, si le era permitido hablar así: vivimos en cada momento el misterio de un gobierno milagroso. Felicitaba a los iniciadores de aquella gran idea por el propósito de abrir los ojos al pueblo y de dirigirlos hacia la Providencia; invitaba en tan importante coyuntura..., etc. Sólo aquello había querido decir. Todo se desarrolló como en la pedagogía moderna, según la cual se deja al alumno

trabajar juntamente con el maestro, en vez de adelantarle los resultados establecidos.

La asamblea prestaba atención al tapete verde; también el prelado, representante del arzobispo, adoptó en aquel acto espiritual de laicos la misma cortés y paciente actitud de todos los demás consejeros ministeriales, pero sin dejar aparecer en su rostro la menor señal de aprobación cordial. Ocurría como en la calle, cuando inesperadamente se levanta una voz para apostrofar a los transeúntes; todos, incluso aquellos que no pensaban en nada, sintieron de repente encontrarse de camino hacia la consecución de fines serios e importantes, o vieron en ello un abuso de las vías públicas. El profesor había tenido que luchar contra su propia timidez para hablar, y había pronunciado sus palabras con modestia y dificultad, como si el viento arrebatara su aliento; luego esperó por si alguno le respondía y aquella espera la

expresó otra vez en su rostro, no sin dignidad.

Fue para todos una liberación el que pidiera la palabra el representante del Gobierno Civil; hizo un recuento de las instituciones y obras que en el año jubilar recibirían subvenciones del peculio privado del Soberano. Comenzó con una donación para la edificación de un santuario de peregrinaciones y con la creación de un subsidio para eclesiásticos faltos de recursos; después desfilaron las asociaciones de veteranos “Archiduque Carlos” y “Radetzky”, viudas y huérfanos de guerra de la campaña del 66 y del 78, un fondo para ayudar a suboficiales jubilados, la Academia de Ciencias y demás. Esta lista no tenía nada de especial; venía a ser la acostumbrada en todas las demostraciones públicas de la generosidad del Monarca. Acabada la citación, se levantó en seguida la señora Weghuber, esposa de un industrial, dama benemérita en el sector de

la beneficencia, absolutamente incapaz de concebir que pudiera existir algo más importante que sus intereses caritativos; propuso a la asamblea la fundación de un “Comedor social Francisco José”, sugerencia que obtuvo aprobación. El enviado especial del Ministro de Educación y Culto hizo notar entonces que también en su dicasterio estaba en preparación una obra, en cierto modo análoga, a saber, la publicación del monumental libro “El Emperador Francisco José y su tiempo”. Pero después de esta intervención se impuso otra vez el silencio y la mayor parte de los presentes se sintieron en una situación precaria.

Si se hubieran preguntado, mientras deliberaban, si efectivamente tenían noción de lo que significaba un gran acontecimiento histórico, es seguro que hubieran respondido afirmativamente, pero, situados frente a la urgente necesidad de buscar uno, sentían

flaquear sus ánimos y se producía en ellos un murmullo muy natural.

En aquel peligroso momento, Diotima interrumpió la sesión introduciendo discretamente los refrescos preparados de antemano.

43 - Primer encuentro de Ulrich con el gran hombre.

EN la historia del mundo no se dan imprudencias, pero Diotima afirma que la verdadera Austria abarca todo el mundo

Durante la pausa, Arnheim hizo la siguiente observación: cuanto más se extiende la organización, tanto más se multiplicarán las proposiciones. Esto sería un distintivo del desarrollo actual, construido únicamente sobre la razón. Pero precisamente por eso es un exorbitante propósito obligar a todo un pueblo a someterse a una sola voluntad, a una sola inspiración y sólo a lo esencial, lo cual es más profundo que la razón.

Ulrich respondió con la pregunta de si creía que en realidad resultaría algo de aquella Acción.

-”Sin duda -repuso Arnheim-; grandes acontecimientos son siempre expresiones de una disposición de ánimo general.” Ésta existía entonces y sólo el hecho de la posibilidad de semejante reunión demostraba ya su auténtica necesidad.

Pero en ello hay algo difícil de distinguir, opinó Ulrich. -”Suponiendo que el compositor de la última opereta de éxito mundial fuera un intrigante y se hiciese nombrar presidente de todos los Estados del mundo, cosa no imposible dada su enorme popularidad: ¿sería esto una hendidura en la historia o una expresión de la situación espiritual?”

-”Es inadmisible -dijo seriamente el doctor Arnheim-; tal compositor no puede ser ni un intrigante ni un político; de otro modo no se explicaría su raro ingenio musical, y en la historia del mundo no se dan imprudencias.”

-”¿Cómo que no!”

-”No; en la historia del mundo, nunca!”

Arnheim se puso visiblemente nervioso. No lejos de él, Diotima y el conde Leinsdorf conversaban animadamente en voz baja. Su Señoría había manifestado a su amiga su extrañeza por haber encontrado a un prusiano en aquella organización de carácter exclusivamente austríaco. A no ser por delicadeza, consideraba fuera de lugar que un extranjero tomara parte activa en la dirección de la Acción Paralela; Diotima le hizo referencia a la ventajosa y tranquilizadora impresión que causaría en el extranjero tal ausencia de intereses políticos. Pero después cambió de táctica y extendió sorprendentemente todavía más sus planes. Habló ella de la delicadeza femenina que es una garantía del sentimiento y no se preocupa de prejuicios sociales. Su Señoría debía hacer caso a aquella voz, por lo menos una vez. Arnheim era un europeo, un espíritu conocido en toda Europa; y precisamente por no ser austríaco, su participación demostraba que el espíritu,

como tal, encuentra en Austria su patria, y de repente disparó la aserción de que la verdadera Austria abarcaba todo el mundo. El mundo, explicó, no se tranquilizará mientras las naciones no hayan adquirido esa unidad más alta, en la medida en que la madre patria congrega a sus linajes austríacos. Una Austria más grande, una feria mundial -dijo a Su Señoría- he ahí la idea coronadora, ausente hasta ahora en la Acción Paralela. La bella Diotima se alzaba, arrebatará y pacíficamente frente a su letrado amigo. El conde Leinsdorf no resignaba a ceder todavía, pero admiraba nuevamente el ardiente éalismo y la amplitud de miras de aquella mujer; caviló, pues, si invita a Arnheim no sería más ventajoso que responder a tantas y tan trascendentales sugerencias.

Arnheim estaba inquieto, porque se imaginaba aquella conversación sin poder influir en ella. A él y a Ulrich les rodearon

curiosos, atraídos por la persona del Creso, y Ulrich dijo: -"Hay miles de profesiones por los que los hombres quedan muchas veces absorbidos; allí concentran su inteligencia. Pero si se exige de ellos lo estrictamente humano, común a todos, no puede quedar más que una de estas tres cosas: la necedad, el dinero o a lo más, alguna reminiscencia de religión." -"Exacto, ~~la~~ religión!" -intervino Arnheim con energía, y preguntó a Ulrich si creía él que la religión había ya desaparecido. Acentuó de tal modo la palabra religión que la tuvo que oír el conde Leinsdorf.

Entretanto, Su Señoría y Diotima debieron de estipular algún pacto, puesto que se acercó el conde, acompañado de su amiga, al grupo que discretamente se disolvió, y dirigió la palabra al doctor Arnheim.

Ulrich se quedó solo mordiéndose los labios.

Comenzó -sabe Dios por qué, para entretenerse y no sentirse tan solo- a pensar en

el coche que le había conducido a aquella reunión. El conde Leinsdorf, en cuya compañía había venido, poseía, como hombre moderno, un automóvil; pero, por amar al mismo tiempo la tradición, usaba de vez en cuando una pareja de caballos bayos que conservaba juntamente con cochero y carruaje; cuando el mayordomo vino a recibir sus órdenes, Su Señoría consideró oportuno dirigirse a la sesión inaugural de la Acción Paralela tirado por dos bonitos y casi históricos animales. -"Éste se llama Pepi y el otro Hans" -indicó el conde Leinsdorf durante el viaje. Se veían las saltarinas ancas de las caballerías, como colinas de color castaño, y a veces la cabeza que se volvía rítmicamente a un lado, haciendo un gesto de asentimiento y echando a volar espuma de su boca. Era difícil saber lo que pretendían los caballos; la mañana era agradable y ellos corrían. Quizá el pienso y la carrera son las únicas pasiones de los caballos, si se considera que Pepi y Hans estaban

castrados y no conocían el amor como exigencia positiva, sino como brisa en el velamen que cubría a veces su mundo con ligeras nubes luminosas. La pasión del pienso la saciaban en un pesebre marmóreo con exquisita avena, con heno verde, al tintineo de las anillas del al martigón; esto y el vaho caliente del establo, penetrante al olfato como alfileres punzantes de amoníaco, forzaba a decir: aquí hay caballos. La carrera era cosa distinta. A este respecto, su pobre alma está todavía pegada a la trailla; siente venir de alguna parte una orden, un movimiento determinado, y se lanza al viento y al sol. Cuando el animal está solo y tiene el espacio abierto en sus cuatro dimensiones, atraviesa por su cráneo un temblor enloquecedor; entonces se echa a correr desbocado, sin rumbo, se precipita en tina tremenda libertad, tan vacía en una dirección como en otra, hasta que, desorientado, se calma y se le hace volver tras una fuente de avena. Pepi y

Hans eran caballos bien adiestrados a las bridas; trotaban golpeando con las pezuñas la soleada calle cercada de casas; las personas eran para ellos un hormigueo gris que no les causaba ni miedo ni alegría; los escaparates llamativos de las tiendas, las mujeres luciendo los más variados colores, como parcelas de prados no comestibles; los sombreros, corbatas, libros, brillantes a lo largo de la calle: un desierto. Sólo dos islas de ensueño les sugería todo aquello: las caballerizas y el trote; de cuando en cuando, Hans y Pepi se espantaban ante una sombra como si soñaran o jugaran, apretaban el timón, se dejaban refrescar nuevamente por un golpe plano de látigo y se abandonaban agradecidos a las bridas.

De improviso se incorporó el conde Leinsdorf sobre los almohadones y preguntó a Ulrich: -"Señor doctor, Stallburg me ha dicho que usted intercede a favor de una persona." Ulrich, sorprendido, no se atrevió a

replicar nada, por lo que Leinsdorf prosiguió: -"Me parece muy bien. Lo sé todo. Creo que no se podrá hacer gran cosa, es un individuo tremendo; pero la personalidad intangible y la necesidad de indulgencia, existente en todo cristiano, se muestra a menudo en un sujeto así, y cuando se pretende emprender una gran obra uno debe acordarse, con la mayor humildad, de los desamparados. Quizá todavía se le pueda someter a un reconocimiento médico." Después de este largo discurso, sostenido entre el zarandeo del coche, se recostó otra vez sobre los almohadones y añadió: -"No olvidemos, sin embargo, que ahora, en este momento, debemos consagrar todas nuestras fuerzas a un acontecimiento de trascendencia histórica."

Ulrich sentía una cierta simpatía por este ingenuo aristócrata que seguía hablando todavía con Diotima y Arnheim, y casi también algo de la conversación, en efecto,

parecía estar animada; Diotima sonreía, donde Leinsdorf alargaba desconcertado los ojos para no perder palabra y Arnheim se explicaba con soltura y tranquilidad. Ulrich cogió al pelo la frase: "... inspirar ideas a la esfera del poder". A Arnheim, no lo podía, simplemente, soportar como modo de vida, por principio. Aquella combinación de espíritu, negocios, comodidad y cultura general le resultaba intolerable en sumo grado. Estaba convencido de que Arnheim había preparado todo, ya la tarde anterior, para no llegar a la asamblea la mañana siguiente ni el primero ni el último; y que, a pesar de todo, habría mirado al reloj antes de salir, sino quizá por última vez, sentóse a desayunar y al oír la relación del secretario que le entregó el correo; el tiempo que le quedaba a disposición lo había empleado en la actividad interna a la que se quería dedicar hasta el momento de salir; al abandonarse a aquel entretenimiento sabía de antemano que le llenaría

él tiempo exactamente, pues lo justo y su tiempo quedaban unidos por una fuerza misteriosa, como una escultura con el espacio que ocupa o como el aúeta que lanza la jabalina y da en el blanco sin haberlo mirado. Ulrich había oído ya mucho de Arnheim y también había leído algo de él. En uno de sus libros había escrito que el hombre que se mira al espejo para ver cómo le cae el traje no es capaz de desempeñar un papel público con serenidad. Porque el espejo, creado en principio para el placer —así se manifestó— se ha vuelto un instrumento de temor, como el reloj— que es un motivo para que nuestras actividades no se desplieguen según un ritmo natural.

Ulrich tuvo que distraerse para no acercarse intempestivamente al grupo vecino; sus ojos recayeron en una pequeña camarera que se deslizaba entre los grupos parlantes ofreciendo reverentemente sus refrescos. Pero la pequeña Raquel no se fijaba en él; lo

había olvidado e incluso no se atrevía a presentarle su bandeja. Se dirigió a Arnheim y le ofreció las bebidas como a un dios; de buena gana le hubiera besado la mano, corta y tranquila, que alargó para tomar el vaso de limonada, sujetándolo distraído y sin beber. Pasado aquel momento culminante, Raquel se desenvolvió como una complicada máquina automática y salió corriendo de aquella histórica habitación, llena de piernas y conversación, volviendo a la antesala.

44 - Continuación y fin de la gran asamblea. Simpatía de Ulrich por Raquel y de Raquel por Solimán.

ORGANIZACIÓN definitiva de la Acción Paralela

Ulrich amaba aquel tipo de mujeres ambiciosas y con buena educación y que en su correcta timidez se asemejan a un arbolito de cuyas ramas caen, un buen día, los frutos sazonados y dulces a la boca del joven ocioso que se dedica a abrir los labios. -"Deben ser valientes y curtidas, como las hembras de la edad de piedra, que por la noche compartían el lecho y durante el día cargaban, en las largas marchas, con las armas y muebles de sus guerreros"- pensó; aunque él mismo, salvo en la época del despertar de su virilidad,

nunca había peregrinado por aquellos caminos de guerra. Dando un suspiro tomó asiento; la sesión prosiguió.

Tornó a reflexionar, y entonces cayó en la cuenta de que el vestido blanco y negro de esas muchachas coincidía, en el color, con el de las monjas; era la primera vez que lo advertía, de lo cual se maravilló mucho. En aquel momento comenzó a hablar la divina Diotima, diciendo que la Acción Paralela debería culminar con una gran demostración. Esto no quiere decir que deba tener una meta caprichosa de amplia visibilidad, por patriótica que quiera ser. Dicho fin debe conmover el corazón del mundo. Y no debe tener carácter simplemente práctico, sino también poético. Debe ser piedra miliar, espejo en el que el mundo se contemple y se sonroje. No sólo eso; además debe ver reflejado su rostro como en un cuento de hadas y no lo deberá olvidar jamás. Su Señoría sugirió entonces el título de “Emperador pacífico”.

Tras estas cortas premisas no es difícil apercebir que las proposiciones discutidas hasta entonces no estaban conformes con las circunstancias. Si en la primera parte de la sesión Diotima había hablado de símbolos, no se refería naturalmente a comedores de auxilio social; se trataba nada menos que de restituir la unidad humana que los intereses particulares habían arruinado. Aquí se impone la pregunta de si el tiempo presente y los pueblos de hoy son todavía capaces de formarse grandes ideas colectivas. Todo lo propuesto era estupendo, pero muy variado, lo cual demostraba su falta de fuerza unificadora.

Ulrich observaba a Arnheim mientras Diotima hablaba. Pero su mirada no se limitaba a detalles de fisonomía, sino que lo abarcaba serenamente todo. Aunque aquellos detalles -el duro cráneo fenicio de mercader de hombres, el rostro vivo, modelado con material demasiado escaso y por eso de poco

relieve, la actitud serena de su figura, rematada por el arte de un sastre inglés y, en segundo lugar, allí donde el hombre sale del traje, las manos de dedos cortos- todos estos detalles suficientemente dignos de admiración. Lo que exasperaba a Ulrich era la buena disposición del conjunto. Igual seguridad inspiraban también los libros de Arnheim; el mundo recobraba el orden en cuanto Arnheim lo miraba. En Ulrich se despertó un deseo vandálico de lanzar piedras o inmundicias a aquel hombre desarrollado en la perfección y la riqueza, aquel que ponía toda su atención para seguir el desenvolvimiento del insulso debate; se lo bebía, literalmente, como un entendido, cuyo rostro expresara: no quisiera decir demasiado, Pero es una buena añada!

Diotima había terminado. Inmediatamente después de la pausa, una vez que todos se habían sentado, pudo advertirse en los presentes el convencimiento de que aquella

segunda parte de la sesión surtiría efecto. Nadie había pensando en ello, pero todos lo esperaban a juzgar por su actitud. Diotima concluyó: -"A la pregunta, pues, de si el tiempo presente y los pueblos de hoy son capaces de grandes ideas colectivas se puede y se debe añadir: y también de una fuerza redentora. En realidad, se trata de una redención; en resumen, de una acción redentora, aunque no sea fácil imaginarla. O nace de la comunidad o no nace. Por eso, si me permiten, y según lo conferenciado con el conde Leinsdorf, clausuro el acto con la siguiente proposición: Su Señoría ha advertido con razón que también los altos ministerios presentan una distribución de su mundo de acuerdo con sus principales puntos de vista; o sea, con la religión y la enseñanza, con el comercio, la industria, el derecho y demás. Mediante la formación de comisiones presididas separadamente por delegados de aquellos dicasterios y, poniendo a su lado

representantes de sus correspondientes corporaciones y sectores del pueblo, se habrá creado así un organismo que contendrá ordenadas principales fuerzas del mundo, sometiéndolas a examen y perfeccionamiento. La comisión central hará el resumen definitivo y su estructura se completará con algunas comisiones especiales y subcomisiones, así como con un comité para la propaganda y otro para la recaudación de fondos, y otros semejantes.” Ella se reservaba personalmente la institución de un comité intelectual en orden a ulteriores desarrollos de ideas fundamentales, naturalmente en conexión con todas las demás comisiones.

Nuevamente callaron todos, pero esta vez tranquilizados. El conde Leinsdorf, con la cabeza, repitió varias veces un signo de aprobación. Alguien, con el deseo de aclarar la cuestión, preguntó cómo había sido introducido en la Acción así proyectada el elemento genuinamente austríaco.

A responderle se levantó el general Stumm von Bordwehr; todos los demás oradores habían dirigido la palabra sentados. Sabía perfectamente -dijo- que al soldado se le había asignado en la sala del consejo una misión humilde. Si él hablaba no era para mezclarse en la crítica insuperable de las proposiciones presentadas hasta entonces, todas excelentes. Sin embargo, quería proponer, para terminar, una revisión de los siguientes puntos: la manifestación planeada debía influir en el exterior; lo que influye en el exterior es el poder del pueblo; por otra parte, la situación de la familia de los Estados europeos, como había dicho Su Señoría, era tal que una manifestación de aquel género no sería inútil; la idea de Estado era, en suma, la idea de la fuerza, como decía Treitschke: el Estado es la fuerza de mantenerse en lucha con los pueblos. Él tocaba en la conocida llaga, al recordar la no satisfactoria situación en que se encontraba, por

indolencia del Parlamento, nuestra artillería y nuestra marina. Invitaba a considerar -caso de no hallar otro fin distinto del existente- si no sería oportuna la participación del pueblo en el ejército y en su armamento. Si vis pacem para bellum. La fuerza que se despliega en tiempo de paz aleja la guerra o al menos la abrevia. Él podía garantizar que semejante medida promovería también la conciliación de los pueblos y que sería una manifestación característica de ideas pacifistas.

En aquel momento en la sala ocurrió algo extraño. La mayor parte de los asistentes tuvieron al principio la impresión de que aquella alocución no se acomodaría al carácter de la reunión, pero cuando el general elevó la voz, en progresión continuamente ascendente, todos le escucharon como si oyeran el paso marcial y tranquilizador de disciplinados batallones. La primitiva sensación de “Austria por encima de Prusia” resurgió

tímidamente, como si una banda militar tocase a lo lejos la marcha del Príncipe Eugenio al salir a combatir contra los turcos, o el himno “Dios salve a nuestro Emperador...”. Indudablemente, si el conde Leinsdorf, que no tenía tal intención, se hubiera levantado para proponer al prusiano Arnheim la dirección de la banda militar todos hubieran creído -en el ambiguo estado de exaltación en que se encontraban- oír el himno alemán “Salve, entre los laureles de la victoria...”, y nadie hubiera podido decir nada.

Al otro lado del agujero de la cerradura, dijo Raquel: -”[A]hora hablan de guerra!”

El haberse retirado al final de la pausa a la antesala contigua se debía también a que Arnheim se había hecho acompañar esta vez de Solimán. El tiempo había empeorado; por eso el joven moro siguió a su señor con un abrigo. Cuando Raquel le abrió la puerta, el moro le hizo un sencillo gesto de burla, pues

era un perverso berlinés, mimado en cierto sentido por las mujeres y sin el arte de aprovecharse debidamente de sus ventajas. Raquel pensó que debería hablarle en algún lenguaje moro; no se le ocurrió dirigirle una sola palabra en alemán; ante la necesidad de hacerse entender, tendió su brazo sobre la espalda del joven de dieciséis años, le condujo a la cocina, le presentó una silla y le sirvió pasteles y bebidas. En su vida había hecho cosa semejante; así es que, cuando se levantó ella de la mesa, le palpó el corazón como si fuera un almirez en el que se machaca azúcar.

- "¿Cómo se llama usted, señorita?" -preguntó Solimán en correcto alemán.

- "Rachelle" -respondió Raquel, y se fue corriendo. Solimán entretanto, hizo honor a los pasteles, al vino y a los bocaditos, encendió un cigarrillo y entabló conversación con la cocinera. Al volver Raquel, después de haber servido en la sala, el corazón le dio

un fuerte golpe. Dijo: -"Ahí dentro se van a tomar ahora medidas muy importantes."

Pero a Solimán no le hizo la más mínima impresión, y la cocinera rió.

- "De eso puede derivar una guerra" - añadió Raquel irritada y aquilatando al máximo la noticia del agujero de la cerradura, dijo que estaba ya a punto de desencadenarse.

Solimán escuchó. - "¿Asisten también generales austríacos?" - preguntó.

- "Mire usted mismo - respondió Raquel-; ha venido por lo menos uno." Y se dirigieron juntos al agujero de la cerradura.

La mirada recayó primero sobre un papel blanco, luego sobre una nariz; una sombra grande pasó de largo; después se vio brillar un anillo. La vida se descomponía en claros detalles; el tapete verde se extendía como un prado; una mano blanca descansaba sin sentido en el vacío, cérea, como en un panóptico; y mirando al sesgo pudo

ver brillar el fiador dorado del general. Incluso el mimado Solimán quedó impresionado Fabulosa y siniestra la vida se encrespaba, vista a través de la ilusión y de un agujero de cerradura. La posición encorvada de sus cuerpos en observación hacía zumbear la sangre en sus oídos y las voces a la otra parte de la puerta rumoreaban como en un riscal, luego resbalaron como sobre tableros enjabonados. Raquel se incorporó lentamente. Sintió alzarse el suelo bajo sus pies y el espíritu del acontecimiento la asedió, como si hubiese metido la cabeza bajo aquel paño negro de los fotógrafos o de los prestidigitadores. Después, se enderezó también Solimán y la sangre bajó temblando de sus cabezas. El pequeño negro sonrió y detrás de sus labios morados resplandeció una encía de rojo escarlata.

Mientras sonaba en la antesala como un leve soplo de trompeta entre los sobretodos de distinguidas personalidades, en el interior

de la sala se hacían las últimas observaciones. Antes, Su Señoría agradeció al general aquellas palabras de tan grande interés, y advirtió que por el momento tenía que prescindir de lo accesorio y limitarse a establecer las bases de la organización. A tal propósito, fuera de la adaptación del proyecto a las exigencias mundiales y según las trayectorias de los Ministerios, era necesario tomar una resolución final que reuniera los votos unánimes de todos los presentes, en cuanto se hubiera expresado el deseo del pueblo a través de la Acción y hubiera sido presentada a Su Majestad con el humildísimo ruego de poder disponer libremente de medios aptos en orden a su ejecución material. Esta resolución tendría la ventaja de facilitar al pueblo el fijarse a sí mismo -aunque mediando la Soberana Voluntad- la meta más justa; por indicación particular de Su Señoría, se había determinado -pues si bien se trataba sólo de una cuestión

de forma, se consideraba, sin embargo importante- que el pueblo no decidiese nada por sí solo y sin el segundo factor constitucional.

Los demás congregados no lo hubieran detallado tanto, pero tampoco tuvieron nada que oponer. Era natural que la sesión se cerrara con una revolución. Así como a una riña se le pone punto final con el cuchillo o una pieza musical termina con los diez dedos sobre las teclas o el bailarín su exhibición inclinándose ante su compañera, así también de ordinario las asambleas se clausuran con resoluciones. El mundo sería horroroso si sus acontecimientos desaparecieran sin hacer ruido, sin hacer constar el relieve de su existencia.

45 - Encuentro silencioso de dos cumbres

AL terminar la reunión, el doctor Arnheim, por sugerencia de Diotima maniobró discretamente las despedidas con el fin de quedarse el último; el señor Tuzzi había esperado por respeto, para no llegar a casa antes, de haberse cerrado la sesión.

En aquellos momentos, entre la salida de los huéspedes y el restablecimiento de la normalidad, en el ir y venir de una habitación a otra, interrumpido por órdenes sobre la marcha, por reflexiones y por la inquietud que late detrás de todo gran acontecimiento, Arnheim, sonriente, seguía a todas partes a Diotima con la mirada. Diotima sintió el movimiento vibratorio de su casa; todo lo que, debido a la asamblea,

había tenido que cambiar de puesto volvía ahora a su respectivo lugar; era como si una gran ola resbalara sobre innumerables hoyuelos y huecos de la arena. Y mientras Arnheim esperaba en señorial silencio a que ella y el movimiento que la circundaba volvieran a la calma, Diotima pensaba que, a pesar de haber pasado por su casa tanta gente, todavía no había conocido un hombre con el que hubiera convivido el mudo palpitante de la vivienda vacía tan familiarmente como con Arnheim, prescindiendo de su marido Tuzzi. De repente, turbó su pudor una imaginación completamente desacostumbrada; su vivienda desierta, en ausencia de su esposo, le pareció un pantalón en el que se había metido Arnheim. Hay imaginaciones que pasan por la mente de las personas más castas como monstruos nocturnos; el sueño maravilloso de un amor fusionador de cuerpos y espíritus iluminó el ser de Diotima.

Arnheim no lo sospechaba. Los pliegues de su pantalón caían perpendiculares sobre el espejo del suelo; su chaqué, su corbata, su rostro distinguido, sonriente, tranquilo, callaban; tan perfectos eran. Había tenido la intención de reprochar a Diotima el incidente ocurrido a su llegada y de prevenirle para el futuro; pero entonces, aquel hombre habituado a tratar de igual a igual con los mayores magnates americanos de las finanzas, que había sido recibido por emperadores y reyes, aquel nabab, capaz de pagar a cualquier mujer su peso en oro, veía en Diotima algo que le seducía, a pesar de llamarse en realidad Ermelinda o simplemente Hermine Tuzzi y de ser sólo la mujer de un alto funcionario. Para ese "algo" será necesario emplear aquí nuevamente la palabra "espíritu".

Ésta es una palabra usada con mucha frecuencia, pero no en las ocasiones más oportunas. Se aplica, por ejemplo, a aquello

que ha perdido el mundo moderno o que no se puede conciliar con la civilización; a lo que está en contraposición con los instintos corporales y hábitos conyugales; a aquello que fue excitado por un criminal, prescindiendo del sentimiento de indignación; a lo que la Acción Paralela debía rescatar; a la meditación religiosa y a la contemplatio in caligine divina del conde Leinsdorf; al amor que tienen muchas personas por las comparaciones, etc. La más notable de todas las características de la palabra “espíritu” es el hecho de que la juventud no la puede pronunciar sin reírse. Incluso Diotima y Arnheim se avergonzaban de emplearla sin asociarla a otra; y es que todavía resulta fácil afirmar que se posee un espíritu generoso, noble, pusilánime, valiente, vulgar; pero decir “mi espíritu” nos presenta dificultades que muchas veces no conseguimos superar. Es expresión de personas mayores, cosa comprensible si se tiene en cuenta que en el

correr de los años se hace más sensible algo para lo que urge buscar un nombre que no se encuentra hasta que, por fin, se decide uno a vencer la repugnancia y a emplear esa palabra, al principio despreciada.

¿Cómo se podría describir? Se puede decir o hacer lo que se quiera, lo esencial no es lo que se tiene delante, se ve, se oye, se desea, se toca o se violenta. Precede como un horizonte, como un semicírculo, pero los extremos de este semicírculo están unidos por una cuerda y el plano de esta cuerda atraviesa el centro del mundo. Por delante sobresalen las manos y la cara; sentimientos y aspiraciones se pasean enfrente y nadie duda de que aquello que allí se hace es siempre razonable o, al menos, apasionado; es decir, las circunstancias exteriores provocan nuestra actuación de un modo a todos inteligible; o bien, cuando poseídos de la pasión ejecutamos algo incomprensible, también esto tiene su modo y manera. Pero

por inteligible y coherente que todo esto aparezca, esta siempre acompañado por la oscura sensación de ser algo mediocre, una mitad. Falta equilibrio y el hombre avanza para no balancearse como un volatinero. Y ya que adelanta en la vida y deja atrás lo vivido, lo por vivir y lo vivido forman un muro y su camino parece al fin el de un gusano roedor de madera, que serpentea a su gusto y puede invertir la dirección de la marcha, pero que siempre deja detrás el espacio vacío. En esta tremenda sensación de un espacio ciego, recortado detrás del mazo, en mitad que sigue faltando, aunque todo es un entero, se reconoce finalmente aquello que recibe el nombre de "espíritu". Se sobreentiende, se adivina, se percibe en todo tiempo; en la más compleja variedad de compensaciones y según los temperamentos. En la juventud se revela en una clara sensación de inseguridad que acompaña toda acción, aunque sea buena. En la ancianidad es

el asombro de ver realizados unos pocos de los programas propuestos en la vida. Entre una y otra edad es el consuelo de sentirse una persona hábil y honesta, si bien no todo lo que se hace se puede justificar; también puede creerse que el mundo no es como debiera, de modo que a fin de cuentas lo equivocado u omitido se compensa con lo positivo; no pocas personas piensan de tejas arriba en un Dios que guarda en el bolsillo la pieza perdida. Sólo el amor tiene una disposición especial; en tal caso, de excepción, aparece la segunda mitad. El ser amado se presenta allí donde continuamente falta algo. Las almas se unen, por decirlo así, dos a dos y se hacen a sí mismas superfluas. Por eso la mayor parte de las personas, desvanecido un gran amor de juventud, no sienten más la falta del "espíritu"; de ahí se sigue que la conocida locura desempeña un importante papel social. Ni Diotima ni Arnheim habían amado. De Diotima es cosa sabida, pero

también el gran financiero poseía un alma casta en sentido amplio, había temido siempre que los sentimientos que despertaba en las mujeres no se debieran a su persona, sino a su dinero; en consecuencia vivía sólo con mujeres a las que no daba sentimientos, sino dinero. Nunca había tenido un amigo por miedo a que abusara de él, sino únicamente amigos de negocios, aun cuando el intercambio fuera de carácter espiritual. De modo que estaba repleto de experiencia, pero intacto y en peligro de quedarse solo, cuando conoció a Diotima; el destino la había reservado para él. Las fuerzas secretas de los dos se encontraron y eran sólo comparables al paso de los monzones, a la corriente del Golfo, a los movimientos sísmicos y volcánicos de la corteza terrestre; fuerzas infinitamente superiores a las del hombre, análogas a las estrellas, se pusieron en Movimiento, del ser del uno hacia el del otro, sobre las fronteras de las horas y de los días: torrentes

inmensos. En tales circunstancias, lo de menos es lo que se dice. Sobre los pliegues rígidos del pantalón, el cuerpo de Arnheim parecía elevarse en la soledad divina de un monte gigantesco. Unida a él por las ondulaciones del valle, Diotima se erguía enfrente, resplandeciente de soledad, envuelta en su vestido a la moda con pliegues recogidos a la altura de los hombros, desplegado más arriba del vientre y acariciando artísticamente la tersura de sus pechos; bajo las rodillas ondeaba tranquilo en torno a las piernas. Los abalorios de las cortinas reflejaban, como las aguas de un estanque, las lanzas y flechas que las paredes irradiaban entre el plumaje de su mortífera pasión y los volúmenes amarillos de Calman-Lévy callaban sobre las mesas, como limones. Omitimos por respeto lo que se dijo al principio.

46 - Ideales y moral son el mejor medio de llenar el gran hueco que algunos llaman espíritu

ARNHEIM fue el primero en salir del éxtasis. A su parecer, no era posible permanecer más tiempo en aquel estado sin caer en un vacío sordo, hueco, sereno, o sin sustituir el recogimiento por un tinglado de pensamientos y persuasiones que no eran ya de su incumbencia.

Un medio que mata el espíritu, pero que al mismo tiempo lo conserva enlatado para el consumo general, es el acto de mezclarlo con la razón, con las convicciones y con los procedimientos prácticos; así lo han usado con éxito todas las morales, filosofías y religiones. Dios sabe, según queda dicho, qué es

en realidad el espíritu! No hay lugar a dudas de que el ardiente deseo, aunque no sea más que de escuchar su voz, deja un margen amplísimo, una verdadera anarquía; tenemos ejemplos de ello en los delitos perpetrados por espíritus, digamos, químicamente puros. En cuanto un espíritu tiene moral, religión, filosofía, profunda instrucción burguesa e ideales en los campos del deber y de la estética, recibe como regalo un sistema de preceptos, condiciones y disposiciones de ejecución que debe observar antes de creer ser un espíritu digno de atención; su incandescencia es semejante a la de los altos hornos, conducido a través de un hermoso rectángulo de arena. Bien mirado, quedan sólo los problemas lógicos de interpretación, por ejemplo, si tal o cual acción está bajo la vigilancia de este o de aquel mandamiento, y el espíritu ofrece el aspecto tranquilo de un campo de batalla donde yacen inmóviles los muertos y se advierten sin esfuerzo los restos

de vida que gimen o se levantan. Por eso el hombre acelera el paso cuanto puede. Si le atormentan crisis de fe, como sucede a veces en la juventud, se hace perseguidor de infieles; si le incomoda el amor, lo transforma en matrimonio; y si le arrebatara el entusiasmo por alguna otra cosa, se sustrae a la imposibilidad de vivir permanentemente su fuego, comenzando así a vivir para ese fuego. Esto significa que rellena los muchos momentos de su día -cada uno de los cuales exige un contenido y un estímulo- no con el estado ideal, sino con la actividad necesaria para alcanzar su ideal, o sea, con los muchos medios, obstáculos e incidentes que le dan plena garantía de no tener más necesidad de alcanzarlo. Porque sólo los locos, los desequilibrados y los maniáticos pueden resistir largo tiempo al fuego del entusiasmo; el hombre sano debe contentarse con declarar que, sin una chispa de este misterioso fuego, la vida no vale la pena vivirse.

La existencia de Arnheim estaba saturada de actividad; era un hombre positivo y había escuchado, con una sonrisa complaciente y no sin “comprender la actitud social de la senectud austríaca, el plan de fundar un “Comedor Francisco José” y el discurso sobre la relación existente entre el sentido del deber y las marchas militares; se guardó muy bien de “reír, como hizo Ulrich, porque estaba convencido de que avasallar grandes pensamientos demuestra menos valor y superación que acomodar correctamente el propio pensamiento a los espíritus adocenos y algo ridículos.

Pero cuando Diotima, aquella figura clásica con cierto aire vienés, pronunció la dicción “Austria universal”, dicción tan ardiente y también así tan incomprensible como una llama, sintió algo conmovedor.

La gente contaba una historia de él. En su casa de Berlín tenía una sala llena de esculturas barrocas y góticas. La Iglesia

católica (a la que Arnheim profesaba un gran amor) suele representar a sus santos y a los abanderados del bien en actitudes de estático arrobamiento. En la casa de Arnheim los santos morían en todas las posiciones y el alma retorció su cuerpo como un estropajo al que se le escurre el agua. Los brazos, cruzados como espadas, y los cuellos heridos, ausentes del mundo y reunidos en una habitación extraña, evocaban la idea de un conciliábulo catatónico en un manicomio. La colección era muy apreciada y atraía muchos artistas a la casa de Arnheim; con ellos conversaba él sobre temas eruditos, pero a menudo también se sentaba solo en su sala. La impresión que entonces experimentaba era distinta; se quedaba pasmado como ante un mundo medio loco. Sentía que al principio había ardido en la moral un fuego inefable y al contemplarlo un espíritu como el suyo, no podía menos de extasiarse en las brasas consumidas. Aquella oscura visión de lo que

todas las religiones y mitologías expresan, al enseñar que las leyes elementales han sido transmitidas al hombre por los dioses, el presentimiento de un estado original del alma, que no debía de ser muy seguro y que sin embargo agradó a los dioses, dejaba un margen extraño de inquietud en torno a su dilatado pensamiento, por lo demás tan engreído. Arnheim tenía además un jardinero, un hombre profundamente sencillo, como él decía, y con él se entretenía frecuentemente hablando sobre la vida de las flores, porque de un hombre así se puede aprender más que de un sabio. Hasta que Arnheim un día se dio cuenta de que aquel obrero le robaba. Se puede decir que hacía desaparecer, con una especie de desesperado encarnizamiento, todo lo que pillaba, y ahorraba el producto para independizarse; éste era el pensamiento que le dominaba día y noche; pero una vez desapareció también una pequeña escultura que la policía descubrió en su poder. La tarde

en que Arnheim fue informado del descubrimiento hizo llamar al hombre y se pasó toda la noche reprendiéndole por el descarrío de su apasionado instinto lucrativo. Se decía que él mismo se puso muy nervioso y que estuvo a punto de retirarse a llorar a una oscura habitación contigua. Sentía envidia de aquel hombre por motivos que no sabía expresar; a la mañana siguiente lo entregó a la Policía.

La historia había sido confirmada por amigos íntimos de Arnheim; y casi estuvo también él a punto de contarla al encontrarse ahora con Diotima, solos los dos en una habitación, sintiendo el arder silencioso del mundo alrededor de las cuatro paredes.

47 - Arnheim reúne en una persona los atributos de todos los demás por separado

EL salón de Diotima adquirió enormes proporciones en las semanas siguientes. Muchísimas personas acudieron a él interesadas en saber las últimas noticias de la Acción Paralela y por ver al nuevo hombre al que, según se decía, Diotima acababa de conquistar: el nabab alemán, un judío opulento, un tipo original que escribía poesías, fijaba el precio del carbón y era amigo personal del Emperador de Alemania. No solamente visitaron el salón señoras y caballeros del círculo del conde Leinsdorf y la diplomacia, sino también representantes de la vida económica y de Intelectualidad burguesas.

Era una cosa nunca vista: vivía allí un hombre que hablaba a cada uno en su propia lengua; este hombre era Arnheim. Se mantenía apartado de las asambleas oficiales, después de la desagradable experiencia al comienzo de la primera reunión; pero tampoco tenía mucho trato social, pues con frecuencia se ausentaba de la ciudad. Del cargo de secretario se había desistido naturalmente; él mismo había convencido a Diotima de la incompatibilidad de su idea; Diotima no podía ver a Ulrich sin considerarle un usurpador; sin embargo, se acomodó al juicio de Arnheim. Éste iba y venía; transcurrían tres o cinco días hasta que volvía de París, de Roma o de Berlín; la vida de Diotima representaba para él una porción de la suya. Pero Arnheim la anteponía a cualquier otra y se hacía presente en ella con toda su persona.

Que supiera hablar de industria con industriales y de economía con Jaqueros era

asunto sobreentendido; admirable era su capacidad para hablar sin limitaciones sobre física molecular, sobre misticismo y sobre tito, de pichón. Era un hablador extraordinario; cuando comenzaba no había quien le interrumpiera, igual que lo que ocurre con un libro: no se puede acabar hasta haber escrito todo aquello que urge decir; el estilo de discurso era elegante, ágil, apacible, casi melancólico, como un arrobo ribeteado de sotos oscuros, lo cual hacía su locuacidad ineludible. Su audición y su retentiva eran ilimitadas; conocía la terminología propia de cada rama del saber y los nombres de todas las personas importantes de la aristocracia inglesa, francesa o del Japón; citaba también con la misma naturalidad los hipódromos y campos de golf de Europa, así como los de Australia y América. Los cazadores de gamuzas, los domadores de caballos y los mecenas del teatro que venían a ver al extravagante judío, abandonaban la casa de

Diotima con un reverente movimiento de cabeza.

Su Señoría tomó aparte a Ulrich y le dijo: -"¿Sabe usted? La ariscada de los últimos cien años ha tenido mala suerte con sus pretores. Antiguamente fueron todos personas que en su mayor parte pasaron luego a las enciclopedias y estos mentores atraieron también maestros de música y pintura que nos han dejado obras meritorias a las que hoy día se les llama "nuestra antigua cultura". Pero desde que se abrieron escuelas para todos y hay gente de mi círculo (¡perdón!) que logra el título de doctor, los preceptores están de capa caída. Nuestra juventud hace bien en dedicarse a la caza del faisán y del jabalí, en entretenerse cabalgando y cortejando mujeres bonitas... ¿Quién dice algo en contra siendo joven? Sin embargo, en aquellos tiempos los preceptores enderezaron una parte de aquella energía juvenil y la emplearon en la caza del arte y de

la cultura tan entusiásticamente como en la del faisán; esto se echa ahora de menos.” Ideas semejantes se le ocurrían muchas veces a Su Señoría; de repente, se volvió a Ulrich cara a cara y concluyó: -”¿Ve usted? Fue el fatal año cuarenta y ocho el que separó la burguesía de la nobleza en detrimento de ambos.” Miró preocupado a su alrededor. Se enfadaba cada vez que los oradores de la oposición hacían alarde de cultura burguesa en el Parlamento y hubiera querido que la verdadera cultura burguesa fuera también prerrogativa de la nobleza; pero la pobre nobleza no veía nada en ella, la consideraba un arma invisible con la que era golpeada; y dado que a lo largo de su desarrollo fue perdiendo fuerza y prestigio, acudió a la casa de Diotima para examinar las cosas. Al conde Leinsdorf se le oprimía el corazón cuando observaba aquel estado de cosas; hubiera deseado más seriedad en el aprovechamiento de las posibilidades que

ofrecían las reuniones de aquella casa. -"Señor conde, a la burguesía le va actualmente con los intelectuales igual que, en su tiempo, a la nobleza con los preceptores -intentó consolarle Ulrich-. Éstos son para él gente extraña. Vea usted mismo cómo se quedan todos con la boca abierta ante este doctor Arnheim."

Pero el conde Leinsdorf se había referido todo el tiempo sólo a Arnheim. -"Por lo demás, esto ya no es cultura -continuó Ulrich-, es un fenómeno como un arco iris al que se puede agarrar del pie y tocarle como se quiera. Él habla de amor y de economía, de química y de viajes en cayuco, es científico, gran propietario y bolsista; en resumen, reúne en una persona lo que nosotros en muchas; es admirable. ¿Mueve usted la cabeza? Yo estoy, sin embargo, convencido de que la nube del llamado progreso del tiempo, al que nadie ve por dentro, nos lo ha colocado delante de nosotros."

-”No he movido la cabeza por usted -dijo Su Señoría-, estaba pensando en el doctor Arnheim. Hay que conceder a cada uno lo suyo y reconocer que ese hombre es una interesante personalidad.”

48 - Los tres motivos de la fama de Arnheim y el secreto de todo

ÉSTE no fue más que el producto natural del influjo ejercido por la persona del doctor Arnheim.

Era un hombre de gran envergadura.

Su actividad se extendía sobre todos los continentes de la Tierra, así como sobre los del saber. Conocía todo: los filósofos, la economía, la música, el mundo, el deporte. Hablaba correctamente cinco idiomas. Los artistas más famosos del mundo eran amigos suyos, compraba el arte del futuro al por mayor y a bajo precio. Frecuentaba la Corte imperial y se entretenía con obreros. Poseía una villa ultramoderna, reproducida ya en todas las revistas de arquitectura, y también

un viejo palacio tambaleante en el mercado del rastro aristocrático que parecía la cuna apolillada del pensamiento prusiano.

Tal capacidad comprensiva y receptiva va rara vez acompañada de productividad propia; pero Arnheim también en esto era una excepción. Una o dos veces al año se retiraba a su finca y escribía las memorias de su vida intelectual. Estos libros, buena parte de los cuales habían sido ya publicados, fueron traducidos a muchas lenguas; en un médico enfermo no se tiene confianza, pero lo que dice uno que sabe cuidarse a sí mismo tiene que encerrar una dosis de verdad. Ésta era la primera fuente de su fama.

La segunda brotaba del elemento científico. La ciencia goza de alto crédito, y con razón. Pero si un hombre da sentido a la vida consagrándose, por ejemplo, al estudio de las actividades renales, hay, en consecuencia, momentos -momentos humanísticos, se entiende- que evocan el recuerdo de

la relación entre los riñones y la nación. Por eso se cita en Alemania tan frecuentemente a Goethe. Si un académico quiere demostrar que no sólo posee erudición sino también un espíritu vivo y Prometedor, sepa que lo puede conseguir sobre todo mediante referencias a escritos cuyo conocimiento proporciona honor y promete dividendos como una acción bancaria en alza; por eso, las citas de los libros de Paul Arnheim disfrutaban de un favor siempre creciente. Las excursiones a los campos de la ciencia que efectuaba para sostener sus opiniones generales no siempre contentaban a los más exigentes. Mostraban ciertamente una gran erudición recreativa, pero el especialista advertía las pequeñas inexactitudes y equivocaciones reveladoras del diletantismo, así como basta observar la costura de un vestido para distinguir si está hecho a medida por un buen sastre, o es de baratillo. No se debe creer, sin embargo, que esto impedía a los especialistas admirar a

Arnheim. Sonreían satisfechos de sí mismos; su persona les imponía por su modernidad, era un hombre del que hablaba la prensa entera, un rey de la economía; sus obras, comparadas con las obras intelectuales de los reyes precedentes, eran sin duda superiores; y aunque a veces podían advertirle que ellos opinaban, en la materia de su especialidad, de manera distinta que él, se manifestaban al mismo tiempo agradecidos de poder hacerlo y reconocían en su persona al intelectual genial, sencillamente universal, lo que, en boca de especialistas, vale tanto como declarar entre hombres que la hermosura de una mujer corresponde al ideal estético del gusto femenino.

La tercera fuente de ingresos para la fama de Arnheim estaba en la economía. No le iba mal con sus expertos capitanes; si ajustaba con ellos un contrato, los mejores bocados se los llevaba él. Sin embargo, no era considerado como un gran hombre de

negocios; le llamaban “el príncipe heredero”, para distinguirle de su padre que tenía un habla corta y torpe, pero que poseía como compensación un sensibilísimo sentido del sabor para los manjares del negocio. A éste le temían y veneraban; en cambio, sonreían cuando “el príncipe heredero” les presentaba sus condiciones y exigencias filosóficas, que no faltaban en ninguna de sus conversaciones, aun en las de temas más dispares. Se había hecho famoso porque en las reuniones del consejo de administración acostumbraba a citar poetas y afirmaba que la economía no se debiera disociar de las demás actividades humanas y que era necesario cultivarla, relacionándola íntimamente con los demás problemas de la vida nacional, intelectual e incluso de la vida particular. Pero de todos modos, aunque sonreían, no podían olvidar que Arnheim-hijo se hacía valer cada vez más ante la opinión pública, precisamente por esta manera de filosofar sobre los

negocios. En las hojas informativas de finanzas, en las secciones de política y cultura de los periódicos más notables de todas las naciones, frecuentemente se hacía mención de él, de los trabajos de su pluma, de sus discursos, de sus visitas a un soberano o a una sociedad de artistas y en ninguno de los círculos de los más grandes empresarios había un hombre del que se hablara tanto como de él. No se crea, sin embargo, que los señores presidentes, consejeros de administración, directores generales y directores de banca, de hoteles, de fundiciones, de navieras, son tan malévolos como a veces aparentan. Prescindiendo de su sentido muy desarrollado de procreación, la razón íntima de su vida es la del dinero, y esta razón está provista de dientes muy sanos y de un óptimo estómago. Todos están convencidos de que el mundo iría mucho mejor si se dedicara al juego libre de la oferta y la demanda, en lugar de preocuparse tanto por la

construcción de acorazados y bayonetas y del trato de majestades y diplomáticos desconocedores de las ciencias económicas; pero puesto que el mundo es como es y ya que, según un antiguo prejuicio, una vida que redunde primero en ventaja propia y, a través de ella, en bien de los demás es menos estimada que la caballeridad y las ideas políticas, y por ocupar los empleos estatales un plano moral más elevado que los privados- fueron ellos los últimos en olvidarlo y se aprovecharon notoriamente de las ventajas que ofrecían al bienestar público las negociaciones armadas acerca del trazado de fronteras y el reclutamiento militar contra huelguistas. El negocio conduce por este camino a la filosofía, pues sólo los criminales se atreven hoy día a hacer daño a los demás hombres sin filosofar. Así se acostumbraron a ver en Arnheim-hijo una especie de nuncio apostólico de sus asuntos. Con toda la ironía que se reservaban para sus caprichos, se

sentían satisfechos de tener en él a un representante capaz de defender sus intereses, tanto en una conferencia episcopal como en un congreso de sociólogos; terminó por ejercer sobre ellos un influjo semejante al de una mujer hermosa y culta que desdeña la eterna actividad comercial del marido, pero que es útil para el negocio al ser admirada por todos. Ahora basta imaginarse el efecto producido por la filosofía de Maeterlinck o de Bergson, al ser aplicada a los problemas del precio del carbón o de la política sindical, para calcular la medida del triunfo que Arnheim podía alcanzar en asambleas de industriales o en las oficinas directrices de París, de San Petersburgo o de Ciudad del Cabo, si se presentaba en ellas como enviado de su padre, haciéndose escuchar desde el principio hasta el fin. Los resultados eran tan imponentes como inefables y de todo aquello surgía la fama de su superioridad y de su mano maestra.

Mucho se podría hablar todavía sobre los éxitos de Arnheim. Digamos algo de esos diplomáticos que efectuaban negociaciones económicas -importantes, aunque extrañas para ellos- con la prudencia de hombres a los que se les confía el cuidado de un elefante poco digno de confianza. Arnheim en cambio trataba al elefante con la despreocupación de un guarda indígena. También podríamos hablar de los artistas a los que rara vez fue útil, pero que, a pesar de todo, tenían la impresión de tratar con un mecenas. Por fin, de los periodistas que tenían derecho a ser presentados los primeros, porque mediante sus elogios y propaganda consiguieron hacer de Arnheim un gran hombre sin advertir el efecto inverso: en realidad les había colocado una pulga en la oreja y ellos creían oír el crecer de la hierba. La cristalización de sus éxitos era en todas partes igual; rodeado de la fascinación de la riqueza y de la fama, tenía que alternar con personas que le aventajaban

en sus respectivas especialidades; no obstante, admiraban éstos su erudición, sorprendente en un profano como él, y les intimidaba ver unidos en su persona varios mundos de los que no tenían ni noción. Así se les hizo natural que apareciera ante una sociedad de especialistas como una enciclopedia, como un todo o un entero. De cuando en cuando se cernía sobre él una especie de edad weimariana o florentina de la industria y del comercio, la hegemonía de poderosas personalidades, empeñadas en extender el bienestar y obligadas a adquirir atributos para coordinar y dirigir las diversas producciones técnicas, científicas y artísticas. Las aptitudes para ello las sentía él en sí mismo. Poseía el talento de no mostrarse superior en los detalles y en los asuntos demostrables, pero siempre conseguía salir a flote en cualquier situación, gracias a su equilibrio, automáticamente renovado, el cual es quizá la cualidad fundamental de un político;

Arnheim estaba además convencido de que aquello era un misterio profundo. Lo llamaba “el secreto de todo”. También la belleza de una persona no consiste en algo particular y demostrable, sino en un hechizo que aprovecha incluso pequeñas fealdades; del mismo modo, la bondad y el amor, la dignidad y la grandeza de un hombre son casi independientes de sus acciones y están dispuestos a ennoblecer a éstas. Misteriosamente, la vida fija sus detalles. La gente menuda reúne virtudes y defectos; el gran hombre confiere a sus atributos categoría. Si el secreto de sus éxitos radica en el hecho de no poder explicarlos atendiendo a sus méritos y a sus cualidades, aquella existencia de una fuerza por encima de cualquiera de sus externas manifestaciones es precisamente el secreto que encierra la grandeza de la vida. Así había escrito Arnheim en uno de sus libros; mientras lo redactaba, creyó tocar lo

sobrenatural por la extremidad de su manto,
ilusión ue proyectó en el texto.

49 - Incipientes contrastes entre antigua y nueva diplomacia

EL trato con personas cuya especialidad era su rancio abolengo no constituía excepción a aquella regla. Arnheim disimulaba su propia distinción y se limitaba tan modestamente a la aristocracia intelectual, consciente de sus privilegios y limitaciones, que al poco tiempo los portadores de títulos de nobleza se conducían a su lado como si tuvieran las espaldas encorvadas por el peso de sus nombres. Quien mejor alcanzaba a verlo era Diotima. Ella descubrió “el secreto de todo” con la inteligencia de un artista que ve realizado el sueño de su vida de una manera que no admite retoques.

Diotima se había reconciliado ya con su salón. Arnheim le había prevenido contra toda excesiva estimación de las organizaciones externas; vulgares intereses materiales hubieran dominado sobre la recta intención; él daba más importancia a la sala.

El señor Tuzzi expresó sus temores de que por aquel camino no podrían superar el abismo de discursos.

Se había sentado pierna sobre pierna y cruzado ante ellas sus manos descarnadas, oscuras, de pronunciadas venas; con su bigotillo y su mirada meridional, parecía junto a Arnheim -en actitud dominadora y vestido con un impecable traje de tela suave- un carterista levantino al lado de un potentado. Eran dos eminencias opuestas; la austríaca que, siguiendo su gusto mucho más complicado, se permitía una postura negligente, no se consideraba inferior. El señor Tuzzi se dejaba informar con displicencia de los avances de la Acción Paralela, como si no le

correspondiera enterarse directa e inmediatamente de lo que sucedía en su casa. -"Estaría bien que se nos diera a conocer cuanto antes lo que se proyecta"- dijo y miró a su esposa y a Arnheim con una sonrisa benévola, como queriendo significar: al parecer soy persona extraña. Después refirió que la obra conjunta de su mujer y del conde Leinsdorf estaba ya preocupando mucho a las autoridades. En la última audiencia con Su Majestad, el Ministro había intentado averiguar qué manifestaciones externas podrían contar con la augusta anuencia, o sea, hasta qué punto agradaría al Soberano el plan de promover, adelantándose al tiempo, una Acción pacifista de alcance internacional; ésta sería la única posibilidad -declaró Tuzzi- de dar forma política a la idea de Su Señoría sobre la universalización de Austria. Pero Su Majestad -continuó- con su típica conciencia y reserva, conocidas por todo el mundo, se había defendido enérgicamente

en dialecto vienés: “Bah! No me gusta que me empujen hacia adelante”; y por lo tanto no se sabía si Su Majestad manifestó oposición o no.

Tuzzi hablaba sobre los pequeños secretos de su profesión con la delicada indecidez de quien al mismo tiempo se reserva los secretos mayores. Terminó diciendo que las embajadas deberían medir la atmósfera de las cortes extranjeras, porque la propia no era segura, y había que ganar terreno. En definitiva, las posibilidades eran muchas, desde la convocación de una conferencia de paz, pasando por un convenio de veinte monarcas, hasta una dotación al palacio de La Haya con cuadros de artistas austríacos o una institución benéfica para niños y huérfanos de trabajadores domésticos. Añadió la pregunta de qué pensaba la Corte prusiana sobre el jubileo.

Arnheim respondió que no estaba informado. El cinismo austríaco le repelía; el que

tan elegantemente hablaba se sentía atado en presencia de Tuzzi como un político que quiere dar a entender que cuando se habla de asuntos de Estado se ha de emplear un tono frío y grave. De ese modo las dos contrastantes eminencias -el hombre público y el hombre privado- se presentaron, no sin intenciones de rivalidad, ante Diotima. Póngase un galgo junto a un dogo, un sauce junto a un álamo, un vaso de vino sobre un campo roturado, o un retrato en un barco de vela en vez de en un salón de exposiciones; en suma, compárense dos vidas selectas y características, la una frente a la otra; entre ambas se abre un vacío, una sima, una pernicioso ridiculez sin fondo. Eso sintió Diotima en sus ojos y en sus oídos sin entenderlo; asustada, dio un giro a la conversación, al mismo tiempo que declaraba resueltamente a su marido que ella, con la Acción Paralela, intentaba obtener, ante todo, un gran resultado espiritual y que, mientras estuviera

ella en la dirección, apoyaría sólo los postulados de hombres auténticamente modernos.

Arnheim reconoció agradecido que al pensamiento se le había restituido su dignidad. Puesto que debía prevenirse ante ciertos peligros de itindimiento, no quería jugar con los acontecimientos que en gran parte justificaban sus encuentros con Diotima, así como tampoco está para bromas ni para jugar con su salvavidas un náufrago a punto de ahogarse. Pero admirado y no sin titubeos en la voz, preguntó a Diotima a quiénes pensaba elegir para el grupo de intelectuales directivos de la Acción Paralela.

Diotima no se había decidido todavía; los días de convivencia con Arnheim le habían inspirado tantas ideas e iniciativas que no había logrado resumirlas. Arnheim le había dicho y repetido que no importaba tanto el carácter democrático de las comisiones cuanto la personalidad y competencia de sus miembros; ella había pensado al oírlo:

tú y yo, aunque no se decidiera así o lo reconociera nadie. Probablemente fue éso lo que le recordó el pesimismo de la voz de Arnheim, porque respondió:

”¿Existe todavía algo que se pueda llamar grande e importante para realizarlo en seguida?”

”El distintivo de un tiempo que ha perdido la seguridad interior de épocas mejores -observó Arnheim- es la dificultad de adquirir el título superlativo de importantísimo y eminente.”

El señor Tuzzi fijó sus ojos en un pequeño resto de ceniza caído sobre su pantalón, de modo que su sonrisa se pudo interpretar como consentimiento.

”¿Qué podría ser eso de hecho? -siguió Arnheim indagando-. ¿La religión?”

El señor Tuzzi elevó la sonrisa; Arnheim no había pronunciado la palabra con el énfasis y el aplomo de días anteriores en

compañía de Su Señoría, pero sí con sonora seriedad.

Diotima protestó contra la sonrisa de su marido y replicó: -"¿Por qué no? También la religión!"

"Cierto; pero, puesto que se trata de tomar una resolución práctica: ¿piensa usted nombrar a un obispo para una comisión que persigue en la Acción un fin temporal? Dios, hoy día, está pasado de moda; no nos lo podemos representar vestido de frac, afeitado y peinado, sino que estamos acostumbrados a verle en actitud patriarcal. ¿Y qué existe además de la religión? ¿La Nación? ¿El Estado?"

Diotima se alegró de oír hablar así a su marido, porque Tuzzi consideraba al Estado como asunto masculino sobre el que no trataba en presencia de mujeres. Entonces calló e hizo un gesto con los ojos dando a entender que sobre aquel tema habría todavía mucho que decir.

”¿La ciencia? -repuso Arnheim-. ¿La cultura? Queda el arte. En verdad le pertenecería a él reflejar la unidad de la vida y su orden interior, pero ya conocemos el cuadro que ofrece actualmente: anarquía general; extremos sin conexión. La nueva, mecanizada vida social y sentimental fue cantada épicamente, ya al comienzo, en las obras de Stendhal Balzac y Flaubert. Dostoievsky, Strindberg y Freud descubrieron los demonios del subconsciente; nosotros, los que vivimos hoy, tenemos la sensación de que ya no nos queda nada más por hacer.”

El jefe de sección Tuzzi declaró que cuando quería leer algo bueno recurría a Homero o a Peter Rosegger.

Arnheim comprendió la observación. -”Debería usted añadir la Biblia. Con la Biblia, Homero y Rosegger o Reuter se puede bandear uno. Aquí nos encontramos en la médula misma del problema. Supongamos que apareciera en el mundo un nuevo

Homero; preguntémonos sinceramente si seríamos capaces de escucharle. Creo que debemos responder negativamente. No lo tenemos porque no lo necesitamos -Arnheim estaba montado en la silla y galopaba-. **Si** necesitáramos de él, lo tendríamos! Al fin y al cabo, en la historia del mundo no sucede nada negativo. ¿Qué puede significar que nosotros traslademos al pasado los hechos más grandes y fundamentales? Ni a Homero ni a Cristo ha dado nadie alcance en su posteridad; de superación, ni hablar. No hay libro más bello que el Cantar de los Cantares; el gótico y el Renacimiento preceden a los tiempos modernos como un paisaje alpino al comienzo de una llanura. ¿Dónde se encuentran hoy día figuras dominantes de relieve? **Qué** asmático aparece el tipo de Napoleón junto al de los faraones, qué modestas las obras de Kant junto a las de Buda, la poesía de Goethe al lado de la de Homero! En resumidas cuentas, nosotros vivimos y

debemos vivir para algo; ¿qué conclusión sacamos? Ninguna otra que..." Aquí interrumpió Arnheim sus consideraciones y manifestó que no se atrevía a decirlo pues la única conclusión posible era que todas las cosas consideradas importantes y grandes no tienen nada que ver con aquello que constituye la fuerza más íntima de nuestra vida.

- "¿Y cuál sería ésta?" -preguntó el señor Tuzzi. (Contra la afirmación de que se da importancia excesiva a la mayor parte de las cosas no había tenido nada que argüir.)

- "Nadie lo puede afirmar hoy día -respondió Arnheim-. El problema de la civilización cabe resolverlo únicamente con el corazón, con la aparición de una nueva persona, con la visión interior y la voluntad pura. La razón no ha sabido hacer otra cosa que debilitar el gran pasado y reducirlo al liberalismo. Pero quizá no alcanzamos nosotros a abarcar la lejanía y calculamos con

medidas demasiado imperfectas; a cada momento el mundo puede dar la vuelta.”

Diotima había querido advertir que, en ese caso, la Acción Paralela no tendría nada que hacer. Pero el rostro oscuro de Arnheim arrebató intención. Quizá conservaba todavía restos de sus costumbres de cuando tenía que aprender “pesadas lecciones” y se quejaba si se veía en la obligación de leer los libros más recientes y de hablar sobre pintura moderna; el pesimismo en materia de arte le liberaba de muchas bellezas que en realidad no le habían agradado nunca; el pesimismo en materia de ciencia atenuaba su temor ante la civilización, ante el exceso de ramificaciones del saber y de sus influencias. Así el juicio negativo de Arnheim sobre los tiempos modernos fue para ella un beneficio que se hizo sentir inmediatamente. Su corazón quedó atravesado por el grato pensamiento de que la melancolía de

Arnheim estaba relacionada de algún modo con ella.

50 - Desarrollo ulterior. El señor Tuzzi se propone estudiar la persona de Arnheim

DIOTIMA había acertado. Desde el momento en que Arnheim notó que los senos de aquella maravillosa mujer -que había leído sus libros digiriéndolos en su alma- se enderezaron y conmovieron, accionados por un resorte inconfundible, él quedó cautivo de una turbación extraña. Para expresarla brevemente y con palabras suyas: era la turbación del moralista que inesperadamente encuentra el cielo en la tierra; si se quiere comprender su situación, basta imaginarse cómo nos iría si alrededor nosotros existiera solamente ese charco azul y sereno con flotantes espumas lechosas.

Bien considerado, el moralista es un hombre ridículo y desagradable, enseña el olor de aquella pobre gente resignada que considera a la al como su monopolio; la moral necesita grandes problemas para sacar de ellos su importancia y significado, y por eso Arnheim había buscado siempre el complemento de su propia naturaleza moralizadora en los acontecimientos del mundo, en la historia universal, en la interpretación ideológica de su propia actividad. Su ocupación favorita era trasladar los pensamientos a la esfera del poder y negociar sólo en conexión con los problemas intelectuales. Gustaba recoger ejemplos de la historia para darles nueva vida; la figura que representan las finanzas en la actualidad es semejante a la de la Iglesia católica, o sea, una potencia eficiente entre bastidores, transigente e intransigente en sus relaciones con las fuerzas dominantes. Frecuentemente comparaba su actividad con la de un cardenal. Esta vez había salido de

viaje por simple capricho; y si bien no solía emprender nunca viajes impensados, no se acordaba de los motivos que le movieron a proyectar aquel plan, por lo demás interesante. El plan del viaje había surgido como una inspiración inesperada y como una decisión repentina, y era quizá por esta circunstancia de libertad que un viaje turístico a Bombay le hubiera parecido menos exótico que el que había hecho a aquella metrópoli austríaca. La idea, absolutamente inconcebible en Prusia, de haber sido invitado a desempeñar un papel en la Acción Paralela había hecho el resto y le había conducido a una disposición de ánimo fantasmagórica e ilógica, como un sueño cuyas contradicciones no escapaban a su sentido práctico, sin que éste desvirtuara el estímulo de la fábula. Probablemente hubiera podido conseguir el fin de su viaje con medios más sencillos y por el camino más corto, pero prefería considerarlo un viaje de vacaciones para la

razón, y su espíritu de negociante le castigaba por tal evasión al mundo quimérico, diluyendo el punto negro de la moral (al que se debía haber entregado), en una grisácea generalidad.

Para una segunda meditación en la oscuridad, como aquella en presencia de Tuzzi, no se dio otra ocasión; la causa era que el señor Tuzzi andaba siempre con prisas, y Arnheim debía repartir sus palabras entre las más diversas personas que encontraba en aquel bello país con una asombrosa capacidad receptiva. Delante de Su Señoría llamó una vez “infructuosa” a la crítica y “ateo” al presente, dando a entender que sólo el corazón podría redimir al hombre de una existencia tan negativa y -para Diotima- añadió que únicamente las cultas regiones del sur de Alemania serían capaces de preservar al espíritu alemán -y quizá también al mundo- de los desórdenes del racionalismo y de la manía de calcular. En un círculo de señoras

habló sobre la necesidad de organizar la ternura del sentimiento para salvar a la humanidad de la fiebre de armarse y de abolir el espíritu. A los hombres les comentó la sentencia de Hölderlin de que en Alemania ya no hay hombres sino profesiones. -"Y nadie puede realizar algo en su profesión sin un sentido para la unidad superior; cuánto menos un financiero" -así acabó su disertación.

Generalmente se le escuchaba con agrado, pues era hermoso ver que un hombre de tantas ideas tuviera también dinero; y la circunstancia de que ninguno de los que hablaban con él se iban con la impresión de que una empresa como la Acción Paralela fuese un asunto sospechoso, cargado de las más peligrosas contradicciones intelectuales, afirmaba en todos la convicción de que nadie hubiera sido tan apto como él para asumir la dirección de aquella aventura.

El señor Tuzzi no hubiera sido, sin parecerlo, uno de los principarles diplomáticos de su país, si no hubiera reparado en la presencia de Arnheim y de los motivos por los que estaba en su casa; no salía de su asombro. Pero no lo demostraba porque un buen diplomático no debe revelar nunca sus pensamientos. Aquel forastero le resultaba sumamente antipático, personalmente, pero, digámoslo así, también por principio; y el haber elegido el salón de su mujer como campo de operaciones con miras secretas Tuzzi lo consideraba una provocación. No había creído ni un solo momento en la explicación de Diotima de que el nabab visitaba tantas veces la ciudad del Danubio porque aquel clima de antigua cultura influía salutíferamente en su espíritu; se encontraba ante un problema que no sabía resolver por falta de datos, ya que con un hombre como aquel no había tenido nunca relaciones oficiales.

Tuzzi estaba perplejo desde que Diotima le había expuesto su plan de reservar a Arnheim un puesto directivo en la Acción Paralela y se le había quejado de la oposición de Su Señoría. No estimaba mucho ni a la Acción Paralela ni al conde Leinsdorf, pero había encontrado la política de su mujer tan sorprendente y desagradable que en aquel momento estuvo a punto de echar abajo toda su educación viril de muchos años de trabajo, y de la que estaba orgulloso, como se derrumba un castillo de naipes. Empleó esta comparación interiormente, porque nunca se permitía comparaciones, considerándolas un recurso demasiado literario y causante de malas relaciones sociales; pero esta vez estaba estremecido.

La posición de Diotima mejoró en días sucesivos gracias a sus caprichos. Se había vuelto suavemente agresiva y había hablado de una nueva clase de hombres que no pueden dejar despreocupadamente a los

profesionales la responsabilidad intelectual del curso del mundo. Después había hablado de la delicadeza femenina que puede ser a veces un don profético y puede conducir la mirada hacia objetos situados más allá del campo visual de la profesión periodística. Por fin dijo que Arnheim era un europeo, que su ingenio era universalmente reconocido, que la manera de llevar los negocios en Europa es muy poco europea y demasiado material, y que el mundo no hallará paz hasta que no sea animado por el cosmopolitismo austríaco, así como la antigua cultura de Austria alimenta las raíces de diversos idiomas en el suelo de la Monarquía.

Nunca se había opuesto tan radicalmente a la opinión de su marido, pero el señor Tuzzi se contuvo de momento, porque tampoco él había dado jamás a los esfuerzos de su esposa más importancia que a las cuestiones de costura; se sentía feliz viendo que los demás la admiraban; poco a poco se

inclinó a mirar todo aquel asunto con mayor indulgencia y aproximadamente así como se mira a una mujer agradable que se ha ceñido con una cinta demasiado llamativa. Se limitó a repetirle con seria cortesía los motivos por los que el mundo masculino excluía la posibilidad de confiar públicamente a un prusiano el cuidado de los intereses austríacos; admitió, por otra parte, que podía ser ventajoso estrechar la amistad con un hombre tan extraordinario y aseguró a Diotima que no adivinaba sus pensamientos si creía que no le era agradable ver a Arnheim tantas veces en su compañía. Esperaba que hablando así se le presentaría mejor ocasión de tender lazos al intruso.

Sólo cuando tuvo que reconocer los éxitos de Arnheim en todas partes, Tuzzi retrocedió y advirtió a su esposa que la encontraba demasiado entusiasmada por aquel hombre; echó de ver nuevamente que Diotima no respetaba ya su voluntad como

antes, le contradecía y calificaba sus preocupaciones de devaneos. Como hombre, decidió no luchar contra la dialéctica de una mujer, sino que optó por esperar la hora en que sus previsiones triunfaran por sí solas; pero pronto experimentó un violento choque. Una noche le turbó algo parecido al llanto, infinitamente distante; al principio apenas le molestó; no sabía siquiera lo que era, pero la distancia espiritual fue disminuyendo hasta que, de repente, la amenazadora inquietud zumbó en sus oídos, y se despertó del sueño tan bruscamente que se incorporó en la cama. Diotima estaba acostada al lado y parecía dormir, pero él veía de alguna manera que velaba. La llamó a media voz por su nombre, repitió la pregunta e intentó volver su espalda con tiernos dedos. Pero al hacerlo y al levantar Diotima la cabeza sobre los hombros en la oscuridad, le miró enojada y desafiante con unos ojos en los que se advertía que había llorado.

Desafortunadamente, Tuzzi se dejaba vencer nuevamente por el sueño, se dejó caer de espaldas sobre la almohada y el rostro blanco de Diotima flotó en las sábanas frente a él, como una caricatura dolorosa que Tuzzi no pudo comprender. -"¿Qué ocurre?" -refunfuñó medio dormido en débil voz de bajo; recibió la respuesta clara, de enfado, desagradable, hundiéndose en su somnolencia como una moneda brillante en el agua. -"Tienes un sueño tan agitado que no hay quien pueda dormir a tu lado" -dijo Diotima bruscamente; su oído lo captó, pero estaba ya lejos de despertarse para constestar.

Sintió sólo que había sido objeto de una grave injusticia. Dormir tranquilo constituía para él una de las virtudes principales de un diplomático, pues era al mismo tiempo condición indispensable de todo éxito. En este punto Tuzzi era intocable, de modo que tomó la advertencia de Diotima como una seria ofensa. Comprendió que en ella se estaba

operando algún cambio. No se le ocurría, ni siquiera en sueños, sospechar que su mujer quebrantara su fidelidad; sin embargo, no le cabía la menor duda de que aquel conflicto personal estaba relacionado de alguna manera con Arnheim. Durmió de rabia, por decirlo así, hasta la mañana siguiente, y se despertó con el firme propósito de vigilar a aquella persona tan molesta.

51 - La casa Fischel

LEO Fischel era el director del Lloyd-Bank o, mejor dicho, su procurador con el título de director. Por motivos incomprensibles se había olvidado de responder a una invitación del conde Leinsdorf, por lo que no volvió a ser invitado. Incluso aquella primera convocatoria fue debida a relaciones de su esposa Klementine. Klementine de Fischel procedía de una antigua familia de funcionarios; su padre había sido presidente de la Contaduría del Imperio; su abuelo, consejero de Hacienda, y tres de sus hermanos ocupaban diversos cargos en diversos Ministerios. Veinticuatro años antes se había casado con Leo por dos motivos: en primer lugar, porque las familias de altos funcionarios poseen a veces más hijos que fortuna, pero también por romanticismo, porque, en

contraste con la ahorradora limitación de su casa paterna, la banca le parecía una profesión moderna y liberal, y una persona culta del siglo XIX no basaba el valor de un hombre en el hecho de ser judío o católico; efectivamente le parecía, conforme al estilo del tiempo, signo de especial cultura situarse por encima de los ingenuos prejuicios anti-semitas de la gente vulgar.

La pobre tuvo que experimentar más tarde que en toda Europa progresaba un espíritu de nacionalismo y con él una ola de persecución judía que transformó a su marido de liberal estimado en disgregador mortífero. Al comienzo ella se había sublevado con toda la indignación de su “magnánimo corazón”, pero en el transcurso de los años fue desmoralizándose, influida por la persistente hostilidad ingenuamente cruel y la prevención general la intimidó. Además, en los desacuerdos cada vez más profundos entre ella y su marido -cuando él, por causas que

se resistía a explicar, no pudo superar el grado de procurador y perdió toda posibilidad de ascender verdaderamente a director de Banco- respondía alzando los hombros a todo lo que le molestaba y aducía que el carácter de Leo no tenía afinidad alguna con el suyo, si bien, frente a los extraños, no renegaba de los principios de su juventud.

Estas desavenencias no procedían más que de su desconcierto; igual sucede a muchos otros matrimonios: aparece en ellos la infelicidad en cuanto desaparece la ofuscación de la felicidad. Desde que Leo había encallado su carrera en su oficio de gerente de bolsa, Klementine no podía excusar algunas de sus originalidades, como decir que su marido no se sentaba en una tranquila oficina de Ministerio, sino en el “telar zumbante del tiempo”. [Quién sabe si no se había casado con él precisamente por aquella cita de Goethe! Las patillas en su rostro afeitado que una vez, junto con sus gafas

entronizadas en la mitad de la nariz, le habían recordado a un lord le hacían pensar ahora en un agente de bolsa y ciertos modos de hablar y de gesticular empezaban a resultarle insoportables. Klementine intentó corregirle al principio, pero chocó con enormes dificultades, porque veía que en ninguna parte del mundo existían reglas para determinar si unas patillas evocan legítimamente la idea de un lord o de un corredor de comercio y para establecer si unos lentes tienen en la nariz, acompañados de un ademán, un puesto que expresa entusiasmo o cinismo. Además, Leo Fischel no era un hombre que se dejara corregir. Las críticas interesadas en transformarle en el bello ideal cristiano-germánico de un consejero ministerial eran para él bufonadas mundanas, indignas de un hombre sensato, pues cuanto más se escandalizaba su mujer por pequeñeces tanto más insistía él en las líneas directrices de la razón. Así la casa Fischel se transformó poco

a poco en el campo de batalla de dos opuestas concepciones del mundo.

Al director Fischel le gustaba filosofar, pero no más de diez minutos al día. Se gozaba en reconocer el fundamento racional del ser humano, creía en su rentabilidad moral que imaginaba organizada al estilo de un gran Banco, y todos los días leía el periódico para informarse con satisfacción de los nuevos progresos de la vida. Esta fe en las inquebrantables normas de la razón y del progreso le permitía contestar con un encogimiento de hombros a los reproches de su esposa. Pero la desventura había querido que a lo largo de la vida de aquel matrimonio el humor del tiempo se apartara de las antiguas máximas del liberalismo, favorables a Leo Fischel, y de los grandes principios de la libertad de pensamiento, de indignidad humana y del librecambio, y razón y progreso fueron suplantados en los países occidentales por teorías racistas y tópicos

callejeros; tampoco él quedó inmune. En un principio había negado sin rodeos aquel desarrollo, del mismo modo que el conde Leinsdorf acostumbraba a negar ciertas “manifestaciones desagradables de carácter público”; esmeraba a que desaparecieran por sí solas, y esta espera es el primer grado, apenas perceptible, de la tortura de la exasperación con que la vida castiga a los hombres de recto juicio. El segundo grado se llama ordinariamente, y así se llamó también en el caso de Fischel, “veneno”. El veneno es el estilicidio de los nuevos conceptos en materia de moral, arte, política, familia, periodismo, bibliografía y tráfico, y va ya acompañado de un impotente sentimiento de irrevocabilidad y de una indignada negación que no puede sustraerse a un cierto reconocimiento de los hechos evidentes. Pero el director Fischel no se ahorró tampoco el tercero y último grado en que cada uno de los turbiones y aguaceros de novedades se unen en una

continuada lluvia y, con tiempo, se hace uno de los más espantosos martirios que puede sufrir un hombre dedicando a la filosofía sólo diez minutos diarios.

Leo aprendió que el hombre puede tener en muchas cosas opiniones diversas. El instinto de tener razón, una necesidad que es casi sinónima de dignidad humana, comenzó en la casa Fischel a cometer excesos. Este instinto ha producido, a través de miles de siglos, miles de admirables filosofías, de obras de arte, libros, hazañas y partidismos, y si este admirable, pero también fanático y monstruoso instinto innato de la naturaleza humana, se contenta con dedicar diez minutos a la filosofía de la vida o a la discusión sobre los problemas fundamentales de la convivencia doméstica, es inevitable que estalle, como una gota de plomo derretido, en innumerables puntas y agujones que pueden ocasionar heridas dolorosísimas. Explotaba a la pregunta de si

debían despedir o no a la muchacha de servicio, o de si se debían presentar en la mesa los palillos de dientes; pero de cualquier modo que explotara, poseía siempre la cualidad de reintegrarse inmediatamente a dos concepciones de la vida con inagotables detalles.

El problema se hacía llevadero durante el día, pues el señor Fischel lo pasaba en la oficina; por la noche, sin embargo, era personal, lo cual empeoraba enormemente las relaciones entre él y Klementine. Hoy día, con lo complicado que se ha vuelto todo, sólo en un campo puede ser uno competente; él lo era en las letras de cambio y los valores, razón por la que de noche se inclinaba a una cierta condescendencia. Klementine seguía punzante e inflexible, porque se había formado en una atmósfera de responsabilidad y constancia, en una familia de empleados; consciente, pues, de su posición social, no le concedía habitación separada para no reducir todavía más la vivienda, de por sí

insuficiente. Los dormitorios ponen a un hombre en trance de actuar como un comediante; al apagarse las luces, tiene que representar ante unos palcos invisibles el papel simpático, demasiado conocido, de un héroe con la misión de apaciguar y encantar a un león rugiente. Hacía años que la oscura sala de espectadores no le había concedido el más mínimo aplauso ni había dejado escapar una señal de repulsión, y se puede decir que esto trastorna el funcionamiento de los nervios más fuertes. Por la mañana, durante el desayuno que, según una respetable tradición, acostumbraban a tomar juntos, Klementine aparecía rígida, como un cadáver congelado y Leo contraído de resentimiento. Su misma hija Gerda notaba algo de ello todos los días y se imaginaba la vida conyugal llena de amargura y repugnancia, como una lucha de dos gatos en la oscuridad de la noche.

Gerda contaba entonces veintitrés años y era el objeto de lucha preferido entre sus dos progenitores. Leo Fischel pensaba que había llegado la hora de buscarle un buen marido. Gerda, sin embargo, le decía: "Estás anticuado, papá." Habla elegido sus amigos en un enjambre de coetáneos cristiano-germánicos, sin probabilidad de conseguir una colocación, pero que despreciaban el capital y decían que ningún judío ha demostrado todavía capacidad para establecer un gran símbolo de la humanidad. Leo Fischel los llamaba majaderos antisemitas y quería prohibirles la entrada en su casa, pero Gerda le contestaba: -"Tú no entiendes, papá; todo esto es puramente simbólico." Gerda era nerviosa anémica y se exaltaba fácilmente si no se tenía miramientos con ella, por eso Fischel toleraba aquellas relaciones de su hija, así como también soportó en su casa a los pretendientes de Penélope (Gerda era además el rayo de luz de la vida de su padre), pero no lo

soportaba callando, puesto que no tenía tal naturaleza. Él creía saber en qué consistía moral y las ideas sublimes y lo repetía en cada ocasión para influir positivamente en Gerda. Gerda respondía siempre: -"Sí, papá, tú tendrías perfecta razón si esto no se considerara hoy día desde un punto de vista distinto al tuyo." ¿Y qué hacía Klementine cuando Gerda hablaba? Nada! Callaba poniendo un rostro compungido; pero Leopoldo podía estar seguro de que Klementine secundaba a sus espaldas la voluntad de hija, como si supiera en qué consisten los símbolos. Leo Fischel tenía motivos para suponer que su cabeza de buen judío era superior a la de esposa, y nada le indignaba tanto como ver que ella sacaba provecho de las locuras de Gerda. ¿Por qué no podía hacerse de un momento a otro capaz de pensar modernamente? Aquél era el sistema! Entonces se acordaba de lo que ocurría cada noche. Aquello no era ya degradación del honor;

aquello era el honor arrancado de raíz. De noche el hombre sólo viste un pijama, e inmediatamente debajo está su carácter: no hay nada que lo defienda, ni sus conocimientos ni su habilidad profesional; corre riesgo toda su persona. ¿Por qué, cuando se hablaba del pensamiento cristiano-germánico, Klementine ponía cara de mirarle como si él fuera un bárbaro?

El hombre es un ser que resiste tan mal las sospechas como el papel de seda la lluvia. Desde que Klementine había comenzado a no ver hermosura en Leo, no le podía ni ver; y, desde que se le hizo sospechoso, él vislumbraba, con cualquier motivo, una conspiración en su casa. Con todo, Klementine y Leo, como todos los que se dejan influir por las costumbres y la literatura, tenían la impresión de depender el uno del otro en sus pasiones, caracteres, destino y acciones. En realidad, la vida consta en su mitad, por lo menos, no de acciones sino de teorías

adquiridas de pareceres con sus respectivas contradicciones, y de impersonalidad hinchada por aquello que se ha oído y se sabe. La suerte de aquellos dos esposos dependía en gran parte de la supeditación desordenada, confusa y tenaz a pensamientos que no representaban su opinión privada, sino la pública por la que habían cambiado la suya, sin que pudieran hacer nada en contra. Al lado de esta dependencia, la parte personal de ambos era minúscula, un superávit excesivamente valorado. Y mientras se persuadían de llevar una vida privada y se ponían en duda recíprocamente carácter y voluntad, la desesperante dificultad radicaba en la irrealidad de aquel conflicto que ellos disimulaban con todas las asperezas posibles e imaginables.

La desgracia de Leo Fischel estaba en no saber jugar a las cartas y en no hallar diversión en cumplimentar a chicas guapas; cansado del trabajo, padecía la enfermedad

de un amor declarado a la familia, mientras su mujer, que no tenía nada que hacer sino representar el seno de aquella familia, no se dejaba seducir por halagos románticos. Leo Fischel se sentía acometido a veces por ataques de asfixia contra los que no se podía combatir, y que le invadían por todas partes. Era una célula del organismo social que cumplía celosa y diligentemente su deber, pero que recibía savia envenenada. Y aunque aquello estaba por encima de sus necesidades filosóficas, él, desamparado de su esposa, comenzó, como hombre que está envejeciendo y no encuentra motivos para abandonar la moda de su juventud, a baruntar la profunda vanidad de la vida, la amorfa deformación de las cosas, la lenta pero incesante revolución que hace girar todo consigo.

Una de aquellas mañanas en que tenía su pensamiento ocupado en asuntos familiares, Fischel se había olvidado de responder

a la carta de Su Señoría y muchas de las mañanas que siguieron tuvo que escuchar la descripción de los acontecimientos desarrollados en casa de la señora Tuzzi, ocasión que bien podía haber aprovechado para introducir a Gerda en la mejor sociedad. El mismo Fischel no tenía la conciencia muy tranquila, porque también su director general y el gobernador del Banco Nacional habían acudido a la asamblea; pero, como se sabe, los reproches se rechazan tanto más violentamente cuanto más indeciso es el sentimiento entre la culpabilidad y la inocencia. No obstante, cada vez que Fischel intentaba, con la superioridad del hombre que trabaja, burlarse de aquella Acción Patriótica, recibía la contestación de que un ficiero acomodado, como Paul Arnheim, pensaba de una manera pletamente distinta. Parecía increíble que Klementine y Gerda -que por lo demás se oponía naturalmente a los deseos de su madre- hubiese llegado a saber tanto de aquel

nabab y, debido a que también en el Banco se decían cosas admirables de él, Fischel se vio precisado a defenderse, pues no les podía argumentar en contra, ni tampoco afirmar, de un hombre con tantas relaciones profesionales, que no había por qué tomarle en consideración.

Cuando a Fischel no le quedaba más remedio que armarse en su defensa, hacía una contramina, es decir, oponía el silencio más inescrutable a todas las alusiones referentes a la casa Tuzzi, a Arnheim, a la Acción Paralela y a sus mismas equivocaciones; luego se hizo informar sobre la vida de Arnheim y esperó disimuladamente a que sucediera algo que revelara de golpe el vacío interior de todo e hiciera precipitarse la alta cotización de aquella encumbrada familia.

52 - El señor Tuzzi descubre un defecto en el funcionamiento de su Ministerio

EL señor Tuzzi, habiéndose propuesto espiar la persona de Arnheim, tuvo pronto la satisfacción de advertir una falta grave en la organización del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Casa Imperial, objeto de sus solicitudes: no había sido instituido como correspondía a la categoría de hombres como Arnheim. Él, Tuzzi, no leía más obras literarias que libros de memorias, la Biblia, Homero y Rosegger y hacía alarde de ello porque así evitaba fragmentarse; pero que entre todo el personal del Ministerio de Asuntos Exteriores no hubiera un solo

hombre que hubiera leído un libro de Arnheim le parecía una falta considerable.

El jefe de sección Tuzzi tenía derecho a hacer llamar a otros directores subalternos; pero la mañana siguiente a aquella noche lacrimosa se presentó él mismo al jefe del departamento de prensa, guiado por la sensación de que no se podía conceder plena dignidad profesional al motivo que le empujaba a buscar esa entrevista. El jefe del departamento de prensa admiró al señor Tuzzi por los muchos detalles que éste sabía de Arnheim añadió que también él había oído a menudo cosas parecidas de aquel hombre, pero excluyó inmediatamente la suposición de que tal señor estuviese registrado en sus archivos, pues no recordaba que hubiese sido objeto de una relación oficial; no debía además olvidar que la confección del material periodístico no se extendía naturalmente a la vida privada de las personas. Tuzzi dio por supuesto que no se podía esperar otra cosa,

pero hizo la observación de que de momento era difícil establecer claros límites entre el significado ministerial y el privado de ciertas acciones y personas, lo cual al jefe de prensa le pareció un juicio demasiado atrevido; sin embargo, convinieron ambos en reconocer allí un interesante defecto de sistema.

Aquella mañana debía de haber tranquilidad en Europa, porque los dos jefes de sección llamaron al director de la oficina y le mandaron intitular un documento con el nombre de "Dr. Paul Arnheim", aunque de momento quedó vacío. Al director de la oficina le siguieron el director del archivo de documentos y el del archivo de recortes de periódico que inmediatamente respondieron de memoria que aquel Arnheim no figuraba en sus ficheros. Por fin fueron llamados los periodistas de oficio, encargados de la redacción diaria del periódico y de presentar al jefe sus artículos; todos respondieron con un gesto significativo cuando oyeron hablar de

Arnheim y aseguraron que efectivamente aquel hombre había sido nombrado en su periódico con mucha frecuencia y en sentido favorable, pero del contenido de sus escritos no revelaron nada porque su actividad, según decían, no entraba en el ámbito de sus servicios informativos. El funcionamiento perfecto del mecanismo ministerial había dado una prueba de su perfección; había bastado apretar un botón; cada uno de los empleados salió del despacho con la sensación de haber demostrado brillantemente su idoneidad. -"Es exactamente como le había dicho -dijo el jefe de prensa, volviéndose satisfecho a Tuzzi-; nadie sabe nada."

Los dos jefes habían escuchado los informes con una digna sonrisa, casi embalsamados para la eternidad por el ambiente, como moscas en ámbar, sentados en sillones de cuero sobre una alfombra roja delante de las altas cortinas bermejas que vestían las ventanas de la habitación de oro claro,

decorada en tiempos de María Teresa; y coincidieron en la opinión de que aquel defecto del sistema, que al menos habían descubierto, resultaba difícil de corregir. -"En el departamento de prensa -adelantó el jefe del mismo- se recoge toda manifestación pública, pero es necesario también trazar a la publicidad ciertos márgenes. Puede garantizar que no hay diputado cuyos gritos, en cualquiera, de las inferencias pronunciadas a lo largo del año, no puedan extraerse en menos de diez minutos de nuestros archivos, y, respecto a la política exterior, toda apelación de los últimos diez años puede hallarse en un máximo de media hora. Lo mismo puede decirse para cualquier clase de artículo periodístico. Mis hombres trabajan concienzudamente. Pero éstas son manifestaciones tangibles, responsables, por decirlo así, y en conexión con poderes, ideas y relaciones. Si yo me preguntara, desde el punto de vista estrictamente técnico, bajo qué denominación

debe registrar el empleado encargado de hacer un catálogo o de los resúmenes de los ensayos que sólo son escritos por placer...
 «Bien!, ¿qué nombre habría que darle?»

Tuzzi sugirió, queriendo ser útil, el nombre de uno de los escritores más jóvenes que frecuentaban el salón de Diotima.

El jefe de la oficina de prensa le miró, duro de oído y descompuesto. -"Digámoslo de una vez: ¿dónde está el límite, entre lo que se toma en consideración y lo que se pasa por alto? Se han escrito incluso poesías políticas. ¿Hay que conceder valor a todo versificador...? ¿O solamente a los autores del Teatro Nacional...?" Ambos rieron.

"¿Cómo se puede averiguar exactamente lo que esos escritores quieren decir? ¿Y si resulta que son Schiller y Goethe? Siempre contienen algún alto sentido, pero en la práctica se contradicen cada dos palabras." "Los dos señores terminaron por convenirse de que corrían el peligro de esforzarse

en una cosa “imposible”, dando a la palabra también el sentido de mundana “ridiculez” ante la que los diplomáticos son tan sensibles.

-”No se puede agregar al Ministerio un estado mayor de críticos literarios y teatrales -hizo constar Tuzzi sonriendo- pero, por otra parte si se piensa bien, no se puede negar que esa gente influye en la formación de las opiniones dominantes y consecuentemente también en la política.”

-”Eso no lo hace ningún Ministerio de Asuntos Exteriores del mundo” -objetó el jefe de prensa.

-”Cierto, pero gota a gota se horada la roca -según Tuzzi, aquella cita expresaba muy bien un peligro determinado-. Habría que intentar organizar algo...”

-”No sé, tengo mucho que oponer” -declaró el otro.

-”Yo también, naturalmente” -añadió Tuzzi. Hacia el fin de aquella entrevista

experimentó una sensación desagradable, como si se le hubiera cargado la lengua y no acertaba a distinguir si había dicho un despropósito o si no habría revelado una agudeza más de aquellas por las que era famoso. Tampoco el jefe de prensa pudo resolver la duda; por eso se prometieron mutuamente volver a discutir en otra ocasión sobre aquel asunto.

El jefe de prensa dio la orden de adquirir las obras completas de Arnheim para la biblioteca, a fin de que la cosa terminara en algo y el señor Tuzzi se dirigió al departamento de política, donde hizo pedir a su Embajada en Berlín una relación minuciosa sobre la persona de Arnheim. Esto era lo único que le quedaba por hacer de momento; mientras llegaba el informe sólo su mujer podía darle noticias de Arnheim, lo cual se le había hecho muy desagradable. Se acordó entonces de la sentencia de Voltaire, de que los hombres sólo se sirven de las palabras

para ocultar sus pensamientos y de los pensamientos para justificar sus injusticias. Ciertamente, a esto siempre se le había llamado diplomacia, pero que un hombre hablase y escribiese tanto como Arnheim para ocultar detrás de las palabras sus verdaderas intenciones, le inquietaba como algo nuevo, detrás de lo que él andaba.

53 - Moosbrugger es trasladado a otra prisión

CHRISTIAN Moosbrugger, el asesino de la prostituta, cayó en olvido apenas los periódicos dejaron de publicar informes sobre su proceso; la estimulación del público tomó otros rumbos. Sólo un grupo de peritos siguieron ocupándose de él. Su defensor había presentado recurso al tribunal de casación, había exigido un nuevo reconocimiento de su estado mental y estaba gestionando algunas cosas más; la ejecución había sido aplazada a un tiempo indeterminado y Moosbrugger fue trasladado a otra prisión.

Los cuidados con que fue conducido le halagaron; fusiles cargados, una escolta numerosa, grillos de hierro en manos y pies; le hicieron objeto de especiales atenciones y

mostraron miedo ante él; esto le gustaba a Moosbrugger. Antes de subir al coche celular, echó una mirada alrededor en busca de admiración y sus ojos chocaron con los de estupefactos transeúntes. El viento frío que barría la calle jugaba su cabello ensortijado, el aire se clavaba en su cuerpo. Sólo dos sellos; luego le empujó un guardia por detrás para hacerle entrar en Soche.

Moosbrugger era vanidoso; no le agradaba que se le empujara así; temía chocar con la escolta, que gritaran o pudieran reírse de él; aquel gigante encadenado no se atrevía a mirar a la cara a los policías que le confían y pasó dócilmente hasta el fondo del automóvil. Sin embargo, no tenía miedo a la muerte. En esta vida hay que soportar muchas cosas que duelen más que la horca y vivir unos años más menos no tiene mayor importancia. El orgullo pasivo del hombre que ha pasado mucho tiempo en la cárcel le impedía temer el castigo; pero tampoco

estaba apegado a la vida. ¿Qué podía haber amado en ella? Quizá el aire primaveral, las anchas carreteras o el sol? Son cosas que únicamente dan cansancio, calor y polvo. Nadie que las conoce bien las aprecia. -"Poder contar que ayer comí en la fonda de la esquina un estupendo asado de cerdo -pensaba Moosbrugger- es lo que más importa." Pero también se podía renunciar a ello. Lo que le hubiera complacido era una oportunidad de satisfacer su ambición, tontamente ultrajada. Un traqueteo confuso subía de las ruedas hasta su cuerpo; al otro lado de los barrotes de la puerta corrían los adoquines hacia atrás; los carros se rezagaban; hombres, mujeres o niños se tambaleaban a veces entre las barras, de abajo subía, en la misma dirección, un coche de caballos, crecía, se acercaba cada vez más, comenzaba a salpicar vida, como el yunque chispas; las cabezas tractoras parecían querer abrirse camino a través de la puerta; luego pasó adelante el

estrépito de las herraduras al trote y el ruido blando de las cubiertas de goma. Moosbrugger volvió la cabeza lentamente hacia atrás y miró otra vez al techo en la línea de encuentro con la pared lateral. El tráfico de fuera chirriaba, crujía; era como un lienzo tenso sobre el que se desliza a veces la sombra de un acontecimiento. Para Moosbrugger aquel viaje fue una distracción; de su significado apenas se preocupó. Entre dos tiempos de prisión, oscuros, estáticos, se deshizo un cuarto de hora de opaca espuma blanca. Su libertad había presentado siempre aquel aspecto, no precisamente bello. "La historia de la última comida -pensó-, la del capellán de la Prisión, la del verdugo y la del cuarto de hora hasta que todo esté terminado, no será muy distinta; bailaré también hacia adelante sobre las ruedas, habrá que sujetarse continuamente para no saltar del banco a los golpes del coche y no se podrá ver ni oír gran cosa en medio de tanto curioso que me

rodeará. Lo mejor será terminar cuanto antes para quedar tranquilo.”

La ventaja de un hombre liberado del deseo de vivir es muy grande. Moosbrugger se acordó del comisario que le había hecho el primer interrogatorio. Era un hombre delicado que hablaba bajo. ”Mire usted señor Moosbrugger -le había dicho-, le ruego solamente una cosa: que no me malogre el éxito.” Y Moosbrugger había respondido: -”Bien, si usted se empeña en tener éxito, hagamos el expediente.” El juez no lo quería creer, pero el comisario lo había confirmado ante el tribunal. -”Si usted no quiere desahogar su conciencia espontáneamente, déme al menos la satisfacción de hacerlo por mí.” El comisario había repetido esto al juzgado; el presidente sonrió, incluso con satisfacción y Moosbrugger se levantó: -”¡Mi acatamiento a esa deposición del señor comisario!” -proclamó en alta voz, y añadió con una elegante inclinación-: “Aunque el

señor comisario me despidió con las palabras: "Ya no nos veremos más", tengo el honor y el gusto de verle hoy nuevamente."

Una sonrisa de estar de acuerdo consigo mismo transfiguró el rostro de Moosbrugger y se olvidó de los guardias que tenía enfrente y de que ellos se habían tambaleado en el coche igual que él.

54 - Ulrich se muestra reaccionario en una conversación con Walter y Clarisse

CLARISSE dijo a Ulrich: -"Hay que hacer algo por Moosbrugger; este asesino es musical."

Por fin Ulrich había aprovechado una tarde para hacer la visita que había tenido que aplazar por aquella detención con tan fatales consecuencias.

Clarisse vestía una falda ajustada a la altura del pecho; Walter estaba a su lado con una cara no del todo sincera.

- "¿Qué dices? ¿Musical?" -preguntó Ulrich sonriente.

Clarisse hizo un gesto festivo y se ruborizó. Sin querer. Como si la vergüenza

oprimiese sus mejillas y tuviese que regocijarse con una expresión de regocijo. Finalmente se desprendió de ella:

-”¡Conque... -dijo Clarisse- te has vuelto un hombre muy interesante!”

No siempre era fácil entender lo que decía.

Había venido el invierno y había pasado también. Allí, fuera de la ciudad, quedaba nieve todavía; campos blancos y, de vez en cuando, como agua oscura, la tierra negra. El sol lo inundaba todo uniformemente. Clarisse llevaba una chaqueta de color naranja y un gorrito de lana azul. Salieron los tres de paseo y Ulrich tuvo que explicar a Clarisse escritos de Arnheim en medio de una naturaleza medio desértica tras el deshielo. Algunos de sus temas eran: las progresiones algebraicas, los anillos de benzol, el materialismo histórico y el universalismo, los puentes, sus soportes, la evolución de la música, el espíritu automovilístico, el 606, la

teoría de la relatividad, la atomística de Bohr, la soldadura autógena, la flora del Himalaya, el psicoanálisis, la psicología individual, experimental y fisiológica, la psicología social y otros muchos adelantos que dificultan a una época enriquecida por ellos la producción de hombres enteros, buenos y normales. Pero en las obras de Arnheim todo era dado de una forma muy alentadora, pues aseguraba que aquello que se entendiera no significaba más que una extralimitación de las infructuosas fuerzas intelectuales, mientras que lo verdadero es siempre la sencillez, la dignidad humana y la inclinación a las verdades sobrehumanas que todos pueden adquirir a condición de vivir modestamente y en armonía con las estrellas. —”Muchos sostienen hoy día teorías semejante -advirtió Ulrich-, pero a Arnheim se le da crédito porque se le puede presentar como un hombre rico y célebre que sabe lo que dice, que ha estado personalmente en el

Himalaya, que tiene coche y lleva tantos anillos de benzol... como se le antoja.”

Clarisse quiso saber cómo eran los anillos de benzol; le parecía haber oído alguna vez anillos de cornalina. -”Eres muy divertida, Clarisse!” -declaró Ulrich.

-”Gracias a Dios que no tiene por qué entender de todas esas estupideces químicas!”, salió a defenderla Walter; a continuación pasó a apoyar los libros de Arnheim que había leído. No quería asegurar que Arnheim fuese el non plus ultra, pero bien podía afirmar que era la mejor inteligencia de la actualidad, un espíritu nuevo. Un científico de primer orden, sin duda, pero al mismo tiempo algo más por encima del saber. Así terminó el paseo. El resultado fue: cabeza caliente y pies fríos, como si las desnudas ramas de los árboles, débiles y relucientes a la del sol invernal, se hincaran a manera de astillas en el tejido de la piel; el deseo de todos

era una taza de café caliente y su sentimiento: el humano extravió.

Nieve derretida calaba el calzado, Clarisse se alegró de ver ensuciarse la habitación y Walter apretaba sus vigorosos labios femeninos buscando pelea. Ulrich dio noticias de la Acción Paralela. Al hablar de Arnheim se trabó otra vez la discusión.

-”Te voy a decir lo que tengo contra él - repitió Ulrich-. "El hombre científico" es actualmente inevitable; o se puede no querer saber! Y nunca ha sido tan grande como hoy la diferencia entre la experiencia de un especialista y la de un profano. Basta examinar la habilidad de un masajista o de un pianista; nadie lleva al hipódromo un caballo sin previa preparación. Únicamente en los problemas de la vida humana se cree cada uno competente para opinar y decidir y un viejo prejuicio afirma que hombre se nace y se muere. Cuando pienso que las mujeres de hace cinco mil años escribieron las mismas

cartas de amor que las de hoy, no puedo leer una sin preguntarme si no deberían cambiar alguna vez.”

Clarisse se manifestó inclinada a secundar su opinión. Walter, sin embargo, sonreía como un faquir, dispuesto a no pestañear mientras le atraviesan la mejilla con una aguja.

-”Eso quiere decir que tú te niegas indefinidamente a ser hombre” objetó.

-”Algo así. Admitirlo tiene un desagradable sabor a diletantismo.”

-”Pero yo quiero hacerte otra concesión -prosiguió Ulrich después de haber reflexionado un poco-: los especialistas no acaban nunca de especializarse. No solamente no alcanzan nunca el fin, sino que no pueden ni imaginar la coronación de su actividad. Quizá ni siquiera la desean. ¿Se puede pensar, por ejemplo, que el hombre tendrá todavía alma cuando haya aprendido a entenderla y tratarla perfectamente bajo el

aspecto biológico y psicológico? A pesar de todo, aspiramos a alcanzar ese estado. Ahí está. El saber es una actitud, una pasión. En el fondo, una actitud ilícita, pues, como el alcoholismo, la lujuria y la violencia, así también el afán de saber forma caracteres desequilibrados. No es cierto que el investigador busque la verdad; es la verdad la que le busca a él; él tiene sólo la pasión, la embriaguez en hechos que dibujan su carácter y nada le importa que de sus descubrimientos proceda un todo, algo humano, perfecto, o lo que sea. Es un ser contradictorio, enérgico y sufrido.” “¿Y qué?” -preguntó Walter. -”¡Pues nada!”

-”¿No te parece que eso nos debería bastar?” -”Yo me daría por satisfecho -dijo Ulrich tranquilo-. Nuestra opinión sobre lo que nos circunda, e incluso sobre nosotros mismos, cambia cada día. Vivimos en un período de transición. Posiblemente durará hasta el fin del planeta si nosotros no

afrontamos mejor que hasta ahora nuestros más profundos cometidos. Sin embargo, cuando nos toque andar en la oscuridad no nos pongamos, como niños, a cantar de miedo. La ficción de saber cómo debemos comportarnos aquí abajo es efectivamente una canción para distraer el miedo; tú puedes poner el grito en el cielo; no es más que miedo. Por lo demás, estoy "convencido de que nosotros andamos al galope. Estamos aún lejos de nuestra meta, ésta no se acerca, ni siquiera alcanzamos a divisarla; todavía perderemos muchas veces el camino y tendremos que cambiar de caballo, pero un día, pasado mañana o dentro de dos mil años, comenzará a moverse el horizonte y se echará bramando encima de nosotros."

Mientras tanto había oscurecido. -"Ya nadie puede verme la cara —pensaba Ulrich-; ni yo mismo sé si estoy mintiendo." Había hablado como cuando se resume en un momento de inseguridad el resultado de

una certidumbre de decenios. Se acordó de que aquel sueño de juventud que estaba contando a Walter hacía tiempo que se había esfumado. Era mejor no seguir hablando.

-”Pero nosotros no debemos -repuso Walter con aspereza- renunciar a dar un sentido a la vida.”

Ulrich le preguntó para qué necesitaba un sentido. Según él, se podía seguir así.

Clarisse descargó una risotada. No lo hizo maliciosamente: se le había hecho graciosa la pregunta.

Walter encendió la luz, no pareciéndole necesario que Ulrich tuviera ante Clarisse la ventaja de la oscuridad. Una luz irritante cegó a los tres. - Ulrich comentó obstinado: -”Lo que se necesita en la vida es el convencimiento de que nuestro negocio va mejor que el del vecino. Esto quiere decir: tus cuadros, mi matemática, la mujer y los hijos de fulano o de mengano; todo aquello que le asegura a un hombre no ser de ninguna manera

extraordinario; pero que esa forma de no ser en manera alguna extraordinario, no pueda ser fácilmente igualada!"

Walter no había vuelto a sentarse. Le inquietaba algo. El triunfo. Gritó: -"¿Sabes lo que dices? ¡Cielos! Eres un auténtico austriaco; predicas la filosofía del "¡Viva la Pepa!"."

- "Probablemente no es tan calamitoso como tú crees -replicó Ulrich-. De la apasionada necesidad de precisión, rigor y belleza puede derivar la conclusión de que es preferible cantar el "¡Viva la Pepa!" a tomar en serio los esfuerzos de un espíritu nuevo. Te felicito por haber formulado el mensaje mundial de Austria."

Walter quiso contestar. Pero se dio cuenta de que aquello que le había hecho levantarse no era solamente la sensación del triunfo, sino también -¿cómo se dice?- el deseo de retirarse un momento. Vaciló entre estas dos sensaciones. Pero las dos no se

podían conjugar, así es que desprendió su mirada de los ojos de Ulrich y se dirigió a la puerta.

Cuando quedaron solos, Clarisse exclamó: -"Ese asesino es musical. O sea que... -se detuvo un poco, después siguió enigmáticamente:- No se puede decir nada, pero tú tienes que hacer algo por él."

- "¿Qué debo hacer, pues?"

- "Liberarlo."

- "¿Estás soñando?"

- "¿No piensas que las cosas son tal como has explicado a Walter?" -preguntó Clarisse y sus ojos parecieron exigir una respuesta cuyo contenido no pudo él adivinar.

- "No sé lo que quieres" -dijo Ulrich.

Clarisse le miró caprichosa a los labios; luego volvió a repetir: -"A pesar de todo, deberías hacer lo que te he dicho; quedarías transformado."

Ulrich la contempló. No comprendía bien. Quizá dejó pasar por alto alguna frase,

una comparación o semejanza que hubiese dado sentido a sus palabras. Resultaba muy extraño oírla hablar tan sin sentido, como si tratara de hacer una broma.

Pero en aquel momento regresó Walter. -"Te puedo conceder..." -comenzó. La interrupción había apaciguado la conversación.

Volvió a sentarse en el taburete del piano y miró satisfecho a sus zapatos sucios de tierra. Pensó: -"¿Por qué no tienen tierra los zapatos de Ulrich? Ésa es la última salvación del hombre europeo."

Ulrich miraba a su vez las piernas de Walter por encima de sus zapatos; llenaban unos calcetines de algodón y tenían la forma impropia de las flojas piernas de muchacha.

"Es de apreciar que un hombre actual tenga aspiraciones a ser un hombre entero" -dijo Walter.

"Eso ya no se da -opinó Ulrich-. No tienes más que echar una ojeada al periódico. Está lleno de una inmensa opacidad.

Se habla de tantas cosas que ni la inteligencia de Leibniz sería capaz de abarcarlas. Pero nadie se da cuenta; hemos cambiado. Ya no existe un hombre completo frente a un mundo completo, sino que un algo humano se mueve en un común líquido nutritivo.”

-”Exacto -dijo inmediatamente Walter-. Ha desaparecido la culmina completa en el sentido de Goethe. Pero, como consecuencia, cada idea va acompañada hoy día de otra idea contraria; y cada tendencia, de una opuesta. Toda acción y su revés encuentran en la inteligencia sus más sutiles argumentos; uno puede tanto defenderlas como condenarlas. No entiendo cómo puedes justificar esto.”

Ulrich se encogió de hombros.

“Hay que retirarse a la soledad” -dijo Walter en voz baja.

-”También se puede vivir así -le contestó su amigo-. Es posible que estemos de camino hacia un Estado-hormiguero, o hacia alguna

otra concepción anticristiana de la distribución del trabajo.”

Ulrich pensó que lo mismo era ponerse de acuerdo que discutir. En la cortesía se transparentaba el desprecio, como un manjar exquisito en gelatina. Sabía que sus últimas palabras tenían que haber molestado a Walter, pero sentía el deseo de hablar con una persona con la que podría ponerse de completo acuerdo. Semejantes conversaciones las habían mantenido ya en otro tiempo. Una fuerza secreta extraía ahora las palabras del pecho y todas daban en el blanco. Pero si se hablaba con aversión ascienden como niebla de una superficie helada. Miró a Walter sin rencor. Estaba seguro de que también tenía la impresión de que, cuanto más se extendían en la discusión, tanto más deformaban su misma opinión interior; Pero ellos no tenían la culpa. -”Todo lo que se piensa es simpatía o antipatía” - pensó Ulrich. En aquel momento le pareció

esto tan ardoroso a punto que sintió un apremio corporal, semejante a la conmoción tangible de dos personas estrechamente abrazadas. Se volvió a mirar a Clarisse.

Pero Clarisse había dejado de escuchar, por lo visto, desde hacía muchísimo tiempo; había cogido el periódico de la mesa de enfrente y se había puesto a averiguar por qué le divertía tanto aquello. Sentía el periódico entre sus manos, teniendo ante sus ojos la inmensa opacidad de la que había hablado Ulrich. Los brazos desplegaban la oscuridad y se abrían solos. Formaban, con el tronco del cuerpo, dos brazos de una cruz y de ellos colgaban las hojas. Ella sentía placer, pero las palabras para describirlo no acudieron a su mente. Sabía sólo que miraba al periódico sin leerlo y le parecía que Ulrich tenía algo de bárbaro y enigmático, una fuerza afín a ella misma; no se le ocurría nada más concreto. Sus labios se habían abierto como para

una sonrisa, pero inconscientemente, en una tensión libremente entorpecida.

Walter siguió con voz apagada: -"Tienes razón al afirmar que hoy no hay ya nada serio, razonable o por lo menos transparente; pero ¿por qué no quieres comprender que la culpa la tiene precisamente el creciente racionalismo que todo lo apesta? Los cerebros han adquirido la manía de hacerse cada vez más razonables y de especializar y racionalizar más que nunca la vida y al mismo tiempo se han vuelto impotentes para imaginar lo que será de nosotros cuando logremos subdividir, tipificar, mecanizar y regular todo. Así no se puede adelantar."

- "¡Dios mío! -respondió Ulrich impasible-; el cristiano de los tiempos del monaquismo no tuvo más remedio que ser creyente, aunque no podía figurarse más que un paraíso que, con tantas nubes y arpas resultaba algo aburrido; y nosotros tememos el paraíso de la razón que nos recuerda los

bancos alineados, las reglas y las horrendas figuras de yeso del tiempo de la escuela.”

-”Me da la sensación de que la consecuencia de todo esto será una orgía desenfrenada de la fantasía” -añadió Walter pensativo. En aquello había algo de cobardía y astucia. Pensó en la irracionalidad de Clarisse y, mientras habló de la razón que termina en excesos, pensó en Ulrich. Los otros dos no lo creyeron, lo cual le causó el dolor y el triunfo del incomprendido. De buen grado hubiera rogado a Ulrich que no entrara más en su casa, si hubiera sido posible sin provocar la sublevación de su mujer.

Los dos hombres miraron a Clarisse en silencio.

Ella advirtió de pronto que ya no discutían, se frotó los ojos y, con cariño, hizo unos guiños a Ulrich y Walter, que, inundados de luz amarilla, la observaban sentados, como en un armario de cristal, ante la

ventana, débilmente teñida de azul por
tenues rayos del resplandor crepuscular.

55 - Solimán y Arnheim

EL asesino Christian Moosbrugger tenía además una segunda admiradora. Hacía algunas semanas que a ella le venía preocupando vivamente, como a muchas otras, sus sufrimientos y la cuestión de si sería o no culpable; se había construido una historia del caso que difería algo de la que procesaba el tribunal. El nombre de Christian Moosbrugger le gustaba y le sugería la figura de un hombre alto, solitario, sentado junto a un molino cubierto de musgo, embriagado por el fragor del agua¹. Estaba plenamente convencida de que las acusaciones levantadas contra él llegarían a aclararse de una manera inesperada. Cuando se ponía a coser la cocina o en el comedor, se imaginaba que Moosbrugger desataba sus cadenas y corría a su lado y entonces se ensimismaba en una

borrascosa contemplación. No se excluía que Christian, si ella, Raquel, hubiera aparecido a tiempo en su vida, habría renunciado a la carrera de asesino y se hubiera hecho capitán de bandoleros con gran futuro por delante.

Aquel pobre hombre, en su celda de la cárcel, no se hacía idea del corazón que latía para él inclinado en su labor de repasar la ropa de Diotima. La vivienda del señor Tuzzi no distaba mucho de la Casa de la Audiencia. De un tejado a otro un águila hubiera llegado en pocos golpes de ala; pero al espíritu moderno, para el que construir puentes sobre los océanos y los continentes es un juego, nada resulta tan imposible como tomar contacto con las almas que viven a la vuelta de la esquina.

Nuevamente se habían desconectado las corrientes magnéticas y Raquel amaba ahora la Acción Paralela en vez de a Moosbrugger. Aunque dentro, en el salón, no sucedieran las cosas como era de desear, en las antesalas

iba todo viento en popa. Raquel, a quien nunca le había faltado tiempo para leer los periódicos que sus señores retiraban a la cocina, no encontraba ya ni un minuto para ojearlos desde que se ocupaba todo el día en el oficio de centinela de la Acción Paralela. Adoraba a Diotima, al señor Tuzzi, a Su Señoría el conde Leinsdorf, al nabab, y también a Ulrich, a partir de la fecha en que empezó a darse cuenta del gran papel que desempeñaba en la casa. Igualmente ama un perro a los amigos de sus amos: sintiendo idéntica emoción y diversos olores estimulantes. Pero Raquel era lista. De Ulrich, por ejemplo, no se le escapaba que siempre aparecía en contraste con todos los demás y su fantasía comenzó a atribuirle una misión particular en la Acción Paralela, si bien todavía no claramente definida. Él la miraba afablemente y la pequeña Raquel advertía cómo Ulrich la seguía a todas partes con los ojos, pensando que ella no lo veía. Estaba

segura de que Ulrich deseaba algo de su persona femenina, y esperaba ansiosa; su cuerpecito blanco se estremecía voluptuosamente, sus hermosos ojos negros le flechaban con punzantes miradas de oro. Ulrich sentía el chisporrotear de su pequeña figura, serpenteante entre los suntuosos muebles y los huéspedes; aquello le proporcionó a Ulrich alguna distracción.

Su puesto en la estimación de Raquel era debido en buena parte a las secretas conversaciones de las antesalas, que habían hecho vacilar el concepto de la dominante personalidad de Arnheim; porque aquel hombre brillante tenía, sin saberlo, un tercer enemigo, además de él y de Tuzzi: el pequeño sirviente Solimán. Este niño moro era la reluciente hebilla del cinturón mágico que abrazaba la vida de Raquel; se había convertido en la parte que el destino de aquellos acontecimientos le había reservado a ella; así lo determinaba el orden social; el

nabab era el sol y pertenecía a Diotima; Solimán correspondía a Raquel y era su encantador satélite de colores; el sol lo hacía brillar y ella se lo reservaba para sí. Pero esta opinión no coincidía exactamente con la del niño. Aunque pequeño de talla, andaba ya entre los dieciséis y diecisiete años de edad y era un ser lleno de romanticismo, de malicia y de pretensiones personales. Arnheim lo había descubierto en una compañía de bailarines en el sur de Italia y se lo había llevado consigo; aquel extraño revoltoso, con la melancolía de su mirada de mono, le había tocado el corazón y el nabab determinó abrirle una vida más digna. Era el deseo de una compañía más íntima y fiel lo que asediaba a aquel hombre solitario, como una debilidad que él ocultaba de ordinario mediante un aumento de actividad. Había tratado a Solimán hasta sus catorce años con la negligencia e igualdad con que se criaban antes en las casas ricas a los hermanos de leche de los

propios hijos, a los cuales se les dejaba participar en todos los juegos y diversiones hasta que llegaba el momento en que debían comprender que la leche de un pecho materno amamanta con menos que la de la nodriza. Día y noche, mientras el patrón escribía o hablaba con ilustres invitados, Solimán debía acompañarle de pie, sentado o de rodillas. Leía a Scott, a Shakespeare y a Dumas, si ocurría que Scott, Shakespeare o Dumas aparecían sobre las mesas y aprendió a manejar el diccionario de las ciencias del espíritu. Comía de los bombones de su señor y comenzó antes de tiempo a fumar sus cigarrillos cuando nadie le veía. Tuvo incluso maestro particular que venía a darle lecciones de escuela elemental, con cierta irregularidad, a causa de los muchos viajes. Solimán se aburría soberanamente con todo esto y nada le agradaba tanto como los trabajos de ayudante de cámara en los que le era permitido tomar parte, porque era una

auténtica ocupación de adultos y halagaba su espíritu laborioso. Pero un día -no había pasado mucho tiempo desde entonces- su señor le hizo llamar y le advirtió amablemente que no había correspondido debidamente a sus esperanzas, que ya no era un niño y que él, Arnheim, cargaba con la responsabilidad de hacer del pequeño familiar un hombre de bien; por eso había decidido tratarle en adelante como aquello que debía ser en el futuro; así adquiriría el hábito. Muchos hombres triunfaron en la vida -prosiguió Arnheim- comenzando de limpiabotas o de fregones, en lo cual derrocharon todas sus fuerzas, pues lo principal es hacerlo todo bien desde el principio.

Aquella hora en que fue promovido de indeterminada persona de lujo a criado mantenido y débilmente asalariado causó en el corazón de Solimán una devastación que Arnheim no sospechaba. Solimán no había comprendido las explicaciones de Arnheim;

pero las había adivinado instintivamente; empezó, pues, a odiar a su señor desde aquel cambio que dio a su vida. No por eso renunció en lo sucesivo a los libros, dulces y cigarrillos, pero así como antes tomaba sólo pequeñas cosas de su gusto, le robaba ahora con plena conciencia y su sed de venganza era tan fuerte y tan difícil de satisfacer que Solimán a veces rompía, escondía o arrojaba objetos olvidados por la memoria de Arnheim, que ya no volvían a aparecer. Mientras se vengaba de aquella manera, como un duende, se hacía extraordinariamente más agudo el ingenio en sus menesteres domésticos y en su conducta. Seguía siendo una sensación para todas las cocineras, doncellas, empleadas de hoteles y huéspedes femeninos; le acariciaban con sus miradas y sus sonrisas, los mozalbetes de la calle se le quedaban mirando burlonamente y él perseveraba en su costumbre de sentirse un personaje interesante y atractivo, si bien

humillado. También su señor le dirigía a veces una lisonjera mirada de satisfacción o unas palabras sabias y amables; en general todos le alababan como muchacho hábil y servicial, y cuando sucedía que Solimán acababa de cargar su conciencia con alguna acción especialmente reprochable, se gozaba de su superioridad con una risa sardónica, como al tragar una ardiente bola de hielo.

Raquel había conquistado la confianza de aquel joven al comunicarle que en su casa se estaba preparando probablemente una guerra; desde entonces Raquel tuvo que oír de la boca del negrito las más vergonzosas historias de su ídolo Arnheim. Aunque apático y disgustado, Solimán demostraba poseer una fantasía como un acerico lleno de espadas y puñales y en todas sus descripciones relacionadas con Arnheim retumbaban truenos y galope de caballos, se balanceaban teas y escaleras de cuerda. Le confió que no se llamaba Solimán y le pronunció

un nombre largo y sonoro, pero tan rápidamente que ella nunca pudo retenerlo. Después añadió a su historia el secreto de que era hijo de un príncipe negro, que su padre poseía miles de guerreros, de reses, esclavos y piedras preciosas y que él había sido raptado de niño; Arnheim le había comprado para venderle después al príncipe padre a un precio astronómico, pero que él quería huir, no habiéndole sido posible hasta entonces porque su padre vivía en un país muy lejano.

Raquel no era tan tonta como para creerse todas aquellas historias, pero las creyó porque en la Acción Paralela no había cosa increíble que pareciera demasiado grande. De buena gana hubiera prohibido a Solimán que hablara de Arnheim de aquella manera, pero tenía que contentarse con oponer a la temeridad del joven su desconfianza mezclada con espanto; la posibilidad de que su señor no fuese digno de fe prometía a la Acción Paralela -no obstante las dudas-

enormes, inminentes y apasionantes complicaciones.

Eran nubes de tormenta, detrás de las cuales desaparecía el hombre solitario junto al molino cubierto de musgo; una luz pálida se concentró en el ceño fruncido del pequeño rostro de mono de Solimán.

56 - Laboriosidad en las comisiones de la Acción Paralela.

CLARISSE escribe a Su Señoría y propone “el año de Nietzsche”

Ulrich tuvo que visitar entonces a Su Señoría dos o tres veces por semana. Tenía a su disposición una oficina alta, encantadora. Junto a la ventana había una gran mesa de escritorio de estilo María Teresa. De la red colgaba un cuadro oscuro con unos rojos, azules y amarillos lujosos que representaban unos caballeros hiriendo con sus lanzas las partes blandas de otros jinetes derribados; en la pared opuesta, una mujer con sus partes blandas cuidadosamente ceñidas por un corsé bordado en oro. No se explicaba por qué tenía que estar allí, sola y apartada ,pues

pertenecía seguramente a la familia Leinsdorf; su rostro joven maquillado se parecía al del conde, como una huella impresa en la nieve seca se parece a otra huella en arcilla húmeda. Ulrich tenía, por lo demás, pocas ocasiones de contemplar el rostro del conde Leinsdorf. La Acción Paralela había entrado desde la última asamblea en una fase de actividad tan intensa que a Su Señoría no le quedaba tiempo para dedicarse a las grandes ideas; llenaba el día en la lectura de solicitudes, en la recepción de visitas y en conversaciones, si no estaba de viaje. Así, había ya conferenciado con el Primer Ministro, con el arzobispo, con la cancillería de palacio y se había puesto en contacto varias veces con miembros de la alta aristocracia y de la noble burguesía. Ulrich no había asistido a aquellas conversaciones y sabía sólo que por todas partes se chocaba con la resistencia política del partido opuesto, por lo cual todos aquellos señores habían manifestado

que tanto mejor podrían apoyar la Acción Paralela cuanto menos se oyeran sus nombres; por el momento, pues, se harían representar en las comisiones sólo por observadores.

Era alentador ver los progresos que realizaban las comisiones de semana en semana. Según había sido dispuesto en la sesión inaugural, habían dividido el mundo en diversas secciones, desde los grandes puntos de vista de la religión, de la instrucción, del comercio, de la agricultura y demás; en cada una de las comisiones tomaba parte un representante del correspondiente Ministerio y todas ellas se entregaron a la tarea de recibir, de acuerdo con las demás comisiones, a los representantes del pueblo y de las corporaciones de su incumbencia con el fin de coordinar sus deseos, sugerencias y ruegos y transmitirlos al comité central. De ese modo se confiaba en que harían afluir a este comité las principales fuerzas morales del país,

organizadas y resumidas; por el momento podían estar satisfechos del aumento del tráfico epistolar. Los comunicados de las comisiones al comité central tuvieron que hacer, en breve, referencia a otros comunicados enviados con anterioridad y empezaron a encabezar sus escritos con una frase que cada vez adquiría más importancia: “Refiriéndonos a la carta número tal que figura en nuestro registro, haciendo a su vez referencia a otra precedente con el número cual en la línea que empieza por...”; en ella seguía un tercer número. Toda esta serie de cifras aumentaba en cada comunicado. Eran señales de un sano crecimiento. También las embajadas comenzaban a mandar informaciones oficiosas sobre la impresión causada en el extranjero por las demostraciones de fuerza del patriotismo austríaco; enviados especiales buscaban prudentemente oportunidad de informarse; delegados del pueblo preguntaban interesados por ulteriores

planes y la iniciativa privada comenzaba a manifestarse con demandas de sociedades comerciales que se tomaban la libertad de hacer insinuaciones o buscaban un punto de apoyo para ligar su firma al movimiento patriótico. Era todo un aparato y, por serlo, tenía que trabajar, y porque trabajaba, empezaba a correr; cuando un automóvil eleva la velocidad en un campo libre aun sin estar nadie al volante puede hacer un determinado recorrido ofreciendo un espectáculo digno de consideración e incluso impresionante.

De ese modo la Acción Paralela recibió un fuerte impulso y el conde Leinsdorf lo sintió. Se ponía los lentes y leía la correspondencia con gran seriedad, desde el principio hasta el fin. Ya no llegaban proposiciones, ni los deseos de aquellas personas apasionadas y desconocidas que le habían inundado al principio, antes de que el asunto hubiera tomado rumbo definido; y aunque aquellas súplicas y demandas procedieran

del seno del pueblo, iban firmadas por presidentes de sociedades alpinas, de confederaciones de librepensadores, congregaciones de mujeres, asociaciones profesionales, sociedades deportivas, clubes civiles y otras agrupaciones por el estilo, que pasaban del individualismo al colectivismo como un montón de basura en un remolino de viento. Aunque Su Señoría no siempre consentía todo lo que se exigía de él, veía un progreso considerable. Se quitaba las gafas, devolvía la correspondencia al consejero ministerial o al secretario que se la había entregado y la aprobaba con un gesto de cabeza sin decir palabra; sentía que la Acción Paralela se dirigía por buen camino y firme y que no tardaría en encontrar el mejor de los rumbos.

El consejero ministerial, que recibía de nuevo la correspondencia, la dejaba sobre una pila de otras cartas y una vez terminada la labor volvía a leer en los ojos de Su

Señoría. Entonces la boca del conde solía decir: -"Todo va estupendamente, pero no podemos decir ni que sí ni que no hasta que no sepamos algo concreto sobre lo esencial de nuestro objeto."

Esto ya lo había ya leído el consejero ministerial en los ojos de Su Señoría en anteriores ocasiones y coincidía con su opinión personal; sostenía en la mano un lápiz de oro con el que había escrito al final de cada unicado la sigla mágica "dif.". Esta abreviatura de "diferido", tan corriente en las oficinas de Kakania, significaba en lenguaje vulgar "reservado para decidirlo más tarde", y era un ejemplo de prudencia que enseñaba a no perder nada y a evitar precipitaciones. Diferida era, por ejemplo, la petición de un pequeño empleado rogando una ayuda extraordinaria para su mujer, para el tiempo que transcurre entre el parto y la capacidad del niño para ganarse la vida por sus propios medios. Esto no tenía otro motivo que el de

dar tiempo a que la materia se regulara legalmente ya que el corazón de los superiores no quería rechazar la demanda; diferida era también la solicitud de una persona de oficio influyente a la que no convenía molestar con una negación; por principio, todas las demandas que aparecían por primera vez en una oficina eran diferidas hasta que se presentaba un caso análogo.

Pero estaría mal burlarse de aquella costumbre burocrática, porque fuera de las oficinas se difiere todavía más. ¿Qué significan, pues, las promesas incluidas en los juramentos de los reyes, de dar guerra a los turcos o a los paganos, cuando se piensa que en la historia de la humanidad nunca se ha borrado ni se ha acabado de escribir del todo una frase? De esto resulta, de vez en cuando, ese ritmo desequilibrado del progreso que se asemeja ilusoriamente a un buey volando. En los cargos todavía se pierde algo, en el mundo, nada. Así, la dilación es una fórmula

fundamental del edificio de nuestra vida. Cuando a Su Señoría alguna cosa le parecía especialmente urgente, elegía un método distinto. Enviaba primero la proposición a la Corte, a su amigo el conde Stallburg, preguntándole si se podía tomar en consideración, como “provisionalmente definitiva”, según él decía. Poco después, llegaba por lo regular la respuesta, declarando que no se podía dar a conocer todavía el criterio de Su Majestad y que parecía oportuno dejar pasar el tiempo hasta que se forjase una opinión pública; según la acogida que diera ésta a la proposición -teniendo en cuenta otras exigencias que podrían surgir eventualmente- se daría en seguida la cuestión por examinada. Las actas, en las que se había transcrito la demanda, pasaban a su correspondiente dicasterio y volvían de allí con la advertencia de que aquel servicio oficial no se consideraba competente para decidir tal punto; cuando ocurría esto, él conde Leinsdorf

tomaba nota para presentar en la siguiente asamblea del comité central la idea de crear una subcomisión interministerial para el estudio del asunto.

Su Señoría sólo era inexorable en los casos en que los escritos no estaban firmados por el presidente de alguna sociedad o de una corporación religiosa, científica o artística, reconocida por el Estado. Una carta semejante llegó en aquellos días, remitida por Clarisse; en ella hacía alusión a Ulrich y proponía la proclamación de un “año nietzschiano de Austria”, abogando al mismo tiempo por el misógino criminal Moosbrugger; como mujer -escribía- se había sentido obligada a proponer aquella idea; debido también a la coincidencia de que Nietzsche había sido un enfermo mental, igual que Moosbrugger. Ulrich no pudo contener su enojo (que procuró disimular con una broma) cuando el conde Leinsdorf le mostró aquella carta; la reconoció inmediatamente

por la caligrafía informal y cruzada por gruesos trazos transversales y por subrayados. El conde Leinsdorf, cuando se dio cuenta del apuro que estaba pasando Ulrich, dijo con seriedad y dulzura: -"No deja de ser interesante. Diría que esa mujer es entusiasta y activa; pero todas estas proposiciones particulares deben pasar ad acta-, de lo contrario no llegaríamos nunca a un fin. Usted podría devolver esta carta, ya que, según parece, conoce a la señora que la ha escrito. ¿Es quizá prima suya?"

57 - Gran entusiasmo. Diotima hace curiosos experimentos con el ser de grandes ideas

ULRICH se llevó consigo la carta para hacerla desaparecer; por otra parte, no hubiera sido nada fácil hablar sobre ella con Diotima, pues desde la aparición del artículo sobre el “año austríaco”, se sentía arrebatada por un entusiasmo desordenado. No solamente le entregaba Ulrich todos los documentos que recibía el conde Leinsdorf; el correo diario le traía además montones de comunicados y recortes de periódicos; los libreros le mandaban cantidades enormes de libros de muestra; el movimiento aumentaba en su casa, como aumenta el oleaje del mar cuando el viento y la luna se ponen de

acuerdo. El teléfono no paraba de sonar y si no llega a ser por Raquel, que atendía a las llamadas con el celo de un arcángel dando ella misma las noticias, Diotima hubiera sucumbido bajo el peso del trabajo.

Aquella crisis nerviosa, que nunca llegó, pero que hacía temblar su cuerpo, proporcionó a Diotima una felicidad que jamás hasta entonces Sábía experimentado. Era un escalofrío, un estremecimiento de importancia, como si éste hubiera calado todo su ser; un crujido como el de la presión en una piedra coronadora del edificio mundial; un hormigueo como la sensación de la nada que se siente al divisar desde la cumbre de algún monte un amplio panorama. En resumen, era el sentimiento de la “posición” de la que tuvo, de repente, conciencia la hija de un modesto docente de grado medio y joven esposa de un vicecónsul burgués, que, no obstante su ascenso, seguía siendo en las partes más frescas de su ser. Tal sentido de la

posición es uno de los estados fundamentales, aunque inadvertidos, de la existencia, como el no darse cuenta de que la tierra gira o de que nuestra persona contribuye algo a las percepciones. El hombre, peregrino en la geografía de una gran patria, de una religión o de un escalafón de renta, lleva gran parte de su vanidad bajo los pies, porque le han enseñado que no le es lícito darle cabida en el corazón y , a falta de una posición tal, se contenta incluso -cosa al alcance de todos- con situarse en lo más alto de la columna del tiempo sobre el soporte de la nada, es decir, vivir en el momento presente en que todos los predecesores están ya reducidos a polvo y los venideros no han llegado todavía. Pero si esta vanidad, que por lo común no es consciente, sube de repente de los pies a la cabeza, puede ocasionar una dulce locura, padecida a la de aquellas vírgenes que creen estar embarazadas con el orbe terráqueo. También el señor Tuzzi

concedió a Diotima el honor de dejarse informar por ella sobre la marcha de aquel “movimiento” y de rogarle frecuentemente se dignara aceptar algún encargo; la sonrisa burlona con que antes había hecho acompañar al tema del “salón” la sustituía ahora por una digna seriedad. No se sabía todavía hasta qué punto agradaría a Su Majestad la idea de hacerle figurar a la cabeza de una Acción Pacifista de carácter internacional, pero Tuzzi asociaba a esta posibilidad la solícita recomendación de que Diotima no diera el más mínimo paso en el campo de la política exterior sin haber consultado antes con él. - Añadía inmediatamente el aviso de que, si la Acción pacifista llegaba algún día a cristalizar, se librara bien de mezclarse en complicaciones políticas. No era preciso, declaró a su esposa, rechazar una idea tan bella, ni siquiera existiendo la posibilidad de ponerla en obra, pero era absolutamente necesario mantener abiertas desde el principio todas

las posibilidades, tanto de ejecución como de retirada. Explicó después a Diotima la diversidad entre una conferencia de desarme, otra pro pace, una reunión de monarcas y la ya mencionada decoración del Palacio de La Haya con lienzos de artistas austríacos; nunca había hablado a su esposa tan concretamente. A veces volvía al dormitorio con la carpeta de cuero bajo el brazo para completar sus explicaciones, por ejemplo, si se había olvidado de añadir que, según su opinión personal, todo lo que dependiera del concepto de "Austria universal" lo consideraba posible sólo en unión con una empresa pacifista o humanitaria, si no podía ser tachada de peligrosa, veleidosa o de algo parecido.

Diotima respondía con una paciente sonrisa: -"Me esforzaré por tener en cuenta tus deseos, pero no debes exagerar la importancia que puede tener para nosotros la política exterior. En el interior del país está en auge el movimiento procedente de la

anónima profundidad del pueblo; no sabes la cantidad de súplicas y proyectos que recibo yo al cabo del día.”

Diotima era admirable; sabía librar las luchas que le tocaba librar en medio de enormes dificultades. En las consultas de la comisión central, compuesta por varios representantes de la religión, de la justicia, de la agricultura, de la educación pública y otros, todas las proposiciones en-contraban una tenaz y temerosa resistencia que Diotima conocía ya por su marido de cuando éste no había puesto en las cosas el cuidado que después aprendió a poner; y a veces la impaciencia la desanimaba y no dudaba de que aquella resistencia del mundo indolente sería difícil de vencer. El “año austríaco” era para ella, evidentemente, el año de la “Austria universal”; las naciones austríacas debían aparecer como modelo ante las naciones de todo el mundo, para lo cual bastaba demostrar que la inteligencia, el espíritu,

tenían en Austria su verdadera patria. Tan claro resultaba esto que para los cerebros torpes se necesitaba un contenido especial, integrado a una idea que, por su naturaleza más sensible que abstracta, fuera más fácil de comprender. Y Diotima estudiaba largas horas, buscando una idea que respondiera a aquellos postulados; naturalmente, la idea debía incluir también un símbolo de Austria; Diotima hacía curiosos experimentos con el ser de grandes ideas.

Era ostensible que Diotima vivía en una gran época, que daba a luz grandes pensamientos; pero es increíble lo difícil que resulta realizar lo más grande e importante, tan pronto se hayan dado todas las condiciones necesarias para ello, salvo una: qué es eso que se busca. Siempre que Diotima casi se decidía por una idea, tenía que reconocer que también sería grande realizar su contraria. Así era, y no había quien lo pudiera impedir. Los ideales tienen extrañas

propiedades, entre otras la de transformarse en su contrario cuando se les quiere seguir escrupulosamente. Tales fueron, por ejemplo, los de Tolstoi y Berta Suttner -dos escritores cuyos pensamientos se hicieron casi igualmente famosos en su tiempo. Pero ¿cómo puede el hombre -pensaba Diotima- procurarse, sin emplear la violencia, aunque no sea más que un pollo asado? ¿Y qué se hace entonces con los soldados, si se les prohíbe matar tal como ellos exigen? Quedarían sin empleo y los pobres y los criminales se sentirían a sus anchas. Tales proposiciones habían sido presentadas; se decía además que se habían recogido firmas. Diotima no hubiera podido imaginarse una vida sin verdades eternas, pero ahora se daba cuenta de que cada verdad eterna es doble o triple. Por eso el hombre sensato -en este caso el señor Tuzzi, que así salvaba también en cierto modo su honor- siente una desconfianza profundamente enraizada respecto a las

verdades eternas; no negará jamás que son indispensables; está convencido, sin embargo, de que las personas que las toman al pie de la letra están locas. A su juicio -que se lo prestaba a su esposa con ánimo de ayudarle-, los ideales humanos presentan exigencias excesivas y conducen a la ruina si no los toma uno en serio. Tuzzi adujo, como primera prueba de ello, que en las oficinas donde se trata de asuntos serios las palabras “ideal” y “verdad eterna” brillan por su ausencia; si a un empleado se le ocurriese emplearlas en algún documento, andaría cerca de conseguir unos días de vacación para que se sometiera a un reconocimiento médico. Pero Diotima, si bien escuchaba entristecida, recobraba al final de tales momentos de debilidad nuevas fuerzas para entregarse con ahínco a sus estudios.

Incluso el conde Leinsdorf se maravilló de su energía intelectual cuando por fin encontró tiempo para hablar con ella. Su

Señoría quería una manifestación del corazón del pueblo. Deseaba sinceramente conocer la voluntad popular y aquilatarla con prudentes intervenciones de arriba, porque pretendía presentarla algún día a Su Majestad, no como una donación del bizantinismo, sino como un signo de reflexión de los Pueblos arrastrados por la corriente de la democracia. Diotima sabía que Su Señoría seguía firme en su idea del “Emperador pacífico” y en la brillante manifestación de la Austria auténtica, si bien no rechazaba radicalmente la proposición de la Austria universal, en cuanto expresaba el sentimiento de una familia de pueblos, dispuestos en torno a su patriarca. De esta Familia excluía Su Señoría oculta y silenciosamente a Prusia, aunque él no tenía nada que reprochar al doctor Arnheim y lo había calificado de persona interesante ante Diotima. —”No queremos nada de patriotismo en desuso -amonestaba él-; debemos inyectar inquietud a la

nación, al mundo. La idea de celebrar un "año austríaco" la encuentro muy bella y he ordenado a los periodistas que dirijan la fantasía del público hacia ese tema. ¿Pero ha reflexionado usted alguna vez, señora, qué se puede hacer en el año austríaco? ¿Lo ve? Ahí está. Es necesario saberlo. Hay que esperar también alguna ayuda de arriba, si no, se sobrepondrán los elementos sin razón. Y yo no dispongo de tiempo para reflexionar y concretar algo."

Diotima vio que Su Señoría mostraba interés y respondió vivamente: —"La Acción debe culminar en un gran signo o en nada! Eso es cierto. Tiene que conmover el corazón del mundo, pero ha de ser influida también por las altas esferas. El año austríaco es una idea estupenda; a mi parecer, sin embargo, el año universal es todavía mejor: un año de la Austria universal, con motivo del cual el espíritu europeo pueda ver en Austria su auténtica patria."

-”**¶**Despacio, despacio! -advirtió el conde Leinsdorf, que se había espantado ya muchas veces ante la temeridad de su amiga-. Sus ideas son siempre un poco demasiado audaces, Diotima. Usted misma ha dicho alguna vez que nunca puede ser uno suficientemente prudente. ¿Qué piensa que podemos hacer en este año austríaco?”

Con aquella pregunta sin rodeos, que caracterizaba la manera de hablar del conde Leinsdorf, había tocado precisamente en el punto más doloroso de Diotima. -”Señor conde -dijo ella después de haber vacilado un poco-; esa pregunta a la que usted quiere que yo responda es la más difícil del mundo. Tengo proyectado reunir lo antes posible un círculo de hombres eminentes, poetas, pensadores; esperaré a las sugerencias de esta asamblea para decidirme después.”

-”**¶**Está muy bien! -exclamó Su Señoría de acuerdo con la dilación-. **¶**Muy bien! Nunca se puede ser demasiado circunspecto.

“Si supiera usted todo lo que tengo que oír cada día...!”

58 - La Acción Paralela da que pensar. Pero en la historia de la humanidad no hay retroceso voluntario

UNA vez, Su Señoría tuvo tiempo para hablar detenidamente también con Ulrich. “-Ese doctor Arnheim no me es muy agradable -le confió- Ciertamente, es un hombre de excepcional inteligencia, y por eso no de extrañar la actitud de su prima; pero en definitiva es prusiano. Tiene una mirada especial. ¿Sabe usted? Siendo yo niño en el año sesenta y cinco, mi buen padre organizó una cacería en el palacio Chrudim y admitió a un invitado que tenía la misma mirada; un año después se descubrió que nadie sabía por medio de

quién había entrado en nuestra casa y que era, por lo visto, un prusiano, general de estado mayor. Con esto no quiero decir nada, pero no me gusta que Arnheim se entere de nuestros asuntos.”

—”Señor conde -dijo Ulrich-, le agradezco la oportunidad que usted me otorga de expresarme con libertad. Es hora de comenzar a hacer algo; yo estoy recogiendo algunas experiencias que me dan que pensar y que no interesan a un observador extranjero. La Acción Paralela debería inspirar gozo y felicidad a todos, ¿no es esto lo que Su Señoría prefiere?”

”[Sí, claro!”

—”Pero hasta ahora viene sucediendo lo contrario -advirtió Ulrich-. Tengo la impresión de que esta Acción preocupa y deprime a todas las personas cultivadas.”

Su Señoría movió la cabeza y giró un dedo pulgar alrededor del otro, como solía hacer cuando se ponía pensativo. También él

había tenido experiencias semejantes a las que Ulrich acababa de contarle. -"Desde que se ha sabido que tomo parte en la Acción Paralela "-refirió éste- y en cuanto agotamos las formas generales de la cortesía, me preguntan: "¿Qué quiere conseguir usted con la Acción Paralela? Hoy día no se dan ya grandes hombres, ni grandes obras"."

- "Sí, pero éstos se excluyen a sí mismos - interrumpió Su Señoría- Conozco esa música; también yo la escucho. Los grandes industriales injurian a la política que no les favorece en la medida que ellos quieren y los políticos a la industria que no financia suficientemente las campañas electorales."

- "Exacto -repuso Ulrich-. Los cirujanos creen que la cirugía ha hecho progresos desde el tiempo de Billroth; dicen simplemente que a medicina y la física sirven demasiado poco a la cirugía. Yo diría incluso si Su Señoría me lo permite, que también los teólogos están convencidos de que la teología

está hoy día más adelantada que en tiempos de Cristo.”

El conde Leinsdorf alzó la mano en señal de indulgente resistencia.

—“Le ruego, pues, me disculpe, si he dicho algo inconveniente; tampoco había por qué decirlo, pues la conclusión que yo quería extraer tiene un significado general. Los cirujanos, como he dicho, afirman que la física no rinde lo que se podría exigir de ella. Sin embargo, si se habla con un físico sobre los problemas de la actualidad, se le oye lamentar que, si bien de buena gana elevaría un poquito las miras, se aburre en el teatro y no hay novela que le distraiga ni le estimule. Si se habla con un poeta, dice que ya no existe la fe. Y sí se habla con un pintor, por no decir un teólogo, puede estar usted seguro de que afirmará que en estos tiempos de tan mala literatura y filosofía los pintores no pueden dar lo mejor de sí mismos. La gradación según la cual echa uno la culpa al otro no es

siempre la misma, naturalmente, y yo no puedo averiguar a qué regla o ley obedece. Temo, hay que decirlo, que cada hombre en particular esté contento de sí mismo; en general, por algún motivo común a todos, no se siente satisfecho en su pellejo y parece como si la Acción Paralela estuviera destinada a poner esto en evidencia un día.”

-”Dios santo! -respondió Su Señoría sin ver claro lo que quería decir-. No hay más que ingratitud!”

-”Por lo demás -prosiguió Ulrich- tengo ya dos carpetas llenas de proposiciones escritas de índole general; todavía no he tenido ocasión de remitírselas a Su Señoría. Una de ellas la he señalado con la anotación "Devolver a...". Muchas personas nos comunican que el mundo fue en tiempos pasados mejor que ahora y que basta que la Acción Paralela lo restituya a aquel estado. Prescindiendo de la natural necesidad de volver a la fe, sería de desear la vuelta al barroco, al gótico, al

estado natural, a Goethe, al derecho alemán, a la pureza de costumbres y a otras cosas más.”

-”Hum, ya; pero quién sabe si no encerrará todo ello una idea feliz; no sería justo desanimar a esas personas” -opinó el conde.

-”Sería imposible; ¿pero cómo se les debe contestar? ”Sometida a detenido examen su estimable proposición..., no consideramos llegado todavía el momento...”. O bien: ”Hemos leído con verdadero interés su carta y, después de..., le rogamos se digne detallarnos de qué modo desearía usted que emprendiéramos la vuelta al estilo gótico, barroco y demás.”

Ulrich sonrió, pero el conde Leinsdorf le encontró demasiado regocijado e intentó evadir la cuestión girando nuevamente los pulgares el uno alrededor del otro. Su rostro, con el mostacho, recordaba en su dureza la época de Wallenstein; luego hizo una declaración digna de apuntarse ”Querido

doctor -dijo-, en la historia de la humanidad no hay retroceso voluntario!”

Esta declaración sorprendió sobre todo al mismo conde Leinsdorf, pues había querido decir otra cosa muy distinta. Él era conservador y se enfadaba con Ulrich; su idea había sido advertir que la burguesía había despreciado el espíritu universal de la Iglesia católica y que ahora sufría consecuencias. Estuvo a punto de ensalzar los tiempos del centralismo absoluto en que el mundo había sido gobernado, según criterios unificadores, por personas conscientes de su responsabilidad. Pero de repente, mientras buscaba las palabras para expresarlo, se le ocurrió que para él sería una sorpresa bien desagradable si una mañana se despertase sin baño y sin ferrocarril y en vez de leer en el periódico las noticias recientes del mundo entero tuviera que contentarse con escuchar a un pregonero a caballo. El conde Leinsdorf pensó: -”Lo que existió antaño no volverá

jamás a existir de la misma forma”; mientras reflexionaba en ello, él mismo se admiraba. En efecto, suponiendo que en la historia no se den vueltas voluntarias, la humanidad se asemeja a un hombre que camina siempre hacia adelante, movido por un afán tremendo de viajar, para el que no hay posibilidad de retroceso ni de meta; ése es un estado muy interesante.

Su Señoría poseía la extraordinaria cualidad de mantener de tal manera separados dos pensamientos contradictorios que nunca llegaban a encontrarse en su conciencia; pero este pensamiento, opuesto a todos sus Principios, lo debía haber rechazado. Sentía cierta simpatía por Ulrich y en cuanto se lo permitían sus obligaciones, hallaba gusto en discutir y dilucidar con rigurosa lógica ciertos asuntos políticos con aquel joven despabilado y tan bien recomendado que, como burgués, estaba algo al margen de aquellos problemas vitales. Pero cuando se comienza

con lógica, engarzando los pensamientos sucesivamente, no se sabe en qué se va a terminar al final. El conde Leinsdorf no retractó por eso su declaración, sino que se limitó a mirar fijamente a Ulrich en silencio.

Ulrich tomó todavía una segunda carpeta y aprovechó el silencio para entregar las dos a Su Señoría. -"A la segunda he tenido que ponerle la nota "¡Adelante!" -comenzó a explicarse, pero Su Señoría se levantó de repente y dijo que su tiempo había pasado. Le rogó dejara lo demás para otra vez en que dispusiera de más tiempo para reflexionar. -"Su prima se encargará de reunir un grupo de las más representativas personalidades con el fin de tratar sobre este asunto -le anunció, ya de pie-. Acuda usted; por favor, no falte; yo no sé si se me permitirá asistir."

Ulrich recogió las carpetas y el conde Leinsdorf se volvió otra vez en la oscuridad de la puerta. -"Naturalmente, toda gran empresa amedrenta al principio; nosotros

nos sobrepondremos a toda dificultad.” Su sentido del deber no le permitió dejar a Ulrich sin unas palabras de consolación.

59 - Moosbrugger reflexiona

MOOSEBRUGGER se había instalado entretanto de la mejor manera posible en su nueva prisión. Apenas se cerró la puerta, comenzaron a tratarle violentamente, a sus protestas le habían amenazado, si recordaba bien, con darle una paliza. Le habían metido en una celda individual. Para el paseo en el patio interior le ataban las manos y los ojos de los guardianes le seguían a todas partes. Le habían rapado la cabeza, aunque la condena no había entrado todavía en vigor, con el pretexto de tomar sus medidas. Le lavaron con un jabón maloliente para desinfectarle. Él era un diablo viejo y sabía que nada de aquello estaba permitido, pero detrás del portón de hierro no es fácil salvar la propia

honra. Hacían con él lo que querían. Se hizo presentar al director de la cárcel y le expuso sus quejas. El director admitió que ciertas cosas no respondían al reglamento, pero que no eran castigos sino medidas de precaución. Moosbrugger protestó ante el capellán del establecimiento; pero éste era un anciano bondadoso que tenía en la cura de almas el inveterado defecto de rehusar el trato con delincuentes sexuales. Aborrecía tales pecados con la incomprensión de un cuerpo que no ha tocado siquiera su orla y estaba espantado de que Moosbrugger, con su porte sincero, despertara la debilidad de su compasión personal; le envió al médico de cabecera, mientras él mismo elevó al Creador, igual que en todos los demás casos semejantes, una gran súplica que no descendía a detalles particulares y que hacía alusión a las calamidades terrenas de manera tan general que en la oración se refería a Moosbrugger igual que a los librepensadores

y ateos. El médico de la prisión dijo, sin embargo, que todo aquello de lo que se quejaba no era tan grave, le dio una confortable palmada en la espalda y no se dejó convencer por sus lamentos, pues si Moosbrugger había entendido bien, todo era inútil mientras la facultad no hubiera decidido si en efecto era enfermo mental o lo aparentaba solamente. Moosbrugger barruntaba malhumorado que todos hablaban como les venía en gana, y aquel modo de hablar les daba ánimos para obrar con él a su antojo. Tenía el sentimiento, propio de la gente simple, de que se debería cortar la lengua a la gente instruida. Miró al rostro cicatrizado del doctor, al rostro seco del sacerdote, al burocrático del austero administrador; se sintió observado por las miradas de los tres, cada uno con expresión diversa y en sus rostros advirtió algo inaccesible pero común a los tres y que había sido su enemigo de toda la vida.

La estipticidad que oprime por fuera a todo hombre, con su engreimiento en medio de toda la otra carne, era de tejas abajo de la cárcel y a pesar de la disciplina, algo más benigna; en ella todo vivía de esperanza y las relaciones de los hombres entre sí, aunque rudas y violentas, estaban oscurecidas por la sombra de la irrealidad. Moosbrugger reaccionó a la relajación, después de la lucha del proceso, con todo su robusto cuerdo. Creía ser un diente movido. Sentía comezón en la piel. Se consideraba contagiado y miserable. Era una tierna, melindrosa hipersensibilidad la que le aquejaba a veces; la mujer que yacía bajo tierra, la que le había jugado aquella mala partida, le parecía, cuando la comparaba consigo mismo, una media hembra grosera y malvada frente a un niño. A pesar de todo, Moosbrugger no estaba tan descontento; de muchos detalles pudo deducir que allí dentro era considerado una persona importante, y esto le halagaba. Incluso los

cuidados, de que eran objeto todos los presidiarios por igual, le daban satisfacción. El Estado tenía que cuidar a los delincuentes por el hecho de haber cometido algún delito, debía alimentarlos, bañarlos, vestirlos, preocuparse de su salud, de su trabajo, de darles libros y de enseñarles a cantar, cosas de las que él no se había preocupado en la vida. Moosbrugger se complacía en aquellas atenciones, a pesar de su brusquedad, como un muchacho que consigue forzar a su madre, enfadada, a que se ocupe de él; pero no deseaba que aquel estado durara largo tiempo; la idea de que su condena pudiera ser reducida a cadena perpetua o a ser recluso otra vez en un manicomio le fomentaba esa rebeldía que nosotros sentimos cuando todos los esfuerzos por escapar de la vida nos conducen al mismo estado de aborrecimiento. Sabía que su defensor se estaba esforzando en reasumir el proceso y que él se debía someter otra vez a un nuevo reconocimiento,

pero tenía la intención de oponerse y lograr que le mataran.

Deseaba, eso sí, que su despedida fuera digna de él; no en vano había consagrado la vida entera a luchar por sus derechos. En la celda individual Moosbrugger reflexionó sobre cuáles eran sus derechos. No sabía decirlo. Pero era aquello de que se le había privado o escatimado durante toda su vida. Cuando se ponía a pensar en este tema se le hinchaban las narices. Su lengua se arqueaba y se posaba en un movimiento similar al de un caballo a paso español; con tal solemnidad acentuaba su idea. -"Derecho -pensó con extrema lentitud para definir aquel concepto y como si estuviera hablando con alguien-; el derecho consiste en conceder a cada uno lo suyo, ¿no es cierto? -y de repente se le ocurrió-: El derecho es la justicia." Así era: su derecho estaba en su justicia. Miró a su alrededor para sentarse en algún rincón, se volvió trabajosamente, empujó el catre

sujeto al suelo y se echó en él perezosamente. Le habían privado de justicia! Se acordó entonces de la maestra que había tenido a los dieciséis años. Soñó que algo frío le había pasado sobre el vientre y había desaparecido después en el cuerpo; había gritado, se había caído de la cama y al día siguiente sintió todo el cuerpo dolorido. Ya le habían dicho alguna vez los aprendices que cuando a una mujer se le muestra el puño con el dedo pulgar saliente entre el índice y el mayor, ella es incapaz de oponer resistencia. Estaba confundido; todos decían haberlo probado, pero cuando él pensaba en ello, sentía correr el suelo bajo sus pies o bien le parecía que la cabeza no se asentaba sobre el cuello del modo acostumbrado, o sea, algo anormal, inseguro. -"Maestra! -dijo-, quisiera hacerle una cosa divertida..." Estaban solos, ella le miró a los ojos, debió de leer algo en ellos y contestó: "Fuera de la cocina!" Entonces él le mostró el puño con el pulgar enlazado de

la manera indicada. Aquel arte de encantamiento le dio resultado, pero sólo a medias; la maestra se puso colorada y, como un rayo, le golpeó en la cara con la cuchara de palo que tenía entonces en la mano; tan rápidamente accionó que a él no le dio tiempo para apartarse; volvió en sí al ver brotar la sangre de sus labios. Pero de aquel momento se acordaba perfectamente, pues la sangre invirtió de repente la marcha, se dirigió hacia arriba y se asomó a los ojos; él se abalanzó sobre la fornida moza que tan vergonzosamente le había ofendido; en aquel instante apareció por allí el maestro y lo que ocurrió desde entonces hasta que se encontró en la calle con las piernas temblorosas y recogiendo las ropas que le fueron lanzadas detrás de él, era como hacer jirones una gran capa roja. Así se habían reído de sus derechos. Moosbrugger se dio otra vez al vagabundeo, ¿Valen los derechos en la calle? No había hembra que no hubiera sido del

derecho de algún tipo, ni manzana, ni lecho; y sus guardias y sus jueces eran peores que los perros.

Moosbrugger no veía claro por qué la gente le prendía y le echaba a la cárcel o al manicomio. Pasaba largos ratos escrutando ceñudamente el suelo y, con esfuerzo, los ángulos de la celda; hacía como uno al que se le ha caído la llave. Pero él no la encontraba; el suelo y los rincones se volvieron ligeramente grises y austeros con la claridad del nuevo día, después de haber sido como el fondo de un sueño donde de repente aparece un objeto o una persona al pronunciar alguien una palabra. Moosbrugger procuraba usar toda la lógica. Pero sólo conservaba recuerdo preciso de los lugares donde aquello había comenzado. Hubiera podido enumerarlos y describirlos. Una vez había sido en Linz y otra en Braila. Entretanto habían pasado los años. Lo último sucedió aquí, en la ciudad. Veía todas las piedras ante sí. Tan claras y

distintas como no suelen ser generalmente las piedras. Recordaba también el mal humor que tenía siempre. Como si en las venas en vez de sangre tuviera veneno o algo parecido. Por ejemplo, trabajaba al aire libre y las mujeres pasaban cerca de él; no quería mirarlas porque le molestaban, pero pasaban de continuo; al final sus ojos las seguían a desgana y aquel lento movimiento de los ojos era como si se mezclara en su interior una masa de brea con cemento. De ordinario su pensamiento discurría pausado, las palabras le fatigaban, nunca encontraba expresiones suficientes y, a veces, en conversación con alguno, sucedía que el interlocutor le miraba extrañado y no comprendía el alcance de una palabra cuando Moosbrugger la pronunciaba despacio. Envidiaba a todos los hombres que habían aprendido a hablar con facilidad; se le trababan las palabras, como si tuviera goma en el paladar precisamente en los momentos en que más las necesitaba; en

ocasiones pasaba un tiempo inmenso hasta que conseguía soltar una sílaba y seguía adelante. No había lugar a duda de que aquello obedecía a un defecto natural. Sin embargo, cuando afirmaba ante el tribunal que eran los francmasones, los jesuítas o los socialistas los que le perseguían de aquel modo, nadie le entendía. Los abogados hablaban efectivamente mejor que él y le ponían toda clase de objeciones, pero no tenían la menor idea del desenvolvimiento de la realidad.

Si aquello se prolongaba un poco, a Moosbrugger le entraba miedo. Hágase la prueba de salir a la calle con las manos atadas y obsérvese lo que hace la gente! La conciencia de que su lengua o alguna otra cosa de más adentro estaba pegada como con cola le hacía sentir una sensación de dolorosa inseguridad que necesitaba días para disimularla. Pero de repente se encontraba ante un límite abrupto y, cabría decir, silencioso; sin nadie prevenirlo, surgía un hálito frío, o

flotaba en el aire un gran globo que volaba hasta su pecho, y en el mismo instante experimentaba algo en sí mismo, en sus ojos, en sus labios o en los músculos de la cara; a su alrededor todo se contraía y se ennegrecía y, mientras se posaban las cosas sobre los árboles, saltaban de la maleza dos o tres gatos veloces. Aquel fenómeno sólo tardaba un segundo en desaparecer.

Entonces empezaba en realidad el tiempo del que todos querían saber y hablar sin descanso. Hacían las preguntas más absurdas y él, por desgracia, recordaba los acontecimientos muy vagamente, sólo en la memoria conservaban un sentido, porque aquellos tiempos eran puro sentido: a veces duraban minutos, otras veces resistían días enteros y en algunas ocasiones se prolongaban más, durando incluso meses. Para comenzar con éstos, ya que son los más sencillos y, según Moosbrugger, hasta un juez los podría comprender: él oía entonces voces

o música, o un gemido y un zumbido, también silbidos y ruido de cencerros, o tiros, truenos, risas, gritos, charlas y susurros. Llegaban de todas partes; se paraban en los muros, en el aire, en los vestidos y en su cuerpo. Tenía la impresión de que los llevaba consigo en el cuerpo cuando callaba; y en cuanto salían fuera se escondían en las cercanías, no muy lejos de él. Mientras trabajaba, las voces le hablaban con palabras entrecortadas y breves frases, le injuriaban y le criticaban y, si pensaba alguna cosa, se expresaban de tal manera y con tal perseverancia que tenía que atenderlas, o decían maliciosamente lo contrario de lo que él deseaba. Moosbrugger se reía de que quisieran considerarle enfermo por eso; él mismo trataba aquellas voces y aquellos rostros como si fueran monos. Le entretenía oír y ver lo que hacían; eran mil veces mejor que los pesados y tenaces pensamientos de su cabeza; en definitiva, era natural. Dada la especial

atención que prestaba a toda palabra referente a él, Moosbrugger sabía que aquello se llamaba tener alucinaciones, y estaba de acuerdo en disfrutar de aquella ventaja, frente a otros que no eran tan capaces; veía, en efecto, muchas otras cosas que otros no veían, hermosos paisajes y animales monstruosos, pero encontraba muy exagerada la impotencia que daban a todo esto y de aquí que, cuando el manicomio llegaba a resultarle demasiado desagradable, declaraba sin más que les estaba engañando. Los discretos le preguntaban si oía mucho ruido; la pregunta tenía poco sentido; naturalmente lo que oía era a veces tan fuerte como un trueno, otras veces tan leve como un murmullo. También los dolores que le atormentaban podían ser insoportables o llevaderos, como una ilusión. Eso no era lo importante. A menudo no había podido describir exactamente lo que veía, oía o sentía; sin embargo sabía lo que era. Muchas veces

resultaba muy confuso; los rostros venían del exterior, pero un destello de observación le decían al mismotiempos que procedían de sí mismo. Lo importante era justamente que que las cosas estén dentro o fuera no tiene ninguna importancia; en su estado aquello era como agua clara a los dos lados de una transparente pared de vidrio.

En sus buenos tiempos, Moosbrugger no hacía caso de voces ni de visiones, sino que “pensaba”. Lo decía así porque aquella palabra siempre le había impresionado. Pensaba mejor que otros, pues pensaba dentro y fuera. Sus pensamientos se cernían en su interior contra su voluntad. Decía que se le presentaban ya hechos, y sin perder su lenta flexibilidad viril, le excitaban las más insignificantes bagatelitas, como sucede a una mujer cuando tiene leche en los pechos. Su pensamiento fluía entonces como un arroyo absorbido por cientos de arroyuelos triscantes a través de un prado.

Moosbrugger bajó la cabeza y miró la madera entre sus dedos. "Aquí la gente llama a la ardilla "gatito de la encina" -se le ocurrió-; en Asia la llaman, en cambio, "zorro de los árboles". Uno que ha viajado mucho lo sabe." Los psiquiatras se intrigaban cuando, al mostrarle a Moosbrugger la figura de una ardilla, respondía: -"Eso es un zorro o quizá una liebre; también puede ser un gato o algo así." Inmediatamente le preguntaban: -"¿Cuántos son catorce más catorce?" Y él les contestaba pensativo: -"Aproximadamente de veintiocho a cuarenta."

Aquel "aproximadamente" les dejaba perplejos y Moosbrugger sonreía de satisfacción. Es muy sencillo; él sabe también que añadiendo catorce a catorce se llega a veintiocho, pero no está determinado que aquello sea la meta y no se pueda seguir adelante. La mirada de Moosbrugger se extiende un poco más, como la de un hombre al alcanzar la cumbre de una colina y ver que detrás de

aquella hay todavía otras colinas más. Y si la ardilla no es ni gato ni zorro y tiene dientes en vez de cuernos, como la liebre que devora el zorro, no hay por qué discutir ya que tiene un poco de todo y trepa sobre los árboles. Según la experiencia y convicción de Moosbrugger, no se podía separar una cosa completamente del resto, porque todo era interdependiente. Varias veces en su vida había dicho a una joven: -"Tiene una boca de rosa...!", pero de improviso la palabra caía en las costuras y sucedía algo muy precario: el rostro se volvía gris, parecido a tierra cubierta de niebla, y sobre un largo tallo aparecía una rosa; entonces se hacía irresistible la tentación de coger un cuchillo y de cortarla o de darle un golpe para que se retirara otra vez a su sitio. Cierto que Moosbrugger no empuñaba inmediatamente el cuchillo; sólo lo hacía cuando no podía más. De ordinario empleaba toda su fuerza hercúlea en sostener el mundo.

Cuando estaba de buen humor podía mirar a un hombre a la cara y ver en ella su mismo rostro, así como se refleja en un charco entre pececitos y piedras claras; pero cuando estaba de mal humor le bastaba echar una ojeada a alguien para reconocer en él al hombre con el que había luchado toda la vida, aunque lo disimulaba. ¿Qué se le puede reprochar? Todos reñimos casi siempre con el mismo hombre. Si se fuera a indagar cuáles son las personas a las que nos sentimos tan insensatamente apegados, resultarían ser los hombres de la llave para la que nosotros hacemos la cerradura. ¿Y en el amor? Cuántos hay que miran de la mañana a la noche el mismo rostro amado, pero cuando cierran los ojos no saben decir cómo es. O también sin amor o sin odio: a cuántos cambios está sometida continuamente la cosa según el humor, la costumbre y el punto de vista. □ Cuántas veces prende la alegría y se consume no dejando más que un resto de

tristeza! ¡Cuántas veces un hombre ataca impasible a otro, e igualmente podría dejarle en paz! La vida se asemeja a una superficie que aparenta ser como debe, pero por dentro desfila la procesión. Moosbrugger sostenía siempre los pies sobre dos terrones juntos, esforzándose razonablemente por evitar todo lo que le pudiera perturbar; pero a veces decía alguna palabra y ¡qué revolución y sueños procedían entonces de tan calcinadas y frías palabras como “gatito de encina” y “labios de rosa”!

Sentado en el banco que le servía al mismo tiempo de cama y mesa, se lamentaba de la educación que no le había enseñado a expresar debidamente sus experiencias. La pequeña persona con ojos de ratón que desde bajo tierra le estaba costando tantos disgustos le sacaba de quicio, todos se ponían de su parte. Se levantó fatigosamente. Se sentía consumido como leña carbonizada. Tenía hambre; el menú de la

cárcel no era suficiente para su enorme cuerpo y él no tenía dinero para mejorarlo. En semejante estado le era imposible recordar todo lo que querían saber de él. Había experimentado un cambio de semanas, de meses, cómo viene marzo o abril, y entonces había tenido lugar el acontecimiento. No sabía ya nada de cuanto estaba escrito en el expediente de Policía, y ni siquiera sabía cómo había llegado hasta allí. Los motivos, las reflexiones de que se acordaba, ya los había declarado ante el tribunal; pero lo que en realidad había ocurrido le parecía como si, de repente, él se hubiera puesto a hablar con fluidez en un idioma extraño, algo que le había hecho muy feliz, pero que no podía repetirlo.

-”Todo esto tiene que terminar lo antes posible!” -pensó Moosbrugger.

60 - Excursión al reino lógico-moral

PARA definir jurídicamente a Moosbrugger bastaba una frase. Moosbrugger era uno de esos casos extremos que, fuera de la jurisprudencia y de la medicina, son conocidos también por el profano como casos de responsabilidad disminuida.

Característica de estos desdichados es, no sólo su salud endeble, sino también su endeble enfermedad. La naturaleza tiene la extraña manía de producir en abundancia tales individuos; *natura non facit saltus*, ama la gradación y, en escala más grande, mantiene el mundo en un elevado término medio entre la imbecilidad y la salud. Pero la jurisprudencia no se da por enterada. Dice: *non datur tertium sive médium inter dúo*

contradictoria, es decir, el hombre es capaz de obrar contra la ley o no es hombre, pues entre dos cosas contradictorias no existe una tercera o intermedia. Por esta capacidad llega a hacerse objeto de sanción, por esta punibilidad se hace persona jurídica y como tal participa del beneficio superpersonal del derecho. El que no comprende esto piense en la equitación. Si un caballo, al intentar montar sobre él, se comporta como un loco, se espera a que se calme concediéndole toda clase de mimos, recibe los más suaves vendajes, los mejores jinetes, el forraje más exquisito y el más paciente tratamiento. Si, en cambio, un caballero se hace culpable de algo, se le mete en una jaula plagada de pulgas, se le priva de comida y se le sujeta con grillos de hierro. La razón de esta diferencia está en que el caballo pertenece solamente al reino animal empírico, mientras el dragón al mundo lógico-moral. En este sentido se distingue el hombre de la bestia y, podemos

añadir también, de los enfermos mentales; la diversidad está en que el hombre es capaz, debido a sus propiedades intelectuales y morales, de obrar contra la ley y de cometer crímenes; y puesto que la punibilidad es la cualidad de elevar al hombre al orden moral, se comprende que el jurista se aferre a ella.

Desgraciadamente a esto hay que añadir que los psiquiatras forenses, que estarían llamados a constituir la oposición, por lo general son más tímidos en el ejercicio de su profesión que los juristas; declaran enfermas sólo a aquellas personas a quienes no pueden curar, lo cual es una modesta exageración, porque tampoco pueden curar a las otras. Hacen distinción entre enfermedades mentales incurables, entre aquellas que con ayuda de Dios mejoran de por sí, después de algún tiempo, y aquellas que el médico no puede sanar, pero que el paciente podría evitar, suponiendo naturalmente que por una providencia obren a tiempo sobre él las

oportunas influencias y consideraciones. El segundo y tercer grupo lo componen los enfermos endebles que el ángel de la medicina trata como enfermos, si se presentan a él como clientes privados, pero que abandona cobardemente al ángel del derecho si choca con ellos en la práctica judicial.

Moosbrugger era un caso así. Durante su vida honrada, interrumpida por el delito de una siniestra borrachera de sangre, había sido igualmente retenido que despedido de los manicomios, y considerado paralítico, paranoico, epiléptico y loco periódico; antes de que el último proceso le hubiera restituido la salud dio con los concienzudos médicos forenses. En la sala, llena de curiosos, no había naturalmente una sola persona que no estuviera convencida de que Moosbrugger estaba de algún modo enfermo; pero lo estaba del modo y manera correspondientes a las condiciones establecidas en la ley y que pueden ser reconocidas como tal por

escrupulosas eminencias. Porque si uno está enfermo parcialmente, según la opinión de los maestros del derecho, está también parcialmente sano; estando parcialmente sano, se es, al menos en parte, responsable; y si se es en parte responsable, se es del todo; la responsabilidad es, como ellos dicen, el estado de la persona en el que se posee la fuerza de determinarse por sí mismo a un fin concreto, y tal determinación no se puede poseer careciendo al mismo tiempo de ella. Sin embargo, no se excluye que haya personas cuyas situaciones y disposiciones dificulten grandemente el vencimiento de los “instintos inmorales” y el encuentro del “camino del bien”; una persona de este tipo era Moosbrugger, en quien las mismas circunstancias que a otros no afectaban lo más mínimo llevaron a tomar la “decisión” de cometer un acto criminal. Pero, en primer lugar, sus facultades intelectuales estaban, al parecer del tribunal, intactas, de modo que, usando de

ellas, hubiera podido evitar la acción; en consecuencia, no había motivos para negarle el bien moral de la responsabilidad. En segundo lugar, una justicia bien administrada exige que sea castigada toda acción culpable, si ha sido cometida con conocimiento y consentimiento del mal. En tercer lugar, la ilógica de los juristas presupone que en todos los enfermos mentales -a excepción de aquellos infelices que sacan la lengua cuando se les pregunta cuántas son siete por siete, o bien dicen “yo” cuando tienen que nombrar a Su Majestad, el Rey y Emperador- existe todavía latente, aunque reducida al mínimo, una capacidad de distinguir y de disponer de sus propias atribuciones; sostienen además que es suficiente un esfuerzo de la inteligencia y de la voluntad para reconocer el carácter criminal de la acción y resistir a los instintos sanguinarios. Esto es lo menos que se puede pedir de esa gente tan peligrosa.

Los tribunales parecen bodegas donde la sabiduría de los antepasados se conserva en botellas; si se abren, dan ganas de llorar al constatar lo imbebible que es el más alto y más fermentado grado del esfuerzo humano por conseguir precisión antes que perfección. Además parece embriagar a personas sin curtir. Es un fenómeno notable que el ángel de la medicina, después de haber escuchado largo tiempo las peroratas de los juristas, olvide muy frecuentemente su propia misión. Pliega entonces las salas ruidosamente y se conduce en la sala del tribunal como un ángel de jurisprudencia.

61 - El ideal de los tres compendios o la utopía de la vida exacta

DE esta manera había llegado Moosbrugger a recibir la pena de muerte; sólo mediante la influencia del conde Leinsdorf y la simpatía de Ulrich existía todavía posibilidad de someter su estado mental a otro reconocimiento. Ulrich, sin embargo, no tenía la más remota intención de interesarse por la suerte de Moosbrugger. La desalentadora mezcla de crueldad y paciencia, propiedad integrante de tales hombres, le era tan desagradable como la mezcla de rigor y negligencia que es el distintivo de los juicios pronunciados contra ellos. Sabía bien lo que podía pensar él de sí mismo considerando objetivamente el caso, y qué medidas se podían tomar con

tales hombres que no son ni para la cárcel ni para la libertad y para los que no hay ya sitio en los manicomios. Pero Moosbrugger era, además, consciente de que miles de otros hombres lo sabían y discutían incansablemente sobre cuestiones de tal género y que el Estado terminaría por matarle porque en aquel estado de perplejidad aquélla era la solución más clara, barata y segura. Podrá parecer un crudo proceder conformarse con esta medida, pero también los modernos medios de locomoción sacrifican más víctimas que todos los tigres de la India, y es evidente que el ánimo despiadado, desalmado e indolente con que lo soportamos nos proporciona, por otra parte, innegables éxitos.

Esta disposición de ánimo, tan lince para las cosas próximas y tan ciega para el conjunto, alcanza su mayor expresión en un ideal que podría llamarse el ideal de la obra de una vida, consistente en no más de tres tratados o compendios. Hay actividades

espirituales que constituyen el orgullo de un hombre, pero no compendiadas en grandes volúmenes sino en pequeños tomos. Si descubriera alguno, por ejemplo, que las piedras, en circunstancias nunca observadas, son capaces de hablar, le bastarían pocas páginas para describir y explicar el hecho así desarrollado. Sobre un buen principio se puede escribir, en cambio, libros enteros, y esto no es sólo un asunto de erudición, pues significa un método que nunca llega a esclarecer los interrogantes más importantes de la vida. Las actividades humanas se podrían clasificar con el número de palabras que necesitan; cuantas más sean necesarias, peor se puede pensar de su carácter. Todos los conocimientos que ilustran la transformación de nuestra raza, desde el vestido de pieles al vuelo humano, llenarían, incluidas sus pruebas definitivas, no más de una biblioteca portátil; sin embargo, no sería suficiente una estantería del tamaño de la tierra

para acoger todo el resto, excluida la ilimitada discusión mantenida no con la pluma sino con la espada y las cadenas. Surge espontáneo el pensamiento de que llevamos muy irracionalmente nuestro negocio humano, si no lo conducimos según esos métodos científicos tan ejemplares.

Así ha sido en realidad el clima y la disposición de un tiempo -de ífuna porción de años, apenas de decenios- que Ulrich había vivido en parte. En aquella era se pensaba así (aunque este “se” sea un dato voluntariamente impreciso) y no es posible decir cuántos ni quiénes pensaban así; era algo suspendido en el aire y no se sabía si se podría vivir con “exactitud”. Hoy día habrá quien pregunte por su significado. La respuesta sería que se puede imaginar la obra de una vida compendiada lo mismo en tres volúmenes que en tres poesías que en tres actos de un drama donde la capacidad personal se ejercite al máximo rendimiento. Eso querría

decir, pues, tanto como callar cuando no se tiene nada que decir; hacer sólo lo necesario cuando no se tiene nada especial que desempeñar; y, lo que es más importante, permanecer insensible cuando no se posee el indescriptible sentimiento de abrir los brazos y de ser levantado por una ola de creación. Se observará que, de ser esto así, debería acabar la mayor parte de nuestra vida psíquica, pero no sería en todo caso una pérdida muy deplorable. La tesis de que un gran consumo de jabón demuestra una especial limpieza no es aplicable a la moral, donde es más justa la otra proposición: que una exagerada manía de lavarse no indica una conciencia muy limpia. Sería un experimento interesante limitar el uso de la moral (de cualquier clase que sea). Contentarse con ser moral en casos excepcionales, cuando sea aconsejable; en todo lo demás, considerar el propio obrar como la necesaria estandarización de tornillos y lapiceros. Es cierto que entonces no se

darían muchas cosas buenas, pero sí algunas mejores; no quedaría ningún talento, pero sí el genio; desaparecerían del cuadro de la vida las insustanciales reproducciones que resultan de la pálida semejanza entre las acciones y la virtud y en su lugar aparecería su embriagadora comunión con la santidad. En resumen, de cada quintal de moral quedaría un miligramo de esencia que, aún reducido a una millonésima de gramo, resultaría prodigiosamente perfecto.

Se argüirá que todo esto es una utopía. Sí, lo es. Utopía significa aproximadamente tanto como posibilidad; el hecho de que una posibilidad no sea una realidad quiere decir simplemente que las circunstancias a las que está en el presente ligada, no se lo permiten, pues de otro modo sería sólo una imposibilidad; si se la libra de sus ataduras y se la deja desarrollar, he ahí la utopía. Sucede algo parecido cuando un investigador observa la metamorfosis de un elemento en un

fenómeno compuesto y saca sus conclusiones: la utopía es el experimento en que se observa la probable transformación de un elemento y los efectos producidos en ese complicado fenómeno que nosotros llamamos vida. Ahora bien, si el elemento estudiado es la misma exactitud, se le separa y se le deja desarrollar; si se le considera como hábito del pensar y como una postura de vida, y si se deja influir su fuerza sobre todo lo que tiene relación con él, se llega a un hombre en el que se forma una paradójica comparación de exactitud y vaguedad. Posee aquella incorruptible, voluntaria frescura que presenta el temperamento de la exactitud; pero fuera de esta propiedad, todo lo demás es indefinido. Las firmes circunstancias del interior, garantizadas por una moral, tienen poco valor para un hombre cuya fantasía tiende a cambiar; sobre todo, cuando la exigencia de una máxima y exactísima satisfacción se traspasa del cuerpo

intelectual al de las pasiones, se obtiene, según queda indicado, el asombroso resultado de que las pasiones desaparecen y son reemplazadas por algo parecido a un fuego primitivo de bondad.

Ésta es la utopía de la exactitud. No se sabe en qué debe emplear este hombre su día, ya que no se puede permanecer continuamente en el acto de creación; ¿sacrificará a una imaginaria conflagración el fuego hogareño de sensaciones limitadas? Pero este hombre existe hoy día. Como hombre, en el hombre vive, no sólo en el investigador, sino también en el comerciante, en el organizador, en el deportista, en el técnico, aunque sólo de momento, durante las horas del día a las que no se llama vida sino profesión. Porque el hombre exacto que lo toma todo tan meticulosamente y sin prejuicios nada aborrece tanto como la idea de tomarse en serio a si mismo y, por desgracia, apenas cabe dudar de que consideraría la utopía de

sí mismo como un intento inmoral cometido contra personas seriamente ocupadas.

Por eso Ulrich siempre había vivido bastante solo, vacilante entre si debía amoldar sus actividades al grupo más poderoso de actividades interiores o no; en otras palabras, surge la pregunta de si es posible encontrar un sentido y un fin a lo que sucedió y sucede con nosotros.

62 - También la tierra, pero especialmente Ulrich, rinden homenaje a la utopia del “ensayismo”

LA precisión, como exactitud humana, requiere también un exacto y obrar y lo exige en el sentido de una máxima demanda. Sólo aquí motivos para hacer una distinción.

En realidad no existe únicamente la exactitud fantástica (que en dad no existe todavía), sino también una pedante, y estas dos se diferencian en que la fantástica se atiene a los hechos y la pedante a las creaciones de la fantasía. La exactitud, por ejemplo, con que la singular inteligencia de Moosbrugger había sido conducida a un sistema de conceptos jurídicos de dos mil años de existencia era semejante a los pedantes esfuerzos de un

loco que quiere pinchar con una aguja a un pájaro en raudo vuelo, pero no se preocupa en lo más mínimo del hecho, sino del fantástico concepto del derecho. En cambio, la precisión mostrada por los psiquiatras en su modo de proceder frente a la pregunta de si se podría dar o no a Moosbrugger la pena de muerte, era exacta desde todo punto de vista, porque no se arriesgaba a decir otra cosa sino que sus síntomas no correspondían a ninguna enfermedad hasta entonces conocida, y dejaba toda decisión en manos de los juristas. En aquella ocasión, el aula del tribunal ofreció verdaderamente un cuadro de la vida, porque los hombres vivientes que encuentran absurdo servirse de un automóvil de más de cinco años de rendimiento o el someterse a un tratamiento médico según los mejores métodos en uso desde hace diez años, y además dedican todo su tiempo voluntaria o involuntariamente a hacer progresar estos inventos y están ocupados,

consecuentemente, en racionalizar todo lo que cae dentro de su esfera, prefieren dejar a sus mujeres -mientras éstas no se metan en sus negocios- la solución de los problemas de la belleza, de la justicia, del amor y de la fe, o sea, todos los juntos propiamente humanos; y si las mujeres no bastan para resolverlos todos, se confía su tratamiento a una casta de hombres que les hablan frases milenarias, del cáliz y de la espada de la vida, y ellos les escuchan distraídos, malhumorados y escépticos, sin creerlo y sin pensar en la posibilidad de que también se pudiera hacer de otra manera.

Hay, pues, en realidad dos mentalidades que no se combaten mutuamente sino que de ordinario -lo cual es peor- coexisten la una junto a la otra sin decirse palabra, a excepción de asegurarse recíprocamente que las dos son codiciables, cada cual en su puesto. La una se da por satisfecha con ser exacta y se atiene a los hechos; la otra no se contenta

con esto, sino que mira al conjunto y hace derivar sus conocimientos de las llamadas verdades eternas. La primera gana en éxito, la segunda en extensión y dignidad. Está claro que un pesimista podría decir también que los resultados de la una no valen nada y los de la otra no son auténticos. ¿De qué nos van a servir en el día del Juicio universal, cuando se pesen las obras humanas, tres volúmenes sobre el ácido fórmico, y aunque sean treinta? Por otra parte, ¿qué sabemos del Juicio universal si no conocemos lo que puede evolucionar hasta entonces el ácido fórmico?

Entre los dos polos de esta doble negación pendía el desarrollo después de dieciocho siglos y antes de completarse los veinte, desde que la humanidad supo por primera vez que al fin de los días habrá un Juicio espiritual. Es un fenómeno experimentado: a una dirección sigue siempre la contraria. Aunque sea imaginable y deseable

que una tal marcha atrás se efectúe como la rosca de un tornillo que al invertir su dirección se eleva, por causas ignoradas rara vez gana el desarrollo más de lo que pierde por desviación y destrucción. El doctor Arnheim tenía, pues, perfecta razón al decir a Ulrich que la historia del mundo nunca admite cosas negativas; la historia es optimista, siempre toma una decisión con entusiasmo, pero pronto se desvía hacia la contraria. Así, tampoco siguió a las primeras fantasías de la exactitud la tentativa de realizarlas, sino que éstas fueron dejadas en manos de los ingenieros y científicos, volviéndose ella de nuevo hacia una mentalidad más digna y de mayor amplitud.

Ulrich recordaba todavía cómo “lo inseguro” había recobrado crédito. Cada vez se iban amontonando más quejas de gentes de profesiones inseguras, poetas, críticos, mujeres y los que ejercen oficios de una nueva generación; acusaban a la pura ciencia

de parecerse a algo fatídico que destrozaba todas las obras dignas del hombre, sin poder después recomponerlas: exigían una nueva fe humana, el regreso a los modos primitivos de vida interior, vuelo espiritual y muchas otras cosas más de este género. Al principio, Ulrich había creído ingenuamente que eran jinetes caídos del caballo, los cuales gritaban y pedían que les dieran masajes con alma; pero poco a poco fue reconociendo que aquel grito repetido, tan raro al principio, hallaba un eco de mucha resonancia; la ciencia empezó ser considerada anacrónica; estaba imponiéndose un tipo de hombre poco preciso, dominador de la actualidad. Ulrich se había negado a tomar todo aquello en serio y se dedicaba desarrollar a su modo sus propias tendencias espirituales.

Del tiempo más remoto de la primera conciencia juvenil que, al confiarlo después, resulta muchas veces tan emocionante y estremecedor sobrevivían todavía hoy en su

recuerdo toda clase de representaciones antes amadas, y entre éstas el lema de “vivir hipotéticamente”. Este lema expresaba el valor y la involuntaria ignorancia de la vida en la que cada paso es un riesgo sin experiencia, el deseo de grandes relaciones y hábito de revocabilidad que siente un joven cuando entra en la vida con paso vacilante. Ulrich pensaba que no había por qué revocar nada de aquello. Lo hermoso y lo único cierto del que mira el mundo por primera vez es esa excitante sensación de haber sido elegido para algo. Si vigila sus propios sentimientos, no puede aceptar nada sin reservas; busca la posible querida, pero no sabe si aquélla es la verdadera; es capaz de matar sin estar seguro de que lo debe hacer. La voluntad de desarrollarse le prohíbe creer en las cosas consumadas; pero todo lo que le sale al encuentro finge estar completo. Barrunta: este orden no es tan firme como aparenta; ningún objeto, ningún yo, ninguna forma, ningún

principio es seguro, todo sufre una invisible pero incesante transformación; en lo inestable tiene el futuro más posibilidades que en lo estable, y el presente no es más que una hipótesis, todavía sin superar. Qué mejor cosa podría hacer que mantenerse libre del mundo, en el buen sentido, así como un investigador mantiene su libertad de juicio frente a hechos que pretenden seducirle a creer prematuramente en ellos. Por eso duda hacer algo de sí; carácter, profesión, estabilidad son para él conceptos en los que se transparenta el esqueleto en que terminará. Busca otro modo de interpretarse a sí mismo; con una tendencia a todo lo que acrecienta su interior -incluso si es algo prohibido moral o intelectualmente-; se siente como un paso libre para dirigirse en todas direcciones, pero es seducido por un contrapeso hacia el más próximo y siempre hacia adelante. Si alguna vez piensa tener auténtica inspiración, advierte que ha caído

una gota de fuego incandescente en el mundo cuyo brillo cambia el aspecto de la tierra.

Más tarde, con el acrecentamiento de las facultades intelectuales, todo esto se había convertido en Ulrich en una idea que él ya no enlazaba con la vaga palabra “hipótesis”, sino, por razones concretas, con el particular concepto de “ensayo”. Aproximadamente, así como un ensayo trata un asunto bajo diversos puntos de vista a lo largo de sus capítulos -porque un objeto desentrañado pierde de golpe su volumen y se reduce a un concepto- así creía él poder mirar y tratar atinadamente el mundo y su propia vida. El valor de una acción o de una cualidad, incluso su carácter y su naturaleza, le parecían dependientes de las circunstancias que les rodeaban, de los fines a los que servían, en suma, del conjunto al que pertenecían, dispuesto unas veces de un modo y otras de otro. Ésta es, por lo demás, la simple descripción del

hecho de que un asesinato nos pueda parecer ya un crimen ya una acción heroica, y la hora del amor como la pluma desprendida del ala de un ángel o de un ganso. Pero Ulrich generalizaba. Luego tenían lugar todos los acontecimientos morales en un campo de energía cuya constelación los colmaba de sentido; contenían además el bien y el mal, como un átomo contiene posibles combinaciones químicas. Eran, en cierto modo, aquello en que se convertían, y así como la palabra “duro”, según haga la dureza referencia al amor, a la brutalidad, al celo o al rigor, indica cuatro diversas entidades, todos los acontecimientos morales le parecían, en significación, como una función dependiente de otra. De este modo se formaba un sistema infinito de dependencias que no tenían significados independientes, como aquellos que la vida ordinaria atribuye con rústica aproximación a los actos y propiedades; lo aparentemente firme se transformó en un cómodo

pretexto para muchos otros significados; lo sucedido, en símbolo de algo que quizá no llegaría nunca a realizarse, pero que se sentía profundamente y el hombre, como compendio de sus posibilidades, el hombre potencial; la poesía inédita de su existencia se contraponía al hombre, como obra escrita, como realidad y carácter. Ulrich se sentía, según este modo de ver, capaz de toda virtud y de toda maldad; el que las virtudes sean consideradas -sin confesarlo- tan fastidiosas como los vicios en un orden social equilibrado le demostraba precisamente eso que sucede en cualquier parte de la naturaleza, o sea, que todo dinamismo tiende con el tiempo a un valor y término medios, a un equilibrio y a un entumecimiento. La moral en su sentido ordinario era para Ulrich nada más que la forma senil de un sistema de fuerzas que no es posible confundir con la moral sin pérdida de fuerzas éticas.

Puede ser que en estas intuiciones se expresara una cierta inseguridad de vida; inseguridad es a veces sólo insuficiencia de aisladores; por lo demás, estará bien recordar que incluso una persona tan experimentada como la humanidad al parecer obra según principios muy semejantes. A la larga se retracta de todo lo que ha hecho antes y lo sustituye por otra cosa; también para ella se transforman, con el correr del tiempo los crímenes en virtudes y viceversa, construye grandes dependencias espirituales de todos los acontecimientos y los deja derrumbarse después de algunas generaciones; todo esto sucede, sin embargo, consecutivamente y no en una única vida; la cadena de intentos de la humanidad no muestra un ritmo ascendente, mientras que un consciente “ensayismo” humano encontraría aproximadamente su misión transformando en voluntad este indolente estado de conciencia. Muchas líneas de desarrollo indican que esto podría realizarse

muy pronto. La ayudante de laboratorio de un hospital que, vestida de blanco, mezcla en una pulcra vasija de porcelana las heces de un paciente con ácidos, resultando un color purpúreo que compensa su atención, se encuentra también ahora, aunque sin saberlo, en un mundo más viable que el de la joven que se estremecía al ver lo mismo en la calle. El criminal que ha entrado en el campo floral de la fuerza de su acción se mueve sólo como un nadador arrastrado por una corriente impetuosa; todas las madres que han visto a su hijo en tales circunstancias lo saben; hasta ahora nadie lo ha creído porfío ha habido lugar para tales creencias. La psiquiatría llama a la alegría exagerada “desequilibrio eufórico”, como si fuera un alegre malhumor, y ha descubierto que todas las gradaciones, la de la castidad y la de sensualidad, la de la crueldad y la de la compasión, la de la conciencia y la de la ligereza, desembocan todas en un estado patológico; ¿qué poca

importancia tendría la vida sana, si su fin sólo fuera un estado intermedio entre dos exageraciones! Qué indigente sería, si su ideal no fuera más que negación de las exageraciones de sus ideales! Tales conocimientos conducen, pues, a no ver en la norma moral la tranquilidad de cánones fijos, sino un equilibrio movable que en todo momento refiere dinamismo para su renovación. Se comienza comprendiendo cada vez mejor lo limitado que es considerar el carácter de una persona por sus tendencias a la repetición involuntariamente adquiridas; después hace responsable a su carácter de estas repeticiones. Se aprende a reconocer el juego alterno entre dentro y fuera, y precisamente la comprensión de lo impersonal del hombre abre nuevas pistas al elemento personal, revela ciertos modos fundamentales de comportamiento humano, muestra el instinto de construirse el yo que, como el instinto de los pájaros de construirse su propio nido, edifica

su yo sirviéndose de diversos materiales de acuerdo con determinados procedimientos. Se está ya tan próximo a construir mediante influjos ciertas situaciones degeneradas como torrentes, que todo ello termina en la desidia social o en un gesto de ineptitud, si no se transforma al criminal en arcángel a tiempo. De tales casos se podrían citar muchos, esparcidos, sin conexión consumada, casos que, con mutua influencia para hacer sentir el cansancio de los acercamientos brutos realizados en circunstancias fáciles de aplicación, experimentan poco a poco la necesidad de transformar la moral, adaptada desde hace dos mil años al gusto variable en los fundamentos de la forma, y de cambiarla por otra con más adherencia a la movilidad de los hechos.

Ulrich estaba convencido de que ya sólo faltaba la fórmula: aquella expresión que tiene que encontrar la meta de un movimiento en un instante feliz, a fin de poder

recorrer el último trayecto; ésta es una expresión atrevida, todavía no justificada en el actual estado de cosas, una combinación de exactitud e inexactitud, de precisión y de pasión. Pero precisamente en los años en que debía de haberse sentido entusiasmado le ocurrió algo curioso. Él no era filósofo. Los filósofos son opresores sin ejército; por eso someten el mundo de tal manera que lo cierran en un sistema. Posiblemente es ése el motivo por el que existieron grandes filósofos en épocas de tiranía, mientras que en los tiempos de progreso y democracia no surgen filosofías convincentes, al menos a juzgar por las lamentaciones que se oyen. En consecuencia, hoy se ofrece demasiada filosofía, aunque en recipientes pequeños; incluso hay comercios que la sirven a granel; en cambio, tratándose de grandes tomos filosóficos, se manifiesta una declarada desconfianza. A esta filosofía se la considera absurda; ni Ulrich escapaba a esta sensación; después de sus

experiencias científicas pensaba en ella incluso burlonamente. Esto influía en su conducta, de manera que todo lo que veía le inducía a reflexionar, a pesar de la prevención que tenía a pensar demasiado. Pero lo que en definitiva decidía su comportamiento era otra cosa muy distinta. Había algo en el ser de Ulrich que obraba de un modo distraído, paralizante, desarmador, contra el orden lógico, contra la voluntad inequívoca, contra los impulsos de la ambición concretamente dirigidos, y también esto estaba comprendido con el nombre por él elegido de “ensayismo”, aun conteniendo los elementos que él, al correr del tiempo e inconscientemente había eliminado de aquel concepto. La traducción de “ensayo” mediante la palabra “prueba”, según se suele hacer, contiene sólo aproximadamente la alusión esencial al modelo literario; pues un ensayo no es la expresión provisional o accesoria de una convicción que podría ser elevada a verdad en

una oportunidad mejor y que también cabría reconocer como error (de este género son únicamente los artículos y composiciones que las personas letradas llaman “desperdicios de su escritorio”) sino que un ensayo es la forma definitiva e inmutable que la vida interior de una persona da a un pensamiento categórico. Nada le es tan extraño como la irresponsabilidad y la mediocridad de las ocurrencias llamadas “subjetividad”; pero tampoco verdadero y falso, prudente e imprudente son conceptos aplicables a tales pensamientos protegidos en leyes no menos severas por aparecer suaves e inefables. No ha habido pocos de estos ensayistas y maestros de la vida interior, pero no hay por qué nombrarlos; su reino está entre la religión y la ciencia, entre ejemplo y doctrina, entre el *amor intellectualis* y la poesía; son santos con y sin religión, y a veces son también simplemente hombres enredados en una aventura.

Nada hay, por lo demás, tan característico como la involuntaria experiencia adquirida mediante sabias y razonables tentativas de interpretar a tales ensayistas, de transformar la biología tal como es en ciencia de vida y de dar un “contenido” al movimiento de lo movido; de todo ello queda aproximadamente tanto como del delicado cuerpo colorado de una medusa extraída del agua y echada en la arena. La doctrina de los conmovidos se reduce a polvo, contradicción y necedad ante la razón de los no conmovidos, y sin embargo no se la puede considerar frágil e inconsistente para la vida, pues, si no, se debería decir también de un elefante que es demasiado delicado para sobrevivir en un espacio sin aire e inadaptado a sus necesidades vitales. Sería lamentable que estas descripciones evocaran a alguno la idea de un secreto, o también la de una música en la que prevalecen los sonidos del arpa y los suspiros disimulados.

Lo contrario es verdadero; Ulrich no proponía el problema fundamental como un borrador, sino que lo formulaba muy inocentemente en la siguiente forma: un hombre que desea la verdad llegará a sabio; un hombre que se quiere jugar la subjetividad llegará quizá a escritor; ¿qué debe hacer un hombre que quiera algo intermedio entre ambos? Tales ejemplos “intermedios” los ofrece toda norma moral, a saber, el conocido y sencillo mandamiento: no matarás. A primera vista se advierte que no es ni una verdad ni una subjetividad. Se sabe que nosotros lo observamos estrictamente en algunos aspectos; en otros, en cambio, nos concedemos muchas excepciones; pero en un gran número de casos de tercera categoría, o sea, en la fantasía, en deseos, en obras de teatro o en la lectura de periódicos vacilamos sin regla alguna entre tentación y aborrecimiento. A algo que no encaja en una verdad ni en una subjetividad se le llama exigencia.

Esta exigencia se ha unido a los dogmas de la religión y a los de la ley, dándole así el carácter de una verdad derivada, pero los novelistas nos narran excepciones, empezando por el sacrificio de Abraham hasta la hermosa joven que asesina a su amante, y lo reducen de nuevo a subjetividad. Se puede, pues, agarrar las estacas o dejarse llevar de la amplia corriente; ¿pero con qué sentimiento? El sentimiento del hombre ante este precepto es una mezcla de obediencia ciega y de desconsiderado chapoteo en una ola de posibilidades (incluida la “sana naturaleza” que se resiste incluso a pensar en una transgresión, pero que, influida por el alcohol o la pasión, la comete sin más). ¿Se debe interpretar sólo así el mandamiento? Ulrich sentía que un hombre que desea con toda su alma hacer algo, no sabe si lo hace o lo deja de hacer. Y le parecía que acción y omisión pendían de todo el ser. Un deseo o una prohibición no le decían nada. Su adhesión a

una ley de arriba o de dentro movía su razón a la crítica; más todavía: aquella necesidad llevaba consigo una devaluación de la razón que había que ennoblecer mediante el abolengo. En todo, callaba su pecho y hablaba su cabeza; pero él sentía que, de algún otro modo, su decisión habría podido coincidir con su felicidad. Podría ser feliz porque no mataba, o ser feliz porque mataba, pero nunca podría ser recaudador indiferente de una exigencia suya. Lo experimentado en aquel momento no era un mandamiento, era una región donde él había entrado. Entendió que, en ello, todo estaba decidido y que dulcificaba su sentido como la leche de las madres. Pero ya no fue el pensamiento quien se lo dijo, ni sentimiento alguno según el modo acostumbrado; era un “comprenderlo todo” y, sin embargo tan sólo como si el viento trajera de lejos el mensaje; éste no le pareció ni verdadero ni falso, ni razonable ni absurdo, sino que le conmovió, como si le

hubiera caído sobre el pecho una ligera ex-
ageración salvadora.

Ya que no se puede hacer una verdad con las partes auténticas de un ensayo, tampoco se puede extraer una convicción de un estado semejante; al menos, mientras no lo abandone, así como un amante tiene que despojarse del amor para poder describirlo. La conmoción sin límites que a veces le turbaba estaba en contradicción con el instinto de actividad de Ulrich que apremiaba a límites y formas. Ahora ya es probableente justo y natural querer saber, pensaba, antes de dejar hablar al sentimiento; involuntariamente se imaginaba que aquello que él quería encontrar algún día, aunque no fuera verdad, no disminuiría en firmeza; pero en su caso particular era semejante a un hombre que se provee utensilios y luego pierde la intención de servirse de ellos. En cualquier momento en que le hubiesen preguntado, durante la redacción de unas obras de

geometría o de matemática lógica o de ciencias naturales, sobre el fin que le movía, hubiera respondido que sólo hay un problema que merezca la pena de ser meditado: el de la rectitud de vida. Pero cuando se subleva largo tiempo una exigencia sin que le suceda nada, se adormece el cerebro, de igual modo que el brazo sostenido en alto, y nuestros pensamientos duran tan poco en pie como los soldados en un desfile de verano; si deben esperar mucho en posición firme, caen al suelo desmayados. Dado que Ulrich se había formado ya a los veintiséis años un concepto de la vida, a los treinta y dos no le parecía completamente sincero. No había seguido ilustrando sus ideas y, aparte de un sentimiento de incertidumbre y expectación, como cuando se espera alguna cosa con los ojos cerrados, se manifestaban en él escasos movimientos personales desde que habían pasado los días de los temblorosos descubrimientos de un principio. Podía ser, sin

embargo, un sentimiento subterráneo de este género lo que con el tiempo le fue retrasando en el trabajo científico e impidiendo empeñar en él toda su voluntad. Por él incurrió en una extraña escisión. No hay que olvidar que la mentalidad exacta es, en el fondo, más religiosa que la artística, pues se sometería a “Él” tan pronto como “Él” se dignara revelarse a ella en las condiciones que ella prescribe para el reconocimiento de “Su” existencia, mientras que nuestros humanistas encontrarían, si “Él” se manifestara, que “Su” talento no es suficientemente primitivo y “Su” visión del mundo no es tan comprensible como para poderle situar en un trono con atributos verdaderamente divinos. Ulrich no podía abandonarse tan fácilmente a vagas intuiciones, como todos los de esta especie; por otra parte, no podía dejar de ver que había vivido largos años inalterada exactitud contradiciéndose a sí mismo; y deseaba que le pucediera algo imprevisto, pues

cuando se tomó sus “vacaciones de la vida”, según él decía irónicamente, no poseía en ninguna de las dos direcciones nada que le pudiera dar paz. Quizá se podía añadir a su disculpa que la vida vuela en ciertos años increíblemente rápida. Pero el día en que se debe comenzar a vivir la última voluntad, antes de dejar detrás los residuos, queda muy lejano y no se deja aplazar. Esto se le había convertido en una clara amenaza y había pasado casi medio año sin cambio alguno. Esperaba, dejándose mover de un lado a otro, en la pequeña y loca actividad que había emprendido, hablando -hablaba de muy buena gana- y viviendo con la desesperada perseverancia de un pescador que echa la red en un río seco; no hacía nada que correspondiera a la persona que él representaba, pero sin poner en tal actitud una especial intención. Esperaba detrás de su persona, en cuanto esta palabra designa aquella parte del hombre que es modelada por el

mundo y por el historial de la vida; y su tranquila desesperación, encauzada por detrás, se elevaba cada día más. Se encontraba en el estado más lastimoso de su vida y se despreciaba a sí mismo por sus omisiones. ¿Son las grandes pruebas privilegio de grandes naturalezas? Hubiera querido creerlo, pero no era justo, ya que también las más simples naturalezas nerviosas tienen sus crisis. Así, no le quedaba en el gran estremecimiento más que aquel resto de imperturbabilidad que todos los delincuentes y héroes poseen y no es valor, no es voluntad ni confianza, sino simplemente un tenaz apego a sí mismo, difícil de extirpar, como la vida de un gato, incluso cuando ha sido ya despedazado por los perros.

Si alguno quiere imaginarse cómo vive un hombre de éstos cuando está solo, se puede decir, a lo más, que los iluminados cristales de las ventanas miran por la noche a la habitación, que los pensamientos, una vez

usados, se acomodan como los clientes en la sala de espera de un abogado que no les satisface. O quizá que Ulrich, en cierta ocasión, abrió por la noche las ventanas y miró los desnudos troncos de los árboles que le parecieron serpientes cuyas sinuosidades, entre el manto de nieve de las copas y del suelo, se presentaban extraordinariamente negras y lisas; de repente le entraron ganas de bajar al jardín en pijama como estaba; quiso sentir el frío en el cabello. Desde abajo apagó la luz, para no quedar en el hueco iluminado de la puerta; sólo de su despacho penetraba un rayo de luz en la sombra. Un camino conducía hasta la reja del portón desembocando en la calle; otro lo cruzaba, destacado en la oscuridad. Ulrich se dirigió despacio hacia él. Y las tinieblas, trepando hasta lo más alto de los árboles, le recordaron fantasmagóricamente la gigantesca figura de Moosbrugger; las plantas desnudas le parecieron extrañamente corpóreas, feas y húmedas como

gusanos y, a pesar de todo, tan impresionantes que hubiera querido abrazarlas y postrarse ante ellas con el rostro bañado en lágrimas. Pero no lo hizo; el sentimentalismo del impulso le hizo retroceder en el mismo momento en que le conmovió. A través de la espuma láctea de la niebla pasaban de largo, del otro lado de la reja del jardín, algunos caminantes retrasados; les habría podido parecer un loco, con su traje rojo entre los troncos negros; apretó el paso y volvió relativamente contento a su casa, porque, si había algo reservado para él, tenía que ser otra cosa.

63 - Bonadea tiene una visión

A la mañana siguiente de aquella noche, al levantarse Ulrich tarde y sado, se encontró con el anuncio de la visita de Bonadea; era la primera vez que se volvían a ver desde el día de la ruptura, Bonadea había llorado mucho durante la separación. Se había sentido ultrajada. Había redoblado como un tambor velado. Había tenido muchas aventuras y desilusiones. Y aunque, a cada aventura, el recuerdo de Ulrich la hundía en un pozo profundo, salía otra vez fuera después de cada desilusión, enojada e impotente, como el dolor desolado en el rostro de un niño. Bonadea silenciosamente había pedido a su amigo cien veces perdón por sus celos, había

“castigado su maligno orgullo”, como ella decía y al fin decidió proponerle un tratado de paz.

Se presentó amable, melancólica y hermosa y sintiendo mal de estómago. Él estaba en pie “como un gallo” ante ella. Su piel parecía de mármol, pulida por la importancia y la diplomacia de que ella le creía capaz, Bonadea no había notado todavía la energía y disposición de su rostro. Ella, por su parte, estaba dispuesta a retractarse con toda su persona, pero no se atrevía a ir tan lejos, y él tampoco hacía gesto alguno de invitación. Aquella frialdad le resultaba indeciblemente triste a Bonadea, pero magnífica como una estatua. De repente, tomó la mano abandonada de Ulrich y se la besó. Ulrich acarició pensativo su cabello. Las piernas de Bonadea se plegaron de la manera más femenina del mundo y quiso caer de rodillas. Pero Ulrich la sentó amorosamente en la silla, trajo whisky con soda y encendió un cigarrillo.

-”Una mujer no bebe whisky por la mañana” -protestó Bonadea Por un momento encontró de nuevo fuerza para hacerse la ofendida y la sangre se le subió a la cabeza, pues le pareció que la naturalidad con que Ulrich le ofrecía una bebida tan fuerte y, según pensaba ella, de efectos tan irrefrenables, significaba una indirecta antipática.

Pero Ulrich dijo con amabilidad: -”Te hará bien; todas las mujeres dedicadas a la política también han bebido whisky.” Bonadea había dicho, como pretexto para visitar a Ulrich, que admiraba la Acción Patriótica y que de buena gana colaboraría.

Éste era su plan. Creía a la vez en varias cosas y las medias verdades le facilitaban la mentira.

El whisky era oro líquido y calentaba como el sol de mayo.

A Bonadea le parecía tener setenta años y estar sentada ante una casa en el banco del

jardín. Iba envejeciendo poco a poco. Sus hijos crecían. El mayor tenía ya doce años. Era sin duda vergonzoso para ella andar detrás de un hombre al que apenas conocía, sólo porque tenía unos ojos con los que miraba como a través de una ventana. En este hombre, pensaba ella, se distinguen detalles que disgustan y podrían ser una amenaza; si uno los descubriera a tiempo, podría romper con él, avergonzarlo y posiblemente enfurecerlo; pero como esto no ocurre, ese hombre se posesiona cada vez mejor de su papel. Y uno mismo tiene la impresión de ser un escenario inundado de luz artificial; son ojos y bigotes de escenario, botones de vestidos de teatro lo que se tiene delante; los momentos que pasan entre la entrada en la habitación y el primer movimiento se desenvuelven en una conciencia que sale de la cabeza y tapiza de ilusión las paredes de la estancia. Bonadea no usó las mismas palabras, pensaba sólo parcialmente en palabras, pero mientras

intentaba representarse la cosa, se sentía en seguida sometida otra vez a la metamorfosis de la conciencia. -"Si hay alguien que pueda describirlo, será un gran artista. No, será un pornógrafo" -pensó mirando a Ulrich. Porque nunca, en aquel estado, perdía ni por un solo momento la mejor voluntad y los más firmes propósitos de honradez; éstos esperaban fuera y no tenían nada que decir a este mundo transformado por los apetitos. Aquello resultaba un tormento para Bonadea cuando recobraba la razón. El cambio de conciencia mediante la embriaguez sexual que a otras personas parecía tan natural, cobraba en ella, debido a la profundidad y rapidez del delirio, como también del remordimiento una fuerza que la angustiaba en cuanto volvía al pacífico recinto de la familia. Se consideraba entonces como una loca. No se atrevía casi a mirar a los ojos de sus niños por miedo a dañar su alma candorosa con una mirada impura. Se estremecía cuando su

marido le regalaba una tierna sonrisa y temía el desahogo de la soledad. Por eso se había propuesto en la semana de separación no tener otro amante que Ulrich; él la debía frenar y salvaguardar de otros desórdenes. -"¿Cómo me he podido permitir hacerle reproches? -pensó ahora al volver a sentarse por primera vez ante él-; Ulrich es mucho más perfecto que yo." Le atribuyó el mérito de haberla hecho mejor en el tiempo de sus amoríos y se imaginó que en la próxima fiesta de beneficencia la debería presentar en su círculo social. Bonadea prestó silenciosamente un juramento y mientras reflexionaba sobre ello, apuntaron en sus ojos lágrimas de emoción.

Pero Ulrich bebía su whisky con la parsimonia de un hombre que tiene que confirmar una resolución. Por el momento no le era posible presentársela a Diotima, le declaró.

Bonadea quiso saber naturalmente por qué no era posible y después, cuándo habría ocasión.

Ulrich tuvo que explicarle que ella no era una personalidad distinguida en el arte ni en la ciencia, así como tampoco en el mundo de la beneficencia, y que pasaría mucho tiempo hasta poder convencer a Diotima de la necesidad de su colaboración.

Bonadea había engendrado entretanto sentimientos especiales hacia Diotima. Había oído bastante de sus virtudes para no estar celosa; más bien envidiaba y admiraba a aquella mujer que aprisionaba a su amante sin transigirle inmoralidades. Atribuía al influjo de la prima el equilibrio Estatuario que le parecía observar en Ulrich. Ella se definía a sí misma con el apelativo de “apasionada”, incluyendo en esta palabra su deshonor e interpretándolo como una honrosa justificación; pero admiraba a las mujeres frías con la misma sensación que experimenta un

desdichado de manos perpetuamente húmedas al chocarlas con una mano especialmente seca y hermosa. -"Ella lo es! -pensó-. Así es como ha transformado a Ulrich!" Un barreno cruel le taladró el corazón; un barreno dulce sus rodillas: ambos, barrenando a un tiempo y en mutua contradicción, hicieron que Bonadea casi se desmayara al encontrar resistencia en Ulrich. Se jugó su último triunfo: Moosbrugger. A fuerza de recapacitar con tanto dolor se dio cuenta de que Ulrich tenía una especial predilección por aquella temible figura. A Bonadea, en cambio, le repugnaba la "brutal sensualidad" que, según su convencimiento, se deducía de las acciones de Moosbrugger; consideraba el asunto, sin conocerlo desde luego, exactamente igual que una prostituta que ve en un criminal sexual, con su franco sentimiento y prescindiendo de todo romanticismo burgués, un peligro para su profesión. Pero ella, incluidos sus inevitables defectos, necesitaba un

mundo ordenado y verdadero y Moosbrugger debía ayudarla a reconstruirlo. Puesto que Ulrich sentía debilidad por él y ella estaba casada con un juez que podía proporcionarle útil información, había madurado en su desamparado estado el pensamiento de conjugar la debilidad suya con la de Ulrich, mediante la intervención de su marido; esta nostálgica idea poseía la fuerza consoladora de una voluptuosidad bendecida por un sentimiento de rectitud. Pero cuando se acercó a su marido para hablar de ello, éste se extrañó del interés de su esposa por los problemas jurídicos, aunque sabía que su mujer fácilmente se entusiasmaba por todo lo bueno y noble del hombre; como juez y cazador que era, le respondió con una evasiva, diciéndole que la única cosa de provecho que se podía hacer era extirpar de una vez y sin sentimentalismos todos los animales dañinos y se negó a dar más aclaraciones. Al hacer Bonadea un segundo intento algo más tarde, su

marido le manifestó la opinión complementaria de que así como el parir es cosa de mujeres, el matar lo consideraba asunto de hombres y que, a través de su excesivo interés, podría hacerse sospechosa; en consecuencia se veía obligado a cerrarle el camino del derecho. Ella tomó así el camino de la gracia, el único que le quedaba, si quería ayudar a Moosbrugger para proporcionar una satisfacción a Ulrich y este camino pasaba, cosa no tan sorprendente como atrayente, por la casa de Diotima.

Bonadea se consideraba amiga de Diotima en espíritu y saciaba su deseo de conocer personalmente a su admirada rival, con el pretexto de un motivo urgente, en el caso de que fuera demasiado orgullosa como para hacerlo por una necesidad personal. Se había propuesto ganarla para la causa de Moosbrugger, lo cual no había conseguido Ulrich, según podía ella cotejar; su fantasía le pintaba la escena en hermosos cuadros. La

alta y marmórea Diotima tendía su brazo sobre la ardiente espalda de Bonadea, profundamente inclinada por el pecado; Bonadea esperaba el momento de ungir aquel celestial, intacto corazón con una gota de anonadamiento. Éste era el plan que ella propuso a su perdido amigo.

Pero Ulrich no estaba aquel día para dejarse ganar por la idea de salvar a Moosbrugger. Conocía los nobles sentimientos de Bonadea y sabía lo fácilmente que ella convertía el enardecimiento de una hermosa idea en pánico de un incendio propagado por todo el cuerpo. Le declaró que no tenía la menor intención de mezclarse en el procedimiento judicial de Moosbrugger.

Bonadea le miró con bellos ojos ofendidos; en ellos nadaba agua sobre hielo, como en el paso de invierno a primavera.

A todo esto, Ulrich no había cesado de agradecer aquel encuentro pueril y hermoso en que él, tendido sobre el asfalto sin

sentido, fue objeto de las atenciones de Bonadea; ella le había socorrido en cuclillas, había sostenido la cabeza y de los ojos de aquella joven mujer había goteado, sobre su conciencia adormecida, la insegura, aventurada impresión del mundo, de la juventud y de los sentimientos. Buscó, pues, una manera de mitigar el doloroso desaire diluyéndolo en una larga conversión. -"Suponte -le dijo- que atraviesas por la noche un parque grande y que se te acercan dos bribones; ¿pensarías tú que son personas dignas de lástima y que la sociedad es la culpable de su rusticidad?"

- "Pero yo no paso nunca de noche por un parque" -se apresuró a antestar Bonadea. "¿Y no exigirías su detención si vieras cerca un policía?" -"Le pediría que me protegiese." -"Eso quiere decir que detendría a los otros." "No sé qué haría con ellos. Por de pronto, Moosbrugger no es un bribón."

”Bien; imagínate ahora que trabaja como carpintero en tu casa, estas sola con él y de repente empieza a mover los ojos de un lado a otro.”

Bonadea se defendió: -”¿Cómo quieres que piense en eso? ¡Es horrible!”

-”De acuerdo -dijo Ulrich-. Pero quiero demostrarte que las personas que pierden fácilmente el equilibrio resultan muy desagradables. La imparcialidad frente a ellas se puede permitir únicamente cuando es otro el que recibe los golpes. En tal caso, ya se sabe, se pone en movimiento toda nuestra ternura y entonces son ellos las víctimas de un orden social y del destino. Tienes que admitir que nadie se hace responsable de sus culpas, si las juzga con sus propios ojos; a lo más, son equivocaciones o malas atribuciones de un complejo que por eso se hace menos bueno, y naturalmente tienen perfecta razón.”

Bonadea encontró algo que arreglar en la media y se sintió obligada a mirar a Ulrich con la cabeza un poco inclinada hacia atrás, de modo que en sus rodillas, a hurtadillas de sus ojos, hizo su aparición toda una vida de contrastes, puntillas, medias lisas, dedos fibrosos y el delicado y tenso esmalte de la piel.

Ulrich encendió un cigarrillo y prosiguió: -"El hombre no es bueno, sino que es siempre bueno; hay una diferencia enorme, ¿la ves? Muchos sonrían ante esta sofística del amor propio, pero deberían sacar la conclusión de que el hombre no puede hacer nada malo; sólo lo puede obrar. Una vez establecido esto, nos encontraríamos en el preciso punto de partida de una moral social."

Bonadea, dando un suspiro, estiró otra vez la parte derecha de su chaqueta, se incorporó e intentó apaciguarse con un sorbo de aquel pálido fuego de oro.

-”Y ahora te explicaré -añadió Ulrich sonriente- por qué, por mucho que quiera uno sentir la suerte de Moosbrugger, no se puede hacer nada por él. En el fondo, todos estos casos son como el extremo de un hilo; si se tira de él, se puede soltar el tejido entero de la sociedad. Te voy a poner primero unos argumentos de pura razón.”

Bonadea perdió de modo inexplicable un zapato. Ulrich se agachó para recogerlo, y el pie, con sus dedos calientes, fue como un niño pequeño al encuentro del zapato que sostenía Ulrich en su mano. -”Déjame que lo haga yo misma” -dijo Bonadea presentándole el pie.

-”Ante todo están los argumentos psiquiátrico-jurídicos -siguió Ulrich incontinente, mientras de la pierna de su amiga le subía a la nariz el vaho de su disminuida responsabilidad-. Sabemos que los médicos están a punto de encontrar el modo de impedir la mayor parte de estos crímenes; sólo falta

que pongamos nosotros los indispensables medios financieros. Éste es todavía un argumento social.”

-”Por favor, déjate de argumentos -le rogó Bonadea al pronunciar él por segunda vez la palabra "social"-. Cuando en casa se habla de esto, me marcho siempre de la habitación; me mata de aburrimiento.”

-”Bueno -accedió Ulrich-; he querido decir que así como la técnica transforma desde hace tiempo cadáveres, inmundicias, restos y venenos en cosas útiles, también la técnica psicológica estaría casi a punto de conseguirlo. Pero el mundo retrasa demasiado la solución de estos problemas. El Estado da dinero para cualquier tontería, pero no suelta un céntimo para resolver los más importantes problemas morales. Esta es su naturaleza, porque el Estado es el ser humano más estúpido y malvado que existe.

Lo dijo convencido; pero Bonadea intentó conducirlo a lo esencial de la cosa.

-”Querido -repuso lánguida-; ¿no es lo mejor para Moosbrugger que permanezca irresponsable?”

“Ejecutar a algunos responsables sería probablemente más importante que preservar de la ejecución a un irresponsable” -contestó Ulrich.

Entonces empezó a pasearse ante ella. Bonadea le encontró revolucionario e incendiario; logró cogerle una mano y se la apretó sobre el pecho.

-”Bien -dijo él-, ahora te voy a esclarecer la cuestión bajo el aspecto sentimental.”

Bonadea le desplegó los dedos y extendió su mano sobre los senos. La mirada que le dirigió hubiera conmovido un corazón de piedra; poco después, Ulrich creyó tener en el pecho dos corazones que palpitaban desiguales, como golpean en desacuerdo las campanas del mostrador de un relojero al dar la hora. Juntando toda su fuerza de

voluntad, Ulrich puso orden en el pecho y le dijo dulcemente: -"¡No, Bonadea!"

Bonadea casi se echó a llorar y Ulrich le habló en tono persuasivo: ¿No es una contradicción que te excites tanto por esto que casualmente acabo de contarte, mientras que ni te das cuenta de los millones de graves injusticias que se cometen cada día?"

- "Pero eso está fuera de lugar -protestó Bonadea-. Yo sé sólo una cosa y es que sería una mala persona si permaneciera indiferente."

Ulrich le dijo que no tenía por qué preocuparse, que era mejor que estuviera impetuosamente tranquila. Se separó de Bonadea y se sentó a cierta distancia de ella. -"Hoy día sucede todo "entretanto" y "provisionalmente" -observó- y así tiene que ser. La escrupulosidad de nuestra razón nos coacciona a adoptar una postura de irresponsabilidad." Entonces tomó nuevamente whisky y acostó las piernas sobre el diván.

Empezaba a sentirse cansado. -"Toda persona -declaró- reflexiona sobre la vida, pero cuanto más medita, tanto más se restringe campo. Cuando adquiere madurez, tienes delante a un hombre que conoce un determinado milímetro cuadrado como, en todo el mundo, a lo sumo otras dos docenas de personas; ve que todos los demás, que no lo conocen tan bien como él, dicen insensateces a propósito del asunto y no se atreve a moverse porque, en cuanto se aleja él mismo una micra de su lugar, dice los mismos disparates." Su cansancio se hizo ahora de oro pálido, como la bebida que esperaba sobre la mesa. -"Yo mismo estoy diciendo tonterías desde hace media hora" -pensó; pero aquel estado de disminución era agradable. Sólo temía que a Bonadea se le ocurriera sentarse junto a él. Contra ello puso un único remedio: hablar. Había apoyado la cabeza y estaba tendido como una figura yacente de la capilla medicea. De repente tuvo una idea y

en aquella postura sintió su cuerpo electrificado por un fluido grandioso, suspendido en su inmovilidad y notó que aquella sensación era más vehemente que él mismo; por primera vez, de lejos, le pareció comprender aquella obra de arte que hasta entonces había sido para él una cosa extraña. Y en vez de hablar, calló. Bonadea también sintió algo. Fue un momento indescriptible. Algo elevado, teatral, los unió a los dos y, de pronto, quedaron mudos.

- "¿Qué ha quedado de mí? -pensó Ulrich amargamente-. Quizás un hombre valiente e invendible que se ilusiona en no respetar más que unas pocas leyes exteriores por amor a la libertad interior. Pero esta libertad interior consiste en poder pensar en todo, en saber por qué no necesita acomodarse a la condición humana y nadie tiene idea de las cosas por las que se debe dejar influir." En aquel modo de tan deficiente felicidad, en que se rompía la pequeña ola del sentimiento

que le había embestido por un segundo, hubiera estado dispuesto a admitir que no poseía más que la capacidad de descubrir dos lados en cada cosa, aquella ambivalencia, distintivo de casi todos sus contemporáneos, tendencia de su generación y acaso también de su destino. Sus relaciones con el mundo se habían vuelto mortecinas, espectrales y negativas. ¿Qué derecho tenía él para tratar mal a Bonadea? Siempre se repetía entre los dos la misma insidiosa conversación. Surgía de la interior acústica del vacío en el que un disparo resonaba con doble intensidad y no cesaba de enrollarse; le dolía no poder hablarle más que de aquella forma; para definir aquel tormento que sentían los dos le vino al pensamiento el bonito nombre de “barroquismo del futuro”. Se levantó para decirle algo amable. -”Se me ha ocurrido ahora una cosa -dijo Ulrich dirigiéndose a Bonadea dignamente sentada-. Es una cosa rara. Una distinción curiosa; el hombre responsable

puede variar sus obras; el irresponsable, nunca.”

Bonadea dio una respuesta muy significativa: -”¡Bah!” Ésta fue la única interrupción y el silencio se cerró de nuevo.

A Bonadea no le gustaba que en su presencia Ulrich hablara de asuntos abstractos. No obstante sus propias faltas, se sentía, con razón, como una más entre una multitud de personas semejantes a ella; era susceptible a lo insociable, exagerado y rústico del modo en que Ulrich obsequiaba con pensamientos, en lugar de hacerlo con sentimientos. De todos modos, se habían unido en ella delito, amor y tristeza en un círculo de ideas extremadamente peligroso. Ulrich no le parecía ya tan amedrentador y perfecto como al principio del encuentro renovado; pero, en compensación, había adquirido algo pueril que soliviantaba su idealismo, como un niño que rehúsa salvar un obstáculo para arrojarse en los brazos de su madre. Hacía

muchísimo tiempo que sentía por él un enternecimiento relajado, sin vínculos de ningún género. Pero desde que Ulrich rechazó su indicación, se impuso rigurosas reservas. Todavía conservaba el recuerdo de la última visita, de cómo se había desnudado allí mismo y de cómo se había tendido sobre el diván; hizo, pues, el propósito, exigido por las circunstancias, de permanecer hasta el fin con el sombrero y los velos para darle a entender que tenía delante a una mujer que en caso de necesidad sabía dominarse tan bien como su rival, Diotima. Bonadea no acertaba ya a animar con la “gran idea” la profunda emoción que sentía al lado de su amante; claro que esto mismo se podría decir por desgracia de toda la vida, de muchas emociones y poco sentido; pero Bonadea no lo sabía y buscaba expresar algún otro pensamiento. A sus imaginaciones sobre Ulrich les faltaba la dignidad necesaria, y probablemente buscaba otra más hermosa y

romántica. Pero ideal moderación e indecorosa atracción, atracción y un terrible miedo a ser atraída antes de tiempo, se mezclaban con el impulso de callar que hacía vibrar las acciones inhibidas y el recuerdo de la gran tranquilidad que la había unido por un segundo a su amante. En definitiva aquello se desarrolló como cuando la lluvia está suspendida en el aire y no puede caer: un aturdimiento extendido por toda la piel y que aterraba a Bonadea con la idea de poder perder el dominio de sí misma sin darse cuenta.

De repente saltó una ilusión corporal: una pulga. Bonadea no supo fue realidad o imaginación. Sintió un escalofrío en el cerebro, una sensación increíble, como si se hubiera desatado un pensamiento de las sombrías ataduras de los demás, pero habría sido sólo imaginación; al mismo tiempo, un auténtico, inequívoco escalofrío en la piel. Contuvo la respiración. Exactamente como si

se oyera en la escalera un tristrás ascendente, a pesar de que se sabía que no había nadie en ella; sin embargo el tristrás seguía oyéndose. Bonadea comprendió con la rapidez y claridad de un rayo que aquello era una involuntaria continuación del zapato perdido. Significaba un pretexto desesperado para una mujer. Además, en el momento en que quiso ahuyentar al mal espíritu, sintió un fuerte pinchazo. Dio un pequeño chillido, se puso colorada e instó a Ulrich a que la ayudara en la búsqueda. Las pulgas muestran predilección por los mismos parajes que los amantes; la media fue examinada de arriba abajo, hubo que desabrochar la blusa por el pecho. Bonadea declaró que procedía del tranvía o de Ulrich. Pero la pulga no apareció ni se encontraron huellas.

-”¿No sé lo que era!” -dijo Bonadea.

Ulrich sonrió con una amabilidad inesperada.

Bonadea comenzó entonces a llorar, como un niña que se ha portado mal.

64 - El general Stumm von Bordwehr visita a Diotima

EL general Stumm von Bordwehr había ofrecido a Diotima sus respetos. Era el oficial enviado por el Ministerio de la Guerra a la gran asamblea inaugural en que pronunció un discurso que causó gran impresión; respecto a la formación de comisiones para la gran obra pacifista no había podido impedir que el Ministerio de la Guerra la pasara por alto debido a palmarias razones. No era un general muy arrogante; tenía barriguita y un cepillo sobre los labios en lugar de bigote. Su rostro redondo sugería la idea de una familia carente de otros bienes que no fueran los prescritos para la dote de un oficial militar. Dijo a Diotima que al soldado le habían asignado un papel humilde en la sala del consejo.

Pero había que comprender las razones por las que el Ministerio de la Guerra no podía ser incluido en la formación de los comités. Se atrevía a advertir, sin embargo, que la Acción debería dirigirse al exterior; lo que actuaba hacia fuera era el poder del pueblo. Repitió lo que el famoso filósofo Treitschke había dicho: el Estado es el poder de prevalecer en la lucha entre los pueblos. El poder desarrollado en tiempo de paz aleja la guerra o, por lo menos, abrevia su crueldad. Siguió hablando todavía un cuarto de hora, citó a varios clásicos añadiendo que aquellas frases, sus favoritas, las recordaba desde que había ido al gimnasio y que aquellos años de estudios humanísticos habían sido los más hermosos de su vida; luego intentó manifestar a Diotima que él la admiraba y que le había encantado la manera de dirigir la gran asamblea; únicamente repetir otra vez que un ulterior desarrollo de las fuerzas armadas, muy inferiores a las de las demás naciones,

podría ser la prueba más elocuente de las intenciones pacifistas del país y dijo que confiaba fervientemente en la participación espontánea del pueblo en la acción de los problemas del Ejército.

Aquel amable general infundió a Diotima un miedo horrible. Había entonces en Kakania familias que tenían trato con oficiales porque las hijas se habían casado con militares y familias cuyas hijas no se casaban con oficiales, o porque no tenían dinero para la dote o por principio, y en este caso la familia no recibía militares; la familia de Diotima pertenecía por ambas razones a la segunda categoría y, en consecuencia, la inteligente y hermosa señora se había hecho a la idea de que un militar era una especie de muerte vestida de harapos multicolores. Respondió diciendo que había en el mundo tantas cosas buenas y grandiosas que no era fácil elegir entre ellas. Era un gran privilegio poder hacer en estos tiempos de

matérialismo una gran demostración; era además un deber. Surgiría del corazón del pueblo, dejando sus propios intereses en segundo lugar. Tejió cuidadosamente su discurso como con hilos negros y amarillos; sus labios pidieron el suave incienso del lenguaje burocrático.

Pero cuando el general se despidió, el interior de la egregia señora rió un desmayo. Si hubiera sido capaz de abrigar un sentimiento bajo, como el de odio, hubiera odiado a aquel hombrecillo redondo, de ojos adúladores y de botones dorados en la barriga, pero como no le era posible, se sintió únicamente ofendida sin saber por qué. Abrió la ventana, a pesar del frío invernal y dio unas vueltas por la habitación. Al volver a cerrar las ventanas se le saltaban las lágrimas de los ojos. Estaba muy extrañada. Era ya la segunda vez que lloraba sin motivo. Se acordó de la noche en que había derramado copiosas lágrimas al lado de su marido, sin haber

podido aducir causa alguna. Esta vez fue más claro el nerviosismo producido por aquel episodio carente de contenido; aquel oficial gordo extraía las lágrimas como una cebolla y no había sentimiento razonable que las justificara. Con razón se alarmó ella misma; un presagio de angustia le decía que algún lobo invisible merodeaba alrededor de su aprisco y que ya era hora de ahuyentarlo con la fuerza de la idea. Y así, después de la visita del general, resolvió apresurarse a convocar rápidamente la asamblea de grandes intelectuales que ayudarían a asegurar un contenido a la Acción Paralela.

65 - De las conversaciones de Arnheim y Diotima

ARNHEIM llegó entonces precisamente de uno de sus viajes y se puso a disposición de Diotima; ella sintió su corazón aliviado.

-”Hace unos días tuve oportunidad de hablar con el primo de usted a propósito de los generales” -le anunció él inmediatamente con el semblante de un hombre que indica una situación crítica, pero que no quiere revelar de qué se trata. Diotima pensó que aquel primo suyo, con su espíritu de contradicción y falta de entusiasmo en favor de la gran idea de la Acción, secundaba la peligrosa posición del general, y Arnheim prosiguió:

-”Yo no quisiera exponer la cosa burlescamente en presencia de su primo -dijo él, y con estas palabras dio un giro a la

conversación- pero es asunto mío hacerle comprender a usted algo que, como profana, no puede conocer por sus propios medios: la relación entre negocios y poesía. Me refiero al negocio en general, el negocio mundial al que mi nacimiento me predestinó; es una actividad afín a la poesía, tiene partes irracionales, místicas incluso; estoy por decir que los negocios tienen poesía de modo especial. Fíjese usted bien; el dinero es una potencia extraordinariamente intransigente.”

-”Todo aquello a lo que el hombre se consagra con toda su alma está mezclado probablemente con una cierta intransigencia” -respondió Diotima algo indecisa, pensando al mismo tiempo en la primera parte de la conversación que había dejado incompleta.

-”Sobre todo, el dinero -repuso Arnheim inmediatamente— Algunos necios piensan que es un placer tener dinero. En realidad es una tremenda responsabilidad. No hablemos

de las innumerables vidas que dependen de mí, de su suerte y destino que están casi representados en mi persona; permítame decirle sólo que mi abuelo comenzó el negocio con el acarreo de basuras en una pequeña ciudad renana.”

Al oír Diotima estas palabras sintió un repentino escalofrío, como de imperialismo económico; pero fue una equivocación, pues ella no estaba exenta de los prejuicios de su círculo social y como el negocio de la basura lo había asociado a la idea de un estercolero, según el sentido que se daba en su tierra a aquellas palabras, la valiente confesión de su amigo le hizo sonrojarse.

-”Con aquella empresa ennoblecedora de desperdicios -continuó- mi abuelo puso el fundamento al prestigio de los Arnheim. Pero todavía mi padre aparece como self-made man; hay que tener presente que áa cuarenta años convirtió aquella empresa en un negocio mundial. Había frecuentado

únicamente la escuela de Comercio, pero comprendió de un golpe de vista el tinglado del mundo comercial; ahora sabe antes que nadie todo lo que es necesario saber. Yo he estudiado Economía y todas las ciencias habidas y por haber; a él le son desconocidas; es, pues, inexplicable cómo se las arregla para no equivocarse nunca. Éste es el secreto de la vida sencilla, enérgica, noble y sana.”

Arnheim había dado a su voz, al hablar de su padre, una unción desacostumbrada, reverencial, como si se hubiera abierto una ligera hendidura en el tono sosegado de su instructivo discurso. A Diotima le llamó atención. Ulrich le había descrito ya los rasgos del viejo Arnheim y le había dicho que era un hombre pequeño, ancho de espaldas, con un rostro huesudo y una nariz aplastada, vestido siempre con una chaqueta abierta por detrás como la cola de una golondrina, y que colocaba sus acciones con la prudencia y frialdad con que un ajedrecista mueve sus

peones. Sin esperar respuesta, Arnheim continuó después de una breve pausa: -"Cuando un negocio adquiere expansión, como los muy pocos de los que estoy hablando aquí, no hay un asunto de la vida con el que no esté enlazado. Es un cosmos en pequeño. Quedaría usted admirada si supiera sobre cuántas cuestiones (en apariencia no comerciales) artísticas, morales, políticas, tengo que tratar en mis entrevistas con el gerente. Pero la empresa no apunta ya tan alto como en sus comienzos a los que yo definiría como tiempos heroicos. También para los negocios, a pesar de su prosperidad, existe un límite de crecimiento, igual que para toda vida orgánica. ¿Se ha preguntado usted alguna vez por qué ningún animal, en la actualidad, supera la estatura de un elefante? El mismo secreto se encuentra en la historia del arte y en las extrañas relaciones de vida de los pueblos, culturas y tiempos."

Diotima se arrepentía ahora de haberse asustado ante el tema del ennoblecimiento de los desperdicios y se quedó sin saber qué hacer.

-”La vida está llena de tales misterios. Hay poderes contra los que la razón es impotente. Mi padre está en comunicación con ellos. Pero una persona como su primo... -dijo Arheim-, un hombre activo con la cabeza llena de problemas sobre cómo se podrían cambiar y mejorar las cosas no puede comprender esto.”

A la segunda mención del nombre de su primo, Diotima dejó escapar una sonrisa, expresando que en Ulrich no cabía la pretensión de ejercer influjo alguno sobre ella. La piel de Arnheim, uniforme, un poco amarillenta, lisa en la cara como el pellejo de una pera, se enrojeció un poco sobre las mejillas. Sintió una maravillosa necesidad -provocada por Diotima desde hacía largo tiempo- de confiarse abiertamente a ella

hasta en lo más recóndito de su ser. Pero se contuvo nuevamente, tomó un libro de la mesa, leyó su título sin descifrarlo, lo dejó otra vez y con su voz acostumbrada, que en aquel momento estremeció a Diotima como el movimiento de un hombre que toma la ropa para vestirse, revelando así que había estado desnudo, dijo: -"Me he apartado demasiado de mi propósito. Lo que tengo que decirle en relación con el general es que lo mejor que puede hacer usted es realizar lo antes posible sus propios planes y empujar nuestra Acción aportando a ella el influjo de preclaras inteligencias y sus representantes calificados. Pero no necesita rechazar sistemáticamente al general. Quizá tenga buena voluntad; ya conoce usted mi principio de que no se debe perder ocasión de dotar de espíritu a una esfera de simple poder."

Diotima estrechó la mano de Arnheim y resumió la conversación en esta frase de despedida: -"Le agradezco su sinceridad."

Arnheim retuvo indeciso aquella tierna mano en la suya y vaciló pensativo un momento, como si se hubiera olvidado de decir algo.

66 - Entre Ulrich y Arnheim pasa algo

ULRICH frecuentemente se daba el gusto de comunicar a Diotima las experiencias que acumulaba al servicio de Su Señoría y concedía especial importancia al hecho de mostrarle las carpetas con las proposiciones presentadas al conde Leinsdorf.

-”Poderosa prima! -le informaba con un fajo de papeles en la -mano- yo no me valgo solo; todo el mundo parece esperar mejoras de nosotros; una mitad comienza con las palabras "Fuera con...!", mientras ,que la otra mitad dice: "Adelante con..." Aquí tengo desafíos que van desde "Fuera Roma!" hasta "Adelante con la cultura de la verdura!" ¿Por cuál se decide usted?”

No era fácil ordenar la multitud de deseos que el mundo presentaba al conde Leinsdorf; dos grupos se destacaban por su volumen. El primero cargaba la responsabilidad del mal del tiempo a una determinada particularidad y exigía su exterminio; tales particularidades eran nada menos que los judíos o la Iglesia católica, el socialismo o el capitalismo, la mecanización del pensamiento o la desidia del desarrollo técnico, la promiscuidad racial o su segregación, el latifundio o la urbanización, el intelectualismo o la insuficiente instrucción del pueblo. El otro grupo, en cambio, señalaba una meta cuya consecución hubiera bastado perfectamente; la única diferencia entre esta meta positiva del segundo grupo y las negativas particularidades del primero estaba en la clave sentimental de la expresión, abiertamente, porque en el mundo hay naturalezas críticas y aseverativas. Así, los escritos del segundo grupo declaraban con gozosa

reprobación que se terminara ya de una vez con el ridículo culto al arte, porque la vida es mejor poeta que todos los escritores; exigían además la publicación de los procesos judiciales y descripciones de viajes; los del segundo grupo sostenían con gozosa aprobación que el éxtasis del alpinista en una cumbre vence toda exaltación del arte, filosofía y religión, por lo cual éstas se deberían supeditar al fomento de las instituciones y clubes alpinos. De esta doble forma fue exigida la moderación del ritmo de la vida, igual que un certamen para el mejor folleto, porque la vida es insoportable o deliciosamente breve; se deseaba la liberación de la humanidad mediante la creación de jardines, emancipación de la mujer, baile, deporte y cultura de la vivienda, así como mediante otras cosas innumerables.

Ulrich cerró la carpeta e inició una conversación privada:

-”Poderosa prima! -dijo- es un fenómeno curioso que unos busquen la salvación en el futuro y otros en el pasado. No sé qué se puede deducir de ahí. Su Señoría diría que el presente no tiene salvación.”

-”¿Proyecta Su Señoría algo relacionado con la Iglesia?”

-”De momento cree que en la historia de la humanidad no puede darse un retroceso voluntario. Pero lo grave del caso es que nosotros no Podemos esperar un progreso útil. Permítame decirle que es una situación muy digna de notar el que no adelantemos ni retrocedamos; el momentó presente también se considerará insoportable.”

Mientras Ulrich hablaba así, Diotima se atrincheraba en su alto cuerpo, como una torre con tres estrellas en la guía turística.

-”¿Cree usted, señora -preguntó Ulrich-, que un hombre que lucha hoy día por o contra una causa, si fuera proclamado mañana soberano absoluto del mundo ejecutaría en

seguida aquello que ha estado exigiendo durante toda su vida? Estoy convencido de que esperaría algunos días.”

Como Ulrich no seguía hablando, Diotima se dirigió a él sin responderle y preguntó con severidad: -”¿Por qué motivo ha dado usted esperanzas al general respecto de nuestra Acción?”

-”¿A qué general?”

-”Al general Von Stumm.”

-”¿Aquel gordo pequeño que asistió a la primera asamblea? ¿Yo? No le he visto desde entonces y no digamos nada de haberle dado esperanzas!”

El asombro de Ulrich fue convincente y mereció una explicación. Pero debido a que tampoco un hombre como Arnheim puede decir una mentira, había que pensar que habría sido simplemente un malentendido; Diotima declaró en qué fundaba su suposición.

-”¿Dice entonces que yo he hablado con Arnheim sobre el general Stumm? Nunca! -aseguró Ulrich-. ¿Con Arnheim, yo...? Déjeme pensar un momento por favor.” Reflexionó y de repente se echó a reír. -”Sería muy halagüeño que Arnheim se viera precisado a sopesar cada una de mis palabras. Últimamente he conversado varias veces con él; en una ocasión mencioné, es cierto, a un general, pero en abstracto y sólo de paso, a modo de ejemplo. Dije que un general que por razones de estrategia envía batallones a la muerte es un homicida, si se piensa que también esos soldados son hijos de sus madres; pero cambia la apreciación si se relaciona el hecho, por ejemplo, con la necesidad de víctimas o con la indiferencia de la brevedad de la vida. Utilicé además otros muchos ejemplos. Pero tiene que permitirme usted una divagación. Motivos evidentes hacen que cada generación considere la vida como un dato fijo y firme, a excepción de los

pocos cambios en que está interesada. Esto es útil, pero falso. El mundo podría tomar en cada momento todas las direcciones o, al menos, una cualquiera de ellas; lo lleva, por decirlo así, en sus miembros. Por eso un modo original de vivir sería el intentar alguna vez no comportarse como una persona determinada en un mundo determinado, donde yo diría que no hay más que dos o tres botones que apretar, lo cual recibe el nombre de desarrollo; más bien habría que intentar vivir como un hombre nacido para transformarse dentro de un mundo creado para la evolución, o sea, aproximadamente como una gotita de agua en una nube. ¿Me desprecia usted porque he vuelto a hablar de una manera confusa?”

-“No le desprecio, pero tampoco le entiendo -exclamó Diotima- ; Repítame su monólogo!”

-”Me lo ha provocado Arnheim; él me ha detenido e impulsado a hablar -comenzó

Ulrich-. "Nosotros los comerciantes", me dijo con una sonrisa maliciosa que contrastaba un poco con su porte apacible, originario en él y que le daba un cierto aire de majestad, "nosotros, los comerciantes no calculamos como quizá se imagina usted. Al contrario, nosotros (los altos dirigentes, se entiende; los pequeños puede ser que no cesen de calcular) aprendemos a considerar nuestras felices iniciativas como algo que se ríe de cuentas, de modo semejante a como prepara el éxito un político y, en fin, también un artista". Luego me rogó juzgara aquello que iba a decir con la indulgencia debida a lo irracional. Desde el primer día que me vio, me dijo él mismo, le he dado mucho que pensar, y usted, dignísima prima, le ha debido de contar también algo de mí, aunque no tenía por qué, me aseguró; me afirmó además que yo he elegido excepcionalmente una profesión muy abstracta e intelectual, que por muy dotado que sea, he cometido un error al

dedicarme a la ciencia, que mi verdadero talento está, por mucho que me maraville, en el campo del trabajo y de la actividad personal.”

-”¿Ah sí?” -dijo Diotima.

-”Yo soy del parecer de usted, señora -se apresuró Ulrich a contestar-. Para nada soy más incapaz que para mí mismo.” -”Usted bromea siempre en vez de consagrarse a la vida” -opinó Diotima enojada todavía por lo de las carpetas.

-”Arnheim sostiene lo contrario. Yo siento necesidad de sacar para la vida conclusiones de mis pensamientos, dice él.”

-”Usted bromea y es negativo; anda siempre al borde de lo imposible y rehuye siempre toda decisión seria” -precisó Diotima.

-”Estoy convencido -repuso Ulrich- de que el pensar es un distintivo independiente; y la vida real, otro. La diferencia entre los dos es la actualidad demasiado grande.

Nuestro cerebro tiene ya miles de años de existencia, pero si hubiese pensado sólo la mitad de las cosas y la otra mitad la hubiera olvidado, su fiel retrato sería la realidad. Lo único que se puede hacer es negarle nuestra participación espiritual.”

-”¿No equivale eso a afrontar con demasiada ligereza los propios deberes? -preguntó Diotima sin intención de ofenderle, sólo como un monte mira a un arroyuelo que corre a sus pies-. Arnheim ama también las teorías, pero yo creo que no deja pasar una sin indagar todas sus posibilidades. ¿No le parece a usted que el sentido de todo pensar es una concentrada capacidad de aplicación?”

-”No” -dijo Ulrich.

-”Quisiera saber qué le ha respondido Arnheim.”

-”Me ha dicho que el espíritu es hoy un débil espectador del verdadero desarrollo, porque esquivo los grandes problemas que la

vida le presenta. Me ha invitado a considerar las producciones de las artes, las pequeñeces en que se ocupan las distintas Iglesias, la estrechez del campo del saber. Y tenía que pensar que al mismo tiempo la tierra se está dilacerando. Entonces me confió que deseaba hablar conmigo precisamente de estas cosas.”

-”¿Y qué le respondió usted?” -preguntó Diotima con ansiedad, creyendo adivinar que Arnheim había querido reprochar al primo su actitud indiferente frente a los asuntos relacionados con la Acción Paralela.

-”Le he contestado que la realización me atrae siempre menos que lo no realizado, y con ello no me refiero sólo al futuro, sino igualmente a lo pasado y perdido. Me parece que nuestra historia se repite cada vez que realizamos una parte de alguna de nuestras ideas: tanto gozo nos proporciona que nos olvidamos de completarla. Grandes instituciones son a menudo esbozos

desaprovechados de ideas; y por lo demás, también algunas personas. Eso le dije. La dirección del diálogo había cambiado algo.”

-”Usted se mostró pendenciero” -dijo Diotima picada.

-”Me hizo saber en qué concepto me tiene, sabiendo que rehúyo las resoluciones en favor de una necesitada ordenación general de los pensamientos. ¿Quiere que se lo repita? Me considera un hombre que se acuesta en el suelo teniendo al lado una cama preparada para él. Un derroche de energía. Algo físicamente inmoral, añadió refiriéndose a mi. Me ha instado a que comprenda que algunas difíciles metas intelectuales sólo se pueden conseguir utilizando la influencia de las potencias económicas, políticas y espirituales. Él considera más ético para su persona el fese de ellas que el desentenderse. Me ha instado mucho. Me ha citado a un hombre muy activo en actitud de defensa, en espasmódica actitud de defensa.

Yo creo que tiene algún motivo, no muy confesable, para querer ganar mi estima.”

-”Desea serle útil” -exclamó Diotima en tono sancionador.

“Oh,no- contestó Ulrich-. Yo soy un pequeño guijarro y él una espléndida y barbiguda bola de cristal. Pero me da la sensación de que me tiene miedo.”

Diotima no respondió. Ulrich podía haberse mostrado insolente en sus palabras, pero a Diotima le parecía que la conversación referida no era así como debía haber sido de acuerdo con la impresión que Arnheim le había causado. Esto le produjo incluso inquietud. Aunque consideraba Arnheim incapaz de intrigas, sintió aumentar su confianza en Ulrich y le preguntó su opinión acerca del asunto relacionado con el general Stumm.

-”Mantenerle alejado!” -contestó Ulrich, y Diotima no pudo ahorrarse a sí misma

el reproche que significaba sentirse halagada por la respuesta.

67 - Diotima y Ulrich.

LAS relaciones entre Diotima y Ulrich habían mejorado mucho debido a los frecuentes encuentros que derivaron en costumbre. Frecuentemente tenían que salir juntos para hacer visitas; por otra parte él acudía casa de Diotima varias veces por semana, sin previo aviso y a horas intempestivas en no pocas ocasiones. En tales circunstancias les resultaba cómodo sacar partido de su parentesco y mitigar las severas normas de sociedad. Diotima no siempre le recibía en el salón ni totalmente blindada de arriba abajo, sino a veces ligeramente vestida; siempre, sin embargo, con gusto y prevención. Se había creado entre ambos una especie de recíproca pertenencia bajo la forma externa de la Acción; pero las formas ejercen influjo en el interior y los sentimientos que las

constituyen también pueden ser despertados por él.

Ulrich sentía a veces la insinuación de la gran hermosura de Diotima. Le parecía una joven res, alta, corpulenta, de buena raza, de paso firme y decidido, y con una profunda mirada que distinguía bien las hierbas secas que arrancaba. Por tanto, incluso ahora la contemplaba no sin aquella maldad e ironía que se vengaba de su abolengo espiritual; a eso se dirigía la comparación con el reino animal, nacida de una ira encamada y aplicable no tanto a aquel mentecato modelo de criatura cuanto a la escuela de sus admiradores. -"¿Qué agradable sería -pensaba él- si Diotima fuera ignorante, negligente y bonachona, como es siempre un cuerpo alto y ardiente de mujer, cuando no anida pájaros en la cabeza." La famosa mujer del señor Tuzzi se volatilizaba y su cuerpo seguía existiendo sólo como un sueño que junto con almohada, lecho y despertador se transforma con su

ternura en una nube blanca absolutamente sola en el mundo.

Cuando Ulrich volvía de aquellos vuelos fantásticos, veía delante de sí un afanoso espíritu burgués que buscaba contacto con nobles pensamientos. Por lo demás, la afinidad de la sangre, unida a fuertes contrastes de caracteres, molesta; basta ser consciente del parentesco; muchas veces los hermanos no se pueden soportar entre sí por motivos injustificables; la presencia de su ser les hace dudar los unos de los otros y se miran recíprocamente como en un espejo deformador de la imagen. Bastaba que Diotima pareciese tan alta como Ulrich para despertar en él el pensamiento de su parentesco y hacerle distanciarse de su cuerpo. Le había transmitido a su prima, aunque con algunos cambios, la labor asignada en principio a su amigo Walter: la de humillar y exacerbar su orgullo, así como nos sucede cuando volvemos a vernos en viejas fotografías que nos desagradan, nos

humillan y al mismo tiempo desafían a nuestra vanidad. De aquello resultó que aún en la desconfianza que empezó a sentir Ulrich frente a Diotima había algo de imperativo y encantador, una exhalación de auténtica simpatía, así como también la cordial amistad de Walter continuaba todavía bajo la forma de un cierto recelo.

Durante mucho tiempo Ulrich vio con extrañeza que Diotima no le agradaba y no podía explicar por qué. Muchas veces hacían juntos pequeñas excursiones; con el consentimiento de Tuzzi, aprovechaban los buenos días para enseñar a Arnheim, a pesar de la desfavorable estación del año, “las hermosuras de los alrededores de Viena” -Diotima no usaba para ello más expresión que este clisé- y a Ulrich le tocaba representar el papel de pariente más viejo, de guardia de honor; los acompañaba porque al señor Tuzzi no se lo permitían sus ocupaciones; más tarde se supo que Ulrich salía también solo con

Diotima cuando Arnheim estaba viaje. Para tales excursiones, como también para los asuntos relativos a la Acción, Arnheim había puesto a su disposición tantos coches como fueran necesarios, pues el carruaje de Su Señoría, con su escudo y adornos lo conocían todos en la ciudad y llamaba demasiado la atención; no eran, por lo demás, coches propios de Arnheim; la gente rica encuentra siempre otras personas que sienten sumo gusto en complacerles.

Tales salidas no tenían solamente carácter recreativo sino también el de reclutar personas influyentes y hacendadas para incardinarlas a la Acción Paralela; se dirigían, por tanto, más a las afueras de la ciudad que al campo. Los dos parientes vieron juntos muchas cosas bellas: muebles de Teresa, palacios barrocos, personas que aún se hacían llevar por el mundo en brazos de su servidumbre, casas modernas con grandes departamentos, suntuosos edificios de banca

y la mezcla de severidad española con el tenor de vida de la clase media en las viviendas de altos funcionarios del Estado. Las mansiones de la aristocracia representaban el resto de un gran confort de vida sin agua corriente, y las casas de la opulenta burguesía eran una copia corregida por el gusto y los servicios de higiene, pero algo descolorida. Las casas señoriales tienen siempre un aspecto bárbaro: la escoria y los residuos que el fuego del tiempo no ha consumido reposan todavía en los palacios de la nobleza; junto a sus ostentosas escalinatas el pie se hundía en la madera blanda del pavimento apolilado y horrorosos muebles de estilo funcional se abrían paso entre preciosas obras de arte antiguo. Por el contrario, la clase de los venidos a más, enamorada de las grandes e imponentes épocas de sus predecesores, había hecho una selección mejor, más refinada. Si un palacio venía a parar a las manos de una familia burguesa, no sólo se

veía provisto de la moderna comodidad que se aplica, por ejemplo, a un recuerdo de familia, a una araña de cristal en la que se instala un cordón de luz eléctrica, sino que en el arreglo se atendía más bien a eliminar lo menos artístico y a coleccionar piezas de valor, a elección propia o por indicación de los expertos. Aquel refinamiento era más pronunciado en las viviendas ciudadanas que en los palacios, donde a veces se acumulaban los impersonales enseres y muebles de un transatlántico; pero en este país de tanta ambición social los palacios conservaban - debido a una pátina inimitable, a una oportuna distribución de los muebles o a la colocación de un cuadro en un lugar dominante de la pared- el eco delicado y claro de una gran música callada.

Diotima estaba encantada con tanta "cultura"; siempre había sabido que su patria albergaba tesoros así, pero la profusión le sorprendía. En sus giras por los pueblos de

provincia eran a menudo convidados los dos, y a Ulrich le llamaba la atención que algunos comieran la fruta a mano y sin pelar e hicieran otras cosas parecidas, contrastantes con el ceremonial rigurosamente observado en las distinguidas casas de la burguesía. La misma observación se podía hacer en las conversaciones; la verdadera cortesía y delicadeza era casi exclusiva de las familias burguesas; en los círculos aristocráticos dominaba el conocido estilo desenvuelto que recuerda el de los cocheros. Diotima defendía entusiásticamente aquellas costumbres, frente a la oposición de su primo. Las moradas burguesas, concedía, estaban acomodadas con más higiene y sentido. En los palacios nobles se hiela uno de frío en el invierno; no son raras las escaleras estrechas y deterioradas y al lado de suntuosos recibidores se encuentran dormitorios bajos y enmohecidos. No hay montacargas ni cuartos de baño para la servidumbre. Pero

precisamente esto es en cierto sentido lo más heroico, lo que refleja la tradición y el más grandioso descuido!, concluyó Diotima excitada.

Ulrich aprovechaba aquellos paseos para examinar el sentimiento que le unía a Diotima. Pero ya que todo era tan vago, hay que analizarlo primero un poco, antes de llegar al quid.

Por aquel entonces las mujeres llevaban vestidos que les cubrían desde el cuello hasta los tobillos, en conformidad con el gusto de los hombres contemporáneos. Éstos -aunque los de hoy no han cambiado todavía de indumentaria- veían bien aquella moda femenina porque ellos mismos externamente hacían gala de una impecable corrección y de un severo retraimiento que era la señal del hombre de mundo. La cristalina sinceridad de que una mujer se presentara desnuda hubiera parecido, incluso a personas sin escrúpulos y sin vergüenza, un retroceso a la

vida animal, no por la desnudez en sí, sino por renunciar al servicio que la civilización presta al amor del vestido. Se hubiera dicho incluso que la persona se rebajaba así a un rango inferior al animal, pues un caballo de tres años y de buena raza o un galgo juguetón son mucho más expresivos en su desnudez que lo que puede ser un cuerpo humano. Además no llevan vestidos; tienen sólo una piel; las personas de entonces tenían, en cambio, muchas. El vestido largo, su combinación, gorguera, chaqueta, volantes, puntillas y encajes formaban un relieve cinco veces mayor que el auténtico, sugería la idea del cáliz de una flor cerrada, cargada de pétalos en erótica tirantez, ocultando en su interior pistilo cándido y angosto que se dejaba escrutar y se hacía tremendamente apetecible. Era el procedimiento empleado por la naturaleza -al erizar el cabello de sus criaturas o al envolverlas en nubes de

oscuridad- para exaltar la conmoción del amor y del horror hasta un éxtasis quimérico.

Diotima se sintió, por primera vez en su vida, profundamente afectada por aquel juego, aunque de la manera más decente. La coquetería no le era extraña porque constituía una de las cualidades que una señora de sociedad debía dominar; tampoco se le escapaban las miradas que los hombres le dirigían con expresión de algo más que reverencia y respeto; le agradaban incluso, pues le hacían sentir el poder de la dulce reprimenda femenina; su boca frenaba los ojos de los hombres que se clavaban como los cuernos de un toro, y les forzaba a considerar lo que pronunciaba. Pero Ulrich, protegido por la afinidad del parentesco y por desinterés de su cooperación a la Acción Paralela, amparado por el codicilo estipulado a su favor, se permitía libertades que electrizaban los ramificados filamentos nerviosos del

idealismo de Diotima. Así sucedió a vez, en una excursión por el campo: el coche rodaba a través de encantadores valles, entre oscuros bosques de pinos. Diotima declamó los versos: “¿Quién te ha plantado tan alto, bosque...?”; los recitó como composición poética, sin su música correspondiente; la melodía estaba muy oída y era inexpresiva. Pero Ulrich contestó: -”El Banco Agrícola de la Baja Austria. ¿No sabe, señora prima, que todos estos bosques pertenecen al Banco Agrícola? El maestro a quien usted quiere alabar es un inspector de montes, empleado de ese Banco. La naturaleza es aquí un producto planificado por la industria forestal, una serie de depósitos para la fabricación de celulosa, como se ve a primera vista.” De esta clase eran muchas veces sus respuestas. Cuando ella hablaba sobre la belleza, él saltaba con el tejido adiposo de la piel. Si ella hacía consideraciones acerca del amor, él las hacía sobre la pirámide de la edad,

indicadora del ascenso y descenso del número de nacimientos. Si Diotima trataba de las grandes personalidades del mundo artístico, hacía él mención a las cadenas de plagios que relacionan entre sí estas figuras. Sucedió siempre que Diotima iniciaba la conversación como si Dios, al llegar al séptimo día hubiera engarzado al hombre como una perla en la concha del mundo, cual le sugería a él el pensamiento de que la humanidad es un montoncillo de puntitos sobre la corteza más externa de un globo enano. No resultaba muy inteligible lo que Ulrich quería decir; probablemente se refería a aquella esfera de grandeza a la que Diotima se sentía ligada y ella lo juzgaba, ante todo, como una injuriosa pedantería. No podía soportar que su primo, para Diotima un enfant terrible, quisiera saber más que ella. Le molestaban, como una grosería, las réplicas materialistas de Ulrich de las que ella no entendía nada, y era debido a que su primo las tomaba de la

cultura de la precisión y de la aritmética. -"Gracias a Dios todavía quedan hombres -contestó ella una vez con aspereza- que creen en la simplicidad."

-"Por ejemplo, su marido -repuso Ulrich-. Hace tiempo que quería haberle dicho que lo prefiero a Arnheim."

Habían tomado la costumbre de relacionar con Arnheim todo lo que hablaban. Como a todos los enamorados, también a Diotima le agradaba conversar sobre el objeto de su amor, sin traicionarse a sí misma, al menos según ella creía; a Ulrich se le hacía insoportable, como a todo hombre que no une segundas intenciones a su propia postergación; por eso, descargaba a veces contra Arnheim. Les había llegado a unir algo, de una forma imprevista. Se veían, no estando Arnheim de viaje, casi diariamente. Ulrich sabía que Tuzzi desconfiaba de los extraños, según había podido deducir él mismo de Diotima desde el primer día. No parecía que

existieran todavía relaciones ilícitas entre estos dos, al menos en cuanto las podía juzgar un tercero en el que se confirmaba la conjetura de lo mucho de lícito que traía entre manos la pareja, la cual imitaba claramente los más altos modelos de comunión platónica de las almas. Arnheim mostraba además una llamativa tendencia a mezclar en sus confidenciales relaciones al primo de su amiga (¿y si resulta ser su amante? -se preguntaba Ulrich-; la hipótesis más verosímil era: querida más amiga, dividida por dos). Arnheim dirigía muchas veces la palabra a Ulrich a la manera de un amigo más viejo, cosa que permitía la diferencia de edad; pero en virtud de la diferencia de posición social esto cobraba un desagradable aire de altiva condescendencia. Ulrich respondía casi siempre de un modo evasivo y bastante provocador, como si no supiese apreciar en lo más mínimo la amistad de un hombre acostumbrado a discutir sobre sus grandes

problemas, no con él, sino con reyes y ministros. Le contradecía descortés e indecorosamente irónico, y él mismo se enojaba por su defectuosa conducta que bien podía haber sustituido por el desenfado de una silenciosa observación; pero estaba admirado de sentirse tan fuertemente hostigado por Arnheim. Veía en él un caso típico de desarrollo espiritual favorecido por la suerte que él odiaba. Aquel famoso escritor era sobradamente listo para darse cuenta de la precaria situación en la que se había puesto el hombre desde que no buscaba su imagen en el espejo de los arroyos, sino en la superficie de fractura de su propia inteligencia; pero el letrado rey del acero echaba la culpa de ello a la intervención de la inteligencia y no a su imperfección. Había un engaño en aquella asociación de alma y tasa de carbones que al mismo tiempo era una disociación útil de aquello que Arnheim hacía con clara conciencia de lo que hablaba y escribía en sus

barruntos crepusculares. A esto se añadía, para aumentar el disgusto de Ulrich, algo nuevo para él: la unión de la inteligencia con la riqueza; cuando Arnheim hablaba sobre una cuestión particular casi como un especialista para después, con un gesto espontáneo y repentino, hacer desaparecer los detalles a la luz de un “gran pensamiento”, esto podía proceder de una necesidad no injustificada, pero a la vez, aquella libre disposición en dos direcciones le recordaba a un hombre rico que se puede permitir cualquier lujo. Él era rico de espíritu, de una manera que evocaba el procedimiento de la riqueza efectiva. Y quizá lo que más incitaba a Ulrich a poner obstáculos al célebre Arnheim no era aquello, sino posiblemente su inclinación a manejar dignamente todos los asuntos, públicos y privados que conducen automáticamente a la unión con el reconocimiento de lo novedoso y de lo tradicional; en el espejo de su pericia productiva veía a Ulrich una

afectada caricatura del rostro del tiempo cuando se distancian de él los pocos rasgos auténticos y duros de la pasión y del pensamiento; por lo demás, apenas podía ya descender a más detalles acerca de aquel hombre al que con gran probabilidad podría también atribuir toda clase de méritos. Era naturalmente una lucha absurda la suya, en un ambiente que no dudaba en dar la razón a Arnheim y por un motivo privado de trascendental importancia. En el mejor de los casos se hubiera podido decir que aquella insensatez tenía el sentido de un autodispendio sin reservas. Era una guerra estéril, porque si alguna vez conseguía Ulrich herir a su adversario, advertía después que le había dado en la parte falsa; cuando el inteligente Arnheim parecía yacer en el suelo, vencido, de repente el Arnheim de la realidad se levantaba como un ser alado y con una indulgente sonrisa; de tan vanas conversaciones

pasaba a sus negocios remontándose hasta Bagdad o Madrid.

Aquella invulnerabilidad le permitía oponer a la impertinencia de su compañero más joven una camaradería amistosa cuyos motivos no se podía explicar Ulrich. Al mismo Ulrich no le convenía desairar mucho a su enemigo, pues se había propuesto no volver a las bajas e indigna aventuras que tanto habían abundado en su pasado, y los progresos que observaba entre Arnheim y Diotima proporcionaban a su propósito mayor constancia. Por eso dirigía la punta de sus ataques como la de un florete que cede cimbreante, revestida de una pequeña funda para atenuar gentilmente el golpe. Esta comparación se debía a Diotima. Era de admirar lo que le ocurría con su primo. El rostro con su clara frente, su pecho de tranquila respiración, la libre agilidad de todos sus miembros le revelaban a ella que difícilmente aquel cuerpo podría albergar apremios

maliciosos, tortuosos, lascivos; tampoco ella dejaba de sentir cierto orgullo por la buena cualidad de aquel miembro de su familia y, ya al comienzo de sus relaciones, había decidido ponerle bajo su dirección. Si él hubiera tenido pelo negro, hombros bajos, piel pegajosa y frente estrecha, Diotima hubiera dicho que era tal como ella se lo imaginaba; pero por no ser así en la realidad, le sorprendía un cierto contraste entre su idea y el aspecto real, cosa que le causaba una inquietud inexplicable. Las antenas de su famosa intuición buscaban en vano los motivos, pero esta búsqueda a ella le resultaba placentera. En cierto sentido, no muy serio naturalmente, le agradaba más entretenerse con Ulrich que con Arnheim. Con Ulrich colmaba mejor la necesidad de percibir su superioridad, se sentía más dueña de sí misma y lo que consideraba en él frivolidad, extravagancia o falta de madurez le proporcionaba una cierta satisfacción que compensaba su idealismo

cada día más peligroso, viéndolo crecer caprichosamente en sus sentimientos en relación con Arnheim. El alma es una cosa muy seria; el materialismo, sin embargo, es risueño. La regulación de sus contactos con Arnheim exigía de ella tantos esfuerzos como su salón y el menosprecio respecto a Ulrich le aliviaba la vida. Diotima no se comprendía a sí misma, pero comprobaba este influjo y ello le permitía, cuando se enojaba con su primo por alguna de sus observaciones, dirigirle una mirada de reojo equivalente a una débil sonrisa dibujada en un ángulo del ojo idealísticamente inmóvil y despreciativo.

De todos modos, cualesquiera que fueran los motivos, Diotima y Arnheim se conducían con Ulrich como dos luchadores que se apoyan en un tercero y al que ponen como fiador de su miedo alterno. Tal situación no estaba libre de peligros para él, pues Diotima dio vida a la pregunta: ¿Debe la persona actuar de acuerdo con su propio cuerpo o no?

68 - Una digresión: ¿Debe la persona actuar de acuerdo con su propio cuerpo?

INDEPENDIENTEMENTE de lo que se decían los rostros, el movimiento coche mecía a los dos primos en los viajes; sus vestidos se tocaban, se enredaban entre sí y se volvían a separar; esto sucedía a la altura de los hombros porque lo demás iba cubierto por una manta común. Los cuerpos percibían aquel contacto sofocado de los vestidos con la suavidad y sugerencias de una noche de luna. Ulrich no era insensible a este ardíd del amor, pero no lo tomaba demasiado en serio. El contagio del apetito sensual a través del vestido, el paso del abrazo a la resistencia o del fin a los medios,

respondía a su naturaleza que le inclinaba hacia la mujer, pero sus fuerzas superiores le frenaban ante la persona ajena e inapropiada para él, de modo que se encontraba siempre en continua pugna entre atracción y repulsión. Pero esto significa que la sublime hermosura del cuerpo humano, en el momento en que la melodía del espíritu asciende del instrumento de la naturaleza, o aquel otro momento en que el cuerpo se presenta como un cáliz lleno de una mística bebida, no han tenido lugar en su vida, a excepción de los sueños relacionados con mujer del comandante mayor y que habían suspendido en él durante largo tiempo semejantes tendencias.

Desde entonces su trato con mujeres había ido desencaminado; desgraciadamente, con un poco de buena voluntad por ambas partes sucedía esto con mucha facilidad. Se da un esquema de sentimientos, actitud y complicaciones que hombre y

mujer, en cuanto fijan en ellos el primer pensamiento, se disponen a dominarlos; éste es un sistema a la inversa, en sentido intrínseco, en el que los últimos acontecimientos se pujan para abrirse camino hacia adelante, y no es ya un brotar del manantial; en tal trastrueque psíquico no se da el puro placer recíproco; este sentimiento elemental es el más profundo de los del amor y el que por vía natural origina todos los demás. Por eso Ulrich se acordaba no rara vez, durante sus viajes con Diotima, de la despedida al finalizar su primera visita. Había retenido la suave mano femenina en la suya, una mano sin peso, noble y artísticamente perfeccionada, y se habían mirado los dos a los ojos; ciertamente habían sentido aversión mutua, pero habían pensado también en su recíproca aptitud de compenetrarse hasta desaparecer volatilizados. Algo de aquella visión había permanecido entre ellos. Arriba se miran dos rostros con tremenda frialdad, abajo se

confunden los cuerpos, fluyentes, ardorosos, sin capacidad de resistencia. Algo místico, maligno, hay en ello, como en un dios de dos cabezas o en la pezuña del diablo. Ulrich lo había experimentado a menudo en su juventud y por ahí se había descarriado, pero con los años se demostró a sí mismo que eso no era más que una estimulante muy vulgar del amor, en el mismo sentido en que la desnudez es una sustitución del despojo. Nada inflama el amor vulgar tanto como la halagüeña experiencia de poseer la virtud de incluir a una persona en un arrobamiento en el que se comporta tan locamente que necesitaría ser un asesino para querer provocar de modo distinto una transformación semejante. ¿Puede una persona civilizada transformarse de tal manera que pueda operar en nosotros un efecto semejante? ¿No es ésta la estupefacta pregunta de los ojos vidriados y atrevidos de todos los que arriban a la isla solitaria de la voluptuosidad donde se

hacen criminales, destino y dios, y alcanzan del modo más cómodo el más alto grado a ellos posible de irracionalidad y aventura?

La repugnancia que adquirió con el tiempo respecto a esta clase de amor se extendió al final hasta su mismo cuerpo, que siempre había favorecido tales indebidas relaciones, fingiendo ante las mujeres una masculinidad accesible para la que Ulrich poseía demasiada inteligencia y contradicciones internas. A veces se llenaba de celos de su mismo aspecto tratándose a sí mismo como un rival que trabaja con medios comunes y revela contradicciones que también se dan en otros, aunque no las sientan. Él mismo cuidaba su cuerpo con ejercicios atléticos y le daba forma, expresión y ligereza, cuyo influjo sobre lo interior no es tan pequeño como para poder ser comparado con el que ejerce un rostro siempre sonriente o siempre serio en su estado de ánimo. Es de notar que la mayor parte de los

hombres poseen un cuerpo descuidado, formado o deformado por casualidades y que parece estar desconectado de su espíritu y esencia, o bien un cuerpo cubierto con la máscara del deporte donde la persona auténtica aparenta estar de vacaciones. Éstas son las horas en que el hombre tira del hilo de los sueños de la apariencia exterior, recogidos negligentemente en el mundo grandioso y bello de las revistas ilustradas. Todos esos bronceados y musculosos tenistas, jinetes y corredores que aparentan haber batido marcas mundiales, aunque de ordinario no pasan de simples aficionados, esas mujeres estratégicamente vestidas o desvestidas, son soñadores de ojos abiertos, y se diferencian de los soñadores ordinarios sólo en que sus sueños no permanecen en el cielo sino que vagan al aire libre como almas masivas, corporales, drásticas; llamémoslas también - pensando en fenómenos ocultos más que dudosos- ideoplásticas. Pero esos soñadores

tienen de común con fantaseadores una cierta superficialidad, tanto en lo que se refiere a la proximidad de despertarse, como a su contenido. El problema de la fisiognómica en general aún hoy día parece estar oculto; a pesar de que, sirviéndose de la escritura, de la voz, de la postura en el sueño, y Dios sabe de cuántas cosas más, se ha aprendido a formular conclusiones sobre la naturaleza humana que a veces son incluso acertadas, aunque sorprendentes; para el cuerpo como un todo no se han conseguido más que variaciones de moda, modelos a los que se acomoda, o a lo más una especie de filosofía naturalista.

¿Es éste el cuerpo de nuestro espíritu, de nuestras ideas, intenciones o planes, o bien de nuestras locuras, incluidas las hermosas? El haber amado estas locuras y el haberlas puesto parcialmente en práctica no le impedía a Ulrich sentirse a disgusto en aquel cuerpo suyo, que ellas habían creado.

69 - Diotima y Ulrich.

Continuación

Y Diotima era sobre todo la persona que reforzaba en él, de un modo nuevo, aquel sentimiento de que no estaban unificadas la superficie y la profundidad de su existencia. Se dividía claramente cuando salía de viaje. Con ella, en aquellas excursiones que eran a veces como paseos bajo el claro de luna, donde la belleza de la joven mujer se desprendía entonces de toda su persona y cubría por un momento sus ojos como la urdimbre de un sueño. Él sabía bien que Diotima confrontaba todo lo que él decía con lo que se suele decir comúnmente -aunque en un plano más elevado que el usual- y le resultaba agradable que ella le juzgase “inmaduro” y sentirse como ante un catalejo dirigido hacia

él. Cada vez se empequeñecía más y cuando, hablando con Diotima, él hacía de abogado del diablo, creía -o al menos no andaba lejos de creer- oír con sus mismas palabras las conversaciones de sus últimos años de escuela en que había hablado con sus compañeros acerca de todos los malhechores y ogros de la historia del mundo; como tales se los habían presentado sus maestros con ideal aborrecimiento. Si Diotima le miraba disgustada, él se relajaba todavía más, la conducta moral heroica y expansiva la suplía por el comportamiento de sus años de adolescente y se mostraba regañón, testarudo, tosco e intempestivo -hablando naturalmente en lenguaje metafórico- del mismo modo que se puede descubrir en un gesto o en una palabra una vaga reminiscencia de gestos y palabras dejados atrás o, simplemente, ademanes soñados o vistos en otro; pero siempre, por el placer de escandalizar a Diotima, hacía sonar la misma nota. El espíritu

de aquella mujer, que tan hermosa hubiera sido sin su espíritu, suscitaba en él un sentimiento inhumano, quizá de veneración ante su inteligencia, de aversión contra todas las cosas grandes, una sensación débil, apenas perceptible, aunque la palabra "sensación" es quizá una expresión demasiado pretenciosa para aquella exhalación esfumada. Si se tratara de solidificarla en palabras, habría que decir que a veces Ulrich veía delante de sí corporalmente, no sólo el idealismo de aquella mujer, sino todo el idealismo del mundo entero en sus ramificaciones y extensión, suspendido a un palmo de la coronilla griega; poco faltaba para que fueran los cuernos del diablo. Luego se hacía todavía más pequeño y, hablando otra vez en lenguaje figurado, volvía a la primera ética pasional de la infancia que concede a la mirada la seducción y el sobresalto de las gacelas. Los sentimientos delicados de esta edad pueden inflamar en un instante de

entrega a todo el mundo, pues no tienen ni el fin ni la posibilidad de producir efecto alguno y son un fuego ilimitado; esto le sentaba mal a Ulrich, pero en definitiva en compañía de Diotima sentía la nostalgia de aquellos sentimientos infantiles que apenas acertaba ya a imaginarse, porque no guardan relación con los sentimientos de un adulto.

Una vez estuvo a punto de confesárselo. En uno de sus viajes bajaron del coche y se internaron a pie en un pequeño valle que era como un delta de prados con elevadas orillas de bosques; formaba un triángulo, cruzado en su mitad por un arroyo medio helado. Las laderas estaban en parte heladas, pocos árboles quedaban ya en pie, semejando penachos erguidos sobre las calvas del monte y sobre las cumbres de las colinas. El paisaje les había llevado a darse un paseo por él; era uno de aquellos expresivos días sin nieve que, en medio del invierno, aparecen como un vestido de verano, descolorido, pasado de

moda. Diotima preguntó de improviso a su primo: -"¿Por qué Arnheim le llama a usted activista? Dice que usted está siempre pensando en buscar modos y maneras de cambiar y mejorar las cosas." Se había acordado de que su conversación con Arnheim sobre Ulrich y sobre el general había quedado ininterrumpida sin haber sacado una conclusión. -"No lo entiendo continuó- porque me parece que usted rara vez habla en serio. Pero tengo que preguntarle por qué razón nos tiene que tocar a los dos resolver juntos un asunto de tanta responsabilidad. ¿Se acuerda todavía de nuestra última conversación? Usted afirmó que nadie a quien le fuesen investidos todos los poderes realizaría inmediatamente todos sus deseos. Quisiera saber qué quiso decir usted con eso. ¿No es un pensamiento horrendo?"

Ulrich calló al principio. Durante aquel silencio, que siguió a la perorata de Diotima,

tan descarada como era posible, ella comprendió cuánto la ocupaba esa ilícita pregunta de si Arnheim y ella realizarían sus respectivos deseos secretos. Diotima creyó haberse declarado a Ulrich. Se puso roja, trató de impedirlo, se enrojeció todavía más y apartó la mirada de él para dirigirla, fingiendo despreocupación, al valle.

Ulrich había observado el incidente. -"Temo que la única razón por la que Arnheim me llama activista, como usted dice, es que él valora más de lo debido mi influjo en la casa Tuzzi -replicó-. Usted misma reconoce el poco valor que concede a mis palabras. Pero en este momento en que ha dirigido sus preguntas he visto el influjo que ejerzo en usted. ¿Puedo decírselo sin que me lo reproche inmediatamente?" Diotima hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, pero no pronunció palabra; intentó luego refugiarse en una aparente distracción.

-”He afirmado -comenzó Ulrich- que nadie realizaría, aun pudiendo, sus propios deseos. ¿Se acuerda de nuestras carpetas de proposiciones? Ahora yo le pregunto: ¿no le parece que uno se vería en apuros ¿si de repente viera realizado lo que ha solicitado durante toda su vida? ¿Si, por ejemplo, se impusiera de un momento a otro el Reino de Dios sobre los católicos, o el Estado futuro sobre los socialistas? Es posible que esto no demuestre nada; todos se acostumbran a exigir y nadie se preocupa de realizar; quizá opine mucha gente que esto es lo natural. Continúo, pues, con mis preguntas: no hay duda de que, para un músico, la cosa más importante es la música y para un pintor la pintura, como para un especialista del cemento, probablemente las construcciones de hormigón. ¿Cree usted que el uno se imaginaría que Dios es especialista en cemento armado y que los otros preferirían un mundo pintado o un mundo creado por una corneta

antes que el mundo real? Usted considerará absurda esta pregunta, pero lo grave del caso es que habría que anhelar este absurdo.

“Y no piense ahora -le dijo muy seriamente- que sólo me refiero al hecho de apetecer lo difícil de realizar, y de despreciar lo que es fácil de conseguir. Mi pensamiento es éste: la realidad siente un deseo absurdo de irrealidad.”

Había conducido a Diotima al interior del valle sin miramiento alguno. El suelo estaba mojado en las partes altas, quizá por la nieve que se derretía en las pendientes; ellos tenían que saltar de un césped a otro, lo cual articulaba la conversación y permitía a Ulrich explicarse a brincos. A Diotima se le ofrecían tantas objeciones que oponer a Ulrich que no sabía por cuál empezar. Se había mojado los pies; se paró, por tanto, seducida y temerosa sobre un montículo con la falda algo levantada.

Ulrich se volvió hacia atrás y se echó a reír. -"Ha entrado en un camino muy peligroso, ilustre prima. ¶ Los hombres se alegran cuando los demás les dejan en paz y no pueden realizar sus ideales!"

- "¿Y qué haría usted -preguntó Diotima enfadada- si pusieran a su disposición el gobierno del mundo?"

- "No me quedaría más remedio que anular la realidad."

- "¶ Ya me gustaría saber cómo!"

- "¿Y quién lo sabe? Ni yo mismo sé lo que quiero decir con esto. Nosotros valoramos excesivamente el presente, el sentimiento actual, lo que tenemos entre manos, así como este valle nos tiene como metidos en un cesto y cubiertos por el presente. Le damos demasiada importancia. Más tarde nos daremos cuenta de ello. Quizá será de aquí a un año cuando podamos contar cómo hemos estado aquí. Pero eso que se mueve en nosotros, en mí por lo menos, ¶ cuidado con

dar nombres y explicaciones!, está siempre en contraste con esta forma de experiencia. Está sofocado por el presente; de ese modo no es posible actualizarlo.”

Las palabras de Ulrich resonaron en la angostura del valle fuertes y confusas. Diótima se sintió de repente indispuesta y trató de volver al coche. Pero Ulrich la detuvo y le mostró el paisaje. -”Esto fue, hace unos cuantos miles de años, un glaciar. Tampoco la tierra es, como el alma, aquello que en el momento presente parece ser -le explicó-. Esta criatura redonda tiene un temperamento histérico. Hoy es madre nutritiva. Antes fue frígida, hielo, como una mala moza. Y algunos miles de años antes se comportó ardiente y lujuriosa, con bosques de helechos gigantes, con lagunas de fuego y animales demoníacos. No se puede decir que ha evolucionado hacia la perfección ni cuál sea su verdadero estado. Lo mismo es aplicable a su hija, la humanidad. Piense usted en

la variedad vestidos que ha llevado a lo largo del tiempo aquí donde estamos nosotros ahora. En expresión de manicomio, se parece a una larga serie de obsesiones crónicas con repentinos delirios, después de los cuales se transforman en nuevas concepciones de la vida. ¿Usted ve cómo se anula la realidad a sí misma!”

”Quisiera añadir todavía una cosa -dijo Ulrich tras una breve pausa, y empezó a repetirle todo desde el principio-. La sensación de posar los pies sobre tierra firme y de estar revestidos de una piel resistente apenas tiene lugar en mí, si bien parece connatural en los demás. Trate de recordar sus años de niña: fuego suave. Y luego sus años de adolescente: ardor en los labios. En mí al menos hay algo que se resiste a admitir que la edad adulta sea el apogeo de tal desarrollo. En un sentido sí; en otro no. Si yo fuera el formicaleón de las libélulas, me avergonzaría de haber sido un año antes la torpe larva de color gris que

anda hacia atrás y vive sepultada al borde de los bosques en la punta de un embudo de arena; con sus tenazas invisibles abraza a las hormigas por el talle, después de haberlas bombardeado misteriosamente y extenuado con granitos de arena. A veces me da miedo mi juventud, incluso si hubiera sido una libélula y ahora debiera de ser una fiera.” Ni él mismo sabía lo que quería. Con la historia de las libélulas había intentado imitar, como los monos, la omnisciencia de Arnheim. Estuvo por decirle: -”Deme un abrazo, sólo por amabilidad. Al fin somos parientes, no del todo ajenos, aunque tampoco formamos unidad; somos los “puntos más opuestos a una relación digna y severa.” Pero Ulrich se equivocaba. Diotima era de esas personas satisfechas de sí mismas que por eso consideran las fases de su vida como una escalera que conduce de abajo arriba. Lo que le decía Ulrich le era del todo incomprensible, así es que tampoco sabía lo que él había dejado de

decirle; pero entretanto se habían acercado al coche y Diotima respiró tranquilizada; entonces tomó la palabra como solía, mezclándola con consideraciones entretenidas, festivas y zahirientes que pronunciaba afilando el rabillo del ojo. En aquel momento, Ulrich no le producía otro efecto que el de desilusión. Una leve nube de encogimiento le subió de algún escondrijo de su corazón y se disolvió en un vacío seco. Quizá entonces se dio cuenta clara y cruelmente que a la corta o a la larga tendrían que tomar una resolución respecto a sus relaciones con Arnheim, pudiendo transformar así toda su vida. No era del caso pensar que esto le hacía ahora feliz; pesaba sobre ella con la gravedad de alguno de aquellos montes cercanos. La debilidad había pasado. Aquel “privarse de hacer el propio capricho” había brillado por un momento con un absurdo fulgor que ella no entendía.

-”Arnheim es todo lo contrario de lo que soy yo; estima demasiado la suerte que tienen el tiempo y el espacio cuando se encuentran con él para formar el tiempo presente, constantemente” -suspiró Ulrich sonriente, haciendo ademán de terminar; pero de la infancia no habló más, con lo cual perdió la ocasión de aparecer ante Diotima como un hombre de tiernos sentimientos.

70 - Clarisse visita a Ulrich para contarle una historia

VAN Helmond era un ilustre pintor, especializado en restauraciones de palacios antiguos; su obra más genial era su hija Clarisse. Un buen día apareció ésta inesperadamente en casa de Ulrich.

-”Papá me manda -le anunció ella- a preguntarte si podrías usar de tus relaciones con la aristocracia de modo que redunden también en beneficio de él.” Miró alrededor con curiosidad, se sentó en una silla y sobre otra dejó el sombrero. Luego dio la mano a Ulrich.

-”Tu papá me sobreestima” -intentó decirle, pero ella le cortó la palabra.

-”Nada de eso! Ya sabes; el pobre viejo necesita siempre dinero. El negocio no va

como antes -ella rió-. Has puesto todo muy elegante, ¡Bonito!” Examinó por segunda vez todo el ambiente y después miró a Ulrich; sus ademanes tenían algo de la amable inseguridad de un perrito al que le inquieta la comezón de una mala conciencia. -”Si puedes lo harás, ¿verdad? -dijo Clarisse-. Si no, paciencia. Yo se lo he prometido naturalmente. Pero el motivo principal por el que he venido es otro; su recado me ha sugerido una idea. Debe de ser cosa de familia: yo quisiera saber también lo que tú piensas.” Sus labios y sus ojos vacilaron y se contrajeron un momento, pero en seguida arremetió contra el obstáculo del comienzo: —”¿Te da alguna idea la expresión "cirugía estética"? Un pintor es médico de esta especialidad.”

Ulrich comprendió; conocía ya la casa de sus padres.

-”Oscuro, elegante, suntuoso, rico, acolchado, engalanado -continuó ella-. Papá es pintor y como tal, un médico de cirugía

estética; el trato con nosotros da, pues, una distinción como el irse a tomar baños medicinales. Tú ya me entiendes. Y una de las entradas principales de papá constituye la restauración de palacios. ¿Conoces a los Pachhofen?”

Pertenecían a una familia patricia, pero Ulrich no los conocía; años atrás se había encontrado, sin embargo, con una señorita Pachhofen en compañía de Clarisse. -”Era mi amiga -repuso Clarisse-. Entonces ella tenía diecisiete años y yo quince; papá recibió el encargo de restaurar su palacio.”

”Ah, sí! El palacio Pachhofen. Estuvimos todos invitados. También Walter estuvo con nosotros por primera vez. Y Meingast.”

-”¿Meingast?” -Ulrich no sabía quién era Meingast.

-”Sí, hombre; tú mismo le conoces. Meingast, el que marchó después a Suiza. Entonces no era todavía filósofo, sino gallo en todas las familias con hijas.”

-”No le he visto nunca -precisó Ulrich-, pero ahora sé quién es.” -”Bien -Clarisse ar rugó la frente reflexionando-. Espera: Walter tenía entonces veintitrés años; Meingast, algunos más. Creo que Walter admiraba en secreto a papá. Era la primera vez que asistía a una invitación en un palacio. Papá llevaba a menudo algo así como un manto real. Al principio creo que se enamoró más de papá que de mí. Y Lucy...”

-”¡Por amor de Dios; despacio, Clarisse! -le rogó Ulrich-. Me parece que he perdido el hilo.”

-”Lucy -dijo Clarisse- es la señorita, la hija de los Pachhofen, de los cuales recibimos la invitación. ¿Entiendes ahora? ¡Claro que sí! Cuando papá vestía a Lucy con terciopelo y brocado, y la sentaba con una gran cola sobre uno de sus caballos, se creía un Tiziano o un Tintoretto. Los dos estaban enamorados, el uno del otro.”

-”O sea que papá de Lucy y Walter de papá.” -”Espera un poco. Por entonces estaba de moda el impresionismo. Papá pintaba a la antigua, al estilo musical, como todavía lo hace hoy día: salsa marrón con abanicos de pavo. Pero Walter prefería el aire libre, la claridad de líneas, las formas funcionales, la novedad y la sinceridad. A papá le resultaba en el fondo insoportable, como una predicación protestante; Meingast tampoco le agradaba, pero tenía dos hijas por casar, gastaba más dinero que el que percibía y por eso toleraba a los dos jóvenes. Walter, en cambio, amaba ocultamente a papá, según acabo de decir; pero en público le tenía que despreciar a causa de la nueva corriente artística. Lucy no ha entendido nunca de arte, pero no quería quedar en ridículo ante Walter y temía que papá apareciera como un viejo raro si Walter se llevaba la razón.”

Ulrich quiso saber algo de mamá.

-”Mamá estaba también presente. Reñía con su marido todos los días, ni más ni menos, siempre. Puedes comprender que a Walter le favorecían estas circunstancias. Se hizo punto de intersección de todos nosotros; papá le temía, mamá le provocaba, y yo comenzaba a enamorarme de él. Lucy, sin embargo, le halagaba. Así Walter ejercía cierto influjo en papá y fue deleitándose cuidadosamente. Yo digo que entonces formó su personalidad, pues sin papá y sin mí no hubiera llegado a lo que es. ¿Te das cuenta ya de todo este complejo?”

Ulrich creyó poder contestar afirmativamente.

-”Pero mi intención era contarte otra historia -aseguró Clarisse. Reflexionó un momento y añadió:- [Aguarda! Piensa primero en mí y en Lucy: eran unas relaciones emocionantes y complicadas. A mí me daba miedo papá, que, enamorado como estaba, amenazaba arruinar a toda la familia.

Naturalmente, yo quería también ver el desenlace de todo aquello. Los dos estaban locos. En Lucy se mezclaba la amistad conmigo con el sentimiento de tener un amante al que yo debía llamar respetuosamente papá. Ella no estaba menos orgullosa por eso, pero delante de mí se avergonzaba. Creo que aquel viejo palacio no había vivido desde su construcción complicaciones semejantes. Lucy pasaba todo el día al lado de papá y por la noche subía a la torre a confesarse conmigo. Yo tenía mi dormitorio en la torre y casi toda la noche estábamos con luz.”

-”¿Hasta qué punto llegaron sus relaciones con tu padre?”

-”Eso es lo único que no pude saber. Pero figúrate aquellas noches de verano! Pero figúrate aquellas noches de verano! Los búhos gemían, la noche lloraba; a veces se apoderaba de nosotras el miedo y entonces nos acostábamos las dos en mi cama y seguíamos allí la narración. Nos parecía que a un hombre así, con tan fatídica

pasión, no le quedaba otro remedio que darse un tiro. En realidad esperábamos que lo hiciera cualquier día...”

—”A mí me da la impresión -interrumpió Ulrich- que entre ellos no llegó a suceder gran cosa.”

—”Yo también lo creo así; todo no. Pero sí algo. Lo verás en seguida. A Lucy la obligaron a salir del palacio porque, al llegar inesperadamente su padre, quiso llevársela consigo a hacer un viaje por España. Debeis haber visto a papá, tan solo como quedó. Creo que le faltó poco para estrangular a mamá. Con un caballete plegable sujeto a la silla, se paseaba cabalgando de la mañana a la noche sin dar una pincelada; y cuando quedaba en casa tampoco pintaba nada. Ya sabes que de ordinario pinta como una máquina, pero por aquel tiempo le sorprendí varias veces en una de las grandes salas vacías, con un libro en la mano, pero cerrado. Así se pasaba largas horas, sumido en

estática meditación; luego se levantaba y se iba a otra habitación o al jardín a proseguirla; algunas veces permanecía así todo el día. Era ya viejo y la juventud le había dejado plantado. ¿No te parece que es comprensible? Yo pienso que el cuadro que observaba él frecuentemente: Lucy y yo, dos amigas, abrazadas en confidente conversación, debía de inflamar en él... algo como una semilla silvestre. Posiblemente sabía también que Lucy iba a la torre a estar conmigo. En una ocasión, hacía las once de la noche, cuando ya no quedaba en el palacio ninguna luz encendida, se presentó allí. ¡Maya apuro! - Clarisse se dejó llevar por la emoción de su propia historia-. Sentí sus pasos y tanteo en la escalera, el pestillo fue accionado torpemente y la puerta se abrió...”

-”¿Por qué no gritaste?”

-”¡Ahí está el problema! Desde el primer ruido que oí supe quién era. Debí de aguardar inmóvil detrás de la puerta, porque

durante unos instantes no se oyó ningún ruido. Probablemente él mismo sintió miedo. Después cerró despacio y me llamó en voz baja. Yo estaba aturdida. No quise contestarle, pero de mí salió un extraño sonido como un lamento, como si yo fuera un espacio profundo. ¿Sabes lo que quiero decir?”

-”No. Sigue contando.”

-”Nada de especial. En el momento siguiente tomó mi mano con infinita desesperación y cayó casi sobre mi cama; su cabeza descansó en la almohada frente a la mía.”

-”¿Lágrimas?”

-”[S]equedad convulsiva! [U]n cuerpo viejo, desamparado! Me di cuenta en seguida. [S]i se pudiera describir lo que se llega a pensar en tales momentos...! Yo creo que se desató en él contra toda decencia una furia loca impulsada por el vacío de lo perdido. Noté que de repente se despertaba y pude ver, aunque la habitación estaba

completamente oscura, cómo se le crispaba el tejido muscular de hambre de mí. Yo sabía que ya no eran posibles ni respeto ni miramiento; desde mi gemido no había experimentado ya otra cosa; mi cuerpo estaba seco y ardiente; el suyo, como un papel junto al fuego. Todo se deslizó como seda; sentí su brazo serpentear a lo largo de mi cuerpo y despegarse de mi espalda. Ahora quisiera preguntarte una cosa. A eso he venido...” - Clarisse interrumpió su relato.

-”[A ver! Todavía no has preguntado nada” -le ayudó Ulrich, después de un breve silencio.

-”No. Antes tengo que decir algo más. Al pensar que mi inmovilidad tenía que ser para él una señal de consentimiento, me aborrecí a mi misma, pero permanecí tendida, sin saber qué hacer; una losa de terror me oprimía. ¿Qué piensas tú de esto?”

-”No puedo decir nada.”

-”Con una mano me acarició el rostro, con la otra tanteó inquieto. Sus dedos temblorosos, con simulado candor, ¿sabes?, rozaron mi pecho como un beso y luego vacilaron, esperaron, quizá a una respuesta. Al final quisieron... ¡Buena!, te lo imaginas; al mismo tiempo su rostro buscó el mío, pero entonces, haciendo yo uso de las últimas fuerzas que me quedaban, me desprendí de él y me di media vuelta hacia un lado; y nuevamente exhaló mi pecho ese suspiro que ni yo misma conozco, entre queja y ruego. Has de saber que tengo un lunar, un medallón oscuro...”

-”¿Y cómo reaccionó tu padre?” -le interrumpió Ulrich fríamente.

Pero Clarisse no se dejó interrumpir: -”... aquí! -sonrió con ansiedad y señaló a través del vestido una parte cóncava en la cadera-. Hasta aquí llegó, aquí está el medallón. Este medallón posee una virtud prodigiosa.”

De repente la sangre asomó a su rostro inundándolo entero. El silencio de Ulrich serenó a Clarisse y ahuyentó el pensamiento que la había aprisionado. Sonrió indecisa y concluyó con rapidez: -"¿Mi padre? Se incorporó. No pude ver la expresión de su rostro; supongo que sería de vergüenza o también de agradecimiento, pues fui yo la que le salvé en el último momento. Date cuenta que él es un hombre de edad... yo una muchacha débil, pero con fuerza suficiente para todo eso. Debo de haberle parecido extraordinaria porque, al despedirse, me apretó la mano muy tiernamente y con la otra me acarició la cabeza dos veces. Ahora, ¿harás por él todo lo que te sea posible? Esto es todo lo que tenía que contarte."

Apretada y correcta, en un vestido a medida, que sólo llevaba cuando iba a la ciudad, se levantó para salir y estrechó la mano de Ulrich como despedida.

71 - Comienzan a reunirse los encargados de organizar la celebración del septuagésimo aniversario del reinado de Su Majestad

DE su carta al conde Leinsdorf y de su pretensión de que Ulrich salvara a Moosbrugger, Clarisse no había dicho nada, como si lo hubiera olvidado ya todo. Pero tampoco a Ulrich se le presentó ocasión de recordarlo. Los preparativos de Diotima habían llegado entretanto a un estado en que dentro de la “Encuesta para la formulación de directrices para resumir los deseos de las comisiones de la población respecto a solemnidades del septuagésimo aniversario del reinado de Su

Majestad” había sido convocada la especial “Comisión encargada de concretar las directrices organizadoras de las fiestas del septuagésimo aniversario del reinado de Su Majestad”. Diotima se había reservado para sí la alta dirección. Su Señoría había redactado la circular para la convocatoria, Tuzzi la había corregido y Diotima había sometido las correcciones la decisión de Arnheim, antes de aprobarlas. Sin embargo, éste no había suprimido nada de esencial de lo que Su Señoría había escrito. “Lo que nos mueve a convocar esta asamblea -decía la circular- es el hecho de nuestra unanimidad respecto a no abandonar la poderosa manifestación popular a los eventos del azar. Por el contrario, requiere un apoyo de la jerarquía, de un lugar con previsión y perspectivas.” Seguían después los “excepcionales festejos de la septuagésima subida al trono”, las agrupaciones de los pueblos agradecidos”, el “Emperador pacífico”, la

carencia de “madurez política”, el “año universal de Austria” y al fin la amonestación al “capital y la cultura” para reunir todo esto y presentarlo unificado como una proclamación de la verdadera personalidad austríaca, pero también para que se procediera con suma cautela.

De las listas de Diotima se habían escogido los grupos “arte”, “ciencias” y “literatura” y se habían completado diligentemente con otros trabajos minuciosos; por otra parte, había quedado un número reducido de personas como resultado de la severa selección entre aquellas a las que les había sido permitida la participación, pero de las que no se esperaba actividad; a pesar de todo, eran demasiados los convocados, de modo que ya no se podía pensar en una reunión en torno a la mesa verde, por lo que hubo que elegir la forma de un cóctel con comida fría. Se estaba, pues, de pie, o sentado si se podía; los locales de Diotima

parecían el campamento de un ejército intelectual, abastecido de bocadillos, tartas, vinos, licores y té en tales cantidades que Diotima sólo podía haber contado con ellas contando con una dotación especial de su esposo. Esto quería decir claramente que el señor Tuzzi trataba de servirse de nuevos e intelectuales métodos diplomáticos.

El control de aquel complejo social le costaba a Diotima enormes esfuerzos; hubiera tropezado más de una vez, si su cabeza no hubiera sido como un soberbio frutero lleno, del que rebasaban continuamente las palabras, palabras con las que el ama de casa saludaba a cada invitado y lo cautivaba con las exactas referencias a sus últimas obras. Los preparativos habían sido extraordinarios y sólo los había podido afrontar con la ayuda de Arnheim, quien le había puesto a su disposición a su secretario privado con el fin de ordenar el material y recoger sinópticamente las instrucciones más importantes. La

magnífica escoria de todo este ardiente celo llenaba las estanterías, adquiridas con el dinero que el conde Leinsdorf había puesto en depósito para cubrir las necesidades de la Acción Paralela; junto con los libros de Diotima constituía ésta el único adorno de la habitación últimamente desalojada; su florida tapicería, en cuanto era todavía visible, revelaba el boudoir, un complejo que invitaba a hacer halagüeñas reflexiones sobre la señora de la casa. Aquella biblioteca la había colocado ingeniosamente de modo que los huéspedes, después de recibir la graciosa bienvenida de Diotima, atravesaban las habitaciones atraídos por la pared de libros del fondo; torsos de interesados se elevaban y encorvaban ante los estantes, como las abejas ante un seto de flores; aunque la causa no fuera más que la noble curiosidad creadora de librerías, los observadores se sentían colmados de una dulce satisfacción al descubrir allí sus propias obras. La empresa

patriótica sacaba así partido de esta estrategia política.

En cuanto a la dirección de la asamblea, Diotima dejó al principio que cada uno se desenvolviera a su aire; cuidó, sin embargo, de asegurar en seguida, especialmente a los poetas, que toda vida, incluso la del negocio, descansa sobre una lírica interna, si se la considera con "altas miras". No sorprendió a nadie; más bien se demostró que casi todos los distinguidos con la encomienda de un discurso se creyeron en el deber de dar sus consejos en resumen, es decir, en una alocución de cinco a cuarenta y cinco minutos; siguiendo las indicaciones de estas palabras, Diotima no tenía por qué temer equivocaciones, aunque sucesivos oradores eran igualmente el tiempo con la exposición de sus inútiles y falsas encías. Diotima sentía la garganta anudada por el deseo de llorar y apenas consiguió dominarse; le parecía que cada uno exponía una cosa distinta y no

lograba reducirlas a un común denominador. Todavía no tenía experiencia de lo que son las concentraciones de intelectuales y, puesto que no es fácil reunir por segunda vez semejante grupo de eminencias universales, se esforzó por comprenderlas paso a paso, trabajosamente, con orden y método. Hay, por lo demás, muchas cosas en el mundo que separadamente tienen un significado distinto que en el conjunto; el agua, por ejemplo, varía sus efectos si se presenta en pequeñas dosis o en cantidades masivas; en el primer caso, sirve al placer de saciar la sed, en el segundo puede ocasionar el suplicio del ahogo; con los venenos, los deleites, el ocio, la música de piano y con los ideales ocurre algo parecido, probablemente con todo, de modo que sólo el grado de intensidad puede definir su verdadera naturaleza. Ni siquiera los genios son excepción de esta regla general; sea dicho esto para que las impresiones siguientes no influyan en descrédito de las

grandes personalidades que se han puesto desinteresadamente a las órdenes de Diotima. Aquella primera asamblea pudo causar la impresión de que todo intelectual se siente inseguro, en cuanto se aparta del refugio de su torre de marfil y al tener que hacerse entender en terreno común. El extraordinario discurso que rozaba a Diotima como una nube que pasa por las alturas al hablar a solas con uno de los grandes de la reunión, causaba en ella un impacto desagradable en cuanto un tercero o un cuarto se le acercaba y cruzaba su perorata con las de los otros, en abierta contradicción; Diotima se sentía incapaz de poner orden en aquella confusión; quien no se asusta ante tales ejemplos puede imaginarse un cisne que, después de un soberbio vuelo, continúa moviéndose sobre la tierra. Tras varias experiencias también esto se deja comprender perfectamente. La vida de los intelectuales se funda en un “no se sabe para qué”. Gozan de

gran veneración y ésta se revela al festejar su quincuagésimo o centésimo cumpleaños, o al celebrarse los diez años de la fundación de una Escuela agrónoma que se adorna con doctores honoris causa, pero también en otras ocasiones en que toca hablar de la intelectualidad germana. Nosotros hemos tenido grandes hombres en nuestra historia y los consideramos como una institución igual a las cárceles o al ejército; cuando se da el caso hay que aprovechar la oportunidad para inculcar a alguno. Sin duda, con el automatismo adaptado a esta clase de exigencias sociales, resulta más fácil rendir los honores a aquel que tiene la vez. Pero esta veneración no es del todo efectiva; de su fundamento mana la conocida convicción de que, en verdad, nadie la merece, y es difícil distinguir si el que abre la boca lo hace en señal de admiración o para bostezar. Llamar genial a un hombre tiene algo parecido al culto de los muertos; hay que añadir silenciosamente

que eso ya no se da; tiene también algo de aquel amor histérico que hace muchos aspavientos por el simple motivo de faltarle sentimiento.

Es comprensible que tal estado no sea agradable a temperamentos sensibles y que cada uno trate a su manera de desembarazarse de él. Los unos se enriquecen por desesperación aprendiendo a aprovechar la necesidad, no solamente de espíritus selectos, sino también de hombres fieros, de novelistas ingeniosos, de hijos de la naturaleza y de guías de la nueva generación; los otros llevan sobre la cabeza una invisible corona real que no se la quitan nunca, y aseguran con amarga modestia que ellos serán juzgados por el valor de sus obras, después que hayan pasado de tres a diez siglos; pero todos consideran una tragedia espantosa del pueblo alemán el que los verdaderamente grandes nunca lleguen a ser miembros del tesoro cultural vivo, pues van muy por delante de él.

Hay que insistir en que aquí se ha hablado hasta ahora de los llamados intelectuales de letras, porque entre la intelectualidad y el mundo hay una diferencia muy considerable. Mientras que el intelectual de letras quiere ser admirado como Goethe, Miguel Ángel, Napoleón y Lutero, hoy casi nadie conoce ya el nombre del que ha concedido a la humanidad el inestimable don de la anestesia, nadie busca en la vida de Gauss, en la de Euler o de Maxwell la presencia de una mujer y mucho menos se preocupan de saber dónde nacieron Lavoisier y Cardano. En lugar de esto se aprende a controlar el desarrollo de los propios pensamientos y de las invenciones según los pensamientos e invenciones de otras personas tan privadas de interés como ellos, y se siguen explotando la obras supervivientes de esos cuyo fuego de vida hace tiempo que se extinguió. Es sorprendente a primera vista la constatación de la profunda diferencia que separa estas dos especies del

ingenio humano, pero en seguida se presentan los ejemplos contrarios; esa diferencia aparece la más natural de todas las líneas de separación. La experiencia nos asegura que es ésa la frontera entre la persona y el trabajo, entre la grandeza del hombre y de una cosa, entre instrucción y ciencia, humanidad y naturaleza. El bajo y el ingenio industrioso no acrecientan a los ojos del cielo la graniza moral, la dignidad del hombre, la inanalizable ciencia de la vida que transmite sólo mediante ejemplos de estadistas, héroes, santos, cantantes e incluso artistas cinematográficos; tampoco aquella gran fuerza racional de la que también el poeta se siente partícipe mientras cree en su palabra y con ello prueba que por su boca habla, según las circunstancias de la vida, por su interior, la sangre, el corazón, la nación, Europa o la humanidad. Es el misterioso todo del que él se siente instrumento, al tiempo que los otros revuelven lo inteligible; hay que creer

en este mensaje hasta poderlo comprender. Lo que nos asegura es, sin duda, la voz de la verdad, pero ¿no tiene algo de extraño esta verdad? Allí donde mira menos a la persona que a la cosa aparece siempre una nueva persona a la que la cosa empuja hacia adelante; en cambio, donde se tiende la persona, se tiene la sensación, después de haber alcanzado una determinada altura, de que la persona ya no satisface; la verdadera grandeza ha pasado, pues, a la historia.

Todos los congregados en casa de Dítima eran hombres integrales; en gran cantidad y a la vez. Poetizar y pensar, cosas tan naturales al hombre como a un pato el nadar, era para aquéllos su profesión y tenían en Mía, desde luego, más éxito que los demás. Pero ¿para qué? Su actividad era hermosa, grande, única, pero tanta “unicidad” era como la atmósfera de un cementerio o como la exhalación recogida de la caducidad, sin sentido determinado ni fin, sin origen ni

continuidad. Innumerables recuerdos de vivencias, miríadas de vibraciones del espíritu, intersecándose las unas con las otras, concurrían en aquellos cerebros, como las agujas de un tapicero hincadas en un tejido extendido alrededor, delante y detrás de ellas sin hilo y sin orla; en algún lugar tenían un modelo que repetían de modo parecido aunque distinto en otra parte. ¿Se hace justicia uno a sí mismo echándose una mancha semejante para la eternidad?

Sería exagerado decir que Diotima debía de haber comprendido esto, pero ella sentía el soplo del viento sepulcral sobre el espíritu; a medida que iba declinando el día, se dejaba abatir cada vez más por el desaliento. Por suerte se acordó entonces de una cierta desesperanza de la que le había hablado Arnheim en una ocasión, al tratar de problemas afines y que ella no había entendido bien; su amigo estaba de viaje, pero Diotima no había olvidado la recomendación que él le

había hecho de no poner demasiadas esperanzas en aquella reunión. Y así, Diotima quedó contagiada por la misma melancolía de Arnheim, la cual llegó al final a resultarle un placer halagüeño, bello, triste y casi sensual. -"En definitiva -se dijo ella al reflexionar sobre la profecía-, ¿no es pesimismo lo que asalta siempre a las personas de acción cuando se ponen en contacto con las personas de la teoría?"

72 - La maliciosa sonrisa de la ciencia o primer encuentro detenido con el mal

SEAN dichas unas palabras acerca de cierta sonrisa, de una sonrisa de hombre escondida entre sus barbas: un rasgo de la habilidad masculina para mofarse solapadamente de los demás. Así era la sonrisa de aquellos letrados que habían acudido a la cita de Diótima y escuchaban ahora a los célebres idealistas. Aunque sonreían, no se vaya a creer que lo hacían con ironía. Al contrario, su mueca expresaba respeto y la incompetencia de la que ya se ha hablado. Sin embargo, nadie debe dejarse engañar. En su conciencia era así, pero en el subconsciente - por emplear palabra tan en uso-, o mejor

dicho, en su estado general de ánimo, eran hombres en los que la tendencia al mal ardía como fuego bajo una caldera.

Resulta naturalmente paradójico: un profesor universitario respondería a esta observación diciendo que él se limita a velar por la ciencia, y que lo demás no le preocupa; así es la ideología profesional. Pero todas las ideologías profesionales son nobles; de ahí que a los cazadores, por ejemplo, no se les ocurra llamarse carniceros del bosque; antes bien, se declaran amigos de los animales y de la naturaleza, diestros en el arte venatorio, de modo similar a como los negociantes siguen el principio de la utilidad honesta y los ladrones rinden culto al mismo dios de los comerciantes, esto es, al suntuoso e internacional Mercurio. No hay, pues, por qué reverenciar demasiado la imagen de una actividad representada en la conciencia de aquellos que la desarrollan.

Si se pregunta ingenuamente cómo ha llegado la ciencia a adquirir su configuración actual se obtiene una respuesta distinta. Tal curiosidad es de suyo importante, ya que estamos dominados por la ciencia, y ni siquiera un analfabeto se salva de su influjo, porque también él aprende a convivir con innumerables cosas de ciencia innata. Según una tradición fidedigna, ya en el siglo XVI -una edad de agitadoísimo movimiento espiritual-comenzó a disminuir el entusiasmo por la investigación de los etos de la naturaleza, en el cual se había perseverado hasta entonces o largo de dos milenios de especulación religioso-filosófica; los hombres de entonces empezaron a darse por satisfechos con estudiar la superficie sirviéndose de un método al que no se puede dar otro apelativo que el de superficial. El gran Galileo Galilei, por ejemplo, el primer nombre que se cita siempre a este propósito, prescindió de la pregunta de por qué causas intrínsecas tiene

que sentir la naturaleza cierta timidez ante espacios vacíos, de modo que obligue a un cuerpo suelto a atravesar, en carrera vertical, espacio tras espacio hasta chocar contra el duro suelo; y se contentó con hacer una comprobación mucho más vulgar: estableció simplemente la velocidad del cuerpo que cae, el recorrido que describe, tiempo que emplea y la aceleración de la caída. La Iglesia católica cometió un grave error al amenazar a tal hombre con la muerte, y al obligarle a retractarse, en vez de liquidarlo sin tanta consideración; porque de su sistema de ver las cosas y del de sus congéneres científicos han surgido -en brevísimo tiempo, si se atiende al ritmo de la historia- las guías ferroviarias, las máquinas, la psicología fisiológica y la corrupción moral de los tiempos actuales, contra la cual la Iglesia no puede ya poner remedio. Probablemente se debió tal error a la excesiva prudencia eclesiástica, pues Galileo no sólo fue el descubridor del

movimiento de la Tierra y de la ley de la caída de los cuerpos, sino que fue también un inventor por el que se interesó el gran capital, según se diría en el lenguaje de hoy. No fue él, por lo demás, el único influido por aquel espíritu nuevo; al contrario, los relatos históricos revelan cómo el frío positivismo que le animaba se difundía rápido y brutal como una epidemia; y, por muy mal que suene actualmente llamarle a uno poseso del positivismo, y pensando que ya estamos hartos de él, el despertar de la metafísica de aquel tiempo y su paso a la contemplación severa de las cosas tuvo que haber sido, según toda clase de testimonios, un fuego, una borrachera de positividad. Pero cuando se pregunta sobre los motivos que movieron a la humanidad a cambiar tan sorprendentemente de postura salta espontánea la respuesta: la humanidad no hizo más que lo que todo niño sensato al echar prematuramente a andar; la humanidad se sentó sobre

la tierra tocando a ésta con una parte del cuerpo no muy digna, pero segura; con ésa sobre la que todos nos sentamos. Lo curioso del caso es que la tierra se ha mostrado tan extraordinariamente sensible a este contacto, y se deja desde entonces arrancar tal profusión de invenciones, utilidades y conocimientos que rayan en lo milagroso.

Tras estos preliminares, bien se podría pensar que es el milagro del Anticristo en el que estamos inmersos; porque la comparación hecha del contacto de la humanidad con la tierra no se ha de interpretar únicamente en el sentido de medio de seguridad, sino también en lo que tiene de indecoroso e ilícito. Y en verdad, antes de que los intelectuales llegaran a sentir placer en los hechos materiales, tal gusto era privativo de los guerreros, de los cazadores y de los comerciantes, o sea, de naturalezas sagaces y frenéticas. En la lucha por la vida no hay sentimentalismos especulativos, sino sólo el

deseo de descartar al contrario del modo más rápido y efectivo; en este caso, todo el mundo es positivista. Por lo mismo, no sería una virtud dejarse engañar en los negocios en lugar de andar con pies de plomo; a cuyo efecto, las ganancias constituyen en último análisis una victoria psicológica, librada por las circunstancias sobre el adversario. Si miramos, por otra parte, las aptitudes que conducen a la consecución de nuevos descubrimientos hallamos: liberación de escrúpulos y de respetos heredados, coraje, tanto espíritu de iniciativa como de destrucción, exclusión de consideraciones morales, paciente regateo ante la posibilidad de la más mínima ventaja, tenaz perseverancia, si es necesaria, hasta encontrar el camino del éxito, y un culto a los números y a las medidas que viene a ser la expresión más elocuente de la desconfianza remanente frente a toda cuestión incierta; en otras palabras, encontramos únicamente los antiguos vicios de

los cazadores, de los soldados y de los negociantes, trasladados al plano intelectual e interpretados como virtudes. Semejantes virtudes son arrebatadas así a la aspiración por conseguir las relativamente viles ventajas personales; pero el elemento del mal original, como se le podría llamar, no desaparece de ellas mediante esta transformación, por ser aquél, al parecer, un elemento indestructible y eterno, al menos tan eterno como toda grandeza humana, basada precisa y exclusivamente en el placer de hacerle la zancadilla a esta grandeza y de verla caer de bruces. ¿Quién no ha sentido alguna vez, al contemplar una espléndida vasija de vidrio iridiscente, la tentación de hacerla añicos de un bastonazo? Elevado ese placer al heroísmo de la amarga persuasión de no haber en la vida nada digno de confianza -de no estar bien probado-, dicho goce es un sentimiento encasillado fundamentalmente en el positivismo de la ciencia; y, si por respeto no

se quiere nombrar aquí al demonio, hay que decir, por lo menos, que empieza a oler a cuerno quemado.

Se puede pasar, sin más, a tratar de la especial predilección que el pensamiento científico siente por las definiciones mecánicas, estadísticas, materiales, por las fórmulas desconectadas del corazón. Considerar a la bondad como una forma peculiar del egoísmo; relacionar las emociones con las secreciones internas; establecer que en el hombre, de diez partes, ocho o nueve son de agua; declarar que la célebre libertad moral del carácter no es otra cosa que un fenómeno automático y accesorio del librecambio; pretender que la belleza dependa de la buena digestión y de la ordenada distribución del tejido adiposo; calcular estadísticamente cifras de las concepciones y de los suicidios para demostrar que actos, parecer los más libres del hombre, se escapan a su albedrío; reparar en la afinidad entre la embriaguez y

la enajenación mental; equiparar el ano a la boca, en cuanto que ambos órganos son extremidades -la rectal y la oral- de una misma cosa... semejantes ocurrencias, que en cierto sentido desenredan el truco de la prestidigitación de las ilusiones humanas, crean siempre una especie de conjetura, favorable en orden a adquirir una acepción específicamente científica. No hay duda de que es la verdad lo que aquí se ama; pero a este límpido amor le acompaña un gusto por la desilusión, por la coacción, por la inexorabilidad, por la frialdad de la amenaza y por la sequedad de la reprensión, un gusto diabólico o, al menos, una involuntaria irradiación del sentimiento de este género.

Con otras palabras: a la voz de la verdad le corea un sospechoso rumor adyacente, pero aquellos a los que más les debería interesar no quieren saber nada de él. La psicología actual conoce ya muchos de estos disturbios inhibidos, y aconseja darles rienda

suelta y que se les deje manifestarse lo más claramente posible para impedir sus efectos nocivos. ¿Qué sucedería si sintiese alguien el deseo de hacer la prueba, si a uno le acosara la tentación de esclarecer la equívoca sensación de la verdad y de sus malignas voces secundarias -la misantrópica y la satánica- e intentara confiadamente darles vida? Se revelaría poco más o menos aquella carencia de idealismo que queda ya descrita bajo el título "Utopía de la vida exacta": el estado de ánimo preparado para el intento y para la retractación, pero supeditado a la férrea ley marcial de la conquista del espíritu. Esta conducta frente a la personificación de la vida no es, ni mucho menos, sana ni satisfactoria; no otorgaría reverencia a lo digno de vivirse, antes bien lo consideraría como una línea de demarcación que difiere incesantemente la lucha en pro de la verdad interior. Pondría en duda la santidad del estado actual del mundo, pero no por

escepticismo, sino en un sentido ascendente, según el cual, el pie que más firme pisa es también el que más bajo queda. Y en el fuego de una tal Ecclesia militans, que odia la doctrina por amor a lo todavía no revelado y deja a un lado leyes y valores en consideración a su forma futura, el diablo encontraría el camino para volver a Dios; o, dicho más sencillamente, la verdad se haría otra vez hermana de la virtud, y no tendría ya por qué cometer ocultas iniquidades, semejantes a las que maquina una joven sobrina contra su tía solterona.

Todo esto asimila un joven, más o menos conscientemente, en las aulas del saber, y aprende además a conocer los elementos de un vasto y constructivo sentir que reúne sin trabajo las cosas lejanas, como una piedra que cae, o como una estrella en movimiento giratorio, y descompone en corrientes -cuyos mananciales distan milenios entre sí- algo que parece ser una

unidad indivisible, como la formación de una acción simple en los centros de la conciencia. Si le diera a alguno por hacer uso del sentir así experimentado, atravesando los límites de su particular círculo de acción, pronto vería claro que las necesidades de la vida son distintas de las del pensamiento. En la vida ocurre, casi siempre, lo contrario de aquello que un espíritu cultivado esperaría. Las diferencias y las afinidades naturales son aquí objeto de gran aprecio; lo existente, como quiera que sea, es considerado hasta cierto punto como natural, y no se juega con ello de muy buen grado; los cambios necesarios se efectúan con dificultad y mediante un procedimiento de zigzag. Si a alguien de pura mentalidad vegetariana se le ocurriera tratar de usted a una vaca (considerando con justicia el hecho de que resulta mucho más fácil portarse irrespetuosamente con un ser al que se le trata de tú), a ese tal de tan peregrinas ideas se le llamaría memo,

si no loco; pero no debido a su mentalidad zoófila o vegetariana -bien digna de alabanza-, sino por haberla trasladado tan sorprendentemente a la realidad. En suma, espíritu y vida se compensan de un modo complicado, obteniendo el espíritu como máximo la mitad de lo solicitado, por lo cual se le concede también el título de creyente honorario.

Pero si el espíritu -aposentado en la poderosa figura que acaba de personificar, según se ha descrito ya- aparece como un santo muy varonil, con las negativas virtudes de la caza y de la actividad bélica, se puede concluir, a juzgar por las circunstancias mencionadas, que la tendencia a lo vicioso en él latente no puede salir de su grandiosa entereza ni encuentra ocasión de acrisolarse en la realidad, y por eso busca toda suerte de caminos raros e incontrolados por ver si logra huir de su esteril reclusión. Podría preguntarse ahora si todo lo hasta aquí tratado ha sido o no un juego de la imaginación: lo

que no se puede negar es que esta última hipótesis tiene su particular fundamento. Existe una anónima disposición de vida disuelta en la sangre de no pocos hombres modernos, un estar al acecho del peor adversario, una actitud de disponibilidad para cualquier alboroto, desconfianza frente a todo lo venerado. Hay personas que se lamentan de la ausencia de ideales en la juventud; en el momento de tener que ponerse ellas a solucionar el problema no reaccionan de distinta manera que aquel que, debido a un saludable escepticismo, se decide a introducir la frágil cuña de la idea a base de garrote. ¿Se da, dicho de otro modo, un fin pió que no deba permitir algo de corrupción y de empleo combinado de las bajas cualidades humanas para hacerse respetar, ante el mundo y para ser tenido por serio? Palabras como atar, coaccionar, tender la red, no arredrarse ante el hecho de haber roto los vidrios, métodos duros, producen una sensación de agradable

seguridad. Ideas como aquella de que el ingenio más preclaro, finado en el patio de un cuartel, aprende en ocho días a saltar al grito de un sargento; o la de que un teniente y ocho hombres bastan para arrestar a todos los oradores parlamentarios del mundo, han encontrado más tarde su expresión clásica en el descubrimiento de que, con las cucharadas de aceite de ricino, ingeridas por un idealista, se pueden ridiculizar las persuasiones más inflexibles; pero éstas tienen ya desde hace mucho tiempo, a pesar de haber sido proscritas con enojo, la fuerza salvaje de sueños siniestros. Y es verdad que al menos el segundo pensamiento de cada uno de los hombres situados ante un fenómeno dominante -aunque el dominio lo ejerza éste con su hermosura- es hoy día el siguiente: no creas que me vas a engañar, bien pronto te vas a ver en sus garras. Esta furia reductora de un tiempo provocado y provocador no es ya la bisección de la vida en dos partes, en

vulgaridad y en noble- sino más bien un automartirio del espíritu, un inconfesable placer en contemplación del bien humillado y en su destrucción. No se diferencia mucho de la apasionada voluntad de castigar las propias mentiras; y quizá no es lo más desconsolador creer en un siglo que ha nacido en posición invertida y que para dar la vuelta necesita de las manos del Creador.

Una sonrisa de hombre expresará, pues, muchas de estas cosas, aunque escape al control de la conciencia o nunca haya pasado por sus mientes; de tal naturaleza era la sonrisa con que casi todas las personalidades allí congregadas se sometían a los laudables esfuerzos de Diotima. Ascendía a manera de cosquilleo desde las piernas -que no acertaban a su postura-, y arribaba al rostro con expresión de asombro. Era un encontrar a un compañero o conocido y poderle hablar. Al dirigirse a casa, y una vez abandonado el portal de la casa, ellos sacudirían

enérgicamente los zapatos contra el suelo, a título de prueba. Pero, al fin cabo, la reunión no estaba del todo mal. Empresas así, de este carácter indistinto, son naturalmente algo a lo que no es posible atribuir contenido, igual que a todas las demás ideas, por muy sublimes y universales que sean; la idea de perro, por ejemplo, no hay quien la conciba, ya que es una alusión a determinados perros y aptitudes caninas; con el patriotismo o con la más bella y más patriótica de las ideas ocurre otro tanto. Sin embargo, no por carecer de contenido dejan de tener éstas sentido; estará bien, pues, despertarlas de vez en cuando. Así hablaban aquellos señores, aunque más en su sigiloso inconsciente; Diótima, empero, atendiendo todavía a los rezagados en el recibidor principal, oía, admirada, el rumor vago de las conversaciones que se cruzaban a su alrededor, y que, si el oído no le engañaba, trataban, en no pocos casos, sobre las diferencias entre la cerveza

bohemia y la bávara, o bien sobre honorarios editoriales.

¡Qué lástima que Diotima no pudiera contemplar desde la calle aquel cuadro! ¡Maravilloso! La luz se filtraba clara a través de las cortinas de las altas ventanas; se acrecentaba con la aureola de autoridad y nobleza proyectada por el brillo de las carrozas en espera, y por la mirada de los curiosos que, sin saber por qué, detenían su marcha y observaban durante unos minutos el desenlace de aquel acontecimiento. Diotima habría gozado de haberlo visto. La gente se revelaba cruzándose a la media luz que la fiesta esparcía sobre la calle; a sus espaldas se tendía la gran oscuridad, que, a alguna distancia, se hacía enseguida impenetrable.

73 - Gerda, la hija de Leo Fischel

ACOPLADO Ulrich en este engranaje, no hallaba tiempo para cumplir la promesa, hecha al señor Fischel, de saludar personalmente a su familia. A decir verdad, no encontró ocasión hasta que se le presentó un incidente inesperado: la visita de la señora de Fischel, Klementine.

Ella se había anunciado por teléfono, y Ulrich la atendió no sin cierta preocupación. La había visto por última vez hacía ya tres años, durante su estancia de varios meses en esta ciudad; pero en la presente ocasión le había hecho una sola visita para no avivar el pasado amorío y para ahorrar a la señora Klementine una desilusión maternal. Klementine Fischel era en sí una mujer “de

magnánimo corazón”; en las pequeñas luchas cotidianas con su marido tenía, sin embargo, tan pocas oportunidades de demostrarlo que, para los casos especiales, desgraciadamente raros, disponía de una naturaleza sentimental de grado verdaderamente heroico. De todos modos, aquella mujer, delgada, de rostro severo y algo afligido, se sintió un tanto perpleja al aparecer frente a Ulrich y rogarle se dignara oírle en secreto, aunque no tenía por qué pedirlo, pues estaban solos. Ulrich era la única persona a la que Gerda escucharía, dijo ella; en consecuencia, no tenía él por qué llevar a mal suplica, añadió Klementine.

Ulrich conocía el estado de cosas de la familia Fischel. No solamente padre y madre se hacían continuamente la guerra; también Gerda, con veintitrés años cumplidos, se había rodeado de un enjambre de jóvenes que, a su vez, habían hecho de su rezongante papá el mecenas y protector de su “nuevo

espíritu”, pues en ninguna parte podían reunirse más modamente que en aquella casa. Gerda sufría de anemia y de hipersensibilidad, y se excitaba enormemente cuando sus padres intentaban poner límites a sus relaciones sociales -refirió la señora Klementine-; en resumidas cuentas, eran jóvenes sin educación, y el antisemitismo místico, de que deliberadamente hacían ostentación, no solamente era intespectivo, sino además signo de vulgaridad. No prosiguió ella-; su intención no era quejarse del antisemitismo; había que reconocer que éste se había impuesto como un fenómeno del tiempo, y era necesario aceptarlo como tal; se podía incluso conceder que, en algunos aspectos, no estaba de más. Klementine hizo una pausa, y se hubiera secado una lágrima con el pañuelo de no haber tenido el velo; así prescindió de llorar la lágrima y se contentó con sacar del bolso su pañuelito blanco.

-”Usted sabe cómo es Gerda -dijo ella-: Una niña bella e inteligente, pero...”

-”Un poco brusca” -añadió Ulrich.

-”Sí, por desgracia; siempre es extremista.”

-”O sea, una auténtica germana!”

Klementine pasó a hablar de los sentimientos de los padres. “Un acto de amor materno”; así definió ella, un tanto patética, su propia visita, la cual perseguía el segundo fin de granjearse las simpatías de Ulrich, después de haberse hecho públicos los grandes éxitos de éste en la Acción Paralela. -”Debería castigarme a mí misma -prosiguió Klementine- por haber favorecido, contra la voluntad de Leo, esas relaciones de los últimos años. Yo no veía nada de especial en ellos; esos jóvenes son idealistas a su modo; y quien no tiene prejuicios debe saber también afrontar alguna vez una palabra hiriente. Pero Leo, usted ya sabe cómo es, se descompone al oír hablar del antisemitismo, sea éste

simplemente místico y simbólico o no lo sea.”

-”Y Gerda, tan desenvuelta y rubia a su estilo germano, ¿no quiere reconocer el problema?” -añadió Ulrich.

-”En esto, ella es igual que yo de joven. Dígame, ¿cree usted que Hans Sepp tiene porvenir?”

-”¿Se le ha prometido acaso Gerda?” -preguntó Ulrich prudentemente.

-”Ese joven no presenta garantías de conseguir una digna posición en la vida -suspiró Klementine-. ¿Cómo vamos a poder hablar de promesas? Pero cuando Leo le prohibió la entrada en casa, a Gerda le dio por no comer apenas durante tres semanas, así es que se quedó reducida casi a pellejo y hueso.” Y de repente prosiguió Klementine, enojada: -”¿Sabe usted? Manías como ésta me parecen a mí una especie de hipnosis, una infección moral. Sí, Gerda aparece a veces sugestionada. El joven alborota toda

nuestra casa con sus ideas, y Gerda no se da cuenta de la ofensa que tal conducta supone para nosotros, sus padres, aunque, por lo demás, ella se muestra siempre buena hija y cariñosa. Cuando yo le digo algo, me responde: "Estás anticuada, mamá." He reflexionado y creo que usted es el único a quien ella respeta; Leo le tiene también a usted en gran concepto. ¿No podría venir un día a ver nos y a probar si consigue abrir los ojos de Gerda, a fin de que repare en la falta de madurez de Hans y de sus compañeros?"

Klementine, que siempre se mostraba correcta y comprendía que su petición era un verdadero atentado, tuvo que recurrir a la seriedad de graves preocupaciones. A pesar de todas las desavenencias que la distanciaban de su marido, en este caso sintió como una responsabilidad solidaria que la reconcilió con él. Ulrich frunció el ceño, preocupado.

-”Temo que Gerda me llame también a mí anticuado. La juventud de hoy día no está dispuesta a escucharnos a los de más edad; son cuestiones de principios.”

-”Yo pienso que la mejor manera de alejar esos pensamientos de la cabeza de Gerda sería, quizá, proporcionándole un puesto en esa gran Acción de la que tanto se habla” -insinuó Klementine, y Ulrich se adelantó a prometerle una visita, advirtiéndole a continuación que la Acción Paralela no había adquirido todavía la madurez necesaria para serles útil en este caso.

Días más tarde, al verle Gerda entrar en su casa, en sus mejillas femeninas se encendieron dos discos rojos; salió presurosa a su encuentro y le apretó calurosamente la mano. Gerda era una niña encantadora, segura de sí misma, una de esas muchachas modernas capaces de ocupar en un autobús el puesto de cobradora, sí las circunstancias lo exigen. Ulrich no se había engañado al

suponer que la encontraría sola; mamá había salido de compras y papá trabajaba en la oficina. Ulrich se recordó, en cuanto entró en la habitación, de aquel otro día en que habían estado juntos. La vez anterior habían coincidido en una fecha del año adelantada a la presente en unas semanas; había sido en primavera, pero en uno de esos días abrasadores que preceden a veces al verano como una nevada de ascuas ardientes, y que se hacen difíciles de soportar al cuerpo todavía sin curtir. El rostro de Gerda apareció conmovido y delicado. Vestía un traje blanco, y blanco era también el olor de sus manos, como el del lino seco de los prados. Las marquesinas de todas las habitaciones habían sido desplegadas, y entraban en toda la vivienda, vencidos, los rayos de la luz y los dardos del calor, despuntados éstos en el filtro gris de la lona. Gerda produjo en Ulrich la sensación de estar compuesta de diversos estratos de lino recién lavado, como su

vestido. Fue una sensación muy concreta; él los hubiera excavado, tranquilamente, sin necesidad del más mínimo estímulo amoroso. Precisamente era aquella sensación la que experimentaba en aquel momento. Parecía algo natural y familiar, pero inútil, y ambos temían que se realizara.

-”¿Cómo ha tardado usted tanto en venir a vernos?” -preguntó Gerda.

Ulrich declaró sinceramente que le había retrasado la creencia de que sus padres no deseaban unas relaciones tan íntimas sin poner sus miras en el matrimonio.

-”Mamá es ridícula -dijo Gerda-. ¿No podemos, pues, ser amigos sin pensar en eso? Papá desea, sin embargo, que nos visite usted más a menudo; usted ha debido de adquirir personalidad en esa gran historia patriótica.”

Gerda descubrió palmariamente los estúpidos pensamientos de los viejos,

convencida del vínculo que, frente a ellos, los unía a los dos.

-“Vendré -repuso Ulrich-, pero dígame, ¿a qué van a conducir nuestros encuentros?”

El quid estaba en que no se amaban. Tiempos atrás habían jugado frecuentemente juntos al tenis o se habían encontrado en actos de sociedad, habían salido de paseo y sentido profundo interés el uno por el otro; de este modo habían traspasado, sin darse cuenta, los límites que separan a una persona íntima, a la que se muestra el propio desorden sentimental, de todas las demás ante las que se aparenta bondad. Se habían permitido mutuamente tantas confianzas como los que vienen amándose desde hace tiempo, es decir, que ya casi no se aman, pero que se han dispensado el amor. Con frecuencia reñían, de manera que hacían creer que ya no se querían, pero esto era al mismo tiempo obstáculo y vínculo. Sabían que bastaba una chispa para encender el fuego.

Si la diferencia de edad hubiera sido menor o Gerda hubiera estado casada, la ocasión hubiera hecho probablemente al ladrón, y el hurto se hubiera transformado, al menos más tarde, en pasión, pues el amor se puede provocar, igual que la ira, con sólo sus gestos. Pero precisamente porque lo sabían, dejaban de hacerlo. Gerda seguía siendo una muchacha, y pensar en ello la llenaba de rabia.

En vez de contestar a la pregunta de Ulrich, Gerda se puso a hacer algo en la habitación, y de repente, éste se vio en pie frente a ella. Aquello fue una imprudencia, pues en momento semejante no está bien situarse junto a una muchacha y hacer consideraciones sobre las cosas. Ambos siguieron su marcha sin encontrar la más mínima resistencia, como un arroyo que, salvando obstáculos, corre alegre hasta tenderse en el prado. Ulrich rodeó con sus brazos las caderas de Gerda, siguiendo con las puntas de los

dedos la línea vertical hasta alcanzar la liga. Miró cara a cara el rostro descompuesto y sudoroso de Gerda, y la besó en los labios. Luego permanecieron así, sin poder separarse ni enlazarse. Agarró la liga entre sus dedos, y dos o tres veces la estiró para descargarla suavemente sobre el muslo de Gerda. Finalmente se despegó de ella y repitió, con un encogimiento de hombros: -"¿Adonde nos va a llevar esto, Gerda?"

Gerda dominó su turbación y dijo: -"¿Es que no se puede evitar?"

Tocó la campanilla e hizo traer un refresco; la casa se puso en movimiento.

- "Cuénteme algo de Hans" -le pidió Ulrich dulcemente al sentarse y tener que cambiar de conversación. Gerda, que todavía no se había recuperado del todo, vaciló sin responder; tras una breve pausa, exclamó: - "Usted es un hombre vanidoso; seguro que no nos va a comprender a los que somos más jóvenes."

-”No vale meter miedo! -repuso Ulrich despejando la embestida-. Yo creo, Gerda, que ahora desisto de la ciencia. Por lo tanto, paso a la nueva generación. ¿Se da por satisfecha, si le juro que la ciencia es pariente de la codicia, que representa un mezquino instinto de ahorro, que es un presuntuoso capitalismo moral? Dentro de mí encierro más sentimiento de lo que usted cree. Pero quisiera ponerla en guardia contra todas las habladurías que no son más que palabras.”

-”Usted debería conocer mejor a Hans” -contestó Gerda secamente, pero en seguida añadió-: “Por de pronto, usted no puede llegar a entender que pueda existir comunidad entre dos personas sin necesidad de mezclarse en ellas el egoísmo.”

”¿Viene a menudo Hans a verla a usted?” -insistió Ulrich con precaución. Gerda se encogió de hombros.

Los prudentes padres de Gerda no habían prohibido a Hans la entrada en su

casa, sino que se la habían limitado a algunos días del mes. A la vez, habían exigido de Hans Sepp, el estudiante -que no era todavía nada y que ni daba esperanzas-, la promesa bajo palabra de honor en adelante, no inducir a Gerda a ningún mal, y de suspender la propaganda sobre la mística acción alemana. Con estas medidas perseguían ellos evitarle la fascinación de lo prohibido. Y Hans Sepp, en su pureza (ya que sólo la sensualidad aspira a la posesión, es, por lo tanto, judeo-capitalista), había dado tranquilamente su palabra de honor, la cual no dignificaba para él la renuncia a venir a casa secretamente o con frecuencia, ni a conversaciones ardientes, ni a entusiastas apretones de manos, ni a besos; todo ello le parecía pertenecer a la vida natural de almas amigas; lo único que, a su juicio, comprendía aquella promesa era la suspensión de la propaganda -hecha teóricamente hasta entonces- acerca de una unión libre de ceremonias sacerdotales y civiles.

Tanto más a gusto había empeñado su palabra de honor, cuanto que no estimaba lograda en sí mismo y en Gerda la madurez espiritual para la traducción de sus principios en obras; lo que él deseaba era un candado para contener las sugerencias de la ínfima naturaleza.

Pero los dos jóvenes padecían naturalmente bajo aquella coerción que les imponía desde fuera un límite, antes de haber encontrado ellos uno propio, interior. Gerda, sobre todo, no habría tolerado la intromisión de sus padres de no haberse sentido insegura; pero por eso mismo le resultaba más amarga. En realidad, su amor hacia el amigo no era muy grande; mayor era la contraposición respecto a sus padres, la cual ella se encargaba de transformarla en adhesión a él. Si Gerda hubiese nacido unos años más tarde, su padre hubiera llegado a ser uno de los hombres más ricos de la ciudad -aunque no especialmente ilustre-, y su madre hubiera

admirado de nuevo a su marido, antes de que Gerda hubiera podido encontrarse en la situación de sentir las desavenencias de sus progenitores como un conflicto experimentado en sí misma. Entonces se hubiera enorgullecido quizá de su sangre mixta; pero tal como se presentaban las cosas en la realidad, ella se mostraba hostil a sus padres y a sus problemas, se rebelaba contra lo que le habían transmitido en herencia; y era rubia, libre, alemana y fuerte, como si nada tuviera que ver con ellos. Esto parecía bello y bueno, pero incluía la desventaja de no permitirle sacar a la luz de la conciencia el gusano que la roía. En su ambiente doméstico, no era considerado como real el hecho de la existencia del nacionalismo y de la ideología racial, a pesar de que ésta estaba en volviendo a media Europa con sus histéricos pensamientos, y de que toda la casa Fischel giraba alrededor de la misma. Lo que Gerda sabía de aquello le había venido de fuera en la

forma oscura de rumor, como alusión y exageración. Pero pronto se había dado cuenta de la inconsecuencia de sus padres, al dejarse impresionar ellos profundamente por todo lo que oían, y al hacer de este caso una curiosa excepción; Gerda, debido a que escapaba a la capacidad de sus sentidos el distinguir aquella visión espectral, optó por relacionarla, especialmente en los años de juventud, con todo lo que en la casa paterna encontraba de desagradable y desconcertante.

Cierto día conoció ella el círculo juvenil cristiano-germánico al que Hans Sepp pertenecía, y en él se sintió de repente como en su verdadera patria. Sería difícil concretar en qué creían todos aquellos jóvenes; formaban una de las innumerables y pequeñas sectas, ilimitadamente libres, que reunieron en todas partes a la juventud alemana, después de la caída del ideal humanístico. No eran antisemitas por motivos raciales, sino

enemigos del “sentir judío”, a cuya denominación incorporaban el capitalismo y el socialismo, la ciencia, la razón, la autoridad y la arrogancia paternas, el cálculo, la psicología y el escepticismo. Punto fuerte de su doctrina era el “símbolo”; por cuanto había podido deducir Ulrich -y algo sabía él de esto-, llamaban ellos símbolo a las grandes manifestaciones de la gracia, la cual reduce y ennoblece el caos y la degeneración de la vida, como decía Hans Sepp, elimina además el ruido de los sentidos y humedece la frente con las aguas de la otra orilla de ultratumba. Símbolos llamaban al altar de Isenheim, a las pirámides de Egipto y a Novalis; a Beethoven y a Stefan George los consideraban como ligeros indicios; pero, qué cosa sea un símbolo, es decir, la definición precisa de su esencia, no la daban nunca; en primer lugar, porque los símbolos no se pueden expresar con palabras concretas; luego, porque los arios no deben concretar, razón por la cual

en el último siglo no se han conseguido formular más que alusiones de símbolos; y tercero, porque hay siglos que sólo raramente conceden al hombre, alejado de sí mismo, el momento huidizo de la gracia.

Gerda, muchacha inteligente, sentía dentro de sí no poca desconfianza ante aquellas exageradas apreciaciones, pero desconfiaba también de su propia desconfianza, en la que creía reconocer la herencia de la razón paterna. Tan independiente como se consideraba, tenía que hacer un esfuerzo angustioso para no obedecer a sus padres, y le oprimía el miedo de que su sangre le impidiera seguir las ideas de Hans. Se enojaba hasta lo más íntimo de su ser contra el tabú de la moral burguesa, en vigor en las llamadas “familias de bien”, contra el usurpado derecho que los padres se arrogaban para violar la personalidad de los hijos, cosa que que “no pertenecía a familia alguna”, según solía decir la madre, tenía que sufrir mucho

menos; él se había alejado de la cuadrilla de sus compañeros para hacerse “director espiritual” de Gerda, conversaba apasionadamente con esta muchacha de su misma edad e intentaba arrebatársela a la “región de lo indispensable” con sus persuasivas explicaciones, cortejadas de besos; pero prácticamente se acomodaba con facilidad a las limitaciones de la casa Fischel; por lo menos, mientras le permitían rechazarlas “por principio”, lo cual daba naturalmente lugar a contiendas con papá Leo.

-“Querida Gerda -dijo Ulrich al cabo de un rato-. Los amigos de usted la están atormentando a propósito de su papá. Son los más honrosos chantajistas que conozco.”

Gerda palideció y se ruborizó. -“Usted mismo no es ya tan joven dijo ella-. Usted piensa de modo distinto que nosotros.” Gerda sabía que en esto hería la vanidad de Ulrich, y añadió en tono conciliador: Yo no concedo demasiado contenido al concepto

del amor. Quizá va perdiendo el tiempo con Hans, como usted dice; quizá deba renunciar a todo; sólo sé que nunca llegaré a querer a un hombre hasta el punto de abrirle los pliegues de mi alma en el pensamiento y en el sentir, en el trabajo y en el sueño; No creo que pueda transformarse el amor en cosa tan tremenda!”

-”Resulta usted tan pedante, Gerda, cuando habla como sus compañeros...!” -la interrumpió Ulrich.

Gerda se puso furiosa. -”Cuando hablo con mis amigos -gritó-, los pensamientos pasan del uno al otro, y sabemos que hablamos a nuestro pueblo y que vivimos con él. ¿Llega usted a comprender esto siquiera? Estamos entre innumerables congéneres y los sentimos; sí, los sentimos físicamente de un modo que usted seguramente...; no, usted nunca podrá imaginar, porque siempre se ha inclinado sólo a una persona; usted piensa como un animal de presa.” ¿Por qué un

animal de presa? La frase, insidiosa, tal como había quedado suspendida en el aire, le pareció a ella misma absurda, y Gerda se avergonzó de sus ojos que, desorbitados de temor, se habían fijado en Ulrich.

“No quiero contestar -dijo Ulrich, sosegado-. Quisiera, para cambiar de conversación, contarle una historia. Conoce usted... - Y la atrajo hacia sí con una mano, cuyas articulaciones desaparecían bajo su piel como un niño entre las rocas de un monte-. ¿Ha oído la emotiva historia de la captura de la luna? Usted ya sabe cómo nuestra Tierra tuvo alguna vez varias lunas. Existe, pues, una teoría, compartida por muchos según la cual estos satélites no son, como nosotros decimos, cuerpos celestes enfriados, parecidos a la Tierra misma, sino grandes esferas de hielo en carrera veloz por los espacios siderales, que se han aproximado a la Tierra y han sido por ella aprisionadas. Nuestra luna sería el último de esos satélites capturados.

“Mírela!” Gerda le obedeció y buscó en el cielo, iluminado por el sol, la pálida luna. -“¿No parece un trozo de hielo? -preguntó Ulrich-. ¿No se ha preguntado usted alguna vez por qué la luna nos presenta siempre la misma cara? Ya no gira nuestra última luna; ha sido detenida. ¿No ve? Si la luna ha caído en poder de la Tierra, ya no sólo gira alrededor de ésta, sino que ésta la atrae cada vez más hacia sí. Nosotros no lo percibimos porque este acercamiento tarda miles de siglos o más todavía. Pero es innegable. En la historia del cosmos ha debido de haber épocas en que las lunas precedentes se acercaron a la Tierra y giraron alrededor de ella a velocidades enormes. Y así como hoy día regula la luna las mareas del mar, alterando su nivel en uno o dos metros, así entonces alguna de aquellas otras arrastraba sobre la superficie de la Tierra torbellinos de agua y de fango como montañas. Difícilmente puede uno imaginarse el terror que habría

sobrecogido a aquellas generaciones a las que les tocó vivir sobre la Tierra frenética en semejantes edades.”

-”¿Pero es que ya existía el hombre en tiempos tan remotos?” -preguntó Gerda.

-”¡Claro que sí! A una de esas lunas de hielo le llegó un día el fin, y desapareció a pedazos. Como consecuencia, la marea inmensa, a la que había retenido la fuerza magnética, perdió sus diques y se extendió sobre la Tierra, azotando con una ola monstruosa todo el orbe hasta confinarse en su lugar de reposo. Esto no fue otra cosa que el Diluvio, una inundación universal. ¿Cómo se hubieran podido transmitir tan unánimes los relatos de este acontecimiento si no los hubiera presenciado el hombre? Y puesto que nos queda todavía una luna, volverán aquellos milenios pretéritos a repetirse sobre nuestro planeta. ¡Pensamiento inaudito!”

Gerda, aterrada, miró a la luna a través de la ventana; su mano seguía todavía

enlazada a la de Ulrich; la luna permanecía inmóvil en el cielo, como una mancha descolorida y fea, y precisamente su deslucida presencia daba a la fantástica aventura del mundo, de la cual también se sentía víctima, la lisa sensación de un día vulgar.

-”Sin embargo, esta historia no es verdadera -dijo Ulrich-. Los expertos en la materia dicen que es una teoría absurda y, en realidad, la luna no se aproxima a la Tierra, sino que incluso dista de ella treinta y dos kilómetros más de lo que tendría que ser según lo calculado, si mal no recuerdo.”

-”¿Por qué me ha contado, entonces, esta historia?” -preguntó Gerda intentando al mismo tiempo retirar su mano de la de Ulrich. Pero su rebelión había perdido la fuerza; así le sucedía siempre que hablaba con un hombre no más tonto que Hans; pero le quedaban ideas sin exageración, uñas afiladas y cabellos aderezados. Ulrich observó el fino vello negro que crecía, como protesta

sobre la rubia piel de Gerda; la pluralística complejidad de la pobre humanidad actual parecía brotar del cuerpo con aquellos pelitos. -"No sé -respondió él-. ¿Te parece que debo volver?"

Gerda descargó la excitación de su mano libertada sobre diversos objetos, moviéndolos de un lugar a otro, pero sin pronunciar palabra.

-"Volveré, pues, pronto" -prometió Ulrich, aunque no había sido esta su intención al venir aquella vez a visitarla.

74 - El siglo IV antes de Cristo contra el año 1797.

ULRICH recibe otra carta de su padre

Rápida había corrido la noticia del éxito extraordinario que estaban adquiriendo las reuniones de Diotima. Por aquel entonces, Ulrich recibió de su padre una carta desacombradamente larga, adjunta a un legajo de folletos y separatas. La carta decía más o menos así:

“Mi querido hijo: Tu prolongado silencio... He tenido, sin embargo, la satisfacción de oír, de terceras personas, que mis esfuerzos por tu aprovechamiento...; mi benévolo amigo el conde Stallburg...; Su Señoría el conde Leinsdorf...; nuestra pariente y señora del jefe de sección Tuzzi... La razón por la que acudo hoy a rogarte hagas uso de

todas tus influencias en tu nuevo círculo de acción es la siguiente:

“El mundo estallaría si tuviera que reconocer como verdadero todo lo que pasa por tal, y si hubiera de considerar como permitido todo deseo. Nuestro deber es, en consecuencia, establecer las bases de la auténtica verdad y de la voluntad legítima y, a este tenor, vigilar con inexorable sentido de responsabilidad, a fin de que ese procedimiento cristalice en la clara forma de una idea científica. Tú mismo puedes deducir el significado de cuanto voy a comunicarte. En ambientes profanos, aunque por desgracia también en algunos científicos -los cuales se están rindiendo a las insinuaciones de un siglo enrevesado-, ha surgido desde hace tiempo un movimiento extremadamente peligroso, dirigido a introducir en la formulación de nuestro código penal algunas presuntas enmiendas y mitigaciones. Tengo que adelantar que, a efectos de esta revisión, existe desde

hace algunos años una comisión estatal de reconocidos especialistas; a ella tengo yo el honor de pertenecer, así como también mi colega universitario, el profesor Schwung, del cual te podrás acordar repasando aquellos tiempos en que yo no llegué a conocerle bien, razón por la que él pudo pasar como uno de mis mejores amigos. Respecto a las mitigaciones aludidas, ha llegado a mis oídos el rumor -acompañado, al parecer, de clara probabilidad- de que para el próximo aniversario de nuestro reverenciado y bondadoso Soberano, o sea, disfrutando todos, por así decirlo, de esta atmósfera de magnanimidad, se espera gestionar con especial interés la intromisión de tan funestas mitigaciones en nuestras normas jurídicas. Por supuesto, el profesor Schwung y yo hemos decidido declarar la guerra a tales esfuerzos e impedir el cumplimiento de sus propósitos.

“Comprendo que tú no estás instruido en las leyes; sin embargo, no ignorarás que la

maniobra inicial de los partidarios de esta inseguridad jurídica, falsamente llamada humanidad, consiste en extender el concepto de irresponsabilidad -excluyendo el castigo- mediante la fórmula abstracta de una disminuida imputabilidad, extensiva también a aquellos no pocos individuos que no son ni enfermos mentales ni moralmente normales, y que constituyen el ejército de esos endebles y mentecatos de los que, por desgracia, se encuentra siempre infectada nuestra civilización. Dirás que este concepto de la disminuida imputabilidad -si es que merece el título de concepto, de lo cual dudo yo mucho- debe estar estrechamente relacionado con la interpretación que nosotros damos a la idea de plena responsabilidad o irresponsabilidad; y con esto llego a la médula de lo que quería comunicarte.

“Remitiéndome, pues, a la legislación ya existente, y atento a las circunstancias referidas, propuse a la comisión consultiva, aquí

nombrada, mi idea de dar al concerniente artículo 318 del futuro código penal la siguiente formulación:

"Una acción punible no se considera tal si su autor se encuentra, al cometerla, en estado de inconsciencia o de patológica perturbación de facultades mentales, por lo cual..." El profesor Schwung presentó otra posición que comienza con idénticas palabras. "La enunciación suya sigue así: "por lo cual, queda la acción exenta libre volición"; mientras que la mía dice: "por lo cual, ya no posee capacidad de reconocer la ilegalidad de su acción". Tengo que confesar que, al principio, no me di cuenta de la maliciosa intención de esta artimaña. Yo he defendido siempre la teoría de que la voluntad, en el progresivo desarrollo de la inteligencia y de la razón, llega a enseñorearse del ego, o sea, del instinto, mediante la reflexión y su correspondiente propósito. En consecuencia, una acción querida es acción del

pensamiento, es acción instintiva. El hombre es tan libre como ágil su voluntad; si ante apetitos humanos, es decir, apetitos correspondientes a su orgasmo sensual -lo cual quiere decir que su mente está perturbada-, entonces no es libre. La voluntad no es casual, es determinación espontánea, necesariamente procedente del yo; por lo tanto, la voluntad se determina en el entendimiento; si el entendimiento se encuentra, pues, perturbado y, en consecuencia, la voluntad no es ya voluntad, hay que concluir que el hombre obra, en tales circunstancias, movido solamente por la naturaleza de su instinto. Sé perfectamente que hay literatura partidaria de la tesis opuesta; según ella, el pensamiento se determina en la voluntad. Ésta es una opinión compartida por algunos juristas modernos, posteriores al año 1797, mientras que la mía tuvo su origen ya en el siglo IV antes de Cristo, y ha prevalecido hasta ahora; pero yo quise mostrarme deferente, y ffeí

propuse una formulación conciliadora de las dos proposiciones. Redaría así:

"Una acción punible no se considera tal si su autor se encuentra, al Acometerla, en estado de inconsciencia o de patológica perturbación de las facultades mentales; por lo cual, no posee él la capacidad de reconocer la ilegalidad de su acción, y queda ésta exenta de la libre volición."

"Fue entonces cuando el profesor Schwung reveló su verdadera naturaleza. Desdeñó mi deferencia y afirmó arrogantemente que la conjunción "y" debía ser sustituida por una "o". Tú ya ves la intención. En eso se destaca la superioridad del pensador sobre el diletante, en exigir a aquél una "o" disyuntiva donde éste coloca sencillamente una "y". "Schwung intentó hacerme creer que soy un pensador superficial, proyectando sobre mi espíritu comprensivo -demostrado en aquella "y" conciliadora de ambas ideas- la sombra de la sospecha de no haber

alcanzado a ver, en toda su extensión, la trascendencia de tender un puente entre personas tan contrastantes.

“Por supuesto que desde entonces le he salido siempre al encuentro, armado de todas mis fuerzas.

“He retirado mi plan de reconciliación y me he sentido obligado a gestionar insistentemente la aceptación de mi texto primitivo, sin variantes de ninguna clase; desde aquel día, Schwung pretende oponerme dificultades con refinada perfidia. Así, aduce que, según mi proposición -fundamentada en la capacidad de reconocer la ilegalidad de las acciones-, una persona que sufriera, como a veces ocurre, de una particular monomanía, y que por lo demás gozara de salud, podría ser absuelta, por motivo de enfermedad mental, sólo cuando se hubiera demostrado que, debido a tales prejuicios infundados, dicha anomalía intelectual suponía la existencia de circunstancias que

justificaban su acción y que la excluían de penalidad, de modo que la persona se habría comportado correctamente, si bien en un mundo falso e imaginario. Pero ésta es una objeción baladí, pues si también la lógica empírica conoce personas en parte enfermas y en parte sanas, la lógica del derecho no podrá admitir nunca, en una misma acción, la mezcla de dos estados jurídicos; para la lógica, las personas o son responsables o no lo son; nosotros podemos además creer que también en personas monomaniacas subsiste la facultad de distinguir el bien del mal. Si ésta es interceptada en un caso particular por tales manías, basta un esfuerzo mayor de la inteligencia para restablecer el equilibrio en el resto del yo, y no hay motivos que valgan para ver aquí reparos especiales.

“Inmediatamente he contestado al profesor Schwung, diciéndole que si los estados de responsabilidad y de irresponsabilidad no pueden coexistir lógicamente, hay que

admitir que, en tales individuos, estos estados se alternan rápida y sucesivamente, con lo cual se presenta a su teoría una dificultad en orden a responder a la pregunta de en cuál de los dos estados se ha desarrollado la acción; pues a este respecto habría que aducir todas las causas con influjo en el acusado desde su nacimiento, y todas las que influyeron en sus antecesores, los cuales depositaron en él sus cualidades buenas y malas.

“Tú no lo creerás, pero Schwung ha tenido la osadía de decirme, en contestación, que eso es así exactamente, porque la lógica del derecho no puede admitir, a propósito de la misma acción, una mezcla de dos estados jurídicos, y por eso es necesario saber, respecto a cada una de las voluntades, si el imputado habría sido capaz, dado su desarrollo psíquico, de dominar o no su voluntad. A nuestros ojos -dice él-, la libertad de nuestra voluntad aparece mucho más clara que las causas de todo lo que sucede; y mientras

nosotros seamos fundamentalmente libres, lo somos también atendiendo a cada uno de los motivos; así es que hay que concluir afirmando que en tal caso es suficiente un esfuerzo especial de la voluntad para resistir el impulso de las causas delictivas.”

Ulrich interrumpió en este lugar la lectura de las consideraciones de “su padre, y examinó pensativo las muchas indicaciones añadidas al margen de la carta. Echó todavía una ojeada a las líneas finales del último pliego, donde leyó que su padre esperaba de él un “influjo objetivo” sobre los condes Leinsdorf y Stallberg, y donde le daba el enérgico consejo “de llamar la atención de la Acción Paralela sobre los peligros que podrían acechar a la integridad del Estado, si, en el año jubilar, se daba a tan importante problema una fórmula falsa y una solución errónea.

75 - El general Stumm von Bordwehr ve en sus visitas a Diotima una agradable ocasión de distraerse de sus obligaciones ministeriales

EL pequeño y recio general había vuelto a ofrecer a Diotima sus respetos. -"A pesar de que, en la sala del consejo, se le han concedido al soldado atribuciones bien modestas - así había comenzado-me atrevo todavía a asegurar que el Estado es el poder de consolidarse en la lucha con los pueblos, y que la fuerza desarrollada en tiempos de paz mantiene lejos la guerra." Pero Diotima le había cortado inmediatamente la palabra.

”[Señor general! -dijo ella colérica-. Toda vida descansa en las fuerzas de la paz; la misma vida de los negocios es poesía, si bien se la considera.” El pequeño general la miró un momento, atónito; pero en seguida se redujo a obediencia en su asiento. -”[Excelencia!” -repuso él; y para entender el significado de este tratamiento será necesario recordar que el marido de Diotima era jefe de sección; que, en Kakania, un jefe de sección tenía la misma categoría que un comandante de división; que, en realidad, sólo los comandantes de división tenían derecho al título de Excelencia, y que este nombramiento se les otorgaba únicamente en actos de servicio; pero por ser la profesión de las armas oficio de caballeros, se sobrentendía que se había de tratar a Diotima de Excelencia , aun fuera de servicio, ya que, en aras del espíritu caballeroso, se les daba este título también a las esposas de todos estos hombres, sin detenerse a distinguir entre

cuándo se encontraban ellas en acto de servicio y cuándo no. Tan complicadas consideraciones se hizo, al vuelo, el pequeño general para asegurar, ya con la primera palabra, su incondicionada aprobación y reverencia. Dijo, pues: -"Excelencia!, me ha quitado la palabra de la boca. El Ministerio de la Guerra no puede naturalmente mostrar interés en la formación de estas comisiones por evidentes razones políticas; ahora bien, hemos oído que ese gran movimiento persigue un fin pacifista; se dice que es una Acción internacional en favor de la paz, ¿o se trata más bien de una institución para dotar de pinturas austríacas al Palacio de La Haya? Yo puedo garantizar a Su Excelencia que tal idea la miramos con la mayor simpatía. Generalmente se tiene un concepto falso de la vida militar; no quiero decir con esto que un joven teniente no desee la guerra, pero al menos, todos los que ocupan un puesto de responsabilidad están plenamente

convencidos de que el brazo fuerte, que representamos por desgracia nosotros, debe ir dirigido por los mandos del espíritu, según acaba de indicar Su Excelencia.”

El general sacó del bolsillo del pantalón un cepillito y se lo pasó unas cuantas veces por su pequeña barba; esta mala costumbre la había adquirido en sus tiempos de cadete, en los que la barba había significado una gran esperanza, impacientemente acariciada; pero él no lo sabía. Luego fijó sus grandes ojos marrones en el rostro de Diotima para leer en él el efecto causado por sus palabras. Diotima se mostró tranquila, aunque nunca lo estaba del todo en presencia del general, y se dignó informarle sobre todo lo sucedido desde la gran asamblea inaugural. El general hizo ver lo entusiasmado que había seguido el desarrollo de aquel concilio, expresó su admiración por la persona de Arnheim y su convencimiento de que tales reuniones habrían de dar excelentes frutos

de bendición. -"Mucha gente no se da cuenta del poco orden que reina en la vida intelectual -declaró él-. Yo estoy convencido, si Su Excelencia me lo permite, de que casi todos los hombres creen palpar un progreso cotidiano en el orden público. Les parece que todo está en orden: las fábricas, las oficinas, los horarios ferroviarios y los centros de enseñanza. Yo citaré además, y con orgullo, nuestros cuarteles que, no obstante los medios modestos de que disponen, recuerdan la disciplina de un buen conjunto orquestal. En cualquier parte a la que se mire se encuentra un orden: orden de circulación, de salida, de precedencia, de antigüedad, orden eclesiástico, orden del día, orden moral, etcétera, etcétera. Soy, pues, de la opinión de que muy pocos habrá que dejen de considerar hoy día a nuestro tiempo como al más ordenado de la historia. ¿No es cierto que también usted, Excelencia, abriga en su interior esta misma impresión?

Yo, al menos, sí. Es decir, de mí mismo, si me descuido un poco, se apodera inmediatamente la sensación de que el espíritu nuevo está regulado por este orden tan colosal, y me parece luego que la caída de los imperios de Nínive y de Roma tuvo que deberse a alguna de estas negligencias. Creo que la mayoría de los hombres piensan así, al suponer sigilosamente que el pasado desapareció como castigo a algo que no estaba en orden. Naturalmente, ésta es una idea equivocada, a la cual no deben abandonarse personas cultas. De aquí surge, por desgracia, la necesidad de la fuerza y de la profesión de las armas.”

Para el general era una gran satisfacción poder hablar así con aquella joven señora tan inteligente; las conversaciones con ella le resultaban una agradable distracción en medio de sus obligaciones ministeriales. Pero Diotima no supo qué responderle. Por decirle algo, repitió a la buena de Dios:

-”Nosotros estamos esforzándonos por reunir a los hombres más destacados de la sociedad, pero así y todo nuestra tarea es ardua. Usted no se hace idea de lo variadas que son las proposiciones que recibimos; se quisiera elegir lo mejor! Pero usted ha hablado del orden, señor general; nunca llegaríamos al fin con los métodos del orden y del cálculo si tuviéramos que detenernos a comparar y seleccionar. La solución debe aparecer como una chispa, improvisada, tiene que ser fuego, intuición, síntesis. Examinando la historia de la humanidad no vemos en ella un desarrollo lógico, pero sus repentinas inspiraciones, cuyo sentido sólo más tarde llega a revelarse, nos hacen descubrir en ella un poema.”

-”Perdone, Excelencia -replicó el general-. Un soldado entiende poco de poesía; pero sí alguien puede hacer saltar con un movimiento chispas y fuego, ese alguien es

usted, señora mía. De esto sí que entiende un viejo militar.”

76 - El conde Leinsdorf se muestra reservado

HASTA aquí, el orondo general había observado bastante bien las normas de urbanidad, aunque se había presentado en casa de Diotima sin previa invitación; pero también ella le había confiado más de lo previsto. Lo que le estremeció a él, y lo que le hizo a ella arrepentirse de su Propia amabilidad no fue el general, sino, según manifestación de Diotima, su viejo amigo el conde Leinsdorf. ¿Estaba acaso Su Señoría celoso? Y en caso afirmativo, ¿de quién? Leinsdorf no había demostrado al concilio la benevolencia que Diotima había esperado, si bien nunca se detenía mucho tiempo en las reuniones a las que honraba con su presencia. Su Señoría sentía una declarada aversión a lo que él

llamaba “pura literatura”. Era éste un concepto en conexión, a su entender, con judíos, periódicos, librereros sensacionalistas y con el espíritu liberal, inconsciente y charlatán de la burguesía, productivo sólo a cambio de dinero; el tópico “pura literatura” se había hecho en él expresión habitual. Siempre que Ulrich se disponía a leerle las cartas, con sus correspondientes sugerencias de revolver el mundo de arriba abajo, él se prevenía con las palabras de que todos se sirven cuando tienen que atender a las opiniones de los demás, en contraposición con las suyas propias: -“No, no; hoy tengo un asunto muy importante entre manos; todo esto no es más que pura literatura.” Entonces se imaginaba él tierras de cultivo, labradores, pequeñas iglesias de aldea y aquel orden establecido por Dios y distribuido como gavillas sobre un campo segado. Ese orden es bello, saludable y rentable, aun cuando alguna destilería de aguardiente lo interrumpa para dar su parte

al progreso. Si hay alguien que posea esa tranquila y amplia mirada, a ella acuden sociedades de tiro al blanco y cooperativas lecheras, aunque estén lejos de casa, formando todas un complejo bien ordenado y organizado; si se ven éstas precisadas a presentar una demanda sobre una base establecida obtienen, por así decirlo, la misma preferencia que una propiedad intelectual debidamente registrada frente a las exigencias de una persona privada. Sucedió así que el conde Leinsdorf, en el momento de querer hablarle Diotima seriamente de cuanto había leído en las cartas de los grandes intelectuales, sostenía muchas veces en la mano o sacaba entonces del bolsillo la solicitud de alguna sociedad, compuesta por cinco ignorantes, y afirmaba que, en el mundo de las preocupaciones reales, aquel papel pesaba más que las ocurrencias de los genios.

Era un espíritu parecido a aquel que el jefe de sección Tuzzi elogiaba en los archivos

de su Ministerio donde se privaba al concilio de reconocimiento oficial, mientras se tomaba en serio con muchos aspavientos cualquier picada de pulga del más insignificante diario de provincia; en medio de tales preocupaciones, Diotima no tenía a otro que Arnheim para desahogarse. Pero precisamente Arnheim había salido en favor de Su Señoría. Fue él quien hizo ver a Diotima la amplitud de miras de este gran señor, al quejarse ella de la preferencia que el conde Leinsdorf manifestaba por las cooperativas lecheras y agrícolas.

-”Su Señoría da fe a las fuerzas directrices de la Tierra -le dijo seriamente-. Créame, esto es un fruto de la propiedad rural. El suelo simplifica el agua, así como también la purifica. Yo mismo lo he experimentado en las pocas ocasiones que he tenido de observar mi pequeña finca. La verdadera vida tiende a la sencillez.” Y después de vacilar unos momentos, prosiguió: -”En

su simple y grandiosa visión de la vida, Su Señoría es también de una tolerancia extrema, por no decir temeraria...” Debido a que aquel lado de su ilustre protector le resultaba nuevo, Diotima desenchajó los ojos. -”No podría afirmar con seguridad -continuó Arnheim con cierto énfasis- que el conde Leinsdorf se de cuenta de que su pariente de usted, Ulrich, abusa, como secretario, de su confianza, pero que sólo por una cuestión de ideas, digo yo, con su escepticismo en lo referente a sus grandes planes y mediante un sabotaje burlón. Yo no fiaría del influjo de su primo de usted en el conde Leinsdorf, a no ser que la seguridad de las ideas y de los grandes sentimientos heredados, de que está investido ese noble par y sobre la cual descansa su vida, sea tan firme que pueda permitirse semejante confianza.”

Fue éste un dictamen duro y bien merecido sobre Ulrich, pero Diotima no le prestó mucha atención, impresionada por la otra

afirmación de Arnheim, de que los bienes materiales del campo habrían de considerarse no como propiedad inmobiliaria, sino como masaje espiritual; a Diotima le pareció aquello maravilloso y se imaginó vivir, como esposa, en una hacienda así. -"Yo me admiro muchas veces -dijo ella- de lo -indulgentemente que juzga usted a Su Señoría. Eso revela que estamos en un período de transición, ¿no es cierto?" -"Sí -contestó Arnheim- pero las sencillas virtudes, brío, hidalguía y autodisciplina, cultivadas ejemplarmente por esta casta, conservarán siempre su valor. El señor, en una palabra! También en la vida de los negocios he aprendido yo a atribuir un valor cada vez mayor al elemento "señor"."

-"Entonces, "señor" equivaldría en definitiva a "poesía"! ¿No es así?" -preguntó Diotima, al tiempo que reflexionaba.

-"Ha dicho usted una palabra maravillosa! -exclamó su amigo-. Ahí está el secreto de la vida activa. Con la sola

inteligencia no se puede ser moral ni hacer política. La inteligencia no basta. Los hechos decisivos se consuman en un plano superior a ella. Los hombres de éxito amaron la música, la poesía, la forma, la disciplina, la religión, la caballerosidad. Me atrevo incluso a asegurar que sólo a los hombres de esta clase les llega a sonreír la suerte. Porque éstos son los llamados imponderables que constituyen al señor, al hombre; en la admiración del público frente a un actor se descubre también un oscuro vestigio de ello. Pero volviendo a su primo: no es tan justo afirmar que una persona se vuelve conservadora cuando le empieza a incomodar su vida desarreglada; aunque hayamos nacido todos para revolucionarios, un buen día descubriremos que el hombre sencillamente bueno, de cualquier clase que sea su inteligencia, el hombre de confianza, jovial, valiente, o sea, el hombre fiel, no solamente proporciona un verdadero gozo al que lo

encuentra, sino que es también la auténtica roca sobre la que descansa la vida. Hará esto referencia a la sabiduría de nuestros antepasados, pero significa una decisiva transformación del gusto -inclinado en la juventud naturalmente a lo exótico-, resultando el gusto del hombre maduro. Yo admiro a su primo en muchas cosas, y sé que con esto formulo una afirmación demasiado arriesgada, porque apenas se puede fiar uno de lo que dice; yo diría casi que le quiero, pues posee una libertad e independencia extraordinarias junto con otras cosas raras e inamovibles. Justamente esa mezcla de libertad y de inflexibilidad es quizá lo que, por lo demás, le hace atractivo. No obstante, es un hombre peligroso debido a sus infantiles extravagancias en el orden moral y por su ingenio refinado que busca siempre aventuras, sin saber en realidad lo que le mueve hacia ellas.”

77 - Arnheim, amigo de periodistas

DIOTIMA tuvo repetidas ocasiones de observar en Arnheim los imponderables de su actitud.

Por indicación de éste, la asamblea tomó la resolución de ponerse también en contacto con los representantes de la gran Prensa, los cuales fueron convocados varias veces al “concilio” (así había bautizado un poco irónicamente el señor Tuzzi a la “Comisión encargada de formular las normas de organización para el septuagésimo aniversario del reinado de Su Majestad”); y Arnheim, si bien no figuraba en ella más que como huésped oficioso, gozaba por parte de los periodistas de unas consideraciones que hacían palidecer a todas las demás personalidades. Por

algún motivo imponderable son, pues, los periódicos no ya laboratorios e instituciones de experimentación, como podrían serlo en beneficio de la comunidad, sino generalmente depósitos y bolsas. Platón -por presentarle como ejemplo, ya que es un personaje al que se cita como el mas eminente pensador de entre una docena de otros como él-, el gran filósofo Platón, si viviera ahora, quedaría encantado al ver la organización perodística de un rotativo en donde a diario es factible crear, transformar, perfeccionar una nueva idea, a donde afluyen con una velocidad inaudita toda clase de noticias procedentes hasta de los más recónditos lugares de la Tierra, donde un regimiento de demiurgos está siempre pronto a analizar inmediatamente el contenido espiritual y real de sus respectivas informaciones. Platón reconocería en la redacción de un periódico aquel topos uranios, la patria celestial de las ideas, la cual fue descrita por él en términos tan

impresionantes que todavía hoy día todas las personas de bien, cuando hablan a sus hijos o a sus subordinados, son por eso idealistas. Y naturalmente, si Platón se presentara de improviso las oficinas de una redacción, si hablara y demostrara ser él aquel gran escritor, muerto hace ya más de dos mil años, suscitaría una admiración enorme y recibiría las más lucrativas ofertas de trabajo. Si fuera entonces capaz de escribir en el espacio de tres semanas un libro filosófico con las memorias de algún viaje, otro libro con algunos miles de sus cuentos más conocidos, y si consiguiera encima filmar alguna que otra de sus antiguas obras, seguro que no lo pasaría mal durante bastante tiempo. Pero apenas hubiera perdido actualidad su retorno, y en cuanto el señor Platón se hubiera decidido a poner en acto algunas de sus famosas ideas - que nunca han logrado imponerse del todo-, el jefe de redacción le invitaría, a lo más, a escribir de cuando en cuando algún pulcro

articulito en el suplemento literario de la hoja dominical (pero, a poder ser, sana cosa ágil, airosa, nada de pesadez en el estilo, y respetando el gusto de los lectores); el redactor de la página añadiría que, por desgracia, se veía obligado a limitar su colaboración al máximo de un artículo por mes, en consideración a otros muchos escritores de talento. Y los dos señores quedarían tan anchos, con la sensación de haber hecho un gran favor a un hombre que es, en efecto, el decano de todos los publicistas europeos, pero algo pasado y, en cuanto a valor de actualidad, insignificante al lado de un hombre como Paul Arnheim.

Arnheim no hubiera adoptado nunca semejante actitud; ésta chocaba con la veneración que él rendía a todo lo grande, pero en ciertos aspectos la habría encontrado muy comprensible. Hoy día, cuando no hay ya tema del que no se hable y que no se mezcle con los demás, cuando Profetas y

embaucadores se sirven de idénticas frases sin apenas diferencias, las cuales pocos hombres tienen tiempo de descifrar, cuando no hay redacción de periódico que no se sienta molestada por alguno que se genio; en esta situación actual es muy difícil reconocer debidamente el valor de un hombre o de una idea; uno no se puede fiar más que de su propio oído, si quiere saber cuándo el murmullo, el cuchicheo y el alboroto a las puertas de la redacción ha llegado a ser tan grande que permita ser escuchado como voz de la generalidad. A partir de aquel momento, el genio experimenta un cambio de estado. No se trata ya de una mera cuestión de crítica teatral o literaria, a cuyas contradicciones no da el lector -el deseado de los periódicos- más importancia que a las habladurías pueriles, él adquiere entonces la dignidad de un hecho con sus consecuencias subsiguientes.

Necios fanáticos pasan por alto la desesperada necesidad de idealismo que se oculta

detrás de esto. El mundo de la pluma, con su necesidad, está lleno de grandes palabras y de conceptos que han perdido su objeto. Los atributos de grandes hombres y de grandes entusiasmos alcanzan una longevidad mayor que la de sus causas, y por eso muchos atributos sobran. Alguna vez éstos se impusieron como pauta para distinguir a un hombre distinguible de otro distinguido, pero hace tiempo que murieron esos dos hombres, y los conceptos supervivientes no pueden ser desaprovechados. La “grandiosa profusión” de Shakespeare, la “universalidad” de Goethe, la “profundidad psicológica” de Dostoiewski y todos los demás enunciados que han dado a la posteridad materia de desarrollo literario se agitan a cientos en la cabeza de los escritores y, debido a este laberinto de ideas, éstos han acabado hablando de la profundidad y estrategia de un jugador de tenis y de la grandiosidad de un poeta de moda. Es comprensible que entonces tales escritores se

sientan satisfechos de poder aplicar a alguien, sin quitar a nadie nada, las palabras de que han llenado su vocabulario. Pero ese alguien ha de ser un hombre cuya fama sea ya un hecho, porque en tal caso se sobrentiende que semejantes palabras podrán acomodarse a su persona. Un hombre así era Arnheim, porque Arnheim era Arnheim. A Arnheim le sucedía Arnheim; como heredero de su padre, venía siendo él un acontecimiento desde su aparición en el mundo, y no se podía dudar de la actualidad de cuanto decía. Le bastaba tomarse la pequeña molestia de hacer una declaración que, con un poco de buena voluntad, pudiera ser considerada como importante. Arnheim había resumido esta observación psicológica en una frase que solía repetir: “Gran parte de la verdadera distinción de un hombre depende de la capacidad de hacerse inteligible a sus contemporáneos.”

También esta vez se desenvolvió estupidamente en el trato con los periódicos de los que se había apoderado. Arnheim sonreía simplemente al ver a negociantes y políticos ambiciosos queriendo acaparar montañas de prensa; este intento de influir en la opinión pública le parecía tan bajo y estúpido como el de un hombre que ofrece a una mujer dinero a cambio de amor, pudiendo conseguir el mismo efecto a precio mucho más reducido con sólo excitar su fantasía. A los periodistas que le habían preguntado por su opinión sobre el “concilio” les había respondido que ha hecho mismo de la presente reunión demostraba su absoluta necesidad, porque en la historia del mundo no se cometen imprudencias; con ello había excitado de tal modo el sentido del humor profesional de aquellos hombres, que reprodujeron su sentencia en varios periódicos.

Bien considerado, era en efecto una frase acertada, pues muy funesto tiene que

ser el impacto producido por una novedad en un hombre que toma en serio todo lo sucedido, para que flaquee en él la convicción de que en el mundo no ocurre nada sin alguna razón; por otra parte, éste preferirá, como es sabido, morderse la lengua a tomar algún asunto demasiado en serio, aunque se trate de algo verdaderamente importante. La dosis de pesimismo, débilmente concentrada en la expresión de Arnheim, contribuyó mucho a dar una real dignidad a la empresa; y también la circunstancia de ser él extranjero pudo ser interpretada como una señal de la participación de todo el mundo en acontecimientos tan interesantes como los que preparaba Austria.

Las otras personalidades presentes en el concilio no poseían la misma cualidad inconsciente de agradar a la prensa, pero acusaban sus efectos; y puesto que tales personalidades, en general, saben poco las unas de las otras y dado que, en el tren de la eternidad

en el que viajan todas juntas, se encuentran frente a frente a lo más en el vagón-restaurante, los honores especiales públicamente tributados a Arnheim influyeron también en ellos; y por más que procuró él mantenerse alejado de todas las Comisiones constituidas, no pudo evitar que el “concilio” le colocara en el centro de la organización. Cuanto más progresaba la asamblea, tanto “más se evidenciaba que la verdadera sensación era para todos Arnheim, a pesar de que él no trabajaba en realidad para lograr serlo, exceptuada fue quizá una intervención suya ante los famosos invitados: el juicio -posible de ser ensombrecido con la aplicación de “declarado pesimismo”- de que del “concilio” apenas se podía esperar nada; pero, por otra parte, meta tan alta exigía de por sí toda la confidencial entrega de que eran capaces todos y cada uno. Un pesimismo tan delicado cautiva también la confianza de espíritus selectos; en efecto, la idea de que el espíritu en

vano se esfuerza hoy día por conseguir éxito resulta de alguna manera más simpática que la otra que atribuye al espíritu de algunos colegas el deber de lograrlo. El juicio comedido de Arnheim sobre el “concilio” se podía haber interpretado como una adaptación a esta posibilidad.

78 - Metamorfosis de Diotima

LOS sentimientos de Diotima no seguían la trayectoria ascendente de los triunfos de Arnheim.

Ella, punto convergente de una sociedad, en su hogar transformado, desalojado, desnudo, creía a veces despertar en un país ilusorio. Rodeada de espacio y de gente, la luz de la lámpara bañaba su cabellera y descendía sobre sus hombros y caderas; su cuerpo sentía el luminoso fluir. Era estatua; podía haber presidido una fuente con su figura, en el centro de un centro mundial, inundada de gracia. Aquel estado era, a su parecer, una ocasión irrepetible para realizar todo lo calificado de esencial y sublime en la vida, pero Diotima no daba importancia al

hecho de no poder reducirlo todo a un ejemplo concreto. La vivienda entera, la presencia de hombres en su interior, toda la velada ceñía su ser como un vestido con forro de seda amarilla; Diotima lo percibía en la piel, pero no lo veía. De cuando en cuando dirigía su mirada a Arnheim, quien generalmente conversaba en alguna otra parte con sus compañeros de sesión; luego se daba cuenta de que sus ojos habían estado ya posados en él todo el tiempo, y que el dirigir hacia él su mirada no era más que despertar. Los extremos de las alas de su alma posaban -también sin que ella lo supiera- sobre el rostro del amigo e informaban de cuanto acaecía.

Siguiendo con la comparación de las plumas, se podría añadir que en el aspecto de Arnheim se revelaba algo de ensueño, un negociante con áureas alas de ángel aparecido en medio del concilio. El silbido de los trenes expresos y de lujo, el zumbido de los autos, el silencio de las cabañas de caza, el

chocar de las velas de los yates, se transformaban en plumas de aquellas alas invisibles, plegadas y rumorosas, figuradas por los gestos explicativos de sus brazos. Entre estas decoraciones acariciaba a aquel hombre el sentimiento de Diotima. Arnheim, como siempre, salía con frecuencia de viaje y permanecía ausente semanas enteras; por eso, su presencia tenía algo que trascendía el momento y el acontecimiento local, cosas tan importantes para Diotima. Ésta sabía del secreto ir y venir de telegramas, visitantes y comisionados de su propio negocio mientras Arnheim estaba allí. Poco a poco fue formándose una idea, posiblemente exagerada, de la envergadura de una empresa internacional y de sus complicaciones, atribuyéndole el carácter de una vida intensa. Arnheim daba a veces conferencias sensacionales sobre las relaciones del gran capital, sobre negocios de ultramar y sobre confederaciones políticas; a Diotima se le abrían horizontes totalmente

nuevos, se le abrían, en suma, por primera vez, horizontes: bastaba haber oído hablar una sola vez a Arnheim sobre los contrastes francoalemanes de lo que Diotima apenas sabía otra cosa que casi todas las personas de su ambiente sentían antipatía contra Alemania, mezclada con una cierta sensación desagradable de obligada fraternidad. Una de las exposiciones de Arnheim lo había reducido a un problema galo-celta-tireológico, en conexión con el de las minas carboníferas de Lorena y, más indirectamente, en relación con el problema del petróleo mexicano y con las divergencias entre la América inglesa y la América latina. De tales conexiones, el señor Tuzzi no tenía la más remota idea o, al menos, no lo revelaba. Se contentaba con amonestar de vez en cuando a Diotima diciéndole que, a su parecer, la presencia y la preferencia de Arnheim por su casa no se podían explicar sin suponer intereses secretos, de cuya naturaleza prefería callar,

porque tampoco sabía nada concreto de ellos.

Su esposa sentía así la superioridad de los hombres nuevos sobre los métodos de una diplomacia anticuada. Ella no olvidaba el momento en que había tomado la resolución de poner a Arnheim a la cabeza de la Acción Paralela. Había sido la primera gran idea de su vida, y Diotima se había sumido en un estado de ensueño y de derretimiento. La idea había llegado muy lejos, y todo lo que hasta entonces había constituido el mundo de Diotima se había fundido frente a la idea. Bien poco de aquella sensación se podía expresar con palabras: era un resplandor, un centelleo, un extraño vacío y fuga del pensamiento, y se podía incluso admitir tranquilamente -pensaba Diotima- que el contenido esencial, o sea, poner a Arnheim al frente de la Acción patriótica, resultaba totalmente absurdo. Arnheim era extranjero; no había que darle vueltas. Presentar, pues, a

Arnheim inmediatamente al conde Leinsdorf y a su marido... no podía ser. Y sin embargo, todo había venido así, tal como ella había deseado en aquel estado. Efectivamente, todos los esfuerzos por dar a la Acción un contenido de alto nivel habían sido fallidos hasta entonces; la gran asamblea inaugural, los trabajos de las comisiones, aquel concilio privado en el que Arnheim había expuesto sus temores obedeciendo de manera extraña a una ironía del destino, no habían obtenido otro resultado que... Arnheim, quien atraía a todos hacia sí, quien se veía precisado a hablar ininterrumpidamente y quien constituía el secreto centro de toda esperanza. Era el nuevo tipo de hombre, el llamado a reemplazar las viejas fuerzas en el timón de la historia. Diotima podía enorgullecerse de haberle descubierto rápidamente, de haber hablado con él sobre el ingreso del hombre nuevo en las esferas del poder y de haberle ayudado a seguir su camino contra la

oposición de todos los demás. Si Arnheim hubiera conspirado algo clandestinamente, según sospechaba el jefe de sección Tuzzi, Diotima hubiera estado también dispuesta, casi desde un principio, a ayudarle, pues un gran momento no tolera un examen mezquino; y ella sentía claramente cómo su propia vida se remontaba sobre una cumbre.

Prescindiendo de los pájaros de mal agüero o las personas especialmente afortunadas, todo el resto de los hombres vive igualmente mal, pero lo viven en niveles distintos. El sentimiento y la conciencia de estos planos es para el hombre moderno -que por lo general se detiene poco a reflexionar sobre el sentido de su vida- una compensación digna de sus esfuerzos. En algunos casos esa conciencia puede experimentar la ebriedad de las alturas y del poder, así como también hay gente que se marea en los pisos superiores de los rascacielos, aun sabiendo lo seguros que están en el medio de su habitación

con las ventanas cerradas. Cuando Diotima reflexionaba sobre el hecho de que uno de los hombres más influyentes de Europa colaborara con ella en el trabajo de incorporar el espíritu en los organismos del poder, cuando veía cómo el destino les había conducido a los dos a encontrarse, cuando especulaba sobre lo que estaba acaeciendo, a pesar de que en aquel día determinado no tuviera lugar cosa especial en las alturas de la obra humanitaria en pro de la universalidad de Austria, cuando meditaba sobre esto, la trabazón de sus pensamientos le parecía un conjunto de nudos que se desataba para formar un lazo; la velocidad del pensamiento aumentaba, su discurso se hacía más ágil, una particular sensación de felicidad y de éxito acompañaba a sus ideas y un estado de exuberancia le atraía intuiciones que a ella misma sorprendían. Su seguridad consciente había crecido; veía éxitos próximos a ella, en los cuales antes ni siquiera se le hubiera

ocurrido pensar; se sentía más alegre que de costumbre, a veces acudían a su imaginación chistes atrevidos y, lo que nunca en su vida había observado en sí, ataques de regocijo; sí, un desbordante alborozo electrizaba todo su ser. Le parecía que estaba en la habitación de una torre con muchas ventanas. Pero esto tenía también algo de intranquilizador. La angustiaba, por otra parte, una sensación vaga, indecible, de bienestar, que la empujaba a hacer algo, a ejecutar acciones en las que nunca hubiera soñado. Se podría casi decir que percibía la rotación del globo bajo sus pies y no se atrevía a alejar de sí esta sensación; o que aquellos vehementes fenómenos sin contenido palpable la impacientaban como un perro saltando entre las piernas, aparecido allí de manera misteriosa. Por eso, Diotima sentía a veces miedo ante la metamorfosis a la que la estaban sometiendo sin su expreso consentimiento; en suma, su estado se asemejaba ante todo a ese color

gris claro y nervioso, al color delicado de un cielo libre de pesadez en la hora aplastante del calor más intenso.

La aspiración de Diotima por conseguir el ideal experimentaba entretanto un cambio importante. Aquella aspiración nunca se había podido distinguir claramente de una correcta admiración de las cosas gran- ; des; era un idealismo noble, una elevación decorosa y, puesto que en estos tiempos tan rastreros apenas se sabe ya lo que es un ideal, no estará de más hacer aquí algunas consideraciones sobre su ser. Aquel idealismo no era objetivo, porque objetividad es algo mecánico, y la mecánica es sucia; más bien se asemejaba a la pintura floral de los archiduques, para los cuales, otros modelos que no fueran flores eran inadecuados; característica de aquel idealismo fue la idea de cultura, pues al ideal se lo tenía por algo culto. Pero también se le podía haber llamado armónico, ya que aborrecía todo

desequilibrio y reconocía la misión de la cultura en la tarea de armonizar los bruscos contrastes existentes por desgracia en el mundo. En fin, quizá no se diferenciaba mucho de aquello que todavía hoy -pero naturalmente sólo allí donde se persevera en la tradición burguesa- se entiende por limpio y genuino idealismo, el cual hace distinción entre los objetos dignos de él y entre los que no lo son. Por motivos de más alta humanidad, no cree este idealismo en la convicción de los santos (y de los médicos e ingenieros) de que en las escorias morales se encierran celestiales fuerzas caloríficas. Si se hubiera despertado de su sueño a Diotima antes de tiempo y preguntado por su deseo hubiera respondido, sin tener que pensarlo, que la fuerza del amor de un alma que provocara en ella la necesidad de comunicarse con todo el mundo; pero, al poco del desvelo, hubiera rectificado su respuesta con la observación de que en el mundo actual, transformado por

la superabundancia de civilización e inteligencia, ya no se puede hablar más que con mucha prudencia -aun tratándose de las naturalezas más excelsas- sobre una aspiración como la de las fuerzas del amor. Diotima habría opinado así. Hoy día se encuentran todavía miles de personas semejantes, a las que se podría designar con el nombre de “pulverizadores” de las fuerzas del amor. Cuando Diotima se sentaba a leer sus libros, primero retiraba de la frente sus hermosos cabellos, lo cual le daba un aire lógico; luego leía con sentido de la responsabilidad y con el afán de que aquello que ella llamaba cultura pudiera servirle de ayuda preciosa en la difícil situación social en la que se hallaba. Así vivía también, derramándose en finísimas gotas de amor sobre todas las cosas que lo merecían; se evaporaba en ellas como el rocío, y para sí misma se reservaba únicamente el ánfora vacía del cuerpo, perteneciente a los enseres de la casa del jefe de

sección Tuzzi. Esto le había producido amagos de grave melancolía, antes de la aparición de Arnheim, en tiempos en que Diotima había permanecido sola entre su marido y la más grande aureola de su vida, la Acción Paralela; pero desde entonces fue pasando de un estado a otro, de la manera más natural. La fuerza del amor se contrajo y regresó, por así decirlo, a su cuerpo; la aspiración "análoga" se hizo egoísta e inequívoca. Aquella idea, sugerida en un principio por su primo, de encontrarse en el estado precedente a una acción, y la de que algo estaba a punto de suceder entre ella y Arnheim, sobre lo cual todavía no quería hacer cábalas, poseía una concentración superior a todas las demás ideas que la habían dominado hasta entonces y en un grado tal que le parecía estar pasando del sueño al estado de vigilia. Por ese medio se había abierto en Diotima un vacío, típico en el primer momento de este cambio; y ella recordaba, por ciertas

descripciones, que aquello era signo de grandes pasiones incipientes. Creía poder interpretar en este sentido mucho de lo que había oído hablar a Arnheim en los últimos tiempos. Los informes sobre su propia situación, sobre las virtudes y obligaciones necesarias en la vida, eran preparación para algo ineludible; y Diotima, considerando todo lo que había sido hasta el presente su ideal, sentía el pesimismo espiritual de la acción igual que una persona que, con las maletas en las manos, echa una última mirada a las ya casi inanimadas habitaciones que la han albergado durante años. Consecuencia inesperada de esto fue que el alma de Diotima, libre provisionalmente de la vigilancia de las fuerzas superiores, se comportó como un colegial escapado de la escuela, el cual callejea hasta que se apodera de él la tristeza de su absurda libertad. Merced a esta interesante circunstancia, se mezcló por breve tiempo en las relaciones con su

marido, no obstante el alejamiento creciente, algo que se asemejaba, si no a una tardía primavera del amor, sí al menos y de un modo extraño a una fusión de todas las estaciones del amor.

El pequeño jefe de sección, con el agradable olor de su piel morena y seca, no comprendía lo que estaba pasando. Había notado más de una vez que, en presencia de huéspedes, su mujer aparecía como si soñara, absorta y muy nerviosa, fácil de excitar y, en cierto modo, muy ausente; pero cuando estaban solos y se le acercaba él un tanto receloso y extraño para preguntarle por el asunto, Diotima se arrojaba de repente a su bello con infundado alborozo e imprimía sobre su frente un par de labios extraordinariamente ardientes, los cuales recordaban a su marido las tenacillas del peluquero que, en el momento de rizar la barba, se aproximan demasiado a la cara. Aquellas caricias le eran desagradables; por eso se secaba él la

frente cuando Diotima no lo veía. Pero si Tuzzi manifestaba el deseo de abrazarla, teniéndola ya estrechada entre sus brazos -lo cual era peor todavía-, Diotima le echaba en cara de modo exaltado que él nunca la había querido, que lo único que sabía hacer con ella era embestirla como un animal. Ahora bien, en realidad no faltaban pinceladas de sensibilidad y de carácter en el cuadro que Tuzzi había ideado en su juventud de una mujer apetecible y complementadora del hombre; la gracia con que Diotima ofrecía una taza de té, con que tomaba un libro en la mano o enjuiciaba una cuestión que, según su marido, ella ni siquiera podría entender, le había encantado siempre por la perfección de sus formas. Aquello era para él como una discreta música de banquete, algo que le gustaba en extremo; pero, naturalmente, Tuzzi sabía también que hay que separar la música del comer (o del ir a la iglesia) y evitar la tendencia a interpretarla para sí;

una fatuidad burguesa que él estaba de acuerdo en no decir en voz alta, y entretenién­dose, por lo demás, poco en tales pensamientos. ¿Qué debía, pues, hacer Tuzzi, si Diotima tan pronto le abrazaba como le decía, irritada, que, junto a él, una criatura espiritualizada no podía lograr libertad suficiente para elevarse a su propia naturaleza? ¿Qué respondería a exigencias como aquella de pensar más en las profundidades del mar interior de la belleza y no ocuparse tanto de su cuerpo femenino? Tuzzi debía poner en claro la diferencia entre lo erótico - en donde el espíritu del amor vuela ligero, libre de concupiscencia- y lo sexual. Es cierto que semejantes consideraciones no eran más que sutilezas literarias; pero si las hace una mujer en el momento preciso de desnudarse -[con semejantes admoniciones en los labios!, pensaba Tuzzi-, entonces son ya ofensas. No se le escapaba a él que las enaguas de Diotima hacían progresos hacia una cierta

frivolidad mundana. Ella se había vestido siempre con esmero y mesura, pues su posición social exigía que se presentara elegante, así como no competir con las grandes damas; pero en las gradaciones existentes entre la honesta solidez y las libidinosas telas de araña, Diotima ahora hacía concesiones a la belleza que antes habría rechazado como indignas de una señora inteligente. Si entonces Giovanni se lo advertía (Tuzzi se llamaba Hans, pero por razones de estilo se le había rebautizado con un nombre adecuado a su apellido), Diotima se ruborizaba hasta en las espaldas y pasaba a hablar de la señora Yon Stein, quien ni siquiera a Goethe había hecho concesiones! El jefe de sección Tuzzi no debería, por tanto, si creía que había llegado el momento, desatender en adelante los importantes negocios del Estado, inaccesibles al particular, ni buscar esparcimiento en el seno de su hogar; pero él se sentía entregado a Diotima, y aquello que se había

separado limpiamente, tensión del espíritu y saludable relajamiento del cuerpo, debería ser devuelto a la unidad fatigosa y un poco ridícula del tiempo del noviazgo, como si él fuese el gallo de la ortega o un joven versificador.

No es exagerado afirmar que a veces sentía ni más ni menos que asco ante todo aquello; en consecuencia, el éxito manifiesto del que su esposa gozaba por entonces casi le producía dolor. La opinión pública se pronunciaba a favor de Diotima, y esto era lo que el señor Tuzzi respetaba sobre todo, porque temía aparecer incomprensivo a los ojos de los demás, al oponerse con palabras de poder o con burla mordaz a los caprichos incomprensibles de Diotima. Poco a poco fue dándose cuenta del mortificante y oculto sufrimiento que supone el ser marido de una mujer célebre; en cierto sentido, tal dolor se parece a la castración producida en un accidente. Él se cuidaba mucho de que llegara

alguien a adivinar su preocupación; iba y venía envuelto en una nube de amable opacidad ministerial, silencioso y con disimulo, cuando Diotima tenía visita o hacía reuniones; a veces mezclaba observaciones oportunas o irónicas palabras de consuelo, aparentaba que su existencia transcurría en un ambiente de estrecha amistad, hacía ver su conformidad con Diotima; de vez en cuando la llamaba a un rincón libre para darle un pequeño encargo; favorecía abiertamente la asiduidad de Arnheim en su casa, y en las horas que le dejaban libres las preocupaciones de su servicio estudiaba los escritos de Arnheim y odiaba a los hombres que escriben, como si éstos fueran la causa de sus sufrimientos.

He aquí el problema resumido en la pregunta principal sobre los motivos de tan frecuentes visitas de Arnheim a su casa: ¿por qué escribía Arnheim? Escribir es una forma especial de cotorreo, y los hombres-cotorra

le eran a Tuzzi insoportables. Le producían la urgente necesidad de apretar los dientes y de escupir entre los incisivos, al estilo de los marineros. Naturalmente, se daban entre ellos excepciones que él admitía. Conocía a algunos funcionarios que habían escrito sus memorias después de jubilarse, y otros que colaboraban en periódicos; Tuzzi quería decir que un funcionario escribe sólo si está descontento o si es judío, porque los judíos eran, según su convicción, ambiciosos y descontentadizos. Luego venían los grandes hombres de la práctica con libros escritos sobre sus experimentos, pero esto al fin de su vida y en América o, a lo más, en Inglaterra. Por otra parte, Tuzzi poseía una buena cultura literaria y preferí como todos los diplomáticos, las memorias en que se pudieran render sabias sentencias y conocimientos humanos; y algo tiene que significar el hecho de que en la actualidad no se escriben más; probablemente se trata de un apremio

pasado a la historia, anacrónico en una era de nuevo positivismo. Finalmente, se escribe por profesión; esto lo recocía Tuzzi sin reservas; se entiende, cuando se gana uno la vida con ella, si se le cuenta a uno entre los hoy llamados poetas; él se sentía incluso bastante honrado con ver en su casa a las cumbres de aquella profesión, sobre las que, hasta entonces, había colocado a los escritores subvencionados con los fondos secretos del Ministerio del Exterior. Pero sin reflexionar mucho, hubiera contado también entre tales cumbres a la *Iliada* y al Sermón de la Montaña; él las veneraba como obras cuya aparición tenía lue deberse al ejercicio voluntario o dependiente de alguna profesión. Cómo llegó un hombre como Arnheim a escribir tanto, sin obligárselo la necesidad, era el secreto que Tuzzi perseguía; pero no había conseguido más que ciertas sospechas sobre algo que no acertaba a esclarecer.

79 - Solimán en trance de amar

S**SOLIMÁN**, el pequeño esclavo negro -también príncipe negro-, había intentado entretanto convencer a Raquel, la pequeña doncella -también amiga de Diotima-, de que ambos debían espiar los acontecimientos de la casa para poder escapar a tiempo a los oscuros planes de Arnheim. Mejor dicho, él no la había convencido, pero los dos vigilaban como conjurados y escuchaban detrás de la puerta siempre que había visita. Solimán no paraba de contar historias acerca de las andanzas, idas y venidas viajantes y de otras personas enigmáticas que conferenciaban con su señor en el hotel; estaba además dispuesto a asegurar bajo juramento, al estilo de los príncipes africanos, que

descubriría el misterio; el juramento del príncipe africano requería la siguiente ceremonia: Raquel debería introducir la mano entre los botones de la cazadora y de la camisa de Solimán y extenderla sobre su pecho desnudo, al tiempo que él pronunciaría la fórmula y haría con su propia mano en el pecho de Raquel lo mismo que ella en el de él; pero Raquel se resistió. De todos modos, la pequeña Raquel, que vestía y desnudaba a su señora y la suplía en el teléfono, que mañana y tarde tenía el honor de sentir en sus dedos la suavidad de los negros cabellos de Diotima mientras que por sus oídos atravesaba la corriente de áureas peroraciones, aquella ambiciosa chiquita, viviendo sobre el capitel de una columna desde que existía la Acción Paralela, y flotando a diario en medio de un caudal de adoración que, nacido en sus ojos, desembocaba en aquella divina mujer, Raquel se divertía desde hacía algún tiempo en acechar la persona de su señora. Al otro

lado de puertas abiertas de las habitaciones contiguas, a través de la rendija de alguna mampara a medio cerrar, o mientras hacía sus labores en las cercanías, Raquel observaba a Diotima y a Arnheim, a Tuzzi y a Ulrich, y recogía miradas, suspiros, besamanos, palabras, risas y movimientos, como si fueran pedazos de un documento roto que no lograba reconstruir. Pero, sobre todo, el agujero de la cerradura mostraba fondos que a Raquel le recordaban, de modo extraño, el tiempo ya olvidado en que había sido deshonrada. La mirada registraba el interior de las habitaciones; las personas se movían divididas en distintos grupos y planos, y las voces no acompañaban ya a las palabras, sino que las ahogaban, fundiéndolas en un sonido deshilvanado; timidez, admiración, respeto, siendo los vínculos que unían a Raquel con aquellas personas, se rasgaban ahora frenéticamente, como cuando un amante penetra con todo su ser tan repentina y

profundamente en su amada, que se le oscurecen los ojos y se inflama una luz en la otra parte del telón cerrado de la piel. La pequeña doncella se ponía en cuclillas ante el agujero de la puerta; su vestido negro la apretaba, terso, rodillas, cuello y espaldas; Solimán, enfundado en su librea, oteaba, junto a su amiga, igual que una jicara de chocolate caliente; a veces, al perder el equilibrio, se agarraba, para no caer de espaldas, a las rodillas o al vestido de Raquel. A Solimán se le saltaba la risa; Raquel aplicaba entonces los suaves dedos de su mano a la henchida almohada de los labios masculinos. Él, a diferencia de la joven, no veía nada de interés especial en el concilio, y hacía todo lo posible por evadirse de acompañar a Raquel en el servicio de los huéspedes. Prefería asistir a las recepciones de Arnheim. Entonces sí, iba, se sentaba en la cocina y esperaba a que Raquel quedara libre; la cocinera, con quien Solimán se había entretenido tan

amistosamente el primer día, se enfadaba, ya que hasta el momento de aparecer la pequeña permanecía casi mudo. Pero Raquel no disponía nunca de tiempo para quedarse largo rato en la cocina; una vez desaparecida ésta, la cocinera, una chica de unos treinta, colmaba a Solimán de solicitudes maternales. Éste las toleraba durante un rato con su más altivo rostro de chocolate, luego se levantaba y hacía como si hubiera perdido algo y lo buscara, alzaba después pensativo sus ojos al techo, se colocaba de espaldas a la puerta, y comenzaba a caminar hacia atrás, como si quisiera ver mejor la pared; la cocinera se daba cuenta de aquella torpe maniobra en cuanto él se pautaba y empezaba a girar los ojos, pero de rabia y de celos fingía no entenderlo; así que Solimán interrumpía la comedia -representada como abreviatura- hasta que volvía de nuevo y se presentaba en el umbral la radiante cocina, vacilante y poniendo una cara lo más inocente que pera

posible. La cocinera ni miraba. Solimán se escurría, pues, de espaldas hacia la antesala, como una imagen oscura, reflejada en agua turbia; paraba aún un momento para escuchar, sin que nada se lo motivara; y de repente, echaba a correr a través de la casa, en busca de Raquel.

El señor Tuzzi estaba siempre ausente, y a Arnheim y a Diotima, Solimán no los temía; sabía éste que sus oídos no prestaban atención más que a lo suyo. Había hecho incluso la prueba de producir ruido arrojando un objeto al suelo, y ellos no lo habían oído. Solimán era señor de todas las habitaciones, como un ciervo en el monte. La sangre oprimía su cabeza a manera de una cornamenta con dieciocho ramificaciones puntantes. Los vértices de los cuernos raspaban paredes y techo. Era costumbre de la casa tender las cortinas de todos los cuartos desocupados, a fin de que los colores de los muebles no sufrieran con el sol; y Solimán

quedaba en la penumbra como en la espesura de un bosque. Se divertía en ir así de caza, con tan exagerados movimientos. Su anhelo era la violencia. Aquel muchacho, consentido por la curiosidad de las mujeres, en realidad no había tenido relaciones sexuales con ellas; únicamente se había iniciado en los vicios de la juventud europea. Su concupiscencia estaba todavía tan desasosegada por la falta de experiencias, tan desenfrenada y tan ardiente que no sabía, cuando veía a su amada, cómo satisfacer su apetito: si en la sangre de Raquel, en sus besos o en el espasmo de todas las venas de su propio cuerpo.

Solimán aparecía dondequiera que se ocultara Raquel, sonriente, orgulloso del buen éxito de su astucia. Le salía al encuentro, y ni el despacho del señor ni el dormitorio de Diotima eran sagrados para él; surgía desesperadamente de entre cortinas, del escritorio, de armarios y de las camas, y a

Raquel casi se le rompía el corazón de miedo de ser descubierta, cuando la semioscuridad se condensaba en el rostro negro como dos filas brillantes de dientes blancos. Pero a Solimán le vencía la moral, en cuanto se colocaba frente a la verdadera Raquel. Aquella muchacha era bastante mayor que él, y tan hermosa como una fina camisa de caballero que no hay quien se atreva a ensuciarla, ni queriendo, al vestirla fresca y recién lavada; en su presencia, pues, palidecía su fantasía. Ella le reprochaba su desnudo comportamiento y ensalzaba a Diotima y a Arnheim, aludiendo al honor de poder colaborar en la Acción Paralela; pero Solimán tenía siempre pequeños regalos para Raquel; a veces le traía una flor sisada al ramo enviado por su señor a Diotima, o un cigarrillo robado en casa, o un puñado de bombones extraídos de una caja al pasar por delante de ella; primero, apretaba sólo los dedos de Raquel y, al entregarle el presente, conducía

la tierna mano a su propio corazón ardiente en su cuerpo como una antorcha roja en la noche oscura.

En cierta ocasión, Solimán tuvo la idea de ocultarse incluso en el cuarto de Raquel, en el que tenía que recluirse ella con una labor de costura por orden terminante de Diotima, molestada ésta el día anterior por un alboroto en la antesala, durante la visita de Arnheim. Raquel había buscado rápidamente a Solimán antes de llegada la hora del arresto, pero no lo había encontrado; al entrar ella a su habitación, he ahí que lo ve, sentado en su cama y saludándola con una radiante sonrisa. Raquel titubeó, y tardó en volver a la puerta; Solimán saltó en seguida, y la cerró. Después tanteó en sus bolsillos, sacó algo, lo sopló para limpiarlo, y se acercó a la doncella como una plancha candente.

- "¡Dame la mano!" -ordenó.

Raquel se la alargó. Solimán tenía en la suya varios botones de colores e hizo ademán

de engastarlos en la sobremanga de Raquel. Raquel pensó para sus adentros que serían de cristal.

-”Piedras preciosas!” -declaró él, orgulloso.

La joven, que al oír estas palabras sospechó algo malo, apartó inmediatamente su brazo del de él. Pero no tenía por qué desconfiar; el hijo de un príncipe moro, aunque raptado, podía poseer secretamente algunas piedras preciosas cosidas a la camisa. ¿Cómo excluirlo? Sin embargo, Raquel temía aquellos botones, como si Solimán quisiera servirle veneno en ellos; y de pronto empezó a dudar de las apariencias de las flores y de los bombones que él le había regalado. Raquel aseguró sus manos junto a su cuerpo, y miró a Solimán fijamente, como una estatua. Sintió la necesidad de hacerle serias amonestaciones; ella era mayor que él y servía en casa de bondadosos señores. Pero en aquel momento no se le ocurrieron otras

sentencias que: “Más vale buena fama que dorada cama” y “Fidelidad y cordura hasta la sepultura”. Raquel palideció; estas frases le parecieron demasiado simples. La sabiduría de la vida que conservaba la había aprendido de sus padres, y era una ciencia severa, tan hermosa y sencilla como el antiguo ajuar de una casa; pero de poco le servía, porque las máximas eran sólo refranes y con punto al final. En aquel instante se avergonzó de semejante ciencia tan infantil, así como también se avergüenza uno al tener que vestir un traje viejo y raído. Pero no se daba cuenta de que las antiguas arcas de las casas pobres pueden ser transformadas a los cien años en precioso ornato de los ricos; y, como todas las cosas ingenuas y sencillas, también ella admiraba un sillón nuevo de mimbre. Por eso buscaba en la memoria resultados de su nueva vida. Pero a pesar de que recordaba muchas escenas maravillosas de amor y de miedo leídas en los libros de Diotima,

ninguna le proporcionó expresiones de que poderse servir en aquel momento; todas las palabras y sentimientos bellos se adaptaban a la situación particular en que habían tenido lugar, y encajaban tan mal en la suya propia como una llave en cerradura ajena. Lo mismo ocurría con las estupendas sentencias y enseñanzas de Diotima. Raquel vio girar alrededor de sí una niebla incandescente y se sintió próxima a llorar. Al fin dijo con aplomo:

-”¡Yo no quiero robar nada a mis amos!” preguntó “¿Por qué no?” -preguntó Solimán enseñando los dientes.

-”¡Porque no!”

-”¡Yo no robo! ¡Esto me pertenece!” -exclamó el negro.

“Unos buenos amos velan por nosotros, gente pobre”, sintió Raquel. Ella sentía verdadero amor por Diotima, una ilimitada confianza en Arnheim, horror ante personas jactanciosas e intrigantes, llamadas por la

excelente policía estatal con el nombre de “elementos subversivos”; pero no encontraba palabras para describir todos aquellos fardos de sentimientos, que se tambaleaban en su interior como sobre un sobrecargado cajero de heno y de grano en el momento de fallarle los frenos y las galgas.

”¡Esto es mío, tómallo!” -repitió Solimán, siendo de nuevo la mano de Raquel. Ella se la retiró; Solimán intentó retenerla, pero, al no conseguirlo, empezó a enfurecerse; cuando estaba ya casi decidido a dejarla en paz, porque sus fuerzas de muchacho no alcanzaban a vencer la insistencia de aquella mujer que impedía con todo su cuerpo convertirse en la presa de las garras de Solimán, se arrojó enardecido a los brazos maternos de la niña, y se los mordió como una bestia.

Raquel gritó, retuvo el segundo alarido, y abofeteó a Solimán en la cara.

Pero en aquel momento aparecieron lágrimas en los ojos del negro; Solimán cayó

de rodillas ante ella, apretó sus labios contra el vestido de la doncella y lloró: tan apasionadamente lloró, que Raquel sintió en sus muslos la ardiente humedad.

Ella permaneció inmóvil ante el joven; y él, postrado de hinojos y ciñendo con los brazos la falda, escondió su rostro en el regazo de la amada. Raquel nunca en su vida había sentido una emoción igual; ahora acariciaba suavemente la cabeza de Solimán, peinando con sus dedos los finos alambres de su cabellera.

80 - El general Stumm se da a conocer presentándose inesperadamente en el concilio

EL concilio fue entretanto enriquecido por una interesante sorpresa- a pesar de la rigurosa selección hecha entre los convocados, una tarde apareció el general, mostrándose a Diotima profundamente agradecido al honor que había significado para él la invitación. En la sala del consejo -declaró- se le han dado al soldado atribuciones muy modestas; sin embargo, sólo el hecho de poder asistir, aunque no sea más que como mudo espectador, a una reunión de tal categoría era una honra a la que había esperado él desde su

juventud. Diotima, mirando silenciosa en derredor, buscaba al culpable; Arnheim, en compañía de otro señor, hablaba como un estadista a Su Señoría; Ulrich entretenía su aburrimiento en el buffet y parecía estar contando las tartas allí expuestas; el frente visual ofrecía el acostumbrado cuadro de opacidad continua que no se despejaba ante los escrutadores esfuerzos de una sospecha apremiante. Por lo demás, Diotima estaba segura de no haber invitado al general, a no ser que aceptara la suposición de padecer sonambulismo o crisis de amnesia. Tal consideración era desagradable. El pequeño general estaba allí, e indudablemente guardaba una invitación en el bolsillo de su uniforme color nomeolvides; temeridad tan descarada, como hubiese sido de otro modo su venida, no parecía ser atributo fidedigno de un hombre de su posición. Por otra parte, allí estaba también el caprichoso escritorio de la biblioteca de Diotima, a donde apenas nadie

tenía acceso más que ella. Dentro se encerraban las sobrantes tarjetas de las invitaciones impresas. ¿Tuzzi?, le vino a la imaginación; pero tampoco esto parecía probable. Resultaba, pues, un enigma espiritista, por así decirlo, la averiguación de cómo se habían juntado invitación y general; y, dado que Diotima se inclinaba fácilmente, tratándose de asuntos de su persona, a creer en fuerzas sobrenaturales, sintió un escalofrío de pies a cabeza. No le quedaba, por tanto, otro remedio que dar la bienvenida al general.

Pero también a él le había maravillado un poco la invitación; le había sorprendido que, en sus dos visitas, Diotima no hubiera manifestado, por desgracia, ni siquiera indirectamente, la intención de invitarle, y también se había fijado en que las señas, escritas a mano, pecaban de inexactitud en la aplicación de los títulos debidos a su rango y oficio, faltas inexplicables en una señora del nivel social de Diotima. Pero el general era

hombre optimista y no descendía a consideraciones tan extraordinarias, mucho menos a detalles de orden sobrenatural. Tal irregularidad ella la atribuyó a un pequeño descuido que no le impediría gozar de su propio éxito.

En efecto, el general de brigada Von Bordwehr, director del departamento de educación y cultura militar del Ministerio de la Guerra, se alegró sinceramente de la misión oficial que le habían atribuido. Al anunciarse la gran asamblea inaugural de la Acción Paralela, el jefe supremo del departamento le había llamado y le había dicho: -"Oye, Stumm, que sabes mucho; te vamos a escribir una carta de presentación, y tú asistes para ver lo que pasa. A la vuelta nos cuentas lo que se traman." Pero está que él muy bien hubiera podido declarar después lo que se le hubiera ocurrido; pero decir que le había sido imposible conseguir inmiscuirse en la Acción Paralela plasmaría sobre sus

calificaciones un borron que en vano procuraba evitar mediante sus visitas a Diotima. Por eso, cuando a pesar de todo llegó la invitación, corrió al departamento presidencial y, cruzando negligentemente las piernas bajo su barriga, anunció que el resultado esperado y por él preparado había tenido lugar.

”Está bien -dijo el teniente general Frost von Aufbruch-; así me lo había imaginado.” Ofreció a Stumm asiento y un cigarrillo, expuso ante la puerta la señal luminosa “Prohibida la entrada, conferencia importante”, e instruyó a Stumm en el encargo de observar e informar sobre cuanto sucediera. -”¿Entiendes? No buscamos ninguna cosa en especial, pero tú vete lo más a menudo que puedas, y muestras que nosotros estamos aquí; la resolución de esos hombres de excluirnos de las omisiones puede estar justificada, pero que no debamos asistir a sus asambleas, más tratándose en ellas de deliberar sobre el modo de preparar, como quien dice, un

obsequio espiritual para el cumpleaños de nuestro Soberano, Caudillo del Ejército, no es razonable; ¶no hay motivos para tal exclusión! Por eso he propuesto al mismo señor ministro enviarte a ti; o sea, que nadie puede decir nada en contra, ¶Ánimo, amigo, a hacer las cosas bien!” El teniente general Frost von Aufbruch le hizo un gesto amable de asentimiento; y el general Von Bordwehr, olvidando que un soldado no debe manifestar nunca sus sentimientos, se cuadró chocando las espuelas -contra el corazón, se podría decir-, y exclamó: -”¶Muchas gracias, Excelencia!”

Si hay paisanos belicosos, ¿por qué no ha de haber militares amantes del arte de la paz? Kakania contaba con multitud de éstos. Pintaban, coleccionaban coleópteros y sellos, o estudiaban historia universal. Las duchas y microscópicas tropas y la circunstancia de que los oficiales tenían prohibido dar publicidad a trabajos intelectuales sin aprobación

de sus superiores daban generalmente a sus esfuerzos un particular carácter personal; también el general Stumm había cultivado, en tiempos pasados, aficiones semejantes. En un principio, había servido en el regimiento de caballería, pero era muy mal jinete: sus pequeñas manos y piernas no se adaptaban a las bridas y al cuerpo de un animal tan espantadizo como el caballo; le faltaba además toda cualidad de mando, hasta tal punto que sus superiores solían decir que si un escuadrón de caballos estuviera formado en el patio del cuartel con las cabezas, en vez de los cuartos traseros, mirando al establo, el pobre hombre no sería ya capaz de hacerlos salir por el portón. Como venganza, el pequeño Stumm se había dejado crecer una barba de color castaño oscuro y se la recortaba en redondo; era él el único oficial de caballería con barba, aunque no existía una prohibición expresa. Al mismo tiempo había comenzado a coleccionar científicamente

navajas; tanto como para una colección de armas no le llegaban sus ingresos, pero para navajas, sí; pronto reunió un buen montón de ellas; luego las ordenó según su forma de construcción, conforme a la calidad del acero, al origen, al material del mango, con lima de uñas o sin ella, con sacacorchos y sin sacacorchos; las guardó en los armarios altos de su habitación, en sus múltiples tiradores planos y con sus correspondientes fichas escritas, cuyo sistema le dio fama de científico. Sabía también hacer poesías; ya en la Academia Militar había obtenido “sobresaliente” en religión y en composición alemana; un día le llamó el coronel a su despacho: -”Usted no llegará nunca a ser un oficial de provecho en la caballería -le dijo-. Si yo montara un potro sobre un caballo y lo pusiera al frente del escuadrón, el animal no lo haría peor que usted. Pero hace ya mucho que el regimiento no ha mandado a nadie a la Escuela Militar; tú, Stumm, tú te podrías presentar.”

Así pasó Stumm dos años estupendos en la Escuela de Estado Mayor de la capital. Allí se dio cuenta de que la habilidad que le faltaba para cabalgar tampoco la tenía para el estudio; sin embargo, no se perdió un concierto militar, visitó los museos y coleccionó carteles de teatro. Se formó el plan de volver a la vida civil, pero no supo realizarlo. El resultado fue que no le declararon ni idóneo ni totalmente inepto para el servicio en el Cuerpo de Estado Mayor; pasó por inhábil y carente de ambiciones, pero le tomaron en consideración como filósofo; hicieron una prueba más asignándole para otros dos años en el destacamento de Estado Mayor de una división de infantería y, expirado este tiempo, figuró como capitán de caballería entre el gran número de oficiales que constituyen la reserva y que, como tales, no salen de la tropa a no ser por circunstancias excepcionales. El capitán Stumm prestó luego sus servicios en otro Rallón, en el que

ingresó con el presupuesto de la instrucción militar Wilrentendida en tales candidatos, pero pronto descubrieron sus superiores la historia del potro y de sus cualidades prácticas. Hizo la carrera de mártir hasta que llegó al grado de teniente coronel, pero ya de comandante soñó con un permiso largo en el que esperaba recibir el sueldo de excedencia mientras le llegaba el día de la jubilación, que no tendría lugar sin haber antes ascendido al grado de coronel ad honores, esto si, disfrutando de título y de uniforme, aunque sin la paga correspondiente al retiro de coronel. Stumm no quería saber nada de ascensos según el escalafón militar, el cual avanza al ritmo de un reloj excesivamente lento; nada quería saber de aquellas mañanas en que, ya al levantarse el sol, volvía él, insultado, del campo de instrucción y entraba en el casillero con las botas sucias, para llenar el vacío del día todavía tan largo y para multiplicar las botellas vacías; nada le

importaban las tertulias con los compañeros, las historias del regimiento y aquellas Dianas que pasaban la vida al lado de sus maridos repitiendo la escala de grados en un Mono dulce pero claro, alto y argentino; nada le interesaban las noches en que el polvo, el vino, el aburrimiento, los kilómetros recorridos y el obligado tema de conversación -el caballo-, reunía a señores casados y solteros a puerta cerrada, en cuyos coloquios se ponía a las mujeres cabeza abajo para después derramar champán sobre sus faldas; nada le decía el eterno juicio de los condenados nidos de las guarniciones galicianas: una especie de bazar pequeño y destartalado, donde todo se podía comprar y alquilar a plazos, desde amor hasta jabón para caballerías, donde se negociaba con muchachas temblorosas de respeto, miedo y curiosidad. Su único consuelo en este tiempo fue la esmerada colección, aumentada también con las navajas y sacacorchos que le traían los judíos; éstos las

limpiaban sobre la manga al presentárselas en el mostrador, a lo cual daban un interés como si se tratara de hallazgos prehistóricos. El viraje inesperado tuvo lugar cuando un condiscípulo de Stumm, de los tiempos de la Academia Militar, se acordó de él y le propuso su traslado al Ministerio de la Guerra; en su departamento de educación y cultura se buscaba para el director un ayudante versado en la diplomacia civil. Dos años después se confiaba a Stumm, que entretanto había sido ascendido a coronel, la dirección del departamento. Stumm cambió desde que pudo sentarse en una silla en vez de sobre el animal sagrado de la caballería. Más tarde consiguió el grado de general con la seguridad casi plena de llegar todavía a teniente general. Naturalmente, hacía tiempo que se había afeitado la barba, pero a medida que crecía en edad, le iba creciendo también la frente; y la tendencia a la obesidad le daba ciertas apariencias de ilustrado en

cultura universal. Él se sentía feliz; y la felicidad aumenta la capacidad de rendimiento. Estaba hecho para la gran vida; todo lo demostraba. En el vestido de una señora elegante, en el mal gusto del entonces nuevo estilo vienés, en la explanada multicolor de un gran mercado de verduras, en el grisáceo aire asfaltado de las calles, en aquel asfalto del aire lleno de miasmas, de tufos y perfumes, en el estrépito, paralizado por unos segundos para dejar sobresalir a un único ruido, en medio de la inmensa variedad de gente civil, e incluso en las pequeñas mesas blancas de los restaurantes, tan individuales y separadas siendo iguales: en todo aquello vibraba una felicidad que sonaba a los oídos como un tintineo de espuelas. Era una felicidad que las personas civiles sólo pueden experimentar de viaje, al aire libre; no se sabe cómo, pero se presiente que el día pasará verde, dichoso, y que será abovedado por algo. En tal sentimiento estaba encerrada la propia

estimación, la del Ministerio de la Guerra, la de la cultura, la grandeza de cada uno de sus semejantes, y era todo tan cautivador que Stumm no había pensado, desde que estaba allí, en volver a visitar los museos o a frecuentar el teatro. Aquello era algo que rara vez se hace consciente, pero que lo envuelve todo, desde los galones de general hasta las voces de las campanas en las torres, significa tanto como un ritmo musical, y sin él la danza de la vida sería repentinamente interrumpida.

¡Demonios! ¡Lo que no ha conseguido mi menda! Así pensaba Stumm de sí mismo al encontrarse, a mayor abundamiento, en el centro de las habitaciones, en tan célebre asamblea del espíritu.

¡Allí estaba! ¡Era el único uniformado entre toda la intelectualidad! A esto se añadía aún algo más para aumentar su asombro: era como si delante de él hubieran colocado un globo terráqueo, azul celeste, un

poco aclarado junto a la guerrera nomeolvides de Stumm, relleno de felicidad, de importancia y de inteligencia fosforescente; pero además, en el centro de la esfera palpitaba el corazón del general y sobre él - como María pisando la cabeza de la serpiente-, una divina mujer, con su conciliadora sonrisa, imponiendo en todo una misteriosa seriedad. Así puede darse una idea aproximada de la impresión que Diotima había causado en el general Von Bordwehr desde el primer momento en que la figura de la señora había ocupado los ojos lentos de Stumm. El general amaba a las mujeres tan poco como a los caballos. Sus cortas y redondas piernas no se hallaban en su ser cuando montaban; si se veía precisado a hablar de caballos en los ratos libres, por la noche soñaba estar tan cansado de cabalgar y que no podía apearse; su comodidad le había impedido igualmente los desórdenes del amor; y, dado que el servicio ya le pesaba lo

suficiente, no necesitaba abrir válvulas nocturnas para dejar escapar las fuerzas restantes. Es cierto que, en sus buenos tiempos, no le había gustado ser aguafiestas, pero cuando pasaba las tardes no con sus navajas, sino con sus compañeros, empleaba generalmente una astuta estrategia, pues su sentido de la armonía corporal le había enseñado que ningún ejercicio duro en el estadio permite un sueño profundo, y esto le resultaba más cómodo que exponerse a los peligros y a los desengaños del amor. Cuando después se casó y se vio al poco tiempo rodeado de dos hijos de su ambiciosa mujer y con la obligación de mantenerlos, se dio cuenta de lo sensatas que habían sido sus consideraciones y costumbres anteriores al día en que cayó en la tentación de contraer matrimonio, a lo cual sólo le había inducido sin duda aquel pensamiento, no muy militar, asociado a la idea de un “guerrero casado”. Desde entonces se desarrolló vivamente en él

un ideal de mujer extraconyugal; este ideal había existido, por lo visto, ya antes en su subconsciente, y consistía en una cierta inclinación entusiasta hacia las mujeres que le intimidaban y que en consecuencia, le dispensaban de todo esfuerzo. Cuando contemplaba las figuras de mujeres que en sus tiempos de soltero había recortado de las revistas ilustradas -habían formado sólo parte secundaria de su actividad de coleccionista-, todas reunían esta característica; pero Stumm no lo había adivinado todavía y lo primero que le reveló su exaltado entusiasmo fue el encuentro con Diotima. Prescindiendo de la impresión de su belleza, en cuanto supo que era designada como una segunda Diotima buscó en una enciclopedia la significación de tal nombre; pero no lo comprendió bien; consiguió sólo formarse la idea de que sería una señora perteneciente a las altas esferas de la cultura civil, de la que él sabía desgraciadamente poco, no obstante su

posición elevada. El predominio espiritual del mundo se confundía en él con la gracia corporal de aquella mujer. Hoy, después de haberse simplificado tanto las relaciones entre los sexos, hay que poner de relieve que esto es lo más alto a lo que puede elevarse un hombre. Los brazos del general Stumm se sentían, en el pensamiento, demasiado cortos para abarcar la majestuosa corpulencia de Diotima, mientras que su espíritu sentía la misma insuficiencia frente al mundo y a la cultura de aquella mujer, de modo que en toda nueva vivencia le llegaba una brisa de dulce amor girando alrededor de su cuerpo redondeado como la redondez flotante de la esfera terrestre.

Este entusiasmo fue la causa que movió a Stumm von Bordwehr a volver a ver a Diotima poco después de que ésta le hubo despedido. Se plantó a pocos pasos de la admirada señora, tanto más cuanto que no conocía a nadie, y escuchó su conversación.

De buena gana hubiese tomado notas, pues no creía posible entretenerse con aquella riqueza espiritual como con un collar de perlas, si no hubiese oído él mismo las palabras con que ella saludaba a las más diversas personalidades. Pero de la falta de educación que en un general como él suponía estar a la escucha de conversaciones ajenas no se dio cuenta hasta que Diotima le dirigió una mirada reprensiva, no sin antes haberle vuelto despiadadamente la espalda varias veces; de este modo consiguió sacárselo de encima, Stumm dio entonces unas vueltas a través de la vivienda desbordante de gente, bebió un vaso de vino y, en el preciso momento en que se disponía a adoptar junto a la pared una postura decorativa, descubrió a Ulrich, a quien había visto antes en la primera asamblea. La mirada iluminó su memoria: Ulrich había sido un teniente inquieto con muchas y peregrinas ocurrencias en uno de los dos escuadrones que el general Stumm

había mandado siendo manso teniente coronel. -"Que un hombre como yo -pensó Stumm- haya conseguido en tan corta edad un grado tan alto...!" Se dirigió a Ulrich y, después de haberse reconocido los dos mutuamente y de haber hablado un rato sobre los cambios efectuados, Stumm aludió a la asamblea y dijo: -"Oportunidad inmejorable la mía para tomar contacto con los problemas civiles más importantes del mundo!"

-"Te vas a llevar una sorpresa, señor general" -le respondió Ulrich.

El general, en busca de un aliado, le estrechó efusivamente la mano: -"Tú fuiste teniente en el noveno regimiento de ulanos -dijo Stumm en tono muy expresivo-; un día será un honor para nosotros reconocer que los demás no lo comprenden todavía tan bien como lo comprendo yo."

81 - El conde Leinsdorf expone su opinión sobre la política realista. Ulrich funda sociedades

MIENTRAS en el concilio no se advertía el más mínimo avance hacia un resultado, la Acción Paralela hacía rápidos progresos en el palacio del conde Leinsdorf. Allí convergían los hilos de la realidad, y en él se personaba Ulrich dos veces por semana.

Nada le asombraba tanto como el número de corporaciones existentes. Llegaban informes de clubes náuticos y montañeros, de asociaciones antialcohólicas y vinícolas, de sociedades y antisociedades. Todas ellas apoyaban las aspiraciones de sus miembros y obstaculizaban las de los otros. Al parecer, no había nadie que no

perteneciera, por lo menos, a una asociación. -"Señor conde -dijo Ulrich, admirado-, no debemos consentir que se siga llamando a todo esto "granja de sociedades", como ingenuamente se la denomina; hemos llegado a un Estado, dentro de cuyo orden estatal, inventado por nosotros, todo individuo está incorporado a alguna de esas bandas de ladrones..."

Sin embargo, el conde Leinsdorf sentía cierta simpatía por las sociedades. -"Dése cuenta -replicó él- que la política ideológica no ha producido hasta ahora frutos positivos; lo que debemos hacer es política realista. Yo no tengo reparo en afirmar que los esfuerzos excesivamente Espiritualistas del círculo de su prima constituyen un cierto peligro."

- "¿Me va usted a dar lecciones?" -dijo Ulrich.

El conde Leinsdorf le miró. Se preguntó si aquello de lo que intentaba discutir no

sería demasiado avanzado para un hombre más joven e inexperto que él. Pero luego se decidió: -"Sí, vea usted -comenzó cautamente-; le voy a decir ahora algo que usted posiblemente no sabe todavía; política realista es no hacer aquello que se desea; por el contrario, se pueden conquistar muchos hombres accediendo a sus pequeños deseos."

Ulrich abrió desmesuradamente los ojos y miró desconcertado al conde Leinsdorf, que sonreía con satisfacción.

- "Pues bien -siguió explicándose-; acabo de decir que la política realista no debe dejarse guiar por el poder de la idea, sino por las necesidades de la práctica. Tratándose de ideas hermosas, a cualquiera le gustaría emprender su realización; es cosa sobrentendida. Pero precisamente por eso no se debe hacer lo que agrada. Ya lo dijo Kant."

- "¡Cierto! -exclamó Ulrich, admirado de la enseñanza-. Pero una finalidad es a todas luces necesaria!"

- "¿Finalidad? Bismarck quiso engrandecer al rey prusiano; he ahí su finalidad. No supo al principio que, para conseguirlo, declarararía la guerra a Austria y a Francia y que fundaría el Reich alemán."

- "¿Quiere decir Su Señoría que nosotros debemos limitar a desear el engrandecimiento y el poderío de Austria y, fuera de eso, nada?"

- "Tenemos todavía cuatro años ante nosotros. En este tiempo pueden suceder muchas cosas. Está bien poner en pie a un pueblo, pero después debe él mismo caminar hacia delante con sus propios medios. ¿Me entiende usted? Nosotros somos los obligados a ponerlo en pie. Y los pies de un pueblo son una sólida organización, sus partidos y sus corporaciones, y no es de eso de lo que se habla."

- "Señoría, aunque no lo parezca, ha expresado usted un pensamiento verdaderamente democrático!"

-“Puede que también sea aristocrático, aun cuando no me comprendan mis colegas. El viejo Hennenstein y el mayorazgo Türckheim me han contestado diciendo que el resultado de todo va a ser una porquería. Edifiquemos, pues, con prudencia. Debemos construir modestamente; sea usted amable con las personas que acuden a nosotros.”

Por eso, Ulrich no desairó en adelante a nadie de los que vinieron a él. Al poco tiempo se le presentó un hombre que le habló largo rato sobre filatelia. Le dijo que este arte une, primero a las naciones entre sí, en segundo lugar favorece las aspiraciones de propiedad y de prestigio que son innegablemente el fundamento de la sociedad y en tercer lugar exige no solamente conocimientos, sino también aptitudes artísticas. Ulrich observó a aquel hombre de aspecto triste y pobre, quien dio en seguida a entender que había comprendido el significado de aquella mirada, porque añadió que los sellos eran un

valioso artículo comercial con millones de ejemplares en circulación, por lo que no se debían menospreciar. Negociantes y coleccionistas de todo el mundo frecuentaban las oficinas filatélicas y por este medio se podía uno enriquecer. Pero él, personalmente, era idealista; estaba haciendo una colección especial en la que nadie había puesto su interés, así llegaría a perfeccionarla más fácilmente. Lo que deseaba era que en el año jubilar se abriera una exposición de sellos en la que su especialidad pudiera ser admirada.

Después de éste llegó otro que le dijo: cuando voy por la calle -más interesante aún que viajando en el tranvía- suelo contar, ya desde hace años, los palos de las letras grandes que aparecen en los rótulos de las tiendas (la A se compone, por ejemplo, de tres; la M de cuatro), y dividió el total de palos por el número de letras. Hasta ahora, el resultado ha sido de dos y medio; claro está

que no es definitivo y que en cada calle puede ser distinto; al repetir después la prueba se siente inquietud en caso de discrepancia, y alegría si coincide, lo cual se asemeja a los efectos depuradores atribuidos a la tragedia. Si luego se cuentan las letras mismas, entonces -el señor puede convenirse-, la divisibilidad de la suma entre tres resultará una feliz casualidad, razón por la cual, la mayor parte de las veces dejaban los letreros un sentimiento de insatisfacción, incluso los formados por letras masivas, es decir, por caracteres gráficos con cuatro palos, por ejemplo los de WEM, que siempre produjeron gran placer. ¿Qué se concluye de esto?, dijo el visitante. Que el ministerio de Sanidad debería dar una orden en la que se recomendara a los propietarios de negocios la elección de letras de cuatro palos para picárteles propagandísticos, y en la que, al mismo tiempo, se impidieren la medida de lo posible, el empleo de letras de un solo palo como

O, S, I, C, pues su simplicidad infundía tristeza.

Ulrich volvió a mirar fijamente al hombre, cuidando de mantenerle cierta distancia; pero, en realidad, aquel señor no daba la impresión de tener la mente perturbada; aparentaba ser un hombre de bien y pertenecer a la “mejor sociedad”, tendría algo más de treinta años y demostraba ser inteligente y amable. Prosiguió sus explicaciones diciendo que cálculo mental es cualidad indispensable en todas las profesiones; que el método de practicar la enseñanza en forma de juego responde a dictámenes de la moderna pedagogía; que la estadística había revelado profundos resultados ya mucho antes de encontrar su explicación; que eran conocidos los grandes perjuicios ocasionados por la afición a la lectura; y que, en fin, hablaría por sí sola la excitación provocada por tales averiguaciones en cualquiera que se decidiera a realizarlas personalmente. Si el

Ministerio de Sanidad se apoderaba de su descubrimiento y lo tomaba en consideración, las demás naciones seguirían pronto su ejemplo, y el año jubilar se convertiría en una bendición para toda la humanidad.

“A todas las personas que venían a él con algo así les respondía: ”Funde usted una nueva sociedad; tiene para ello todavía casi cuatro años, y si le sonrío la suerte, Su Señoría le apoyará.” Lo complicado del caso estaba en que casi todos tenían ya alguna asociación fundada. Relativamente sencillo era atender a las instancias de una sociedad futbolística que, por ejemplo, pedía para su extremo derecho la concesión del título de profesor a fin de documentar la importancia de la nueva cultura física; en tal caso se podía prometer más fácilmente la concesión de la solicitud. Más dificultosa resultaba la recepción de una visita como la siguiente: la de un hombre de unos cincuenta años de edad que se decía director de oficina; su

frente reflejaba la aureola del martirio, y él se declaraba fundador y presidente de la unión promotora del sistema taquigráfico Öhl; como tal se permitía despertar el interés del secretario de la gran Acción Patriótica con respecto al citado método Öhl de estenografía.

El sistema de estenografía Öhl, continuó, es una invención austríaca. Por lo que se comprende el hecho de no haber sido promovida ni difundida. Preguntó al señor si había aprendido alguna vez taquigrafía; al decirle Ulrich que no, se animó a exponerle las ventajas intelectuales de la escritura abreviada: ahorro de tiempo y de energía cerebral. ¿Se imaginaba la magnitud del trabajo mental desarrollado cada día en la confección de tantos ganchos, arabescos, imprecisiones, repeticiones desorientadoras de parecidas imágenes parciales, mezcla de elementos necesarios y expresivos con otros puramente arbitrarios y ornamentales?

Ulrich conoció, en su estupefacción, a un hombre que perseguía con un odio cruel la escritura corriente, tan inocua al parecer. Desde el punto de vista del ahorro energético, la taquigrafía era problema de vida o muerte para una humanidad en continuo progreso y bajo el signo de la prisa. Pero también, atendiendo a los valores éticos, la cuestión de la escritura normal y de la abreviada adquiría su importancia determinante. La “escritura orejuda” -según la llamaba amargamente el director de oficina, debido a los absurdos lazos de su forma- favorece la imprecisión, la arbitrariedad, la prodigalidad y la pérdida de tiempo, mientras que la escritura abreviada fomenta la exactitud, la fuerza de voluntad y la solidez viril. La taquigrafía enseña a hacer lo necesario y a omitir lo inútil. ¿Creía el señor en aquella lección moral que el método Öhl predicaba y que era de suma importancia, sobre todo para un austríaco? El asunto se hacía todavía

tangible desde el punto de vista estético. ¿No se reprueba justamente la ampulosidad y se la tacha de mal gusto? ¿No se exigía ya en los clásicos la obediencia de los elementos estéticos a las sugerencias de la razón, y no se consideraba componente esencial de la belleza? También mirando a la salud - prosiguió el director de oficina-, es urgente abreviar los horarios de los escribientes encorvados sobre sus mesas. Después de haber dilucidado la cuestión de la estenografía y habiéndola relacionado además con otras ciencias para pasmo del interlocutor, pasó el visitante a demostrar la infinita superioridad del sistema Ölh sobre todos los demás sistemas. Le demostró a Ulrich que, bajo todos los puntos de vista citados, los demás sistemas estenográficos eran una traición al concepto de la escritura abreviada. Y, acto seguido, le desarrolló la historia de sus sufrimientos. Se trataba de unos sistemas más antiguos y más poderosos que habían

hallado tiempo para aliarse con toda suerte de intereses materiales. En las escuelas de comercio se enseñaba el sistema Vogelbauch y se oponía resistencia a todo cambio, apoyada naturalmente por la plana mercantil, fiel a la ley de la inercia. Los periódicos que, según estaba al alcance de todos, ganaban buena cantidad de dinero con los anuncios de las escuelas comerciales, no prestaban oídos a ninguna proposición de reforma. ¿Y el Ministerio de Educación? ¡El colmo!, dijo el señor Ölh. Cinco años antes, al introducirse la enseñanza obligatoria de la taquigra en las escuelas medias, el Ministerio de Educación había hecho una fiesta para elegir uno de los sistemas; y naturalmente, en la comisión formada para su ejecución se encontraban representantes de las escuelas y de los taquígrafos parlamentarios, los cuales van a la par con los periodistas; por lo demás, nadie. Estaba claro que el sistema a adoptar era Vogelbauch. La sociedad estenográfica Ölh

había lanzado el grito de alerta y redactado sus protestas. Pero sus delegados no fueron recibidos en el Ministerio.

Ulrich informó a Su Señoría sobre tales cosas. -"¿Ölh? -preguntó Leinsdorf-. ¿Y es funcionario?" El conde se frotó la nariz durante largo rato, pero sin tomar ninguna resolución. -"Entonces debería hablar usted con su superior, o sea, con el consejero áulico, y preguntarle si ése es hombre de valía" -dijo luego de breve pausa, pero aquel día se sentía inspirado y cambió repentinamente de idea.

-"No, espere un momento; vamos a hacerlo por escrito. ¿Qué le parece?" Entonces le confió algo privado que debió de ser para el otro una revelación. -"¿Quién sabe si todas estas cosas no son disparatadas! Pero iré usted, doctor: las cosas importantes dependen regularmente del hecho mismo de tomarlas en serio. Me lo confirma el caso del doctor Arnheim, perseguido siempre por los

periodistas. Los periódicos podrían mbién ocuparse en otros asuntos. Sin embargo, rodeando al doctor Arnheim, le proporcionan popularidad. ¿Dice usted que Öhl dirige una sociedad? Eso no significa nada. Por otra parte, repito, hay que pensar al estilo moderno, y si hay mucha gente partidaria de algo determinado, puede tenerse casi por seguro que de ahí resultará algo positivo.”

82 - Clarisse ansia un “año ulrichiano”

NO cabe duda de que Ulrich fue a ver a Clarisse ni más ni menos que para intentar ponerla en razón, después del despropósito que había cometido ella con su carta al conde Leinsdorf. Ulrich se había olvidado por completo de hablar sobre este asunto con Clarisse en su última entrevista. Yendo, pues, de camino a su domicilio, Ulrich pensó que Walter podría estar efectivamente celoso de él, y que la nueva visita a su esposa exaltaría los sentimientos del amigo tan pronto como llegara a sus oídos noticia; pero Walter no podía hacer nada en contra; se hallaba en una curiosa situación común a la mayoría de los hombres celosos: sólo después de las

horas de oficina disponen de tiempo para vigilar a sus mujeres.

La hora elegida por Ulrich para salir de casa no parecía prometer que Walter se encontrara con su esposa. Era poco después del mediodía, y antes se había anunciado por teléfono. Las ventanas aparentaban no tener cortinas; un rayo incisiva atravesaba los cristales la blancura reflejada por los campos nevados! Clarisse, desde el centro de la habitación, en medio de aquella despiadada luz que arremolinaba todos los objetos, miraba sonriente al amigo que se acercaba. Encorvado sobre la ventana el liso perfil de su cuerpo espigado, resplandecía ella con vivos colores; su sombra era niebla de pardo azul, con contorno -su frente, su nariz y su mentón- de nieve a medio derretirse, por el viento y por el sol. Su figura evocaba no tanto el cuerpo de una persona cuanto el encuentro de hielo y de luz en la fantástica soledad de un invierno alpino. Ulrich captó

algo del hechizo que ella produciría, en momentos, sobre Walter; y sus sentimientos contradictorios se desviaron por un instante a la contemplación del cuadro que mutuamente se ofrecían dos seres cuya vida él quizá apenas conocía.

-”No sé si habrás contado a Walter las incidencias de la carta que enviaste al conde Leinsdorf -comentó él-; yo he venido a hablarte con el ruego de que prescindas en el futuro de semejantes ideas.” Clarisse acercó dos sillas y le instó a que se sentara. -”No cuentes a Walter nada de esa carta -le pidió ella-; pero vamos a ver, ¿qué tienes tú en contra? Te refieres al año nietzscheriano, ¿no es cierto? ¿Qué dijo tu conde a eso?”

-”¿Qué iba a decir! Tu idea de relacionar todo con Moosbrugger era absurda. Desde luego, tu carta hubiera ido de todos modos a parar a la papelera.”

-”¿Ah, sí? -Clarisse se llevó una gran desilusión. Después declaró-: Supongo que tú tendrás algo que enmendar a todo esto.”

-”Ya te he dado a entender que estás loca.”

Clarisse sonrió e interpretó la aseveración de Ulrich como un cumplido. Tomó a Ulrich del brazo y le dijo: -”¿Conque consideras el año austríaco una locura?”

-”¡Claro!”

-”Un año de Nietzsche hubiera sido, sin embargo, algo bueno; ¿por qué no se ha de poder desear una cosa por el hecho de pareceremos buena?”

-”¿Cómo te imaginas tú un año de Nietzsche?” -preguntó él-

-”¡Ahí está el quid!”

-”¡Tiene gracia!”

-”¡No hay gracia que valga! Dime, ¿por qué te parece gracioso realizar aquello que intelectualmente para ti es serio?”

-”En seguida te lo diré -repuso Ulrich quitándose de encima la mano de Clarisse-. No se necesita que sea precisamente Nietzsche el titular del año. ¿No podría ser igualmente Cristo o Buda?”

-”¿Y por qué no tú? Imagínate un año ulrichiano!” Clarisse lo dijo en el mismo tono tranquilo con que otra vez le había Rogado que liberara a Moosbrugger. Pero en la presente ocasión, Ulrich no estaba distraído, sino que la miró fijamente, al tiempo que escuchaba sus palabras. En el rostro de la amiga apareció tan sólo su acostumbrada sonrisa, impresa como una graciosa mueca, pequeña, violentada por el esfuerzo.

-”Menos mal -pensó él-; sus intenciones no son tan despreciables.”

Pero Clarisse se le acercó de nuevo. -”¿Por qué no organizas un año tuyo? Quizá tendrías poder para ello. De esto, ya te he dicho, no debes contar nada a Walter, como tampoco de la carta relacionada con

Moosbrugger. Ni siquiera que he tratado de estos asuntos contigo. Sin embargo, créeme, ese homicida es musical; sólo que no sabe componer. ¿No has observado que cada ser humano está situado en el centro de una esfera celeste? Si la persona se mueve de su sitio, la esfera va con ella. Así hay que hacer la música también; sin conciencia y con simplicidad, como la esfera que nos contiene...”

-”Algo parecido debería figurarme yo sobre lo que podría ser mi año. ¿Te parece bien?”

-”No -contestó Clarisse, resuelta. Sus estrechos labios quisieron decir algo, pero callaron, y la llama ardió muda en los ojos. Fue imposible describir lo que salió de ella en aquel momento. Quemaba como si se aproximara algo incandescente. Luego sonrió, pero su sonrisa se enfrió como ceniza sobre sus labios, después de extinguirse la llama en sus ojos.”

-”Sí, algo semejante podría imaginarme yo -repitió Ulrich-. Pero temo que, según tú, me vea en el deber de dar un golpe de Estado.”

Clarisse reflexionó. -”Digamos, pues, un año de Buda -repuso ella, sin atender a la objeción de Ulrich-. No sé lo que pudo exigir Buda; algo parecido; partamos de ese supuesto y, si resulta interesante, ejecutémoslo. Si vale la pena que creamos en ello, se demostrará.”

-”Bueno, préstame atención: has hablado de un año nietzscheriano. ¿Qué es lo que en resumidas cuentas exigía Nietzsche?”

Clarisse meditó. -”No quiero decir un monumento o una calle -replicó ella, enco-gida-. Pero habría que enseñar a los hombres a vivir como...”

-”¿Como él quería? -la interrumpió Ulrich -. ¿Y qué es lo que él quería?”

Clarisse intentó responderle; esperó; luego le dijo: -"¡Vamos! Bien lo sabes tú mismo."

-"¡Qué lo voy a saber! -bromeó Ulrich-. Te voy a decir una cosa: se puede poner en práctica un programa para abrir un "comedor de auxilio social Francisco José" o para fundar una sociedad protectora de gatos domésticos, pero las buenas ideas son tan difíciles de realizar como la música. Qué significa esto, no lo sé; pero es así."

Por fin, Ulrich consiguió sentarse en un pequeño sofá, detrás de la mesilla; aquel lugar ofrecía mejores posibilidades de oponer resistencia. Clarisse permaneció de pie, perorando en el centro vacío de la habitación, al otro lado de una placa reflectante que prolongaba las dimensiones de la mesa. Su cuerpo cenceño hablaba y reflexionaba. Todo lo que quería decir lo expresaba primero con el cuerpo y sentía la urgente necesidad de hacer algo con él. Su amigo había

tenido siempre la impresión de que el cuerpo de Clarisse era duro y pueril, pero ahora, ante aquella blanda movilidad sobre sus piernas cerradas, le pareció reconocer en Clarisse a una bailarina de Java. Y de repente pensó que no le extrañaría verla ponerse en trance. ¿O es que ya estaba él preparado? Ulrich pronunció un largo discurso: -"A ti te gustaría vivir según tu idea -comenzó-, y quisieras saber cómo se consigue. Pero una idea: he ahí la realidad más paradójica del universo. La carne está unida a las ideas como en el mundo del fetichismo. Será cosa de magia si hay quien encuentre una idea en él. Una bofetada ignominiosa puede resultar mortal en conexión con la idea del honor, castigo y otras. Y, sin embargo, no se pueden mantener ideas en el estado en que más fuertes se sienten; se parecen a esos cuerpos que, al contacto con el aire, transforman inmediatamente su forma en otra más duradera, pero viciada. Esto lo has

experimentado también tú. Porque también tú eres una idea en un estado determinado. Algo te alienta; como cuando se levanta entre el murmullo un sonido repentino; algo hay delante de ti, como un espejismo de aire; del caos de tu alma ha derivado un tren sin fin, y todas las beldades del mundo parecen tomar asiento en él. Todo esto puede sugerir una sola idea. Pero en breve esa misma se vuelve semejante a todas las demás que has poseído antes, se subordina a ellas, se hace parte de tus juicios y de tu carácter, de tus principios y de tus tendencias, ha perdido las alas y adquirido una estabilidad desprovista de misterio.”

-¿Clarisse replicó: -”Walter está celoso de ti. No por mi causa, sino que tú aparentas ser capaz de hacer lo que él desearía. ¿Entiendes? Hay algo en ti que se sustrae a sus posibilidades. No sé cómo explicarme.” Clarisse clavó en los ojos de Ulrich una

mirada escrutadora. Las palabras de uno y de otro se trenzaron entre sí.

Walter había sido siempre el niño mimado de la vida; se dejaba acabar en su regazo. Fuera lo que fuera lo que le sucedía, él lo transformaba en delicada vivacidad. Había sido siempre el más rico en experiencia. “Pero acumular vivencias es la señal prematura y pretenciosa del hombre adocenado -pensó Ulrich-; las circunstancias quitan a la experiencia la virulencia o el dulzor personal.” Era aproximadamente así. La afirmación misma de que fuera de ese modo era una circunstancia por la cual se suprimían besos y despedidas. ¿Y estaba todavía Walter celoso de él? Esto le alegraba.

-”Le he dicho que tiene que matarte” - informó Clarisse. -”¿Qué?”

-”Matarte he dicho. Si no valieses tanto como lo que tú crees, o si fuese él mejor que tú y sólo así se pudieran hacer las paces, ¿no

sería acertada esta idea? De todos modos, puedes defenderte.”

-”No piensas mal!” -respondió Ulrich, inseguro.

-”Bueno, estamos hablando por hablar. ¿Qué opinas tú, en serio? Walter dice que cosas semejantes ni siquiera se deben pensar.”

-”Yo creo, sin embargo, que sí se puede, el solo pensar no tiene nada de particular” -repuso Ulrich no muy seguro, y mirando fijamente a Clarisse. Ésta ofrecía un encanto especial. ¿Puede decirse: como si se hallara ella cerca de sí misma? Estaba ausente y presente, y ambas estaban muy juntas.

-”Para qué pensar!” -le interrumpió Clarisse. Habló vuelta a la pared ante la que estaba Ulrich sentado, como si mirase a un punto entre él y el tabique. -”Tú eres pasivo, igual que Walter.” También esta palabra quedó suspendida entre dos distancias; alejó como una ofensa y reconcilió con la aproximación confidencial sobrentendida. -”Yo digo,

en cambio, que si se puede pensar en una cosa, se ha de poder también ponerla luego en práctica” -dijo ella, secamente,

A continuación se fue hacia la ventana con las manos atrás. Ulrich se levantó de inmediato, la siguió y posó un brazo sobre su espalda. -”Pequeña Clarisse, acabas de mostrarte muy rara. Pero debo decirte unas pocas palabras referentes a mí; creo que, en realidad, yo no te intereso; así me parece” -dijo él.

Clarisse se asomó a la ventana; pero ahora con el ceño fruncido; fijó la mirada en un objeto de fuera como para escudriñar algo. Le parecía que sus pensamientos habían vagado hasta entonces y que en aquel momento se habían concentrado. No era nueva aquella impresión de sentirse como un local donde acababa de cerrarse la puerta. Le venían a veces días y semanas en que todo lo que la circundaba se hacía más claro y más ligero que de costumbre, como si ya no fuera

costoso tragarlo y salir de paseo fuera de sí misma; del mismo modo volvían, a continuación, tiempos difíciles que la aprisionaban; duraban generalmente poco, pero ella los temía como a un castigo, porque entonces se le hacía el mundo estrecho y triste. En el momento presente, caracterizado por su serena tranquilidad, se sentía insegura; no sabía ya lo que poco antes había deseado, y aquella claridad plomiza, aquel dominio en apariencia sosegado, preludiaba a menudo el tiempo del castigo. Clarisse se concentró y se imaginó que, prosiguiendo la conversación de modo convincente, conseguiría ponerse a salvo. -"No me llames "pequeña" -le apostrofó enojada-; si no, voy a acabar matándote." Esto le salió como simple y pura broma; había obtenido, pues, resultado. Volvió cuidadosamente la cabeza para observar a Ulrich. -"Naturalmente, esto no es más que un modo de hablar -prosiguió-; sin embargo, tienes que comprender que con ello quiero expresar

algo. ¿De qué estábamos hablando? Tú has dicho que no se puede vivir conforme a una idea. Vosotros no tenéis la energía necesaria, ni tú ni Walter.”

-”Es horroroso que me hayas cargado con el atributo de pasividad. Tienes que saber que hay dos clases; una pasiva pasividad, la de Walter; y otra activa.”

.-”¿Cómo es la pasividad activa?” -preguntó curiosa Clarisse.

-”La espera de un encarcelado a una oportunidad de huida.”

-”Bah! -dijo Clarisse-. Subterfugios!”

-”Quizá” -contestó él.

Clarisse conservaba todavía las manos enlazadas a su espalda, y las piernas separadas como si calzaran botas de montar.

-”¿Sabes lo que dice Nietzsche? Querer llegar a la certeza en el saber es como querer andar sobre seguro: una cobardía. Hay que poner manos a la obra; el sólo hablar no basta.

Precisamente esperaba de ti que emprendieras alguna vez una obra sensacional.”

Clarisse tomó entre sus dedos un botón del chaleco de Ulrich y empezó a darle vueltas; su rostro se volvió hacia el de su amigo. Instintivamente puso él una mano sobre la de Clarisse, para proteger el botón.

-”Hace tiempo que vengo reflexionando sobre una cosa -prosiguió ella, vacilante-; la gran villanía de hoy día no consiste en cometerla, sino en despreocuparse de ella; ésta crece en el vacío.” Clarisse le miró luego de esta aseveración. Después continuó decidida: -”La despreocupación es diez veces más peligrosa que la acción. ¿Me entiendes?” Clarisse luchó un instante consigo misma en la duda de si debería describir pensamiento con más detalles. Pero añadió: -”Ya me entiendes, verdad, querido? Es cierto que tú te has mostrado siempre partidario de para cada uno a su aire, y sé cómo lo enjuicias. Más de una vez he pensado de ti que eres el

diablo.” Esta frase se le escapó de la boca como una lagartija. Clarisse se estremeció. En un principio había pensado sólo en el deseo de Walter de tener un hijo. Su amigo advirtió un ligero temblor los ojos ávidos de Clarisse. Pero de su rostro, fijo en el de Ulrich, manaba algo; no algo hermoso, sino más bien algo feo, excitante, como una gigante de sudor que ocultaba el semblante; pero incorpórea, puramente imaginaria. Él se sintió contagiado sin querer, e inducido a ausentarse cómodamente del pensamiento. Ya no pudo poner justa resistencia a aquellas interesantes frases; al fin, tomó a Clarisse de la mano y sentó en el sofá junto a él.

“Ahora te voy a decir por qué no pongo manos a la obra” -comentó él, y calló.

Clarisse, vuelta en sí en el momento del contacto, le animó.

-”No hay nada que hacer, porque... [Se-
guro que tú no lo comprenderías...!” -

Levantó la mano, sacó un cigarrillo y se dedicó a encenderlo.

-”Dime lo que quieres decir” -intervino Clarisse. Pero Ulrich prosiguió en silencio. Entonces extendió ella el brazo por detrás de la espalda de Ulrich y lo abatió, inflamando el bíceps como un muchacho muestra su fuerza. Lo gracioso en ella fue que no hubo que decir palabra para transportarla al estado de presunción; bastó su gesto tan extraordinario.

-”Eres un gran bandido!” -exclamó Clarisse intentando mismo tiempo hacerle daño.

En aquel momento quedaron desagradablemente interrumpidos los dos por el regreso de Walter.

83 - Otro tanto sucede, o por qué no se improvisa la historia

¿QUÉ habría podido replicar Ulrich a Clarisse?

El se lo había callado, porque la interlocutora despertó en su corazón el deseo de pronunciar la palabra Dios. Habría dicho aproximadamente: Dios no interpreta el mundo literalmente; el mundo es una imagen, una analogía, una figura de dicción, y tiene un vocabulario del que Dios se ve precisado a servirse por motivos que Él conoce, a pesar de ser insuficiente para expresar su pensamiento; no debemos, pues, tomarlo al pie de la letra, sino que nosotros mismos debemos buscar la solución de los problemas que Él nos presenta. Ulrich se preguntaba si

Clarisse estaría de acuerdo en considerar aquello como un juego de indios o de guardias y ladrones. Sin duda. Si alguien le abría camino, ella se arrimaba a él como una loba y atendía con mirada penetrante.

Pero Ulrich había estado a punto de decir alguna otra cosa: algo relacionado con los problemas matemáticos, los cuales no admiten soluciones generales, pero sí soluciones parciales, de cuya combinación puede deducirse una solución aproximada. Podría haber añadido que tal le parecía a él el problema de la vida humana. Aquello a lo que se suele llamar edad -sin saber qué se debe entender por este espacio de tiempo: si siglos, milenios o los años que median entre la escuela y el nieto-, aquel amplio e irregular caudal de situaciones vendría a equivaler a una sucesión inconstante de parciales y falsos intentos de solución, de los cuales podría derivarse la auténtica y total solución, si la humanidad supiera resumirlos.

Ulrich se acordó de esto al volver a casa en el tranvía; con él viajaban también hacia la ciudad otras personas ante las que se avergonzó un poco debido a aquellos pensamientos. En el aspecto de cada persona se adivina la ocupación de la que volvía y las diversiones a las que se dirigía; en su mismo vestir era fácil reconocer su procedencia y su rumbo. Ulrich observó a su vecina; era ciertamente mujer y madre, de unos cuarenta años de edad, muy probablemente la esposa de un empleado académico, y tenía sobre el regazo unos pequeños anteojos de teatro. Ulrich se imaginó ser al lado de ella un muchacho juguetón, incluso un juguetón no muy decente.

En efecto, un pensamiento que no tiene un fin práctico es una ocupación secreta, algo indecente; pero en especial aquellos pensamientos que avanzan a zancadas enormes y que sólo con las suelas tocan la vida práctica son sospechosos de origen

desordenado. En tiempos pasados se solía hablar del vuelo del pensamiento; y en la época de Schiller, un hombre con tan engraiadas ideas en el pecho hubiera sido muy bien visto; hoy día, en cambio, se tiene la impresión de que en una persona así algo hay que no va en orden, caso de no coincidir casualmente ese algo con su profesión y con la fuente de sus ingresos. La cosa se ha repartido evidentemente de otro modo. Se han extirpado del corazón del hombre ciertas ideas. Para los pensamientos de altos vuelos se ha creado una especie de granja avícola, denominada literatura, filosofía o teología, en donde se multiplica cada una a su modo, siempre sin control, lo cual está muy bien porque así nadie necesita reprocharse la despreocupación personal respecto a semejante desarrollo. Ulrich, respetando el profesionalismo y la especialización, estaba resuelto a no objetar nada a tal división de actividades. Pero se permitía a sí mismo pensar, aun no

siendo filósofo de oficio; de momento se figuraba que esto habría de conducir a un enjambre de Estado. La reina pondría los huevos, los zánganos entregarían su vida al placer y al pensamiento, y los especialistas trabajarían. También una humanidad así es imaginable; el rendimiento global sería caso acrecentado. El hombre de hoy alberga todavía dentro de sí a la humanidad entera, como quien dice; pero tal medida resulta ya evidentemente excesiva y está desacreditada, de modo que lo humano se ha convertido casi en un auténtico fraude. Quizá garantizarían el éxito las medidas de precaución en la obra de repartimiento, con el fin de que un grupo especial de los partidos de trabajadores constituyera un núcleo sintético de espiritualidad. Porque sin espíritu, ¿qué? Ulrich quiso decir que sin espíritu no le agradaría la vida. Pero esto era naturalmente un prejuicio. No se sabe en suma de qué depende el éxito. Ulrich se enderezó en su silla

y, para distraerse, contempló su rostro en el espejo de la ventana de enfrente. Su cabeza flotó en el líquido cristal con maravillosa insistencia, entre dentro y fuera, suplicando su reintegración. ¿Había guerra en los Balcanes, sí o no? Algo sucedía; pero lo que él no sabía era si se trataba de una guerra. ¶Tantas cosas agitaban a la humanidad...! Se había vuelto a superar el récord de altura. ¶Valiente hazaña! Si mal no recordaba, estaba en los 3.700 metros y el hombre se llamaba Jouhoux. Un boxeador negro había vencido a su adversario blanco, y conquistado así el campeonato mundial; Johnson era su nombre. El presidente de Francia partía para Rusia; se creía en peligro la paz mundial. Un tenor recién descubierto ganaba en Sudamérica sumas hasta entonces inverosímiles en Norteamérica. Un terremoto espantoso había estremecido al Japón; ¶pobres japoneses! En resumen, los acontecimientos que se sucedían, era un tiempo agitado aquel

de fines del 1913 y de principios del 1914. Pero también dos o cinco años antes había registrado la humanidad tiempos movidos; cada día había originado nuevas emociones; y, con todo, apenas se podía acordar ya nadie de lo que había acontecido. Se podía resumir así: el nuevo remedio contra la lúes consiguió...; en la investigación sobre el metabolismo vegetal se han...; la conquista del Polo Sur parecía...; los experimentos de Steinach suscitaron... Se podía muy bien prescindir de una parte de la frase; no interesaba demasiado. ¿Qué asunto más especial el de la historia! Cabía asegurar que este o aquel acontecimiento tenía ya o alcanzaría su puesto en ella, pero no era tan seguro que tal acontecimiento se hubiese realizado; pues para hablar de su realización se necesita que, de hecho, haya tenido lugar en un año determinado y no en algún otro o nunca; al final puede resultar que no se trata más que de “algo semejante” u “otro tanto”. Eso

precisamente es lo que ningún hombre puede afirmar de la historia, a no ser que él mismo la haya anotado como lo hacen los periodistas, y a no ser que se trate de cuestiones profesionales o de dinero, pues naturalmente importa saber en cuántos años se adquiere el derecho a la jubilación y cuándo se va a adquirir una cantidad fija o se va a tener que entregarla; así, incluso las guerras pueden llegar a convertirse en hechos memorables. Nuestra historia, vista de cerca, aparece insegura y turbia como un fangal a medio desaguar; lo curioso del caso es que después se encauza en un camino, en ese “camino de la historia” que nadie sabe de dónde viene. Aquel servir-de-material a la historia indignaba a Ulrich. El cajón brillante y movedizo donde él viajaba le parecía una máquina en la que se mezclaban unos cuantos cientos de kilos de hombres para hacer de ellos “porvenir”. Hace cien años se sentaban los mismos en diligencias, con parecida

expresión en sus rostros; de aquí a cien años, sabe Dios qué será de ellos, pero se sentarán igualmente como hombres nuevos en los nuevos aparatos del futuro. Ulrich sentía todo esto y se sublevaba contra la aceptación inerme de cambios y circunstancias, contra la resignada contemporización, contra la confiada, descontrolada e inhumana participación de los siglos, y era como si él se rebelara contra el caprichoso sombrero, en su cabeza.

Se levantó inconscientemente e hizo a pie el resto del camino. En el distrito de más tráfico de la ciudad, donde se encontraba entonces, su desazón se serenó transformándose en buen humor. ¡Cuidado que era disparatada la ocurrencia de Clarisse de declarar un año del espíritu! Ulrich concentró su atención en este punto. ¿Por qué resultaba su idea tan absurda? Pero con la misma razón se podía preguntar: ¿por que

era tan absurda la Acción patriótica de Diotima?

Respuesta número uno: porque la historia universal se forma, sin duda, igual que todas las demás historias. Cuando al autor no se le ocurre ya nada nuevo, toma la historia del vecino y la copia. Ésta es la razón por la que todos los políticos estudian historia en lugar de biología u otras ciencias parecidas. Lo dicho respecta a los autores.

Número dos: en su mayor parte la historia se forma, sin embargo, prescindiendo de los autores. No surge de un centro, sino de la periferia. Por causas de poca monta. Probablemente no se necesita tanto como se cree para hacer del hombre gótico o del griego clásico el hombre de la civilización moderna. Porque el ser humano se adapta tan fácilmente a la antropofagia como a la crítica de la razón pura; con las mismas convicciones y aptitudes puede entregarse a la una y a la otra, si las circunstancias

favorecen, y si a grandes diferencias externas corresponden en este caso pequeñas diferencias internas.

Divagación primera: Ulrich se acordó de una experiencia de sus tiempos del servicio militar. El escuadrón está compuesto por hombres a caballo, formados de dos en dos; el ejercicio de “transmisión de órdenes” consiste en comunicarse los mandos de uno a otro en voz baja; si el anterior dice: “el sargento preceda a la columna”, los siguientes repiten: “sean fusilados inmediatamente ocho hombres”, o algo similar. Del mismo modo se forma la historia del mundo.

Respuesta número tres: si se pudiera, por tanto, trasladar una generación de europeos contemporáneos, en su más tierna infancia, a la era egipcia, al año cinco mil antes de Cristo, y si se la abandonara allí, la historia universal comenzaría otra vez en el año cinco mil antes de Cristo; primero se repetiría un poco, y luego, por razones que

nadie se podría explicar, empezaría poco a poco a discrepar,

Divagación segunda: la ley de la historia -pensó entonces- no es otra que el principio estatal del “Viva la Pepa” en la antigua Kakania. Kakania fue un Estado extraordinariamente cuerdo.

Divagación tercera o ¿respuesta número cuatro?: el camino de la historia no es, pues, el que recorre una bola de billar dando carambolas con dirección fija, sino que se asemeja más bien al rumbo de las nubes, a la Rectoría descrita por un vagabundo trotacalles, rechazado aquí por sombra, allí por un grupo de hombres, más adelante por la vuelta una esquina y el cual llega, al fin, a un lugar desconocido y no deseado. En el curso de la historia se dan también deslices. El presente es siempre como la última casa de una ciudad, que de algún modo ya no pertenece al casco urbano. Cada generación se pregunta extrañada: ¿quién soy ¿y qué

fueron mis antepasados? Sería mejor que se preguntara: ¿dónde estoy yo?; y que supusiera que sus antepasados no fueron de otro modo, sino que simplemente vivieron en otro tiempo; con esto se habría ganado algo, pensó Ulrich.

El mismo había numerado sus respuestas y divagaciones, a la vez que había mirado al rostro de un paseante y al escaparate de una tienda para no dejar escapar sus pensamientos; pero a pesar de todo, Ulrich se había distraído un poco y se vio precisado a pararse un momento para cerciorarse del lugar en donde estaba, a fin de poder tomar el camino más directo hacia su casa. Antes, se esforzó de nuevo por ordenar exactamente sus preguntas. La loquilla de Clarisse tenía, pues, razón; era necesario hacer historia, había que improvisarla, aunque él se lo había discutido; y ¿por qué no se hace? En aquel instante no le vino a la cabeza otra respuesta que el nombre de Fischel, el director del

Lloyd-Bank, su amigo Leo, con el que en un verano de años atrás se había sentado repetidas veces a la mesa de un café; porque si Ulrich, en lugar de hacerse tales preguntas en forma de monólogo, se las hubiera expuesto a Fischel en una conversación éste le hubiera contestado, según su costumbre: -"Sus preocupaciones son también mías." Ulrich agradecía esta refrigeradora contestación que sin duda hubiera recibido de él. -"Amigo Fischel -replicó Ulrich inmediatamente en su pensamiento-, no es tan sencillo. Yo digo "historia", pero entiendo, si usted bien recuerda, "nuestra vida". Además, ya he admitido desde un principio que escandalizo enormemente si pregunto por qué el hombre no hace historia, es decir, por qué interviene activamente en la historia tan sólo como una bestia cuando está herida, cuando tiene fuego en sus espaldas; ¿por qué, en definitiva, hace historia únicamente en caso de extrema necesidad? ¿Por qué ha de

escandalizar esto? ¿Qué podemos tener nosotros en contra, si total lo que quiere decir es que el hombre no debe permitir a la vida humana seguir el rumbo que lleva?”

-”Ya se sabe lo que pasa -hubiera respondido el director Fischel-. Podemos estar contentos con que los políticos, los eclesiásticos y los grandes señores, que no tienen nada que hacer, y todos los demás hombres con ideas fijas en la cabeza, no perturben la vida cotidiana. Por lo demás, hay cultura. [Si por lo menos no hubiera tantos hombres que se comportaran como analfabetos...!” El director Fischel tenía naturalmente razón. Tenemos que darnos por satisfechos con entender de pólizas y de valores, y con que los demás no se metan demasiado en la historia alegando saber mucho de ella. Sería imposible, [Dios nos libre!, vivir sin ideas, pero lo mejor es tenerlas equilibradas, no hay como un balance of power, una paz armada de ideas que evite ataques laterales. Él tenía a la

cultura como sedativo, o lo que es lo mismo, el sentimiento fundamental de la civilización. Existe, no obstante, el sentimiento contrario, cada día más poderoso, de que los tiempos de la historia heroico-política, confeccionada por casualidades y por sus paladines, han sido ya superados en parte, y deben ser sustituidos por una solución sistemática en la que cooperan todos los interesados.

En aquel momento, al llegar Ulrich a casa, quedó clausurado el año ulrichiano.

84 - Se afirma que también la vida ordinaria es utópica

EN casa encontró el acostumbrado montón de correspondencia enviada por el conde Leinsdorf. Un industrial había ofrecido un premio de extraordinario valor al ciudadano más aprovechado en la instrucción militar. La curia arzobispal examinaba el proyecto de fundar un gran orfanato, y declaraba sentirse en el deber de poner reparos a toda promiscuidad confesional. El comité de culto y educación informaba sobre el éxito conseguido por la sugerencia, provisionalmente definitiva, de erigir cerca del palacio residencial un monumento al gran emperador pacífico y a los pueblos de Austria; después de haber tomado contacto con el respectivo Ministerio kakaniense de Culto y Educación, y de haber

consultado a las principales instituciones artísticas y a las sociedades de ingenieros y arquitectos, apareció tal divergencia de opiniones e ideas, que el comité se vio obligado a abrir un concurso, en el cual se seleccionaría la mejor planificación de otro concurso que daría como resultado el diseño del monumento a construir, salvando naturalmente la posibilidad de posteriores revisiones, caso de que el comité central aprobara la idea. La Secretaria imperial devolvió, previa inspección, las adjuntas proposiciones, después de tres semanas de haber sido presentadas, y manifestó no serle todavía posible comunicar la anuencia del soberano; sin embargo, se podía adivinar su deseo de que también sobre este punto se diera lugar a la formación de una opinión pública. El Ministerio kakaniense de Culto y Educación, acusando recibo de la acta. del día tal de los corrientes, lamentaba no poder acceder a la especial solicitud de la sociedad taquigráfica Ölh; la liga

pro salute “Letras-de-palo” pedía, haciendo alarde de cultura, una subvención pecuniaria.

De este estilo eran todas las demás sugerencias. Ulrich retiró el paquete del mundo real, y reflexionó un momento. De repente se levantó, hizo traer su sombrero y su chaqueta y dijo que volvería en una hora o en hora y media. Llamó un coche y regresó a casa de Clarisse.

Había oscurecido, la casa proyectaba sólo un poco de luz sobre la calle a través de una de las ventanas; las huellas formaban agujeros helados en los que tropezaba; el portón estaba cerrado; la visita resultaba intempestiva, de modo que llamadas, golpes y palmadas fueron largo tiempo desatendidas. Cuando Ulrich entró por fin en la vivienda, no le pareció ser aquélla la misma que poco antes había dejado, sino un mundo extraño, ensombrecido con una mesa cubierta para la sencilla reunión de dos personas, con sillas

dotadas de mullida comodidad, con paredes que se abrían al intruso con cierta resistencia.

Clarisse vestía un sencillo quimono de lana, y reía. Walter, que había abierto al rezagado, parpadeó al depositar la gran llave de casa en un tirador de la mesa. Ulrich dijo sin rodeos: “He vuelto porque debo una respuesta a Clarisse.” Luego comenzó por la mitad, por el punto de la conversación en el que Walter le había interrumpido. Poco después, habitación, casa, noción del tiempo, desaparecieron, y la conversación vagó sobre el espacio azul, entre las estrellas. Ulrich desarrolló el programa de vivir la historia de las ideas en lugar de la historia universal. La diferencia estaría, dijo, no tanto en el acontecimiento mismo cuanto en el significado a él atribuido, en la intención adherente, en el sistema acoplado a cada suceso. El sistema entonces vigente era el de la realidad, y se podía comparar a una mala comedia. No

en vano se dice “la comedia del mundo”, pues en la vida se repiten siempre los mismos papeles, los mismos nudos dramáticos y las mismas fábulas. Los hombres aman porque tienen el amor delante, y lo aceptan tal como se brinda; son orgullosos como los indios, como los españoles, como las vírgenes o como el león: asesinan, en un noventa por ciento, porque el matar es considerado trágico y grandioso. Los afortunados modeladores políticos de la realidad tienen, prescindiendo de las grandes excepciones, mucho de común con los escritores de obras de taquilla; los animados argumentos que crean estos seres aburren por su falta de espíritu y de originalidad, y nos introducen en ese estado de somnolencia irresistible en el que cualquier cambio nos agrada. La historia, así considerada, nace de la rutina de las ideas y de la indiferencia: la realidad surge del hecho de no hacer nada por las ideas. Ulrich afirmó que se podía

hacer un resumen diciendo que nosotros nos interesamos muy poco en el hecho que tiene lugar y demasiado en la persona, el lugar y el tiempo en que la acción se realiza, de modo que parece que no nos interesa el espíritu del acontecimiento, sino su fábula, no el descubrimiento de un nuevo contenido vital, sino la distribución del ya existente, correspondiendo esto exactamente a la diferencia entre la buena obra y la simple comedia de éxito. Pero lo expuesto da el resultado contrario y obliga a abandonar esa postura de codicia personal frente a los acontecimientos. Habría que considerarlos, pues, menos como personales y reales y más como generales e imaginarios, o tomarlos con desapego personal, como si fueran pintados o cantados; no habría que dirigirlos hacia sí, sino hacia arriba o hacia fuera. Y si esto resultara aplicable a la persona, sucedería además algo colectivo que Ulrich acertaba a describir cumplidamente y que llamaba una

especie de prensado, embarrilado y trasiego del zumo espiritual, sin lo cual el individuo podría sólo sentirse impotente y abandonado a su propio capricho. Mientras así hablaba, se acordó del momento en que había dicho a Diotima que sería necesario aniquilar la realidad.

Fue casi algo natural que Walter diera a tales afirmaciones la calificación de vulgares. Como si no “se prensara y embarrilara” el mundo entero, la literatura, el arte, la ciencia y la religión! Como si hubiera algún letrado que impugnara el valor de las ideas y no estimara el espíritu y la hermosura y la bondad! Como si toda educación no fuera una inducción a un sistema del espíritu! Ulrich añadió que la educación era sólo una introducción a lo presente y reinante, compuesto de medidas sin plan, por cuyo motivo, para adquirir espíritu se necesitaba, ante todo, estar convencido de no podía léerlo. Esto significaba, para él, tener una mentalidad abierta,

experimentadora y poetizante, y moral en las cosas importantes.

Entonces protestó Walter asegurando que aquella afirmación era absurda. -"Lo presentas muy atractivo -dijo-, como si nosotros pudiéramos elegir entre vivir las ideas y vivir nuestra vida. Creo que conoces la cita: "No soy un libro de sutilezas, soy un hombre con sus contradicciones." ¿Por qué no sigues adelante? ¿Por qué no exiges que, por amor a las ideas, sea aniquilada la barriga? Yo mismo te respondo: "El hombre está hecho de una vil materia." Que extendamos y retiremos el brazo, que no sepamos si debemos volvernos hacia la derecha o hacia la izquierda, que estemos compuestos de costumbres, de prejuicios y de tierra, y que, sin embargo, sigamos nuestro camino, en cuanto nos lo permiten las fuerzas: allí precisamente está lo humano! Se necesita, pues, controlar lo que tú dices con la medida de la

realidad; entonces se revela lo que dices, en el mejor de los casos, como literatura.”

Ulrich concedió: -”Si me permites incluir en ello también a todas las demás artes, doctrinas filosóficas, religiones y demás, entonces hago yo mía la afirmación de que nuestra vida no tendría que ser más que literatura.”

-”¿Cómo! ¿De modo que la caridad del Redentor y la vida de Napoleón no son para ti más que literatura? -exclamó Walter. Pero en aquel instante le vino una idea mejor; se volvió hacia su amigo con el empaque de quien se va a descartar un triunfo, y declaró: Tú eres uno de los que atribuyen a una verdura en conserva las mismas vitaminas que a una lechuga fresca!”

-”Ciertamente, tienes razón. Podrías decir también que yo soy de los que quieren cocinar sólo con sol” -admitió Ulrich. Y ya no quiso hablar más de aquello.

Pero Clarisse intervino dirigiéndose a Walter: -"¿No sé por qué le contradices! ¿No me decías tú mismo, cuando nos peleábamos por algo: esto habría que representarlo cara al público en un escenario para que lo vean y juzguen? Lo que habría que hacer es cantar - afirmó ella, vuelta a Ulrich-. [Sí, cantar!"]

Clarisse se había levantado e internado en el pequeño círculo rodeado de sillas. Su postura era representación un poco torpe de sus deseos; se habría podido decir que quería ponerse a bailar; pero Ulrich, sensible a las insulsas desnudeces del ánimo, se acordó entonces de que la mayoría de los hombres, o sea, para decirlo de una vez, los hombres adocenados cuyo espíritu está excitado, pero que son incapaces de crear, abrigan ese deseo de exponerse a la contemplación de los demás. Estos mismos son los que experimentan fácilmente "cosas indecibles", de cuya expresión se sirven muy a menudo, constituyendo ésta el fondo nebuloso sobre

el cual aquello que expresan aparece visiblemente ampliado, de modo que nunca coinciden con su valor auténtico. Para poner fin dijo él: -"Yo no he querido decir eso; pero Clarisse tiene razón: el teatro demuestra que estados de intensa vida experimental pueden servir a un fin impersonal, a un contexto de significados e imágenes separados de la persona."

-"Yo entiendo muy bien lo que dice Ulrich -intervino nuevamente Clarisse-. No puedo acordarme de algo que me haya proporcionado una alegría especial por el hecho de haberme sucedido a mí; [¿quién sabe si sucedió realmente! ¿No querrás "tener" música, Walter? No hay mayor felicidad que contar con su existencia. Se atraen los acontecimientos hacia sí y se extienden después con el mismo esfuerzo; uno se desea a sí mismo, pero no se desea como almacenista de su mismo ser."

Walter se echó las manos a la cabeza; pero por deferencia a Clarisse pasó a exponer una nueva refutación. Se esforzó por proyectar sus palabras como un rayo frío: -"Si tú mides el valor de una conducta según el rendimiento de la fuerza espiritual -objetó a Ulrich-, quisiera hacerte una pregunta: ¿sería esto posible sólo en una vida que tuviera el único fin de crear fuerza y poderío espiritual?"

- "Ésta es la vida a la que tienden, según aseguran, los Estados existentes."

- "¿Vivirían, pues, los hombres de tal Estado según las grandes ideas y sentimientos, según las filosofías y las novelas? - prosiguió Walter-. Otra pregunta: ¿vivirían de modo que harían surgir la gran filosofía y la poesía? ¿O vivirían más bien con filosofía y poesía en su carne y en sus almas? No dudo de lo que tú dices, pues lo primero es simplemente lo que entendemos hoy día por Estado civilizado; pero, puesto que tú eres la

segunda opinión, te olvidas de que filosofía y poesía estarían allí de más. Prescindiendo también del hecho de que no hay quien pueda imaginarse que desarrollaras tu vida conforme al estilo artístico, o como lo quieras llamar, pues eso no significaría otra cosa que el fin del arte.” Así terminó Walter celebrando orgullosamente su triunfo en consideración a Clarisse.

Produjo efecto. Hasta Ulrich necesitó un momento para serenarse. Pero luego se echó a reír diciendo: -”¿No sabes que toda forma de vida perfecta constituiría la abolición del arte? Me da la sensación de que tú mismo llevas camino de dar al traste con el arte por amor al perfeccionamiento de tu vida.”

Ulrich no hablaba con mala idea, pero Clarisse escuchaba. Y Ulrich siguió: -”Los grandes libros respiran este espíritu, que ama, el destino de las personas individuales, porque no se adaptan a las formas que la colectividad intenta imponer. Esto conduce a

decisiones imposibles de decidir; lo único posible es reproducir su vida. Extrae tú el sentido de todas las obras poéticas y conseguirás en ejemplos concretos la negación indefinida y experimentada, aunque incompleta, de todas las normas válidas, de todas las ordenaciones y principios sobre los que descansa la sociedad amante de tales poesías. Una poesía parte en trozos el sentido del mundo dependiente de mil palabras cotidianas, lo parte por la mitad y hace de él un globo huidizo. Si a esto se le llama belleza, como es costumbre, la belleza resultaría ser un trastorno mil veces más cruel y despiadado que cualquier revolución política.”

Walter había palidecido hasta en los labios. Odiaba que se interpretara el arte como una negación de la vida y una réplica a la vida. Esto era, a sus ojos, de estilo bohemio, residuo de un deseo anticuado de epatar al burgués. En ello veía él la irónica

perogrullada de que en un mundo perfecto no podría existir la belleza porque sería superflua; pero no oyó la contestación callada del amigo, pues la parcialidad de sus afirmaciones no era cosa que escapaba al alcance de Ulrich. Éste podía haber dicho muy bien lo contrario: que el arte es negación porque el arte es amor, es hermoso en la medida en que es amado; quizá el único medio de que dispone el mundo para embellecer una cosa o una criatura es amarla. Y debido también a que nuestro amor es fragmentario, la belleza se presenta como gradación y contraste. El único lugar donde se identifican la idea de la perfección, incompatible con la de gradación, y la idea de belleza, basada en la gradación, es en el mar del amor. Nuevamente tocaron el Reich los pensamientos de Ulrich, y él se detuvo indignado. También Walter se había concentrado, y después de haber calificado, primero de vulgar y luego de absurda, la aseveración de su amigo de que hay que

vivir de modo parecido a como se lee, pasó a demostrarle que tal afirmación era incluso pecaminosa, infame.

-”Si una persona -comenzó repitiendo el tono artificioso y restrictivo de antes- estableciera tu proposición como único fundamento de su vida tendría que aceptar, por no hablar de otros imposibles, todo lo que le habría de sugerir una idea bella, e incluso todo lo que comprendiera la posibilidad de ser considerada como tal. Esto significaría naturalmente una decadencia genérica; pero, dado que, como supongo, este lado te es indiferente, o quizá piensas en aquellas vagas medidas de precaución que no has concretado, lo que desearía yo es simplemente información acerca de las consecuencias personales. A mi juicio, tal persona se encontraría entonces en condición peor que un animal, a no ser que fuera ella misma poeta de su propia vida. ¿Que no le viene ninguna idea? Tampoco resolución alguna. Estaría,

pues, abandonada, en gran parte de su vida, a sus instintos, a sus caprichos, a las pasiones de todo el mundo; en una palabra, a todo lo más impersonal de que consta un hombre; y debería, en tanto durara la obstrucción de las directrices superiores, dejarse llevar, por así decirlo, de su propio impulso.”

-”Debería resistirse a hacer algo -respondió Clarisse en lugar de Ulrich-. Ésta es la pasividad activa que debería estar al alcance de todos en determinadas circunstancias.”

Walter no tuvo valor para mirarla. La capacidad de resistencia desempeñaba un papel importante en sus mutuas relaciones; Clarisse, vestida como un ángel con su camisión hasta los pies, saltó sobre la cama y declamó libremente un texto de Nietzsche, enseñando sus dientes relampagueantes: -”Como una sonda arrojé mi pregunta a la profundidad de tu alma. Tu deseo es de

tálamo e hijo, pero yo te pregunto: ¿eres tú hombre, digno de desear un hijo? ¿Eres tú vencedor, soberano de tus virtudes? ¿O hablan en ti la bestia y la necesidad?” Horrible escena aquella, representada a la media luz del dormitorio! Walter intentó en vano reclinarla en la almohada. Desde entonces, Clarisse contaba con una fórmula más; la pasividad activa era el arma que debería estar al alcance de todos; aquello parecía propio de un hombre sin atributos. ¿Se lo dijo a él? ¿Era él al fin quien afianzaba en ella sus características? Tales preguntas se retorcieron como gusanos en el pecho de Walter y estuvo a punto de ponerse enfermo. Perdió el color, y su rostro se contrajo exánime, abandonando toda tirantez.

Ulrich lo advirtió y le preguntó compadecido si le pasaba algo.

A duras penas dijo Walter que no; sonrió y, con arrojo, instó a Ulrich a que completara sus disparates.

-”**A**y, Dios del Cielo! -exclamó Ulrich condescendiente-, **p**ero no estás equivocado! Muchas veces juzgamos con indulgencia, por una especie de espíritu deportivo, acciones que a nosotros mismos nos dañan que son ejecutadas por el adversario de un modo elegante; el valor de ejecución corre entonces parejo con el valor del daño. Muy frecuentemente tenemos también una idea, y durante algún tiempo obramos en conformidad con ella, pero pronto es sustituida por la costumbre, por la obstinación, por la utilidad y por las insinuaciones, y no puede ser de otra manera. Posiblemente he descrito un estado que no es viable hasta el final” Pero una cosa no se puede negar de él: es el subsistente estado en que vivimos.”

Walter volvió a tranquilizarse. -”Si se invierte la verdad, se puede decir siempre que algo es tan verdadero como falso -dijo él dulcemente, sin ocultar su desinterés respecto a prolongar la discusión-. Parece intención

tuya afirmar que una cosa absurda puede ser verdadera.”

Clarisse se rascó enérgicamente la nariz. -”Yo encuentro muy interesante -dijo ella- constatar que en todos nosotros hay algo de absurdo. Esto explica muchas cosas. Mientras estaba yo escuchando tenía la sensación de que, si se nos pudiera seccionar, toda nuestra vida habría de aparecer quizá como un anillo girando alrededor de algo.” Ya antes ella se había sacado el anillo matrimonial, y atisbaba a través de él la pared iluminada. -”Quiero decir: en su interior no hay nada. Y sin embargo, parece que para él el centro es lo que cuenta. Por lo demás, tampoco Ulrich sabrá expresarlo perfectamente.”

Así terminó aquella discusión; por desgracia, con dolor en el corazón de Walter.

85 - Esfuerzos del general Stumm por poner orden en las cabezas civiles

CUANDO Ulrich abandonó la vivienda de Walter habría transcurrido, según sus cálculos, una hora aproximadamente desde que había salido de su propia casa; apenas llegado de vuelta a ella recibió el aviso de una visita militar. Subió y encontró, para admiración suya, al general Von Stumm, quien le saludó con la cordialidad de un antiguo camarada -"¡Amigo! -exclamó Stumm saliendo al encuentro-. Perdona mi intempestiva visita; no he podido deshacerme antes de mis ocupaciones ministeriales; y además llevo aquí dos horas entre esta colección de libros que casi mete miedo." Tras el usual intercambio de cumplidos se demostró que el

motivo de su aparición había sido un asunto urgente. Cruzó una pierna sobre la otra como para emprender algo importante -lo cual no lo consiguió sin cierto esfuerzo de su figura-, extendió el brazo y su diminuta mano, y explicó: -"¿Urgente? A mis relatores, cuando me presentan actos que urgen, acostumbro a decirles que en el mundo no hay nada urgente, salvo la necesidad de apartarse al excusado. Sin embargo, hablando en serio, lo que me ha traído a tu casa es muy importante. Ya te dije que las reuniones de Diotima las considero como una oportunidad excepcional de familiarizarse con los más relevantes asuntos del mundo burgués. En definitiva, no se trata ya de problemas del Erario; te aseguro que el que me ocupa me produce una sensación colosal. Por otra parte, los militares, aunque tenemos nuestras debilidades, no somos tan tontos como generalmente se cree. Pienso que no me negarás el hecho de que nosotros, cuando

emprendemos una acción, nos empeñamos en ella a fondo y como Dios manda. ¿De acuerdo? Me lo esperaba; así puedo hablarte con sinceridad y confesarte que me avergüenzo de nuestro espíritu militar. Sí, me avergüenzo, digo. Junto al obispo castrense yo soy, hoy por hoy, el hombre del ejército más relacionado con los intereses del espíritu. Pero puedo asegurarte que nuestro espíritu militar, bien mirado, se asemeja, por muy sublime que parezca, al parte de la mañana. Supongo que sabrás lo que es un parte de la mañana. En él anota el oficial de instrucción los hombres y los caballos que hay y que deja de haber, los enfermos o los que lo parecen, la excesiva ausencia del ulano Leitomischl, y cosas por el estilo. Pero el porqué de la presencia, o de la falta, o de la enfermedad, no lo escribe. Y esto es precisamente lo que se debería saber cuando se tiene contacto con personas del estado civil. El discurso del soldado es breve, simple y

objetivo; pero con frecuencia me toca conferenciar con señores de ministerios profanos, y entonces sí que preguntan sin perderse ocasión por qué tiene que ser eso así, qué es lo que yo propongo, y apelan a miramientos y consideraciones de naturaleza superior. De modo que yo he sugerido a mi jefe, Su Excelencia Frost... contando con tu palabra de honor de que va a quedar entre nosotros todo lo que te estoy diciendo, mejor dicho, quiero darle la sorpresa mostrándole que quiero aprovechar la oportunidad que me brinda tu prima para penetrar en el secreto de esas atenciones y concomitancias de más elevada naturaleza y, si se puede decir sin ser indiscreto, con el fin de aprovecharlo en bien del espíritu militar. A fin de cuentas en el ejército tenemos médicos, veterinarios, farmacéuticos, capellanes, jueces, intendentes, ingenieros y directores de música; pero falta todavía un secretariado para el espíritu civil.”

Ulrich se dio cuenta entonces de que Stumm von Bordwehr había traído una cartera y la había apoyado al pie del escritorio; era una especie de mochila de cuero, con gruesas correas y portable a las espaldas; servía para trasladar documentos de una oficina a otra dentro de los extensos edificios ministeriales y por la calle. El general había venido evidentemente con un ordenanza que esperaba abajo, y al que Ulrich no había visto; pensó en ello al advertir la dificultad con que Stumm consiguió elevar la pesada cartera sobre sus rodillas y disparar el gatillo de la cerradura metálica, construida al parecer para efectos bélicos. -"Ya no tengo un minuto de descanso desde que asisto a vuestras reuniones -sonrió el general, mientras su chaqueta de azul claro adquiría tirantez al curvarse su recio torso-; pero escucha, aquí hay cosas que no acabo de entender." Extrajo de la cartera un fajo de folios sueltos, escritos con signos y líneas raras.

-”Tu prima -le explicó-; con ella he hablado largo y tendido sobre su comprensible deseo de erigir un monumento espiritual a nuestro excelso Soberano con el fin de que de él derive una idea de un influjo superior al de las más sobresalientes ideas hoy día imperantes; pero, por muy alta que quiera ser mi admiración respecto a los invitados de Diotima, no se me escapa que todo ello está causando dificultades endiabladas. Si uno dice una cosa, el otro afirma lo contrario. ¿No lo has observado también tú? Pero lo peor, creo yo, es que el espíritu civil parece ser lo que nosotros decimos de ciertos caballos: un mal comedor. ¿Recuerdas todavía? A un animal así pueden darle forraje doble; con todo, seguirá tan flaco como antes. O digámoslo de otra manera -Stumm se corrigió a sí mismo tras una breve contradicción del señor de la casa-: por mí, puedes decir también que a tal caballo se le ve engordar cada día, pero no le crecen los huesos, y el pelo continúa lacio; lo

único que adquiere es vientre de hierba. Eso es lo que a mí me interesa, ¿entiendes? Por eso me he propuesto ocuparme de este asunto; indagaré por qué no es posible poner orden en semejante empresa.”

Stumm, sonriendo, alargó al ex teniente el primero de los folios.

“Pueden reprocharnos lo que quieran - declaró-, pero en cuestión de orden, los militares hemos demostrado siempre una gran cabeza. Ahí está la designación de las ideas principales expuestas en las asambleas de tu prima. Ya ves; si preguntas de uno en uno en privado sobre lo que él juzga que es lo más importante, no coinciden ni dos respuestas.” Ulrich examinó la hoja, admirado. Aparecía cuadriculada con líneas verticales y horizontales intersecadas, al estilo de las cédulas de identidad o de los registros militares; sus apuntes constaban de palabras, las cuales contrastaban de alguna manera con aquella disposición lineal. Ulrich leyó la hermosa

caligrafía en la que venían escritos los nombres de Jesucristo, Gautama y también Siddharta; Lao-tse; Lutero, Martín; Goethe, Wolfgang; Ganghofer, Ludwig; Chamberlain, y muchos otros que seguramente seguían a éstos en otro folio. En un segundo encasillado aparecían las palabras cristianismo, imperialismo, siglo de las comunicaciones, y otras, encerradas todas en sendas columnas de nombres.

-”Yo lo llamaría también "folio catastral de la cultura moderna" -comentó Stumm-, porque nosotros lo hemos ampliado y ahora contiene los nombres de las ideas y de sus creadores: los que nos han agitado en estos últimos veinticinco años. Nunca me hubiera imaginado que esto pudiera resultar tan costoso.” Dado que Ulrich quiso saber cómo había conseguido llevar a cabo aquel catálogo, le explicó de buena gana el proceso de su sistema. -”He reunido a un capitán, a dos tenientes y cinco suboficiales para completar

lo antes posible estas líneas. Si hubiéramos podido emplear un método más moderno, todos los regimientos hubieran recibido la pregunta siguiente: ¿quién creen ustedes que es el hombre más grande hoy en día?, o sea, según suele hacerse en las encuestas de los periódicos y de otros organismos parecidos; al mismo tiempo, ¿sabes?, iría adjunto a la orden de comunicado en porcentaje el resultado de la votación. Pero en el mundo militar esto no va; porque naturalmente ningún cuerpo del ejército puede pronunciarse por una personalidad que no sea Su Majestad. Yo pensé después en preguntar por los libros más leídos y de mayor tirada; pero se ha visto en seguida que, aparte de la Biblia, siempre salen los almanaques de correos, con sus tarifas postales y unas viejas anécdotas, los cuales son distribuidos por los carteros a fin de año en todas las casas, a cambio de una propina. Esta experiencia nos ha puesto al tanto de lo enredoso que es el

espíritu civil; pues, en general, pasan como los libros mejores aquellos que mejor se adaptan a cada lector; o al menos, según me han dicho, un autor de Alemania tiene que tener muchos lectores animados de los mismos sentimientos que él para poder obtener el reconocimiento de "espíritu extraordinario". Luego, tampoco este procedimiento resultaba factible; qué solución hemos encontrado al fin es cosa que no te puedo revelar de momento: ha sido idea del cabo Hirsch y del teniente Melichar; lo importante es que lo hemos logrado."

El general Stumm retiró el folio hacia un lado y, con un gesto de profunda desilusión, tomó otro. Hecha la relación del estado de ideas asistentes en la Europa central, había comprobado, no sin lamentos, que tal estado constaba de contradicciones; y que, para mayor asombro suyo, aquellas contradicciones empezaban a confundirse las unas con las otras. "Por mi parte -dijo-, ya me he

acostumbrado a oír de las ilustres personalidades convocadas por tu prima respuestas completamente diversas, al rogarles que me documenten; pero lo que no puedo comprender de ninguna manera es que, incluso después de haber hablado largo rato con ellos, me producen la impresión de que todos dicen lo mismo; imposible que la culpa de esta incomprensión esté en la deficiencia de mi entendimiento de soldado.” Lo que arre-
draba de tal modo el pensamiento del general Stumm no era una bagatela; en realidad, un asunto así no se debía haber encomendado sólo al Ministerio de la Guerra, aunque estaba claro que muchos puntos lo relacionaban con la guerra. A la era presente se le ha regalado multitud de ideas y, por un favor especial del destino, ha sido también dotada de sus correspondientes contraideas; de modo que individualismo y colectivismo, imperialismo y pacifismo, racionalismo y superstición, se llevan muy bien; a estas ideas

se unen todavía los restos de otras innumerables antítesis, de igual o de menor valor de actualidad. La cuestión parecía tan natural como la existencia correlativa de día y de noche, de calor y de frío, de amor y de odio; y del hecho de que, en el cuerpo humano, a todo músculo flexor le corresponde otro tensor de carácter contradictorio. El general Stumm hubiera permanecido tan lejos como cualquier otro de considerar el incidente como algo extraordinario, si su ambición, estimulada por su amor a Diotima, no le hubiera precipitado en aquella aventura. El amor no se contenta con que la unidad de la naturaleza descansa sobre contrastes, sino que desea, junto a los tiernos sentimientos, una unidad sin oposición; de este modo había intentado el general obtener semejante unidad. -"He mandado hacer aquí -le dijo a Ulrich mostrándole las hojas correspondientes- una nómina de los caudillos ideológicos, es decir, una lista con los nombres de todos los que en

los últimos tiempos han conducido a la victoria, por decirlo así, a los más notables destacamentos de ideas; aquí, en esta otra hoja, está escrita una orden de batalla; aquí un plan de batalla; aquí un plan de movilización estratégica; en esa otra un intento de identificación de los depósitos y arsenales donde tiene lugar el avituallamiento de las ideas. Pero, si tú observas uno de los grupos de ideas preparadas para la guerra, verás inmediatamente... he querido que resalte claro en el diseño, que tal destacamento se provee de combatientes y de material ideológico, no solamente en sus depósitos propios, sino también en los del enemigo; ya ves que está cambiando de frente sin parar, y que sin motivo alguno, invierte el orden del combate contra sus propias posiciones; ves también que las ideas no cesan de desertar de una parte a otra, de modo que tan pronto aparecen en una línea de batalla como en otra. Total, que no se puede establecer un plan fijo

de campaña, ni una línea de demarcación, ni nada; el conjunto entero es, hablando respetuosamente, aunque no lo puedo creer, lo que nuestros superiores llamarían un montón de cerdos.” Stumm alargó a Ulrich un par de docenas de folios, de una vez. Estaban llenos de formaciones de despliegues militares, de líneas ferroviarias, redes de carreteras, esbozos de portadas, señales de tropa, puestos de mando, círculos, cuadrados, zonas sombreadas a pluma. Como en una composición informativa de Estado Mayor, se sucedían en las hojas las líneas rojas, verdes, amarillas, azules y banderitas del tipo y significación más diversos; habían sido pintadas tal como el ejército espiritual debía aparecer a los ojos del pueblo un año después. -”No sirve de nada -suspiró Stumm-. He cambiado de sistema descriptivo y he intentado afrontar el problema desde el punto de vista de la geografía militar en lugar del estratégico, esperando conseguir

al menos un campo de operaciones bien articulado; pero tampoco me ha servido esta última tentativa. Aquí tienes unos ensayos de exposición orográfica e hidrográfica.” Ulrich contempló las cumbres marcadas de los montes, con ramificaciones descendientes que se unían en otro lugar; vio fuentes, redes fluviales y lagos. En los ojos vivarachos del general brilló algo de enojo o de excitación al tiempo que dijo: -”He hecho todas las pruebas posibles por reducir el todo a la unidad, y ¿sabes a qué se asemeja este entretenimiento? A un viaje a través de la Galizia húngara en segunda clase y con la ocupación de ir matando ladillas. Es la más sucia sensación de impotencia que yo conozco. Cuando se hace una pausa larga entre varias ideas le pica a uno todo el cuerpo y no se siente des canso hasta que brota la sangre de tanto rascar.”

El más joven de los dos no pudo resistir la risa ante aquella descripción tan realista.

Pero el general le rogó: -"Por favor, no te rías! Me había hecho a la idea de que te habías transformado en una persona eminente del Estado civil; desde tu posición, te harás cargo del problema y podrás también comprenderme a mí. He venido a verte para pedirte ayuda. El respeto que guardo al espíritu es tan excesivo que difícilmente puedo creer que esté la razón de mi parte."

-"Te tomas demasiado en serio el pensar, señor coronel" -le dijo Ulrich para consolarle. Sin querer le llamó coronel, por lo que se excusó. -"Mi general, es para mí muy agradable recordar aquel pasado en el me mandabas al casino a filosofar en un rincón de la sala. Pero te repito no hay por qué tomar tan en serio los asuntos del pensamiento, como tú lo estás haciendo."

-"¿De verdad? -gimió Stumm-. Pero yo no puedo vivir sin un orden superior en mi cabeza. ¿No lo comprendes? Me estremezco cuando considero el tiempo que viví sin él en

el campo de instrucción y en el cuartel, entre chistes militares e historias de mujeres.”

Se sentaron a la mesa; a Ulrich le habían conmovido las ocurrencias pueriles -a las que el general dedicaba su entusiasmo viril- y el impertérrito ánimo juvenil conferido por una oportuna estancia en pequeras guarniciones. Ulrich había invitado a su colega de años lejanos a compartir la cena y el general se sintió tan poseído del deseo de tomar parte en sus secretos que puso todos sus sentidos en las rodajas de salchichón al tomarlas con el tenedor. -”Tu prima -le dijo alzando el yaso de vino- es la mujer más admirable que conozco. Con razón se le llama la segunda Diotima; yo no he visto cosa igual. ¿Sabes? Mi mujer...; tú no la conoces, y yo no me puedo quejar. También tenemos hijos; pero una mujerona como Diotima, eso sí que es una mujer! A veces, durante las recepciones, me coloco detrás de ella. ¿Qué es lo que observo? ¡Maya exuberancia femenina más

imponente! Y lo gordo es que, al mismo tiempo, atiende a ilustres personalidades con una desenvoltura y competencia tal que me vienen ganas de tomar notas. El jefe de sección con el que está casada no sabe bien lo que tiene. Te ruego me disculpes si Tuzzi te es especialmente simpático, pero yo no lo puedo tragar. Anda de un lado a otro, sonriendo como si conociera todos los secretos y se resistiera a revelarlos. Eso no me lo debe hacer a mí; pues, aunque yo respeto a todas las personas civiles, entre éstas los funcionarios estatales ocupan el último lugar; son una especie de militares de paisano, y nos discuten la precedencia en toda ocasión, comportándose con la descarada cortesía de un gato que trepa a un árbol y desde lo alto mira al perro de abajo. El doctor Arnheim es en esto de otro calibre -siguió charlando el general-; quizá también engreído, pero su superioridad no se puede discutir." Al parecer, el general había apurado con sed el vaso

después de tanto hablar, porque pronto adoptó una actitud regalada y confidencial. -"No se -prosiguió-; Quizá sea que yo no alcanzo a comprenderlo! Hoy día tenemos todos tantas y tan complicadas cosas en la cabeza...! Pero si bien yo mismo admiro a tu prima y siento cuando la veo, por qué no decirlo, como un nudo en la garganta, sin embargo, es para mí un alivio saber que está enamorada de Arnheim."

- "¿Cómo? ¿Estás seguro de que hay algo entre ellos?" - Ulrich había hecho la pregunta mostrando demasiado interés, a pesar de que el asunto nada tenía que ver con él; Stumm le miró receloso abriendo desmesuradamente sus ojos, miopes y turbios por la emoción, y se puso los lentes: -"Yo no he dicho que él la haya poseído -replicó en crudo lenguaje militar; introdujo luego los lentes en el estuche y continuó, no tan militarmente-: Y si así fuera, yo no tendría nada en contra. Diablos! Ya te he dicho que en esta sociedad

se vuelve uno tarumba; ciertamente, yo no soy un sentimental, pero cuando me imagino las caricias que le hará Diotima a ese hombre, entonces también yo me siento tierno ante él; y me sucede a la inversa, como si fueran míos los besos que Diotima recibe de Arnheim.”

-”¿Conque le da besos?”

-”No qué sé! ¿Crees que ando detrás, espiándolos? Hablo sólo en hipótesis. Ni yo mismo me entiendo. Por lo demás, una vez les vi a los dos juntos en un momento en que ellos no pensaban que alguien les observaba; él sujetaba la mano de Diotima entre las suyas, y ambos permanecieron así un rato, tan quietos como si un oficial les hubiera dado la orden: "De rodillas, a orar! Descubrirse!"; después ella le pidió algo, muy suavemente, y él le respondió también algo que he retenido en la memoria palabra por palabra, ya que no es tan fácil de comprender; ella dijo: "Ay, si se pudiera encontrar

siquiera un pensamiento redentor...!", y él respondió: "¡Sólo un puro, un inquebrantable pensamiento de amor nos puede salvar!" Por lo visto, Diotima dio a aquellas palabras una interpretación excesivamente personal, pues creyó que se trataba del pensamiento, de la idea que ella necesitaba para su gran empresa. ¿Por qué te ríes? No te preocupes; yo he tenido siempre mis particularidades, y ahora se me ha metido en la cabeza echar una mano a Diotima. Esto tiene que salir adelante por encima de todo; entre tantas ideas, una tiene que abrirse camino y ser la redentora. Tú me tienes que ayudar."

- "Carísimo general -repitió Ulrich-. Lo único que puedo hacer es decirte de nuevo que tomas demasiado en serio el pensamiento. Pero ya que te empeñas, intentaré explicarte lo mejor que pueda cómo piensa una persona civil." Habían llegado a los cigarros, y empezó: - "En primer lugar, general, andas por camino equivocado; el espíritu no reside

en los elementos civiles, ni lo corporal en los militares, como tú crees, sino que sucede al revés. Porque espíritu es orden, ¿y dónde hay más orden que en la vida militar? Todos los cuellos tienen en el ejército cuatro centímetros de elevación, el número de botones está exactamente prescrito, y aun en las noches más visionarias permanecen las camas en esta rigurosa formación junto a la pared. La alineación de las tropas en líneas sucesivas, la concentración de un regimiento, la justa acomodación de la hebilla de un barbuquejo, son, pues, bienes espirituales de importancia; de lo contrario, no existen los bienes espirituales.”

-”Ésa se la pegas a tu abuela! -refunfuñó el precavido general, no sabiendo si debía desconfiar de sus oídos o del vino bebido.

-”Eres un precipitado -insistió Ulrich-. La ciencia es posible sólo allí donde los acontecimientos se repiten o, al menos, donde se dejan controlar; ¿dónde hay más

repetición y control que en los cuarteles? Un dado no sería dado si a las nueve no fuera tan cuadrado como a las siete. Las leyes que describen las órbitas de los planetas son una especie de instrucción de tiro. Y nunca podríamos hacernos una idea o un juicio si todo pasara ante nosotros una sola vez. Para que una cosa adquiera valor y nombre debe repetirse, tiene que existir en varios ejemplares; y si tú no hubieras visto la luna más de una vez, te parecería una linterna de bolsillo; dicho sea de paso: el gran apuro en que pone Dios a la ciencia se debe al hecho de no haberse dejado ver Él más que una sola vez con motivo de la creación del mundo, antes de que hubiera observadores de escuela.”

Habría que situarse en las circunstancias del general Stumm; desde sus tiempos de cadete había vivido siempre bajo normas que le habían regulado todo, desde la forma de la gorra hasta el consentimiento

matrimonial; su espíritu no se sentía, por tanto, muy bien dispuesto a abrirse a tales explicaciones. -"Querido amigo -repuso incomodado-; puede ser verdad lo que dices, pero a mí ni me va ni me viene; tienes mucha gracia al afirmar que los militares hemos inventado la ciencia; sin embargo, yo no hablo de la ciencia, sino, como tu prima, del alma. Cuando yo oigo perorar sobre asuntos del alma me suelen dar ganas de desnucarme totalmente; [E]n ridículo me parece el uniforme ante semejantes consideraciones!"

-"Carísimo Stumm -siguió Ulrich imperterrito-; muchísimos acusan a la ciencia de ser inanimada y mecánica, y de trasladar a ese estado todo lo que toca, pero es extraño que no se den cuenta de que, en los asuntos del corazón, se registra una regularidad de peor cariz que en los asuntos de la razón. ¿Cuándo es, pues, un sentimiento verdaderamente simple y natural? Cuando se supone que tiene que aparecer mecánicamente en

todos los individuos accionados por un mismo resorte. ¡Cómo se podría exigir virtud en todos los hombres si una acción virtuosa no fuera una acción repetida y facultativa? Podría citarte además muchos otros ejemplos; cuando tú huyes de esta aburrida normalidad hacia la más oscura profundidad de tu ser -donde hallan solaz los impulsos desprovistos de control-, hacia esas tinieblas húmedas que nos preservan de la volatilización de nuestro ser extasiado en el entendimiento, ¿qué encuentras entonces? Estímulos y reflejos, trayectorias fijas de costumbres y habilidades, repetición, estabilidad, deslizamiento, serie, monotonía. Esto es: cuartel, uniforme, reglamento, amigo Stumm, y ahí radica la curiosa analogía entre el alma civil y la militar. Se podría decir que la civil se arrima, en cuanto puede, al modelo militar, inaccesible todavía en parte, y cuando no lo consigue se conduce como un niño abandonado. Considera tú, por ejemplo,

la belleza de una mujer: lo hermoso que te sorprende y te arrebata en ella, y que te parece ser lo primero que ves en su especie, en tu interior lo conocías ya y lo buscabas; de esto tenías anteriormente en tus ojos un vislumbre, transformado ahora en claridad de pleno día; por el contrario, si se trata verdaderamente de amor surgido al primer guiño, o de hermosura nunca vista, te encuentras sin saber qué nombre darle, sin un sentimiento con que responder; te sientes sencillamente confundido, ofuscado, cegado de admiración, reducido a un estado de estupidez que nada tiene que ver con la felicidad.”

Aquí el general interrumpió enérgicamente a su amigo. Hasta este momento le había escuchado con la rutina que en el campo de instrucción se adquiere bajo las amonestaciones y reproches de los jefes, disparates estos que, en caso de necesidad, hay que poder soportarlos una y otra vez sin

permitir que penetren muy profundos, porque de otro modo resultaría la vida como el cabalgar sin montura sobre un erizo; ahora, sin embargo, le habían pinchado las palabras de Ulrich, por lo que exclamó enérgicamente: -"Haciendo honor a la verdad, reconozco que tu descripción es estupenda! Cuando me extasio en la admiración de las cualidades de tu prima se desintegra todo mi ser. Y si concentro mis potencias por ver si se me ocurre al fin alguna idea que le pueda ser útil se produce igualmente en mí un vacío muy desagradable, estúpido no se le puede llamar, pero sí algo muy semejante. Y tú piensas, si no te he entendido mal, que los militares discurrimos ordenadamente. Que el Estado civil..., o sea, que debemos servirle nosotros de ejemplo, no lo puedo admitir; eso es una broma tuya. Pero que nuestro entendimiento es igual al suyo ya me lo había imaginado también yo repetidas veces. Todo lo que parte de ahí es espíritu, o sea, todo lo

que según tú nos parece a los soldados tan característico del sector civil: alma, virtud, ternura, sentimiento, con lo cual Arnheim está familiarizado de modo increíble; ésa es tu opinión, y haces bien al afirmar que en ello están los llamados miramientos y consideraciones de naturaleza superior; pero tú dices además que por ese camino termina uno tonto, y tienes razón; sin embargo, el espíritu civil es, en definitiva, prepotente. Seguro que contra esto no vas a poner objeciones; ahora bien, ¿cómo hay que entenderlo?"

- "Te lo he dicho hace poco y ya lo has olvidado; en primer lugar, te he indicado que el espíritu halla su solaz en la vida militar, y ahora te digo a este propósito que la vida civil lo encuentra en lo corporal..."

- "¡Pero eso es absurdo!" -protestó Stumm, incrédulo. La superioridad corporal del soldado era un dogma exactamente igual al de la convicción de que la clase de los

oficiales militares es la más próxima al trono y aunque Stumm no se había considerado nunca un atleta, en el momento en que parecía dudar comenzó a sentir la seguridad de que una barriga civil debería ser, en paridad de circunferencias, algo más blanda que la suya.

-”Eso no es menos absurdo que todo lo demás -se defendió Ulrich-. Déjame hablar! Mira: hace unos cien años, las cabezas directrices del vulgo alemán creyeron que el ciudadano, reflexionando en su escritorio, habría de formular las leyes del mundo del mismo modo que se demuestran los teoremas de álgebra; el pensador era entonces un hombre con pantalones de mahón, con el pelo sobre la frente y desconocedor incluso de la lámpara de petróleo; no hablemos de la electricidad ni del telégrafo. Tal arrogancia ha sido desde entonces violentamente oprimida; "en estos cien años hemos llegado a conocernos a nosotros mismos, a la

naturaleza y a todo muchísimo mejor; pero el resultado, por decirlo así, es que el orden favorecido en las partes se halla disminuido en el todo; cada vez tenemos, pues, más órdenes y menos orden.”

-”Esto coincide con mis averiguaciones”
-ratificó Stumm.

-”No todo el mundo es tan aplicado como tú para hacer síntesis -prosiguió Ulrich-. Tras los esfuerzos pasados hemos entrado en una época de decadencia. Imagínate cómo suceden hoy día las cosas: cuando hombre distinguido plantea al mundo una idea, ésta es sometida inmediatamente a un concurso de distribución, integrado por simpatía y antipatía; primero, los admiradores la rasgan en grandes jirones como mejor les place, y despedazan a su maestro como los zorros la carroña; luego, los contrarios derumban los pasos débiles, y en breve no queda de toda la obra más que una colección de aforismos de los que se sirven amigos y

enemigos. Consecuencia: general ambigüedad. No hay un sí del que no cuelgue un no. Puedes hacer lo que quieras, siempre habrá a favor veinte ideas de las más hermosas y, si quieres, otras veinte en contra.

Casi se podría creer que sucede igual que en el amor, en el odio y en el hambre, donde los gustos deben ser distintos para que cada uno tenga lo suyo.”

-”Magnífico! -exclamó Stumm, reconquistado-. Algo parecido le he dicho también yo a Diotima. ¿Pero no sospechas que en este desorden habría que reconocer la justificación del militarismo? Yo me avergüenzo, aunque no sea más que de creer un instante en ello.”

-”Te aconsejaría -sentenció Ulrich-comuniques a Diotima la sugerencia de que Dios, por motivos ajenos a nosotros, parece desear la creación de una era de culto al cuerpo, pues lo único que da algo de consistencia a las ideas es el cuerpo al que

pertenecen; tú, como oficial, saldrías de esa manera con ventaja.”

El pequeño y grueso general quedó perplejo. -”En cuanto al culto del cuerpo, no me considero más bello que un melocotón pelado -dijo a continuación de una pausa de amarga vindicación-. Debo decirte que mis pensamientos sobre Diotima son ordenados, y que asimismo deseo presentarme ante ella.”

-”¡Qué lástima! -comentó Ulrich-, tus intenciones serían dignas de Napoleón, pero no has elegido el siglo más a propósito.”

El general soportó la burla con la dignidad que le proporcionaba el pensamiento de poder sufrir por la señora de su alma; después de un momento de reflexión dijo: -”De todos modos, te agradezco tus interesantes consejos.”

86 - El rey de los comerciantes y la fusión de los intereses del alma y el negocio.

TAMBIÉN: todos los caminos que conducen hacia el espíritu parten del alma, pero ninguno retorna a ella

Mientras el amor del general cedía terreno a su admiración por Diotima y por Arnheim, éste debería haberse determinado ya mucho antes a no regresar más a aquella casa. Sin embargo, entonces precisamente comenzó a tomar medidas que le obligaban a detenerse allí más de lo acostumbrado; además pidió la reserva de un apartamento en el hotel sin fecha de expiración, y su vida, tan dinámica siempre, parecía pasar ahora al estado de reposo.

Por aquel tiempo estaban sucediendo cosas que tenían al mundo estremecido; a personas bien informadas de fines del año 1913 se les aparecía el mundo bajo la forma de un volcán hirviente, pero sugestionadas por la pacífica laboriosidad reinante creían que nunca podría entrar en erupción. El espíritu de trabajo no era igual en todas partes. Las ventanas del bello y antiguo palacio en la plaza de la Casa de Danzas, donde el jefe de sección gobernaba, arrojaban frecuentemente su luz sobre los árboles desnudos del jardín de enfrente; y a los engreídos holgazanes que pasaban delante por la noche se les ponía la carne de gallina. Pues así como san José se identifica con José el carpintero, así el nombre de “plaza de la Casa de Danzas” se identificaba con el palacio allí erigido y con el secreto de ser éste una de la media docena de misteriosas cocinas donde, tras sus ventanas cubiertas de cortinajes, se condimentaba el destino de la humanidad. El

doctor Arnheim estaba bastante enterado de todo. Recibía partes cifrados, y de tiempo en tiempo la visita de algunos de sus representantes con informes personales de la casa central; las venas de su habitación, las que daban a la fachada, aparecían a menudo minadas; un observador de viva imaginación hubiera podido pensar que pernoctaba allí un segundo gobierno, un gobierno de oposición, un moderno mecanismo bélico de la diplomacia comercial. Arnheim se preocupaba de causar personalmente esta impresión, porque sin la sugestión de la apariencia el hombre es como una fruta dulce, acuosa y sin corteza. Empezando por el desayuno, que nunca lo tomaba a solas por este motivo, sino en el comedor común del hotel, Arnheim, con la rutina de un estadista experimentado y con la afabilidad quien se sabe observado, dictaba las órdenes del día a su secretario, quien a su vez las anotaba en taquigrafía; ninguna de tales instrucciones

hubiera bastado para satisfacer a Arnheim; pero éstas, dado que no solamente se sucedían ordenadas en su conciencia, sino que eran además interrumpidas por los gustos del desayuno, se elevaban a las alturas. Probablemente las dotes humanas -en las que él tenía sus complacencias- necesitan ciertas limitaciones para poderse desarrollar; el trecho fértil entre la desenfrenada libertad y la cobarde huida de los pensamientos es, tomo todo conoedor de la vida sabe, muy angosto. Por otra parte, él estaba convencido de que depende mucho del poseedor de tales pensamientos, pues a nadie se le escapa que pensamientos de relieve rara vez se deben a un solo autor, y que, por otra parte, el cerebro de un hombre habituado a pensar produce continuamente pensamientos de distinto valor; la conclusión y la forma eficaz y operante de las ideas tienen que venir siempre de fuera, no sólo de la reflexión, sino de todas las circunstancias vitales de la

persona. Una pregunta del secretario, una mirada de la mesa vecina, el saludo de uno que entraba, cualquier cosa de esta clase le recordaba a Arnheim cada vez la necesidad de adoptar una actitud impresionante; y esta unidad de su presencia se trasladaba automáticamente a su pensamiento. Se- mejante experiencia de vida la había resumido en la convicción -de acuerdo con sus necesidades- de que el pensador debe ser al mismo tiempo un hombre práctico.

A pesar de tal convicción, no concedía mucha importancia a su actividad del momento; si bien perseguía con ella un fin del que podían derivarse eventualmente sorprendentes ventajas, sin embargo temía sacrificar a su estancia un tiempo imposible de ser justificado. En pensamientos se repetía muchas veces la antigua y fría máxima: *divide et impera*. Este principio se refiere a todo trato con personas y cosas, y exige cierta desvalorización de cada relación por

separado en bien del conjunto, pues el secreto de las condiciones del actuar, si se quiere tener éxito, es el mismo de un hombre a quien aman muchas mujeres, aunque éste no de preferencia a ninguna. Pero tales reflexiones no le servían de nada; su memoria le representaba las exigencias que presenta el mundo al hombre nacido para una gran actividad; con todo, y después de haber examinado repetidamente su interior, no consiguió formularse una conclusión: la de convencerse de que estaba enamorado. Y esto era cosa extraña, porque un corazón de unos cincuenta años es un músculo correoso que no se dilata tan fácilmente como el de un joven de veinte con el amor en flor; todo ello le proporcionó, pues, considerables desazones.

En primer lugar comprobó preocupado que sus amplios intereses iban marchitándose como una flor robada a sus raíces; y que, por otra parte, crecían las

insignificantes impresiones diarias: la de la aparición de un gorrión en la ventana o la de una sonrisa del camarero. En cuanto a sus conceptos morales que de ordinario constituían un sistema imponente de fuerza imposible de evadir, advirtió que perdía coherencia y que, a la vez, adquiría un algo corpóreo. Se le podía dar el nombre de acatamiento, pero esta palabra tenía un sentido mucho más amplio y, en todo caso, también distinto, pues sin él no se va a ninguna parte; acatamiento al deber, a un superior o a un guía. El acatamiento a la vida, con su riqueza y su diversidad, había sido juzgado por él como una virtud viril, como la quintaesencia de una conducta irreprochable que, por muy abierta que sea, implica más reserva que entrega. Y lo mismo se podría decir de la felicidad que, considerada en relación con la mujer, evoca la caballerosidad y la mansedumbre, la abnegación y la delicadeza, todas las virtudes que se suponen en

los contactos de un hombre con una mujer, en los cuales pierden esas virtudes su mejor riqueza, de modo que es difícil decir si también el amor se precipita hacia ellos como el agua hacia bismos, o si el amor femenino es un paraje volcánico cuyo calor da a todo lo que florece en su superficie. Por eso, en compañía de hombres, más claramente que en presencia de mujeres se siente un grado más elevado de vanidad masculina; Arnheim, cuando parangonaba su riqueza de ideas - trasladada a las esferas del poder- con el estado de felicidad producido por el influjo de Diotima, no podía sustraerse a la impresión de un movimiento retrospectivo que le hacía pensar en acontecimientos pasados.

A veces sentía ansias de abrazos y besos, como un niño que, al no ver respondidos sus deseos, se arroja apasionadamente a las piernas de quien se los rehusa; o bien se apoderaba de él la necesidad de sollozar, proferir al mundo palabras de desafío, y de

raptar a su querida en sus propios brazos. Ahora se advierte que, tras el dintel de la irresponsabilidad de la persona consciente, de donde salen las fábulas y las poesías, mora también toda clase de recuerdos infantiles, visibles cuando la ligera embriaguez del cansancio o el juego libre del alcohol o alguna otra conmoción iluminan aquellas regiones; las corazonadas de Arnheim no eran más concretas que aquellos esquemas, de modo que no hubiera tenido motivos para intranquilizarse a causa de ellos (ni para acrecentar con tal inquietud la preocupación inicial), si aquellas regresiones le hubieran convencido de que su vida psíquica estaba llena de desvirtuados preparados morales. Los valores universales que él siempre procuraba infundir en sus actividades, como hombre de personalidad europea, se presentaban en él como algo carente de interioridad. Quizá sea esto natural, si hay algo que ha de valer para todos; pero lo extraño

era la inversión de aquel fin que se imponía igualmente en Arnheim, pues si los valores universales carecen de interioridad, entonces el hombre interior es inversamente el inválido; y así, a Arnheim le perseguía ahora continuamente no sólo el apremio de hacer algo llamativo e impropio, irrazonable e ilegítimo, sino también el vejamen de que esto era lo justo en un sentido que ascendía la razón. Desde que había vuelto a probar el fuego que le cauterizaba la lengua le dominaba la sensación de haber olvidado el camino andado en un principio, y toda su ideología de hombre grande le parecía ser solamente una sustitución forzosa de algo perdido.

De esta forma Arnheim llegó consecuentemente a acordarse de su niñez. En los retratos de aquel tiempo aparecía él con unos ojos grandes, negros y redondos, tal como se los pintan al Niño Jesús en discusión con los doctores de la ley; veía a todas las educadoras y educadores congregados a

su alrededor y admirados de su talento, pues había sido un alumno inteligente, así como también había tenido inteligentes educadores. Siempre se había conservado ferviente y cariñoso, pero incapaz de tolerar injusticias; puesto que había sido demasiado protegido para que éstas pudieran llegar hasta su persona, si alguna vez le había tocado presenciar una contienda en la calle había defendido al desconocido inocente y luchado a su favor. Esto había sido una hazaña considerable, si se tienen en cuenta los obstáculos que le habían opuesto los demás; como que antes de un minuto de pelea se le echaba encima alguno para separarle de su contrario. Y debido a que de aquel modo se habían prolongado tales luchas durante el tiempo suficiente para reunir alguna que otra experiencia dolorosa -interrumpida oportunamente para dejarle la impresión de ser valiente e invencible-, Arnheim todavía hoy pensaba en ello con aprobación; y el

atributo señorial de un valor por nada amedrentado pasó más tarde a sus libros y a sus convicciones, como lo necesita el hombre que quiere enseñar a sus contemporáneos el modo en que deben portarse para ser felices y vivir con dignidad.

De aquel estado de su niñez conservaba aún recuerdos relativamente vivos; pero un estado algo posterior, declarado como continuación transformadora del primero, se mostraba adormecido al espectador o, mejor dicho, petrificado, si es permitido considerar a los diamantes piedras. El amor era resucitado diariamente a una nueva vida por el toque de Diotima; y resultaba interesante que Arnheim hubiera tenido el amor en su mano siendo todavía un adolescente y antes de tratar con mujeres y con determinadas personas; esto era un hecho desconcertante que no llegó a explicárselo satisfactoriamente en toda su vida, aunque lo sometió siempre a las interpretaciones más

modernas. “A lo que él se refería era quizá la inexplicable aproximación de algo todavía ausente, como las fugaces expresiones de un rostro que no dependen de éste, sino de algunos otros rostros, presuntos, más allá de todo lo registrado por los ojos; eran cortas melodías en medio del bullicio, sentimientos en los hombres; sí, él tenía dentro de sí sentimientos que, cuando los buscaban sus palabras, no eran todavía sentimientos, sino sólo brotes, como si se alargara algo en él, buceando y goteando por las puntas; así se alargan a veces las cosas en días primaverales de fiebre ardiente, cuando las sombras se arrastran sobre ellas, tan quietas y tan movedizas como las imágenes reflejadas en el arroyo.

Así -claro que mucho más tarde y con otras cadencias- se había expresado un poeta estimado por Arnheim; de esta manera había formulado su pensamiento, porque se había hecho tema de alternativa literaria la

persona de aquel hombre misterioso, huidizo a las miradas del público; pero ni el mismo escritor le comprendía, pues Arnheim hacía tales alusiones en charlas sobre el despertar de un alma nueva, las cuales habían estado en boga durante su juventud; o bien las relacionaba con largos y delgados cuerpos de muchacha, contemplados con agrado en los cuadros de aquel tiempo, y decorados con un par de labios semejantes al cáliz carnoso de una flor. Entonces, hacia el año 1887, “Dios mío, ha pasado ya casi una generación entera!”, pensó Arnheim, sus propias fotografías mostraban a un hombre moderno, “nuevo”, según se le llamaba en aquel tiempo; es decir, Arnheim aparecía en ellas vestido con un chaleco negro de satén, cerrado hasta el cuello; y con una corbata ancha, de seda pesada, anudada a la moda Biedermeier, pero que, atendiendo a la intención, debía recordar a Baudelaire; tal evocación venía secundada por una orquídea que,

hincada en un ojal como un nuevo invento de peligroso encanto, llevaba Arnheim júnior cuando tenía que asistir a un banquete y exhibir su joven figura en una sociedad de robustos negociantes y amigos de su padre. En los retratos de días de labor aparecía, por el contrario, con el ornato de un metro plegable asomado al bolsillo de un traje ligero de práctico corte inglés, y con el exotismo de un cuello alto y rígido que daba a su cabeza aire de gran prestancia. Así se había presentado Arnheim de joven; y aún hoy no podía negar a sus retratos una cierta dosis de simpatía. Arnheim jugaba al tenis con habilidad y con una pasión todavía desacostumbrada, juego que en aquellos sus principios tenía lugar sobre suelo de hierba; ante la admiración de su padre y sin ocultarse nadie, frecuentaba las reuniones de obreros, pues durante su año de estudios en Zúrich había tomado un contacto escandaloso con las ideas socialistas, pero al día siguiente no sentía escrúpulos

en atravesar con su caballo, a rienda suelta, un pueblo de trabajadores. En suma, todo esto a un revuelto de elementos espirituales, contradictorios pero nuevos, todos cuales sugerían a uno la ilusión de haber nacido en el momento más oportuno, ilusión muy importante, aunque más tarde se echaba de ver, como es natural, que su valor no estaba precisamente en el hecho de ser rara. Arnheim, concediendo cada día más lugar a las ideas conservadoras, dudaba incluso de si aquel sentimiento en continua renovación, de ser él un hombre de última hora, no representaría una prodigalidad de la naturaleza; él no lo denunciaba a la publicidad, porque no le agradaba renunciar a nada que había poseído alguna vez; su ser de coleccionista había conservado en sí todo lo que le habían dado los tiempos. Sin embargo, hoy, por muy armónica y variada que se representara él la vida, se contemplaba a sí mismo impresionado de modo especial y con efectos distintos

por algo que le había parecido al principio lo más inverosímil de todo: [aquel estado romántico y profético que le había persuadido y hecho pertenecer no sólo a un mundo en rápido movimiento, sino también a otro suspendido del anterior como un aliento ahogado!

Aquel barrunto entusiasta, que había vuelto a hacerse presente en él con todo su ser a través de Diotima, proporcionó sosiego a todas sus actividades y ocupaciones; el tumulto de las inconsecuencias juveniles y las esperanzadoras y cambiantes perspectivas cedieron lugar al sueño de que todas las palabras, acontecimientos y obligaciones podían ser una única cosa en su profundidad apartada de la superficie. En tales momentos callaba hasta la ambición; los sucesos reales sonaban a lo lejos, como el ruido al otro lado del jardín; él creía que el alma, salida de su cauce, sólo entonces se hacía presente. Nunca se repetiría suficientemente que

aquello no era filosofía, sino una experiencia corporal, semejante al efecto que produce la luna deslumbrada por el sol de la mañana. En tal estado vivió ya el joven Paul Arnheim cuando se sentaba a comer en un restaurante de gran categoría correctamente vestido y sin descuidar de ninguna manera su deber; pero se podía decir que de él a él mediaba una distancia igual a la existente entre él y la persona o cosa más próximas. Parecía que el mundo exterior no terminaba en su piel, y que el interior no traspasaba simplemente la ventana de la reflexión, sino que ambos se confundían en una indivisible soledad y presencia, tan apacible, tranquila y elevada como un sueño sin pesadillas. Bajo el aspecto moral ahora se manifestaba en él una gran ecuanimidad e indiferencia; nada era grande o pequeño: una poesía y un beso en la mano de una dama pesaban tanto como una obra en varios volúmenes o como una proeza política; y todo mal era absurdo en la misma

medida en que aparecía inútil el bien, rodeado de la tierna afinidad primitiva de todos los seres. Arnheim se conducía, por tanto, como de costumbre; sólo que aparentaba dar a todo aquello una significación intangible, detrás de cuyas llamas temblorosas se erguía inmóvil el hombre interior, el cual miraba al de fuera que, a su vez, estaba comiendo una manzana o tomándose medidas para un traje en casa del sastre.

¿Era esto imaginación o la sombra de una realidad imposible de ser comprendida jamás del todo? Únicamente se puede decir, como respuesta, que todas las religiones, en circunstancias especiales de desarrollo, han mantenido su realidad, y otro tanto han repetido todos los enamorados, todos los románticos y todos los amantes de la luna, de la primavera, de la muerte feliz y de los primeros días del otoño. Pero más tarde llega a perderse esto de nuevo; se volatiliza o se diseca; lo uno no se puede distinguir de lo

otro; sin embargo, un día se advierte que ambos elementos han sido sustituidos, y se olvidan rápidamente como los acontecimientos irreales, como los sueños y las obsesiones. Dado que esta primigenia y universal experiencia de amor coincide, por lo común, con el primer enamoramiento personal, se sabe después cómo juzgarla y a cuenta entre las necesidades sólo permitidas antes de adquirir el derecho a sufragio político. Así era esto en sustancia, pero, como Arnheim yo lo había relacionado con una mujer, tampoco se le podía hacer desaparecer de su corazón a un tiempo con ella, de un modo natural; en su lugar aparecieron impresiones encubridoras, experimentadas en su ser al mirar a participar en los negocios de su padre, al terminar sus estudios y sus vacaciones. Puesto que no hacía nada a medias, descubrió allí en seguida que la vida activa, bien organizada, era un poema mucho más elevado que todos los compuestos por los

poetas en sus escritorios, y esto era ya otra cosa.

En esto se revelaron sus dotes de ejemplaridad, pues el poema de la vida aventaja a todas las demás poesías en que aquél se escribe con grandes caracteres, cualquiera que sea su contenido. El mundo gira alrededor del más insignificante aprendiz, si éste está empleado en un comercio mundial; continentes se asoman a sus espaldas, de modo que nada de lo que hace queda privado de importancia; por el contrario, tratándose de un escritor solitario en su habitación, por mucho que se esfuerce, a su alrededor giran, a lo más, las moscas. Esto es tan evidente que a muchos, apenas comienzan a crear con el material de la vida, les parece que todo lo que Ies había conmovido antes se reducía a “simple literatura”, es decir, ejerce en el mejor de los casos un influjo débil y confuso, en general contradictorio y autodestructivo, sin relación alguna con las ponderaciones

hechas a su organización. Las cosas no le sucedieron exactamente así a Arnheim, quien ni negaba las bellas sugerencias del arte, ni se inclinaba a tachar de necedad u obsesión nada de lo que alguna vez le había conmovido; tan pronto como reconoció la superioridad de sus relaciones adultas frente a las quiméricas de la juventud puso manos a la obra para fundir ambos grupos de experiencias a la luz de sus nuevos descubrimientos viriles. En realidad, con esto hizo simplemente lo mismo que la mayoría de los intelectuales, los cuales, al ingresar en la vida utilitaria, no quieren renegar de sus antiguos intereses; al contrario, apaciguan y equilibran los impulsos entusiastas de su juventud. La revelación del gran poema de la vida, en cuya redacción conscientemente colaboran, les devuelve el ánimo de diletantes, perdido al quemar sus propias poesías; Poetizando la vida, pueden considerarse con derecho especialistas innatos; a su actividad

cotidiana la impregnan de responsabilidad moral, se creen situados frente a mil decisiones dirigidas a hacer de aquélla algo honesto y hermoso, toman ejemplo de la idea de que Goethe vivió así, y afirman que no les agradaría la vida sin música, sin naturaleza, sin la contemplación de los inocentes juegos de los niños o de los animales, y sin un buen libro. La clase media así espiritualizada es en Alemania la consumidora principal de las artes y de toda literatura que no sea demasiado difícil, pero los miembros de esta clase social miran al arte y a la literatura -estimada antes como satisfacción de los deseos- con un ojo, por lo menos, despreciativo, lo cual es de comprender, aunque aquel arte precedente fue, en su estilo, más perfecto de lo que les parece; o bien piensan lo que un hojalatero pensaría de un escultor de estatuas de yeso, si tuviera la debilidad de encontrar belleza en tales productos.

Arnheim era entre aquella clase media como un clavel de jardín junto a otros silvestres. Para él no existían subversión espiritual ni renovación de principios, sino que sus problemas continuos eran sólo el enlazarse con lo existente, la toma de posesión, las correcciones suaves, el resurgimiento moral del desfigurado privilegio de los poderes constituidos. No era un presumido ni un adorador de lo que estaba por encima suyo; presentado en la Corte y en contacto con la alta nobleza y con los más sobresalientes de la burocracia, intentó amoldarse a aquel ambiente, no como imitador, sino como amante de las costumbres feudales y tradicionales, sin olvidar su origen burgués, por decirlo de algún modo: frankfurt-goethiano, y sin querer hacerlo olvidar. Pero con esto su contraposición se consumía y un contraste mayor le hubiera parecido que le quitaba el derecho a la vida. Interiormente estaba convencido de que los hombres creadores -y al frente los

negociantes, dirigiendo la vida y constituyendo una nueva era- estaban llamados a sustituir las antiguas fuerzas del ser por la soberanía; esto le daba a Arnheim cierto tranquilo aire de superioridad, justificada desde entonces por la sucesiva evolución; pero tampoco concediendo al dinero el derecho de soberanía quedaba resuelto el problema que planteaba el uso adecuado de tal autoridad. Sus predecesores en la dirección de los bancos y de las grandes industrias habían tenido una labor fácil; habían sido caballeros, y a sus contrarios los habían hecho papilla dejando al clero el manejo de la sartén; por el contrario, el hombre contemporáneo tiene en el dinero -según entendía Arnheim- el método moderno más seguro para el tratamiento de todas las relaciones; pero si tal método puede ser duro y exacto como una guillotina, puede también ser tan sensible como un reumático -baste pensar en las contracciones y

anquilosamientos de la Bolsa al menor incidente-, y depende, de una manera sumamente suave todo lo que cae bajo su dominio. A través de esta frágil dependencia de todas las configuraciones vitales que sólo un ciego engreimiento lógico puede olvidar llegó Arnheim a ver en el gran comerciante la tesis de la subversión y la perseverancia, del poder y la civilización burguesa, del riesgo razonable y de la erudición completa; pero más al fondo én preparación una figuración simbólica de la democracia. Mediante trabajo severo e infatigable sobre su propia personalidad, mediante organización espiritual de las relaciones sociales y comerciales de su competencia y sirviéndose de las ideas de composición y de gobierno del estado, quería participar en la construcción de una nueva era en la que fuerzas de la sociedad, desiguales por naturaleza y por destino, fueran completa y útilmente ordenadas, y donde el ideal no se pudiera romper al contacto con

las realidades necesariamente limitadas, antes bien, tendría e purificarse y fortalecerse. Para expresarlo en términos concretos había hecho la fusión de los intereses del negocio y del alma, desarrollando el concepto cumbre de “rey del negocio”; y el sentimiento de amor que había acariciado antes y que le había puesto en claro la reducción del todo a la unidad, era ahora el núcleo de su idea de unidad y de armonía distribuidos a la cultura y a los intereses humanos. Por entonces aproximadamente comenzó Arnheim a publicar sus escritos, y la palabra alma apareció en ellos. Se puede suponer que la usó por método, por sacar ventaja, por ser la palabra reina, pues no hay duda de que príncipes y generales no tienen alma, y entre los financieros él era el primero. Es también cierto que su papel implicaba la necesidad de defenderse -de un modo inaccesible al entendimiento comercial- contra tal ambiente, tan estrecho y juicioso, y en especial contra

la superior naturaleza directriz de su padre, junto al que empezaba poco a poco a figurar como el príncipe heredero a punto de envejecer. No hay tampoco duda de que su ambición de dominar todo lo digno de ser sabido - una sed de erudición imposible de saciar en la medida que él la sentía- encontraba en el alma un medio de desvalorizar todo lo que su inteligencia no conseguía entender. En esto no era él ninguna excepción; seguía la trayectoria del tiempo, que volvía a manifestar una marcada tendencia a lo religioso, no por motivos de fe, sino sólo, según parece, debido a una puntillosa rebelión femenina contra el dinero, el saber y el cálculo, a lo cual se supeditaban todos apasionadamente. Pero era dudosa y problemática la cuestión de si Arnheim creía en el alma cuando hablaba de ella, y de si atribuía a su posesión la misma realidad que a la posesión de sus acciones. Él se servía de tal nombre como de un vocablo para algo que no acertaba a

expresar. Llevado de su manía de hablar - pues era un hablador que no cedía tan fácilmente la palabra a los demás, y después, tras haberse dado cuenta de la impresión que era capaz de suscitar en el público, comenzó a dejarse llevar de la misma debilidad también en sus escritos-, hablaba sobre el alma como si su correspondiente existencia fuera tan obvia como la de nuestras espaldas, aunque no se vean. Se apoderó de él una verdadera pasión por escribir de esta forma sobre algo que implicaba incertidumbre y cierto presentimiento, y que, en el mundo excesivamente concreto de los negocios, aparece tan abstracto como un profundo silencio expresado a voz en grito; él no negaba la utilidad del saber; más bien al contrario, causaba sensación con sus diligentes compilaciones, como sólo puede hacerlo un hombre con todos los medios necesarios a su disposición; pero después de haber impresionado a sus lectores o a su auditorio declaraba que, por

encima del alcance de las sutilezas y de la exactitud, existe un reino de sabiduría que se abre sólo a una visión; Arnheim describía la voluntad fundadora de los Estados y del comercio internacional para dar a entender que él, a pesar de su grandeza, era sólo un brazo necesitado, para moverse, de un corazón impulsado por lo invisible; explicaba a sus oyentes los progresos de la técnica o el valor de las virtudes de la manera más ordinaria, tal como se lo imagina cualquier ciudadano, pero con el fin de añadir que semejante uso de las fuerzas del espíritu y de la naturaleza va envuelto de una ignorancia crasa si no se intuye su esencia, o sea, si no se sabe que son agitaciones de un océano situado bajo ellas en una profundidad donde apenas se perciben las olas. Y formulaba tales declaraciones en el estilo de los decretos dictados por el regente de una reina destronada, el cual organiza el mundo

conforme a las instrucciones que ella misma le ha dado antes.

Quizás era este orden su más fuerte y auténtica pasión, un afán de poderío que superaba todo lo que un hombre de su posición podía concederse, y que conducía como consecuencia inmediata a que aquel señor, tan poderoso en el dominio de la realidad, se retirase a su finca al menos una vez al año, y dictase allí un libro a su taquígrafo. Aquel extraño presentimiento, aparecido por primera vez y con la mayor viveza en las románticas horas de su juventud, se había abierto camino por allí, pero a veces afligía a Arnheim, aunque con fuerzas debilitadas. En medio de sus negocios internacionales le sobrevino entonces como una dulce parálisis y una nostalgia claustral, la cual le decía al oído que todas las contradicciones, todas las grandes ideas, todas las experiencias y esfuerzos de la vida no son simplemente una única cosa, tal como se consideran indebidamente cultura y

humanidad, sino que también tienen un tremendamente literal significado de centelleante inactividad, así como cuando, en un día de sol enfermizo, desea uno cruzarse de brazos, contemplar los las praderas y permanecer así siempre. Su actividad de escritor era en ese sentido un compromiso. Y dado que no se tiene más que un ser ésta intangible, por estar confinada en el exilio y comunidad desde allí de una manera confusa y ambigua a todos los problemas de la vida a los que se puede aplicar este mensaje regio, surgió en él a poco esa seria perplejidad en la que incurren todos los legítimos profetas cuando el asunto dura demasiado. Bastaba que Arnheim se diera a escribir en soledad para que la pluma, con fantástica fertilidad, condujese sus pensamientos acerca del alma a los problemas del espíritu, a los de las virtudes, a los de la ciencia y de la política que, irradiados por un foco invisible, aparecían como una iluminación mágica, clara y

uniforme. Aquella urgencia expansiva tenía algo de embaucador; pero él estaba a este respecto sujeto a la escisión de la conciencia, que para muchos es premisa de la creación literaria, excluyendo y olvidando el espíritu o lo que no encuadra en su planificación. En presencia de un interlocutor y poniéndose a través de su persona en comunicación con todos los asuntos de la Tierra, Arnheim no hubiera descendido nunca a tantos detalles, pero, inclinado sobre un papel preparado para reflejar sus ideas, entregaba gozoso a expresar en forma alegórica opiniones de las cuales las menos eran firmes; en su mayor parte formaban una bruma de palabras, cuya única reivindicación de realismo -no poco considerable- insistía en elevarse siempre de un modo inconsciente en los mismos lugares.

El que le quisiera criticar por eso debería tener presente que el poseer una doble personalidad espiritual ya no representa

desde hace mucho tiempo una especial cualidad, cuya demostración es exclusiva de los feos; debería más bien considerar que, al ritmo de nuestros tiempos, la posibilidad de pensar políticamente, la capacidad de escribir un artículo periodístico, la fuerza para prestar fe a las nuevas direcciones del arte y de la literatura y muchas otras cosas imposibles de enumerar se fundan elusivamente en la facultad de convencerse durante unas horas, contra propia opinión, de la capacidad de separar una parte del contenido de la plena conciencia y de ampliarla hasta convertirla en estado de perpetua convicción. De este modo era todavía ventajoso que Arnheim nunca estuviera, en realidad, totalmente convencido de lo que decía. Llegado la plenitud de la virilidad, no le quedaba ya asunto por tratar, poseía amplias convicciones y, continuando de la misma manera su marcha ascensional, no veía límites que le hicieran poner fin en el futuro a la adquisición de

nuevas convicciones, armónicamente derivadas de las antiguas. A un pensador tan eficiente, quien en otros estados de conciencia calculaba la rentabilidad y examinaba el balance, no se le podía escapar que aquello era un obrar sin márgenes ni corriente, aunque se perdía también de vista de tanto como se extendía; eso mismo se circunscribía únicamente en la unidad de su persona, y si bien Arnheim era bien pagado de sí mismo, este estado no satisfacía a su razón. Echaba la culpa al resto irracional que la vida muestra por doquier al observador avisado; intentaba también tranquilizarse, encogiéndose de hombros, con la consideración de que actualmente todo se pierde en el infinito; y, puesto que nadie puede elevarse propiamente sobre las debilidades de su siglo, vislumbraba incluso una preciosa posibilidad de ejercitar la virtud de la modestia común a todos los grandes hombres, y así se supeditaba sin recelos a las figuras de Homero o de Buda,

considerando que aquéllos habían vivido en tiempos más propicios; pero después, una vez culminado su éxito literario sin que en su vida de príncipe heredero se hubiese mudado cosa alguna de importancia aumentó aquel resto irracional, creció de un modo abrumador la carencia de resultados concretos y el disgusto de ver frustrado el fin y de haber olvidado su primer deseo. Contemplaba su obra y, aun pudiendo sentirse satisfecho de sus logros, le parecía a veces que todos estos pensamientos, formando una especie de muro de brillantes cada día más grueso, le habían separado solamente de un principio de efectos nostálgicos.

Precisamente entonces acababa de ocurrirle algo desagradable de esta suerte, y aquello le había conmovido mucho. Arnheim había aprovechado los ratos de ocio, que se concedía ahora más frecuentemente que de costumbre, para dictar a su mecanógrafo un artículo sobre la armonía entre los edificios

de los cargos públicos y los conceptos estatales; al ir a pronunciar la frase: “sentimos el silencio de los muros cuando contemplamos este palacio” se interrumpió a continuación de la palabra “silencio”, para gozar durante unos instantes del cuadro de la “Cancellería” de Roma, que en aquel preciso momento se había presentado, sin ser llamada, a sus ojos interiores; pero, cuando revisó lo escrito, vio que el secretario, adelantándose según costumbre, había puesto ya: “nosotros sentimos el silencio del alma cuando...” Aquel día, Arnheim dejó de dictar, y al día siguiente mandó tachar la frase.

Ahora bien, ¿cuánto pesaba, frente a experiencias tan vastas y profundas, aquel algo común al amor, vinculado corporalmente a una mujer? Arnheim debía reconocer, por desgracia, que pesaba exactamente tanto como el juicio sintetizador de su vida, de que todos los caminos que conducen al espíritu parten del alma, pero ninguno retorna a ella.

Cierto que muchas mujeres se habían considerado dichosas de sentirse relacionadas con él, pero éstas, si no eran naturalezas parasitarias, eran estas, mujeres de estudios y de actividad, pues con el tipo de mujer mantenida y que se gana con sus medios la vida era fácil entenderse tratándose de asuntos tan claros; las exigencias morales de su naturaleza le habían conducido siempre a relaciones en las que el instinto y las divergencias, que inevitablemente le acompañaban, encontraban un cierto yo en la razón. Pero Diotima fue la primera hembra que abrazó su secreta vida metamoral, y él la miraba a veces, por eso, con envidia.

A fin de cuentas, ella no era más que la mujer de un funcionario, de los mejores modales, eso sí, pero sin la suma cultura humana que sólo el poder confiere; y él, si hubiera querido unirse en matrimonio a una mujer hubiera podido aspirar a una joven de las altas finanzas de América o de nobleza

inglesa. Tenía momentos en los que una fundamental diferencia de métodos puericultores, un orgullo infantil cruelmente ingenuo, o pánico del niño mimado al verse por primera vez en la escuela pública, des-puntaban en él de modo que su creciente en-amoramiento le parecía una amenazadora deshonra. Y si en aquellos momentos reanudaba negocios con la gélida superioridad de que sólo un espíritu muerto y resucitado es capaz, la fría e incontaminable razón del dinero se le manifestaba, en comparación con el amor, como una potencia de extraordinaria limpieza.

Pero esto significaba únicamente que le había llegado esa hora en que el prisionero no se explica cómo ha podido dejarse robar la libertad sin defenderla hasta morir. Pues cuando Diotima decía: -"¿Qué son los acontecimientos mundiales? Un peu de bruit autour de notre âme...!", él sentía entonces estremecerse el edificio de su vida.

87 - Moosbrugger baila

ENTRETANTO, Moosbrugger seguía sentado en una celda preventiva del edificio de la audiencia. Su defensor navegaba a toda vela y se esforzaba por impedir que la autoridad clausurara fulminantemente la causa con una última plumada.

Moosbrugger sonreía. Sonreía de aburrimiento.

El aburrimiento acunaba sus pensamientos. De ordinario los extingue; pero, a los suyos, esta vez los acunaba. Era un estado semejante al de un actor sentado en su camarín en espera del momento de salir a escena.

Si Moosbrugger hubiera tenido entonces un gran sable lo hubiera empuñado y degollado la silla. Hubiera cortado la cabeza de la mesa y la de la ventana, la del cubo y la de las

puertas. Sobre todo lo decapitado hubiera puesto después su propia cabeza, pues en aquella celda había una sola cabeza, y ésta era hermosa. Podía imaginarla acoplada a todas las cosas, con el ancho cráneo y la cabellera que, partiendo de la coronilla, caía sobre la frente. Así le gustaban las cosas a Moosbrugger.

¶ Si al menos el local hubiera sido más amplio y la comida mejor...!

Se alegraba de no poder ver a nadie. Las personas le resultaban difíciles de soportar. Éstas tenían a veces un modo de escupir o de encogerse de hombros que hacían perder toda esperanza y daban ganas de aplicar el puño a sus espaldas y de lanzarlo a su través con el ímpetu que se necesitaba para abrir un agujero en la pared. Moosbrugger no creía en Dios, sino en su razón personal. A las verdades eternas las llamaba despreciativamente juez, cura y gendarme. Tenía que arreglárselas solo, y en estos casos

frecuentemente se tiene la impresión de que todos le cierran a uno el paso. Veía delante de sí lo que tantas veces había visto: tinteros, el tapete verde, los lapiceros; luego, el retrato del emperador adosado a la pared y a todos los allí sentados. En su distribución, aquello le parecía una trampa disimulada, en vez de con hierba y bolas, con la sensación de que tenía que ser así. Entonces le venía a la imaginación el soto de un recodo del río, el chirrido de una noria, fragmentos mezclados de paisajes, una colección infinita de recuerdos, de los que no sabía que en su tiempo le habían agradado. Y soñaba: -"¡Habría muchas cosas que contar!" Del mismo modo que sueña un joven. A Moosbrugger le habían recluido tantas veces que no se había hecho viejo. -"La próxima vez tendré más cuidado -pensaba Moosbrugger-; de otro modo no me comprenden." Y luego sonreía con severidad y hablaba de sí mismo con los jueces, como un padre que dice de su hijo: es

un granuja, encerradlo como es debido, a ver si así se corrige.

Naturalmente, se indignaba contra el reglamento de la prisión. O algo le dolía. Pero entonces podía hacerse conducir ante el médico de la cárcel o ante el director y así todo se reintegraba a un cierto orden y tranquilidad, como el agua sobre una rata muerta, hundida en el estanque. Claro que no era ésta precisamente la imagen que él se representaba; pero en su interior reinaba la indecible impresión de ser como la amplia superficie de una balsa de agua reflectante a la que nada puede turbar.

Las palabras de que disponía para describir esta impresión eran: ¡Hum! ¡Ya, ya!

La mesa era Moosbrugger.

La silla era Moosbrugger.

La ventana de rejas y la puerta cerrada eran él mismo.

No se le ocurría pensar que aquello podía ser una insensatez o algo

extraordinario. Los elásticos habían desaparecido. Detrás de cada cosa o criatura hay, cuando quieren aproximarse a otras cosas o criaturas, un elástico que se estira. Si no, se podrían mezclar todas. Y en cada movimiento existe un elástico que no deja hacer a nadie lo que quiere. Estos elásticos habían desaparecido de repente. ¿O era sólo que el inhibitorio sentimiento parecía como compuesto de elásticos?

¶No debe de ser tan fácil distinguir con exactitud las diferencias! Por ejemplo, las mujeres sujetan sus medias con elásticos. ¶Ahí las tienes! -pensaba Moosbrugger-. Rodean sus muslos con elásticos como si estos fueran amuletos. Bajo la falda. Como esos anillos con que se protege a los frutales a fin de que los gusanos no puedan subir.” Pero pasemos sobre esto rápidamente, para que no se crea que Moosbrugger sentía necesidad de llamar a todo “hermano”. Él no era así, estaba únicamente dentro y fuera. Ahora era

dueño de todo y lo dominaba. Estaba poniendo todas las cosas en orden antes de que lo mataran. Podía pensar en lo que quería; de momento, todo le obedecía tan dócilmente como un perro al que se le dice **¡Quieto!** Aunque encarcelado, poseía un colossal sentimiento de poderío.

La sopa llegaba puntual. Puntualmente le despertaban y le sacaban de paseo. Todo se sucedía en la celda con puntualidad, con rigor e inflexibilidad. A veces le parecía increíble. Debido a una extraña inversión, pensaba como si aquel orden procediera de sí mismo, aunque sabía que le era impuesto.

Otras personas reúnen experiencias similares, echadas a la sombra veraniega de un seto, cuando zumban las abejas y el sol atraviesa pequeño y duro el cielo lácteo; el mundo gira entonces alrededor de tales personas como un juguete mecánico. A Moosbrugger esta sensación se la proporcionaba el aspecto geométrico que ofrecía su celda.

En su contemplación se daba cuenta de las ganas locas con que deseaba una buena comida; soñaba con ella, y de día aparecían ante sus ojos los contornos de un buen plato de asado de cerdo, con una persistencia casi siniestra, en cuanto su espíritu se desembrazaba de otros quehaceres. -"Dos porciones -pedía Moosbrugger-; o tres." Pensaba en ello con tanta intensidad, y alimentaba la imaginación tan glotonamente, que de pronto se sentía lleno y con ganas de vomitar; se le empapuzaba el pensamiento. -"¿Por qué será -reflexionaba balanceando la cabeza- que al deseo de comer sigue tan inmediatamente la sensación de estar próximo a reventar? Entre el comer y el reventar median todos los placeres del mundo; pero qué mundo! Se podrían citar cien ejemplos para demostrar su angostura! Baste uno: la mujer que no se posee es como si de noche saliera la luna elevándose cada vez más alta, y como si chupara y rechupara el corazón; sin

embargo, habiéndola poseído, uno quisiera pisar su rostro con el talón. ¿Por qué es esto así?” Se acordaba de que a menudo le habían hecho aquella misma pregunta. Podía responder que las mujeres son mujeres y hombres, porque éstos corren tras ellas. Pero tampoco querían entender esto aquellos que le preguntaban. Querían saber por qué se le había metido a Moosbrugger en la cabeza que la gente estaba confabulada contra él. Como si su mismo cuerpo no estuviera incluso unido a ellos en la conspiración! Tratándose de mujeres, la cosa es clara. Pero también con hombres se entendía su cuerpo mejor que él mismo; una palabra llama a la otra, se sabe lo que conviene, el uno gira durante todo el día alrededor del otro, y en un abrir y cerrar de ojos se sale de la estrecha raya en la que se alterna con otros sin riesgo; pero si era su cuerpo el que lo había hecho venir sólo el cuerpo debería librarle de ello. Por lo que Moosbrugger se recordaba que

siempre había sido irritable o medroso, y su pecho se precipitaba con los brazos hacia delante como un gran perro al que se le ha dado una orden. Lo demás, ni Moosbrugger lo podía comprender; el espacio entre afabilidad y hartura es, naturalmente, estrecho, y si la cosa empieza así, se vuelve, rápidamente, terriblemente angosto.

Recordaba muy bien que los señores que se expresaban en términos extranjeros y que constituían su tribunal de justicia le habían reprochado frecuentemente: -"Pero por eso no se liquida de esa forma a una persona!" Moosbrugger se encogía de hombros. Se ha matado a gente por cuatro monedas o por nada, porque a algún otro se le ha metido eso en la cabeza. Pero él miraba por sí mismo y no llegaba a tanto. El reproche le había hecho mella con el tiempo; hubiera querido saber por que se le hacía de cuando en cuando el mundo tan estrecho, o como se diga, de modo que se sentía obligado a

abrirse paso violentamente, a fin de que se le bajara la sangre de la cabeza y tornara a circular. Especulaba. ¿Y no le sucedía lo mismo con sus reflexiones? Cuando iniciaba una buena época, no hubiera cesado de sonreír de tanto gusto que experimentaba- Ya no le escocían más los pensamientos en el cerebro, sino que -de repente- se posesionaba de él una sola idea. La diferencia era tan grande como la existente entre el balancearse de un niño pequeño y la danza de una bella mujer. Un auténtico embrujo. Aparece un acordeón; sobre la mes, la luz; entran volando mariposas de la noche de verano: así saltaban sus ocurrencias a la luz de la única idea, o bien Moosbrugger las sujetaba con sus grandes dedos cuando se le acercaban, y las estrujaba; durante un momento tomaban la aventurera apariencia de pequeños dragones. Había caído sobre el mundo una gota de sangre de Moosbrugger. No se podía ver, porque estaba en la oscuridad; pero él percibía que

ocurría en lo invisible. Lo lacio se enderezaba hacia fuera inmediatamente. Las arrugas desaparecían al estirarse el cuerpo terso. Un baile sigiloso reemplazaba el insoportable zumbido con el que muchas veces le atormentaba el mundo. Todo lo que sucedía ahora era bello, así como se encuentra hermosa a una muchacha fea cuando deja de estar sola y la toman otros de la mano, cuando se la lleva al baile y la mira alguno a la cara. Resultaba curioso: al abrir Moosbrugger los ojos y mirar a la gente presente a su alrededor en los momentos en que todo le obedecía danzando, también a él le parecían hermosas las personas. Entonces no se conjuraban contra él, no formaban muro alguno y quedaba demostrado que sólo el esfuerzo de quererle aventajar era lo que desfibraba el rostro de las personas y las cosas como bajo un gran peso. En estas ocasiones, Moosbrugger bailaba ante ellas. Bailaba invisiblemente, por dignidad; él, quien en la vida no

bailaba con nadie; danzaba al son de una música que conducía al recogimiento y al sueño, al regazo de la Madre de Dios y, al fin, a la misma tranquilidad de Dios, a un estado de maravillosa inverosimilitud, de mortal derretimiento; bailaba días enteros sin ser visto por nadie hasta haber sacado fuera todo lo que, hecho invisible por el frío, colgaba de las cosas, rígido y fino como una telaraña.

Si no se ha probado esto, ¿cómo se puede juzgar lo demás? A los días y semanas fáciles, en que Moosbrugger podía casi escurrirse de su piel, venían siempre los largos tiempos de encarcelamiento. Las prisiones del estado no eran nada en comparación con el arresto. Si entonces deseaba pensar, todo se contraía en él, abismándose en un amargo vacío. Odiaba los hogares de obreros y las instituciones de cultura popular donde le podían enseñar a pensar. ¿A él? **Si** todavía se acordaba de las grandes zancadas que podían dar en su cabeza los pensamientos!

Entonces se arrastraba por el mundo sobre suelas de plomo, con la esperanza de poder encontrar un lugar distinto. Saludaba a aquella esperanza con una sonrisa de resignación. Nunca había conseguido encontrar un término medio entre sus dos estados en el cual pudiera establecerse. Estaba harto. Sonreía con un espíritu magnánimo en espera de la muerte.

Por lo demás, había visto mucho. Baviera y Austria, hasta Turquía. Y cuántos acontecimientos de los que había leído en los periódicos no habían tenido lugar a lo largo de su vida! Eran tiempos agitados. Y en su interior se sentía orgulloso de haber vivido en ellos. Así consideraba la cosa, se trataba de un asunto complicado y triste, pero en definitiva su camino seguía una trayectoria media, y al final podía ser contemplado desde su nacimiento hasta la muerte. Moosbrugger no tenía de ningún modo el presentimiento de que iba a ser ejecutado; se

ajusticiaba a sí mismo con ayuda de los demás. Y todo constituía de alguna manera un complejo único: las carreteras, las ciudades, los gendarmes y los pájaros, los muertos y su muerte. Moosbrugger no alcanzaba a comprenderlo bien, pero mucho menos los demás, por mucho que hablaran de ello.

Escupía a la tierra y pensaba en el cielo que le parecía una trampa cubierta de azul. -"Las ratoneras de Eslovaquia son así, altas y abovedadas" -pensaba.

88 - La vinculación a grandes cosas

TIEMPOS hace que se debía haber hecho mención a una circunstancia fragmentada en varias combinaciones; su formulación podría rezar así: nada hay tan peligroso para el espíritu como su vinculación a grandes cosas.

Un hombre camina a través de un bosque, escala una montaña y contempla el mundo tendido a sus pies, observa a su hijo por primera vez en sus brazos, o goza de la felicidad de ocupar una posición envidiada; nosotros preguntamos: ¿qué es lo que experimenta en sus adentros? Sin duda, muchas cosas importantes, profundas; así le parece a él; sólo que no tiene la presencia de espíritu para tomarlas, por decirlo así, al pie de la letra. Las cosas admirables que le preceden y

le rodean y le encierran como en una cápsula magnética extraen de él sus pensamientos- Luego fija su mirada en miles de detalles, pero le acompaña el sentimiento de haber agotado todas sus municiones. Fuera, la animada, soleada, profunda gran hora, reviste el mundo con plata galvanizada hasta en las últimas hojitas y venillas; pero en su otra extremidad personal se advierte pronto una cierta carencia interior; cabe decir que lo allí existe es una gran "O" redonda y vacía. Tal estado es el síntoma clásico del contacto con todo lo grande y eterno, como también el de la permanencia en el apogeo de la humanidad y de la naturaleza. A las personas que dan preferencia a la compañía de grandes cosas - y entre éstas se cuentan especialmente las almas grandes, para las que no existen cosas pequeñas- les ocurre, sin darse cuenta, que su interior se vacía, emergiendo su contenido a una dilatada superficialidad, por eso, el peligro que ofrece la vinculación a grandes

cosas se podría designar también como ley de conservación de la materia espiritual, parece ser válida casi universalmente. Los discursos de altos dignatarios con amplio radio de actividad son generalmente más insustanciales que los nuestros. Las grandes ideas relacionadas de una manera particular con objetos especialmente dignos dan por lo general la sensación de que, aparecido el favor de las circunstancias, serían catalogadas de anticuadas. Los problemas más caros, los de la nación, los de la paz, de la humanidad, de la virtud, y otros semejantes, cargan sobre sus espaldas la más barata flora del espíritu. Sería un mundo muy absurdo si todo fuera así, pero si se admite que el tratamiento de un asunto baladí puede resultar tanto más importante cuanto lo sea el tema del mismo, entonces ése es el mundo del orden.

Sin embargo, esta ley, que tanto contribuye a la comprensión de la a intelectual de Europa, no siempre se revela igualmente

clara, y en tiempos de transición de un grupo de grandes objetivos a otro nuevo, el espíritu que aspira a servirlos puede parecer incluso subversivo, aunque cambie más que de librea. Un tránsito semejante era ya de advertir cuando los hombres de los que se va a hablar aquí empezaban a tener sus preocupaciones y triunfos. Así, había, por ejemplo, libros - por comenzar con un objeto de la pertenencia de Arnheim- que alcanzaban tiradas enormes, pero a los que no se les tributaba los más altos honores, bien éstos eran otorgados únicamente a los libros con ediciones de un determinado número de ejemplares. Existían industrias de mucho prestigio, como la del fútbol o del tenis, pero se vacilaba en cuanto a dotar de cátedra en las universidades técnicas. En suma: trátese del bienaventurado pendenciero y almirante Drake, quien importó la patata de América con la que se comenzó a impedir las crisis periódicas de hambre en Europa, trátese del menos

bienaventurado, cultísimo e igualmente belicoso almirante Raleigh, quien también pudo importarla, o bien se trate de anónimos soldados españoles o del buen granuja y negrero Hawkins, durante mucho tiempo a nadie se le ocurrió conceder a estos hombres, debido a sus patatas, más importancia que al físico Al-Schirasi, del que sólo se sabe que dio la explicación justa y cabal del arco iris; pero con la era de la burguesía se había iniciado una renovación de la escala de valores en tales merecimientos, la cual había alcanzado en la época de Arnheim un verdadero auge, y ya sólo viejos prejuicios la sofocaban. La cantidad del efecto y el efecto de la cantidad, como nuevo y evidente objeto de culto, luchaban todavía contra un anticuado y ciego culto aristocrático a la alta cualidad, pero en el mundo de las ideas habían surgido ya los más exóticos compromisos: el más importante era el de la idea del “gran espíritu” que, tal como nosotros hemos llegado a conocerla

durante la última generación, tenía que ser una síntesis de excelencia propia y de la historia de las patatas, pues se esperaba a un hombre, privilegiado con el aislamiento del genio, que al mismo tiempo tuviera la inteligibilidad universal del ruiseñor.

Era difícil adelantarse a predecir lo que habría de resultar por aquellas vías, ya que el peligro de la vinculación a grandes cosas empezaba a vislumbrarse al desaparecer su grandeza. No hay nada más fácil que burlarse del alguacil que en nombre de Su Majestad trata afablemente a los vecinos convocados; pero lo que generalmente no se sabe hasta pasado mañana es si ese hombre que habla de un modo profético en nombre del mañana es o no es un alguacil. El peligro de la vinculación a grandes cosas tiene esta desagradabilísima particularidad: mientras las cosas cambian, el peligro permanece siempre igual.

89 - Hay que acomodarse a los tiempos

EL doctor Arnheim había recibido la anunciada visita de dos directivos de su firma con los que había conferenciado largo tiempo; a la mañana siguiente aparecieron revueltas sobre las mesas del salón actas y cuentas, en espera del secretario. Arnheim debía tomar acuerdos, los delegados tenían que regresar en un tren de la tarde, y él gozaba hoy, como siempre, del favor de las circunstancias que le garantizaban bajo todo punto de vista una cierta emoción. -"En diez años -pensó él- la ciencia habrá progresado tanto que la firma dispondrá de aviación propia para los traslados; entonces podré veranear en el Himalaya y dirigir desde allí a todo mi personal." Dado que las resoluciones ya las había tomado la

noche anterior, y puesto que para aquel día no le quedaba mas que volver a examinarlas y autorizarlas, en este momento se encontraba libre; se había hecho servir el desayuno en la habitación y, mientras fumaba el cigarro matinal, se relajaba en el espiritual esparcimiento de reconstruir su encuentro con Diotima, reunión que la noche precedente había tenido que interrumpir antes de lo debido. Aquella vez se había congregado una sociedad muy divertida: muchos de los concurrentes no contaban todavía treinta años de edad o, al menos, no sobrepasaban los treinta y cinco; todavía eran medio bohemios, pero con renombre y registrados en los periódicos. Habían acudido no solamente hijos del país, sino también huéspedes de todo el mundo, atraídos por la noticia de que en Kakania vivía una mujer de la sociedad ocupada en abrir al espíritu una calle a través del mundo, a veces daba la impresión de que aquello era una cafetería, y Arnheim sonreía

pensando en Diotima, quien parecía estar aturdida entre los cuatro muros de su casa; pero en conjunto a Arnheim le pareció una velada muy animada y, en medio de todo, un experimento extraordinario. Su amiga, decepcionada tras las estériles reuniones de las más encumbradas personalidades, audazmente había hecho la prueba de abrir las puertas la Acción Paralela a las corrientes más nuevas del espíritu; las relaciones de Arnheim le habían prestado buen servicio a tal efecto. Arnheim meneaba simplemente la cabeza cuando recordaba las conversaciones que había tenido que oír; se le antojaban ni más ni menos que estúpidas, pero: -"Hay que ser condescendiente con la juventud -se decía para sí-; quien la reprueba sin más se hace ridículo e insoportable." Se sentía pues, si cabe decirlo así, seriamente divertido, ya que semejante asistencia resultaba un poco excesiva para una sola vez.

¿Qué era, según aquellos jóvenes, lo que se debía llevar el demonio? experiencia. Ellos se referían a aquella experiencia personal, de cuyo calor centrífugo y adherencia a la realidad se había entusiasmado, quince años antes, el impresionismo, como de un dondiego de noche. Ahora llamaban al impresionismo blando y acéfalo. Exigían dominio de la sensualidad y síntesis espiritual!

¿Y no era la síntesis, en suma, una antítesis del escepticismo, de la Psicología, de la introspección, de las inclinaciones literarias propias de los tiempos de nuestros padres?

Por lo visto no enjuiciaban la síntesis muy filosóficamente; lo que ellos entendían por tal se refería más bien a la necesidad que sus jóvenes huesos y músculos sentían de libertad de movimiento, su síntesis hacía relación al salto y la danza en las que uno se prohíbe cualquier estorbo de la crítica. Si les venía al caso, no tenían reparo en mandar la

síntesis al quinto infierno, juntamente con el análisis y el pensamiento entero. Otros afirmaban que el espíritu debería ser incrementado por el jugo de la experiencia. De ordinario, los que así se expresaban eran naturalmente miembros de algún otro grupo; pero a veces eran también, en el cielo, los mismos de antes.

Empleaban las palabras más caprichosas. Exigían energía intelectual! Un estilo ágil de pensamiento, que salte al pecho del mundo. El agudo cerebro del hombre cósmico. Cuántas otras frases de este estilo no tuvo que oír Arnheim!

La reorganización del hombre según un plan americano de trabajo universal a base de fuerzas mecanizadas.

El lirismo unido al más irruptor dramatismo de la vida.

El tecnicismo: un espíritu digno de la era de las máquinas.

Blériot -había exclamado alguien- atraviesa en este momento el canal de la Mancha a cincuenta kilómetros por hora! Un poema cincuenta-kilométrico es lo que habría que escribir; toda la enmohecida literatura restante debería echarse a la basura.

Predicaban el acelerismo, o sea, el más alto grado de la velocidad de la experiencia, tomando pie en la biomecánica deportiva y en la precisión acrobática.

La renovación fotogénica a base de filmes.

Después, uno de ellos había dicho que el hombre era un misterioso espacio interior, por lo que se precisaba ponerlo en relación con el cosmos mediante el cono, la esfera, el cilindro y el cubo. Pero también se había mantenido la opinión contraria: que el individualístico concepto- base del arte estaba a punto de perecer, y que sería necesario injertar al hombre del futuro un nuevo sentido de la vivienda, construyendo casas y barriadas

económicas. Y mientras que de un lado se había formado una vecindad individualística y otra social, una tercera objetaba que sólo los artistas religiosos se pueden llamar sociales en el verdadero sentido de la expresión. Sobre esto, un grupo de nuevos arquitectos reclamó para sí la dirección, pues la religión es la finalidad de la arquitectura; además, con el influjo concomitante del amor patrio y el autoctonismo. El grupo religioso, fortalecido por el cúbico, arguyó que el arte no era un asunto dependiente, sino una cuestión central, cumplimiento de leyes cósmicas pero en el transcurso de la polémica el grupo cúbico volvió a abandonar al religioso, aliándose con los arquitectos en la creencia de que la relación con el cosmos se conseguía mejor mediante formas espaciales, las cuales dan validez y tipismo al elemento individual. Brotó la frase de que era necesario verse dentro del alma humana para luego aislarse de ella en tres dimensiones. Después preguntó

alguien, con aire porfiado y efectista a qué se daba más importancia, si a diez mil personas hambrientas o a una obra de arte. De hecho, ya que la mayoría eran de alguna manera artistas, se mostraron todos de acuerdo en admitir que el restablecimiento espiritual del hombre habría que buscarlo únicamente en el arte, sólo discordaron al tratar sobre la naturaleza de este restablecimiento y sobre las exigencias que habría que presentar, en consecuencia, Acción Paralela. Acto seguido ocupó la presidencia el primitivo grupo social, e hizo oír nuevas voces. A la pregunta de si era más importancia obra de arte o la necesidad de diez mil personas siguió la problemática de si diez mil obras de arte compensan la miseria de un solo hombre. Artistas poderosos declararon que no le es lícito al artista darse tanta importancia; \square fuera con su autoexaltación!, \square que pase hambre y aprenda a ser social! Ésta fue su petición. La vida es la más grande y única obra artística, dijo

alguno. Una voz enérgica replicó: **N**o es el arte lo que une, sino el hambre! Una voz conciliadora recordó que el remedio mejor contra la exagerada estima de sí mismo es, en el arte, empezar por la base de una actividad febril. Y después de aquel dictamen confrontador, otro aprovechó la pausa producida por el cansancio o por el tedio común para preguntar de nuevo plácidamente si creían que se podía manifestar algo sin haber restablecido antes el contacto entre hombre y espacio. Ésta fue la señal para que nuevamente pidieran la palabra el tecnicismo, el acelerismo y lo demás; el debate se prolongó, pues, largo tiempo sin concluir nada. Pero al fin se llegó a un acuerdo, porque había que ir a casa y se quería tener un resultado; por eso convinieron todos en formular una aserción que, más o menos, decía así: El tiempo actual es exigente, agitado, rebelde y desgraciado; el Mesías en el que la época espeera y confía

no se ha hecho todavía visible. Arnheim reflexionó un momento.

Siempre se había visto rodeado de un círculo de gente; cuando se desprendía de su auditorio alguna persona dura de oído o falta de alcandés, inmediatamente la sustituía otra. También en esta ocasión Arnheim abía constituido perentoriamente el punto clave de la asamblea, si bien no siempre había sido muy claro en aquella discusión un tanto grosera. Hacía tiempo que para él eran cosa trillada los asuntos en que se ocupaban los demás. Las referencias de su saber estaban elevadas al cubo: había hecho construir una ciudad-jardín para sus empleados, entendía de maquinas, de su lógica y de su ritmo, sabía hablar de la introspección del alma y había invertido capital en la incipiente industria cinematográfica. Haciendo el resumen de aquel análisis, Arnheim se dio cuenta de que no lo había desarrollado tan ordenadamente como se le presentaba sin

quererlo en la memoria. Tales discusiones describen una trayectoria característica, como si a los contrincantes, colocados dentro de un polígono con los ojos vendados, se les ordenara emprender, con un bastón por arma una marcha en línea recta; es un espectáculo embrollado y fatigoso, sin lógica. ¿No es, sin embargo, una imagen de la trayectoria que describen las grandes ideas? Tampoco tal proyección resulta del influjo de las prohibiciones y leyes de la lógica cuya fuerza ejecutiva es, a lo más, de la incumbencia de la policía, sino de los impulsos desordenados del espíritu. De este tenor fueron las preguntas que se hizo Arnheim al acordarse de las atenciones con que había sido recibido, y le pareció posible la afirmación de que el nuevo modo de pensar se asemejaba a la libre asociación de ideas en una cabeza destornillada, lo cual es sin duda impresionante.

Por excepción, Arnheim encendió un segundo cigarro, a pesar de que ordinariamente no accedía a debilidades sensuales de tal género. Y mientras sostenía la cerilla entre los dedos y usaba de los músculos de la cara para efectuar las primeras chupadas no pudo disimular la sonrisa que le salió espontánea al venirle a la imaginación la figura del pequeño general, quien se le había acercado a hablarle en el transcurso de la velada. Puesto que los Arnheim poseían una fábrica de cañones y de planchas de blindaje, y sabido que, en caso de emergencia, podían producir enorme cantidad de munición, comprendió muy bien que el algo raro, pero simpático general (éste hablaba de modo distinto a los generales prusianos, en un tono más remiso, natural, pero también, por así decirlo, imbuido de una antigua cultura; claro que se podía añadir “de una cultura en decadencia”) se volviera confidencialmente hacia él -suspirando, ☐ no sin filosofía!- y le

hablara acerca de las conversaciones que se habían sostenido aquella noche, las cuales mostraban, al menos en parte según estaba claro, un carácter radicalmente pacifista.

El general, único oficial presente, no las tenía todas consigo, y se quejó de la volubilidad de la opinión pública, debido a la aclamación con que habían sido acogidas ciertas declaraciones referentes a la santidad de la vida humana. -"Yo no entiendo a esta gente nueva." Con estas palabras se había dirigido a Arnheim como a un genio de talla internacional, y le había pedido una aclaración: -"No comprendo por qué hablan con un desconocimiento tal de generales sanguinarios. A mí me parece que comprendo bastante bien a las personas mayores que suelen acudir a estas reuniones, aunque también es cierto que no me puedo imaginar cosa menos marcial. Por ejemplo, cuando el famoso poeta..., no sé cómo se llama: ese anciano señor de elevada estatura y de vientre

pronunciado, el que ha dejado de escribir los versos sobre las deidades griegas, sobre las estrellas, sentimientos eternos del hombre; la señora de la casa me ha dicho que es un auténtico poeta, cuyos méritos de verdadero calibre los ha adquirido en una época que lo único que engorda, a lo más, es a la inteligencia. Pues, como digo, yo no he leído nada de él, pero estoy seguro de le comprendería siendo verdad que su prestigio se cifra realmente en mero hecho de no andarse en contemplaciones; en definitiva, el mundo otorga a personas como él el nombre de estrategas. El sargento, si me permite usted poner un ejemplo de orden tan inferior, tiene que preocuparse naturalmente del bienestar de cada uno de los hombres de su compañía; el estratega, sin embargo, piensa en mil hombres, considerándolos todos como unidad mínima, y debe ser también capaz de sacrificar diez unidades si se lo exige un fin superior. No veo lógica ninguna en quien se empeña en

llamarle a uno en un caso general sanguinario y en el otro ideal eterno; le ruego que me lo explique, si es posible.”

Las circunstancias especiales que rodeaban a Arnheim en aquella ciudad y en aquel ambiente social habían despertado en él ciertos deseos de regocijarse poniendo a los demás en tela de burla, inclinación por lo demás cuidadosamente inhibida. Sabía a quién se refería el pequeño general, aunque no lo manifestaba; además, no había por qué hacerlo, él mismo habría podido aducir varios ejemplos de tal especie. Aquella tarde habían causado mal efecto; no había que pasarlo por alto.

Arnheim, concentrándose durante un momento en estos desagradables pensamientos, retuvo el humo del cigarro entre los labios abiertos, su situación en aquella sociedad no era tampoco muy fácil. No obstante la estima de que gozaba, había llegado a sus oídos alguna observación

malintencionada, como si hubiera sido directamente dirigida contra él; lo que se condenaba era a menudo nada menos que aquello que él había amado en su juventud, precisamente como si tales jóvenes amaran ahora las ideas de su propia generación. Él experimentaba allí una sensación especial, casi adversa, al sentirse obsequiado por la juventud, la cual al mismo tiempo se mofaba desconsideradamente de un pasado por el que él se interesaba en sus adentros; Arnheim percibía dentro de sí una sensación de elasticidad, una disposición de cambio, espíritu de iniciativa, se podía casi decir que tenía la perversidad de una mala conciencia bien disimulada. Reflexionó rápidamente sobre lo que le separaba a él de aquella nueva generación. Los jóvenes se contradecían mutuamente en todo; lo único en que convenían era en la lucha contra la objetividad, contra la responsabilidad moral y contra la persona equilibrada. Una

circunstancia particular ponía a Arnheim en trance de alegrarse del mal ajeno. La estimación exagerada que se hacía de algunos de sus coetáneos, en los que lo personal sobresalía muy por lo alto, le había resultado siempre antipática. Un adversario tan distinguido como él no citaba nombres ni siquiera mentalmente; pero bien sabía en quién pensaba. -"Un joven sobrio, modesto, codicioso de ilustres placeres" -por emplear palabras de Heine a quien Arnheim amaba en lo secreto de su interior y de quien hacía ahora memoria. -"Hay que alabar sus aspiraciones y su aplicación en la poesía..., los amargos esfuerzos, la imponderable perseverancia, el rencoroso forcejeo con que elabora sus versos... Las musas no se le muestran propicias, pero él tiene en su mano el genio de la lengua... La angustiosa violencia que se tiene que hacer a sí mismo recibe de él el apelativo de proeza de palabras." Arnheim poseía una retentiva extraordinaria

y podía citar de memoria páginas enteras. Se distrajo. Se extrañó de que Heine, luchando contra un hombre de su mismo tiempo, hubiera descrito anticipadamente fenómenos que sólo ahora habían llegado a ser admirados; fijando luego su pensamiento en el segundo representante de la gran corriente idealística alemana -el poeta del general-, se sintió estimulado a producir obras propias. Esto fue el golpe de espíritu, el pábulo con el que se daba reciedumbre a su ánimo tras de la carestía. El solemne idealismo de aquel poeta se asemejaba a esos instrumentos de viento, grandes y profundos, de las orquestas, que parecen calderas de locomotoras elevadas a las alturas, y que producen gruñidos y ruidos embarazosos. Con un sonido cubren miles de posibilidades. Arrojan de un soplo grandes paquetes llenos de sentimientos eternos. El que tiene capacidad para ventilar versos de esta manera -pensó Arnheim no sin amargura- es considerado

hoy día como poeta diferenciado del literato. ¿Y por qué no como general? Esta gente mantiene buenas relaciones con la muerte y continuamente necesita de algunos miles de muertos para gozar con dignidad del momento huidizo de la vida.

Pero, en esto, había hecho alguno la afirmación de que incluso el perro del general, reconvenido por aullar a la luna en una noche de rosas, podría responder: **Q**ué queréis, pues! **S**i ésa es la luna y éstos los sentimientos eternos de mi raza! **E**xactamente igual que uno de los señores que han alcanzado por ahí la celebridad! Sí, él podría añadir todavía que su sentimiento se había fortalecido con la experiencia, que su expresión se había enriquecido y alterado, pero con una simplicidad tal que el público le comprendía; en cuanto a los pensamientos, éstos se retiraban detrás de su sensación, pero eso correspondía en todo a las

exigencias vigentes, y en la literatura no había constituido jamás obstáculo alguno-

Arnheim, desagradablemente sorprendido, retuvo otra vez el humo del cigarro entre los labios, los cuales permanecieron un momento abiertos, como una barrera fronteriza a media altura entre la persona y el mundo exterior. Para algunos de estos poetas, particularmente castizos, Arnheim había tenido siempre palabras laudatorias, como les es debido, y en algunas ocasiones los había ayudado con dinero; pero en el fondo los podía ver, según se daba cuenta ahora, así como tampoco a sus elevados versos. -"A estas señorías heráldicas, que ni siquiera son capaces de mantenerse a sí mismas -pensó él-, se las debía confinar en parque nacional, junto con los últimos bisontes y águilas." Y puesto que resultaba anacrónico subvencionarlos -así se había demostrado en transcurso de la velada-,

Arnheim concluyó sus reflexiones, no sin provecho propio.

90 - El destronamiento de la ideocracia

PROBABLEMENTE está perfectamente fundado el fenómeno de que, en las épocas en que el espíritu ofrece el espectáculo de un mercado público, se revelen, como auténtico contraste, poetas que nada tienen que ver con su tiempo. Éstos no se ensucian con pensamientos contemporáneos, aportan, por así decirlo, poesía pura, y hablan a sus fieles sobre la grandeza en un lenguaje muerto, como si acabaran de volver de la eternidad y se establecieran interinamente en la tierra, igual que un hombre, que, habiendo emigrado hace tres años a América, regrese a su patria de visita hablando mal su propio idioma. Este fenómeno es aproximadamente el mismo que el registrado cuando un

agujero hueco se cubriera, como compensación, con una cúpula hueca; y pues la vaciedad sobresaliente no hace más que engrandecer la común, es muy natural que, a un tiempo de este culto a la persona siga otro que se prevenga escrupulosamente de hacer ostentación de todo lo que significa responsabilidad y grandeza.

Arnheim, con la grata sensación de tener a su persona asegurada a todo riesgo, se disponía cautelosamente a hacer la prueba de afianzarse en aquellas sospechas suyas sobre un futuro desarrollo. No era asunto de poca monta. Él tenía presente todo lo que, a lo largo de los últimos años, había visto en América y Europa: la nueva pasión por el baile, ya se basara éste en el profundo estilo de Beethoven o en el ritmo sensual de la nueva ola; Arnheim pensaba en la pintura, en la que un máximo de correlaciones espirituales debían expresarse con un mínimo de líneas y colores; deliberaba sobre la

cinematografía, donde un gesto, inteligible a todos, arrastraba al mundo entero con el solo añadido de una pequeña novedad; consideraba, en fin, cómo el hombre común, convencido del deporte, ya entonces creía conquistar, mediante pataleo infantil, los grandes pechos de la naturaleza. Lo más llamativo de estos fenómenos era una cierta simpatía por la alegoría, si se entiende por tal una cierta relación moralizadora, bajo cuya influencia adquiere todo una significación más excelsa de la que honradamente le corresponde. Pues así como un yelmo y un par de espadas cruzadas traían a la sociedad del barroco el recuerdo de todos los dioses y de sus historias, y del mismo modo que no fue el señor Von Hinz quien besó a la condesa Kunz, sino el dios de la guerra a la diosa de la castidad, Hinz y Kunz sienten hoy, cuando flirtean, el correr del tiempo o algo así como una colección de diez docenas de nuevas ferias de muestras, las cuales ya no

forman naturalmente un Olimpo suspendido entre alamedas de tejos, sino la mismísima barahúnda moderna. En el cine, en el teatro, en el salón de baile, en el concierto, en el auto, en el avión, en el agua, al sol, en las sastrerías y en los comercios se observa continuamente una enorme superficie formada por ex- e impresiones, por gestos, conductas y vivencias. Muy marcada su configuración particular y exterior, este hecho se asemeja a un cuerpo a gran velocidad de rotación, en cuya superficie se arremolina y se mezcla todo, mientras que el interior permanece informe, burbujeante y apremiante. Y si Arnheim hubiese podido proyectar su mirada sobre los años venideros hubiera visto que mil novecientos veinte años de moral cristiana, millones de muertos en una guerra estremecedora, y un bosque alemán de poesías, cuyas auras cantaban al pudor femenino, no pudieron retardar ni una hora el día en que comenzaron las mujeres a acortar

sus cabelleras y sus faldas; las muchachas de Europa se despojaron de la corteza de prohibiciones milenarias y se pelaron como plátanos, quedando desnudas durante unos instantes. Arnheim hubiera visto también otros cambios difíciles de creer. ¿Qué importancia puede tener el saber lo que ha de permanecer o lo que desaparecerá, si se consideran los enormes y probablemente inútiles esfuerzos que tales revoluciones de los estados de la vida han costado a filósofos, pintores y poetas en su trabajo de hacerlas entrar por el camino consciente y responsable del progreso espiritual, en vez de dejarlas seguir el camino trazado por sastres, modas y aventuras?, pues de ahí se puede deducir la fuerza creadora que desarrolla la superficie, en comparación con la infructuosa testarudez del cerebro.

Esto es el destronamiento de la ideocracia, del cerebro, el traslado del espíritu a la periferia, la última problemática, tal como lo

veía Arnheim. Es cierto que la vida se ha conducido siempre por este camino; continuamente ha llevado al hombre, en su reconstrucción, de fuera hacia dentro, con la diferencia de que antes se experimentaba la necesidad de producir algo de dentro hacia fuera. El mismo perro del general, cuyo simpático recuerdo acudió en aquel instante a la mente de Arnheim, no hubiera sido nunca capaz de comprender otro desarrollo, ya que el equilibrado y obediente hombre del siglo pasado ha formado a este fiel compro del hombre a su imagen y semejanza; pero la prima de este perro la ganga salvaje de las estepas que baila horas largas, lo entendería todo. Cuando ésta eriza las plumas o escarba con las patas goza quizá de más alma que un letrado al enlazar unos pensamientos, sentado a su escritorio. En definitiva, todos los pensamientos proceden de las articulares, de los músculos, glándulas, ojos, oídos y de las vagas impresiones generales que contiene en

sí el saco cutáneo al que pertenecen. Los siglos pasados cometieron quizá un grave error al atribuir un valor tan grande a la inteligencia y a la razón, a las convicciones, a los conceptos y al saber; fue como querer considerar al registro y al archivo como las páginas importantes de un ministerio por la simple razón de que se encuentran en la oficina central, si bien no pasan de ser dependencias auxiliares cuyas órdenes les vienen de fuera.

Y de repente, Arnheim, estimulado posiblemente por los ligeros fenómenos de relajación que producía en él el amor, encontró el lugar donde se debía buscar el pensamiento redentor y ordenador de aquel enredo: iba unido de un modo simpático a la idea de aumento de transacciones. Una aumentativa transacción de pensamientos y experiencias era una realidad innegable de los nuevos tiempos, y tenía que ser consecuencia natural del hecho de haberse sustraído a la

elaboración espiritual con la pérdida de tiempo consiguiente. Veía reemplazado el cerebro del siglo por la ley de la oferta y la demanda, el pensador formalista por el comerciante moderador, y disfrutó instintivamente del conmovedor espectáculo de una enorme producción de experiencias que se unían y separaban libremente, una especie de flan nervioso que, con cualquier sacudida, tiembla en todas sus partes, un gigantesco tamtam que retumba desaforado apenas se le toca. Que estas imágenes no se encuadraran entre sí era secuela del fantástico estado al que habían trasladado a Arnheim; pues a éste le parecía que precisamente una vida así se podría comparar a un sueño durante el cual se presencian a un tiempo los acontecimientos exteriores más maravillosos y se permanece sigiloso en el centro del interior con un yo sutil en cuyo vacío todos los sentimientos relucen como tubos de luz azul. La vida reflexiona alrededor del hombre y,

danzando, establece para su persona relaciones que él, sirviéndose de la razón, no acierta a mezclar calidoscópicamente, sino tras mucha dificultad y a fuerza de tiempo. Así, Arnheim, como negociante y, al mismo tiempo, excitado hasta en las veinte puntas de sus dedos de pies y manos pensaba en las libres relaciones del comercio espiritual y corporal de un próximo futuro, y no consideraba desacertada la posibilidad de que algo colectivo, panlógico, estuviera en formación, como tampoco que el hombre, abandonando su anticuado individualismo, se encontrase, con toda la superioridad y la inventiva de la raza blanca, en viaje de regreso hacia una reforma del Edén para traer al rural atraso del jardín del Paraíso un programa moderno y de gran amenidad.

Una sola cosa le causaba desagrado. Pues así como se posee en sueños la facultad de introducir en un suceso un sentimiento inexplicable que cruza toda la persona, así

también se tiene la misma facultad en estado de vigilia, pero sólo a los quince o dieciséis años, cuando se va todavía a la escuela. También entonces se dan en el hombre, como ya se sabe, grandes oscilaciones, apremios impulsivos y experiencias disformes; las sensaciones son tumultuosas, pero todavía no muy diferenciadas: amor e ira, felicidad y escarnio, en resumen, todos los abstractos morales, son acontecimientos convulsivos que, o bien se extienden sobre todo el mundo, o bien se reducen a la nada; tristeza, ternura, grandeza y generosidad abovedan el vacío del alto cielo. ¿Y qué sucede? De fuera, del mundo articulado, acude una forma hecha: una palabra, un verso, una risa demoníaca; vienen Napoleón, César, Cristo, o quizá nada más que unas lágrimas sobre la tumba paterna; y he ahí que surge de repente la obra de conjunto. Esta obra de primerizo es, paso a paso -lo cual se descuida demasiado frecuentemente-, una expresión acabada del

sentimiento, la cópula más apurada de propósito y realización, y la más perfecta introducción de las experiencias de un joven en la vida del gran Napoleón. Parece, sin embargo, que el nexo de lo grande con lo pequeño no es, por alguna causa, reversible. Tanto en los sueños como en la juventud, cuando uno ha pronunciado un gran discurso y se despierta pudiendo desgraciadamente captar todavía las últimas palabras, sucede que éstas no son tan extraordinariamente hermosas como habían parecido. Ya no se tiene la sensación etérea e iridiscente del gallo bailador; más bien lo que hace es solamente aullar con mucho sentimiento a la luna, como el agraciado y ya citado can del señor general.

Luego, no todo podía coincidir aquí -reflexionó Arnheim animándose-; pero naturalmente hay que tomar en serio la necesidad de acomodarse a los tiempos, añadió vigilante; pues, al fin, ¿había asunto que portara

más que el aplicar aquel acreditado principio de fabricación bien a la confección de la vida?

91 - Especulación con el espíritu al alza y a la baja

LAS reuniones en casa de los Tuzzi seguían el apremiante ritmo de costumbre.

Durante el “concilio”, el jefe de sección dirigió la palabra al “primo”. ¿Sabe usted que todo esto ha tenido lugar ya otra vez?” Tuzzi hizo un gesto con los ojos, dirigiéndose al hervidero humano de su vivienda desconocida. -”En los orígenes de la cristiandad, en los siglos alrededor del nacimiento de Cristo. En la incandescente caldera levantino-helenístico-judaico-cristiana se formaron in-finidad de sectas.” Y comenzó a enumerarlas: -”Los adamitas, cainitas, ebionitas, coliridianos, arcónticos, encratitas, ofitas...” Y con una extraña, arrebatada lentitud, como cuando se quiere disimular mesuradamente

la habitual ligere- de su obrar, alegó una larga serie de agrupaciones religiosas pre- y paleocristianas; causó la impresión de querer dar a entender prudentemente al primo de su esposa que de cuanto pasaba en su casa estaba mejor enterado de lo que aparentaba.

Añadió luego, como explicación a los nombres citados, que una de las sectas se pronunciaba contraria al matrimonio, ya que imponía la castidad; sin embargo, otra exigía castidad, pero era gracioso observar que tal fin pretendía alcanzarlo mediante ritos orgiásticos. Los miembros de una secta se mutilaban en la creencia de que la carne de mujer era un invento del diablo; en otros casos, hombres y mujeres asistían desnudos a sus funciones religiosas. Creyentes sofistas, llegados a la conclusión de que la serpiente que sedujo a Eva en el Paraíso fue una persona divina, practicaban la sodomía; y otros no perdonaban virgen, pues siendo verdad, a su científico entender, que Jesús no había

sido el único hijo de la Madre de Dios, sino que ésta había además dado a luz a otros, la virginidad se debía considerar, en consecuencia, como un error peligroso. Los unos hacían lo contrario de los otros, y todos aducían aproximadamente los mismos motivos y convicciones.

Tuzzi refería todo esto con la seriedad que corresponde a los acontecimientos históricos, por raros que sean, y con el semitono que acompaña a los chistes de hombres. Ambos conversaban de pie, junto a la pared. El jefe de sección, con una desazonada sonrisa, depositó el resto del cigarrillo en el cenicero, echó una mirada distraída a la muchedumbre y como si hubiera querido extender sus consideraciones a lo largo de la duración de un cigarrillo, argumentó con estas palabras: -"Estimo que la divergencia de opiniones y la subjetividad de los conceptos que reinaron entonces dirigen el pensamiento, no sin motivo, a los debates de

nuestros literatos. Para mañana es posible que los haya dispersado ya el viento. Si, debido a diversas circunstancias históricas, no hubiera surgido oportunamente un burocrático sistema clerical con actividades políticas, hoy día apenas quedaría rastro de la fe cristiana...”

Ulrich asintió. -”Los funcionarios eclesiásticos, ordenadamente pagados por la feligresía, no consienten bromas acerca de los preceptos de su jurisdicción. Quiero decir que nosotros somos injustos con nuestras facultades ordinarias; si no pudiéramos fiarnos de ellas, no se formaría la historia, pues los esfuerzos espirituales son litigiosos y falaces.”

El jefe de sección alzó los ojos desconfiado, e inmediatamente volvió a retirarlos. Declaraciones de esta clase las juzgaba él demasiado liberales. A pesar de todo, trataba a aquel primo de su mujer, aunque no hacía mucho que le conocía, con muestras de

especial cariño y familiaridad. Tuzzi iba y venía, y daba la impresión de que, aun rodeado de todo aquel barullo de su casa, vivía internado en otro mundo, cuyo superior significado se sustraía a su comprensión; pero a veces parecía sentirse incapaz de resistir y en la necesidad de declararse a alguno, aunque esto lo hacía de un modo confuso y sólo con su primo, con el cual entablaba en seguida el diálogo. Era una reacción natural frente al dolor que le producía su esposa con su omisión de reconocimiento, lo cual tenía él que soportar en sus relaciones con ella, no obstante los ocasionales accesos de ternura. En esos momentos, Diotima le besaba como una niña; como una niña de catorce años a quien, Dios sabe por qué afectación, le da a veces por cubrir de besos a un niño más pequeño. Entonces, el labio superior de Tuzzi, protegido bajo su erizado bigote, se retraía instintivamente, de vergüenza. El cambio que se había operado en su hogar había

puesto a su esposa y a él en una situación crítica. Él no había olvidado las quejas de Diotima sobre sus ronquidos, había también leído entretanto los escritos de Arnheim, y estaba dispuesto a hablar de todo ello; algunas cosas las podía reconocer, muchas otras las debía reprobar, y algunas no llegaba a comprenderlas. Lo diría con aquella segura serenidad que da por sobrentendido: tanto peor para el autor. Pero en tales asuntos Tuzzi estaba acostumbrado a pronunciar sencillamente el acreditado del hombre experimentado, y a contar con la probabilidad de que Diotima le pudiera contradecir. La necesidad, por tanto, de tener que internarse con ella en tan ligera discusión le pareció una alteración de su vida privada tan injusta que no pudo decidirse a pedir explicaciones; atendidos sus deseos semiinconscientes, hubiera desafiado a Arnheim a duelo. Tuzzi frunció de repente el ceño, contrayendo sus hermosos ojos marrones, y se dijo para sí

que en adelante debería poner más rigor en la vigilancia de sus propios caprichos. El primo, a su lado (para Tuzzi, un hombre del que no se podía fiar demasiado), le recordaba a su mujer, si bien sólo por la asociación de ideas del parentesco que, en realidad, apenas tenía contenido real; también había observado desde hacía tiempo que Arnheim alejaba de un modo cauteloso al joven, mientras que éste no disimulaba su propia repugnancia. Éstas eran dos observaciones poco sustanciales y, sin embargo, bastaron para intranquilizar a Tuzzi con una inexplicable afección. Abrió los ojos morenos y durante unos instantes los mantuvo desencajados, mirando a la habitación sin ver nada. El primo de su señora, por lo demás, miraba al vacío con aburrida familiaridad y ni siquiera se había dado cuenta de la pausa hecha en la conversación. Tuzzi sintió la necesidad de decir algo; se había apoderado él una sensación de inseguridad, como en un

enfermo de dolencia imaginaria a quien se le pueden averiguar los pensamientos. -"Usted se goza en pensar mal de todos" -advirtió él sonriendo, como si la aseveración acerca de los funcionarios eclesiásticos hubiera tenido que esperar hasta ahora a las puertas de las orejas antes de penetrar en sus oídos. -"Mi mujer -prosiguió- no hace mal en desconfiar de los simpáticos auxilios de su parentela. Si me es lícito decirlo, sus pensamientos sobre el prójimo la inclinan a la especulación a la baja."

-"Esa expresión es excelente -respondió Ulrich, gozoso-, aunque tengo que resignarme a no alcanzarla. Pues es la historia universal la que siempre ha especulado con el hombre a la baja o al alza; a la baja, mediante astucia y violencia, al alza, más o menos como su señora de usted lo intenta aquí, mediante la fe en el poder de las ideas. También el doctor Arnheim es, si se puede creer en sus palabras, un alcista. Por el contrario,

usted, como bajista de profesión, debe sentir en este coro de ángeles emociones que me gustaría conocer.”

Escrutó con interés al jefe de sección. Tuzzi sacó la pitillera del bolsillo y se encogió de hombros. -”¿Por qué cree usted que yo tengo que opinar sobre eso de modo distinto que mi señora?” -respondió él. Quería quitar a la conversación su carácter personal, pero con aquella respuesta no hizo más que reforzarlo; sin embargo, el otro, afortunadamente, no se dio cuenta de ello y continuó diciendo: -”Nosotros somos una masa que toma la forma del molde en el que de alguna manera viene a depositarse.”

-”Eso es demasiado elevado para mí” -replicó Tuzzi queriendo evadir el problema.

Ulrich se alegró, pero con su gozo se contradijo a sí mismo; se complacía ordenadamente en conversar con un hombre que no contestaba a las provocaciones intelectuales y que no tenía o no quería usar de otro

medio de defensa sino el de poner a salvo toda su persona. La primitiva ojeriza que había tenido a Tuzzi hacía tiempo que se había transformado en lo contrario, bajo la presión de la mucho mayor antipatía frente a los aspavientos de aquella casa; sencillamente, no comprendía por qué los toleraba Tuzzi, y se hacía toda clase de suposiciones. Fue conociéndole muy lentamente y en lo externo, como un animal al que se observa, sin el adelanto que supone el examen de la palabra de personas que, como él, hablan por evidente necesidad. Al principio le había gustado el aspecto de aquel hombre seco, de estatura escasamente mediana, y sus ojos oscuros, vigorosos, que delataban un sentimiento más inseguro y que no eran, ni mucho menos, los de un funcionario, pero que tampoco correspondían a la real persona de Tuzzi, según se demostraba en las conversaciones, a no ser que se tratara de lo que no pocas veces sucede: que tenía ojos de niño

asomados a facciones viriles, como ventanas abiertas a un aposento interior deshabitado, cerrado y olvidado desde hace tiempo. Otra cosa que le había llamado la atención al primo era el olor del cuerpo de Tuzzi: un olor a quina, a cajón de pino seco, o a una mezcla de efectos de sol, de mar, de exotismo, de estreñimiento y de discretas huellas del barbero. Este olor le daba que pensar; conocía sólo dos personas de olor característico: Tuzzi y Moosbrugger. Cuando se le presentaba el aroma agrídulce de Tuzzi y pensaba al mismo tiempo en Diotima -sobre cuya amplia superficie posaba el fino polvo del cosmético perfumado que no parecía ocultar nada- deducía contrastes pasionales que no correspondían a la verdadera y un tanto rara convivencia de aquellas dos personas. Ulrich tuvo que forzar sus pensamientos hasta situarlos a una distancia de las cosas considerada como prudencial, antes de que

pudiera replicar a las contestaciones evasivas de Tuzzi.

-”Es presunción mía... -empezó de nuevo en aquel tono algo fastidioso pero decidido, que expresa cortésmente el pesar de tener que aburrir también al otro, porque la situación en la que se encuentran ambos de momento no permite cosa mejor-. Es, sin duda, presunción mía pretender formularle a usted una definición de la diplomacia; pero confío que me corregirá. Lo intento, pues, diciendo que la diplomacia expone que un orden digno de confianza sólo se puede alcanzar mediante las más sólidas bajezas de la humanidad; este orden es un idealismo a la baja; por usar otra vez esta excelente expresión. Y a mí me parece de una melancolía encantadora, porque presupone que la desconfianza frente a estras fuerzas superiores nos abre tanto los caminos de la antropofagia como los de la crítica de la razón pura.”

-”Desgraciadamente -protestó el jefe de sección-, usted tiene idea muy romántica de la diplomacia y confunde, como muchos otros, la política con la intriga. En rigor podría ser justa su definición refiriéndose a épocas en que la ejercieron diletantes principescos, pero no coincide con la realidad en un tiempo en que todo depende de miras burguesas. Nosotros no somos melancólicos, sino optimistas. Debemos creer en un futuro propicio; si no, no podremos justificarnos ante nuestra propia conciencia, que no está formada de distinto modo que la de los demás hombres. Si se empeña usted en emplear la palabra antropofagia le responderé solamente que el meritorio programa de la diplomacia es alejar al mundo del canibalismo; pero para poder conseguirlo hay que creer en algo más elevado.”

-”¿En qué cree usted?” -le interrumpió el primo, sin rodeos.

-”Mire! -dijo Tuzzi-. Ya no soy un niño para que pueda contestar sin más ni más. Sólo he querido decir que cuanto más acierte un plomático a identificarse con las corrientes espirituales de su tiempo tanto más fácil le resultará su misión. Y a la inversa, se ha visto durante últimas generaciones que cuanta más diplomacia se necesita, mayor “el progreso del espíritu en todos los campos; y ¿quién diría que esto no es natural?”

-”¿Natural? Entonces dice usted lo mismo que yo!” -exclamó Ulrich con un brío adaptado a la poco entretenida escena que aquellos Sombres representaban. -”Yo he hecho resaltar -continuó- que el espíritu y el bien no pueden seguir existiendo sin el auxilio del mal y de la materia y usted me responde, más o menos, que cuanto más espíritu existe, más prudencia se necesita. Digamos, pues: se puede tratar al hombre como a una vil criatura, pero no por eso se consigue inducirlo a cualquier acción; es

también posible entusiasmarle, pero no por eso se puede esperar todo de él. Nosotros oscilamos entre los dos métodos, y ambos los mezclamos; eso es todo. Creo poderme regocijar de mi conformidad con usted en un plano más amplio de lo que usted quiere reconocer.”

El jefe de sección Tuzzi se volvió hacia el molesto inquisidor; una pequeña sonrisa alzó su bigote, sus luminosos ojos miraron con una expresión entre irónica y condescendiente; lo que él deseaba era poner fin a aquella conversación, resbaladiza como aguanieve helada e inútilmente infantil como el deslizarse de los niños en trineo. -”¡Vea! Le parecerá probablemente una barbaridad -respondió-, pero se lo explicaré: el filosofar debería ser una actividad reservada sólo a los profesores. Naturalmente, quiero excluir de esta regla a nuestros grandes filósofos reconocidos, a los cuales tengo yo en gran estima y cuyas obras he leído sin dejar una;

pero su vida se proyecta hasta el presente. Y nuestros profesores están para eso, pues ésa es su profesión, fuera de la cual no tienen por qué poner sus cuidados en otros asuntos; en fin, también los maestros son necesarios para que la cosa no muera. Por lo demás, tenía razón la antigua máxima austríaca de que el ciudadano no debe preocuparse de todo. De ahí rara vez procede cosa buena y uno se vuelve fácilmente presuntuoso.”

Tuzzi enrolló un cigarrillo y calló; no sentía necesidad de excusar sus “barbaridades”. Ulrich observó sus morenos y estilizados dedos, y se quedó encantado de la insolente simpleza con que Tuzzi le había obsequiado. -“Usted ha enunciado el moderno principio del que las iglesias se sirven desde hace miles de años en las relaciones de sus miembros, y el que aplica últimamente el socialismo” -observó cortésmente. Tuzzi levantó furtivamente la vista para ver si conseguía entender lo que el primo le había

querido decir con aquel resumen. Luego esperó a que éste expusiera de nuevo una larga reflexión y se adelantó a indignarse de tan eterna indiscreción espiritual. Pero el primo no hizo más que contemplar con satisfacción a aquel hombre de tiempos heroicos. Ya venía sospechando que Tuzzi tenía que tener motivos para tolerar dentro de ciertos límites las relaciones de su esposa y Arnheim, y hubiera querido saber lo que esperaba conseguir con su proceder. Pero esto permanecía incierto. Quizá Tuzzi se conducía de esta forma al estilo de las instituciones bancadas en sus relaciones con la Acción Paralela, de la cual procuraban mantenerse alejados sin que por eso renunciaran a poner al menos un dedo de su mano en ella, y así no se daba cuenta de la segunda primavera amorosa que había florecido en Diotima, a pesar de su evidencia. No era fácil creerlo. Ulrich se regalaba en contemplar los profundos surcos y estigmas del rostro de su vecino, el duro

complejo de sus músculos maxilares al morder con los dientes la boquilla del cigarrillo. Este hombre despertaba en él una idea de pura virilidad. Estaba un poco harto de tanto hablar consigo mismo; y el figurarse a un hombre parco en palabras le producía un placer que le agradaba. Se imaginó que Tuzzi seguramente habría soportado de niño a otros niños habladores; de éstos proceden más tarde los eruditos, mientras que de los niños que de mejor grado escupen entre dientes cuando abren la boca resultan hombres reacios a pensar en cosas inútiles y propensos a buscar en la acción, en la intriga, en la simple resistencia y defensa una compensación del estado al que llevan las sensaciones y el pensamiento; de tal situación se avergüezan esos hombres hasta tal punto que llegan a emplear las ideas y los sentimientos casi con el único fin de inducir a error a otros hombres. Como es natural, Tuzzi, si hubiera oído una observación

semejante, la hubiera rechazado como demasiado sentimental, pues él seguía el principio de no transigir exageraciones y novedades desacostumbradas, ni en un sentido ni en otro. No se podía hablar con él de aquello que su persona representaba a la perfección; intentarlo era tan expuesto como preguntar a un músico, actor o bailarín, sobre lo que quiere expresar; y Ulrich sintió en aquel momento el deseo de dar al jefe de sección una palmada en la espalda, o de acariciarle dulcemente la cabellera, para escenificar pantomímicamente su recíproca conformidad.

Ulrich no se podía explicar del todo que Tuzzi sintiera, no sólo de cariño, sino también ahora, la necesidad de escupir entre dientes como un hombre. El jefe de sección percibía algo de la benevolencia de su compañero, y tal situación le resultaba incómoda. Sabía que la declaración que había hecho sobre filosofía contenía, a los oídos de

un extraño, una mezcla de toda suerte de ideas no precisamente muy ortodoxas y había tenido que ser el demonio el que, cabalgando sobre él, le había conducido a ar al “primo” (algunos motivos tendría para llamar siempre así a Ulrich) aquella jovial muestra de su confianza. No podía sufrir a los hombres dicharacheros, y se preguntaba desconcertado si no sería al fin su propio deseo, aunque ignorado: hacer de aquel pariente un aliado junto a su esposa; al toque de tal pensamiento, su piel se enrojeció, e inconscientemente se apartó de Ulrich dando hacia adelante unos pasos torpemente enmascarados por una excusa casual.

Pero después cambió de idea, retrocedió y le dijo: -”¿Se ha preguntado usted alguna vez por qué se suele detener tanto el doctor Arnheim en nuestra casa?” Tuzzi se imaginó de repente que con semejante pregunta demostraría que daba por descartada toda relación con su mujer.

El primo le miró con impertérrita perplejidad. La justa respuesta apareció tan obvia que fue difícil encontrar otra. -"¿Cree usted -preguntó paralizado- que puede tener él un motivo especial? ¿Y que éste tiene que referirse a problemas del negocio?"

- "Yo no soy quién para afirmar nada - contestó Tuzzi con sentido diplomático-. Pero ¿puede darse otro motivo?"

- "Naturalmente que no -cumplimentó Ulrich-. Ha hecho usted una excelente observación. Tengo que confesar que yo no había reparado en ella; me figuraba más o menos que sería cosa de sus aficiones literarias. En resumidas cuentas, tampoco esto dejaría de ser posible."

El jefe de sección concedió a la hipótesis una vaga sonrisa. - "Ahora debería explicarme usted por qué ha de tener un hombre como Arnheim aficiones literarias" -preguntó él; pero se arrepintió en seguida, ya que el primo se apresuró a contestar nuevamente:

-”¿No se ha dado cuenta usted -empezó- de la cantidad de personas que hoy día hablan consigo mismas en la calle?”

Tuzzi se encogió de hombros con indiferencia.

-”Algo no funciona en ellas. Al parecer, no pueden vivir completamente sus experiencias o les es imposible asimilarlas, y tienen por eso que echar los restos. Y de ahí creo yo que surge una exagerada necesidad de escribir. Quizá esto no aparezca tan claro al escribir, pues entonces siempre se alcanza algún resultado debido al talento y a la práctica, lo cual deja muy atrás su procedencia; pero en la lectura se revela inequívoco. Hoy día casi nadie lee; todos se sirven del escritor únicamente para descargar en él, de un modo perverso, los propios excedentes bajo forma de aceptación o repudio.”

-”Usted cree, entonces, que en la vida de Arnheim hay algo que no convence -indicó Tuzzi, esta vez dándose cuenta-. He leído

últimamente sus libros por pura curiosidad, porque muchos le atribuyen grandes posibilidades políticas; confieso que yo no veo ni su necesidad ni su fin.”

-”La pregunta se podría enunciar en términos mucho más generales -estimó el primo-. Si es un hombre tan rico en dinero e influencias, que puede satisfacer todos sus deseos, ¿por qué escribe? En realidad, yo debería preguntar ingenuamente por qué escriben todos los narradores de profesión. Refieren, como si se hubiesen dado, cosas que no se han dado nunca. Es evidente. ¿Pero admiran la vida como los gorriones admiran al rico, sin cansarse jamás de criticar lo poco que se ocupa de ellos? ¿O es que rumian y vuelven a rumiar? ¿O son quizá ladrones de felicidad, elaborando en la fantasía algo que realmente no pueden conseguir o soportar?”

-”¿No ha escrito usted nunca?” -le interrumpió Tuzzi.

-”Jamás, y ello me incomodaba. Pues no soy tan feliz como para eximirme del deber de hacerlo. □A causa de una tendencia totalmente anormal me he propuesto matarme si no me llega pronto ese imperativo!” Esto lo dijo con una amabilidad tan seria, que la broma, surgida en curso de la conversación sin él buscarla, apareció allí como un arrecife a flor de agua.

Tuzzi lo notó, y con su tacto acostumbrado restableció la continuidad, -”Luego en definitiva -consiguió-, la idea de usted coincide con la mía si yo afirmo que los funcionarios comienzan a escribir cuando se jubilan. ¿Pero cómo se concilia esto con lo del doctor Arnheim?” El primo calló.

-”¿Sabe usted que Arnheim está muy pesimista respecto de la Acción y que piensa "a la baja" de semejante empresa a la que se dedica con gran espíritu de sacrificio?” -dijo Tuzzi de improviso con voz disminuida. Se había acordado repentinamente de las dudas

que había expuesto Arnheim en sus primeras conversaciones con él y su mujer acerca de las perspectivas de la Acción Paralela; el hecho de que le hubiera venido esto al pensamiento en aquel instante, tan lejano como quedaba la fecha en que había ocurrido, le pareció, sin saber por qué, una señal del éxito de su diplomacia, aunque hasta entonces no había conseguido averiguar nada sobre los motivos de la presencia de Arnheim en su casa.

El primo puso cara de sorprendido.

Quizá sólo por amabilidad, porque quería seguir en silencio. Pero de todos modos, a los dos señores, separados inmediatamente después por los invitados que se les acercaron, les quedó la impresión de haber mantenido una conversación animada.

92 - Del régimen de vida de la gente rica

TODA aquella curiosidad y admiración que despertaba la persona consciente de Arnheim posiblemente hubiera hecho a otro hombre desinflado y prevenido; éste, tal hubiera podido creer que semejante entusiasmo sólo se debía a su dinero. Pero Arnheim consideraba la desconfianza como signo de una mentalidad innoble, interpretación que un hombre de su categoría únicamente podía permitirse sobrentendiendo sus unívocos expedientes comerciales; además, estaba convencido de que la riqueza es un atributo del carácter. Todos los ricos pensaban igual. Y también los pobres. El mundo entero está secretamente persuadido de lo mismo. Sólo la lógica presenta dificultades al

defender que la propiedad pecuniaria confiere quizá ciertos atributos, pero nunca puede convertirse en una propiedad humana. Las apariencias castigan la mentira. No hay nariz que no perciba inmediatamente el delicado olor a independencia, hábito de mandar, hábito de elegir para sí siempre lo mejor, leve desprecio del mundo, constante y consciente responsabilidad del poder, dependiente de la elevación y de la seguridad de los ingresos. El aspecto exterior de estas personas denuncia que están alimentadas y rejuvenecidas diariamente por una selección de fuerzas universales. El dinero circula en su superficie como la savia en una flor; aquí no se dan préstamos de propiedades, ni posibilidad de adquirir hábitos, nada que se reciba de modo indirecto y de segunda mano. Si se quitan las cuentas corrientes y los créditos, el rico no sólo se queda sin dinero, sino que en el día en que se de cuenta de ello aparecerá ajado como una flor

marchita. Con la misma rapidez con que todos advirtieron la propiedad de su ser de rico, descubren ahora la indescriptible propiedad de su nada, la cual huele como una fétida nube de inseguridad, desconfianza, ineptitud y pobreza. La riqueza es, pues, una propiedad personal, simple, que no se puede descomponer sin destruir.

Pero los efectos y las relaciones de esta rara propiedad son extraordinariamente difíciles y exigen gran fuerza moral para poder dominarlos. Sólo la gente que no tiene dinero se figura la riqueza como un sueño; los que la poseen, en cambio, apenas se juntan con otros que no la poseen prorrumpen en lamentaciones acerca de los disgustos que les ocasionan sus riquezas. Arnheim, por ejemplo, había pensado que, en realidad, cualquiera de los directores técnicos y comerciales de su firma le aventajaba considerablemente en determinadas materias, y tenía que repetirse todos los días que, desde un punto

de vista suficientemente elevado, pensamientos, saber, fidelidad, talento, prudencia y semejantes, aparecen como propiedades que se pueden comprar, porque existen en abundancia, mientras que la habilidad de servirse de ellas presupone además otras propiedades, exclusivas de los pocos que han nacido y se han desarrollado en las alturas. Una dificultad no menos considerable de la gente rica es que todo el mundo espera recibir dinero de ella. El dinero no es problema para un rico, y cinco o diez mil marcos no aumentan ni disminuyen el volumen de su cartera. Los ricos acostumbran además a asegurar en toda ocasión que el dinero no cambia el valor de una persona; quieren decir que, aun sin dinero, ellos valdrían tanto como con él, y toman muy mal que alguien les contradiga. Por desgracia, así sucede no pocas veces e incluso entre intelectuales. No es raro que éstos se vean a menudo sin dinero, y con la única riqueza de su talento y

sus proyectos pero no por eso se sienten disminuidos en su valor y nada les parece más natural que rogar a un amigo opulento -para el que no cuenta el dinero- que emplee lo sobrante en subvencionarles, citando algún fin pío comprenden que el rico pretenda ayudarles con sus propias con sus habilidades y con su fuerza magnética. De este modo si al rico en contradicción con la naturaleza del dinero, pues éste tiende a la multiplicación de su caudal, de idéntico modo a como la naturaleza animal procura su reproducción. Se puede hacer una mala inversión capital, y que éste caiga derrotado en el campo del honor financiero; puede comprar con él un automóvil nuevo, aunque el viejo nada tenga que envidiar al recién adquirido; uno puede hacerse acompañar de los mismos caballos de polo y tomar hospedaje en los hoteles más caros de los centros internacionales de veraneo; se pueden organizar concursos artísticos y competiciones hípicas; se puede gastar

en una cena de cien invitados tanto como para alimentar a cien familias modestas durante un año entero: de todos estos modos se echa el dinero por la ventana, al estilo del sembrador, y vuelve a entrar por la puerta multiplicado. Pero su donación callada para ciertos fines y personas de las que no se saca nada es comparable a un asesinato del dinero a traición. Si los fines son buenos y las personas incomparables, debe el rico atenderlas y socorrerlas con todos los medios, pero de ninguna manera con dinero. Éste era uno de los principios de Arnheim, y su perseverancia en aplicarlo le había procurado fama de activo y hábil promotor del desarrollo espiritual de tiempo.

Arnheim podía afirmar de sí mismo que sus ideas eran las de un socialista, es decir, las mismas que las de muchos otros ricos. Éstos no tienen reparo en admitir que su capital se debe a una ley natural de la sociedad, y están plenamente convencidos de

que es el hombre quien da a la propiedad su significado y no la propiedad al hombre. Discuten tranquilamente y sostienen que desaparecerá la propiedad el día que ellos no estén presentes y se afianzan en su opinión de poseer carácter social contemplando la gran cantidad de socialistas auténticos que, en confiada espera de la inevitable revolución, prefieren entretanto frecuentar el trato de los ricos más que el de los pobres. Se podría proseguir largo tiempo el relato, tratándose de enumerar todas las relaciones pecuniarias de que Arnheim estaba enseñoreado. La actividad administrativa no es una ocupación que se pueda separar de las demás actividades espirituales. En Arnheim era frecuente que diese a sus amigos artistas e intelectuales no sólo consejos, sino también dinero, cuando se lo pedían insistentemente; pero no siempre, y nunca mucho. Ellos le aseguraban que él era el único en todo el mundo al que se atrevían a pedir, pues sólo él poseía

las propiedades espirituales necesarias para tal objeto; Arnheim se lo creía, ya que estaba persuadido de que la necesidad de capital penetra en todo lo concerniente al género humano, y de que es tan natural como la necesidad del aire para la respiración, mientras que, por otra parte, compartía la opinión de que el dinero es una potencia espiritual, pero la aplicaba únicamente con delicado comedimiento.

¿Y de dónde proceden la admiración y el amor? ¿No es esto un misterio difícil de revelar, redondo y frágil como un huevo? ¿Es más sincero el amor cuando lo despierta un bigote que cuando es debido a un automóvil? ¿Resulta el amor inspirado por un hijo moreno de un país meridional más personal que el promovido por el hijo de un gran empresario? En un tiempo en que casi todos los hombres se afeitaban totalmente la barba, Arnheim seguía llevando un mechón agudo en la barbilla y un bigote corto;

cuando se olvidaba de sí mismo hablando a un público atento, la sensación de tener sobre el rostro algo extraño, que sin embargo le pertenecía, despertaba en él, por motivos que ni él mismo acababa de comprender, el agradable recuerdo de su dinero.

93 - También en los estadios de la cultura física encuentra obstáculos la mentalidad civil

EL general estaba sentado desde hacía tiempo en una de las sillas acostadas a la pared y distribuidas en torno al campo del torneo espiritual; su “patrón”, como acostumbraba a llamar a Ulrich, comparecía a su lado, y entre ambos quedaba libre una silla; sobre ella descansaban dos refrescantes copas de vino, que habían apresado en el aparador. La chaqueta azul-claro del general había resbalado hacia arriba formando plagues sobre el vientre como los de una frente fruncida. Los dos señores callaban, atentos a una conversación. -”Hay que reconocer que el juego de Beaupré es genial -dijo uno-; lo

he visto jugar aquí en el verano, y en la Riviera durante el invierno. Cuando hace una falta, le sonrío la fortuna. Y sus faltas no son excepción; su juego desdice, en el estilo de la técnica tenista; pero este bendito de Dios se sustrae a las leyes normales del tenis.”

-”Yo prefiero el tenis científico al intuitivo -objetó otro-; Braddock, por ejemplo. Quizá no llegue nadie a la perfección, pero Braddock anda cerca de ella.”

El primer interlocutor repuso: -”El genio de Beaupré, su aventurada, genial improvisación alcanza el apogeo cuando le falla la ciencia.”

Un tercero: -”Genio es posiblemente un término exagerado.” -”¿Y cómo quiere usted que lo llame? El genio es el que inspira al hombre, en los momentos más inverosímiles, el modo más estratégico de dirigir la pelota.”

-”Yo diría -replicó el braddockiano- que la personalidad se demuestra siempre, sea

una raqueta lo que se tiene en la mano, o los destinos del pueblo.”

”No, no; genio es demasiado decir” - protestó el tercero.

El cuarto era músico. Y dijo: -”Está usted equivocado. Usted descuida el pensar real, propio del deporte, porque está acostumbrado, según parece, a estimar más de lo debido el de la lógica sistemática. Esto es tan anticuado como el prejuicio de que la música es enriquecimiento sensaciones y el deporte escuela de la voluntad. El ejercicio a base de puro movimiento es tan mágico que el hombre no lo puede soportar sin ayuda de algo; esto lo ve usted en el cine cuando falta la música. Y la música es fuerza motriz del interior, excita la fantasía del movimiento. Quien conoce la magia de la música no vacilará un instante en reconocer que se puede otorgar el nombre de genio a un personaje del mundo del deporte; sólo la ciencia carece de genio: es pura acrobacia cerebral.”

-”Luego tengo razón -dijo el admirador de Beaupré- si niego el carácter genial al juego científico de Beaupré.”

-”Usted descuida -el braddockiano defendió a su ídolo- que en este asunto hay que tener presente el nuevo matiz del concepto de ciencia.”

-”En definitiva, ¿cuál de los dos vence?” -preguntó alguno. Nadie lo sabía; a menudo se habían ganado el uno al otro, pero ninguno recordaba el número exacto de resultados.

-”Preguntémosle a Arnheim” -propuso uno de los presentes,

El grupo se disolvió. Sobre las tres sillas continuó reinando el silencio. Por fin exclamó el general Stumm, pensativo: -”Perdona, he seguido toda la conversación; ¿no te parece que se podría decir lo mismo de un general invencible, exceptuada la música? ¿Por qué se da a las victorias de los tenistas el calificativo de geniales, y a las de un

general el de bárbaras?” Desde que su “patrón” le había aconsejado intentar abordar a Diotima con el tema de la cultura física, el general había reflexionado repetidas veces sobre el modo de utilizar, no obstante su repugnancia inicial, este prometedor acceso a las ideas civiles; pero los obstáculos fueron enormes en todo sentido, según tuvo que reconocer desgraciadamente cada vez que lo intentó.

94 - Las noches de Diotima

DIOTIMA se admiraba de que Arnheim soportara a toda aquella gente con visible complacencia, pues el estado de sus sentimientos correspondía exactamente con el que ella había retratado algunas veces con la frase “los negocios internacionales no son más que un peu de bruit autour de notre âme”.

Se sentía frecuentemente abrumada al mirar a su alrededor y ver su casa tan llena de nobleza mundana y del espíritu. De la historia de su vida le había quedado únicamente el extremado contraste entre la profundidad y la altura, su condición de niña en la angustiosa estrechez de la clase media y ahora el éxito alucinante. Aunque se encontraba en un peldaño de vertiginosa estrechez experimentaba la urgencia de levantar nuevamente el pie en espera de elevarse todavía más. La

incertidumbre la atraía. Luchaba con la tentación de introducirse en una vida en la que actividad, espíritu, alma y sueño se unían. En realidad, ya no le preocupaba la búsqueda de una idea coronadora de la Acción Paralela; también la Austria universal se le había hecho indiferente; la experiencia misma de que a todo gran diseño del espíritu humano se opone un diseño contrario ya no la horrorizaba. El desarrollo de las cosas no aparece lógico allí donde revisten importancia; su carrera evoca más bien la imagen del rayo, la del fuego, y Diotima se había acostumbrado a esta figuración, de modo que ya no le interesaba la grandeza de la que se sentía rodeada. De buen grado hubiera dejado plantada a la Acción y se hubiera casado con Arnheim, así como para una niña pequeña todas las dificultades se resuelven cuando las deja caer y se arroja a los brazos de su padre. Pero la sostenía el increíble crecimiento externo de su actividad. No hallaba tiempo

para decidirse. El nexos exterior de los acontecimientos y el interior seguían su trayectoria como dos raíles independientes, paralelos, cuyos conatos de unión resultaban vanos. Sucedió lo mismo que en su vida conyugal, la cual aparentaba desarrollarse más feliz que nunca, mientras que en realidad se estaba descomponiendo su solidez anímica. En conformidad con su propio carácter, Diotima debería haber hablado abiertamente a su esposo; pero no encontraba nada que poder decirle. ¿Amaba a Arnheim? Sus relaciones con él podían tener tantos nombres, que el tan trivial del amor se le mezclaba a veces en sus pensamientos. Todavía no se habían besado nunca, y Tuzzi no hubiera llegado comprender los más íntimos abrazos de sus almas, aun cuando los hubieran confesado. Diotima se maravillaba a veces de que ella y Arnheim encontraran mayor tema de conversación. Pero no había dejado totalmente la costumbre de la buena jovencita

que mira con ojos codiciosos los hombres de más edad; y junto al primo, quien le parecía más joven que ella misma y a quien despreciaba un poco, se habría podido representar - si no en sentido propio, al menos en sentido figurado- escenas palpables más fácilmente que en relación con el hombre a quien amaba y quien tan patentes muestras de aprecio le daba cuando ella disolvía sus pensamientos en consideraciones generales de gran altura espiritual. Diotima sabía que para dar cambios radicales a los estados de ánimo hay que entrar en ellos a tientas y luego despertar entre sus cuatro nuevas paredes, sin que por lo general se pueda recordar de qué modo se entró; pero Diotima se sentía expuesta a influjos que la mantenían alerta. No era del todo inmune a la aversión que el austríaco medio de su tiempo tenía hacia el hermano alemán. Tal aversión, en su forma cada vez menos clásica, correspondía a una imagen que plantaba cándidamente las veneradas

cabezas de Goethe y de Schiller sobre un cuerpo que había sido alimentado con flan y salsas, y que acusaba algo de su intestinal inhumanidad. Y aunque el éxito de Arnheim mostraba gran relieve en todo aquel ambiente, no se le escapaba que, pasada la sorpresa del primer momento, surgían también contrariedades que en ninguna parte adquirirían forma ni se manifestaban, pero que susurraban dudas en su oído y le avisaban acerca de la diferencia existente entre su conducta y las reservas de ciertas personas de las que, por lo demás, solía tomar ejemplo. Ahora bien, las aversiones entre pueblos no son de ordinario otra cosa que aversión a sí mismo, brotan de los oscuros meandros de las propias contradicciones y se fijan en una víctima apropiada. Es éste procedimiento de la más remota antigüedad: el curandero tomaba la varita que decía ser la “sede del demonio” y expulsaba con ella la enfermedad del cuerpo afligido. La circunstancia de que

su amante fuera prusiano inundaba su alma de turbación y de espanto, sin permitirle hacerla una idea cabal de lo que ello representaba, y no sin motivo llamaba pasión a este indeterminado estado que tan claramente se distinguía de la simple rusticidad de la vida matrimonial.

Diotima pasaba noches enteras desvelada; en estas noches daba vueltas entre un industrial prusiano y un jefe de sección austríaco. En la transfiguración del adormecimiento pasaba delante de ella la figura de Arnheim, transparente de luz. Diotima volaba al lado del hombre amado, a través de un cielo de nuevas glorias, pero este cielo tenía un desagradable azul de Prusia. Mientras tanto, en la noche oscura reposaba el cuerpo amarillo del jefe de sección, todavía junto al de Diotima. Aunque ella apenas lo sospechaba, allí estaba, como un símbolo negro y gualdo de la vieja cultura kakaniense, aunque de ésta poco había en Tuzzi.

Detrás se alzaba la fachada barroca del palacio del conde Leinsdorf, su ilustre amigo; la proximidad de Beethoven, de Mozart, de Haydn, del príncipe Eugenio se cernía a su alrededor, como la añoranza que se siente hacia una cosa, incluso antes de ser abandonada. Diotima no podía decidirse a marchar sin más de aquel mundo, a pesar de que casi odiaba a su marido. En el bello y amplio cuerpo de Diotima vagaba desamparada su alma, como en un espacioso campo florido.

-”No debo ser injusta -se decía a sí misma-. Funcionario y burócrata, este hombre ya no es vigilante, atractivo y acogedor, pero en su juventud habría tenido quizá la posibilidad de serlo.” Recordó las horas de su noviazgo, aunque su marido para entonces había dejado ya de ser un jovencito. -”Ha conquistado su puesto y personalidad a base de aplicación y de fidelidad al deber -pensaba bondadosa-; y no se barrunta que

eso es lo que le ha costado la vida a su personalidad.”

A raíz de su propia victoria social, Diotima comenzó a pensar más indulgentemente de su esposo y, en consecuencia, su pensamiento empezó a contemporar consigo misma. -”No hay hombres de razón y de provecho en estado puro; cada uno entra en la vida con un alma viva -pensó-, pero la monotonía de la existencia lo cubre como la arena cubre los obstáculos del desierto, las pasiones vulgares caen sobre él como un incendio, y luego el mundo gélido causa en su ser esa frigidez en la que languidece el alma.” Pero Diotima era demasiado retraída para decírselo a su marido antes de que fuera tarde. [Qué cosa más triste! Estaba segura de que nunca tendría valor para enredar a Tuzzi en el escándalo de un divorcio. Ése sería un conflicto que, si llegara a suceder, produciría en su marido, compenetrado como estaba

con su vida funcional, un enorme estremecimiento.

-”Es preferible, pues, el adulterio!” -se dijo de repente.

Hacia el adulterio se dirigían los pensamientos de Diotima desde hacía algún tiempo.

Es estéril la idea de tener que cumplir el deber allí donde se ha sido designado; se malgastan fuerzas enormes para nada. El verdadero deber consiste en elegir el propio puesto y dar forma conscientemente a las relaciones! Si Diotima se condenaba a perseverar junto a su esposo, aquello todavía tendría algún valor, una desgracia parcialmente inútil y útil, ante la cual tenía ella el deber de decidirse. Verdad es que Diotima no había conseguido aún superar aquella precaria sensación de meretricio y de desagradable liviandad que le evocaban todas las historias de adulterios que conocía. Pero nunca hubiera podido imaginar que ella

misma iba a encontrarse en semejante situación. Poner la mano en el picaporte de un cuarto extraño le parecía como revolcarse en un charco. Subir escaleras ajenas, vestida de sedas crujientes, era una imagen ante la que se rebelaba el sosiego moral de su cuerpo. Los besos apresurados contrariaban su naturaleza igual que el aleteo huidizo de las palabras de amor. Prefería en mucho una catástrofe. Citas extremas, agonizantes palabras de despedida en la garganta, serios conflictos entre el deber de amada y de madre: todo esto se acomodaba mejor a su idiosincrasia. Pero debido a los ahorradores cálculos de su marido, no tenía hijos, y la tragedia debía evitarse. Así, eligió los modelos renacentistas para casos de necesidad: amor encendido, con un puñal en el corazón. No lograba hacerse una idea exacta de aquello, pero era sin duda algo rígido, poblado de columnas rajadas y de nubes volantes al fondo. Culpa, vencimiento de la sensación de

culpabilidad, placer expiado por el dolor, temblaban en aquel cuadro y llenaban a Diotima de exaltación y de fervor inauditos. -"El ser humano debería vivir donde mejor pueda desarrollar sus facultades y donde mejores posibilidades tenga -pensó ella-, ¶ pues allí, simultáneamente, es útil al más profundo incremento de vida del todo!"

Observó a su marido en cuanto la noche se lo permitió. Así como el ojo no percibe los rayos ultravioletas del espectro, así tampoco aquel hombre inteligente habría sabido reconocer ciertas realidades del alma. Tuzzi respiraba ignorante, tranquilo y mecido por el pensamiento de que, durante sus ocho merecidas horas de vacación espiritual, en Europa no podía ocurrir nada de importancia. Aquella paz no debía faltar, aunque sólo fuera para impresionar a Diotima, y más de una vez se repitió ella la palabra "¶ renuncia!". Adiós a Arnheim, grande, generosa palabra de dolor, abnegación de

tempestuosa sublimidad, escisión beethoviana; el recio músculo de su corazón se dilataba tenso ante tales requerimientos. Las perspectivas se cubrían de conversaciones otoñales, con un melancólico fondo de lejanos montes azules. Pero abstinencia y lecho conyugal! Diotima se incorporó del susto sobre la almohada; sus negros cabellos se ensortijaron salvajes. El sueño de Tuzzi no era ya el de la inocencia, sino el de la serpiente con un conejo en su cuerpo. No faltó mucho para que Diotima lo despertara y le gritara algo a propósito de este asunto; le hubiera dicho que ella le tenía que abandonar, que debía!, que quería! frente a semejante dilema no hubiera sido raro verla refugiada en una escena de histerismo; pero su organismo estaba demasiado sano, notaba que su cuerpo no reaccionaba con extremado horror frente al de Tuzzi. Ante esta carencia de horror sentía Diotima la aridez del espanto. En vano intentaban las lágrimas correr por sus

mejillas; era además de notar que, precisamente en aquella situación, el pensar en Ulrich le aportaba un cierto consuelo. Por este tiempo no pensaba nunca en él, pero su extraña declaración de que él quería anular la realidad y que Arnheim la sobreestimaba adquirirían ahora una incomprensible y vacilante resonancia a la que Diotima no había prestado oídos antes, pero que en estas noches se hacía patente. -"Esto sólo quiere decir que no es necesario preocuparse demasiado de lo que está por suceder -se dijo irritada-; es lo más natural del mundo." Y mientras traducía tan mal y tan ingenuamente aquella idea, se dio cuenta de que algo había allí que no entendía, y precisamente aquello fue lo que la tranquilizó, apaciguamiento este semejante al de un somnífero paralizador de la desesperación y la conciencia. El tiempo pasaba como una flecha negra. Diotima se sentía consolada pensando que su incapacidad de desesperarse podría llegar,

de alguna manera, a hacerse digna de justificación, pero no se le revelaba esto muy claro.

De noche los pensamientos discurrían unas veces al descubierto y otras entre sueños, como el agua entre las montañas calizas del Carso; y cuando tras una pausa salían de nuevo al luminoso remanso, Diotima tenía la impresión de que aquel espumoso encrespamiento de las aguas no había sido más que un sueño. El arroyo que serpenteaba efervescente al otro lado de la sierra no se identificaba con la corriente tranquila a la que al fin Diotima afluía. Ira, aborrecimiento, valor, miedo, se habían desvanecido, no debían existir tales sentimientos, no existían: en la lucha de las almas no hay culpable. También Ulrich había sido olvidado. Ya no quedaban más que los misterios supremos, la eterna aspiración del alma. Su moralidad no depende de lo que se hace, no de los movimientos de la conciencia

ni de la pasión. Las pasiones son también un peu de bruit autour de notre âme. Se pueden conquistar o perder imperios; el alma no se mueve. Y nada se puede hacer para cambiar el destino, pero a veces surge éste de lo profundo del ser, sigiloso, diariamente, como la música de las esferas celestes. Diotima estaba ahora más despierta que nunca, pero rebotante de confianza. Estos pensamientos, con su punto final invisible a los ojos, tenían la ventajosa virtud de adormecerla inmediatamente en las noches más desveladas. Sentía, en aterciopelada visión, el traspaso de su amor a la oscuridad infinita elevada sobre las estrellas; inseparable de ella, inseparable de Paul Arnheim, inaccesible a planes e intenciones. Le quedó el tiempo justo de tomar un sorbo del vaso de agua azucarada que había dejado sobre la mesilla para combatir el insomnio; siempre recurría a él en el último momento, porque en los de turbulencia se le olvidaba. El suave sonido de

sorber le pareció el susurro del amado, presente detrás de la pared junto a la que dormía su esposo, ausente a todo ruido; luego, Diotima recostó su cabeza sobre la almohada, sumergiéndose en el silencio de la existencia.

95 - El gran escritor visto de espaldas

EL asunto es casi demasiado conocido para hablar de él. Una vez convencidos los famosos invitados de Diotima de que la seriedad de la empresa no exigía grandes esfuerzos de sus personas se comportaron como seres humanos, y Diotima, que veía su casa colmada de espíritu y de ruinas, sufrió una decepción. Como alma noble, no conocía la ley de la causa, según la cual el hombre se conduce en la vida privada de distinto modo que en su vida profesional. No sabía que los políticos, después de haberse llamado mutuamente en la sala de juntas canallas e impostores, se reúnen amigablemente a desayunar en el bar. Estaba, sin embargo, bien enterada de que muchos jueces, a continuación

de haber impuesto graves penas al miserable acusado, le estrechan compasivamente la mano al terminar el juicio, pero en esto no veía nada reprochable. Más de una vez había oído hablar de que algunas bailarinas llevaban una vida irreprochable como madres de familia fuera de su equívoco mundo artístico, y esto lo encontraba incluso impresionante. Le parecía también un hermoso ejemplo el que algunos príncipes renunciaran en ciertas épocas a la corona con el fin de no ser más que hombres. Pero cuando cayó en la cuenta de que también los príncipes del espíritu se conducen de ese modo, aquella doble manera de proceder le pareció rara. ¿De qué pasión se trata y qué ley rige esta tendencia general y hace que algunos hombres, fuera del servicio, no quieran saber nada de los hombres con quienes les toca compartir su profesión? Terminado el trabajo y animados de buen humor, tales personas se asemejan a una oficina a la hora de recogida: los

utensilios de escritorio en los cajones, y las sillas sobre las mesas. Constan de dos personalidades y no se sabe si es por la noche o por la mañana cuando las reúnen. Aunque le halagaba constatar que el amado de su alma entusiasmaba a todos los hombres de que ella se había hecho rodear, y gozándose de que se relacionara especialmente con los más jóvenes, sin embargo, a veces la descorazonaba verlo complicado en aquellas actividades y pensaba que un príncipe del espíritu no debería tomar tan a pecho las negociaciones con la común nobleza espiritual, ni prestarse a los inestables negocios del pensamiento.

La causa partía del hecho de que Arnheim no era un príncipe del espíritu, sino un gran escritor.

El gran escritor es sucesor del príncipe del espíritu y corresponde en el mundo espiritual a los príncipes sustituidos por la gente rica; la consumación de este reemplazo

se ha conseguido en el mundo político. Así como el príncipe del espíritu pertenece al tiempo de los príncipes, el gran escritor pertenece al tiempo de los grandes espectáculos y al de los grandes almacenes. Es una forma peculiar de la unión del espíritu con las grandes cosas. Lo menos que se puede pedir de un gran escritor es que posea un automóvil. Tiene que viajar mucho, ser recibido por ministros y dar conferencias; debe causar la impresión, ante los jefes de la opinión pública, de que representa una fuerza de conciencia digna de consideración; es el *chargé d'affaires* del espíritu nacional, si es que merece la pena dar pruebas de humanidad en el extranjero; recibe, cuando está en casa, a notables personalidades y en toda ocasión debe estar atento a su negocio, que debe manejar con la flexibilidad de un artista circense cuyos esfuerzos no han de traslucirse. El gran escritor no es, ni mucho menos, lo mismo que un escritor de grandes

ingresos. No es necesario que escriba “el libro más leído” del año o del mes; basta con que no tenga nada que objetar a este sistema de valoración. Se sienta a la mesa de toda presidencia, firma apelaciones, escribe todos los prólogos, pronuncia todos los discursos conmemorativos, expresa su opinión sobre todos los acontecimientos importantes y es llamado de todas partes donde se quieran mostrar los progresos del desarrollo. En efecto, el gran escritor nunca representa con sus actividades a una nación entera, sino únicamente a la parte del progreso, a ese gran núcleo en el que se concentra casi todo lo más selecto, y esto le hace vivir en una constante tensión espiritual. Es naturalmente la vida, en su forma actual, la que arrastra hacia la gran industrialización del espíritu, así como a la inversa, la industrialización empuja hacia la espiritualidad, hacia la política, a la consecución del dominio de la conciencia pública; en el centro se intersecan

ambas direcciones. Por eso, el papel que desempeña un gran escritor no hace referencia a una persona determinada, sino que representa una figura del tablero de ajedrez social con reglas e incumbencias dictadas por el tiempo. Los hombres interesados en el bien público de una época opinan que apenas cuenta el hecho de que éste o aquél posea ingenio (hay tanto en el mundo, que el poco más o menos que puede aportar un individuo no preocupa al contrario; en todo caso, creen todos poseer lo suficiente); lo que importa y es necesario, es combatir el antiespíritu, para lo cual se precisa que el espíritu sea visto, conocido y llevado a efecto; y por estar mejor dotado para un gran escritor que el escritor más grande de la otra categoría, al cual quizá ya no podrían entenderle muchos, se hacen todos los posibles por que la grandeza adquiera magnitud.

Siendo así las cosas, no se podía reprochar duramente a Arnheim el ser una de

las primeras encarnaciones, provisionales, si bien ya muy personas, de aquella situación. No estaría de más decir que era necesario estar predispuesto para ello, pues la mayor parte de los escritores se hubieran hecho de buena gana grandes escritores si hubieran podido; pero con estos sucede como con los montes: entre Graz y Sankt Pólten hay muchos que podrían considerarse tan bellos como el Monte Rosa; les falta, sin embargo, magnitud. La condición indispensable para hacerse un gran Escritor es, pues, escribir libros u obras de teatro que se adapten a grandes y pequeños. Hay que impresionar antes de poder proyectar el bien; esta máxima es el fundamento de la existencia de un gran escritor. Y otro principio curioso, formulado contra las tentaciones de la soledad, que incide con el principio goethiano del obrar, es el siguiente: basta con moverse en el mundo complaciente, lo demás viene por sí solo. Cuando un escritor comienza a

producir, en su vida tiene lugar una transformación significativa. Su editor cesa de advertir que un negociante al que le da por publicar libros ajenos es un trágico idealista, ya que mejor podría ganarse la vida comerciando con otras mercancías, con tejidos o con papel limpio. La crítica descubre en él un sujeto digno de tal actividad, pues los críticos son muy a menudo buena gente y, gracias a circunstancias desfavorables, han sido líricos cuyo corazón necesitó de un arrimo para poderse desahogar; son líricos de guerra o de amor, según su idoneidad interior, la cual tienen que poner en ventajoso rendimiento, y es comprensible que para tal fin prefieran elegir el libro de un gran escritor al de un escritor corriente. Ahora bien, todos tienen, como es natural, una capacidad de trabajo limitada, cuyos mejores rendimientos se reparten rápidamente entre las nuevas publicaciones surgidas anualmente de las plumas de grandes escritores, y así éstas se

convierten en cajas de ahorro del bienestar espiritual de la nación, atrayendo cada una críticas interpretaciones que no son simples comentarios, sino más bien auténticas interpolaciones laudatorias, no quedando lugar para todo lo demás. Pero esto adquiere sus máximas proporciones en las obras de ensayistas, biógrafos e historiadores de actualidad, los cuales socorren sus necesidades en un gran hombre. Hablando con respeto, los perros prefieren para sus fines comunes la esquina de una calle concurrida a una roca solitaria; y los hombres que sienten la urgencia de grabar sus nombres públicamente para la posteridad, ¿cómo van a elegir una peña evidentemente ignorada en el despoblado? El gran escritor deja de ser, sin darse cuenta, un hombre independiente, se transforma en una simbiosis, en la síntesis de una cooperativa de trabajadores en su sentido más delicado y experimenta la más agradable sensación de seguridad, la cual deriva de

la conciencia de saber que su crecimiento está unido íntimamente al de muchos otros hombres.

Y probablemente es éste el motivo por el que la notoria fe en la infalibilidad de su propia conducta resulta ser una cualidad característica de los grandes escritores. Éstos hacen uso de los medios bélicos de la pluma sólo cuando ven amenazada su reputación literaria; en todos los demás casos, su comportamiento se distingue por su equilibrio y bondad. Son completamente tolerantes ante las pequeñeces que se dicen en alabanza suya. No descienden sin más ni más a conversar con otros autores y, cuando lo hacen, rara vez elogian a una personalidad de alto rango, prefieren valorar a uno de esos talentos inofensivos, compuestos de cuarenta y nueve por ciento de dotes y de cincuenta y uno de incapacidad, los cuales, gracias a tales proporciones, se muestran aptos para cubrir cualquier expediente, mientras que un

hombre de verdadero talento podría ser peligroso logrando a la corta o a la larga un puesto influyente en la literatura. Sin embargo, ¿no ha rebasado esta descripción aquello que es propiamente característico del gran escritor? Es sabido que las palomas siguen a sus compañeras y resulta difícil imaginarse el revuelo que se agita hoy día en torno a un escritor ordinario mucho antes de hacerse gran escritor, aun no siendo más que recensor de libros, redactor de folletos, locutor de radio, crítico de cine o director de una hoja literaria; algunos de ellos se parecen a esos burritos y cerditos de goma con un agujero en la parte trasera por la cual se hinchan. ¿No debemos otorgar nuestro reconocimiento a los grandes escritores cuando los vemos ponderar diligentemente tales circunstancias y esforzarse por formar con ello la imagen de un pueblo valiente que honra a sus grandes? Ellos ennoblecen la vida con su participación. Inténtese

representarse ahora lo contrario, un escritor que no se comportara así. Tendría que rehusar invitaciones amistosas, rechazar personas, valorar las alabanzas no como alguien alabado sino como juez, deshacer la naturalidad de los acontecimientos considerar sospechosas las grandes posibilidades de acción sólo por ser grandes; en correspondencia, tal escritor no podría ofrecer más que algunas realidades mentales difíciles de expresar y de justipreciar, y su obra tendría un gran valor, en un tiempo provisto suficientemente de grandes escritores. ¿No debería un hombre así decir adiós a la comunidad y sustraerse a la realidad con todas sus consecuencias? Para bien o mal, tal era la opinión de Arnheim.

96 - El gran escritor visto de frente

LA dificultad más grande que encuentra un hombre en su vida de escritor procede de la circunstancia de que en la vida espiritual se oía, como es lógico, al estilo de los comerciantes, si bien, siguiendo “antigua tradición, se emplea un vocabulario idealista; esta asociación de negocio e idealismo ocupaba un puesto primordial en los intereses de Arnheim.

Tan anacrónicas asociaciones se encuentran hoy día en todas partes. En tanto que, por ejemplo, se lleva a los muertos al cementerio a trote de automóvil, sin embargo no se renuncia a colocar sobre la carrocería del cadáver motorizado un yelmo con dos espadas cruzadas; igual sucede en todos los

campos. El desarrollo humano es un cortejo diseminado y así como, hace aproximadamente dos generaciones, se adornaban todavía las cartas de negocios con azules florecillas retóricas, hoy día se podrían expresar todas las relaciones, desde las amorosas hasta las de la lógica pía, en el lenguaje de la oferta y la demanda, el reembolso y el descontento, por lo menos con tanta propiedad como se emplean los términos de la psicología y de la religión, sólo que no se lleva a efecto, porque el nuevo lenguaje es aún inseguro. El financiero ambicioso se encuentra igualmente en una situación difícil. Si quiere ir a la par con las fuerzas más antiguas del ser tiene que enlazar su actividad con grandes ideas; pero hoy no se dan ya grandes pensamientos en los que se deba creer incondicionalmente, pues esta escéptica actualidad no cree ni en Dios ni en la humanidad, ni en tronos ni en moral alguna; o cree en todo a la vez, lo cual se reduce a lo

mismo. Luego el comerciante que no quiera privarse del triunfo, como el que no quiera echar de menos una brújula, deberá recurrir a ardidés democráticos para reemplazar el inmensurable efecto de la grandeza por la incommensurable grandeza del efecto. Hoy día es grande aquello que se considera como tal; es decir, en definitiva llega a ser grande el objeto anunciado por una propaganda bien organizada, y no todos pueden tragarse sin agobio este hueso generativo del tiempo; Arnheim había hecho ya varias veces la prueba.

Un hombre culto, por ejemplo, puede pensar en las relaciones entre investigación e Iglesia en la Edad Media. El filósofo de aquellos tiempos debía congeniar con la Iglesia si quería conseguir éxito e influir sobre el pensamiento de sus contemporáneos, y el librepensador barato hubiera podido creer consiguientemente que estas trabas habían impedido su ascenso a la

grandeza; pero el caso era el opuesto. Según la opinión de los expertos, esta premisa fue solamente el origen de la incomparable belleza del pensamiento gótico, y si se pueden tener tales consideraciones con la Iglesia sin menoscabo del espíritu, ¿por qué no han de poder tenerse las mismas frente a la propaganda? ¿Y no ha de poder actuar, aun bajo esta condición, quien se disponga a la actividad? Arnheim estaba convencido de que era una señal de grandeza el detalle de no criticar demasiado sus propios tiempos. El mejor jinete, si no se pone de acuerdo con su caballo, aunque no haya otro como él, superará los obstáculos con más dificultad que otro jinete que se acomode mejor a los movimientos de su rocín.

☐ Otro ejemplo: Goethe! Fue un genio como apenas podrá tener el mundo otro igual, pero fue también el hijo ennoblecido de una familia alemana de comerciantes y, tal como se lo representaba Arnheim, el

primer gran escritor de este país. Arnheim le tomaba como ejemplo en muchas cosas. Su historia favorita era la que narra cómo Goethe dejó en la estacada al pobre Johann Gottlieb Fichte, a pesar de que secretamente simpatizaba con él; sucedió cuando éste, siendo profesor de filosofía en Jena, recibió un castigo disciplinar por haberse expresado sobre Dios y sobre cosas divinas “con grandeza pero quizá no con la debida propiedad”, y porque en su defensa “procedió apasionadamente”, en vez de arreglárselas “con suma moderación”, según hace notar en sus memorias el experimentado maestro de la literatura universal. Arnheim no solamente hubiera hecho lo mismo que Goethe, sino que incluso hubiera intentado, en respuesta a una súplica, convencer al mundo de que tal proceder es el único auténticamente goethiano y trascendental. Difícilmente se hubiera contentado con la consideración de que, aunque parezca mentira, mayor es la

simpatía que despierta un gran hombre con una mala acción que la de otro más modesto con su buen comportamiento; antes bien, hubiera pasado a explicar que la lucha incondicional en pro de las propias convicciones es tan estéril como una conducta sin profundidad ni ironía histórica. En cuanto a esta última, Arnheim la hubiera llamado también ironía goethiana, o sea, ironía de acomodarse seriamente a las circunstancias, con humor calculador, al que la distancia del tiempo da la razón. Sí se considera que hoy, tras apenas dos generaciones, la injusticia cometida contra el esforzado, probo y algo exagerado Fichte no pasa ya de ser una cuestión privada sin influjo sobre su personalidad, y si vemos que, por otra parte, Goethe, aunque se portó mal, no ha perdido a la larga nada de esencial, hay que reconocer que la sabiduría del tiempo coincidía efectivamente con la sabiduría de Arnheim.

Un tercer ejemplo (Arnheim siempre estaba rodeado de buenos ejemplos) revela simultáneamente el profundo sentido de los dos primeros: Napoleón. Heine lo describe en su *Reisebilder* de una forma tan en conformidad con los conceptos de Arnheim que lo mejor es transcribirla con las propias palabras que el prusiano recordaba de memoria. -"A un espíritu así -dijo Heine hablando de Napoleón, pero del mismo modo hubiera podido referirlas a Goethe, cuya diplomática naturaleza defendía siempre con la agudeza del entusiasta que internamente se declara en desacuerdo con el objeto de su admiración- hace Kant alusión cuando dice que nosotros podemos imaginarnos una inteligencia que no es como la nuestra, sino intuitiva. Lo que nosotros alcanzamos a entender mediante la reflexión lenta y analítica y tras largas conclusiones, aquel espíritu lo comprendía a fondo en cuanto se le presentaba. De ahí su talento para distinguir los tiempos

e interpretar la actualidad, para mimar a su espíritu, para no ofenderle y para servirse siempre de él. Pero debido a que este espíritu del tiempo no sólo es revolucionario, sino que está formado por la confluencia de éste y del contrarrevolucionario, así Napoleón no obraba nunca en un sentido netamente revolucionario o contrarrevolucionario; actuaba siempre atendiendo a los dos puntos de vista, siguiendo los dos principios y las tendencias incorporadas en él; según eso, procedía con naturalidad, con sencillez y nobleza, nunca espasmódico ni brusco, siempre tranquilo e indulgente. En consecuencia, jamás enredaba a ningún particular en intrigas, y sus golpes procedían, en todos los casos, de su arte de comprender y de guiar a las masas. Los espíritus pequeños, los analíticos, son los que se inclinan a la intriga lenta y complicada; por el contrario, los espíritus sintéticos, intuitivos, saben coordinar los medios que les ofrece la actualidad de un

modo tan maravilloso y genial que pueden utilizarlos rápidamente para sus fines.”

Quizá Heine hubiera interpretado esto en un sentido distinto al de su admirador, Arnheim, pero éste se sentía aludido en tales palabras.

97 - Poderes y maniobras secretas de Clarisse

CLARISSE estaba en su habitación; de Walter no se sabía ni por dónde andaba; ella vestía bata y sostenía en la mano una manzana. Bata y manzana eran las dos fuentes de las que manaba un arroyo estrecho e inadvertido de realidad. ¿Por qué Moosbrugger le parecía musical? Lo ignoraba. Quizá todos los asesinos son musicales. Sabía, sin embargo, que en cierta ocasión había escrito a Su Señoría una carta acerca de este asunto acordaba todavía de su contenido aproximado, pero no lograba desentrañarlo.

Y el hombre sin atributos ¿era acaso insensible a la música?

Puesto que no acudió a su mente una respuesta satisfactoria, abandonó aquel pensamiento y pasó a otro.

Al poco tiempo le vino una idea; Ulrich es el hombre sin atributos. Un hombre sin atributos no puede ser musical. Pero ¿debe ser, entonces, insensible a la música?

Siguió adelante.

Una vez, Ulrich había dicho a Clarisse: eres una niña heroica.

Ella se lo repitió a sí misma: -"Niña y heroica!" El calor se hizo visible en sus mejillas y le impuso un deber confuso.

Sus pensamientos la empujaban en dos direcciones. Se sentía atraída y rechazada, pero no acertaba a distinguir hacia dónde ni de dónde. Finalmente, una suave sensación de ternura, que no sabía cómo quedaba aún en su interior, la impulsó a dirigirse en busca de Walter. Se levantó y dejó la manzana.

Le daba pena que Walter estuviera siempre atormentado por su causa. Ya a sus

quince años ella se había dado cuenta de lo fácilmente que se le podía angustiar. Bastaba que proclamara enérgicamente sobre cualquier problema que no era en realidad como él decía; en seguida se sobresaltaba, aunque estuviera seguro de que tenía razón. Clarisse sabía que su esposo la temía, y que temía que ella se volviera loca. Una vez se le escapó este pensamiento, pero al instante lo corrigió; sin embargo, desde entonces Clarisse supo cómo pensaba su marido. Ella no tenía nada en contra. Nietzsche dice: “¿Existe pesimismo en el poder? ¿Una intelectual inclinación a la austeridad, al horror, al mal? ¿Una profundidad de las tendencias antimorales? ¿Un apetito hacía lo espantoso como enemigo digno?” Tales palabras producían en su boca, cuando las pensaba, una excitación sensual, tan dulce y fuerte como leche que apenas pudiera tragar.

Clarisse pensaba en el hijo que Walter deseaba. Y que también temía, previsible, si

pensaba en la posibilidad de que la madre se volviera volvierá Clarisse guardaba para su esposo un sentimiento de ternura, aun cuando ella se le negara obstinadamente. Había olvidado que se había propuesto buscar a Walter. Algo ocurría en su cuerpo. Los pechos de Clarisse se hincharon; a través de las venas de brazos y piernas corrió más denso el torrente sanguíneo; sintió un apremio vago en las regiones de la vejiga y del intestino. Su cuerpo estrecho se hizo profundo hacia dentro, posible, vivo, extraño, lo uno después de lo otro; daba a luz a un niño, el cual sonreía en sus brazos; desde sus hombros hasta el suelo caía resplandeciente el vestido de oro de la Virgen, y el coro cantaba. De ella, de sus entrañas había nacido al mundo el Señor.

Pero apenas hubo pasado aquella sensación, su cuerpo se reintegró dejándola entreabierta, como la madera cuando desprende una astilla; Clarisse era esbelta, recogida; se

detestaba; sentía entonces una alegría cruel. No quería poner la cosa tan fácil a Walter. -"Desearía que fueran tu victoria y tu libertad las que ansiaran al hijo -se dijo a sí misma- deberías hacer salir de ti monumentos vivos. Pero primero has de ser rígido para mí misma, en cuerpo y alma." Clarisse sonrió; era una sonrisa que llameaba incisiva, como el fuego sobre el que descansa una gran piedra.

Después se acordó de que también su padre había temido a Walter. Se refería a años pasados, a lo cual estaba acostumbrada; Walter y ella solía preguntarse: ¿te acuerdas?, y entonces el pasado proyectaba mágicamente su luz sobre la actualidad. Era un hermoso experimento que a Clarisse le gustaba. Le sucedía quizá lo mismo que cuando uno se vuelve a mirar hacia atrás, después de haber caminado a disgusto durante mucho tiempo: todo el vacío recorrido se postra a los pies del caminante, transformado de

repente en una bella perspectiva; pero ellos no lo entendían así, sino que daban mucha importancia a sus recuerdos. Por eso a Clarisse le parecía demasiado exagerado y enredoso que su padre -el envejecido pintor, por entonces persona de gran poder para ella- hubiese tenido miedo de Walter, el hombre con el que había entrado el nuevo movimiento en su casa; Walter, a su vez, temía a Clarisse. Experimentaba una impresión semejante a la sentida cuando, al abrazar Clarisse a su amiga Lucy Pachhofen, tenía que hablar de “papá”, sabiendo que papá era el amante de Lucy, pues todo esto ocurría en la misma época.

Las mejillas de Clarisse volvieron a inflamarse. Se ocupaba ardientemente en reconstruir aquellos típicos gemidos, aquellos sonidos lastimeros de los que había hablado con su amigo. Tomó un espejo y trató, con los labios apuradamente cerrados, de reproducir la cara que debía de haber puesto

aquella noche en que su padre había acudido a su dormitorio. No consiguió emitir el rumor que la tentación había desatado en su pecho. Pensó que tal rumor debía de estar todavía hoy allí dentro, en su pecho, igual que aquel otro día. Era un sonido sin miramientos y sin reservas; pero nunca había subido a la superficie. Clarisse dejó el espejo y miró precavida alrededor, confirmando con ojos voladores la realidad de su soledad. Después, palpando con los dedos el vestido, buscó el lunar, aquel medallón de terciopelo negro. Allí estaba, en la curvatura de la región inguinal, medio escondido entre los muslos, al margen del vello distribuido en esa parte con cierta irregularidad; Clarisse posó la mano encima, rechazó todo pensamiento y esperó ansiosa a la turbación consiguiente. Ésta llegó en seguida. Pero no fue una delicada afluencia de voluptuosidad lo que sintió, sino su propio brazo rígido, duro como el brazo de un hombre; pensó que, si lo

alzaba entonces, podría dar al traste con todo. A este rincón de su cuerpo lo llamaba “ojo del diablo”. Ante él había retrocedido su padre. El ojo del diablo miraba atravesando los vestidos, “se fijaba” en los hombres, los hechizaba, pero no les permitía moverse mientras Clarisse no lo deseaba. Clarisse acentuaba algunas palabras, las entrecorriaba, las hacía resaltar como si estuvieran subrayadas con gruesos trazos de tinta; tales palabras así destacadas tenían entonces un sentido tenso, tirante como su brazo. ¿Se le habrá ocurrido a alguien pensar que verdaderamente se puede asir algo con el ojo? Ella fue la primera en tomar en la mano aquella palabra, a la que retuvo como a una piedra que se va a lanzar en una determinada dirección. Era parte del poder batiente de su brazo. Todo aquello la hizo olvidarse del gemido que había querido reproducir, y pasó a pensar en su hermana menor, Marión. Teniendo ésta todavía cuatro años de edad,

sus padres se habían visto obligados a atarle las manos por la noche, ya que sí no las metía de puro gusto bajo las mantas y actuaban en el interior como dos cachorros de oso colmenero en un árbol de miel. Más tarde, Clarisse había tenido que separar" a Walter y Marión. La sensualidad rondaba en su familia como el vino entre viñadores. Aquél era su destino. Y ella se sentía oprimida por tan pesado lastre. Sin embargo, sus pensamientos salieron a pasear por el pasado: la tirantez cedió en el brazo y éste recobró su normalidad; la mano quedó olvidada en el seno. En aquel tiempo todavía había tratado a Walter de usted. Realmente, Clarisse le debía muchísimo. Walter le había traído el mensaje de que hay hombres que sólo digieren los muebles fríos y claros, hombres que cuelen sus habitaciones cuadros representativos de la verdad. El le había pedido en alta voz libros de Peter Altenberg: pequeñas historias de muchachitas jugando

al aro entre exuberantes macizos de tulipanes, con ojos tan claros, tan dulces e inocentes como los de una cabritilla y Clarisse había sabido desde aquel momento que sus esbeltas piernas, que a ella le parecían todavía infantiles, significaban lo mismo que aquel chiste del “qué sé yo qué”.

Vivían todos juntos en un apartamento veraniego; varias familias de conocidos habían arrendado sus villas junto a un lago y todos los dormitorios fueron pronto ocupados por parejas de amigos y amigas invitados. Clarisse dormía con Marión; a las once venía a veces sigilosamente a la habitación, a charlar al claro de la luna, el doctor Meingast, quien ora era un hombre célebre en Suiza y en aquel entonces había sido orador de fiestas y el ídolo de todas las madres. ¿Qué años contaba a la sazón Clarisse? Quince o dieciséis, o entre catorce y quince, o sea, cuando llegó su compañero de colegio Georg Groschl, quien era de poca más edad

que Marión y Clarisse. El doctor Meingast anduvo despistado fuella noche; apenas hizo unas pequeñas consideraciones acerca de los rayos lunares, acerca de la insensibilidad de los padres durmientes y de los nuevos huéspedes, desapareció repentinamente causando la impresión de que había venido sólo a dejar en poder de las niñas al fornido Georg, su admirador. Georg no dijo nada, estaba probablemente acobardo; y las chicas, que habían contestado a Meingast hasta entonces, callaron ahora. Pero luego, Georg, apretando primero los dientes, se acercó a oscuras a la cama de Marión. En la habitación penetraba desde fuera un poquito de luz; pero en el ángulo, donde estaban situadas las camas, se cernían masas opacas de sombras, las cuales impedían a Clarisse la visibilidad. Ésta entrevió solamente cómo Georg parecía estar de pie junto a la cama, contemplando a Marión y de espaldas a Clarisse, y Marión no emitía sonido alguno,

como si no estuviera allí. Este estado duró largo tiempo. Hasta que por fin, sin que Marión hubiera roto su silencio, Georg salió de las sombras como un criminal y, pasando por el centro de la habitación, donde sus brazos y espalda reflejaron pálidos la claridad de la luna, se dirigió a Clarisse, quien a toda prisa había vuelto a acostarse y se había cubierto hasta la barbilla. Ella pensó que entonces se repetirían en su cuerpo los secretos que se habían revelado a Marión, y quedó inmóvil esperando, mientras que Georg se detenía mudo ante su lecho, según le pareció a ella, con los labios contraídos en un gesto siniestro. Finalmente apareció su mano como una serpiente, la cual se deslizó sobre Clarisse. Lo que hizo Georg no lo recordaba tan claro; no conservaba una idea precisa; y lo poco que percibió de los movimientos de Georg, a pesar de su excitación, no lo podía resumir. En aquel momento no experimentó ningún deleite, sino después; sintió la

presencia de una fuerte conmoción, indecible, ansiosa; Clarisse permaneció quieta temblorosa como la piedra de un puente sobre el que pasa infinitamente lento un gran vehículo de transporte; no fue capaz de pronunciar palabra y no puso trabas a cuanto se desarrolló en ella. Georg la dejó luego y desapareció sin despedirse; ninguna de las dos hermanas llegó a saber concretamente lo que le había sucedido a la otra; tan poca ayuda se habían pedido para su propia liberación como para hacerse copartícipes, y pasaron años hasta que se hablaron sobre este acontecimiento.

Clarisse había encontrado la manzana; la mordía y la trituraba ahora con los dientes. Georg no se había traicionado ni había confesado el hecho nunca, salvo algunas veces que había aparecido en los primeros tiempos estático y con ojos significativos; hoy era ya un elegante y acreditado jurisconsulto del gobierno, y Marión estaba casada. Pero el

doctor Meingast tenía más historia: se había despojado de su cinismo al salir al extranjero, se hizo eso que fuera de las universidades llaman un “eminente filósofo”, atraía a todas partes una multitud de estudiantes de ambos sexos y no hacía mucho tiempo que había escrito una carta a Walter y Clarisse, en la cual les anunciaba que próximamente visitaría su patria para poder trabajar sin ser molestado por sus secuaces; les había preguntado también si podían acogerle en su casa, pues había oído que vivían “entre urbe y naturaleza”. Y quizá fue éste el origen del que procedieron aquel día los pensamientos de Clarisse.

-”¡Dios mío, qué tiempos aquellos!” - pensó ella. Recordó también que aquello había sucedido en el verano precedente al que pasó con Lucy. Meingast la besaba entonces cuando quería. -”¿Me permite usted un beso?” -solía decir él cortésmente antes de darlo, y así besaba también a todas

sus demás amigas; Clarisse sabía también de una muchacha cuya falda no podía ver sin que le viniera el recuerdo de unos ojos abatidos por falsa santidad. Meingast se lo había contado; Clarisse -por entonces todavía de quince años- solía decir al adulto doctor Meingast, cuando le narraba éste las aventuras de sus amigas: -"Usted es un cerdo!" Ella gozaba diciéndoselo e injuriándole, como si semejantes palabras fueran botas y espuelas, pero temía quedar al final sin fuerzas para resistir; y cuando le pedía él un beso, ella no se atrevía a negarlo por temor a parecer imbécil.

Sin embargo, la primera vez que Walter la besó, le dijo muy seria: -"He prometido a mamá no hacerlo nunca." He aquí la diferencia: Walter hablaba tan bien como el Evangelio y hablaba mucho; arte y filosofía aureolaban su persona, así como a la luna la rodea un celaje de nubes transparentes. Delante de ella Walter leía en voz alta. Pero

lo principios que la miraba siempre con predilección frente a todas sus demás amigas; así comenzó la amistad; era como cuando se ve que la luna nos contempla y juntamos las manos. Por supuesto, sus relaciones siguieron su curso manifestándose también en apretones de manos; ambos se las fechaban extáticos, ahora sin palabras, con una extraña fuerza de unión. Clarisse sentía su cuerpo purificado por aquella mano; cuando él andaba distraído y frío, ella se consideraba desdichada. -"Tú sabes que eso supone para mí!" -le decía. A escondidas se trataban de tú, entonces. Walter infundió en Clarisse interés y amor por el montañismo y por los insectos, no habiendo visto hasta entonces más naturaleza los paisajes que pintaba y vendía papá o alguno de sus colegas. De repente se despertó en ella el espíritu de la crítica familiar; se sintió nuevamente otra. Clarisse se acordaba también con exactitud de las circunstancias de la broma:

-”Sus piernas, señorita Clarisse -dijo Walter- tienen relación con el arte verdadero que todos los cuadros pintados por su papá.” En el apartamento tenían un piano en el que tocaban a cuatro manos. Clarisse aprendía de él, deseaba superar a sus amigas y familiares. Nadie comprendía cómo se puede tocar el piano en días de verano en lugar de ir a bañarse o a remar; pero ella había puesto sus esperanzas Walter; en seguida se había propuesto, ya entonces, ser su “hembra”, quedarse con él y si por alguna falta en el juego quedaba vencida, todo ardía en ella, pero sobre todo el placer. Y Walter la dominaba muchas veces, pues el espíritu no hace concesiones, pero sólo al piano. Fuera de la música, no era tampoco raro que Meingast la besase; una noche de luna, bogando por el lago, Walter remaba y ella se adelantó a reclinar su cabera sobre el pecho de Meingast, atento al timón. Meingast manejaba el timón de mala manera, sin saber hacia dónde la

había de llevar. Sin embargo, Walter, estando una vez en la puerta junto a ella, después de la lección de piano, aprovechó el último momento para abrazarla, la cogió por detrás y la cubrió de besos, pero ella no experimentó más que la desagradable sensación de quedarse sin aliento, por lo que se deshizo de él bruscamente. A pesar de todo, estaba resuelta a no dejarle escapar, pasara lo que pasara con el otro.

Es curioso lo que sucede en estos asuntos. El aliento del doctor Meingast tenía algo que disolvía toda resistencia, un algo de aire puro y suave, capaz de hacer feliz a una mujer sin darse cuenta; Walter, por el contrario, sufriendo, según bien sabía Clarisse, de pereza intestinal, aún ésta a su lentitud en las decisiones, despedía un aliento enmohecido, en parte ardiente, en parte denso, paralizador. Esta mezcla de elementos espirituales y corpóreos había influido ya desde un principio y Clarisse no se admiraba de

ello, pues nada le parecía más natural que eso que dice Nietzsche: que el cuerpo de una persona es su alma. Sus propias piernas no eran más geniales que su cabeza, lo eran en la misma medida, lo eran verdaderamente; su mano tocada por Walter ponía inmediatamente en movimiento una corriente de intenciones y aseveraciones que atravesaba su cuerpo entero desde la coronilla hasta el suelo, pero sin palabras; y su juventud, tan pronto como se hizo consciente, se rebeló contra las convicciones y otros absurdos de sus padres, sencillamente con la frescura de un cuerpo recio que desprecia todos aquellos sentimientos que evocan los lejanos lechos nupciales y las mullidas alfombras persas, todo ello tanpreciado a los ojos de la rigurosa generación pasada. Lo corpóreo seguía, pues, desempeñando un papel, que Clarisse estimaba de gran valor y distinto del que le concedían otros. Pero en este punto, Clarisse dio el alto a sus recuerdos. En

realidad no sucedió esto exactamente, sino que más bien fueron los mismos recuerdos los que la lanzaron sin un aterrizaje brusco al momento presente. Pues todo esto y lo que siguió, ella hubiera querido contárselo a su amigo sin atributos. Quizá Meingast no quedó lejos de sus recuerdos, ya que poco después de aquel agitado verano había desaparecido, huyendo al extranjero; en su persona había comenzado entonces aquella prodigiosa transformación que hizo de un vividor desaprensivo un célebre pensador, y Clarisse había vuelto a verle sólo muy brevemente desde entonces, sin tiempo para detenerse a discurrir en el pasado. Pero considerándose a sí misma, reconoció la parte que a ella le había tocado en tal metamorfosis. Mucho había ocurrido entre ambos antes de la desaparición de Meingast: sin Walter y con la celosa participación de Walter, suplantando a Walter, espoleándole, irritándole, tormentas espirituales, horas de frenesí

como son las precedentes a una tormenta que enajenan a marido y mujer y horas de desfogue que aplacan toda la pasión y se tienden como el verde de los prados al aire puro de la amistad. Clarisse había tenido que sobreponerse a muchas cosas, y no de mala gana; pero la niña curiosa se vengaba después a su modo, manifestando la propia opinión a su desenfrenado amigo; y debido a que Meingast, poco antes de marchar, se había vuelto más serio y amable, casi magnánimo y melancólico en sus rivalidades con Walter, ella estaba hoy completamente convencida de haber incorporado a si misma todo aquello que había turbado la naturaleza de Meingast antes de irse a Suiza, lo cual había hecho posible en ella la inesperada transacción. Este parecer suyo fue consolidado por los hechos que siguieren torno a ella y a Walter; Clarisse no podía desligar todos aquellos días y meses transcurridos hacía mucho tiempo; pero en definitiva, no

portaba saber cuándo había tenido lugar lo uno o lo otro; en conjunto al reticente acercamiento a Walter había sucedido una época romántica con paseos y declaraciones y con actos de posesión espiritual, contentes éstos en los pequeños desórdenes, innumerables e infinitos, angustiados y placenteros, a los cuales se sienten arrastrados dos antes faltos de valor para decidirse y para guardar castidad. Parecía como si Meingast les hubiera contagiado sus pecados con el fin de que los probaran otra vez en un sentido más alto y los apuraran hasta el paroxismo; así lo consideraron ambos. Hoy, cuando para Clarisse el amor de Walter resultaba tan indiferente que a veces hasta le repugnaba, veía todavía más claro el hecho de que el delirio de la sed de amor, el cual la había enfurecido en tal medida, no podía ser otra cosa sino una encarnación de algo incorpóreo, con un significado, misión y destino reservados en las estrellas para los elegidos.

Y no se avergonzaba; más bien hubiera querido llorar al comparar el pasado con el presente. Pero Clarisse no lloraba nunca; apretaba los labios, de los que se derivaba algo parecido a una sonrisa. Su brazo besado hasta la axila, sus piernas vigiladas por el ojo del diablo, su cuerpo doblegado mil veces por la furia del amante y encogiéndose como una soga, conservaban la maravillosa sensación concomitante del amor: de que todos los gestos que se hacen son de misteriosa importancia. A Clarisse, allí sentada, le parecía ser ella misma la actriz de la pausa. En realidad no sabía lo que la esperaba; pero estaba convencida de que el inmenso objeto de todos los amantes es conservarse en la forma en que se vieron mutuamente al arribar la cumbre de la convivencia. Allí estaba su brazo, allí sus piernas; su cabeza posada sobre el cuerpo, preparada a percibir la señal que no podía faltar. Quizá no es fácil imaginarse aquello a lo que Clarisse se refería;

para ella esto no era un problema. Había escrito una carta al conde Leinsdorf con la sugerencia relativa al “año nietzscheriano” y con el ruego de procurar la liberación del asesino Moosbrugger, quizá también con la propuesta de darle publicidad en recuerdo de la pasión de aquellos que cargan con los disipados pecados de todos. Ahora supo por qué lo hizo. Había que empezar por decir algo. Probablemente no se expresó bien, pero no importa; lo principal es comenzar y terminar con la resignación y el consentimiento. Está demostrado históricamente que el mundo, de tiempo en tiempo “de era en era”, palabras que sonaron como dos campanas invisibles, pero cercanas, necesita de hombres que se resistan a cooperar en la mentira, lo cual levanta consecuentemente una polvareda desagradable. Hasta aquí la cosa estaba clara.

Es también claro que quienes levantan polvaredas así llegan a experimentar la

opresión del mundo. Clarisse sabía que los grandes genios de la humanidad han tenido mucho que sufrir y no se extrañaba de que en ciertos días y semanas sintiera su vida oprimida por un peso plomífero, como si sobre ella cayera una losa gigantesca; pero también esto pasaba. A todos ocurre igual; la Iglesia ha designado tiempos de luto para abreviarlo y para impedir que décadas repetidas sean infectadas por el abatimiento y la apatía, según ha acaecido. Más difíciles de afrontar eran otros momentos de la vida de Clarisse, demasiado libres y carentes de oposición, en los que le bastaba una palabra para sacarla de quicio. Entonces vivía fuera de sí, sin saber dónde; pero no por eso se ausentaba; al contrario, se podía afirmar que se introvertía en el interior de un espacio más profundo, situado -de un modo inconcebible en una imaginación vulgar- dentro de los límites que abarcaba su cuerpo en el mundo. Pero de qué sirven las palabras en

un asunto que está por encima de su alcance! Clarisse volvía poco a poco en sí, aparecía de nuevo entre los demás sintiendo en la cabeza un leve cosquilleo, como tras una hemorragia nasal. Clarisse sabía que eran momentos peligrosos los que a veces atravesaba. Eran evidentemente preparativos y pruebas. Por lo demás, tenía la costumbre de pensar en varias cosas a la vez, así como se sacan y meten los cajones de una mesa donde uno está medio al lado medio debajo de otros; como esto es complicado, se comprende que haya quien sienta la necesidad de sacar el cajón de un tirón; muchos lo habrían intentado, pero sin conseguirlo.

Clarisse experimentaba, pues, preparativos y síntomas premonitorios, así como otros hacen alarde de un estómago de hierro: comerían hasta vidrios, dicen. Clarisse había demostrado que verdaderamente podía tomar algo por su cuenta; había dado pruebas de su poder a su padre, a Meingast, a Georg

Gróschl, pero en sus relaciones con Walter todavía necesitaba esforzarse. Y a pesar de que éstas se iban enmoheciendo, todavía eran suaves; pero hacía ya cierto tiempo que Clarisse abrigaba la intención de probar su poder en el hombre sin atributos. No habría podido concretar desde cuándo; dependía de aquel nombre que había disgustado a Walter y que Ulrich había consentido. Antes -tenía Clarisse que reconocerlo-, en años pasados, no le había tomado en consideración, a pesar de haber sido los dos buenos amigos. Pero “hombre-sin-atributos” era un apellido que le recordaba, por ejemplo, horas de piano, o sea, aquellas melancolías, saltos de alegría, explosiones de cólera, sensaciones experimentadas en la interpretación de la música sin llegar a verdaderas pasiones. A esto se sentía vinculada. De aquí se derivaba directamente la afirmación de que hay que negarse a todo aquello en lo que no se pone toda el alma; en esta creencia miraba ella frente a

frente la disparatada realidad de su matrimonio. Un hombre sin atributos no dice “no” a la vida, sino “todavía no”, y se reserva fuerzas; esto lo había comprendido ella con todo su cuerpo. Quizá el sentido de todos aquellos momentos en que Clarisse se desbordaba había que buscarlo en el deseo de hacerse “madre de Dios”. Recordó la visión que había tenido no hacía todavía un cuarto de hora. -”¿Quién sabe si no puede llegar toda madre a ser "madre de Dios"! -pensó ella-, no haciendo concesiones, sin mentir y sin obrar, dando a luz en forma de niño a aquello que contiene la madre en la profundidad de su ser. En el caso de que no consiga nada para sí” -añadió con tristeza. Aquel pensamiento no era de su gusto, antes bien la llenaba de la sensación, mezcla de angustia y felicidad, de ser víctima de un sacrificio. Y aunque su visión hubiese sido -no una imagen aparecida sobre las ramas de un árbol, entre hojas rémulas como llamas de cirio y

luego se hubiera desvanecido con rapidez, su talante no hubiera dejado por eso de mudarse. Una casualidad la llevó, en el momento siguiente, al descubrimiento, insignificante para otros, de que la palabra madre estaba contenida en la expresión "lunar", "Muttermal-"; para ella esto significaba tanto como si de repente se hubiera escrito su destino en las estrellas. La maravillosa idea, según la cual la mujer debe acoger dentro de sí al hombre como madre y como amada, la ablandó y emocionó. No supo cómo se le había ocurrido aquello; lo cierto es que disolvió su resistencia y recobró fuerzas.

Pero todavía no confiaba plenamente en el hombre sin atributos. Sus palabras no siempre correspondían a sus pensamientos. Cuando afirmaba que sus ideas no se podían realizar, o que no había cosa que tomara en serio, esto no era más que un subterfugio; ella bien lo sabía. Ambos se habían descubierto mutuamente y se conocían al detalle,

mientras que Walter creía que Clarisse a veces enloquecía. Sin embargo, Ulrich reflejaba algo de amarga perfidia, se adhería diabólicamente al desfile rítmico del mundo. Era necesario desligarle. Clarisse le debía rescatar.

Clarisse le había dicho a Walter: mávalo. Pero esto no había significado gran cosa, pues ella no se había dado cuenta del alcance de su palabra; lo que quiso decir fue que habría que hacer algo para apartarlo de sí y no había que perder tiempo.

Clarisse lucharía con él.

Rió, se rascó la nariz. Iba y venía en la oscuridad. Había que poner manos a la obra en la Acción Paralela. Lo que allí sucediera escapaba a los conocimientos de Clarisse.

98 - Tartamudez, enfermedad que arruinó a un Estado

EL tren del tiempo es un tren que va teniendo sus raíles por delante. La corriente del tiempo es una corriente que arrastra sus riberas. El viajero se mueve entre paredes firmes y sobre firme suelo; pero suelo y paredes se dejan llevar vertiginosamente por los inconscientes movimientos de los viajeros. Era una suerte incalculable, para tranquilidad del alma de Clarisse, que este pensamiento no hubiese surgido entre los demás de su cerebro.

Pero también el conde Leinsdorf estaba prevenido contra él. Se había protegido con la convicción de ejercer una política realista.

Los días se amontonaban formando semanas. Las semanas no estaban ociosas, sino que trenzaban guirnaldas. Continuamente ocurría algo. Y cuando se suceden acontecimientos sin cesar se tiene la impresión de que algo real está ocurriendo. Así, los suntuosos salones del palacio Leinsdorf se abrirían al público para una gran fiesta a beneficio de los niños tuberculosos, a cuya celebración precedieron conferencias entre Su Señoría y su administrador, durante las cuales se designaron los días en que se cumplirían determinados cometidos. Al mismo tiempo, el cuerpo de Policía organizó una exposición de jubileo, a cuya inauguración acudió toda la sociedad; el jefe de Policía había pasado personalmente por casa de Su Señoría para hacerle entrega de la invitación; al ser recibido por Leinsdorf, el jefe reconoció junto al conde al “espontáneo ayudante y secretario de honor”, quien nuevamente se dio a conocer, aunque sin ser necesario; esto

proporcionó al jefe ocasión de demostrar sus fabulosas cualidades de fisonomista, pues tenía fama de conocer personalmente a uno de cada diez ciudadanos o, por lo menos, de tener noticias de ellos. También Diotima se presentó en compañía de su esposo; todos los allí congregados esperaron a un miembro de la Casa imperial, ante el cual fueron presentándose casi todos los convocados. Resultó unánime la voz que aseguró a la exposición un éxito arrollador. Estaba constituida ésta por una colección de cuadros colgados de las paredes y por objetos recordatorios de grandes crímenes, mostrados en vitrinas y pupitres. Entre ellos se encontraban ganzúas, instrumentos de falsificación, botones perdidos que habían facilitado la identificación de los delincuentes y armas de notables asesinos juntamente con sus correspondientes leyendas; por otra parte, los cuadros de la pared, contrastando con aquel arsenal de terror, representaban edificantes

episodios de la vida policíaca. Allí estaba el esforzado agente que había ayudado a la viejecita a atravesar la calle, el serio gendarme ante el cadáver de un ahogado, el valiente guardia sujetando a un caballo desbocado, una “alegoría de la Seguridad Pública; como protectora de la ciudad”, el niño perdido entre los maternos goces de la Comisaría, el bombero ardiente saliendo entre las llamas con una muchacha en los brazos y muchos otros cuadros como “servicios de urgencia”, “asistencia en carretera”, y las fotografías de centinelas heroicos retrocediendo hasta el año 1869, las descripciones de sus historiales y poemas entronizados que ensalzaban las obras de la Policía o determinados funcionarios. Su jefe supremo, el de aquel Ministerio, denominado en Kakania con el psicológico nombre “de Asuntos Interiores”, aludió en su discurso inaugural a aquella exposición que revelaba el espíritu de la Policía como algo verdaderamente

popular; y expresó su admiración ante aquel espíritu tan altruista y severo, calificándolo de “fuente rejuvenecedora de la moral”, en un tiempo en que el arte y la vida tienden al culto vil de un sensualismo despreocupado. Diotima, de pie al lado del conde Leinsdorf, se alarmó al confrontar aquello con sus “fuerzas en pro del fomento del arte moderno” y adoptó una postura estudiada, mirando al aire con rostro dulce, pero intransigente, para dar entender que en Kakania había también otras cabezas y no sólo la de aquel ministro. Su primo, que la observaba a corta distancia durante el curso, escrutándola con los respetuosos pensamientos de secretario honorario de la Acción Paralela, sintió de pronto que alguien de entre la apretada multitud posaba recatadamente una leve mano sobre su brazo y reconoció sorprendido que tal persona era Bonadea. Habiendo venido hasta a la apertura juntamente con su marido -un alto

magistrado-, había aprovechado el momento en que todos los rostros se dirigían al ministro y al archiduque para acercarse a su infiel amigo. A esta temeraria intervención habían precedido largos proyectos; pesarosa Bonadea por la infelicidad del abandono de su amante en un tiempo en que ella sentía vencida por la melancólica necesidad de izar la ondeante bandera de su deseo -metafóricamente hablando- en lo más alto del desnudo mástil, durante las últimas semanas no había pensado más que en el modo de recuperarlo. Él la esquivaba y los encuentros, violentamente preparados, ponían a ambos en una situación desventajosa para la pretendiente al lado de aquel que prefería la tranquilidad. Bonadea se había propuesto, pues, ingresar en el círculo frecuentado diariamente por su amado Ulrich; refugiada en esta primera intención, apareció la segunda: la de servirse de las relaciones profesionales de su marido en contacto con el caso Moosbrugger y del

deseo de su amigo de atenuar de alguna manera la suerte de este abominable asesino, con el fin de apretar para sí los lazos de unión con las dos partes. Por eso, en los últimos tiempos había instado encarecidamente a su esposo a que influyera para que aquellos círculos se interesaran en las obras de asistencia a criminales perturbados; y cuando se enteró de la exposición del cuerpo de Policía y de su solemne inauguración, le pidió que la llevara consigo, pues su instinto le decía que aquel acto de beneficencia era la ocasión tan esperada de conocer a Diotima. Terminado el discurso del ministro y puesta la gente en movimiento, Bonadea permaneció junto a su desconcertado amante y comenzó en su compañía a contemplar los espantosos artefactos ensangrentados, no obstante la repugnancia invencible que le producían. -"Has dicho que todo esto se podría impedir con sólo quererlo" -musitó Bonadea y con ello recordó a Ulrich, como una niña atenta,

deseosa de mostrar su solicitud, la última conversación sobre aquel asunto. Algo después sonrió, dejó que la aglomeración la empujara contra el cuerpo de Ulrich y aprovechó este momento para susurrarle: -"Alguna vez dijiste que toda persona humana es capaz de experimentar, en determinadas circunstancias, todas las debilidades posibles." El empeño de Bonadea de seguir tan enfática al lado de él puso a Ulrich en un apuro; y puesto que ella, a pesar de los repetidos intentos que éste hacía por desviarla, continuaba dirigiendo el timón hacia Diotima, y no pudiendo Ulrich hacerle severas reprensiones delante de los demás, comprendió que no le quedaba aquel día otro remedio que ceder a poner a aquellas dos mujeres en relación, a lo cual se había opuesto hasta entonces. Habían llegado ya a las proximidades del grupo cuyo centro magnético eran Diotima y Su Señoría, cuando Bonadea exclamó en voz alta ante una de las

vitriñas: -"Miren ustedes, aquí está el cuchillo de Moosbrugger." En efecto, allí estaba; Bonadea lo observó entusiasmada, como si hubiera encontrado en una cómoda el primer cotillón de su abuelita; el amigo se decidió entonces rápidamente y, excusándose con dignidad, pidió a su prima permiso para presentarle a una señora que la deseaba saludar y a la que él conocía como apasionada admiradora de toda decente, verdadera y hermosa aspiración.

En consecuencia, no se podía decir que en la guirnalda de los días y semanas no se columpiaran interesantes acontecimientos; la exposición de la Policía, con todo lo que importaba, era lo de menos. En Inglaterra, por ejemplo, había algo todavía más grandioso, y que estaba dando materia de conversación a toda aquella sociedad. Esto era una casa de juguete, regalada a la reina y construida por un célebre arquitecto, con un comedor de un metro de largo, de cuyas

paredes colgaban retratos pintados en miniatura por famosos artistas contemporáneos, con habitaciones provistas de agua fría y caliente, con su biblioteca dotada de un pequeño libro de oro en el que coleccionaba la reina las fotografías de la familia real, aumentada por una guía de ferrocarriles y transatlánticos, impresa ésta en caracteres microscópicos, y ampliada por doscientos volúmenes diminutos en los que ilustres escritores habían escrito de su puño y letra poesías y pequeñas historias para la soberana. Diotima poseía la edición inglesa, recién aparecida en dos tomos de lujo, que describía la casa y la reproducía en preciosas ilustraciones, debiéndose su publicación al interés mostrado por la alta sociedad al visitar su salón. Pero en todos los campos se registraba toda clase de acontecimientos para los que no había palabras, de modo que se oía en el alma como un redoble de tambor, procedente de algo localizado a la vuelta de

la esquina y todavía invisible. Los imperial-reales empleados de telégrafos se declararon en huelga por vez primera y de una manera extraordinariamente intranquilizadora, recibiendo el nombre de “pasiva resistencia” y consistente nada más que en observar, con la más escrupulosa exactitud, el reglamento de servicio; se demostró que el exacto cumplimiento de la ley conseguía el paro del trabajo con mayor facilidad que la más desenfrenada anarquía. Junto a la proeza del capitán Kópenick en Prusia -el cual, como es sabido, se hizo primero oficial vistiéndose el uniforme comprado a un trapero para luego detener una patrulla en medio de una calle y con la ayuda de los soldados y de la disciplina prusianos-, la resistencia pasiva era algo que cosquilleaba la lengua, pero que al mismo tiempo sacudía por lo bajo las ideas sobre las que se apoyaba la reprobación que se quería formular. Entre las novedades que se podían leer también por entonces estaba

la de que el gobierno de Su Majestad había hecho con otra Majestad un tratado en que se garantizaba el afianzamiento de la paz, el desarrollo económico, la colaboración sincera en el trabajo y el respeto de los derechos de todos, pero que comprendía también medidas para el caso en que fueran estos puntos amenazados o pudieran ser violados. El ministro, superior supremo del jefe de sección Tuzzi, había pronunciado, posteriormente, un discurso en que demostraba la urgente necesidad de una solidaridad estrecha entre los tres imperios del continente, los cuales no debían ignorar la moderna evolución social y el deber de hacer frente a las innovaciones sociales en pro de los intereses comunes de las dinastías. Italia estaba liada con Libia en una empresa bélica; Alemania e Inglaterra se ocupaban en el problema de Bagdad; Kakania hacía ciertos preparativos militares en el Sur, para manifestar al mundo que lo que permitiría a Serbia no iba

a ser su expansión territorial hasta el mar, sino sólo una línea ferroviaria. A la vez que sucedía todo esto, la mundialmente famosa actriz sueca, la señorita Vogelsang, declaraba que nunca había dormido tan bien como en la primera noche después de su llegada a Kakania y que le había resultado muy simpático el agente de Seguridad, el cual, después de haberla salvado de la multitud entusiasmada, le rogó se dignase darle una mano que apretó agradecido entre las suyas. De este modo volvieron sus pensamientos a la exposición de la Policía. Ocurría toda clase de cosas y éstas se notaban. Se alegraba el que las advertía y daba que pensar el ver a los demás atentos a lo que sucedía. Los casos aislados los comprendía cualquier colegial, pero en conjunto no había nadie que los entendiera, salvo algunas pocas personas y tampoco éstas sabían exactamente de qué se trataba. Todo aquello podía haberse presentado, tiempos después, cambiado e

invertido y nadie se hubiera dado cuenta de las diferencias, excepción hecha de algunas alteraciones que permanecen, no se sabe cómo, formando las huellas mucosas del caracol de la historia.

No cabe duda de que, en tales circunstancias, es tarea difícil la de una embajada extranjera, empeñada en descubrir lo que verdaderamente está ocurriendo. Los representantes diplomáticos hubieran sondeado de buena gana la sabiduría del conde Leinsdorf, pero Su Señoría sólo les presentaba dificultades. Diariamente sentía en sus obras la satisfacción producida por una solidez inamovible y su rostro mostraba al observador extraño la radiante serenidad de unos acontecimientos progresivamente ordenados. La oficina número uno escribía; la oficina número dos contestaba. Si la oficina número dos había respondido, la oficina número uno debía comunicarlo y la mejor manera de hacerlo era procediendo a una

conferencia oral. Una vez llegadas a un acuerdo las oficinas uno y dos se constataba que nada podría pasar. En este sentido había siempre mucho quehacer. Además era necesario atender a otros asuntos marginales. Se trabajaba mano a mano con todos los ministerios; se procuraba no herir a la Iglesia; había que tener miramientos con ciertas personas e instituciones sociales; en una palabra: incluso en días en que no se hacía nada de especial, eran tantas cosas las que no se debían hacer, que se tenía la impresión de desarrollar una gran actividad. Su Señoría sabía estimar aquello en su justo valor. -"Cuanto más alto encumbra a un hombre el destino -solía decir-, tanto más claramente reconoce ese que entre lo más importante de lo que aquél depende se cuentan unos pocos y simples principios, pero reforzados por una firme voluntad y por un obrar metódico." En cierta ocasión se exhibió ante su "joven amigo" sobre este tema

de su experiencia. Entabló el diálogo partiendo de los contratos de unión de Alemania y admitió que entre el año mil ochocientos cuarenta y ocho y el sesenta y seis, buena parte de los mayores intelectuales se habían iniciado en la política. -"Pero luego - prosiguió- vino aquel Bismarck y no se puede negar que es suyo el mérito de haber enseñado al mundo a hacer política: No con discursos ni con erudición! A pesar de sus puntos negros, consiguió demostrar que, en el mundo de la política, de nada sirven la elocuencia y la sabiduría; lo que vale es el mudo cálculo y la acción." Análogas declaraciones hizo el conde Leinsdorf ante el concilio y los representantes de las potencias extranjeras que tenían allí sus observadores difícilmente lograron hacerse idea exacta de sus intenciones. Se dio importancia a la intervención de Arnheim, así como a la actitud del jefe de sección Tuzzi y de ahí se dedujo que entre estos dos hombres y el conde

Leinsdorf tenía que mediar algún convenio secreto, cuyo fin político se ocultaba de momento detrás de las ingeniosas distracciones que la señora de Tuzzi ofrecía en sus asambleas panculturales. Si se consideraba este éxito con el que el conde Leinsdorf, sin esforzarse mayormente, engañó incluso a los avisados observadores y a toda su curiosidad, no se le podía negar aquel talento de político realista que él creía poseer.

Pero también los señores, que con motivo de festividades ostentaban, sobre sus trajes, frondosos bordados de oro y otras piezas bucólicas, se atenían a los prejuicios de la política realista de su profesión y puesto que en la búsqueda de los motivos secretos de la Acción Paralela no encontraban argumentos palpables, pronto dirigieron su atención a lo que era el origen de casi todos los fenómenos inexplicables de Kakania, y que llevaba el nombre de “naciones irredentas”. Se hacía como si el nacionalismo

fuera una mera invención de los proveedores militares, pero había que intentar alguna vez hacer una aclaración más amplia, a lo cual contribuyó Kakania con una interesante aportación. Los habitantes de aquella doble monarquía imperial y real e imperial-real se encontraban en una difícil situación; debían sentirse patriotas del Estado imperial y real de Austria y Hungría, pero igualmente del reino húngaro o del Estado imperial-real de Austria. El lema comprensible frente a tales dificultades era: "En unión de fuerzas." Esto es lo que significaba *viribus unitis*. Pero para ello los austríacos necesitaban de más fuerzas que los húngaros. Pues los húngaros eran, a fin de cuentas, únicamente húngaros y sólo por concomitancia pasaban, ante otros que no entendían su lengua, como austro-húngaros. En cambio, los austríacos no eran en principio nada y según la opinión de sus superiores debían sentirse tanto húngaros de Austria como austro-húngaros; no había un

nombre para designarlos debidamente. Las dos partes, Austria y Hungría, cuadraban la una junto a la otra como una chaqueta rojoblanca-verde con pantalones negro-amarillos; la chaqueta era de una pieza, los pantalones, sin embargo, eran el resto de un traje negro-amarillo descompuesto, separado de su chaqueta en el año ochocientos sesenta y siete. Los pantalones de Austria se llamaron desde entonces en términos oficiales “Reinos y provincias representados en el Parlamento”, lo que naturalmente no significaba nada, reduciéndose al fin a un nombre de tantos; sucedía con aquellos reinos lo mismo que con los shakespearianos de Lodomeria e Iliria, que hacía ya muchísimo tiempo que habían dejado de existir, y que no existían ya entonces, cuando todavía había un traje entero de color negro y amarillo. Por tanto, si se preguntaba a un austríaco de dónde era, no podía, como es natural, responder: soy de los “Reinos y

provincias representados en el Parlamento” que ya no existen; en consecuencia, prefería decir: soy polaco, checo, italiano, friulano, ladino, esloveno, croata, serbio, eslovaco, rutneo o valaco; esto era el llamado nacionalismo. Imaginémosnos un roedor que no sabe de sí mismo si es una ardilla o un lirón; un ser que no tiene idea de su esencia está expuesto a sufrir en circunstancias determinadas un irremediable ataque de miedo ante la sorpresa de su propia cola. En idénticas relaciones mutuas se encontraban los kakanienses y se miraban los unos a los otros con el pánico de miembros que, en unión de fuerzas, se impedían llegar a ser algo. Desde que existe el mundo no se ha dado ningún viviente que haya muerto a causa de su tartamudez, pero hay que añadir que la doble monarquía austro-húngara, austríaca y húngara, se arruinó a causa de su inefabilidad.

No carece de interés para un extranjero saber cómo se las arreglaba un kakaniense experto y encumbrado, como el conde Leinsdorf, frente a tales dificultades. Primero separaba cuidadosamente, en su vigilante espíritu, la parte de Hungría, de la cual, mostrándose aprovechado diplomático, nunca hablaba, así como un padre tampoco habla del hijo que se ha independizado contra su propia voluntad, aunque también cree que algún día le irá mal; lo restante lo llamaba: “nacionalidades” o también “estirpes austríacas”. Esto era un invento harto ingenioso. Su Señoría había estudiado derecho constitucional y se había fijado en una definición bastante propagada por todo el mundo, según la cual un pueblo tiene derecho a llamarse nación si tiene una forma propia de gobierno; de aquí se deducía para él que las naciones kakanienses eran, a lo más, nacionalidades. Por otra parte, el conde Leinsdorf sabía que el hombre sólo puede

hallar su pleno y verdadero destino en la vida comunitaria de una nación a la que ha sido sometido; y puesto que no quería privar a nadie de esto, concluyó en la necesidad de subordinar a un Estado las nacionalidades y las estirpes. Creía sobre todo en un orden divino, aunque éste no siempre resultaba transparente a los ojos humanos; y en los accesos de modernidad revolucionaria que a veces le conmovían era capaz incluso de pensar que el concepto de Estado, tan consolidado en los últimos tiempos, no podría ser otra cosa que la idea de majestad inspirada por Dios en una incipiente y rejuvenecida forma de manifestación. De todos modos, como político realista, rehusaba el pensamiento demasiado elaborado y se hubiera adaptado también a la idea de Diotima, defendiendo que el concepto del Estado kakaniense se identificaba con el de “paz mundial”; lo esencial era que el Estado de Kakania existía, si bien carente de nombre

apropiado, y que había que inventar un título para la población de aquellos países. Su Señoría acostumbraba a dilucidar su idea con un ejemplo: en efecto, al que no va a la escuela no se le llama escolar; sin embargo, la escuela sigue siendo escuela, aunque esté vacía. Cuanto más forcejeante era la resistencia de sus habitantes frente a la escuela kakaniense, empeñada en formar con ellos un pueblo, tanto más necesaria le parecía a él la escuela. Éstos insistían en el hecho de que ya formaban naciones, exigían además la restitución de derechos históricos perdidos, hacían guiños a linajes hermanos y afines de la otra parte de sus fronteras y decían descaradamente que el reino era una cárcel de la que querían librarse. El conde Leinsdorf, en cambio, procuraba conciliar las opiniones llamando a aquel reino “conjunto de estirpes”; resaltaba, igual que los demás, la situación imperfecta en que se hallaba, y lo que buscaba era completar el Estado

austríaco con sus estirpes; todo aquello que no se acomodara a sus planes o que resultara demasiado revolucionario lo declaraba, según costumbre, consecuencia de la persistente falta de madurez y pensaba que el mejor remedio sería una sabia mezcla de prudente condescendencia y punitiva benignidad.

Por eso, cuando Leinsdorf dio vida a la Acción Paralela, ésta pareció a las nacionalidades un golpe secreto pangermánico y la participación del conde en la exposición de la Policía fue juzgada en relación con la política de Seguridad Pública y como confirmación de los parentescos ideológicos. Nada de esto se les escapaba a los observadores extranjeros, quienes habían oído las cosas más tremendas acerca de la Acción Paralela.

Pensaban en ellas mientras los demás les hablaban del recibimiento de la actriz Vogelsang, de la casa de juguete regalada a la reina y de Sos funcionarios huelguistas, o cuando les preguntaban por su opinión

respecto a los tratados recientemente firmados. Y aunque la frase pronunciada por el ministro, en su discurso sobre el “espíritu de rigorismo”, pudo ser interpretada, queriéndolo, como un anuncio, tenían ellos la impresión de que en la apertura de la tan comentada exposición no había sobresalido nada digno de nota; pero, así como todos los demás, tenían también ellos la impresión de que estaba sucediendo algo de carácter general e incierto, lo cual no alcanzaban a analizar de momento.

99 - De la semicordura y de su segunda mitad fructífera; del parecido entre dos épocas, de la amabilidad de la tía Jane, y del desorden llamado “los nuevos tiempos”

SIN embargo, resultaba también imposible formarse una idea clara de lo que estaba sucediendo en las sesiones del concilio. En general, los progresistas de aquel tiempo eran partidarios del espíritu activo; se había reconocido que el deber de un hombre cerebral era atraer hacia sí la dirección del hombre abdominal. Existía además algo a lo que se llamaba expresionismo; no se podía

determinar exactamente en qué consistía, pero, como la misma palabra lo dice, era una presión hacia el exterior: quizá presión de visiones constructivas; lo cierto es que éstas, comparadas con las tradiciones artísticas, eran también destructivas, de suerte que podían llamarse simplemente estructurales; este nombre no compromete a nadie y una “concepción estructural del mundo” suena bien. Pero esto no es todo. Se miraba entonces al mundo y a la vida proyectando la mirada del interior al exterior, pero también en sentido contrario, o sea, del exterior al interior; el intelectualismo y el individualismo se consideraban ya pasados y egocéntricos, el amor había vuelto a desacreditarse y se estaba a punto de descubrir nuevamente el saludable influjo del arte cursi sobre las masas, cuando afectaba las almas de los puros hombres de acción. “Se es” cambia, al parecer, tan de prisa como “se lleva”, y tienen en común que nadie conoce el auténtico secreto

del “se”, probablemente ni siquiera los negociantes de artículos de moda. Quien se rebelara contra tal hecho produciría infaliblemente la impresión un tanto ridícula del hombre que, sujeto entre los polos de una máquina de faradización, se moviera brusca-mente y se zarandeara con violencia sin saber quién es su enemigo. Pues el enemigo no está constituido por gente que se aprovecha, con una broma oportuna, de la situación comercial presente, sino que es la inconsistencia fluida y etérea del estado general lo que lo forma, la concurrencia de innumera- bles dominios, su ilimitada capacidad de asociación y transformación, a lo cual se junta todavía, por parte del receptor, la carencia o el fallo de principios válidos, estables y ordenadores.

Querer apoyarse en algo dentro de este complejo variable de fenómenos es tan difícil como clavar un clavo en el chorro de una fuente; sin embargo, hay algo en ello que

parece permanecer idéntico a sí mismo. Pues ¿qué sucede, por ejemplo, cuando el tipo de hombre voluble califica de genial a un jugador de tenis? Una omisión, ¿Y cuando llama igualmente genial a un caballo de carreras? Una omisión todavía mayor. Ese tipo de hombre omite siempre algo, ya llame científico a un futbolista, o ingenioso a un esgrimidor, o bien cuando habla de la derrota trágica de un boxeador; siempre se deja algo. Exagera; pero es la inexactitud la causa de la exageración, así como en una pequeña ciudad es la imprecisión de los conceptos la que hace que el hijo de un modesto comerciante pase por un hombre de gran mundo. Algo habrá de cierto; y ¿por qué las sorpresas de un campeón no han de evocar las de un genio, o sus reflexiones las de un investigador experimentado? Otras cosas que se podrían añadir no son exactas, como es natural; pero lo que resta no se usa, o se usa a lo más a disgusto. Se considera inseguro; es

pasado por alto y omitido; y probablemente, cuando nuestro tiempo considera genial a un caballo de carreras o a un tenista, no expresa tanto su concepto de genialidad cuanto su desconfianza frente a las esferas más altas.

Aquí cabría hablar ahora de la tía Jane, de la que se acordó Ulrich al hojear los viejos álbumes de familia que Diotima le había prestado; contemplaba sus rostros y los comparaba con los Tuzzi. De niño, Ulrich había pasado largas temporadas en casa de una tía, hermana de su abuela, cuya amiga era desde tiempos inmemoriales la llamada tía Jane. En realidad no era su tía, sino una profesora de piano para los niños de la familia; a decir verdad, aquella tía no ganó allí tanta gloria como amor, pues, según ella decía, partía de un principio según el cual no tenía sentido hacer ejercicios de piano no habiendo nacido para la música. Su alegría era mayor viendo a los niños trepar a los árboles; de este modo se hizo tía de dos generaciones y, como bajo

la influencia de la retroactividad de los años, también amiga de juventud de su desengañada mantenedora.

-”Ah, el Mucki!” -exclamaba, por ejemplo, la tía Jane, insensible a los años; lo decía con tal indulgencia y admiración por el pequeño tío Nepomuk -quien contaba ya entonces cuarenta años de edad-, que su voz vivía aún hoy para aquel que la había escuchado. La voz de la tía Jane parecía estar empolvada con harina, igual que el brazo cuando se introduce en un saco de harina fina. Una voz empañada, envuelta como con pan rallado; no era de extrañar, pues la tía tomaba mucho café negro y fumaba cigarros Virginia, largos, estrechos y fuertes que, juntamente con la edad, habían comido y ennegrecido sus dientes. Al mirarle a la cara podía pensarse también que el tono de su voz estaba en relación con las finas e innumerables rayas que cubrían su piel como una xilografía. Su rostro era largo y afable; no había

cambiado para las generaciones posteriores, así como tampoco había cambiado nada de la tía Jane. Siempre, durante toda su vida, había llevado un solo vestido, si bien, como es de suponer, reproducido: era una bolsa estrecha, acanalada, de seda negra; descendía hasta el suelo sin autorizar ninguna clase de extravío corporal y se cerraba con muchos botones negros como la sotana de un sacerdote. Arriba apenas sobresalía el cuello duro, de puntas separadas, entre las cuales la garganta, hundida bajo la descarnada piel del cuello, formaba surcos movedizos a cada chupada del cigarro; las mangas estrechas terminaban en puños rígidos, blancos y la bóveda consistía en una peluca pelirroja, con tonalidades rubias, un poco escarolada y con la raya en medio. Pasados los años, llegó a verse el lienzo por entre la raya; pero más conmovedoras eran todavía las dos entradas donde se veían las grises sienes junto al cabello teñido de la peluca, lo cual era señal de

que la tía Jane no había conservado durante toda su vida la misma edad.

Se habría podido creer que ella se había anticipado en varios decenios al tipo de mujer masculina que más tarde se puso de moda; pero no en todo, pues en su pecho palpataba un corazón muy femenino. Se hubiera podido creer también que alguna vez ella fue una pianista de gran fama, venida a menos al perder el contacto con su tiempo; en estos términos hablaban las apariencias. Pero tampoco era así del todo; Jane nunca había sido más que una profesora de piano, y tanto su cabeza de hombre como su sotana se explicaban solamente por el hecho de que la tía Jane, de joven, se había entusiasmado por Franz Liszt, con el que se había encontrado algunas veces en sociedad durante breve tiempo; fue entonces cuando dio a su nombre la forma inglesa. Ella permaneció fiel a este encuentro, como un caballero enamorado que lleva hasta su ancianidad los

colores de su dama sin pretender otra cosa; y en esto era Jane sensacional, como si hubiera llevado aun después de jubilarse el uniforme de sus gloriosos días. El secreto mismo de su vida era de naturaleza semejante: en la familia se comenzaba a respetar al adolescente sólo después de hecha una seria advertencia como acto de consagración del joven en desarrollo. Jane no era una niña (pues un alma exigente tarda en elegir) cuando encontró al hombre de su amor; con él se casó contrariando a la voluntad de sus familiares. Este hombre había sido naturalmente un artista, si bien nada más que fotógrafo debido a las adversas circunstancias de la vida provinciana. Pero al poco de casarse empezó a contraer deudas como un genio y a darse apasionadamente a la bebida. La tía Jane se sometía a privaciones por él, iba a buscarle a las tabernas para devolverle a su Olimpo y lloraba a solas y también postrada de rodillas ante él. Su marido

tenía todo el aire de un genio: poderosa boca y arrogante cabellera; si la tía Jane hubiera sido capaz de transmitirle el ardor de su propia desesperación, el desgraciado se hubiera exaltado con sus vicios como Lord Byron. Sin embargo, el fotógrafo dificultaba la transmisión de sentimientos, abandonó a Jane al cumplirse un año de la boda y se fue con su rústica criada a la que había dejado encinta; poco después murió bastante arruinado. Jane cortó un mechón de su formidable cabeza y lo guardó, adoptó el hijo ilegítimo de su difunto esposo y lo crió a costa de grandes sacrificios; rara vez hablaba de aquel pasado, pues no se puede exigir de una vida atropellada que resulte benigna.

La vida de la tía Jane no tuvo, por consiguiente, poco de afectación romántica, pero más tarde, cuando el fotógrafo, en su imperfección terrena, dejó de hechizar durante largo tiempo su vida también la imperfecta sustancia del amor de Jane llegó de algún

modo a descomponerse, y de tal existencia no quedó en su corazón más que la forma eterna del amor y del entusiasmo; a distancia estas vivencias se proyectaban como si hubieran sido verdaderamente sobrecogedoras. Así era la tía Jane. Su contenido espiritual acaso no era grande, pero su forma anímica era tan bella...! Sus ademanes eran heroicos, y esos gestos resultan desagradables cuando se sabe que carecen de fondo; si están completamente vacíos, aparecen como un juego de llamas y una fe ardiente. La tía Jane vivía sólo de té, café y de dos tazas de caldo diarias; pero en las calles de aquella pequeña ciudad, las gentes no se detenían a mirarla cuando pasaba embutida en su sotana negra porque sabían que era una mujer de orden y concierto; y todavía más: profesaban hacia ella una cierta veneración, porque, no obstante ser una persona de bien, había conservado la capacidad de aparecer ante los

demás tal como ella se sentía, aunque sin saber más detalles de los que guardaba su corazón.

Esta fue, pues, la historia de la tía Jane, muerta largos años ha, después de alcanzar una avanzada edad. También la tía-abuela había muerto, y muerto estaba el tío Nepomuk; ahora bien, ¿por qué vivieron?, se preguntaba Ulrich. En aquel tiempo hubiera dado algo por poder volver a hablar, siquiera una vez, con la tía Jane. Hojeaba los viejos y gruesos álbumes y contemplaba las fotografías de su familia que de alguna manera habían llegado a manos de Diotima y cuanto más se detenía en los principios de aquel nuevo arte gráfico tanto más orgullosa le parecía la pose que las personas adoptaban en él. Según era de apreciar, apoyaban sus pies sobre rocas de cartón, revestidas éstas de hiedra artificial; si eran oficiales, ensanchaban las piernas y entre ellas empuñaban el sable; si eran muchachas,

posaban sus manos sobre el regazo y abrían sus grandes ojos; si eran hombres solteros, sus pantalones ascendían desde el suelo como columnas salomónicas de humo, con esforzado romanticismo, sin la raya del planchado, y sus chaquetas daban un salto redondo algo frenético, una vez desbancada la dignidad rígida de la levita burguesa. Esto había tenido lugar entre los años mil ochocientos sesenta y setenta, superados ya los comienzos rudimentarios de la técnica fotográfica. La revolución del año cuarenta yacía ya lejana como una época desierta y la vida presentaba nuevos índices, cuyos títulos apenas se recuerdan ya hoy día; las lágrimas, los abrazos y las declaraciones en que la nueva burguesía había buscado el alma a principios de su era habían pasado también de moda; pero de manera semejante a como una ola se desliza hasta la arena de una playa, aquella magnanimidad había alcanzado a los vestidos de entonces y a una cierta

extravagancia privada a la que se podía dar un apelativo mejor, pero de la que no vemos por el momento más que fotografías. Fue el tiempo en que los fotógrafos llevaban chaquetas de terciopelo y mostacho de modo parecido a los pintores, y los pintores dibujaban grandes cartones sobre los que desfilaban compañías de ilustres personalidades; a las personas privadas les parecía vivir en un tiempo que también para ellas había inventado un procedimiento de inmortalización. Queda solamente por decir que los hombres nunca se sintieron tan geniales y grandiosos como en aquella época y que tampoco nunca existieron tan pocos hombres extraordinarios como entonces, o al menos rara vez consiguieron sobresalir entre los demás.

A este respecto, Ulrich se preguntaba frecuentemente si no habría cierta correspondencia entre aquella época, en que un fotógrafo podía considerarse genial porque

bebía, llevaba el cuello desabrochado y demostraba su nobleza de alma -con ayuda del procedimiento más moderno- a todos sus contemporáneos que venían a posar ante el objetivo, y esta otra en la que sólo los caballos de carreras son considerados como francamente geniales por su insuperable habilidad de estirarse y encogerse. Las dos épocas muestran diferencias: el presente mira al pasado con aire de superioridad, de arriba abajo; y si el pasado se hubiera descuidado en llegar más tarde, miraría igual de orgulloso al presente; pero, en lo principal, las dos épocas se parecen mucho: tanto aquí como allí desempeñan un papel muy importante la inexactitud y la omisión de las discrepancias definitivas. La parte se confunde con el todo, una vaga analogía con la ejecución de la verdad y el pellejo vacío de una gran palabra es rellenado con un nuevo contenido conforme a las exigencias de la moda. Resulta grandioso, aunque no resiste largo tiempo. Los

hombres que hablaban en el salón de Diotima nunca se equivocaban directamente, porque sus conceptos eran tan imprecisos como las siluetas entre el vapor de un lavadero. -”Esos conceptos que sostienen la vida como el aleteo al águila! -pensó Ulrich-. Esos innumerables conceptos morales y estéticos que son por naturaleza tan delicados como sólidas montañas en difuminada lontananza! A fuerza de vueltas tales ideas se multiplicaban en sus bocas y no se podía hablar un momento acerca de ellas sin pasar inconscientemente a la que más próxima estuviera.

Siempre se ha llamado a esta clase de hombres encarnación de los “nuevos tiempos”. Esta expresión es como un saco en el que se quisiera encerrar cautivos los vientos de Eolo; es la excusa constante que abogan los hombres para poner las cosas, no en su debido orden, concreto, sino en la estructura ilusoria de una quimera, Y en ella se

manifiesta el reconocimiento de un error. La convicción que tenían de su obligación de ordenar el mundo vivía en aquellos hombres de un modo muy extraño. Si se quisiera llamar “semicordura” a lo que les guiaba en sus empresas hacia aquel fin sería de notar que precisamente la otra mitad no mencionada, o, por no omitirla, la parte estúpida, nunca exacta y justa, de esta semicordura, poseía una inagotable fuerza renovadora y una gran fecundidad. Tenía vida, versatilidad, inquietud, variación en los puntos de vista. Pero ellos mismos sabían bien de qué se trataba. Todo ello les sacudía, se agitaba en sus cabezas; se movían en una época de nerviosismo y algo andaba fuera de quicio: todos, uno por uno, se creían inteligentes, pero en conjunto se sentían infecundos. Si eran, por lo demás, hombres de talento -su imprecisión no lo excluía-, el observador que examinaba sus cabezas a través de estrechas e incrustadas ventanas veía en ellas el tiempo

nuboso, los ferrocarriles, los hilos telegráficos, árboles y animales, todo el animado cuadro del amado mundo; nadie miraba el interior de su propia ventana, sino el de las demás.

Ulrich se permitió una vez la broma de pedirles explicaciones sobre lo que pensaban; ellos le miraron con gesto de desagrado, calificaron su deseo de signo de un espíritu escéptico y mecanicista y afirmaron solemnemente que las complicaciones más extremas sólo se deben resolver de un modo muy simple; así, los nuevos tiempos, apenas se hayan desenredado del presente, presentarán una fisonomía completamente simple. Ulrich no causó en ellos impresión alguna; la tía Jane le hubiera dicho acariciándole el rostro: -"Yo les comprendo muy bien; tú les molestas con tu seriedad."

100 - El general Stumm entra en la biblioteca nacional y acumula experiencias sobre bibliotecarios, dependientes de bibliotecas y orden intelectual

EL general Stumm, que había observado el fracaso de su “camarada”, intentó consolarle. -”En esta barahúnda de opiniones no hay quien se entienda” -dijo indignado, reprochando la conducta de los conciliadores. Después, tras una breve pausa y sin estímulo especial, empezó sus confidencias con un- ción y cierto regalo: -”¿Te acuerdas -le dijo-

cómo se me metió en la cabeza investigar hasta poder rendir a los pies de Diotima la idea redentora que ella busca? Hay, según parece, muchas ideas de relieve, pero sólo una tiene que ser finalmente la más importante. Es lógico, ¿verdad? Pues entonces se trata simplemente de traer a semejante mujer al orden. Tú mismo dijiste que ésta es una resolución digna de un Napoleón. ¿Lo recuerdas? Luego me diste, como era de esperar de ti, una serie de excelentes consejos, pero no he tenido ocasión de servirme de ellos. Bien!; dicho brevemente: tomé el asunto por mi cuenta.”

Cuando quería observar atentamente a una persona o cosa, el general se ponía, en vez de los quevedos, unas gafas de asta; en aquel momento las sacó del bolsillo y se las colocó sobre la nariz.

Uno de los principios básicos del arte de la guerra es enterarse concienzudamente de la fuerza del adversario. -”Por consiguiente -

dijo el general-, me he agenciado una tarjeta de entrada para nuestra mundialmente famosa biblioteca y he penetrado en las líneas enemigas, guiado por un bibliotecario que se ofreció a atenderme en cuanto yo le dije quién era. Hemos pasado revista a ese colosal tesoro de libros y puedo decir que esas filas no me han impresionado más que un desfile militar.

Sin embargo, al poco rato me puse a reflexionar y a hacer cálculos mentalmente y esto me dio un resultado insospechado. Mira, antes había pensado que me resultaría muy costoso leer un libro por día; pero alguna vez tenía que decidirme a hacerlo, así tendría derecho a ocupar una cierta posición en la vida intelectual, no importando que hubiera omitido lo uno o lo otro. ¿Y qué crees que me respondió el bibliotecario cuando aquel paseo empezó a hacérseme eterno y le pregunté yo por el total de los volúmenes contenidos en la condenada biblioteca? Tres

millones y medio!, me contestó. Al decírmelo, estábamos a la altura del libro número setecientos mil; desde entonces no paré de hacer cálculos. Bueno, no quiero aburrirte; sólo te quiero decir que he seguido haciendo cuentas en el Ministerio con papel y lápiz y el resultado es que necesitaría diez mil años para ver cumplido mi propósito.

“En aquel momento se me paralizaron las piernas, y el mundo me pareció una farsa. Te vuelvo a decir cómo llegué a tranquilizarme: pensando que allí fallaba algo esencial.

“Tú objetarás quizá que no hay por qué leer todos los libros. Y yo te contesto: también en la guerra no hay por qué matar a los soldados uno por uno; sin embargo, todos y cada uno son necesarios. Dirás: también todos los libros son necesarios. Pero ves, aquí es donde falla algo, porque esto no es verdad; ~~se~~ lo he preguntado al bibliotecario!

“Querido amigo, yo he pensado únicamente: este hombre vive entre estos millones

de libros, los conoce todos, sabe dónde está cada uno; nadie, pues, mejor que él para ayudarme. Naturalmente, no me dirigí a preguntarle sin más: ¿dónde podría encontrar la idea más hermosa del mundo? Hubiera sonado a preludeo de un cuento de hadas y no soy tan tonto como para no darme cuenta de ello; los cuentos no me gustaron ya desde niño. Pero ¿qué hubieras hecho tú? Algo había que preguntarle. Por otra parte, el sentido común me prohibía decirle la verdad, o sea, preparar mi solicitud con informes acerca de la Acción, y rogar al hombre que me orientara hacia su más digno fin. Por tanto, me serví al final de una pequeña estratagema. -"Vaya, vaya!" -comencé inocentemente. -"Nada, hombre, nada! ¿Y no se podría saber cómo se las arregla usted para encontrar el libro que desea en medio de este inmenso almacén?" ¿Sabes? Le formulé la pregunta tal como creí que le hubiera hecho Diotima, mezclando un poco de

admiración hacia él en el tono de la voz, con el propósito de atraerle al reclamo.

“Y entonces me preguntó, muy meloso y solícito, qué era lo que el general deseaba saber. Con ello me puso en un apuro. -"Oh, muchas cosas" -le respondí cavilando.

“-"Quiero decir, ¿qué problema o qué autor le interesa? ¿Historia de las guerras?" -repuso.

“-"No, eso no; más bien historia de la paz."

“-"¿Historia? Quizá la literatura pacifista de la actualidad!"

“-"No -dije-; no es precisamente eso lo que busco. Por ejemplo, una colección de las grandes ideas de la humanidad, si existe."

“Él calló. -"Acaso un libro sobre la realización de cosas muy importantes" -dije.

“-"En ese caso, ética teológica!" -opinó.

“-"Sí, también puede ser una ética teológica, pero tiene que tratar acerca de la antigua cultura de Austria y sobre Grillparzer" -

insistí yo. ¿Sabes? En mis ojos debió de brillar una sed tan devoradora de saber que aquel tipo temió yo fuera a estrujarle como a un limón; le hablé algo como de itinerarios de los ferrocarriles que deben permitir establecer entre los pensamientos toda suerte de comunicaciones y empalmes arbitrarios; entonces me mostró una cordialidad poco tranquilizadora, invitándome a pasar a la sala de los catálogos, donde me dijo que me podía quedar solo, no obstante estar esto prohibido y reservado a los bibliotecarios. Entré, pues, en el sanctasanctorum de la biblioteca. Te aseguro que tuve la impresión de penetrar en el interior de un cráneo. Toda la nave estaba emparedada con estanterías y sus correspondientes anaqueles; en todas partes aparecían escaleras para subir hasta los libros más altos, y catálogos y bibliografías cubrían los pupitres y mesas; en suma: la quintaesencia del saber y, sin embargo, ningún libro decente para leer; nada

más que libros sobre libros; olía también a fósforo cerebral y no me equivoco si afirmo que me parecía haber conseguido algo. Pero naturalmente, cuando el hombre quiso dejarme solo, sentí una cosa especial, yo diría que angustia, recogimiento, intranquilidad. El bibliotecario se encaramó a lo alto de la escalera, como un mono, en busca de un libro que había localizado desde abajo, y me lo bajó diciendo: -"Aquí tiene usted, mi general, una bibliografía de bibliografías -tú ya sabes de qué se trata-, o sea, un índice alfabético de los índices alfabéticos de los títulos de aquellos libros y trabajos publicados en los cinco últimos años acerca del desarrollo de los problemas éticos, con exclusión de la teología y de las bellas artes." Algo así me dijo haciendo ademán de marcharse. Pero yo le cogí de la chaqueta a tiempo y le retuve junto a mí. -"Señor bibliotecario -exclamé-, no se vaya sin revelarme antes el secreto de que usted se sirve para

desenvolverse en este... manicomio de libros"; se me escapó esta palabra, pero tampoco era distinta la impresión que me había causado. Creo que me entendió mal. Reflexionando, me ha venido al pensamiento lo que se suele decir de los locos: que para ellos, los verdaderamente averiados son los demás; de todos modos, el hombre no paraba de mirar a mi sable, y yo no encontraba modo de distraerle, porque me estaba dando miedo. Puesto que yo no le dejaba libre, se cuadró repentinamente delante de mí, como si fuera a saltar su cuerpo momificado por encima de sus pantalones estremecidos y acentuando con gravedad cada palabra que seguidamente me dirigió, se pudo deducir de aquella entonación que iba a revelar el secreto de tales muros: -"Señor general, dijo, desea saber cómo me las arreglo para conocer todos los libros? Se lo puedo comunicar ahora mismo: o leyendo ninguno!"

“Ya te digo; [a] poco no resisto más! Pero él, advirtiéndome mi sobresalto, pasó a explicarme su afirmación. El secreto de todos los buenos bibliotecarios está en no leer nada de la literatura a ellos encomendada, exceptuados los títulos e índices. -"El que se detiene en su contenido está perdido como bibliotecario -así me lo declaró-. Nunca obtendrá una idea de conjunto."

“Le pregunté decepcionado: -"Entonces, ¿usted no ha leído nunca libro alguno de los aquí expuestos?"

“-"Jamás, excepción hecha de los catálogos."

“-"¿Y es usted doctor?"

“-"Claro que lo soy; incluso catedrático de la universidad, docente privado de ciencia bibliotecaria. Es una auténtica ciencia -comentó-. ¿Cuántos cree que son, mi general, los sistemas empleados para distribuir los libros, para ordenar los títulos, corregir las

erratas de imprenta, las indicaciones falsas de las portadas, y demás?"

"Te confío que, cuando se fue y me dejó solo, tuve ganas de hacer una de dos: o prorumpir en lágrimas o encender un cigarrillo, pero ninguna de las dos cosas me estaba allí permitida. ¿Qué piensas que ocurrió? - prosiguió el general, regocijado-. Estando yo de tal manera aturdido, se me acercó un viejo dependiente que al parecer nos había observado antes, dio un par de vueltas alrededor mío con cordialidad, se detuvo frente a mí, me miró fijo y comenzó a hablarme con una voz pulida por el polvo de los libros o por el jugo de las propinas. "¿Qué desea, mi general?", me preguntó. Yo desvié su curiosidad, pero el viejo insistió: -"Frecuentemente acuden a nosotros oficiales de la Escuela militar; el señor general no tiene más que decirme qué tema le interesa actualmente: ¿Julio César, el príncipe Eugenio, el conde Daun? ¿Desea acaso algo moderno?"

¿La ley de Defensa Militar? ¿Las actas de las negociaciones presupuestarias?" Te digo que el hombre habló de un modo tan razonable, y sabía tanto del contenido de los libros, que le di una propina al mismo tiempo que le pregunté qué era lo que hacía para estar tan enterado. ¿Y qué crees tú que dijo? Me repitió que los cadetes, cuando recibían la tarea de presentar algún ejercicio escrito, venían a veces a él y le pedían libros. -"Al entregárselos yo -continuó-, protestan contra los absurdos que les hacen aprender y entonces me entero de cantidad de cosas. O bien nos visita algún diputado, encargado de hacer el presupuesto de la educación escolar, y me pregunta por la documentación que el diputado del año anterior utilizó para redactar idéntico informe. O también viene el señor prelado, dedicado desde hace quince años al estudio de ciertos coleópteros. O un profesor de la universidad se queja de que lleva tres semanas esperando un libro que no

acaban de entregarle y entonces hay que buscarlo en todos los anaqueles vecinos, por si acaso lo han cambiado de lugar, hasta que se comprueba que lo tiene él mismo en casa desde hace dos años sin devolverlo. En este servicio llevo ya cuarenta años; así, pues, se da uno cuenta en seguida de lo que desea y lee cada persona."

"-"Pero lo que yo persigo -le dije- no es tan fácil de averiguar!"

"¿Y qué crees que me respondió? Me miró primero modestamente, asintió con la cabeza y dijo: -"Con su permiso, señor general; todo se puede dar. No hace mucho hablé con una señora que me dijo lo mismo que usted. Quizá le sea ya conocida, mi general; es la esposa del señor Tuzzi, el jefe de sección en el Ministerio de Asuntos Exteriores."

"-"Pero qué dices!" Estuve a punto de caer del susto. Al notarlo el viejo, me trajo justo los libros que se había hecho reservar Diotima. Por tanto, ahora, cuando vuelvo a la

biblioteca, experimento la sensación secreta de una boda espiritual y de cuando en cuando escribo prudentemente a lápiz una señal o palabra al margen de la página, sabiendo que al día siguiente la leerá ella, sin poder hacerse idea de quién está en su cabeza cuando reflexiona sobre el significado de semejantes anotaciones.”

El general hizo una pausa de beatitud. Pero a continuación se reintegró con un gran esfuerzo; una amarga seriedad inundó su rostro, y prosiguió: -”Concéntrate ahora todo lo que puedas, que te voy a hacer una pregunta: todos estamos convencidos de que nuestra época es casi la más ordenada de la historia. Una vez consideré que esto era un prejuicio de Diotima, pero veo que también yo lo tengo. He de reconocer que los únicos que cultivan un orden espiritual a toda prueba son los bibliotecarios. Permíteme que te pregunte...; no, no te pregunto nada; ya hablamos de ello a su debido tiempo. Desde

entonces he vuelto a reflexionar sobre el asunto y por eso te digo ahora: imagínate que estás bebiendo aguardiente, ¿estamos? No es malo en ciertas ocasiones. Pero tú tomas aguardiente, bebe que te bebe. ¿Me sigues? El primer resultado sería una borrachera, luego el delirium trémens, y por fin la conducción de tu cadáver; ante la tumba el sacerdote pronunciaría algunas palabras sobre la férrea voluntad que debe preceder y acompañar al cumplimiento del deber. ¿Has pensado bien en ello? Si lo has hecho, la cosa está clara. Haz, pues, ahora los posibles por imaginarte un ejemplo a base de agua. Imagínate que tienes que beber mucha, sin parar, y que terminas ahogándote. Imagínate que comes hasta obstruir el intestino. Y luego los remedios: quinina, arsénico, morfina. ¿Para qué?, preguntarás. Amado camarada, ahí va la proposición mejor: imagínate un orden. O si quieres, imagínate primero una gran idea; después, una más

grande, cada vez mayor; y según este modelo, imagina en tu cabeza un orden en progresión ascendente. Al principio, resulta tan bonito como la habitación de una señorita vieja y limpio como la caballeriza de un cuartel; luego, grandioso como una brigada alineada; luego, tan loco como cuando se vuelve del casino por la noche y se ordena a las estrellas: ¶Universo, atención! ¶Media vuelta a la derecha! También podemos decir que el orden es al principio como un recluta tartamudo de piernas, al cual le enseñas tú a andar. Después, como suele ocurrir en sueños, sin participar en carrera alguna, de pronto das un salto hasta ministro de la Guerra. Pero imagínate por fin un orden acabado, universal, un orden de la humanidad, en una palabra, un orden civil perfecto: te aseguro que ahí está la muerte por congelación, una rigidez cadavérica, un paisaje lunar, una epidemia geométrica.

“Me entretuve con el dependiente de la biblioteca, en cuya conversación me recomendó leyese a Kant o algo semejante que excediera los límites de los conceptos y de las potencias cognoscitivas. Pero, propiamente, a mí ya no me interesaba leer más. Albergaba en mi interior un peregrino sentimiento: la comprensión de por qué nosotros, los militares, los que aventajamos a todos en punto a orden, tenemos que estar al mismo tiempo dispuestos a dar la vida en cualquier instante. Para explicar el porqué no encuentro palabras. De una manera o de otra, el orden se transforma en necesidad de matar. Y ahora estoy preocupado, porque tu prima, con todos sus esfuerzos, puede ocasionarse a sí misma graves daños, mientras que yo no la puedo ayudar más que antes. ¿Me comprendes? A las grandes y admirables ideas inspiradas por la ciencia y el arte sea tributado todo honor. Nada de lo dicho fue dirigido contra ellas.”

101 - Hostilidad entre parientes

POR aquel tiempo, también Diotima volvió a hablar una vez más con su primo. Cierta noche, sosegado el torbellino que estremecía las habitaciones de la casa Tuzzi, y remansadas sus corrientes en una laguna de paz, Ulrich apareció en escena sentado sobre un banquillo, junto a la pared. Diotima corrió hacia él como una bailarina fatigada y tomó asiento a su lado. Hacía ya mucho que no sucedía esto. A raíz de aquellos paseos, y como consecuencia de ellos, Diotima había evitado todo encuentro “extraoficial” con él.

El rostro de la señora mostraba ligeras huellas de ardor o de cansancio.

Apoyó las manos en el banco y dijo: -“¿Qué tal?” -sin añadir nada, aunque en

rigor hubiera tenido que decir algo más; e, inclinando un poco la cabeza, dirigió su mirada al frente. Parecía encontrarse muy “golpeada”, si se nos permite emplear esta expresión pugilística. No tomándose el cuidado de arreglar sus vestidos, permaneció en aquella postura.

Su primo pensó en cabellos desgreñados, en una falda de aldeana y en piernas desnudas. Despojada de sus falsos ornatos, resultaba un bello y robusto ejemplar de mujer y Ulrich tuvo que hacerse violencia para no empuñar la mano de Diotima, como suelen hacer los aldeanos.

-”De modo que Arnheim no la hace feliz”
-dijo con tranquilidad.

Diotima hubiera tenido que enfadarse al oír tal aserto, pero sintió una cierta conmoción y calló; sólo después de una pausa en silencio, contestó: -”Su amistad me colma de dicha.”

-”Yo creía que su amistad la atormentaba.”

-”¿Y por qué piensa usted eso?” Diotima se incorporó reintegrándose a su ser de gran dama. -”¿Sabe usted quién me molesta? -preguntó ella esforzándose por dar a sus palabras un tono de broma ligera-, [Su amigo de usted, el general! ¿Qué quiere ese hombre? ¿Por qué viene? ¿Por qué me mira siempre de esa manera?”

-”[Está enamorado de usted!” -repuso el primo.

Diotima soltó una carcajada nerviosa. Y continuó: -”¿Sabe que me da escalofríos cuando le veo? [Me recuerda la muerte!”

-”Una muerte con una férrea voluntad de vivir, si se le considera sin prejuicios.”

-”Por lo que se ve, yo no estoy libre de ellos. No me lo puedo explicar. Sólo sé que se apodera de mí un gran pánico cuando me habla y me declara que le inspiro ideas estupendas al brindarle oportunidades

provocadoras. ¶Me sobrecoge un miedo indecible, incomprensible, quimérico!”

-”¿Ante él?”

-”¿Ante quién, si no? ¶Es una hiena!”

El primo se echó a reír. Diotima prosiguió sus acusaciones sin compasión, como un niño. -”¶Merodea en torno nuestro esperando a que todo se nos venga abajo y la muerte termine con todos nuestros esfuerzos!”

-”Probablemente es esto lo que usted teme. Ilustre prima, ¿no recuerda cómo le predije yo este hundimiento? Es inevitable. Debe ir preparándose para cuando llegue.”

Diotima miró a Ulrich con aire majestuoso. Se acordaba muy bien. Recordaba las palabras que le había dirigido el primo al hacerle su primera visita, palabras que estaban destinadas a hacerle daño. Diotima le había advertido que era una gran ventaja poder hacer un llamamiento a la nación, en realidad al mundo entero, con el fin de que

no perdiera de vista al espíritu en medio de la materia. Diotima no quería nada gastado, anticuado; sin embargo, la mirada con que fijó sus ojos en el primo fue todavía más atrevida que arrogante. Había programado un Año Universal, un vuelo, una coronadora idealización de la cultura; algunas veces se había aproximado a su consecución, otras se había alejado; había forcejeado y sufrido mucho; los últimos meses le parecieron como una larga travesía por entre olas gigantescas sobre las que se elevaba y se dejaba caer, repitiéndose aquel vaivén a tal ritmo que apenas le permitía formarse idea de lo que sucedía antes o después. Ahora estaba allí, sentada en el banco, como una persona que ha tenido que hacer grandes esfuerzos y se echa, gracias a Dios, a la poltrona sin ánimo de moverse ni de emprender acción alguna, como no sea la de seguir con los ojos la trayectoria del humo de su pipa. Tan poderosa fue aquella sensación, que

Diotima misma eligió el ejemplo, asociándolo al recuerdo, de un hombre anciano en el crepúsculo de la tarde. Se veía a sí misma como alguien que ha tenido que librar graves y pasionales batallas. Con voz cansada, dijo a su primo: -"Es mucho lo que me ha tocado sobrellevar; estoy muy cambiada."

- "¿Redundará en provecho mío?" -preguntó él.

Diotima movió la cabeza y sonrió sin mirarle.

- "Entonces le voy a hacer una revelación, y es que detrás del general está Arnheim y no yo; usted me ha echado siempre a mí la culpa de la presencia del general -dijo Ulrich de repente-. ¿Se acuerda de lo que le contesté yo cuando me interpeló usted a este propósito?"

Diotima lo recordaba. - "Manténgase alejada de él" -le había dicho el primo. Pero Arnheim le había recomendado que recibiese al general con amabilidad. En aquel instante

ella sintió algo imposible de describir, como si estuviese sentada dentro de una nube que le cegaba la vista. Pero pronto se hizo sentir nuevamente el duro banco bajo su cuerpo; Diotima dijo: -"No sé cómo ha llegado hasta nosotros ese general; por lo menos, yo no le he invitado. Y el doctor Arnheim, a quien he preguntado, tampoco sabe nada. Ha debido de ser alguna equivocación."

El primo cedió sólo un poco: -"Conozco al general desde antes de venir él aquí, pero nos hemos vuelto a ver por primera vez después de largo tiempo en casa de usted -declaró él-. Es naturalmente probable que haya recibido del Ministerio de la Guerra el encargo de espiar las reuniones, pero también creo que él quisiera servirla sinceramente. He oído de su propia boca que Arnheim se preocupa de él de una manera llamativa."

- "Es que Arnheim está en todo! -repuso Diotima-. Me aconsejó no contrariar al general, pues cree en su buena voluntad y ve en

él un sujeto que, con sus influencias oficiales, puede ser útil a nuestros proyectos.”

Ulrich sacudió enérgicamente la cabeza. -”Escuche cómo cacarean todos alrededor suyo! -dijo tan desconsideradamente que le pudieron oír los circunstantes, poniendo así en un apuro a la señora de la casa-. Arnheim les aguanta porque es rico. Tiene dinero, da a todos la razón y sabe que ellos hacen voluntariamente propaganda a su favor.”

-”¿Pero por qué ha de hacerlo?” -protestó Diotima.

-”Porque es vanidoso -contestó Ulrich-. Enormemente vanidoso! No sé cómo podría hacerle comprender a usted el alcance de esta afirmación. Hay una vanidad en sentido bíblico: del vacío se hace un sonajero. Vano es el hombre que se cree digno de envidia, porque a su izquierda se levanta la luna sobre Asia mientras que a su derecha cae la noche sobre Europa; así me describió él a mí un viaje a través del mar de Mármara.

Probablemente la luna se eleva más hermosa detrás del tiesto de una muchachita enamorada que sobre Asia!”

Diotima buscó un lugar donde no pudieran ser oídos por la gente que vagaba de una parte a otra. Dijo suavemente: -”Lo que a usted le hostiga son sus éxitos” -y le llevó por las habitaciones. Luego, tras una hábil indicación, atravesaron disimuladamente una puerta y entraron en la antesala. Todas las demás habitaciones estaban ocupadas por huéspedes. Una vez allí, comenzó ella: -”¿Por qué le tiene usted por enemigo? Con ello me pone en un aprieto.”

-”¿Es verdad que yo le creo dificultades?” -preguntó Urich sorprendido.

-”Quizá eso podría inducirme a confiarle a usted. Pero mientras se mantenga usted en tal actitud, no puedo hacerlo.”

Diotima se había detenido en la mitad de la antesala. -”Por favor, deposite en mí su confianza y dígame tranquilamente todo lo

que piensa -rogó Ulrich-. Los dos están mutuamente enamorados, lo sé. ¿Piensan casarse?”

-”Él me lo ha propuesto” -repuso Diotima sin preocuparse de que se encontraban en un lugar inseguro. Los propios sentimientos la dominaban, y no la detenía la indecorosa impertinencia de su primo. -”¿Y usted?” -preguntó éste.

Diotima se puso colorada como una niña de escuela en el examen. -”Ése es un problema de grave responsabilidad! -respondió ella vacilante-. No nos debemos dejar llevar hasta el punto de cometer injusticias. Tratándose de acciones de gran trascendencia, el hecho en sí no tiene gran importancia.”

Ulrich no llegó a comprender estas palabras, pues él no sabía nada de las noches en que Diotima acallaba la voz de la pasión logrando la serenidad justiciera de las almas, cuyo amor se inclina a derecha o a izquierda

como los brazos de una balanza. Por eso, a Ulrich le pareció mejor cortar el hilo directo de la conversación, y dijo: -"De buena gana hablaría yo con usted acerca de las relaciones que me vinculan a Arnheim, porque me da lástima que en las circunstancias presentes piense usted en hostilidades. Creo que comprendo a Arnheim bastante bien. Imagínese que todo lo que está teniendo lugar en esta casa... llamémoslo síntesis, tal como usted lo desea, todo eso lo ha experimentado ya él muchas veces. El movimiento espiritual, allí donde se presenta en forma de convicciones, se presenta al mismo tiempo en forma de convicciones contradictorias. Y encarnado en lo que se suele designar como una gran personalidad intelectual, allí se siente tan inseguro como una caja de cartón en el agua, mientras no se le tributen honores espontáneos y procedentes de todas las direcciones. Al menos en Alemania, el amor otorgado a reconocidas personalidades nos

conmueve a todos tanto como a los borrachos que se lanzan amorosos al cuello de un desconocido y luego lo derriban por motivos igualmente oscuros. Me hago, pues, idea clara de lo que siente Arnheim: tiene que ser algo así como un mareo; y cuando en semejante ambiente él reflexiona sobre el empleo que se puede dar a una riqueza sagazmente administrada es como si posara el pie sobre tierra firme después de un largo viaje por vía marítima. Echará de ver que las proposiciones, las sugerencias, los deseos, la solicitud, las obras, aspiran a aproximarse a la riqueza, y esto es una imagen del propio espíritu. Porque incluso los pensamientos que andan tras el poder dependen de ideas que lo poseen ya. No sé cómo explicarme: la diferencia entre un pensamiento ambicioso y otro envidiable apenas es perceptible. Pero al aparecer esta falsa conexión con la grandeza, sustituyendo a la pobreza y pureza mundanas del espíritu, aparece también, y

naturalmente con derecho, una seudograndeza y, en fin, todo lo que la publicidad y la habilidad comercial hacen pasar como grande. He ahí a Arnheim en toda su inocencia y culpabilidad!”

-”Habla usted como un santo!” -repuso Diotima irónicamente.

-”Reconozco que sus asuntos no me afectan; pero la manera de soportar los efectos combinados de la grandeza exterior e interior, y de querer transformarla en una humanidad ejemplar, me podría estimular a una fiera santidad!”

-”Oh, cómo se equivoca! -le interrumpió Diotima con vehemencia-. Usted se representa la imagen de un rico decepcionado. Sin embargo, la riqueza es para Arnheim una responsabilidad tremenda. Cuida de su negocio con la solicitud que otro pondría en el cuidado de una persona a él confiada. Y el obrar es para su ser una profunda necesidad; trata al mundo con

amabilidad, porque hay que moverse, según dice él, para hacerse sentir. ¿O es acaso Goethe el que lo dice? Arnheim me lo explicó un día detalladamente. Comparte la opinión de que se puede comenzar a hacer el bien sólo después de haber iniciado un obrar efectivo; confieso, pues, que también yo he tenido a veces la impresión de encontrarle demasiado diligente en el trato con los demás.”

Mientras así hablaban, iban y venían de un lado a otro de la antesala, de cuyas paredes sólo espejos y vestidos colgaban. Diotima se detuvo y posó una mano sobre el brazo de su primo. -”Este hombre afortunado -dijo ella- sostiene el modesto principio de que el individuo no es más fuerte que un enfermo desahuciado. ¿No es cierto que también usted puede admitir esto? Cuando una persona se queda sola incurre en mil exageraciones!” Diotima miró al suelo, como para buscar algo, mientras

sentía cómo descansaban los ojos de su primo sobre sus propios párpados inclinados. -"¡Oh! Yo podría hablar de mí misma, de lo sola que me he encontrado en los últimos tiempos -prosiguió ella-, pero lo mismo veo en usted. Me da la sensación de estar amargado y de no sentirse feliz. Aparece en disconformidad con el ambiente que le rodea, lo cual queda evidenciado en todas sus palabras. Le digo francamente que Arnheim se me ha quejado del desaire con que usted corresponde a sus atenciones."

- "¿Le ha dicho que desearía mi amistad?

¡Mentira!"

Diotima alzó los ojos y rió. -"¡Ya está usted exagerando otra vez! Los dos, él y yo, deseamos la amistad de usted. Quizá precisamente porque es usted así. Pero en esto tengo que hacer algunas consideraciones preliminares; Arnheim adujo, a tal efecto, los ejemplos siguientes... -Diotima vaciló un momento y luego se corrigió-: No, iría

demasiado lejos. Sea dicho, pues, brevemente: Arnheim asegura que es necesario servirse de los medios que le proporciona a uno el tiempo; afirma incluso que hay que obrar siempre partiendo de dos puntos de vista: nunca con una actitud netamente revolucionaria, y jamás con miras sólo contrarrevolucionarias; nunca con amor u odio absolutos, nunca cediendo a una inclinación, sino desarrollando todo lo que se posee. Eso no es, sin embargo, prudente, tal como usted mismo dice; más bien es signo de una vasta naturaleza, sintética y simple, que sobrepasa las diferencias superficiales, una naturaleza dominadora.”

-”¿Y qué tiene que ver eso conmigo?” -preguntó Ulrich.

La objeción tuvo por resultado el desgarramiento del recuerdo de una conversación sobre la escolástica, sobre la Iglesia, Goethe y Napoleón, y el de la niebla de cultura que se había condensado alrededor de la cabeza de

Diotima; ésta se vio de repente al lado de su primo sentado sobre el banco de los zapatos, hacia el cual le había dirigido ella en el acaloramamiento de las explicaciones; la espalda de Ulrich esquivaba obstinadamente los abrigos ajenos colgados detrás de él, al tiempo que los cabellos de Diotima se habían enredado entre aquellas ropas, por lo que necesitaron aderezo. Mientras se los arreglaba, ella contestó: -"Pero usted es todo lo contrario! Usted quisiera volver a crear el mundo a su imagen y semejanza! Opones siempre de algún modo pasiva resistencia, en el sentido estricto de esta tremenda expresión!" Diotima se quedó muy satisfecha de haberle manifestado tan prolijamente su opinión. Pero no debían permanecer allí donde estaban sentados, sobre esto reflexionó ella entre una y otra cosa, pues podían presentarse en cualquier momento huéspedes de otras habitaciones. -"Usted es un criticón, no recuerdo que usted haya encontrado alguna vez algo

bueno -continuó-; más que por espíritu de contradicción alaba todo aquello que en la actualidad parece insoportable. Si se tratara de salvar un poco de sentimiento y de intención ante la perspectiva del inanimado desierto de nuestro tiempo sin Dios se podría estar seguro de que usted defendería con entusiasmo la especialización, el desorden y la existencia negativa.” Al pronunciar estas últimas palabras se levantó sonriendo dando a entender que deberían buscar otro lugar. Lo que podían hacer era regresar a la sala o, caso de querer proseguir la conversación, tendrían que ocultarse a las miradas de los demás; al dormitorio de los Tuzzi hubieran tenido fácil acceso por una puerta secreta, pero a Diotima le pareció excesiva confianza conducir allí a su primo, tanto más que al hacer sitio en la casa para la recepción de los invitados se acumulaba en aquella habitación un desorden incalculable; por lo cual no quedaba más refugio libre que las dos

cámaras de la servidumbre. Al fin decidió el pensamiento de que no sería inoportuno mezclar la parte de entretenida aventura bohemia con la referente a su deber de inspeccionar sin previo aviso la habitación de Raquel, que, por lo demás, nunca revisaba. Mientras se dirigían a ella, Diotima se excusó de la propuesta y luego, en el cuarto, continuó aleccionando a Ulrich: -"Se diría que usted pretende contaminar a Arnheim en toda ocasión. Sus contradicciones le afligen. Él es un hombre moderno de gran categoría. Usted, sin embargo, anda al borde de lo imposible. Él es positivo y perfectamente equilibrado; usted es, en realidad, asocial. Él aspira a la unidad y pelea hasta con las uñas para tomar decisiones; usted, al contrario, manifiesta una mentalidad deforme. Él está atento a lo que se va realizando; ¿y usted? ¿Qué hace usted? Usted hace como si el mundo fuera a comenzar mañana. Al menos eso es lo que se deduce de su modo de

hablar. Esta actitud la viene adoptando desde el primer día que le manifesté habérsenos presentado una oportunidad de realizar cosas grandes. Y cuando esta oportunidad es considerada como una dádiva del destino, aparecida en el momento decisivo y en espera sigilosa de una respuesta con ojos interrogadores, por decirlo así, usted se conduce entonces como un malicioso jovenzuelo dispuesto a estropearlo todo.” Diotima se sintió obligada a atenuar con sabias palabras el apuro de encontrarse en aquella habitación; y, exagerando un poco sus reproches al primo, cobró ánimo para afrontar la situación.

-”Si soy, pues, así como usted dice, ¿en qué le puedo servir?” -preguntó Ulrich. Estaba sentado en la pequeña cama de hierro de Raquel, la pequeña doncella, y Diotima en la pequeña silla de paja, a un brazo de distancia de él. La respuesta de Diotima fue sorprendente: -”Si me diera a mí por

comportarme ante usted de un modo desvergonzado -dijo ella sin rodeos-, seguramente usted se sentiría como un arcángel en su gloria." Ella misma se asustó de sus propias palabras. Había querido aludir simplemente a su espíritu de contradicción y decir bromeando que él se mostraría complaciente y amable en el momento en que su interlocutor no lo mereciera; pero inconscientemente se abrió en ella una fuente de donde manaron palabras que, al poco de pronunciarlas, le parecieron algo absurdas, pero, de modo extraño, en conformidad con sus relaciones con el primo.

Este se dio cuenta del alcance de aquella frase; miró a Diotima sin decir nada y, tras un silencio, respondió con la pregunta: -"¿Está usted muy enamorada de él?"

Diotima bajó los ojos. -"Cuidado que son impertinentes sus preguntas! ¿Cree que todavía soy una muchachita que se enamora de cualquiera?"

Pero su primo insistió: -"He preguntado por una razón que puedo explicar; quiero saber si usted ha experimentado ya la necesidad que siente todo ser humano -incluidos los más endiablados monstruos de esa sala contigua- de desnudarse, de abrazar y de cantar en vez de hablar; yo creo que usted debería ir de uno a otro y los debería besar a todos en los labios. Si le parece esto demasiado escandaloso, puede echarse encima una camisa de noche."

Diotima contestó: -"¡Maya imaginación más obsequiosa que tiene usted!"

- "¿Y qué me dice si le revelo que a mí me es conocida ya esta necesidad desde hace mucho tiempo? Ha habido personas de gran prestancia convencidas de que el mundo debería hacer otro tanto."

- "Entonces usted mismo tiene la culpa, si no lo hace! -le cortó Diotima-. Sin embargo, no es necesario describirlo tan ridículamente." Se había acordado de que su

aventura con Arnheim era indescriptible y que despertaba el deseo de una vida en que tendrían que desaparecer las diferencias sociales y unificarse la actividad, el alma, el espíritu y el sueño.

Ulrich no contestó. Ofreció a su prima un cigarrillo. Ella lo aceptó. Mientras las nubes perfumadas embalsamaban la “estrecha camarilla”, Diotima reflexionó sobre qué iría a pensar Raquel al descubrir las huellas difuminadas de aquella visita. ¿Sería necesario ventilar la habitación? ¿O dar a la mañana siguiente una explicación a la pequeña? Cosa curiosa: el pensamiento de Raquel le sugirió la decisión de quedarse allí; había estado a punto de poner fin a aquella entrevista tan extraordinaria, pero los privilegios de su intelectual superioridad y el aroma del tabaco, de una visita misteriosa, inexplicable para su doncella, vinieron casi a identificarse proporcionándole un gran placer.

El primo observó a Diotima. Se maravilló de haberle hablado de aquella forma, pero continuó; tenía necesidad de compañía. -"Le diré en qué condiciones podría llegar a sentirme tan seráfico, pues la palabra "seráfico" no es un adjetivo demasiado exagerado para expresar que uno no sólo soporta corporalmente a su semejante, sino que también lo puede palpar sin estremecerse, por decirlo así, bajo sus enaguas psicológicas."

- "¿A no ser que se trate de una señora!" - intercaló Diotima pensando en la mala fama que tenía su primo en la familia.

- "No, sin hacer excepciones!"

- "¿Tiene usted razón! Lo que yo llamo "amar al ser humano en la mujer" se da rarísima vez." Según Diotima, hacía tiempo que Ulrich tenía la particularidad de acercarse con sus opiniones a las suyas; pero lo que él decía era algo insuficiente y terminaba malográndose.

-”Se lo voy a explicar en serio -dijo él, obstinado esta vez. Sentado, con la parte superior del cuerpo inclinado hacia adelante, había apoyado los antebrazos sobre los musculosos muslos y miraba con ojos sombríos al suelo-. Todavía seguimos diciendo: yo amo a esta mujer y odio a aquel hombre, en vez de decir, éste o aquél me atrae o me repugna. Dando un paso más, habría que añadir que yo provoco en ellos la capacidad de atraerme o de rechazarme. Acercándome más a la exactitud, tendríamos que afirmar que son ellos los que hacen resaltar en mí las cualidades para ello necesarias. Por lo demás, no se puede asegurar cuándo se da el primer paso, porque es una dependencia recíproca, funcional, como entre dos balones elásticos o dos circuitos eléctricos. Naturalmente, sabemos todos desde hace tiempo que también nosotros deberíamos sentir las cosas de esta manera, pero siempre avanzamos mucho más adelante, prefiriendo situar la

causa y el origen en el campo magnético del sentimiento que nos rodea; incluso cuando uno de nosotros reconoce el haber imitado a otros, lo expresa como sí fuera una aportación activa suya. Por eso le he preguntado y vuelvo a preguntarle si ha estado usted alguna vez apasionadamente enamorada, iracunda o desesperada. Pues a poco que esté uno dotado de espíritu observador comprende exactamente que, en un estado de máxima excitación, al hombre le sucede lo mismo que a una abeja en el cristal de una ventana y lo mismo que a un infusorio en agua envenenada: se sufre una tempestad emocional, se divaga sin rumbo y a ciegas, se choca cien veces contra lo impenetrable y, al fin, si hay suerte, se encuentra la salida, a lo cual, naturalmente después y una vez petrificado el estado de conciencia, se lo califica de acción planificada.”

-”Tengo que objetarle -hizo notar Diotima- que eso sería una indigna y

desconsoladora concepción de los sentimientos que pueden determinar la vida de una persona.”

-”Quizá le preocupa a usted la vieja y aburrida polémica de si el hombre es dueño de sí mismo o no -replicó Ulrich alzando repentinamente los ojos-. Si todo tiene una causa, ya no se puede ser responsable de nada, o cosa por el estilo. Le confieso que a lo largo de toda mi vida no me he detenido más de un cuarto de hora en la consideración de este punto; pertenece al género de problemas de una época que han sido superados sin que nadie se haya dado cuenta; deriva de la teología, y, fuera de los juristas que conservan todavía mucha teología en su cabeza y en sus narices el olor a humo de los autos de fe, hoy día ya nadie pregunta por las causas, excepción hecha de los miembros de la familia, que dicen: tú eres la causa de mis noches desveladas, o bien: la caída de los cereales en las cotizaciones fue causa de su

ruina. Pero pregunte a un malhechor, después de haberle sacudido la conciencia, por las causas de su fechoría. No las sabrá, aun cuando su conciencia no se haya ausentado ni un solo momento de la acción.”

Diotima se incorporó más rígida. -”¿Por qué habla usted tan a menudo de criminales? Muestra una predilección especial por temas de la delincuencia. Eso tiene que significar algo.”

-”No -respondió el primo-. Eso no significa nada. A lo más, cierto alboroto interior. La vida ordinaria es el término medio de todos los crímenes que podemos cometer. Y ya que hemos hecho mención de la teología, quisiera hacerle una pregunta.”

-”Sin duda que será la misma de antes; si he estado alguna vez apasionadamente enamorada o celosa.”

-”No. Reflexione un poco: si Dios lo predetermina todo, ¿cómo puede pecar el hombre? Ésta fue una cuestión que ocupó a

nuestros antepasados y que siempre sigue siendo actual, como usted ve. Según el concepto que se habían formado algunos sobre el ser de Dios, éste resultaba un intrigante anormal. Es ofendido en cosas con las que él está de propio acuerdo, fuerza al hombre a incurrir en un error que él mismo va a tomar a mal; Dios no solamente lo sabe con antelación... para tan resignado amor tendríamos también ejemplos, sino que lo provoca. En una situación parecida nos encontramos todos hoy día, los unos frente a los otros. El yo pierde el sentido que ha tenido hasta ahora, como un soberano promulgador de leyes; nosotros aprendemos a interpretar su desarrollo legal, la influencia de su derredor, las diferencias de estructura, su desaparición en los momentos de máxima actividad, en una palabra: las leyes que regulan su formación y su conducta. Dése cuenta, prima: Las leyes de la personalidad! Esto es como una corporación sindical de serpientes venenosas, o

como una cámara de comercio para ladrones. En efecto, siendo las leyes la cosa más impersonal del mundo, la personalidad llegará pronto a no ser más que un imaginario punto de reunión de lo impersonal, y resultará difícil encontrar para ella una posición honrosa de la que no pueda usted prescindir...”

Así habló el primo. Diotima adujo de paso: -”Pero querido amigo, todos debemos actuar lo más personalmente que podamos.” Y después concluyó: -”Verdaderamente, hoy está usted muy teológico; por este lado aún no le conocía yo a usted.” Permaneció sentada en la misma actitud de una bailarina fatigada. Un robusto y hermoso ejemplar de mujer; de alguna manera, ella sentía esto mismo en sus miembros. Durante semanas, e incluso meses, Diotima había huido de su primo. Pero le tenía simpatía. Le divertía verle de frac en aquel cuarto débilmente iluminado, blanco y negro como un caballero

maltés; aquel blanco y negro tenía algo de la pasión de una cruz. Diotima miró a su alrededor, a aquel modesto dormitorio; la Acción Paralela estaba lejana, detrás de sí quedaban grandes batallas apasionadamente libradas. La habitación era simple como el deber, adornada sólo con hojas de palmera y tarjetas de colores sin escribir, hincadas en las esquinas del espejo; entre éstas aparecía, pues, el rostro de Raquel como enquirnaldado por el esplendor de la metrópoli cuando la pequeña se miraba al espejo. ¿Y dónde se lavaba? Con levantar el ala de aquel estrecho armarito se hacía visible una palan-gana de aluminio; así lo recordaba Diotima al tiempo que pensaba: este hombre quiere y no quiere.

Le miró tranquila como una amable interlocutora. -"¿De verdad que Arnheim, quiere casarse conmigo?" -se preguntó a sí misma. Lo ha dicho. Pero no ha insistido. Tiene tanto que hablar...! Pero también el

primero, en lugar de tratar de asuntos dispares, debía haber preguntado: bueno ¿y cómo están las cosas? ¿Y por qué no lo preguntó? A Diotima le pareció que Ulrich la comprendería si ella se decidía a contarle sus luchas interiores. -"¿Redundará en provecho mío?" -Le había preguntado él según su costumbre, cuando Diotima le reveló que ella había cambiado. ¶Bresco! Diotima sonrió.

Aquellos dos hombres eran ambos bastante raros. ¿Por qué tenía el primo ojerriza a Arnheim? Diotima sabía que Arnheim buscaba captarse la simpatía de Ulrich; pero también éste, a juzgar por sus bruscas declaraciones, se interesaba por Arnheim. -"¶Hay que ver lo mal que le comprende! -pensó ella nuevamente-, ¶pero no se puede con él!" Por lo demás, no sólo se rebelaba su alma contra su propio cuerpo desposado con el jefe de sección Tuzzi, sino a veces también su cuerpo contra el alma, a la que el amor vacilante y transportador de Arnheim había

tumbado, rendida al margen de un desierto sobre el que quizá temblaba únicamente el engañoso espejismo de la nostalgia. Hubiera deseado hacer partícipe a su primo de sus sufrimientos y debilidades; la resuelta parcialidad de que generalmente hacía él ostentación agradaba a Diotima. Ciertamente que apreciaba mucho más la equilibrada adaptabilidad de Arnheim, pero Ulrich no titubearía tanto en el momento de formular una determinación, a pesar de sus teorías, según las cuales, seguramente lo hubiera disuelto todo en unas cuantas generalidades. Diotima abrigaba este sentimiento, aunque no sabía a qué atribuirlo; es posible que fuera reminiscencia de las impresiones recibidas en la primera de sus visitas. Si en aquel momento se le aparecía Arnheim como un monstruoso esfuerzo, como una carga regia para su alma, una carga que le hacía tambalearse en todas direcciones, entonces creía que todo lo que le había dicho Ulrich tenía el único efecto de

echar a perder el sentido de la responsabilidad entre cientos de otras cosas, y de hacerla caer en un sospechoso estado de libertad. De repente sintió la necesidad de volverse más complicada de lo que era. Y sin saber bien por qué, se acordó al mismo tiempo de cómo una vez, de pequeña, había salvado de un peligro a un niño; al llevar a éste en sus brazos, el pequeño la había golpeado obstinadamente con las rodillas sobre el vientre para impedir a Diotima su acción salvadora. La intensidad de aquel recuerdo, que se le había representado tan improvisadamente como si hubiera bajado por la chimenea a la solitaria habitación, la puso fuera de sí. -"¿Apasionadamente?" -pensó ella. ¿Por qué le repetía Ulrich continuamente la misma pregunta? Como si no fuera ella capaz de mostrarse apasionada! Diotima se había olvidado de atenderle y, no sabiendo si lo que iba a decir era o no oportuno, le interrumpió sencillamente, prescindió de lo que

él decía, y de una vez y riendo (aunque no era seguro que se diera cuenta de que reía en medio de tan esporádica emoción) dio la respuesta: -"Pero yo estoy apasionadamente enamorada."

Ulrich se le rió a la cara. -"Usted no es capaz de eso" -dijo él.

Diotima se había levantado, ocupó las manos en el cabello y miró fijamente a Ulrich con ojos de sorpresa.

-"Para ser apasionado -explicó él serenamente- se necesita perfecta exactitud y objetividad. Dos "yos" que conocen lo problemático que es hoy día el "yo" se apoyan mutuamente, según creo, si se trata de verdadero amor y no de una actividad habitual; ambos están tan íntimamente encadenados que el uno es la causa del otro cuando se sienten engrandecer, y flotan como un velo. Es muy difícil no hacer falsos movimientos, aun habiendo ejercitado los auténticos durante largo tiempo. En este mundo es de todos

modos difícil experimentar las sensaciones propias de cada cosa. Al contrario de lo que dicta un prejuicio general, para conseguirlo se necesita una cierta pedantería. Por lo demás, esto era precisamente lo que yo quería decirle. Usted me ha halagado mucho, Diótima, al atribuirme el carácter de un arcángel en potencia; con toda modestia, como verá en seguida. Pues sólo siendo los hombres absolutamente objetivos, lo cual equivale casi a ser impersonales, serían también todo amor. Porque únicamente en aquel estado serían también todo sensibilidad y sensación y pensamiento; todos los elementos que forman a la persona son cariñosos, porque se buscan mutuamente; sólo la persona misma no lo es. ¶Estar apasionadamente enamorada es, pues, algo que quizá ni usted misma desearía...!”

Él se había esforzado por decir aquello con la menor solemnidad que pudo; para regular la expresión de su rostro se encendió

otro cigarrillo, y también Diotima, en su perplejidad, aceptó el ofrecido por Ulrich. Adoptó una actitud de burlona obstinación y echó el humo al aire para mostrar su independencia, ya que no le había entendido muy bien. Pero en conjunto, como acontecimiento, le había impresionado el que su primo le hubiera dicho todo aquello precisamente en aquella habitación en la que se encontraban solos, y le chocaba que no se hubiera preocupado en lo más mínimo de acariciar su mano ni de tocar su cabello, a pesar de que ambos habían sentido, como una corriente magnética, la atracción recíproca de sus cuerpos tan próximos. -"Y si de pronto se pusieran..." - pensó ella. ¿Pero qué se podía hacer en aquel cuarto? Diotima miró alrededor. ¿Se portaría como una ramera? [Sollozar!, he ahí una palabra de colegiala que se le ocurrió repentinamente. Y si de pronto hiciera ella lo que él pedía: desnudarse, abrazar y cantar... ¿cantar? ¿Tocar el arpa? Diotima le miró

sonriente. Ulrich le pareció un hermano travieso en cuya compañía se puede hacer cualquier cosa. También él sonreía. Pero su sonrisa era como una ventana ciega; porque Ulrich, después de haber cedido a la tentación de entretener a Diotima en aquella charla, se avergonzaba de ello. Sin embargo, ella se barruntaba la posibilidad de amar a aquel hombre; la cuestión se le aparecía tal como era a su juicio la música moderna: insatisfactoria, pero desbordante de emotiva heterogeneidad. Y aunque Diotima creía experimentar naturalmente más que él mismo, sus piernas, firmes frente a Ulrich, comenzaron a sentir un ardor secreto, de tal modo que con un gesto que evidenciaba la exagerada duración de aquel coloquio, dijo de repente a su primo: Querido amigo, es absurdo lo que estamos haciendo; quédese usted aquí todavía un momento, yo voy a salir antes para presentarme de nuevo a nuestros huéspedes.”

102 - Luchas y amor en la casa Fischel

GERDA esperó en vano la visita de Ulrich. La verdad era que él se había olvidado de la promesa, o que se acordaba de ella cuando tenía otra cosa que hacer.

-”Déjale! -decía la señora Klementine como respuesta a las murmuraciones del director Fischel-. Tan bien le tratamos nosotros antes, que ahora se muestra arrogante. No insistas, que de nada sirve; tú no vales para eso.”

Gerda sentía nostalgia de su viejo amigo. Deseaba su presencia y sabía que habría de desear de él todavía más si venía. A pesar de sus veintitrés años, no tenía ninguna experiencia, salvo de un tal señor Glanz que, secundado por su padre, la pretendía

prudentemente y aparte de sus amigos cristiano-germánicos, quienes a veces no le parecían hombres, sino colegiales. “¿Por qué no vendrá?” -se preguntaba Gerda cuando pensaba en Ulrich. Se tenía por seguro, en el círculo de sus amigos, que la Acción Paralela era una institución destinada a desbaratar al pueblo alemán y Gerda se avergonzaba por eso de que él tomara parte en ella; le hubiera gustado oír el parecer de Ulrich y esperaba le revelara los motivos de su ausencia.

La madre decía al padre: -”Has dejado escapar la ocasión de vincularte a este movimiento. Hubiera beneficiado a Gerda y la hubiera hecho pensar en otras cosas; [s]on tantos los que frecuentan la casa de Tuzzi...!” Se había llegado a saber que el señor Fischel había olvidado el deber de contestar a la invitación de Su Señoría. Y ahora tenía que pagar las consecuencias.

Los jóvenes, a los que Gerda llamaba “sus espíritus amigos”, se habían establecido

en la casa Fischel como los pretendientes de Penélope y deliberaban allí sobre la actitud que debería adoptar un joven alemán frente a la Acción Paralela. -"Un financiero debe demostrar, en unas circunstancias dadas, poseer el sentido del mecenazgo!" -exigía la señora Klementine de su marido cuando éste declaraba violentamente que él no había traído a su casa como preceptor a Hans Sepp, el "director espiritual de Gerda", ni que le entregaba su buen dinero para que diera aquel resultado. Así fue en efecto: Hans Sepp, el estudiante que no prometía llegar a ser capaz de sostener una familia, había entrado en aquella casa como preceptor; y, aprovechándose de las contradicciones allí reinantes, se había hecho el tirano del hogar; ahora se reunía en la casa Fischel con sus amigos, convertidos también en amigos de Gerda y todos juntos buscaban los modos de salvar a la nobleza alemana que en el salón de Diotima (de la cual se decía que no hacía

distinción entre personas de su raza y las de otra raza extraña) caía en las redes del espíritu judío. Y si bien estas declaraciones eran generalmente atenuadas por cierta prudente objetividad en presencia de Leo Fischel, surgían a veces palabras y discusiones suficientes para sacarle de quicio. Inquietaba el hecho de que en un siglo privado de la facultad de erigir grandes símbolos se emprendiese una obra que habría de conducir a la catástrofe final; y las expresiones “altamente significativo”, “exaltación de lo humano” y “libre humanitarismo” hacían temblar las gafas en la nariz de Fischel cada vez que las oía. En su casa se elaboraban términos como “estética de la vida ideológica”, “curvas del desarrollo espiritual” y “actividad oscilante”. Se dio cuenta de que, cada quince días, tenía lugar en su casa una “hora de clarificación”. Pidió explicaciones, y resultó que en tales reuniones se leía a Stefan George. Leo Fischel consultó su vieja

enciclopedia sobre tal personaje. Pero lo que más irritaba al antiguo liberal era que aquellos “mocosos”, cuando hablaban de la Acción Paralela, llamaban “homúnculos petimetres” a todos los funcionarios ministeriales, presidentes de bancos y letrados allí presentes; le molestaba sobremanera que afirmaran, decepcionados, que hoy día no se dan ya grandes ideas, o que no hay nadie que las entienda; también sacaba de quicio a Fischel al defender que la “humanidad” es una palabra hueca y que sólo la nación o, como ellos decían, el conjunto de pueblos y costumbres tienen valor real.

-”Humanidad es una expresión que no me dice nada, papá -contestaba Gerda a las reprensiones de su padre-; esa palabra carece hoy día de contenido; pero “mi nación” [eso sí que es palpable!”

-”¡Tu nación!” -comenzó entonces Leo Fischel, intentando decir algo de los profetas

y de su propio padre, que había sido abogado en Trieste.

-”Lo sé -le interrumpió Gerda-. Pero la nación a la que yo me refiero es la espiritual.”

-”Te voy a encerrar en tu cuarto hasta que adquieras uso de razón -dijo luego papá Leo-. Y a tus amigos les voy a prohibir la entrada en esta casa. Son personas indisciplinadas que se ocupan en asuntos de conciencia en vez de trabajar.”

-”Conozco tu modo de pensar -repuso Gerda-. Vosotros, personas ya mayores, creéis que está en vuestra mano humillarnos porque nos alimentáis. Sois capitalistas patriarcales.”

La solicitud paterna originaba a menudo semejantes diálogos.

-”¿Y de qué ibas a vivir tú, si no fuera yo capitalista?” -preguntó el señor de la casa.

-”No puedo saberlo todo.” -Así cortaba Gerda ordinariamente tan dilatadas

conversaciones. -"Pero sé que científicos, educadores, directores de almas, políticos y otros hombres de acción trabajan por crear nuevos artículos de fe."

Quizá se empeñó todavía Fischel en preguntar irónicamente: -"¿Tales directores de almas y políticos sois vosotros mismos?" - pero sólo lo hizo por apropiarse la última palabra; al final se alegraba siempre de que Gerda no hubiera advertido cómo, acostumbrado a tener que ceder, se apoderaba de él el miedo en cuanto se cruzaba en la discusión algo desvariado. A tal punto llegaba a veces que, en el momento de cerrar semejantes coloquios, se ponía incluso a alabar cuidadosamente el orden de la Acción Paralela, en contraste con las diligencias opuestas de su casa; pero esto sucedía sólo cuando Klementine no estaba al alcance de su voz.

Lo que confería a la pugna de Gerda contra las exhortaciones paternas la sufrida

obstinación de los mártires, y que también se hacía sentir confusamente en Leo y Klementine era una exhalación de inocente voluptuosidad que inundaba la casa. En las charlas de aquellos jóvenes se tocaban todos los temas sobre los que sus padres guardaban un amargo silencio. Incluso lo que ellos llamaban “sentimiento nacional”, aquella aspiración de sus yos -en continuo estado de guerra- a fundirse en una unidad quimérica que ellos llamaban “comunidad germano-cristiana”, tenía en sí algo del Eros alado, contrastando con las roedoras relaciones amorosas de sus mayores. Aquellos jóvenes despreciaban juiciosamente la “concupiscencia”, la “arrogante mentira de los groseros placeres de la vida”, como decían ellos; pero de metafísica y de fervores hablaban tanto que en el alma del oyente surgía sin querer el plácido y antitético recuerdo de físicos contactos y de ardores sensuales. El mismo Leo Fischel debía reconocer que el

celo sin reserva, con el que ellos hablaban, mostraba al escucha las raíces de sus ideas y se las hacían sentir hasta en la pantorrilla, cosa que él reprobaba, pues efecto del contacto con grandes ideas debía ser, según él, una sublime elevación.

Klementine dijo, por el contrario: -"No debes rechazar todo sin más, Leo!"

- "¿Cómo pueden afirmar que la posesión nos despoja del espíritu? -empezó él a disputar con su mujer-. ¿Estoy acaso materializado? Quizá tú estés a medio camino, porque tomas en serio sus habladurías."

- "No comprendes, Leo; ellos opinan en sentido cristiano, aspiran a una vida mejor, más elevada que esta terrena."

- "Eso no es cristiano, sino mal entendido" -protestó Leo.

- "Al final, los que ven la verdadera realidad no son quizá los realistas, sino los que miran a su interior" -opinó Klementine.

-”[Me haces reír!” -exclamó Fischel.

Pero se equivocó, pues lloraba interiormente ante la impotencia de dominar el despliegue de aquel ambiente.

El director Fischel sentía ahora, más que nunca, la necesidad de respirar aire puro; al terminar el trabajo no le urgía ya volver rápidamente a casa y, cuando salía de la oficina durante el día, le gustaba detenerse a pasear un rato en alguno de los parques de la ciudad, aunque fuera invierno. Desde sus tiempos de pasante conservaba aquella predilección por los jardines públicos. Debido a algún motivo que él no se explicaba, el ayuntamiento había hecho pintar, al terminar el otoño, las sillas plegables de hierro; allí estaban, pues, recién pintadas de verde, arimadas las unas a las otras sobre el camino blanco de nieve, sugiriendo a la fantasía un cuadro de primavera. Leo Fischel se sentaba a veces en una de aquellas sillas, solo y bien abrigado, junto a una pista de juego o en el

paseo y contemplaba al aya que, con sus niños al sol, disfrutaba de la saludable naturaleza del invierno. Jugaban éstos al diábolo o se tiraban pequeñas bolas de nieve y las niñas abrían sus grandes ojos de mujer.

□Ah! -pensaba Fischel-, éstos son los mismos ojos que, en el semblante de una hermosa mujer madura, causan la estupenda impresión de ser los ojos de una niña. Le hacía bien observar el juego de las niñas pequeñas, en cuyos ojos flotaba todavía el amor, como en un estanque encantado adonde un día vendría a llevárselo la cigüeña; a veces miraba también a las institutrices. En sus años jóvenes había gozado frecuentemente de aquel espectáculo, estando todavía ante el mostrador de la vida y sin dinero para tomar algo, con el solo poder de reflexionar sobre lo que le tendría reservado el destino. Por desgracia, éste no le había sonreído; así le parecía ahora a él. Durante un instante creyó henchirse de exuberancia, juvenil,

sentado como estaba entre el blanco de los copos y el verde de las praderas. Cuando su sentido de la realidad tornaba después al reconocimiento de la nieve y del barniz verde, Cosa curiosa!, siempre le venían al pensamiento los últimos ingresos. El dinero da independencia; pero de momento, todo el sueldo se lo llevaban las necesidades de la familia y las reservas que exigía la razón; sería, pues, necesario -pensaba él- hacer alguna otra cosa fuera de su servicio ordinario para hacerse independiente; por ejemplo, explotar sus conocimientos de Bolsa, de igual modo que hacían los directores generales. Pero tales ideas le venían a Leo sólo cuando observaba los juegos de las niñas y los rechazaba, porque no se sentía con el temperamento adecuado para la especulación. Él era procurador, de director no tenía más que el título, y no veía posibilidad de avanzar más allá; se acobardaba en seguida, con plena conciencia, de la consideración de que un

pobre animal de carga, como él, tenía ya las espaldas demasiado encorvadas para poderse enderezar con libertad. No sabía que reflexionaba así simplemente para poner un obstáculo insuperable entre él y los hermosos niños y ayas que en aquellos momentos de oxigenación constituían para él la tentación de la vida; pues, aun en aquel estado de malhumor que le detenía en el camino hacia casa, Fischel era un inmejorable padre de familia y hubiera dado cualquier cosa por transformar aquel infierno de hogar en un coro angélico suspendido en torno al padre eterno como director titular.

También a Ulrich le gustaban los jardines; los atravesaba cuando podía; sucedió, pues, que un buen día se encontró nuevamente con Fischel, quien de repente se acordó de todo lo que había tenido que aguantar en casa debido a la Acción Paralela. Se quejó de que el joven no hubiera hecho aprecio a las invitaciones de sus viejos

amigos, lo cual, tanto más probable le parecía cuanto que estaba persuadido de que una amistad superficial se envejece lo mismo que la más profunda.

El joven afirmó que verdaderamente le alegraba muchísimo volver a visitar a Fischel y se lamentó de la ridícula actividad que se lo había impedido hasta entonces.

Fischel deploró los tiempos adversos que tanto dificultaban el desarrollo del negocio. Es una relajación de la moral. Todo se ha vuelto muy material y precipitado.

-”**Y** yo que pensaba que era usted envidiable! -respondió Ulrich-. La profesión del hombre de negocios debe de ser un auténtico sanatorio del alma. Al menos, es la única profesión con un saludable fundamento de ideas.”

-”**C**ierto! -corroboró Fischel-. **E**l negociante sirve al progreso humano, se contenta con una ganancia lícita y le va tan mal como

a cualquier otro!” -añadió con oscura melancolía.

Ulrich se había declarado dispuesto a acompañarle a casa.

Llegados a ella, encontraron la atmósfera sumamente enrarecida.

Todos los amigos estaban allí, en plena lucha verbal. Aquellos jóvenes frecuentaban todavía el colegio o cursaban el primer semestre de universidad; algunos de ellos tenían ya un empleo en el comercio. Cómo se habían reunido en aquel círculo no lo sabían ni ellos mismos. Se habían juntado de uno en uno. Algunos se habían conocido en distintas agrupaciones nacionales de estudiantes, otros, en círculos católicos o socialistas, otros, en clubes de exploradores.

No es arriesgado admitir que lo único de común en todos ellos era Leo Fischel. Un movimiento intelectual necesita un cuerpo para que pueda durar y éste era la vivienda de Fischel, juntamente con su

avituallamiento y una cierta regulación del tráfico gracias a la señora Klementine. A esta vivienda pertenecía Gerda; a Gerda pertenecía Hans Sepp; y Hans Sepp, el estudiante de la tez sucia, pero de alma mucho más pura, no era el guía porque aquella gente joven no tenía guía que reconocer; sin embargo, era el elemento más pasional. Cuando se terciaba, celebraban sus reuniones también en diversos sitios donde admitían a otras mujeres, además de Gerda; pero, en sustancia, aquel movimiento era tal como queda descrito.

A pesar de todo, la procedencia del entusiasmo de aquellos jóvenes resultaba tan notable como la aparición de una nueva enfermedad o como una larga serie de golpes de fortuna. Cuando comenzó a declinar el sol del antiguo idealismo europeo y a oscurecerse el espíritu de la raza blanca, muchas antorchas pasaron de mano en mano -antorchas de ideas... ¶ Dios sabe dónde habían

sido robadas o descubiertas!- y formaron aquí y allí una ondeante laguna de fuego, encendido por pequeñas comunidades espirituales. Así ocurrió en los últimos años que precedieron a la gran guerra: entre la gente joven se hablaba mucho de amor y de vida comunitaria y, especialmente los jóvenes antisemitas de la casa del director Fischel, se amparaban bajo el signo universal de la comunión y del amor. La verdadera comunidad surge como efecto de una ley interior: la más profunda, la más simple, la más perfecta y la primera de todas las leyes es la del amor. Como ya se ha dicho, no se trata del amor bajo, sensual, pues la posesión corporal es un invento de Mammón y no causa más que divisiones y recuerdos. Y naturalmente, tampoco se puede amar a todos y a cada uno de los hombres. Pero se puede respetar a uno de esos caracteres, en la medida en que él se esfuerce por ser un hombre entero, bajo la más estricta responsabilidad

propia. De esta manera disputaban aquellos jóvenes en nombre del amor.

Pero aquel día se habían puesto de acuerdo para atacar todos juntos a Klementine, quien se alegró de sentirse otra vez joven y quien interiormente reconocía que el amor conyugal tenía mucho de común con el servicio de intereses de un capital; sin embargo, de ninguna manera permitía que se reprobara la Acción Paralela, alegando que los arios sólo serían capaces de crear símbolos estando solos, sin mezcla de otras razas. La señora Klementine a duras penas consiguió dominarse, y Gerda iluminó dos discos rojos en las mejillas, de rabia de que su madre no se decidiera a abandonar la habitación. Al entrar en casa Leo Fischel, acompañado de Ulrich, ella hizo una señal a Hans Sepp, rogándole clausurase la sesión; y Hans dijo conciliador: -"Los hombres de nuestro tiempo no aciertan a crear cosas grandes" - palabras estas con las que creyó dar al

asunto una forma impersonal, a lo cual estaba ya acostumbrado.

En aquel momento, Ulrich intervino fatalmente en la conversación, y preguntó a Hans, con un poco de malicia frente a Fischel, si no creía absolutamente en el progreso.

-”¿Progreso? -contestó Hans Sepp por todo lo alto-. ¡Piense usted en los hombres que tuvo la humanidad hace cien años, antes de que se diera el progreso: Beethoven, Goethe, Napoleón, Hebbel!”

-”¡Hum! -exclamó Ulrich-; hace cien años, el último era todavía un bebé.”

-”¡Los señoritos desdeñan las cifras exactas!” -explicó satisfecho el director Fischel. Ulrich no quiso insistir; sabía que Hans Sepp estaba celoso de él y le despreciaba; pero los extravagantes amigos de Gerda le resultaban simpáticos. Se sentó, pues, entre ellos y prosiguió: -”En los distintos dominios de la competencia humana hacemos

innegablemente tantos progresos que el complejo entero nos da la impresión de no hacer progreso alguno. En definitiva, progreso es el producto de todos los esfuerzos juntos; sin más se puede adelantar la afirmación de que el verdadero progreso resulta ser aquello que nadie esperaba.”

El oscuro tupé de Hans Sepp se enderezó hacia él como un cuerno estremecido. -”Usted mismo lo dice: lo que nadie esperaba. **D**ivagación cacareante! **C**ien caminos y, sin embargo, ninguno! **P**ensamientos, sí, pero de alma nada! **N**ada de carácter! La frase salta de la página, la palabra salta de la frase, el todo no es ya un todo; lo dice también Nietzsche, aparte de que el egoísmo de Nietzsche es también un valor negativo de la vida. Cíteme un solo valor íntegro, último, por el que, a modo de ejemplo, se orienta usted en la vida.”

-”**V**ete a tomar vientos!” -protestó el director Fischel. Pero Ulrich preguntó a

Hans: -"¿No ha sido usted nunca capaz de vivir sin un valor último?"

- "No -dijo Hans-. Pero le confieso que ello me hace infeliz!"

- "¡Diablos! -rió Ulrich-. Todo lo que está en nuestra mano se funda en el hecho de que nosotros no somos demasiado estrictos y no nos pasamos el día esperando el conocimiento supremo; el Medioevo hizo eso y permaneció en la ignorancia."

- "¡Ahí está la cuestión! -respondió Hans Sepp-. A mí me parece que somos nosotros los que andamos en la ignorancia."

- "Pero usted tiene que reconocer que nuestra ignorancia es dichosa y variada en extremo."

Del fondo surgió una voz ronca y tranquila:

- "Variedad! Saber! Progreso relativo!: conceptos del pensamiento mecánico, propio de una época deshilachada por el capitalismo. Ya no necesito decir más...!"

También Leo Fischel murmuró algo. De lo que se pudo entender resultó, según él, que Ulrich se confabulaba demasiado con aquellos jóvenes irrespetuosos; acto seguido, se atrincheró detrás de un periódico sacado del bolsillo.

Pero a Ulrich le divertía aquello, y preguntó: -"¿Es progreso una vivienda con seis habitaciones, baño para la servidumbre, aspiradora eléctrica y demás, comparada con las casas antiguas de techo alto, gruesos muros y graciosas bóvedas?"

- "¡No!" -gritó Hans Sepp.

- "¿Es el avión progreso en comparación con la diligencia?"

- "¡Sí!" -gritó el director Fischel.

- "¿El trabajo mecánico frente al manual?"

- "¡Trabajo manual!" -gritó Hans.

- "¡Máquina!" -gritó Leo.

- "Yo pienso -dijo Ulrich- que cada paso del progreso es al mismo tiempo un paso

hacia atrás. El progreso muestra siempre un sentido determinado. Y puesto que nuestra vida no tiene en su conjunto sentido alguno, el progreso no se da en el conjunto.”

Leo Fischel dejó caer el periódico: -”¿Qué considera usted mejor: atravesar el Atlántico en seis días o necesitar para ello seis semanas?”

-”Yo diría que es un auténtico progreso poder hacer lo uno y lo otro. Sin embargo, nuestros jóvenes cristianos lo ponen en tela de juicio.”

El grupo se quedó inmóvil, como un arco tenso. Ulrich había paralizado la conversación, pero no la agresividad. Continuó tranquilamente: -”No obstante, se puede afirmar lo contrario. Si nuestra vida hace progreso en los detalles, tiene sentido en los detalles. Si han tenido alguna vez sentido los sacrificios humanos a los dioses, por ejemplo, o las hogueras donde se quemaban las brujas, o los afeites del cabello, de todas

estas acciones vitales deriva un sentimiento lleno de sentido, aun cuando el progreso esté en una humanidad y unas costumbres más higiénicas. El error se cifra en que el progreso intenta acabar con el sentido antiguo.”

-”¿Pretende usted decir por casualidad -preguntó Fischel- que debemos volver a los sacrificios humanos después de haber superado, gracias a Dios, tan oscuras abominaciones?”

-”No es tan seguro que fueran abominaciones! -respondió Hans en lugar de Ulrich-. Cuando se zampa usted una inocente liebre, entonces sí que comete usted una abominación; pero cuando un caníbal se come reverentemente a un hombre extraño a su tribu, solemnizando el banquete con ceremonias religiosas, no sabemos lo que pasa en él.”

-”Algo especial tenían que haber visto en ello los hombres de tales tiempos -se le asoció Ulrich-; de otra manera no se hubieran

dado tantas personas amables que se mostraran de acuerdo con ellos. Quizá lo podemos ser también nosotros sin tanto sacrificio. Y quizá sacrificamos todavía muchos hombres, porque no nos hemos planteado debidamente el problema de la auténtica superación de las antiguas ocurrencias de la humanidad. Éstos son asuntos oscuros y difíciles de explicar.”

-”Pero para su manera de concebir las cosas, la meta deseada sigue siendo una suma o un balance -explotó aquí Hans Sepp, ahora contra Ulrich-. Usted cree en el progreso burgués, igual que el director Fischel, sólo que lo expresa de un modo más complicado y perverso con el fin de que no se lo adivine nadie.” Ulrich había expuesto la opinión de sus amigos y ahora buscaba el rostro de Gerda. Se dispuso a recoger negligentemente sus pensamientos, sin advertir que Fischel y los jóvenes estaban igualmente

prontos a lanzarse tanto sobre él como sobre cualquier otro.

- "Pero Hans! ¿También usted tiende hacia algún fin?" -dijo él de nuevo.

- "Yo no. Algo dentro de mí. A través de mí" -repuso brevemente Hans Sepp.

- "¿Y lo conseguirá?" -Leo Fischel no había podido retener aquella pregunta irónica y con ella se declaró, a todos y a sí mismo, partidario de Ulrich.

- "No lo sé!" -contestó Hans, sombrío.

- "Debería someterse a examen: eso sería progreso!" - tampoco Leo Fischel había podido privarse de hacer aquella observación; tan excitado estaba; pero no menos por su amigo que por los muchachos.

En aquel momento, la habitación se descompuso. La señora Klementine echó una mirada conjuradora a su marido; Gerda intentó prevenir a Hans y Hans buscó palabras para descargar nuevamente contra Ulrich: - "Téngalo por seguro -le dijo a voz en grito-;

en el fondo, usted no elabora ningún pensamiento del que Fischel no sea capaz.”

Entonces se precipitó hacia fuera y sus amigos le siguieron detrás, haciendo antes una reverencia furibunda. El director Fischel, acosado por las miradas de Klementine, gesticuló como si en aquel preciso momento le viniera a la memoria su deber de amo de casa y se escabulló refunfuñando hacia la antesala para dirigir todavía a los jóvenes unas palabras amables. En la sala habían quedado Gerda, Ulrich y Klementine; ésta respiró hondo, una vez descongestionada la atmósfera de la estancia. Luego, se levantó dejando solos a Gerda y al estupefacto Ulrich.

103 - La tentación

AL quedarse solos, Ulrich se dio cuenta de que Gerda estaba claramente excitada. Tomó su mano y el brazo de Gerda comenzó a temblar, desligándose luego del poder de Ulrich. -"No sabe usted -dijo ella- lo que eso significa para Hans: Un objetivo! Usted se burla. Claro que es fácil! Me parece que a usted se le han vuelto los pensamientos todavía más inmundos." Gerda se había esforzado por buscar una palabra fuerte y ahora se asustaba ante la que le había salido. Ulrich intentó nuevamente apresar su mano, pero ella retiró el brazo. -"Nosotros no nos contentamos con esto!" -interpeló ella; aquellas palabras fueron pronunciadas con vehemente desprecio, y su cuerpo titubeó.

- "Lo sé -bromeó Ulrich-; todo lo que tiene lugar entre ustedes debe satisfacer los

más exigentes imperativos. Es precisamente por eso por lo que me he inclinado a comportarme de esa manera a la que ustedes llaman amable. Y usted no puede imaginarse lo a gusto que estaba yo con usted, cuando teníamos otra clase de conversaciones.”

-”Usted ha sido siempre igual” -replicó vivamente Gerda.

-”Siempre he sido indeciso -dijo Ulrich con sencillez, escrutando al mismo tiempo el rostro de su amiga-. ¿Quiere que le cuente algo de lo que está sucediendo en casa de mi prima?”

En los ojos de Gerda brilló una sensación, claramente distinguible de la perplejidad en que la situaba el acercamiento de Ulrich, pues estaba a la espera impaciente de semejantes revelaciones, para transmitirselas luego a Hans, lo cual debía disimular. Su amigo comenzó con cierta satisfacción el relato; y como un animal que al olfatear el aire espeso cambia instintivamente de

sentido, pasó a otro tema: -"¿Todavía recuerda la historia que le conté acerca de la luna? -preguntó-. Quisiera empezar con una cuestión parecida."

- "¿Me va a contar nuevas mentiras?" - asestó Gerda.

- "A ser posible, no! Usted recordará, de los cursos que ha visitado, qué sucede cuando se propone uno averiguar si una cosa es de ley o no lo es. Una de dos: o se cuenta por adelantado con las razones de que lo es, como en física y química, en cuyo caso, aun cuando las observaciones no den el resultado buscado, siempre se le aproximan de alguna manera, de suerte que se pueden calcular; o bien se carece de tales razones, como sucede a menudo en la vida, presentándose entonces un fenómeno del que no se sabe si responde a una ley o a la casualidad; el asunto cobra aquí interés desde el punto de vista humano. Porque ahora, de un montón de observaciones se hace un montón de cifras; después

se practica el reparto: ¿cuántas cifras corresponden al espacio entre esto y aquello, entre el valor siguiente y el de más allá?, y se forma con todo ello un cuadro de distribución; se ve si la frecuencia del fenómeno presenta o no una variabilidad sistemática de aumento o disminución; se obtiene una serie estacionaria o una fundación distributiva; se calcula la medida de las oscilaciones, el término medio de las diferencias de los valores arbitrarios, el valor central, el valor tipo, el valor medio, la dispersión, etc. Con tales nociones se procede al análisis del fenómeno en cuestión.”

Ulrich habló en un tranquilo tono explicativo y hubiera sido difícil distinguir si lo que quería era hacer memoria de tiempos pasados o divertirse hipnotizando a Gerda con su ciencia. Gerda se había distanciado de él; sentada en un sillón, con su medio cuerpo superior inclinado hacia adelante, mostraba un pliegue de concentración entre las cejas, y

miraba al suelo. Su despecho se acobardaba cuando alguien le hablaba tan objetivamente y se refería a su ambición intelectual; ahora sentía desaparecer de sí la seguridad que ésta le había inspirado. Gerda tenía estudios en un Instituto de Ciencias de la Naturaleza y algunos semestres de universidad; había tomado contacto con un sinfín de nuevas ciencias, reacias a los moldes del espíritu clásico y humanístico; semejante estilo de cultura deja en buena parte de la juventud la sensación de una total incapacidad, mientras que por delante se le presentan los nuevos tiempos como un mundo nuevo, cuyo suelo no puede ser ya roturado con viejas herramientas. Gerda no sabía lo que pretendía Ulrich; le creía porque le amaba y no le creía por ser ella unos diez años más joven que él y por pertenecer a otra generación considerada todavía intacta. Estos dos sentimientos se entrelazaban de la manera más confusa, mientras él seguía hablando. -"Y ahora -

continuó Ulrich- se hacen observaciones con todas las apariencias de ley natural, pero sin el fundamento en que ésta pueda ser reconocida. La regularidad de las series estadísticas es a veces tan constante como la de las leyes. Usted habrá oído citar seguramente, en las lecciones de sociología, algunos ejemplos, como la estadística de los divorcios en América. O bien la correspondencia de los nacimientos de niños y de niñas, cuya proporción es una de las más constantes. Usted sabe también que un número bastante regular de reclutas intentan todos los años librarse del servicio militar mediante mutilación voluntaria. O que en la población europea se registra un porcentaje anual casi invariable de suicidios. También el robo, el estupro y, por lo que yo sé, la bancarrota, muestran anualmente una frecuencia igual, poco más o menos...”

Aquí intentó Gerda manifestar su desacuerdo. -”¿Me quiere explicar usted ahora

en qué consiste el progreso?" -exclamó, esforzándose por mezclar una gran dosis de ironía en aquella suposición.

- "Natural! -repuso Ulrich sin dejarse interrumpir-. A esto se le llama, algo veladamente, "ley de las grandes cifras". Esto quiere decir, más o menos, que uno se mata por este motivo y el otro por el de más allá, pero en gran parte desaparece lo casual y personal quedando... Vámonos a ver!, ¿qué queda? Es lo que yo quiero preguntarle. Pues queda, como usted ve, lo que todos nosotros, profanos en la materia, denominamos llanamente "promedio", y lo cual nadie sabe en qué consiste. Permítame añadir que se ha procurado explicar esta ley de las grandes cifras de un modo lógico y formal, como si fuera algo evidente; y al contrario, se ha afirmado también que tal regularidad de los fenómenos, sin enlace común con sus causas, es inexplicable en el lenguaje tradicional del pensamiento; además, aparte de otros

análisis de los fenómenos, también se ha defendido que no se trata sólo de acontecimientos aislados, sino también de ignoradas leyes de la totalidad. No quiero aburrirle a usted descendiendo a detalles; tampoco los tengo ahora presentes; pero me interesaría personalmente saber si detrás se ocultan leyes sociales desconocidas, o si, simplemente, por una ironía de la naturaleza, lo excepcional consiste en la carencia de fenómenos excepcionales y si el más alto sentido del mundo se manifiesta como algo equivalente al promedio de la más abismal falta de sentido. Tanto lo uno como lo otro debería ejercer una influencia decisiva en nuestro sentimiento vital. Como quiera que sea, en esta ley de las grandes cifras descansa la posibilidad de una vida ordenada; si no existiera esta ley de compensación, pasaría todo un año sin que sucediera nada y en el siguiente nada parecería seguro; la superabundancia alternaría con la escasez, los niños se harían

sentir por exceso o por carencia numérica y la humanidad revolotearía de una parte a otra entre sus celestiales e infernales posibilidades, como un pajarito cuando se aproxima alguien a su jaula.”

-”¿Todo eso es cierto?” -preguntó Gerda, insegura.

-”Lo debe saber usted.”

-”Claro que lo sé; sé de casos particulares. Dudo, sin embargo, de si se ha referido usted a esto antes, cuando todos disputaban sobre ello. Lo que dijo usted sobre el progreso sonó como si pretendiera molestarnos.”

-”Así piensa usted siempre. ¿Pero qué sabemos nosotros de lo que es nuestro progreso? Absolutamente nada! Hay muchas posibilidades de definirlo y lo que he hecho es exponer una.”

-”Posibilidades! He ahí su modo de pensar habitual, ¿por qué no se formula

usted nunca la pregunta de cómo tendría que ser?”

-”Ustedes son muy precipitados! En todo tiene que haber un fin, un ideal, un programa, un absoluto. Y lo que resulta de todo eso es un compromiso, un promedio. ¿No quiere usted reconocer que desear y hacer siempre lo más alto es, a la larga, penoso y ridículo, para no conseguir al final más que medianías?”

En realidad esta conversación no fue muy distinta de la mantenida con Diotima; sólo lo externo se diferenció; el contenido de ambas, sin embargo, se podía haber mezclado fácilmente sin forzarlo. Así, resultaba también indiferente saber cuál de las dos mujeres se sentaba delante: un cuerpo que, introducido en un campo de energía intelectual ya existente, activaba ciertos procesos. Ulrich observó a Gerda, quien no daba respuesta a su pregunta. Allí estaba ella, delgada, con su pequeño pliegue de mal humor

entre los ojos. También el principio de los pechos, que se dejaba ver dentro del escote de la blusa, formaba un pliegue cóncavo, un surco vertical. Brazos y piernas aparecían en toda su largura y delicadeza. Blanda primavera, inflamada por el ardor prematuro del verano. Esta impresión le causaba Gerda sintiendo a la vez el contraste de su testarudez, oculto en un cuerpo joven como aquél. Una extraña mezcla de aversión y resignación inundó el interior de Ulrich, pues de repente le pareció encontrarse ante una decisión más urgente de lo que él se había imaginado, creyendo que aquella joven había sido designada para colaborar. Instintivamente comenzó él a hablarle de la impresión que le había causado la llamada juventud de la Acción Paralela, y concluyó con palabras que sorprendieron a Gerda: -"También allí son muy radicales; a mí no me pueden ver. Yo les pago con la misma moneda, pues, aunque a mi estilo, también

yo soy radical, cualquier género de desorden me es más soportable que el desorden intelectual. Yo quisiera contemplar las ideas no solamente desdobladas, sino también organizadas. Desearía ver en ellas no sólo oscilación, sino también densidad. Y usted, indispensable amiga, me reprocha de hablar sólo de aquello que podría ser, en vez de lo que debería ser. Yo no confundo lo uno con lo otro. Probablemente está ahí la cualidad más anacrónica que se puede dar, pues nada resulta hoy día más extraño que las relaciones mutuas entre rigor y vida sentimental; y nuestra precisión mecánica las ha llevado tan lejos, que la imprecisión de la vida nos parece su auténtico complemento. ¿Por qué no quiere comprenderme usted? Probablemente es usted totalmente incapaz de hacerlo, y yo soy un pesado al esforzarme por atolondrar su moderna cabeza. Cierto, Gerda, a veces me pregunto si efectivamente no seré injusto. Acaso aquellos a los que yo

no puedo aguantar hacen lo que yo no quise alguna vez. Obran quizás en falso, sin cabeza; el uno corre hacia una parte, el otro hacia la otra, cada uno con un pensamiento en el pico, al cual consideran único en el mundo; cada uno se cree listo como nadie, y todos juntos piensan que la época está condenada a la esterilidad. Pero ¿quién sabe si no es al revés: que ellos, uno por uno, son tontos; y juntos, fecundos? Parece como si hoy día cada verdad viniera al mundo dividida en dos contraverdades; esto puede ser una manera de conseguir un resultado transpersonal. El promedio, la suma de los intentos no se revela ya en el individuo que se hace insoportablemente parcial, pero el todo es como una comunidad experimental. En una palabra, sea usted comprensivo con un hombre mayor cuya soledad le lleva a cometer desafueros.”

-”¡Bueno no me ha dicho usted poco! - replicó Gerda, desabrida-. ¿Por qué no

escribe usted un libro sobre sus ideas? Quizá podría ser útil a usted mismo y a nosotros.”

-”¿Pero cómo quiere usted que escriba yo un libro? -dijo Ulrich-. A mí me parió mi madre, y no un tintero.”

Gerda se preguntó si un libro de Ulrich podría ser verdaderamente útil. Como todos los jóvenes de su círculo, atribuía también demasiada importancia a la eficacia de los libros. En aquella casa reinaba un silencio profundo desde que ambos callaban; al parecer, el matrimonio Fischel había abandonado la vivienda, siguiendo a los indignados huéspedes. Y Gerda sintió las sugerencias de la proximidad de aquel poderoso cuerpo de hombre; lo sentía siempre que estaban solos los dos, contra sus propias convicciones. Entonces se propuso oponer tenaz resistencia y comenzó a temblar. Ulrich lo notó, se levantó, posó su mano sobre la débil espalda de Gerda, y dijo: -”Le voy a hacer una proposición, Gerda. Supongamos que en el

dominio de la moral ocurre lo mismo que en la teoría cinética de los gases: todo vuela a la buena de Dios; cada cosa toma el rumbo que se le antoja; pero si se calcula aquello que, por así decirlo, no tiene razón de ser, eso es precisamente lo que realmente resulta. Se dan extrañas coincidencias! Supongamos también que una cantidad determinada de ideas anda revuelta en la actualidad, y que da por resultado un valor de término medio; éste se desplaza lenta y automáticamente, en un desarrollo al que se le llama progreso o situación histórica. Pero lo principal es que nuestro movimiento aislado y personal no cuenta para nada; podemos pensar u obrar a derecha o a izquierda, hacia arriba o hacia abajo, al estilo antiguo o al nuevo, a la ligera o reflexionando: todo es indiferente al término medio, no dependiendo éste de nosotros, sino sólo de Dios y del mundo.”

Al pronunciar las últimas palabras, Ulrich hizo ademán de estrechar a Gerda entre

sus brazos, aunque presintió que le iba a costar trabajo.

Gerda montó en cólera. -"Usted comienza siempre con serias reflexiones -exclamó ella- para seguir después con los triviales aspavientos de un gallo!" El rostro se le encendió apareciendo sobre él manchas circulares; sus labios parecieron sudar; pero algo hermoso reflejó su arrebató. -"Eso que usted está haciendo es precisamente lo que no queremos nosotros." Entonces Ulrich no pudo resistir a la tentación de pre-guntarle suavemente:

- "¿La posesión mata?"

- "No quiero hablar con usted de eso!" - replicó Gerda, igualmente en voz baja.

- "Lo mismo da que sea posesión de una persona o de una cosa -continuó Ulrich—. Yo también lo sé. Gerda, yo la comprendo a usted y a Hans mejor de lo que usted cree. A ver, dígame lo que desean usted y Hans."

-”Mire; Nada! -exclamó Gerda triunfante-. Es imposible de explicar. También papá repite siempre: "Piensa bien lo que quieres. Al fin te darás cuenta de que no tiene sentido." Todo resulta absurdo, si se reflexiona! Si nos empeñamos mucho en ser siempre muy sensatos no saldremos nunca de la vulgaridad! Su racionalismo le inspirará a usted alguna objeción contra lo que he dicho!”

Ulrich meneó la cabeza. -”¿Y qué ha ocurrido, a todo esto, con la demostración contra el conde Leinsdorf?” -preguntó él mansamente, como si semejante asunto tuviera que ver algo con el tema tratado.

-”Ah! Usted es un espía!” -exclamó Gerda.

-”Supóngase, pues, que soy un espía; pero dígamelo, Gerda. Por mí puede pensar usted lo que quiera.”

Gerda se incomodó. -”Nada de especial. O sea, una demostración de la juventud

alemana. Quizá un desfile, invectivas. ¶La Acción Paralela es un ignominia!”

-”¿Por qué?”

Gerda se encogió de hombros.

-”[Siéntese otra vez! -rogó Ulrich-. Usted exagera. Hablemos con tranquilidad.”

Gerda obedeció. -”Escuche y vea si comprendo o no su situación -prosiguió Ulrich:- Usted dice, pues, que la posesión mata y piensa primero en el dinero y en sus padres. Éstas son naturalmente almas muertas...”

Gerda hizo un gesto desdeñoso.

-”Entonces dejemos el dinero y pasemos a tratar de la posesión en general. El hombre que es dueño de sí mismo, el hombre poseedor de convicciones, el hombre que se deja apoderar de sus propias pasiones o de otras ajenas, o simplemente de sus hábitos o de sus éxitos, el hombre que quiere conquistar algo, en fin, el hombre que busca alguna cosa: ¿rechaza usted a este hombre? Usted quiere hacerse peregrina. Nómada,

dijo una vez Hans, si mal no recuerdo. ¿En un nuevo sentido y hacia un nuevo ser? ¿Es así?”

-”Todo es tal como usted dice. Usted es tremendo! La inteligencia puede imitar al alma!”

-”¿Y pertenece la inteligencia al grupo de la posesión? ¿Mide, pesa, reparte, recoge como un viejo banquero? ¿Pero no le he contado hoy una buena cantidad de historias por las que nuestra alma siente una especial simpatía?”

-”Un alma fría!”

-”Eso es, Gerda. Ahora bien, le voy a decir sólo por qué me muestro yo partidario de las almas frías e incluso de los banqueros.”

-”Porque usted es un cobarde!” Ulrich advirtió que Gerda, al hablar, descubría sus dientes como un animalito aterrorizado.

-”Sí, por Dios! -repuso él-. Sin embargo, usted me va a creer hombre capaz, aunque no de otra cosa, por lo menos de atracar esta

casa subiéndome por el alambre del pararayos, o de correr a lo largo de la cornisa más estrecha, si no estuviera convencido de que todas las tentativas de huida conducen nuevamente a papá.”

Gerda se negaba a dialogar con Ulrich sobre aquel tema desde que una vez se habían entretenido ambos en otro parecido; los sentimientos de los que se trataba pertenecían exclusivamente a ella y a Hans; y más todavía que la burla de Ulrich, Gerda temía su aprobación, pues ésta la hubiera hecho rendirse en las manos de él antes de poder saber si se lo creía o lo maldecía. A partir del momento que acababa de transcurrir, en el cual le habían sorprendido las palabras melancólicas de Ulrich cuyas consecuencias le tocaba ahora soportar, se revelaban claramente las dudas tan violentas con las que ella luchaba en su interior. Pero también a Ulrich le sucedía algo parecido. Lejos estaba él de experimentar una pérfida

alegría por considerarse superior a la joven; no tomaba en serio a Gerda y, ya que esto suponía una cierta aversión espiritual, generalmente él le decía cosas desagradables. Pero desde hacía algún tiempo, cuanto más acaloradamente representaba Ulrich ante ella el papel de abogado del mundo, tanto más maravilloso resultaba el deseo por el que se sentía atraído a confiarse a ella y a mostrarle su interior sin malicia y sin adornos, o a contemplar el de ella, desnudo como un limaco. Pensativo, fijó sus ojos en el rostro de Gerda, al mismo tiempo que le decía: -"Mi ojo podría reposar entre sus mejillas como las nubes en el cielo. No sé si las nubes descansan de buen grado en el cielo; pero, en resumidas cuentas, sé tanto como todos los Hans acerca de los momentos en que Dios nos agarra como si fuéramos un guante y nos da la vuelta lentamente sobre sus dedos. Ustedes se hacen las cosas demasiado fáciles, ven elementos negativos en el mundo

positivo en que vivimos, y afirman sin más que el mundo positivo pertenece a los padres y a los mayores y que el oscuro mundo negativo se debe a la nueva juventud. No quiero hacer de espía de sus padres, querida Gerda, pero le invito a reflexionar sobre el hecho de que, en la elección entre banquero y ángel, también la más real naturaleza del oficio de banquero tiene su importancia.”

-”¿Quiere usted que le sirva un té? -dijo ella bruscamente-. ¿Me permite poner nuestra casa a su disposición? Mi deseo es darle a usted a conocer a la impecable hija de mis padres.” Gerda se había concentrado nuevamente.

-”Supongamos que usted se va a casar con Hans.”

-”Pero no es verdad que tenga yo tales intenciones!”

-”Alguna meta hay que tener; usted no puede vivir siempre de las peleas con sus padres.”

-”Alguna vez saldré de casa, me haré independiente y permaneceremos amigos.”

-”Por favor, querida Gerda, supongamos que usted se va a casar con Hans o cosa parecida; será inevitable siguiendo las cosas como van. Y ahora imagínese que está usted limpiándose los dientes por la mañana, ausente del mundo, mientras Hans examina una factura del fisco.”

-”¿De verdad que tengo que imaginármelo?”

-”Su papá diría que sí, si tuviera él idea de lo despabilado que está el mundo; la gente ordinaria sabe, por desgracia, amontonar las vivencias extraordinarias en la quilla del barco de la vida, a una profundidad tal que nunca se hacen notorias, Pero hagamos una pregunta más fácil: ¿exigirá usted que Hans le sea fiel? □La fidelidad pertenece al conjunto de la posesión! Usted debería encontrar natural que a Hans se le levantara el alma junto a otra mujer. Es más:

debería considerar como un enriquecimiento de su propio estado eso que usted prevé como cosa de ley.”

-”No crea -contestó Gerda- que no hablamos nosotros acerca de tales problemas. No se puede ser de golpe un hombre nuevo; pero es muy burgués hacer de eso un argumento en contra.”

-”Su padre exige efectivamente de usted algo muy distinto de lo que usted piensa. Él no afirma nunca que en estos asuntos es más competente que usted y Hans; dice, sencillamente, que no comprende lo que usted hace. Pero sabe que la violencia es cosa muy razonable; la cree más razonable que usted, él y Hans juntos. ¿Y si ofreciese dinero a Hans para que éste terminara tranquilamente sus estudios? ¿Si le prometiese, después de un tiempo de prueba, si no directamente su mano, al menos retirar su sistemático “o? ¿Y si añadiera sólo la condición de suspender todo contacto entre ustedes, absolutamente

todo, o sea, incluso los contactos que se han permitido hasta ahora?”

-”¿Se ha prestado usted a esto?”

-”Lo único a que me he prestado es a explicarle a usted el tipo de papá que tiene. Es una oscura divinidad de una preeminencia pavorosa. Piensa que el dinero llevaría a Hans a conseguir aquello de lo que él quisiera verle investido: la cordura que se adquiere en contacto con la realidad. Según él, a un Hans con entradas mensuales limitadas le sería imposible seguir siendo tan ilimitadamente necio. Pero quién sabe si el papá de usted no es un iluso! Yo le admiró, así como admiro los compromisos, los términos medios, la sequedad, las cifras muertas. Yo no creo en el demonio; pero si creyese, me lo habría de imaginar como un entrenador que excita al cielo a batir grandes récords. Le he prometido influir insistentemente sobre usted, para que de sus ilusiones no quede nada más que... realidad.”

Ulrich sintió pesar al pronunciar tales palabras. Gerda seguía sentada delante de él, ardiente, con lágrimas e ira mezcladas en sus ojos. Por fin encontraban paso libre ella y Hans. ¿Pero qué había sucedido? ¿Les había traicionado Ulrich, o les quería ayudar? Ella no lo sabía; tanto lo uno como lo otro parecía adaptado a hacerla feliz o infeliz. En su desconcierto, desconfió de él y descubrió con pasión que aquel hombre era partidario suyo en las cosas más sagradas, sólo que no lo quería manifestar.

Ulrich añadió: -"Su padre desea en el fondo, como es natural, que entretanto la pretenda yo a usted y le haga cambiar de ideas."

- "De ninguna manera" -embistió Gerda con dificultad.

- "Por supuesto que entre nosotros este asunto está descartado -repuso Ulrich suavemente-. Pero no se puede continuar como hasta ahora. Yo me he prevenido ya

demasiado.” Ulrich intentó sonreír; se había hecho sumamente enojoso. En realidad no había querido nada de todo aquello. Sentía la indecisión de aquella alma y se despreciaba a sí mismo por la crueldad que en él provocaba.

Y Gerda le miró en el mismo instante con ojos horrorizados. De repente apareció tan hermosa como un fuego al que uno se ha aproximado demasiado, casi sin figura, sólo ardor sofocado por la voluntad.

-”Usted debería venir alguna vez a mi casa -propuso él-. Aquí no se puede hablar como uno quisiera.” El vacío de la desconsideración masculina socavó sus propios ojos.

-”No” -protestó Gerda. Pero desvió la mirada y Ulrich, tristemente, como si la viera levantarse de nuevo ante él con aquel giro de ojos, observó la silueta ni bella ni fea de la joven que respiraba ahora con dificultad. Ulrich exhaló un suspiro profundo y sincero.

104- Raquel y Solimán en plan de guerra

ENTRE los altos dignatarios de la casa Tuzzi y la abundancia de ideas allí reunidas se desenvolvía una criatura escurridiza, versátil, entusiasta, no alemana. Sin embargo, Raquel, la pequeña camarera, era como la mozartiana música de cámara. Abría la puerta y se disponía con los brazos extendidos a recibir el gabán de los huéspedes. Ulrich habría querido saber si era verdaderamente consciente de su vinculación a los Tuzzi y buscaba la respuesta en sus ojos; pero los ojos de Raquel se volvían a otra parte o resistían a su mirada como dos ciegos lunares de terciopelo. A Ulrich le parecía que la primera vez que se habían cruzado sus ojos con los de ella la mirada de Raquel había

sido distinta y observó, en aquella ocasión, que desde el oscuro ángulo de la antesala los pasos de Raquel eran seguidos por unos grandes ojos como dos caracoles blancos; eran los ojos de Solimán. Pero la pregunta de si no sería acaso aquel joven la causa del retraimiento de Raquel permaneció en suspenso por el hecho de que Raquel no respondía a las miradas del muchacho y se retiraba en seguida tras anunciar cada visita.

La verdad era más romántica de cuanto los curiosos se podían imaginar. Desde que Solimán había conseguido, instigado por tercas sospechas, envolver en oscuras intrigas la resplandeciente figura de Arnheim, habiendo logrado que la infantil admiración de Raquel por Diotima sufriera menoscabo como efecto de aquel cambio, todo lo que ella sentía de apasionada adhesión a una buena conducta y de amor servil se concentraba ahora en Ulrich. Raquel, convencida por Solimán de la necesidad de vigilar los acontecimientos de

aquella casa, andaba celosamente al acecho de novedades tras de las puertas y durante el servicio y había escuchado también algunas conversaciones entre el jefe de sección Tuzzi y su esposa. En consecuencia, la situación de Ulrich, medio adversa y medio afectiva, ante la actitud de Diotima y Arnheim no se le había escapado y correspondía exactamente al sentimiento oscilante entre rebelión y remordimiento que abrigaba para su ignorante señora. Además, se acordaba ahora muy bien de haber advertido en una ocasión, ya lejana, que Ulrich había deseado algo de ella. Pero Raquel no pensaba que su persona le pudiera gustar. Sin duda, desde que la habían echado de su propia casa y queriendo mostrar a sus familiares de cuánto era ella capaz, Raquel esperaba perseverante a que le cayera algún día la fortuna: una herencia fortuita; confiaba en que se llegaría a descubrir que era la hija abandonada de una familia noble, buscaba también la oportunidad de

salvar la vida de un príncipe; pero no se le había ocurrido pensar nunca en la simple posibilidad de gustar a un señor que frecuentaba la casa de su señora, de poder hacerse su amante y de casarse con él. Por eso se pre-ocupaba nada más que de prestar un gran servicio a Ulrich. Ella y Solimán eran los que habían mandado la invitación al general al enterarse de que éste estaba amistosamente relacionado con Ulrich; pero lo hicieron también porque había que poner en movimiento las cosas y porque un general, dados todos aquellos antecedentes, parecía una personalidad muy a tono con aquella Acción. Sin embargo, debido a que Raquel obraba en connivencia secreta y casi telepática con Ulrich, no se podía evitar que entre ella y él -al que la pequeña vigilaba con curiosidad- mediara aquella avasalladora conformidad, gracias a la cual todos los movimientos, secretamente observados, de sus labios, ojos y dedos, representaban para ella los

papeles de actores de los que Raquel pendía con la pasión de una persona que ve escenificada su sencilla existencia. Y cuanto más consciente se hacía de que aquella correlación oprimía sus pechos con no menos tirantez que un vestido ceñido al encorvarse para mirar por el agujero de la cerradura, tanto más culpable se sentía de no oponer más resistencia a las oscuras sollicitaciones con que Solimán la cortejaba por aquel mismo tiempo. Éste era el motivo, ignorado de Ulrich, por el que Raquel respondía a su curiosidad con el respetuoso y apasionado deseo de mostrarse una muchacha bien educada y ejemplar.

Inútilmente se preguntaba Ulrich por qué tendría que ser tan casta aquella criatura nacida para el juego del amor; Raquel lo parecía en tal grado que hacía casi pensar en una frígida obstinación, no muy rara en mujeres graciosas. Pero cambió de idea y quedó quizá un poco decepcionado al

presenciar un día una escena sorprendente. Arnheim acababa de llegar, Solimán se había agachado junto a la puerta de la asamblea, en la antesala y Raquel se retiró tan rápida como siempre. Pero Ulrich aprovechó el momento de la agitación producida por la entrada de Arnheim para salir fuera y coger un pañuelo de su abrigo. La luz se había apagado nuevamente; mas Solimán, todavía allí, no se dio cuenta de que Ulrich, desaparecido en la sombra de los bastidores, había simulado simplemente el abrir y cerrar de la puerta, dando la sensación de haber vuelto a abandonar la antesala. El negro se enderezó luego cautelosamente y sacó de su cazadora una gran flor. Fue un gladiolo blanco, hermoso; lo contempló; después emprendió la búsqueda de Raquel, andando sobre las puntas de los pies y pasando por delante de la cocina. Ulrich, que sabía ya dónde se encontraba la habitación de la doncella, le siguió discretamente y vio lo que

sucedía a continuación. Solimán apretó la flor contra sus labios y la colocó luego en el picaporte, doblando violentamente el tallo para introducir su extremo en el agujero de la cerradura.

Había sido difícil extraer del ramo aquel gladiolo; había tenido que realizar la manobra de paso hacia Raquel y había tenido que esconderlo disimuladamente para no ser visto. Raquel sabía apreciar tales atenciones. Ser descubierta y despedida era para ella, sin embargo, equivalente a Muerte y Juicio Final; por eso le resultaba desagradable tener que guardarse continuamente y en todas partes de Solimán y le hacían poca gracia los pellizcos que éste le daba en las piernas al salir repentinamente de su escondrijo, sin que ella pudiera gritar; pero no la dejaba de impresionar que hubiera alguien que se arriesgara a colmarla de atenciones, se tomara la gran molestia de espiar todos sus pasos y pusiera a prueba su carácter en situaciones

difíciles. Aquel pequeño mono apretaba el acelerador de tal manera que a Raquel le parecía insensato y peligroso; así lo experimentaba ella. A veces, contrariando a sus propios principios, sin prescindir de todas las descabelladas esperanzas que llenaban su cabeza y aparte de los importantes acontecimientos en lejana perspectiva, sentía Raquel el pecaminoso deseo de aprovecharse sin reservas de los gruesos labios de aquel moro de sangre real, siempre al servicio de la pequeña muchacha de servicio.

Un día le preguntó Solimán si ella tendría valor. Arnheim había salido al monte en compañía de Diotima y de algunos de sus amigos y a él no le había llevado consigo. La cocinera había recibido veinticuatro horas de permiso y el jefe de sección Tuzzi iría a comer al restaurante. Raquel había hablado a Solimán sobre los restos de cigarrillos que había encontrado en su cuarto y la preocupación de Diotima acerca de la interpretación

que daría a aquello la pequeña fue resuelta de común acuerdo por ésta y por el moro con el supuesto de que algo tendría que estar pasando en el concilio cuando exigía de ellos un aumento tal de actividad. Al preguntarle Solimán si tendría ella valor, le había revelado su intención de quitar a su señor los documentos que autentificaban su noble ascendencia. Raquel no creía en la existencia de tales papeles, pero toda aquella fascinante intriga le causaba la impresión de que algo había de ocurrir. Habían convenido en que Raquel conservaría la cofia blanca y el delantal de camarera cuando Solimán viniera por ella y la acompañara al hotel, a fin de que pudieran creer los demás que había sido enviada por sus señores con algún recado. Cuando salieron a la calle, de la pechera del delantal, guarnecido de encajes, ascendió una ola de calor tan espeso que a Raquel se le nublaron los ojos. Pero Solimán, impertérrito, detuvo un coche; desde hacía algún

tiempo disponía de mucho dinero, pues Arnheim andaba bastante despistado. Se envalentonó también Raquel y subió al coche delante de todos, como si fuera su deber de profesión ir de paseo con un negrito. Era por la mañana y las aceras volaban con la elegante ociosidad frecuente en aquellas calles, mientras que Raquel había vuelto a intranquilizarse como por el apuro de un robo en perspectiva. Procuró acomodarse en el coche adoptando la postura que había observado en Diotima; pero arriba y abajo, allí donde la tocaban los almohadones, sentía un confuso movimiento de balanceo. El coche iba cerrado y Solimán aprovechó la oportunidad que le brindaba el cuerpo recostado de la doncella para sellar sus labios con el ancho cuño de su boca. Bien se les podía haber visto a través de la ventana, pero el coche volaba y una sensación evocadora del suave hervor de un líquido aromático se derramaba

de los oscilantes cojines, al costado de Raquel.

El moreno no tuvo reparo en hacer parar el coche frente a la entrada del hotel. Los criados, en mangas de camisa de seda negra y con sus delantales verdes, se echaron a reír al ver bajar del coche a Raquel; el portero curioseó a través de la puerta de cristal mientras Solimán pagaba al cochero y Raquel creyó que el empedrado cedía bajo sus pies. Pero luego pensó que Solimán tendría que gozar de gran reputación en aquel hotel, pues nadie les detuvo al cruzar el inmenso vestíbulo de columnas. En el salón estaban sentados algunos señores, quienes desde sus butacones siguieron a Raquel con la mirada. Ella volvió a avergonzarse profundamente; después, subió la escalera donde se encontró con varias muchachas vestidas igual que ella, de negro y con sus cofias blancas, sólo que no tan elegantes; se imaginó entonces ser ella como un

explorador que, perdido en una isla desconocida y quizá peligrosa, tropieza con seres humanos.

A continuación entró Raquel, por primera vez en su vida, en la habitación de un hotel de lujo. Solimán cerró ante todo las puertas; luego se creyó en el deber de besar nuevamente a su amiga. Los besos que se cambiaban desde hacía algún tiempo Raquel y Solimán tenían algo del ardor de los besos infantiles; más que peligrosos asaltos eran confirmaciones; y también ahora, lo más urgente que le pareció a Solimán al verse solo con Raquel en una habitación fue cerrar las puertas de la manera más romántica que pudo. Bajó las persianas y tapó el agujero de las cerraduras. También a Raquel le excitaban tanto aquellos preparativos, que no le quedó tiempo para pensar en su atrevimiento y en la vergüenza que le causaría ser descubierta.

En seguida la acercó Solimán a los armarios y bártulos de Arnheim; todos estaban abiertos, menos uno. Era, pues, claro que sólo en éste podía ocultarse el secreto. El moreno tomó las llaves de las maletas abiertas y las probó en la cerradura. Ninguna servía. Solimán insistió una y otra vez; toda la provisión de camellos, príncipes, mensajeros secretos y sospechas sobre Arnheim quedaron desembalados por su lengua. Pidió a Raquel una horquilla de su cabeza e intentó formar con ella una ganzúa. Al resultar esto inútil, cogió todas las llaves de los armarios y de las cómodas, las extendió ante sus rodillas y permaneció un momento agachado, reflexionando sobre una nueva decisión que tomar. -"Ya ves cómo se previene de mí -dijo a Raquel rascándose la nariz-. Pero a ti te dará igual que comience mostrándote todo lo demás."

Presentó, pues, a Raquel la desconcertante riqueza de las maletas y armarios de

Arnheim. Ella, en cuclillas frente a la exposición, y con las manos cogidas entre las rodillas, contemplaba con curiosidad los objetos. Una de las cosas que nunca había visto hasta entonces era el guardarropa íntimo de aquel hombre, uno de los hombres mejor servidos por los más delicados placeres. Su buen señor no vestía mal, claro está, pero no tenía ni dinero ni especial interés para hacerse con las más refinadas invenciones de sastres, camiseros y otros fabricantes de lujosos artículos de hogar y de viaje; tampoco su dueña poseía cosas tan exquisitas, tan delicadas y tan difíciles de usar como aquel hombre de tan ilimitada opulencia. Raquel admiró horrorizada aquellos tesoros; y Solimán, orgulloso de la impresión que causaba con las posesiones de su señor, sacó todo lo que encontró, puso en marcha todos los aparatos y reveló solícito todos los secretos. Raquel comenzaba a sentirse cansada cuando de repente se le impuso una

extraña comprobación. Hacía algún tiempo que venía viendo en la ropa interior y en el ajuar de Diotima cosas parecidas a las que estaba descubriendo ahora. No eran ciertamente tan numerosas ni de tanto valor como éstas; pero, comparadas con la anterior simplicidad monacal, resultaban francamente más afines a la fastuosidad ahora contemplada que a la severidad de antes. En aquel momento se apoderó de Raquel la escandalosa sospecha de que las relaciones entre su señora y Arnheim no fueran tan espirituales como ella había creído.

Se puso colorada hasta en la raíz del pelo.

Sus pensamientos no habían tocado aquel tema desde que servía en casa de Diotima. La majestad del cuerpo de su señora había absorbido la atención de sus ojos, sin pararse a reflexionar sobre el empleo de tal majestad; se había tragado la pildora con su envoltura. Su satisfacción por poder vivir en

medio de una sociedad de alto rango había sido tan grande que, en todo aquel tiempo, para Raquel, a su vez tan accesible a la seducción, un hombre no era precisamente un ser del otro sexo, sino sencillamente una persona extraña, romántica y novelesca. A medida que su nobleza de corazón iba haciéndose más pueril, el hombre la reintegraba al estado de sus años anteriores a la pubertad, cuando es tan fácil entusiasmarse desinteresadamente por una grandeza ajena; sólo así se podía explicar que las fábulas de Solimán, que hacían reír despreciativamente a una cocinera, encontraran en Raquel acogida y debilidad embriagadoras. Pero mientras ella, inclinada hacia el suelo, veía claras las relaciones adúlteras de Arnheim y Diotima, se completaba en su interior una transformación iniciada desde hacía tiempo y consistente en el paso de un estado artificial del alma a otro sospechoso del mundo y de la carne.

Raquel se despojó repentinamente de todo romanticismo, se mostró desazonada y ostentó su entrañable cuerpo, encerrando en sí el pensamiento de que también una muchacha de servicio puede hacer valer sus derechos. Solimán seguía doblado junto a ella, atento a los comentarios sobre su muestrario; había recogido todo lo particularmente admirado por Raquel e intentaba llenar el bolsillo del delantal con regalos que no parecían de demasiado precio. Luego se puso en pie de un salto y con una navaja volvió a forcejear violentamente la maleta cerrada. Declaró con vehemencia que quería extraer del talonario de cheques de su señor una gran suma de dinero -en cuestiones de dinero no era tan Cándido aquel truhán- a fin de fugarse con Raquel, pero primero tenía que hallar sus papeles.

Raquel, arrodillada hasta entonces, se incorporó, vació enérgicamente sus bolsillos repletos de cosas y dijo: -"¶Para de hablar! Ya

no me queda tiempo; ¿qué hora es?” Su voz se había hecho más grave. Estiró el delantal y se arregló la cofia. Solimán se dio cuenta de que Raquel le había aguado la fiesta y que de repente se había hecho más vieja que él. Pero antes de que ella se pudiera defender le dio un beso de despedida. Los labios de la joven no temblaron como otras veces, sino que chuparon sedientos el fruto jugoso de la boca de Solimán, doblando hacia atrás la cabeza del moreno, más bajo de estatura y sujetándolo con una fuerza y vehemencia tales que por poco le ahoga. Solimán pataleó y cuando consiguió liberarse le pareció como si hubiera sido sumergido en el agua por un muchacho más fuerte que él; su primera reacción fue vengarse de aquel desagradable acto de violencia. Pero Raquel se escabulló a través de la puerta y la mirada de Solimán, lo único con que pudo ya alcanzarla, fue al principio de rabia, como una flecha con la punta incendiada, pero reducida al final a

suave ceniza. Recogió del suelo el rescoldo de las riquezas de su señor para volverlas a su lugar; se había convertido en un joven deseoso de obtener lo que de ningún modo era inaccesible.

105 - Los amantes de sentimientos elevados no están para bromas

A continuación de su excursión a la montaña, Arnheim había prolongado su ausencia más de lo acostumbrado. La expresión “ausencia”, que él mismo empleaba sin darse cuenta, era impropia, y para decirlo correctamente hubiera debido emplear la de “fuera de casa”. Pensaba Arnheim que diversos motivos habían hecho urgente la necesidad de tomar una determinación. Se sentía perseguido por desagradables sueños en estado de vigilia; nunca hasta entonces había albergado semejantes pensamientos en su austera cabeza. Uno sobre todo era particularmente obstinado: se veía situado junto a Diotima en lo más alto de la torre de una

iglesia; bajo sus pies, el paisaje permanecía verde durante un momento y luego saltaban ambos al vacío. Entrar por la noche en el dormitorio de los Tuzzi sin fines caballerosos era lo mismo que dispararle un tiro al jefe de sección. También hubiera podido Arnheim derribarle en un duelo, pero eso le parecía menos natural; aquella fantasía había sido ya agravada por demasiadas ceremonias reales; y cuanto más se aproximaba Arnheim a la realidad, tanto más desagradable se hacía el crecimiento de los obstáculos. En definitiva, no estaba descartada la posibilidad de acudir, por decirlo así, libremente y con confianza al señor Tuzzi para solicitarle la mano de su esposa. ¿Pero qué iría él a decir? Colocarse en una situación llena de posibilidades significaba exponerse a hacer el ridículo. Suponiendo que Tuzzi hubiera de responder con una actitud humana y reducido el escándalo a su mínima expresión -e incluso en el caso de no darse escándalo alguno, ya que

comenzaba a tolerarse el divorcio aun en la mejor sociedad-, todavía se imponía la verdad de que un soltero de edad avanzada hace siempre un poco el ridículo al contraer un matrimonio tardío, así como también sucede lo mismo cuando a un matrimonio les nace un hijo al celebrar sus bodas de plata. Y si Arnheim se decidía a dar un paso crucial en su vida, su responsabilidad respecto a los negocios exigiría que se casara con una gran viuda americana o con una dama afín a la nobleza imperial por lo menos, y no con la mujer divorciada de un funcionario burgués. Para él, todo acto, incluso el sexual, estaba penetrado de responsabilidad. En un tiempo como el presente, en que es tan raro el sentido de la propia responsabilidad en lo que se hace o se piensa, no era sólo la ambición personal la que ponía tales objeciones, sino precisamente una necesidad suprapersonal de armonizar el poder desarrollado en las manos de Arnheim, o sea, aquella

organización que, nacida originariamente del deseo de dinero, había crecido por encima de él, tenía una razón y voluntad propias, se debía engrandecer y consolidar, podía caer enferma y anquilosarse si no se activaba. Había que armonizar, pues, tal poder con las fuerzas y jerarquías del mundo, cosa que no había tenido reparo en revelársela a Diotima, si mal no recordaba. Claro que Arnheim podía permitirse también pretender a una pastora de cabras, pero se lo podía permitir sólo personalmente, siendo siempre posible excusarle como víctima de una debilidad personal.

No obstante, era cierto que había propuesto a Diotima el matrimonio. Lo había hecho porque quería evitar las complicaciones del adulterio, incompatibles con un orden de vida concienzudo. Diotima se lo había agradecido con un apretón de manos y con una sonrisa, inspirada en los más artísticos cuadros de la historia, al tiempo que le

había dicho: -"No hay que creer nunca que amamos más sinceramente a aquellos a los que abrazamos...!" Después de esta respuesta, tan ambigua como la amarillenta seducción del cáliz de un austero lirio, a Arnheim le había faltado valor para repetir su solicitud. Pero en su lugar surgieron conversaciones de carácter general, en las cuales las palabras divorcio, matrimonio, adulterio y parecidas demostraban el urgente deseo de ser des-tacadas. Así, Arnheim y Diotima se habían preocupado repetidas veces de profundizar en el tema del adulterio tal como era considerado en la literatura moderna; y Diotima opinaba que este problema era afrontado en su sentido puramente sensual y sin relación alguna con los altos valores de la disciplina, del renunciamiento y de la ascesis heroica, opinión desgraciadamente compartida también por Arnheim, de modo que lo único que le quedaba a éste por añadir era que el sentido del profundo misterio de la

persona humana se ha echado a perder hoy día casi universalmente. Este misterio consiste en aceptar que no todo es permisible. Las épocas en que se ha proclamado la licitud total han hecho infelices a los que las han vivido. Disciplina, continencia, caballeridad, música, costumbres, poesía, forma, prohibiciones, todo esto no tiene otra justificación que la de dar a la vida una configuración definida y limitada. La felicidad sin límites no existe. No hay felicidad grande sin grandes prohibiciones. Tampoco en los negocios se puede correr detrás de cualquier ventaja; tal actitud no conduce a nada. En la limitación está el secreto de la propia personalidad, el secreto de la fuerza, el de la felicidad, el de la fe y el del deber del hombre de considerarse un ser microscópico en medio del universo. Así se explicaba Arnhem y Diotima no podía menos de declararse conforme. En cierto sentido, una consecuencia deplorable de tales exteriorizaciones era el

hecho de que ellos concedieran al concepto de legitimidad una plenitud de sentido que no cuenta para la generalidad de las personas. Sin embargo, las almas grandes siempre sienten sed de legitimidad. En horas de encumbramiento se vislumbra la vertical severidad del todo. Y el comerciante, aunque domine el mundo, respeta la realeza, la nobleza y el clero como elementos portadores de lo irracional. Pues lo legítimo es simple, como simple es todo lo grande y no necesita de inteligencia. Homero fue un hombre simple. Sencillo fue también Cristo. Los grandes espíritus vuelven siempre a los principios simples e incluso -por qué no decirlo- ocupan los puestos vulgares de la moral; en resumidas cuentas: a nadie le resulta tan difícil como a las almas verdaderamente libres el obrar contra los usos y costumbres.

Semejantes apreciaciones, en cuanto verdaderas, no son favorables al propósito de asaltar un matrimonio ajeno. Así, Arnheim y

Diotima se encontraban en la situación de dos personas unidas a veces por un estupendo puente levadizo, en cuyo intermedio se abría oficialmente un foso de pocos metros que les impedía el paso al encuentro recíproco. Arnheim lamentaba profundamente no poseer una chispa de aquella concupiscencia que es idéntica en todas las cosas y que arrastra al hombre hacia un negocio peligroso, igual que hacia un amor irreflexivo; después de aquellos lamentos pasó a hablar detalladamente de la concupiscencia. La concupiscencia, siguiendo su opinión, es precisamente el sentimiento correspondiente, en nuestra era, a la cultura racional. Ningún otro sentimiento se orienta tan unívocamente como éste a su propio fin. Se hincia como una flecha enérgicamente disparada y sin la oscilación de una banda de pájaros en la cambiante lejanía. Empobrece el alma como la empobrecen también el cálculo, la matemática y la brutalidad. De este modo

reprobatorio se expresó Arnheim sobre la concupiscencia, sintiéndola vocear en su interior como un esclavo encadenado en el sótano.

Diotima hizo una nueva tentativa. Extendió la mano al amigo y le rogó: -"¡Refirmos callar! La palabra puede alcanzar grandes cosas, pero hay cosas todavía mayores. La auténtica verdad que une a dos personas no se puede expresar. En cuanto nos ponemos a hablar, las puertas se cierran; la palabra sólo sirve en las comunicaciones irreales, se habla en las horas en que no se vive..."

Arnheim asintió: -"Tiene razón, la palabra consciente de sí misma da a los movimientos invisibles de nuestro interior una forma caprichosa y pobre."

- "¡No hable! -repitió Diotima posando su mano sobre el brazo de Arnheim-. Cuando estamos callados me da la impresión de que nos regalamos mutuamente un momento de

vida.” Después de una pausa retiró su mano y suspiró: -”Hay minutos en que se ven brillar las piedras preciosas ocultas en el alma.”

-”Quizá llegue un día -añadió Arnheim-, y se dan muchas pruebas de su proximidad, en que las almas se mirarán unas a otras sin necesidad de los sentidos. Las almas se unen cuando se separan los labios.”

Los labios de Diotima se pronunciaron arrugados hacia adelante, formando como la corola inclinada de una flor en la que penetra una mariposa. Estaba, en espíritu, completamente embriagada. Característica del amor, así como también de todos los demás estados de exaltación, es quizá una ligera ilusión interpretativa; en todas partes donde caía una palabra se iluminaba un significado múltiple, aparecía como un dios velado y se deshacía en silencio. Diotima había conocido aquel fenómeno en sus horas de éxtasis solitario, pero nunca hasta entonces había llegado al límite todavía soportable de la

felicidad espiritual; reinaba en ella una verdadera anarquía de superabundancia, una ligereza de movimientos de lo divino parecida al deslizamiento sobre patines, y a veces le parecía estar próxima a caer desmayada.

Arnheim le salía al paso con grandes frases. Intercalaba detenciones y pausas. Luego, volvía a envolverlos a los dos la tensa red de profundos pensamientos.

Lo angustioso de aquella amplia felicidad era que no permitía concentración. Continuamente se levantaban en Arnheim olas temblorosas, propagadas en infinitos círculos concéntricos hasta alcanzar la lejanía, pero nunca se unían para emprender juntos una acción torrencial. Diotima, sin embargo, había llegado tan lejos que, al menos en espíritu, consideraba delicado y superior preferir los riesgos del adulterio a la grosera catástrofe del aniquilamiento de un plan de vida y Arnheim hacía tiempo que se había decidido moralmente a aceptar aquel

sacrificio y a casarse con ella. De una manera o de otra se podían otorgar ambos todos los minutos que quisieran, lo sabían; pero no sabían cómo tenían que quererlo, pues la felicidad elevaba sus almas, para ello creadas, a una altura tan sublime que sentían miedo ante los movimientos desagradables: temor naturalismo en personas con una nube por pedestal.

Así, sus espíritus habían absorbido todo lo que de grande y hermoso había derramado la vida en ellos, pues en el momento álgido experimentaban una extraña decepción. Los deseos y vanidades, que habían llenado generalmente su ser, yacían ahora a sus pies, como casitas y granjas de juguete en el fondo del valle, con cacareos, ladridos y demás ruidos ahogados en la calma. Lo que quedaba era silencio, vacío y profundidad.

- "¿Seremos nosotros de los elegidos?" - pensaba Diotima viéndose en la cumbre más alta del sentimiento así creado y

presintiendo algo martirizador e inimaginable. Y no sólo Diotima sabía de experiencias de grado inferior, sino también un hombre poco digno de confianza como su primo; recientemente se había escrito mucho sobre ellas. Pero si no engañaban los informes, cada mil años se dan épocas en las que el alma se encuentra más próxima al despertar y abierta a la luz de la realidad gracias a la acción de unos individuos aislados, sometidos a otros trabajos, además del simple leer y hablar. A este respecto, entre los pensamientos de Diotima apareció repentinamente la misteriosa figura del general que no había sido invitado. Y, dirigiéndose al amigo ocupado en buscar nuevas palabras, le dijo suavemente mientras la excitación tensaba entre ambos un arco tembloroso: -"¶a inteligencia no es el único medio de que disponen dos personas para entenderse!"

Y Arnheim contestó: -"No -su mirada penetró horizontal, como un rayo del sol

ponente, en los ojos de Diotima-. Ya lo ha dicho usted antes: la auténtica verdad que une a dos personas no se puede expresar; todo esfuerzo en este sentido quedará frustrado.”

106 - ¿En qué cree el hombre moderno?, ¿en Dios o en el jefe de una empresa internacional?

INCERTIDUMBRE de Arnheim

Arnheim solo, en el hotel, asomado a una ventana de su habitación, miraba abajo, a las desnudas copas de los árboles cuyas ramas trenzaban un enrejado bajo el que se movían hombres abigarrados y oscuros, formando dos serpientes entrecruzadas a lo largo del paseo que había comenzado hacia esa hora. Una sonrisa de contrariedad separaba ligeramente los labios del gran hombre.

Hasta entonces no había encontrado dificultades en la señalización de lo que, a su parecer, carecía de alma. ¿Y qué es lo que no

carece de alma hoy en día? Las pocas excepciones eran fáciles de ser reconocidas como tales. Al pensamiento de Arnheim acudió, desde la lejanía, el recuerdo de una velada de música de cámara. Se habían reunido varios amigos en su palacio. Los tilos prusianos aromatizaban el ambiente. Sus amigos eran músicos jóvenes, que lo estaban pasando bastante mal; sin embargo, tocaron con entusiasmo la noche entera. □ Aquello era ánimo, unas horas penetradas en el alma! O bien otro caso: hacía poco que se había negado a continuar pagando un subsidio, concedido durante algún tiempo a un artista. Arnheim había esperado que aquel artista, al saberlo, se enfadaría con él y que se sentiría abandonado por su protector, antes de lograr hacerse; había que decirle que también otros artistas estaban necesitados y cosas parecidas cuya revelación resultaba desagradable. No fue ésa la reacción del artista; al encontrarse con Arnheim en su último viaje dirigió

a su mecenas una mirada dura, estrechó su mano y le declaró simplemente: “Me ha puesto en una difícil situación, pero estoy convencido de que un hombre como usted no hace nada sin razones poderosas.” A esto se llama un alma viril; Arnheim no rechazó la idea de volver algún día a subvencionar nuevamente a aquel hombre.

En muchos de estos detalles queda todavía algo de alma. Tal observación había sido siempre de gran importancia para Arnheim. Pero cuando hay que entrar en relación directa e incondicional con ella supone un peligro serio para la sinceridad. ¿Estaba por llegar, verdaderamente, un tiempo en que sería posible tomar contacto con las almas sin necesidad de los sentidos? ¿Tenía alguna razón de ser, comparable en valor y en importancia a los fines de la realidad, el tratar el uno con el otro tal como se lo imponía a él y a su maravillosa amiga una necesidad interior? Con la conciencia

despierta, él no lo creía ni un solo momento; a pesar de todo, estaba seguro de que favorecía aquella fe de Diotima.

Arnheim se encontraba inmerso en una extraña disociación. La riqueza moral vive hermanada con la pecuniaria; él lo sabía y es fácil comprender por qué es así, pues la moral sustituye el alma por la lógica. Cuando un alma posee moral, entonces no hay para ella problemas morales, sino únicamente problemas lógicos; lo único que se pregunta es si lo que desea hacer cae bajo este o el otro mandamiento, si su intención se ha de interpretar de una manera o de otra, y cosas semejantes; todo ello se puede comparar con una tropa cuyos soldados, hasta entonces salvajes, son sometidos a una disciplina de entrenamiento gimnástico bajo consignas de mando: primero vuelta a la derecha, luego ejercicio de brazos, flexión de piernas, etcétera. Pero la lógica presupone repetición de actos; es claro que, si los acontecimientos

se alternaran en torbellino, de modo que nada retornara al mismo lugar, no podríamos hacer el profundo descubrimiento de reconocer que A es igual a A , o que más grande no es más pequeño, sino que lo único que haríamos es soñar; un estado que todo pensador aborrece. Lo mismo vale para la moral; si no hubiera nada que se pudiera repetir, tampoco habría posibilidad de formular prescripciones; y sin poder prescribir algo a los hombres, no daría la moral la menor satisfacción. Esta propiedad, por la que las acciones son reiterables y de la cual están investidas la moral y la razón, va unida al dinero como cualidad inseparable; el dinero se identifica con ella y descompone todos los placeres del mundo en conjuntos de valores adquisitivos con los que se puede emprender lo que se quiera. De ahí que el dinero sea moral y razonable. Y como también es verdad, según todo el mundo sabe, que, al revés, no toda persona moral y razonable posee

dinero, se puede concluir que estas propiedades son originarias del dinero o, por lo menos, que el dinero es la coronación de una existencia moral y razonable.

Ahora bien, Arnheim no pensaba a este respecto que la cultura y la religión, por ejemplo, fuesen consecuencia natural del capital; suponía más bien que éste se sometía a aquéllas, pero que las fuerzas espirituales no comprendían suficientemente a las fuerzas activas del ser y que rara vez podían ser exculpadas de ser ajenas a la vida era algo que él gustaba de destacar. Arnheim, el hombre de mirada dominadora, llegó así a hacer otros descubrimientos muy distintos. En efecto, toda acción de pesar algo, todo cálculo y medida, presupone que el objeto de juicio no cambie durante la reflexión; y si esto sucede, hay que activar toda la sagacidad existente para encontrar aún en la mutación algo inmutable. De naturaleza semejante aparece el dinero frente a todas

las fuerzas espirituales; según ese modelo, los sabios descomponen el mundo en átomos, leyes, hipótesis y extravagantes signos algebraicos y los técnicos construyen sobre estas ficciones un mundo nuevo. Para un propietario de una industria gigantesca, bien instruido sobre la naturaleza de las fuerzas que le sirven, era aquello tan corriente como son al promedio de los lectores alemanes de novelas las representaciones morales de la Biblia.

Esta necesidad de evidenciación, reiterabilidad y solidez, condición indispensable para el feliz resultado de todo pensamiento y plan -en estos términos seguía reflexionando Arnheim sin dejar de mirar a la calle-, se satisface siempre en el dominio del alma mediante una forma de violencia. Quien desee construir sólidamente en el hombre ha de restringirse a las cualidades y pasiones más bajas, porque sólo tiene consistencia aquello que más estrechamente unido está al

egoísmo y que en todas partes puede ser tomado en cuenta; las intenciones superiores son dudosas, contradictorias y fugaces, como el viento. El hombre que sabía que antes o después llegaría a imponerse el gobierno de las naciones a base de los sistemas empleados en la dirección de una fábrica miraba hacia abajo al hervidero de uniformes y a los rostros altivos, con una sonrisa en que se mezclaban superioridad y melancolía. No cabía lugar a duda: si Dios volviese hoy a instaurar entre nosotros el reino milenario, no habría hombre práctico y experimentado que le diera su confianza, a no ser que Aquél tomara medidas penales de seguridad, además del Juicio Final, con policías, guardia civil, ejército, con artículos legales relativos a los delitos de alta traición, con poderes gubernativos y con todo lo necesario para reducir el incalculable rendimiento del alma a estos dos hechos fundamentales: la garantía por parte del futuro habitante del Cielo de

que cumpliría todo lo exigido únicamente se puede conseguir mediante la intimidación y apretando los tornillos, o bien mediante el soborno de sus deseos; en una palabra, sólo mediante “métodos duros”.

Pero entonces intervendría Paul Arnheim y le diría al Señor:

-”¿Por qué, Señor? El egoísmo es la propiedad más segura de la vida humana. Gracias a él han conseguido el político, el soldado y el rey ordenar Tu mundo con astucia y coacción. Ésa es la melodía de la humanidad; Tú y yo tenemos que reconocerlo. Desterrar la coacción supondría debilitar el orden. Hacer al hombre capaz de lograr grandes cosas, aunque sea un bastardo: \square ahí nuestro deber primordial!” Luego dirigiría Arnheim una sonrisa humilde al Señor, con tranquilidad, a fin de recordarle lo importante que es aceptar con humildad los grandes misterios. Después proseguiría su discurso: -”¿Y no es el dinero un método de

dirigir las relaciones humanas tan seguro como el de la violencia? ¿Y no nos permite renunciar a su ingenuo empleo? El dinero es violencia espiritualizada, una forma particular, dúctil, refinada, creadora, de la violencia. ¿No se funda el negocio en la astucia y en la coacción, en el fraude y en la explotación, si bien estos elementos son civilizados, transferidos enteramente al interior del hombre y revestidos por fuera con la apariencia de la libertad? El capitalismo, como organización del egoísmo según la jerarquía de las fuerzas adquisitivas, es el orden más perfecto y más humano que hemos podido crear nosotros para honra y gloria Tuya; entre las medidas humanas no hay una más exacta.” Y Arnheim le hubiera sugerido al Señor la idea de organizar el reino milenario de acuerdo con los principios del comercio y de confiar su administración a un gran hombre de negocios al que no le debía faltar, naturalmente, una vasta cultura filosófica. Pues, por lo que

respecta a la pura religión, a ésta le ha tocado siempre sufrir mucho y, en relación con la inseguridad existencial de los tiempos de guerra, una dirección comercial reportaría incluso a aquélla grandes ventajas.

Así hubiera hablado Arnheim, ya que una voz profunda le decía claramente que no se puede renunciar al dinero como no se puede renunciar a la razón y a la moral. Pero otra voz, igualmente profunda, le dijo con la misma claridad que habría que atreverse a renunciar a la razón, a la moral y a toda existencia racionalizada. Y esta voz era casi la más poderosa, precisamente en los vertiginosos momentos en los que él no sentía otro deseo que el de estrellarse, como un errante satélite, contra la masa solar de Diotima. Entonces, el crecimiento de los pensamientos le parecía tan extraño y tan extrínseco como el de las uñas y el del cabello. La vida moral se le presentaba como algo muerto y un secreto aborrecimiento del

orden y de la moral le hacía sonrojarse. A Arnheim le ocurría lo mismo que a su época. Ésta adora el dinero, el orden, la ciencia, el cálculo, las medidas y pesos, en resumidas cuentas, el espíritu del dinero y sus afines; pero al mismo tiempo lo lamenta. Nuestros contemporáneos manejan el martillo y la regla de cálculo durante las horas de trabajo, y fuera de ellas se conducen como un corro de niños que, llevados por la presión del problema “¿y ahora qué hacemos?”, corren de una exageración a otra, causándoles esto al final una sensación de disgusto; no pueden deshacerse de esa voz interior que les exhorta a la conversión. A este fin se ordena el principio de la división del trabajo, por el cual se encarga de tales presentimientos y lamentos a intelectuales especializados: confesados y confesores, traficantes de indulgencias, misioneros literarios y predicadores; si uno no se ve personalmente en la situación de atenerse a ellos, se da mucho valor al

saber que existe esa clase de gente; y el mismo significado de esta clase de rescates morales tienen las frases y medios pecuniarios que anualmente sumerge el Estado en instituciones culturales sin fondo.

La división del trabajo era también propiedad de Arnheim. Cuando se sentaba en su despacho de director y examinaba las cuentas se hubiera avergonzado de no pensar como negociante y técnico; pero tratándose de un asunto donde no entraba en juego el dinero de su empresa se hubiera avergonzado de no reflexionar al revés y de no proclamar que había que ofrecer al hombre la posibilidad de elevarse por otros caminos que no fueran el erróneo de la regularidad, de las prescripciones, de la unicidad de medidas y de otras cosas semejantes, cuyos resultados son absolutamente extrínsecos y, en realidad, accesorios. No cabe duda de que a este otro camino se le llama religión; Arnheim había escrito libros sobre este tema.

En aquellos libros había hablado también de mitos, de la vuelta a la simplicidad, del reino del alma, de la espiritualización de la economía, del ser de la acción y de otras cosas por el estilo que llenaban muchas páginas; estrictamente hablando, el asunto presentaba tantos aspectos cuantos apreciaba él en sí mismo cuando se ocupaba desinteresadamente de su persona, tal como tiene que hacer un hombre con grandes misiones en perspectiva. Pero el destino habría de hacer que aquella división del trabajo se frustrara en la hora decisiva. En el momento en que quería arrojarse al fuego de su sentimiento, o en que sentía la necesidad de ser tan grande y entero como las figuras de los tiempos primitivos, tan despreocupado como puede serlo únicamente el verdadero noble, tan íntegramente religioso como lo exige la cordialidad del amor; en el momento, pues, en que, sin mirar a sus pantalones ni a su futuro, deseaba postrarse a los pies de

Diotima, una voz le retenía. Era la voz inoportuna de la razón o, como él se decía irritado, la del cálculo y la del pataleo, que hoy se oponen dondequiera a la edificación de una vida elevada al misterio del sentimiento. Odiaba aquella voz y al mismo tiempo sabía que no le faltaba razón. Pues suponiendo que se pueda hablar de luna de miel: ¿en qué forma se figuraba él que habría de vivir con Diotima, una vez transcurrida la luna de miel? Él volvería a sus negocios y afrontaría juntamente con aquella mujer las demás obligaciones de la vida. El año se repartiría entre operaciones financieras y descansos en el seno de la naturaleza, de la parte animal y vegetativa de su propio ser. Quizá sería posible un gran consorcio, verdaderamente humano, de actividad y calma, de necesidad vital y de hermosura. Aquello era muy apetecible y se cernía ante Arnheim como un fin. Según él, no poseía capacidad para hacer grandes operaciones financieras quien no

conociera el desahogo y la relajación absolutas, el tenderse cuan largo era uno, apartado del mundo, vestido quizá sólo con un delantal. Pero una satisfacción salvaje, muda, urgía dentro de Arnheim, pues todo aquello estaba en contradicción con el sentimiento inicial y final que Diotima despertaba en él. Diariamente, cuando volvía a ver a aquella mujer, a aquella clásica figura con un algo moderno de obsequiosa redondez, Arnheim se desconcertaba, sentía un derretimiento escurridizo de sus fuerzas, la imposibilidad de hospedar en su interior a aquella criatura equilibrada, estática, armónicamente engastada en su propia órbita. Aquello no era ya un sentimiento sublimemente humano, como tampoco sólo humano. Todo el vacío de la eternidad se encerraba en aquel estado. Arnheim contemplaba la belleza de su amada con ojos que parecían haberla buscado durante mil años y que ahora, al encontrarla, quedaban

repentinamente desocupados, lo cual revelaba su incapacidad con los rasgos inconfundibles del estupor, del asombro casi idiota. El sentimiento no suministraba ya contestación alguna a aquel exceso de postulados y sólo se podía comparar al deseo de dejar que un cañón les disparara a los dos juntos hacia los espacios celestes.

Diotima, siempre tan delicada, había encontrado también la palabra justa. En uno de aquellos momentos se acordó de que ya el gran Dostoievski había descubierto una cierta relación entre amor, idiotez y santidad interior; pero los hombres actuales, los que no habían conocido la Rusia creyente, necesitaban primero de una redención especial para poder entender aquel pensamiento.

Aquellas palabras traducían la más secreta sensación del corazón de Arnheim.

El instante en que fueron pronunciadas fue uno de aquéllos, llenos de supraindividualismo y al mismo tiempo de

supraobjetividad que hacen subir los humos a la cabeza como una trompeta estreñida de la que no pueden salir los sonidos; nada había allí que no fuera importante, empezando por la más diminuta jicara del estante - colocada en el espacio como un Van Gogh- hasta los cuerpos humanos que, inflamados y elevados por lo indecible, parecían hacer fuerza sobre él.

Diotima dijo asustada: -"Lo que haría más a gusto ahora es bromear; el humor es hermoso, flota sobre los fenómenos, libre de toda concupiscencia."

Arnheim sonrió. Se había levantado y estaba moviéndose por la habitación para desentumecerse. -"Si yo la despedazara; si me diera a mí por vociferar y bailar; si me abriera la garganta para arrancarme el corazón y entregárselo a ella: ¿habría de ocurrir entonces un milagro?" -se preguntó a sí mismo. Pero a medida que fue enfriándose se reintegró también a sus cabales.

Aquella escena se había hecho ahora presente y viva en la memoria de Arnheim. Su mirada volvió a posarse, gélida, sobre la calle, bajo sus pies. -"Verdaderamente sería necesario el milagro de una redención -se dijo-, y otros hombres deberían poblar la tierra antes de que se pueda pensar en la realización de semejante cosa." Ya no se esforzó más por adivinar cómo y de qué necesitaría ser redimida la humanidad. Regresó a su escritorio abandonado media hora antes, a sus cartas y papeles, y llamó a Solimán para que hiciera pasar a su secretario.

Mientras le esperaba y redondeaba en pensamiento las primeras frases del dictado, lo experimentado se cristalizó interiormente en una bella figura cuya moralidad dejaba mucho que desear. -"A un hombre consciente de su responsabilidad -se dijo Arnheim convencido- le está permitido, al hacer donación de su alma, sacrificar los intereses, pero nunca el capital."

107 - El conde Leinsdorf logra un éxito político inesperado

CUANDO Su Señoría hablaba acerca de una familia de Estados europeos que debían reunirse jubilosos alrededor del anciano patriarca-emperador, hacía siempre caso omiso de Prusia. Quizá esto tenía ahora más sentido que antes, pues el conde Leinsdorf se sentía directamente molestado por la impresión que le causaba el doctor Paul Arnheim; cada vez que venía el conde a visitar a su amiga Diotima se encontraba con este hombre o con sus huellas; e igual que el jefe de sección Tuzzi, tampoco él sabía en qué pensar. Diotima advertía en Su Señoría algo que no había visto hasta entonces cuando le miraba animosa: las hinchadas venas de

manos y cuello, su tez de color tabaco claro y con olor a viejo y aunque Diotima no dejaba de rendir su veneración acostumbrada al gran señor, sin embargo, las radiaciones de su simpatía por él se habían debilitado algo, como las del sol del invierno en comparación con las del sol del verano. El conde Leinsdorf no era inclinado ni al ensueño ni a la música; pero desde que debía aguantar al doctor Arnheim oía con extraña frecuencia un sonido ligero como de bombo y platillos de una banda militar austríaca; o, cuando cerraba los ojos, le inquietaba en su oscuridad el ondeo de banderas negro-amarillas que se agitaban allí a montones. Y tales visiones patrióticas parecían afligir también a otros amigos de la casa Tuzzi. Por lo menos, en todas partes a las que el conde arrimaba la oreja oía hablar de Alemania con el máximo respeto, pero cuando daba a entender que la gran Acción patriótica podría, en el curso de sus acontecimientos, dar al reino hermano

alguna pequeña sorpresa, la reverencia se iluminaba con una sonrisa cordial.

Su Señoría había chocado en sus propios dominios con un importante fenómeno. Hay ciertos sentimientos de familia especialmente fuertes; entre ellos se contaba la antipatía contra Alemania difundida antes de la guerra dentro de la familia de los Estados europeos. Quizá era Alemania el país menos unificado espiritualmente, en el cual todos podían encontrar algo con que justificar su aversión; era el país cuya antigua cultura había venido a parar, antes que ninguna otra, bajo las ruedas de los nuevos tiempos, y donde se usaban palabras demasiado altisonantes para designar el oropel y el comercio; era además un país pendenciero, codicioso, fanfarrón y peligrosamente irresponsable, como toda masa excitada; pero todo ello en definitiva sólo era “europeo”, y a los europeos aquello les parecía, todo lo más, un poco por encima de lo propiamente europeo.

Parece natural que tenga que haber existencias indeseables en las que se acumula el tedio y el desasosiego: algo así como el residuo de una combustión incompleta, resultante de la vida moderna. La posibilidad se trueca repentinamente en realidad dejando hechos una pieza a todos los interesados; y lo que cae mal en esta operación extremadamente desordenada, lo que no cuadra o es inútil y no satisface al espíritu, parece constituir ese odio atmosféricamente distribuido entre todas las criaturas, que es una característica de la civilización moderna y sustituye la desaparecida satisfacción del propio obrar por la fácil insatisfacción de las obras ajenas. La tentativa de englobar este tedio en entidades particulares forma parte de las más antiguas posesiones psicotécnicas de la vida. Así el hechicero extraía del cuerpo del enfermo el fetiche cuidadosamente preparado con anterioridad; y así el buen cristiano transfiere sus culpas al buen judío y afirma que ha sido

inducido por él a darse a la publicidad, a la usura, al periodismo y a cosas semejantes. A lo largo de los tiempos se ha cargado la responsabilidad a los truenos, a las brujas, a los socialistas, a los intelectuales y a los militares; y en los últimos años antes de la guerra, por motivos especiales que desaparecen en el conjunto, fue la Alemania prusiana uno de los elementos más grandiosos y queridos en aquella maravillosa operación. En el mundo no solamente Dios tenía Su morada, sino también el diablo. Así como el mal se plasma en cuadros indeseables, el mundo hace del bien un ideal que venera haciendo aquello que parece irrealizable en la propia persona. Se deja que otros hombres forcejeen, mientras que uno observa bien sentado en su puesto: eso es el deporte. Dejar que la gente diga los más grandiosos disparates: eso es el idealismo. Los que quedan salpicados al sacudir el charco del mal: a esos se les llama indeseables. De esta manera

encuentra todo en el mundo su lugar y su orden; pero esa técnica de veneración de los santos y de engorde de carneros expiatorios mediante el desasimiento no deja de ser peligrosa, pues electriza al mundo con las corrientes de todos los conflictos interiores sin resolver. Uno se mata o se hermana; ahora bien, no se puede saber si lo hace en serio, porque está ya, en parte, fuera de sí, y todos los acontecimientos parecen tener lugar en medio o detrás de la realidad como una fantasmagoría del odio y del amor. La antigua fe en los demonios, que hacía responsable al Cielo o al Infierno de todo lo bueno o malo experimentado, funcionaba mucho mejor, con mayor precisión y limpieza y sólo se puede esperar en que nosotros, a medida que vaya progresando la psicotecnia, volvamos también a ella.

Sobre todo Kakania era un país especialmente idóneo para el trato con lo ideal y lo no ideal; de todas formas, la vida tenía allí

algo irreal, y justamente a los kakanienses espiritualmente más ilustres, que se consideraban herederos y portadores de la célebre cultura del Imperio de Kakania -que se extendía desde Beethoven hasta la opereta- les parecía muy natural estar aliados y hermanados con los del Reich alemán y, sin embargo, no los podían aguantar. Los austríacos se alegraban de poder dar a los prusianos alguna pequeña lección y, cuando observaban los éxitos que conseguían los del reino hermano contemplaban la situación de su propia patria con ojos preocupados. Tal situación se debía principalmente al hecho de que Kakania, Estado que en sus orígenes había valido tanto y más que cualquier otro, con el tiempo había ido perdiendo la satisfacción en su propio ser. Ya se había hecho notar varias veces en el transcurso de las sesiones de la Acción Paralela, que la historia universal se elabora de la misma manera que las demás historias; es decir, a los autores

rara vez se les ocurre algo nuevo, por lo que se copian unos a otros cuidando de que lo plagiado encuadre en el nuevo contexto y en las nuevas ideas. A eso se une todavía algo que aún no ha sido mencionado: el gusto que sienten en el ejercicio de la historia; en ello entra la convicción, tan común en ellos, de haber compuesto una historia excelente, pasión que enciende y alarga sus orejas y funde cualquier clase de crítica. El conde Leinsdorf poseía aquella convicción y aquella pasión, que podían ser reconocidas también entre sus amistades; pero en el resto de Kakania se habían perdido y hacía tiempo que se andaba buscando un sustitutivo. En lugar de historia de Kakania se decía historia de la nación en que todo es poesía; en ella se versificaba una historia conforme al gusto europeo que entonces hallaba sus complacencias en novelas históricas y en dramas de disfraces. Así, se producía un fenómeno digno de atención y todavía quizá no

justamente valorado: hombres encargados de la tramitación de un asunto cualquiera, como la edificación de una escuela o el nombramiento de un jefe de estación ferroviaria se ponían a hablar del año 1600 o del 400, discutían acerca del candidato que deberían elegir atendiendo a la colonización de las estribaciones de los Alpes en el tiempo de la invasión de los bárbaros, y también teniendo en cuenta las luchas de la Contrarreforma. Tales hombres ilustraban además sus controversias con aquellas nociones de magnanimidad, villanía, patria, fidelidad y virilidad, las cuales constituían más o menos la erudición de la generalidad. El conde Leinsdorf, quien no daba importancia a la literatura, quedaba estupefacto cuando ponderaba el bienestar de todos los labradores, obreros y burgueses que desfilaban ante sus ojos en los viajes a sus propiedades bohemias, habitadas por alemanes y checos. Por eso acudía a él la idea de un virus, de una irritación detestable,

para explicarse el descontento tan frenético que mostraba aquella gente de vez en cuando respecto a sus mutuas relaciones y a la sabiduría del gobierno, lo cual se hacía tanto más incomprensible cuanto que se mostraban contentos y en paz con todos, en los intervalos de las crisis y cuando no se acordaban de sus ideales.

La política a la que el Estado recurría para defenderse, la famosa política kakaniense de las nacionalidades, seguía el siguiente método: el gobierno, en ciclos alternos de seis meses, ora procedía con castigos contra una nacionalidad insubordinada, ora la respetaba prudentemente; y como en un columpio se eleva una parte al inclinarse la otra, así también era la conducta del gobierno frente a la “nacionalidad” alemana. Ésta desempeñaba un papel importante en Kakania, porque, en la medida de sus posibilidades, procuraba siempre que el Estado fuera poderoso. La misma “nacionalidad”

perseveraba desde hacía muchísimo tiempo en la fe de que la historia kakaniense debería tener algún sentido; pero sólo poco a poco, cuando comprendió que en Kakania se podía comenzar como traidor y terminar de ministro y también a la inversa, ejercer el cargo de ministro y continuar sus funciones de traidor, empezó a sentirse nación oprimida. Quizá no es sólo Kakania donde han tenido lugar cosas semejantes; pero lo característico de este Estado era que allí no se registraban revoluciones ni otra clase de movimientos subversivos, por-que todo iba al ritmo del tiempo, siguiendo la trayectoria de un desarrollo natural, tranquilo, pendular, impulsado simplemente por la inestabilidad de los conceptos; en fin, en Kakania no había más que nacionalidad oprimida y una plana superior de personas, auténticos opresores que se lamentaban de estar asediados y de ser estafados. A esta gente le preocupaba además el hecho de que no ocurriera nada, o sea, la

falta de his-toria; y estaba plenamente convencida de que, al final, tendría que pasar algo. Cuando se le ocurría a alguno atacar a Alemania, como parecía ser el caso de la Acción Paralela, nadie lo consideraba inoportuno; pues, en primer lugar, los kakanienses se sentían un poco humillados por sus hermanos del Reich; en segundo lugar, los pertenecientes a los círculos gubernativos se creían alemanes; de modo que de ninguna manera podían acentuar más y mejor la imparcialidad desinteresada de la misión de Kakania.

Por consiguiente, era del todo comprensible que el conde Leinsdorf no se imaginara en aquellas circunstancias que su empresa pudiera considerarse pangermánica. Pero el hecho de ser tenida por tal derivaba de que entre las correspondientes “secciones populares”, cuyos deseos debían ser presentados a las distintas comisiones de la Acción Paralela, comenzaban a faltar las

representaciones eslavas y a los embajadores ex-tranjeros les iban llegando poco a poco noticias tan tremendas sobre Arnheim, sobre el jefe de sección Tuzzi y sobre un complot alemán contra el elemento eslavo, que algo de ello llegó también, en la confusa forma de rumor, hasta los oídos de Su Señoría. Esto confirmaba su miedo ante el hecho de que, también en los días en que no ocurría nada de especial, se encontraba uno agobiado por una actividad difícil, debida a la imposibilidad de hacer muchas cosas. Pero él, siendo como era un político realista, no vaciló en responder con un movimiento contrario; y, por desgracia, se le escapó la formulación de un cálculo, tan audaz que se pensó al principio en un error político. La presidencia del comité de propaganda -la de aquel cuya misión consistía en hacer popular a la Acción Paralela- estaba todavía vacante y el conde Leinsdorf había tomado la determinación de elegir para tal puesto al barón Wisnieczky,

fundando su reflexión en que Wisnieccky, que había desempeñado hacía algunos años el cargo de ministro, pertenecía a un gabinete deshecho más tarde, por los partidos alemanes y que se había dado a conocer como organizador de una política de hostilidad contra Alemania. Su Señoría tenía su plan. Ya en los comienzos de la Acción Paralela, uno de sus pensamientos había sido ganarse para ella previamente a los kakanienses de origen alemán, menos vinculados a la patria que a la nación alemana. Si las otras "estirpes" consideraban a Kakania -lo cual era verdad- como a una prisión y confesaban abiertamente su amor a Francia, Italia y Rusia, esto no pasaba de ser una especie de añoranza lejana y ningún político serio las podía equiparar al entusiasmo que algunos alemanes mostraban por el Reich alemán, el cual abrazaba geográficamente a Kakania y había formado juntamente con éste una sola unidad política hasta la generación

precedente. A estos alemanes renegados, cuya actividad causaba en el conde Leinsdorf -ya que también él era alemán- los sentimientos más dolorosos, aludía su dicho famoso: “¡Vendrán por sí mismos!” Entretanto, aquella declaración había ascendido al rango de profecía política sobre la que se fundaba la Acción Paralela; significaba aproximadamente que era necesario conquistar primero para el patriotismo a “los otros grupos de la nacionalidad austríaca”; pues si se conseguía esto, todos los círculos alemanes se verían obligados a seguirles; ya se sabe que excluirse de hacer algo en que todo el mundo participa resulta mucho más difícil que negarse a dar el primer paso en una nueva obra. El plan de aproximación a los alemanes comenzaba así perjudicando a los mismos alemanes y favoreciendo a las demás naciones; el conde Leinsdorf hacía tiempo que se había dado cuenta de ello; pero cuando llegó la hora de la acción actuó él

igual que los demás y precisamente esto fue lo que le movió a adjudicar la presidencia del comité propagandístico a Su Excelencia el barón Wisnieccky, quien, a juicio de Leinsdorf, era polaco de nacimiento, pero kakaniense de corazón.

Sería difícil determinar si Su Señoría había hecho la elección con conciencia de que era opuesta a las ideas alemanas, como se lo hicieron saber a continuación; de todas formas, es probable que hubiera creído servir con ella a las auténticas ideas alemanas. La consecuencia fue que inmediatamente se registró, incluso en ambientes alemanes, un movimiento impulsivo contra la Acción Paralela, de suerte que ésta, al fin, fue considerada de una parte como un complot anti-alemán y por tanto abiertamente combatida, mientras que en la otra parte pasaba como una

maquinación pangermánica, evadiéndose de ella desde un principio con toda

clase de prudentes pretextos. Resultado tan inesperado como éste no se le escapó tampoco a Su Señoría y en todas partes suscitó serias preocupaciones. El mismo conde Leinsdorf fue castigado de modo especial por tal tribulación; preguntado insistentemente por gente alarmada, tanto por Diotima como por otros directivos, les ponía a aquellos pusilánimes una cara inescrutable, pero de fidelidad al deber, al tiempo que les respondía:

-”Nuestro primer intento no nos ha dado inmediatamente un resultado satisfactorio, pero quien persiga un fin alto no ha de mirar a las conclusiones del momento; en todo caso, el interés por la Acción Paralela ha crecido y lo demás, en tanto que nosotros perseveremos, llegará por sí solo.”

108 - Las naciones irredentas y los pensamientos del general Stumm acerca de la palabra “redención” y de sus derivadas

A pesar de alcanzar el infinito las palabras que se pronuncian a cada momento en una gran ciudad para expresar los personales deseos de sus habitantes, jamás se oye entre ellas la palabra “redención”. Se puede suponer que todas las demás, las expresiones más pasionales y las de los sentimientos más complicados, incluso las que describen relaciones excepcionales, son gritadas y susurradas en sus muchos duplicados, por ejemplo: “Usted es el bribón más grande de cuantos

he conocido”, o bien: “No hay mujer tan encantadora como usted.” De este modo, las vivencias más personales, tal como se reparten masivamente en toda una ciudad, se podrían representar con las hermosas curvas de una estadística. Pero un hombre alegre nunca le dice a otro: “Tú puedes redimirme”, o “sé mi redentor”. Se le puede atar a un árbol y dejarlo morir de hambre; se le puede trasladar a una isla deshabitada juntamente con su amada, después de haber pretendido a ésta en vano durante meses; se le puede dejar que falsifique letras de cambio y que encuentre un salvador: todas las palabras del mundo se precipitarán en su boca, pero de seguro que, mientras esté verdaderamente conmovido, nunca dirá “redimir”, “redentor” o “redención”, aunque lingüísticamente no haya nada que objetar.

Sin embargo, los pueblos reunidos bajo la corona kakaniense se llamaban “naciones irredentas”.

El general Stumm von Bordwehr estaba reflexionando. Debido a su cargo en el Ministerio de la Guerra conocía bastante bien las dificultades nacionales que aquejaban a Kakania, pues en las negociaciones presupuestarias, el cuerpo militar era el primero en sentir los efectos del tambaleo político y de sus múltiples miramientos, consecuencias todas de sus problemas internos. Recientemente y a costa de una lividez irritante del señor ministro, el ejército había tenido que retirar una demanda urgente de créditos, porque una nación irredenta había exigido, a cambio de su aprobación de los medios financieros necesarios, contempORIZACIONES nacionales que el gobierno no podía conceder de ninguna manera sin sobreexcitar la sed de redención de otras naciones. Kakania quedó así indefensa ante el enemigo exterior. Se trataba, en efecto, de conceder un suministro especial a la artillería con el fin de reemplazar por armas modernas los cañones ya

totalmente anticuados, los cuales, en comparación con los de otros ejércitos, eran como cuchillos al lado de lanzas; las piezas a adquirir deberían, a su vez, imponerse a las de las otras naciones como lanzas ante cuchillos y esto se había diferido otra vez a un plazo indeterminado. No se podía decir que el general Von Stumm pensase por eso en suicidarse, pero se dejaban entrever profundas indisposiciones en muchos detalles dispersos; ahora bien, la imposibilidad en que se encontraba Kakania de defenderse y de armarse y que se debía a sus intolerables discordias internas hacía que Stumm reflexionase sobre lo “irredento” y sobre el “redimir”, tanto más que en medio de sus actividades semiciviles en casa de Diotima no paraba de oír desde hacía algún tiempo la palabra “redención”.

A su juicio, aquel término formaba, ante todo, parte del grupo de “palabras pedantes”, todavía no bien clasificadas

lingüísticamente. Es lo que le dictaba su natural sentido militar; pero Diotima se lo había perturbado, pues la primera vez que el general había oído tal palabra había procedido de labios de ella, quedando Stumm entonces encantado, como también siempre que volvió a oírsele, a pesar de la historia de los cañones; de modo que aquella su primera opinión pasó a ser, en su vida, realmente la segunda. Prescindiendo de este hecho, la teoría de la grandilocuencia le parecía fallar también por otros motivos: bastaba que a los miembros individuales de la familia de la palabra “redimir” se les revistiera de una pequeña y amable broma para que todos ellos aparecieran repentinamente danzando sobre la lengua. “¡Me has salvado!” ¿Quién no hubiera dicho esto o parecido después de diez minutos de espera impaciente o al desaparecer un contratiempo? El general comprendió entonces que no es tanto con las palabras contra lo que choca el buen sentido

cuanto con la increíble seriedad que se atribuye a las circunstancias del hecho. Y verdaderamente, cuando Stumm se preguntaba dónde había oído hablar de “redención”, además de en casa de Diotima y en la política, concluía que había sido en las iglesias y en los cafés, en revistas de arte y en los libros de Arnheim, los cuales había leído con admiración. Por este camino llegó a ver claro que no es un acontecimiento simple, natural y humano el expresado por semejantes palabras, sino un nudo universal, abstracto; de todos modos, “redimir” y “anhelar la redención” es, al parecer, algo reservado a los espíritus en sus mutuas relaciones.

El general hizo un gesto de sorpresa con la cabeza, atónito ante los descubrimientos a que le había llevado el ejercicio de sus funciones ministeriales. Corrió el vidrio rojo de la lámpara, encendida sobre la puerta de su oficina en señal de que el señor estaba ocupado en una conferencia importante y

mientras sus oficiales suspiraban por verlo y se volvían sin atreverse a llamar él proseguía su meditación. Los representantes del espíritu con que se encontraba por todas partes no estaban satisfechos. De todo tenían que criticar, no había lugar donde no se registrarán excesos de acción u omisión, nunca estaban de acuerdo con el modo en que se realizaban las cosas. A la larga terminaron por hacérsele antipáticos. Se asemejaban a esas personas desgraciadas, sensibles, que siempre se sientan donde hay corriente. Renegaban del exceso de ciencia y de ignorancia, de la grosería y del refinamiento, de la manía de disputar y de la indiferencia: en todas partes a donde miraban descubrían alguna fisura abierta. Sus pensamientos no se tranquilizaban nunca y se fijaban en los restos de las cosas que vagan eternamente errantes, sin reducirse jamás al orden. Finalmente, estaban convencidos de que la época en que vivían había sido condenada a la

esterilidad espiritual, la cual, sólo mediante un acontecimiento extraordinario o por un hombre excepcional podría ser redimida. Así surgió entre los llamados intelectuales el gusto por la palabra “redimir” y por sus derivadas. Nadie dudaba de que sería imposible seguir adelante si no aparecía pronto un mesías. Éste sería distinto según los casos: un mesías de la medicina para redimir a la terapéutica de las investigaciones científicas (mientras se desarrollan éstas quedan desahuciados y mueren los hombres); o un mesías de la poesía, capaz de escribir un drama que arrastrara al teatro a millones de espectadores y alcanzara un récord de altura espiritual sin precedentes. Fuera de aquella convicción, según la cual cada una de las actividades humanas se podría restituir a sí misma sólo mediante la intervención de un mesías especial, se daba también, naturalmente, el deseo simple e intacto de un mesías de mano dura para todo el conjunto.

Fueron, pues, tiempos realmente mesiánicos los últimos que precedieron a la gran guerra y el hecho de que naciones enteras esperaran una redención no era un fenómeno especial ni extraordinario.

A decir verdad, para el general no había por qué tomar aquello más al pie de la letra que todo lo demás que se decía. -"Si el Redentor volviera otra vez a la tierra -pensaba él-, los hombres habrían de deshacer su gobierno lo mismo que cualquier otro." De su experiencia personal deducía que tal fenómeno se debía al exceso de libros y de artículos escritos por la gente de entonces. -"Ahora se ve lo razonable que es el reglamento militar -se decía- al prohibir a los oficiales la publicación de libros sin autorización especial de sus superiores." Stumm estaba algo estremecido: un amago tan fuerte de conformismo no lo había registrado desde hacía mucho tiempo. Sin duda, él mismo pensaba demasiado, lo cual era consecuencia

del contacto con el espíritu civil; el espíritu civil había perdido evidentemente el privilegio de poseer una estable concepción del mundo. Stumm lo veía claro y por eso enjuiciaba ahora desde otro punto de vista todas aquellas habladurías sobre la redención. Para explicarse este nuevo aspecto del problema, el general recurrió a los recuerdos de las antiguas lecciones de religión y de historia. No es tan fácil decir lo que pensó entonces; pero si se lo hubiera sacado alguien de su cabeza y lo hubiera desdoblado cuidadosamente hubiera contemplado lo siguiente: comenzando por la parte eclesiástica y contando con una viva fe en la religión se podía arrojar a un buen cristiano o a un piadoso judío desde el piso que se quisiera: siempre caía, por así decirlo, sobre los pies de su alma. Esto era debido a que todas las religiones, en sus explicaciones sobre la vida, sobrentendían un resto incalculable al que llamaban impenetrabilidad de los

designios de Dios; si al mortal no le salía bien la cuenta le bastaba con acordarse de aquel resto y su espíritu podía frotarse las manos satisfecho. A este caer-de-pie y al frotarse-las-manos se les llama “concepción del mundo”, cosa que ha olvidado el hombre contemporáneo. Éste debe abstenerse completamente de toda reflexión sobre la propia vida en la que muchos se complacen; de otro modo incurre en la discrepancia de tener que pensar y de no poder obtener nunca satisfacción completa. Esta discrepancia ha tomado frecuentemente, en el correr de los tiempos, tanto la forma de total incredulidad como la de renovada y completa sumisión a la fe; la forma que toma más comúnmente hoy día se identifica con la convicción de que no hay vida humana verdadera sin participación activa del espíritu y con el hecho de que tampoco la hay con excesiva espiritualización. En este principio se funda exclusivamente nuestra cultura. Ésta pone máximo empeño

en dotar de medios pecuniarios a los institutos de enseñanza e investigación, pero no invierte en ellos sumas demasiado elevadas, sino tales que se puedan comparar a las desembolsadas en diversiones, automóviles y armas. Dicha cultura abre todas las puertas al hombre capaz, pero cuida de que sea también un buen negociante. Reconoce cualquier idea después de haber opuesto alguna resistencia, pero ello redundará automáticamente en provecho de la idea contraria. Esto parece una tremenda debilidad y negligencia; pero supone también un gran esfuerzo consciente de hacer saber al espíritu que no todo es espíritu; pues si se tomase verdaderamente en serio, aunque sólo fuera una vez, alguna de las ideas que influyen en nuestra vida, de modo que no quedara nada de la idea contraria, nuestra cultura no sería más nuestra cultura!

El general tenía un pequeño puño de niño; lo apretaba y lo abatía sobre la

superficie de la mesa, como enfundado en un guante guarnecido con piel de cabra, mientras sus sentimientos le confirmaban la necesidad absoluta de un puño de hierro. Como oficial, poseía su “concepción del mundo”. El resto irracional de tal concepción se llamaba honor, obediencia, jefe supremo del ejército, parte tercera del reglamento de servicio y resumiéndolo todo, perseveraba en la convicción de que la guerra no es más que una continuación de la paz con medios más violentos, un orden enérgicamente vigilado, sin el cual el mundo no puede subsistir. Los gestos con que el general había golpeado sobre la mesa hubieran resultado un poco ridículos si un puño hubiera significado sólo algo atíptico y no algo espiritual, una especie de complemento indispensable del espíritu. Stumm von Bordwehr estaba ya bastante harto del mundo civil. Había descubierto que los bedeles de las bibliotecas eran los únicos hombres con una visión firme del estado

civil. Había comprendido la paradoja del exceso de orden, cuyo perfeccionamiento tendría que suponer inevitablemente inactividad. Sentía algo raro en su interior, como una aclaración al porqué de la existencia del orden máximo en el sector militar, siendo así que en éste ha de verse como una inexorable disponibilidad al sacrificio de la vida. Ciertas reflexiones inexplicables le habían conducido a la conclusión de que el orden evoca de alguna manera el deseo de derramar sangre. Stumm se dijo, preocupado, que no debería seguir trabajando a aquella marcha. -"¿Y qué es, en resumidas cuentas, el espíritu? -se preguntó rebelándose-. Yo creo que no es ése de quien se dice que sale a medianoche envuelto en una sábana blanca. ¿Qué puede ser, pues, sino cierto orden que imponemos a nuestras sensaciones y experiencias? Pero entonces -así concluyó, resueltamente satisfecho de su ocurrencia-, si el espíritu no es

más que experiencias ordenadas, no se le necesita para nada en un mundo ordenado.”

Dando un suspiro de alivio, Stumm von Bordwehr corrió la placa de la entrada declarando “libre” el acceso; luego se miró al espejo y se peinó para ocultar a los ojos de sus subordinados toda huella de emoción.

109 - Bonadea, Kakania; sistemas de felicidad y de equilibrio

SI había alguien en Kakania que no entendiera ni quisiera saber nada de política, era Bonadea; y sin embargo, no faltaban motivos que la relacionaran con las naciones irredentas: Bonadea (no confundirla con Diotima! Bonadea, la buena diosa, diosa de la castidad, cuyo templo había sido convertido por los designios del destino en escenario de todo libertinaje, esposa del presidente de una audiencia provincial o algo parecido, e infeliz querida de un hombre ni digno ni suficientemente necesitado de ella), Bonadea poseía un sistema y la política kakaniense no poseía ninguno.

El sistema de Bonadea había consistido hasta entonces en una doble vida. Satisfacía su propia ambición en el círculo de una familia con el sobrenombre de distinguida, encontrando en su trato social el placer de ser considerada como dama de gran cultura y estimación; cedía a ciertas tentaciones a que estaba expuesto su espíritu, con el pretexto de ser víctima de una hipersensibilidad constitucional o de un corazón que la inducía a hacer disparates; porque los disparates del corazón son tan honrosos como los crímenes romántico-políticos, incluso no siendo irreprochables las circunstancias concomitantes. El corazón desempeñaba idéntico papel que el honor, la obediencia y la parte tercera del reglamento en la vida del general; o también significaba para ella tanto como el resto irracional en la conducta de toda vida ordenada, el cual consigue al fin enderezar todo lo que no puede afrontar la razón.

Pero este sistema acusaba un defecto de funcionamiento: partía la vida de Bonadea en dos estados, no pudiéndose evitar graves perjuicios en el paso del uno al otro. Pues tan persuasivo se mostraba el corazón antes del desliz como alicaído después; y su propietaria bogaba de continuo sobre las olas espumosas de las tintas negras vertidas en los estados de su alma, los cuales rara vez se equilibraban. De todos modos, era un sistema; es decir, no era un juego de instintos abandonado a su arbitrio -algo así como el sentido que se quería dar en tiempos pasados a la vida haciéndola consistir en un balance automático de gusto y disgusto con un cierto saldo final de placer-, sino que compendia notables dispositivos espirituales para falsificar aquel balance.

Toda persona dispone de un método de esta especie para interpretar a su favor el balance de sus impresiones, de modo que en algún sentido deriva de ahí el mínimo

cotidiano de placer existencial, suficiente para ella en tiempos normales. El gusto que halla en la vida puede tener también una parte de disgusto; estas diferencias materiales no tienen importancia, ya que, como es sabido, hay tantos melancólicos felices como marchas fúnebres suspendidas en su propio elemento con no mayor gravedad que una danza en el suyo. Probablemente se puede afirmar, a la inversa, que muchas personas alegres no son más felices que las tristes, pues la felicidad cansa tanto como la infelicidad; estos dos estados corresponden más o menos al principio del volar más lento, o más ligero, que el aire. Pero en seguida se presenta otra objeción: ¿no será verdad la antigua sabiduría de los adinerados, al declarar que no tienen los pobres por qué envidiarles, puesto que creer que el dinero les hace más felices es sólo una ilusión? Lo que éste hace es simplemente imponerles la obligación de elegir un sistema distinto del de

su propia vida, cuyo balance de placer se podría saldar con el pequeño excedente de felicidad que posee de todos modos. Teóricamente, esto significa que la familia sin cobijo, si no se huela en una noche cruda de invierno, al aparecer los primeros rayos del sol matinal es tan feliz como la familia rica que ha de abandonar la cama caliente; y en la práctica resulta que cada cual lleva su carga con la paciencia de un asno, porque también se siente feliz el burro si se siente con fuerzas superiores al carro que arrastra. De hecho, ésta es la más convincente definición de la felicidad personal, comprensible mientras uno se considere como un simple asno. Pero en realidad, de verdad, la felicidad personal (o el equilibrio, el contentamiento, o como se quiera llamar a la más íntima tendencia automática de la persona) no es más autónoma que una piedra en un muro o que una gota de agua en la corriente de un río cargado con las fuerzas y presiones del

conjunto. Lo que un individuo hace y siente personalmente es insignificante en comparación con todo aquello de lo que tiene que deducirlo, ya que son otros los que lo hacen y sienten por él, como es debido. Nadie vive únicamente su propio equilibrio, sino que todos se sostienen apoyados en el equilibrio de los estratos que los rodean; y así, en la pequeña fábrica de gustos de la persona entra en juego un sistema de crédito moral extremadamente complicado, sobre el cual habrá que volver a hablar, porque pertenece al balance anímico del conjunto, no menos que al del individuo.

Desde que habían quedado sin resultado feliz los esfuerzos de Bonadea por reconquistar a su amado, los cuales la hicieron creer que se lo habían robado el espíritu y la energía de Diotima, estaba desmesuradamente celosa de aquella mujer; pero, como sucede en caracteres débiles, había encontrado en la admiración con que la

contemplaba una cierta explicación y compensación del detrimento, cosa que la consolaba en parte. En tal estado se hallaba desde hacía bastante tiempo, habiendo logrado ya la gracia de ser recibida por Diotima con la excusa de contribuir modestamente al desarrollo de la Acción Paralela, pero sin ser introducida en la sociedad de aquella casa. Por consiguiente, Bonadea se imaginó que entre Diotima y Ulrich tendría que mediar algún convenio. Así sufría por la crueldad de ambos; y puesto que ella también les amaba, se hizo la ilusión de que sus propios sentimientos eran de una pureza y abnegación incomparables. Por la mañana, cuando su marido abandonaba la vivienda, momento que ella esperaba impaciente, volaba al espejo y ante él se posaba, como un pájaro para aderezarse el plumaje. Luego se peinaba el cabello, lo ensortijaba, lo sujetaba, entrelazándolo cuantas veces fuera necesario para darle una forma comparable con el

moño griego de Diotima. Extraía y atusaba pequeños bucles; y aunque la obra resultara un poco ridícula, no lo notaba, pues frente a ella le sonreía, al Otro lado del espejo, un rostro cuya configuración general le recordaba de lejos a la divina. La seguridad, la belleza y la dicha de una criatura que ella admiraba se encabritaban dentro de ella en pequeñas olas, calientes, ligeras, de un misterioso consorcio, como sucede cuando uno está sentado en ía playa con los pies en el agua. Esta actitud, semejante a la veneración religiosa -pues desde las máscaras de los dioses con que se reviste el hombre primitivo hasta las ceremonias de la civilización tal gozo carnal de la devota imitación todavía no ha perdido su importancia-, había subyugado a Bonadea, haciendo que ella amara los vestidos y las apariencias con una especie de frenesí. Cuando Bonadea se miraba al espejo, ataviada con un vestido nuevo, jamás se le hubiera ocurrido pensar que vendrían

tiempos en que, en vez de, por ejemplo, mangas-gigot, escarolados sobre la frente y largas faldas de campana, llevaría falditas hasta las rodillas y peinado a la garfonne. Tampoco hubiera discutido la posibilidad, pues su cerebro no hubiera sido capaz de hacerse a aquella idea. Se vestía siempre como correspondía a una mujer distinguida y cada seis meses sentía ante la nueva moda el mismo temor reverencial que ante la eternidad. Si se hubiera arrancado a su capacidad de reflexión el reconocimiento de la caducidad de las cosas, no por eso hubiera disminuido en lo más mínimo tan profundo respeto. Ella, simplemente, aceptaba la violencia del mundo; y la época en que se doblaban las esquinas de las tarjetas de visita o se mandaban las felicitaciones de año nuevo a las casas de los amigos, o se quitaban los guantes para bailar, le parecía ahora, en una época en que ya no se hacía, tan pasada como para sus demás contemporáneos la

época vivida cien años antes, o sea, algo inconcebible, imposible y superado. Resultaba, por consiguiente, insólito ver a Bonadea sin vestidos; también ella aparecía entonces totalmente despojada de toda protección ideológica, haciéndose víctima desnuda de un apremio implacable que la asaltaba con la inhumanidad de un movimiento sísmico.

Aquel ocaso periódico de su cultura en las vicisitudes de un mundo enmohecido de materia ya no se repetía; y desde que Bonadea dedicaba cuidados tan misteriosos a su buen parecido vivía la parte ilegítima de su vida como viuda, experiencia que no había vuelto a tener desde sus veinte años. Bien se puede considerar regla general el hecho de que las mujeres que se esmeran demasiado en el arreglo de su figura son relativamente virtuosas, pues entonces los medios deshacan al fin; análogamente, de grandes campeones deportivos salen a menudo malos amantes; de oficiales al parecer demasiado

marciales, malos soldados; y de cabezas de espesa envidia intelectual, incluso cabezones. Pero para Bonadea no sólo se trataba aquí de un asunto de distribución energética; se había entregado, en su nueva vida, a una actividad sorprendente. Prolongaba sus cejas con el amor de un pintor, se esmaltaba ligeramente la frente y las mejillas para aureolar el natural, distanciándolo de la realidad mediante una débil exaltación propia del estilo sacro; regulaba los movimientos del cuerpo con un suave corsé bien ajustado, y ante sus grandes pechos, que le habían resultado siempre embarazosos y denigrantes por parecerle demasiado femeninos, se inclinaba con amor de hermana. Su marido no se sorprendía poco cuando, al hacerle cosquillas en el cuello, recibía como respuesta: -"No me estropees el peinado"; o cuando al preguntar: -"¿No quieres darme la mano?", ella contestaba: -"¡Imposible, estoy con el vestido

nuevo!” Sin embargo, la fuerza del pecado había soltado al mismo tiempo las bisagras con que ella tenía aprisionado su cuerpo, y giraba alrededor de Bonadea como un astro primaveral en torno a un nuevo mundo transfigurado; y, bajo la influencia de aquella especie de radiaciones inusitadas y suavemente atenuadas, se sentía liberada de su “hipersensibilidad” como de una pústula maligna. Su esposo se preguntó receloso, por primera vez desde que se habían casado, si no andaría por allí algún tercero perturbando la paz de su hogar.

Pero lo que se había revelado con aquello no era más que un fenómeno perteneciente al sistema de la vida. Los vestidos, apartados de la fluida corriente del presente y considerados en su fantástico ser, como forma superpuesta a una figura humana, son extrañas excrecencias y añadidos tubulares, dignos de figurar junto a las narigueras de los negros o los bezotes de los

indios; pero cómo fascinan vistos junto a los atributos de que revisten a su poseedor! Entonces ocurre lo mismo que cuando, con mucho ringorrango, se traza el sentido de una gran palabra sobre un pliego de papel. Imagínese que la invisible bondad y exquisitez de una persona aparece repentinamente suspendida detrás de la coronilla de su cabeza en forma de aureola, grande como la luna llena y dorada como la yema de un huevo, según se puede ver en viejos cuadros piadosos; y piénsese que este fenómeno tiene lugar en pleno paseo por la calle, o al tomar el té arrimado a un buen sándwich: resultaría sin duda uno de los más tremendos y estremecedores espectáculos. Ese poder de hacer visible lo invisible, e incluso lo inexistente, es el que demuestra a diario una prenda de vestir bien hecha.

Semejantes objetos se parecen a los deudores que devuelven con créditos enormes el capital que les hemos prestado; en realidad,

todo es cosa de deudas, pues los atributos de los vestidos los poseen también las convicciones, los prejuicios, las teorías, las esperanzas, la fe en algo, los pensamientos, e incluso la irreflexión, en cuanto ésta está persuadida de su propia verdad sólo gracias a sí misma. Todas estas cosas, al prestar-nos sus bienes, sirven a la causa de iluminar el mundo con el resplandor que irradiamos nosotros; y en el fondo, a esto se reduce ese problema para el que cada uno tiene su propio sistema de solucionarlo. Con un arte múltiple y considerable nosotros producimos una obcecación que nos permite vivir junto a las cosas más desorbitantes del modo más despreocupado, porque reconocemos en estas muecas congeladas del universo a una mesa o a una silla, a un grito o a un brazo extendido, a una velocidad o a un pollo asado. Entre el abismo de un cielo abierto sobre nuestras cabezas y otro abismo celeste ligeramente cubierto bajo los pies somos

capaces de sentirnos en la tierra tan tranquilos como en una habitación cerrada. Sabemos que la vida se pierde tanto en la inhumana anchura del espacio como en la inhumana estrechez del mundo atómico, pero entre una y otra consideramos “cosa del mundo” a toda una serie de imágenes, sin inquietarnos el hecho de que esto significa únicamente la preferencia de las impresiones que recibimos a una cierta distancia media. Tal actitud alcanza una altura considerablemente inferior a la de nuestra inteligencia, pero esto mismo demuestra la gran parte que toma nuestro sentimiento en ella. Efectivamente, las disposiciones espirituales más importantes de la humanidad sirven a la conservación de un constante estado de ánimo, y todos los sentimientos, todas las pasiones del mundo no son nada frente a los enormes esfuerzos, aunque completamente inconscientes, que hace la humanidad para mantener su gozosa serenidad. Apenas vale

la pena hablar de ello; así de irreprochable es. Pero si se observa de más cerca se ve que es un estado de conciencia extremadamente artificial el que confiere al hombre el derecho de entrada en el intermedio de las órbitas de los astros, y el que le permite meter dignamente la mano entre el segundo y el tercer botón de la chaqueta, dentro del casi infinito desconocimiento del mundo. Y para llevarlo a cabo, todo hombre, tanto el idiota como el sabio, no solamente utiliza sus ardides, sino que estos sistemas personales de los ardides se introducen con arte en las disposiciones morales e intelectuales que equilibran a la sociedad y a la colectividad, las cuales sirven en escala mayor al mismo fin. Este engranaje es parecido al de la gran naturaleza, donde todos los campos magnéticos del cosmos actúan sobre el de la Tierra sin que se note, porque el acontecimiento terrestre es cabalmente el resultado; y el alivio espiritual experimentado de ese modo es tan grande que

los más sabios, así como también las niñas pequeñas que nada saben, se consideran muy inteligentes y buenas en estado de reposo.

Pero de tiempo en tiempo, después de tales estados de satisfacción, que en cierto sentido podrían llamarse también estados coactivos del sentimiento y de la voluntad, parece que se nos echa encima lo contrario; o, para expresarlo en términos de manicomio, de repente les da a todas las ideas por huir a la desbandada sobre la Tierra, a continuación de cuyo aterrizaje la vida humana se organiza en torno a nuevos centros y a nuevos ejes. La causa de todas las grandes revoluciones -más profunda que el pretexto- no se encuentra en la acumulación de los inconvenientes, sino en el desgaste de la consistencia que sostiene la satisfacción artificiosa de las almas. Se podría citar, a este propósito, la famosa sentencia de los primeros tiempos de la Escolástica que en latín reza

“Credo ut intelligam”, y que, traducida un poco libremente a nuestro lenguaje contemporáneo, diría: “Señor, Dios mío, concede a mi espíritu un crédito a la producción!” Quién sabe si los credos humanos no son casos especiales de crédito! En el amor y en los negocios, en la ciencia y en los saltos acrobáticos, hay que creer antes de vencer y lograr; ¿y por qué no ha de valer esta misma ley en la vida entera? Suponiendo que su orden está bien fundado, siempre se mezcla una parte voluntaria de fe; ésta señala incluso, como en una planta, el punto de donde brota; y si se ha consumido esta fe, para la cual no hay cuenta ni garantía, la ruina no se hace esperar; las épocas y los reinos desaparecen, igual que los negocios, en cuanto se malogra el crédito. Y con esta consideración sistemática del equilibrio psíquico se habría pasado del hermoso ejemplo de Bonadea al triste de Kakania. Kakania era efectivamente el primer país al que Dios le retiró el crédito

en aquella fase del desarrollo, el gusto de vivir, la fe en sí misma y la capacidad -común a todos los Estados civilizados- de propagar la útil ilusión de tener una misión que cumplir. Era un país inteligente y albergaba hombres cultivados. Como todos los hombres cultivados de todos los lugares de la Tierra, éstos también discurrían entre el enorme revoltijo de ruidos, velocidades, innovaciones, controversias y todo lo demás que forma parte del paisaje óptico y acústico de nuestra vida, sin fijarse en una característica anímica determinada. Como todos los demás, también ellos leían y oían diariamente algunas docenas de noticias que les ponían los pelos de punta y estaban dispuestos a ponerse en movimiento, a intervenir. Pero no se llegó a ello; porque, momentos más tarde, el impulso cedía, detenido por nuevas emociones procedentes de su conciencia; como todos los demás, se sentían también rodeados de muerte, homicidios,

pasión, espíritu de sacrificio, grandeza: fenómenos enrollados en el ovillo que se había formado a su alrededor, pero no podían enredarse en aquellas aventuras por ser cautivos de su oficina o de cualquier otro puesto profesional; y cuando se liberaban por la tarde, la caldera hirviente de su interior, que no sabían en qué emplear, explotaba en diversiones que no les divertían. Y aún les ocurría otra cosa a los cultivados cuando no se entregaban tan exclusivamente como Bonadea al amor: perdían el favor del crédito y el del engaño. Ya no sabían adonde se dirigían sus sonrisas, sus suspiros, sus pensamientos. ¿Por qué habían pensado y sonreído? Sus opiniones eran casuales, sus tendencias existían allí desde tiempos atrás; de alguna manera todo pendía en el aire, como un esquema en el que se penetra. No podían hacer o dejar de hacer nada de todo corazón, porque no había una ley para su unidad. Así, el hombre cultivado era quien sentía la

presencia de deudas en continua progresión ascendente y la imposibilidad de saldarlas. Él era quien veía la inevitable quiebra y acusaba a la época en la que estaba condenado a vivir, aunque vivía en ella tan a gusto como cualquier otro; o bien, con el coraje de quien no tiene nada que perder, se precipitaba sobre toda idea que le prometiese algún cambio.

Claro está que aquello no era muy distinto de lo que estaba ocurriendo en todo el mundo; pero cuando Dios privó del crédito a Kakania hizo algo especial: revelar a pueblos enteros las dificultades de la civilización. Estos pueblos estaban instalados, en su suelo kakaniense, como bacterias, sin preocuparse de la ordenada redondez del délo o de cosa parecida; pero de repente se sintieron demasiado prietos. El hombre generalmente no sabe que se debe creer más de lo que es a fin de poder ser lo que es; pero de alguna forma lo tiene que percibir por endma o alrededor

de sí, y a veces puede verse repentinamente desprovisto de ello. Entonces le falta algo imaginario. En Kakania no había sucedido absolutamente nada y antes se había pensado que en eso precisamente consistía la antigua y discreta civilización kakaniense, pero esta nada resultaba tan inquietante como el no poder dormir o el no llegar a comprender. Y por eso, los intelectuales, una vez persuadidos de que las cosas tendrían carácter distinto en una civilización "nacional", no encontraban reparo en convencer de ello a los pueblos kakanienses. Era una especie de suplencia de la religión o del buen emperador vienés, o sencillamente una explicación del hecho incomprensible de que la semana tiene siete días. Hay muchas cosas inexplicables, pero cuando se canta el himno nacional no se sienten. Hubiera sido, naturalmente, el momento en que un buen kakaniense, a la pregunta: -"¿Qué es usted?", hubiera respondido con entusiasmo:

- "¡Nada!" Pues esto significa algo para aquel al que se habían dado plenos poderes con el fin de hacer de un kakaniense todo lo que no era todavía. Pero los kakanienses no eran porfiados y se contentaban con la mitad, esforzándose cada, nación en hacer de la otra lo que bien le pareciera. En tales circunstancias es difícil imaginarse los sufrimientos que no le aquejan a uno. Y a través de dos milenios de educación altruista nos hemos vuelto tan desinteresados que, cuando recae lo desagradable sobre mí o sobre ti, se hace partícipe siempre al vecino. Sin embargo, no se debe ver en el famoso nacionalismo kakaniense nada especialmente salvaje. Fue un fenómeno más histórico que real. Los habitantes del país se querían bien; es cierto que se daban de garrotazos y se escupían a la cara, pero esto lo hacían en consideración a una civilización superior, así como, por ejemplo, ocurre que una persona, que a solas no se atreve a hacer daño a una mosca,

condena a muerte a un hombre ante la imagen del Crucificado de la sala de juicios. Bien se puede decir: cada vez que sus yos superiores hacían una pausa, los kakanienses respiraban hondo y se sentían como mansos instrumentos para la comida, para cuya finalidad habían sido creados igual que todos los demás; al mismo tiempo se admiraban de las experiencias adquiridas como instrumentos de la historia.

110 - Desintegración y custodia de Moosbrugger

MOOSBRUGGER seguía en la cárcel esperando a que los psiquiatras repitieran el reconocimiento. Esto suponía una larga serie de días encadenados. Cada eslabón se desataba cuando le tocaba a él la vez, pero al atardecer volvía a la cadena confundándose entre los demás. Moosbrugger tomaba contacto con presidiarios, carceleros, corredores, patios, con un pedazo pequeño de cielo azul, con algunas nubes que atravesaban aquel recodo, con comida, agua, y de cuando en cuando con algún superior que se interesaba por él; pero estas impresiones eran demasiado débiles para imponerse de un modo estable. No tenía reloj ni sol, ni trabajo ni tiempo. Lo que siempre tenía era

hambre. Y también estaba siempre cansado, pero la vagancia en sus seis metros cuadrados le extenuaba más que el vagabundeo a lo largo de leguas. Se aburría con todo lo que hacía, como si se redujera a revolver un cubo de materia viscosa. Pero si consideraba el conjunto le parecía como si día y noche, comida y cena, visita y control se sucedieran sin interrupción, lo uno tras lo otro, y así se entretenía. El reloj de su vida se había trastornado; podía adelantarse o atrasarse. A Moosbrugger esto le gustaba y no le venía mal. Los acontecimientos, lejanos o recientes, no se separaban ya artificiosamente, sino que, siendo siempre los mismos, los que se situaban “en tiempos diversos” se desprendían de los demás como una cinta roja del cuello de un mellizo. Lo insustancial desaparecía de su vida. Cuando meditaba en ella, Moosbrugger hablaba despacio consigo mismo en su interior, y tanto acentuaba las sílabas principales como las secundarias; era

un canto a la vida, distinto del que se oye diariamente. A menudo se detenía largo rato en una palabra; y, cuando al fin la dejaba sin saber bien cómo, después de algún tiempo volvía la misma palabra a presentársele de repente en alguna parte. Se reía del gusto que le daba el que nadie supiera lo que le ocupaba. Es difícil encontrar una expresión adecuada para aquella unidad que su ser conseguía en algunas horas. No se requiere esfuerzo especial para figurarse la vida de un hombre comparada a un arroyo de rápida corriente; pero a juzgar por el movimiento que Moosbrugger percibía, en su cauce fluía el agua en remanso. A medida que avanzaba por una parte se atrasaba por otra, confundiendo así el rumbo característico de su vida. A él mismo, en un sueño que había tenido estando medio dormido, le había parecido que llevaba sobre sus hombros al Moosbrugger de la vida como si friera una chaqueta vieja de cuyo interior brotaba

ahora, al entreabrir la ocasionalmente, un forro caprichoso como unas olas de seda tan grandes como bosques.

Ya no quería saber lo que pasaba fuera. En alguna parte se hacía la guerra. Una gran boda se celebraba en algún lugar. Está para llegar el rey de Beluchistán, pensaba él. Por todas partes se ven tropas haciendo maniobras, las rameras andan al acecho, los carpinteros se asoman a los tejados. En las tabernas de Stuttgart manaba la cerveza de los mismos grifos amarillos que en Belgrado. En las grandes caminatas, uno se encuentra siempre con algún gendarme que pregunta por los papeles. En todas partes los sellan. En todas partes hay chinches, o no los hay. Trabajo, o nada que hacer. Las hembras son todas iguales. Los médicos de los hospitales son todos iguales. Al volver por la tarde del trabajo, la gente se queda en la calle sin hacer nada. Siempre y en todas partes ocurre lo mismo; a nadie se le ocurre nada. Cuando

el primer aeroplano atravesó el cielo azul volando por encima de la cabeza de Moosbrugger, aquello había sido hermoso; pero ahora pasaba un avión detrás de otro y todos eran parecidos. Era una monotonía distinta de la del milagro de sus pensamientos. No comprendía cómo lo había conseguido con tantos obstáculos como había encontrado en todas partes. Meneaba la cabeza. -"Este mundo...! -pensaba él-. Que se lo lleve el demonio! Y si viene el verdugo a llevarme a mí, no perderé gran cosa...!"

No obstante, Moosbrugger iba a veces a la puerta como arrebatado por sus pensamientos y forcejeaba en el lugar que en el interior de su celda correspondía al de la cerradura de fuera. Luego, en la mirilla veía un ojo que le observaba desde el corredor y en seguida oía una voz que le insultaba. Ante tales ofensas, Moosbrugger retrocedía inmediatamente a su puesto de la celda y entonces era cuando se sentía encarcelado y

defraudado. Cuatro paredes y una puerta de hierro no son nada especial cuando se entra y se sale. Una reja en la ventana no tiene gran importancia, y que el catre y la mesa de madera estén sujetos al suelo no es problema. Pero desde el momento en que a uno se le limitan los movimientos todo el conjunto se vuelve absurdo. Estas cosas, hechuras del hombre, estos criados, estos esclavos, de los que no se sabe qué aspecto tienen, se vuelven desvergonzados. Dan la voz de alto. Cuando veía cómo le tiranizaban con sus órdenes le venían ganas de arrojarse sobre ellos y descuartizarlos y a duras penas conseguía convencerse de que una lucha con aquellos servidores de la justicia no era digna de él. Pero era tan fuerte el hormigueo que sentía en sus manos que temía caer enfermo.

Habían escogido seis metros cuadrados del ancho mundo, y Moosbrugger los recorría ahora de un ángulo a otro. Por lo demás, los pensamientos de las personas sanas,

gozosas de libertad, se asemejaban mucho a los suyos. Aunque hacía poco tiempo que aquéllas se habían interesado vivamente por él, pronto le olvidaron. A Moosbrugger le habían colocado en su puesto de la misma manera que se mete un clavo en la pared; una vez dentro, nadie piensa más en él. El turno había llegado a otros Moosbruggers; no eran él, no eran tampoco los mismos, pero hacían el mismo servicio. Había sido un crimen sexual, una historia oscura, un homicidio horrible, la acción de un enajenado, la acción de un individuo semi-irresponsable, un encuentro para el que todos se deberían prevenir, una intervención satisfactoria de los servicios criminales y de la Justicia... tales conceptos y recuerdos, tan generales y pobres de contenido, introducen el acontecimiento, vacío de sustancia, en un punto cualquiera de su amplia red. El nombre de Moosbrugger cayó en olvido, cayeron en olvido también los detalles. Se había

convertido en una “ardilla”, en una “liebre” o en un “zorro”; la distinción exacta había perdido su valor; la conciencia pública no conservaba ninguna idea precisa de él, sino únicamente un recuerdo confuso, mortecino y lejano, parecido a la claridad grisácea que se divisa a través de un catalejo regulado para alcanzar una gran distancia. Esta debilidad de conexión, la crueldad de un pensamiento conmutado con los conceptos que le son gratos, sin preocuparse de la carga del sufrimiento y de la vida que con cada decisión se hace todavía más pesada: he ahí lo que tenía de común el alma de la generalidad con el alma de Moosbrugger; pero aquello que era sueño en su cerebro de loco, fábula, punto defectuoso o extraño en el espejo de la conciencia, que en vez de reflejar la imagen del mundo dejaba pasar la luz a través suyo, aquello faltaba en el alma de la generalidad, o existía algo de ello, a lo más, en contadas personas, y en su vaga excitación.

En lo que se refería a Moosbrugger, a éste y a ningún otro Moosbrugger, al que se le había alojado en aquellos seis metros cuadrados de mundo, a su alimentación, vigilancia, tratamiento reglamentario, determinación de la cadena perpetua o de su muerte, la tarea había sido encomendada a un grupo de personas relativamente pequeño que se conducía de manera muy distinta. Los ojos espiaban, desconfiados, en el desempeño de su servicio; las voces reprendían las más insignificantes transgresiones. Nunca entraban en su celda menos de dos carceleros.

Y cuando le sacaban fuera le ataban con grillos. Se actuaba bajo la influencia de un temor y una precaución en relación con el concreto Moosbrugger de aquel pequeño distrito, pero de alguna manera en rara contradicción con el tratamiento que recibía en general. El encarcelado se quejaba a veces de aquellas precauciones. Pero entonces, el

vigilante, el director, el médico, el cura, o cualquiera que fuera el que escuchaba sus protestas, poniéndole una cara inescrutable, le respondía que el trato que se le daba estaba conforme con lo prescrito. Así, las prescripciones eran un resarcimiento del perdido interés del mundo y Moosbrugger meditaba: -"Piensa que tienes una larga sogá al cuello y que no puedes ver al que tira de ella!" Estaba, como quien dice, atado a una esquina del mundo exterior. Personas que por lo general no pensaban en él y que ni estaban enteradas de su vida, o para las que él significaba, a lo más, tanto como para un profesor universitario de zoología una gallina común en la calle común de una aldea, actuaban de común acuerdo para preparar el destino cuyos empujones incorpóreos los sentía él en sí mismo. Una oficinista escribía en las actas del caso Moosbrugger unas notas suplementarias. Un registrador las manejaba según ingeniosas reglas mnemotécnicas. Un

consejero ministerial preparaba la instrucción más reciente para la aplicación de la pena. Algunos psiquiatras sostenían una polémica sobre la determinación de las líneas limítrofes entre predisposición psicopática de ciertos casos de epilepsia y su combinación con otros síndromes. Los juristas escribían sobre la relación entre las circunstancias atenuantes y las razones mitigantes. Un obispo se pronunciaba contra la general relajación de costumbres, un arrendatario de caza demandaba en juicio al justo esposo de Bonadea por el problema de la multiplicación de los zorros, con lo que aquel alto funcionario consolidaba su actitud en favor de la inflexibilidad de las normas jurídicas.

De tales acontecimientos impersonales se compone el acontecimiento personal de una manera por el momento imposible de describir. Si se despojaba al caso Moosbrugger de todo romanticismo individual, el cual

sólo le afectaba a él y a unas pocas personas más, por él asesinadas, no quedaba de su persona más que, aproximadamente, lo expresado en la lista de obras que el padre de Ulrich había adjuntado a una de las últimas cartas dirigidas a su hijo. Tal lista venía formulada así: AH. -AMP. -AAC. -AKA. -AR-ASZ. -BKL. -BGK. -BUD. -CN. -DTJ. -DJZ. -FBgM. -GA. -GS. -JKV. -KBSA. -MMW. -NG. -PNW. -R. -VSgM. -WMW. -ZGS. -ZMB. -ZP. -ZSS. -Addickes ibid. -Aschaffenburg ibid. -Beling ibid., etc., etc., o traducido en palabras: “Annales d’Hygiène Publique et de Médecine légale”, ed. Brouardel, París; “Annales Médico-Psychologiques”, ed. Ritti... etc., etc.; así toda una página llena de las siglas más abreviadas. La verdad no es, claro está, ningún cristal que se pueda meter en el bolsillo, sino un fluido ilimitado en el que uno cae. Piénsese que a cada una de estas abreviaturas se unen algunos cientos o docenas de páginas impresas, que a cada página se

une un hombre con diez dedos que la escriben, a cada dedo diez discípulos y diez adversarios, a cada discípulo y adversario diez dedos, y a cada dedo la décima parte de una idea personal; reflexiónese en ello y se obtendrá una pequeña idea de la verdad. Sin ella, incluso el famoso gorrión no puede caer del tejado. El sol, el viento, la comida lo han conducido allí; la enfermedad, el hambre, el frío o un gato lo han matado; pero todo esto no hubiera podido suceder sin leyes biológicas, psicológicas, meteorológicas, físicas, químicas, sociales y demás. Es tranquilizador ver que tales leyes sólo se buscan, y no se crean como en la moral y en la jurisprudencia. Por otra parte, en lo que concierne personalmente a Moosbrugger, él tenía, como se sabe, un gran respeto al humano saber del que participaba muy poco, pero jamás hubiera logrado comprender su situación, ni siquiera habiéndola conocido. Se la imaginaba borrosa. Su estado le parecía

inconsistente. Su poderoso cuerpo se resquebrajaba. El cielo miraba a veces al interior de su cerebro. Igual que antes y tan a menudo como en sus tiempos de vagabundeo. Pero incluso ahora, cuando su situación era bastante desagradable, nunca le abandonaba una cierta solemnidad, un sentimiento de importancia que afluía a él procedente de todo el mundo, a través de los muros de la prisión. Allí estaba Moosbrugger: posibilidad salvaje y clausurada de una acción temida, como una isla de coral deshabitada en medio de un mar inmenso de disposiciones que le rodeaban de un modo invisible.

111 - Para los juristas no hay personas medio locas

DE todos modos, la situación del delincuente es cómoda comparada con el fatigoso trabajo intelectual impuesto por la de los letrados. El acusador se hace eco de la verdad de que, en la naturaleza, es muy resbaladizo el paso de la salud a la enfermedad; sin embargo, lo que tiene que afirmar el jurista en tales casos es que “los motivos positivos y negativos en relación con la libre autodeterminación o con el conocimiento, de tal modo interrumpen y anulan el carácter delictivo de la acción que, para todos los sistemas del pensamiento, la decisión resulta siempre problemática”. El jurista nunca pierde de vista, por motivos lógicos, que “en una misma acción no se puede admitir la

mezcla de dos estados relacionados entre sí”, y no acepta que “el principio de la libertad moral, en relación con los estados de ánimo condicionados al estado físico, se disuelve en la nebulosa imprecisión del razonamiento empírico”. El jurista no toma sus conceptos de la naturaleza, sino que penetra en ésta con la llama del pensamiento y con la espada de la ley moral. Y por ahí se encontró una lucha en la comisión nombrada por el Ministerio de Justicia para la revisión del código penal en la que tomaba parte el padre de Ulrich; pero había sido necesario tiempo y exhortaciones en orden al cumplimiento de los deberes filiales antes de que Ulrich se apropiara de la exposición de su padre con todos sus anexos.

Su “afectísimo padre” -así firmaba éste todas las cartas, aun las más amargas- sostenía y exigía que una persona parcialmente enferma debería ser absuelta sólo en el caso de poderse demostrar que entre sus

alucinaciones era posible registrar algunas, las cuales, no siéndolo en realidad, justificaran la acción o eliminaran la punibilidad. En cambio, el profesor Schwung -quizá por ser desde hacía cuarenta años amigo y colega del anciano señor, circunstancia que habría de terminar al fin en una fuerte contrariedad- había sostenido y exigido que un individuo semejante, en el que los estados de responsabilidad e irresponsabilidad, no pudiendo coexistir jurídicamente, sólo admiten una sucesión alternativa, ha de ser absuelto en el único caso de resultar factible la demostración de que, en cuanto a la voluntad aislada, al inculpado no le había sido posible dominarse en el preciso momento de ejercitar la voluntad. Aquí estuvo el punto de arranque de la controversia. Un profano comprenderá fácilmente que al delincuente, el controlar cada movimiento de su sana voluntad en el instante de la acción le puede resultar no menos dificultoso que vigilar las

representaciones capaces quizá de fundamentar su punibilidad; pero no es incumbencia del derecho ofrecer un descanso al pensamiento ni a las negociaciones morales. Debido, pues, a que ambos letrados estaban igualmente convencidos de la dignidad del derecho, y no habiéndoles sido posible a ninguno de los dos atraerse a la mayoría de la comisión, se acusaron primero recíprocamente de error, y luego, en un rápido crescendo, de falta de lógica, de intencionada incomprensión y de menguado idealismo. Esto lo hicieron al principio en el seno de la indecisa comisión; pero después, cuando las sesiones comenzaron a en-callarse, a diferirse y tuvieron por fin que suspenderse durante largo tiempo, el padre de Ulrich escribió dos opúsculos: "El artículo 318 del Código Penal y el verdadero espíritu del derecho", así como "El artículo 318 del Código Penal y las fuentes turbias de la jurisprudencia"; y el profesor Schwung le criticó en la revista

Ciencias Jurídicas, la que Ulrich encontró entre los anexos.

En estos escritos polémicos aparecían muchas íes y oes, pues había que “esclarecer” el problema de si se podían o no unir con una “y” las dos opiniones, o si había que separarlas mediante una “o”. Y para cuando volvió la comisión a formar seno después de una larga interrupción, ya se habían dividido sus miembros en el partido de la “y” y en el de la “o”. Además surgió un tercer partido que proponía simplemente aumentar y disminuir la medida de la responsabilidad en relación directa con los ascensos y descensos de la capacidad psíquica, suficiente en circunstancias dadas de enfermedad para mantener el autodomínio. A este partido le salía al encuentro un cuarto partido insistiendo en que habría que empezar por decidir definitivamente si el autor del hecho fue o no responsable; pues la disminuida responsabilidad presupone la existencia de la

capacidad de hacerse responsable; y si al reo se le declara responsable en parte, el castigo ha de caer sobre él sin limitaciones, porque en criminología no se puede hacer abstracción de una parte determinada. Contra este partido se levantó otro nuevo admitiendo el principio citado, pero poniendo de relieve que la naturaleza no se atiene a él, ya que crea también personas medio locas; en consecuencia, a éstas se les puede otorgar el beneficio del derecho sólo prescindiendo de una disminución de su culpa, pero mitigando la pena en consideración a las circunstancias. Así, se formó todavía un partido de la responsabilidad y otro de su imputabilidad; y una vez que quedaron también éstos suficientemente fraccionados, quedaron libres los puntos de vista en cuya aplicación no se habían registrado todavía divergencias. Naturalmente, hoy día no hay especialista que haga depender sus polémicas de las habidas en la filosofía y en la teología; pero en forma

de perspectiva, es decir, con elementos tan vacíos como el espacio, y aproximando las cosas, aquellas dos tendencias rivales en torno a la suprema sabiduría se entremezclaban por todas partes con la óptica especializada. De este modo llegó a formularse cuidadosamente la complicada pregunta de si se podía considerar a un hombre moralmente libre, o sea, la antigua cuestión del libre albedrío: centro espectacular de toda discrepancia, aunque situado fuera del tapete. En efecto, si el hombre es moralmente libre, con el castigo se ejercerá sobre él una coacción práctica en la que teóricamente no se cree; pero si no se le considera libre, sino como punto de convergencia de fenómenos naturales estrechamente combinados, lo que se puede provocar entonces en él es una eficaz repugnancia, pero moralmente no está permitido imputarle lo que hace. De esta cuestión se derivó la formación de un nuevo partido, el cual proponía dividir al autor del

crimen en dos partes: una zoológico-psicológica, sustraída a las atribuciones del juez, y otra jurídica, que sería sólo una construcción, pero libre ante la ley. Afortunadamente, esta proposición se redujo a pura teoría.

Es difícil hacer justicia a la justicia en pocas palabras. La comisión estaba constituida por unos veinte letrados a los que era posible adoptar, los unos en atención a los otros, miles de actitudes, según se puede demostrar. Las leyes a corregir llevaban en vigor desde el año 1852; se trataba, pues, de algo muy consistente que no se podía cambiar sin más ni más. Sobre todo la estática institución del derecho no puede imitar las cabriolas de la moda espiritual del momento, conforme lo expresó justamente uno de los asistentes. La escrupulosidad que se debía empeñar en aquel trabajo se deducía de los datos estadísticos, según los cuales, aproximadamente el setenta por ciento de todas las

personas que nos perjudican con sus delitos tienen la seguridad de escapar a los organismos de nuestra justicia; por tanto, es obvia la necesidad de reflexionar más detalladamente sobre el recinto amurallado. Puede ser que desde entonces haya mejorado algo la situación; además, no sería del caso ver la verdadera intención de este relato reducida a una burla de cristal de hielo, florecido en las cabezas de aquellos jurisconsultos bajo la influencia de su razón; esto ha divertido ya a demasiados hombres de cerebro derretido. Al contrario: lo que impedía a los sabios asistentes usar sin prejuicios de sus facultades intelectuales era el rigorismo viril, el orgullo, la salud moral, la incolumidad y la comodidad, o sea, atributos del ánimo y, en gran parte, virtudes que, como se suele decir, no se deben perder. Ellos trataban al niño-hombre al estilo de los antiguos preceptores: como a un muchacho confiado a su tutela, el cual ha de mostrarse atento y obediente para

poder salir adelante; lo que esto originaba no era más que el sentimiento político anterior a la revolución del año 1848, propio de la generación precedente a la suya. Ciertamente, los conocimientos psicológicos de aquellos juristas se habían quedado unos cincuenta años atrás; pero esto ocurre fácilmente cuando se ve uno obligado a labrar una parcela de su propio campo cognoscitivo con las herramientas del vecino. Sin embargo, presentándose una oportunidad favorable, uno se recupera rápidamente; lo que siempre se retrasa, vanagloriándose incluso de su constancia, es el corazón del hombre, y sobre todo el del hombre metódico. La razón nunca se muestra tan seca, dura y espinosa como cuando su poseedor tiene una vieja debilidad de corazón.

Ésta condujo en último término a una explosión pasional. Una vez que las luchas consiguieron debilitar suficientemente a todos los participantes y lograron obstaculizar

la continuación de los trabajos se multiplicaron las voces partidarias de un compromiso semejante a las fórmulas compuestas cuando un contraste no demasiado concluyente tiene que ser encolado con una frase bonita. Aquellos hombres parecían inclinados a ponerse de acuerdo con la conocida definición, según la cual se considera responsables de sus actos a aquellos delincentes que, por poseer sanas sus facultades intelectuales y morales, son capaces de cometer acciones delictivas; esto es, quedan excluidos del ámbito de la responsabilidad los carentes de tales facultades. He aquí una definición extraordinaria que ofrece la ventaja de dar mucho quehacer a los delincentes, y que permitiría asociar el derecho al uniforme del presidiario con el título de doctor. Pero entonces, el padre de Ulrich, en vista de la benignidad amenazadora del año jubilar, y con una definición redonda como un huevo, realizó aquello que llamaba su

“sensacional viraje hacia la escuela social”. El pensamiento social nos enseña que el “degenerado” criminal no puede ser juzgado por las leyes de la moral, sino únicamente en la medida del peligro que represente para la sociedad. De ahí se sigue que cuanto más responsable aparezca, tanto más perjudicial será; de esto se sigue además, por vía de lógica forzosa, que los criminales más inocentes al parecer, o sea, los enfermos mentales, que por su naturaleza son los menos sensibles al influjo correccional del castigo, deben ser amenazados con las penas más duras; en todo caso, con penas de mayor severidad que las aplicadas a los sanos, a fin de que la fuerza de intimidación sea equivalente en ambos casos. Era de esperar que el colega Schwung no encontraría en parte alguna nada que objetar a aquella ideología social. Y así pareció ser en efecto; pero precisamente por eso recurrió a medios que indujeron de inmediato al padre de Ulrich a

abandonar también él el camino del derecho, el cual daba visos de perderse en el desierto inmenso de las infinitas disputas en las reuniones de la comisión; tales medidas movieron además al anciano letrado a dirigirse a su hijo, recomendándole el uso de las altas relaciones que él le había procurado en bien de su causa. ¿Y qué había hecho Schwung? En vez de intentar una refutación objetiva se había aferrado maliciosamente a la palabra “social”, y en una ulterior publicación la criticó haciéndola sospechosa de “materialismo” y de “espíritu prusiano”.

“Mi querido hijo -escribió el padre de Ulrich-: Oportunamente he puesto de relieve el origen latino de la escuela social del derecho, que nada tiene que ver con los principios del pensamiento prusiano; pero posiblemente esto resultará inútil frente a la denuncia calumniosa que con infernal perversidad especula sobre la impresión, necesariamente repulsiva, que es demasiado

fácilmente asociada con las ideas de "materalismo" y "Prusia". No se trata ya de reproches contra los que se pueda uno defender, sino de la propagación de un rumor, tan incalificable que las autoridades superiores no descenderán a examinar; y la necesidad de ocuparse de ello podrá ser mal vista tanto por la inocente víctima como por el perverso delator. Yo, que en toda mi vida he tenido a menos bajar por la escalera de servicio, me veo ahora obligado a rogarte..." En este estilo seguía la carta.

112 - Arnheim encumbra a su padre Samuel a la altura de las divinidades y toma la determinación de enseñorearse de Ulrich.

SSOLIMÁN quisiera saber detalles acerca de su real padre

Arnheim tocó la campanilla y mandó buscar a Solimán. Hacía tiempo que el nabab no había sentido necesidad de entretenerse con su doméstico y éste vagabundeaba a través del hotel.

La resistencia de Ulrich había conseguido al fin ofender a Arnheim.

Naturalmente, a Arnheim no se le escapaba que Ulrich tramaba algo contra él. Ulrich trabajaba desinteresadamente;

actuaba como agua sobre fuego, como sal sobre azúcar; intentaba perjudicar a Arnheim casi sin quererlo. Arnheim estaba seguro de que Ulrich abusaba de la confianza de Diotima para hacer observaciones irónicas y desfavorables acerca de él.

Reconocía que no le había ocurrido cosa parecida desde hacía mucho tiempo. Frente a Ulrich fallaba el método ordinario de sus éxitos. Pues la eficiencia de un gran hombre es como la de la hermosura: no soporta una contestación negativa, así como un balón tampoco aguanta una punzada, ni una estatua un sombrero sobre la cabeza. Una mujer hermosa resulta fea cuando no gusta; y un gran hombre, si no es apreciado, será algo mayor, pero no un gran hombre. Esto no se lo confesaba Arnheim, claro está, con idénticas palabras; pero pensaba: -"No tolero que se me contradiga, porque fuera de la inteligencia no hay nada que se desarrolle a

base de contradicciones y yo desprecio a quien no posee más que inteligencia.”

Arnheim suponía que no le sería difícil desarmar de alguna manera a su enemigo. Pero deseaba ganarse a Ulrich, influir sobre él, educarle y obtener a toda costa su admiración. Para facilitárselo a sí mismo se había hecho a la idea de que le quería con una afición profunda y contradictoria, pero que no sabía en qué la podría fundar. De parte de Ulrich no tenía nada que temer y nada que esperar; Arnheim sabía, además, que ni el conde Leinsdorf ni el jefe de sección Tuzzi eran amigos suyos; por lo demás, las cosas seguían, aunque algo lentamente, la trayectoria deseada. La reacción de Ulrich desaparecía frente a la acción de Arnheim, resultando aquélla una protesta abstracta; lo único que quizá podría conseguir tal reacción era retardar la decisión de Diotima paralizando un tanto la energía determinante de la maravillosa señora. Arnheim lo había

descubierto cuidadosamente y ahora no podía menos de reír. ¿Lo hacía apesadumbrada o maliciosamente? Tales diferencias no cuentan en estos casos. Le parecía normal que el espíritu de crítica y de contradicción propio de su adversario trabajaran sin querer a su servicio; era una victoria de la causa más profunda, una de las complicaciones de la vida que se manifestaba extraordinariamente clara y se resolvía por sí misma. Arnheim sentía el lazo del destino que le estrechaba junto al hombre más joven, y que le inducía a concesiones ni por él mismo comprendidas. Ulrich se mostraba inaccesible a sus avanzadas; era insensible, como un loco, a las ventajas sociales, y parecía que no se daba cuenta del ofrecimiento de aquella amistad, o que no la apreciaba.

Arnheim solía decir que Ulrich “tenía gracia”. Con esto expresaba la incapacidad de un hombre ingenioso en orden a reconocer las ventajas que ofrece la vida y en lo que

se refiere a adaptar su espíritu a los grandes objetos y ocasiones que le podrían conferir dignidad y estabilidad. Ulrich defendía la opinión opuesta y ridícula de que la vida es la que debe acomodarse al espíritu, Arnheim veía a su adversario ante sí: tan alto como él, más joven, sin la flojedad que ni él mismo lograba ocultar en su propio cuerpo; en su rostro se reflejaba cierta intransigencia que él consideraba, no sin envidia, herencia de una raza de sabios ascetas; así era la imagen que se formaba de la ascendencia de Ulrich. Aquel rostro se mostraba más despreocupado por el dinero y el éxito que lo que permitía a su posteridad una ambiciosa dinastía de especialistas en el negocio del ennoblecimiento. Pero algo faltaba en aquel rostro. Le faltaba la vida; las huellas de la vida faltaban horriblemente en él. Al contemplarle Arnheim delante de sí, le causó una impresión tan conmovedora que en ella reconoció nuevamente su inclinación hacia Ulrich;

a aquel rostro casi se le podía haber pronosticado una desgracia. Arnheim especuló sobre tan discordante sentimiento de envidia y preocupación: era una satisfacción triste, como la experimentada por quien se ha puesto a salvo con cobardía; y de repente, una violenta ebullición de envidia y de reprensión hacía surgir el pensamiento antes inconscientemente buscado y evadido. Se le había ocurrido que Ulrich podría ser muy bien un hombre capaz de sacrificar no sólo los intereses, sino todo el capital de su alma, requiriéndolo las circunstancias. Sí, también a esto se refería Arnheim al decir que Ulrich tenía gracia. En aquel momento, al recordar las palabras que él mismo había pronunciado, lo vio perfectamente claro: la idea de que un hombre podría dejarse arrastrar por su pasión hasta abandonar la atmósfera respirable le pareció “una gracia”.

Cuando entró Solimán al despacho y se presentó a su señor, éste casi no recordaba

ya por qué le había hecho llamar, pero sintió la tranquilizadora sensación de tener al lado a un ser vivo y sumiso. Paseaba de un lado a otro de la habitación y el disco negro del rostro de Solimán seguía sus movimientos. -"Siéntate -le ordenó Arnheim, quien, girando sobre sus talones, se detuvo en un ángulo y comenzó-: El gran Goethe, en un pasaje de su *Wílhelm Meister*, formula con cierto apasionamiento un principio de la vida ordenada, el cual dice: "Pensar para hacer; hacer para pensar!" ¿Entiendes esto? No, tú no lo puedes entender..." -se respondió a sí mismo y permaneció en silencio. -"Es una receta que contiene toda la sabiduría de la vida -pensó-, el que está intentando ser mi adversario sólo conoce la mitad: el pensar." Le pareció que también de esto se podía decir que "tenía gracia". Reconoció la debilidad de Ulrich. Las gracias proceden del saber, suponen una gran sabiduría lingüística, la cual indica el origen intelectual de esta

cualidad y su naturaleza fantástica, pobre de sentimientos; el gracioso es siempre indiscreto, sobrepasa los límites que otro, de más corazón, respeta. De este modo, el asunto de Diotima y el extracto del capital del alma se miraban ahora desde un punto de vista más solazado. Arnheim, mientras lo pensaba, dijo a Solimán: -"Es un principio que contiene toda la sabiduría de la vida; por eso te he quitado los libros y te he hecho trabajar."

Solimán no contestó, poniéndole una cara muy seria.

- "¿Tú has visto alguna vez a mi padre! -le preguntó Arnheim de repente-: ¿Te acuerdas de él?"

Solimán creyó oportuno desorbitar los ojos haciendo visible su parte blanca, y Arnheim dijo pensativo: -"¿Ves?, [y] mi padre casi nunca lee libros! ¿Qué edad calculas que puede tener? -Sin esperar respuesta, añadió-: Ha cumplido ya los setenta, y todavía está al tanto de todo lo que se relaciona

con nuestro negocio!” Arnheim emprendió de nuevo su paseo a través del despacho. Sintió un invencible deseo de hablar de su padre, pero no podía decir todo lo que pensaba. Nadie sabía mejor que él que también su padre fracasaba a veces en los negocios, pero si lo hubiera dicho nadie se lo hubiera creído, pues quien alcanza la fama de un Napoleón resulta vencedor incluso en las batallas en que ha sido derrotado. Por eso a Arnheim nunca le había quedado otro remedio, para mantenerse junto a su padre, que el elegido: poner el espíritu, la política y la sociedad al servicio del negocio. Parecía que también el viejo Arnheim se alegraba de ver en el Arnheim júnior tanta ciencia y capacidad; pero cuando se trataba de tomar una decisión importante, después de haber considerado y discutido la cuestión durante días enteros, bajo los puntos de vista técnico, productivo, financiero, intelectual y económico, les expresaba su agradecimiento y

ordenaba no raras veces lo contrario de lo que le habían propuesto; y a todas las objeciones les respondía sólo con una sonrisa de inapelable obstinación. A menudo los mismos directores meneaban la cabeza, pero antes o después se demostraba, de una manera o de otra, que el viejo tenía razón. Era como si un experimentado cazador o guía de montañas tuviera que asistir a una conferencia de meteorólogos y a continuación se orientara según las indicaciones de su reumatismo; en realidad no andaba tan descaminado, pues el reumatismo es en algunos asuntos más seguro que la ciencia. Por otra parte, no interesa tanto la exactitud del pronóstico; generalmente las cosas ocurren de modo distinto a como se esperaba; lo principal es abordar la resistencia con astucia y tenacidad. A Arnheim no le podía, pues, resultar difícil comprender que un hombre práctico con muchos años de experiencia sabe mucho y es capaz de averiguar el

desenlace de un negocio que se escapa a los alcances de la simple teoría; no obstante, llegó un día trascendental en el que descubrió que lo que tenía el anciano Samuel Arnheim era intuición.

-”¿Sabes tú lo que es la intuición?” -preguntó Arnheim siguiendo a sus pensamientos como si buscara la sombra de una disculpa para su deseo de hablar acerca de tal asunto. Solimán parpadeó con esfuerzo, como hacía al tener que dar cuenta de un recado olvidado; pero Arnheim se corrigió en seguida. -”Hoy estoy muy nervioso -dijo-; naturalmente, tú no lo puedes saber. Sin embargo, presta atención a lo que te voy a decir ahora: la tarea de hacer dinero nos pone, como te puedes imaginar, en situaciones no siempre nobles. El constante esfuerzo que requiere el calcular y el buscar las ventajas de toda acción contradice la gran imagen de la vida que pudieron hacerse en épocas más dichosas. Del homicidio se ha podido derivar

la aristocrática virtud de la valentía, pero dudo de que pueda suceder algo semejante con el cálculo; en él no hay indulgencia que valga, ni dignidad, ni profundidad. El dinero lo concretiza todo, lo racionaliza de un modo desagradable. Cada vez que veo dinero tengo que pensar, lo comprendas o no, en dedos que lo palpan incrédulos, en grandes gritos y mucho juicio; imágenes todas ellas igualmente odiosas.” Arnheim paró de hablar y se ensimismó de nuevo en su soledad. Se acordó de sus familiares, de cuando éstos le habían acariciado pasando la mano sobre su cabellera y diciéndole que tenía una gran cabecita. Buena cabecita para hacer cuentas. Odiaba aquella mentalidad. En las brillantes monedas de oro se reflejaba la inteligencia de una familia que había prosperado. Hubiera encontrado vil el avergonzarse de su familia; al contrario, precisamente en los ambientes de mayor alcurnia insistía él con señorial modestia en su ascendencia. Pero

temía que la inteligencia de su familia fuese, como el mucho hablar y el revoloteo de los gestos, una debilidad de familia que le haría imposible la vida en las alturas de la humanidad.

Quizá se encontraba aquí el origen de su veneración por lo irracional. La nobleza era irracional; esto sonaba casi como una broma acerca de la falta de nobleza en la inteligencia; pero Arnheim sabía a qué se refería. Le bastaba acordarse de cómo no había podido llegar a oficial de reserva por ser judío. Y como, por ser Arnheim, tampoco había podido ascender al insignificante grado de suboficial, le habían declarado inútil total para el servicio militar. Todavía hoy se resistía a reconocer la simple carencia de habilidad y buscaba algún modo de salvar su honor. Este recuerdo le dio ocasión de enriquecer con unas frases más su discurso a Solimán. -"Es posible... -prosiguió el tema en el punto en que lo había interrumpido, pues a pesar de

su repugnancia era metódico hasta en las digresiones- incluso probable, que la nobleza no haya designado siempre eso que nosotros llamamos ahora nobles sentimientos. Para lograr unir los territorios sobre los que se edificó después su superioridad, la nobleza no tuvo que ser menos calculadora y aplicada que lo que es hoy día un comerciante; el negocio de un comerciante se lleva a cabo quizá más sinceramente. Pero en el suelo yace una fuerza, ¿comprendes?, o sea, en el surco, en la caza, en la guerra, en la fe en el Cielo y en la labranza; en una palabra, en la vida corporal de estas personas que ejercitaron no tanto la cabeza cuanto sus brazos y piernas, en la proximidad de la naturaleza yace la fuerza que las hizo dignas, nobles y reacias a toda vulgaridad.”

Arnheim se puso a pensar sobre si su estado de ánimo no le habría llevado a hablar demasiado. Aunque Solimán no entendía el sentido de las palabras de su señor, era capaz

de dejarse impresionar por ellas en menoscabo del respeto y del homenaje debidos a la nobleza. Pero entonces sucedió algo inesperado. Solimán llevaba ya un rato deslizándose inquieto de un lado a otro. De pronto interrumpió a Arnheim con una pregunta: -"Perdone -dijo Solimán-, ¿es mi padre rey?"

Arnheim le miró estupefacto. -"Yo nunca he oído semejante cosa" -respondió entre severo y regocijado. Pero mientras observaba el rostro altivo, casi airado de Solimán, se apoderaba de él una especie de conmoción. Veía con buenos ojos que el joven tomara las cosas en serio. -"Este hombre no tiene ni pizca de gracia -pensó él-; pero el hecho no deja de ser trágico." De alguna manera le pareció que la falta de gracia equivalía a gravedad y plenitud de vida. En un tono instructivo, Arnheim respondió dulcemente al muchacho: -"No parece probable que tu padre sea rey; más me inclino a pensar que ejercerá algún oficio inferior,

pues donde yo te encontré fue en una compañía de saltimbanquis en una ciudad costera.”

-”¿Cuánto dinero dio por mí?” -le interrumpió Solimán, indagador.

-”Pero por Dios! ¿Crees que todavía lo recuerdo? Supongo que no sería mucho. Seguro! ¿Por qué te preocupa esto? Nacemos todos para que nosotros mismos nos conquistemos nuestro propio reino. El año que viene te mandaré, quizá, a hacer un curso de comercio; después podrás ingresar de aprendiz en alguna de nuestras oficinas. Dependerá de ti naturalmente el que lo consigas, pero yo no te perderé de vista. Tú podrías, por ejemplo, defender nuestros intereses entre gente de color allí donde tenga ésta algo en que intervenir. La misión habría que cumplirla con gran cautela, pero no cabe duda de que el hecho de que tú seas negro redundaría en ventaja tuya. En tal actividad reconocerías lo que te han valido los años

que has pasado bajo mi inmediata vigilancia; y una cosa puedo ya adelantarte: tú perteneces a una raza que conserva aún algo de la hidalguía de la naturaleza. En las leyendas caballerescas del Medioevo, los reyes negros desempeñaron siempre un papel honroso. Si tú cultivas lo que tienes de nobleza de espíritu, tu dignidad, tu bondad, tu franqueza, tu valentía para decir la verdad y tu mayor valor para abstenerte de la impaciencia y de los celos, de la envidia y de la nerviosa ociosidad que caracteriza a la mayoría de los hombres de la actualidad, si consigues esto, tendrás seguramente también tú un puesto entre los comerciantes, pues ésa es nuestra misión: crear en el mundo no solamente mercancías, sino también una forma especial de vida.”

Como hacía tiempo que no había hablado tan familiarmente con Solimán, a Arnheim le pareció que con aquella conversación podría quedar en ridículo ante un

tercero, pero allí estaban los dos solos. Por otra parte, lo que decía era sólo el disfraz de combinaciones de pensamientos más profundos, los cuales se los guardaba para sí. De este modo lo que había declarado sobre los sentimientos nobles y sobre el porvenir de la nobleza tomó en su interior la dirección opuesta de la de sus palabras. Le urgió la idea de que todavía nunca, desde que existe el mundo, ha surgido algo de la sola pureza espiritual y de los nobles sentimientos, sino al contrario: de una vulgaridad que escarmenta con el tiempo; al final proceden de ella los grandes y puros sentimientos. Es evidente, pensó, que ni el devenir de la aristocracia ni la transformación de un servicio de recogida de basuras en una gran empresa internacional descansan sólo en relaciones cuya conexión con una humanidad más elevada sea segura; sin embargo, de una de esas conexiones nació la cultura de plata del dixhuitième siècle, y de la otra Arnheim. Por

eso la vida le imponía un equívoco deber que él creía expresar con esta pregunta de tan profunda ambigüedad: ¿en qué medida se necesita y basta la vulgaridad para dar altura a los sentimientos?

En un plano distinto, sus pensamientos habían seguido el hilo de lo que acababa de decirle a Solimán acerca de la intuición y del racionalismo; y Arnheim se acordó, con mayor viveza, de cómo había averiguado, por primera vez, que su padre trataba los negocios a base de intuición. A la intuición atribuía la gente de entonces las acciones de las que no podían responsabilizar a la razón; equivalía más o menos al dinamismo de hoy día. Todo lo que se hacía mal, o lo que no llegaba a satisfacer, se justificaba atribuyéndolo a la intuición. La intuición se empleaba tanto para cocinar como para escribir libros. Pero el viejo Arnheim no sabía nada de todo aquello y se dejaba llevar lealmente del impulso interior de mirar sorprendido a su hijo.

Esto había sido para Arnheim júnior un motivo de júbilo. -"La tarea de hacer dinero - le decía él- nos obliga a una actividad mental no siempre noble. Junto a eso, nosotros, grandes hombres de negocios, estamos probablemente llamados a asumir la dirección de las masas en el próximo viraje de la historia, y no sabemos si seremos capaces moralmente. Pero si hay algo en el mundo que me puede infundir valor a tal efecto, eso eres tú, porque posees un don en el rostro y en la voluntad como lo poseyeron los reyes y profetas de los grandes tiempos de la antigüedad, los cuales fueron guiados por Dios. Tu modo de manejar los negocios es un misterio, y yo diría que todos los misterios que se ocultan al cálculo son de la misma categoría, ya se trate del misterio del valor, del de la invención o del de las estrellas." Con molesta claridad vio en su fantasía cómo la mirada del anciano Arnheim, que se había elevado para fijarse en él, a continuación de las primeras

frases volvía a posarse sobre el periódico para no levantarse, por mucho que el hijo siguiera hablando de negocios e intuición. Así sucedía siempre en las relaciones entre padre e hijo; Arnheim júnior lo proyectaba ahora en un tercer plano de pensamiento en la pantalla de los recuerdos. La superioridad que mostraba su padre en los negocios le oprimía continuamente, y veía en tal superioridad una fuerza fundamental que debería permanecer inaccesible al espíritu más complicado del hijo; apartaba el modelo del alcance de los esfuerzos inútiles y se creaba, al mismo tiempo, un título de nobleza para su propio abolengo. Con esta doble maniobra quedaba en buen lugar. El dinero se convertía en fuerza suprapersonal, mística, para la que únicamente los más antiguos tenían talla. Arnheim elevó a su bisabuelo al rango de los dioses, exactamente igual a como hicieron los antiguos guerreros, quienes probablemente consideraron a sus místicos

antepasados, no obstante su temor reverencial, como algo simples, comparados con ellos mismos. Pero en un cuarto plano, nada sabía él de la sonrisa que abarcaba al tercero; Arnheim volvió seriamente al mismo pensamiento mientras reflexionaba sobre el papel que esperaba desempeñar en el mundo. Tales planes del pensamiento no se deben tomar al pie de la letra, como si se tratase de diferentes estratos o suelos situados uno encima de otro; son únicamente expresión de movimientos permeables del pensar, caudal en el que desembocan distintos afluentes cuando su desarrollo se somete al influjo de fuertes contrastes en las sensaciones. Durante toda su vida Arnheim había experimentado una sensible repugnancia casi patológica ante la ironía y el humorismo, aborrecimiento que probablemente derivaba de una predisposición hereditaria, no menguada, hacia tales cualidades. La había inhibido porque, a su juicio, aquello era el colmo

de la vulgaridad y del proletariado intelectual; pero precisamente ahora, cuando más nobles y autointelectuales eran sus sentimientos, tal aversión se hizo patente en sus contactos con Diotima. Y en el momento en que las sensaciones de Arnheim se ponían, por así decirlo, de puntillas, le seducía la infernal posibilidad de escapar a las emociones elevadas mediante el recurso a una gracia oportuna sobre el amor, oída no rara vez en boca de personas subordinadas o rudas. Emergiendo a través de todos estos estratos, Arnheim miró de repente con ojos asombrados el rostro atento y oscuro de Solimán, que parecía un balón negro de boxeo en el que se había incorporado la incomprensible sabiduría de la vida. -"¿A qué ridiculeces me estoy exponiendo!" -pensó Arnheim.

Al terminar el señor aquel monólogo, el cuerpo de Solimán apareció en la silla como dormido con los ojos abiertos. Los ojos se pusieron en movimiento, pero el cuerpo

permaneció quieto, como si esperase una palabra que lo despertara. Arnheim se dio cuenta de ello, y en la mirada del negro leyó la ansiedad de saber más detalles sobre las intrigas que habían convertido en criado al hijo de un rey. Aquel rostro, adelantado como por la acción de las dos zarpas que lo sostenían, hizo que Arnheim se acordara en el mismo instante de un peón que había tenido al cuidado del jardín, y que le había robado sus colecciones; y se dijo, suspirando, que a él le faltaría siempre el instinto de la adquisición. Repentinamente le pareció que aquella ocurrencia resumía sus relaciones con Diotima. Con dolorosa conmoción se sintió en la cumbre de la vida, separado de todo lo que había tocado por la frontera de una sombra fría. No se trataba de un pensamiento vano para un hombre que acababa de citar el principio de tener que pensar para hacer, y que siempre se esforzaba por apropiarse de todo lo grande y

por reconocer el valor de las cosas pequeñas. Pero la sombra se había interpuesto entre él y los objetos de su deseo, a despecho de su voluntad, a la que nunca negaba nada. Y Arnheim, sorprendido, creyó averiguar con certeza que semejante sombra tenía alguna relación con aquellos escalofríos de suave luminosidad que habían estremecido su juventud; como si por un equivocado tratamiento se hubieran transformado en una finísima corteza de hielo. La pregunta de por qué no se habría derretido ante el noble corazón de Diotima era la única a la que no era capaz de responder; pero nuevamente le vino a la imaginación la figura de Ulrich, como un dolor muy desagradable que había esperado un simple toque para aparecer. Arnheim sabía que sobre la vida de aquel hombre se proyectaba la misma sombra que sobre la suya, pero en el otro producía un efecto distinto. Rara vez se reserva el puesto que por su fuerza merece entre las pasiones humanas

la pasión de un hombre que provoca los celos de otro hombre; y la revelación de que su impotente enojo contra Ulrich se asemejaba, en un plano más profundo, al encuentro hostil de dos hermanos que no se han reconocido, le proporcionaba una sensación muy fuerte y al mismo tiempo benéfica. Fijándose en esta comparación, Arnheim examinó con curiosidad sus dos naturalezas. El instinto bruto de adquisición con ventaja faltaba en Ulrich más que en él; y el sublime instinto de adquisición, el deseo de conseguir dignidades y grandeza, brillaba por su ausencia de una manera indignante. Tal hombre carecía de inclinación hacia el peso y la sustancia de la vida. Su celo concreto, incontestable, no se dirigía hacia la posesión del objeto; Arnheim se hubiera sentido tentado de pensar en sus propios empleados si el desinterés en sus actitudes profesionales no hubiese tenido, aplicado a Ulrich, una forma de insólito ensoberbecimiento. Mejor hubiera sido hablar

de un poseso opuesto a reconocerse poseedor. Quizá hubiera cabido representarse la idea bajo la figura de un luchador que ha abrazado voluntariamente la pobreza. También parecía posible hablar de un hombre puramente teórico; sin embargo, no era esto exactamente, porque en el fondo no se le podía llamar teórico. Arnheim se acordó entonces de haber explicado expresamente a Ulrich que las cualidades del pensador no aventajaban a sus habilidades prácticas. Pero si se le miraba desde el punto de vista práctico, no se podía con él. Así oscilaban en aquella hora los pensamientos de Arnheim, lo cual no sucedía por primera vez. Pero, no obstante las dudas sobre sí mismo que hoy le dominaban, le resultaba imposible ceder a Ulrich la prioridad en ningún punto; llegó, pues, a concluir que la diferencia decisiva estaría, con máxima probabilidad, en el hecho de que Ulrich fallaba. A pesar de todo, en el conjunto de este hombre había algo intacto y

libre; Arnheim empezó a dudar y confesó que aquello le recordaba el “secreto de todo” que él poseía y que el otro hombre ponía en tela de juicio. Sí se hubiese tratado solamente del acceso a la inteligencia mensuradora, ¿cómo hubiera sido posible aplicar a semejante hombre la misma conclusión desagradable de “tener gracia” que Arnheim había aprendido a temer en una persona con exactísimos conocimientos de la realidad como su padre? -”[A este hombre le falta, pues, algo!”- pensó Arnheim; pero como si fuera la otra parte de la certidumbre, se le ocurrió, casi en el mismo instante e independientemente de su voluntad, la frase: -”[Este hombre tiene alma!”

Este hombre conservaba todavía un alma intacta. Puesto que se trataba de una insinuación intuitiva, Arnheim no hubiera acertado a explicar lo que quería decir con semejante expresión; pero en cierto modo se refería a que todos los hombres, con el

tiempo, bien lo sabía él, disgregan su alma descomponiéndola en inteligencia, moral y grandes ideas, lo cual es un proceso irrevocable. En su mejor enemigo, el proceso no había llegado a su fin, de suerte que sobraba algo cuyo equívoco estímulo no se podía calificar correctamente, pero al mismo tiempo Arnheim reconocía que este algo mantenía relaciones extraordinarias con elementos del mundo inanimado, racional y mecánico, a los cuales no se les puede considerar componentes de la cultura. Arnheim, mientras reflexionaba acerca de todo esto y lo acomodaba al estilo literario de sus obras filosóficas, no había tenido tiempo para atribuir algo de aquello a los méritos de Ulrich, aunque sólo fuera a uno de ellos; Tan fuerte era la impresión que le había causado el descubrimiento! Puesto que él mismo había creado aquellas imágenes, creyó ser el maestro que, sin levantar la voz, adivina su posible resonancia. Sus pensamientos se

refrigeraron en el rostro de Solimán, quien le miraba de hito en hito desde hacía tiempo en espera de una ocasión para seguir preguntándole. El conocimiento de que no a todos es posible dar forma a sus propios juicios con la ayuda de un mudo semisalvaje aumentaba la dicha de Arnheim, derivada de ser él el único conocedor del secreto de su adversario, aunque algunos puntos no estaban claros, observación que se deducía de las consecuencias esperadas. Sentía simplemente el amor del usurero hacia la víctima en la que coloca capital. Y posiblemente fue la mirada de Solimán la que le inspiró de repente el propósito de atraer hacia sí, a toda costa, a aquel hombre que le parecía ser su propia aventura en cuerpo ajeno, aun teniéndole que adoptar como a un hijo. Se sonrió de aquella precipitada confirmación de un deseo cuya forma tenía que madurarse primero. Al mismo tiempo, se dirigió a Solimán, que le miraba con rostro contraído

por el ansia trágica de saber, y le cortó la palabra con la declaración: -"Me basta por ahora; lleva a la señora Tuzzi las flores que he encargado. Si tienes algo más que preguntar, ya lo pensaremos en otra ocasión."

113 - Ulrich conversa con Hans Sepp y con Gerda en el ambiguo lenguaje que hace de línea fronteriza entre el orden suprarracional y el infrarracional

ULRICH verdaderamente no sabía qué hacer para realizar el deseo de su padre, quien le instaba a prepararse para una entrevista personal con Su Señoría y otros patriotas distinguidos, gesto con el que debería mostrar su entusiasmo por la escuela social. Así las cosas, se fue a ver a Gerda para olvidarlo todo de una vez. En la casa encontró a Hans junto a ella, y Hans emprendió

inmediatamente la ofensiva: -"¿Ha puesto usted al director Fischel bajo su tutela?"

Ulrich respondió preguntándole evasivamente si Gerda le había contado algo sobre aquel asunto.

Sí, Gerda le había hecho algunas confidencias.

- "¿Y qué! ¿Quiere saber usted la razón?"

- "Se lo pido por favor!" -dijo Hans.

- "No es tan fácil, querido Hans."

- "No diga "querido Hans"!"

- "Entonces, querida Gerda -repuso Ulrich dirigiéndose a ella-, créame que no es nada fácil. He hablado ya tanto de eso, que puedo contar con la comprensión de usted."

- "Le comprendo, pero no le creo" -contestó Gerda intentando, con el tono y con la mirada, tender, desde su posición polémica al lado de Hans, un puente conciliador hasta Ulrich.

- "No le creemos -se adelantó Hans para interrumpir el acondicionamiento amable de

la conversación-; no creemos que usted lo pueda tomar en serio; es algo que se ha adjudicado usted mismo de alguna manera.”

-”¿Qué? ¿Quiere decir que... no se puede expresar con propiedad?” -preguntó Ulrich comprendiendo en seguida que el desvergonzado de Hans se refería a lo que había hablado él con Gerda en la intimidad.

-”¡Oh! Sí que se puede expresar perfectamente, tomando la cosa en serio.”

-”A mí no me lo parece. Pero lo que puedo hacer es contarles a ustedes una historia.”

-”Otra vez con historias! ¡Al parecer, usted narra historias como el gran padre Homero!” -exclamó Hans aún más impertinente y arrogante. Gerda le miró suplicante. Pero Ulrich, evadiendo el ataque, prosiguió: -”Una vez me enamoré profundamente; tendría entonces la edad que tiene usted ahora. Me enamoré de mi amor, de mi situación alterada, y no tanto de la mujer

correspondiente; en aquel tiempo conocí todo eso de lo que usted, sus amigos y Gerda hacen grandes misterios. Ésta es la historia que quería contarles.”

Ambos se admiraron de que fuese tan corta. Gerda preguntó vacilante: -”¿Es verdad que se ha sentido usted alguna vez muy enamorado?” Inmediatamente se enojó de haber preguntado aquello ante Hans, con la medrosa curiosidad de una adolescente.

Pero Hans intervino cortando la palabra a Gerda: -”¿Qué nos importan a nosotros esos asuntos! Es mejor que nos cuente lo que hace su prima entre esos quebradores de bancos en cuyas manos ha caído.”

-”Busca una idea con la que el espíritu de nuestra patria pueda imponerse soberanamente en todo el mundo. ¿No quiere prestarle usted su ayuda con alguna sugerencia? Estoy dispuesto a hacer de intermediario” - respondió Ulrich.

Hans se echó a reír burlescamente. “¿Por qué finge usted no saber que nosotros tratamos de impedir el desarrollo de esa empresa?”

-”Bueno, ¿y por qué ha de estar usted en contra?”

-”Porque representa una conspiración dirigida por este Estado contra el espíritu alemán -dijo Hans-. ¿Es cierto que no sabe usted que se está preparando un movimiento de grandes perspectivas para oponerle resistencia? Las intenciones del conde Leinsdorf han sido denunciadas a la Unión Nacional Alemana. La Sociedad de Escolares ha protestado contra el ultraje perpetrado al espíritu alemán. Las sociedades armadas de las universidades austríacas tomarán partido frente a las amenazas eslavas; y la Liga de Estudiantes, a la que yo pertenezco, no permanecerá inactiva, aunque tengamos que salir a la calle.” Hans se había levantado y había hablado mostrando cierto orgullo. Sin embargo,

añadió:- “Pero en definitiva, no es esto lo que importa. La gente exagera en la valoración de las circunstancias exteriores. Lo esencial es que no puede pasar nada.”

Ulrich preguntó por el motivo. Todas las grandes razas se proveyeron, ya en sus principios, de sus correspondientes mitos. ¿Existe un mito austríaco?, preguntó Hans. ¿Una religión primitiva de Austria? ¿Una epopeya? Ni la religión católica ni la protestante han nacido aquí; la tipografía y las tradiciones pictóricas vinieron de Alemania; la familia real procedía de Suiza, de España y Luxemburgo; la técnica, de Inglaterra y Alemania; las ciudades más bellas, como Viena, Praga, Salzburgo, fueron construidas por italianos y alemanes; y las fuerzas militares, organizadas según los modelos napoleónicos. Un Estado semejante no parece poseer nada propio; no le queda, pues, más remedio que anexionarse a Alemania. -”Ahora está usted

enterado de todo lo que deseaba saber de nosotros” -concluyó Hans.

Gerda dudaba de si podía enorgullecerse o avergonzarse de él. Su inclinación hacia Ulrich se había avivado en los últimos tiempos, aunque el deseo tan humano de desempeñar un papel importante lo satisfacía mejor junto a su amigo más joven. Lo singular era que esta muchacha estaba desorientada entre dos tendencias contradictorias: convertirse en una vieja señorita o entregarse a Ulrich. La segunda tendencia era la natural consecuencia del amor que sentía desde hacía años, un amor que no despedía llamas, sino que ardía mudo en su interior; y sus sentimientos eran parecidos a los del amor sentido hacia un ser indigno cuya alma es atormentada por una inclinación despreciable hacia un sometimiento corporal. En extraño contraste con los sentimientos, pero dependiendo quizá de ellos, justa y cabalmente como un anhelo de paz, se cernía en Gerda el barrunto de que no

se casaría nunca, y de que, al fin de sus sueños, llevaría una vida activa de solitaria tranquilidad. Éste no era un deseo nacido de convicciones, pues Gerda no veía claro lo que le afectaba a ella; era más bien una de esas sensaciones vaticinadoras que nuestro cuerpo registra mucho antes que nuestra inteligencia. En relación con ella estaba también el influjo ejercido por Hans sobre Gerda. Hans era un joven de presencia insignificante, huesudo, ni alto ni fuerte; se limpiaba las manos en el cabello o en la ropa, y continuamente sacaba del bolsillo un espejo pequeño, redondo, enmarcado en hojalata, debido a que le molestaban ciertas pústulas que nunca desaparecían de la desaseada piel de su rostro. Pero Gerda se imaginaba a los primeros cristianos de Roma, aquellos que, afrontando las persecuciones, habían venido a parar bajo el suelo de las catacumbas, en todo iguales a Hans, exceptuado, probablemente, el espejo de bolsillo.

Esto no significaba que concordara en todos los detalles, pero sí en ese sentimiento de fondo y horror que ella asociaba con la idea del cristianismo. Siempre le habían gustado más los perfumados y ungidos paganos; el tomar partido por los cristianos le costaba un sacrificio que lo achacaba a su carácter. Las exigencias de orden superior tenían para Gerda un ligero olor a algo enmohecido y odioso, y éste era muy apropiado para combinarlo con la mística mentalidad cuya puerta le abría Hans.

Ulrich conocía muy bien aquella mentalidad. Quizá haya que atribuirle al espiritismo que, con sus extraños avisos de ultratumba, evocadores del espíritu de cocineras fallecidas, sacia la ruda y metafísica necesidad de sorber, si no a Dios, por lo menos a los espíritus, con cuchara, como si fueran un manjar, una sopa helada, que se desliza a oscuras garganta abajo. En tiempos más antiguos, aquella necesidad de tomar contacto

personal con Dios o con sus acompañantes, necesidad satisfecha, al parecer, en los estados de éxtasis, constituía, a pesar de que se presentaba frágil y maravillosa en parte, una mezcla de vulgar comportamiento terreno y de experiencias de un estado sospechoso, muy extraordinario e indefinible. El elemento metafísico era lo físico introducido en aquel estado, un reflejo de deseos terrenos, pues se creía ver en él aquello cuya figuración oportuna, acomodada a los tiempos, hacía esperar que llegara a revelarse un día. Pero precisamente las representaciones de la inteligencia cambian con el tiempo y se vuelven, a la larga, increíbles; si hoy contara alguien que se le ha aparecido Dios, que le ha hablado, que le ha agarrado por los pelos produciéndole dolor y que le ha atraído hacia Sí; o que se lo ha metido en el pecho de una manera no muy fácil de concebir pero suavísima, tales representaciones no las creería nadie, y menos naturalmente las

autoridades oficiales de Dios, porque, como hijos de una era racionalista, sienten el miedo humano de comprometerse con fieles exaltados e histéricos. De aquí se deduce que: o bien hay que calificar de alucinaciones y fenómenos morbosos las experiencias frecuentes y manifiestas que se registraron en el Medioevo y en el paganismo de la antigüedad, o bien hay que suponer que en ellas se daba algo independiente de las experiencias místicas con las que aquéllas han sido relacionadas siempre hasta ahora; punto clave de la experiencia en el que se debería creer de acuerdo con los principios empíricos más estrictos, y del que tendría que resultar después un problema muy importante antes de pasar a la segunda cuestión, es: ¿qué conclusiones se pueden deducir de lo dicho, respecto a nuestras relaciones con el mundo sobrenatural? Y mientras a la ordenada fe de la teología le toca luchar duramente contra las dudas y contradicciones del imperante

racionalismo de la actualidad, parece que, de hecho, las experiencias fundamentales de los éxtasis místicos, los acontecimientos desnudos, despojados tanto de los velos conceptuales y tradicionales como de las viejas imágenes religiosas, estas experiencias, que quizá ya no se pueden llamar exclusivamente religiosas, se han extendido muchísimo y constituyen el alma de aquel movimiento multiforme e irracional que vaga errante a través de nuestro tiempo como una ave nocturna perdida durante el día.

Una partecita ridícula de este polifacético movimiento estaba representado por aquel círculo y torbellino en el que Hans Sepp desempeñaba su papel. Si se hiciera un recuento de las ideas que se sucedían en semejante sociedad -cosa, por lo demás, prohibida por los principios fundamentales allí en vigor, los cuales rechazaban números y medidas- se descubriría el postulado platónico, primario aunque retraído, del matrimonio de

prueba y camaradería, y hasta la poligamia y la poliandria; después, en cuestiones de arte, se revelaría la mentalidad inmaterial orientada a los valores universales y eternos que, con el nombre de expresionismo, se desviaba despreciativamente de los toscos fenómenos y velos, o sea, de los “planos exteriores” cuyas fieles reproducciones, aunque parezca mentira, habían sido consideradas en la generación precedente como revolucionarias. En perfecta armonía con esta intención abstracta de representar directamente un “plano esencial” del espíritu y del mundo sin muchas circunstancias externas estaba también la intención más concreta y limitada del arte nacional, a cuyo servicio se creían obligados aquellos jóvenes por las órdenes que recibían de sus almas alemanas y de su rendida veneración. Así se habían recogido en el camino del tiempo las más maravillosas ramitas y hierbas de colores con las que el espíritu hace su nido; pero entre

ellas, las exuberantes representaciones del derecho, del deber y de la fuerza creadora de la juventud tenían una importancia tal que obligan a mencionarlas más detalladamente. Los tiempos actuales, se decía, no reconocen los derechos de la juventud, porque el hombre vive, hasta hacerse mayor de edad, como si careciera de derechos. Padre, madre o tutor pueden vestirle, alimentarle, alojarle a su antojo, castigarle y, según Hans Sepp, echarle a perder mientras no traspasen un lejano límite jurídico que garantiza al hijo, a lo más, una especie de protección animal. El hijo pertenece a los padres como el esclavo a su señor; debido a su dependencia económica, es propiedad, objeto del capitalismo. Este “capitalismo de la prole”, expresión que Hans había leído u oído en alguna parte y que él mismo había desarrollado después, fue lo primero que explicó a la desconcertada colegiala Gerda, a quien hasta entonces no le había faltado nada en casa. El cristianismo

habría aligerado el yugo de la esposa, pero no el de la hija; la hija vejeta porque se siente obligada a permanecer al margen de la vida. Tras estos preámbulos, Hans le enseñó a elaborar el derecho del hijo y su educación conforme a las leyes de su propio ser. El hijo es creador porque él es crecimiento y se edifica a sí mismo. Es un ser regio porque dicta al mundo sus ideas, sentimientos e imaginaciones. No quiere saber nada de un mundo de confección casual y construye el mundo de sus ideales. Posee su propia sexualidad. Los adultos cometen un pecado bárbaro al destruir la virtud creadora del hijo arrebatándole su mundo, al ahogárselo con el saber muerto y convencional, y al orientárselo hacia fines precisos y extraños. El niño no es productivo, su actividad se reduce al juego y al crecimiento; acepta sólo aquello que verdaderamente puede asimilar, a no ser que se haga uso de la violencia; todo objeto que toca adquiere vida; el niño es un mundo,

un cosmos, intuye lo último y absoluto, aunque no lo sepa expresar; pero se mata al niño enseñándole a comprender los fines y encadenándole a las circunstancias de cada caso, a las cuales se les llama, hipócritamente, realidad.

Esto a propósito de Hans Sepp. Cuando comenzó a sembrar aquella doctrina en la casa Fischel había cumplido ya veintiún años de edad, y Gerda no tenía menos. Además, hacía tiempo que había perdido a su padre; ya su madre, dueña de un pequeño comercio con el que los mantenía a él y a su hermana, le daba malos tratos desahogando así su corazón, de modo que no se pueda decir que hubiera motivos inmediatos para justificar aquella filosofía acerca de la opresión de la pobre infancia.

Gerda, al escucharle, vacilaba también entre una dulce tendencia pedagógica en orden a la educación de hombres para el futuro, y el aprovechar aquello

inmediatamente, en sus luchas con Leo y Klementine. Sin embargo, Hans Sepp iba más a fondo, y lo resumía con la frase: -"¡Todos deberíamos permanecer niños!" Tal obstinación por mantener la lucha en pro de la infancia podría derivar de un apremio precoz de independencia; pero la causa principal estaba en que el lenguaje del Movimiento juvenil, entonces en pleno auge, era el primero que había sugerido palabras a su alma; las palabras le llevaban de una a otra, como hace un verdadero lenguaje, y con cada palabra decía más de lo que quería decir. La frase de que todos tenemos que permanecer niños desarrolló conocimientos muy importantes. En efecto, el niño no debe alterar su ser ni despojarse de él para transformarse en padre o madre; esto tiene lugar solamente al hacerse uno "burgués", esclavo del mundo, sujeto "conducente". Es, pues, justo decir que lo burgués envejece y que el niño se resiste a convertirse en burgués; con esto se

resuelve la dificultad objetable de que con veintiún años nadie debe comportarse como un niño, pues la lucha dura desde el nacimiento hasta la vejez y sólo termina con la destrucción del mundo burgués mediante el mundo del amor. Aquí alcanzaba la doctrina de Hans Sepp su más alto grado; todo ello llegó a saberlo Ulrich poco a poco de labios de Gerda.

Él fue quien descubrió una interdependencia entre lo que aquellos jóvenes llamaban su amor -también comunidad- y entre las consecuencias de un estado raro, fanático-religioso, antimitológico-mítico, o quizá sencillamente de enamoramiento; tal estado lo sentía él en sí mismo sin que los demás lo advirtieran, porque él se limitaba a ridiculizar los síntomas de tal estado observados en ellos. De este modo se dirigió a Hans y le preguntó inmediatamente por qué no quería intentar servirse de la Acción Paralela para

fomentar la “comunidad de gente completamente des-yoizada”.

-”¡Porque no es del caso!” -replicó Hans.

Seguidamente entablaron ambos una conversación que a un extraño le hubiera causado una impresión curiosa, parecida a la de un diálogo en el lenguaje de los bandoleros, aunque éste no era otro que el lenguaje mixto del enamoramiento sacro-profano. Es, por eso, preferible reproducir el coloquio no tanto palabra por palabra cuanto atendiendo al sentido. La “comunidad de gente completamente des-yoizada” era una fórmula inventada por Hans; sin embargo, resultaba inteligible, pues cuanto más desprendido de sus propios intereses se siente el yo, tanto más claras y vigorosas se hacen las cosas del mundo; cuanto más ligero se vuelve, tanto más elevado se encuentra. Experiencias de esta clase las tiene cualquiera. Pero no se han de confundir con la alegoría, el regocijo, la despreocupación o cosa parecida;

éstos acuden sólo como contrapartida de un uso vulgar, si no viciado. Quizá no debería darse al estado auténtico el nombre de “elevación”, sino el de “desblindaje”; desblindaje del yo; así se explicaba Hans. Hay que distinguir entre dos barreras que se le imponen al hombre. La una será saltada cada vez que la persona realice algo bueno y desinteresado, pero éste es sólo un muro pequeño. El grande lo forma el egoísmo del hombre más altruista, o sea, sencillamente el pecado original. Toda sensación, todo sentimiento, incluso el de entrega es, en nuestro obrar, más un acto de recepción que de dádiva, y apenas se puede evadir nadie a la acción de este destructor egocentrista. Hans detalló: el saber no es, pues, más que la apropiación de una cosa ajena; se la mata, descuartiza y digiere como a un animal. Concepto = rigidez cadavérica. Convicción = enfriamiento de relaciones inmutables. Equivalencia de investigación = fijación. Carácter = indolencia en

orden a transformarse. Resultado del conocimiento de una persona = insensibilidad frente a sus sugerencias. Alcance = vista. Verdad = afortunada tentativa de pensar objetiva e inhumanamente. En todas estas relaciones, hay matanza, hielo, un deseo de posesión y congelación, una mezcla de egoísmo y de desinterés objetivo, cobarde, insidioso e ilegítimo. -"Y el amor... -preguntó Hans, a pesar de que no conocía más que a la inocente Gerda- ¿cuándo deja el amor de ser deseo de posesión o de entrega con reciprocidad de pago?"

Ulrich aprobó cautelosamente, rectificando, las no tan coherentes afirmaciones. Es cierto que el deseo de sufrimiento y la renuncia de nosotros mismos nos proporciona ahorros; una sombra pálida, gramatical, por así decirlo, de egoísmo, se posaría incluso sobre todo obrar, dado que no existe predicado sin sujeto.

Pero Hans protestó enérgicamente. Él y sus amigos disputaban sobre el modo de vivir la vida. A veces admitían el principio según el cual hay que comenzar por vivir para sí y luego para los demás. Otras veces se mostraban convencidos de que no es posible tener más que un amigo verdadero, pero éste siente necesidad de otro amigo más, de lo que deducían que la comunidad es como una asociación de almas en cadena circular a manera de espectro solar u otra clase de eslabonamiento; pero su creencia favorita se cifraba en que existe una ley psíquica del sentido comunitario levemente ensombrecida por el egoísmo, una interior y enorme fuente de vida, todavía inutilizada, a la que atribuían aventuradas posibilidades. El árbol que lucha y se protege en el bosque no puede tener de sí mismo una conciencia más vaga que los hombres sensibles de hoy día al sentir el oscuro calor de la masa, su fuerza motriz, los invisibles procesos moleculares de su

inconsciente cohesión, los cuales les recuerdan, a cada hálito, que tanto el mayor como el menor no están solos. Así le pasaba también a Ulrich. Éste veía claro que del egoísmo domesticado sobre el que se edifica la vida se deriva una ensambladura ordenada, junto a la que el aliento de la comunidad resulta sólo un compendio de confusas interdependencias; y él, personalmente, era inclinado al aislamiento, pero le conmovía de un modo singular la tesis extravagante de los jóvenes amigos de Gerda a propósito del muro grande por saltar.

Hans recitaba sus credos, unas veces canturreando, otras tropezando, con los ojos fijos en el vacío, sin ver nada: una hendidura anormal atraviesa la creación dividiéndola como a una manzana en dos partes a las que deja secarse. Por eso, hoy día deberíamos apropiarnos de manera artificiosa y antinatural aquello con lo que antes formábamos una unidad. Pero tal separación se puede

evitar mediante una apertura, cambiando de actitud; pues cuanto más capaz sea uno de olvidarse, apartarse y desprenderse de sí mismo, tanta más fuerza quedará en él para el servicio de la comunidad; y al mismo tiempo, cuanto más se acerque él a la comunidad, de tanto más se apropiará. Siguiendo a Hans, la verdadera originalidad no se mide por el grado de vanidosa singularidad, sino por el de apertura, por el grado ascensional de participación y entrega logrando alcanzar quizá el máximo grado a que puede llegar una comunidad de gente desyoizada, totalmente absorbida por el mundo.

Aquellas frases, que al parecer no eran posibles de rellenar con nada, le hacían soñar a Ulrich sobre el modo de darles un contenido auténtico, pero simplemente preguntó a Hans cómo llevaría él a la práctica aquella apertura.

Hans disponía de palabras desmesuradas para responder: lo trascendente en lugar

del yo sensitivo, el yo gótico en vez del naturalístico, el reino de la entidad sustituyendo a los fenómenos, la vivencia absoluta e imponentes sustantivos por el estilo aplicados al conjunto de sus indescriptibles experiencias, así como se suele hacer frecuentemente -dicho sea de paso- en perjuicio de una cosa y en provecho del acrecentamiento de su dignidad. Y puesto que la situación, a veces sólo imaginada, no duraba más que cortos instantes de recogimiento, quedaba por afirmar que lo del otro lado del muro no se revela hoy día más que a saltos, en una visión ultracorpórea, difícil de retener y comprender, cuyo sedimento forma a lo más alguna gran obra de arte. Al hablar acerca de éstas y otras señales sobrenaturales de la vida, le venía a la boca su palabra favorita “símbolo” y la aventura de creerlo y admirarlo, cosa propia de los portadores de la dispersa sangre germana. De esta manera, en una sublime variante, en conformidad con el modelo de los

“buenos tiempos antiguos”, consiguió explicar cómodamente que la duradera captura de lo esencial pertenece al pasado y elude el presente; la discusión había partido precisamente de esta afirmación.

A Ulrich le había exasperado aquel parloteo supersticioso. Durante largo tiempo había sido para él un problema pendiente el porqué de la atracción ejercida por Hans sobre Gerda. Ella estaba sentada al lado, lívida, sin tomar parte activa en la conversación. Hans Sepp sostenía una gran teoría del amor y Gerda probablemente encontraba en ella el sentido más profundo de su vida. Ulrich dio pábulo al coloquio, afirmando -con toda clase de reservas para no aventurarse en semejantes argumentaciones- que el último grado de exaltación que puede sentir un hombre no surge de la usual actitud egoísta con la que uno se apropia todo lo que le sale al paso, ni, como los amigos defendían, de lo que se podría llamar exaltación del yo

mediante apertura y donación; es más bien un estado de quietud en el que no cambia nada, como en el agua estancada.

Gerda se animó y quiso saber cómo entendía él aquello.

Ulrich respondió diciéndole que Hans no había hablado en todo aquel tiempo más que de amor, aunque lo hubiera disfrazado con un ropaje de fuerza; había hecho reflexiones sobre el amor de los santos, sobre el amor de los anacoretas, sobre el amor desbordado de los deseos -descrito siempre como un desbaratamiento, como una relajación, como una inversión de todas las relaciones cósmicas-, sobre el amor que, en todo caso, no significa un simple sentimiento, sino una metamorfosis del pensar y de los sentidos.

Gerda le miró como si quisiera saber si él, con su ciencia superior, había experimentado todo aquello, o averiguar si de aquel hombre, secretamente, amado y

sentado a su lado sin hacer gran alarde de ello, emanaba o no una irradiación capaz de unir dos seres corporalmente separados.

Ulrich adivinó el pensamiento de Gerda. Tenía la impresión de hablar en un idioma extraño a sus dominios en el que podía moverse sin dificultad, pero superficialmente, sin que las palabras enraizaran en su interior. -"En ese estado en el que se traspasan los límites generalmente impuestos a la conducta -dijo él- se entiende todo, porque el alma acepta sólo aquello que le pertenece; en cierto sentido, el alma sabe por adelantado todo lo que le sucederá. Los amantes no pueden contarse novedades; tampoco existe para ellos el conocimiento. El amante no conoce de la persona a la que ama más que el movimiento que, de una manera indescriptible, la pone en actividad interior. Conocer a una persona no amada significa para él incluirla en el amor, como si fuese un muro muerto iluminado por la luz del sol. Y

conocer una cosa inanimada no significa examinar una por una todas sus propiedades, sino que tal conocimiento se refiere más bien a la caída de un velo o al levantamiento de una barrera, actos impropios del mundo perceptible. Hasta lo inanimado es introducido, desconocido como es, pero con confianza, en el círculo amistoso de los amantes. La naturaleza y el espíritu característico de los amantes se mira mutuamente a los ojos; se trata de dos direcciones en una misma acción, afluencia en dos sentidos e incendio de dos extremos. Y, entonces, es absolutamente imposible conocer a una persona o cosa sin relación consigo mismo, porque enterarse de algo supone una toma de conciencia con las cosas. Éstas mantienen su figura, pero aparentan reducirse a cenizas; algo se desvanece en ellas, quedando convertidas en simples momias. Por eso, tampoco existe la verdad para los amantes; ésta sería un callejón sin salida, un fin, la muerte del pensamiento

que, mientras él vive, se asemeja al nimbo respirante de una llama donde luz y tinieblas yacen pecho contra pecho. ¿Cómo se puede evidenciar algo aislado allí donde todo resplandece? ¿De qué sirve la limosna de la seguridad y de la univocación en medio de la superabundancia? ¿Y cómo puede uno desear todavía algo para sí solo, aunque sea simplemente lo amado, cuando se ha experimentado cómo los amantes no se pertenecen ya a sí mismos, sino que se tienen que donar a todo lo que se les presenta entrelazado en su recíproca mirada?”

Dominando este lenguaje, se puede seguir empleándolo sin esfuerzo alguno. Se anda como Con una luz en la mano, cuyo delicado resplandor va iluminando sucesivamente los diversos aspectos de la vida; todos éstos aparecen como si en la ordinaria presencia de su dura vida cotidiana fueran equivocadas sus representaciones. [Qué incongruente parece, por ejemplo, la expresión de

la palabra “poseer” aplicada a los amantes! Pero ¿revela mejores deseos el desear poseer principios? ¿Acaso el cuidado de los hijos? ¿Los pensamientos? ¿Y uno mismo? Este gesto de torpe agresión, propio de un animal pesado que aplasta su presa con su cuerpo entero, es legítimamente la expresión preferida y fundamental del capitalismo; y así, se manifiesta ahí la relación entre los poseyentes de la vida burguesa y los poseedores de conocimientos y habilidades en que se han transformado sus pensadores y artistas, mientras que el amor y la ascesis permanecen aparte como una pareja de hermanos. ¿Y no es cierto que estos hermanos, estando juntos, se muestran sin meta ni fin en contraste con las metas y fines de la vida? Los vocablos meta y fin proceden, en efecto, del lenguaje de los cazadores. No tener meta ni fin, de acuerdo con las circunstancias de su origen, significará tanto como no ser capaz de matar. A la zaga, pues, de las huellas de la

lengua -huellas borradas, pero reveladoras- se advierte cómo una ruda alteración del sentido se ha impuesto en lugar de relaciones más circunspectas, totalmente perdidas. Se trata de una situación perceptible en todas partes, pero intangible; Ulrich renunció a seguir el hilo de la conversación; pero no se debía reprochar a Hans la creencia de que, tirando de alguna parte, todo el armazón tendría que dar una vuelta entera. Lo único que se había perdido era la idea del lugar exacto. Repetidas veces había interrumpido y completado él las frases de Ulrich. -"Si quiere usted contemplar estas experiencias con ojos de investigador no verá ahí más que lo que puede ver un empleado de banco. Todas las explicaciones empíricas son ilusorias y no salen del círculo de los conocimientos inferiores, perceptibles a los sentidos. Su deseo de saber quisiera reducir el mundo a un simple mecanismo digital de las llamadas fuerzas naturales." De este estilo

fueron sus objeciones y comentarios. Hans era a veces tosco, a veces flameante. Sintió la impresión de haber expuesto mal sus argumentaciones; y culpó a la presencia de aquel intruso el no poder disfrutar de la soledad con Gerda, pues así, estando frente a frente él y Gerda, las mismas palabras hubieran sido otra cosa, aguas chispeantes, halcones en vuelo giratorio y ascendente; él lo sabía, sentía estar viviendo un gran día. Al mismo tiempo, se admiraba e irritaba al oír hablar a Ulrich en lugar suyo con tanta facilidad y precisión. Realmente, Ulrich no hablaba con la exactitud de un investigador, sino que decía más de lo que estaba dispuesto a tomar bajo su responsabilidad; sin embargo, le parecía que no afirmaba nada que no creyera. Esto le daba una rabia que él inhibía y que le hacía remontar el vuelo. Para hablar así se necesita humor inflamable y elevador; el de Ulrich se encontraba en un estado intermedio, limitado por aquella rabia y por el

sentimiento que le inspiraba la mirada de Hans con sus cabellos grasientos y erizados, con su piel tan mal cuidada, con sus movimientos desagradablemente insistentes y con su palabrería de una efervescencia recogida bajo el velo de algo muy íntimo, como una membrana extraída del corazón. Pero en rigor, Ulrich se había hallado a lo largo de toda su vida entre dos impresiones parecidas y desde entonces había estado dispuesto a hablar de tales asuntos y pronto casi a creer en ellos con la misma facilidad con la que lo hacía hoy. Nunca, sin embargo, había pasado de ser un aficionado en el ejercicio de semejante habilidad, porque no concedía fe a su contenido, a pesar de que gusto y disgusto desfilaban juntos marcando el paso de la conversación.

Gerda no atendía a las objeciones irónicas que intercalaba él a veces

como buen parodista; antes bien, se dejaba impresionar por la idea de que Ulrich

había abierto su alma. Ella le miraba casi con miedo. -"Es más blando de lo que él se considera" -pensaba cuando hablaba Ulrich; y una sensación, como si un niño la tocara en el pecho, la desarmaba. Ulrich interceptaba su mirada. Sabía casi todo lo que ocurría entre Gerda y Hans, porque ella se sentía azorada y en la necesidad de salir de aquel atolladero al menos mediante alusivas consideraciones que Ulrich fácilmente conseguía completar. En la toma de posesión, que es por lo demás la meta de los jóvenes amantes, veían ellos el comienzo del aborrecido capitalismo espiritual, y creían despreciar la pasión de los cuerpos; pero despreciaban también la serenidad que, como ideal burgués, les parecía sospechosa. Así se establecía entre ellos una intimidad incorpórea y se- micorpórea; intentaban darse a todo respuestas afirmativas, "decir a todo que sí" tal como ellos lo expresaban, y sentían la suave y trémula fusión de los seres, la cual se

verificaba al contemplarse el uno dentro del otro, cuando una parte flotaba sobre el invisible juego del oleaje, detrás del pecho y de la frente de la parte yuxtapuesta. En el momento en que creían comprenderse veían que se llevaban mutuamente en sí mismos y que eran una sola unidad. En horas de menos euforia se contentaban con una admiración recíproca más corriente; mirándose el uno al otro se recordaban escenas de cuadros famosos o de obras teatrales; y cuando se besaban, se sorprendían de que -para emplear una soberbia expresión- muchos siglos les contemplaran. Claro está que se besaban. Declaraban en su amor el vulgar sentimiento del yo encrespado en el cuerpo como algo tan bajo como los movimientos del estómago. Pero sus miembros atendían poco a los dictados de las almas; se apretaban el uno al otro por cuenta propia. Después quedaban ambos muy descompuestos. Su delicada filosofía no se resistía a la conciencia de estar solos, a la

oscuridad de la habitación, a la progresiva y frenética atracción de los cuerpos entrelazados; sobre todo Gerda, que como mujer era la mayor de los dos, sentía entonces el deseo de consumir el abrazo, con una fuerza tan candorosa como lo puede experimentar un árbol al que algo le impide retoñar en primavera. Aquellos semiabrazos, insípidos como los besos de los niños, e ilimitados como las caricias de los ancianos, les dejaban extenuados. Hans reaccionaba mejor, pues consideraba aquello, después de haber pasado, como una prueba impuesta a sus sentimientos.

”A nosotros no nos ha sido concedida la facultad de poseer -decía él-; somos peregrinos que avanzan paso a paso.” Y cuando advertía que la insatisfacción hacía temblar a Gerda de pies a cabeza, lo atribuía no tanto a una debilidad, cuanto a un resto de origen no germánico; Hans se imaginaba ser el Adán de las complacencias de Dios, cuyo corazón

se alejaría nuevamente de la fe bajo la influencia, una vez más, de su costilla. Gerda entonces le despreciaba. Probablemente fue éste el motivo por el que ella había confiado a Ulrich, por lo menos hasta entonces, todas las explicaciones posibles. Gerda suponía que otro hombre no hubiera hecho ni más ni menos que Hans, quien después de haberla injuriado escondía, como un niño, su rostro inundado de lágrimas entre las piernas de la joven. Ésta, orgullosa y harta de sus propias experiencias, se las comunicaba a Ulrich con la temerosa esperanza de que él destruiría con sus palabras aquella atormentadora belleza.

Sin embargo, Ulrich rara vez le hablaba como ella esperaba. De ordinario la entibiaba con sus ironías; pues, aunque Gerda le negaba su confianza, él sabía bien que en presencia suya ardía dentro de ella un inextinguible deseo de entrega; y ni Hans ni nadie ejercía sobre su ánimo un influjo tan

poderoso como el que tenía Ulrich en su mano. Éste se excusaba pensando que cualquier otro hombre verdadero tendría que influir como un redentor tras la vaga actividad de aquel desaliñado de Hans. Pero mientras reflexionaba sobre esto y lo sentía todo a la vez, Hans había vuelto en sí y emprendía nuevamente el ataque. -"En suma -dijo-, usted ha hecho el disparate mayor que se puede uno imaginar al intentar expresar conceptualmente lo que en ocasiones eleva a un pensamiento a alturas superiores a los conceptos; pero ahí está la diferencia que nos separa a nosotros de un hombre de letras. Primero hay que aprender a vivir para aprender quizá después a pensar." Al pronunciar estas palabras, Ulrich se sonrió, a lo que Hans reaccionó como un rayo punitivo, diciendo: -"Jesús fue con doce años un hombre sabio; sin embargo, no se presentó inmediatamente a que le dieran el doctorado."

Ulrich, faltando al deber de la discreción, se dejó llevar por el placer de darle un consejo revelador de unos conocimientos que resultaban inexplicables en él sin relacionarlos con la intervención de Gerda. Replicó, pues: -"No sé por qué no sigue usted hasta el fin, si quiere vivir la vida. Yo abrazaría estrechamente a Gerda, apartaría todo escrúpulo de mi razón y mantendría cerrados los brazos hasta que nuestros cuerpos cayeran reducidos a cenizas o se sometieran a la transfiguración del sentido y volvieran a sus cabales: se trata de un proceso que no nos lo podemos imaginar."

Hans, atacado de celos, no miró a Ulrich, sino a Gerda. Gerda palideció confundida. Las palabras: "Yo abrazaría a Gerda y la estrecharía sin soltarla" habían causado en ella la impresión de contener una promesa secreta. En aquel momento no le preocupaba a Gerda que existieran modos más consecuentes de imaginarse la "otra vida";

estaba segura de que si Ulrich se empeñaba, conseguiría llevarlo todo a cabo como era de rigor. Hans, indignado por la traición de Gerda ya presentida, puso en duda el éxito de lo que planeaban las palabras de Ulrich. La época no era favorable y las primeras almas tendrían que lanzarse al vuelo como los primeros aeroplanos, desde lo alto de Un monte y no desde un tiempo llano. Quizá tendría que venir un hombre a desliar a los demás, antes de que el acto supremo pudiera dar resultado. Hans no daba por excluido que él mismo pudiera ser aquel redentor; pero eso era cosa suya. Prescindiendo de esto, ponía en tela de juicio que el actual estado de depresión fuera capaz de dar a luz a algún redentor. Entonces Ulrich aludió al elevado número de redentores que hoy día ya existen. Todo presidente de cierta categoría de una sociedad se tiene por tal. Él estaba convencido de que a Cristo, si volviese otra vez a la Tierra, le iría peor todavía que cuando se

encarnó; los redactores de periódicos y los editores moralizantes encontrarían su estilo muy poco sentimental y la gran prensa mundial dudaría mucho de abrirle sus puertas.

Así, todo quedó como al principio. La conversación había regresado al punto de partida; Gerda se reintegró.

Pero una cosa se había alterado: Ulrich se había enredado en algo, aunque nadie lo notó. Sus pensamientos no acompañaban ya a sus palabras. Miraba a Gerda: a su cuerpo austero, a su tez cansada y turbia. El sahumero de una vieja virginidad, ascendiente desde la profundidad de su cuerpo, se denunció a sus sentidos; probablemente había sido siempre aquello la causa principal de los reparos que le habían impedido unificarse con aquella joven amante. Evidentemente, a esto se juntaba también Hans con el carácter medio corporal de sus intuiciones comunitarias; éstas parecían pertenecer igualmente al estado sentimental de una virginidad

antigua. Gerda no lograba caerle en gracia a Ulrich; no obstante, él sintió la necesidad de proseguir el diálogo en su compañía. Esto le recordó que la había invitado a hacerle una visita. Gerda no había dado muestras de haber olvidado tal proposición ni de recordarla y a Ulrich no se le ofreció ocasión de preguntárselo. Semejante incertidumbre dejó en Ulrich un pesar inquieto y cierta sensación de alivio, como sucede cuando se ve pasar de largo un peligro descubierto demasiado tarde.

114 - Las relaciones se agravan. Arnheim se muestra muy condescendiente con el general Stumm. Diotima se dispone a ponerse en contacto con lo ilimitado. Ulrich fantasea en torno a la posibilidad de vivir tal como se lee.

SU Señoría había manifestado vivo interés en que Diotima se instruyese en la célebre historia de la célebre cabalgata Makart, que, por los años setenta, había unido en el entusiasmo a toda Austria. Todavía se

acordaba él muy bien de las carrozas ricamente tapizadas, de los caballos enjaezados con pesados aparejos, de las trompetas y del orgullo que lucían aquellas gentes en sus trajes medievales, ausentes en la vida cotidiana. De modo que, uno de aquellos días, Diotima, Arnheim y Ulrich salían de la Biblioteca Nacional, donde habían andado buscando documentos que describiesen la época. Como ya había predicho Diotima a Su Señoría arrugando los labios, el resultado había sido absurdo; con semejantes antigüallas ya no era posible arrancar de su vida ordinaria a las personas. La hermosa mujer anunció a sus acompañantes la necesidad de gozar del claro sol y del año 1914 que, lejos ya de aquella decrepita era, había comenzado hacía algunas semanas. Aún en la escalera, Diotima había expresado su idea de ir a pie hasta casa; pero apenas salieron a la luz del exterior se encontraron con el general en el preciso momento de atravesar el portón de la

biblioteca. Y él, orgulloso de ser sorprendido en aquella actividad intelectual, se declaró inmediatamente dispuesto a volverse y a unirse a la escolta de Diotima. De ahí que Diotima, pocos pasos más adelante, se sintiera cansada y pidiera un coche. Pero tardó en pasar por allí un vehículo libre, por lo que todos permanecieron frente a la biblioteca, en la plaza, la cual formaba un rectángulo semejante a una artesa, cuyos lados estaban limitados, tres de ellos, por majestuosas fachadas de estilo antiguo, y el cuarto por un palacio alargado y bajo. A lo largo de la calle asfaltada, lisa como una pista de hielo, se deslizaban los automóviles y los carruajes de tiro; pero ninguno de ellos atendió a los gestos y señales que siguieron haciéndoles, como náufragos, los cuatro personajes, hasta que, cansados ya u olvidados, sólo débilmente los repitieron.

Arnheim llevaba un gran libro bajo el brazo. Cosa que le agradaba, pues le daba un

aire de respeto y condescendencia frente al espíritu. Entabló una animada conversación con el general: -"Me alegro de ver en usted un frecuentador de bibliotecas; de cuando en cuando hay que visitar al espíritu en su casa -comentó él-; pero actualmente pocos hombres de posición se preocupan de hacerlo."

El general Stumm respondió que él estaba muy familiarizado con aquella biblioteca.

Arnheim reconoció el hecho como digno de alabanza:

-"Hoy día casi no hay más que escritores; lectores apenas quedan -prosiguió-. ¿Se ha preguntado alguna vez, señor general, cuántos libros se imprimen cada año? Si mal no recuerdo, me parece que pasan de cien los publicados diariamente sólo en Alemania. Y más de mil revistas se fundan al año. Todo el mundo escribe; cada uno se sirve a su antojo de los pensamientos como si fueran suyos;

nadie piensa en la responsabilidad del conjunto. Desde que la Iglesia ha perdido su influencia, ya no hay autoridad en nuestro caos. No hay modelos ni ideas culturales. En tales circunstancias es natural que sentimientos y moral anden a la deriva, y que el hombre más firme comience a tambalearse.”

Al general se le secó la boca. No se podía decir que el doctor Arnheim estuviera hablándole a él; se paseaba en medio de la plaza y pensaba en voz alta. El general se acordó de que hay “muchos hombres” que van por la calle hablando consigo mismo al dirigirse de prisa a algún lugar; mejor dicho, “muchos paisanos”, pues un soldado que lo hiciera sería encarcelado y un oficial enviado a una clínica psiquiátrica. Stumm sentía cierto reparo en ponerse a filosofar públicamente, por así decirlo, en el centro de la capital, de la ciudad imperial. Además de Stumm y Arnheim, en la plaza estaba tomando el sol un hombre mudo; era de

bronce y se alzaba sobre un gran pedestal de piedra. El general no recordaba a quién representaba y fue entonces la primera vez que se dio cuenta de su existencia. Arnheim, fijándose en el monumento, preguntó quién era aquel personaje. El general se excusó. -"☒ le han puesto aquí para que nosotros le tributemos honores! -advirtió vehemente. ☒ero está bien! Nos movemos continuamente entre instituciones, problemas y exigencias de las que nosotros sólo conocemos el último eslabón, de modo que el presente no cesa de relacionarse con el pasado; nos hundimos hasta más arriba de las rodillas, si me es permitida la expresión, en los sótanos del tiempo y nos imaginamos vivir así en las alturas del presente."

Arnheim sonreía y daba conversación. Sus labios jugaban sin parar, cara al sol; en los ojos se alternaban las luces, como en un buque las señales luminosas. Stumm se sintió muy incómodo; le resultaba difícil

demostrar continuamente que seguía la trayectoria de tantos y tan desacostumbrados giros de dicción, mientras se exponía en uniforme a las miradas de toda la gente que circulaba por la plaza. En las grietas de los adoquines crecía la hierba, había vuelto a brotar de las raíces profundizadas el año anterior, y mostraba una increíble frescura, como un cadáver sobre nieve; era un fenómeno extraordinariamente raro y molesto ver crecer la hierba entre las piedras, si se consideraba que a pocos pasos de distancia los automóviles, como pedía la época, lustraban el asfalto. El general comenzó a sufrir bajo la angustiosa obsesión de verse -si seguía escuchando todavía largo tiempo- víctima de un ataque que le haría caer de rodillas y comer hierba ante toda la gente. Sin saber por qué miró alrededor buscando ayuda en Ulrich y Diotima.

Éstos se habían refugiado al abrigo del tenue velo de una sombra proyectada a la

vuelta de una esquina; sólo se oían sus voces suaves e incomprensibles, enlazadas en una discusión.

-”Esa interpretación es desconsoladora”
-dijo Diotima.

-”Pero en la vida hay también individualidades!”

Ulrich se esforzó por mirarla a los ojos desde un lado.

-”Santo Cielo! -exclamó él-; pero si ya hemos hablado de ello!”

-”Usted no tiene corazón. De otro modo, no hablaría así.” Diotima lo dijo dulcemente. Del suelo empedrado ascendía el aire recalentado hasta más arriba de sus piernas, ocultas bajo la falda larga, inaccesibles e inexistentes para el mundo, como las de una estatua. Ninguna señal reveló que ella percibiera algo. Fue una ternura que nada tenía que ver con hombre alguno ni criatura humana. Sus ojos palidecieron. Pero aquello era quizá simplemente el efecto de su reserva

en una situación que la exponía a las miradas de los paseantes. Se volvió hacia Ulrich y le dijo con un esfuerzo: -"Cuando una mujer tiene que elegir entre deber y pasión, ¿en qué puede apoyarse sino en su carácter?"

- "Usted no tiene por qué elegir!" -repuso Ulrich.

- "No vaya tan lejos, que no he hablado de mí misma!" -murmuró su prima.

Puesto que él nada contestaba, ambos, a la vez y con aire hostil, extendieron sus miradas sobre la plaza durante unos instantes. Luego preguntó Diotima: -"¿Cree usted posible que eso que llamamos alma pueda salir de la sombra en que ordinariamente se encuentra?"

Ulrich miró extrañado a Diotima.

- "En ciertas personas privilegiadas" -añadió ella.

- "Al final va a resultar que usted busca revelaciones -dijo incrédulo-. ¿Acaso le ha

puesto Arnheim en relación con un médium?"

Diotima quedó decepcionada. -"No se me habría ocurrido pensar que usted podría equivocarse tan crasamente en sus juicios -le reprochó ella-. Al hablar de "salir de la sombra", lo he entendido metafóricamente, es decir, salir de ese escondite de vislumbres en que colocamos a veces a lo extraordinario. Es como una red tendida que nos atormenta porque ni nos retiene ni nos deja libres. ¿Cree usted que ha habido tiempos en que se han presentado las cosas de modo distinto? Lo interior se hacía antiguamente más visible; las personas aisladas seguían un camino iluminado; en una palabra, siguieron, como ya se ha dicho, el camino sagrado, y los milagros se hicieron realidad, porque no son más que una forma siempre presente de la realidad."

Diotima se admiró de la seguridad con que había expresado todo aquello sin

necesidad de disposición especial de ánimo y al mismo tiempo con solidez realista. Ulrich rabiaba interiormente, pero en realidad estaba asustado. ¿La cosa ha llegado tan lejos que esta gallina gigante ya habla como yo?, se preguntó. Ulrich pensó en el alma de Diotima y en la suya, y se imaginó que se trataba de una gran gallina devorando a picotazos a un pequeño gusano. El viejísimo miedo pueril ante la gran mujer, mezclado con otra curiosa sensación, se apoderó de él; le resultaba agradable sentirse espiritualmente engullido por la estúpida armonía que le relacionaba con una persona a la que estaba unido con lazos de parentesco. La armonía era, naturalmente, pura casualidad y sinrazón; él no creía ni en la magia del parentesco, ni en la posibilidad de poder tomar en serio a su prima, ni siquiera en un estado de nebulosa embriaguez. Pero en los últimos tiempos había experimentado cambios; Ulrich estaba ablandándose, su agresividad

interior disminuía y tendía a convertirse en un deseo de ternuras, de sueños, de familiaridad, o Dios sabe de qué; también se podía decir que la disposición de ánimo contraria, que oponía resistencia -una disposición maligna de la voluntad-, estallaba a veces bruscamente.

Por eso se burlaba ahora de su prima. -"Si piensa usted así, considero que es deber suyo convertirse pública o secretamente, lo antes que pueda, "enteramente", en amante de Arnheim" -le dijo a Diotima.

-"¡Calle, por favor! ¡Tenga en cuenta que no le he autorizado a hablar de este asunto!" -le desairó ella.

-"¡Pero debo hacer algunas observaciones! Hace poco no había alcanzado yo todavía a ver claramente qué clase de relaciones existían entre usted y Arnheim. Pero ahora ya no tengo dudas; la actitud de usted me hace pensar en una persona deseosa de

subir a la luna. Nunca le hubiera creído a usted capaz de semejante locura.”

-”Ma le dije que soy capaz de traspasar todo límite!” -Diotima lanzó una mirada audaz al vacío, pero el sol contrajo sus pupilas y párpados, adoptando su rostro una expresión casi de regocijo.

-”Son delirios producidos por el hambre de amor -dijo Ulrich- que pasan, una vez satisfecho tal imperativo.” Ulrich se preguntó qué clase de intenciones podría tener Arnheim respecto de su prima. ¿Se arrepentía de haberle propuesto el matrimonio e intentaba acaso disimular la retirada con una comedia? En este caso, lo más sencillo habría sido salir de viaje y no volver más; un hombre de negocios como él bien hubiera podido aportar la necesaria desconsideración para realizarlo. Ulrich se acordaba de haber observado en Arnheim ciertas señales reveladoras de pasión en un hombre de cierta edad; su rostro aparecía a veces con un color

gris amarillento, lánguido, cansado; su aspecto recordaba una habitación en la que la cama aparece a la hora de la siesta todavía sin hacer. Ulrich adivinaba el secreto motivo de aquello, atribuyéndolo a la destrucción operada por dos pasiones de vehemencia semejante, al luchar por el predominio sin lograr resultado. Pero no pudiendo imaginarse Ulrich hasta qué punto llegaba la fuerza de la pasión que dominaba a Arnheim, tampoco comprendía el alcance de las precauciones que oponía al amor.

- "¿Usted es un hombre curioso! -dijo Diotima-. Siempre sorprende con observaciones contrarias a las esperadas. ¿No me ha hablado usted alguna vez acerca del amor seráfico?"

- "¿Cree usted que es realmente posible?" -preguntó Ulrich distraído.

- "Naturalmente, no lo considero posible tal como lo ha descrito usted."

-”¡Luego Arnheim le profesa a usted un amor seráfico!” -Ulrich comenzó a reírse suavemente.

-”¡No se ría!” -exclamó Diotima indignada y siseando un poquito.

-”Usted no sabe por qué me río -se excusó-. Me río de nerviosismo, como se suele decir. Usted y Arnheim son personas de sentimientos delicados; les gusta la poesía. Estoy plenamente convencido de que usted se siente a veces acariciada por una brisa; una brisa... ¿de qué? Ahora bien, usted se propone abrirse paso hacia él con la asiduidad de que es capaz su idealismo.”

-”¿No exige usted siempre exactitud y exhaustividad en todo?” -replicó Diotima.

Ulrich quedó un poco desconcertado.
-”¡Usted esta loca! -dijo él-. Perdóneme la frase, pero usted no debe ser eso!”

Entretanto, Arnheim había manifestado al general que, desde hacía dos generaciones, el mundo se encontraba al borde del más

horrendo cataclismo: el alma estaba a punto de caer arruinada.

Fue un golpe para el general. **D**ios santo, más novedades todavía! A decir verdad, hasta aquel momento no había creído él, a pesar de Diotima, en la existencia de eso a lo que algunos llaman “alma”. En la academia militar y en el regimiento la gente se había reído de tales historias de curas. Pero viendo ahora la tranquilidad con que hablaba del alma todo un fabricante de cañones y de planchas de blindaje, como si la sintiera a su lado, los ojos del general comenzaron a escocerle y a ensombrecerse, girando en el aire transparente de sus órbitas.

Pero Arnheim no esperó a que le pidiera explicaciones. Las palabras fluían de sus labios a través de la hendidura de pálido color rosa, entre el recortado bigote y la perilla. Como decía, desde que la Iglesia había comenzado a perder poder en el fuero externo de la vida, o sea, aproximadamente al

comienzo de la cultura burguesa, el alma había entrado en un proceso de contracción y envejecimiento. Desde entonces, el alma ha perdido a Dios y sus firmes valores e ideales; el hombre de hoy día ha llegado tan lejos que ya vive sin moral, sin principios y, en realidad, sin experiencias.

El general no comprendía bien por qué no se han de hacer experiencias si no se tenía moral. Pero Arnheim abrió el gran volumen de piel de cerdo, sostenido en su mano; contenía ésta el valioso facsímil de un códice que no era permitido sacar fuera de la biblioteca, ni siquiera a un mortal tan extraordinario como él. El general vio en el centro de una hoja a un ángel con las alas horizontalmente extendidas sobre dos páginas cubiertas de tierra oscura y de cielo dorado y de extraños colores distribuidos como nubes. Contempló la copia de una de las más espléndidas y sensacionales pinturas del Medioevo; pero ignorando esto el general y entendiéndolo, por

otra parte, mucho de caza de aves y de sus representaciones figurativas, pensó sencillamente que un ser con alas y cuello largo, que no era ni un hombre ni una chocha, tenía que ser una aberración sobre la que Arnheim quería atraer la atención del compañero.

En esto, Arnheim, posando el dedo sobre el libro, dijo pensativo: -"Aquí tiene usted lo que la creadora de la Acción austríaca busca para transmitir al mundo...!"

-"Pero hombre!" -respondió Stumm. Al parecer, él lo había menospreciado; ahora debería, pues, poner cuidado en la emisión de sus juicios.

-"Esta grandeza de expresión en líneas de tan perfecta simplicidad -prosiguió Arnheim- pone de manifiesto lo que le falta a nuestra época. ¿Qué es a su lado nuestra ciencia? Una obra fragmentada! ¿Nuestro arte? Extremos sin un cuerpo intermedio! Lo que falta a nuestro espíritu es el misterio de la unidad! Mire usted, por eso me

impresiona a mí este proyecto austríaco de dar al mundo un ejemplo unificador, un pensamiento solidario, a pesar de que yo no lo considero muy fácil de realizar. Yo soy alemán. En el mundo de hoy día no hay cosa que no se proclame a voces y de un modo zafio. En Alemania, sin embargo, todo es altisonante. Los hombres de todos los países se afanan en lo que hacen, de la mañana a la noche, trabajen o se diviertan; pero en nuestra patria la gente se levanta todavía más temprano y se acuesta todavía más tarde. En el mundo entero, el espíritu del cálculo y de la violencia ha perdido el vínculo de unión con el alma; pero en Alemania tenemos nosotros más negociantes que en ninguna parte, y el ejército más poderoso.” Hizo una pausa y miró estático alrededor de la plaza. -”En Austria las cosas no están todavía tan desarrolladas. Aquí perdura aún el pasado y los hombres conservan algo de la intuición primitiva. Si se puede pensar aún

en la posibilidad de una redención del racionalismo alemán, sólo desde aquí sería factible. Pero temo -añadió suspirando- que se presente difícil. Las grandes ideas encuentran hoy día demasiados obstáculos, sirven simplemente para evitar abusos recíprocos; vivimos, digámoslo así, en un estado de paz moral armada de ideas.”

Se rió de su propia broma. E inmediatamente le vino al pensamiento otra idea: -”Mire, la diferencia entre Alemania y Austria que acabo de hacerle notar me recuerda el juego de billar: también en este juego falla la bola cuando se quiere ganar a base de cálculo y no de sentimiento.”

El general había adivinado que con la expresión de la armada paz moral debería sentirse halagado, por lo que procuró demostrar su atención. De billar entendía algo. -”Por favor -dijo-, yo sé jugar al billar y a los bolos, y nunca he oído que exista diferencia

entre la técnica de juego alemana y la austríaca.”

Arnheim cerró los ojos y reflexionó. -”Yo nunca he jugado al billar -dijo luego-, pero sé cómo se hace carambola, cómo se puede trucar y lanzar la bola con efecto picándola lateralmente por la izquierda o por la derecha, por arriba o por abajo; sé cómo se consigue el encuentro de bola llena y de media bola, el pelo y el remache, y muchas otras variaciones. Graduando cada uno de estos elementos se pueden conseguir infinidad de combinaciones. Puesto a comprobarlas teóricamente, necesitaría tener presente no sólo las leyes de la matemática y de la mecánica de los cuerpos sólidos, sino también las de la elasticidad; debería conocer los coeficientes del material y el influjo de la temperatura; tendría que poseer los más sensibles sistemas de medidas para la coordinación y gradación de los impulsos motores; mi valoración de la distancia

debería tener la precisión de un nonio, mi rendimiento combinador tendría que ser más rápido y seguro que una regla de cálculo. Esto sin contar el margen de fallos, el de dispersión y la circunstancia de que el fin de la exacta coincidencia de las dos bolas no es inequívoco, sino que está constituido por un grupo de datos dispuestos en cantidad suficiente alrededor de un término medio.”

Arnheim habló despacio y exigiendo atención, como si usara del cuentagotas para verter un líquido en un vaso; no dispensó de ningún detalle a su interlocutor.

-“Ya ve, pues -prosiguió-, que yo debería poseer muchas aptitudes y hacer cosas que me son imposibles. Usted tiene de matemático, sin duda, lo suficiente para darse cuenta del ingente trabajo que supondría calcular de esta forma, aunque no fuera más que la trayectoria de un simple lance de carambola; la inteligencia nos abandona en este caso. Sin embargo, me aproximo a la

mesa de billar con un cigarrillo en la boca, con una melodía en la cabeza, o sea, con el sombrero calado y, sin poner mucho esfuerzo en examinar la situación, tiro, y el problema se resuelve. ¶ Mi general, otro tanto sucede en la vida infinidad de veces! Usted no es sólo austríaco, sino también militar; tiene, pues, que comprenderme: la política, el honor, la guerra, el arte, todo lo trascendente de la vida se consume más allá de la razón. La grandeza de la persona está enraizada en lo irracional. También nosotros, los comerciantes, no calculamos como quizá pueda creer usted. Nosotros; me refiero naturalmente al personal directivo, pues los inferiores es natural que miren al centavo. Nosotros aprendemos a considerar nuestras ocurrencias felices como un secreto que se burla de todo cálculo. Quien no ame el sentimiento, la moral, la religión, la música, la poesía, la urbanidad, la caballerosidad, la franqueza, la sinceridad, la tolerancia...,

créame: no llegará nunca a ser un comerciante de gran categoría. Por eso he admirado siempre el oficio del soldado, particularmente el del soldado austríaco, el cual está condecorado con antiquísimas tradiciones; yo me alegro mucho de que usted corteje a la muy digna señora. Me tranquiliza. La influencia que usted ejerce en nuestro amigo más joven es de máxima importancia. Todas las grandes cosas se basan en las mismas aptitudes. Las grandes obligaciones son una bendición, señor general!”

Instintivamente sacudió la mano de Stumm y le dijo todavía: -”Muy pocos hombres saben que lo verdaderamente grande es siempre infundado; quiero decir que todo lo fuerte es sencillo.” Stumm von Bordwehr quedó sin aliento; le pareció que no llegaba a comprender nada de lo que estaba oyendo y sintió la necesidad de precipitarse a la biblioteca y de pasarse horas enteras leyendo sobre todos aquellos asuntos en

que el gran hombre le había introducido con la evidente intención de halagarle. Pero al fin, tras de aquel aguacero primaveral que había inundado su cabeza, se abrió a una sorprendente claridad. -"¡Demonios! ¿Se espera algo de ti!" -se dijo a sí mismo. Alzó los ojos. Arnheim sostenía todavía el libro en las manos, pero se disponía a hacer señas a un coche; su rostro aparecía vigoroso y ligeramente coloreado, como el de un hombre que acaba de cambiar de pensamiento. El general calló, como se calla por respeto a continuación de haber visto caer una frase redonda. Si Arnheim quería algo de él, entonces también Stumm podía esperar algo de Arnheim en beneficio del soberano ministerio. Este pensamiento le abrió tales perspectivas que el general renunció, por lo pronto, a reflexionar sobre si tal idea estaba o no verdaderamente en regla. Pero si el ángel del libro hubiera levantado repentinamente sus pintadas alas para permitir al inteligente general

echar una mirada por allí abajo, éste no hubiera podido sentirse más desconcertado y feliz.

En la esquina de Diotima y Ulrich se había planteado entretanto la siguiente pregunta: ¿debe una mujer, en la difícil situación de Diotima, renunciar al adulterio? ¿Puede dejarse llevar hasta cometerlo, o debe elegir un término medio, según el cual pase a pertenecer a un hombre corporalmente, y espiritualmente a otro, o acaso corporalmente a ninguno? Esta tercera solución no tenía texto, sino únicamente música de subida armonía. Y Diotima perseveraba severamente en la afirmación de que la persona de que se hablaba no era ella misma, sino “una mujer”. Con una mirada dispuesta a destapar la ira de su interior impedía que Ulrich se saliese con la suya cuando éste intentaba declarar la identidad de aquellas dos mujeres.

En consecuencia, también él pasó a hablar con rodeos.

-”¿Ha visto usted alguna vez un perro? - preguntó Ulrich-. ¶ Cree que sí! Sin embargo, lo que ha visto es simplemente lo considerado, con más o menos razón, como perro. Pero tal individuo no tiene todas las propiedades caninas, poseyendo al contrario algo personal que falta a todos los demás perros. ¿Cómo vamos a poder hacer nosotros "lo justo" en la vida? Únicamente podemos realizar una parte que nunca alcanza a lo justo, y que siempre anda por encima y por debajo de lo justo.

“¿Y cuándo ha caído una teja de las alturas de un edificio de acuerdo con las prescripciones de la ley? ¶ Nunca! Ni siquiera en los laboratorios se manifiestan las cosas tal como debieran. Lo evitan desordenadamente huyendo en todas las direcciones; y en cierto sentido es una ficción nuestra el ver en ello

un error de ejecución, y el atribuir a su promedio un auténtico valor.

“Otro ejemplo: alguien encuentra unas piedras y por sus características especiales las llama diamantes. Pero una procede de África y la otra de Asia. La una ha sido extraída de la tierra por un negro, la otra por un asiático. ¿Es la diferencia acaso tan grande que nos permite hacer caso omiso de sus propiedades comunes? En la ecuación "diamante + circunstancias = diamante", el valor funcional del diamante es tan grande que el de las circunstancias desaparece; pero cabe pensar en circunstancias morales con las que sucede a la inversa.

“Todo se integra en los conceptos universales; sin embargo, cada cosa tiene sus particularidades. Todo es verdadero y además genuino e imposible de ser comparado. Yo diría que el elemento personal de una criatura cualquiera es precisamente aquello en lo que no coincide ninguna otra.

Ya le he dicho alguna vez a usted que tanto más disminuido se encuentra el elemento personal en el mundo cuanto más se descubre lo verdadero, pues existe desde hace mucho tiempo una lucha contra lo individual, elemento al que cada vez se le está quitando más terreno. No sé qué va a quedar de todos nosotros cuando se termine de racionalizar la vida. Quizá nada, pero puede ser que, una vez descartada la falsa interpretación que damos ahora a la personalidad, nos enfrentemos entonces con otra, como con la más entretenida aventura.

“¿Qué decide usted? ¿Debe obrar "una mujer" según la ley? En ese caso puede acomodarse a las normas burguesas. La moral es un valor medio y colectivo con su justificación, e impone obediencia literalmente y sin concesiones cuando se le reconoce. Pero hay casos aislados para los que no vale la moral; éstos son moralmente tan pobres como

enriquecidos por el valor inagotable del mundo.”

-”Maya discurso ha pronunciado usted!”

-dijo Diotima. Se sintió satisfecha del alcance tan subido de aquellas atribuciones aplicadas a ella, pero quiso mostrar su superioridad haciendo ver que no gastaba saliva en balde.

-”¿Qué debe hacer en la realidad de la vida una mujer que se encuentra en esa situación de la que hemos hablado?” -preguntó Diotima.

-”Dejar el camino libre” -repuso Ulrich.

-”¿A quién?”

-”¿Qué sé yo! A su marido, a su amante, a su abnegación, a sus líos.”

-”¿Se da usted cuenta de lo que significa eso?” -preguntó Diotima, recordando con dolor cómo el simple hecho de dormir todas las noches con Tuzzi en la misma habitación cortaba las alas al noble propósito de renunciar quizás a Arnheim. Algo de aquellos pensamientos debía de haber interceptado

su primo, pues preguntó brevemente:
 -"¿Quiere intentarlo conmigo?"

- "¿Con usted? -respondió Diotima, alargando las palabras y pretendiendo defenderse con una broma inofensiva-: ¿Quiere usted hacerme una descripción del plan que proyecta?"

- "Por supuesto! -dijo Ulrich seriamente-. Usted acostumbra a leer mucho, ¿no es cierto?"

- "Sí!"

- "¿Y cómo lee? Yo mismo se lo voy a decir: omitiendo lo que no le agrada. Otro tanto ha hecho ya el autor. También sus sueños y fantasías suprimen algo. Paso, pues, a afirmar que la hermosura y la emoción tienen lugar mediante omisiones. Nuestra actitud dentro de la realidad es evidentemente un compromiso, un estado intermedio en que los sentimientos se estorban mutuamente durante su apasionado desenvolvimiento y se pierden algún tiempo en el gris

anonimato. Los niños, quienes no han adoptado todavía postura alguna, son por eso más felices y más infelices que los adultos. Yo añadiría que también los tontos se abstienen; es sabido que la simpleza hace feliz. He aquí mi primera proposición: hagamos la prueba de amarnos recíprocamente como si fuéramos usted y yo las figuras poéticas de las páginas de un libro. Suprimamos, pues, el tejido graso que redondea la realidad.”

A Diotima le urgió el deseo de poner objeciones; lo que quería era desviar la conversación de un tema tan directamente personal, para lo cual hizo saber que de aquellas cuestiones entendía un poco. -”Muy bien -contestó ella-, pero se afirma que el arte es una evasión recreativa de la realidad con el fin de volver a ella enriquecido.”

-”Y yo soy tan incomprensivo -replicó el primo- que me declaro opuesto a toda vacación. ¿Qué vida es ésa que ha de agujerarse con vacaciones! ¿Quién se atrevería a hacer

agujeros en un cuadro porque siente gusto en ello? ¿Se darán en la eterna bienaventuranza semanas de vacación? Le confieso que a veces me resulta desagradable incluso la idea del reposo nocturno.”

-”Ahí mismo puede ver usted -le interrumpió Diotima apoderándose del ejemplo desnaturalizado que es cuanto está diciendo usted! Una persona sin necesidad de descanso ni de pausas! No hay ejemplo que mejor ilustre la diferencia entre usted y Arnheim! Por una parte, un espíritu desconocedor de las sombras de las cosas; por otra, un espíritu que se desarrolla bajo el sol y sombra de un humanismo integral.”

-”No cabe duda de que exagero -admitió Ulrich impasible—. Usted llegará a verlo más claro cuando descendamos a detalles. Pensemos, por ejemplo, en los grandes escritores. Uno puede orientar su propia vida según sus teorías, pero de ellos no se puede extraer la vida como el vino de la vid. Ellos han dado a

sus inspiraciones una forma tan sólida que sobrevive a las épocas transitorias como un metal laminado. ¿Pero qué es en realidad lo que dijeron? Nadie lo sabe. Ni ellos lo supieron exactamente. Son como un campo sobre el que vuelan las abejas; y ellos mismos son ese revolotear de un lado para otro. Sus ideas y sentimientos atraviesan todas las gradaciones intermedias entre las verdades, e incluso errores, que, de ser necesario, podrían demostrarse, y las entidades variables que se nos acercan o se nos escapan cuando nos proponemos examinarlos.

“Al pensamiento de un libro no se le puede desligar de la página donde se encuentra. Nos hace guiños como el rostro de un hombre que, eslabonado en una cadena de amigos que pasan por delante de nosotros, nos mira expresivo durante un instante fugaz. He vuelto a exagerar un poco; atienda, sin embargo, a esta pregunta: ¿no es exactamente esto que acabo de describirle lo que

sucede en la vida? Frente a las sensaciones precisas, mensurables y definibles, prefiero callar; pero todos los demás conceptos en los que fundamos nuestra vida no son más que parábolas congeladas. ¿Cuántas imágenes diferentes no engloba un concepto tan simple como el de la virilidad? Ésta es semejante al aliento que a cada acto de la respiración puede cambiar de forma, y nada tiene de firme, ni las impresiones ni el orden. Si es así que, como he dicho, en la literatura omitimos sencillamente lo que no nos conviene, no hacemos otra cosa que restablecer el estado primitivo de la vida.”

-”Querido amigo -dijo Diotima-, no veo el objeto de tales alusiones.” Ulrich había intercalado una pausa en la que cayeron estas palabras.

-”Eso parece. Creo no haber hablado en un tono demasiado alto, ¿no es así?” -replicó Ulrich.

-”Ha hablado rápido, suave, largo y tendido -contestó ella irónicamente-. Pero no ha dicho ni una palabra acerca de lo que usted quería hablar. ¿Sabe usted lo que ha vuelto a explicarme una vez más? [Que habría que suprimir la realidad! Le aseguro que no he olvidado esta observación que oí por primera vez, creo yo, en una de nuestras excursiones; no sé por qué la recuerdo todavía. Por desgracia, usted no ha manifestado aún cómo quiere organizar la operación!”

-”Eso exigiría, claro está, otro discurso al menos tan largo como el anterior. Pero ¿cree usted que sería sencillo? Si no me confundo, fue usted quien dijo que quisiera remontar el vuelo juntamente con Arnheim a una especie de santidad. Lo considera, pues, como una variación de la realidad. Lo que yo he dicho es, sin embargo, que es necesario enseñorearse nuevamente de la irrealidad; la realidad no tiene ya sentido.”

-”Difícilmente podría estar Arnheim de acuerdo con esto” -dijo Diotima.

-”Claro que no; ahí está el contraste que nos diferencia a los dos. Él quisiera dar sentido a las circunstancias del comer, beber y dormir, a la de ser el gran Arnheim y a la de no saber si debe o no casarse con usted; a este fin está reuniendo desde hace tiempo todos los tesoros del espíritu.” Ulrich se detuvo de repente y produjo una pausa silenciosa.

Después, preguntó cambiado: -”¿Puede decirme por qué hablo yo de este asunto precisamente con usted? Estoy pensando ahora en mi niñez. Fui un niño bueno, aunque usted no lo crea, dulce como el aire de una templada noche de luna. Era capaz de enamorarme ilimitadamente de un perro o de un cuchillo...” Pero Ulrich no completó la frase.

Diotima lo miró dudosa. Se acordó de lo partidario que él había sido antes de la “precisión del sentimiento”, mientras que hoy apenas paraba de hablar en contra. Incluso

había reprochado a Arnheim, en cierta ocasión, de insuficiente pureza de los sentidos, y ahora hablaba de dejar el camino libre. A Diotima le inquietaba que Ulrich se hubiera declarado adicto a los “sentimientos sin vacación”, mientras que Arnheim había dicho ambiguamente que jamás había que “odiar o amar sin reservas”. Este pensamiento le dejó muy perpleja.

-“¿Cree usted que se da verdaderamente una sensación sin límites?” -preguntó Ulrich.

-“Ah, hay sentimientos para los que no existen fronteras!” -repuso Diotima, pisando sobre seguro.

-“Mire, yo no doy mucha fe a eso -dijo Ulrich distraído-. Es extraño que hablemos a menudo de este asunto, cuando es eso precisamente lo que evitamos a lo largo de toda nuestra vida, como si nos pudiéramos ahogar dentro.” Ulrich notó que Diotima no le escuchaba, sino que miraba inquieta hacia

Arnheim, cuyos ojos giraban en busca de un coche.

-”Temo -dijo ella- que tengamos que liberarle del general.”

-”Voy a parar un coche; al general le tomaré yo por mi cuenta” -contestó Ulrich complaciente. Y en el momento en que se movió para hacerlo, Diotima tomó a Ulrich del brazo y le dijo en un tono de tierna adhesión para recompensarle amablemente sus esfuerzos: -”Todo sentimiento que no sea ilimitado carece de valor.”

115 - Las puntas de tus pechos son como pétalos de amapola

BONADEA, sometiéndose también a la ley según la cual a tiempos de bonanza suceden asaltos de turbulencia, sufrió una nueva caída. Sus esfuerzos por aproximarse a Diotima habían resultado vanos y en nada había quedado su hermoso plan de castigar a Ulrich congraciándose con su rival y prescindiendo de él: a este espejismo había dedicado buena parte de sus sueños. Bonadea tuvo que rebajarse nuevamente a llamar a la puerta de su amante. Pero éste demostró haberse preparado muy bien, de modo que no cesaron las interrupciones a lo largo de toda la entrevista; la desapasionada amabilidad del amigo desvaneció los relatos con

que Bonadea intentó explicarle el porqué de su inmerecida visita. Por consiguiente, en la mujer surgió el deseo violento de representar una escena espectacular; pero se la prohibió su virtuoso comportamiento; sin embargo, tan fuerte fue el imperativo, que llegó a arrepentirse de haber adoptado semejante actitud. En aquellas noches, debido a su voluptuosidad insatisfecha, su hinchada cabeza le pesaba sobre los hombros como una fruta de coco en la que la peluda corteza parecía haber crecido hacia dentro por un error de la naturaleza. Al fin se apoderaba de su ser una furia impotente, como la que ataca al bebedor privado de su botella. En sus adentros insultaba a Diotima llamándola farsante, rabanera insoportable; y a su soberana feminidad, cuyo encanto constituía el secreto de Diotima, la fantasía de Bonadea la condecoraba con atributos de su especialidad. La imitación de aquel donaire que había hecho a Diotima tan dichosa, para Bonadea se

convirtió en cárcel de la que huía en busca de orgiástica libertad. Las tenacillas y el espejo perdieron el poder de convertirla en figura ideal; del mismo modo se descompuso también el artificial estado de conciencia en que hasta entonces se había hallado. Incluso el sueño, al que de tan buen grado se entregaba siempre, no obstante sus conflictos, se hacía esperar ahora por la noche, fenómeno que, debido a su novedad, la inclinaba a llamarlo insomnio patológico. En semejantes condiciones, sentía lo que todos cuando nos sentimos seriamente enfermos: el espíritu huye y deja al cuerpo, como herido, en la estacada. Cuando Bonadea se veía tras de sus ataques tendida como sobre arena ardiente, todas las sabias habladurías que había admirado en boca de Diotima se le antojaban infinitamente lejanas; y la despreciaba sinceramente.

Ya que no podía decidirse a ir otra vez en busca de Ulrich, discurrió una nueva treta

para reconquistarle e inducirle a sensaciones naturales. Y lo primero que ideó fue: Bonadea aparecería intempestivamente en casa de Diotima cuando Ulrich se encontrara acompañando a la seductora. Aquellos coloquios eran sin duda puro pretexto para entretenerse juntos, en lugar de conferenciar verdaderamente sobre asuntos del bien público. En cambio, Bonadea haría algo que redundaría en bien del prójimo; con esto quedaba fijado el comienzo de su plan. En efecto, nadie se preocupaba ya de Moosbrugger, y éste caminaba hacia la ruina, mientras que los demás perdían el tiempo pronunciando palabras altisonantes. Bonadea no vacilaba en creer que Moosbrugger volvería a ser su salvador en la tribulación. Le hubiera considerado un horrendo facineroso si se hubiera detenido a reflexionar sobre sus acciones; pero lo único que pensaba acerca de él era: -"Si Ulrich ha puesto tanto interés en su causa, no deberá olvidarle." En

posteriores estudios sobre su proyecto le vinieron al recuerdo dos aserciones: se acordó de que Ulrich, en una conversación en torno a aquel criminal, había afirmado que todo ser humano posee una segunda alma, la cual es siempre inocente, y había dicho además que una persona responsable de sus actos puede obrar también de otro modo; el irresponsable, jamás. De esto dedujo algo así como esta conclusión: ella quería ser irresponsable para declararse inocente; he aquí un estado que también Ulrich desconocía y que se convertiría en causa salutífera.

Vestida como para una fiesta de sociedad, Bonadea ocupó varias tardes en pasearse por delante de las ventanas de Diotima; apenas llegada Bonadea, aquéllas se iluminaban a lo largo de toda la fachada en señal de actividad interior. A su marido le había dicho que iba a una reunión a la que estaba invitada, pero que volvería pronto. Y mientras pasaban días sin atreverse a dar el

paso definitivo, las mentiras y el vespertino ir y venir ante una casa extraña creaban en su interior una inquietud que pronto se habría de resolver con una marcha escaleras arriba. Podía ser vista por conocidos y sorprendida por su esposo si daba la casualidad que pasara por allí; también podía llamar la atención del conserje de la casa, o de cualquier policía al que se le podía ocurrir acercarse a ella e interrogarle. Cuanto más repetía su paseo, mayores se hacían aquellos peligros, y cuanto más difería la decisión, tanto más probable se hacía el incidente. Bonadea se había deslizado ya hasta dentro del portal e ido a lugares donde no hubiera querido ser vista, pero entonces le había asistido, como un ángel custodio, la conciencia de que aquello formaba parte inseparable de lo que deseaba conseguir, atendida la particularidad de que trataba de entrar en una casa a la que nadie le había llamado y donde no sabía lo que le esperaba. Se consideraba

interiormente la autora de un atentado que al principio no ha presentido las cosas en el orden en que se le presentan, pero que, con ayuda de las circunstancias, se eleva a un estado de ánimo en que la detonación de una pistola y la salpicadura luminosa de unas gotas de vitriolo no significan exaltación alguna.

Bonadea no tenía tales intenciones; sin embargo, se sintió en análoga enajenación de espíritu cuando apretó por fin el timbre y entró. La pequeña Raquel se había acercado discretamente a Ulrich y le había comunicado que alguien le esperaba fuera con deseo de hablarle, pero sin detallarle que aquel “alguien” fuera una señora desconocida, cubierta de velos; y sólo al cerrar la doncella las puertas del salón detrás de él mostró Bonadea su rostro, retirando el velo. En este momento, no le cupo duda a Bonadea de que la suerte de Moosbrugger no consentiría otra dilación; y recibió a Ulrich, no como querida

atormentada por los celos, sino sofocada, como un corredor de maratón. Se le plantó con el cuento de que su marido le había dado el día anterior la noticia de que en Moosbrugger pronto no quedaría ya nada que salvar. -"Nada aborrezco tanto -concluyó ella- como este tipo obscuro de asesinos; a pesar de todo, me he expuesto a la probabilidad de ser tratada de intrusa en esta casa, porque tú, cuando vuelvas ahora a la señora y a sus ilustres huéspedes de tanta influencia, debes hablarles del caso, si quieres lograr todavía algo." Desconocía el eco de sus palabras. ¿Respondería Ulrich emocionado, agradecido a su atención? ¿Llamaría a Diotima? ¿Se retiraría ésta con ella y con Ulrich a una habitación aparte? ¿No se habría acercado ya la señora a la antesala, atraída por las voces? Con tal tono quería dar a entender que ella, Bonadea, no era la menos indicada para encargarse de los nobles sentimientos de Ulrich. Sus ojos relampagueaban húmedos y

sus manos temblaban. Hablaba alto. Ulrich se vio en un gran apuro y sonrió sin cesar, medio desesperado, para tranquilizarla y para tener tiempo de reflexionar sobre el modo de inducirla a abandonar aquella casa cuanto antes. La situación se hizo difícil; y, de no haber aparecido Raquel en su ayuda, Bonadea hubiera terminado quizá dando un grito o prorrumpiendo en un llanto convulsivo. La pequeña Raquel había permanecido a poca distancia de ellos, con ojos rasgados y resplandecientes. Había adivinado la aventura que se traía Bonadea en cuanto la vio, y se dio cuenta de la turbación que agitó su hermoso cuerpo al reclamar a Ulrich. Escuchó la mayor parte de la conversación y las sílabas del nombre de Moosbrugger penetraron en sus oídos como balas. Aquella voz femenina, descompuesta en irregulares vibraciones por la desazón, los deseos y los celos, la conmovieron, aunque sin comprender tales sentimientos. Intuyó que aquella

mujer sería la querida de Ulrich y que en aquel momento se sentía doblemente enamorada que de ordinario.

Raquel se sintió arrastrada a la acción, como si tuviera que unirse a un coro que interpretara música a pleno pulmón. Así, abrió la puerta y les dirigió una mirada suplicante, rogándoles moderación e invitándoles a pasar al único cuarto libre. Era la primera infidelidad manifiesta que cometía Raquel] contra su señora, pues ella sabía sin duda cómo podría ser acogido semejante descubrimiento. Pero el mundo era tan bello... La sensacional exaltación de la aventura la transportó a un estado tan desordenado que no le dejó tiempo para reflexionar.

Cuando se encendió la luz y los ojos de Bonadea vieron poco a poco el lugar donde se encontraba, sus piernas perdieron casi la fuerza que la sostenía, y el rubor de los celos afloró a sus mejillas; la estancia a la que había entrado era, en efecto, el dormitorio de

Diotima. Medias, peines y muchas otras prendas de vestir aparecieron esparcidas por la habitación, o sea, todos esos objetos que caen a la deriva en sitios que no les pertenecen cuando una mujer se muda de pies a cabeza para asistir a un acto de sociedad y cuando a la chica de servicio no le ha quedado tiempo para ordenarlos, o lo ha descuidado simplemente como en aquel caso: omisión deducida del pensamiento de que a la mañana siguiente habrá que volver a arreglar todo de nuevo; además, en los días de gran recepción, el dormitorio tenía que hacer de depósito de los muebles innecesarios de la sala de reunión. El aire olía a muebles amontonados, a cosméticos, jabón y perfumes. -"La pequeña ha hecho un disparate; aquí no nos podemos quedar -dijo Ulrich, riendo-. Y tú no debías haber venido; por supuesto que ya no hay nada que hacer con Moosbrugger."

- "¿Dices que no me debía haber tomado la molestia?" -repitió ella, casi sin voz. Sus

ojos vagaron de un lado a otro. ¿Cómo se le hubiera ocurrido a la chica -se preguntó ella angustiada- la idea de conducirnos a lo más íntimo de la casa, no siendo costumbre? Bonadea no se atrevió a reprocharle aquella comprobación, sino que prefirió apostrofarle en tono llano: -"¿Y eres capaz de dormir tranquilo mientras se desarrollan semejantes injusticias? Noches enteras paso yo sin poder pegar ojo, por lo que me he decidido a venir a verte!" Bonadea había vuelto la espalda a la habitación, miraba hacia la ventana, escrutando la reflectante opacidad que entraba en sus ojos desde fuera. Ésta podía estar constituida por las copas de los árboles o por la profundidad del patio. No obstante su excitación, se las arregló para orientarse en el punto en que se encontraba, el cual no daba a la calle, pero podía ser dominado desde las ventanas de enfrente. Mucho más agudo se hizo su nerviosismo cuando se percató de estar en el dormitorio

de su rival, con luz y con las cortinas abiertas, en compañía de su infiel amado y ante un mirador desconocido y oscuro.

Bonadea se había quitado el sombrero y desabrochado el abrigo; su frente y las calientes puntas de sus pechos tocaban los fríos cristales de la ventana; ternura y lágrimas humedecieron sus ojos. Lentamente se retiró de allí y se dirigió de nuevo a su amigo; pero algo de la tierna e indulgente negrura en la que habían profundizado sus ojos quedó en ellos, mostrando ahora un abismo inconsciente. -"Ulrich! -dijo con énfasis-. Es cierto, tú no eres malo; sólo lo aparentas! Haces todo lo posible por ponerte trabas a ti mismo a fin de no ser bueno!"

Aquellas palabras tan extraordinariamente sabias pusieron la situación otra vez peligrosa; no se trataba ya de la ridícula ansia que aquella mujer, dominada por su cuerpo, sentía hacia consolaciones de espiritual nobleza; más bien era la hermosura

misma de su cuerpo la que abogaba ahora en favor de la dulce dignidad del amor. Ulrich se acercó a ella y posó su brazo sobre las espaldas de Bonadea; ambos se habían vuelto hacia la oscuridad y miraban juntos al exterior. En medio de las tinieblas, al parecer ilimitadas, se había hecho un poco de luz procedente de la misma casa y parecía como densa niebla suspendida con su blandura en el aire. Por algún motivo, Ulrich tenía la fija impresión de contemplar una suave noche de octubre, aunque finalizaba el invierno; y la ciudad se le presentaba envuelta en la noche, como en una manta de lana. Luego pensó que igualmente podría decirse que una manta es como una noche de octubre. Ulrich sintió entonces un dulce prurito en la piel y estrechó a Bonadea con más fuerza.

- "¿Vas a entrar ahora?" -preguntó ella.

- "¿A impedir la injusticia próxima a cometerse en Moosbrugger? No; tampoco sé si es verdaderamente injusto lo que se le

imputa. ¿Qué sé yo de él? Por casualidad le vi una vez en una de las sesiones del juicio y algo más he leído en los periódicos sobre su vida. Es igual que si yo hubiera soñado que las puntas de tus pechos son como pétalos de amapola. ¿Puedo creer por eso que realmente son así?”

Ulrich quedó pensativo. También Bonadea reflexionó. Él se dijo a sí mismo: -”Es, pues, verdad, que una persona serenamente considerada no supone para el vecino más que una serie de comparaciones.” Bonadea, meditando, llegó a una conclusión: -”¡Ven! ¡Vámonos de esta casa!”

-”¡Pero qué ocurrencias tienes! -contestó Ulrich-. En seguida preguntarían por mi paradero, y al saberse tu visita armarían un escándalo.”

Silencio, contemplación y algo que, sin poder distinguirlo, también podía haber sido una noche de octubre o de enero, manta de

lana, dolor o felicidad, volvió a unirlos a los dos.

-”¿Por qué no haces algo por el prójimo?”- preguntó Bonadea.

Ulrich se acordó repentinamente de un sueño que había tenido, al parecer, hacía poco. Era de los que rara vez sueñan, o de los que, por lo menos, no recuerdan lo soñado y le extrañaba que de improvviso se le presentara delante el cuadro de aquel sueño y que se le abriera a su comprensión. En vano había intentado repetidas veces atravesar la pendiente de un monte; siempre se lo había impedido una fuerte sensación de vértigo. Sin necesidad de otra explicación, vio ahora claro que tal fenómeno de la fantasía hacía relación a Moosbrugger, aunque éste nunca había aparecido en ninguna escena del sueño. Y ya que una visión puede tener varios sentidos, en su interpretación plástica también se refería la suya a los inútiles esfuerzos que su espíritu había manifestado

últimamente en sus conversaciones y en su trato personal, y que se asemejaba a una marcha sin camino, la cual llega a un punto del que no se puede pasar adelante. Ulrich se vio precisado a sonreír sobre la icástica naturalidad con que su sueño había representado aquello: piedra lisa y tierra deslizante, de tramo en tramo algún árbol como apoyo o meta, y el brusco aumento del desnivel. Había hecho la prueba de subir o bajar, cuando alguien que le acompañaba le dijo: -"Sigamos sin preocuparnos; allí abajo, por la vaguada, va un camino cómodo." No quedaba lugar a duda! A Ulrich le pareció que la persona acompañante bien podía haber sido Bonadea. Quizá había soñado que las puntas de sus pechos eran como pétalos de amapola. Algo incoherente, que encajado en el sentimiento indagador como un ancho festón podía ser de un color malváceo, oscuro, rojo y morado, se elevó, como niebla,

de un rincón del fantástico cuadro, todavía sin iluminar.

En aquel momento sobrevino la claridad de la conciencia cuyos bastidores se hacen visibles al contacto de la mirada juntamente con todo el espectáculo escenificado, aun cuando no se pueda explicar esta impresión. La relación entre un sueño y lo que éste expresa le era conocida, ya que ninguna otra le había interesado tanto como la de la analogía y la de la parábola. Una comparación contiene una verdad y una no-verdad, ambas indisolublemente unidas entre sí para el sentimiento. Si se la toma tal como es y se le da un sentido al estilo de la realidad se obtiene sueño y arte; pero entre éstos y la vida real y plena media una pared de cristal. Si se la toma con la razón y si los elementos mal avenidos se separan de los elementos en mutua conformidad se obtiene verdad y ciencia, pero se destruye el sentimiento. Así como ciertas especies de bacterias dividen en dos

la sustancia orgánica que atacan, la especie humana separa los primitivos elementos vitales de la comparación: de una parte, la sólida materia de la realidad y la verdad; y de otra, la cristalina atmósfera del presentimiento, de la fe y del artificio. Parece que no se da una tercera posibilidad intermedia. Pero cuántas veces sucede que, al consumarse una acción en cuyos comienzos se ha reflexionado poco, se tiene la impresión de haberla deseado! Ulrich, después de haber atravesado un laberinto de calles tras el guía de sus pensamientos y humores, creyó haber llegado ya a la plaza mayor que irradia todo el tráfico. Algo de aquello le había dicho a Bonadea respondiendo a la pregunta de por qué no hacía algo por el prójimo. Ella no lo sabía, pero era cierto que disfrutaba de un gran día; meditó unos instantes, apretó más fuertemente su brazo contra el de Ulrich y contestó en términos sintéticos: -"¡Lo que tú haces en sueños no es pensar, sino

reproducir una historia cualquiera!" Era casi cierto. Ulrich estrechó la mano de Bonadea. En los ojos de ésta volvieron a aparecer de improviso las lágrimas que fueron bañando lentamente su rostro; y del salitre posado sobre su piel ascendió el indescriptible perfume del amor. Ulrich lo aspiró y sintió deseos lúbricos, oscuros, deseos de ceder y de olvidar. Pero se contuvo, y cariñosamente dirigió a Bonadea hacia la puerta. Entonces se dio perfecta cuenta de lo que tenía todavía por delante y de que debía decidirse a una u otra cosa. -"Marcha -le dijo en voz baja-; no te lo tomes a mal, pero no puedo decirte cuándo podremos volver a vernos; de momento tengo mucho que hacer conmigo mismo."

Y el milagro se produjo: Bonadea no opuso resistencia de ninguna clase, ni dijo palabra alguna de contrariada soberanía. Ya no estaba celosa. Sentía en sí misma la representación de una historia. Hubiera

abrazado de buena gana a Ulrich y, soltándole de repente, le hubiera dejado caer al suelo. Ante todo, hubiera hecho la señal de la cruz sobre la frente de Ulrich como signo de protección, de igual modo que se la hacía a sus niños. Y esto le pareció tan bello que no se le ocurrió ver en aquello un fin. Se puso el sombrero y besó a Ulrich; luego repitió el beso a través del velo, cuyos hilos se calentaron como las barras de una verja.

Con la ayuda de la doncella, que había vigilado y observado todo junto a la puerta, se consiguió que Bonadea desapareciera sin llamar la atención de los demás, quienes a su vez habían comenzado también a desfilar. Ulrich puso en la mano de Raquel una propina extraordinaria, dirigiéndole al mismo tiempo unas palabras laudatorias sobre su presencia de espíritu. Raquel quedó tan entusiasmada de ambos que sus dedos sujetaron instintivamente la mano de Ulrich junto con el dinero, hasta que él, no

pudiendo resistir la risa, descargó unas palmaditas amables sobre la espalda de la sonrojada doncella.

116 - Los dos árboles de la vida.

ULRICH aboga por la creación de un secretariado general del alma y de la precisión

La presente asamblea en la casa Tuzzi no había reunido tantos congresistas como otras veces. La asistencia a la Acción Paralela había comenzado a disminuir y los circunstantes se despidieron antes de lo acostumbrado. El mismo conde Leinsdorf, llegado en el último momento y, por lo demás, mostrando un semblante preocupado y nebuloso por el mal humor debido a las desconcertantes noticias que había oído acerca de las maniobras dirigidas a deshacer su obra, no pudo evitar aquel desmoronamiento. Algunos tardaron en irse, esperando que la aparición del conde trajera consigo

novedades de relieve; pero al no decir éste nada de especial y al no preocuparse mayormente de los presentes se fueron también los últimos que quedaban. Por eso, Ulrich, cuando volvió, se encontró, horrorizado, con las habitaciones casi desiertas. Poco tiempo después, en medio de la vivienda medio abandonada únicamente se reunía el “grupo más íntimo”, acrecentado por la presencia del señor Tuzzi, llegado a casa entretanto.

Su Señoría repitió: -”También de un emperador pacífico octogenario se puede hacer un símbolo. La idea es hermosa, pero se necesita dotarla de contenido político. No hay que extrañarse de que, en caso contrario, se pierda el interés. Es decir, lo que estaba de mi parte lo he hecho; ustedes mismos lo pueden ver. Los nacionalistas alemanes están furiosos a causa de Wisnieccky, porque dicen que es un eslavófilo; y los eslavos están también furiosos, porque dicen que, siendo ministro, fue un lobo con piel de cordero. Sin

embargo, ello demuestra que este hombre es un verdadero patriota, una personalidad por encima de todo partidismo y yo confío mucho en él. Pero sin pérdida de tiempo hay que integrar la Acción al puesto que le corresponde en la cultura, a fin de que la gente vea en ella algo positivo. Nuestra encuesta, ordenada a clasificar los deseos de los gremios participantes de la población, adelanta con excesiva lentitud. La idea de un año austríaco o mundial está muy bien, pero lo que yo quiero decir es que todo símbolo ha de hacerse poco a poco realidad. O sea, mientras una cosa permanece en su ser de símbolo, puedo dejarme emocionar, pero nada sé todavía de sus resultados; más tarde, sin embargo, dejo el espejismo del símbolo y emprendo una obra completamente distinta que entretanto ha atraído mi aprobación. ¿Se entiende lo que intento explicar? Nuestra muy digna y apreciada señora pone toda su alma en este asunto, y durante largos meses

se están tratando aquí los problemas de mayor interés; no obstante, la asistencia disminuye y a mí me parece que dentro de poco vamos a tener que tomar una determinación; cuál, no lo sé, quizá la de construir la segunda torre de San Esteban, o la de colonizar algún Estado imperial y real en África. Esto es bastante indiferente, pues yo estoy convencido de que las cosas pueden cambiar en el último momento; lo que importa es activar a tiempo la imaginación de los participantes a fin de que no se pierda.”

El conde Leinsdorf creyó haber hablado provechosamente. Arnheim tomó la palabra para responder en nombre de los demás: -”Lo que usted dice de la necesidad de fecundar, en momentos dados, la inventiva mediante una actividad, aunque no sea más que transitoria, es muy justo. A este respecto es efectivamente significativo que, en el círculo intelectual aquí convocado, reine desde hace tiempo una disposición de ánimo distinta. La

superabundancia de que nos lamentábamos al principio ha desaparecido; ya apenas se presentan nuevas proposiciones y las de antes casi ni se mencionan, o al menos nadie persevera en su defensa. Podría decirse que en todas partes se ha hecho patente la conciencia de que, con la aceptación del llamamiento, se ha aceptado el deber de llegar a un acuerdo; de modo que ahora cualquier proposición aceptable sería probablemente bien acogida por la generalidad.”

—“Querido doctor, ¿cómo están las cosas por aquí, entre nosotros? -le dijo Su Señoría a Ulrich, de cuya presencia se había dado cuenta en aquel momento-. ¿Hay alguna aclaración que hacer?”

Ulrich tuvo que decir que no. El intercambio de pareceres por escrito es mucho más fácilmente prolongable que el oral. La afluencia de sugerencias rectificadoras no había disminuido. Así, Ulrich continuaba fundando asociaciones, de las que, en

nombre de Su Señoría, daba noticia a los distintos ministerios; en éstos se había hecho notable, últimamente, la disminución del interés por los asuntos de la Acción. Éste fue el informe de Ulrich.

-”No es de extrañar! -dijo Su Señoría, vuelto a los circundantes-. Nuestro pueblo posee un sentido patriótico extraordinariamente desarrollado; pero se necesitaría tener la cultura de una enciclopedia para poder satisfacer a todas las fracciones en que se manifiesta. Los ministros no pueden más; esto demuestra también que llega el momento en que vamos a necesitar una intervención de las altas esferas.”

-”A este respecto -dijo otra vez Arnheim-, podría interesar a Su Señoría el hecho de que, en la última temporada, el general Stumm ha atraído la atención de nuestros congresistas de un modo cada vez más llamativo.”

El conde Leinsdorf miró al general por primera vez en aquella tarde. -"¿Con qué pues?" —preguntó; y no se esforzó por disimular la descortesía.

-"**E**sto es bochornoso! **S**epan ustedes que no ha sido ésa mi intención! -protestó, avergonzado, Stumm von Bordwehr-. Al soldado se le han concedido atribuciones bien modestas en esta sala de conferencias, y yo me he atenido siempre a esta misión. Pero Su Señoría recordará cómo ya en la primera asamblea y, por así decirlo, cumpliendo mi obligación de soldado, pedí que el comité encargado de la formulación de una idea base se fijara, no teniendo otra cosa, en que nuestra artillería está falta de cañones, y en que nuestra marina carece de buques, es decir, que aquellos con los que cuenta no son suficientes para llevar a cabo una eventual defensa de la nación..."

-"**¿Y qué?**" -le interrumpió Su Señoría dirigiendo a Diotima una mirada perpleja e

interrogadora, la cual reflejó a todas luces su displicencia.

Diotima alzó sus hermosos hombros y los dejó caer en señal de resignación; casi se había acostumbrado ya a que el pequeño y redondo general, guiado y ayudado por fuerzas misteriosas se le apareciera como una pesadilla en todas partes a donde ella se dirigiera.

Stumm von Bordwehr, para evitar que su modestia eclipsara el éxito, se apresuró a continuar: -"Precisamente en los últimos tiempos se han hecho más sonoras las voces que hubieran apoyado esta proposición si alguien la hubiera presentado. Se ha dicho que el ejército y la marina son una idea común; en definitiva, una gran idea que probablemente agradaría mucho a Su Majestad. Y los prusianos pondrían una cara... [Perdón, señor Von Arnheim!]"

-"No, los prusianos no pondrían mala cara -replicó Arnheim, sonriente-. Por lo

demás, se sobrentiende que, tratándose de asuntos austríacos de esta especie, me comporto como si no asistiera a tales discusiones, y sólo hago uso del permiso de escucharlas con la máxima discreción.”

-”De todos modos -concluyó el general-, se han oído voces altisonantes exigiendo lo más sencillo: que no se hable tanto y que se decida en favor de un programa militar. Personalmente, yo soy de la opinión de que esta idea se podía asociar quizá a otra gran idea civil; pero, como ya he dicho, el soldado no debe intervenir, y las voces que afirman que de las reflexiones civiles no saldrá nada bueno proceden del más alto nivel intelectual.”

Su Señoría al principio había escuchado con los ojos abiertos, fijos en el general; sólo el involuntario movimiento giratorio de sus dedos pulgares, que no podía impedir, traicionaron el penoso y esforzado trabajo de su interior.

El jefe de sección Tuzzi, que rara vez se había hecho oír en la Acción, habló despacio y en tono grave: -"No creo que el Ministerio de Asuntos Exteriores tuviera nada en contra!"

- "Bah! ¿Se han puesto de acuerdo ya todos los departamentos?" -preguntó malhumorado e irónico el conde Leinsdorf. Tuzzi contestó con amable serenidad: -"Su Señoría quiere burlarse de las secciones ministeriales. El Ministerio de la Guerra aceptaría el desarme mundial de mejor gana que las gestiones para llegar a un acuerdo con el Ministerio de Asuntos Exteriores!" Y continuó: -"¿Conoce Su Señoría la historia de las fortificaciones del Tirol meridional, la de las construidas en los últimos diez años a instancias del general jefe de Estado Mayor? Deben de ser lo mejor y más moderno que hay. Naturalmente, han sido provistas de alambradas eléctricas y de grandes reflectores; para el aprovisionamiento de

fuerza eléctrica han sido adquiridos incluso motores Diesel subterráneos. No se puede decir que estemos retrasados con respecto a otras potencias. Lo fatal del caso es que los motores han sido pedidos por la división de artillería, y que el combustible lo suministra el servicio de construcción del Ministerio de la Guerra. Así lo exige el reglamento. En consecuencia, no se pueden poner en funcionamiento las instalaciones, porque las dos secciones no acaban de dilucidar si los fósforos necesarios para la puesta en marcha deben ser considerados como material combustible y suministrados por el servicio de construcción, o como elemento accesorio del motor y, por tanto, de la incumbencia de la artillería.”

-”¡Estupendo!” -dijo Arnheim, aunque sabía que Tuzzi confundía el motor Diesel con un motor de gas y que incluso para éste hacía ya mucho tiempo que no se empleaban fósforos; era una de las historietas comunes

en las oficinas, impregnada de jocosa ironía; el jefe de sección la había contado con tal tono de voz que regocijó al infortunado a quien fue dirigida. Todos se echaron a reír, o sonrieron; y el general Stumm como el que más. -"Pero la culpa la tienen los señores del Gobierno civil -replicó él, siguiendo la broma-; pues si nosotros adquirimos algo no incluido en el presupuesto, el Ministerio de Finanzas nos dice inmediatamente que no tenemos idea de lo que es un gobierno constitucional. Suponiendo, pues, que se declarara una guerra antes de terminar el año financiero, **D**ios no lo permita!, inmediatamente, ya al amanecer del primer día de movilización, tendríamos que telegrafiar a los comandantes de la fortificación autorizándoles la compra de fósforos; y si no pudieran adquirirlos en los villorrios de la montaña, no quedaría más remedio que hacer la guerra con las cerillas de los ordenanzas."

El general se había extendido demasiado. Mediante la aguda trama de la broma se impuso de repente la amenazadora seriedad del estado en que se encontraba la Acción Paralela. Su Señoría dijo pensativo: -"En el transcurso del tiempo..." -Pero en seguida se acordó de que en situaciones difíciles es más sensato dejar hablar a los demás, y no terminó la frase. Las seis personas allí presentes guardaron silencio durante unos momentos, como si estuvieran alrededor de un pozo, mirando a su interior.

Diotima exclamó:;- "¡No, eso es imposible!"

- "¿Qué?" -preguntaron las miradas de todos.

- "Con ello haríamos lo que se reprocha a Alemania: ¡Armarnos!" -concluyó Diotima. Su alma no había entendido las anécdotas, o las había olvidado; de todos modos, había anclado en el éxito del general.

-”¿Y qué va a suceder? -preguntó el conde Leinsdorf, agradecido y preocupado-. Debemos buscar algo, aunque sea provisional.”

-”Alemania es un país relativamente ingenuo, pletórico de fuerzas -dijo Arnheim como si tuviera que acoger el reproche de su amiga con una excusa-. De pólvora y de aguardiente ha sido provisto desde fuera.”

Tuzzi sonrió a la comparación, que le pareció más que atrevida.

-”No se puede negar que en Alemania, en los ambientes a los que va dirigida nuestra Acción, crece la antipatía contra ésta.” El conde Leinsdorf no dejó pasar la oportunidad sin intercalar esta observación.

-”Por desgracia, también en los círculos en que se ha impuesto ya” -añadió en tono enigmático.

El conde se quedó admirado cuando Arnheim le declaró que no le extrañaba.

-”Nosotros, los alemanes -replicó éste-,

somos un pueblo desventurado; no sólo vivimos en el corazón de Europa, sino que sufrimos también del corazón...”

-”¿Corazón?” -preguntó Su Señoría instintivamente. Él hubiera esperado “cerebro” en lugar de “corazón”, y lo hubiera admitido de mejor grado. Pero Arnheim perseveró en el corazón. -”¿Se acuerda -preguntó éste- de cómo el Consejo Municipal de Praga hizo un gran pedido a Francia, aunque también nosotros habíamos ofrecido nuestras mercancías, que hubiéramos entregado mejor y más baratas? Eso es sencillamente antipatía. Y tengo que decir que lo comprendo perfectamente.”

Antes de que pudiera proseguir, Stumm pidió jubiloso la palabra, y declaró: -”Los hombres se entregan al trabajo en todo el mundo, pero en Alemania con mayor apremio -dijo él-. En todo el mundo se hace ruido, pero en Alemania más que en ninguna otra parte. A dondequiera que se mira se ve

que el negocio ha perdido el contacto con la cultura milenaria, pero en el Reich de modo especial. El mundo entero concentra su mejor juventud en los cuarteles, pero los alemanes tienen más cuarteles que cualquier otro país. Por eso, en cierto sentido, es nuestro deber de hermanos -concluyó- procurar no quedar detrás de Alemania. Les ruego me perdonen si resulto paradójico; tales complicaciones son cosa del entendimiento moderno.”

Arnheim hizo un gesto de aprobación. -”En América los hombres son quizá peores que nosotros -añadió-, pero también más ingenuos, carentes de nuestra escisión espiritual. Desde cualquier punto de vista que nos consideremos, nosotros formamos el pueblo de la medianía, en cuyo centro se cruzan todos los motivos del mundo. Lo que más urge entre nosotros es la síntesis. Lo sabemos. Tenemos una especie de conciencia del pecado. Pero, según lo he anticipado al

principio, la justicia exige también el reconocimiento de que nosotros padecemos por los demás, cargando sobre nuestras espaldas las faltas ajenas, y siendo maldecidos y crucificados por el mundo, o como se diga. Una conversión de Alemania sería el acontecimiento más sensacional de cuantos se pueden dar. Yo sospecho que la actitud dividida y, según parece, un poco apasionada contra nosotros, a la cual ha hecho usted mención, induce a tal presentimiento.”

Entonces intervino también Ulrich. -“Los señores menosprecian las corrientes germanófilas. He oído de fuentes fidedignas que próximamente se desencadenará una violenta manifestación contra la Acción Paralela, porque ésta es considerada en los círculos patrióticos como anti- alemana. Su Señoría verá al pueblo de Viena en la calle y éste protestará contra el nombramiento del barón Wisnieccky. Se cree que los señores Tuzzi y Arnheim obran secretamente de

mutuo acuerdo, pero también que Su Señoría desbarata la influencia alemana sobre la acción.”

El conde Leinsdorf mostró ahora algo de la tranquilidad de una rana y de la irritabilidad de un toro. Los ojos de Tuzzi se elevaron lentos y cordiales dirigiéndose a Ulrich con expresión interrogadora. Arnheim rió de corazón, y se levantó; hubiera querido aparecer ante el jefe de sección con humorística cordialidad, a fin de excusarse así del absurdo atribuido a ambos; pero al no hacerse accesible la mirada de éste, se volvió hacia Diotima. Entretanto, Tuzzi había tomado a Ulrich del brazo y preguntado de dónde procedía aquella noticia. Ulrich contestó diciendo que no era secreto alguno, sino un rumor público bastante propagado e interpretado de muchas formas; había llegado a sus oídos en una casa privada. Tuzzi acercó su rostro al de Ulrich y obligó a éste a separar el suyo del círculo; así protegido, le

susurró sin mas -"¿Usted no sabe todavía por qué está Arnheim aquí? Es amigo íntimo del príncipe Mosjoutoff y "persona grata" de los zares. Está en relación con Rusia y tiene el encargo de dar a la Acción una orientación pacifista. Todo esto no es oficial, sino, por así decirlo, iniciativa privada de la soberanía rusa. Asunto ideológico. ¶ Muy indicado para usted, amigo! -concluyó irónicamente-. Leinsdorf no tiene ni la más remota idea de ello."

El jefe de sección Tuzzi se había enterado de aquella noticia en el desempeño de su cargo. Creyó en ella porque consideraba el pacifismo como un movimiento compatible con la mentalidad de una mujer hermosa, y porque sabía a Diotima enamorada de Arnheim, y Arnheim era el huésped favorito de su casa. Antes Tuzzi había estado a punto de ponerse celoso. Las inclinaciones "espirituales" las aceptaba hasta cierto punto, pero le molestaba recurrir a la astucia para

descubrir si aquel punto había sido sobrepasado; por eso se había visto obligado a confiarse a su esposa. Pero, aunque sus sentimientos, partidarios de una ejemplar actitud varonil, se manifestaban más fuertes que los sexuales, éstos engendraban en él celos suficientes para ponerle en claro que un hombre atado a una profesión jamás tiene tiempo para vigilar a su mujer, si no quiere descuidar sus deberes de oficio. A todo esto se decía él que, si a un maquinista de locomotora no le es permitido llevar en la cabina a ninguna mujer, mucho menos debería dar lugar a los celos quien gobierna todo un reino; pero la noble ignorancia en que permanecía Tuzzi tampoco se podía conciliar con la diplomacia y le robaba algo de su seguridad profesional. En consecuencia, recobró su total confianza en sí mismo, cuando todo lo que le había inquietado pareció encontrar inocente explicación. Ahora reconoció un pequeño castigo para su esposa en el

hecho de saber toda la historia de Arnheim al tiempo que todavía no veía en él más que a la persona, e ignorando que fuese un enviado del zar. Tuzzi, satisfecho, siguió pidiendo a Diotima pequeñas explicaciones, de las cuales ella se hacía cargo con impaciente benignidad; él había pensado toda una serie de preguntas aparentemente Cándidas, de cuyas respuestas quería sacar las conclusiones. De buena gana hubiera contado algo de todo aquello al “primo”; y, a este respecto, deliberó también sobre el modo de hacerlo sin comprometer a su mujer, cuando el conde Leinsdorf volvió a tomar la dirección de la conferencia. Era el único que había permanecido sentado, y nadie pudo advertir lo que se había desarrollado en su interior desde que comenzaron a amontonarse las dificultades. Pero su voluntad bélica parecía sosegada; mientras acariciaba su barba a lo Wallenstein, dijo despacio y con firmeza: -”**□**Tiene que suceder algo!”

-”¿Ha tomado Su Señoría alguna determinación?” -le preguntó alguien.

-”No me ha venido ninguna idea -repuso Leinsdorf simplemente-; sin embargo, tiene que suceder algo!” Allí estaba él, sentado, como un hombre decidido a no moverse hasta ver cumplida su voluntad.

Una fuerza de su ser se comunicó a los demás, de modo que cada uno sintió agitarse en su interior el vano esfuerzo de extraer algo parecido a una pequeña moneda perdida en la hucha y reacia a salir por la rendija a pesar de las sacudidas.

Arnheim dijo: -”Bah, no hay que dejarse impresionar por tales conjeturas!”

Leinsdorf no respondió.

Acto seguido se repitió toda la historia de las proposiciones que deberían dar contenido a la Acción Paralela.

A esto contestó el conde Leinsdorf, como un péndulo en continuo desplazamiento pero siempre con la misma trayectoria

que recorrer: -"En consideración a la Iglesia, eso no se puede permitir. Tampoco atendiendo a las exigencias de los librepensadores. El comité central de los arquitectos se ha opuesto a ello, y el Ministerio de Finanzas ha manifestado sus reparos." Semejantes declaraciones se proyectaron hasta el infinito.

A Ulrich, sin parte activa en la discusión, le pareció como si aquellas cinco personas, que no paraban de hablar, hubieran cristalizado en aquel mismo momento la líquida turbulencia que desde hacía meses había oscurecido sus sentidos. ¿Qué significaba el rasgo de haber dicho a Diotima que era necesario enseñorearse de la irrealdad y suprimir la realidad? Allí estaba ella, recordando aquellas frases y pensando toda clase de cosas sobre él. ¿Y cómo se le había ocurrido a Ulrich decir a Diotima que había que vivir como una figura grabada en la página de un libro? Daba por supuesto que la prima se lo habría comunicado ya todo a Arnheim.

Pero Ulrich, además, creía saber tan bien como los demás qué hora era o cuánto costaba un paraguas. No obstante, si su punto de vista se encontraba en una situación equidistante de sí mismo y de los demás, esto no estaba revestido de la forma de una singularidad, como suele suceder en un amortiguado y ausente estado de conciencia; al contrario, sentía resurgir en su vida aquella lucidez penetrante que había experimentado ya antes en presencia de Bonadea. Ulrich se acordaba de cómo había asistido no hacía mucho tiempo, en otoño, a una carrera de caballos, en compañía de los Tuzzi; a lo largo del espectáculo se registró un incidente que cambió las perspectivas de los apostantes: en un abrir y cerrar de ojos, la pacífica masa de los espectadores se convirtió en un mar que desbordó sobre el campo, arrastrando no sólo todo lo que halló a su alcance, sino saqueando incluso las taquillas antes de que, mediante la

intervención de la policía, quedara reducido nuevamente a una reunión de gente deseosa de disfrutar de una distracción inocente y acostumbrada. Frente a semejantes acontecimientos resultaba ridículo pensar en las alegorías y formas externas, mal controladas, que la vida podría o no aceptar. Ulrich poseía una cualidad intacta para comprender que la vida es un estado rústico de la necesidad, en el cual no se puede pensar demasiado en el mañana, porque bastante quehacer da el presente. ¿Cómo es posible pasar por alto que el mundo del hombre no se desintegra, sino que tiende a la más resistente solidez, porque a cada irregularidad tiene que temer salirse de su órbita? Más todavía: ¿cómo no podría reconocer un buen observador que esta vital mezcla de preocupaciones, instintos e ideas -la cual abusa de las ideas, a lo más, para propia justificación, o las emplea como excitante- actúa de acuerdo con su ser, formando y uniendo, e influye sobre aquéllas, que

reciben de esto su natural movimiento y limitación? El vino se extrae de la vid, y aunque un estanque de vino sería una cosa muy hermosa, ¿no es todavía más bella una viña con su tierra agreste e incomedible y con sus estacas de madera muerta, dispuestas en filas consecutivas hasta perderse ondeantes en la lejanía?

-”En una palabra, la creación -pensó Ulrich- no surgió respondiendo a una teoría, sino...” Quiso decir “por fuerza”, pero se le cruzó otra palabra distinta de la que había esperado, por lo que su pensamiento terminó así: -”...sino que surgió por fuerza y por amor; la relación comúnmente adniitada entre estas dos potencias es falsa”.

En aquel momento, fuerza y amor no eran para Ulrich los conceptos acostumbrados. Todas sus inclinaciones a lo malo y a lo inflexible estaban contenidas en la palabra “fuerza”; significaba ésta la manifestación de todo comportamiento incrédulo, objetivo y

vigilante; sin embargo, reflejaba también una fuerza dura, fría, coactiva, y se proyectaba hasta en sus gustos profesionales, de modo que quizá no se podía afirmar que él había elegido la matemática sin cierta intención de crueldad. Esto aparecía tan global como la espesura de un árbol que oculta al mismo tronco. Y si se habla del amor no sólo en el sentido corriente, sino que al pronunciar su nombre se aspira a un estado distinto del de la pobreza del amor, sintiendo esta tendencia hasta en los átomos del cuerpo; si se considera uno desprovisto de atributos, sí se tiene la impresión de que no sucede más que otro tanto, porque la vida -próxima a explotar de tanta creencia en el "aquí y ahora", pero en definitiva un estado muy incierto y notoriamente irreal- se precipita contra unas cuantas docenas de moldes de los que sale la realidad, o si se piensa que en todos los ambientes en que nos movemos falta algo, que ninguno de los sistemas que hemos

establecido posee el secreto de la paz: todo esto, por muy variado que parezca, forma una unidad como las ramas de un árbol que esconden el tronco por todas sus partes.

En estos dos árboles crecía, por separado, la vida de Ulrich. No podía decir cuándo se había puesto el hombre bajo el signo del árbol del caos, pero tenía que haber sido muy tempranamente, pues ya sus planes napoleónicos, tan faltos de madurez, revelaban al hombre que miraba la vida como una tarea impuesta a su actividad y a su misión. Aquel apremio de asaltar la vida y de dominarla había sido siempre fácil de descubrir, como quiera que se hubiera interpretado: como resistencia a un orden vigente o como mutable aspiración a otro nuevo, como exigencia lógica, moral, o incluso simplemente como necesidad de un entrenamiento atlético del cuerpo. Y todo lo que Ulrich había llamado, al correr el tiempo, “ensayismo”, “sentido de la posibilidad” e

“imaginaria exactitud” en contraposición con la “pedante precisión”, los postulados abogando la necesidad de inventar la historia, de vivir las ideas en lugar de la historia universal, de enseñorearse de todo lo que no se puede realizar cumplidamente, y de tener que vivir uno hasta el final prescindiendo de su esencia de hombre y considerándose nada más que como figura de un libro despojado de todo elemento insustancial para encerrar lo restante del mundo en una mágica unidad... estas variantes antirrealísticas, de una agudeza extraordinaria, una vez aceptadas por el pensamiento de Ulrich, presentaban el común denominador de querer influir en la realidad con un evidente e implacable ardor.

Más difíciles de distinguir, por ser de carácter sombrío y fantástico, eran las conexiones del otro árbol en que estaba representada su vida. El fundamento lo formaba un recuerdo primitivo de unos contactos infantiles con el mundo, el recuerdo de la

confianza y del abandono; que habían sobrevivido gracias a un barrunto de haber visto alguna vez una especie de tierras lejanas: lo que ordinariamente suele llenar el tiesto en el que crecen las raquíticas plantas de la moral. Sin duda, aquella historia un tanto ridícula de la esposa del oficial mayor constituía la única tentativa de desarrollo integral, sobrepuesta a la sombría y blanda parte de su ser que designaba al mismo tiempo el comienzo de una reacción sin fin. Hojas y ramas del árbol despuntaban desde entonces en la superficie, pero el árbol mismo permanecía ausente y sólo a través de tales señales se sabía que existía. Esta inactiva mitad de su ser se patentizaba mejor en la involuntaria convicción de la utilidad, simplemente transitoria, de la parte activa y revoltosa, surgida una como sombra de la otra. En todo lo que Ulrich emprendía -incluidas tanto las pasiones corporales como las espirituales- se consideraba como un prisionero

haciendo preparativos que nunca alcanzan su propio fin; así, en el transcurso de los años llegó a extinguirse en su vida la sensación de la necesidad, como a una lámpara el aceite. Su evolución se descomponía visiblemente en dos trayectorias, una yacente a la luz del día y otra interrumpida en la oscuridad; y el estado coactivo de la paralización moral, que le había afligido desde hacía tiempo y quizá más de lo necesario, no podía derivar más que de la imposibilidad de unificar aquellas dos trayectorias.

Reflexionando, pues, sobre el recuerdo de su inverosímil fusión en las tirantes relaciones entre literatura y realidad, alegoría y verdad, Ulrich comprendió de repente que todo aquello significaba mucho más que una simple inspiración casual durante una de las tortuosas conversaciones que, como senderos sin fin, había mantenido en los últimos tiempos con las personas menos indicadas. En efecto, por cuanto alcanza retrospecti-

vamente, la historia de la humanidad deja bien clara la distinción entre las dos actitudes fundamentales de la alegoría y de la univocación. La univocación es la ley del claro pensar y obrar, que dirige tanto una rotunda conclusión de la lógica como el cerebro de un chantajista que oprime a su víctima paso a paso; esa ley se impone como consecuencia de las necesidades de la vida, las cuales nos conducirían a la ruina si las circunstancias no se levantan unívocamente. Sin embargo, la alegoría es una especie de asociación de imágenes dominante en el sueño, es la resbaladiza lógica del alma, a la cual corresponde la afinidad de las cosas en las intuiciones artísticas y religiosas; pero tampoco existe más medio que la alegoría para expresar de modo comprensible la simpatía y la antipatía, la conformidad y el desacuerdo, la admiración, la subordinación, el caudillaje, la imitación y sus contrarios, estas múltiples relaciones de hombre a hombre, de

hombre y naturaleza, las cuales no son todavía puramente objetivas, y quizá nunca llegarán a serlo. No cabe duda de que eso a lo que se le da el nombre de humanidad superior no es otra cosa que un intento de fundir en una unidad las dos grandes mitades de la vida; la alegoría y la verdad, separándolas primero cuidadosamente. Pero si aquello que en una alegoría podría ser quizá verdadero se aparta de lo que no es más que espuma, generalmente se obtiene algo de verdad y se destruye todo el valor de la alegoría. Esta separación puede resultar inevitable en el desarrollo espiritual; sin embargo, tiene el mismo efecto que la condensación de una sustancia, cuyas fuerzas y propiedades más íntimas se disuelven a lo largo del procedimiento, como en una nube de vapor. A veces no se puede evitar hoy día la impresión de que los conceptos y las reglas de la vida moral son únicamente alegorías hervidas, de las que se eleva un insoportable olor a grasienta

cocina de humanitarismo. Si se me permite proseguir hablando de tales temas, cabe sólo decir que esta impresión, confusamente difundida sobre todo lo existente, dio por resultado lo que la actualidad debería llamar sinceramente “veneración de las bajezas”. Hoy día se miente menos por debilidad que debido a la convicción de que un hombre capaz de dominar la vida debe ser también capaz de mentir. Se usa de la violencia porque su indiscutibilidad influye como una liberación después de largos e inútiles discursos. Se forman grupos porque la obediencia permite todo aquello de que uno no es ya capaz después de haber puesto en acto durante largo tiempo la propia convicción; y la enemistad entre estos grupos concede a los hombres la reciprocidad nunca sosegada de la venganza, mientras que el amor llegaría muy pronto a adormecer. La pregunta de si el hombre es bueno o malo tiene menos que ver con esto que con el hecho de haber

perdido la idea de altura y profundidad. Otra consecuencia contradictoria de esta dislocación es la superabundancia de los ornatos intelectuales con que se engalana hoy día la desconfianza ante el espíritu. El acopiamiento de la filosofía de la vida a las actividades que aceptan poco de ella, como la política, la manía universal de transformar un punto de vista en actitud y toda actitud en punto de vista, la necesidad que experimenta todo fanático por reproducir alrededor suyo, como en un gabinete de espejos, los descubrimientos que le han caído en suerte, estos fenómenos tan corrientes no representan lo que sería de desear: un esfuerzo por conseguir humanitarismo, sino su menoscabo. En conjunto causan la impresión de tener que alejar de toda relación humana el alma, allí situada por equivocación; en el momento en que Ulrich pensaba en ello sentía que su vida, contando con que tuviera sentido, no podía tener otro que éste: que las dos esferas

fundamentales de la humanidad se mostrasen allí en estado de disociación y de lucha mutua. Hombres así nacen hoy día, pero se quedan solos, y Ulrich no era capaz de reconstruir solo de nuevo lo destruido. No se dejaba llevar por ilusiones sobre el valor de sus experiencias mentales; bien podía combinar unos pensamientos con otros sin que jamás fallara la lógica, pero esto era como ir superponiendo un escalón tras otro; el extremo superior se balanceaba en la altura, lejos de la vida natural. Aquello le repugnaba extraordinariamente.

Y quizá fue éste el motivo por el que dirigió su mirada a Tuzzi. Tuzzi estaba hablando. Como si su oído se abriese a los primeros sonidos de la mañana, Ulrich le oyó decir: -"Yo no me atrevería a poner en tela de juicio la existencia actual de grandes creaciones humanas y artísticas, como usted hace; pero una cosa puedo afirmar: que en ninguna parte resulta tan difícil la política

exterior como entre nosotros. En cierto modo se puede prever que la política de los franceses se guiará en el año jubilar por la idea de la revancha y del colonialismo; la de los ingleses por la estrategia de sus peones en el ajedrez mundial, tal como se ha llamado a su modo de proceder; por fin, la política de los alemanes adoptará esa postura equívocamente llamada de tener su puesto bajo el sol. Pero nuestra antigua monarquía no carece de necesidades; de ahí que nadie sabe por adelantado en qué situaciones nos veremos aún hasta entonces." Pareció como si Tuzzi quisiera frenar y amonestar. Hablaba evidentemente sin intenciones irónicas; el aroma de la ironía procedía meramente de la ingenua objetividad, cuya seca corteza presentaba la convicción de que la ausencia de necesidades constituye un gran peligro. Ulrich se sintió estimulado, como si hubiese mascado un grano de café. Entretanto, Tuzzi se había obstinado en su

actitud monitoria y concluyó su declaración. -"¿Quién puede, pues, hoy -preguntó él- arriesgarse a realizar grandes ideas políticas? El que lo intentara debería tener algo de criminal y de traficante. Y esto no lo querría usted, ¿verdad? La diplomacia es para eso: para conservar."

- "La actitud conservadora conduce a la guerra" -replicó Arnheim.

- "Es posible -contestó Tuzzi-. Probablemente, lo único que queda por hacer es elegir hábilmente el momento de la entrada. ¿Recuerda usted la historia de Alejandro II? Su padre Nicolás fue un déspota, pero murió de muerte natural; sin embargo, Alejandro fue un magnánimo soberano que incluso inauguró su gobierno con reformas liberales; consecuencia: el liberalismo ruso se transformó en radicalismo y Alejandro, después de haber salido ileso de tres atentados, fue la víctima mortal del cuarto."

Ulrich miró a Diotima. Ella, incorporada, atenta, seria y exuberante, subrayó las palabras de su esposo. -"Es cierto. También yo he podido deducir, a lo largo del desarrollo de nuestra Acción, que si se le concede un dedo al radicalismo, intenta en seguida acaparar la mano entera."

Tuzzi sonrió; le pareció haber vencido en una pequeña batalla contra Arnheim.

Arnheim permaneció sentado sin inmutarse, con sus labios abiertos, como un capullo reventón, para respirar. Diotima se aliaba junto a él como una clausurada torre de carne sobre un valle profundo.

El general limpió sus gafas de concha.

Ulrich dijo pausadamente: -"La explicación es sencilla: los esfuerzos de todos los que se sienten llamados a restablecer el sentido de la vida coinciden hoy en despreciar la reflexión allí donde no sólo se pueden elaborar opiniones personales, sino también verdades; en cambio, se contentan con los

conceptos rápidos y con las semiverdades allí donde se multiplican las opiniones hasta el infinito.”

Nadie respondió a esto. ¿Y para qué responder? Lo que se hablaba no era más que simple palabrería. Lo importante era sólo el hecho de estar seis personas reunidas en una sala, conversando sobre problemas de interés; lo que decían y lo que dejaban de decir, los sentimientos, dudas, posibilidades, estaban incluidos en aquella realidad, pero sin equipararse a ella. La realidad, pues, los encerraba como se encierran los oscuros movimientos del hígado y del estómago en una persona vestida que acaba de firmar un documento importante. No era posible ofender a aquella jerarquía; allí estaba la realidad.

Stumm, el viejo amigo de Ulrich, había acabado ya de limpiar sus gafas; se las puso y le miró.

Aunque Ulrich había creído simplemente jugar con aquellas personas, de

repente se sintió muy solo entre ellas. Recordó haber sentido algo parecido hacía algunas semanas o meses: la resistencia de un pequeño soplo despedido de la creación contra el petrificado paisaje de la luna a la que casualmente se había trasladado él; así, le pareció como si todos los momentos decisivos de su vida hubieran ido acompañados por aquella sensación de extrañeza y soledad. ¿Pero no era acaso el miedo lo que le molestaba ahora? No acertaba a interpretar sus sentimientos. Éstos le decían, aproximadamente, que nunca en su vida había llegado todavía a tomar una decisión seria y que pronto lo tendría que hacer; pero tales reflexiones no se las formulaba con las palabras adecuadas, sino que las sentía en medio de su desazón, como si algo le quisiera arrancar del círculo de aquellas personas entre las que estaba sentado; y, a pesar de que éstas le eran totalmente indiferentes, su

voluntad se resistía desesperada, sirviéndose de brazos y piernas.

El conde Leinsdorf, a quien aquel silencio intercalado le había hecho pensar en sus deberes de político realista, dijo en tono exhortativo: -"¿Qué se ha de hacer, pues? ¿Debemos emprender, al menos provisionalmente, algo definitivo para prevenir de peligros a nuestra Acción?"

Ulrich arremetió con una tentativa absurda. -"Señoría -dijo él-, la Acción Paralela no tiene más misión que establecer los fundamentos de un inventario general del espíritu. Tenemos que preparar más o menos lo que sería necesario para enfrentarnos al año 1918, si en él hubiera de ocurrir el juicio Final, o el espíritu antiguo fuera a ser liquidado y se impusiera otro de mayor altura. Funde usted en nombre de Su Majestad un secretariado terreno de la precisión y del alma; cualquier otro problema que se adelante resultará insoluble o sería problema

sólo aparentemente.” Ulrich añadió algo de lo que le había ocupado en los instantes de su ensimismamiento.

Mientras así hablaba, le pareció que no sólo salían de sus órbitas los ojos de los oyentes sino que éstos, de tanta admiración, se levantaban sin querer de sus asientos. Habían esperado que, tras el señor de la casa, él les contara alguna anécdota; sin embargo, al no verse la gracia de lo que dijo, Ulrich cayó sobre su silla, como un niño pequeño entre torres inclinadas, las cuales observaban su candidez con cierto aire de superioridad ofendida. Únicamente el conde Leinsdorf puso cara amable. -”Claro que tiene razón -dijo sorprendido-; no obstante, tenemos el deber de coordinar todas las indicaciones hasta encontrar lo verdadero; capital y cultura nos han dejado en la estacada.”

Arnheim se creyó en la obligación de poner en guardia al noble señor frente a las

bromas de Ulrich. -"Nuestro amigo está obsesionado por una idea -explicó-; piensa en una especie de fabricación sintética de vida justa, al estilo de la fabricación del caucho sintético o del nitrógeno. Pero el espíritu humano -Arnheim se dirigió a Ulrich con una sonrisa de perfecto caballero- ha sido desgraciadamente limitado, de modo que sus formas de vida no se pueden cruzar en un laboratorio como ratones de experimentación; y en cambio, basta un granero para reproducir unas cuantas familias de ratones." Se excusó luego de tan atrevida comparación, pero quedó satisfecho del invento, porque hacía alguna referencia a la mentalidad y posesiones agrarias del conde Leinsdorf, y porque expresaba con viveza la diferencia entre pensamientos con y sin responsabilidad para la ejecución.

Pero Su Señoría sacudió contrariado la cabeza. -"Yo comprendo muy bien al señor doctor -manifestó-. Antiguamente, los

hombres echaban raíces en las circunstancias de la vida en que caían, y ésta era una manera segura de encontrarse a sí mismos; pero hoy, en la barahúnda general en que se tiende a desligar todo de su suelo y fundamento, sería necesario también, en la producción del alma, por decirlo así, sustituir la tradición de la artesanía por la inteligencia de la fábrica.” Fue ésta una de las respuestas memorables que se le escaparon sorprendentemente al noble señor, pues, antes de tomar la palabra para decirlo, había fijado su mirada en Ulrich con expresión de desconcierto.

-”Pero eso que dice el señor doctor es de todo punto irrealizable” -afirmó rotundamente Arnheim.

-”¿Por qué?” -repuso el conde Leinsdorf con sequedad y espíritu de lucha.

Diotima intervino. -”Pero Señoría -dijo ella como pidiéndole algo que no se puede expresar, o sea, rogándole que entrara en

razón-; todo lo que dice mi primo hace ya tiempo que lo hemos experimentado. ¿Cómo pues se van a exceptuar consideraciones tan embarazosas como las de hoy?" -"¿Sí? -contestó excitado Su Señoría-. No me imaginé en seguida que de esos hombres tan sabios no puede salir nada! Este psi-coanálisis o teoría de la relatividad... Dios sabe cómo se llama, todo eso no es más que vanidad! Cada uno quisiera ordenar el mundo de una manera especial. Les digo a ustedes que el señor doctor quizá no se ha expresado muy correctamente, pero en definitiva tiene razón. Apenas comienza una nueva era se emprenden cosas nuevas, y nunca se concluye algo decente!" El nerviosismo producido por el interrumpido desarrollo de la Acción Paralela estalló. El conde Leinsdorf había cesado de acariciar su barba; en su lugar giraba ahora, irritado, los dedos pulgares, el uno sobre el otro, sin darse cuenta de ello. Quizá había estallado también la

antipatía contra Arnheim; pues al empezar Ulrich a hablar del alma, el conde Leinsdorf había mostrado gran admiración; sin embargo, lo que seguidamente oyó le agradó. -"El que personas como Arnheim hablen tanto sobre el alma es una simple frivolidad -pensó él-; no tienen por qué, para eso está la religión." Pero también Arnheim había palidido hasta los labios. El conde Leinsdorf no había hablado más que con el general en el tono que empleaba ahora con Arnheim. Pero éste no era un hombre que se dejara decir cualquier cosa. No obstante, la resolución con que Su Señoría había mostrado su conformidad con Ulrich había hecho maquinalmente impresión en él, y ahora despertaba otra vez los dolorosos sentimientos que le había infundido. Estaba desconcertado porque sus deseos de hablar confidencialmente con Ulrich, antes de llegar a un conflicto público, no habían encontrado todavía ocasión; y precisamente por esto no se volvió

contra el conde Leinsdorf, al que dejó a un lado, sino que se dirigió a Ulrich con todas las señales de una violenta excitación corporal, desacostumbrada en él. -"¿Cree usted mismo en todo lo que ha dicho? -preguntó Arnheim, severo, y prescindiendo de todo cumplido-. ¿Cree usted en la viabilidad? ¿Le parece que es posible la vida según meras "leyes de analogía"? ¿Qué haría usted si el conde le dejara obrar a su antojo? ¡Dígalo, se lo pido por favor!"

El momento fue difícil. Diotima se acordó, sin saber por qué, de una historia que había leído en el periódico hacía algunos días. A una mujer le habían impuesto los jueces una pena gravísima por haber ofrecido a su amante oportunidad de asesinar a su viejo marido, el cual llevaba años sin "consumar" el matrimonio y negándose a dar su consentimiento para el divorcio. Este caso atrajo la atención de Diotima por su realismo casi medicinal y por su contenido contrastante.

Tal como las cosas se presentaban, era todo tan comprensible que ninguna de las personas parecía culpable dentro de su limitada posibilidad de ayudarse; se trataba más bien de un conjunto antinatural que llevaba a ambos consortes a aquel estado. Ella no sabía por qué tenía que pensar en semejante episodio precisamente en aquel momento. Pero también pensó en que Ulrich le había contado en los últimos tiempos muchas cosas “fluctuantes y pendientes”; le irritaba que él uniera siempre a ello alguna desvergüenza. Ella misma había dicho que el alma de ciertas personas privilegiadas puede nacer de su superficialidad, por eso le parecía que su primo era tan inseguro como ella y quizá igualmente pasional. Todo aquello estaba ahora en su cabeza o en sus pechos -sede abandonada de la amistad condal- de tal manera entrelazado con la historia de la mujer condenada, que aquello la hacía permanecer allí sentada, con la sensación de que

pasaría algo terrible si accedía a los deseos de Arnheim y de Ulrich, pero quizá peor aún si no accedía y tenía que actuar por su propia cuenta.

Sin embargo, al atacar Arnheim a Ulrich, éste había mirado a Tuzzi. Tuzzi intentaba ocultar trabajosamente una gozosa curiosidad entre las morenas arrugas de su rostro. -"Al parecer -pensaba-, tanto aspaviento va a terminar ahora revolucionando esta casa como consecuencia de sus mismas contradicciones." Hacia Ulrich no sentía simpatía de ninguna clase; todo lo que decía aquel hombre repugnaba a su naturaleza, pues Tuzzi estaba convencido de que el valor de una persona se cifra en la voluntad o en la profesión, y no en sentimientos e ideas; hablar tan sin sentido sobre la alegoría lo consideraba ni más ni menos que indecoroso. Posiblemente Ulrich se barruntaba algo de aquello, pues se acordaba de haber declarado una vez a Tuzzi que se mataría si pasaba el

año de “vacación de su vida” sin producir fruto; no lo había dicho con estas mismas palabras, pero con amarga claridad, de la que se avergonzaba ahora. Y nuevamente volvió a creer que se aproximaba el momento de tomar una decisión. Estaba pensando en Gerda Fischel, reconociendo el peligro que suponía que ésta viniera a su casa y prosiguieran su última charla. De repente, Ulrich vio claro que, a pesar de haberse recreado simplemente, habían llegado los dos al límite más extremo del lenguaje; de allí en adelante no era posible más que un paso: ceder cariñosamente a los deseos pendientes de la joven, despojarse espiritualmente para saltar la “segunda valla.” Pero era una locura, y él estaba convencido de que le sería imposible ir tan lejos con Gerda, y de que había trabado relaciones con ella sólo porque a su lado se sentía seguro. Ulrich se encontraba en un estado especial de tranquila exaltación, observó el rostro encolerizado de Arnheim y vio

cómo seguía diciéndole aún que le faltaba el “sentido de la realidad”, y que tan crasa disyuntiva de lo-uno-o-lo-otro -perdón- es demasiado infantil; pero había desaparecido de él la necesidad de responder. Miró a su reloj, sonrió apaciguado y se dio cuenta de que se había hecho muy tarde, no quedando ya tiempo para replicar.

Así restableció el contacto con los demás. El jefe de sección Tuzzi incluso se levantó y encubrió disimuladamente la descortesía entreteniéndose en alguna cosa perdida. También el conde Leinsdorf se había calmado entretanto; le hubiera agradado que Ulrich se hubiera atrevido a deshancar al “prusiano”, pero se quedó igualmente satisfecho, aunque no vio realizado su deseo. -”Si uno simpatiza con una persona, el sentimiento no se puede cambiar -pensó-. El otro puede decir todas las lindezas que quiera.” Y acercándose audaz, pero inconscientemente, a Arnheim y a su “secreto de todo”, añadió de

buen humor, mientras contemplaba la expresión de Ulrich, no precisamente inteligente en aquel momento: -"Estoy casi por decir que un hombre amable y simpático jamás puede decir o hacer estupidez alguna."

La asamblea se disolvió con rapidez. El general metió las gafas en el bolsillo de sus pantalones, en el lugar destinado al revólver, después de haber intentado inútilmente introducir las en los faldones de su guerrera, pues todavía no había encontrado un puesto adecuado para este instrumento civil. -"Ésta es la paz armada de las ideas!" -le dijo a Tuzzi con aire de complicidad y alborozo, aludiendo a la rápida desbandada.

Sólo el conde Leinsdorf se preocupó de retener solícito a los desertores. -"Señores! ¿En qué hemos quedado?" -preguntó. Y como nadie respondiera, añadió en tono tranquilizador: -"Dejémoslo para otra vez! Entonces veremos!"

117 - Día negro de Raquel

EL despertar del hombre y la determinación de seducir a Raquel habían enfriado la sangre de Solimán, como la aparición del venado al cazador, o como la res de matanza al carnicero. No sabía cómo lograr el objetivo, cómo proceder ni qué circunstancias elegir para poner manos a la obra; o sea, la voluntad de hombre le hizo sentir toda su debilidad de muchacho. También Raquel sabía lo que estaba por llegar; desde que había retenido la mano de Ulrich y superado la aventura de Bonadea andaba desquiciada, con una gran dispersión erótica, por así decirlo, la cual caía, como una lluvia de flores, también sobre Solimán. Pero las circunstancias eran adversas e imponían retrasos; la cocinera se había puesto enferma y Raquel tenía que sacrificar sus salidas; la actividad de la casa

urgía y Arnheim venía a menudo a visitar a Diotima. Éstos habían determinado quizá cuidar más de la pequeña, ya que el nabab rara vez se hacía acompañar ahora de Solimán; y cuando le traía, los servidores sólo podían verse durante cinco minutos y en presencia de sus señores, sintiéndose además obligados a poner caras serias e inocentes.

En aquella temporada llegaron casi a enfadarse, porque cada uno mostraba al otro la tortura de estar atados a una cadena tan corta. Por lo demás, la urgencia del instinto indujo a Solimán a preparar violentos ataques. Planeó escaparse del hotel por la noche; a fin de que su señor no lo notase, robó una sábana y, haciendo jirones que luego ató, quiso construir con ellos una escala, pero no le salió. El lienzo destrozado fue escondido detrás de un tragaluz. Después reflexionó inútilmente sobre el modo de escalar por la noche la fachada del edificio

entre figuras y cornisas; y durante el día, mientras iba y venía con sus recados, no veía más que ventajas y dificultades “turísticas” en la arquitectura por la que era célebre la ciudad. Raquel, sin embargo, a quien él había confiado recientemente sus planes, creía a veces, al apagar la luz de su cuarto, ver a los pies del muro ascender la negra luna llena del rostro de Solimán, o le parecía oír una llamada de grillo a la que respondía tímidamente, asomada lo más que podía a la ventana de su habitación e internada en el vacío de la noche, antes de reconocer que estaba vacía de verdad. Pero a Raquel no le molestaban aquellas alteraciones románticas, sino que se rendía a ellas con lánguida melancolía. Esta languidez se debía en realidad a Ulrich; Solimán era el hombre al que, a pesar de no ser amado, se hace entrega del propio ser; de esto no tenía Raquel la menor duda. El hecho de que no la dejaran encontrarse con Solimán, de no poder hablar

juntos en voz alta y la desgracia en que habían caldo ante sus superiores influían en ella de manera semejante a como influye en un par de enamorados una noche de incertidumbre, de misterio y de suspiros, y Raquel concentraba sus ardientes imaginaciones como un espejo ustorio, cuyo rayo de reflexión se hace irresistible en cuanto se siente su calor.

Ella, que no perdía el tiempo en construir escalas ni en soñar escaladas, era la que más sentido práctico demostraba. La sombría idea de un secuestro de por vida se había convertido rápidamente en una noche de actividades secretas; y esta noche, permaneciendo inaccesible, se había reducido a un cuarto de hora solitario. Ahora bien, ni Diotima ni el conde Leinsdorf ni Arnheim se daban cuenta de que una hora semejante consta de cuatro cuartos, cuando sus “funciones” les movían a cambiar impresiones sobre distintos acontecimientos, después de

terminadas las grandes e inútiles asambleas del espíritu, que a menudo duraban una hora más, sin contar el tiempo empleado en otras necesidades. Pero Raquel lo tenía en cuenta. Y puesto que la cocinera no se había restablecido todavía completamente y tenía permiso para retirarse a descansar antes de lo normal, la joven disfrutaba de la ventaja de tener tanto que hacer que no se podía saber en qué parte de la casa se ocupaba; además, a ser posible, se le dispensaba en tales horas del servicio de la sala. A modo de prueba -así como sucede a las personas que, cobardes para suicidarse, repiten tanto los intentos, que al final les resulta uno por equivocación-, Raquel había colado varias veces a Solimán, quien ya se había armado de una excusa relacionada con sus atribuciones en caso de ser descubierto; asimismo le había dado a entender que era posible el acceso a la habitación, y no sólo hasta la tapia. Pero la joven pareja no había

sobrepasado los contagiosos bostezos de la antesala y el espionaje a través del agujero de la cerradura, hasta que una tarde, sucediéndose las voces del salón como los sonidos de la trilla, Solimán declaró con una maravillosa frase de novela que él ya no podía resistir más.

También fue Solimán quien en el cuarto de Raquel echó el cerrojo; pero luego no se atrevieron a encender la luz, quedando a ciegas el uno frente al otro, privados no sólo de la vista, sino igualmente de todos los demás sentidos, como estatuas en un parque oscuro; Solimán pensó sin pérdida de tiempo en apretar la mano de Raquel, o en pellizcarle la pierna para que gritara, pues en eso había hecho consistir hasta entonces sus victorias masculinas; sin embargo, tuvo que violentarse para evitar los ruidos; y cuando intentó tímidamente un pequeño asalto brotó de Raquel una simple corriente de indiferencia desasosegada. Raquel sintió en efecto la

mano del destino que, aplicada a sus riñones, la empujaba hacia delante, al tiempo que su nariz y su frente se le helaban como si en aquel momento le hubieran abandonado todas sus imaginaciones. También Solimán se sintió completamente solo y desconcertado, sin poder adivinar el fin al que habría de llevarles aquella postura en medio de la oscuridad. En resumidas cuentas, la generosa y experimentada Raquel era la que debía representar el papel de seductora. A este efecto le sirvió su manía contra Diotima, reemplazo de su anterior amor, pues Raquel había cambiado mucho desde que no se contentaba con ser copartícipe de los sublimes encantos de su señora, y desde que alimentaba sus propias intrigas. No solamente mentía para ocultar sus entrevistas con Solimán, sino que tiraba del pelo de Diotima cuando la peinaba para vengarse de la atención con que era vigilada su inocencia. Pero lo que más rabia le daba era lo que más le había entusiasmado

antes: tener que vestirse las camisas, bragas y medias que le regalaba Diotima después de cierto tiempo de uso; pues, a pesar de que toda la ropa que recibía la reducía a un tercio de su talla original, y aunque la transformaba de arriba abajo, se consideraba como re-cluida en aquellas prendas y sentía el yugo de la moralidad en sus desnudas carnes. Y precisamente esto fue lo que le inspiró entonces la ingeniosa idea, necesaria en aquella situación en que ahora se encontraba. Raquel había hablado ya a Solimán sobre los cambios que venía observando desde hacía algún tiempo en las enaguas de su dueña, y no necesitaba más que mostrárselas para encontrar el punto de contacto que tanto urgía a su política. -"Tú mismo puedes ver lo malos que son Arnheim y Diotima -dijo Raquel enseñándole a la luz de la luna la blanca orla de su braguita-; si hay algo entre ellos, es seguro que engañan al señor, incluso en la historia de la guerra que se prepara en nuestra casa."

Y cuando el muchacho tocó cuidadosamente la fina y peligrosa braga de Raquel, ella añadió casi sin aliento: -"¡Te apuesto cualquier cosa, Solimán, a que tus calzoncillos son tan negros como tu cara!; así lo he oído siempre." Solimán hincó, ofendido, pero con suavidad, sus uñas en la pierna de la joven y ésta tuvo que hacer un movimiento hacia él para liberarse. Todavía se vio precisada a decir y hacer esto y aquello para conseguir algo más; sin embargo, no obtuvo ningún resultado. Al final empleó sus afilados dientes con los que trató a su gusto, como si fuera una gran manzana, el rostro de Solimán apretado infantilmente al de ella y saltando juguetón a cada movimiento. Después, Raquel se olvidó de proseguir tales esfuerzos y también Solimán dejó de avergonzarse de su torpeza; rasgando la oscuridad, se desencadenó la tempestad undívaga del amor.

Solimán dejó bruscamente a su amada sentada en el suelo y desapareció entre las

paredes, asemejándose la oscuridad que los separaba a un trozo de carbón con el que los pecadores se habían ennegrecido. Perdieron la noción del tiempo, dieron demasiada importancia al transcurrido y sintieron miedo. El último beso vacilante de Raquel había molestado a Solimán; éste quiso encender la luz y se condujo como el atracador que, una vez se ha hecho con el botín, sólo busca salvar el bulto. Raquel, después de arreglar sus vestidos llena de vergüenza y precipitación, miró a Solimán con unos ojos sin rumbo ni fondo. Sus cabellos pendían desordenados sobre la frente, y dentro de su cabeza volvían a representarse los amplios cuadros de su pundonor, hasta aquel momento olvidados. Había deseado un amante que, además de poseer todas las virtudes imaginables fuera esbelto, rico y aventurero; y allí estaba Solimán, no muy bien vestido, horriblemente feo y con multitud de historias de las que Raquel no creía ni una palabra. Quizá

hubiera deseado, antes de separarse, abrazar en la oscuridad, durante unos instantes más, el grueso y descompuesto rostro de Solimán; pero ahora, en plena luz, no era más que su nuevo amante, un pequeño truhán algo ridículo: una abstracción hecha de miles de hombres que excluía a todos los demás. Pero Raquel seguía siendo la muchacha de servicio que se había dejado seducir, y lo que sentía ahora era temor de engendrar un hijo, el cual descubriría el pastel, listaba demasiado intimidada por aquel cambio para poder suspirar. Ayudó a Solimán a vestirse, pues éste, en su atolondramiento, se había quitado la estrecha chaqueta cuyos muchos botones no eran fáciles de ajustar; pero no le ayudó por delicadeza, sino para terminar cuanto antes. Le pareció que bien caro estaba pagándolo todo; no quería ni pensar en un posible descubrimiento. De todos modos, cuando estuvieron listos, Solimán le prodigó una grandiosa sonrisa: estaba, en definitiva, muy

orgullosa. Raquel tomó en seguida una caja de cerillas, apagó la luz, corrió suavemente el cerrojo y, antes de abrir la puerta, susurró al oído de Solimán: -"¿Todavía tienes que darme un beso!" Era de rigor; pero aquella delicadeza les supo a ambos como polvos dentífricos pegados a los labios.

Al llegar a la sala se quedaron muy sorprendidos de ver que habían regresado a tiempo y de que la discusión al otro lado de las puertas seguía desarrollándose sin alteración. Para cuando quisieron salir los huéspedes, Solimán había ya desaparecido; y media hora más tarde, Raquel peinaba la cabellera de su señora con gran cuidado y casi con el antiguo amor reverencial.

- "Me alegro de comprobar que mis advertencias han servido de algo." Así alabó Diótima a Raquel, y, tan difícil de contentar a veces, dio ahora unas palmaditas cariñosas sobre la espalda de su pequeña doncella.

WALTER se cambió de traje mudando el de la oficina por otro mejor, y se anudó la corbata ante el espejo de Clarisse, el cual, no obstante su forma ovalada conforme a la última moda, no parecía ser de buena calidad ni estar en buenas condiciones, pues reflejaba una imagen deformada; y sin profundidad. -"Tienen mucha razón -dijo ella con enfado-, esa célebre Acción es una engañifa!"

- "¿Y qué consiguen con gritar?" -dijo Clarisse. - "¿Y a qué conduce hoy seguir viviendo? Cuando salen a la calle, al en os forman un cortejo procesional; el uno siente el cuerpo del otro. No piensan ni escriben; algo resultará de ahí!"

- "¿Crees tú que la Acción merece este escándalo?"

Walter se encogió de hombros. -"¿No has leído en el periódico la solución que han presentado los confidentes alemanes al presidente del Consejo de Ministros? ¿La aflicción y los perjuicios ocasionados a la población alemana y demás? ¿La irónica determinación del Club checo? ¿Y la insignificante noticia de que los diputados polacos se han dirigido a sus correspondientes comicios? Quien sepa leer entre líneas se dará cuenta de que esta pequeña novedad es la más elocuente, pues los polacos, de los que depende siempre la decisión, desamparan al gobierno. La situación es crítica. No ha sido muy oportuno provocar una inquietud general mediante la Acción patriótica."

- "Esta mañana -contó Clarisse- he visto en la ciudad a la policía montada; todo un regimiento. Una mujer me ha dicho que va a ocupar puestos secretos!"

- "Natural! También el ejército está preparado en los cuarteles!"

-”¿Crees tú que va a ocurrir algo?”

-”Eso no se puede saber!”

-”¿Cabalgan a través de la gente? En realidad, es horrible imaginar que ahora deberemos andar entre caballos!”

Walter había vuelto a anudar su corbata y se la ajustó de nuevo. -”¿Te ha sucedido eso alguna vez?” -preguntó Clarisse.

-”Siendo estudiante.”

-”¿Y nunca más?”

Walter dio con la cabeza una respuesta negativa.

-”¿No has dicho antes que el culpable de lo que acaezca será Ulrich?” -Clarisse quiso cerciorarse de si era verdad.

-”Eso no lo he dicho yo! -protestó Walter-. Los acontecimientos políticos le son a Ulrich, por desgracia, indiferentes. Lo único que he dicho es que no desdice de él provocar desaprensivamente cosas semejantes; la culpa la tiene el círculo que frecuenta.”

-“Iría con gusto a la ciudad contigo” -
reveló Clarisse.

-“De ningún modo! ¡Te excitarías demasiado!” -contestó Walter con gran energía. En la oficina se había enterado de lo que sería la manifestación, y quería mantener a Clarisse alejada del conflicto. La histeria provocada por una gran multitud no era para ella; a Clarisse había que tratarla como a una mujer embarazada. A Walter casi se le atragantó esta palabra, la cual, en la frágil susceptibilidad de su amada, entrañaba insensiblemente el disparatado calor del embarazo. -“Pero se dan nexos que sobrepasan los conceptos ordinarios” -se dijo él, no sin orgullo. Luego propuso a Clarisse: -“Si tú quieres, me quedaré también yo en casa.”

-“No -replicó ella-; por lo menos has de presenciarla tú.”

Lo que Clarisse quería era quedarse sola. Al contarle Walter los detalles de la inminente manifestación y al describirle la

forma en que se desarrollaría, Clarisse se había representado la imagen de una serpiente cubierta de escamas y en movimiento. Deseaba convencerse de la realidad de tal visión sin antes hacer comentarios.

Walter ciñó el talle de Clarisse con su brazo. -"¿Qué hago? ¿Me quedo también yo en casa?" -dijo él.

Clarisse apartó el brazo, cogió un libro de la pared e ignoró a Walter. Era un tomo de su venerado Nietzsche. Pero él, en lugar de simplemente dejarla a solas, le pidió: -"Déjame ver lo que te ocupa!"

Era hacia el atardecer. Un vago presentimiento de primavera dominaba la vivienda, como si se oyeran los trinos de los pájaros, ensordecidos por los cristales y muros; un sofisticado perfume de flores ascendía del barniz del suelo y también de los muebles tapizados y de los recién lustrados picaportes de latón. Walter tendió el brazo hacia el libro. Clarisse estrechaba el libro con las dos

manos y sus dedos sujetaban las páginas abiertas.

Entonces estalló una de aquellas tremendas escenas tan frecuentes en aquel matrimonio. Todas tenían el mismo modelo: el escenario del teatro se oscurecía y dos palcos, el uno frente al otro, se iluminaban; en uno estaba Walter, en el otro Clarisse, destacada entre las mujeres y hombres perdidos en la negra profundidad; Clarisse abría la boca y a continuación contestaba Walter; todos escuchaban conteniendo la respiración, pues se trataba de un espectáculo visual y musical como no hay otro. Así sucedió también en aquella ocasión, cuando Walter extendió suplicante el brazo; y Clarisse, a pocos pasos de él, apretó el dedo sobre una página del libro abierto. Ella había dado casualmente con un pasaje donde el maestro hablaba sobre el empobrecimiento que supone la decadencia de la voluntad, manifestado en todos los aspectos de la vida

a través de una exuberancia de detalles con menoscabo del conjunto. -"¶La vida reducida a su mínima expresión! ¶ tan pobre!" Conservaba todavía esta frase en la memoria, y del resto, que se le había esfumado antes de repetir Walter su molesta intervención, recordaba únicamente el sentido aproximado; y he ahí que Clarisse, no obstante las desfavorables circunstancias, hizo un gran descubrimiento: el maestro hablaba en aquella página acerca de todas las artes y hasta de todas las formas de la vida humana, pero se servía sólo de ejemplos traídos de la literatura; dado, pues, que Clarisse no entendía de generalidades, descubrió que Nietzsche no había alcanzado a comprender la trascendencia de sus pensamientos, ya que también eran aplicables a la música. Al mismo tiempo oyó el enfermizo tecleo de su marido al piano, como si sonase en cuerpo y alma. En sus expresivas pausas, la estacionaria dispersión de los sonidos -apenas empezaban

los pensamientos de Walter a rondar a su esposa y, para citar otro pasaje del maestro “el nexo accesorio de la moral” se sobreponía en él al “artista”- parecía brotar como solicitándola en silencio. Ella creía ver la música asomada al rostro de su consorte; luego se encendían los labios de Walter y hacía como si se hubiera cortado un dedo y cayera desmayado. El mismo aspecto presentaba ahora mientras extendía el brazo sonriente y nervioso. Naturalmente, Nietzsche no había podido saber tanto; sin embargo, era un signo significativo que ella hubiera coincidido sin querer, precisamente en aquella página. Y viendo, oyendo y comprendiendo Clarisse todo esto de una vez, cayó sobre ella el rayo de la inspiración. Se hallaba en lo alto de un monte muy elevado llamado Nietzsche; éste había sepultado a Walter en sus entrañas; pero en cuanto a ella, Nietzsche apenas alcanzaba a tocarle la planta de los pies. “La filosofía y la poesía aplicadas” de la mayor

parte de los hombres que no son capaces de crear ni incapaces de sentir ocultan una resplandeciente aleación compuesta de una pequeña divergencia personal y de un gran pensamiento extraño.

A todo esto, Walter se había levantado y se acercaba a Clarisse. Había decidido no asistir a la manifestación, a pesar de que hubiera querido tomar parte, y había resuelto quedarse al lado de su mujer. Al acercarse a Clarisse, Walter observó cómo se apoyaba de mala gana en la pared, y aquella postura femenina, adoptada expresamente para mostrar su negación ante el hombre, no bastó para contagiarle su repugnancia, sino que despertó en él imágenes viriles, muy apropiadas para excitar el deseo. Un hombre debe estar siempre dispuesto a mandar y a imponer su voluntad al recalcitrante; pero aquel imperativo que sintió Walter de acreditarse como hombre significó de repente tanto como la lucha contra los esparcidos

restos de sus supersticiones juveniles, cifradas en la creencia de la necesidad de llegar a ser algo especial. -"No hay por qué ser especial!" -se dijo. Le pareció una cobardía no poder pasar sin esta ilusión. -"En todos nosotros se registran excesos -pensó desdenoso-: enfermedad, pavor, soledad, malicia; cada uno de nosotros podría hacer algo de lo que ningún otro es capaz, pero esto no significa nada." A Walter le amargaba la manía de desarrollar necesariamente lo desacostumbrado, en vez de reabsorber las excrecencias corruptibles, en vez de asimilarlas orgánicamente y de rejuvenecer con ellas la sangre burguesa propensa a una excesiva tranquilidad. Así pensaba mientras esperaba el día en que la música y la pintura no fueran más que una distinguida forma de distracción. El deseo de Walter de tener un hijo pertenecía a esta clase de deberes; el apremio que le había dominado en su juventud de hacerse un Titán o un Prometeo se

presentaba ahora como última consecuencia, y consistía en aceptar, algo exageradamente, la fe en la verdad de que hay que empezar por ser como todos los demás. Entonces se avergonzó de no tener hijos; hubiera deseado cinco, si se lo hubieran permitido Clarisse y sus ingresos, pues le urgía la idea de hacerse centro de un cálido centro de vida; y anhelaba poder superar el promedio humano de la medianía reinante en la vida, sin pensar en la contradicción que esta exigencia contiene.

Quizá fue por haber reflexionado o dormido demasiado antes de disponerse a salir y antes de comenzar aquella conversación; el caso es que se le recalentaron las mejillas. Clarisse había comprendido, al parecer, por qué se había acercado Walter a su libro; aquella sintonización de ambas posturas, a pesar de las dolorosas señales de aversión, movió misteriosamente a Walter, de manera que tuvo que resentirse su brutalidad y

despedazarse su sencillez. -"¿Por qué no quieres enseñarme lo que has leído? ¿Por qué no hablamos de ello?" -rogó él.

-"No se puede "hablar"!" -musitó Clarisse.

-"Pero qué exaltada estás!" -exclamó Walter. Intentó cogerle el libro abierto, pero Clarisse lo sujetó, tercamente junto a sí. Después de unos momentos de lucha, Walter pensó: -"¿Qué es lo que pretendo hacer con el libro?" -y dejó en paz a Clarisse. Con tal resolución se hubiera puesto fin al asunto si Clarisse, en el instante mismo de quedar libre, no se hubiera adosado nuevamente a la pared, simulando, con su gesto de pertinaz encerramiento, la necesidad de esquivar la amenazadora violencia. Clarisse quedó sin respiración, pálida, y gritó a Walter con voz ardiente: -"En lugar de hacer algo de provecho, quisieras perpetuarte en un hijo."

Esta frase salió de la boca de Clarisse como una llama venenosa dirigida a Walter, quien inconscientemente repitió:

-”Hablemos!”

-”No me da la gana; eres insoportable!” - respondió Clarisse apoderándose nuevamente de sus medios vocales y usando de ellos bien consciente de su objetivo; éstos ocasionaron un estrépito semejante al producido por una vasija pesada de porcelana al caer al suelo entre los pies de ambos. Walter dio un paso y miró sorprendido a su esposa.

Las palabras de Clarisse no habían sido tan malintencionadas. Lo único que había sentido era miedo de ceder por bondad o por indolencia; Walter hubiera fajado entonces con pañales a su mujer y a sí mismo, y aquel momento era el menos indicado para hacerlo. La crisis se había hecho “aguda”; Clarisse sintió en su cabeza la palabra, grabada en gruesos trazos. Walter la había pronunciado para explicarle por qué salía la

gente a la calle, pues Ulrich, liado con Nietzsche por haberles regalado sus obras en el día de su boda, se encontraba en el lado opuesto hacia el que se dirigiría la punta en caso de ataque. Nietzsche acababa de suministrar un dato a Clarisse: si ésta se veía en lo más alto de un “monte elevado”, ¿qué es un monte elevado sino un montón de tierra en forma de punta? Se trataba de relaciones especiales, difíciles de interpretar, que incluso Clarisse no veía claras; pero precisamente por esto quería quedarse sola y echar de casa a Walter. El odio salvaje reflejado entonces en su rostro no era odio puro ni verdadero, sino sólo furia física desconectada de su persona, un “despacho musical”, corriente también en él; y así sucedió que Walter, después de mirar con gran asombro a su mujer, se sintió repentinamente invadido por una tardía lividez; enseñó los dientes y respondiendo a la frase con la que ella le había

calificado de “insoportable”, dijo: “¡Ten cuidado con el genio! ¡Sobre todo tú, guárdate!”

Walter gritó todavía más que ella, y la oscura profecía le pareció horrible a él mismo, porque se había abierto camino a través de la garganta con mayor fuerza que la que él mismo poseía. De pronto toda la habitación se le puso negra, como si se hubiera producido un eclipse de sol.

También a Clarisse le había impresionado.

Una emoción tan fuerte como un eclipse de sol tampoco es una insignificancia; y como siempre, también en aquella ocasión estallaron de golpe los celos de Walter frente a Ulrich. ¿Por qué le llamó genio? Ante Walter se presentaron de repente algunos viejos cuadros: Ulrich regresando a casa en uniforme, un bárbaro que ya contaba intrigas con auténticas mujeres, mientras que Walter, aunque de más edad que él, seguía haciendo poesías a las inánimes estatuas del

parque. Más tarde: Ulrich trayendo a casa nuevas noticias acerca del espíritu de la precisión, de la velocidad y del acero; pero para el humanista Walter aquello era como la invasión de una tribu bárbara. Frente al amigo menor, Walter siempre había sentido la secreta desazón de considerarse más débil en cuerpo y en espíritu de iniciativa; o si se prefiere, en sí mismo había visto espíritu y en el otro sólo voluntad bruta. Walter, afirmándose cada vez más en aquella convicción, se repetía el mismo cuadro de relaciones: él, accionado por la hermosura y por la bondad; Ulrich, meneando la cabeza. Estas impresiones no se borran nunca. Si Walter hubiera conseguido leer la página por la que luchaba con Clarisse, no habría sabido ver en ella una crítica de sus propias cavilaciones artísticas - como Clarisse entendía- en aquella separación de la voluntad que, aislada del conjunto, posaba su atención en los detalles; más bien se hubiera convencido de que contenía un

magnífico retrato de su amigo Ulrich, comenzando por la valoración excesiva de los detalles propia del supersticioso empirismo moderno, y terminando con la prolongación de este bárbaro desmoronamiento. Este fenómeno había tenido lugar en el yo al que él había llamado “hombre sin atributos” o “atributos sin hombre”, definición aprobada por Ulrich en su megalomanía. Todo esto había querido decir Walter al pronunciar la palabra “genio” en medio de su invectiva, pues creía que, si había alguno con derecho a considerarse una individualidad solitaria, ése era él mismo. Sin embargo, había renunciado a hacerlo para volver a sus naturales tareas de hombre, sintiéndose entonces por delante de su amigo en toda una era. Pero mientras Clarisse callaba ante el impropio de Walter, éste pensó: -”¿Como añada ahora una sola palabra a favor de Ulrich, no se la aguanto!” El odio sacudió su cuerpo, como accionado por el brazo de Ulrich.

En su desmedida excitación, Walter sintió el imperativo de calarse el sombrero y de echar a correr. Se precipitó a través de las callejuelas de la ciudad sin preocuparse de adonde iba. Las casas, como en un sueño, doblaron sus crestas por la acción del viento. Sólo después de unos instantes Walter moderó su paso; entonces miró a la cara de las personas que pasaban delante suyo. Aquellos rostros que le contemplaban con amabilidad le tranquilizaron. Y luego, en cuanto se lo permitió su conciencia -ajena a aquel fenómeno de su fantasía-, se dispuso a exponer a Clarisse su interpretación. Pero las palabras brillaron en sus ojos y no en sus labios. ¿Cómo se ha de describir la felicidad que uno tiene cuando se siente entre hombres y hermanos? Clarisse hubiera dicho que a Walter le faltaba originalidad. Pero el abrupto aplomo de Clarisse era algo inhumano y él estaba dispuesto a no ceder ante las presuntuosas exigencias de su mujer. Walter sentía

el penosísimo deseo de verse sometido a un orden, junto a ella, en vez de vagar en la abierta locura del amor y de la anarquía personal. -"En todo lo que se es y se ejecuta, incluso cuando uno se sitúa en contra de los demás se siente la existencia de un movimiento impulsivo hacia ellos." Aproximadamente ésta hubiera sido la respuesta de Walter, pues siempre había tenido suerte en su trato con las personas; incluso en la disputa las había atraído, así como también ellas a él. De este modo, la idea de que en la comunidad humana rige una ley de compensación que premia los esfuerzos y que acaba siempre imponiéndose había venido a ser en su vida una firme convicción. Se le ocurrió pensar que hay hombres que son seductores de pájaros; los pájaros vuelan gustosos hacia ellos, y con frecuencia tales hombres tienen la misma expresión que los pájaros. No le cabía duda de que todo hombre oculta un animal con el que vive de una manera

inexplicable. Esta teoría era de su propia cosecha, aunque no científica; creía que las personas amantes de la música intuyen muchas cosas inaccesibles a la ciencia, y ya desde su niñez había sabido que su animal era una especie de pez. Los peces le habían cautivado siempre, pero en su entusiasmo se había mezclado algo de horror; el comienzo de sus vacaciones se lo dedicaba Walter a ellos con verdadero apasionamiento; entonces era capaz de pasarse horas a la orilla del agua, entretenido en extraer los peces de su elemento mediante el anzuelo, y exponiendo sus cadáveres sobre la hierba hasta que de repente ponía fin a su actividad con un hastío que rayaba en el espanto. Y el pescado en la cocina era una de sus más viejas pasiones. El armazón descarnado era depositado en un recipiente navicular, esmaltado de verde y blanco como hierba y nubes, y con agua a media altura; en ella nadaban los esqueletos -relacionados por algún motivo

con las leyes del reino culinario- hasta que, una vez dispuesta la comida, iban a parar al montón de la basura. Aquella vasija había atraído misteriosamente al muchacho, quien, vuelto a ella repetidas veces bajo pueriles pretextos, perdía el uso de la palabra al ser preguntado por las razones. Hoy quizá hubiera respondido que el encanto de los peces está en el hecho de no pertenecer a dos elementos, sino a uno. Él los vio otra vez ante sí, como los había visto frecuentemente en el profundo espejo de las aguas! Y ellos no se movían, como Walter, sobre el suelo. El suelo era el límite de un segundo elemento vacío, sin que ni el uno ni el otro fuera su ambiente. (Así pensó Walter trabando irreflexivamente aquel pensamiento, ligado a una tierra a la que tocaba sólo en la pequeña superficie ocupada por los pies y elevándose con el cuerpo entero en medio de un aire en donde uno se caería y al que desplaza de su lugar.) Lo que verdaderamente acogía a los

peces era su propio suelo, su aire, su bebida, su comida, su terror ante el enemigo, el oscuro impulso de su amor y su tumba. Los peces se movían en el medio ambiente por el que eran movidos, que es lo que le sucede al hombre únicamente en el sueño, o quizá también al experimentar el nostálgico deseo de sobreprotegerse al amparo del acariciador cuerpo maternal, creencia que comenzaba entonces precisamente a ponerse de moda. Pero ¿por qué mataba Walter los peces y los sacaba afuera? Esto le proporcionaba un placer indecible, sagrado! Y él no quería saber por qué; él, Walter, el enigmático! En una ocasión, Clarisse había llamado a los peces “burgueses acuáticos”. Walter se estremeció, ofendido. Y en aquel estado imaginario en que él se encontraba y pensando en todo mientras cruzaba presuroso las calles y miraba a los rostros de las personas circundantes, el tiempo había tomado un aspecto inmejorable para ir a la pesca; no llovía

aún, pero una densa humedad caía del cielo, oscureciendo las aceras y la calzada, según pudo observar él mismo. Las personas que por allí caminaban parecían haberse vestido de negro; llevaban sombreros rígidos, pero el cuello de la camisa suelto. Walter no se admiró de ello. En todo caso, no eran burgueses, sino que, al parecer, salían de una fábrica divididos en grupos; otros hombres, que probablemente no habían terminado todavía la jornada de trabajo, se escurrían más aprisa entre ellos, como Walter. Se sentía muy dichoso; únicamente le estorbaban un poco los desnudos cuellos que le hacían pensar en algo inquietante y sospechoso. De repente manó agua del cuadro; los hombres salieron en desbandada; un intermitente de luz blanca rasgaba el aire; los peces caían; y sobre todo ello se destacó una voz temblorosa, tierna, ajena al parecer a aquella situación: la llamada a un pequeño perro por su nombre.

Estas últimas alteraciones fueron tan independientes de la voluntad de Walter que incluso le sorprendieron. No se había dado cuenta de que sus pensamientos habían desbarrado produciendo diversos cuadros a una velocidad inconcebible. Alzó los ojos y miró al rostro de su joven esposa, descompuesta todavía por el tedio. Walter se sintió muy inseguro. Se acordó de que había querido explicar detalladamente un reproche; su boca seguía aún abierta. Pero él no sabía si desde entonces habían pasado minutos, segundos o sólo milésimas de segundo. Entretanto, el orgullo le calentó un poco, como un ambiguo escalofrío propagado por la piel a continuación de un baño de agua fría. He aquí lo que aproximadamente quiso decir: -"Ved de qué soy capaz." No menos avergonzado se sintió ante aquella explosión subterránea; hacía poco que había estado a punto de afirmar que la sistematización, la autodisciplina y la habilidad de presentarse uno como pequeña

parte de un vasto conjunto valía espiritualmente mucho más que las anormalidades; y ahora aparecían sus convicciones con las raíces fuera, adherido a ellas el fango volcánico de la vida. Por eso, el sentimiento más fuerte que había tenido desde que había vuelto en sí era en realidad el pavor. Walter veía seguro que algo horroroso iba a sucederle. Aquel miedo carecía de contenido razonable; pensando todavía casi a ciegas se hacía a la idea de que Clarisse y Ulrich intentaban arrancarle de su imaginación. Recogió sus pensamientos para sacudir aquel sueño que estaba teniendo en estado de vigilia, y quiso decir algo que preparara un razonable desenlace de la conversación, paralizada por su violencia. Una frase esperaba ya en la punta de su lengua, pero le retuvo el presentimiento de que sus palabras se habían retrasado, la sospecha de que entretanto se había dicho y hecho alguna otra cosa sin él saberlo; y de repente, reenhebrando el hilo

del tiempo, oyó cómo Clarisse le decía; -" [Si quieres matar a Ulrich, mávalo de una vez! Tienes demasiada conciencia; el artista sólo puede hacer buena música prescindiendo de la conciencia!"

Pasó un tiempo larguísimo hasta que le dio a Walter por entenderlo. A veces una cosa se comprende cuando uno se enfrenta a ella con una respuesta, y él no se atrevió a responder por temor a revelar su ausencia. Y en esta arriesgada situación comprendió o se convenció de que Clarisse había dado verdaderamente origen a los inquietantes pensamientos con que acababa de entretenerse. Ella tenía razón al creer que Walter, si le hubieran permitido todos sus deseos, a menudo no hubiera tenido otro que el de ver muerto a Ulrich. Así ocurre no pocas veces en amistades que no se disuelven tan rápidas como el amor cuando tocan vehementemente al valor de la persona. Pero aquel deseo no era tan sangriento, pues en el

instante en que se imaginaba ver a Ulrich cadáver se le representaba en seguida, al menos parcialmente, el antiguo amor de juventud hacia el amigo perdido; y así como una gran escena de teatro suprime la inhibición burguesa ante el desafuero, de él se apoderó la impresión de que en la idea de un trágico desenlace se encierra algo hermoso, de lo cual también la representación de la víctima participa. Walter se mostró muy sereno, aunque por lo general era muy miedoso y no podía ver sangre. Y a pesar de que anhelaba sinceramente el derrumbamiento del orgullo de Ulrich, jamás hubiera hecho nada para conseguirlo. Pero los pensamientos carecen originariamente de lógica, por mucha que se les atribuya. La mera resistencia de la realidad, desprovista de fantasía, atrae la atención sobre las contradicciones de ese poema llamado "hombre". Quizá Clarisse tenía razón cuando afirmaba que un exceso de conciencia burguesa puede ser un

impedimento para el artista. Todo esto se juntaba en Walter, quien miraba ahora a su mujer, irresoluto y recalcitrante.

Pero Clarisse repitió solícita: -"Si Ulrich impide tu obra, debes quitarle de en medio!" Parecía como si ella encontrara interesante y divertida aquella idea.

Walter quiso extender la mano hacia su esposa. Sus brazos estaban como pegados al cuerpo; sin embargo, pudo aproximarse a ella.

-"Nietzsche y Cristo fueron víctimas de su mediocridad!" -le susurró Clarisse al oído. Pero todo aquello era absurdo. ¿Cómo se le ocurría mencionar a Cristo? Semejantes comparaciones eran sencillamente penosas. No obstante, Walter vio salir de aquellos labios en movimiento algo provocador, imposible de describir; era evidente que su resolución, penosamente tomada, de asociarse a la mayoría de la humanidad sufría de continuos ataques reprimidos de violenta nostalgia

hacia una actitud excepcional. Agarró a Clarisse con toda su fuerza impidiéndola moverse. Los ojos de ella se encendieron ante él como dos discos pequeños. -"¿No sé cómo puedes llegar a pensar semejantes cosas!" -dijo él repetidas veces, pero sin obtener respuesta alguna. E inconscientemente la debió de haber atraído hacia sí, pues Clarisse blandió las uñas de sus diez dedos ante el rostro de Walter, como un pájaro, impidiéndole acercarse más a ella. -"Esta mujer está loca!" -se dijo Walter. Pero no pudo deshacerse de ella. Una inexplicable fealdad se reflejó en su rostro. Nunca había visto una mujer loca, pero le pareció que no presentaría un aspecto distinto del que veía ahora en su esposa.

De pronto Walter preguntó con voz lastimera: -"¿Le amas?" No se trataba de una advertencia especialmente original, ni de la primera vez que luchaban los dos a causa de ella; pero antes de tener que creer que

Clarisse estaba enferma, Walter prefería pensar que amaba a Ulrich. Esta heroicidad no estaba probablemente libre de la influencia que había ejercido en él la admiración otorgada hasta entonces a la estrechez de los labios renacentistas, aquellos que ahora le parecían por primera vez tan feos; la fealdad tenía probablemente alguna relación con el hecho de que el rostro de Clarisse había perdido la tierna protección del amor hacia Walter y revelado un grosero amor hacia su rival. Complicaciones no faltaban; éstas temblaban entre el corazón y los ojos de Walter, como una novedad de significado tan general como privado; pero el haber dado un tono tan inhumanamente lastimero a la pregunta de si ella amaba a Ulrich, dependía quizá de la locura de Clarisse, la que se le había contagiado a él, lo cual le infundía un poco de horror.

Clarisse había conseguido desprenderse suavemente de Walter, pero ahora se acercó

a él otra vez por propia iniciativa, repitiendo su respuesta como cantando: -"No quiero tener hijos tuyos; no quiero tener hijos tuyos!" Al mismo tiempo, le besó varias veces, furtivamente y con rapidez.

Luego desapareció.

Clarisse había dicho también: -"¿Quiere Ulrich un hijo mío?" Walter no podía acordarse exactamente, pero casi se puede decir que oía la posibilidad de haberlo dicho. Estaba en pie, lleno de celos, ante el piano, sentía el soplo de algo caliente y algo frío en un mismo lugar de su cuerpo. ¿Eran éstas las corrientes del genio y del enajenamiento? ¿O las de la indulgencia y del odio? ¿O las del amor y el espíritu? Se imaginaba que él era capaz de dar paso libre a Clarisse y de poner su corazón a los pies de su esposa para que ella lo pisara; también se imaginaba que del mismo modo podría aniquilar a su esposa y a Ulrich con unas palabras violentas. No sabía cómo acertar, dudaba de si debía ir en busca

de Ulrich o ponerse a escribir su sinfonía, con la que se podría interpretar por fin la eterna lucha entre las estrellas y la tierra; dudaba de si convendría o no refrescar antes la fiebre en las aguas mágicas de la prohibida música wagneriana. El estado indescriptible en que se encontraba Walter comenzó a disolverse poco a poco con aquellas reflexiones.. Abrió el piano, encendió un cigarrillo y mientras se dispersaban sus pensamientos, sus dedos emprendían sobre las teclas la interpretación de la arqueada y paralizadora música del mago sajón. Y tras un preludeo de lenta descarga, Walter comprendió que su mujer y él se encontraban en un estado de irresponsabilidad total; pero a pesar de la desagradable impresión que aquello le había causado, estaba seguro de que, siendo todavía tan reciente lo ocurrido, sería inútil salir a buscarla para hacérselo comprender. Y de improviso se sintió arrastrado a la calle; tomó el sombrero y se dirigió a la ciudad

para realizar su primera intención y mezclarse en el conflicto general, caso de encontrarlo. Por el camino le pareció llevar dentro de sí toda una legión de demonios que él conducía y dirigía al encuentro de otra legión similar. Pero ya en el tranvía, la vida recobró su aspecto ordinario. La posibilidad de que Ulrich se encontrase en la parte contraria, la posibilidad de que el palacio del conde Leinsdorf fuera asaltado y la de que Ulrich colgara de una farola o fuera aplastado por frenéticos pies; el pensamiento de que ante esto acudiría él mismo, Walter, a amparar a su amigo y a rescatarle, tembloroso; todas estas cavilaciones eran, a lo más, sombras diurnas, huidizas, en las obvias circunstancias del orden del viaje con su precio fijo, con sus para-das y avisos acústicos: estado que a Walter, respirando ahora tranquilo, había vuelto a hacersele familiar.

119 - Sabotaje y seducción

POR entonces parecía como si los acontecimientos urgieran un desenlace. También para el director Leo Fischel, perseverante en el trabajo de sabotear las negociaciones de Arnheim, llegó el momento de la satisfacción. Desgraciadamente, la señora Klementine no se encontraba a aquella hora en casa, por lo que Leo tuvo que contentarse con entrar en la habitación de su hija Gerda, llevando en sus manos un diario del mediodía, bien informado generalmente en materia de Bolsa. Se sentó en una silla cómoda, aludió a una insignificante noticia del periódico y preguntó con regalo: -"¿Sabes tú ahora, hija mía, por qué nos honra con su presencia ese filósofo financiero?"

En casa, Fischel no llamaba de otra manera a Arnheim, para hacer ver que él,

serio hombre de negocios, se reía del entusiasmo con que las mujeres de su familia admiraban a aquel rico parlanchín. Y aunque el odio no confiere clarividencia, no pocas veces llega a confirmarse un rumor de Bolsa; la antipatía de Fischel frente al prusiano aceleró la continuación de lo comenzado: -"O sea, ¿sabes tú... -repitió intentando cegar los ojos de su hija con el triunfal rayo de su mirada- que pretende poner bajo el control de su trust los yacimientos de petróleo galiciano?"

Fischel se levantó entonces, empuñó su periódico como si agarrara a un perro por el cuello y abandonó la habitación, pues se le había ocurrido telefonar a algunas personas para cerciorarse mejor. Tenía la impresión de haber pensado siempre en aquello (como se ve, el efecto causado por las noticias de Bolsa es el mismo que el de la bella literatura), y se mostraba de acuerdo con Arnheim, como si no se hubiese podido

esperar otra cosa de un hombre tan razonable y olvidando completamente que hasta entonces le había tenido por un charlatán. No quiso tomarse la molestia de explicar a Gerda el significado de su información; cualquier palabra de más hubiera influido en detrimento de la elocuencia de los hechos. -"Lo que quisiera es poner bajo el control de su trust los yacimientos de petróleo galiciano!" Con el peso de aquella lacónica frase sobre la lengua se retiró añadiendo sólo este pensamiento: -"Quien sabe esperar sale siempre con ventaja!" Una antigua regla de Bolsa que, como toda verdad de Bolsa, completa el conjunto de las verdades eternas.

Apenas salido, el sobrecogedor efecto de la visita se hizo patente a Gerda. Jamás había dado a su padre la satisfacción de poder verla emocionada o sorprendida; entonces, sin embargo, abrió presurosa un armario, sacó el abrigo y un sombrero, se aderezó el cabello y el vestido ante el espejo, permaneció un

momento sentada junto al tocador y examinó desconfiada su rostro. Había tomado la resolución de salir en busca de Ulrich. Se le había ocurrido, en el momento de oír la comunicación de su padre, que tal noticia la debía saber Ulrich lo antes posible, pues la situación del ambiente de Diotima le era suficientemente conocida como para comprender la importancia que podría tener para Ulrich la novedad de su padre. Y al instante de decidirse sintió como si sus sensaciones se pusieran en movimiento masivo, retenido por una larga vacilación. Gerda se había impuesto hasta entonces aquella actitud, como si hubiese olvidado la invitación de Ulrich de visitarle; pero en cuanto las sensaciones más próximas lentamente cambiaron de lugar sobre la masa del conjunto sensitivo, las más distanciadas comenzaron a correr incesantemente y a empujar, y ella quedó perpleja; no obstante, la resolución fue tomada sin tomarse en cuenta a sí misma.

-”Él no me quiere!” -se dijo ella al contemplar en el espejo su rostro, que en los últimos días se había alargado. -”No me puede querer teniendo yo esta cara!” -pensó, debilitada. E inmediatamente añadió con obstinación: -”Él no lo merece! Todo es pura imaginación mía!”

Entonces se apoderó de Gerda el desaliento. Los últimos sucesos la habían consumido. Parecía como si sus relaciones con Ulrich le hubieran complicado algo que, en resumidas cuentas, era muy simple. Hans minaba, con sus pueriles caricias, los nervios de la joven; ella trataba a Hans con brusquedad y, al final, también con desprecio; pero Hans respondía con brusquedad todavía mayor, como un muchacho que amenaza hacerse daño a sí mismo. Sin embargo, cuando Gerda se veía precisada de tranquilizarle volvía a caer en sus brazos, y Hans la palpaba como un fantasma, de suerte que los hombros de Gerda enflaquecieron y su tez perdió

frescura. Con todos estos tormentos terminó Gerda al abrir su armario para tomar el sombrero; el temor ante el espejo puso fin a sus sugerencias cuando se levantó y precipitó afuera, sin que por eso quedara libre de él.

Ulrich lo comprendió todo, nada más verla entrar; además, Gerda se había echado un velo, según había visto hacer a Bonadea en sus visitas. Temblaba de pies a cabeza e intentaba disimularlo con una actitud artificialmente desenvuelta que producía un efecto de extravagante rigidez.

-“Vengo a verte porque mi padre acaba de comunicarme algo muy importante” -dijo ella.

-“¿Qué raro! -pensó Ulrich-. ¡Ahora me trata de tú!” Este “tú” brusco le dio rabia; pero para no manifestarla, trató de explicárselo creyendo que el exagerado gesto de Gerda se debería a su intención de quitar a la visita el carácter de fatalidad que tenía y cualquier otro significado extraño, para

presentar su aparición como un acontecimiento razonable algo retrasado; pero de esto se podía deducir todo lo contrario: que los propósitos de Gerda se extendían ostensiblemente hasta el último extremo. -"Hace ya tiempo que nos tuteamos; y si no lo hacemos de palabra, es sólo porque nos hemos esquivado siempre" -declaró Gerda, quien había preparado la escena de paso hacia la casa, previniéndose para la sorpresa que podría producir su aparición.

Pero Ulrich la interrumpió; posó su brazo sobre el hombro de Gerda y la besó. Ella cedió como una vela de cera blanda. Su respiración, sus manos extendidas hacia él, parecían las de una persona inconsciente. En aquel momento sobrevino la crueldad del seductor, irresistiblemente atraído por la indecisión de un alma arrastrada por su propio cuerpo, como un preso en manos de sus verdugos. A través de la ventana penetraba en la habitación el débil resplandor de la tarde

declinante de invierno. En uno de los recorres claros estaba Ulrich en pie, sosteniendo a la joven con su brazo; la cabeza resaltaba amarillenta sobre la almohada suave de la luz, y el color del rostro era cetrino, evocando el de un cadáver. Ulrich la besó lentamente a lo largo de toda la superficie libre entre el cabello de la cabeza y el vestido, y tuvo que violentarse ligeramente hasta llegar al contacto de los labios, los cuales salieron al encuentro de los suyos como los gráciles bracitos de un niño al abarcar el cuello de un adulto. Ulrich pensó en el hermoso rostro de Bonadea, aquel que, bajo el influjo de la pasión, le recordaba una paloma con sus plumas erizadas, presa de un ave de rapiña; se imaginó también la gracia escultural de Diotima de la que él no había gozado. En lugar de la hermosura que aquellas dos mujeres estaban dispuestas a ofrecerle yacía ahora ante sus ojos el rostro de Gerda,

extrañamente languidecido por el ardor y desesperadamente feo.

Gerda no duró mucho en aquel vigilante delirio. Había creído cerrar los ojos sólo por un corto momento; y mientras Ulrich besaba su rostro le pareció a Gerda como si las estrellas se detuvieran en el infinito del espacio y del tiempo, perdiendo su ser toda noción de límite y cronología; pero al relajar Ulrich sus esfuerzos, Gerda despertó y se independizó posando sobre sus propios pies. Fueron besos de verdadera pasión, y no simplemente simulados y quiméricos, los primeros que acababa de dar y también de recibir, según pudo deducir de sus sensaciones; la repercusión en su cuerpo fue enorme, como si aquel instante la hubiera hecho mujer. En estas cosas suele suceder algo parecido a lo que tiene lugar en la extracción de un diente: aunque después le falta al cuerpo algo que antes poseía, se tiene la sensación de una mayor entereza por haber zanjado

definitivamente un motivo de inquietud; y Gerda, en cuanto sintió la vibración de aquel estado, se incorporó rebosante de refrigeradora energía. -"¿Todavía no me has preguntado a qué he venido!" -echó en cara a su amigo.

-"¿A decirme que me quieres!" -repuso Ulrich un poco desconcertado.

-"No; a decirte que tu amigo Arnheim está engañando a tu prima;

Hace como si estuviera enamorado, pero lo que le anima son muy otras intenciones." Gerda le contó el descubrimiento de su papá.

En Ulrich causó una profunda impresión aquel informe con su sencillez. Se creyó en el deber de poner en guardia a Diotima, quien bogaba a plena vela hacia una fatal decepción. No obstante la maliciosa complacencia con que se representaba aquel cuadro, Ulrich sentía lástima de su hermosa prima. Pero aquel sentimiento estaba poderosamente dominado por un cordial

reconocimiento a papá Fischel; y aunque a Ulrich le faltaba poco para proporcionarle algún disgusto, admiraba sinceramente la inteligencia de semejante hombre de negocios chapado a la antigua y condecorado de bellas convicciones, quien había tenido la suerte de encontrar, del modo más sencillo, la clave de los secretos de un gran espíritu moderno. Tal pensamiento distrajo mucho el estado de ánimo de Ulrich frente a las dulces solicitudes de la presencia de Gerda. Se admiraba de que, pocos días antes, hubiera sido capaz de pensar en la posibilidad de abrir su propio corazón a aquella muchacha. -"Y Hans describe esta blasfema imagen de dos ángeles ávidos de amor con el tópico de "saltarse la segunda valla" -pensó él y, como si la acariciara con los dedos, gozó mentalmente de la superficie maravillosamente lisa y compacta de la serena figura que adopta la vida de hoy día, transformada por los comprensibles esfuerzos de Leo Fischel y de sus

correligionarios. Así, su única respuesta fue: -"Tu papá es maravilloso."

Gerda, obsesionada por la importancia de su propia noticia, había esperado otra cosa. No se imaginaba lo que sucedería como efecto de su informe; lo veía llegar aproximadamente como el momento en que suenan todos los instrumentos de viento y cuerda de una orquesta; la indiferencia que le parecía ver en Ulrich frente a sí le atrajo otra vez el doloroso recuerdo de que él siempre se le había mostrado partidario del término medio, de lo corriente y de la sobriedad. Si bien Gerda se había persuadido entretanto de que aquello significaba una forma espinosa del acercamiento amoroso, cuyo mejor ejemplo lo encontraba ella misma en su alma de muchacha, ahora -"cuando ya se amaban", según le decía una voz interior en forma algo infantil-, una desesperada claridad le advertía de que el hombre al que ella entregaba todo no la tomaba muy en serio. Buena parte

de su seguridad se desvaneció mediante esta reflexión; pero, por otro lado, a Gerda le resultó extraordinariamente agradable aquel “no ser tomada en serio”; tal sugerencia le ahorra todos los esfuerzos exigidos por el mantenimiento de sus relaciones con Hans. De este modo, cuando Ulrich alababa a su padre, ella no comprendía por qué lo hacía, pero así veía restablecerse un orden indeterminado, orden que ella violaba al sacar a su papá de sus casillas por causa de Hans. Esta confortadora sensación, producida por el retorno al seno de la familia que, además de ser un fenómeno algo raro, Gerda lo celebraba con aquel traspiés, la divirtió de tal manera que opuso delicada resistencia al brazo de Ulrich mientras decía: -”Lo que podemos hacer es enlazarnos personalmente; el resto vendrá de por sí.” Estas palabras se derivaban de un programa de “Comunidad de acción” y resumían, de momento, la última

idea que le quedaba a Gerda de Hans Sepp y de sus compañeros.

Ulrich había vuelto a apoyar su brazo sobre el hombro de Gerda; desde que había oído la información acerca de Arnheim estaba notando que algo importante se le acercaba, pero antes tendría que liquidar aquel encuentro con su amiga. Lo único que experimentó fue la extraordinaria molestia de tener que poner en actos todo lo que el momento requería; por eso volvió a subyugar el cuerpo de Gerda con su brazo, esta vez empleando ese mudo lenguaje que, sin violencia y más elocuentemente que las palabras, advierte que toda resistencia posterior resultará inútil. Gerda sintió caer sobre sus espaldas la virilidad emanada de aquel brazo; había inclinado la cabeza y miraba obstinadamente a su regazo, como si concentrara allí, en el delantal, todos los pensamientos con cuya ayuda quisiera “enlazarse personalmente” con Ulrich, antes de que pudiera

sucedier lo que tenía que suceder como coronación. Pero a Gerda le pareció que su rostro se iba volviendo cada vez más estúpido y vacío; luego se enderezó, como una ánfora vacía, quedando al final con sus ojos fijos en los ojos del seductor.

Ulrich se inclinó hacia ella y la cubrió de besos, sin consideración; la carne se puso en movimiento. Gerda se incorporó, inerte, y se dejó guiar. Faltaban unos diez pasos para llegar al dormitorio de Ulrich. La joven se apoyó en su amigo como una enferma o como un herido grave. Su andar le pareció extraño, aunque Gerda no se hizo arrastrar, sino que caminó por su propio pie y voluntad. Gerda nunca había experimentado semejante vacío, a pesar de la gran emoción; hubiera creído que se había quedado sin sangre, estaba helada; al pasar por delante de un espejo que parecía reflejar su imagen a una distancia muy grande se dio cuenta de que su rostro se había puesto escarlata y de que

presentaba algunas manchas pálidas. De pronto, tal como ocurre en los accidentes trágicos en los que la mirada demuestra a menudo una hipersensible receptividad frente a todo lo simultáneo, Gerda vio alrededor suyo el dormitorio cerrado de un hombre con todos sus detalles. Se le ocurrió pensar que, poniendo más prudencia y cálculo en la acción, quizá hubiera podido entrar allí como esposa, realidad que la hubiera hecho muy feliz; sin embargo, Gerda buscó palabras para hacer ver que no le interesaban las ventajas, sino que lo único que quería era entregarse gratuitamente. Tales palabras no le vinieron, por lo que se dijo: -"¡Adelante!" -y abrió el cuello de su vestido. Ulrich la había dejado; por su cabeza no pasó la idea de prestar a Gërda el delicado y amoroso servicio de desnudarla. Retirado a un lado, se quitó sus propios vestidos. Gerda contempló el cuerpo del hombre gallardo y poderoso, con su equilibrada acometividad y belleza. Se

asustó al ver el suyo propio con carne de gallina, a pesar de no haberse despojado aún de la ropa interior. Nuevamente buscó palabras de auxilio. [S]u situación le resultaba demasiado embarazosa! Lo que intentaba decir debería convertir a Ulrich en su amante de la manera que ella pensaba, mediante una colocación dulce e infinita, para lo cual no era preciso hacer aquello que se imaginaba. La escena resultó tan maravillosa como confusa. Gerda se vio frente a él por unos instantes, en medio de un inmenso campo de cirios plantados en el suelo como pensamientos en hilera, e inflamados a sus pies bajo la acción de una única señal. Pero no pudiendo pronunciar ninguna de aquellas palabras, se sintió desastrosamente fea y miserable, sus brazos temblaron, le faltaron las fuerzas para acabar de desnudarse y sus exangües labios se apretaron enérgicamente el uno contra el otro para impedir su despliegue sin palabras.

En tal estado de cosas intervino Ulrich, quien, observando el tormento en que estaba sumida y viendo amenazado con la ruina lo que tanto le había costado hasta entonces, se acercó a ella y le soltó los tirantes. Gerda se deslizó hasta la cama como un muchacho. Ulrich examinó durante unos instantes los movimientos de la adolescente desnuda, los cuales hicieron tan poca relación al amor como el reverbero de un pez. Creyó adivinar que Gerda había determinado superar lo más rápidamente posible un lance imposible ya de evitar; y fue en el momento de seguirla cuando más claro vio que la apasionada irrupción en un cuerpo extraño es prolongación del placer que el niño encuentra en el juego secreto y criminal del escondite. Sus manos se posaron sobre la piel áspera de la joven, irritada todavía por el miedo, y sintió horror en vez de atracción. No le agradó aquel cuerpo medio fofo e infantil; lo que Ulrich hizo le pareció a él mismo absurdo. De

mejor gana hubiera abandonado el lecho; y para evitar la huida tuvo que emplear toda clase de pensamientos útiles a tal objeto. Consecuentemente, Ulrich trató de reunir a toda prisa en su cabeza cuantos motivos se suelen citar para adoptar un comportamiento carente de seriedad, de fe, de miramientos y de satisfacción; y en el hecho de entregarse sin resistencia encontró, ya que no el pasmo del amor, sí una emoción medio frenética que hacía pensar en una matanza, en un asesinato con estupro o, si se puede dar, en un suicidio sadista; o sea, en un embargo de los demonios del vacío, ocultos detrás de cada escena de la vida.

Aquella situación evocó de repente a Ulrich, por una confusa asociación de ideas, su antigua lucha nocturna con unos bribones, y esta vez quiso reaccionar con más rapidez, pero en el mismo momento comenzó algo impresionante. Gerda había transformado en voluntad todos sus recursos interiores, y la

había empleado en combatir el vergonzoso miedo que la cohibía; se sintió como a punto de ser ejecutada. Pero en el momento en que Ulrich se le acercó con su desacostumbrada desnudez y la tocó con sus manos, el cuerpo de Gerda se despojó de voluntad. Todavía sintió en algún recóndito rincón de su pecho una indecible amistad, el tierno y trémulo deseo de abrazar a Ulrich, de besar su cabellera, de seguir con sus propios labios la voz de él, y se figuró que, si llegara a tocar el verdadero ser del amigo, se derretiría su propio ser como copos de nieve encerrados en una mano caliente. Pero su Ulrich era el que, vestido como de costumbre, se movía en los conocidos cuartos de su casa paterna y no este hombre desnudo, cuya hostilidad adivinaba y que no tomaba en serio su propio sacrificio, aunque tampoco le daba ocasión de recobrase. Gerda repentinamente dio un grito sin darse cuenta. Como una nubecilla, como una pompa de jabón;

aquel grito quedó suspendido en el aire y luego le sucedieron otros. Fueron pequeños suspiros, salidos del fondo de su pecho como si estuviera forcejeando contra alguna cosa, un gemido del que se desataban y redondeaban agudos ayes. Sus labios se retorcieron sin descanso, rezumaron humedad en un momento de mortal lascivia; hubiera querido saltar, pero no podía incorporarse. Sus ojos no le obedecieron ya y dieron signos de falta de control. Gerda suplicó indulgencia, como el niño que ha merecido un castigo o que va a ser llevado al médico y no puede dar un paso más, retorcido y destrozado de tanto llorar. Protegiendo los pechos con sus manos, amenazó a Ulrich con las uñas, al mismo tiempo que apretaba espasmódicamente sus largos muslos. Aquella rebelión de su cuerpo contra sí misma fue tremenda. Tuvo la clara impresión de presenciar una comedia, pero se vio sentada y sola y desamparada en medio de los palcos vacíos y no

pudo impedir que su propio destino se representara entre violencia y gritos, y que ella misma interviniera involuntariamente interpretando su propio papel.

Ulrich fijó horrorizado su atención en las pequeñas pupilas de los velados ojos de Gerda, de los cuales surgía una mirada extrañamente rígida; y contempló, petrificado, los raros movimientos en los que se entrecruzaban, de una manera inenarrable, deseo y prohibición, ánimo y animalidad. Sus ojos le transmitieron furtivamente la impresión causada por la piel pálidamente dorada, con los negros pelitos que, en las partes donde se condensaban, parecían teñidos de rojo. Poco a poco fue dándose cuenta de que se le aproximaba una crisis de histeria, pero no sabía qué remedio poner. Temía que aquellos menudos gritos que le daban tanto pánico pudieran elevar el tono. Pensó que un violento rugido tendría que ser capaz de cortar semejante acceso, quizá también un golpe

repentino. El imponderable quid de inevitabilidad, unido al horror, le hizo creer que un hombre más joven intentaría quizá continuar su irrupción sobre Gerda. -"Quizá se pudiera abrir paso por aquí -pensó él-. Quizá no convenga ceder a estas alturas a las que ha llegado la muy tonta." Ulrich no hizo nada de aquello, pero no pudo evitar que tan insidiosos pensamientos cruzaran su mente; sin querer y sin interrupción susurró a Gerda palabras de consuelo, le prometió que no le haría daño, le declaró que aún no había sobrevenido nada de especial sobre ella, le pidió perdón, y toda aquella hojarasca de palabras a Ulrich le pareció tan ridícula e indigna que tuvo que resistir la tentación de tomar una almohada y ahogar con ella aquella boca cuyos sonidos no había modo de acallar.

Al fin cedió el acceso por sí solo y el cuerpo se tranquilizó. Los ojos de la joven se humedecieron; se sentó sobre la cama; los

pequeños pechos colgaron lacios sobre su cuerpo, no controlado todavía por la conciencia; y Ulrich, respirando hondo, volvió a sentir toda la aversión contra lo inhumano, contra lo simplemente corporal del acontecimiento al que había tenido que hacer frente. Luego se reintegró a Gerda la conciencia normal; algo se abrió en sus ojos, de modo semejante a como sucede al fin del sueño: no obstante tener los ojos abiertos, tarda uno algunos momentos en despertar. Miró al frente durante unos instantes, ajena aún a la realidad; después vio su desnudez, contempló a Ulrich, y la sangre regresó a su rostro en forma de olas. A Ulrich no se le ocurrió otra cosa que repetir una vez más lo ya susurrado; cargó el brazo sobre el hombro de Gerda, la apretó contra su pecho en un gesto consolador y le rogó no dar importancia a lo acaecido. Gerda recobró así el estado de ánimo en que se había encontrado al sorprenderle el acceso, pero le pareció todo

extrañamente lívido y abandonado. El lecho abierto, su desnudo cuerpo en los brazos de un hombre diciéndole cosas con especial solicitud, y las sensaciones que la habían conducido hasta allí: bien sabía ella lo que aquello significaba, pero también sabía que entretanto había pasado algo horrendo, de lo cual se acordaba confusamente y a disgusto; y aunque no dejó de advertir que la voz de Ulrich se había hecho ahora más tierna, ella lo atribuyó a la suposición de que Ulrich la consideraba enferma y pensó que él era quien la había enfermado. Sin embargo, ya todo le daba igual, y el único deseo que tenía era el de desaparecer de allí sin tener que decir ni una palabra. Gerda bajó la cabeza, echó de sí a Ulrich, buscó su combinación y se la vistió metiéndosela por la cabeza, como un niño o como una persona a la que ya nada interesa. Ulrich la ayudó. Le puso incluso las medias, estirándoselas sobre las piernas, y también tuvo la impresión de vestir a un

niño. Gerda flaqueó al poner por primera vez los pies sobre el suelo. El recuerdo le habló de los sentimientos con que había abandonado la casa paterna a la que ahora volvía. Comprendió que no había superado la prueba, y se sintió profundamente infeliz y humillada. Nada contestó a cuanto le dijo Ulrich. Desde muy lejos del presente le vino a la memoria que él se había permitido una vez la broma de afirmar que la soledad le llevaba a cometer excesos. Gerda no se había enfadado por eso. Simplemente, no quería volver a oír lo que acababa de decirle Ulrich. Éste se ofreció a llamar a un coche; Gerda sacudió la cabeza, se puso el sombrero sobre el cabello desordenado y se fue sin mirarle. Ulrich, al verla salir ahora con el velo en la mano, se consideró un muchacho, pues no la debía haber dejado marchar en aquel estado; pero ¿qué iba a hacer si no se le ocurrió ningún pretexto para retenerla! Él mismo estaba aún a medio vestirse, ya que había

tenido que ayudar a Gerda en semejante menester; esto confirió a la gravedad en que quedaba cierto carácter de inconclusión, como si tuviera que terminar de atarse los pantalones antes de poder decidir lo que habría de hacer con su persona.

120 - La Acción Paralela causa un gran alboroto

WALTER, al internarse en el centro de la ciudad, acusó un cierto enrarecimiento del aire. La gente iba y venía sin novedad, y los vehículos circulaban como siempre; quizá sorprendía aquí o allá algún movimiento raro, pero pronto se disgregaba, antes de hacerse tangible a la conciencia: sin embargo, todo parecía señalizado con una especie de flechas indicadoras de una determinada dirección. Apenas hubo dado Walter los primeros pasos cuando sintió en sí mismo aquella señal. Siguió la corriente, experimentando la sensación de que el funcionario del departamento de Bellas Artes, que era él, así como también el combativo músico y pintor, e incluso el atormentado

esposo de Clarisse, hacían sitio a una persona ajena a todos y cada uno de aquellos estados. También las calles, Con su actividad y sus jactanciosos edificios, sobrecargados de ornamentación, se encontraban en parecido “estado proemial”, según lo solía llamar él para sus adentros, pues aquello le causaba la impresión de un cuerpo cristalino, cuyos lados comenzaban a disolverse en un líquido volviendo a su antiguo estado. Conservador como era cuando se trataba de rechazar futuras innovaciones, siempre estaba dispuesto a condenar el presente para sí mismo, y la desintegración del orden que él barruntaba influía en su interior como un estimulante. Las personas con que se cruzaba en medio de la aglomeración le recordaban su sueño; evocaban la idea de una prisa fluida y una solidaridad que a Walter le parecía mucho más espontánea que la ordinaria, la cual, protegida por la razón, por la moral y por prudentes seguros, había creado una

comunidad libre y holgada. Pensó en un gran ramo de flores al que acababan de soltar el lazo y que se abría sin disgregarse el conjunto; pensó en un cuerpo que, al ser despojado de los vestidos, se imponía con su sonriente desnudez sin necesidad de palabras. Pero cuando, apretando el paso, dio con una brigada de policías alertas al tráfico, tampoco esto le incomodó y el panorama le encantó como un campamento en espera de la señal de alarma: con todos sus cuellos rojos, sus jinetes apeados, y el movimiento de las unidades que, saliendo o regresando, representaban un cuadro de guerra.

Tras esta línea fronteriza, aunque no cerrada, Walter apercibió inmediatamente el aspecto oscurecido de la calle -apenas pasaban mujeres- y también los multicolores uniformes de los holgazanes oficiales que animaban aquellas calles, con aspecto de haber sido engullidos por la perplejidad reinante. Mucha gente se dirigía, igual que él, hacia el

centro de la ciudad, pero la impresión que causaba era otra; a Walter le pareció un montón de hojarasca y serrín arrastrado por una fuerte ola de viento. Vio también los primeros grupos formados por aquella multitud, los cuales se concentraban, como saltaba a la vista, no sólo llevados por la curiosidad, sino por su indecisión frente a la alternativa de ceder al incentivo de la novedad o de desandar sus pasos. A sus preguntas, Walter obtuvo respuestas diferentes. Unos le dijeron que se trataba de una gran manifestación de fidelidad al Estado; otros creían haber oído que la demostración se dirigía contra el excesivo celo de algunos patriotas; e igualmente divididas eran las opiniones respecto a la pregunta de si la excitación dominante era la del pueblo alemán en protesta contra la condescendencia del gobierno favorecedor de las reivindicaciones eslavas, en cuya creencia coincidía la mayor parte; podía ser también que la excitación se

mostrara partidaria del gobierno y exigiera un desfile de todos los bien intencionados kakanienses manifestando su disconformidad por los continuos disturbios. Todos estaban en su misma situación y Walter no se enteró de nada que no hubiera oído ya en su oficina; pero un prurito charlatán que no consiguió sofocar le indujo a seguir preguntando. Y ya fuera que las personas a que se arrojó le contestaron que tampoco ellas sabían lo que pasaba, algunas echándose a reír y otras bromeando a cuenta de su propia curiosidad, el caso es que cuanto más indagó, más unánime se le hizo la conclusión de que algo tenía que suceder, si bien nadie era capaz de explicarle el contenido del acontecimiento. Y a medida que fue observando a la gente vio que cada vez eran más los rostros desbordantes de algo irrazonable, y los remontados sobre su razón. En verdad parecía ya indiferente lo que sucedía o dejaba de suceder; el hecho de que aquello era algo

extraordinario bastaba para sacar fuera de sí a todos los circundantes. Y aunque este “salir fuera de sí” se ha de interpretar debilitando la significación literal propia de un sobresalto ligero y corriente se adivinaba un lejano parentesco con olvidados estados de éxtasis y transfiguración semejantes a una tendencia progresiva e inconsciente por huir de la cárcel de los vestidos y de la piel.

Walter, cambiando pareceres y hablando de cosas que él mismo inventaba, se unió a los demás. Éstos procedían de los grupos ya dispersos, de los detenidos en espera, o de los transeúntes indecisos, y formaban un cortejo en movimiento hacia el supuesto lugar del espectáculo. Por momentos, la procesión aumentaba en densidad y fuerza interior, aunque sin intenciones precisas de por medio. Tales fenómenos llevaron a su imaginación el cuadro de un conjunto de conejos, husmeantes alrededor de su guarida, prontos a desaparecer cuando,

por cualquier motivo, se propagara una excitación más concreta desde la cabeza de la comitiva, que se había hecho ya invisible, hasta la cola. Un tropel de estudiantes o de otra clase de jóvenes, que acababan de hacer algo y volvían “del frente”, chocó contra la multitud; se oyeron voces que nadie pudo entender; mensajes truncados y olas de muda excitación corrieron de arriba abajo; y los hombres, de acuerdo con la naturaleza de cada una de las personas y con lo que habían llegado a captar, mostraron indignación o miedo, agresividad o imperativos morales, y avanzaron en el estado de ánimo al que les habían conducido aquellos sentimientos, diversos en cada uno de los casos. No obstante la posición dominadora de su conciencia, significaban tan poco sus sentimientos que se congregaron fundiéndose en una fuerza viva, común a todos, e influyendo en la musculatura más que en la cabeza. También Walter, ya en medio del cortejo, quedó

contagiado y adoptó una vacía postura de excitación semejante al primer estadio de la embriaguez. No se sabe bien cómo se produce esta transformación por la que, en ciertos momentos, algunos hombres caprichosos quedan incorporados a una masa de unívoca voluntad, capaz de cualquier exceso, tanto tratándose del bien como del mal, e incapaz de reflexión incluso cuando los hombres de que consta esa masa hayan acostumbrado a dirigir su vida con medida y circunspección. Probablemente, el desahogo que amenaza una multitud excitada y sin salida para sus sentimientos salta de los raíles cuando éstos se le abren súbitamente; y como es de suponer, serán sobre todo los más sensibles, los más impresionables y los menos resistentes - vale decir también los extremistas, capaces de improvisar actos de violencia o de impresionante magnanimidad- los que darán ejemplo y abrirán el camino. Éstos representan en la masa los puntos de mínima

resistencia; pero el grito que no tanto es echado por ella como a través de ella, la piedra que se les pone en la mano, el sentimiento que abrigan, todo esto deja libre un camino en el que se precipitan sin reflexionar los otros, los que han exaltado recíprocamente su excitación hasta el colmo; y ellos mismos dan a las acciones de su ambiente el carácter de acción masiva, la cual se hace sentir por todos, en parte como violencia y en parte como liberación.

Por lo que se refiere a estas excitaciones, que se pueden observar en los espectadores de todo campeonato mundial o en los oyentes de un discurso, la descarga de su psicología no es tan importante como la pregunta sobre sus causas y disposiciones, pues si el sentido de sus vidas estuviera en orden, también lo estaría su falta de sentido, y no presentaría los signos marginales de la imbecilidad. Esto lo sabía Walter mejor que nadie; él tenía pensados no pocos proyectos

de mejora, los cuales se le atrepellaban ahora en la cabeza, de modo que él se oponía, acompañado siempre de una hueca y nauseabunda sensación, contra el arrastramiento que, no obstante, le entusiasmaba. En un momento de iluminación de la conciencia, pensó en su esposa: -"¡Menos mal que no está Clarisse aquí! ¡Ella no soportaría esta presión!" Pero un dolor punzante excluyó entonces la posibilidad de proseguir aquel pensamiento; se había acordado de la clara impresión de enajenamiento que le había producido Clarisse. Walter pensó: -"¡Quizá yo mismo estoy loco por no haberlo notado en todo este tiempo!" Siguió pensando: -"¡Pronto lo estaré, si sigo viviendo con ella!!" Siguió pensando: -"¡No lo creo!" Siguió pensando: -"¡Pero sí es seguro!" Siguió pensando: -"¡Su amable rostro se ha convertido entre mis manos en un mamarracho de caricatura!" Pero todo esto no lo pudo discernir bien, porque

desesperanza y desesperación cegaban su conciencia. Walter sintió simplemente que, a pesar de aquel dolor, amar a Clarisse sería muchísimo más hermoso que hacer número en medio de aquella comitiva; y, esquivando el miedo, se internó más en la densidad de la masa dentro de la que desfilaba.

Entretanto, Ulrich había alcanzado por otro camino el palacio del conde Leinsdorf. Al doblar el portón vio en la entrada dos centinelas y en el patio un poderoso piquete de policía. Su Señoría le saludó con serenidad y le mostró estar bien enterado de que su persona se había convertido en blanco de la indignación popular. -"Tengo que hacer una retractación -dijo-. Alguna vez le declaré a usted que uno se puede considerar seguro cuando mucha gente se pronuncia unánime en favor de una cosa, y que algo provechoso tiene que salir de tal postura. Naturalmente, también esto tiene excepciones."

Poco después se presentó el mayordomo con la noticia, recibida entretanto, de que la comitiva se acercaba al palacio, a lo cual él mismo añadió con circunspección la alarmante pregunta de si tendría que cerrar el portón y las contraventanas. Su Señoría sacudió la cabeza. -"Pero cómo se le ocurre eso! -respondió de buen humor-. Lo único que conseguiríamos mediante tal medida sería darles motivos de alegrarse, pues creerían que tenemos miedo. Además, aquí están todos los guardias que nos ha mandado la Policía." Pero volviéndose a Ulrich, le dijo desmoralizado: -"Si sólo nos rompieran las ventanas...! Ya he dicho siempre que con gente sabia no se puede ir a ninguna parte!" Su interior pareció estar minado por una profunda quemazón que ocultaba bajo una dignificante tranquilidad.

Ulrich se asomó a la ventana en el momento de llegar la multitud. A ambos lados de la carretera marchaban los agentes del

orden, apartando del paso a los no manifestantes y arrastrando tras sí como una nube de polvo levantada por el séquito marcial. Más adelante, aquí y allá, aparecía algún vehículo encallado, dividiendo la imperiosa corriente en enormes olas negras sobre las que flotaba saltarina la espuma desleída de los claros rostros. Cuando los manifestantes en cabeza descubrieron el palacio dieron la sensación de haber transmitido una orden moderadora de la marcha; entonces se produjo un progresivo reflujó hacia atrás, las filas del frente se mezclaron unas con otras y recordaron durante unos instantes la imagen de un músculo encogiéndose bajo la acción de un golpe. Un instante más tarde tuvo lugar una sacudida, atravesando el aire con su silbido; resultó algo extraño, pues consistió en un grito de indignación, oído bastante después de haberse abierto las bocas. A golpes consecutivos se erguían los rostros cuando les tocaba entrar en escena y, puesto que los

gritos de los más lejanos eran dominados por los de los más próximos, se podía, dirigiendo la mirada al fondo, ver repetirse una y otra vez aquel mudo espectáculo.

-“¡He aquí las fauces del pueblo!” -dijo muy seriamente el conde Leinsdorf, como si pronunciara una expresión tan obvia como el “pan de cada día”. Se había situado detrás de Ulrich y desde allí prosiguió: -“Pero ¿qué es lo que dicen en realidad? ¡En medio de tanto ruido no alcanzo a entender ni una palabra!”

Ulrich dijo que lo que principalmente gritaban era “¡Fuera!”.

-“Bueno, pero ¿añaden alguna otra palabra?”

Ulrich no le dijo que entre el baile confuso de las voces se dejaba captar no pocas veces el grito de “¡Fuera Leinsdorf!”. Creía, además, haber distinguido entre las aclamaciones a favor de Alemania el grito de “¡Viva Arnheim!”. En lo que hacía referencia a él no

estaba seguro, pues los gruesos cristales de las ventanas amortiguaban los sonidos.

A continuación de haber dejado Gerda a Ulrich, éste había ido al palacio, llevado por el imperioso deseo de comunicar, por lo menos al conde Leinsdorf, lo que había llegado a sus oídos, lo cual comprometía a Arnheim más de cuanto podía esperarse; pero se había cuidado hasta entonces de decirlo. Contempló el oscuro movimiento debajo de la ventana, y esto le trajo el recuerdo de sus tiempos de servicio militar, pensamiento que le colmó de una sensación despreciativa, pues se dijo para sí: -"Una sola compañía de soldados bastaría para barrer esta plaza y dejarla vacía!" Casi la veía venir; se imaginó a todos aquellos amenazadores bocazas quedar pasmados con la boca abierta, por cuya gatera salía repentinamente su terror y dejaba paso a un gran pánico. Los bordes de la aglomeración se relajaron y amedrentaron; los labios descansaron ahora

vacilantes sobre los dientes; y de pronto, su fantasía transformó la negra multitud y todas sus amenazas en una bandada de gallinas fugitivas ante la presencia del perro. Tal fenómeno imaginativo se desarrolló en él como si todo el mal hubiera vuelto a contraerse y endurecerse; pero la vieja satisfacción de observar el retroceso del hombre regido por leyes morales ante el hombre insensible y atropellado fue, como siempre, una sensación de doble filo.

-“¿Qué le pasa a usted?” -preguntó el conde Leinsdorf, quien se paseaba de una parte a otra a espaldas de Ulrich, y quien desde allí observó en él un extraño movimiento del que dedujo que Ulrich había tenido que hacerse daño al chocar con alguna arista, para lo cual no aparecía externamente ninguna posibilidad. Como no obtuvo respuesta, el conde, permaneciendo en pie, meneó la cabeza y dijo: -“En definitiva, no debemos olvidar que la magnánima resolución por la

que Su Majestad ha concedido al pueblo un cierto derecho para tomar parte en las decisiones sobre asuntos de su incumbencia es todavía bastante reciente; es pues, comprensible que no se palpe aún una madurez política digna en todo sentido de la confianza demostrada por nuestro generoso soberano. Creo que otro tanto dije en la primera asamblea.”

En vista de esto, Ulrich renunció al deseo de informar a Su Señoría o a Diotima sobre las intrigas de Arnheim; no obstante sus hostilidades, él se sentía más unido a éste que a los demás. Volvió a su cabeza el recuerdo de sus manos en el cuerpo de Gerda, como un gran perro con sus zarpas sobre un cachorro aullante... Ocupado en este pensamiento, cayó en la cuenta de que desde entonces ella no había cesado de atormentarle; pero Gerda desaparecía en cuanto él pensaba en la bajeza que Arnheim se permitía perpetrar contra Diotima. A la historia

del cuerpo vociferante que había trasladado al teatro a las dos almas en impaciente espera se le podía, con sólo quererlo, extraer escenas jocosas; y la gente de allí abajo, a la que Ulrich seguía aún con mirada embelesada sin preocuparse del conde Leinsdorf, representaba efectivamente tan sólo una comedia. Esto era lo que fascinaba a Ulrich. Ciertamente que aquella gente no quería atacar ni devorar a nadie, aunque así lo parecía. La multitud se mostraba muy seriamente encolerizada, pero no se trataba de la seriedad que proporcionan las armas de fuego, ni siquiera de las del cuerpo de bomberos. -"No -pensó él-; lo que desarrollan todos esos manifestantes es un acto ritual, un juego sagrado, acompañado de los más profundos sentimientos de agravio, una consecuencia civilizada e incivilizada de las negociaciones sociales que las personas privadas no deben tomar al pie de la letra." Envidiaba a los manifestantes y pensaba: -"¿Qué agradables son

incluso ahora, cuando intentan hacerse desagradables!” La defensa contra el aislamiento, ofrecida por la multitud, era un reflejo que iba de abajo arriba; así, le pareció a Ulrich ver la expresión de su propio destino en el hecho de tener que estar allí privado de toda defensa, lo cual se le hizo tan claro durante unos instantes que creyó ver su propia figura en la calle, al otro lado del cristal, de igual modo que se proyectaba en la pared de la casa. Ulrich presintió que su destino podría mejorar si entonces, montando en cólera y usurpando el lugar del conde Leinsdorf, diera a los puestos de guardia el grito de alarma para así reconocerse, una vez más, como prosélito de aquella misma gente; pues quien juega a cartas y negocia y disputa y se divierte con sus correligionarios puede dejar que disparen contra ellos sin que esto parezca anormal. Existe una forma de acomodación a la vida por la que un hombre permite a su vecino hacer lo suyo sin

preocuparse de él, y bajo las mismas condiciones consiente otro tanto a los demás. Es posible que parezca una rara regla, pero no es menos segura que el instinto natural; de ella depende evidentemente el clima familiar de la armónica interdependencia humana; quien no posee esta capacidad de compromiso y es retraído, intransigente y serio, inquieta a los demás de una manera inofensiva, pero nauseabunda, igual que una oruga. En aquel momento, Ulrich se sintió angustiado por la profunda aversión contra la innaturalidad del hombre solitario y contra las experiencias mentales que puede provocar el agitado cuadro de una multitud revuelta por sentimientos naturales y comunes.

Entretanto, la manifestación había aumentado en violencia. El conde Leinsdorf se paseaba nervioso al fondo de la sala, y de vez en cuando echaba una mirada a través de la segunda ventana. Parecía sumido en un gran sufrimiento, a pesar de que procuraba

no mostrarlo; sus ojos desorbitados semejaban dos bolas de dura piedra incrustados en las blandas arrugas de su rostro; y a veces extendía los brazos cruzados a sus espaldas, como expresando las duras luchas de su interior. Ulrich se dio cuenta repentinamente de que la masa humana, viéndole pegado a la ventana, le había confundido con el conde. Todas las miradas se dirigieron desde abajo hacia su rostro, y blandieron amenazadores bastones contra él. Pocos pasos más adelante, donde doblaba la calle y parecía perderse entre los bastidores, la masa se difuminaba. Hubiese sido absurdo continuar las amenazas sin espectadores; y de una manera que ellos encontraron muy natural desapareció al mismo tiempo la excitación de sus rostros, y no hubo pocos que se echaran a reír y que se mostraran bulluciosos, como en una excursión. E incluso Ulrich rió al observar aquello; pero los que venían después pensaron que era el conde

quien reía, y su furia creció tremendamente; Ulrich se rió entonces de todos ellos a mandíbula batiente.

Pero de pronto cesó su regocijo, hastiado. Y mientras sus ojos recorrían todavía las bocas amenazadoras y los jubilosos rostros, y resistiéndose el alma a recibir otras sensaciones, experimentó en su interior una curiosa transformación. -"¡Yo no puedo seguir esta línea de vida! ¡Ya no puedo sublevarme contra ella!" -sintió él. Pero simultáneamente pensó también en la habitación que tenía detrás, con sus grandes cuadros colgados en la pared, con su largo escritorio estilo Imperio, con el rígido galón pendiente de la campanilla y con el ropaje de las ventanas. Y esto tenía algo de pequeño escenario; en él estaba actuando; fuera, la obra se desarrollaba sobre un escenario mayor; y aquellos dos escenarios tenían un común denominador, prescindiendo de la presencia de Ulrich. Luego se contrajo la sensación de la sala

a sus espaldas; Ulrich forcejeó en su interior y salió fuera de sí abriéndose paso a través de su ser o es-curriéndose por todos sus poros como algo muy fluido. -"Una curiosa inversión espacial!" -pensó. La gente desfilaba a sus espaldas. Atravesando la masa, él había llegado a la nada; pero quizá desfilaba la masa por detrás y por delante y él era acari-ciado como un guijarro por las rítmicas olas del arroyo: se trataba de un fenómeno tangible sólo a medias. Lo que llamó la atención de Ulrich en aquel fenómeno fue lo vidrioso, la vacuidad y el beatífico reposo del estado en el que se encontraba. -"¿Es posible a alguien salir de su propio espacio y entrar en otro secreto?" -pensó, pues le había ocurrido algo así como si el azar le hubiera introducido en un nuevo estado por una puerta falsa.

Ulrich sacudió aquellos sueños con un movimiento de todo su cuerpo, y tan violento fue que el conde Leinsdorf se paró

sorprendido. —"¿Qué le pasa a usted hoy? —preguntó Su Señoría-. [Se deja impresionar demasiado! Yo sigo en lo mío: nuestro deber es ganarnos a los alemanes a través de los no alemanes, aunque duela." Ulrich pudo al menos sonreír a aquellas palabras, y miró con agradecimiento al rostro del conde, fijándose a la vez en sus muchas arrugas y motas. Es un momento sensacional el del aterrizaje en avión; el suelo se hincha en toda su redondez y pujanza, elevándose sobre la cartográfica planicie a la que ha estado reducido durante algunas horas, y el viejo significado que recobran las cosas terrestres parece crecer sobre el suelo: he aquí lo que le recordó a Ulrich el rostro del conde. Pero en aquel instante pasó por su cabeza, de un modo inexplicable, la decisión de perpetrar un crimen, o quizá fue solamente una ocurrencia informe, pues Ulrich no asoció a ella ninguna imagen. Es posible que hiciera relación a Moosbrugger, ya que a él le hubiera

agradado poder ayudar a aquel loco con quien el destino le había hecho encontrarse tan casualmente como cuando se sientan dos personas desconocidas en el mismo banco de un parque. Pero lo que Ulrich veía realmente en aquel “crimen” era el deseo de quitarse del medio o de abandonar la vida transcurrida con arreglo a los demás. Lo que se llama mentalidad anárquica o misantrópica, ese sentimiento merecido y fundamentado en mil motivos, no se producía ya, nada lo demostraba, simplemente: allí estaba; y Ulrich se acordaba de que le había acompañado durante toda su vida, pero rara vez con tanta fuerza. Se puede decir que todas las revoluciones que hasta ahora han estremecido la tierra han influido en menoscabo del hombre espiritual. Comienzan con la promesa de implantar una nueva cultura, terminan con todo lo hasta entonces logrado por el alma, como si fuera posesión enemiga, y son superadas por la siguiente revolución antes de que

la antigua pueda conseguir la altura precedente. Así, los llamados períodos de cultura no son más que una larga serie de empresas fracasadas, encerradas en tiempos retrógrados; y el pensamiento de excluirse de aquella serie no era nuevo en Ulrich. Nuevos eran sólo los signos aumentativos de una resolución, o jamás bien los de un acto, que parecía estar ya en desarrollo. No se esforzó lo más mínimo por dar contenido a aquella representación. De momento le llenó plenamente el presentimiento de que no seguiría otra vez algo general y teórico como aquello de lo que estaba ya cansado, sino que tendría que emprender algo personal y activo en lo que pondría sangre, brazos y piernas. Ulrich sabía que en la hora de aquel “crimen”, que su conciencia no había captado aún, no podría hacer frente al mundo, pero Dios sabe por qué le resultaba apasionadamente tierna aquella sensación; iba unida al maravilloso recuerdo espacial del cruce de los dos

acontecimientos de uno y otro lado de la ventana, cuyo eco debilitado podía despertar Ulrich en cualquier momento excitándose con unas oscuras relaciones con el mundo; éstas, si Ulrich hubiera tenido más tiempo para reflexionar, le hubieran guiado a la legendaria voluptuosidad de los héroes devorados por las diosas que ellos pretendieran,

Pero lejos de suceder así, Ulrich fue interrumpido por el conde Leinsdorf, quien, entretanto, había puesto fin a su propia lucha. -"Yo tengo que perseverar aquí para hacer frente a esta insurrección -comenzó Su Señoría-. No puedo, pues, marcharme! Pero usted, caro amigo, debería ir ahora lo más aprisa posible a hablar con su prima, antes de que la alarmen los sucesos y haga declaraciones inoportunas a los periodistas. Lo que le podría decir usted... -el conde se paró a reflexionar otra vez antes de tomar partido-. Sí, yo creo que lo mejor que le puede decir es que toda medicina fuerte produce efectos

fuertes. Dígale además que quien desea mejorar la vida no debe, en circunstancias críticas, arredrarse ante la necesidad de quemar o cortar." Nuevamente se puso el conde a meditar; su resolución parecía ir acompañada de inquietud; su perilla se meneaba perpendicular hacia arriba y abajo cuando su boca se disponía a decir algo cuya expresión difería para pensarlo mejor. Pero al final se dejó llevar un poco de su bondad natural, y prosiguió: -"Háblele, hasta convencerla, de que ella no tiene por qué temer nada! Jamás hay que tener miedo a los hombres salvajes. Cuanto más haya realmente en ellos tanto más se acomodan a las relaciones reales, si se les da ocasión para ello. No sé si se ha dado usted cuenta de esto, pero nunca se ha registrado todavía una oposición que no haya cesado de enfrentarse al tomar ella en sus manos el timón; esto no es una simple perogrullada, como se podría creer, sino algo muy importante, pues de ello se deriva, si me

es permitido expresarme así, el realismo, la fe y la continuidad de la política.”

121 - La confianza

AL llamar Ulrich a la puerta de Diotima salió a recibirle Raquel; por ésta supo él que la señora estaba ausente y que Arnheim la esperaba allí. Ulrich hizo una indicación de querer entrar, sin advertir que la sangre había aflorado ya al rostro de su pesarosa amiga como reacción a su mirada.

En la calle aún duraba la agitación, y la multitud se desplazaba de una parte a otra; Arnheim, que desde la ventana había visto venir a Ulrich, le salió al paso para saludarle. La inesperada casualidad de este encuentro, vagamente intencionado, animó su rostro; pero Arnheim quiso ser prudente y no encontró las palabras deseadas para empezar. Tampoco Ulrich pudo decidirse a abordar inmediatamente el tema de los yacimientos de petróleo galiciano, de modo que ambos

guardaron silencio a continuación del saludo, y juntos pasaron hasta la ventana, desde donde contemplaron la excitación de la calle, bajo sus pies.

Después de un tiempo, dijo Arnheim: -"¿Yo no puedo comprenderle! ¿No es mil veces más importante ocuparse en vivir que perder el tiempo en escribir?"

- "¡Pero si yo no escribo!" -replicó Ulrich, secamente.

- "¡Hace bien! -contestó Arnheim adaptándose a la réplica-. Escribir es, como la perla, una enfermedad. ¡Vea usted! -Le señaló la calle con dos de sus cuidados dedos: gesto que, a pesar de su rapidez, evocó en cierto modo una bendición papal-. La gente llega por separado y en manadas; de vez en cuando se abre alguna boca que grita. En otra ocasión, el dueño de esa boca hubiera podido escribir: "¡Tiene usted razón!"."

- "¡Pero usted es un escritor famoso!"

-”[Oh, eso no quiere decir nada!” -Y tras esta respuesta, que dejó la cuestión graciosamente en suspenso, Arnheim se volvió a Ulrich mientras éste se daba vuelta entera hacia él; así, juntos los dos, el uno frente al otro, Arnheim dijo separando las palabras: -”¿Me permite hacerle una pregunta?”

Naturalmente, era imposible decir que no; pero puesto que Ulrich se había ladeado un poco sin pensarlo, la cortesía retórica influyó como un lazo en el que éste volviera a caer. -”Confío -empezó Arnheim- en que usted no habrá tomado a mal nuestro pequeño choque de la última vez, sino que habrá apreciado el interés que presto a sus opiniones, aunque parezcan contradecir las mías, lo cual no ocurre pocas veces. ¿Puedo, pues, preguntarle si sigue usted manteniendo que es necesario vivir, yo quisiera resumir, con una conciencia limitada de la realidad? ¿Me expreso bien?”

La sonrisa con que Ulrich respondió dijo: no sé, espero a lo que digas a continuación.

-”Usted ha hecho referencia a una vida posible de dejar en suspenso, y ha hablado de ella en un estilo parabólico que fluctúa entre dos mundos. Además, le ha dicho a su prima diversas cosas extraordinariamente cautivadoras. Me molestaría mucho que me tuviera usted por un prusiano militarista y negociante sin comprensión para eso. Pero usted afirma, por ejemplo, que nuestra realidad y nuestra historia procede de la parte indiferente de nosotros mismos; con ello quiere decir que habría necesidad de renovar las formas y tipos del suceso, y que, según usted, sería indiferente hasta cierto punto lo que estuviera ocurriendo a Hinz o Kunz.”

-”Eso a mí -intervino Ulrich contrariándole con precaución- me recuerda un material con el que se fabrican miles de pelotas técnicamente perfectas, pero según modelos

viejos, de cuyo desarrollo nadie se preocupa.”

-”En otras palabras -comentó Arnheim-: yo interpreto su afirmación en el sentido de que el estado actual del mundo, sin duda insatisfactorio, se debe a que los caudillos se creen en el deber de hacer historia, en lugar de dirigir todas las fuerzas del hombre hacia el fin de impregnar de ideas las esferas del poder. Eso se podría comparar a la actitud de un fabricante que produce sin tregua, poniendo sus miras en el mercado y no en regularlo. Ya ve, pues, que sus pensamientos me tocan de cerca. Pero precisamente por eso tiene que comprender que estos pensamientos ejercen un influjo tremendo sobre mí, que yo soy un hombre obligado a tomar continuamente determinaciones de las que dependen enormes complejos de negocios en movimiento; por ejemplo, cuando exige usted la renuncia al significado realista de nuestra actividad, al carácter

"provisionalmente definitivo" de nuestras acciones, como dice con tanto candor nuestro amigo Leinsdorf. [A] pesar de todo, bien claro está que no cabe una renuncia total!"

- "¡Yo no exijo absolutamente nada!" - dijo Ulrich.

- "¡Oh, usted exige todavía más! Exige la conciencia del experimento! -Arnheim dijo esto con energía y calor-. Los caudillos responsables deben tener presente que su cometido no es hacer historia, sino expedientes de pruebas que puedan servir de base a posteriores experimentos. Esta idea me entusiasma; pero ¿qué pasa, por ejemplo, con las guerras y revoluciones? ¿Se puede resucitar a los muertos una vez hecho el experimento y prescindiendo de él en la planificación del trabajo?"

Ulrich se rindió al atractivo de las palabras -cuyo estímulo no es menor que el del tabaco respecto a acceder a la tentación de continuar fumando- y replicó que

probablemente habría necesidad de tomarlo todo muy seriamente para hacerlo progresar, aun sabiendo que, a los cincuenta años del primer intento, aparecerá éste como indigno de tanto esfuerzo. Pero esa “seriedad perforada” no es, por lo demás, cosa extraordinaria; a menudo se pone la vida en juego, y total para nada. Psi-cológicamente, una vida de prueba no sería, pues, una idea imposible; lo que faltaría sería únicamente la voluntad de asumir, en cierto sentido, una ilimitada responsabilidad. -”Ahí está precisamente la diferencia -concluyó-. Antes se argumentaba de una manera deductiva, partiendo de premisas bien formuladas; ese tiempo ha pasado ya. Hoy día se vive sin ideas rectoras, pero también sin los métodos de una inducción consciente; se arremete sin control, al estilo de los simios.”

-”Muy bien! -reconoció Arnheim espontáneamente-. Pero permítame todavía una última pregunta; usted tiene puesto un

vivo interés, según me ha informado repetidas veces su prima, en lo relacionado con un enfermo de cuidado. Le digo, por de pronto, que lo comprendo perfectamente. Ahora bien, aún no se ha impuesto un tratamiento adecuado a tales personas, y la conducta de la sociedad frente a ellas es de una indolencia vergonzosa. Pero tal como están ahora las cosas, que no dan lugar más que a la alternativa de hacer que sea ejecutado este hombre inocente o que él mate a otros inocentes: ¿le dejaría escapar usted en la noche anterior a su ejecución, si estuviese en su mano?”

-”¡No!” -dijo Ulrich.

-”¿No? ¿De veras que no?” -insistió Arnheim con gran energía.

-”No sé; pero creo que no. Naturalmente, yo podría esgrimir la excusa de que, en un mundo mal dirigido, no me está permitido actuar de la manera que yo creo justa; pero le confieso con sinceridad que no sé lo que haría.”

-”A ese hombre hay que neutralizarlo - dijo Arnheim pensativo-. Mientras está bajo la influencia de sus ataques, es sede del diablo, el cual no hay que olvidar que, en todos los siglos de auge histórico, fue considerado pariente de las divinidades. Antiguamente mandaban al desierto al hombre que sufría crisis mentales; y quién sabe si acaso él había también asesinado, pero inmerso en una gran visión, como Abraham quería sacrificar a Isaac. Eso es! Nosotros no sabemos hoy día qué hacer con ellos. No decidimos ya nada de buena fe!”

Quizá Arnheim se dejó llevar por aquellas últimas palabras; es también posible que ni él mismo supiera exactamente lo que quería decir con ellas. El hecho de que Ulrich no aportara toda su “alma e insensatez” para responder afirmativamente y sin miedo a la pregunta de si salvaría a Moosbrugger había instigado su amor propio. Pero a Ulrich, si bien aquel giro de la conversación había sido

para él como un resorte que le trajo inesperadamente a la memoria la “decisión” tomada por él mismo en el palacio de los Leinsdorf, le irritó el ornato superfluo con que Arnheim engalanó sus pensamientos acerca de Moosbrugger; lo uno y lo otro le hicieron preguntar con sequedad:—“¿Le libertaría usted?”

—“No -contestó Arnheim sonriente-; pero yo quería hacerle a usted otra proposición.” Y sin dejarle tiempo para objetar añadió:—“Hace ya mucho que quería hacerle esta proposición a fin de que acabe de una vez con su desconfianza frente a mi persona; a decir verdad, me molesta. Desearía incluso conquistar su favor para mí. ¿Se hace idea del aspecto interior de una gran empresa industrial? Consta de dos cabezas: la de la dirección técnica y la del consejo de administración; sobre ambas se sitúa generalmente una tercera... comité ejecutivo la llaman ustedes aquí, la cual se forma con partes de las dos anteriores y a diario o casi todos los días se

reúne con las demás. El consejo de administración está ocupado naturalmente por personas de confianza de la mayoría accionista.” Sólo aquí concedió a Ulrich una pausa, y en ésta pareció escrutarle como indagando si en todo lo dicho le había llamado algo la atención. -”He dicho que la mayoría de los accionistas coloca sus hombres de confianza en el consejo de administración y en el comité ejecutivo -explicó él-. ¿Se imagina usted algo concreto bajo esta denominación de "mayoría"?”

Ulrich no se formaba concepto alguno con aquella palabra; él tenía simplemente una vaga idea de conjunto acerca del mundo pecuniario, con sus agentes, ventanillas, cupones y papeles parecidos a las escrituras.

Arnheim siguió explicándose. -”¿Ha elegido usted alguna vez un consejo de administración? No lo ha hecho jamás! -añadió inmediatamente-. Tampoco tendría sentido pensar en ello, pues usted nunca ha de

poseer la mayoría de las acciones de una empresa." Esto lo dijo tan claro que Ulrich casi pudo sentirse humillado por la falta de una propiedad tan importante; y fue una ocurrencia típicamente de Arnheim la de pasar sin más y sin esfuerzo del tema de los demonios al de los consejos de administración. Prosiguió con la sonrisa en los labios: -"Hasta ahora no he mencionado todavía a una persona que en cierto sentido es la principal. Le he hablado de "la mayoría de las acciones"; esto suena a pluralidad; sin embargo, casi siempre se trata de una única persona, perdida en el anonimato: el dueño de la mayor parte de las acciones, desconocido al mundo de la publicidad y eclipsado por su representante."

Ulrich comenzó entonces a darse cuenta de que esto era un asunto sobre el que se podía leer diariamente en el periódico, y Arnheim se daba maña para atraer su interés. Ulrich le preguntó con curiosidad quién

era el dueño de la mayoría de las acciones del Lloyd-Bank.

-”Eso no se sabe! -respondió Arnheim tranquilo-. Mejor dicho, los interesados lo saben, naturalmente, pero no se acostumbra a hablar de ello. Es mejor que usted me deje desentrañarle el meollo de la cuestión. En todas partes donde aparecen dos fuerzas semejantes, un mandante por un lado y una administración por el otro, surge de por sí el fenómeno siguiente: todos los medios posibles de acrecentamiento se ponen en explotación, ya sea este acto moral y hermoso o no lo sea. Digo realmente "de por sí" porque tal fenómeno es, en el más alto grado, independiente de la voluntad personal. El mandante no toma contacto directo con la realización, y los órganos administrativos se amparan en la circunstancia de no negociar por motivos personales, sino sólo como funcionarios. Este fenómeno lo observa usted hoy día en todas partes, y no sólo en el mundo de

las finanzas. Puede tener por seguro que nuestro amigo Tuzzi daría el grito de guerra con la mayor serenidad de conciencia, aunque personalmente no sea capaz de matar un perro viejo, y miles de personas pedirían la muerte de su amigo Moosbrugger porque ellas, excepto tres, no necesitarán poner en él su mano real en el momento de la ejecución. Mediante esta "indirecta", empleada con virtuosismo, hoy se asegura tanto la buena conciencia de cada particular como la de una sociedad entera. El botón que se aprieta es siempre blanco y bello; lo que ocurre en el otro extremo del hilo eléctrico incumbe a otros que, a su vez, no aprietan botones a título personal. ¿Encuentra usted esto detestable? Así es como dejamos a miles de hombres morir o vegetar, movemos montes de dolor; pero con ello hacemos algo. Casi me atrevo a afirmar que, de la forma que está repartido el trabajo en la sociedad, ahí no está expresada otra cosa que la

antigua dicotomía de la conciencia humana, por la cual resulta ésta dividida en dos: fin permitido y medio tolerado, aunque de un modo grandioso y aventurado.”

Ulrich se había encogido de hombros a la pregunta de Arnheim sobre si aborrecía aquello. La división de la conciencia moral de que hablaba Arnheim, ese tremendo fenómeno de la vida actual, se ha dado siempre, pero se ha convertido ya en horrible tranquilidad de conciencia, como fruto de la general repartición del trabajo; y como tal se asemeja a ese fenómeno en su imponente carácter de inevitable. Ulrich se resistió a mostrar sin más ni más su indignación contra semejante aserto; y le sirvió de consuelo la caprichosa y agradable sensación producida por una velocidad de cien kilómetros por hora que se siente cuando un moralista empolvado le sale a uno al paso y le riñe. Como Arnheim callaba, dijo Ulrich: -”Toda forma de división del trabajo admite

desarrollo. La pregunta que puede hacerme usted no es, pues, si yo lo "encuentro detestable"; pregúnteme más bien si creo que se pueda llegar a estados más dignos sin tener que invertir la marcha."

- "Ése es su inventario general! -intervino Arnheim-. Nosotros hemos organizado estupendamente la división de las actividades, pero al mismo tiempo hemos descuidado las instancias necesarias para la coordinación; destruimos de continuo la moral y el alma según las últimas patentes, y creemos poder mantenerlas juntas sirviéndonos de los viejos remedios caseros de la tradición, tanto religiosa como filosófica. Yo no bromeo con estas cosas -dijo para corregirse- y "las gracias" sobre ello se me antojan muy ambiguas; pero la proposición de reorganizar la conciencia, que delante de nosotros presentó usted al conde Leinsdorf, nunca la he tenido tampoco por una simple broma."

-”[S]í que lo fue! -respondió Ulrich bruscamente-. Yo no creo en la posibilidad de su realización. Más me inclino a pensar que es el demonio quien ha construido el mundo europeo, y creo que Dios quiere demostrar a sus competidores de lo que Él es capaz.”

-”[B]onita idea! -dijo Arnheim-. Pero ¿por qué se ha sentido usted molesto cuando a mí me ha dado por no creerle?”

Ulrich no contestó.

-”Lo que usted acaba de decir contradice también a la muy arriesgada declaración, hecha algo antes, sobre la manera en que podríamos nosotros aproximarnos a una vida justa -añadió Arnheim con calma y pertinacia-. Por lo demás, prescindiendo de si puedo o no mostrarme de acuerdo con usted en cada punto particular, me llama la atención lo mucho que se mezclan en usted activas inclinaciones e indiferencia.”

Al no encontrar Ulrich tampoco aquí necesaria una respuesta, Arnheim dijo con toda

cortesía, considerando a ésta como la mejor réplica a una descortesía: -"Yo he querido únicamente hacerle ver hasta qué punto ha llegado hoy día la necesidad que tiene la responsabilidad moral de acomodarse a las decisiones de orden económico, de las cuales depende ya casi todo el mundo; e igualmente le quería mostrar lo apasionantes que se han hecho por ese medio." También a través de aquella modestia reprensiva se reflejó cierta intención de conquista.

- "Perdone! -repuso Ulrich-; he estado reflexionando sobre sus palabras." Y como si continuara haciéndolo, dijo: -"Quisiera saber si, a su entender, es una indirecta propia de nuestra actualidad o tiene que ver algo con la división de la conciencia el hecho de infundir sentimientos místicos en el alma de una mujer, cuando lo más razonable para una esposa sería entregar su cuerpo a la voluntad del marido."

Arnheim se puso un poco colorado al oír aquellas palabras, pero no perdió el dominio de la situación. Respondió con serenidad: -"No acabo de entender bien a qué se refiere usted. Pero si está hablando de una mujer a la que usted ama, no puede decir eso, pues las líneas de la realidad son más esbeltas que el trazado de los principios." Arnheim se había alejado de la ventana; ahora invitó a Ulrich a sentarse. -"Usted no se da por vencido así como así! -prosiguió en un tono que traicionó a la vez su admiración y su pesar-. Pero sé que yo represento para usted un principio hostil más que un adversario personal. Y aquellos que personalmente son los más encarnizados enemigos del capitalismo son muchas veces los mejores servidores del negocio. Yo mismo puedo, en cierto sentido, contarme entre ellos; de otro modo no me permitiría decirle a usted esto. Los hombres más apodícticos y apasionados son generalmente sus más habilidosos defensores, si ven

alguna vez la necesidad de contemporizar. Por eso, a mí me gusta mantener siempre mis propósitos, cueste lo que cueste; a usted le ofrezco, pues, entrar en mi empresa.”

Arnheim omitió de propio intento toda ponderación alusiva a aquella propuesta; antes bien, pareció querer atenuar el justo efecto de la sorpresa que él tenía por segura mediante un fluido y llano hablar. Sin responder a la atónita mirada de Ulrich se puso a enumerar los detalles que tendría que ultimar cuando se enfrentara con aquello que de momento deseaba evadir a toda costa. -”Al principio, naturalmente, usted no puede tener -dijo con benignidad- los conocimientos necesarios para asumir en seguida un cargo directivo, y probablemente le faltarán hasta las ganas de hacerlo. Lo que yo podría, pues, ofrecerle es un puesto a mi lado, digamos el de secretario general, cargo que yo crearía expresamente para usted. Espero que no se ofenderá por esta idea, pues yo no

pienso investir este puesto con un sueldo capcioso; pero usted tendría que agenciarse, en su actividad, la posibilidad de conseguir con el tiempo aquellos ingresos que le parecieran dignos; así, estoy convencido de que, al cabo de un año, usted me comprendería mejor que ahora.”

Al terminar de hablar, Arnheim se sintió excitado. En el fondo, se maravilló de haber hecho a Ulrich semejante oferta, cuyo rechazo le hubiera comprometido; por otra parte, su aceptación tampoco le hubiera abierto perspectivas halagüeñas. Pues la idea de que aquel hombre que tenía ante sí pudiera conseguir cosas de que él no fuera capaz se había disipado a lo largo de la conversación, y la necesidad de seducir a tal hombre y de incorporarle en sus dominios se había vuelto absurda una vez desahogados sus sentimientos. Le parecía, pues, poco natural el haber temido lo que él llamaba el “ingenio” de aquel hombre. Arnheim era un gran

señor, y para un señor así la vida ha de ser sencilla. Un hombre semejante congenia con todos los demás de parecida grandeza en la medida en que le está permitido, no se subleva aventuradamente contra todo, ni lo pone en duda; esto repugna a su naturaleza. Pero bajo otro punto de vista se ven naturalmente cosas bellas y dudosas, a las que se procura atraer en cuanto cabe. Nunca hasta entonces había creído Arnheim ver tan segura la civilización occidental, tejido maravilloso de fuerzas e inhibiciones. Si Ulrich no alcanzaba a verlo era porque no era más que un aventurero; y el hecho de que Arnheim se hubiera dejado conducir casi hasta el pensamiento... En aquel instante, a Arnheim le fallaron las palabras, a pesar de su secreto mutismo, y no logró formular claramente la idea que albergaba de adoptar a Ulrich como a hijo. No hubiera tenido nada de extraño; al fin y al cabo, fue un pensamiento como tantos otros de los que no hay por qué responsabilizarse,

sugerido probablemente por cierta melancolía que deja tras sí la vida activa, y debido a que nunca se encuentra la satisfacción total. El pensamiento no se presentó bajo una forma rechazable, sino sólo como algo a lo que se podía haber atribuido aquella forma; no obstante, rehusó volver a recordarlo; lo que únicamente retuvo en la cabeza, con una claridad chillona, fue que, descontándose él los años de Ulrich, no había tanta diferencia entre los dos; y detrás de aquella idea se escondió una segunda más sombría: que Ulrich le serviría de aviso frente a Diotima. Se acordó de que a menudo había considerado sus propias relaciones con Ulrich como un cráter secundario, anunciador de los fatídicos acontecimientos que se preparaban en el cráter principal; y se intranquilizó hasta cierto punto viendo que el volcán había entrado en erupción, pues las palabras se habían desbordado y abierto camino en la vida. -"¿Qué puede suceder -se le pasó a

Arnheim por la cabeza- si le da a este hombre por aceptar?" Así se empezó a aflojar la tirantez de aquellos instantes en que todo un Arnheim tuvo que esperar a la decisión de su más joven colega, al cual, sólo mediante su propia presunción había dado importancia. Allí estaba, rígido en su asiento, con sus labios hostilmente abiertos, pensando: -"Si no se puede evitar, ya lo remediaremos de alguna manera."

Mientras sentimiento y reflexión recorrieron aquel camino, las circunstancias no descansaron, sino al contrario: preguntas y respuestas continuaron sucediéndose sin interrupción.

- "¿Y a qué atributos -preguntó secamente Ulrich- debo agradecer yo esa proposición que, bajo el punto de vista comercial, difícilmente se puede justificar?"

- "Otra vez vuelve a equivocarse usted con esa pregunta -repuso Arnheim-. Donde yo estoy no se busca la justificación del

negocio en el céntimo; lo que yo podría perder con usted no tiene importancia en comparación con lo que espero ganar.”

-”Usted me da mucho que pensar -dijo Ulrich-, pues rarísima vez se me ha dicho que yo doy alguna esperanza de ganancia. Algún provecho de mínimas proporciones pudiera ser que ofreciera mi ciencia, pero aun así, ya sabe usted que he sembrado decepción.”

Arnheim, perseverando en un tono de tranquila imperturbabilidad, exteriormente inalterable, respondió: -”Que posee una extraordinaria inteligencia, usted mismo lo sabe; esto no necesito decírselo. Pero sería incluso posible que nosotros tuviéramos a nuestro servicio inteligencias más clarividentes y seguras. Sin embargo, el carácter de usted, sus atributos humanos, es lo que yo quisiera tener a mi lado por motivos bien concretos.”

- "¿Mis atributos? -Ulrich no pudo menos de sonreír-. ¿Sabe usted que mis amigos me llaman "el hombre sin atributos"?"

Arnheim dejó escapar un pequeño gesto de impaciencia con el que quiso decir más o menos: -"No me diga cosas que desde hace tiempo me son conocidas!" En aquella contracción de rostro y hombros reveló su disgusto, mientras las palabras siguieron fluyendo conforme al plan establecido. Ulrich cogió al vuelo el significado de aquella expresión; y él era tan susceptible a las palabras de Arnheim, que esta vez se decidió a dar a la conversación el giro hasta entonces rehuido, y así pasó a hablar con toda claridad. Los dos se habían levantado entretanto; Ulrich se alejó unos pasos de su interlocutor para poder apreciar mejor las reacciones de Arnheim, y dijo: -"Usted me ha hecho tantas preguntas sobre cuestiones tan trascendentales que yo también quisiera saber algo antes de tomar una determinación." Y a una

señal invitatoria de Arnheim prosiguió con objetividad y sin rodeos: -"Me he enterado de que su presencia en todo lo relacionado con la "Acción" aquí en desarrollo, en la cual tanto la señora Tuzzi como mi humilde persona no representamos gran cosa, se dirige a lograr la adquisición de gran parte de los yacimientos petrolíferos de la Galitzia húngara."

Arnheim, muy poco visible dentro de la luz ya enrarecida, pareció haberse puesto pálido; con paso lento se acercó a Ulrich. Éste tuvo la impresión de tener que enfrentarse a una descortesía, y lamentó haber dado al otro, mediante su imprudente franqueza, la posibilidad de interrumpir el tema de aquel diálogo en el momento en que empezaba a hacérsele desagradable. Por eso, Ulrich dijo lo más amablemente que pudo: -"Naturalmente, mi intención no es ofenderle, pero nuestra entrevista no alcanzará su

cometido si no prescindimos en ella de todo miramiento.”

Estas pocas palabras y el tiempo que necesitó para recorrer el pequeño espacio que los separaban bastaron a Arnheim para recobrar la serenidad; se acercó a Ulrich con cierto aire cordial, posó la mano e incluso el brazo sobre la espalda de su contrincante, y exclamó reprensivo: -”¿Cómo puede usted dar crédito a este rumor bancario?”

-”No me ha llegado como rumor, sino que lo he sabido de alguien muy bien informado.”

-”Sí, también yo he oído que se habla de ello; pero ¿cómo lo ha podido creer usted! Claro que mi presencia aquí no es caprichosa; por desgracia, yo jamás me puedo permitir conceder a los negocios un momento de quietud. Y tampoco quiero negar que haya hablado con algunas personas sobre esos yacimientos, aunque a la vez tengo que rogarle a usted completo silencio

en lo referente a esta confesión. ¶Pero todo esto es secundario!”

-”Mi prima -replicó Ulrich- no tiene la menor idea del petróleo de usted. Su marido le ha dado el encargo de indagar los fines que le retienen a usted aquí, pues está considerado como persona grata a los zares; pero yo estoy convencido de que ella no cumple bien su misión diplomática, y de que Diotima está segura de ser ella misma el único motivo de la presencia de usted.”

-”¶No sea tan descortés, Ulrich! - Arnheim sacudió con su brazo el hombro de su interlocutor, mostrándole camaradería-. Las interpretaciones marginales son siempre y en todas partes inevitables; pero usted, no obstante su satírica intención, acaba de hablar de ello con la impertinente sinceridad de un chico de escuela.”

Aquel brazo sobre sus espaldas hizo que Ulrich se sintiera inseguro. Le resultó ridículo y desagradable sentirse así

abrazado; tal sensación llegó a serle incluso fastidiosa; pero hacía tiempo que Ulrich estaba sin amigos, y quizá fue por esto que se atolondró un poco. De buena gana hubiera sacudido de sí aquel brazo, y sin querer lo intentó. Sin embargo, Arnheim acogió las pequeñas señales de disgusto y tuvo que esforzarse para no revelarlas; mientras tanto, Ulrich, consciente de la difícil situación de Arnheim, le obsequió la delicadeza de mantenerse sereno y de soportar el contacto que empezaba a influir cada vez más poderosamente sobre él, como un gran peso que cae sobre un dique de flojo césped y lo derrumba. Aquel muro de soledad se lo había construido Ulrich, sin querer, alrededor suyo; y ahora, a través de una brecha abierta en él, se precipitaba la vida, las pulsaciones de otro hombre; era una sensación estúpida, ridícula y, sin embargo, emocionante.

Ulrich pensó en Gerda. Se acordó de que su amigo de juventud, Walter, había

sugerido en él el deseo de volver a congeniar libremente con otro ser humano, como si en todo el mundo no hubiera más diferencias que las de simpatía y antipatía. Ahora, ya demasiado tarde, sintió aquel deseo en forma de olas plateadas, así como las olas de agua, de aire y de luz que, a lo largo de la corriente de un río, se confunden entre sí reduciéndose a una sola ola de plata; y el deseo fue tan urgente que Ulrich tuvo que hacerse violencia para no ceder a él y para no dar lugar a un equívoco en aquella ambigua situación en que se encontraba. Pero mientras se le entumecían los músculos se acordó de lo que le había dicho Bonadea. -"Ulrich, tú no eres malo, pero te creas a ti mismo dificultades para llegar a ser bueno!" Bonadea, la que en aquel día se había revelado tan inteligente, y quien incluso había añadido: -"Tampoco es que pienses durante el sueño, sino que revives." Y él había contestado: -"Yo fui un niño tan tierno como el aire en una noche de

luna...” Ulrich siguió acordándose ahora de que, en realidad, entonces se le había representado ante sus ojos un cuadro distinto: el vértice de una ardiente luz de magnesio que se desgarraba chisporroteando; y otro tanto le parecía ocurrir en su corazón. Pero esto había sucedido hacía ya mucho tiempo, y él no se había atrevido a exponer aquella comparación; sin embargo, había dado lugar a otra que, por lo demás, no fue pronunciada en una conversación con Bonadea, sino con Diotima, según acababa de acordarse. -”Las divergencias de la vida están muy cerca unas de otras en sus raíces.” Aquello intuyó Ulrich al mirar al hombre que le había ofrecido su amistad por motivos no muy transparentes.

Arnheim había retirado su brazo. Ambos habían vuelto al nicho de la ventana donde habían entablado la conversación; abajo, en la calle, lucían ya pacíficas las lámparas, pero se adivinaba el prolongado sobresalto de los acontecimientos que habían tenido lugar. De

cuando en cuando pasaban grupos de gentes apiñadas discutiendo acaloradamente, y a veces se abría alguna boca que lanzaba una amenaza o algún vacilante abuceo al que seguían risas. Parecía reinar un estado de semiconsciencia. Y a la luz de aquella agitada calle, entre las cortinas de rígida caída enmarcando el oscurecido cuadro de la habitación, Ulrich vio la figura de Arnheim y sintió la suya propia con una mitad radiante y con la otra opaca, partido apasionadamente por esta doble iluminación. Ulrich se acordó de las aclamaciones de que se había hecho objeto Arnheim, si su oído no le había traicionado; aquél, pues, reflexionando o no sobre estos acontecimientos, envuelto en aquella paz imperial que ofrecía mirando a la calle pensativo, se imponía como una figura dominante en aquel cuadro pasajero, y parecía sentir su propia presencia en cada mirada que dirigía. A su lado se podía observar lo que se llama “conciencia de sí mismo”.

La simple conciencia no es capaz de ordenar el reverbero y el centelleo del mundo, pues cuanto más fuertes son éstos, tanto más ilimitado parece el mundo, al menos de momento; la “conciencia de sí mismo” penetra, sin embargo, como un director de escena y convierte el desorden en una artística unidad de bienaventuranza. Ulrich envidiaba a aquel hombre por su suerte. En aquel momento, nada le pareció más fácil que atentar contra su vida, pues aquel ser humano despertaba, en su necesidad de plasticidad, viejos textos que poner en escena: -”Toma un puñal y consume su destino!” Tales palabras sonaron en los oídos de Ulrich con deficiente entonación; pero instintivamente se instaló él de tal manera que vino a situarse casi a las espaldas de Arnheim, teniendo delante de sí la superficie ancha y oscura de su cuello y de sus hombros. Lo que más le provocó fue el cuello. Su mano buscó el cortaplumas en el bolsillo de la parte derecha. Ulrich se alzó

sobre las puntas de sus pies y, pasando su mirada por encima de Arnheim, dirigió otra vez los ojos al fondo de la calle. Fuera, en la penumbra, los hombres eran arrastrados como arena por una ola que moviera sus cuerpos. Algo tenía que seguir a aquella manifestación; y así, el futuro se hizo preceder de una ola, y se produjo una especie de infiltración creativa y suprapersonal de hombres; pero fue, como siempre, sumamente imprecisa y descuidada. Algo similar le pareció a Ulrich lo que vio. El espectáculo le retuvo unos momentos, pero estaba ya demasiado hastiado para ponerse a criticarlo. Se dejó sumergir hasta la suela de sus zapatos, se avergonzó del juego mental que antes le había hecho recorrer aquel camino en dirección opuesta, sin dar a esto, a pesar de todo, mayor importancia, y sintió la gran tentación de echar una mano sobre la espalda de Arnheim y decirle: -"Muchas gracias, señor; estoy hasta la coronilla de lo

conocido, y lo que deseo es emprender algo nuevo; o sea que acepto su oferta.”

Pero como Ulrich no lo hizo, aquellos dos hombres dejaron a un lado la respuesta al ofrecimiento de Arnheim. Arnheim prosiguió la conversación partiendo de un punto interrumpido: -”¿Va usted frecuentemente al cine? Debería hacerlo! -dijo-. Es posible que la cinematografía no presente en su forma actual un gran porvenir, pero asocie usted a ella intereses comerciales de mayor cuantía, por ejemplo, la industria de los colores o la electroquímica, y verá cómo en unos decenios habrá alcanzado un desarrollo imposible de ser detenido. Entonces se impondrá un proceso al que deberán contribuir todos los medios de difusión y desarrollo del mundo; y por mucho que sea lo que se hayan imaginado nuestros poetas o estetas, el arte que surgirá será el de la Sociedad General de Electricidad o el de la Industria Alemana de Colorantes. Es como

para tener miedo, amigo mío! ¿Escribe usted? No, ya se lo he preguntado antes. Pero ¿por qué no escribe? Hace bien. Los poetas y los filósofos del futuro saltarán del trampolín del periodismo! ¿No se ha dado usted cuenta de que nuestros periodistas son cada día mejores y nuestros poetas peores? Sin duda, esta evolución obedece a una ley natural. Algo se aproxima y yo sé lo que es: el fin de la era de las grandes individualidades.” Arnheim se inclinó hacia adelante y continuó diciendo: -”No acierto a ver la cara que usted pone en esta luz de mala muerte! -rió un poco-. Ha reclamado usted un inventario general del espíritu. ¿Cree, pues, que la vida se dejaría regular por el espíritu? Ha dicho naturalmente que no. Pero yo no le creo, pues usted sería capaz de abrazar al demonio sólo por ser él el hombre sin par.”

-”¿De dónde se saca usted eso?” -preguntó Ulrich.

-”Del prólogo suprimido de Los bandidos.”

-”Naturalmente que del suprimido! - pensó Ulrich-. De dónde podría ser si no!”

-”Espíritus seducidos por el abominable vicio a causa del poder que éste ejerce” -dijo Arnheim usando de su vasta memoria. Le pareció que había vuelto a hacerse dueño de la situación, y que Ulrich había cedido por los motivos de siempre. Ya no le rodeaba ninguna aspereza hostil; tampoco tenía por qué hablar más de aquella oferta; el asunto se había solucionado felizmente. Pero así como un luchador adivina en el ring el agotamiento de su adversario y moviliza todo su peso, Arnheim experimentó la necesidad de hacer valer la gravedad de su proposición, y prosiguió: -”Creo que usted podrá comprenderme ahora mejor que al principio. Por tanto, yo le confieso que muchas veces me siento solo. Cuando la gente es "nueva", piensa demasiado en el negocio; pero cuando una

familia de comerciantes ha alcanzado la segunda o tercera generación pierde la fantasía. Entonces lo único que sale de ahí son perfectos administradores, palacios, cazas, oficiales y yernos nobles. Yo conozco bien a esta gente en el mundo entero; entre ella hay personas finas e inteligentes, pero no son capaces de formarse ni una sola idea que tenga alguna conexión con esa extremada inquietud, independencia y, acaso, infelicidad a que me he referido yo en mi cita de Schiller.”

-”Lamento no poder continuar esta charla -repuso Ulrich-. La señora de Tuzzi estará esperando quizá al restablecimiento de la calma en casa de alguna amiga suya, pero yo tengo que marcharme. ¿Conque me atribuye usted, sin que yo entienda lo más mínimo de negocios, la posesión de esa inquietud que cree imprescindible en ellos a fin de que se desprendan de su excesivo carácter comercial?” Ulrich había encendido

la luz para despedirse y esperaba ahora una respuesta. Arnheim tendió su brazo con majestuosa afabilidad sobre el hombro de su interlocutor, gesto cuya eficacia parecía ya comprobada; y dijo: -"Perdóneme si acaso he dicho demasiado; ha sido consecuencia de la soledad. La industria acapara el poder y muchos se preguntan a veces qué pueden hacer con el poder en la mano. ¿No me lo tome a mal!"

-"**Todo lo contrario!** -contestó Ulrich-. **Me he propuesto reflexionar seriamente sobre su proposición!**" Lo dijo rápidamente, de modo que la prisa pudo ser interpretada como excitación. Por eso, Arnheim, que quería esperar todavía a Diotima, se quedó un poco desconcertado, temiendo que no sería tan fácil disuadir decorosamente a Ulrich de aceptar aquel ofrecimiento.

122 - Camino de casa

ULRICH regresó a pie. Era una noche hermosa, pero oscura. Altas y enlazadas, las casas flanqueaban el caprichoso espacio abierto por arriba que es la calle, cruzada por el viento, por las tinieblas y por las nubes suspendidas en el aire. La calzada estaba desierta, como sumida en un profundo sueño tras la excitación del día. Se acercaba un caminante, y la resonancia de sus pasos acudía a los oídos de Ulrich como un anuncio de la persona misma, siendo aquel sonido lo único registrable durante algunos momentos. Parecía como si los incidentes de aquella noche tuvieran lugar en el escenario de un teatro. Ulrich tenía la impresión de ser un actor en el mundo, de ser algo más de lo que en realidad era. Su presencia se anunciaba a todos los contornos del lugar en que

pisaba; al atravesar zonas iluminadas, su sombra le acompañaba como un loco enco-gido, incorporado luego para en seguida de-jarse arrastrar humildemente por sus talones. -"¿Qué feliz se puede ser!" -pensó Ulrich.

Cruzó unos arcos, alzados junto a la calle a lo largo de unos diez pasos; el suelo empedrado quedaba dividido del de la calzada por gruesos pilares. La oscuridad le asaltaba desde los rincones; agresión y hom-icidio palpitan en el pasaje a media luz: una felicidad intensa, cruenta, solemne y ar-caica sobrecogía el alma. Quizá aquello era exagerado; Ulrich se imaginó de repente con qué gravedad, satisfacción y dominio de sí mismo pasearía Arnheim por allí en lugar suyo. Su sombra y la resonancia dejaron de interesarle; y la música espectral de los mur-os se había extinguido. Ulrich estaba seguro de que no aceptaría la propuesta de Arnheim; en aquel momento se consideraba

como un fantasma errante en la galería de la vida, el cual, sobresaltado, busca inútilmente el marco del cuadro en que poder deslizarse, y se sintió aliviado al desembocar en un espacio menos opresor y grandioso.

Amplias calles y plazas se abrían en medio de la oscuridad, y los edificios corrientes, salpicados de luz surgida de las pacíficas viviendas, no ofrecían un aspecto de especial embrujo. Ulrich, al salir al descubierto, pudo respirar la paz del ambiente; y sin saber por qué, se acordó de algunas fotografías de su infancia que había vuelto a ver hacía algún tiempo; en ellas aparecía él acompañado de su madre, prematuramente muerta. Ulrich había contemplado con extrañeza aquel niño a quien sonreía, rebotante de felicidad, una hermosa mujer vestida a la antigua. La conmovedora imagen de un muchacho bueno, cariñoso e inteligente que algunos se habían formado de él, las promesas que no eran de ningún modo las suyas, esperanzas inciertas

de un honroso futuro que le circundaban como la orla abierta de una red de oro... aunque todo aquello había permanecido oculto durante mucho tiempo, ahora, después de algunos decenios, se podía leer sin dificultad en la vieja cartulina. Y de entre la visible invisibilidad que tan fácilmente podía haberse hecho realidad le miraba su tierno y vacío rostro de niño, algo alterado por la artificiosa inmovilidad de la postura. Ulrich no había sentido la más mínima inclinación hacia aquel niño; y a pesar de estar, en cierto modo, orgulloso de su hermosa madre, el conjunto le había hecho creer que se había librado de un grave peligro.

Quien haya experimentado esta sensación y haya visto cómo su propia persona -trasladada a un momento de autosatisfacción- le mira desde antiguos retratos como si el brillo de éstos se hubiera resecado y desprendido, comprenderá el sentimiento con que Ulrich se hizo la pregunta sobre las

sustancias de que estaría compuesto aquel aglutinante, pues no en todos se malograba. En aquel momento se hallaba en medio de una de esas arboledas que, como un anillo interrumpido, siguen la línea ocupada antes por las murallas. Ulrich la podía haber atravesado en pocos pasos; pero el gran trozo de cielo, tendido a lo largo de las cimas de los árboles, le impulsó a torcer y a seguir la dirección de lo admirado, mientras creía aproximarse, sin conseguirlo en realidad, a las guirnaldas de luces suspendidas en el firmamento, sobre el ambiente invernal. -"Es una especie de escorzo de la inteligencia -se dijo- lo que produce esta paz vespertina, la cual, extendiéndose de día en día, engendra el duradero sentimiento de vivir una vida en conformidad consigo misma. Pues por lo general, el presupuesto principal de la felicidad no es resolver contradicciones, sino hacerlas desaparecer de igual modo que se rellenan los baches de una larga avenida; y

así como en todas partes, las relaciones visibles se desplazan produciendo una imagen dominada por los ojos, en la cual lo urgente y próximo parece grande, y lo exorbitante, por el contrario, pequeño y lejano, y los baches se igualan y finalmente el conjunto experimenta una redondez lisa y ordenada, así también las relaciones invisibles son desplazadas por la inteligencia y por el sentimiento, de modo que se forma inconscientemente algo en lo que uno se siente como un señor en su propia casa. “Éste es -se dijo Ulrich- el resultado que obtengo contrariando a mi voluntad.”

Se detuvo unos instantes ante un charco que le interrumpió el camino. Quizá fue aquella balsa a sus pies, y quizá los árboles de sus lados, pelados como escobas, lo que hechizó de repente la calle y la ciudad, y lo que le introdujo en la monotonía del alma, vacilante entre plenitud y futilidad, que es característica de la vida del campo y que le

había atraído más de una vez desde aquel “viaje-huida” de su juventud. -”Es todo tan simple! -sintió él-. Los sentimientos se adormecen, los pensamientos se separan unos de otros como las nubes después del mal tiempo, y de improviso se abre al alma un cielo ancho y hermoso. Puede ser que, teniendo aquel cielo delante de los ojos, se presente una vaca resplandeciente en medio del camino: he ahí la insistencia del acontecimiento, como si por lo demás no ocurriera nada. Una nube errante puede influir del mismo modo sobre todo el contorno: la hierba se oscurece y, algo después, brilla impregnada de humedad; pero en cuanto al resto, no ha pasado nada; sin embargo, he aquí un viaje, como desde una costa del mar hacia la otra. Un anciano pierde su último diente: este pequeño acontecimiento significa en la vida de todos sus vecinos un incidente al que pueden unir sus recuerdos. Y así, todas las tardes, cuando se impone la calma

tras la puesta del sol, los pájaros cantan alrededor del pueblo, y siempre de la misma manera; pero cada vez es algo nuevo, como si el mundo no contase todavía siete días de edad. En el campo -seguía pensando-, los dioses se acercan a los hombres, uno es algo y vive su vida; no obstante, en la ciudad, donde tienen lugar miles de acontecimientos más, nadie es ya capaz de relacionarse con ellos: así comienza la célebre abstracción de la vida.”

Pero mientras Ulrich pensaba en esto sabía también que ello multiplica mil veces el poder del hombre, y que, a pesar de reducirlo aisladamente a la décima parte, lo engrandece cien veces en total; considerándolo en serio, Ulrich no deseaba cambiar su suerte. Como uno de aquellos pensamientos, aparentemente marginales y abstractos, que tan inmediata importancia alcanzaban a menudo en su vida, se le ocurrió que la ley de esta existencia a la que uno está apegado y en la que

se sueña por pura simpleza a pesar de su sobrecarga, no es otra que la ley del orden narrativo, ese orden simple que consiste en poder decir: -"Al ocurrir esto sucedió aquello." Lo que nos tranquiliza es la sucesión lisa y llana, la reproducción de la dominadora multiplicidad de la vida en una forma unidimensional, como diría un matemático, el alistamiento de todo aquello que ha sucedido en el tiempo y en el espacio siguiendo una ilación, el famoso "hilo de la historia" del que deriva también el hilo de la vida. Feliz aquel que puede decir "cuando", "antes de" "después de"! Puede que le haya sucedido algo malo o se encuentre acosado de sinsabores: mientras consiga reproducir los acontecimientos en la sucesión de su desarrollo temporal se sentirá tan bien como si el sol le calentara el estómago. De esto se ha aprovechado artificiosamente la novela; el viajero puede cabalgar a través del campo bajo una lluvia torrencial, o sus pies crujir en

la nieve a veinte grados bajo cero: el lector encontrará regalo en ello. Esto sería difícil de comprender si el eterno ardid de la poesía épica, con el que incluso las niñeras calman a sus pequeños, si este probadísimo “escorzo de la inteligencia”, no perteneciera ya a la vida. Los hombres, en sus fundamentales relaciones consigo mismos, son en su mayoría narradores. No aman la lírica, o sólo en algunos momentos; y cuando en el hilo de la vida se anuda alguna vez el “porqué” y el “para qué” aborrecen toda reflexión que los rebase; les gusta la sucesión bien ordenada de los hechos porque parece una necesidad; y gracias a que su vida les parece un “curso” se sienten amparados de alguna manera en el caos. Ulrich se dio cuenta entonces de que él había perdido el sentido de aquella épica primitiva que la vida privada todavía conserva, aunque públicamente todo se ha vuelto inenarrable y ya no se sigue ningún

“hilo”, sino que se extiende a lo largo y ancho de una superficie infinitamente entretejida.

Cuando Ulrich emprendió de nuevo la marcha, después de haber hecho aquellas averiguaciones, se acordó de lo que Goethe ha dejado escrito sobre el arte: “[E]l hombre no es un ser docente, sino un ser viviente, agente y operante!” Ulrich se encogió de hombros respetuosamente. -”Todo lo más se puede decir que, así como un actor de teatro pierde la noción de los bastidores y de los cosméticos y cree que está obrando, así puede el hombre de hoy día olvidar el inseguro fondo de la doctrina de que dependen todas sus actividades” -pensó él. Pero este pensamiento relacionado con Goethe lo había mezclado un poco con el recuerdo de Arnheim, quien abusaba siempre del clásico como de un confederado; y Ulrich se acordó inmediatamente, con indignación, de la desacostumbrada inseguridad que había despertado en él el brazo de aquel hombre al

posarse sobre sus espaldas. Entretanto había salido él de la arboleda y se había acercado a una avenida, yendo en busca del camino que le condujera hasta su casa. Pero mirando el nombre de las calles con los ojos puestos en las placas indicadoras estuvo a punto de chocar contra una sombra, se vio precisado a frenar de repente su marcha y por poco atropella a una prostituta que le salió al paso. Ella se le puso delante y le sonrió, por no mostrarle el despecho que había provocado al arremeter contra ella como un búfalo; y Ulrich sintió el suave calor irradiado en medio de la noche por aquella rutinaria sonrisa. Ella le dijo alguna cosa, le habló con palabras que intentaban atraer y que fueron como los sucios residuos de todos los hombres. -"¡Tú, pequeño, ven conmigo!"; esto o algo parecido. Sus hombros caían como los de un niño; de su sombrero salían unos mechones de pelo rubio, y a la luz de la lámpara se dejaba ver su rostro en su vaga palidez y

graciosa irregularidad; bajo el velo de la noche podría esconderse la tez de una joven-cita con muchas pecas. Ella alzó sus ojos hacia Ulrich y, aunque de menor estatura que él, le dijo otra vez “pequeño”, sin encontrar dentro de su apatía nada impropio en aquella dicción, repetida cientos de veces en una misma noche.

Ulrich se conmovió. No se apartó de ella, sino que permaneció en pie y, fingiendo no haber oído bien, se hizo repetir la invitación. Inesperadamente, Ulrich había encontrado una amiga que se pondría a su disposición en cuanto él le prometiera gratificar sus servicios; la joven se esforzaría por ser cariñosa y por evitar todo aquello que le pudiera desagradar; a una señal de consentimiento por parte de Ulrich, le tomaría del brazo con confiada delicadeza y con cierta perplejidad, como sucede cuando dos amigos íntimos vuelven a verse después de una inocente ruptura. Y si él le prometía duplicar su

honorario habitual y lo depositaba inmediatamente sobre la mesa para que ella no tuviera que preocuparse del dinero y se abandonara tranquila a la placentera sensación que deja un buen negocio se demostraría que también la pura indiferencia se beneficia de la ventaja de todas las sensaciones puras, o sea, se portaría sin presunción personal y serviría sin la vana confusión de las exigencias sentimentales. Éstos áieron los pensamientos que atravesaron la cabeza de Ulrich medio en serio medio en broma, y no tuvo valor para decepcionar a la pequeña, que ya casi contaba con la aceptación del plan. Ulrich se dio cuenta de que él mismo empezaba a encariñarse de ella; pero en lugar de detenerse a hablar unas palabras en su lenguaje profesional metió torpemente la mano en su bolsillo, puso en la maño de la joven un billete de banco de un valor aproximado al precio de un servicio, y siguió su ruta. Antes, estrechó la mano de la

seductora, la cual se resistió de modo sorprendente a recibir el billete; Ulrich le dirigió alguna palabra, y luego la dejó, convencido de que ella se apresuraría a volver junto a sus colegas a las que oía cuchichear en la oscuridad de las cercanías, y a las cuales mostraría la joven el dinero para terminar desahogándose con una burla alusiva a aquella actitud que no acertaba a explicarse.

Este encuentro permaneció vivo algún tiempo, como si hubiese sido un delicado idilio de unos minutos de duración. Ulrich no se ilusionó con la cruda pobreza de su huidiza amiga. Pero mientras se imaginaba cómo ella habría torcido un poco la mirada y emitido, en el momento preciso, alguno de aquellos suspiros torpemente fingidos, este indecoroso y desmañado espectáculo a precio fijo influyó en él, sin saber por qué, de un modo conmovedor; quizá fue porque la comedia humana era representada por malos actores. Y aun hablando con la muchacha, la

asociación de ideas le trajo a Ulrich el pensamiento de Moosbrugger. Moosbrugger, el comediante anormal, el cazador y exterminador de prostitutas, el que había corrido la misma suerte que ahora Ulrich en aquella noche desventurada. Entonces, al cesar el temblor escenográfico de los muros de las calles había chocado Moosbrugger con una criatura desconocida que le había esperado junto al puente en una noche de luna. Qué sensación más prodigiosa tenía que haberle conmovido de pies a cabeza! Ulrich creyó poder imaginársela durante unos instantes. Sintió que algo como una ola elevaba su ser. Perdió el equilibrio, pero tampoco necesitaba de él; el movimiento le llevaba. Su corazón se contrajo, pero sus imaginaciones se explayaron infinitamente perdiéndose en la lejanía y convirtiéndose en una especie de voluptuosidad desarmante. Intentó rehacerse. Sin duda, Ulrich había vivido una vida carente de unidad interior tan largo

tiempo que ahora llegaba incluso a envidiar las ideas fijas de aquel enajenado mental y la fe de éste en su propia misión. Pero ¿no era cierto que Moosbrugger no solamente atraía la admiración de Ulrich, sino también la de todos los demás hombres? Ulrich oyó en su interior la voz de Arnheim que le preguntaba: -"¿Estaría usted dispuesto a liberarle?" Y él se respondía a sí mismo: -"No, probablemente no."

- "¡Mil veces no!" -añadió, no sin adivinar, como por arte de encantamiento, el desarrollo de una acción en la que la acogida, tal como se supone tras una suprema excitación, y la emoción subsiguiente, se fundieran en un único estado indescriptible, en el cual el placer no se podía distinguir de la coacción, ni el acto reflejo del acto necesario, ni la extremada actividad de la pasiva bienaventuranza. De paso pensó en la teoría por la que tan desdichadas criaturas son consideradas como la personificación de

instintos inhibidos debido al influjo de todos los demás hombres, y como la encarnación de sus pensamientos criminales y de sus torpezas imaginativas. De este modo, aquellos que así creían intentaban salvar el expediente de Moosbrugger a su manera y querían justificarle para restablecer su propia moral, después de haberse saciado en él. La discrepancia que Ulrich advertía en aquella causa criminal era distinta, y se cifraba precisamente en que aquel individuo no inhibía nada, teniendo que reconocer a la vez que del retrato de un asesino no se deducía cosa especial que no se desprendiera de los demás cuadros del mundo, los cuales eran todos como sus antiguos retratos: sensatez desarrollada por una parte, e insensatez reaparecida por otra. ¶ Un símbolo desquiciado del orden: eso era Moosbrugger para él! Ulrich exclamó de repente: -"¶ Todo eso...!", e hizo un gesto como si quisiera apartar de sí algún objeto empujándolo con la mano. Tales

palabras no las había pronunciado entre dientes, sino en voz alta; luego, cerró los labios y terminó sigilosamente la frase: -"Todo eso hay que decidir!" A él ya no le interesaba saber en detalle a qué se refería "todo eso"; "todo eso" era lo que le había ocupado, lo que le había atormentado y también, a veces, llenado de satisfacción, desde que había tomado sus "vacaciones", y lo que le había encadenado a un soñador para el que todo es posible, salvo levantarse y moverse. Todo eso había conducido a Ulrich a toda clase de "imposibilidades" desde el primer día hasta los últimos minutos de aquella vuelta a casa. Y Ulrich pensó que tenía que decidirse de una vez: vivir como cualquier otro para un fin accesible, o tomar en serio todas aquellas "imposibilidades". Y puesto que estaba ya cerca de su casa, cruzó de prisa la última calle con la extraña sensación de que algo le esperaba. Fue una sensación alada, invitado- ra a la

acción, pero vacía y, en consecuencia, caprichosamente libre.

Quizá hubiera pasado como muchas otras sensaciones; pero cuando Ulrich se internó en su calle, y, poco después, ante el portón enrejado de su jardín, aquello se transformó en una indiscutible seguridad. Su viejo criado le había pedido permiso para pasar aquella noche fuera, en compañía de sus parientes, en una localidad lejana; y él mismo no había estado en casa desde la aventura con Gerda desarrollada en pleno día; los jardineros, a los que alojaba en el piso inferior, jamás entraban en sus habitaciones privadas. Y ahora, todo aparecía iluminado; tenía que haber entrado en casa gente extraña, ladrones quizá, sorprendidos ahora por su llegada. Ulrich quedó tan desconcertado, y tan lejos estuvo de querer ahorrarse aquel extraordinario sentimiento, que sin vacilar un instante entró en casa. Lo que esperaba no era nada concreto. En las

ventanas vio sombras, al parecer de una sola persona en movimiento; pero igualmente podían pertenecer a muchas. Ulrich se preguntó si no dispararían contra él al notar su presencia, o si él mismo no tendría que echar mano de su pistola. En circunstancias diferentes, Ulrich hubiera llamado a un guardia o, por lo menos, hubiera examinado la situación antes de decidirse a hacer algo; pero esta vez quiso ser testigo único de aquel acontecimiento, y ni siquiera sacó la pistola que llevaba frecuentemente consigo desde la noche aquella en que fue atracado por unos bribones. Lo que él quería... no lo sabía; lo vería.

Y cuando abrió la puerta vio que el presunto ladrón, con tan confusos sentimientos acechado, era Clarisse.

123 - El regreso

NO se excluía que en el comportamiento de Ulrich se hubiera mezclado desde un principio la convicción en un desenlace sin contratiempos: aquella no inclinación a pensar en lo peor cuando acecha algún peligro. Pero al chocar, inopinadamente, con su viejo criado en el vestíbulo estuvo a punto de derribarlo y dejarlo K.O. Afortunadamente lo pudo evitar en el último momento, y así pudo enterarse de que había llegado un telegrama que guardaba Clarisse, y de que ésta hacía ya una hora que había llegado coincidiendo en el preciso momento en que él se disponía a salir. El criado no se había atrevido a despedirla, optando así por quedarse en casa con ella a costa de su descanso, pues la muy distinguida dama -el señor

perdonaría el comentario- le había impresionado muy profundamente.

Ulrich le expresó su agradecimiento y entró en la sala. Allí estaba Clarisse, tendida sobre un diván, vuelta un poco hacia un lado y con las piernas encogidas. Su alargada figura, sin pronunciamientos; la cabeza con su peinado á la gargonne y el gracioso rostro que, apoyado en el brazo, se dirigía hacia él al abrir la puerta: toda ella se le mostró especialmente seductora. Ulrich le dijo que la había tomado por un atracador. Clarisse abrió los ojos con la rapidez de un tiro de Browning. -"¿Quizá lo sea! -contestó-. El perro viejo que te sirve no quería permitirme quedarme aquí; le he mandado a dormir, pero sé que se ha escondido abajo en alguna parte. ¿Bien instalado estás tú en esta villa!" Y sin levantarse le alargó el telegrama. -"Quería ver cómo regresas a tu casa cuando crees que no hay nadie en ella -añadió Clarisse-. Walter ha ido al concierto. Hasta pasada

la media noche no volverá. No sabe que he venido a verte.”

Ulrich abrió el telegrama y lo leyó mientras atendía a medias a lo que le decía Clarisse. De pronto, palideció sobrecogido, y volvió a leer el extraño texto con una mueca de incredulidad. Aunque había dejado de contestar a varias preguntas de su padre acerca de la Acción Paralela y de la responsabilidad disminuida, no había recibido desde hacía tiempo ninguna carta reprensiva que le hubiera llamado la atención; ahora, el telegrama le anunciaba -de una forma chocante que mezclaba velados reproches con solemnidades fúnebres, y que parecía redactado por su mismo padre- el fallecimiento de su progenitor. Ni el uno ni el otro se habían declarado mutuamente gran afecto, e incluso a Ulrich le había resultado casi desagradable el pensar en su padre; a pesar de todo, al leer por segunda vez el telegrama, interesante en medio del luto, pensó:

-”[A]hora sí que me quedo solo en el mundo!” En su pensamiento, estas palabras no tuvieron un sentido literal, difícil de conformar con aquellas relaciones truncadas por la muerte de su padre; se vio más bien ascender, en su aturdimiento, como si se le hubieran roto las amarras; sintió restablecerse completamente un estado ya olvidado en un mundo al que había vivido ligado mediante las influencias de su padre.

-”[H]a muerto mi padre!” -dijo Ulrich a Clarisse, elevando, involuntariamente y con cierta solemnidad, la mano en que mostraba el telegrama.

-”[H]ola! -respondió Clarisse-. [T]e felicito!” Y después de una pequeña pausa de reflexión, añadió: -”[A]hora te vas a hacer muy rico!” Y miró curiosa a su alrededor.

-”No creo que mi padre haya pasado de ser un simple burgués -repuso Ulrich en plan evasivo-. Las condiciones en que yo he vivido rebasaban sus posibilidades.”

Clarisse reconoció la enmienda mediante una escurridiza sonrisa: garabato de sonrisa. Muchos de sus movimientos expresivos eran tan atropellados, y tan exageradamente reducidos a la mínima expresión como la reverencia de un niño obligado a pagar, en sociedad, tributo de su educación. Se quedó sola en la sala después de haber oído de Ulrich la excusa de tener que dejarla unos momentos para dar algunas órdenes relacionadas con su partida. Clarisse no se había ido muy lejos tras el violento altercado que había tenido con Walter; delante de la puerta de su vivienda había una escalera, rara vez utilizada, que conducía al desván; allí esperó, sentada y envuelta en un lienzo, hasta que oyó que su marido abandonaba la casa. Clarisse sabía algo de las tramoyas en el techo de los teatros; allá arriba, entre las cuerdas de los decorados, permaneció sentada mientras Walter bajaba la escalera. Se figuró que las actrices, fuera de escena,

podían subirse, envueltas en sus trapos, a los andamios de los bastidores donde observarían a sus colegas; ella era ahora una de esas actrices y espiaba los acontecimientos que se desarrollaban a sus pies. Al mismo tiempo se entretuvo en su pensamiento favorito: el de que la vida es una representación teatral. No hace falta abarcarla con la razón, pensó Clarisse. Pues ¿qué se sabe de la vida, aun teniendo más conocimientos que ella misma? Lo que sí hay que poseer es un buen instinto, como el petrel. Hay que saber abrir los brazos -y esto para ella significaba palabras, besos, lágrimas- como alas. En esta imagen encontró Clarisse una sustitución a la posibilidad de creer en el futuro de Walter. Miró la escalera por la que había bajado su marido, extendió sus brazos y los sostuvo en esta posición cuanto pudo: quizá le ayudaría aquello. -"Rampa arriba y rampa abajo, engendra una virtud hostil de mutua pertenencia" -pensó. "Jubilosa diagonal del

mundo”: así definió Clarisse a sus brazos abiertos y a su mirada, sumergida en la profundidad. Luego abandonó la idea de ir a la ciudad furtivamente a presenciar la manifestación. ¿Qué le importaba a Clarisse el “rebaño”? El monstruoso drama del individuo había comenzado!

De este modo había llegado a casa de Ulrich. De paso había exhibido varias veces su picara sonrisa, al pensar en que Walter la tenía por loca siempre que ella ostentaba una comprensión superior del estado de sus relaciones. A Clarisse le halagaba que él temiera recibir un hijo de su esposa, y que, al mismo tiempo, lo esperara con impaciencia. Para ella, “estar loca” significaba tanto como un relampagueo, o como encontrarse en un estado de salud tan elevado que espantara a los demás; y esto era un atributo de su matrimonio, desarrollado paso a paso, al mismo ritmo con que crecían su superioridad y su actitud dominadora. Pero a pesar de todo, a

Clarisse no se le escapaba que a veces ella misma se hacía incomprensible a los que la rodeaban; y cuando Ulrich regresó a la habitación donde ella se había quedado sola, Clarisse sintió la necesidad de decirle algo, según era de rigor en un acontecimiento que tan profunda incisión hacía en su vida. Saltó rápida de su diván, dio dos o tres vueltas de una a otra parte de la habitación y a través de las estancias contiguas, y luego dijo: -"¡Te acompaño, pues, en el sentimiento, amigo mío!"

Ulrich la miró sorprendido, aunque no le resultó nuevo aquel tono, indicio de que ella estaba nerviosa. -"¡Esta mujer tiene cada cosa más convencional...! -pensó-. Causa una impresión semejante a la que uno recibe cuando en un libro cualquiera encuentra encuadernada una hoja perteneciente a otro libro distinto." Clarisse le había lanzado la fórmula, no con la expresión usual, sino de lado, por detrás de la espalda; y esto

contribuyó a hacerle creer a Ulrich que aquel acento no era falso, sino que se trataba de un texto equivocado, e infundió en él la sospecha, algo arriesgada, de que ella misma poseyera varios de aquellos textos interpolados. Puesto que Ulrich no contestaba, Clarisse permaneció en pie ante él y dijo: -"¡Tengo que hablar contigo!"

- "Con mucho gusto te ofrecería una copa" -dijo Ulrich.

Clarisse sacudió enérgicamente la mano, elevada a la altura de los hombros en señal de negativa. Concentró sus pensamientos y comenzó: -"Walter quiere tener a toda costa un hijo mío. ¿Comprendes?" Clarisse parecía esperar mía respuesta.

¿Qué debía contestar Ulrich?

- "¡Pero yo no quiero!" -exclamó con fuerza.

- "¡No tienes por qué enojarte! -dijo Ulrich-. Si tú no quieres, no puede pasar nada."

- "¡Pero él se consume por eso!"

-”[M]uchos de los que creen estar siempre en trance de morir viven largos años! Habrá pasado mucho tiempo, y tú y yo nos habremos apergaminado, pero Walter seguirá siendo el director de su archivo, con su rostro de niño bajo los cabellos blancos.”

Clarisse giró pensativa sobre sus talones y se alejó de Ulrich; a cierta distancia, intervino de nuevo haciéndole frente: -”¿Sabes en qué queda un paraguas cuando se le quita el bastón? Walter desfallece cuando yo me niego. Yo soy el bastón, él...” -”El paraguas” - estuvo a punto de decir, pero se le ocurrió algo mucho mejor. -”Él es mi abrigo -dijo Clarisse-. Walter se cree en el deber de cobijarme. Y lo primero que desea es verme con un vientre abultado. Después tratará de vencerme de que una madre natural debe amamantar ella misma a su hijo. Y luego querrá educar a ese hijo conforme a sus ideas. Tú mismo lo sabes. Sencillamente, lo que él busca es adjudicarse derechos y,

poniendo pretextos de alto vuelo, convirtiéndolos a los dos en unos simples burgueses. Pero si continuó llevándole la contraria, como hasta ahora, ¡adiós Walter! ¡Yo lo soy todo para él!”

Ulrich sonrió incrédulo al oír tan ilimitada afirmación.

-”¡Walter quiere matarte!” -añadió rápidamente Clarisse.

-”¡Cómo! ¿Acaso no se lo has aconsejado tú?”

-”¡Yo desearía que el hijo fuera tuyo!” -dijo Clarisse.

Ulrich lanzó un silbido entre dientes.

Ella sonrió, como una criatura muy joven que ha presentado una petición descomulgada.

-”No quisiera engañar a una persona que tan bien conozco como a Walter. Eso me repugna” -dijo Ulrich, despacio.

-”¿Ah sí? ¡Eres, pues, muy honesto!” -Clarisse pareció dar a sus palabras un

sentido que Ulrich no llegó a comprender. Reflexionó, y después de unos momentos prosiguió el ataque. -"Pero si tú me amas, estás en su mano!"

- "¿Cómo se entiende eso?"

- "Está claro; y sin embargo no es nada fácil explicarlo. Vas a verte precisado a mostrarte solícito ante él. Walter nos dará mucha lástima. Naturalmente que tú no puedes engañarle sin más ni más; le darás, pues, algo en compensación. Bueno, y así en todo. Pero todavía no he dicho lo más importante: le obligarás a dar lo mejor de sí mismo. No puedes negar que estamos encerrados en nosotros mismos, como figuras en un bloque de piedra. Cada uno debe esforzarse por esculpir su propia personalidad. Y el uno debe hacer presión sobre el otro para conseguirlo."

- "Bien -dijo Ulrich-; pero tú cuentas demasiado pronto con que eso va a suceder."

Clarisse sonrió de nuevo. -"¿Puede ser!" -dijo. Al mismo tiempo se acercó a Ulrich y le tomó cariñosamente el brazo que colgaba del cuerpo; él siguió quieto, sin hacer sitio a Clarisse. -"¿No te gusto?" -preguntó ella. Y como Ulrich no respondía, prosiguió: -"Yo sé que te gusto; muchas veces he observado cómo me miras cuando nos visitas en nuestra casa. ¿Te acuerdas de cuando te llamé "demonio"? Me parece que lo eres. Compréndeme bien: yo no digo que seas un pobre diablo; lo es quien desea el mal por ser incapaz de otra cosa mejor. Tú eres un diablo de categoría; tú sabes lo que estaría bien, pero haces precisamente lo contrario de lo que deseas. La vida, tal como la vivimos nosotros, te parece detestable, y por eso dices con despecho que hay que seguir viviéndola así. Además, dices con increíble decoro: "Yo no engaño a mis amigos!"; pero lo dices porque has pensado ya cien veces: "¿Con qué gusto poseería yo a Clarisse!" Pero

ya que eres un demonio, tienes algo de Dios en ti. De un gran dios! De uno que miente para que no se le pueda reconocer! No que tú quisieras...!”

Y ahora, Clarisse, en vez de un brazo, le cogió los dos. Se situó frente a Ulrich, con el rostro erguido, y el cuerpo encorvado hacia atrás como una planta asida delicadamente por el tallo. -”En seguida comenzará a llover torrencialmente sobre su rostro, como la otra vez” -pensó Ulrich con miedo. Pero no sucedió así. Su rostro continuó hermoso. Clarisse no mostraba ahora su ordinaria, estrecha sonrisa, sino una sonrisa abierta que dejaba ver algunos dientes entre la carne de sus labios, como si se tratara de resistirse; y la forma de su boca reproducía la doble curva del arco de Cupido, repetido en las líneas de la frente y, más arriba, en las nubes translúcidas del cabello.

-”Hace tiempo que vienes deseando tomarme entre los dientes de tu mentirosa

boca; así me tendrías si tuvieras el valor de descubrirte a mí tal como eres.” Clarisse dijo esto, y Ulrich se deshizo de ella con suavidad; ella se dejó caer sobre el diván, como si se lo hubiera ordenado él, atrayéndole hacia sí.

-”No exageres tanto!” -replicó Ulrich, reprendiendo sus palabras.

Clarisse le soltó. Cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre sus dos brazos con los codos en las rodillas; su segundo ataque había sido rechazado. Pasó, pues, a convencer a Ulrich sirviéndose de una lógica fría: -”No tienes que detenerte a calibrar las palabras -respondió ella-; si yo digo demonio o Dios, no debes ver ahí más que simples figuras de dicción. Pero cuando estoy sola en casa, por lo general todo el día, y cuando recorro los alrededores, me digo a menudo: si tuerzo a la izquierda, aparece Dios; si a la derecha, el demonio. La misma sensación he experimentado al tener que tomar algo en la mano

y dudar de hacerlo con la derecha o con la izquierda. Alguna vez que le he contado esto a Walter, él se ha metido las manos en los bolsillos de puro miedo. Walter se extasía ante una flor y ante un caracol. Dime: ¿no es cierto que la vida que nosotros vivimos es tremendamente triste? No aparece ni Dios ni el diablo. Por eso ando desde hace años dando vueltas de una parte a otra. ¿Qué puede venir? Nada; al menos, mientras el arte no logre hacer el milagro de una inversión.”

En este momento, Clarisse adoptó unas facciones de una tristeza tan dulce que Ulrich se dejó llevar del sentimiento y acarició con la mano el suave cabello de Clarisse. -”En parte puede ser que tengas razón, Clarisse -dijo-; pero lo que nunca acabo de entender en ti es la asociación de ideas y el salto de las conclusiones.”

-”Es sencillo -contestó en la misma posición de antes-. A fuerza de pensar he dado

con una idea. ¡Escucha!” Entonces se incorporó y, recobrando su energía, dijo: -”¿No has dicho tú mismo alguna vez que el estado en que vivimos está resquebrajado, y que se divisa a través de sus grietas otro estado imposible? No tienes por qué contestar; la respuesta me la sé desde hace tiempo. Todos y cada uno de los hombres desearían naturalmente vivir una vida ordenada, pero nadie lo consigue. Yo me dedico a la música y a la pintura; esto es como si colocara un biombo ante el agujero de una pared. Tú y Walter tenéis ideas que yo apenas comprendo, pero algo hay en ellas que no se conforma con la verdad. Tú has dicho, también, que la pereza y la costumbre hacen que no se mire a ese agujero, o que la mirada se desvíe de él entreteniéndose en otras cosas. Bien; lo que falta no es nada del otro mundo: ¡Hay que salir por ese agujero! ¡Y yo soy capaz de hacerlo! Hay días en que me es posible escurrirme de mí misma. Entonces me siento...

¿cómo lo podría expresar mejor?... como pe-
lada entre las cosas, desprovistas también de
su sucia corteza. O bien me une el aire a todo
lo existente como si fuéramos ambos
hermanos gemelos. Es un estado de inaudita
sublimidad; todo se vuelve música, colorido,
ritmo, y yo ya no soy la burguesa Clarisse, la
misma a la que impusieron este nombre en el
bautismo; entonces, soy una cuña brillante,
incrustada en una enorme felicidad. Pero to-
do eso lo sabes también tú! Pues esto mismo
has querido decir al afirmar que la realidad
traslada a un estado imposible, y que a las
experiencias no las puedes girar hacia ti ni
considerarlas como personales y reales, sino
que hay que dirigirlas hacia el exterior, como
si fueran cantadas o pintadas, y así todo lo
demás. Te lo podría repetir con la máxima fi-
delidad.” La expresión “así todo lo demás”
volvió como una rima libre, mientras
Clarisse seguía hablando atropelladamente;
y cada vez terminaba con la aseveración: -”Y

tú tienes fuerzas para ello, pero no te da la gana hacerlo; no sé por qué no quieres; **É**ndré que sacudirte!”

Ulrich la había dejado hablar. De vez en cuando había hecho con la cabeza una señal de negación al atribuirle Clarisse alguna cosa demasiado lejana del reino de lo posible; pero no reunió la suficiente fuerza de voluntad para protestar verbalmente, y se limitó a posar su mano sobre la cabellera de Clarisse sintiendo casi en las puntas de sus dedos las desordenadas pulsaciones de aquellos pensamientos. Nunca hasta entonces había visto a su amiga en semejante estado de excitación sensual; estaba casi asombrado de comprobar que en aquel cuerpo estrecho y rígido pudiera tener lugar toda clase de relajación y la entrañable dilatación del enardecimiento femenino. Así, tampoco aquella vez marró el tiro esa eterna sorpresa de ver abrirse de repente a una mujer, conocida antes como herméticamente cerrada para

todos. Pero las palabras de Clarisse no le repelían, aunque ofendían a la razón; mientras se acercaban a su interior y se alejaban hasta lo absurdo, este continuo y rápido movimiento operaba como un zumbido o un canturreo cuya tonalidad agradable o desagradable se perdía al lado de la intensidad de su vibración. Ulrich sintió que, al escucharla, se facilitaban en él sus propias resoluciones, como al oír una música salvaje; y sólo cuando le pareció que Clarisse se había internado en un callejón sin salida sacudió un poco su cabeza con la mano extendida, para que recapacitara y se diera cuenta de cómo andaba.

Pero a continuación sucedió lo contrario de lo que él había deseado, pues Clarisse se le echó bruscamente encima. Se agarró a Ulrich con tanta rapidez que él no pudo oponer resistencia, quedando desarmado; Clarisse enlazó el cuello de su amigo con un brazo y apretó sus labios contra los de él; con un

rápido movimiento plegó sus piernas y deslizó su cuerpo hasta acomodarse arrodillada sobre los muslos de Ulrich; éste sintió en el hombro el pequeño balón del pecho de Clarisse. Lo que menos comprendió fue lo que ella le dijo. Balbuceó algo acerca de su propio poder redentor y de la cobardía de Ulrich; y él pudo al menos entender que era un “bárbaro”, y que por eso ella engendraría, de él y no de Walter, al redentor del mundo. En el fondo, sus palabras sonaron a los oídos de Ulrich sólo como un juego violento, como un murmullo arrebatado, a media voz, más preocupada ella de sí misma que de transmitir ideas; y sólo de vez en cuando se pudo distinguir en aquel torrente desbordado alguna palabra suelta, como “Moosbrugger” y “ojo del diablo”. Ulrich, tratando de defenderse, tomó del brazo a su pequeña agresora y la aprisionó sobre el diván; ahora, ella forcejeó con las piernas; con su cabeza empujó el rostro de Ulrich, e intentó echarle

nuevamente el brazo al cuello. -"Te voy a matar si no accedes!" -dijo ella en alta y clara voz. Se parecía a un niño que, mezclando ternura y rabia, se resiste a ser ladeado, haciendo cada vez mayores progresos en su excitación. El esfuerzo por dominarla impidió que Ulrich sintiera intensamente en sus miembros el flujo de la voluptuosidad; no obstante, acusó con viveza el momento en que oprimió el cuerpo de Clarisse, reduciéndolo a la inmovilidad con el brazo. Fue una sensación igual que si el cuerpo de la joven hubiese penetrado en el interior de sus sentimientos; Ulrich conocía desde hacía tiempo a aquella mujer, y a menudo había peleado un poco con ella, pero nunca hasta entonces había palpado de arriba abajo su pequeño ser, entrañable y extraño, con su revoltoso e impulsivo corazón. Cuando se amansaron los movimientos de Clarisse, presa de las manos de Ulrich, y una vez que empezó a titilar en sus ojos la tierna relajación de los miembros,

estuvo a punto de suceder lo que Ulrich no quería. Pero en aquel instante se acordó de Gerda, como si se le presentara ahora por primera vez un ultimátum acerca de su propia suerte.

-”No quiero, Clarisse! -dijo Ulrich, y la soltó-. Desearía quedarme solo; tengo que hacer todavía muchos preparativos para mi viaje.”

Cuando Clarisse comprendió su negativa fue como si, de un golpe violento, se hubiera puesto a funcionar en su cabeza una nueva máquina. Miró a Ulrich, quien la observaba a unos pasos de distancia con sus facciones descompuestas, sin poder salir de su asombro. Clarisse le vio hablar; pero, al parecer, no entendió lo que dijo. Mientras ella seguía el movimiento de sus labios, sintió crecer en sí misma el disgusto; después se dio cuenta de que la falda se le había recogido hasta por encima de sus rodillas, y se levantó de un salto. Antes de poder pensar en cosa ninguna

se encontró erguida sobre sus pies, sacudió su cabellera y su vestido como si hubiera estado echada en la hierba, y dijo: -"Está bien que te prepares para el viaje; yo no te voy a detener mucho más." Clarisse había recobrado su habitual sonrisa, la cual atisbaba ahora, burlona e indecisa, por la grieta estrecha de sus labios, augurándole buen viaje. -"Cuando vuelvas, estará probablemente Meingast en nuestra casa; ha anunciado su llegada. Éste es en realidad el motivo que me ha traído a verte" -añadió como de paso.

Ulrich, vacilante, retuvo la mano de Clarisse.

Los dedos de la joven jugaron inquietos entre los del amigo. Hubiera dado cualquier cosa por saber lo que había dicho a Ulrich, pues no parecía ser poco; tan fuera de sí había estado que podía haberlo olvidado. Recordaba aproximadamente lo que había sucedido, y no le dio mayor importancia porque su sentimiento le hablaba de su

propia valentía y de su espíritu de sacrificio, mientras que el apocamiento de Ulrich se había hecho claro. Lo único que deseaba ahora era despedirse de él como buen camarada para no darle que pensar. Dijo, pues, desenvuelta: -"Es mejor que no cuentes a Walter nada de esta visita; y lo que hemos hablado debe permanecer entre nosotros hasta la próxima vez." Junto a la puerta del jardín, ella le alargó nuevamente la mano, rechazando al mismo tiempo la oferta de Ulrich de acompañarla un trecho.

Ulrich, al quedar solo en casa, sintió algo especial. Debía aún escribir algunas cartas de despedida al conde Leinsdorf y a Diotima; por lo demás, tenía que ordenar también algunas cosas, pues preveía que la cuestión de la herencia le retendría bastante tiempo fuera de casa. Después metió los diversos objetos de uso personal y unos libros en la maleta, preparada por su criado, al que había mandado ya a la cama; y para cuando

terminó los preparativos se le habían ido las ganas de acostarse. Estaba rendido y exaltado como consecuencia de la intensa jornada, y aquellos dos estados no se debilitaban, sino que se acrecentaban turnándose mutuamente, de modo que Ulrich no sentía sueño, a pesar del gran cansancio. Sin discurrir, siguiendo simplemente las oscilaciones alternas de los recuerdos, Ulrich reconoció que la impresión que Clarisse le había causado ya repetidas veces, no sólo como persona extraordinaria que era, sino tácitamente incluso como enferma mental, estaba bien fundada y no dejaba lugar a duda; y sin embargo, durante el acceso -o como se quiera llamar al arrebatado estado que ella acababa de manifestar- había emitido juicios que se asemejaban notoriamente a algunos de los suyos. Esto le hubiera dado pie para internarse otra vez en ulteriores reflexiones; pero sumido en aquel estado desagradable y antinatural de

duermevela sintió el aviso de que todavía tenía mucho quehacer. Casi había transcurrido ya la mitad del año que Ulrich había fijado, sin que hubiera solucionado problema alguno. Se le vino a las mientes que Gerda le había exhortado a escribir un libro sobre sus experiencias. Pero él quería vivir sin seccionarse a sí mismo en una parte real y en otra espectral. Se acordó del momento en que había hablado sobre este asunto con el jefe de sección Tuzzi. Se representó el salón de Diotima, y a Ulrich y a Tuzzi en él; aquello exhibió algo de dramático y teatral. Allí había declarado con la mayor naturalidad que escribiría un libro; y que si no, se mataría. Pero tampoco el pensamiento en la muerte -si la miraba ahora, por así decirlo, de cerca- era la verdadera expresión de su estado; pues si se ensimismaba en él y si se imaginaba que, en lugar de esperar al viaje del día siguiente, podría matarse en aquella misma noche, le parecía que tal idea era

realmente inoportuna al poco de haber recibido la noticia del fallecimiento de su padre. Ulrich se encontraba en ese estado intermedio, entre somnolencia y vigilia, en el cual las imágenes de la fantasía salen de caza. Vio delante suyo el cañón de un arma, a cuya oscuridad miraba sin distinguir más que la sombra de la nada cerrada al otro extremo; creyó descubrir una curiosa combinación y una singular coincidencia en el hecho de que el mismo cuadro de un arma cargada había sido en su juventud el símbolo preferido de su voluntad en espera de un vuelo y de un blanco. Y de repente se le presentaron muchas imágenes de aquéllas, como la de la pistola y la de su conversación con Tuzzi. La perspectiva de un prado a la luz de las primeras horas de la mañana. El paisaje dominado desde el tren, con un denso manto de niebla vespertina sobre el profundo valle regado por un río retorcido. Al otro lado de Europa, el país donde él había dejado a una

querida; la imagen de la querida había caído en olvido, la de las calles de tierra y la de los tejados inclinados permanecía aún viva, como entonces. El vello axilar de otra querida era lo que quedaba de ella en su memoria. Fragmentos de melodías. La originalidad de un movimiento. Olores de lechos de flores, esfumados entonces por la violencia de unas palabras, presentes por diversos caminos: él, reducido ya al recuerdo de una serie de marionetas, con sus hilos rotos desde tiempos lejanos. Se podría pensar que tales imágenes correspondían a lo huidizo del mundo; pero, de un momento a otro, la vida entera se descompone igualmente; estas imágenes se quedan solas en el camino de la vida, el cual parece dirigirse de unas a otras. El destino no ha atendido a decretos ni a ideas, sino sólo a esas imágenes misteriosas, privadas casi de sentido.

Pero mientras Ulrich creía estar a punto de derramar lágrimas, emocionado por

aquella absurda impotencia de todos los esfuerzos de los cuales se había vanagloriado, le sorprendió, en aquel estado de insomnio en que se encontraba, o más bien, se desarrolló alrededor de él, un prodigioso sentimiento. En todas las habitaciones lucían aún las lámparas que Clarisse había encendido al quedarse sola en espera de Ulrich, y la exuberancia de la luz se abría paso entre paredes y objetos para inundar los espacios intermedios y vivificarlos con su claridad. Probablemente fue la ternura contenida en el anodino cansancio lo que transformó la sensación global de su cuerpo; porque aquella conciencia refleja e inexactamente limitada del cuerpo, que nunca faltaba aunque su presencia pasaba inadvertida, se cambió en un estado más amplio y flexible. Fue un aflojamiento, como si se hubieran soltado los nudos de un lazo. Y puesto que nada se había mudado realmente en los muros y en los objetos, suponiendo que ningún

dios entraba en la habitación de aquel increíble, y ya que ni el mismo Ulrich quería renunciar de ningún modo a la lucidez de su juicio (contando con que la fatiga no se lo impidiera), lo único que podía estar sujeto a aquel cambio era su contacto con el ambiente de su derredor; y, en cuanto a aquel contacto, la mutación no se referiría a la parte material, ni a los sentidos ni a la razón de Ulrich en estado normal. El cambio parecía afectar al dilatado sentimiento como las aguas subterráneas que refrescan los pilares sustentantes de la percepción y del pensamiento objetivos; estos puntales, por lo general en reposo, se deslizaban ahora suavemente, apartándose entre sí y volviéndose a juntar: también esta distinción perdió en aquel momento su sentido. -"Es una actitud distinta; estoy experimentando una metamorfosis de la que participa también todo lo que está en relación conmigo" -pensó Ulrich, que creía observarse bien. Pero

también se podría haber dicho que su soledad -un estado que no solamente influía dentro de él, sino también a su alrededor y que los unía a ambos- se podría haber dicho, y él mismo lo sentía, que aquella soledad iba haciéndose cada vez más densa y de mayor peso. Atravesaba los tabiques, invadía la ciudad sin necesidad de esparcirse, se apoderaba del mundo. -"¿De qué mundo? -pensó-. Pero si el mundo no existe!" Le parecía que aquel concepto había perdido ya su significado. Pero Ulrich, tan minuciosamente se controlaba a sí mismo, que en aquel preciso instante se le hizo desagradable aquella frase tan exagerada. Ya no buscó otras palabras; al contrario, desde entonces fue aproximándose progresivamente a un estado de plena lucidez mental, y en pocos segundos se incorporó. Empezaba a amanecer; el nuevo día mezclaba su palidez cenicienta con el brillo cada vez más mortecino de la luz artificial.

Ulrich saltó y estiró su cuerpo. Había quedado en él algo que se resistía a las sacudidas. Frotó sus ojos con los dedos, pero la mirada mantuvo la debilidad del incipiente contacto de las cosas. De pronto, como si hubieran descendido de él las aguas embriagadoras del mar nocturno en que se había sumergido, se dio cuenta de que estaba de pie en su casa, donde vivía desde hacía muchos años, sin fuerzas ya para negarlo. Sonrió meneando la cabeza. -"Crisis de la señora mayor" -así definió burlescamente su propio estado. Según los dictados de su razón, no corría peligro, pues allí no había nadie con quien pudiera repetir locura semejante. Ulrich abrió una ventana. Fuera reinaba una atmósfera indiferente: el corriente aire matinal en el que flotaban los primeros ruidos de la ciudad. Mientras el aire fresco lavaba sus sienes comenzó él a sentir la aversión del europeo y toda su intransigencia frente a la sensiblería; Ulrich se propuso,

pues, abordar aquella historia, si fuera necesario, con todo rigor. Y así, de pie junto a la ventana y embriagándose en el fluido de la alborada, de algún modo acusó todavía en sí mismo el intermitente deslizamiento de todas las sensaciones.

Quedó sorprendido cuando su criado entró de pronto para despertarle con la sol-emne expresión del madrugador. Ulrich se bañó, dedicó unos segundos a ejercicios gimnásticos y se dirigió al tren

notes

Notas a pie de página

¹ Moos significa musgo; brugger evoca la palabra Brücke=puente

